MAX HASTINGS

LA GUERRA SECRETA

ESPÍAS, CÓDIGOS Y GUERRILLAS 1939-1945

Lectulandia

Max Hastings, autor de la brillante crónica de la Segunda Guerra Mundial *Se desataron todos los infiernos*, la completa ahora contándonos la otra cara de esta historia: la de los servicios secretos, las operaciones especiales y las guerrillas.

Su propósito es ofrecernos una visión global de lo que fue en ambos bandos esta guerra secreta en que «cientos de miles de seres humanos arriesgaron sus vidas, y muchos las perdieron». Su libro nos ofrece un panorama fascinante de personajes, que van desde los nombres conocidos —como Sorge, Canaris, Philby o Cicerón— a otros ignorados como el «agente Max», que contribuyó a la derrota alemana en Stalingrado, o ese espía, sin saberlo, que fue el japonés Oshima.

Junto a ellos están los científicos que descifraron los códigos, los miembros de los equipos de «operaciones especiales» —como el SOE británico o la OSS norteamericana, en que militaron desde un actor de Hollywood, como Sterling Hayden, hasta un político como Allen Dulles— y los guerrilleros yugoslavos o rusos. Protagonistas de cientos de historias que Hastings nos cuenta con su garra narrativa.

Lectulandia

Max Hastings

La guerra secreta

Espías, códigos y guerrillas, 1939-1945

ePub r1.0
Titivillus 27.04.16

Título original: *The secret war*
Max Hastings, 2015
Traducción: Cecilia Belza & David León
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para
WILLIAM Y AMELIE,
la siguiente generación.

Introducción

Este es un libro sobre algunas de las personas más fascinantes que participaron en la Segunda Guerra Mundial. Soldados, marinos, aviadores y civiles atesoraron experiencias extraordinariamente diversas, forjadas por el fuego, la geografía, la economía y la ideología. Quienes se arrebataron mutuamente la vida fueron los más notorios, aunque también, en muchos sentidos, los menos fascinantes: en el resultado de la contienda intervino también la relevante labor de una cohorte de hombres y mujeres que jamás llegó a disparar un arma. En la guerra secreta, todos los participantes libraban una batalla sin tregua, incluso en Rusia, donde entre una gran batalla y la siguiente podían mediar varios meses: la pugna del espionaje y la decodificación de mensajes secretos para conseguir una información del enemigo que otorgaría la supremacía a sus propios ejércitos de tierra y a sus fuerzas aeronavales en el campo de batalla. El teniente general Albert Praun, el último jefe de señales de la Wehrmacht, escribiría más tarde a este respecto: «Esta moderna y "fría guerra de las ondas" se mantuvo siempre viva, en todas sus facetas, aun cuando los cañones callaban[1]». Los Aliados también llevaron a cabo campañas terroristas y de guerrilla en las zonas ocupadas por el Eje donde disponían de los medios necesarios para ello: las operaciones encubiertas cobraron una importancia sin precedentes.

Este libro no pretende ser una historia exhaustiva de la guerra secreta, que llenaría infinitos volúmenes. Se trata, más bien, de un estudio sobre las maquinarias de aquellas batallas libradas en ambos bandos, así como de algunas de sus figuras más influyentes. No es probable que aparezcan en breve documentos inéditos que alteren radicalmente el panorama, a excepción tal vez de los que se conservan en los archivos soviéticos, hoy vedados por Vladimir Putin. Los japoneses se deshicieron del grueso de sus ficheros de inteligencia en 1945 y lo que ha llegado hasta nosotros continúa inaccesible en Tokio, pero el testimonio de los veteranos de posguerra ha

resultado de gran valor; hace tan solo una década, yo mismo entrevisté a unos cuantos de ellos.

Por lo general, los estudios publicados sobre las labores de inteligencia durante la guerra se centran en las acciones de un único país. En este trabajo, sin embargo, mi deseo es ofrecer una visión de conjunto. Sin duda, algunos episodios de este libro resultarán familiares para los más versados en la materia, no obstante, considero que podemos obtener de ellos una nueva imagen si los encuadramos sobre un trasfondo más amplio. Aunque existe ya una copiosa literatura sobre espías y descifradores de códigos, cabe la posibilidad de que algunos relatos aquí expuestos sorprendan al lector tanto como me sorprendieron a mí cuando los descubrí. He dedicado mucho espacio a los rusos, porque el lector occidental está notablemente menos familiarizado con ellos que con el Bletchley Park británico o el Arlington Hall estadounidense y la Op-20-G. He omitido muchas de las leyendas más señaladas y no he intentado rememorar las historias más célebres de la Resistencia en la Europa occidental, ni tampoco las de los agentes del Abwehr que, tras su llegada a Gran Bretaña y Estados Unidos, fueron encarcelados casi de inmediato o se «pasaron» al famoso Sistema XX o de la Doble Cruz. Por otra parte, aunque las hazañas de Richard Sorge y la «operación Cicerón» se vienen contando desde hace décadas, por su trascendencia merecen que volvamos sobre ellas una vez más[2].

Los logros de algunos de los combatientes secretos fueron tan asombrosos como funestos los errores cometidos por otros. Como tendremos ocasión de comprobar, en varias ocasiones los británicos permitieron que el enemigo se apoderase de material reservado, lo cual podría haber acarreado nefastas consecuencias para el secreto de Ultra. Por otro lado, los ensayistas del espionaje vuelven una y otra vez, de un modo casi obsesivo, sobre la traición de «los Cinco de Cambridge» en Gran Bretaña, pero pocos admiten la existencia de lo que podríamos denominar los quinientos de Washington y Berkeley: un pequeño ejército de izquierdistas estadounidenses que actuaron como informadores para los servicios secretos soviéticos. El egregio senador Joseph McCarthy estigmatizó injustamente a muchos, pero no se equivocaba al denunciar que, entre la década de 1930 y la de 1950, en el Gobierno de Estados Unidos así como en sus instituciones y principales firmas se escondía un número inimaginable de empleados cuya lealtad no rendía honor a su propia bandera. De hecho, entre 1941 y 1945, se suponía que los rusos habían establecido una alianza con Gran Bretaña y Estados Unidos, pero Stalin contemplaba esta relación con absoluto cinismo y la consideraba una asociación accidental, con el único objetivo de obtener la victoria sobre los nazis así como sobre otras naciones, inveteradas rivales de la Unión Soviética.

Muchos trabajos sobre la inteligencia durante la guerra se centran en los

descubrimientos de los espías y los criptógrafos; sin embargo, el verdadero interés radica en desvelar la mesura en que estas informaciones secretas alteraron el resultado final de la contienda. El espionaje soviético eclipsó por su magnitud al de cualquier otro país beligerante y obtuvo una sustanciosa cosecha tecnológica de Gran Bretaña y Estados Unidos; sin embargo, los beneficios de esta producción de secretos militares y políticos se malograron a consecuencia de la paranoia de Stalin. El historiador norteamericano de mayor fama en materia de encriptados durante la guerra me contó en 2014 que, tras haber dedicado más de media vida al estudio de esta disciplina, estaba firmemente convencido de que la contribución de los servicios de inteligencia Aliados en la victoria final fue prácticamente nula. Parece un veredicto de una rotundidad excesiva, pero las observaciones de mi colega dejan traslucir hasta qué punto llegó a calar y a expandirse el escepticismo, el cinismo incluso, tras décadas de andanzas por las ciénagas de la ilusión, la traición y la incompetencia en que operaba la mayoría de jefes del espionaje así como sus subalternos. Los archivos sugieren que el secretismo oficial hizo más para proteger a las agencias de inteligencia de su responsabilidad ante la nación por sus caprichos que para escudarlas de las filtraciones enemigas. ¿Con qué objetivo, por ejemplo, se escondió al pueblo británico la identidad de sus propios jefes de espionaje cuando Kim Philby, uno de los oficiales más prominentes en el MI6, había filtrado durante años las operaciones más secretas a los rusos[3]? El Gobierno de Estados Unidos rechazó de plano el intercambio bilateral de inteligencia acordado por el general William Donovan, de la OSS, con el NKVD[4]; sin embargo, la vigilancia oficial en poco ayudó a la seguridad del país al permitir que algunos de los principales subordinados de Donovan pasasen secretos a los agentes soviéticos.

La recopilación de datos de inteligencia no es un proceso científico. No existen certidumbres, ni siquiera cuando se logra acceder a la correspondencia del enemigo. Las «señales» —certezas mayores y menores— deben aislarse de entre una algarabía de «ruido». En agosto de 1939, en vísperas del pacto nazi-soviético, un oficial británico tuvo acceso a los confusos mensajes que llegaban al Foreign Office sobre las relaciones entre Berlín y Moscú: «Al intentar ponderar el valor de aquellos informes secretos, nos descubrimos —escribió— usando unos términos que podían hallarse en casi toda inteligencia, como le sucediera al capitán de los cuarenta ladrones, cuando, tras haber señalado con tiza la puerta de Alí Babá, se dio cuenta de que Morgana había puesto marcas similares en el resto de portillos de la calle y no tenía modo de distinguir la indicación verdadera».

Resulta estéril estudiar de forma aislada los triunfos de cualquier nación, su botín de revelaciones; conviene valorarlo en el marco de los centenares de miles de páginas plagadas de trivialidades, o de absurdos sin más, que

pasaban por las mesas de los analistas, los estadistas y los comandantes. «Los diplomáticos y los agentes del servicio de inteligencia, a juzgar por mi experiencia, son aún más embusteros que los periodistas», escribió el espía de guerra británico Malcolm Muggeridge, muy familiarizado con estos tres grupos y también algo charlatán. El caso de František Moravec, de la inteligencia checa, ilustra a las mil maravillas lo infructuoso de buena parte del espionaje. Un día de 1936, Moravec se personó, ufano, ante su oficial al mando con información acerca de una nueva pieza del equipamiento militar alemán por la que había pagado una generosa cuantía a uno de sus informadores. El general hojeó el documento y terció: «Yo le enseñaré algo mejor». Rebuscó en su escritorio hasta dar con un ejemplar de la revista Die Wehrmacht, localizó el artículo dedicado a esa misma pieza y concluyó lacónico: «La suscripción solo vale veinte coronas».

En esta misma categoría se inscribe también la transcripción que el Abwehr preparó en diciembre de 1944 de un mensaje emitido por el Departamento de Estado de Estados Unidos en que se nombraba al nuevo consejero de asuntos económicos del Gobierno polaco en el exilio, en Londres. En parte, rezaba así: «Sus gastos de traslado y por día, desde Túnez a Londres, vía Washington DC, los gastos de traslado y por día de su familia y de sus efectos personales autorizados directamente, de acuerdo con las regulaciones de viaje[5]». Los alemanes estamparon el sello de «alto secreto» en la traducción de una de las páginas de esta decodificación. La cantidad de horas-hombre que la maquinaria de guerra nazi invirtió en producir esta perla son ejemplo de cómo los servicios de inteligencia tendían a mover montañas para rescatar a ratones.

En una sociedad libre, la confianza constituye un nexo obligatorio y un privilegio. Entre los analistas y mentores de agentes, sin embargo, la credulidad y el respeto a la privacidad son deficiencias fatídicas. En su trabajo, estos deben persuadir a ciudadanos de otros países para que renieguen de su idea de patriotismo tradicional moviéndolos ya sea mediante el dinero, por alguna convicción o, de forma puntual, porque reclutador e informante han desarrollado un vínculo personal. Siempre existirá la disyuntiva acerca de si quienes traicionan los secretos de su comunidad son héroes corajudos y de principios, que se identifican con una lealtad superior, tal como ven hoy día los alemanes la Resistencia contra Hitler; o si, por el contrario, son estos unos traidores, como consideramos la mayoría a Kim Philby, Alger Hiss y, en nuestros días, a Albert Snowden. El cometido diario de numerosos oficiales de inteligencia consiste en fomentar la traición, lo que ayuda a explicar por qué este oficio atrae a tanta gente extraña. Malcolm Muggeridge manifestó, no sin desdén, que esta ocupación «conlleva por fuerza tantas trampas, mentiras y engaños que tiene efectos nocivos sobre el

carácter. Jamás conocí a nadie que se dedicase a ello profesionalmente y en quien estuviera dispuesto a confiar, en ninguna de sus facetas».

Stalin afirmó: «Un espía debe ser como el diablo; nadie puede fiarse de él, ni siquiera él mismo». La difusión de las nuevas ideologías, el comunismo en especial, permitió que algunas personas abrazasen lealtades que escapaban de sus fronteras y que, a ojos de los fanáticos, se situaban por encima del mero patriotismo. No pocos experimentaron júbilo al descubrir en la traición una virtud, si bien otros prefirieron entregarse a la delación por dinero. Un buen número de los jefes del espionaje durante la guerra mostraba dudas con respecto al bando al que servían sus propios agentes y, en algunos casos, la incógnita persiste aún hoy. Eddie Chapman, un delincuente británico de poca monta a quien se conocía como agente Zig-Zag, vivió unas experiencias extraordinarias en la guerra, en los años en que fue el juguete de las inteligencias británica y alemana. En diversas ocasiones se prestó a servir a ambas a la vez, pero no parece que sus actividades hicieran mucho bien a ninguna de ellas; tan solo sirvieron para que el propio Chapman dispusiera de mujeres y zapatos caros. Era un personaje enigmático pero menor, uno más en el numeroso ejército de balas perdidas que pululaban por el campo de batalla secreto. Más interesante, y menos conocido por el público en general, es el caso de Ronald Seth, un agente de la SOE apresado por los alemanes y entrenado para actuar como «agente doble» en Gran Bretaña. Más adelante describiré el desconcierto de la SOE, el MI5, el MI6, el MI9 y el Abwehr con respecto al bando en el que sirvió Seth.

Recopilar material de inteligencia constituye, per se, una tarea poco económica. Quedé asombrado al descubrir el sinfín de agentes secretos de todas las nacionalidades cuyo único logro en sus destinos en el extranjero consistió en seguir con vida, a un alto coste para sus señores, mientras que la información recabada no ayudaba en lo más mínimo al esfuerzo bélico. Tal vez una milésima parte del 1% del material reunido por las fuentes de inteligencia entre todos los países beligerantes de la Segunda Guerra Mundial contribuyó a inclinar la balanza en el campo de batalla. No obstante, el valor de esta fracción fue tal que a los señores de la guerra no les dolió en prendas el coste ni en vidas, ni tampoco en libras, rublos, dólares o marcos del Reich. El espionaje siempre ha tenido un papel en las guerras pero, hasta el siglo XX, los comandantes solo podían descubrir los movimientos de sus enemigos mediante los agentes sobre el terreno y la observación directa: contando los efectivos, los buques y los cañones. Luego llegaron las comunicaciones por radio, que supusieron un nuevo terreno de cultivo para la inteligencia, que experimentó un crecimiento exponencial a partir de la década de 1930 de la mano de los avances tecnológicos. «Jamás en ningún otro período de la historia ha existido nada comparable al impacto de la radio», escribió el

doctor R. V. Jones, oficial de inteligencia y brillante científico británico. «… Fue el fruto de algunos de los desarrollos más imaginativos que jamás se habían dado en física y era casi tan mágica como se pudiera imaginar[6]». No se trataba únicamente de que millones de ciudadanos pudieran instalar un equipo en su domicilio —igual que muchos espías hacían en el extranjero—; las escuchas secretas de Berlín, Londres, Washington, Moscú o Tokio podían sacar a la luz los despliegues y en ocasiones las intenciones del enemigo sin necesidad de telescopios, fragatas o agentes sobre el terreno.

Una de las cuestiones que abordaremos a lo largo de este libro es el hecho de que la guerra de inteligencia de señales, indudablemente en sus primeros estadios, favoreció menos a los Aliados de lo que aparenta la mitología popular. Los alemanes utilizaron el fruto de sus averiguaciones secretas ya en 1940 para planificar la invasión de Francia y los Países Bajos en 1940. Al menos hasta la mitad de 1942, y también más adelante en cierta medida, leyeron comprometidos códigos Aliados tanto de tierra como navales, con consecuencias trascendentales tanto para la Batalla del Atlántico como para la Campaña en África del Norte. Durante el primer año de la «operación Barbarroja», consiguieron aprovecharse de la débil seguridad de la radio del Ejército Rojo. Sin embargo, desde las últimas semanas de 1942, los desencriptadores de Hitler fueron cada vez más rezagados con respecto a sus homólogos en el bando Aliado. Las tentativas del Abwehr en el terreno del espionaje internacional resultaron lamentables.

El Gobierno japonés, junto con el alto mando del ejército, planificaron con gran eficiencia los primeros asaltos sobre Pearl Harbor y los imperios europeos del Sureste Asiático en 1941 y 1942, aunque posteriormente menospreciaron el valor de la inteligencia y combatieron sumidos en un limbo de ignorancia con respecto a los movimientos de sus contrincantes. El servicio de inteligencia italiano y sus decodificadores lograron anotarse algunos tantos dignos de mención durante los primeros años del conflicto, pero los comandantes de Mussolini utilizaron a los presos de guerra soviéticos solo para las escuchas del tráfico de radio soviético. Por lo general, ninguna nación invirtió un gran esfuerzo en sacar a la luz los secretos italianos, ya que su poderío militar menguaba a pasos agigantados. «Teníamos una perspectiva incompleta de la fuerza aérea italiana y nuestro conocimiento distaba mucho de ser concluyente», reconoció el oficial de inteligencia de la RAF Harry Humphreys, capitán de grupo, con respecto al escenario mediterráneo antes de añadir no sin petulancia: «Por suerte, la fuerza aérea italiana también era así».

Para sacar partido de la información reservada es requisito indispensable que los comandantes se muestren dispuestos a analizar los datos con honestidad. Hebert Meyer, veterano del Consejo Nacional de Inteligencia en

Washington, consideraba que sus atribuciones consistían en presentar la «información organizada»; sostenía que idealmente los departamentos de inteligencia deberían prestar un servicio a los comandantes parejo al que ofrecían los sistemas de navegación aeronavales. Donald McLachlan, de la Armada británica, observó: «La inteligencia tiene muchos rasgos en común con la erudición, y los patrones que se exigen en los estudios académicos deberían aplicarse también en la inteligencia». Tras la guerra, los comandantes alemanes supervivientes achacaron sus fracasos en inteligencia al hecho de que Hitler no les permitiese valorar las pruebas con objetividad. El jefe supremo de señales Albert Praun dijo: «Desafortunadamente… durante la guerra Hitler… demostró falta de confianza en la inteligencia de comunicaciones, sobre todo cuando [consideraba que] los informes no eran propicios».

Las buenas noticias para la causa del Eje —por ejemplo, las interceptaciones que daban cuenta de graves derrotas en el bando Aliado— recibían un trato prioritario en la transmisión a Berlín, porque el Führer las admitía de buen grado. En cambio, las malas se descartaban sin contemplaciones. Con anterioridad a la invasión de Rusia en junio de 1941, el general Georg Thomas, del WiRuAmt —el departamento de finanzas de la Wehrmacht—, preparó una estimación de la producción armamentística rusa bastante ajustada a la realidad, aunque un poco a la baja, y concluyó que la pérdida de la Rusia europea no precipitaría necesariamente el derrumbe de la base industrial estalinista. Hitler desestimó de plano las cifras de Thomas, porque no podía acomodar su trascendencia al desprecio que él sentía hacia todo lo eslavo. El mariscal de campo Wilhelm Keitel dio instrucciones al WiRuAmt para que dejase de remitir datos de inteligencia que pudieran contrariar al Führer.

El esfuerzo bélico de las democracias occidentales se benefició enormemente de la relativa apertura de miras de sus sociedades y sus Gobiernos. En ocasiones, Churchill se permitía arrebatos de cólera contra quienes manifestaban en su presencia opiniones a su ver enojosas, pero el debate en los pasillos del poder Aliado, así como en la mayoría de cuarteles generales, siempre fue remarcablemente abierto. El general sir Bernard Montgomery exhibía un comportamiento despótico, pero quienes gozaban de su confianza —su jefe de inteligencia entre ellos, el general de brigada Bill Williams, antes profesor de Oxford— tenían libertad para expresar sus pareceres. Los triunfos más sobresalientes de la inteligencia estadounidense se obtuvieron, siempre, por medio del desciframiento de códigos y fueron explotados de un modo espectacular durante la guerra naval en el Pacífico. Los comandantes de infantería estadounidenses raras veces mostraron gran interés en utilizar la información para confundir al enemigo, como hacían los

británicos. La operación del Día D, en 1944, fue la única en que los estadounidenses secundaron sin reservas un plan para engañar al adversario. La plana mayor británica tomó la iniciativa, mientras que los estadounidenses se limitaron a consentir permitiendo, por ejemplo, que el general George Patton se hiciera pasar por comandante del falso Grupo del Primer Ejército de Estados Unidos que, supuestamente, desembarcaría en el paso de Calais. Algunos dignatarios estadounidenses recelaban del entusiasmo que mostraban los británicos con respecto a confundir al enemigo y lo explicaban como el reflejo del afán de sus aliados por recurrir a la astucia, en su voluntad de esquivar la fatigosa lucha: la auténtica guerra.

La Escuela Gubernamental de Código y Cifra (GC&CS) en Bletchley Park no solo fue el centro de inteligencia más importante durante la guerra; a partir de 1942, se distinguió también como la mayor contribución británica en la consecución de la victoria. Se cuenta que, al descifrar el tráfico de Enigma, las bombas electromecánicas diseñadas por Alan Turing dejaron el sistema de comunicaciones alemán al descubierto ante los ojos Aliados. La realidad es bastante más compleja. Los alemanes usaban docenas de claves distintas, muchas de las cuales se leyeron solo de forma intermitente y con frecuencia no en «tiempo real», lo que viene a significar sin la suficiente rapidez para posibilitar una respuesta a nivel operativo; y solo se leían unas pocas claves, no todas. Los británicos tuvieron acceso a material de Enigma de un valor inconmensurable, pero la transmisión nunca era exhaustiva y, en lo tocante al tráfico del ejército, se demostró especialmente débil. Por otra parte, los alemanes empezaron a transmitir un volumen de señales de alto secreto superior cada día mediante una red de teletipos dotada de un sistema de encriptación distinto por entero al de Enigma. Para conseguir descifrar el Schlüsselzusatz de Lorenz, los matemáticos y los lingüistas de Bletchley hubieron de recurrir a un método muy distinto que el empleado para Enigma, y notablemente más dificultoso, por más que los receptores en el campo de batalla utilizasen para el fruto de todas aquellas actividades la denominación común de «Ultra[7]». Bill Tutte, el joven matemático de Cambridge responsable de los primeros descubrimientos decisivos, no ha pasado a la posteridad como una de las glorias, aunque merece el mismo crédito que Turing.

Ultra permitió que la cúpula aliada planificase las campañas y las operaciones de la segunda mitad de la guerra con una seguridad ignota para los caudillos militares en períodos históricos previos. Saber de las intenciones del enemigo, no obstante, no le menguaba potencia. En 1941 y hasta entrado 1942, los británicos tuvieron conocimiento en incontables ocasiones del lugar escogido por los del Eje para lanzar un ataque —como en los casos de Creta, el Norte de África y Malasia—, sin embargo eso no siempre bastó para evitar

las posteriores derrotas. Para obtener un beneficio de la información secreta resultaba imprescindible contar además con un poder coercitivo, ya fuera en tierra, mar o aire, y otro tanto sucedía con respecto a la prudencia y el acierto de los comandantes británicos o estadounidenses, así como de sus equipos, que demostraron carecer de él a todas luces en los momentos clave de la campaña en el Noroeste de Europa, entre 1944 y 1945. Pese a todo, la inteligencia sí contribuyó a mitigar de forma notable algunos de los desastres previos: el joven R. V. Jones se anotó un triunfo al señalar cómo crear interferencias en las transmisiones de navegación de la Luftwaffe y se redujeron significativamente los estragos que la Blitz provocaba en Gran Bretaña. En el mar, las indicaciones de Ultra con respecto a la localización exacta de los submarinos alemanes —que en 1942 sufrieron una angustiante interrupción de nueve meses— permitía asignar nuevos rumbos a los convoyes y esquivar de este modo al enemigo; esta contribución fue aún más determinante para mantener abierta la línea de abastecimiento del Atlántico que el hundimiento de los submarinos enemigos.

Los estadounidenses tenían parte de razón al sospechar que sus aliados pecaban de románticos en lo tocante a sus previsiones de engañar al contrincante. El coronel Dudley Clarke —especialmente célebre entre los miembros de la policía española por su arresto en Madrid mientras se paseaba por las calles vestido con ropas de mujer— dirigió una colosal operación encubierta en el desierto del Norte de África antes de la Batalla de El Alamein en octubre de 1942. Los historiadores han elogiado el ingenio de Clarke por haber creado unas fuerzas ficticias que hicieron desplegar a Rommel unos efectivos nada desdeñables en una zona bastante apartada, al sur del punto central del asalto de Montgomery. No obstante, aquel ardid no evitó que el 8.º Ejército pasase quince días enfrascado en una despiadada lucha que se demostró ineludible para atravesar las defensas de los Afrika Korps. Los alemanes adujeron que las actividades de Clarke, al cabo, no habían alterado nada porque ellos dispusieron de tiempo para volver a desplegarse en el norte antes del asalto decisivo británico. En Burma, el coronel Peter Fleming, hermano del creador de James Bond, realizó un gran esfuerzo para dejar una mochila llena de «documentos secretos» falsos en un jeep averiado que el enemigo iba a encontrar por fuerza, pero cuando los japoneses los encontraron, no supieron reconocerlos. A partir de 1942, la inteligencia británica conocía casi al milímetro las defensas aéreas alemanas y las tecnologías electrónicas que estos empleaban, pero las fuerzas de bombarderos aliadas continuaron registrando graves pérdidas, en especial antes de que los cazas de largo alcance estadounidenses terminasen con la Luftwaffe en el aire, en la primavera de 1944.

Fuera cual fuera la contribución de los ardides tácticos de Gran Bretaña en

el Norte de África, los responsables de las farsas aliadas cosecharon dos victorias estratégicas palmarias y cruciales. En 1943-1944, la «operación Zepelín» creó un ejército británico ficticio en Egipto que llevó a Hitler a retener grandes contingentes en Yugoslavia y Grecia para rechazar un desembarco aliado en los Balcanes. Esta amenaza ilusoria, y no las guerrillas de Tito, fue la responsable de que veintidós divisiones del Eje aguardasen infructuosamente en el sureste hasta pasado el Día D. La segunda victoria fue, sin duda alguna, la «operación Fortaleza» que se desarrolló antes y después del asalto a Normandía. Merece señalarse el hecho de que esta celada no habría podido resultar tan provechosa si los Aliados no hubieran contado realmente con el suficiente poder coercitivo, además de la supremacía naval, como para hacer creíble que estaban preparados para desembarcar casi en todas partes.

Los rusos, por su parte, tramaron también algunos ardides que eclipsan a los de británicos y estadounidenses. La historia del agente «Max», y la colosal operación desplegada para desviar la atención de la ofensiva de Stalingrado, que se cobró 70 000 vidas rusas, es una de las más asombrosas de la guerra y prácticamente desconocida para los lectores occidentales. En 1943-1944, otras artimañas soviéticas propiciaron que los alemanes concentrasen en repetidas ocasiones sus efectivos en los lugares equivocados, en sus intentos por adelantarse a las arremetidas del Ejército Rojo. La superioridad aérea era un requisito esencial, tanto en Oriente como en Occidente: los ambiciosos engaños de los últimos años de la guerra solo se pudieron llevar a cabo porque los alemanes no podían realizar reconocimientos fotográficos que desmintieran los «bulos» que se les habían vendido a través de la radio y documentos falsos.

Los Aliados occidentales tuvieron mucho menos éxito en la recopilación de humint que de sigint[8]. Ni los británicos ni los estadounidenses consiguieron situar una sola fuente en las altas esferas de los Gobiernos alemán, japonés o italiano ni entre los altos mandos militares hasta que, en 1943, Allen Dulles, de la OSS, empezó a recibir algunos rumores sustanciosos de Berlín. Los Aliados occidentales no consiguieron ejemplos comparables a las penetraciones rusas en Londres, Washington, Berlín y Tokio, esta última gracias a su agente Richard Sorge, que trabajaba en la embajada alemana. Estados Unidos solo se embarcó en el espionaje internacional después de Pearl Harbor y sus esfuerzos se centraron más en las labores de sabotaje y en el desciframiento de códigos que en colocar a sus espías, como entes diferenciados de los grupos paramilitares, en territorio enemigo. El Departamento de Análisis e Investigación de la OSS en Washington causaba mayor impresión que sus operaciones de campo, muy aparatosas pero poco encauzadas. Por otra parte, creo que el patrocinio por parte de los Aliados

occidentales de la guerra de guerrillas hizo más por estimular la dignidad de las naciones ocupadas en la posguerra que por acelerar el aniquilamiento del nazismo. Las operaciones de la resistencia en Rusia se llevaban a cabo a una escala mucho más ambiciosa que las campañas de la SOE/OSS, y la propaganda anunciaba a bombo y platillo sus triunfos tanto entonces como en la era de posguerra. Pese a todo, la documentación soviética de que ahora disponemos y que mi investigadora rusa, la doctora Luba Vinogradova, ha usado prolijamente indica que deberíamos contemplar los éxitos de la campaña de guerrillas occidental, al menos hasta 1943, con algo más que cierta reserva.

En este libro, como en todos los anteriores, trato de ir más allá para ofrecer una «perspectiva general» y serpentear en los entresijos de estas historias personales de los espías, los descifradores de códigos y los jefes de la inteligencia que sirvieron a sus respectivos señores: Turing en Bletchley y los criptoanalistas de Nimitz en el Pacífico, la «Orquesta Roja» soviética de los agentes en Alemania, Reinhard Gehlen del OKH, William Donovan de la OSS y otros tantos personajes insólitos. La razón principal por la que los Aliados occidentales se demostraron mejores en materia de inteligencia se debe a su admirable forma de aprovechar a los civiles, a quienes tanto el Gobierno británico como el estadounidense ofrecieron discreción, influencia y —en caso necesario— rango militar, cosa que no hicieron sus contrincantes. Cuando hace treinta años se publicó el primer volumen de la historia oficial británica de la inteligencia en época de guerra, hice notar a su autor principal, el profesor Harry Hinsley, veterano de Bletchley, que de su lectura se desprendía que la contribución de los aficionados había resultado superior a la de los profesionales del servicio secreto. Hinsley me replicó con cierto nerviosismo: «Por descontado que fue así. No imaginará usted —¿verdad que no?— que en tiempos de paz los mejores cerebros de nuestra sociedad malgastan sus vidas en el servicio de inteligencia».

Siempre me ha parecido esta una cuestión relevante, de la que se hacen eco los trabajos de otro académico, Hugh Trevor-Roper, que prestó servicio tanto en el MI5 como el MI6, y cuyos éxitos personales lo sitúan entre los agentes más destacables de la inteligencia británica en la guerra. En épocas de paz, la mayoría de agencias de espionaje cumplían sus funciones adecuadamente, o al menos causaban pocos estropicios, en la medida en que allí trabajaban personas con capacidades normales y corrientes. En el momento en que se inició la lucha por la supervivencia de la nación, sin embargo, la inteligencia hubo de convertirse en parte del cerebro al frente del esfuerzo bélico. Los enfrentamientos en el campo de batalla podían librarlos hombres de un talento común, si disponían de las capacidades que se requieren en un campo de deporte: buena condición física, coraje, agallas y

algo de iniciativa y de sentido común. Pero los servicios de inteligencia necesitaron de pronto brillantez y acierto. Tal vez suene a perogrullada afirmar que urgían reclutas inteligentes, pero —tal como señalan algunas de las mentes preclaras de este siglo— en muchos países este principio se honró in absentia.

Dedicaremos ahora unas pocas palabras a la organización de este libro: si bien he apostado por un enfoque mayoritariamente cronológico, para evitar saltos demasiado confusos entre los traidores de Washington, los espías soviéticos en Suiza y los matemáticos de Bletchley Park, el texto va retomando algunos temas al margen de la secuencia temporal. Me he basado fundamentalmente en las obras publicadas por autores de la mayor autoridad en la materia, como Stephen Budiansky, David Kahn y Christopher Andrew entre los más conocidos, aunque también he recurrido a los archivos británicos, alemanes y estadounidenses además de buena parte de material hasta la fecha sin traducir, de procedencia rusa. No he intentado analizar la matemática del cifrado de códigos, empresa que ya han abordado otros autores mucho más capacitados que yo.

Se dice con frecuencia que las novelas de intriga de Ian Fleming no guardan relación con el mundo real del espionaje. Sin embargo, al leer los informes soviéticos contemporáneos, las memorias de los que fueron agentes de inteligencia en Moscú durante la guerra y al escuchar las conversaciones grabadas, me chocó el asombroso parecido con los delirantes y monstruosos diálogos ficticios de los personajes dibujados por Fleming en Desde Rusia con amor. Y algunas de las tramas urdidas y ejecutadas por el NKVD y el GRU no fueron menos fantasiosas que las del novelista.

Todo texto de historia es, por fuerza, provisional y especulativo, pero cuando el tema que se aborda es el espionaje, estas características se intensifican. En la narración de una batalla, se puede recurrir a fuentes fidedignas que den cuenta del número exacto de barcos hundidos, de las aeronaves abatidas, de cuántos hombres cayeron y del terreno que se ganó o se perdió. Pero la inteligencia propicia una literatura muy extensa y poco fiable, parte de ella debida al puño de sus propios protagonistas, a la caza de la gloria o de una exculpación. Bodyguard of Lies, un texto célebre por demás sobre la inteligencia aliada publicado en 1975, es una obra fundamentalmente ficticia. Sir William Stephenson, el canadiense al cargo de la coordinación de la inteligencia británica en Nueva York durante la guerra, cumplió una valiosa misión en su calidad de enlace, pero jamás logró destacar entre los jefes del espionaje, lo cual no le impidió colaborar en la redacción de una autobiografía extravagante hasta rozar el absurdo que vio la luz en 1976, titulada A Man Called Intrepid, aunque no hay constancia de que nadie se hubiera referido a él jamás en estos términos. Muchos de los relatos de

agentes de la SOE en la guerra, en especial los de mujeres y sobre todo francesas, contienen una notable dosis de fatuo romanticismo. La mendacidad moscovita no ha encogido con el tiempo: la historia oficial de los agentes secretos del KGB, publicada en 1997, sostiene que el Foreign Office británico sigue ocultando documentación sobre sus negociaciones secretas con la Alemania «fascista» e incluso de su connivencia con Hitler.

Las operaciones de descifrado de códigos alemanes, italianos y japoneses resultaron mucho más determinantes que cualquiera de los espías. No obstante, no podemos cuantificar su impacto y resulta desconcertante que Harry Hinsley, el historiador oficial, defienda que, probablemente, Ultra acortó la guerra en unos tres años. Parece tan sesgado como la afirmación del profesor M. R. D. Foot en su historia oficial de la SOE en Francia, según la cual los comandantes Aliados consideraron que la Resistencia les había ahorrado seis meses de contienda. Ultra fue una herramienta de británicos y estadounidenses, que no representaron sino un papel subordinado en la destrucción del nazismo, una empresa militar abrumadoramente rusa. En la carrera hacia la victoria, no podemos continuar atribuyendo un papel más destacado a la contribución de Bletchley Park que a Winston Churchill, los buques de la clase Liberty o al radar.

Asimismo, los publicistas que proclaman que algún magnífico libro de reciente aparición relata «la historia del espionaje que cambió la Segunda Guerra Mundial» también podrían sacar a colación a Mary Poppins. Una de las observaciones más profundas de Churchill data del mes de octubre de 1941, en respuesta a una petición de sir Charles Portal, jefe del Estado Mayor del Aire, en la que se solicitaban fondos para construir 4000 bombarderos pesados que, defendía el aviador, pondrían a Alemania de rodillas en seis meses. El primer ministro respondió a vuelta de correo que, si bien se estaba haciendo todo lo posible para crear una fuerza de bombarderos más nutrida, a su vez, toda intención de poner fe ciega en un único medio para alcanzar la victoria era deplorable. «Todo se halla en constante movimiento, siempre y de forma simultánea», declaró. Se trata de una observación relativa a las cuestiones humanas de una importancia crucial, sobre todo durante una guerra y en especial en materia de inteligencia. Es imposible atribuir con justicia todo el mérito del éxito, o toda la culpa del fracaso, a una sola operación o a un único factor.

Al contemplar el escenario de las operaciones secretas, es indispensable hacerlo con cierto escepticismo, así como cierta capacidad de asombro: algunas historias fantásticas han resultado ciertas. Aún me ruborizo al recordar un día de 1974 en que un periódico me invitó a reseñar la obra de F. W. Winterbotham, Ultra-secreto. En aquellos días yo era joven, carecía de experiencia y solo había estudiado el período de 1939 a 1945 de pasada.

Como tantos otros, yo jamás había oído hablar de Bletchley Park. Eché un vistazo al libro en prensa y decliné la invitación: las afirmaciones de Winterbotham resultaban tan extraordinarias que no podía darles crédito. Sin embargo, el autor —que fuera agente del MI6 durante la guerra— había recibido autorización para abrir una ventana a uno de los mayores y más fascinantes secretos de la Segunda Guerra Mundial.

Ninguna otra nación ha preparado jamás una historia oficial dedicada específicamente a la inteligencia durante la guerra, ni tampoco ninguna de una extensión comparable a la publicada por los británicos entre 1978 y 1990: cinco volúmenes y algo más de tres mil páginas. Esta generosa aportación a la historiografía del período, financiada por los contribuyentes, es un reflejo del orgullo, aún vivo, que el pueblo británico siente por este triunfo, a través de películas tan absurdas —en lo que a su mínima relación con los hechos se refiere— pero de gran éxito como Descifrando Enigma, de 2014. Aunque ahora las mentes más cultivadas reconocen hasta qué punto la contribución de Gran Bretaña en la victoria aliada resultó secundaria si la comparamos, por ejemplo, con la de la Unión Soviética o la de Estados Unidos, son también conscientes de que el pueblo de Churchill hizo algo mejor que el resto. Aunque en este libro aparecen numerosas historias sobre fallos y fracasos, en la inteligencia —como en cualquier otro ámbito vinculado al conflicto— el triunfo no fue para el bando que se libró de cometer errores sino para el que cosechó menos que el adversario. Teniendo esto en cuenta, la victoria final de británicos y estadounidenses fue tan extraordinaria en la guerra secreta como en el choque entre ejércitos, fuerzas aéreas y navales. La realidad es incontestable: los Aliados ganaron.

Para concluir, aunque algunos episodios que describiremos a continuación pueden parecer cómicos o ridículos, y ponen de relieve las flaquezas y las insensateces humanas, jamás debemos olvidar que en aquel conflicto mundial, en todas y cada una de sus vertientes sin excepción, se afrontaba una apuesta a vida o muerte. Centenares de millares de personas de diversas nacionalidades arriesgaron sus vidas —y no pocas veces las sacrificaron, con frecuencia en la soledad del amanecer frente a un pelotón de fusilamiento— para recopilar inteligencia o seguir adelante con una operación de la guerrilla. Ninguna interpretación que hoy hagamos nosotros de aquellas personas o sucesos, de los éxitos o los fracasos en aquellos días, podría empequeñecer el respeto, la reverencia incluso, que sentimos hacia la memoria de quienes pagaron el precio de combatir en la guerra secreta.

MAX HASTINGS
West Berkshire y Datai, Langkawi
junio de 2015

1

Antes del Diluvio

En pos de la verdad

La guerra secreta comenzó mucho antes que la de las balas. Un día del mes de marzo de 1937, apareció en el escritorio del coronel František Moravec una carta dirigida a él, el «jefe del Servicio de Inteligencia Checoslovaco». Empezaba así: «Le ofrezco mis servicios. En primer lugar, debo aclarar cuáles son mis haberes: 1. La concentración del ejército alemán. (a) la infantería…» y tal proseguía a lo largo de tres páginas mecanografiadas a un solo espacio. Los checos, conscientes de ser una de las posibles presas de Hitler, desarrollaban sus campañas de espionaje con una intensidad ausente todavía en el resto de las democracias europeas. Al principio, contemplaron la propuesta con escepticismo, dando por hecho que se trataba de otra treta más de los nazis, que les habían tendido ya por millares. Al cabo, sin embargo, Moravec decidió correr el riesgo de dar respuesta. Tras un prolongado intercambio de misivas, el autor de la carta original —al que Praga denominó agente A-54— se avino a concertar una cita en la localidad de Kraslice, en los Sudetes. Poco faltó para que un disparo lo echase todo a perder: uno de los asistentes de Moravec se hallaba en un estado de nervios tal que disparó el revólver en su bolsillo y la bala atravesó la pernera del pantalón del coronel. Por fortuna, todo volvió a la calma antes de que llegase el visitante alemán, a quien trasladaron apresuradamente a un piso franco situado en las inmediaciones. Este traía consigo pliegos de documentos secretos en un maletín con el que había cruzado despreocupadamente los puestos

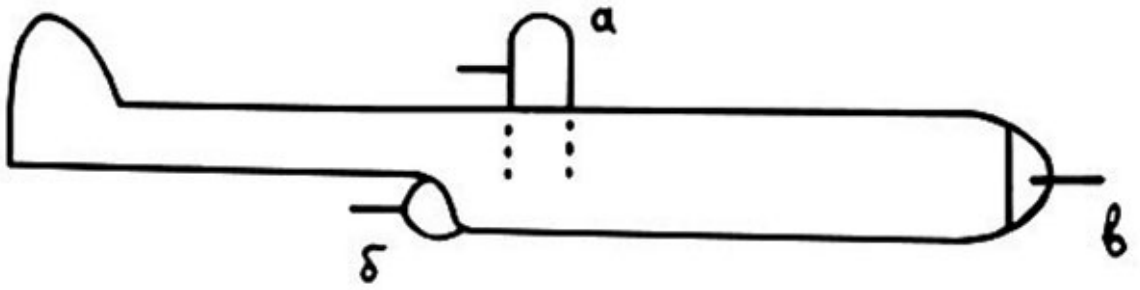
fronterizos. Entre el material figuraba una copia de los planes defensivos de Checoslovaquia, de resultas de lo cual Moravec supo que entre los suyos había un traidor a quien, posteriormente, se ajustició en la horca. El agente A-54 partió de Kraslice sin revelar su nombre, pero con 100 000 marcos del Reich más en su haber. Prometió establecer contacto de nuevo y así fue, pues en los tres años siguientes suministró información de gran valor. Hubo de pasar mucho tiempo hasta que este joven fue identificado como Paul Thümmel, un agente del servicio de inteligencia del Abwehr, de treinta y cuatro años.

Para Moravec, este tipo de episodios no resultaban excepcionales. Era un hombre de talla media, apasionado y tremendamente dinámico. Le entusiasmaban los juegos de mesa, sobre todo de ajedrez, dominaba seis lenguas y podía leer algo de griego y latín. En 1914, con dieciocho años, ingresó en la Universidad de Praga con la intención de convertirse en filósofo. Fue reclutado por el ejército austro-húngaro pero, como la mayoría de checos, no deseaba entregar su vida por los Habsburgo y, estando ya en el frente, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para desertar al bando de los rusos. Combatiendo por estos colores cayó herido en Bulgaria y acabó la guerra en el frente italiano, en un cuerpo de voluntarios checos. Cuando su nación consiguió erigirse en estado independiente, Moravec renunció gratamente al complejo juego de lealtades y fue nombrado oficial del nuevo ejército de su país. Ingresó en el cuerpo de inteligencia en 1934 y tres años más tarde asumía la dirección del servicio. Moravec aprendió el oficio fundamentalmente a través de las historias de espías que sacaba de los quioscos y no tardó en descubrir que buena parte de los agentes en el mundo real traficaban con ilusiones: los supuestos informantes de su predecesor se demostraron un producto de la imaginación de aquel hombre, una tapadera para sus desfalcos.

El coronel invirtió una parte nada desdeñable de sus recursos en la contratación de cazatalentos que consiguieran informantes en Alemania, articulados en un sistema de redes dotadas siempre de una escrupulosa protección. Fundó una empresa de préstamo rápido en el Reich y buscó clientes entre los militares y los funcionarios públicos. Al cabo de un año, noventa representantes de su banco deambulaban por Alemania, casi todos empleados legítimos, aunque había también personal de inteligencia que cribaba a los prestatarios con acceso a información susceptibles de ser chantajeados o sobornados. Los checos también iban a la cabeza en cuestiones de tecnología: fotografía de micropuntos, rayos ultravioletas, escrituras secretas y equipos de radio de último modelo. Moravec contaba con una jugosa financiación a modo de reconocimiento por su comportamiento en la línea del frente nacional que, entre otras cosas, le permitió pagar un anticipo

a un comandante de la Luftwaffe llamado Salm de 5000 marcos del Reich —el equivalente a unas 500 libras esterlinas— y más adelante la cuantiosa suma de un millón de coronas checas —7500 libras esterlinas— a cambio del orden de batalla de la fuerza aérea de Göring. Salm, sin embargo, hizo alarde de la fortuna recién adquirida y al poco fue arrestado, juzgado y decapitado. Paralelamente, los espías de otras naciones desplegados en Checoslovaquia no permanecían de brazos cruzados: los funcionarios de los cuerpos de seguridad de Praga arrestaron a 2900 sospechosos en 1936, casi todos por actuaciones supuestamente en nombre de Alemania o Hungría.

Todas las naciones importantes investigaban en los secretos de las otras por igual: de forma pública y de forma encubierta. A la vuelta de su visita en Gran Bretaña, en abril de 1934, el mariscal ruso Tujachevski trasladó personalmente a Stalin la descripción que un agente del GRU le diera del nuevo bombardero de la RAF Handley Page Hampden, con todos los pormenores relativos a las variantes en los motores Bristol y Rolls-Royce así como un boceto del armamento:



Esbozo de Tujachevski del bombardero Handley Page Hampden

De algún modo, en 1935, el Abwehr se hizo con la lista de un equipo de fútbol de una de las plantas químicas de la ICI que, en aquella temporada, había jugado en casi todas las fábricas de la empresa; así fue como Berlín estableció el emplazamiento de varios laboratorios químicos cuya existencia había pasado desapercibida hasta la fecha para la Luftwaffe[1]. El aviador australiano Sidney Cotton llevó a cabo algunas de las primeras fotografías aéreas sobre Alemania a instancias del teniente coronel del MI6 Fred Winterbotham. Las hosterías de verano en Europa se habían llenado de jóvenes parejas en viaje turístico —algunas a sueldo de sus respectivos servicios de inteligencia— que manifestaban un interés muy poco romántico por los aeródromos. El MI6 mandó a un oficial de la RAF, al que bautizó como Agente 479, con una secretaria para completar la tapadera que lo acompañaría en su recorrido de tres semanas por Alemania. La empresa, sin embargo, se vio entorpecida porque los perímetros de las bases de la Luftwaffe pocas veces colindaban con las carreteras principales y porque la

pareja no hablaban alemán. En origen, el aviador había planeado viajar con su hermana, que sí hablaba alemán de corrido, pero el esposo de esta no le concedió su permiso.

En cuanto a los nazis, en agosto de 1935, el doctor Hermann Görtz pasó varias semanas en ruta con su motocicleta Zündapp por Suffolk y Kent, localizando la ubicación exacta de las bases de la RAF junto a una hermosa joven llamada Marianne Emig, que lo acompañaba en el sidecar. Pero Emig se cansó de la misión, o perdió los nervios, y Görtz, el abogado de cuarenta y cinco años originario de Lubeca que había aprendido inglés con su institutriz, hubo de llevarla de vuelta a Alemania. Regresó más tarde para recoger su cámara y las posesiones que la pareja había dejado atrás, en el apartamento de Broadstairs, donde se encontraban también los planos de la Manston de la RAF. Por desgracia para aquel jefe de espías en ciernes, gracias al chivatazo del casero, preocupado por el espionaje, la policía ya se había apoderado de los artículos incriminatorios. Görtz fue arrestado en Harwich y sentenciado a cuatro años de cárcel. En febrero de 1939 salió libre y fue deportado; volveremos a encontrarnos con Hermann Görtz más adelante.

Para destapar los secretos de sus vecinos en el extranjero, todas las naciones envolvieron a parte de sus hostigadores en el manto de la diplomacia y los destinaron a sus embajadas. Entre los agregados militares berlineses se encontraba el coronel británico Noel Mason-MacFarlane. «Mason-Mac» era astuto pero también jactancioso. Un día de 1938, asustó a un inglés a quien había invitado a su casa al apuntar desde su ventana hacia el lugar desde donde Hitler contemplaría al día siguiente el desfile de aniversario de la Wehrmacht. «Un disparo fácil con el rifle», afirmo lacónico el coronel. «Podría eliminar a ese bastardo desde aquí en un abrir y cerrar de ojos y, aún diría más, estoy pensando en hacerlo… Con ese lunático fuera del camino quizá podríamos poner un poco de orden en todo esto». Por supuesto, Mason-MacFarlane no hizo nada similar. En sus momentos más comedidos, forjó una estrecha amistad con algunos oficiales alemanes y transmitió a Londres no pocas advertencias con respecto a las intenciones de los nazis. Pero la imagen ilustra adecuadamente la presencia de la fantasía en las vidas de los agentes de inteligencia, siempre vacilantes sobre la cuerda floja que se tensaba entre las nobles intenciones y una comedia baja.

Algunos críticos arrogantes acusaron al Gobierno de Estados Unidos de no disponer de una rama de inteligencia. En sentido estricto, así fue: no hubo despliegue de agentes secretos en el extranjero. En territorio nacional, la Oficina Federal de Investigación (FBI) de J. Edgar Hoover era la responsable de la seguridad interna de la nación. Aunque cosechó abundantes triunfos contra los gánsteres —que pregonó a bombo y platillo— y sometió a una intensiva vigilancia al Partido Comunista estadounidense, amén de a los

sindicalistas, poco llegó a saber del ejército de espías soviéticos que pululaban por su territorio y nada hizo para convencer a las empresas de alta tecnología de que no divulgasen a voz en grito sus descubrimientos. El agregado militar alemán, el general Friedrich von Bötticher, comentó con desfachatez sobre sus años de servicio en Washington: «Era demasiado fácil, los estadounidenses son tan abiertos que lo publican todo. No se necesita un servicio de inteligencia. ¡No hay más que ser aplicado y leer los periódicos!». En 1936, Bötticher pudo mandar a Berlín informes detallados sobre los experimentos con cohetes que se realizaban allí. Un traidor estadounidense vendió a los alemanes los planos de uno de los avances tecnológicos más apreciados de su país: la mira Norden para bombarderos. El general insistió en que el Abwehr no debía molestarse en desplegar a agentes secretos en Estados Unidos; había que procurar que sus anfitriones continuasen teniendo fe en la buena voluntad de los nazis.

Las agencias de inteligencia sobrevaloran la información obtenida por los espías. Uno de los muchos académicos reclutados por el servicio secreto británico durante la guerra señalaba con cierto desdén: «[El MI6] valora la información atendiendo a su secretismo, no a su precisión. Estiman más valiosa… una información de tercera categoría, ambigua y tendenciosa, que se haya escamoteado desde Sofía en la solapa de la botonadura de un chulo y holgazán rumano que cualquier inteligencia deducida a partir de la atenta y juiciosa lectura de la prensa extranjera[2]». Los corresponsales y diplomáticos estadounidenses en el extranjero suministraban a Washington una visión del mundo no menos plausible que la generada por los espías europeos. El comandante Truman Smith, agregado militar estadounidense en Berlín desde hacía mucho tiempo y tímido admirador de Hitler, se hizo una idea más precisa del orden de batalla de la Wehrmacht que el MI6.

Los agregados navales norteamericanos estaban centrados en Japón, su enemigo más probable, aunque por lo general se limitaban a fotografiar los buques de guerra desde cruceros de pasajeros y a cotillear en el club de agregados de Tokio. En 1929, Henry Stimson, por entonces secretario de Estado, había cerrado la operación de desciframiento de códigos «Cámara Negra» de su departamento, alegando como tantos otros compatriotas que una nación que no se enfrentaba a ninguna amenaza externa podía pasar sin aquellos instrumentos tan infames. Pese a todo, tanto la Marina como el ejército, cada uno por su cuenta y en feroz competencia, mantuvieron pequeños equipos de desciframiento que ponían un extraordinario empeño en desarrollar sus cometidos. El triunfo de William Friedman, nacido en Rusia en 1891 y perito agrónomo de formación —cuyo equipo del Servicio de Inteligencia de Señales del ejército, dirigido por el exprofesor de matemáticas Frank Rowlett, replicó la avanzada máquina de cifrados diplomáticos

japonesa, Púrpura, y rompió su complejo código en septiembre de 1940— fue aún más digno de alabanza dados los exiguos recursos de que dispusieron los criptoanalistas estadounidenses. Pocas veces intentaban estos decodificar los mensajes alemanes, pues carecían de los medios para hacerlo.

Los japoneses pusieron gran empeño en sus tareas de espionaje tanto en China como en Estados Unidos o en los imperios europeos del Sureste Asiático, a los que consideraban un posible botín. Sus agentes se entregaban a la tarea en cuerpo y alma: en 1935, cuando la policía de Singapur arrestó a un expatriado japonés local al que creía espía, tal fue la angustia del hombre por intentar evitar la vergüenza de Tokio que, a la usanza de E. Phillips Oppenheim, se tragó el ácido prúsico en su celda. Los nacionalistas chinos, encabezados por Chiang Kai-shek, sostuvieron un eficiente servicio de contrainteligencia para proteger su dictadura de las críticas nacionales, pero en Asia, los espías japoneses podían reunir información casi sin trabas. Los británicos demostraban mayor interés en contraatacar la agitación comunista interna que en combatir a los posibles enemigos extranjeros. A sus ojos, resultaba imposible tomar en serio a «los bachichas del Este» —así denominaba Churchill a los japoneses— o a «los esclavitos amarillos», según el director del Foreign Office.

Los diplomáticos de Gran Bretaña mostraban un tremendo descuido en la protección de sus secretos, en buena medida porque observaban a raja tabla las convenciones de la caballerosidad victoriana. Robert Cecil era uno de ellos, y en una ocasión escribió: «Una embajada era la casa de campo de un embajador; resultaba inconcebible que uno de los invitados pudiera espiar al resto». Ya en 1933, el Foreign Office recibió una advertencia, aunque fue desoída: cuando uno de sus miembros acabó con la cabeza dentro de un horno de gas, se descubrió que había estado vendiendo cifrados británicos a Moscú. Luego se supo que uno de los empleados, el capitán John King, se había pagado a su querida estadounidense pasando secretos. En 1937, Francesco Constantini, asalariado local de la embajada británica en Roma, consiguió hacerse con los papeles de su señor para entregárselos al servicio secreto italiano, porque el embajador daba por supuesto que una persona podía confiar en sus empleados. En aquella época, además, los hombres de Mussolini descifraron algunos códigos británicos: no todos los italianos eran los payasos que sus enemigos creían. En 1939, cuando la inteligencia japonesa quiso hacerse con los libros de códigos del consulado británico en Taipéi, sus funcionarios lo arreglaron todo sin excesivas dificultades para que un japonés fuera contratado como guardia nocturno. A lo largo del semestre siguiente, los agentes de Tokio tuvieron acceso permanente a la caja fuerte del consulado, a sus archivos y a sus libros de códigos.

Pero en ninguna parte del mundo se manejó y se valoró la inteligencia con

sabiduría. Aunque los secretos tecnológicos siempre resultaban útiles para las naciones rivales, es poco probable que buena parte de las febriles vigilancias políticas y militares secretas revelasen a los Gobiernos más de lo que estos podrían haber extraído de una cuidadosa y atenta lectura de la prensa. Las rivalidades endémicas perjudicaban la colaboración entre las distintas agencias de inteligencia, cuando no la impedían. En Alemania y Rusia, Hitler y Stalin dividieron el poder entre sus policías secretos, con la intención de seguir concentrando el control en sus manos. En Alemania, la principal agencia era el Abwehr, que significa literalmente «seguridad», aunque sus atribuciones consistían en recopilar inteligencia en el extranjero y desarrollar las labores de espionaje en territorio nacional. Era una rama de las fuerzas armadas y estaba dirigida por el almirante Wilhelm Canaris. Cuando Guy Liddell, director del servicio de contraespionaje del MI5 y uno de sus agentes más preparados, intentó más adelante explicarse la incompetencia del Abwehr, manifestó estar sinceramente convencido de que Canaris era un agente a sueldo de los rusos.

Los nazis también contaban con un aparato de seguridad propio: el Reichssicherheitshauptamt o RSHA, dirigido por Ernst Kaltenbrunner e integrado en el imperio de Himmler. Estaba formado por la policía secreta de la Gestapo y su rama hermana del sector de la contrainteligencia, el denominado Sicherheitsdienst o SD, cuyas actividades se solapaban en muchas áreas con las del Abwehr. Una de sus figuras claves fue Walter Schellenberg, el asistente de Reinhard Heydrich, quien acabaría haciéndose cargo del servicio de recopilación de inteligencia en el extranjero del RSHA, el aparato que absorbió al Abwehr en 1944. El alto mando y las actividades de descifrado de códigos diplomáticos estuvieron liderados por el Chiffrierabteilung, comúnmente conocido como OKW/Chi, y el ejército contó con una nutrida rama de inteligencia de radio que al final pasó a ser el OKH/GdNA. El Ministerio del Aire de Göring disponía de una operación criptográfica propia, equivalente a la de la Kriegsmarine. La inteligencia económica quedó en manos del WiRuAmt, y el Ministerio de Exteriores de Ribbentrop reunía los informes enviados desde las embajadas en el extranjero. Guy Liddell escribió enojado: «Con nuestro sistema de Gobierno, nada podía evitar que los alemanes consiguieran cualquier información que precisasen[3]». Pero los complejos aparatos de inteligencia y contrainteligencia nazis se demostraron mucho más eficaces en la aniquilación de resistencia nacional que en el aprovechamiento de las fuentes extranjeras, incluso en los casos en que les llegaba algún dato útil.

Los departamentos de inteligencia franceses se hallaban en una posición inferior y, en consecuencia, disponían de escaso presupuesto. El pesimismo, sumado a la ignorancia, provocó que aquellos sobrestimasen

sistemáticamente el potencial militar alemán en, al menos, un 20%. František Moravec consideraba que los políticos habían bloqueado las políticas de seguridad francesas justo en vísperas de la guerra: «Parece que sus ansias de "saber" decrecen conforme aumenta el peligro nazi». El checo Moravec descubrió que sus homólogos franceses eran colegas desganados, aunque regresó de una conferencia interaliada con un regalo de un famoso criminólogo francés, el profesor Locarde de Lyon: un químico de revelado que se demostró muy útil para sacar a la luz escrituras secretas.

Desde el principio de los tiempos, los Gobiernos han podido interceptar las comunicaciones de otros gabinetes solo cuando los espías o las casualidades de la guerra desviaban físicamente el mensaje hasta sus manos. Ahora, sin embargo, todo había cambiado. La comunicación por radio era una ciencia que se remontaba poco más allá del siglo XX, pero en el lapso de treinta años se había transformado en un fenómeno universal. A continuación, a lo largo de la década de 1930, los grandes avances tecnológicos propiciaron una explosión mundial de las transmisiones. El aire zumbaba, silbaba y chisporroteaba cuando los mensajes, privados, comerciales, militares, navales o diplomáticos atravesaban países y océanos. Se hizo indispensable para los Gobiernos, para sus generales y sus almirantes transmitir la información y las órdenes operativas por radio a sus respectivos subordinados, buques y formaciones fuera del alcance de una línea telefónica fija. Para que aquellos intercambios se produjeran de forma segura, era imprescindible actuar con sensatez. La velocidad de transmisión-recepción de una señal debía ponderarse en razón de la complejidad del encriptado. Las unidades militares en primera línea del frente no podían disponer de máquinas de cifrado y, por tanto, empleaban los denominados cifrados de campo o de mano, de diversos grados de dificultad; el ejército alemán usó un sistema derivado del británico llamado doble Playfair.

Para los mensajes de alto secreto, el único código prácticamente inviolable era el que se basaba en el sistema del «cuaderno de un solo uso», una denominación que se explica en su mismo nombre: el emisor empleaba una combinación exclusiva de letras y/o números inteligible solo para un receptor que dispusiera de una fórmula de encriptado idéntica. Los soviéticos recurrieron mucho a este método, aunque sus emisores lo comprometieron en ocasiones al utilizar varias veces el mismo cuaderno, tal como descubrieron los alemanes en su beneficio. A partir de la década de 1920, algunas de las principales naciones empezaron a usar cifrados considerados impenetrables si se manejaban adecuadamente, porque el mensaje se generaba por medio de máquinas dotadas de un teclado electrónico que codificaba la información a partir de millones y millones de combinaciones posibles. La magnitud del reto tecnológico que representaban estas señales encriptadas a través de una

máquina enemiga no logró desanimar a ninguna nación en sus empeños por leerlas. Este desafío se erigió en el primer objetivo de la inteligencia durante la Segunda Guerra Mundial.

La estrella por antonomasia del Deuxième Bureau, el servicio de inteligencia francés, fue el capitán Gustave Bertrand, jefe de la rama criptoanalítica en la Section des Examens del ejército que se retiró del servicio para ocupar un puesto que ningún oficial de carrera con ambiciones habría deseado. Uno de sus contactos era el empresario parisino Rodolphe Lemoine, nacido Rudolf Stallman, hijo de un rico joyero berlinés. En 1918, Stallman adoptó la nacionalidad francesa; su pasión por el espionaje per se lo llevó hasta el Deuxième. En octubre de 1931, aquel remitió a París la oferta de un tal Hans-Thilo Schmidt, hermano de un general alemán, que se ofrecía para vender información sobre Enigma y superar así el bache económico en el que se encontraba. Bertrand aceptó y, a cambio de dinero en metálico, Schmidt despachó abundante material sobre la máquina, junto con sus claves de cifrado de los meses de octubre y noviembre de 1932. Luego, continuó a sueldo de los franceses hasta 1938. Puesto que estos sabían que los polacos también pretendían descifrar Enigma, ambas naciones llegaron a un acuerdo de colaboración: los criptoanalistas polacos se concentraron en la tecnología, mientras que los franceses se dedicaron a los textos encriptados. Bertrand tanteó también a los británicos, aunque al principio estos no demostraron interés.

En 1927, los desencriptadores británicos ya habían adquirido uno de los primeros modelos comerciales de Enigma y lo examinaban con reverencia. Tenían noticia de que, desde entonces, el sistema había ganado en complejidad gracias a la inclusión de un enrevesado sistema de cableado al que denominaban Steckerbrett, o clavijero. Ofrecía un número de posiciones para cada letra que ascendía a los 159 millones de millones de millones. Lo que el ingenio humano había diseñado había de ser, al menos en el plano teórico, accesible también para el ingenio humano. En 1939, sin embargo, nadie imaginaba aún, ni por un instante, que seis años más tarde la inteligencia hurtada en las ondas resultaría más valiosa para los vencedores, y más ruinosa para los perdedores, que cualquier informe realizado por todos los espías de las naciones beligerantes.

Los británicos: caballeros y jugadores

El MI6 contó con una reputación sin parangón entre el resto de servicios secretos. Aunque Hitler, Stalin, Mussolini y los generales japoneses compartían el escepticismo, si no el desdén, con que observaban la capacidad

del viejo león para combatir, miraban a sus espías con una reverencia desmedida e incluso continuaban convencidos de su omnisciencia. Las hazañas británicas en el ámbito de la clandestinidad se remontaban al siglo XVI, cuando menos. Francis Bacon escribió en su Historia del reinado de Enrique VII: «En cuanto a sus espías secretos, que él empleaba tanto en la nación como en el extranjero y mediante quienes descubría qué prácticas y qué conspiraciones se movían contra su persona, en su caso resultaban sin duda ineludibles». Sir Francis Walshingham fue el legendario jefe del espionaje de la reina Isabel I. Mucho más tarde llegaron novelas como Kim, de Rudyard Kipling, o personajes como Richard Hannay, de John Buchan, y los apuestos «héroes de vida nocturna» que jugaban partidas de ajedrez en nombre de Inglaterra, con un millar de piezas vivas sobre el tablero de los continentes. Un empleado del servicio secreto británico durante la guerra observó: «Casi cualquier agente con el que he coincidido en este negocio, ya sea en mi propio país o en el extranjero, veía en sí mismo algo de Hannay, igual que me sucedía a mí[4]». El insigne médico danés Niels Bohr contó al agente de la inteligencia científica R. V. Jones que se sentía feliz por estar cooperando con el servicio secreto británico porque «lo dirigía un caballero».

La inteligencia británica había salido con bien de la Gran Guerra. Los descifradores de códigos de la Armada británica, hombres como Dillwyn Knox y Alastair Denniston, que trabajaban para la «Sala 40» del Almirantazgo, proporcionaron a los comandantes abundante información relativa a los movimientos de las flotas alemanas en alta mar. La decodificación y la difusión pública del Telegrama Zimmermann de Berlín, en 1917, en que se aguijoneaba a los mexicanos para que estos llevasen a cabo una acción agresiva contra Estados Unidos, resultó crucial para propiciar la entrada de los estadounidenses en la guerra. A lo largo de los dos años posteriores al armisticio de noviembre de 1918, el servicio secreto se implicó profundamente en el frustrado intento de los Aliados para alterar el resultado de la Revolución Rusa. Aun después de haber abandonado esta empresa, la amenaza del comunismo internacional no dejó de representar uno de los principales desvelos de los servicios de espionaje y contraespionaje británicos.

Durante la crisis de entreguerras se recortaron los fondos de estos servicios. El MI6 sufrió un estancamiento difícil de comprender, tanto para los partidarios de Gran Bretaña como para sus enemigos. Hugh Trevor-Roper, el historiador que acabaría desempeñando labores de espionaje durante la guerra, escribió: «Los servicios de inteligencia extranjeros envidiaban al servicio secreto británico; era su modelo ideal… Gozaba de una reputación como fuerza invisible, implacable, similar al mundo espiritual platónico, capaz de operar en todo lugar. Para el Gobierno nazi, representaba a la par el

cocón y el ideal… La realidad… era notablemente distinta[5]». Los altos cargos del MI6 eran hombres de aptitudes modestas que ingresaron en la organización atraídos por la ilusión de reproducir el «gran juego» de Kipling y que, por lo general, habían hecho carrera en los cuerpos de la policía colonial.

Aparentaban ser funcionarios del control de pasaportes en las embajadas en el extranjero o manejaban el papeleo en las austeras oficinas centrales del servicio —irremediablemente sórdidas— emplazadas en los sótanos de St. James Park, en los edificios Broadway, un lugar de raída moqueta y bombillas desnudas. El MI6 no había perdido la extraña costumbre de pagar el sueldo de sus empleados en metálico y libre de impuestos, pero este resultaba tan exiguo que los agentes con miras a llevar una vida de clase media-alta —esto es, todos ellos— debían procurarse, sin remedio, otras fuentes de ingresos. Aunque el presupuesto de la agencia fue aumentando escalonadamente, desde las 180 000 libras esterlinas en 1935 hasta las 500 000 en 1939, se contrataba a pocos titulados universitarios, porque no resultaban del agrado de los jefes. El MI6, según contaba un especialista, estaba diseñado tan solo para recibir inteligencia, no para procurársela. Lo dirigía un círculo de agentes antiintelectuales convencidos de que su misión esencial, si no la única, consistía en combatir al comunismo revolucionario. Trasladar el acento a la monitorización de los nazis y los fascistas durante el prolongado período de preguerra conllevó arduas dificultades.

Algunos reclutas de aquella época demostraron no contar con la preparación adecuada para enfrentarse a las vilezas y falsedades connaturales al espionaje. El capitán de corbeta Joseph Newill, marino retirado a quien se destinó a Escandinavia en 1938 porque dominaba el noruego, se lamentaba a Londres: «¡Dudo tener la malicia y astucia naturales tan necesarias para este trabajo!». Newill se quejaba de que sus atribuciones le exigían un esfuerzo mucho más duro de lo que había sospechado. Comunicó disgustado al jefe de su base: «Tengo 52 años y no pienso matarme a trabajar durante toda mi vida». Pero continuó en el puesto y se las ingenió para cumplir con los relajados estándares de Broadway. El jefe de la base del MI6 en Shanghái, Harry Steptoe, operaba encubiertamente desde la posición de vicecónsul. Era un personaje desenfadado, algo jactancioso y gustaba de lucir bigote y monóculo. Cuando en una recepción se dejó ver con un traje de mezclilla verde y galones dorados, causó tal perplejidad en uno de los diplomáticos allí presentes que este preguntó si era aquel el uniforme de gala del servicio secreto británico. En su confinamiento en 1942, los japoneses descartaron la posibilidad de que un personaje tan cómico pudiera hallarse al frente de un servicio de espionaje, y en su lugar interrogaron brutalmente a un infortunado representante del British Council, cuyos conocimientos se

limitaban al ámbito de la cultura.

Broadway llevó a cabo denodados esfuerzos por reunir información reservada en el continente. En 1936, se fundó la Sección Z, un nuevo departamento del MI6 para la monitorización de Alemania e Italia, dirigido por Claude Dansey, antes soldado imperial y cargado de prejuicios reaccionarios, entre ellos la aversión hacia los estadounidenses. Esta sección, camuflada como empresa comercial, se convirtió en un feudo casi independiente, con sus oficinas en la Bush House, en la calle Strand de Londres. La mayor parte de sus fuentes eran ancianos rescatados, como el barón lituano William de Ropp que, durante más de una década, sacó a los británicos mil libras esterlinas anuales —una suma nada despreciable— a cambio de chismorreos sobre política alemana. Los nazis eran perfectamente conscientes de la función de De Ropp y por ello lo cebaban con lo que Londres quería oír. En agosto de 1938, el barón consideró que su vida clandestina comportaba demasiados riesgos y escogió un prudente retiro en Suiza.

La historia del ingeniero naval Karl Kruger tuvo un desenlace más lúgubre. En el período entre 1914 y 1939, consiguió para los británicos información ventajosa que les vendía al por mayor, pero desapareció del mapa un mes antes de estallar la guerra. Al final, Broadway anotó en su ficha: «agente supuestamente "muerto"», lo cual no es motivo de sorpresa, puesto que Kruger —como la mayoría de informadores alemanes del MI6— estaba destinado en la base de La Haya donde trabajaba también Folkert van Koutrik, a sueldo del Abwehr. Antes de la guerra, la mejor fuente de inteligencia humana con que contó el servicio fue Wolfgang Gans Edler zu Putlitz, un aristócrata homosexual que ejercía como agregado de prensa en la embajada alemana en Londres. Fue reclutado por Klop Ustinov —el padre del famoso actor—, un periodista nacido en Rusia que perdió su puesto en el periódico en 1935 a consecuencia de su ascendencia judía. Cuando Putlitz fue transferido a La Haya en 1938, Ustinov fue tras él a instancias del MI6 y más adelante, al destapar Folkert van Koutrik la operación británica en Holanda, Putlitz se apresuró a buscar asilo en Londres.

El flujo de inteligencia que llegaba desde el continente era poco abundante. El Ministerio del Aire se lamentaba por la escasez de material relativo al funcionamiento de la aviación en la Guerra Civil Española, una cuestión muy importante para los planificadores[6]. En Berlín, por otro lado, sir Nevile Henderson, el embajador británico, sentía tanto desprecio hacia el espionaje como tantos entre los de su oficio, de resultas de lo cual había negado a los «funcionarios de control de pasaportes» de Broadway la condición de diplomáticos. El MI6 también quiso dotar a sus informantes alemanes con equipos de radio, pero la mayoría mostraba cierta reticencia a

quedarse con ellos, puesto que si la Gestapo los descubría, el poseedor tenía la pena de muerte asegurada.

De forma muy esporádica, entre la montaña de basura que se acumulaba en los archivos de Broadway, aparecía una perla. En la primavera de 1939, un agente cuyo nombre en clave era «el Barón», con ventajosos contactos en la sociedad prusiana, indicó a su contacto Harry Carr, en Helsinki, que los alemanes estaban llevando a cabo negociaciones secretas con Stalin. En el mes de junio, completó esta información con otra misiva en la que sostenía que las conversaciones entre Berlín y Moscú prosperaban. Sin embargo, en Broadway desoyeron este sensacional indicio del inminente pacto nazi-soviético, que más tarde se supo extraído de los cotilleos entre los aristócratas del Ministerio de Exteriores alemán. A ojos de los altos cargos del MI6, el siniestro pacto entre Stalin y Hitler resultaba una fabulación absurda. Se perdió un gran beneficio: en primer lugar, porque el MI6 —como la mayoría de organizaciones de inteligencia— trataba a sus propias fuentes con cierto escepticismo inicial, muestra de prudencia en la mayoría de casos; en segundo lugar, porque lo que «el Barón» refería resultaba totalmente contrario a las suposiciones de sus superiores. En aquella época, y de hecho a lo largo de toda la contienda, el MI6 no dispuso de un aparato interno para analizar la información obtenida, si bien es igualmente cierto —como advertían sus dirigentes— que las potencias del Eje también carecían de él.

Checoslovaquia y Polonia ocuparon la línea de salida en la confrontación europea contra Hitler. El MI6 no demostró gran interés en colaborar con los servicios de inteligencia de estas naciones hasta marzo de 1939, cuando en el panorama estratégico se impuso un cambio radical: los Gobiernos británico y francés ofrecieron garantías de seguridad a Polonia. Broadway se reanimaba.

El 25 de julio, una delegación británica compuesta por un agente de la inteligencia naval, Alastair Denniston —el director de la Escuela de Código y Cifra—, y Dillwyn Knox, uno de sus descifradores más célebres, se reunió con el francés Gustave Bertrand, que no era criptógrafo pero sí un eficiente coordinador y diplomático, en un encuentro preliminar con sus homólogos polacos presidido por el coronel Gwido Langer en el centro de criptografía de los bosques de Kabackie, cerca de Pyry, al sur de Varsovia[7]. Las conversaciones del primer día, a medias en francés y en alemán, resultaron estériles. Knox, por razones que aún desconocemos, estaba de un humor pésimo y se mostró terriblemente incrédulo con respecto a la posibilidad de que los polacos tuvieran alguna información digna de ser escuchada. Parecía incapaz de comprender los métodos por medio de los cuales ellos aducían haber llegado al desciframiento que luego les permitió leer parte del tráfico naval alemán. Todos los grupos presentes respondían de forma ambigua con la intención de averiguar qué sabían los otros. Varsovia había decidido

involucrar a los británicos a raíz de las dificultades surgidas después de que, a primeros de enero, los alemanes integrasen un clavijero ampliado en sus Enigma, con diez entradas en lugar de siete, lo cual les había impedido continuar rompiendo el código. Durante el segundo día, el 26 de julio, el ambiente de la sala se había serenado. Los anfitriones condujeron a sus invitados al sótano donde les mostraron su «bomby», un rudimentario artefacto de computación diseñado para resolver múltiples posibilidades matemáticas. Acto seguido tuvo lugar el golpe de efecto: hicieron entrega a las dos delegaciones visitantes de réplicas que emulaban la Enigma, fabricadas por sus propios hombres. El recelo de Knox se desvaneció y la reunión terminó en un clima de buen entendimiento y respeto mutuo. Todo el mundo en Broadway reconoció la importancia del gesto polaco hacia sus aliados como una contribución en la lucha secreta contra los nazis. Hoy se habla de Marian Rejewski, estudiante de matemáticas en la Universidad de Varsovia y miembro del equipo de los bosques de Kabackie desde 1932, como una figura pionera entre quienes conquistaron los secretos de Enigma, pero otros fueron los responsables de hacer prosperar aquel triunfo y explotarlo, ahora en Gran Bretaña.

Stewart Menzies, por entonces segundo a bordo en el MI6, quedó tan impresionado ante el fruto del viaje a Polonia que se personó en la estación Victoria para recibir a Gustave Bertrand y examinar de cerca la réplica de Enigma. Knox obsequió a los polacos con unas bufandas estampadas con una reproducción de los corredores del Derby además de una carta de agradecimiento dirigida a los anfitriones, por su «paciencia y cooperación». Aproximadamente en la misma época, los polacos suministraron a los británicos cinco de los ocho rotores alternativos de Enigma. Faltaba aún mucho para desentrañar los misterios del funcionamiento de la máquina, en todas sus facetas, y haber acumulado la pericia necesaria que permitiría leer el tráfico de señales. Es cierto que el ingenio humano logró descifrar algunos mensajes alemanes en el invierno de 1939-1940, pero el torrente de encriptados no llegaría hasta 1941, tras la creación de una tecnología electromecánica revolucionaria. Pese a todo, la ayuda de franceses y polacos aceleró de forma radical los progresos de la Escuela de Código y Cifra, que había abandonado su sede en Londres para trasladarse a una casa de campo más segura. Poseer la herramienta de encriptación del enemigo permitió a los criptoanalistas vislumbrar la magnitud del reto al que se enfrentaban.

Hasta 1939, y en gran medida durante los dos años siguientes, la imagen que la inteligencia británica se hacía del mundo continuaba dependiendo de la inteligencia humint, es decir: de lo que transmitían los agentes en el extranjero. ¿Cumplió el MI6 con su responsabilidad de mantener informado al Gobierno de la amenaza que se gestaba en «Twelveland», la Alemania nazi

en la jerga de Broadway? El servicio secreto preparó incontables dossieres en los que sostenía que las ambiciones de Hitler a largo plazo se centraban en el Este, lo cual era, en esencia, correcto. Sin embargo, para desgracia de su credibilidad, en 1940 Alemania optó por deshacerse primero de las democracias occidentales. El MI6 no abrigaba la menor duda de que Hitler estaba llevando a cabo un apresurado rearme, pero insistía constantemente en que la base industrial desde la que aspiraba a emprender la guerra carecía de solidez. La responsabilidad de reunir datos económicos correspondía al Centro de Inteligencia Industrial (IIC), una rama cuya administración atañía desde 1934 al Foreign Office pero estaba dirigida por el comandante Desmond Morton, un oficial retirado del servicio secreto. En los «años de sequía», Morton transmitió a Winston Churchill —con el beneplácito del primer ministro Stanley Baldwin— detalles sobre rearme alemán que autorizaba al desoído profeta a vocear admoniciones al resto del mundo. En un gesto irónico, el comandante exageró hasta lo grotesco el crecimiento del aparato militar de Hitler: Morton jamás llegó a dominar bien la economía en general, menos aún la nazi.

Pese a todo, los historiadores modernos que juzgan los errores de la inteligencia británica en los años previos a la guerra desatienden algunas cuestiones muy relevantes. En aquellos días, pocos en el mundo eran capaces de comprender un análisis económico. El IIC acertaba al determinar que Alemania no disponía de suficiente preparación para resistir una contienda prolongada y que se hallaba en una situación vulnerable en tanto que dependía de mercancías importadas, el petróleo sobre todo. La economía alemana, tal como ha demostrado Adam Tooze, no era lo suficientemente vigorosa para dar respuesta al enorme reto que Hitler pretendía asumir: conquistar las sociedades más evolucionadas de la tierra. El PNB de Alemania no era superior al de Gran Bretaña y los ingresos per cápita de la población se situaban incluso por debajo. En 1939, el gasto armamentístico nazi había dejado el sistema financiero del país en unas condiciones lamentables. No obstante, elaborar un cálculo del potencial de la industria alemana, con el incentivo de una guerra en ciernes, habría superado las capacidades de cualquier servicio de inteligencia: incluso en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, los cerebros más privilegiados de las naciones aliadas fallaron en esta empresa. No cabía esperar que el MI6 adivinase las conquistas de Hitler, que aumentaron drásticamente su acceso al petróleo, a las materias primas y a la mano de obra esclava.

En el terreno de lo militar, ni el MI6 ni los departamentos del servicio lograron conocer en profundidad las nuevas tecnologías y tácticas desarrolladas por los enemigos de su nación, como tampoco sus límites: sobrevaloraron en extremo la capacidad devastadora de la Luftwaffe en las

ciudades británicas. En 1938, Broadway advirtió que los alemanes disponían de 927 bombarderos de primera línea capaces de realizar 720 salidas diarias y lanzar 945 toneladas de artillería, y el pronóstico de las posibles bajas se inflaba todavía más. (En este caso, la exageración rozaba el 50%). Las estimaciones de la War Office con respecto al ejército alemán fallaban en igual medida, sobre todo el cálculo del potencial de fuerzas movilizables. En 1939 se sugirió que Hitler controlaba ya el mayor aparato militar sostenible con sus recursos. El rearme, sumado al enorme gasto público, «había puesto a prueba la resistencia del pueblo alemán y la estabilidad del sistema económico hasta un extremo en que todo esfuerzo adicional implicaría el riesgo del desmoronamiento de la estructura completa».

En febrero de 1939, la Evaluación Estratégica esbozada por el Comité de Planificación Conjunta y presentada por los jefes del Estado Mayor indicaba que Gran Bretaña se hallaba en mejores condiciones que Alemania para sobrevivir a una contienda prolongada. Estaban en lo cierto, pero no advirtieron del peligro de que, en una situación inversa, si la guerra era corta, la nación sería derrotada. Lo que es más, jamás presionaron al Gabinete para que este tomase conciencia del atroz debilitamiento que padecía el Imperio Británico en el Extremo Oriente. Las tres ramas del servicio de inteligencia no mantenían contacto entre sí y, por tanto, no existía un equipo conjunto.

En lo tocante a la política, en noviembre de 1938, un agente del MI6 redactó un informe para el Foreign Office: «Ni siquiera los más próximos a Hitler, según afirma uno de ellos, sabe si aquel se arriesgará a iniciar una guerra mundial». Pocos meses más tarde, la credibilidad del servicio sufrió un grave revés cuando empezó a emitir avisos de que Alemania pretendía lanzar un ataque inminente contra la Europa occidental que se iniciaría en Holanda. El bochorno fue aún mayor por el hecho de que el Foreign Office había hecho partícipe de esta alarma al Gobierno de Estados Unidos. Uno de los receptores británicos, el señalado funcionario estatal sir George Mounsey, reprendió al MI6 de un modo tal que sus ecos resonaron por todo el Gobierno británico. El prestigio del Foreign Office se había visto empañado, sostenía aquel, porque había basado su proceder en «una información sensacionalista en extremo y muy inquietante, que [el MI6] no puede acreditar». Mounsey concedía poca importancia a las fuentes encubiertas, a los agentes cuyas murmuraciones habían propiciado la advertencia de Broadway: «Tienen una misión secreta y deben justificarla… Si no les llega nada de lo que informar, han de ganarse el sueldo encontrando algo… ¿Acaso vamos a depender hasta tal extremo de unos informes secretos que nos atan las manos en todos los sentidos?». Mounsey seguía con su propia hoja de ruta: continuar con la política de apaciguamiento asumida por Neville Chamberlain y lord Halifax, hacia quienes profesaba una asombrosa admiración. No obstante, su juicio

era el reflejo del escepticismo generalizado que se había instalado en los círculos más elevados con respecto al proceder de Broadway.

Gladwyn Jebb, del Foreign Office, por lo general crítico con el MI6, salió en esta ocasión en su defensa. Sin dejar de reconocer lo frustrante que podía resultar el trato con las organizaciones secretas, afirmaba que tampoco debía pasarse por alto el hecho de que sus agentes ya «nos advirtieron de la crisis [de Múnich] en septiembre [de 1938] y aceptaron el ridículo optimismo imperante hasta la toma de Checoslovaquia, tan avisada en los informes de nuestros oficiales [diplomáticos]». En diciembre de 1938, Broadway presentó algunas observaciones con respecto al Führer alemán muy certeras, en un momento en que el común de los diplomáticos y los políticos británicos se mantenían aún en la ilusión de que aquel era un hombre con quien se podría negociar. «Entre sus rasgos característicos —defendía el informe del MI6— se cuentan el fanatismo, el misticismo, la ausencia de piedad, la malicia, la vanidad, un humor entre la euforia y la depresión, ataques de rabia y resentimiento con ínfulas de superioridad moral y lo que no puede sino denominarse una vena de locura; sin embargo, también muestra gran tenacidad en la persecución de sus objetivos, que suele combinarse con una extraordinaria clarividencia. Es famoso por su acierto para escoger siempre el momento más oportuno y el método más adecuado para "salirse con la suya". A ojos de sus discípulos, y cada día más a los suyos propios, "el Führer siempre tiene la razón". Exhibe una inagotable seguridad en sí mismo, que ha crecido en proporción a las fuerzas de la maquinaria que ha creado; pero se trata de una confianza que se ha visto menos temperada en los últimos tiempos con la paciencia y la contención».

No resulta difícil hacer una lista de las deficiencias del MI6. Como la mayoría de sus servicios hermanos en el continente, en 1939 gozaba de poco prestigio en los círculos del poder y de poca influencia en la toma de decisiones políticas. No obstante, conviene ir un poco más allá y formular la siguiente pregunta: ¿Qué más podrían haber descubierto sus espías, de haber contado con más recursos y con un personal más inteligente? La respuesta más probable es: no mucho. Los informes del MI6 exponían, en la misma medida que el bombardeo diario de los titulares de los periódicos, el indiscutible rearme de Alemania. La War Office y Downing Street habrían agradecido una información detallada y precisa sobre las fuerzas armadas de Hitler, pero el interrogante cardinal, la incertidumbre básica, no radicaba en las capacidades de Alemania, sino en sus intenciones.

Resultaría desafortunado tachar de descuidada o improcedente a la inteligencia por el calamitoso fracaso de Gran Bretaña y Francia en sus previsiones con respecto a los nazis. Ambas naciones valoraron correctamente las opciones de Hitler para arremeter contra el Este o contra

Occidente. Difícilmente se puede responsabilizar al MI6 de no haber logrado anticipar con exactitud dónde o cuándo atacaría el dictador, siendo como era aquel un oportunista que se reservaba sus decisiones hasta el último momento. Sir Alexander Cadogan, subsecretario permanente en el Foreign Office, escribió mucho más tarde: «A diario nos veíamos desbordados por todo tipo de informes. Dio la casualidad de que estos eran los correctos; no disponíamos de los medios para evaluar su fiabilidad en el momento de recibirlos. (¡Ni tampoco podíamos hacer mucho!)»[8]. Más que el fracaso de la inteligencia, resultó determinante la falta de voluntad de las democracias: la negativa a reconocer que los nazis constituían una fuerza del mal irreconciliable que demandaba exterminio, por mor de la supervivencia de la civilización europea, en lugar de debate.

El grueso de la resistencia contra Hitler en Alemania, y de hecho en toda Europa, estaba integrado por comunistas que solo en los rusos veían a un pueblo capaz y deseoso al mismo tiempo de desafiar al fascismo. Todo cuanto dijeron e hicieron los Gobiernos de Francia y Gran Bretaña antes del estallido de la guerra ratificó este parecer. De este modo, quienes deseaban contribuir a la ruina del dirigente alemán se mostraban mucho más dispuestos a ofrecer el resultado de sus averiguaciones a Moscú que a Londres o París. Fue la pobre opinión que los antifascistas tenían de sir Neville Chamberlain la que acentuó su reticencia a ver en su propio país un escudo contra Hitler, no su imagen del MI6.

Resulta más plausible sostener que los diplomáticos británicos deberían haber expuesto las intenciones del dictador que esperarlo de sus espías. En tiempos de paz, los oficiales de inteligencia competentes podían cooperar con los Gobiernos para precisar de qué capacidades económicas, militares y tecnológicas disponían sus posibles enemigos, pero resultaría insólito que un servicio secreto hubiera contribuido con dosis de información fiable relativa a las intenciones del adversario. Los diplomáticos más eminentes deberían haber sido más perspicaces que los agentes de inteligencia. Su formación, su experiencia y el acceso a las fuentes debería haberles otorgado mayor capacidad para valorar el mundo que a los soldados de Broadway. Que Henderson, el embajador británico en Berlín, se permitiera pensar bien de Hitler durante tanto tiempo resulta más impropio que el hecho de que el MI6, con sus escasos recursos, no lograse anticipar al Gobierno el siguiente paso del Führer. No es descabellado pensar que si un antinazi alemán se hubiera presentado ante Henderson con información interna, este lo hubiera despachado de vuelta.

El almirante sir Hugh Sinclair —o «C», como se solía nombrar al jefe del servicio secreto— falleció inesperadamente en noviembre de 1939, tras dieciséis años en el cargo. Winston Churchill, a la sazón primer lord del

Almirantazgo, respaldó con insistencia la solicitud del contraalmirante John Godfrey, director de la inteligencia naval, para sucederlo en el puesto. Sin embargo, el asistente de Sinclair, el oficial de brigada Stewart Menzies, de cuarenta y nueve años, convenció al Foreign Office y al primer ministro de que Sinclair lo había escogido a él como legítimo sucesor, en su lecho de muerte[9]. Así es como recibió Menzies un legado para el cual no se lo juzgaba preparado. El noveno duque de Buccleuch, asistente de Menzies en su época en Eton, refirió a un amigo el asombro de los colegas de «C» al ver que «un hombre tan increíblemente estúpido había terminado en un puesto de aquella categoría». Hugh Trevor-Roper despreciaba a Menzies, al que veía como «un desconsiderado señor feudal, que vivía desahogadamente gracias a los ingresos obtenidos del trabajo de unos campesinos a quienes jamás había visto, mediante unas fincas que jamás había pisado».

Como tantos otros juicios personales del historiador, también este resultaba excesivo; pero, sin duda, Menzies se había formado en una mala escuela, no por lo que respecta a Eton, sino por su período de servicio en el equipo del general de brigada John Charteris, el insigne jefe de la inteligencia del mariscal de campo sir Douglas Haig, en el Frente Occidental. Las condecoraciones de la Orden del Servicio Distinguido y la Cruz Militar de Menzies demostraron que no le faltaba coraje. Sus habilidades sociales le bastaron para ganarse la confianza del general de división Hastings Ismay, apodado «Pug», que no tardó en convertirse en el jefe del Estado Mayor de Churchill y, en cierta medida, la del propio primer ministro. Pero «C» sabía muy poco del mundo exterior al que aspiraba espiar y en Broadway solo lo soportaba un puñado de subordinados aún menos inspirados que él.

En sus decisiones terciaba mucho la opinión de sus dos asistentes adjuntos, Valentine Vivian y Claude Dansey, que se profesaban un odio recíproco. Vivian era un exmiembro de la policía india a quien se había concedido el privilegio de representar un papel descollante en las labores para frustrar las maquinaciones del Comintern —la Internacional Comunista — en América del Sur y el Extremo Oriente; era, además, un intrigante de profesión con gran energía y pericia. Dansey, por su parte, se había trasladado a Berna en septiembre de 1939, donde pasó un breve lapso de tiempo para coordinar los contactos de inteligencia entre la Suiza neutral y Alemania. En aquella época surgieron numerosos informantes fraudulentos, entre los cuales destaca por su capacidad imaginativa, con gran diferencia, el refugiado alemán en Suiza que quiso vender un programa de movilización que él mismo había confeccionado tras hacerse con la lista de oficiales del ejército de su país. Una de las escasas fuentes útiles identificadas por Dansey fue el polaco-austríaco, el conde Horodyski. Este, a su vez, haría las presentaciones entre el británico y Halina Szymańska, la esposa del antiguo

agregado militar polaco en Berlín, ahora exiliado en Suiza. Ella se convertiría en uno de los conductos más rentables del MI6 gracias a sus contactos en el Abwehr. Más tarde, Dansey regresó a Londres, donde sus actuaciones influyeron en la fortuna del MI6 durante la guerra, casi siempre en su perjuicio.

En los años siguientes, el servicio secreto británico reclutó a numerosos agentes y contactos que realizarían unas pocas contribuciones provechosas y destacables para la causa de los Aliados, pero no lograron de sus jefes más que un respeto moderado. El estímulo de la guerra desencadenó una revolución en la inteligencia y propició uno de los triunfos más deslumbrantes de Gran Bretaña. No obstante, estos hechos no tendrían lugar en los edificios de Broadway, sino en una lóbrega ciudad de las afueras de Bedfordshire.

Los rusos: templos del espionaje

A última hora de la mañana del 23 de mayo de 1938, Pável Sudoplátov, del NKVD, se dejó caer por el restaurante Atlanta, en Rotterdam, y saludó a un líder nacionalista ucraniano con quien había trabado una estrecha relación, fingiéndose simpatizante de su causa. Sudoplátov, recién llegado a bordo de un mercante que había partido de Murmansk, entregó al hombre una preciosa caja de bombones adornada con el emblema de Ucrania. Ambos mantuvieron una breve charla en la que acordaron otra cita y, acto seguido, el agente de Moscú se despidió de su colega y salió a la calle. Se hallaba ya a una distancia considerable cuando oyó una fuerte explosión. Un temporizador había detonado la bomba en el interior de la caja de bombones y había acabado con la vida del nacionalista. Por aquel entonces, esta era una operación marcada con el sello del Centro en Moscú[10], un ejemplo en la incansable campaña para erradicar a los enemigos del Estado, a los traidores, reales o hipotéticos. El éxito de la misión le valió a Sudoplátov una reunión de cuatro horas con el policía secreto más valioso de Stalin, Lavrenti Beria, que lo destinaría a empresas de mayor calado, como el asesinato de León Trotski.

La Unión Soviética contaba con las organizaciones de inteligencia más activas y mejor dotadas del mundo: el GRU del Ejército Rojo y el NKVD, este último controlado por Beria desde diciembre de 1938. Los objetivos más importantes de Iósif Stalin, el dirigente del Kremlin, se centraban en la difusión del socialismo en el extranjero a través del Comintern y en conservar su poder frente a los enemigos nacionales y extranjeros. Para ambos cometidos se requerían espías en abundancia. A lo largo de la década de 1930,

Rusia adoptó una estrategia para ampliar su campo de acción —la implantación de agentes de penetración profunda— y sus objetivos —el triunfo del comunismo en todo el mundo— por encima de cualquier otra nación. Más adelante nos ocuparemos de evaluar en qué medida las energías y los fondos invertidos en aquella guerra secreta conllevaron algún beneficio real para la Unión Soviética. Por ahora baste decir que las redes de espionaje tendidas en Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón y Europa superaban con mucho a las de cualquier otra nación y así se demostró en sus acciones, de mayor o menor trascendencia. Cuando la policía japonesa arrestó a un agente soviético que llevaba una cámara Leica, los agentes de inteligencia de Tokio sintieron una triste envidia: ellos no podían permitirse equipar a sus espías con una tecnología tan sofisticada, ni remotamente. Era una época aquella en la que decenas de millones de rusos perecían de inanición, pero los agentes de Stalin gastaban lo que estimaban oportuno para comprar información y para asesinar a sus enemigos. Sembraron de cadáveres los caminos desde Suiza hasta México y crearon algunas de las redes de agentes más descollantes en la historia de la inteligencia.

La adicción rusa al espionaje y la conspiración se remontaba al origen de los tiempos. En 1912, cuando según las cifras oficiales Alemania invertía 80 387 libras esterlinas en sus servicios secretos, el presupuesto francés ascendía a 40 000 y el británico a 50 000, los rusos se permitían una suma total de 380 000 libras, a las que se añadían otras 335 000 destinadas a la policía secreta del zar. Los descifradores de códigos zaristas se anotaron algunos tantos reseñables y sus sucesores no fallaron a la tradición. En la década de los años treinta, el Cuarto Departamento del NKVD, la unidad de inteligencia de señales con el presupuesto más generoso del mundo, tenía su sede en el edificio del Ministerio de Exteriores, en el puente Kuznetsky de Moscú. Su jefe, Gleb Ivanovich Bokii, se forjó una reputación como asesino y depredador sexual que no iba a la zaga de la de Beria. Pese a que el equipo de Bokii jamás rompió los mensajes alemanes de Enigma durante la guerra, había gozado antes de éxitos notables, como proteger el protocolo secreto del Pacto Anti-Comintern de 1936 entre Alemania y Japón, un año antes de que su jefe se enfrentase a un pelotón de fusilamiento. Stalin leyó personalmente muchos de los mensajes codificados, como haría luego Churchill; confiaba en el trabajo de los decodificadores en la misma medida en que desconfiaba de la inteligencia recabada por los espías. El Kremlin exhibió una asombrosa despreocupación con respecto al número de bajas entre sus agentes, del mismo modo que hacía con sus soldados. En 1936, František Moravec, de la inteligencia checa, recibió una propuesta por parte de los soviéticos para que su servicio ofreciera formación intensiva en materia de espionaje a un centenar de rusos, a quienes luego se destinaría a Alemania. Moravec objetó

que aquellos agentes en ciernes se enfrentarían a una masacre irremediable. Su contacto en Moscú masculló: «En ese caso, mandaremos a otros cien».

La Unión Soviética gozaba de una ventaja determinante para erigir su imperio de secretos. Aunque el fascismo ganaba partidarios por millones en Alemania, Italia y España, jamás logró equipararse a la llamada universal del comunismo en las décadas previas a la revelación de su verdadera y sangrienta naturaleza. En todas las naciones, hombres y mujeres sesudos y cultos, movidos por ideales nobles y una ingenuidad infinita hacían cola para traicionar los secretos de sus propias comunidades en aras de lo que ellos estimaban una causa superior. Desde Moscú partieron centenares de hombres y mujeres que coordinarían las redes de agentes en Japón, Estados Unidos, Alemania, Francia y otras naciones europeas. El NKVD consiguió infiltrarse a las mil maravillas en el Ministerio de Exteriores francés y citaba con asiduidad los despachos de sus embajadores. Muchos de sus informadores vivían en el engaño de que sus secretos no iban destinados a los soviéticos sino al Comintern, que no era sino el buzón del Kremlin.

Pável Sudoplátov se convirtió en uno de los títeres protagonistas de las danzas macabras del Kremlin. Nacido en 1907, en la familia de un molinero ucraniano, participó en las labores de cifrado del Ejército Rojo antes de ingresar en el servicio de seguridad bolchevique. Durante sus años de adolescencia, Sudoplátov estableció una red de informadores en Melitópol, su ciudad natal. El cometido en la policía secreta pasó a ser cuestión de familia cuando, en 1928, contrajo matrimonio con Emma, una oficial superior de origen judío que ocupaba un puesto de mayor rango que el suyo en la OGPU, antecesora del NKVD. Antes de su destino en Alemania, donde fingió ser un nacionalista ucraniano «ilegal», recibió instrucción del departamento de exteriores. En los años siguientes, llevó una vida errante por Europa y pasó un mes en una prisión de Helsinki. Solo vio a su esposa en una ocasión en que esta se presentó en París como correo. En 1938 visitó España y describió la guerra civil como «el parvulario para nuestras operaciones futuras». Ya en un momento temprano de su relación con Beria, Sudoplátov advirtió una curiosidad: el más terrible en la policía secreta soviética hacía gala de una escrupulosa cortesía con los pequeños —los funcionarios más jóvenes— mientras que abordaba a los mayores —sus rivales en la jerarquía del Kremlin— con una hiriente rudeza. «Beria contaba con una capacidad especial para inspirar al tiempo miedo y entusiasmo», escribió.

Sudoplátov se convirtió en uno de los más devotos servidores del jefe del espionaje; con la ayuda del fallecimiento de sus rivales, escaló desde el trabajo de campo a las mesas de los despachos directivos. Entre 1937 y 1939, miles de oficiales de inteligencia de todos los rangos murieron ante pelotones de fusilamiento o fueron confinados en el Gulag. Stalin la emprendió contra

los servicios de inteligencia en el transcurso de una reunión del Consejo Militar Soviético en unos términos que rozaban la parodia: «Hemos derrotado a la burguesía en todos los frentes. Solo en el de la inteligencia nos ganan, como a niños pequeños. He aquí nuestra principal flaqueza… Nuestro servicio de inteligencia… está corrompido por los espías. [Sus jefes] trabajaban para Alemania, para Japón, Polonia, para cualquiera excepto nosotros… Debemos recuperar el servicio de inteligencia. Él es nuestros ojos y nuestros oídos». En su demencia, Stalin no solo insistía en ejecutar a montones de oficiales superiores del GRU y el NKVD, sino que también pretendía interrumpir las relaciones del Centro de Moscú con sus informadores sobre el terreno, a quienes tachaba por millares de soplones fascistas. El caos que se siguió afectó a los distintos departamentos y regiones cada uno en su medida, pero algunas redes quedaron paralizadas hasta 1941, si no por más tiempo. Tras el derrumbe del nazismo, un exoficial del NKVD se encontró en Viena con una de sus antiguas fuentes alemanas, uno de los muchos con quien había perdido contacto siguiendo las órdenes de 1938. Ahora, el alemán preguntó a su colega: «¿Dónde diablos estuvo usted durante la guerra? ¡Fui el ordenanza personal del general Kesselring!».

Entre los más señeros mentores del NKVD en el extranjero destacaba Theodore Maly, un húngaro que en su juventud había pertenecido a una orden monástica católica. Cayó preso siendo oficial del bando Habsburgo en 1916, se unió a los bolcheviques y abjuró de Dios. En 1936, fue destinado a Londres, donde más tarde muchos de sus informadores allí manifestarían el respeto y afecto que su persona había despertado en ellos. Pero en 1938, Maly figuraba en las listas de los que debían regresar a Moscú para afrontar el fusilamiento por supuesta traición, como también le sucediera al igualmente talentoso residente del NKVD en Roma y a unos cuantos más instalados en Berlín. La pregunta es ineludible: ¿Por qué un oficial lúcido y perspicaz obedece la orden de regresar, cuando sin duda podría haber interpretado el augurio? La respuesta más admisible es que aun en aquellos días de sangre y locura, los adeptos al ideal socialista, como era el caso de Maly, conservaban una fe inquebrantable en el sistema soviético, hasta el punto de admitir la fatalidad si se decretaba su muerte.

Muchas rodillas rusas se hincaron en las Purgas. Sabemos del fusilamiento de treinta y nueve altos oficiales del GRU, veteranos de la inteligencia, y otros tantos en proporción cayeron en el NKVD. Pável Sudoplátov sobrevivió a una investigación y a la amenaza de ser expulsado del Partido; más tarde, pensó que tal vez la protección había llegado directamente de Stalin. Encaramado sobre el montón de cadáveres, consiguió una mesa propia en el edificio de la Lubianka, situado en la calle 2 L, y más conocida por sus ocupantes como «Dom Dva», el «Número Dos», un

pavoroso lugar para los transeúntes y los presos que atravesaban su umbral. Como todos los que medraban en el atroz universo estalinista, Sudoplátov aprendió a considerar normal lo grotesco, se familiarizó con lo indecible. En las conversaciones caseras, por ejemplo, él y Emma jamás se apartaban del estricto guión hogareño, porque daban por hecho que toda palabra que pronunciasen quedaría registrada en las escuchas de Beria. Mucho después, en una autobiografía aparentemente semicierta, escribió: «Acepté la brutalidad y el rígido orden característico de nuestra sociedad centralizada; parecía el único método de proteger al país, asediado por los enemigos alemanes, polacos y japoneses[11]».

Paralelamente, en alguna otra parte del bosque, un agente del GRU que acabaría cobrando notoriedad, si no fama, por su asociación con la Orquesta Roja alemana —la extraordinaria red de espionaje que describiremos más adelante—, estaba echando raíces en el extranjero. Anatoli Sukolov-Gurévich, nacido en Járkov en noviembre de 1913, era hijo de un matrimonio de farmacéuticos judíos. Empezó a trabajar en 1929 en una fábrica como aprendiz de delineante, y odiaba su vida. Desde el principio, como la mayor parte de ciudadanos soviéticos, se habituó al secretismo obsesivo, según testimonia en sus memorias: «Aprendí a ocultar mis sentimientos y mis preocupaciones a los más allegados, a los más queridos, a mis amigos, y a todo el mundo en realidad». Desesperado por no fundirse en la masa, siendo aún muy joven ingresó en el cuerpo de funcionarios comunistas y, de algún modo, consiguió un puesto como profesor especializado en cuestiones militares en la escuela para guías del Intourist de Leningrado y luego pasó a servir en la inteligencia.

En 1937 fue reclutado para viajar a España con el grupo militar soviético en auxilio del asediado Gobierno republicano. Gurévich disfrutó de sus aventuras en España. ¿Cómo no, sabiendo lo que era vivir en una fábrica soviética? Podía vestir con una elegancia inimaginable en su país, y a partir de entonces contrató a un sastre de Varsovia. Se dio un paseo en submarino, viajó por Francia y aprendió a hablar español, alemán y francés de corrido. A su vuelta en Moscú, fue escogido para recibir instrucción como agente del GRU en el extranjero. Cuando mucho más tarde se le preguntó si su ingreso en los grupos criminales del servicio secreto soviético le había causado alguna inquietud, como antes hiciera Sudoplátov, se encogió de hombros y afirmó que su país estaba rodeado por el enemigo; en aquel momento, creía que sus defensores solo cumplían con su deber.

Su jefe, el adusto y orejudo veterano de la inteligencia, el comandante Simon Gendin, le preguntó si tenía previsto un matrimonio que pudiera complicar su futura carrera en ultramar. Gurévich comentó que ya estaba enfrascado en una relación con una chica llamada Lialia, a la que había

conocido cuando ambos trabajaban en España y que en aquel momento era intérprete del Intourist. Gendin indicó al personal a su servicio que incluyeran el nombre de aquella chica en la escueta lista de íntimos con quien Gurévich podía mantener correspondencia, aunque la relación se rompió —como tantas otras— en los años siguientes. Al graduarse en la escuela de espionaje del GRU, Gurévich manifestó abrigar dudas con respecto a su capacidad como codificador y operador de radio: carecía de un oído sensible para el Morse. Gendin lo tranquilizó: no necesitaría una pericia en el campo de la radiofonía, puesto que estaba destinado a convertirse en recopilador de inteligencia y mentor.

Gurévich recibió indicaciones para viajar a Bruselas, donde trabajaría en colaboración con otro agente soviético al que se dio el nombre en clave de «Otto», y luego se instalaría en Suecia una vez familiarizado con sus cometidos y tras haber adquirido cierto dominio de la lengua. Aprovecharía sus conocimientos del español para esconderse tras la identidad de «Vicente Sierra», un próspero empresario con pasaporte uruguayo. Durante los tres años siguientes, Moscú lo proveyó de fondos para que pudiera llevar un estilo de vida oportunamente suntuoso. Si bien es cierto que, siguiendo las indicaciones de sus mentores, había aprendido a usar sombrero y guantes, símbolo de honorabilidad entre la burguesía, más adelante Gurévich protestaría porque no había sido instruido para codearse en sociedad. Al registrarse en un elegante hotel de Helsinki, en la primera etapa de su viaje a Bélgica, quedó perplejo cuando el botones cogió su maleta y la subió a la habitación; en su corta andadura por la senda de la vida, jamás había dispuesto de semejantes atenciones personales. Ahogó también un grito de asombro al encontrarse ante el buffet libre del comedor, que al principio le pareció un banquete en lugar del almuerzo diario para los clientes del hotel. Más tarde, en Bruselas, en sus desmañados intentos para acceder a los círculos sociales relativamente distinguidos, hubo de sobrellevar un considerable bochorno cuando un conocido lo tomó en un aparte y le aclaró que solo los camareros llevaban pajarita blanca con el esmoquin. «Ignoraba por entero todas estas sutilezas», escribió avergonzado.

«Otto», el agente soviético a quien se unió Gurévich en Bruselas, era Leopold Trepper. Había nacido en 1904, en la familia de un tendero gallego, y fue una de las figuras clave en las operaciones de la inteligencia rusa en Europa; con el tiempo, se convertiría en un legendario héroe soviético. En sus años de juventud, Trepper coordinó una red en París que los franceses destaparon en 1933. Huyó entonces, primero a Alemania y luego a Rusia, donde empezó a trabajar para los jefes del espionaje estalinistas al tiempo que mantenía un segundo empleo como editor de una publicación judía. A principios de 1939, fue destinado a Bruselas, a lo que se consideraba una base

segura desde donde transmitir la información recabada por la red del GRU en Alemania. El centro se jactaba de llevar a dos agentes primordiales en Berlín: Ilse Stöbe, empleada en el departamento de prensa del Ministerio de Exteriores de Ribbentrop, y al diplomático Rudolf Shelia. Trepper operaba con el pasaporte del canadiense Adam Mikler, robado durante la Guerra Civil Española. Se había casado y tenía dos hijos, pero solo uno lo acompañó a Bruselas; Mijaíl, de siete años, se quedó en Moscú. Entre sus fuentes en la Europa occidental, Trepper se ganó el nombre de «le grand chef», mientras que Gurévich se quedó con el de «le petit chef». Las historias soviéticas elogian sin cortapisas la red de Trepper, por los servicios que esta prestó a la causa socialista; Stöbe y Mikler la usaron abiertamente como oficina de correos para transmitir sus mensajes. Sin embargo, no parece plausible que Trepper consiguiera reclutar a informadores útiles. Los triunfos más señalados de los agentes del GRU en Bélgica se limitaban a no caer presos, despertar algunas simpatías y recrear un estilo de vida que legitimase sus fraudulentas historias.

A partir de 1941, Moscú concedió mayor importancia a las organizaciones del GRU con sede en Suiza. En el futuro, estas constituirían un canal de envíos al Kremlin desde las fuentes berlinesas apenas concebible para los mentores occidentales. Rachel Dubendorfer, de origen alemán, fundó una de estas redes en 1937. Otro grupo más numeroso, el que daría en llamarse «red de Lucy», estaba dirigido por «Dora», el doctor Aleksandr Radó, un «durmiente» que a instancias de sus jefes pasó casi tantos años de letargo como la Bella del cuento. Radó, un húngaro que había demostrado tener inclinaciones marxistas desde sus años de juventud, prestó servicio durante el Terror Rojo de 1919 en Budapest. Forzado a huir después de que el almirante Horthy impusiera la dictadura en su país, pasó un tiempo al frente de un grupo de la Resistencia emigrada en Viena. Más tarde, se esfumó y apareció en Moscú, donde fue instruido por los servicios de inteligencia y se le consideró lo bastante importante para ser presentado ante Lenin. Destinado en la Europa occidental, operó como agente en Berlín y en París, simulando ser corresponsal de la agencia de noticias soviética TASS. Contrajo matrimonio con una comunista alemana con quien tuvo dos hijos y trató de instalarse en Bruselas, pero las autoridades lo devolvieron sin contemplaciones y le encasquetaron un buen expediente. Cambió su anterior sede por otra en Suiza, donde su antigua pasión por los mapas lo llevó a fundar una editorial cartográfica que pronto empezó a generar beneficios.

La policía suiza lo mantuvo vigilado un tiempo, pero no tardó en llegar a la conclusión de que aquel hombre era lo que aparentaba —un cuarentón de vida tranquila, que solo pretendía ganarse el dinero honradamente— y se olvidó de él. Uno de los operadores de radio de Radó —un británico de

nombre Alexander Foote— lo describía en estos términos: «Con sus afables ojos que parpadeaban tras los lentes, tenía exactamente el mismo aspecto que casi cualquier viajero de un tren de cercanías en cualquier rincón del mundo». Moscú ordenó a su hombre que permaneciera inactivo hasta que Europa empezase a tronar y Radó se instaló felizmente entre sus mapas, que le permitían ganarse el sustento y reducir al mínimo el uso de los fondos del GRU. En la época de las Purgas, Moscú requirió la presencia de su contacto y Radó pasó un tiempo sin tener noticia de sus superiores. En aquel período, aprovechó para trabar algunas amistades locales de utilidad, en algunos casos con comunistas, aunque no siempre. Uno de ellos era el socialista suizo Otto Punter, un admirador de la Unión Soviética que se había esforzado en pro de la causa republicana en España. Punter estableció contactos con algunos emigrados alemanes en Suiza, como el barón Michel von Godin, y en Alemania. Von Godin reclutó al agregado de prensa francés de Vichy, Louis Suss, cuyo nombre en clave era «Salter». El agregado de prensa chino, Pao Hsien Chu —«Polo»—, fue otra de sus fuentes y Punter también se relacionó con algunos católicos locales influyentes.

El camarada de Radó, Alexander Foote, siempre se presentó como un aventurero, más que un ideólogo comunista. Un joven inglés de cara ancha y redonda, con lentes, de aspecto algo dejado, regresó de su servicio en España con la Brigada Internacional en septiembre de 1938. A los pocos meses, uno de los reclutadores de Moscú le ofreció un puesto, indefinido, para servir a la causa obrera en Suiza. No faltaron los tintes melodramáticos. Obedeciendo instrucciones, Foote se presentó a mediodía en la oficina principal de correos en Ginebra, con una bufanda blanca y un cinturón de piel. Se le acercó una mujer que satisfacía su parte del procedimiento de identificación llevando una bolsa de la compra de cuerda y una naranja. Esta le preguntó, en inglés, dónde había comprado el cinturón a lo que su interlocutor respondió el disparate acordado: en una ferretería de París[12]. Cuando este a su vez interrogó a la mujer sobre dónde comprar una naranja como la suya, ella se presentó. Era Ursula Hamburger[13] del GRU o «Sonja»; Foote se congratuló al descubrir que su contacto no era un comisario rechoncho, sino una atractiva mujer en la treintena, con una «hermosa silueta y unas piernas aún mejores». Esta despampanante figura era la hija de un economista berlinés. A los once años había realizado algunos trabajos como actriz infantil y luego se lanzó a su carrera alternativa en el espionaje. Contaba con una sobresaliente trayectoria en China, por la cual había sido condecorada con la Orden de la Bandera Roja.

Hamburger dio instrucciones a Foote de trasladarse a Múnich, establecerse allí, aprender alemán y conseguir un círculo de amistades. Le hizo entrega de 2000 francos suizos y le indicó que volverían a encontrarse en

Lausana pasados tres meses, también en la oficina de correos. El tiempo pasó y su estancia en Alemania transcurrió sin incidentes dignos de mención salvo la ocasión en que Foote pudo ver a Hitler comiendo en un restaurante. En la siguiente entrevista, se le comunicó que había pasado a depender del GRU, en calidad de «colaborador», con un sueldo de 150 dólares estadounidenses mensuales, además de una prudente minuta de dietas. Se le asignó el nombre en clave de «Jim» y distintos recursos para establecer contacto si, por cualquier motivo, «Sonja» desaparecía; luego regresó a Múnich, con un anticipo en metálico de 900 dólares. En aquel tiempo no sucedió nada destacable, hasta que en el mes de abril de 1939 recibió la visita de Len Brewer —un antiguo camarada de la Brigada Internacional de España, hijo de padres alemanes pero nacido en Gran Bretaña— que Foote presentó a Hamburger y fue reclutado con prontitud. En agosto volvió a reunirse con su contacto, esta vez en casa de ella, en un chalet situado en Caux-sur-Montreux, donde la mujer llevaba una vida insospechadamente hogareña y burguesa con sus dos hijos, Maik y Janina, y una niñera alemana de avanzada edad. Foote quedó desconcertado ante la despreocupación de su anfitriona, que dejaba piezas de su transmisor de radio esparcidas por la casa, a la vista de todos.

El círculo del GRU en Suiza experimentó la misma conmoción que tantos otros comunistas en el mundo tras la firma del pacto nazi-soviético en agosto de 1939. Foote advirtió que Hamburger estaba aún más afectada que él; que había perdido la fe en la omnisciencia del Partido: «Creo que, a partir de entonces, dejó de abordar su trabajo en cuerpo y alma», lo que no es admisible, teniendo en cuenta sus posteriores cometidos como correo del espía atómico Klaus Fuchs y que murió declarándose una estalinista convencida[14]. Desesperada por abandonar Suiza, se había divorciado de su esposo y se casó con Len Brewer. Según Foote, el enlace se inició como un mero convenio para conseguir un pasaporte, pero con el tiempo la pareja terminó enamorándose. Sus planes se vieron momentáneamente amenazados por la desafección de su sirvienta, Lisa, que telefoneó al consulado británico para denunciarlos anónimamente como espías comunistas. Pero la joven hablaba un inglés tan macarrónico que nadie la entendió al otro lado de la línea o, al menos, nadie la tomó en cuenta.

Días antes del estallido de la guerra, Foote acababa de subir a un tren con destino a Alemania, una vez más, cuando de repente vio a su contacto, que se le acercaba por el vagón a la carrera justo en el momento de partir, y le daba indicaciones para que se apease de inmediato. Habían llegado nuevas órdenes desde Moscú: la guerra era inminente; debía permanecer en Suiza. En el período que se siguió, la «red de Lucy» permaneció inactiva y Foote y Brewer pasaron el tiempo aprendiendo a manejar un transmisor de radio de

onda corta en su alojamiento en la pequeña pensión de Montreux. Hicieron prácticas con el aparato de Hamburger, aunque el hecho de que este permaneciera enterrado en el jardín durante las transmisiones no resultó de gran ayuda; a continuación, quedaron a la espera de recibir los mensajes que debían transmitir a Moscú.

Mientras las redes suizas del GRU se iban tejiendo, las fuentes alemanas del Centro ya producían información de gran calidad. Un día de 1929, un exmiembro de la policía berlinesa llamado Ernst Kur reclutó al primer músico de lo que acabaría conociéndose como la «Orquesta Roja» cuando este se presentó en la embajada soviética. Kur había ofrecido sus servicios como informador y el residente local del NKVD lo había admitido al punto y le había asignado el nombre de agente A/70. Según parece, el berlinés había sido expulsado del cuerpo de la policía, además de ser un patán y un camorrista al que no pocas veces se veía bebido, pero contaba con un aliado clave en la rama de la contrainteligencia al que los rusos pronto conocieron como agente A/201. El 7 de septiembre, Moscú hizo llegar un mensaje a su base de operaciones en Berlín: «Estamos muy interesados en su nuevo agente, el A/201. Nuestro único temor es que se encuentran ustedes en un trance muy peligroso, donde la menor indiscreción por parte de A/201 o A/70 podría desencadenar un sinfín de infortunios. Estimamos necesario considerar la posibilidad de establecer un canal de comunicación especial con A/201». Las investigaciones desvelaron que A/201, un oficial llamado Willy Lehmann, fue quien propició el acercamiento de Kur a los rusos, al usarlo como mediador durante sus sondeos.

Lehmann había nacido en 1884 y pasó doce años en la Marina del Káiser antes de ingresar en el cuerpo de la policía. En su ficha del NKVD se le alababa el carácter, aunque también constaba la existencia de su Florentina Liverskaya, amante desde hacía mucho tiempo, una modista de treinta y ocho años que vivía y trabajaba en el número 21 de la Blumenstrasse. Se la describía, no sin cierta ruindad, como a una pelirroja de baja estatura y cara rolliza. Cuando Kur empezó a utilizar los fondos de la embajada soviética para costearse sus extravagantes francachelas etílicas, Lehmann y su contacto convinieron en que este intermediario, ahora innecesario, debía ser suprimido. En 1933, en un gesto impropio para el Centro por lo sensible, en lugar de arrojarlo a las vías del tranvía, se reasentó al disoluto expolicía en Suecia, donde pasó el resto de sus días atendiendo su pequeño comercio y, de forma ocasional, pasando información.

Lehmann, conocido con el nombre en clave de «Breitenbach», acabaría figurando entre los agentes alemanes más valiosos para Moscú. Durante un tiempo, su responsable fue Vasili Zarubín, una brillante figura del NKVD.

Nacido en 1894, estaba dotado de una inteligencia excepcional y era una persona afable aunque en gran medida autodidacta. Zarubín sirvió sucesivamente en China y en Europa como «ilegal», en los últimos años escondido tras la identidad de un ingeniero checo. Aquel hombre sociable y alegre —pero con las manos terriblemente manchadas de sangre— y capaz de hablar varias lenguas, estableció una cordial relación con Lehmann. Aunque en ocasiones Zarubín entregaba al policía modestas sumas de dinero, Lehmann jamás demostró ser codicioso y parecía colaborar gustosamente con los rusos movido por el mero disgusto que sentía hacia el Gobierno de su propia nación; una animadversión que no hizo sino agravarse con la llegada de los nazis al poder.

Lehmann proporcionó a Moscú detalles sobre la estructura y las actividades de diversas organizaciones de inteligencia alemanas y advirtió de algunas operaciones que se preparaban contra los intereses soviéticos. Suministró muestras de los códigos del Abwehr y pasó chismorreos sobre las luchas del poder nazi. En su último período trabajó en el Cuarto Departamento de la Gestapo, controlada por Himmler en última instancia, y fue el responsable de seguridad en algunas plantas de defensa especialmente delicadas. De este modo, por ejemplo, pudo participar en 1935 en las pruebas realizadas en Peenemünde con los primeros cohetes alemanes, de las que preparó un informe que llegó hasta Stalin. Consiguió también abundantes datos sobre otros desarrollos tecnológicos, militares y navales. En la década de 1930, cuanto más apretaban el puño los nazis, más nervioso se sentía Lehmann, que ardía en deseos de establecer contacto con Zarubín o, en realidad, con cualquier agente soviético. Pasó un tiempo bajo vigilancia debido a una extraña coincidencia. Una mujer riñó con su amante y lo denunció a las autoridades por espía ruso: resultó ser un agente de la Gestapo que también se llamaba Lehmann. Al final se destapó la confusión y «Breitenbach» pudo librarse de su nueva sombra. Pero en 1935 solicitó un pasaporte falso, por si hubiera de organizar un regreso apresurado, que le fue suministrado debidamente. Cuando Zarubín informó de que Lehmann había caído gravemente enfermo, la noticia desató el pánico en Moscú: el Centro declaró que se debía mantener con vida, a toda costa, a su más preciada fuente alemana y que el NKVD debería correr con los gastos médicos si existía algún modo para blanquear el dinero. «Breitenbach» se recuperó.

Aquel mismo año, algo más tarde, el GRU decidió inopinadamente desmantelar sus redes alemanas en medio de la implacable persecución nazi de los identificados como comunistas y empezó por arriba. Tanto el jefe de las estaciones en Berlín como su adjunto fueron llamados a Moscú y eliminados. A principios de 1937, Zarubín, del NKVD, también estuvo en la mira de las Purgas. Se le ordenó regresar a casa y allí sostuvo una entrevista con Beria en

la que fue acusado de traición. Concluido el interrogatorio, no fue ejecutado ni liquidado —en contra de la costumbre habitual— sino degradado. Pasó un tiempo en Moscú, prestando servicio como asistente del agente de inteligencia en ciernes, Vladimir Pavlov.

Antes de la abrupta marcha de Zarubín de Berlín, este trasladó la responsabilidad de «Breitenbach» a una mujer llamada Clemens, miembro de su equipo. Ella apenas hablaba alemán, pero no había nadie más disponible, y Zarubín esperaba regresar pronto. Los acontecimientos se desarrollaron de tal modo que Clemens tuvo que asumir las obligaciones propias de aquella relación e intercambiar los sobres de datos y órdenes, que luego se transmitían a Ruben, otro ilegal del NKVD que acabaría siendo el único superviviente de la rama de Berlín después de que las Purgas se empezasen a cobrar más y más víctimas; el comandante Simon Gendin, del GRU, que había destinado a Gurévich a Bruselas, fue fusilado en febrero de 1939.

Zarubín, en Moscú, consiguió mandar una nota a «Breitenbach» en la que le aseguraba que sus amigos no le habían olvidado; que debía continuar adelante con sus actividades de inteligencia, pero extremando la cautela. El oficial de la Gestapo le respondió: «No hay motivos para que me preocupe. Estoy convencido de que ellos [los del Centro en Moscú] también son conscientes de que aquí se funciona de forma responsable y se hace lo que se puede. Hasta la fecha, no se hace imprescindible ninguna visita de allí. Le informaría en caso de que fuera necesario». Sin embargo, la impaciencia y la frustración de Lehmann crecían a medida que el silencio del NKVD se prolongaba. Mandó otro mensaje a Zarubín vía Clemens: «En el momento en que estaba preparado para hacer buenos tratos, la empresa de allí dejó de interesarse en hacer negocios conmigo, por razones que ignoro totalmente». Zarubín respondió en un tono tranquilizador diciendo que «la empresa» valoraba enormemente su trabajo y le rogaba que continuase en activo, cosa que hizo hasta noviembre de 1938. Pero entonces, cuando la maquinaria de la inteligencia soviética quedó paralizada por sus convulsiones internas, «Breitenbach» y Moscú perdieron el contacto: la relación no se reavivó hasta el otoño de 1940.

Willy Lehmann no fue en modo alguno la única fuente alemana de Moscú, ni tampoco continuó siendo la más importante. Un día de 1935, un oficial de la Luftwaffe llamado Harro Schulze-Boysen, que había ostentado un alto cargo en el Ministerio del Aire de Hermann Göring, contactó con la embajada soviética en Berlín para ofrecerle información, que fue aceptada de inmediato. Se le asignó el nombre en clave de «Cabo» y la ficha 34122 del NKVD. Schulze-Boysen era un socialista acostumbrado al lujo, hijo de una elegante familia berlinesa con tintes de intelectualidad: entre sus antepasados se contaba el almirante Tirpitz. Desde su despacho en el Ministerio del Aire,

estableció contactos en el departamento de comunicaciones del Estado Mayor, con algunos agentes del Abwehr y con Hans Henniger, inspector gubernamental del equipamiento de la Luftwaffe. En su boda en 1936, Göring entregó a la novia, la hermosa y entusiasta Libertas Haas-Heye, que durante un tiempo había trabajado como agente de prensa en Berlín para la Metro Goldwyn Mayer. Ahora, ella compartía con su esposo sus convicciones políticas y la carga de sus sacrificios por la Unión Soviética, y la cama con una legión de amantes.

Aproximadamente en las mismas fechas, pero de forma independiente, un alto funcionario del Ministerio de Economía, Arvid Harnack, se puso en contacto con la embajada soviética y fue reclutado como el agente «Corso», con la ficha 34118 del NKVD. Harnack había nacido en 1901 en una familia de intelectuales de Darmstadt. Se licenció en Derecho y ejerció como economista y pasó una temporada en Estados Unidos. En el campus de la Universidad Madison, en Wisconsin, conoció a Mildred Fish, una estudiante de inglés despampanante, seria y responsable. Se casaron en 1929 y decidieron vivir en Alemania. Ambos manifestaban un profundo interés por el marxismo: realizaron un viaje por la Unión Soviética y, en 1932, iniciaron un grupo de estudio político. Cuando Arvid empezó a pasar información a los rusos y a reclutar colegas de resistencia contra Hitler para su círculo, ingresó en el Partido Nazi con la intención de afianzar su tapadera. Entre tanto, tanto él como Schulze-Boysen no dejaron de ampliar sus grupos con intelectuales vinculados por sus convicciones enfrentadas a Hitler. En 1939, ambos habían conseguido hacerse un sitio en algunas de las instituciones más influyentes de la Alemania nazi.

En aquel momento, Moscú cometió un grave error de seguridad: ordenó que ambas redes colaborasen conjuntamente. Los guías que las manejaban tenían temperamentos muy distintos. Schulze-Boysen era un hombre extrovertido, impulsivo y desbordaba entusiasmo; Harnack era un intelectual profundo y apasionado, tranquilo, que gracias a su intachable familia de clase media había podido pasar desapercibido durante años, como sus amigos, a las miradas de la Gestapo y el Abwehr. Pese a todo, los dos hombres trabaron una estrecha relación, movida por el odio que compartían hacia los nazis y su romántico entusiasmo hacia la Unión Soviética. Hasta junio de 1941, no necesitaron recurrir a la radio y transmitían sus informaciones a través del agregado militar de los rusos en Berlín.

Uno de los aspectos más fascinantes del espionaje radica en el hecho de que su desarrollo, la mera empresa de vivir una existencia encubierta, cobra vida propia, con independencia de los triunfos cosechados por los espías en sus labores de recopilación de datos. Anatoli Gurévich hace mención en sus

memorias de una flaqueza en su propia instrucción que podría aplicarse a la experiencia de otros muchos agentes. Recibió un adiestramiento exhaustivo en cuanto a técnicas: tintas secretas, contraseñas para los encuentros y otras cuestiones similares. Sin embargo, nadie le explicó el propósito de su misión con el mismo empeño: «¿Por qué se prestaba tan poca atención a los medios por los cuales obtendría la información, a los aspectos organizativos generales del trabajo de reunir inteligencia?». Dicho de otro modo, y como ilustran los siguientes años de carrera del propio Gurévich, para muchos agentes secretos el manejo de la vida cotidiana y los peligros que esta comportaba consumían una ingente proporción de sus energías, que por lo general desbancaban a la función primordial: adquirir información valiosa para sus servicios y Gobiernos.

Cuando Gurévich llegó a Bruselas a principios de 1939, recién salido de la escuela del GRU, se alojó en una casa de huéspedes, se matriculó en una academia de idiomas con su identidad de turista uruguayo y consideró que su absoluta ignorancia con respecto a las cuestiones comerciales podía llegar a ser un impedimento en su pretendida vida falsa, en su empleo en un negocio local. No obstante, esta preocupación cedió terreno a la vista de otra peor: la desilusión tras su primer encuentro con su superior, Leopold Trepper. Gurévich se había formado una imagen heroica de este agente secreto tan preciado en el Centro, pero ahora se enfrentaba a lo que más tarde describiría como una realidad monótona y gris, en absoluto impresionante. A partir de la información recibida, había imaginado que la «red de Otto» en Bélgica contaba con una sólida tapadera empresarial; sobre el terreno, sin embargo, descubrió que todo se reducía a una pequeña empresa de exportaciones situada en las afueras, con tan solo tres empleados, para vender «la excelente gabardina extranjera». Su secretaria era una joven rusa emigrada, casada con un antiguo oficial del ejército zarista, que en apariencia ignoraba por entero la verdadera naturaleza de las operaciones de la firma. Los encargados eran judíos, lo que los convertía al punto en figuras vulnerables si Alemania llegaba a tomar Bélgica.

Gurévich confió más en su colega de espionaje «André», un alsaciano de treinta y cinco años llamado Leon Grossvogel, desertor del ejército francés en 1925 y que había deambulado a la deriva por Alemania hasta viajar a Palestina, donde ingresó en las filas del comunismo y trabó amistad con Trepper. Después de tres años allí, regresó a Bélgica, donde sus padres regentaban una empresa de exportaciones llamada «Au Roi». Fue la presencia de los Grossvogel la que convenció a Trepper de instalarse en Bélgica y explotar sus contactos comerciales a modo de tapadera, cuando en 1938 Moscú le encomendó que fundase una red de espionaje en la Europa occidental. Su nuevo adjunto, sin embargo, consideraba que la red de

contactos de inteligencia supuestamente valiosos de Trepper no daba la talla. Si bien debemos tener en cuenta que Gurévich publicó su versión de los hechos mucho después de ser denunciado por traición, en sus observaciones se aprecia una tendencia general coherente. Atendiendo a la experiencia que Trepper tenía del oficio y la credibilidad de que gozaba como redactor de informes para Moscú, cuesta imaginar qué inteligencia útil podría haber conseguido en los círculos comerciales belgas y franceses pobres, la única sociedad a la que tenía acceso. El Centro parecía satisfecho de creer a Trepper cuando este afirmaba haber establecido un sistema mediante el cual podría reunir material y pasarlo a Moscú desde sus fuentes berlinesas en caso de guerra con Alemania. Pero Gurévich tildó de «completamente falsas» las declaraciones de los historiadores soviéticos de posguerra según las cuales Trepper estuvo al frente de una extensa red integrada por importantes agentes que llegaba hasta Escandinavia.

En vísperas de la guerra, el Centro podía alardear de que sus grupos Schulze-Boysen/Harnack en Alemania le suministraban una información excelente desde los círculos internos del nazismo. La «red de Lucy» en Suiza se había consolidado, pero solo empezó a generar inteligencia reseñable a partir de 1941. Las redes Trepper-Gurévich se mantuvieron a flote hasta 1940. La vasta maquinaria secreta soviética en Estados Unidos, que tendremos ocasión de describir más adelante, proporcionó un flujo constante de inteligencia tecnológica, que habría resultado muy provechosa para el progreso de las bases defensivas rusas si sus industrias hubieran sido capaces de explotarlas.

Nos hemos reservado para el final al mejor hombre de Moscú o, tal vez, al más espectacular. Richard Sorge atrajo la atención de la posteridad, más por cómo era que por su influencia en la historia, que resultó marginal. Mandó a Moscú un flujo de información política y estratégica privilegiada que obtenía desde su posición en las altas esferas, donde accedió gracias a su fuerte personalidad. Sin embargo, buena parte de aquel material fue ignorado o se limitaba a repetir lo que ya contaban otras fuentes berlinesas más autorizadas. Algunos historiadores que citan de forma selectiva las ocurrencias ocasionalmente brillantes de Sorge dejan a un lado sus estimaciones erróneas, sus juicios injustos y sus falsos vaticinios: «el ruido». Su carácter y su carrera como agente fueron, pese a todo, extraordinarios.

«Ika», tal era su apodo, había nacido en Bakú en 1895, en una familia de nueve hermanos; su padre era un alemán, ingeniero del petróleo, y su madre era rusa. Tras concluir los estudios en Alemania, luchó como soldado raso en la guerra del Káiser, donde cayó gravemente herido y pasó la convalecencia en Königsberg. Allí recibió el adoctrinamiento en las ideas del comunismo, supuestamente por el padre de una de sus enfermeras, aunque ya existían

antecedentes en su propia familia: el abuelo de Sorge había sido colega de Marx y Engels. Al terminar la guerra, Sorge empezó a enseñar teoría marxista y se doctoró en ciencias políticas. En 1921 contrajo matrimonio con Christiane Gerlach, tras convencerla para que abandonase a su marido. Sus vínculos con el comunismo y la revolución le atrajeron la nociva atención de la policía y descubrió que Alemania era un territorio demasiado peligroso para continuar allí. En 1924, el matrimonio se trasladó a Moscú, donde Sorge fue reclutado y entrenado como agente soviético. No se ha desentrañado aún el misterio con respecto a sus movimientos en los siguientes cinco años, aunque sabemos que pasó por Gran Bretaña. Christiane lo abandonó, sin llegar a divorciarse legalmente; el atractivo que aquel hombre ejercía sobre las mujeres hacía que no le preocupase si estas se quedaban o se marchaban. La mezcla de un físico agradable toscamente labrado y una personalidad hipnótica le permitían atraer, y con frecuencia mantener en tándem, a un impresionante surtido de amantes de muy distintos aspectos y naturaleza. Aunque la imagen que dibujaron más adelante los escépticos de Sorge es la de un charlatán, además de un traidor, un personaje frívolo y superficial pese a sus pretensiones intelectuales, aquel hombre fue un triunfador de un éxito sorprendente.

En 1929, el Cuarto Departamento del Ejército Rojo —más tarde el GRU— le ofreció un destino en el extranjero. Él solicitó ir a China y llegó a Shanghái en el mes de noviembre, haciéndose pasar por periodista independiente, y arrastró con él a un operador de radio. No tardó en infiltrarse en los círculos sociales de las concesiones europeas y forjó amistad con personalidades bien informadas, además de con algunos agentes. Se hacía pasar por estadounidense, pero renunció a esta identidad con Agnes Smedley, la viajante china estadounidense a la que alistó al servicio de Moscú. En 1930 conoció a Hotsumi Ozaki, que por entonces tenía veintinueve años, una redactora de revistas que simpatizaba con la causa comunista, a quien también reclutó y que representaría un destacado papel en su carrera posterior. Como la mayoría de quienes trabajaban con él, Ozaki cayó bajo el embrujo del extranjero. Mucho después, otro de los miembros de su red japonesa afirmaba con sorpresa al hablar del superespía en que se había convertido Sorge: «Solo se conoce a un hombre así una vez en la vida». El agente del GRU se lanzó a la investigación de todos y cada uno de los aspectos de la vida china, y sus informes se ganaron la cordial aprobación de sus jefes.

En enero de 1933 Sorge regresó a Moscú, donde volvió a «casarse»: esta vez con una joven rusa llamada Yekaterina Maksímova —«Katcha»— a quien escribiría cartas muy apasionadas en los años venideros. Él quiso quedarse en Rusia, pero ¿de qué servía un espía extranjero en tierra de sus señores? El GRU decidió mandarlo a Tokio. En los preparativos para el nuevo destino,

Sorge viajó a Alemania, por entonces bajo la égida de los nazis, para conseguir unas credenciales adecuadas y allí logró otro deslumbrante éxito social y profesional, al tiempo que conseguía continuar evitando que saliera a la luz su pasado comunista. Conoció al editor del Zeitschrift für Geopolitik, un ferviente nacionalsocialista, y logró que este lo contratase como «corresponsal a tiempo parcial» y le preparase una carta de recomendación para la embajada alemana en Tokio.

Se granjeó además la colaboración del fundador de la revista, Karl Haushofer, con una segunda «corresponsalía parcial» para el Täglische Rundschau y otra carta dirigida al teniente coronel Eugene Ott, un oficial alemán en intercambio con un regimiento de artillería japonesa. El editor jefe apremió a Ott para que «confiase en Sorge en todo; es decir, a nivel político, personal y en cualquier otro aspecto». Mediante estos padrinos, el espía llevó a cabo otro golpe: pasó a ser miembro del Partido Nacionalsocialista. Protegido con semejante blindaje, este nazi declarado partió hacia Tokio vía Estados Unidos con otro operador de radio, Bruno Wendt del Ejército Rojo, y una copia en su equipaje del Anuario Alemán de Estadísticas de 1933 que le suministraría la clave de su código. Sorge tenía entonces treinta y ocho años y estaba a punto de iniciar una de las mayores carreras de la historia del espionaje.

A su llegada a Japón, consiguió trabar amistad con el embajador alemán Herbert von Dirksen, miembro de la aristocracia prusiana, en un tiempo insospechadamente breve; y estableció otro lazo, mucho más estrecho, con el coronel Ott, entre cuyos parientes se contaba un antiguo Frontsoldaten. Sorge, con su acostumbrada temeridad, no tardó en iniciar una relación amorosa con la esposa de Ott, Helma, una amazónica de metro ochenta que también había sido comunista. Al parecer, esto no dañó en absoluto la relación del espía con el esposo de ella que parecía, según él recordaba, fascinado con su nuevo amigo. El coronel era un personaje austero e inflexible que tal vez veía en Sorge las cualidades que él envidiaba, empezando por la pasión. El recién llegado también se congració con el cordial y encantador capitán Paul Wenneker, que había entrado a formar parte de la misión alemana en 1934, en calidad de agregado naval.

La estrecha relación de Sorge con la embajada le valió cierto respeto y atención por parte de los japoneses, aunque en aquel momento el Gobierno de Tokio no estaba en modo alguno implicado en ninguna alianza con Hitler; sus residentes alemanes estaban sometidos a una vigilancia tan impertinente como la del resto de extranjeros. Sorge se lanzó a la búsqueda de información de todo tipo con respecto al país, su gente, su historia y su cultura, y acumuló una biblioteca de más de un millar de ejemplares, aunque jamás aprendió a leer en japonés, ni tan siquiera consiguió hablarlo con fluidez. Sus

indiscreciones sexuales merecerían la censura de cualquier escuela de espionaje, pero su forma de controlar las relaciones dentro de la comunidad diplomática alemana en aquella embajada de hermosos jardines y columnatas fue una clase magistral en el arte de la infiltración. Pese a su declarada lealtad hacia el nacionalsocialismo, criticaba alegremente las políticas del Gobierno alemán.

En los encuentros con Dirksen y Ott —que ahora había sido transferido para ocupar el cargo de agregado militar—, Sorge parecía ofrecer tanta información como él recibía. De hecho, ellos reconocían que el periodista sabía más de Japón que ellos mismos. Él empezó a colaborar en la preparación de informes diplomáticos para Berlín y trabó una relación a distancia con el editor del periódico del Partido Nazi en el que contribuía con sus columnas; asistía además a los mítines de la rama local de Tokio. Entre tanto, con paciencia y pericia, Sorge tejía su red de informantes para Moscú. Hotsumi Ozaki, su antigua amistad y fuente de Shanghái, era ahora un reputado periodista en Osaka, desde donde él pudo transferirlo a Tokio. En aquel universo de medios sociales en ciernes, durante los siguientes dos años Sorge pudo impedir que Ozaki descubriera su verdadero nombre: el alemán era para él tan solo «Mr. Johnson», la falsa identidad estadounidense que había usado en su período en China.

Otro de sus reclutas fue el pintor Yotoku Miyaki, nacido en 1903, cuya familia se había trasladado a California siendo él aún un niño. Miyaki, un talento que el Partido Comunista estadounidense había descubierto para el Comintern, se dejó convencer para regresar a Japón, donde demostró ser un agente extraordinario. Para cumplir con las estrictas políticas financieras de Moscú, aunque Miyaki recibía un salario de Sorge, lo complementaba dando clases de lengua y vendiendo sus pinturas, por las que exigía sumas bastante elevadas. Otro subordinado clave de Sorge fue el periodista de origen yugoslavo Branko de Voukelitch. El Cuarto Departamento lo conminó a fortalecer su tapadera divorciándose de su esposa Edith y casándose con una mujer japonesa. Así lo haría el dócil agente, que acabó sumido en una confusión compartida con sus colegas cuando este se enamoró realmente de una chica de cuna de la localidad, Yoshiko Yamasaki, con quien terminó casándose.

La intimidad que nació entre el coronel Ott y Sorge se refleja en el hecho de que cuando este viajó a Manchuria en 1934, se llevó al espía ruso como guía a beneficio de los nazis. Posteriormente, Sorge redactó el informe de Ott para el departamento financiero del ejército, que se ganó los aplausos de Berlín. Al año siguiente, la policía japonesa desarticuló otro círculo de espionaje soviético en Tokio dirigido por un estadounidense, John Sherman, un suceso que incrementó la dependencia de Moscú con respecto a Sorge. En

una ocasión este dijo: «Las labores del espionaje deben realizarse con valentía», y sin duda él se convirtió en un personaje famoso en los círculos sociales, periodísticos y diplomáticos de Tokio por su costumbre de circular en moto a gran velocidad por la ciudad, por beber ingentes cantidades de alcohol y por llevarse a la cama a toda mujer que se le ponía a tiro. Alquiló una casa de estilo japonés de dos plantas en el número 30 de Nagasaki Machi y Moscú continuó suministrándole los fondos necesarios para mantener el estilo de vida juerguista que tanto amaba. Tuvo una ama de llaves que acabó totalmente entregada a él, además de una sirvienta y un lavandero a quienes la policía interrogaba rutinariamente. Pero ni siquiera los japoneses, desconfiados hasta rozar lo patológico, disponían de pistas que señalasen a Sorge como espía; en él solo veían a un influyente acólito de los nazis.

Sorge se paseaba diariamente por las mesas de redacción de los periódicos y por el Club Alemán antes de dirigirse a la embajada, donde ahora pasaba tanto tiempo que se le asignó un despacho propio donde llevar a cabo sus investigaciones y preparar el material que debía transmitirse a Berlín; la privacidad también le sirvió para fotografiar los documentos destinados a Moscú. Más tarde, un diplomático alemán se referiría a Sorge como «un aventurero alegre y disoluto, con una mente brillante y un engreimiento invulnerable». El espía escribió una carta cargada de ironía a su «esposa» Katcha en Moscú, en 1937: «Es muy duro; sobre todo la soledad».

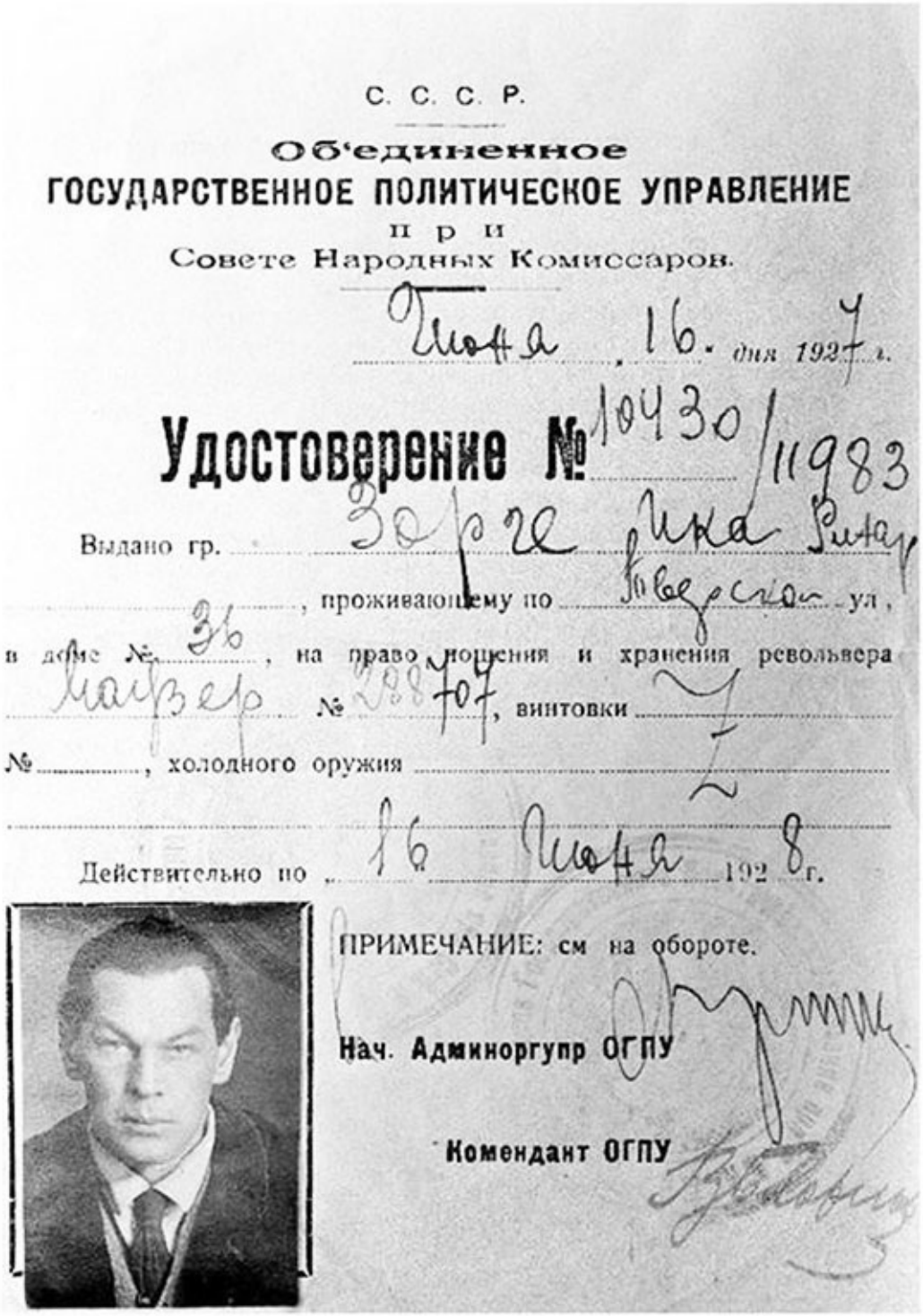
Sin duda, para el agente soviético hubo de ser un reto constante mantener la apariencia de títere nazi al tiempo que se iba de juerga y andaba detrás de las mujeres. A última hora de la tarde, solía visitar una serie de bares y clubes: el restaurante de Lohmeyers, que contaba con una fiel clientela de alemanes; el sórdido y diminuto Fliedermaus; y el Rheingold, propiedad de Helmut Ketel, un ferviente admirador de Hitler. Allí fue donde Sorge conoció a «Agnes», una de las muchas chicas malas que cayeron rendidas a sus pies. Agnes demostró tener bastante resistencia. Tenía veintitrés años y su verdadero nombre era Hanako Ishii. Estaba cada día más presente en su casa y él le pagaba unas clases para que la joven cumpliese su ambición de convertirse en cantante. Pero Sorge no fue con ella más fiel que con otras: mantuvo una relación paralela con Anita Mohr, esposa de un empresario alemán allí establecido, a quien describía como una «rubia explosiva». Según parece, lo de Hanako fue más una cuestión de conveniencia que de afecto real.

La prioridad de Sorge siempre era prestar servicio a Moscú. A medida que aumentaba la importancia del material del GRU, lo hacían también las dificultades para transmitirlo. Wendt, su operador de radio, era un incompetente y Sorge insistió en que se debía encontrar otro mejor. En 1935 el espía partió de Tokio, supuestamente en viaje de vacaciones, rumbo a Estados

Unidos. Desde allí viajó a la Unión Soviética de incógnito, para celebrar una reunión con sus jefes y organizar los asuntos de las comunicaciones. En Moscú recibió nuevas instrucciones con respecto a las prioridades, entre las que figuraba en primera posición sondear las intenciones de Japón con respecto a la Unión Soviética. En adelante, en orden descendente, debía estudiar el ejército y la industria niponas; las políticas en la China; los posicionamientos hacia Gran Bretaña y Estados Unidos.

Al poco de regresar a Tokio, Sorge pudo contar con un nuevo operador de radio y guía recién llegado de Moscú. Max Clausen ostentaba el rango de oficial en el Ejército Rojo. A modo de tapadera, fundó una empresa de copia de planos en Tokio, que resultó bastante provechosa. El primer cometido de Clausen para la inteligencia consistía en ensamblar su propio aparato de radio, una práctica habitual entre los agentes destinados en países en los que parecía difícil o peligroso mandar un transmisor de fábrica. Empleó un receptor de radio casero, adjuntó el transmisor a un panel de baquelita montado sobre una caja de madera y ató los cables de sintonización a una bobina de hilo de cobre diseñada para la fabricación de motores. Sin instrumentos para medir la longitud de onda, Clausen transmitía en una franja de 37 a 39 metros y recibía en una de 45 a 48.

Sorge convenció a un amigo y colega de periodismo, Gunther Stein, para que dejase que el operador soviético mandase un mensaje a Moscú desde su piso. En un principio, Stein intentó esquivar aquel tremendo riesgo, pero terminó por acceder a la petición. Como Clausen no se atrevía a instalar una antena en el exterior, él tendió dos cables de cobre, de siete metros de longitud, por la habitación desde donde se mandaría el mensaje a Moscú. Stein también acabó siendo un informante útil para el círculo de Sorge, ya que explotaba las amistades que había conseguido en la embajada británica. Lo mismo sucedió con Torao Shinotsuka, el dueño de una pequeña fábrica de equipamiento militar en Kansai, que suministraba abundante material armamentístico para la Marina y la aviación. Anna Clausen, la adorada esposa de Max, llegó a Tokio desde Moscú para compartir la peligrosa vida con el operador de radio.



С. С. С. Р.

Об'единенное
ГОСУДАРСТВЕННОЕ ПОЛИТИЧЕСКОЕ УПРАВЛЕНИЕ
при
Совете Народных Комиссаров.

Мая 16. дня 1927 г.

Удостоверение № 10430/11983

Выдано гр. Зорге Рихард Вилер, проживающему по Ковровский ул., в доме № 36, на право ношения и хранения револьвера Маузер № 288707, винтовки —, № —, холодного оружия —

Действительно по 16 Мая 1928 г.

ПРИМЕЧАНИЕ: см на обороте.

Нач. Админоргупр ОГПУ

Комендант ОГПУ

Licencia de armas emitida para Richard Sorge en 1937.

De este modo, los miembros de la red soviética fueron creciendo en un momento en que Japón entraba en una fase de paranoia con respecto al espionaje extranjero y empezó a reforzar las agencias de seguridad nacionales. En 1936 se vivió un momento difícil cuando la policía de Tokio arrestó a Taikichi Kawai a instancias de sus homólogos de Manchuria. Kawai había sido el informador de «Mr. Johnson» en Shanghái. Mientras estuvo retenido, fue sometido a un interrogatorio brutal. A diferencia de la mayoría de agentes bajo tortura, sin embargo, este no reveló ningún dato importante.

La suerte de Sorge se mantenía viva. Sus esfuerzos satisfacían plenamente tanto a sus dos beneficiarios, los del Centro en Moscú y el Ministerio de Exteriores en Berlín. Este último se entusiasmó especialmente con un informe que Sorge preparó al respecto de la revuelta armada de los japoneses en 1936; él, sin embargo, insistió en que el documento debía circular entre los jerarcas del nazismo solo bajo las esquivas iniciales «RS», porque aún continuaba temiendo que la Gestapo pudiera investigar su pasado político.

Colaboró en el borrador que Ott y Dirksen telegrafiaron a Berlín, solicitando información relativa a los rumores de una negociación germanonipona. Sorge intentó estimular la agenda de Moscú recalcando a los miembros de la embajada alemana que una alianza de tal naturaleza constituiría un error y que se fundamentaba en bulos absurdos sobre la inminente caída de Stalin. Publicó un artículo sobre el ejército japonés en la revista Die Wehrmacht. Su reputación dentro de las embajadas de Tokio y Berlín se fortaleció al verse cumplido su vaticino de que la guerra japonesa en China resultaría una contienda prolongada. Pero lo más importante fue el contingente de información acerca de los despliegues japoneses en la frontera soviética que Ott suministraba a Sorge y este reenviaba, sin la menor tardanza, al GRU. Moscú también supo agradecer la información industrial que Hotsumi Ozaki suministraba cada mes durante las comidas en restaurantes. El periodista había conseguido posicionarse en los círculos gubernamentales y, en consecuencia, estaba bien informado: durante un tiempo trabajó incluso en el despacho del primer ministro en calidad de experto en China. Aunque en 1939 perdió este puesto, con el cambio de Gobierno, logró asegurarse una ocupación como investigador de Tokio para el ejército de Guandong en Manchuria.

En 1938, Herbert von Dirksen fue repatriado a casa y en el cargo no lo sucedió otro que el coronel Ott. En adelante, Sorge se vio preparando los borradores de los despachos de la embajada alemana para Berlín, al tiempo que transmitía los suyos propios a Moscú. En su cuadragésimo tercer cumpleaños fue obsequiado con una fotografía firmada por el ministro de Exteriores nazi Joachim von Ribbentrop, en muestra de agradecimiento desde Berlín por los servicios prestados. Ninguna penetración de una misión diplomática británica en el extranjero puede compararse en importancia con los triunfos de Sorge en la embajada de Hitler en Tokio. Cuando un general ruso desertó y huyó a Tokio en 1938, el espía pudo advertir de inmediato a Moscú de que sus códigos estaban comprometidos. En mayo de 1939, cuando las tensiones sobre la frontera ruso-japonesa estallaron en enfrentamientos locales, gracias a Ozaki Sorge pudo transmitir a Moscú con conocimiento de causa que los japoneses no tenían intención de convertir el «Incidente de Nomonhan» en una guerra más amplia. No obstante, en lo que atañe a esta

cuestión y algunas más, persisten las dudas acerca del uso que se dio a ese material. Al parecer, Sorge entregó a los soviéticos información detallada sobre el orden de batalla japonés, pero Georgi Zhúkov, en calidad de comandante local del Ejército Rojo, se quejó de no haberlo tenido. Lo más probable es que o bien Sorge exagerase su contribución o que el GRU no consiguiera pasar el material.

Para fortalecer su falsa identidad, se mofaba en público de los diplomáticos soviéticos durante las recepciones internacionales, pero el estrés derivado de aquel soberbio número de equilibrista en la cuerda floja le pasaba una factura cada vez más insoportable, hecho que se dejaba notar en sus desmedidas zambullidas en el alcohol. En compañía de Hanako, se abandonaba a unos monólogos taciturnos, alimentados por la bebida, sobre todo cuando ella le suplicaba que le diera un hijo: «Soy un viejo. Me moriré pronto. ¡No me hace falta ningún bebé! ¡Ay, pobre Sorge! Deberías estudiar para poder apañártelas sin Sorge…». Una noche tuvo un accidente de moto, de atroces consecuencias: pasó muchos días ingresado en el hospital y perdió la dentadura. Durante el resto de su vida, solo pudo comer carne picada.

Tuvo el suficiente sentido común para cambiar la moto por un coche. Se embarcó en un proyecto fantasioso y caprichoso para mejorar la cultura de Hanako, a quien convenció de que leyera Lo que el viento se llevó que, a su juicio, era una obra «magnífica». Cuando ella hubo consumido varios centenares de páginas, concluyó: «Me gusta el capitán Butler». Sospechando que quizá él mismo pudiera tener algo del personaje, Sorge preguntó: «¿Crees que soy como Rhett Butler?». Sin embargo, Clausen escribiría más tarde sobre él: «Él es un verdadero comunista… Es un hombre capaz de destruir incluso a su mejor amigo en aras del Comunismo». Podía llegar a destrozar a un camarada. El trato que el espía brindó a su operador de radio fue displicente, brutal incluso. Y su estilo de vida entraba en una contradicción aún mayor con los ideales de un entregado servidor del Partido. Sorge había logrado ser, probablemente, el agente secreto mejor informado del mundo. Pese a ello, su impetuosidad lo llevó irremediablemente al descarrilamiento final, aunque en 1939 aún faltaba mucho para ello.

Cuando llegó la guerra, la enorme inversión que la Unión Soviética hacía en espionaje, así como sus posibilidades de acceder a simpatizantes comunistas instalados en puestos de responsabilidad en numerosos países, debería haber hecho del Kremlin el centro gubernamental mejor prevenido del planeta. Pero en Moscú, los encargados de recibir y procesar los informes de campo sentían demasiado temor a molestar al único público que realmente importaba —Iósif Stalin, el dueño del Kremlin— como para emitir ningún dato de inteligencia que pudiera resultar enojoso. Aun cuando Moscú recibía información importante, pocas veces la revisaba de forma adecuada y

aún menos se explotaba en la toma de decisiones políticas. Christopher Andrew ha escrito: «La capacidad soviética para comprender la inteligencia política y diplomática recabada… jamás se equiparó a su capacidad para reunir los datos en el punto de origen». Stalin se erigió en analista y prefería utilizar los infinitos resortes del espionaje para destapar conspiraciones imaginarias, que usar la información recabada para documentar a los responsables de las decisiones políticas. Los agentes de inteligencia soviéticos temían perder la vida, no sin razón, si comunicaban a Stalin algo que este no deseaba oír. El dictador parecía dar crédito solo a los informes en los que se identificaban tramas y conjuras contra su propia persona o el Estado, ya fuera en terreno nacional o en el extranjero. Allí donde no había maquinaciones que desenmascarar, los altos cargos de la inteligencia se los inventaban. Cuando Stalin disponía de descifrados, los usaba con cierta eficacia, pero entró en el mayor conflicto de la historia casi a ciegas porque así lo quiso.

Después de Múnich, sellado ya el destino de Checoslovaquia, el jefe de la inteligencia checa František Moravec fue abordado por tres postores rivales que demandaban sus servicios: el almirante Wilhelm Canaris de parte de los alemanes, el coronel Louis Rivet por parte francesa y el hombre del MI6 en la localidad, el comandante Harold Gibson, de los británicos. Moravec, que desconfiaba de los franceses, decidió probar suerte con los británicos. Anticipándose a la ocupación nazi, hizo cuanto estuvo en su mano para reforzar los lazos con los informadores locales antes de abandonar el país. Tuvo tiempo de transferir a Londres grandes sumas de dinero en moneda extranjera, con lo cual esperaba poder mantener un servicio de inteligencia checo en el exilio, aunque desde entonces poco más se volvió a saber de sus agentes. El 3 de marzo de 1939, Paul Thümmel, del Abwehr, la mejor fuente alemana de Moravec, se reunió con él en Praga y le informó de que la ciudad sería ocupada el día 15. El agente A-54 también advirtió de que todo su equipo sería apresado por la Gestapo y que no cabía esperar un trato piadoso. Moravec quedó sorprendido de que Thümmel declarase su voluntad de continuar colaborando. Con una única condición: que los checos le asegurasen que destruirían todo cuanto estuviera relacionado con él en sus archivos. Con aquella garantía, ambos hombres se despidieron. Thümmel dijo: «Buena suerte, coronel. Esto no es un adiós, sino un Auf wiedersehen». El oficial alemán se llevó consigo dos direcciones para la futura correspondencia, una en Holanda y la otra en Suiza.

En Praga, la noche del 13 de marzo, Harold Gibson del MI6 —«Gibby», como lo llamaba siempre Moravec, un tipo menudo y delgado con un bigote acorde— metió el coche en el garaje del Departamento de Inteligencia checo. El vehículo iba cargado con centenares de carpetas envueltas en bolsas de

lona, que fueron despachadas a la embajada británica. Al día siguiente, a primera hora de la tarde, un avión civil holandés fletado por Broadway aterrizó en el campo de aterrizaje de Ruzyne, a las afueras de Praga, para recoger al pasaje con destino a Gran Bretaña: Moravec y otros diez oficiales de su equipo. La selección se hizo sin sentimentalismos, escribiría más tarde, y solo partieron los que resultarían más valiosos en Londres y los que sabían demasiado como para arriesgarse a que cayeran en manos de la Gestapo. Moravec se vio en la obligación de dejar atrás a su esposa y a dos hijas, e incluso de ocultarles su destino: les dijo que se trataba solo de un viaje de una noche a Moravia.

El avión despegó con dificultades en medio de una tormenta de nieve que, por un momento, amenazó con obligarlos a descender en dirección a la trayectoria de los alemanes que ya se aproximaban. Moravec disponía de un maletín con 200 000 marcos del Reich y 100 000 florines holandeses en metálico —alrededor de 32 000 libras esterlinas— para sufragar los gastos de su reducido equipo en las futuras operaciones. Cuando el avión sobrevoló las montañas fronterizas de Checoslovaquia, el coronel hundió el rostro entre sus manos y sollozó sin disimulo ante la perspectiva del exilio. Tras una breve escala en Ámsterdam, el grupo tomó tierra sano y salvo en Croydon. Cuando más adelante llegó a Londres el ex primer ministro checo Edvard Beneš, Moravec se presentó en su residencia en Putney para ofrecerle sus servicios y los de sus agentes, que fueron aceptados de inmediato: su papel quedó oficializado al año siguiente, cuando Beneš formó el Gobierno en el exilio. La esposa del coronel y sus hijas huyeron de Praga y se dirigieron a un refugio seguro en Polonia, desde donde acabarían reuniéndose con él en Gran Bretaña.

En junio de 1939, Moravec recibió con deleite una carta reenviada desde una dirección falsa de Zúrich cuyo encabezamiento rezaba: «Querido tío, creo que estoy enamorado. He conocido a una chica». Aquella misma página contenía un mensaje escrito con tinta secreta, en el que se daban las indicaciones para un encuentro en La Haya. Provenía del agente A-54, el coronel Paul Thümmel del Abwehr. El oficial checo que lo recibió a principios de agosto advirtió a Thümmel de que la menguada organización de Moravec se había quedado sin dinero y ya no podía prodigarse con la misma generosidad que en el pasado, pero el alemán respondió, sin darle casi importancia, que «están en juego otros asuntos más importantes que el dinero». Habló a los checos sobre la previsión de invadir Polonia el primero de septiembre y les ofreció detalles del último orden de batalla de la Wehrmacht. Entregó asimismo una lista en que aparecían los nombres de algunos traidores polacos a sueldo de los alemanes. Más tarde, Thümmel les pasó la agenda corregida de los nazis donde, en la página correspondiente al

27 de agosto, figuraba la fecha del 3 de septiembre de 1939 como día escogido para la invasión de Polonia. Para el pueblo checo, polaco y por entonces ya el de toda la Europa occidental, los preliminares habían concluido: se iniciaba una lucha a muerte.

2

Estalla la tormenta

El «torrente de fantasías»

La primera conmoción importante en la guerra librada por el servicio secreto británico tuvo lugar en el mes de noviembre de 1939. La legación británica en Noruega había recibido un documento sin remitente —que más tarde se conocería como el «Informe Oslo»— y lo reenvió a Londres de la mano de su agregado naval. El paquete que Broadway recibió contenía varias páginas de un documento alemán mecanografiado, así como una cajita de cartón. Era el fruto a la respuesta de un mensaje de «sondeo» previo a la legación, en el que se había indicado a Gran Bretaña que si deseaba recibir detalles de los recientes desarrollos científicos en Alemania, deberían introducir un cambio menor en la redacción del programa de radio de la BBC en Alemania: en lugar de comenzar con «Hello, this is London calling» («Hola, aquí Londres al habla»), deberían decir: «Hola, hola, aquí…». Así se hizo y, tras un breve retraso, recibieron el «Informe Oslo[1]».

El texto hablaba de una considerable variedad de actividades enemigas. El redactor anónimo aseveraba que los alemanes estaban desarrollando torpedos acústicos y controlados por radio; detallaba las longitudes de onda en que operaban las estaciones de radar alemanas; sugería el bombardeo de la base de investigación de la Luftwaffe en Rechlin; y otras muchas cosas. La caja contenía un tubo de disparo pensado para las nuevas espoletas de proximidad de los proyectiles antiaéreos. Pero la credibilidad del documento

en su conjunto quedó en entredicho por la inclusión de dos estupideces: la afirmación de que los bombarderos Ju-88 de la Luftwaffe se fabricaban a un ritmo imposible de 5000 unidades por mes; y la de que un portaaviones alemán, el Franken, estaba a punto de terminarse en Kiel. Estos errores afectaron al veredicto de Whitehall, que decidió descartar el documento como una patraña de los alemanes.

Sin embargo, este informe llegó también a manos del doctor Reginald Jones, el franco y combativo ayudante de dirección de veintiocho años de la inteligencia científica del Ministerio del Aire. Jones brillaría como una auténtica estrella en el firmamento secreto del período de guerra. Era un híbrido social, hijo de un sargento del cuerpo de Granaderos que exhibió una brillantez precoz en su escuela del sur de Londres y que más tarde se demostró tan suelto perorando en las espléndidas fiestas de las casas de campo como defendiendo sus posturas en las reuniones presididas por el primer ministro. Tras desarrollar una temprana carrera muy notable en física y astronomía en Oxford, donde trabajó durante un tiempo para Frederick Lindemann —el futuro lord Cherwell—, quedó fascinado por las posibilidades de explotar la tecnología de infrarrojos para la detección de aeronaves y, en 1936, fue a engrosar las filas de los empleados del Ministerio del Aire. Resultaba intransigente con los que pensaban despacio o con la burocracia, cada vez que se topaba con ella, y había mucho de ambas cosas en los despachos de Broadway que, tras su breve paso por Bletchley Park, lo invitó a compartir oficina con Fred Winterbotham.

En el transcurso de la contienda, Reg Jones pasó a ser uno de los investigadores británicos más descollantes en el campo de la tecnología aérea alemana. Sin embargo, en noviembre de 1939, sus triunfos estaban aún por llegar y en Whitehall se lo consideraba tan solo como un joven «cerebrito» prepotente, que se permitía el lujo de opinar en presencia de sus superiores. Jones, prácticamente en solitario, optó por creer en la autenticidad del documento de Oslo. Su intuición pasó a ser casi una certidumbre en el verano de 1940, cuando la Luftwaffe empezó a utilizar el sistema de navegación por rayos Wotan para guiar a sus bombarderos en el espacio aéreo británico, explotando los principios mencionados por el autor de Oslo. R. V. Jones, así pasaría a la posteridad, descubrió que aquella información era de un valor incalculable a la hora de diseñar medidas de rechazo en la «Batalla de los Haces» tan influyente en la Blitz, lo que le valió la confianza y la admiración de Winston Churchill. Una vez tras otra en los años venideros, cuando Gran Bretaña se hizo con más descubrimientos del nuevo armamento alemán —como por ejemplo el torpedo acústico—, Jones fue capaz de señalar a los jefes del servicio que Oslo les había advertido de aquello. Concluida la guerra, en una retrospectiva de su propia carrera en la inteligencia, el científico utilizó el

ejemplo del documento de 1939 para insistir en que «las fuentes fortuitas no deben ser tratadas con displicencia. Aquel fue probablemente el mejor informe [de inteligencia científica] que se había recibido de cualquier fuente durante la guerra[2]».

Solo tras un intervalo de casi cuarenta años, Jones pudo determinar la autoría del documento. Se trataba de un científico alemán de cuarenta y cinco años llamado Hans Ferdinand Mayer, que inició la carrera científica tras quedar gravemente herido en su primer día en acción como recluta, en 1914. Este había trabajado para la firma Siemens desde 1922 y su esfuerzo dio como fruto ochenta y dos patentes y la publicación de cuarenta y siete artículos especializados, además de sus cuatro años como profesor de técnicas de señales en la universidad estadounidense de Cornell. En el período de entreguerras, trabó una cordial amistad con un británico que trabajaba para GEC (General Electric Company), llamado Cobden Turner, que se convirtió en el padrino del segundo hijo de Mayer. El alemán quedó especialmente impresionado por una buena acción de su amigo: cuando le contó a Turner el trágico caso de una colegiala judía de la que su padre nazi había renegado, el británico dispuso las cosas para que la niña fuera trasladada a Inglaterra, donde vivió ocho años como un miembro más de su propia familia.

Cuando el horizonte internacional empezó a oscurecerse, en la que acabó siendo la última visita de Turner en Alemania, Mayer le dijo que si llegaba la guerra, intentaría suministrar a Gran Bretaña información sobre la evolución de la tecnología y la ciencia alemanas. A finales de 1939, el científico aprovechó la casualidad de un viaje de empresa a Noruega para cumplir con su promesa. Tomó prestada una vieja máquina de escribir del bedel del hotel Bristol y redactó el Informe Oslo, que fue enviado en dos partes a la embajada británica, el 1 y el 2 de noviembre. Mayer escribió también directamente a Cobden Turner, sugiriéndole posteriores contactos a través de un intermediario en la Dinamarca neutral. Pero, aunque esta carta propició que dos agentes de seguridad británicos visitasen e interrogasen al hombre de la GEC, por razones que desconocemos no se hizo nada para establecer un canal de comunicación con Mayer; la historia oficial del MI6 no menciona a este valeroso alemán. En agosto de 1943, Mayer fue arrestado por la Gestapo en su despacho de Siemens y fue acusado de escuchar la BBC. Fue confinado en el campo de Dachau, pero tuvo la fortuna de trabajar en la planta técnica, donde sobrevivió a la guerra. Su valeroso gesto estuvo motivado por la admiración que sentía hacia Cobden Turner, a quien él gustaba de considerar como un británico ejemplar. Solo Reg Jones reconoció la contribución de Mayer.

Entre las razones que explican la fría acogida del Informe Oslo se aduce que el debate en Whitehall se produjo en un momento en que la comunidad secreta británica se tambaleaba a consecuencia de una exitosa treta alemana.

El 9 de noviembre de 1939, durante la primera fase pasiva de la guerra que socarronamente vino en llamarse la «sitzkireg», los dos altos funcionarios del MI6 en los Países Bajos neutrales, el capitán Sigismund Payne Best y el comandante Richard Stevens, se desplazaron junto a un oficial holandés en el Lincoln Zephyr de Best para acudir a una cita en el café Backus, situado entre las barreras fronterizas alemana y holandesa en Venlo. A los pocos minutos de haber llegado, fueron apresados por un grupo de hombres armados. Cuando el holandés sacó una pistola y disparó contra uno de los asaltantes, recibió un balazo mortal. Best, Stevens y el chófer local fueron entonces empujados a unos 150 metros de la frontera: sus raptores eran agentes de la contrainteligencia nazi del SD, dirigidos por el que sería el jefe de la rama, Walter Schellenberg, que se libró por poco de la bala del holandés. Los espías británicos tuvieron la fortuna de conservar la vida, pero pasaron buena parte del resto de la guerra en el campo de concentración de Sachsenhausen. En contra de lo que cuentan las leyendas acerca de su heroico silencio durante los interrogatorios, Stevens y Best revelaron a sus secuestradores lo que sabían del MI6, que no era poco: sus operaciones en el continente se dirigían, fundamentalmente, desde su sede en La Haya.

«El incidente de Venlo», según se lo denominó en Whitehall, fue la consecuencia de un acercamiento propiciado unas semanas antes por supuestos generales alemanes contrarios a los nazis, ávidos de negociar con Gran Bretaña[3]. La agitación se adueñó del MI6 ante la perspectiva de conseguir un trato, aunque el Foreign Office se mantuvo en su prudente escepticismo. Sir Alexander Cadogan escribió en su diario el 23 de octubre: «Creo que ellos [los "conspiradores" alemanes] son agentes de Hitler[4]». A la semana siguiente se informó al gabinete de guerra y Winston Churchill, por entonces aún primer lord del Almirantazgo, opuso una indudable objeción a todo tipo de negociado. Sin embargo, el Gobierno autorizó al MI6 para seguir adelante con las conversaciones, siempre y cuando —advirtió con severidad Cadogan— no se entregase nada por escrito a los supuestos disidentes. Los británicos no supieron ver el riesgo de que sus interlocutores no solo estuvieran jugando con ellos una partida diplomática, sino otra más expuesta. Deberían haber previsto las posibles consecuencias, puesto que los nazis ya habían protagonizado secuestros entre dos países fronterizos: en abril de 1934 habían atraído hasta la frontera alemana a un agente de la inteligencia checa, al capitán Jan Kirinovic, de veintinueve años, para luego obligarlo a cruzar la línea. Un testigo de la Gestapo testificó en el posterior juicio de Kirinovic que aquel había sido arrestado en suelo alemán y el joven checo fue sentenciado a veinticinco años de trabajos forzosos. Aunque en el siguiente mes de marzo el agente fue intercambiado por dos espías alemanes, murió aquejado de una demencia irreversible, unos pocos años más tarde, fruto de las drogas que le

habían sido administradas por la Gestapo, en especial la escopolamina[5].

En noviembre de 1939, la debilidad institucional del MI6 se dejó sentir cuando su sede en La Haya contrató a Folkert van Koutrik, el informador del Abwehr. El supuesto representante de los generales alemanes desafectos, el «comandante Schaemmel», era en realidad Schellenberg, del RSHA, a quien los agentes británicos proveyeron amablemente de un transmisor de radio. No sabemos si fue Hitler o Himmler el responsable de autorizar aquel rapto que, al principio, los británicos trataron de mantener en secreto. Cuando un agente preguntó a Cadogan qué debía decir con respecto a la «reyerta de Holanda», que estaba siendo motivo de una oleada de rumores y especulaciones, el subsecretario permanente clasificó el asunto como «D»: se prohibía hacer mención de él a la prensa británica[6]. Aunque parezca mentira, durante la quincena posterior a Venlo, los «conspiradores» alemanes continuaron dialogando con el MI6, hasta que el 22 de noviembre Himmler perdió el interés y los alemanes dieron por zanjado el intercambio tras mandar un último mensaje burlón a Broadway. Acto seguido, los nazis anunciaron públicamente que Best y Stevens habían participado en un complot de asesinato contra Hitler. Entre tanto, la traición de Van Koutrik continuaba enmascarada hasta el punto en que consiguió un empleo en el MI5 en Londres y fue una gran suerte que interrumpiera las comunicaciones con el Abwehr —tal vez por falta de medios para conseguirlo— porque entre sus planes de futuro figuraba delatar a los integrantes del sistema de la Doble Cruz.

En Whitehall, el MI6 trataba de acallar la cuestión de Venlo, sosteniendo que los alemanes se habían comportado con zafiedad al apresar a los dos agentes en lugar de mantener con ellos un doble juego. Pese a todo, aquel fue un episodio crucial para el futuro de la guerra secreta. Las actividades del espionaje británico en el continente, en aquel momento difícil, sufrieron un golpe devastador: los alemanes consiguieron de Best la lista con sus contactos en la base que este llevaba en el bolsillo, para la cita. La reputación del servicio secreto en el seno del Gobierno británico, poco afortunada ya antes de la debacle, se debilitó enormemente. Guy Liddell, del MI5, especuló en su diario con la posibilidad de que Best, un individuo ridículo que gustaba de lucir monóculo, hubiera podido ser un doble agente: «el lobo con piel de cordero. Al parecer, pasaba por un momento de vacas flacas y es sabido que después de asociarse con [el doctor Franz] Fischer [un agente doble de los nazis en Holanda] parecía ir muy bien de fondos[7]». No hay razones para pensar que las sospechas de Liddell estuvieran justificadas. La torpeza, sin más, fue la responsable del fiasco, aunque Walter Schellenberg afirmó más tarde que Best quería ser «convertido». Entre tanto, los holandeses quedaron abochornados al desvelarse que uno de sus propios agentes de inteligencia

había participado en una trama británica, un hecho que fortalecía la propaganda nazi al poner en entredicho la tan cacareada neutralidad holandesa.

Otra consecuencia de Venlo fue que los británicos entraron en una fase de desconfianza obsesiva ante cualquier aproximación —y durante la guerra se produjeron unas cuantas— por parte de alemanes que manifestaban representar a la «Resistencia contra Hitler». En cierto sentido, aquella cautela resultaba prudente, porque la mayoría de aristócratas y oficiales del ejército implicados en tramas contra los nazis abrigaban absurdas fantasías sobre la Alemania que podrían proteger si negociaban con los Aliados occidentales. El excomandante Karl Gördeler de Leipzig, por ejemplo, era un nacionalista cuya idea sobre los derechos territoriales de Alemania en Europa no estaba muy lejos de la del propio Hitler. Aun de haber fallecido el Führer, no habría existido terreno de debate entre los enemigos externos de Alemania y la oposición interna. En última instancia, la paranoia británica con respecto a la posibilidad de que se repitiera la humillación de Venlo privó al MI6 de forma permanente de algunas fuentes útiles, que más tarde explotarían los estadounidenses y los rusos. Por otra parte, durante el resto de la contienda, los jefes de Broadway mantuvieron un respeto exagerado hacia sus contrincantes alemanes, de resultas del recuerdo de la burla de aquel mes de noviembre de 1939.

Durante los gélidos meses invernales en que se desarrolló la «guerra ilusoria», el GC&CS en Bletchley hizo los mayores esfuerzos por resolver el inextricable problema de Enigma, mientras que los espías de Broadway producían información de escasísima utilidad, si es que tenía alguna, con respecto al enemigo y sus intenciones. Kenneth Strong de la inteligencia de la War Office escribió: «Nos llegaba un flujo constante de llamadas de los servicios con dudas y solicitudes tremendamente diversas. ¿Cuáles eran los blancos más provechosos para los ataques aéreos en una u otra zona, y qué efecto tendrían estos ataques sobre el ejército alemán? ¿Nuestra información sobre estos blancos era adecuada y precisa? ¿Cómo reaccionaba el ejército alemán a nuestras campañas de propaganda? Me pareció percibir cierto optimismo absurdo en lo tocante a los efectos de la propaganda. El lanzamiento de panfletos se consideraba casi una gran victoria militar[8]».

Algunos agentes del MI6 hacían todo lo posible para ocultar que no disponían de ninguna red de agentes. Reg Jones citó el ejemplo de Wilfred Dunderdale, «Biffy», responsable de Francia que hizo llegar a la rama de Jones una sucesión de exquisitos chismes sobre el bombardero alemán Ju-88, supuestamente recabados por los espías[9]. En primer lugar figuraba la información de los motores; luego la del sistema eléctrico; y un poco más adelante, la del armamento. Jones hacía rabiar a Dunderdale diciéndole que

debía haberse procurado una copia del manual de instrucciones y luego mandar distintos extractos a Broadway, para dar la impresión de que disponía de varias fuentes. El desventurado oficial admitió que Jones tenía razón, pero le suplicó que mantuviera la boca cerrada. Sus jefes se mostraban más interesados, decía, si la información les llegaba con cuentagotas. Aquella no fue la única ocasión en que Dunderdale —como otros agentes en diversos servicios de inteligencia— trató de presentar los métodos mediante los cuales conseguía su material bajo una luz «más atractiva». Preparó también detalles de los movimientos de las tropas alemanas obtenidos supuestamente por redes de agentes, pero que en realidad provenían de interceptaciones francesas.

Se podían llegar a saber muchas cosas a partir de las transmisiones radiofónicas del enemigo, aun sin haber descifrado los códigos, mediante el «análisis del tráfico»: el estudio de los orígenes de las señales, el volumen y los indicativos para ubicar con exactitud unidades, buques y escuadrones. También se recogía información útil del «Servicio Y», el responsable de las escuchas de las transmisiones de voz, si se rompían los sencillos códigos empleados por el enemigo para los mensajes menos comprometidos. La unidad criptográfica avanzada francesa tenía su sede en la estación «Bruno», en el castillo de Vignobles situado en Gretz-Armainvilliers, a unos veinticinco kilómetros de París. Bruno recibió un considerable refuerzo tras la caída de Polonia. Guy Liddell del MI5 anunció el 10 de octubre de 1939 que diecisiete criptoanalistas polacos buscaban asilo en Gran Bretaña. Bletchley Park hizo caso omiso, alegando que carecían de interés para ellos, aun cuando su jefe Alastair Denniston había conocido a algunos de aquellos hombres unos meses antes en Varsovia y sabía que sus asertos de haber resuelto algunos códigos alemanes y rusos «podían sostenerse hasta cierto punto[10]».

Denniston sugirió que serían más útiles en el castillo de Vignobles, trabajando con Gustave Bertrand, a donde los enviaron, aunque más tarde Bletchley cambió de parecer y trató de recuperarlos en vano. Fue en Bruno, el 17 de enero de 1940, donde el antiguo grupo de Varsovia descifró la primera señal de Enigma durante la guerra. El 11 de marzo, el coronel Louis Rivet, jefe del servicio secreto francés, escribía en su diario: «Las decodificaciones de la máquina Enigma están resultando interesantes y son abundantes». Durante los meses siguientes, sin embargo, el material se leía demasiado despacio, no en «tiempo real», para tener consecuencias determinantes en el campo de batalla. Por otro lado, los agentes de la inteligencia del bando Aliado hicieron cuanto estuvo en su mano para conseguir extraer cierta coherencia del embrollo de los avisos recabados por los espías —desiguales en cuanto su grado de verosimilitud— relativos a la fecha escogida por Hitler para arremeter contra Occidente.

La primera de estas advertencias había llegado a principios de noviembre, cuando el comandante Gijsbert Sas, agregado militar holandés en Berlín, recibió un soplo espectacular de su amigo el coronel Hans Oster del Abwehr: la Wehrmacht, decía Oster, lanzaría una ofensiva a gran escala contra los ejércitos británico y francés el día 12 de aquel mismo mes. La fecha coincidía con otras advertencias, similares o idénticas, incluida la del coronel Moravec en Londres, transmitida por sus hombres en Suiza a través del agente A-54, Paul Thümmel del Abwehr. Cuando llegado el día clave no sucedió nada, los jefes del Estado Mayor en Gran Bretaña y Francia dieron por supuesto que habían sido víctimas de la desinformación nazi. Los holandeses ya sospechaban que Sas era un agente doble, y la credibilidad del resto de fuentes, el agente A-54 incluido, sufrió en consecuencia. Pero los avisos eran correctos. Era cierto que Hitler pretendía lanzar un ataque en noviembre. Este montó en cólera cuando sus generales insistieron en aplazar la campaña a última hora y demorarla hasta la primavera, porque el ejército no estaba listo para el desplazamiento. He aquí una vívida ilustración de un precepto anticipado por un agente de la inteligencia del ejército británico: «En la guerra, la inteligencia perfecta ha caducado, por fuerza, y por tanto deja de ser perfecta… Nosotros no trabajamos con certidumbres sino con posibilidades[11]».

El segundo revuelo se produjo en un día del mes de enero de 1940: una densa niebla hizo que un correo aéreo alemán, pilotado por el comandante Erich Honmanns, realizase un aterrizaje forzoso en Bélgica, territorio neutral. La policía local arrestó al piloto así como al pasaje, un oficial llamado Reinberger, interrumpiéndolos en el momento en que trataban de quemar los papeles de a bordo y rescató las hojas socarradas de una estufa. En cuarenta y ocho horas, los altos mandos británicos y franceses estaban leyendo el plan de la Wehrmacht para la invasión prevista de Francia y los Países Bajos, centrada en una incursión por Holanda y Bélgica. Aquello fue un ejemplo de manual de un auténtico golpe de la inteligencia con consecuencias completamente estériles. Los franceses se reafirmaron en su convencimiento de que los alemanes atacarían a través de Bélgica, como ya hicieran en 1914 y como habían anticipado todos los despliegues de Francia. Los británicos sospecharon de un engaño por parte del enemigo: el material parecía demasiado bueno para ser verdad. Guy Liddell del MI5 escribió cansado el 14 de enero: «Un avión alemán aterrizó en Bélgica… con algunos papeles que se le encontraron al piloto y que indicaban un ataque previsto por parte de los alemanes sobre Bélgica y Holanda. Más bien parece parte del esquema de una guerra de nervios[12]». Cadogan del Foreign Office hablaba de la recepción de «un plan completo de la invasión alemana sobre los Países Bajos. Muy raro. Pero son cosas que no se pueden ignorar y hay que tomar todas las

precauciones[13]».

Kenneth Strong escribió con arrepentimiento: «Tantas veces he oído decir que si tuviéramos los planes del otro bando las cosas serían sencillas: cuando de verdad nos cayeron en las manos, tuvimos graves dificultades para convencernos a nosotros mismos de que eran auténticos[14]». Lo más importante, sin embargo, fue que la captura perdió inmediatamente toda virtud, porque sus dueños en Alemania eran conscientes de que ahora estaban en manos aliadas. De este modo, Hitler insistió en cambiar el planteamiento de la invasión, ignorando el antiguo en favor de otro, en las Ardenas, que demostró ser su única iluminación estratégica a lo largo de su vida. Aquella fue otra lección crítica sobre la inteligencia, de especial importancia para los descifradores de códigos: el material apresado se hacía inútil si sus emisores descubrían que estaba en manos del enemigo.

Alexander Cadogan anotó en su diario el 19 de enero de 1940 que Stewart Menzies parecía esperar ahora que los alemanes atacasen poco después del 25 de enero, y añadía no sin desdén, «pero él es bastante volátil, y bastante precipitado y superficial (¡como yo!)»[15]. Sin duda, la observación tenía algo de injusto con el autor del diario, pero en modo alguno suponía un elogio para «C». Existía aún otro cabo: los mensajes de bajo nivel del Abwehr descifrados por el Servicio de Inteligencia Radiofónica del MI5 ofrecían indicaciones acerca de la inminente arremetida. Pero entonces, los mecanismos del sistema aún no analizaban el material, no lo pasaban al mando militar ni tampoco se aseguraban de que hubiera llegado correctamente. En aquel universo previo a Ultra, políticos, diplomáticos y generales abrigaban un escepticismo crónico hacia la inteligencia de toda clase. Cuando vía los «checos londinenses» de Moravec volvió a llegar otro aviso al MI6 —según el cual el oficial del Abwehr Paul Thümmel esperaba una gran incursión de la Wehrmacht el 10 de mayo— se perdió en el galimatías de «ruido» de aquella primavera.

El 9 de abril, la invasión alemana de Noruega cogió totalmente por sorpresa a los Aliados occidentales. Aunque el Almirantazgo no disponía de información decodificada, también ignoró o malinterpretó innumerables pistas sobre las intenciones de Hitler. Cuando las fuerzas anfibias de la Wehrmacht empezaron a desembarcar en la costa noruega, las principales unidades de la Armada británica estaban muy lejos, esperando una penetración de los buques de guerra alemanes en el Atlántico. En las semanas que se siguieron, las escuchas por parte de la Wehrmacht no tuvieron dificultades para seguir la pista de las brigadas británicas que luchaban para asistir al modesto ejército noruego, mientras la inteligencia conseguía pocos datos, si es que tuvo alguno, con respecto a los movimientos relámpago de los invasores.

El 10 de mayo de 1940, Hitler lanzó la Blitzkrieg sobre Occidente. Las divisiones acorazadas, las denominadas Panzer, barrieron las Ardenas, cruzaron el Mosa y de allí llegaron a las costas del Canal, en el centro de Francia. Buena parte de la información que las unidades francesas mandaban desde el frente era tan descabellada que, en los cuarteles de la inteligencia, el agente André Beaufre la desestimaba desdeñosamente como un «torrente de fantasías». El general Maurice Gamelin, el comandante en jefe de las fuerzas aliadas, rechazaba cualquier informe que contradijera su obsesión de que los alemanes continuaban prestos a lanzar su peor arremetida a través de Bélgica.

La campaña acabó demostrándose un triunfo del departamento de inteligencia del ejército alemán, así como de sus generales. El teniente coronel Ulrich Liss, anglófilo además de bon viveur, capitaneaba los Ejércitos Extranjeros del Oeste, el FHW, el principal departamento de evaluación de inteligencia de la Wehrmacht. Liss, una persona dotada de unas capacidades y una energía fuera de lo común, se refería a la inteligencia sigint como «la niña mimada de todos los jefes de la inteligencia», porque en ella se podía depositar una confianza imposible en el caso de los espías; y en mayo de 1940 su equipo recibía los mejores retazos. Durante el prolongado y monótono invierno, las intercepciones alemanas habían identificado la ubicación del grueso de las formaciones aliadas; en buena medida gracias a la inseguridad de los operadores de radio franceses y los miembros del Estado Mayor, que solían debatir los planes y los despliegues en lenguaje normal y corriente. El coronel Handeeming, jefe de interceptaciones de la inteligencia radiofónica, con el Grupo de Ejércitos A, fue puesto oficialmente al frente del avance del 7.º Ejército Francés en territorio belga, cometido que desempeñó con notable eficiencia[16].

Los hombres de Liss también sacaron provecho de los numerosos presos Aliados. Todos los ejércitos obtenían mucha información en los interrogatorios de los prisioneros de guerra. A lo largo de la contienda, aunque pocos hombres revelaban secretos a sabiendas, arrebatados por la impresión de verse apresados, casi todos daban más datos a sus captores que el «nombre, rango y número» reglamentarios. El equipo de inteligencia de Rommel descubrió que los presos británicos estuvieron hablando con libertad hasta el último estadio de la campaña de la guerra del Norte de África. Uno de los oficiales de Montgomery comentó entusiasmado a los alemanes, con una indiscreción que rayaba en la insensatez, que el servicio de monitorización de radio del 8.º Ejército era «brillante en todos sus aspectos[17]». Un alemán escribió que era frecuente apresar a oficiales británicos que «llevaban encima listas, códigos y mapas importantes[18]». Los agentes de la inteligencia recurrían habitualmente a la técnica de entablar una

charla aparentemente inocente con los presos de guerra sobre asuntos que no guardaban relación con lo militar. Las «Directrices para el interrogatorio de presos de guerra británicos» de la Wehrmacht, fechada a 16 de abril de 1940 en Berlín, insistía a los comandantes para que, siempre que fuera posible, recurrieran a interrogadores familiarizados con los británicos y con Gran Bretaña[19]. «Si recibe un trato cordial —afirmaba la nota de instrucciones—, todo caballero inglés responderá de inmediato a todas las preguntas con franqueza». Más allá de las cuestiones tácticas inmediatas, el Departamento de Inteligencia advertía:

Resulta especialmente valioso investigar las circunstancias económicas y sociales en Inglaterra. Las respuestas a las siguientes preguntas serán útiles:

a) ¿Qué le han dicho de Hitler?
b) ¿Qué le han dicho de los nazis?
c) ¿Qué le han dicho de la Gestapo?
d) ¿Qué le han dicho de los judíos?
e) ¿Qué le han dicho de las condiciones alimentarias en Alemania?
f) ¿Qué le han dicho de las victorias militares?
g) ¿Cómo hacen su propaganda?
h) ¿Cómo se cuida de las mujeres y los niños?
i) ¿Se encargan ustedes de los padres ancianos que ya no pueden seguir trabajando, con hijos en el ejército?
j) ¿Cuáles son las condiciones alimentarias: carne, verduras, huevos, mantequilla y pan en concreto?
k) ¿Qué opina de los apagones?
l) ¿Quién es hoy el hombre más popular en Inglaterra?
m) ¿Quién cree que es la figura con mayor personalidad en el Gabinete británico?
n) ¿Escucha la radio alemana?
o) ¿Le gusta [lord] Haw-Haw [el presentador de la propaganda nazi en la radio, William Joyce]?
p) ¿En qué estado se encuentran sus relaciones con los franceses?
q) ¿Cree usted que Alemania se prepara para una conquista mundial?
r) ¿Firmaría la paz mañana?

En el comportamiento de la mayoría de presos de guerra influían sobremanera las circunstancias inmediatas de su propia nación. En aquel momento, cuando la suerte de los Aliados había tocado fondo, un informe sobre un puñado de presos de guerra alemanes en manos británicas aseveraba: «Los oficiales (y la mayoría de hombres) parecían bastante inmunes a la propaganda, piensan que Hitler es un dios y se niegan a creer una sola palabra de las noticias británicas[20]». Por el contrario, el sargento y piloto de la RAF de origen sudafricano Edward Wunsch ofreció a sus captores alemanes una visión bastante sensible de la causa nazi, según anotó el interrogador: «Como todos los sudafricanos que han ingresado en el Dulag Luft, Wunsch es un antisemita confeso… [El afirma que] en Sudáfrica no se odia a Alemania, ni tampoco existe entusiasmo alguno hacia la guerra. Muchos creen los absurdos que aparecen en la prensa y que la propaganda divulga sobre las atrocidades alemanas, pero… W. cree que tal vez un día

Sudáfrica pueda acordar una paz independiente, si Alemania continúa cosechando victorias militares [cursivas del autor[21]]».

Los Aliados perdieron la batalla de Francia en 1940 por diversas razones. Desde el principio había sido motivo de una enconada controversia si la derrota del ejército francés se debió al mal juicio de Maurice Gamelin, el comandante en jefe de los Aliados, o más bien al derrumbe de la moral en la nación. Es poco probable que ningún paquete de inteligencia o de advertencias anticipadas hubiera podido alterar los resultados de 1940. El ejército alemán demostró poseer una fuerza de combate tremendamente más eficaz que la de los Aliados y hasta que estas circunstancias variasen, no se cosecharían victorias. Si en 1940 la inteligencia británica y francesa atravesaban un mal momento, lo mismo sucedía con todo lo demás.

Tras la evacuación del continente, se produjo una ulterior oleada de piratería por parte de los agentes del servicio secreto y sus contactos independientes: el comandante del MI6 Monty Chidson, antiguo jefe de la base en La Haya, rescató en Ámsterdam un botín de trofeos industriales de un valor inestimable[22]. Peter Wilkinson se llevó la mayoría del Estado Mayor polaco fuera de Francia. Tommy Davies, en tiempos de paz director de la empresa textil Courtaulds, huyó de su planta de Calais con un cargamento de platino horas antes de que llegasen los alemanes. No obstante, aquellos golpes menores no eran sino nimiedades en el universo de sucesos. El MI6 no tenía un plan de emergencia para los agentes que se habían quedado atrás, para que pudieran informar desde Francia en caso de que el territorio fuera ocupado por los nazis, y probablemente Broadway habría sido tachado de derrotista si lo hubiera tenido. A lo largo de los meses siguientes, no pocos, los servicios de inteligencia británicos permanecieron en una ceguera casi absoluta con respecto a los acontecimientos que sucedían en el continente, para mayor frustración del primer ministro. Sitiados en su propia isla, las noticias sobre el avance de Hitler dependían de los caprichos del reconocimiento aéreo y los informes de los diplomáticos y corresponsales neutrales.

El servicio de seguridad transgredió los límites de lo posible y lo aceptable en el trato que dispensó al tropel de agentes del Abwehr que se habían lanzado sobre suelo británico y a los que había apresado sin la menor tardanza. El MI5 abjuraba de la tortura como método en los interrogatorios, pero en septiembre de 1940, en el Campo 020, el centro de interrogatorios del servicio situado en el edificio de la Latchmere House, cerca de Ham Common, uno de los agentes asaltó y apalizó al agente apresado del Abwehr «Tate» —Harry Williamson— hasta que se lo quitaron de las manos[23]. Guy Liddell condenó el episodio, afirmando que él se oponía a los «métodos de la Gestapo» tanto en lo moral como en lo profesional. El coronel Alexander

Scotland fue asimismo advertido de que no debía inyectar drogas a Williamson. Los interrogadores del Servicio de Inteligencia Naval probaron las drogas unos con otros como recurso para obtener información y llegaron a la conclusión de que era una pérdida de tiempo[24]. Un interrogatorio llevado con maestría, decidieron, no solo era más ético sino también más productivo.

Cuando se representó el siguiente acto del gran drama global —el asalto aéreo de Hitler sobre Gran Bretaña— ni Broadway ni Bletchley Park tenían mucho que aportar. La ayuda más destacable con que contó el Mando de Caza en su épica batalla para rechazar a la flota aérea de Göring fue el análisis del tráfico de señales emitidas en Morse desde las nuevas bases alemanas en Francia, Bélgica, Holanda y Noruega, junto con la monitorización de las conversaciones en la cabina de mando de la Luftwaffe por parte del cuerpo de lingüistas alemanas del Servicio Y de la Infantería de la RAF, constituido por mujeres en su mayoría.

El primer ministro y los jefes del Estado Mayor vivieron angustiados durante muchos meses, obsesionados incluso, por dos cuestiones: si los alemanes lanzarían una invasión; y, de ser así, cuándo sucedería. En el caos imperante en Londres en el otoño de 1940, una mezcla de desafío heroico y de irracionalidad, el director de la inteligencia militar de la War Office apuntó la posibilidad de explotar a los agentes del Abwehr apresados para tratar de incitar a los alemanes a acelerar la invasión, que él consideraba dominable sin lugar a dudas por la Armada británica y el ejército, pero esta propuesta no contó con el respaldo de Whitehall[25]. Entre tanto, el desastre en Francia había dotado a la Wehrmacht de un poder casi mágico en las mentes de los generales, muchos de los cuales llegaron a convencerse de que Hitler sería capaz de lanzar un asalto anfibio sobre Gran Bretaña con unas pocas semanas de preparación, sin que los defensores tuvieran el menor aviso.

El comandante de la Armada británica Geoffrey Colpoys estaba al cargo de la entrega diaria en Downing Street, a la una de la tarde, de un informe del Comité de Alerta Especial para la Invasión, que durante casi todo el otoño dio por bueno que el asalto de los alemanes era inminente y estaba inquieto fundamentalmente por el calendario. El Comité de Inteligencia Conjunta, presidido por Victor Cavendish-Bentinck, «Bill», del Foreign Office, solo dio la alarma para indicar que el asalto era inminente en una ocasión, el 7 de septiembre, en un momento en que, según señaló más tarde el propio Bentinck con mordacidad, él se había ausentado y lo sustituía provisionalmente el director de la inteligencia, un hombre un tanto variable, que con anterioridad había defendido que se incitase a la Wehrmacht al desembarco. El propio Churchill se mostró siempre escéptico con respecto a la invasión, pero consideró un imperativo político mantener al pueblo británico convencido de que la amenaza era real, no solo en 1940, sino

también durante el año siguiente, con miras a estimular una actitud vigilante y un sentimiento de comunidad. El 31 de julio, sir Alexander Cadogan se declaró convencido de que los alemanes no vendrían, sino que más bien arremeterían en Gibraltar y en Egipto, y luego añadió: «Nuestra "inteligencia" no posee nada que corrobore esta teoría. Pero, por otro lado, son terriblemente malos[26]». En ninguna parte del mundo los agentes británicos ofrecían información declaradamente útil para el esfuerzo bélico. El comandante en jefe británico en Singapur, el mariscal del Aire sir Robert Brooke-Popham, escribió en un tono de evidente frustración: «Las autoridades de aquí confían muy poco o nada en la información del MI6 y parece que se obtienen datos de poco valor[27]». Lo mismo sucedía más cerca de casa.

Durante muchos meses, tras la ocupación alemana de la Europa occidental, la única nación que continuaba siendo capaz de explotar las fuentes secretas a gran escala fue la Unión Soviética, neutral, mediante sus redes de Bélgica, Alemania y Suiza. En aquellos días, sus agentes ni siquiera tuvieron que molestarse en usar la radio: sencillamente pasaban los informes a la delegación diplomática soviética más próxima. En mayo de 1940, Leopold Trepper, del GRU, se trasladó de Bruselas a París, llevándose consigo a su amante, Georgie de Winter, una estadounidense de veintiún años, y dejando a su adjunto Anatoli Gurévich que realizaría las gestiones pertinentes para que la familia de Trepper regresase a Moscú. La vida privada de Gurévich no era en absoluto sencilla. Bajo la falsa identidad del «empresario uruguayo» tuvo una sucesión de novias, pero se vio obligado a romper su relación con la más guapa de todas cuando ella le reveló que su padre conocía bien América del Sur. «En otras circunstancias —escribió él con melancolía— probablemente podría haberla amado, pero la fortuna propicia está vetada a los agentes secretos[28]». Más tarde, sin embargo, trabó amistad con una familia vecina llamada Barcza; el marido, de origen húngaro y entrado en años, estaba casado con Margaret, una belga mucho más joven, rubia, con un hijo de ocho años. Tras el súbito fallecimiento del esposo, Gurévich inició un apasionado amorío con ella. Mijail Makarov, el otro oficial de carrera del GRU en Bélgica, también llevaba una vida que Gurévich calificó remilgadamente como «disipada en exceso», en la que las prostitutas aparecían por todas partes.

La invasión alemana de Bélgica hizo pasar algunos malos tragos a Gurévich: la policía de Bruselas arrestó a su supuesto amigo británico y profesor de lengua, que resultó ser un agente del Abwehr; el hombre fue liberado sin tardanza cuando sus compatriotas tomaron la capital. La empresa que hacía las veces de tapadera para la red del GRU, «Au Roi»,

quebró cuando su testaferro judío huyó y el negocio fue embargado. Moscú ordenó a Gurévich asumir el mando de la operación belga. Este incorporó a Margaret Barcza en los libros del Centro —según parece sin que ella lo supiera— como fuente, con un nombre en código tan poco imaginativo como «la Rubia». Lo más creíble del relato que más tarde hiciera de aquella historia es el énfasis con que describía la embarullada naturaleza de una red de espionaje que la historia —en especial la soviética— ha dignificado como una de las mayores operaciones secretas de todos los tiempos. Gurévich afirmó que la tan cacareada red de inteligencia de Leopold Trepper en Francia y Bélgica «estaba formada casi en su totalidad por sus viejos amigos palestinos», y que no suministró a Moscú inteligencia útil con respecto a las incursiones alemanas en Polonia, Escandinavia o la Europa occidental[29]. Parece poco probable que, durante el año siguiente, los rusos llegasen a saber mucho más gracias a sus actividades que lo que Churchill y sus generales podían leer en sus periódicos matutinos.

A falta de operaciones militares británicas serias, salvo en el Norte de África, la guerra secreta pasó a ser una actividad que crecía de forma exponencial, impelida por el propio primer ministro. La Ejecutiva de Operaciones Especiales (SOE) se creó en julio de 1940, para «prender fuego a Europa», mientras que las fuerzas armadas se organizaban en comandos, paracaidistas y un rosario de «ejércitos privados», en especial en el Oriente Medio. Llegó a Broadway un caudal de reclutas de todo tipo, algunos bastante exóticos. «Los escritores de novelas de misterio —afirmaba con un cinismo redomado Malcolm Muggeridge— tienden a sentirse atraídos por los servicios secretos, tan cierto como que los desequilibrados mentales se convierten en psiquiatras o los impotentes en pornógrafos[30]». Así, Graham Greene fue destinado a Freetown, en Sierra Leona; el propio Muggeridge —antiguo corresponsal en el extranjero— a Lourenço Marques, en el Mozambique portugués, y se abrieron las puertas de Broadway para el periodista Kim Philby. Para los agentes de inteligencia del MI6, los garantes de su reputación, supuso un motivo de consternación que sus reclutas en tiempo de guerra, los que más tarde acapararían la atención del público, fuesen todos disidentes o traidores.

A falta de agentes propios en el continente, Broadway buscó auxilio en los Gobiernos europeos en el exilio en Londres para encontrar fuentes. Los polacos empezaron a tejer unas impresionantes redes en su propio país, aunque habrían de superar graves apuros —que por entonces no imaginaban, por supuesto— porque los alemanes leían los cifrados en los que ellos se comunicaban con sus agentes. František Moravec y su grupo de checos consiguió el reconocimiento oficial como brazo de la inteligencia de su Gobierno; el MI6 les proporcionó una estación de radio y documentos. Los

checos fijaron la nueva sede en tres pequeñas casas colindantes de Rosendale Road, en West Dulwich, hasta que la Luftwaffe acabó con ellas, a finales de 1940, y se trasladaron al nuevo edificio en Bayswater. Pero el MI6 no se hizo cargo de la financiación. Cuando Moravec hubo gastado todo el dinero en metálico que había traído de Praga, se vio obligado a negociar un préstamo de 50 000 libras esterlinas para cubrir los gastos de su red, de 3000 libras mensuales. Durante un tiempo, continuó recibiendo material de la Europa oriental vía Zúrich; el capitán Karel Sedlacek había ocupado el puesto de director de la base principal de Moravec allí desde 1934, oculto tras la falsa identidad de un corresponsal de periódico; puesto que carecía de todo tipo de habilidad para las letras, hubo de recurrir a un negro al que pagaba para que escribiera en su nombre. Paul Thümmel, del Abwehr, utilizó al oficial checo como enlace con Londres; cuando este fue arrestado por la Gestapo en marzo de 1942, el pequeño grupo de Moravec se quedó sin recursos.

Los británicos gozaron de un inmenso golpe de suerte tras ser desalojados del continente: en ninguna parte apresaron los alemanes a persona o documento que delatase los avances aliados en el descifrado de Enigma. Entre 1940 y 1944, muchos franceses, incluidos centenares de miles de servidores del régimen títere de Vichy, colaboraron con las fuerzas de ocupación. Pero los agentes de inteligencia militar de Vichy, y algunos polacos que trabajaban con ellos y sabían de la innovadora operación para romper el código Enigma, no revelaron nada ni siquiera en estadios posteriores de la contienda, cuando se vieron expuestos a los interrogatorios del enemigo. Las extensas redes desplegadas en toda Europa por los nazis se centraron de un modo abrumador en la caza de disidentes, no de máquinas. Durante los primeros años de ocupación, cuando la mayoría de la gente en los pueblos conquistados se plegaba a su destino, los espías y policías de Berlín destaparon pocos secretos que pudieran alterar la complacencia de sus señores y, felizmente, ninguno que despertase la menor sospecha con respecto a la seguridad de sus propias comunicaciones.

En el invierno de 1940-1941, ningún país implicado en la batalla tenía más conocimiento de los movimientos del resto que el obtenido a partir de una concienzuda lectura de la prensa internacional y de la observación de lo que llegaban a ver de las flotas aeronavales y del ejército enemigo. La mayoría de éxitos en los descifrados eran para los alemanes, sobre todo para el B-Dienst de la Kriegsmarine. Los británicos carecían de fuerza para embarcarse en otra cosa que no fuera alimentar a su propio pueblo. Hitler se preparaba para lanzar la embestida más espectacular y ambiciosa de su carrera, el asalto sobre la Unión Soviética, un acto que solo podía emprender un hombre que o bien no disponía de los datos de inteligencia precisos con respecto al poderío económico de la víctima escogida o bien los despreciaba con una indiferencia

temeraria.

La sombra de Canaris

Los alemanes se habían convertido en dueños y señores de Europa y habían hecho patente que la Wehrmacht era la fuerza de combate más formidable del mundo entero. Paralelamente, por graves que fueran las limitaciones de los servicios de inteligencia británico o de otras naciones aliadas, las del Abwehr de Hitler eran peores, sin punto de comparación. Durante el verano de 1940, los jefes de la maquinaria nazi para recabar información tramaron un plan para colocar a un agente en un buque embarrancado en la costa sur británica, aunque jamás llegaron a dilucidar qué beneficios podría reportarles el desventurado náufrago. También debatieron sobre la posibilidad de descargar a unos cuantos agentes en Kent, a quienes se invitaría a trepar por los acantilados blancos, un plan que se vio frustrado por la falta de espías capacitados para la escalada. Por otro lado, el departamento de inteligencia de la Luftwaffe juzgó erróneamente todos y cada uno de los aspectos de la Batalla de Gran Bretaña, en lo tocante a las fuerzas aéreas y a las bajas respectivas para seleccionar los blancos. En septiembre de 1940, tras los interrogatorios de los primeros espías enemigos que desembarcaron en tierras británicas, Kenneth Strong de la inteligencia de la War Office confesó su desconcierto[31]. No podía reconciliar el respeto que había profesado durante toda su vida a la eficiencia germánica con aquel ridículo manejo de las actividades de espionaje por parte de los alemanes.

El Abwehr fracasaba en la selección, formación, instrucción y equipamiento de sus agentes en el extranjero; casi nunca se les había facilitado un pasaporte decentemente falseado. Es muy difícil discriminar la realidad y la fantasía en las actuaciones de su sección operativa, el Abwehr II, porque su diario de guerra se redactó para impresionar a las más elevadas instancias, de modo que se incluían informes de agentes que jamás existieron, de operaciones que jamás se llevaron a cabo. Su jefe, el almirante Wilhelm Canaris, a quien tras la guerra se consideró durante décadas una figura descollante e incluso un héroe de la Resistencia contra Hitler, fue en realidad un tipo que buscaba ganar tiempo, sin coraje moral para desafiar a los nazis a quienes despreciaba, ni las habilidades para dirigir un servicio secreto eficiente en su propio beneficio.

El primer hombre que supo darse cuenta de esto no era un alemán, sino un joven historiador inglés que mostraba cierto desdén hacia la humanidad en general y hacia los agentes del servicio secreto profesional en particular. La forma en que Hugh Trevor-Roper se convirtió no en la pesadilla de

Canaris, sino en su sombra, es una de las historias más extraordinarias de la guerra secreta. Aquel profesor de Oxford, brillante, irritable y extremadamente arrogante que, aun no siendo homosexual, dejaba ver un profundo disgusto hacia las mujeres, acababa de terminar su primer libro, un estudio sobre el arzobispo Laud que releyó con frecuencia durante los años de guerra: «Constantemente descubro bellezas aún más exquisitas, que merodean de forma insospechada entre verdades aún más profundas[32]». Entre 1940 y 1945 controló el tráfico radiofónico del Abwehr, primero para el MI5 y después para el MI6. Trevor-Roper respiró y palpó a Canaris y su organización, salvo en los días en que salía a la caza del zorro. En una medida creciente, y de forma exhaustiva a partir de 1943, los académicos ingleses conocían los servicios de inteligencia alemanes mejor que cualquier hombre en el alto mando nazi; sin duda, más que el propio Canaris, porque Trevor-Roper pudo identificar a un buen número de falsos informadores del Abwehr, controlados por el denominado «Comité de los Veinte» que integraban los agentes de inteligencia en Londres y presidía Jack Masterman, del MI5. El joven académico podría haber alimentado un vivo deseo —un rasgo habitual entre los intelectuales— de distinguirse también como hombre de acción. Sentía un enorme respeto por Richard Trevor-Roper, un primo larguirucho y huesudo al que nunca conoció, dueño de una pequeña finca en Gales, que había ingresado en el Comando de Bombarderos de la RAF y sirvió como artillero de cola con los Dambuster de Guy Gibson —condecorado con la Cruz de la Victoria—, merecedor de la Medalla de Vuelo Distinguido y una Cruz de Vuelo Distinguido antes de caer en combate, en su quincuagésima operación, a los veintinueve años.

En diciembre de 1939, Hugh Trevor-Roper, que por entonces contaba tan solo veinticinco años, fue convocado desde el Merton College para trabajar junto a Walter Gill, un profesor especialista en electricidad que se había hecho famoso a su paso por la administración del centro al instalar el alumbrado en los patios interiores del recinto. Durante la Primera Guerra Mundial, «Gilly» había prestado servicio en la sección de radio del ejército destacada en Egipto, donde manejaba la antena situada en lo alto de la Gran Pirámide. El Who's Who lo presentaba como un aficionado a la equitación, la investigación de radio y la «condena del pecado». Ahora, él y Trevor-Roper integraban el núcleo del Servicio de Seguridad de Radio (RSS), una rama del MI5 que en origen se estableció en las celdas de la cárcel de Wormwood Scrubs, en la zona oeste de Londres. Día tras día, los operadores del servicio de correos, que antes se ocupaban de detectar las transmisiones de radio privadas sin licencia, escrutaban las ondas buscando señales de agentes enemigos que transmitieran desde Gran Bretaña que la pareja de Merton se encargaría de silenciar.

Gill y Trevor-Roper se vieron con las manos atadas por el vacío en el aire, o más bien porque no daban con el tráfico que buscaban. No lo estaban logrando, o eso creían ellos. Solo con el tiempo llegaron a comprender que su fracaso no se debía a la torpeza de sus escuchas sino a la inexistencia de espías alemanes que mandasen señales a su país. Al descubrir que su misión original era superflua, los dos profesores decidieron ampliar el terreno de investigación: empezaron a reunir las interceptaciones de las estaciones en Europa que usaban indicativos que ellos sabían del Abwehr. Un día, a última hora de la tarde, en su piso compartido en la zona oeste de Londres, en el barrio periférico de Ealing, mientras degustaban un té y unas pastas, lograron romper el cifrado manual del Abwehr: un sistema de encriptado menor usado en las bases de Canaris para comunicarse con agentes y con otras estaciones en emplazamientos remotos que no disponían de máquinas Enigma. Trevor-Roper, que hablaba alemán sin problemas, empezó a leer los mensajes.

Cuando la noticia llegó a oídos de Alastair Denniston, el jefe de Bletchley Park, no fue bien recibida. A los aficionados del Servicio de Seguridad se les advirtió de que se estaban metiendo en unos asuntos que no eran de su incumbencia. Denniston añadió enojado que, en cualquier caso, el material del Abwehr no era importante. Para ser justos, su desdén hacia aquellos trabajadores independientes dejaba traslucir algo más que mera envidia. Faltaban meses, años incluso, para que las operaciones de desciframiento de códigos de Bletchley alcanzaran la madurez, pero desde el principio fue obvio que si los alemanes llegaban a sospechar algo de lo que se estaba consiguiendo, el juego habría terminado. Cuanto más crecía la actividad criptográfica de los británicos, mayor era el riesgo de filtraciones. Broadway tomó cartas en el asunto, para dar salida a su comprensible furia, cuando se supo que el informe de Trevor-Roper sobre las actividades del Abwehr en el Norte de África se había pasado a una lista de distribución en la que figuraba la sección radiofónica de la oficina de correos.

Gill y Trevor-Roper, ambos testarudos y algo gamberros, persistieron en sus procederes; al poco tiempo leían buena parte del tráfico del Abwehr desde sus propias estaciones. Para regocijo de los profesores, incluso cuando Bletchley estableció su propia sede para monitorizar los mismos enlaces de Canaris, fue su Servicio de Seguridad y no la Escuela de Código y Cifra el que rompió los cuatro siguientes cifrados manuales. En la primavera de 1941, el RSS dispuso de un nuevo centro de interceptaciones con equipamiento estadounidense en Hanslope Park, en Buckinghamshire, y empezó a organizar sus bases en el extranjero. Durante la guerra, aquel pequeño servicio pasó un millón de señales a Bletchley.

Transcurrido un tiempo, el MI6 acabó presentando una lucrativa oferta

para comprar el RSS, lo cual resultaba lógico, teniendo en cuenta la soberanía de Broadway en materia de señales. Trevor-Roper se vio trabajando al lado del gran jefe de las comunicaciones, Stewart Menzies, y una de las figuras más extravagantes del servicio secreto, el coronel Richard Gambier-Parry. Este militar era una de las muchas lumbreras de los «asuntos secretos», dispuesto a aprovechar el hecho de no tener que rendir cuentas ante la jerarquía. Gambier-Parry ubicó el centro de comunicaciones del MI6 en Whaddon Hall, en el condado de Buckinghamshire, donde fijó también su residencia particular. Gran entusiasta de la equitación, se quedó además con la jauría del anterior propietario y puso en la nómina de Broadway a los sabuesos; en una memorable ocasión en que se hallaban estos desatados en una frenética cacería, cruzaron en tropel las puertas de seguridad de Bletchley Park, y evocaron en la mente de un observador montado a caballo, enterado de las actividades que allí se realizaban, la idílica estampa de aquellos animales atiborrándose de descifrados a medio procesar[33]. Gambier-Parry vivía como un barón medieval. Trevor-Roper, que lo conocía por haber participado con él en algunas cacerías, se maravillaba: «En el mundo de los policías neuróticos y los tímidos organizadores del servicio secreto, él se mueve como Falstaff o como alguno de los personajes de Balzac, si no de Rabelais[34]». Debe añadirse que durante el resto de la guerra, Gambier-Parry dirigió las comunicaciones del MI6 con energía y buen olfato.

Hugh Trevor-Roper se convirtió en el jefe del Departamento de Análisis de Radio (RAB) de la sección de inteligencia del MI6, dirigido por Felix Cowgill, antes miembro de la policía india. Cowgill manifestaba un profundo disgusto hacia su nuevo subalterno, al que consideraba culpable de tener «ideas irreverentes y contactos peligrosos[35]». El historiador de Oxford se creyó con derecho a rebasar con mucho los límites de la producción de inteligencia e inició procedimientos de evaluación y análisis con un estilo que el MI6 había desdeñado siempre, porque carecía de agentes lo suficientemente inteligentes para desempeñar aquel cometido. El RAB empezó a preparar los «manuales violeta», guías locales en que figuraba una lista de personalidades del Abwehr y otros agentes desplegados por el mundo, que pronto acumularon un buen número de páginas. El departamento señaló que los italianos, que antes de la guerra se habían anotado algunos triunfos destacables en materia de inteligencia, dependían entonces casi por entero de los alemanes para conseguir material y que así se habían debilitado.

Durante el verano de 1941, Trevor-Roper contrató a un auxiliar, Charles Stuart, de veintiún años, que acababa de salir de la Iglesia de Cristo con la más alta calificación en Historia, y a ellos se unió también otro miembro de Oxford, Gilbert Ryle. Patrick Reilly, un joven diplomático de gran talento que

más tarde se convertiría en el asistente personal de Stewart Menzies, consideraba que su pequeña célula era «un equipo de una brillantez sin parangón en toda la maquinaria de la Inteligencia[36]». Trevor-Roper empezó a prestar servicio como secretario en el Comité de Radio conjunto del MI5 y el MI6, un puesto que le permitió conocer a casi todo el mundo con un nombre en la guerra secreta. Aquel historiador miope y con gafas se convirtió en uno de los agentes de la inteligencia británica más valiosos de toda la guerra. Su indudable autoridad en el terreno de las operaciones alemanas aumentaba de forma incesante, sobre todo después de que Dillwyn Knox, de Bletchley, consiguiera penetrar la principal máquina de cifrados del Abwehr en diciembre de 1941. Mientras que los jefes de Broadway creían —aún más después del fiasco de Venlo— que los agentes de inteligencia enemigos eran los reyes de la astucia, desde el principio Trevor-Roper estuvo convencido de la incompetencia institucional de los alemanes. En cuanto a Canaris, el jefe del Abwehr —sostenía él— lejos de ser el gran espía era un pobre hombre que se movía a merced de los caprichos del destino.

El almirante Wilhelm Canaris provenía de una familia de industriales de la Renania. Tras haber prestado servicio como oficial en un submarino durante la Primera Guerra Mundial, se embarcó en la política de derechas, al tiempo que participó en la reconstrucción de la Marina alemana. Un informe privado de un oficial de alto rango, fechado en 1926, ensalzaba sus capacidades en el terreno de intersección entre lo militar y la política: Dotado «de una sensibilidad perfecta para la psicología y la mentalidad extranjeras, a la par que de una capacidad lingüística fuera de lo común, este [hombre] tiene un conocimiento ejemplar sobre cómo tratar con los extranjeros (del más humilde al más insigne[37])». Es de notar, sin embargo, que otros oficiales de la Marina —Erich Raeder y Karl Dönitz entre ellos— manifestaban su disgusto hacia Canaris, por considerarlo ladino.

En los primeros años de mandato del dictador alemán, Canaris se congració con los nazis más prominentes con entusiasmo y éxito. En 1935, por entonces contaba cuarenta y ocho años, fue nombrado jefe del servicio de inteligencia de Alemania, y controlaba tanto el espionaje en el extranjero como el contraespionaje en territorio nacional, aunque Himmler dirigía su propio servicio de seguridad nacional, el RSHA, a las órdenes de Ernst Kaltenbrunner, con la Gestapo como brazo especial para ejecutar sus dictados. Tal como señaló Trevor-Roper, «todos los políticos alemanes de peso trataban de establecer sus propios gabinetes de información (del mismo modo que deseaban hacer con los ejércitos privados) como respaldo adicional a su autoridad personal; y resultaba esencial para el objetivo de aquellos gabinetes que sus resultados fueran propiedad exclusiva de sus jefes».

El RSHA no era más eficiente que el Abwehr, pero ejercía mayor

influencia por estar directamente subordinado a Himmler. El MI6 señaló que había conseguido una buena infiltración en las embajadas neutrales en Berlín, que le procuraba una información provechosa. Entre tanto, el servicio de Canaris tenía sedes por todo el mundo así como células de inteligencia en todas y cada una de las formaciones de la Wehrmacht. Los primeros años del almirante en el cargo fueron testigos de un espectacular crecimiento de su imperio; se forjó una reputación a partir de su eficacia administrativa y sus habilidades diplomáticas, tanto en el manejo de la jerarquía nazi como en el trato con los extranjeros más prominentes. Hasta 1942, al menos, el prestigio del servicio se mantuvo en lo más alto, tanto a nivel nacional como internacional.

Canaris era de naturaleza reservada ya antes de convertirse en jefe del espionaje, y aún lo fue más en los años siguientes. En la intrincada maraña de despachos establecidos en una serie de mansiones adaptadas para el caso en el Tirpitzufer de Berlín, donde el Abwehr tuvo su cuartel general hasta que este fue bombardeado en 1943, él parecía deslizarse de forma casi imperceptible de una sala a otra. Así sucedía también en sus frecuentes desplazamientos a otros países, en especial a España: la pared de su despacho estaba adornada con un retrato de Franco, firmado por el mismo dictador. Pocas veces vestía con el uniforme, una rareza en los círculos nazis, obsesionados con los disfraces. Trataba a sus subordinados con una educación esmerada y estaba aquejado de una cierta hipocondría, que lo llevaba a consumir pastillas en exceso. Se relajaba practicando la equitación de forma regular y jugando partidos de tenis cortos. Su pasión por los animales fue objeto de muchos comentarios: en el Abwehr lo seguían dos teckels con quienes hablaba constantemente. En una ocasión, uno de ellos cayó enfermo mientras Canaris estaba de visita en Italia, desde donde mantuvo largas conferencias telefónicas con Berlín para saber de su estado. Sus compañeros en la península supusieron que hablaba en código sobre cuestiones de estado de la mayor importancia, pero su obsesión por el perro era auténtica. Con frecuencia decía que confiaba más en los animales que en las personas; probablemente fuera más exacto decir que le gustaban más. En una conversación, fuese en el ámbito profesional o privado, era el rey de las evasivas. Pocas personas estaban seguras de lo que realmente pensaba Canaris, lo que sus contemporáneos suponían que era el reflejo de un carácter profundo. Parece bastante más probable que fuese un modo de enmascarar su indecisión crónica.

Aunque técnicamente el Abwehr era una rama del OKW, pronto se convirtió en el feudo personal de Canaris. A lo largo de toda la guerra, sus hombres cosecharon notables triunfos en la erradicación de los disidentes y el apresamiento de agentes occidentales del bando Aliado que operaban en el sí

del imperio de Hitler, que no hizo poco por mantener al almirante en su puesto dentro de las altas esferas del nazismo: el coronel Franz von Bentevegni, máximo dirigente del contraespionaje, fue uno de los pocos nombramientos entre sus subordinados que mereció la admiración de Canaris. Pero los rusos se las ingeniaron para continuar con sus asombrosas actividades de espionaje dentro de Alemania hasta 1942 y las filtraciones militares persistieron hasta 1945, aunque el colosal asunto de los códigos rotos de Alemania excedía las atribuciones de Canaris.

Los agentes a quienes sus oficiales despachaban para recabar información en el extranjero no siempre estaban preparados para el cometido. Es extraño que Berlín nunca tratase de reclutar a espías para mandar a Gran Bretaña que pudieran hacerse pasar por caballeros. Incluso en 1940, el acento y las formas de la clase alta continuaban siendo un pasaporte para entrar en la sociedad de la asediada isla de Churchill. El escritor Cyril Connolly escribió una colérica carta al New Statesman en la que se quejaba de que cuando lo detuvieron por espía, fue liberado de inmediato al descubrirse que había estudiado en Eton[38]. La experiencia de los Cinco de Cambridge, a quienes se consideraba fuera de toda sospecha por ser miembros de la clase media-alta, hace pensar que si el Abwehr hubiese mandado a Gran Bretaña a unos pocos nazis con unos modales pasables en la mesa y cierta práctica en la pesca de río o la caza de patos, habrían recibido invitaciones de las mejores casas.

Sin embargo, lo cierto es que cuando los dos hombres clave de Canaris, el coronel Hans Pieckenbrock, el jefe de la inteligencia, y el coronel Erwin Lahousen, jefe de sabotajes, fueron despedidos en 1943, no fue en un gesto de rencor nazi, motivado por razones políticas; se debió a la innegable incompetencia de aquellos hombres y al fracaso de sus departamentos. Las operaciones secretas alemanas en el extranjero exigían un esfuerzo inmenso a cambio de unos resultados insignificantes. Uno de los reclutas más señalados del Abwehr era el teniente de la Marina Heinrich Garbers. Era hijo de un agricultor, un nazi convencido, que en 1938 había cruzado el Atlántico con un yate de treinta pies, el Windspiel, que él mismo se había construido. En pleno bloqueo naval de los Aliados, los alemanes concibieron la idea de mandar a agentes a lugares remotos a bordo de veleros lo suficientemente discretos como para no atraer la atención del adversario. En 1941 y 1942, Garbers realizó incursiones épicas en Sudáfrica y Namibia, respectivamente. Más tarde, fue el capitán de la pequeña goleta Passim, que realizó dos travesías larguísimas a una velocidad promedio de seis nudos. La embarcación navegó con el nombre de Santa María y ondeó sucesivamente las banderas francesa, española y portuguesa según Garbers juzgaba oportuno. En 1943, llevó a tres hombres del Abwehr, cuyos nombres en código eran «Walter», «Fred» y «Jim», a Argentina, en lo que más tarde él mismo describiría lacónicamente

como «un viaje sin incidentes de 65 días».

Desde la perspectiva náutica, puede que no sucediera nada destacable, pero las relaciones a bordo estaban emponzoñadas por la aversión que Walter y Fred se profesaban mutuamente, mientras que Jim estuvo postrado a perpetuidad por mareos, lo que le costó una espectacular pérdida de peso. Los pasajeros fueron entregados con éxito a un comité de recepción de simpatizantes argentinos en Río de la Plata, que ofreció a la tripulación del Passim algo de café y naranjas antes de que el pequeño navío virase rumbo a casa. Garbers, sin duda alguna un hombre de hierro, parecía no inmutarse con aquellas experiencias. Regresó sano y salvo a Europa y fue condecorado con la Ritterkreuz[39]. Pese a todo, no disponemos de pruebas de que sus pasajeros contribuyesen en algo al esfuerzo bélico nazi. Por otra parte, el conde László Almásy, oficial húngaro de las fuerzas aéreas, recorrió 3200 kilómetros del desierto del Norte de África para entregar a dos agentes en Egipto en mayo de 1942, un logro digno de ser destacado, y más tarde sería el inspirador de la novela y la película El paciente inglés, aunque en esta versión se ofrece una imagen algo ilusoria del entregado nazi. Sin embargo, sus pasajeros, una vez en su destino, no hicieron nada que justificase el épico trayecto. Más cerca de casa, los británicos que monitorizaban los informes de radio del Abwehr veían cada vez más claro que su red de estaciones en ultramar así como de informantes no producía nada que fuese a la vez nuevo y cierto.

A medida que Trevor-Roper proseguía sus investigaciones en la cosecha cada día más nutrida de descifrados de Bletchley, «pronto fuimos conscientes de que "el pequeño almirante" tenía un carácter bastante más complejo y controvertido de lo que habíamos supuesto. En la medida en que se nos iba desvelando la incompetencia de su organización, descubrimos, o dedujimos, algo de la política en la que estaba envuelto, y nos fijamos en sus febriles viajes, en todas direcciones pero sobre todo a España, que lo distinguían marcadamente de nuestro jefe bastante más sedentario», Stewart Menzies[40]. Varias décadas después de terminada la guerra, Canaris fue considerado una figura principal de la época, objeto de distintas biografías de peso. En el imaginario asociado a Canaris tiene una especial importancia su representación como cruzado secreto contra Hitler, que ayudó activamente a la causa de los Aliados. Varios escritores alemanes difundieron esta imagen con contundencia, porque su sociedad en la posguerra estaba desesperada por identificar a hombres virtuosos que se hubieran atrevido a levantar las manos contra la colosal maldad del nazismo y que, en consecuencia, se vieron condenados al martirio.

Hoy está claro que aquellas afirmaciones carecían de fundamento. Hasta 1938, Canaris fue un ardiente partidario de los nazis y en los años siguientes

Hitler lo usó en numerosas ocasiones como emisario personal en el extranjero. El almirante trabajó en amistosa colaboración con Reinhard Heydrich del RSHA. Las familias de ambos mantenían una cordial relación: Frau Canaris y el planificador ejecutivo del Holocausto formaban dúo con sus violines. A partir de 1939, el almirante mostró un humor cada día más taciturno y nervioso; sus camaradas notaron que bebía mucho. Trevor-Roper consideraba una absurda ilusión ver en la figura de Canaris al cerebro al frente de «la otra Alemania». En su opinión, el jefe del Abwehr era un hombre de talento limitado, cuyas actividades antinazis se redujeron a ofrecer en su organización un refugio para los oficiales que compartían con él su creciente disgusto hacia Hitler y sus partidarios y que se resistían a ser cómplices activos de las atrocidades nazis. Tal vez el carácter maniático de Canaris tuviera sus orígenes más en la ordinaria conducta de aquellos que en su barbarie desmedida.

El único oficial del Abwehr del que tenemos constancia que actuó como fuente para el MI6 fue Hans-Berndt Gisevius, en Suiza, un abogado prusiano con un cuerpo gigantesco que tras cinco años de servicio en la Gestapo empezó a odiar la organización y fue transferido al Ministerio del Interior en 1938 y de ahí pasó al Abwehr. Canaris lo destinó a Zúrich bajo una identidad falsa en el cuerpo diplomático, en calidad de vicecónsul; desde allí aquel pasaba la información a Halina Szymańska, de quien él sabía que era informante a la vez de la inteligencia británica y de la polaca. Gisevius suministró el material con el que se elaboraron veinticinco informes despachados desde Berna a Broadway entre agosto de 1940 y diciembre de 1942, algunos con citas de las supuestas opiniones de Canaris; entre sus fuentes también figuraba el ministro de Finanzas de Hitler, Hjalmar Schacht.

Szymańska, el conducto, era la formidable y bella esposa de un exagregado militar polaco en Berlín, y en una ocasión cenó con Canaris en Berna. Buena parte del material de Gisevius era preciso: en enero de 1941, Szymańska pasó su dossier sobre las provisiones de la aviación alemana y el juicio del agente del Abwehr según el cual la invasión de Gran Bretaña estaba «fuera». En abril, ella transmitió el parecer de Gisevius, basado en la información obtenida de Schacht, que sostenía que Hitler invadiría Rusia a lo largo del mes siguiente, lo cual era, realmente, su intención. Pero, como suele pasar con la inteligencia, el alemán también filtró algunas insensateces: el 28 de marzo de 1941 le dijo a Szymańska que las fuerzas alemanas no emprenderían la ofensiva en Libia; dos días antes de que Rommel lanzase un ataque a gran escala[41].

La contribución de Gisevius, y la de un puñado de colegas como él, difícilmente hizo del Abwehr un pilar de la Resistencia contra los nazis. Sus deficiencias en tiempo de guerra fueron el producto de la indolencia y la

incompetencia más que de una traición meditada. Canaris no delegaba bien y escogió a subordinados débiles. La inteligencia alemana cosechó un notable éxito en el extranjero, al sobornar a oficiales yugoslavos antes de la movilización de emergencia de su ejército en 1941, a tiempo para sabotear el proceso, pero luego sus operaciones de espionaje fueron invariablemente infructuosas. Pese a todo, el almirante era demasiado patriótico como para ayudar a los enemigos de su país. Como tantas otras personas en aquel momento, sus opiniones políticas también demostraban una grave confusión. En tanto que conservador y monárquico, veía en la España de Franco su hogar espiritual; viajaba a la península tanto como podía, no solo para visitar el amplio cuartel del Abwehr en Madrid, situado en el número 151 de la calle Claudio Coello, sino también para sentirse en comunión con los políticos y los grandes de España que pensaban como él. El servicio de vigilancia naval del Abwehr en España, el Unternehmen Bodden, monitorizaba los movimientos de los Aliados en el Estrecho de Gibraltar con la ayuda de una avanzada tecnología de infrarrojos e informaba a la Kriegsmarine y a la 1.ª Flota Aérea de la Luftwaffe en Italia, integrada por los elementos más descollantes de las operaciones en ultramar de la organización.

Pero, aunque Canaris es en buena medida responsable de los fallos del «panorama general» de la inteligencia alemana, jamás habría podido dirigir una operación genuina bajo la mano negra de Hitler, en la misma medida en que tampoco pudo lograrlo el Centro en Moscú, a la sombra de Stalin. Los informes acerca de las condiciones y las perspectivas del enemigo solo podían llegar a conclusiones que se ciñesen a unos parámetros aceptables a ojos del Führer. Estas restricciones, de consecuencias catastróficas, quedaban bien ilustradas con las anotaciones que el propio Hitler hiciera en un informe crucial de la inteligencia con respecto a las condiciones agrícolas en Rusia: «Esto no puede ser[42]». Kurt Zeitzler, jefe del Estado Mayor del ejército, escribió el 23 de octubre de 1943, vísperas de Stalingrado: «Los rusos ya no disponen de reservas dignas de mencionarse ni son capaces de lanzar ofensivas a gran escala». En 1944, Himmler declaró sin empacho que el primer requisito que se pedía a los servicios de inteligencia no era la verdad sino la lealtad al Führer[43]. Una declaración de no poca importancia, la expresión más vívida de la enorme debilidad del Abwehr y el RSHA a lo largo de la Segunda Guerra Mundial.

El historiador Michael Handel sostuvo: «Por lo general, los líderes en un sistema democrático se inclinan a considerar opciones más diversas que aquellos que siempre se han movido en sistemas políticos autoritarios o totalitarios. En los países autoritarios, donde medrar hasta la cima consiste en una implacable lucha por el poder, los hábitos de cooperación y la abertura de miras suelen estar menos desarrollados… La tolerancia ante ideas que se

desvían de la "línea del partido"… se consideran críticas personales[44]». Estos rasgos comunes en casi todas las dictaduras tuvieron consecuencias fatales para las actividades de la inteligencia en Alemania, más allá del campo de batalla, y en ocasiones también allí. El segundo de Himmler, Reinhard Heydrich, por ejemplo, manifestaba mayor interés por usar el RSHA como arma contra los enemigos internos del imperio nazi que como medio para obtener información de sus enemigos extranjeros. Hitler jamás deseó usar la inteligencia como herramienta de planificación o para meditar sus decisiones políticas. Solamente la reconocía útil a nivel táctico; los nazis exhibían una asombrosa falta de curiosidad hacia lo extranjero.

Pero el hecho de que el Abwehr fuera una organización incapaz de recabar datos de inteligencia no significa que las fuerzas armadas de Hitler estuvieran ciegas con respecto al campo de batalla: por lo general, su acceso a la inteligencia táctica era bueno. En la primera mitad de la guerra, los interceptores de radio alemanes y sus descifradores de códigos se anotaron notables triunfos que hoy parecerían admirables si no los comparásemos con los de británicos y estadounidenses. La Wehrmacht disponía de unas excelentes unidades de monitorización de voz, que suministraron importante información en todos y cada uno de los escenarios de la batalla. «El Servicio Y era la mejor fuente de inteligencia», afirmó Hans-Otto Behrendt, uno de los miembros del Estado Mayor de Rommel en el Norte de África[45]. En agosto de 1941, con la ayuda de un empleado italiano, dos agentes de la Sezione Prelevamento —la «sección de extracción» de la inteligencia italiana— abrieron la caja fuerte del despacho del agregado militar en la embajada estadounidense en Roma. Sacaron el libro de códigos —Código Militar de Inteligencia N.º 11— y lo fotografiaron. Esto permitió al Eje leer una cantidad sustancial del tráfico durante los siguientes diez meses y se demostró como una notable incursión de la inteligencia. En 1942, tendría consecuencias particularmente dolorosas para el 8.º Ejército en el desierto, puesto que el agregado militar estadounidense en El Cairo, el coronel Bonner Fellers, informó en detalle a Washington sobre los planes y las intenciones de los británicos. Un oficial de la inteligencia alemana pagó una generosa suma por «esta incomparable fuente de información, auténtica y fidedigna, que… ha contribuido tan decisivamente durante la primera mitad de 1942 a nuestras victorias en el Norte de África[46]».

En el mar, se encontraron algunas de las claves de la Armada británica a bordo del submarino Seal, apresado en aguas del litoral alemán el 5 de mayo de 1940, debido a un extraordinario tropiezo de los oficiales encargados de destruir la documentación confidencial. La Kriegsmarine pudo leer buena parte del tráfico de la Armada británica en el mar del Norte hasta el mes de agosto de 1940, y algunas comunicaciones de los buques de guerra hasta

septiembre de 1941. Durante la primera mitad de la contienda, el B-Dienst de la Kriegsmarine leyó los códigos sobre los convoyes de la Armada británica, con funestas consecuencias para los transportes marítimos aliados. Aun cuando no se lograse descifrar las señales, el análisis del tráfico de radio permitió a los equipos de inteligencia del Eje calcular los despliegues del enemigo con una efectividad nada desdeñable, al menos hasta la segunda mitad de la guerra, cuando los comandantes aliados ganaron en astucia y tomaron conciencia de la importancia de la seguridad. Las patrullas, los reconocimientos aéreos y los interrogatorios a los presos de guerra, todo suministraba un abundante flujo de datos útiles para los comandantes de operaciones alemanes, igual que la información en abierto: la monitorización de los periódicos y de la programación de radio del enemigo.

En la primera fase de la guerra, hasta 1942, mientras la Wehrmacht triunfó en los campos de batalla de toda Europa, estas fuentes bastaron para decir a sus comandantes todo cuanto ellos creían necesitar saber sobre el mundo y sobre sus enemigos. Las victorias enmascararon los lamentables fallos de la inteligencia recabada por los espías del Abwehr. Mientras Alemania fuese vencedora ¿por qué había de preocuparse nadie por las imperfecciones de la maquinaria de guerra? Solo cuando los ejércitos de Hitler empezaron a perder, se formularon estos difíciles interrogantes con respecto a la pésima inteligencia, en lo estratégico y lo político, del Reich. Sin duda alguna, buena parte de la culpa podemos achacársela al propio Hitler, pero era Canaris quien ostentaba la responsabilidad a nivel operativo. El almirante cayó en desgracia, aunque para entonces era ya demasiado tarde —probablemente imposible, por razones institucionalizadas en el sistema nazi— para recomponer su organización de espionaje, corrupta e ineficiente.

Aunque Canaris sentía cierto desasosiego por no ser una mala persona, carecía del coraje para ser bueno. Lejos de merecer una posición entre las figuras históricas de peso, este fue un personaje secundario, que hubo de lidiar con unos dilemas y unas dificultades muy superiores a sus capacidades. Trevor-Roper manifestó ver una estrecha similitud entre el almirante y Menzies, su homólogo en Gran Bretaña. Ambos eran conservadores, respetables y débiles. Se daba además una coincidencia sin mayor trascendencia: la amante de Canaris en Viena tenía una hermana casada con el hermano de Menzies. Trevor-Roper acabó considerando el Abwehr como «un reflejo perfecto del [MI6], con muchas debilidades y absurdos compartidos… Reconocí, en medio de la bruma de la guerra, a viejos amigos de Broadway y Whaddon Hall enfundados en el uniforme alemán en Tirpitzufer o en Wannsee[47]». El almirante hizo poco para merecer su destino final a manos de los verdugos de Hitler: muchas veces se llenó la boca hablando de traición, pero no hizo más. Lejos de convertirse en un

mártir de la causa de la «buena Alemania», se conformó con ser un incompetente siervo de la mala.

3

Los milagros tardan un poco más: Bletchley

«Pistas» y «Cillies»

En el invierno de 1939, el MI6 fue objeto de la atenta vigilancia y las feroces críticas de Whitehall, que se intensificaron tras el fiasco de Venlo. Stewart Menzies, consciente de lo precario de su situación como «C», preparó un documento de veintiséis páginas en las que defendía su servicio, arriesgándose a jugar a una sola carta lo que podría salvarle el pellejo, como al final sucedió[1]. Prometió a sus superiores que el país estaba «a punto de cosechar el fruto» de los vínculos del MI6 con los servicios secretos aliados en un modo «que deberá generar unos beneficios inestimables para el Ministerio del Aire en unas pocas semanas y, probablemente, para el Almirantazgo en uno o dos meses». La importancia de esta aseveración expresada en términos algo ambiguos radicaba en el hecho de que Menzies creía que Bletchley Park, con la ayuda de los franceses y los polacos, estaba a punto de resolver algunos códigos cifrados alemanes. Unos éxitos de aquella naturaleza podrían llegar a compensar con creces los fracasos del humint del MI6. Sus expectativas, sin embargo, no se verían cumplidas hasta transcurridos muchos meses, a partir del año siguiente. Pocos aún en la comunidad de la inteligencia británica se atrevían a esperar que el país lograse emular, mucho menos superar, los triunfos de la Sala 40 entre 1914 y 1918. El almirante

Godfrey, jefe de la inteligencia naval, escribió a Menzies el 18 de noviembre: «tanto si los criptoanalistas nos dan otra vez el conocimiento que tuvimos de los movimientos alemanes en la guerra anterior, como si no», el MI6 debe hacer un gran esfuerzo para colocar a agentes en los puertos enemigos y que estos nos informen de los movimientos de los barcos[2]. Godfrey no parecía esperar mucho de los descifradores de códigos.

En tiempos de paz, pocas naciones habían involucrado a sus mejores cerebros en cuestiones de seguridad nacional. Los más brillantes raras veces escogían hacer carrera en la inteligencia o, para el caso, en las fuerzas armadas. Solo la lucha por la supervivencia de la nación permite a un Gobierno movilizar a sus genios o a las gentes dotadas de capacidades equivalentes en interés del esfuerzo bélico. Los británicos, y más tarde los estadounidenses, llevaron a cabo esta tarea con mayor eficacia que ningún otro de los contendientes en la Segunda Guerra Mundial. Una considerable proporción de los mejores y los más sobresalientes de sus países se vieron, antes o después, desempeñando tareas dignas de sus talentos: en lo más alto de la jerarquía del Estado Mayor del ejército, codeándose con individuos como Enoch Powell, John Freeman o Toby Aldington; en la investigación científica o técnica; y sobre todo en la inteligencia, que absorbió a millares de mentes preclaras de innumerables disciplinas y condiciones sociales. El estallido de la guerra permitió a la sección alemana de la inteligencia militar británica, por ejemplo, reclutar a escritores y académicos de la talla de Noel Annan, Eric Birley y Alan Pryce-Jones. Annan, profesor en Cambridge, cuyos conocimientos de alemán y francés eran poco más que pasables, señaló sorprendido: «En el transcurso de una semana, me vi reconstruyendo los informes de agentes en los Balcanes y los tempranos balbuceos de Ultra[3]».

Donald McLachlan, un periodista que había trabajado en el Almirantazgo a las órdenes de Godfrey, más tarde alegó que, durante la contienda, los departamentos de inteligencia deberían estar dirigidos por civiles de uniforme; porque sobre ellos no pesaban los prejuicios que conlleva la experiencia de un soldado, un marino o un aviador de carrera: «Son los abogados, los estudiosos, los viajantes, los banqueros e incluso los periodistas los que demuestran capacidad para resistir allí donde los hombres de carrera tienden a ceder. Los oficiales y los políticos profesionales tienen un gran interés en cocinar la materia prima de la inteligencia para preparar los platos favoritos de sus señores[4]». Hasta 1945, el MI6 continuó bajo su antigua égida, pero el resto de la maquinaria de guerra secreta británica pasó a manos de civiles capacitados de uniforme, quienes tras un intervalo de unos meses de formación y pruebas para determinar sus habilidades —o en ciertos casos de algunos años—, fueron mejorando de forma progresiva la calidad del análisis de la inteligencia. La Sala de Rastreo de Submarinos del

Almirantazgo estaba bajo la tutela de Rodger Winn, abogado entonces y futuro juez. El jefe de la inteligencia del general sir Bernard Montgomery, desde El Alamein a Lüneburg Heath, era el profesor de Oxford Edgar Williams, «Bill», a quien se nombró general de brigada en los últimos tiempos. Reg Jones se convirtió en una leyenda en los sectores de la inteligencia científica.

Aquellos hombres, y otros pocos centenares distribuidos en las fuerzas armadas, pasaron buena parte de los años de conflicto explotando y evaluando la información que se obtenía en cantidades abrumadoras a partir de las interceptaciones y los descifrados del tráfico de radio del enemigo. Bill Williams, que sirvió en el Mediterráneo hasta 1943 y en Europa en una fase posterior, expuso en un relevante informe de 1945: «Debe quedar bien claro que Ultra y solo Ultra da notoriedad a la inteligencia[5]». Hasta que, en 1942, empezaron a llegar descifrados en abundancia, «la inteligencia fue la Cenicienta del Estado Mayor… La información sobre el enemigo solía tratarse como algo interesante, pero no valioso [aunque] por supuesto esta actitud variaba dependiendo del comandante».

En muchos casos, el escepticismo era merecido, porque buena parte del material resultaba descaradamente engañoso. El diario de guerra de 1940 de la sección de inteligencia del ejército de Oriente Próximo en El Cairo incluía algunos fragmentos de una frivolidad que rozaba lo cómico: «Se ha ordenado a todos los artistas de cabaret que abandonen el país a finales de mayo». Al disponer de insuficientes datos con respecto al ejército italiano, el 9 de agosto la sección dejó constancia de que: «La localización y organización actual de las tropas libias en la región oriental de la Cirenaica son inciertas». Un oficial del Estado Mayor añadía una semana más tarde, descorazonado: «No ha habido más información fiable de las nuevas unidades [italianas] sobre el terreno o de las formaciones que llegan a Libia desde el extranjero». El 27 de septiembre, el resumen semanal de inteligencia del alto mando incluía un párrafo sobre las condiciones internas en suelo alemán: «Un viajante neutral en la feria de Leipsic, cuyas observaciones se consideran fidedignas, informa de que las relaciones entre el partido [nazi] y el ejército no son buenas[6]». Tres meses después, el jefe de la sección política del MI6 se retorcía las manos: «Qué lastimoso es vernos en este estado de ignorancia» con respecto a la situación interna de Alemania y su economía[7].

Solo cuando los señores de la guerra aliados se vieron investidos con el poder necesario para leer los mensajes que se intercambiaban los generales enemigos en el campo y en los cuarteles generales del alto mando, el escepticismo con que se valoraba la «inteligencia» se vio reemplazado por una fe cada día más fervorosa. Ultra obligó a los comandantes en jefe, por no hablar del primer ministro, a tratar a los altos oficiales de la inteligencia con

un respeto que raras veces habían recibido antes de Bletchley. El general de brigada Ian Jacob, el secretariado del gabinete de guerra, afirmó: «Tengo la impresión de que una vez se hubo cimentado bien la empresa de Ultra, Churchill no buscó en ninguna otra parte[8]». El jefe de la inteligencia de Eisenhower, Kenneth Strong, escribió en 1943, en un memorando sobre los oficiales de instrucción del Estado Mayor: «Nuestra información ya no dependerá más de los agentes y de las fuentes envueltas en la intriga y el misterio. Los métodos modernos han transformado la inteligencia por entero[9]».

Se refería, por supuesto, al descifrado de códigos, y en Gran Bretaña aquella actividad nació en la Escuela de Código y Cifra de Bletchley. En los meses siguientes al estallido de la guerra, la Escuela creció de un modo exponencial con la llegada de un aluvión de académicos, muchos de ellos señalados por sus reclutadores antes de la guerra. Aunque algunos fueron transferidos temporalmente a las fuerzas armadas, se entendía que no había necesidad de instruir al contingente de universitarios en la marcha, el mantenimiento y la limpieza de las armas, ni tampoco debían conocer los nombres de las partes de un fusil. Continuaban siendo los mismos jóvenes macilentos, con sus trajes de tweed y sus pipas, cuando se instalaron en los alojamientos de las inmediaciones de la deprimente ciudad del extrarradio y los pusieron en nómina a cargo del Gobierno, sin uniformes ni ceremonias. El matemático de veintiún años Keith Batey se vio en un brete con su casera, que le pedía garantías por parte de la empresa que le había contratado conforme no era un «conchy» —un objetor de conciencia— antes de poder unirse al creciente cuerpo de académicos que trabajaban en una tarea de suma importancia para el país, cuyo cumplimiento podría mitigar en algo su alarmante vulnerabilidad. ¿En qué consistía esta tarea? La pequeña banda de los de Bletchley, formada por 169 miembros en 1939, incluido el equipo de apoyo, solo sabía que los enemigos de la nación se comunicaban mediante infinitos códigos y cifrados, susceptibles de ser interceptados. Solo con poder desentrañar parte de estas combinaciones de números y letras, se conseguiría información de un valor incalculable para el esfuerzo bélico.

Nadie sabía, al principio, si un mensaje apresado en las ondas de radio podía ser una orden de Hitler para que sus ejércitos marchasen sobre Varsovia, o una petición de uno de los campos de aterrizaje de la Luftwaffe en la Alemania oriental para una entrega de archivadores. Se abría ante los descifradores un dilatadísimo menú de requerimientos que solo podían atender a medida que la movilización les suministraba progresivamente orejas, cerebros y manos para monitorizar las frecuencias del enemigo veinticuatro horas al día, registrar parte del caudaloso torrente de mensajes y concretar las ubicaciones y las posibles identidades de los emisores:

diplomáticos, policías, fuerzas aéreas, militares o navales. Acto seguido llegaría otro reto aún mayor: descubrir el significado de los mensajes.

Todas las comunicaciones de radio implicaban cierto sacrificio de velocidad a cambio de mayor seguridad. En los estratos inferiores, la dirección del campo de batalla en tierra, mar y aire debía recurrir a las conexiones de voz para transmitir las órdenes y la información, a riesgo de que cualquiera que sintonizase una frecuencia determinada pudiera oírlas. Pudo introducirse alguna medida de seguridad rudimentaria codificando los indicativos en lugar de usar nombres y denominaciones corrientes; durante la Batalla de Gran Bretaña, los controladores de los cazas añadían 5000 pies para indicar las altitudes, con la voluntad de confundir a las radioescuchas. Pero los mensajes de voz resultaban intrínsecamente inseguros: la información sensible jamás debía pasarse verbalmente, aunque con frecuencia sucediera así.

La mayoría de mensajes militares emitidos por radio utilizaban el código Morse. El material poco sensible podía ser cifrado rápidamente, aun en el campo de batalla, por personal relativamente inexperto que recurría a los denominados encriptadores de mano o de campo, para los que se necesitaban grupos de dos o tres letras o números: la Kriegsmarine empleaba veintisiete variantes. El tráfico de material más sensible, el que se compartía en las jerarquías más altas, se traducía mediante encriptaciones manuales o generadas por una máquina, en combinaciones de cuatro o cinco letras o números. Los británicos tenían muy buena opinión, y con razón, de sus máquinas Typex, aunque jamás dispusieron de suficientes[10]. Los estadounidenses confiaron en su Sigaba, con un sistema de quince rotores.

A lo largo de numerosos períodos entre 1939 y 1943, los alemanes rompieron algunos códigos aliados, incluidos los del Departamento de Estado de Estados Unidos y los de sus agregados militares, además del tráfico de varios Gobiernos en el exilio, en especial el de los polacos y la Francia Libre. A veces, también accedían a mensajes de los tres servicios británicos, entre ellos los cifrados de cuatro letras de la RAF, y más tarde lograron exitosas incursiones en los resultados del encriptador de campo M-209 del ejército estadounidense. Merece la pena hacer hincapié en el hecho de que la debilidad de los códigos de seguridad aliados, y la pericia de los enemigos para sacarles partido, supuso un impulso operativo para los alemanes superior al que algunos historiadores occidentales reconocen, en especial durante la Batalla del Atlántico. Empero, las comunicaciones de alto nivel, tanto británicas, como estadounidenses y rusas, desafiaban el rastreo enemigo: las escuchas nazis de las conversaciones telefónicas trasatlánticas entre Churchill y Roosevelt ofrecieron poco material de valor a Berlín. Las tesis modernas en las que se defiende que los alemanes rompieron los altos

cifrados rusos deben tomarse con cautela: no existen pruebas de que, a partir de 1942, los generales de Hitler obtuvieran beneficio de ninguna de estas capturas; de haber sido así, no habrían sido víctimas de tantos engaños soviéticos.

Buena parte del colectivo de la alta jerarquía militar alemana —aunque en modo alguno el común de sus criptógrafos— confiaba en que sus Enigma, las máquinas de descifrado que codificaban la información por medio de unos rotores móviles y un tablero de conexiones con resultados solo comprensibles si se disponía de otra máquina preparada con los mismos parámetros que la primera, era inmune a la observación de cualquiera de sus enemigos e incluso a los esfuerzos del cerebro humano. No debe extrañarnos que, en 1939, ignorasen el riesgo de que la tecnología electromagnética pudiera acelerar de un modo espectacular el desvelamiento de los secretos de Enigma, puesto que no existía en aquel entonces. Sin embargo, sí es incomprensible que se mantuvieran en esta confiada seguridad durante los siguientes seis años, aun después de saber que los polacos habían roto parte del tráfico de Enigma antes de la guerra y de las múltiples advertencias de sus propios expertos. El teniente general Albert Praun, el último jefe de señales de la Wehrmacht, hizo un asombroso alarde de soberbia ante sus captores aliados tras el fin de la contienda al afirmar jactancioso que «los éxitos de la inteligencia de comunicaciones germana… pueden decir mucho en favor del carácter de la organización de espionaje alemana[11]». Esta, sostenía él, «otorgó a los comandantes un grado de seguridad [en las señales] inalcanzable hasta la fecha[12]».

El desciframiento de Enigma por parte de los británicos, posterior e independiente al del tráfico del teletipo alemán, fue una operación gradual que no llegó a florecer hasta 1943-1945 y que jamás se interrumpió ni fue exhaustiva: aun en los momentos culminantes, se leía solo alrededor de la mitad del total interceptado, muchas veces demasiado tarde para que resultase útil a nivel práctico en el frente de combate. Lo que se hizo en Bletchley Park fue realmente milagroso, pero los descifradores de códigos nunca pudieron caminar sobre todas las aguas simultáneamente.

La guerra ilusoria de 1939-1940 no resultó beneficiosa para Gran Bretaña, pero le brindó un tiempo precioso a la Escuela de Código para consolidar su potencia y pulir sus métodos. Con la ayuda de los cerebritos de Bletchley en el terreno de la mecánica hicieron modestas incursiones, y algo tardías, en algunos códigos enemigos. Los alemanes empleaban acrónimos y nombres en código que los adversarios tardaban semanas o meses en deducir. El aspecto primordial de lo sucedido en Bletchley durante los dos primeros años de la guerra no fue posibilitar a los generales británicos esquivar o detener una catastrófica racha de derrotas —como sucedió—, sino hacer brotar un atisbo

de esperanza con respecto a lo que podrían llegar a conseguir los decodificadores y su tecnología embrionaria en el futuro. Permitía a los conductores del esfuerzo bélico exhibir sobre el tapete algunas piezas diseminadas de un enorme rompecabezas que no llegaría a completarse hasta los años de dominio Aliado.

Bletchley Park —Estación X, Caja 111 c/o Foreign Office, direcciones postales ficticias del complejo— era un complejo victoriano notablemente feo y de orígenes arquitectónicos híbridos, rodeado por cincuenta y cinco acres (222 000 m^2) de árboles y césped, situado a unos 80 kilómetros de Londres. Fue adquirido en 1938 por el almirante sir Hugh Sinclair, el entonces jefe del MI6, para ubicar la sede de la Escuela a una distancia segura de las bombas alemanas; según se cuenta, Sinclair puso de su propio bolsillo 7500 libras, si bien lo más plausible es que el dinero se hubiera extraído de los fondos reservados que él mismo controlaba. Pese a las imperfecciones y debilidades de la inteligencia recabada por los espías del MI6, tanto los jefes del servicio como el propio Sinclair en especial y merecen ser honrados por el respaldo que prestaron en la instauración de Bletchley en un momento de extrema escasez de recursos. Los quehaceres se iniciaron con el tendido de líneas telefónicas y de teletipo directas a Londres y, a lo largo del siguiente año, con la implantación del equipo básico de criptoanalistas del MI6, al que se trasladó de Broadway a Bletchley a las órdenes de Alastair Denniston. Dillwyn Knox, uno de sus colegas en su paso por el Almirantazgo y especialista en papirología del antiguo Egipto, fue uno de los primeros incondicionales de Bletchley. Entre los reclutas más jóvenes destacaban Gordon Welchman, del Sidney Sussex College en Cambridge, Hugh Alexander, Stuart Milner-Barry, John Jeffreys y Alan Turing.

Este último, con veintisiete años, era hijo de un funcionario indio y había vivido una infancia austera y deprimida emocionalmente. Tras una estancia en Princeton, regresó obsesionado con una de sus creaciones: la multiplicadora eléctrica que había montado sobre una tabla de cortar el pan. El director de su centro de estudios en Sherborne había escrito en una ocasión: «Si pretende continuar en la escuela privada, debe aspirar a adquirir ciertas formas. Si no va a ser más que un Especialista en Ciencia, entonces pierde el tiempo[13]». Según estas palabras del director, Turing había «perdido el tiempo» definitivamente: se había convertido en un hombre tímido, intolerante y obsesivo. Noel Annan observó: «Me gustaba su humor travieso, enigmático… Su vida interior le resultaba más auténtica que la propia realidad. Manifestaba aversión hacia la autoridad allí donde iba… [y] disfrutaba con los juegos, las cazas del tesoro y otras bobadas… Turing pertenecía a la clase de homosexuales más pura, perseguía el afecto y el amor

de los que había carecido[14]». Sin embargo, su tragedia no se debió tanto a su sexualidad o a su inmadurez, tan a menudo ingenua, sino a la sumamente dolorosa soledad del genio.

Otras remesas de jóvenes académicos, algunos de ellos descifradores, llegaron junto con la primera de las muchas oleadas de mujeres que acudirían allí para desempeñar una tarea vital en las operaciones de «BP». Las primeras contratadas fueron dos hijas de los socios del club de golf de Denniston, hecho que pone de manifiesto la importancia de las relaciones personales en la primera fase del proceso de reclutamiento de Bletchley, antes de que la mecanización se hiciera inevitable. De hecho, toda la maquinaria de la inteligencia en tiempo de guerra fue el reflejo de la familiaridad de los círculos de la alta sociedad británica. Se decidió confiar al departamento de publicaciones de la Universidad de Oxford (OUP) la responsabilidad de editar una extraordinaria cantidad de códigos, mapas e informes, atendiendo a su experiencia previa al conflicto en la impresión de hojas de exámenes en unas condiciones de rigurosa seguridad. Margaret Godfrey, la esposa del director naval de inteligencia, estuvo al cargo de la coordinación entre el Almirantazgo y la OUP. La Biblioteca de Fotografía Topográfica de la Armada británica se ubicó en los sótanos de la aledaña Biblioteca Bodleianana, que en los últimos momentos llegó a mandar 300 000 imágenes mensuales a las zonas operativas. El almirante sir William Hall, «Blinker», veterano de la inteligencia en la Primera Guerra Mundial, presentó a Godfrey, su sucesor, ante los gigantes de la banca en la City londinense: Montagu Norman, Olaf Hambro y los Rothschild, que colaboraron en el proceso de selección de reclutas aptos para la División de Inteligencia Naval (NID).

A los candidatos que opositaban para ingresar en Bletchley se les solía preguntar: «¿Tiene usted prejuicios de tipo religioso para leer correspondencias ajenas?»[15]. Harry Hinsley, de veinte años, fue entrevistado en el St John's College, en Cambridge, por Alastair Denniston y el coronel John Tiltman, responsable del grupo de decodificadores. Le dijeron: «Usted ha viajado un poco, lo sabemos. Ha tenido buenos resultados en sus exámenes del Tripo. ¿Qué le parecería trabajar para el Gobierno? ¿Lo consideraría mejor que ser llamado a filas?»[16]. Por supuesto, Hinsley lo prefirió e ingresó en la sección naval emplazada en el Barracón 4 de Bletchley. A lo largo del gélido invierno de 1939-1940, aquellos hombres y mujeres lucharon con denuedo contra el tráfico de Enigma. Lo hacían en unas condiciones deplorables, todos ellos enfundados en abrigos y mitones para resistir el frío. Se cree que la primera incursión en una de las claves de Enigma de la Luftwaffe —la denominada «Verde»— tuvo lugar el 25 de octubre de 1939. Se considera también que, en el mes de diciembre, Alan Turing había descifrado el equivalente a cinco días de mensajes navales

antiguos, sin otros medios que su capacidad intelectual. A finales de marzo, los franceses —o mejor dicho, los polacos que trabajaban en la estación Bruno en Francia— habían decodificado el equivalente a las señales antiguas de veinte días y BP cerca de treinta, todas de la Luftwaffe.

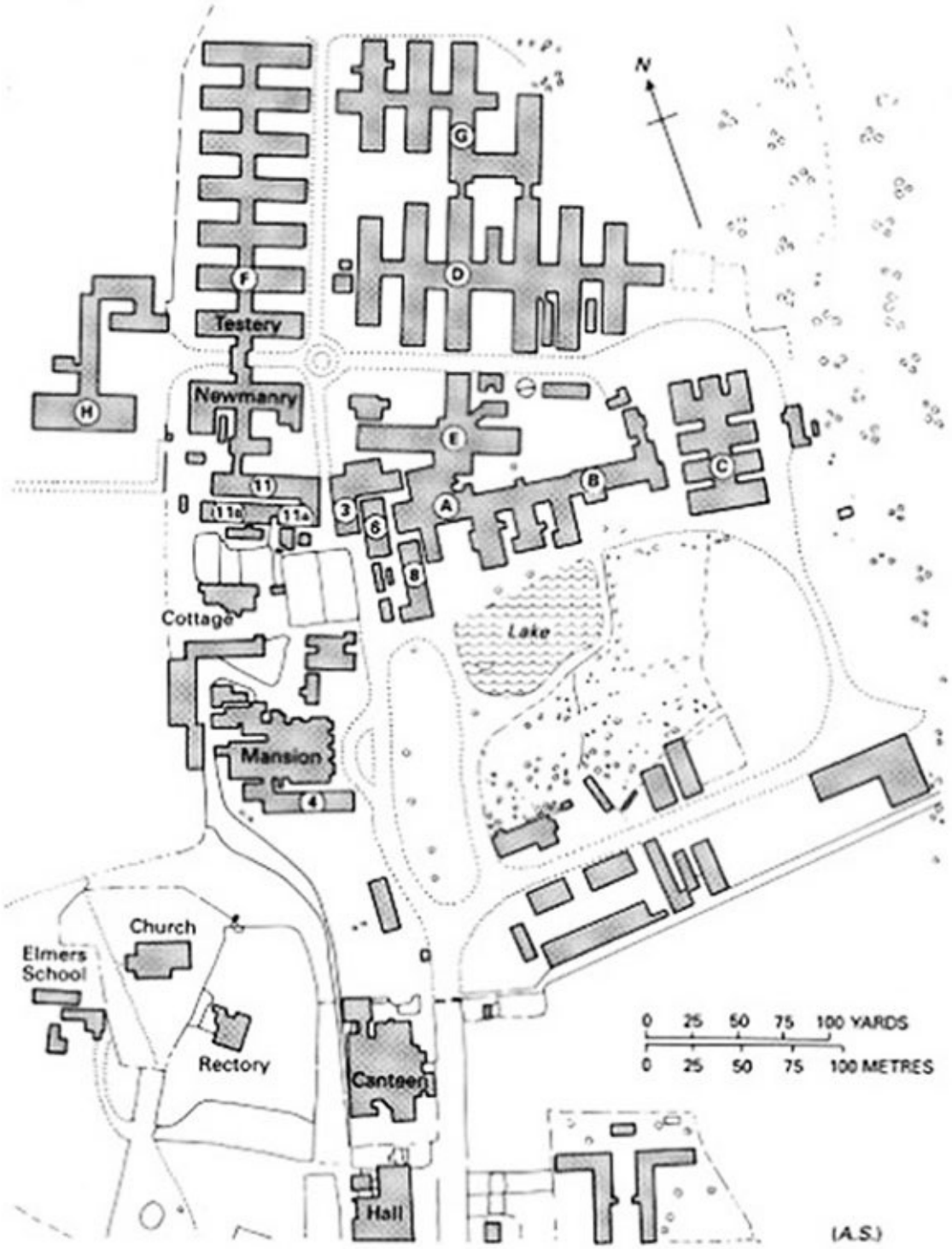
La implicación de Turing fue mucho más trascendental. El matemático redactó un tratado de 150 páginas sobre Enigma, plagado de borrones, tachaduras y partes ilegibles, como si de un cuaderno de colegial se tratara. Mientras que la mayoría de descifradores usaban sus respectivos nombres de pila o apodos en el trato cotidiano, sin prestar atención a la edad o al rango, casi todo el mundo conocía a Turing como «el Profe», en lugar de Alan. Cuando en 1940 empezó a circular su estudio sobre Enigma, se lo denominó «el libro del Profe». Alan Turing se dispuso también a materializar su proyecto de la «bomba», un artefacto electromecánico, rudimentario pero revolucionario, que permitía explorar múltiples combinaciones matemáticas. Tomó prestado el nombre, aunque no el diseño, de la «bomby» polaca y en su último estadio podía procesar las 17 576 posiciones de las ruedas de una Enigma de tres rotores en alrededor de veinte minutos: el encargo para construir la primera máquina se hizo en octubre de 1939 y el prototipo estuvo en funcionamiento seis meses más tarde. Paralelamente a estos avances, en el exterior de aquellas instalaciones, los obreros manejaban sus sierras y martillos en un sector de barracones de madera cada vez más amplio, donde se ubicaría al creciente equipo. Al final, solo los administradores ocupaban el edificio principal, en cuyo salón de baile se había instalado la centralita telefónica. En los barracones, las señales pasaban de una sección a otra, transportadas en carretilla a través de un túnel de madera artesanal.

El Barracón 8 se encargaba del tráfico naval alemán, que luego pasaba al Barracón 4 para ser traducido y procesado. En el número 3 se cumplían los mismos cometidos, pero con los descifrados procedentes del Barracón 6, los del tráfico de la Wehrmacht y la Luftwaffe. En los últimos tiempos, este grupo acabaría representando un papel crucial para la inteligencia aliada en la guerra, pero en su primera etapa, el equipo lo integraban solo cuatro personas. Frank Lucas, uno de ellos, escribió: «Una mañana de enero de 1940 en que todo estaba nevado, apareció en una habitación de madera pequeña e inhóspita, con tan solo una mesa y tres sillas, la primera remesa de descifrados de Enigma. No teníamos la menor idea de lo que nos revelarían[17]». A unos pocos metros de allí, el Barracón 6, dirigido por Gordon Welchman, se las veía con el tráfico de la clave «Roja», las comunicaciones entre el ejército y la Luftwaffe, que sería el primero en descifrarse profusamente.

Desde el primer instante, se puso gran esmero en no divulgar el hecho de que el descifrado empezaba a generar información, salvo en los círculos de

los comandantes de operaciones de rango superior. Este logro catapultó de forma automática el prestigio del MI6 y el de Stewart Menzies. Cuando Reg Jones entregó al director de señales de la RAF, el comodoro del Aire Nutting, un falso informe redactado a partir de un desvelamiento de Ultra, el aviador no ocultó su admiración por el coraje de los supuestos espías que habían conseguido la información, y afirmó: «¡Caramba! ¡Tiene usted a su servicio a unos tipos muy valientes!»[18]. El tráfico enemigo rastreable crecía a un ritmo apabullante. Para poder comprender la medida en que se multiplicaron las comunicaciones a raíz de la guerra, sirva el dato de que en agosto de 1943, del total de los 2,3 millones de empleados en la Luftwaffe, 305 000 trabajaban en el departamento de señales —transmitiendo, recibiendo o procesando— y que otro tanto sucedía en el otro bando y en el común de las fuerzas armadas.

En la Escuela de Código se producían también los inevitables roces personales. Gordon Welchman, cuya aportación creativa se situaba solo por detrás de la de Turing, y estaba dotado de unas capacidades organizativas de inmenso valor, descubrió que le resultaba complicado trabajar con Dillwyn Knox, un hombre quisquilloso y desasosegado que también competía por el tan disputado título de excéntrico estrella en Bletchley. Conducía de un modo nefasto y en alguna ocasión había llegado a bromear: «Es increíble cómo la gente le pide a uno perdón y le sonríe cuando la atropellas[19]». A todas horas profería una sarta de quejas y exigencias sin mesura hacia Denniston, su viejo camarada de la Sala 40, por las limitaciones de personal, las condiciones de trabajo, lo ruin de las retribuciones y porque consideraba que se había otorgado una autoridad excesiva a los que no eran criptoanalistas: los oficiales del servicio de inteligencia, «que malogran y ocultan nuestros resultados». Knox estaba aquejado ya de un cáncer avanzado que terminó con su vida en febrero de 1943, pero hasta entonces discutió constantemente con Welchman: el mayor de ambos acusaba al más joven de excederse en la ejecución de las concisas instrucciones que se le habían dictado, y tampoco toleraba bien a Turing, de quien escribió: «Es costoso mantenerlo con los pies en el suelo. Es muy listo, pero bastante irresponsable y lanza andanadas de sugerencias en todos los sentidos. Tengo la capacidad y la autoridad justas, pero solo la justas, para mantenerlo, a él y sus ideas, dentro de cierto orden y disciplina. Pese a todo, es sobresaliente en este cometido». Turing provocó un alboroto cuando, movido por el impulso de querer aprender a disparar, se alistó en la Guardia de Bletchley y luego despertó la cólera de su coronel al ausentarse de los desfiles una vez cumplido su objetivo personal. Su falta de realismo podía resultar irritante para quienes se hallaban bajo una presión incesante por conseguir resultados. Un colega hablaba de la «incapacidad casi absoluta [de Turing] para hacerse entender[20]».



Mapa de Bletchley Park

En las jerarquías inferiores, se producían berrinches de poca importancia casi a diario, muy comprensibles entre los miembros de un equipo entregado a tareas tan estresantes durante muchas horas en unas condiciones de trabajo deprimentes. Angus Wilson, el que más tarde se convertiría en novelista, se dejó llevar por un arrebato de rabia tal que un colega, harto ya, le espetó: «¡Basta, Angus, o tendremos que tirarte al lago!», a lo que Wilson replicó en tono desafiante: «No te preocupes, ya lo hago yo». Y como no podía ser de

otro modo, se zambulló en el agua del lago, frente a la casa; en otra ocasión, arrojó un tintero contra una Wren. Durante la guerra, un buen número de los descifradores sufría colapsos mentales o físicos, temporales o permanentes, a consecuencia de sus actividades: William Friedman, uno de los primeros especialistas de Estados Unidos, fue víctima de un ataque de nervios en enero de 1941 que lo incapacitó durante tres meses. Hugh Trevor-Roper se consumió durante varios meses en la misma época, y otros caían de forma regular.

Al principio, las señales alemanas se interceptaban mediante una batería de operadores de radio del ejército, ubicada en un viejo arsenal naval en Chatham, un cometido que luego asumiría la organización de Gambier-Parry en Whaddon Hall. En los primeros años de la guerra, nunca se dispuso de operadores suficientes y tanto la RAF como el ejército se mostraban reacios a priorizar las demandas de la Escuela. Las remesas de señales se mandaban mediante un correo en motocicleta al puesto de guardia de Bletchley, a cualquier hora y muchas veces con un tiempo horrible; seguidamente, se distribuían entre los barracones pertinentes. Desde el principio, los descifradores aprendieron a identificar a los emisores alemanes gracias al encabezamiento sin encriptar de sus mensajes de doscientas cincuenta palabras a lo sumo. A partir de ahí, la misión consistía en permanecer sentados en una mesa de pino, durante las horas que durase el turno, discurriendo ante un enjambre de números y letras de las que solamente hombres —y en Bletchley algunas mujeres también— dotados de unas aptitudes lógicas o matemáticas excepcionales podían aspirar a extraer algo con sentido. «El criptoanalista ideal —ha escrito Stephen Budiansky— sería un Beethoven con espíritu de contable[21]» Cuando Christopher Morris, recién instalado en Bletchley, preguntó por los requisitos para el trabajo, uno de sus superiores le respondió con laconismo: «Ah, supongo que bastará con un lápiz afilado y un trozo de papel». Morris creyó que los requerimientos esenciales —salvo en casos de un nivel tan elevado como el de Knox, Turing, Welchman y el fallecido Max Newman— eran: «paciencia, precisión, resistencia, una cabeza bien amueblada, algo de experiencia y capacidad para trabajar en grupo[22]»..

Iniciaron lo que se serían unos extensos índices de fichas apilados en cajas de zapatos en los laterales de los barracones, donde se clasificaban las unidades, el personal, los nombres en código, las ubicaciones, las abreviaturas y el armamento del enemigo; las distintas claves Enigma se distinguían por colores; el amarillo, el verde, el rojo y el azul, por ejemplo, correspondían a Noruega, la Wehrmacht, las comunicaciones entre el ejército y la Luftwaffe y los códigos de instrucción aéreos. «Cuando en el mensaje que estabas traduciendo aparecía una palabra nueva —escribió Hugh Skillen—

un nuevo combustible para los motores, o una pieza de una máquina, la buscabas y, si no la encontrabas, el indexador la incluía acompañada de una referencia temporal y un sello con la fecha[23]». El meticuloso sistema de registro de Bletchley resultó determinante para sus triunfos.

Por motivos de seguridad, las operaciones en el Parque estaban estrictamente compartimentadas y se intercambiaba poca información o chismorreos entre las secciones. Incluso Welchman señaló años más tarde lo poco que sabía de lo que hacían sus colegas a unos pocos metros de su barracón. En la fase en que el equipo pasó de contar con algunos centenares de miembros a los millares, las instalaciones se quedaron pequeñas: un jefe de sección se quejaba de que doscientos hombres y mujeres tenían que usar un único cuarto de baño. La comida de la cantina era escasa aun para los estándares de la guerra. Sarah Norton encontró una noche una cucaracha cocida en la carne: «Estaba a punto de devolver [el plato] a la encargada del comedor cuando mi amiga Osla, que tenía el apetito de una leona con cachorros, me lo quitó y dijo: "¡Qué desperdicio! ¡Ya me lo como yo!"[24]». Los manjares disponibles más cercanos al otro lado de la valla se encontraban en la pensión Station, en la ciudad de Bletchley, donde vendían corazón de buey. Welchman recordaba haber tenido que llevar su propio papel de periódico para envolver el pescado con patatas fritas que compraba en la tienda local. Los descifradores de códigos trabajaban las veinticuatro horas del día en turnos sucesivos, empezando el primero a las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Cuando aquellos hombres y mujeres, vencidos por el agotamiento, paseaban en bicicleta o cogían el autobús en pleno apagón para ir a sus alojamientos, se encontraban con pocas comodidades: una luz mortecina, el baño caliente racionado por lo general a una vez a la semana y unas normas draconianas con respecto a las visitas del otro sexo.

Causa sobrecogimiento descubrir que los equipos de Bletchley pudieran resistir aquel nivel de entrega al trabajo día tras día, mes tras mes, en un entorno gris, desprovisto de todo glamour, emoción, diversidad, gloria y condecoraciones. En el Barracón 3, quienes montaban guardia se sentaban alrededor de una mesa en forma de herradura para traducir las señales descifradas que les habían pasado desde el Barracón 6, todas ellas similares a un papel telegráfico. Idealmente, los descifrados estaban redactados con palabras alemanas completas, pero abundaban mucho más los textos discontinuos o corruptos, por lo que se debían suplir las lagunas recurriendo a la imaginación de los lingüistas. William Millward recordaba avergonzado la noche en que inventó un lugar llamado «Senke», cerca de Qatar, en el desierto del Norte de África; había olvidado que la palabra alemana Senke significaba «depresión geográfica[25]». Los profesores se demostraron casi perfectos para actuar como jefes de supervisión, escribió Peter Calvocoressi,

porque eran meticulosos por naturaleza: «Si no estaban satisfechos, devolvían las traducciones, incluso las de un profesor eminente. Me recordaban a los revisores de exámenes del nivel "A", que pasaban los textos a otro examinador adjunto, para que este los calificase de nuevo[26]». Nadie podía trabajar en la Escuela si no disfrutaba con los juegos mentales. Cuando no entraba tráfico para los supervisores, se producían tediosos paréntesis, esperas en las que tampoco se podía conciliar el sueño. En una ocasión, Peter Hilton empleó las horas muertas en la composición de un palíndromo: «Doc note, I dissent, a fast never prevents a fatness. I diet on cod[27][28]».

Aunque Alan Turing era reconocido como el mejor intelecto de Bletchley, sus triunfos se debieron en gran medida al esfuerzo conjunto del equipo; las aportaciones creativas de otros miembros, Welchman en especial, resultaron casi tan cruciales como las del propio Turing. Una noche del mes de febrero de 1940, meses antes de la primera bomba, John Herivel, un matemático de Cambridge de veintiún años, fumaba su pipa delante de la chimenea de su habitación, tremendamente concentrado en unos mensajes cifrados mientras daba algunas cabezadas. De pronto, cayó presa de un rapto de inspiración al imaginar a un operador alemán de Enigma. Veía al individuo al inicio de su jornada por la mañana, aburrido, cansado o con resaca, sin molestarse en actualizar el parámetro de su máquina antes de comenzar con el cifrado del nuevo día. Herivel apenas logró dormir aquella noche, tratando de descubrir cómo detectar el descuido y explotarlo luego para romper los mensajes.

Welchman, que fuera su tutor en Cambridge, supo apreciar de inmediato la importancia de aquel destello del entendimiento, un hermanamiento entre la brillantez matemática y el atisbo de un desliz humano. Anunció al joven, lleno de júbilo, que «no caería en el olvido» y, de hecho, su inspiración acabó convirtiéndose en la «pista de Herivel». Dillwyn Knox ya había identificado otra grieta por la que llegar hasta los mensajes, a raíz de los errores del operador y los parámetros de texto, al que los descifradores bautizaron como «Cillies» o «Sillies». Welchman escribió más tarde que Bletchley continuó «dependiendo por entero de las pistas de Herivel y los Cillies que llegaban desde la Francia ocupada hasta el fin de la Batalla de Gran Bretaña[29]». Dicho de otro modo, hasta la llegada de las bombas, los códigos se descifraron gracias al poder del pensamiento, sin ayudas mecánicas destacables; en este primer estadio, los británicos iban a la zaga de los estadounidenses en cuanto a explotación de la tecnología: dos equipos de descifradores, el del ejército y el de la Marina de Estados Unidos, empleaban las tabuladoras de tarjetas perforadas de Hollerith, que no se implantaron en Bletchley hasta mayo de 1940, debido al escepticismo que abrigaba hacia este tipo de artefactos el jefe del grupo de decodificadores, el coronel John Tiltman. Ultra no aportó material significativo durante el verano de 1940, a excepción de algunas

indicaciones con respecto al aplazamiento de la «operación León Marino», la invasión nazi sobre Gran Bretaña y el mensaje de septiembre en que la Luftwaffe ordenaba desmantelar el equipamiento de transportes aéreos en los campos de aterrizaje de Holanda.

Fred Winterbotham, el oficial del MI6 que acabaría ostentando la supervisión de la red de la «Unidad de Enlace Especial» que entregaba los descifrados de Ultra a los comandantes en el campo, describió la primera bomba —bautizada «Agnus», aunque luego se corrompió en «Agnes»— como una especie de «diosa oriental destinada a convertirse en el oráculo de Bletchley[30]». El 14 de marzo de 1940, se instaló el artefacto en el Barracón 11, pero con ciertos problemas de funcionamiento todavía. Gordon Welchman contribuyó de forma muy significativa en la creación de Turing con el diseño de un «tablero en diagonal», un elemento introducido en el primer modelo realmente funcional que estuvo operativo a mediados de agosto. Agnes y sus muchas sucesoras no eran computadoras, porque carecían de memoria. Eran, más bien, asistentes electromecánicos para descubrir claves, de 1,90 metros de altura por 2 de anchura, montados sobre unos armarios de color bronce y con treinta y seis teclados de réplicas de Enigma electromecánicas de alta velocidad. Cada una de las bombas disponía de miles de cables y de un millón de conexiones. Construido por la British Tabulating Machine Company (Compañía Británica de Máquinas Tabuladoras) en Letchworth, este artefacto dependía en parte de piezas que ensamblaban en innumerables ayuntamientos de pueblos operarios eventuales, que ignoraban la importancia de los veintiséis tipos de cables y otras piezas eléctricas menores para el esfuerzo bélico[31].

Con la ayuda de una clave o una «crib[32]» —un eslabón vital de identificación, generalmente una suposición del decodificador sobre la naturaleza de parte de una señal determinada—, una bomba podía probar los millones de posibilidades matemáticas generadas por las combinaciones de los tres rotores de Enigma. En un sentido metafórico, Agnes y su familia eran como el sabueso que necesitaba una zapatilla o un pañuelo que olfatear para seguir el rastro. Sin las «crib», la bomba no podía resolver la clave; afortunadamente, fueron muchas las veces en que se dispuso de una de ellas. Las máquinas posteriores, prodigios de fiabilidad dado su constante funcionamiento, recibieron nombres propios —por lo general de buques, como Warspite, Victory u otros similares— escogidos por sus operarias, las mujeres del Servicio Naval de la Armada británica, más conocidas como Wren, que las manejaban veinticuatro horas al día. Las bombas no recibían los mensajes cifrados del enemigo y los devolvían en alemán, sino que funcionaban a modo de soberbios aceleradores, pero solo después de que los descifradores hubieran logrado desentrañar algún fragmento de una señal o

de un flujo de tráfico. Resultó también de un valor incalculable la batería de máquinas de cifrado británicas Typex, ahora modificadas para encajar con el procedimiento de Enigma, con que las Wren probaban soluciones posibles para los mensajes. Una de las principales limitaciones a que hubo de hacer frente la decodificación, sobre todo entre 1940 y 1942, fue la escasa tecnología que los operarios de los tres servicios se veían obligados a compartir entre ellos, por lo que jamás conseguían disponer de un «horario de bomba» lo bastante dilatado para lograr progresos.

A lo largo de 1940, el ingenio humano continuó siendo el elemento crucial para los triunfos de Bletchley, que se multiplicaban de semana en semana. Fue la «pista de Herivel», no las bombas, la que permitió al equipo romper el código Rojo de las comunicaciones entre el ejército y la Luftwaffe en el mes de mayo. El abrumador volumen de tráfico enemigo que se leyó durante el resto del año —alrededor de un millar de mensajes al día— procedía de la Luftwaffe, y hasta el fin de la contienda se accedió a material de las fuerzas aéreas con mayor prontitud que al del resto de servicios. Para romper un código resultaba requisito indispensable disponer de lo que los descifradores denominaban «fondo», es decir, el suficiente volumen de mensajes en la misma clave para contar con un terreno de juego sobre el que realizar cálculos y probabilidades.

Las señales de la Luftwaffe proporcionaron abundantes claves concernientes a las actividades paralelas de la Wehrmacht; no obstante, en sus inicios, la interpretación se vio limitada por el desconocimiento de la terminología y las abreviaturas alemanas. En el mes de septiembre de 1940, Bletchley logró una incursión en parte del tráfico de la unidad de acorazados de Göring, la KGr100, que permitió anticipar los objetivos de varios asaltos de bombarderos. Aun con todo, las alertas fueron poco útiles para los defensores en el terreno, puesto que su poder coercitivo, los cazas nocturnos de la RAF guiados por el radar, no poseía ni la fuerza ni los efectivos necesarios.

Cuando empezaron a construirse más bombas —en 1945 sumaban 211—, estas se distribuyeron por los suburbios londinenses, en previsión a un posible ataque aéreo enemigo sobre Bletchley. Las jóvenes operadoras de la Armada británica pasaban incontables y extenuantes horas envueltas en el repiqueteo incesante de las máquinas, malolientes y sofocantes, cada vez que debían tomar las pinzas para ajustar el delicado cableado eléctrico. Algunas chicas tenían los nervios alterados por aquel jaleo exasperante. Una de ellas afirmaba que «era como un arsenal de máquinas de tejer; un tiquiti-clac ensordecedor[33]». Regresaban a casa con los puños de la camisa ennegrecidos e impregnados del aceite de los tambores giratorios de las bombas.

Los mensajes navales de Enigma resultaron impenetrables durante muchos meses, debido en parte a un sistema de ocho rotores, tres de los

cuales funcionaban siempre de forma aleatoria y por tanto más difíciles de descifrar que los cinco del ejército, y en parte también porque los operadores de la Kriegsmarine eran más disciplinados que sus colegas de la Luftwaffe y cometían menos errores que los de Bletchley pudieran aprovechar para tirar del hilo. A finales del mes de abril de 1940 se dio un breve destello de éxito con la lectura de cinco días de tráfico, al que siguió un paréntesis de una jornada sin avances —una eternidad a ojos de quienes llevaban días enteros, semanas incluso tratando de resolver los códigos— hasta lograr un avance decisivo. Denniston comentó con pesimismo a Frank Birch, un veterano de la Sala 40 en 1918, ahora al frente de la sección naval: «Sabe, los alemanes no quieren que se lean sus asuntos, y no creo que se pueda hacer nunca». El propio Alan Turing se había concentrado en el tráfico de la Kriegsmarine casi desde su llegada a Bletchley. Hugh Alexander, uno de sus colegas, señaló que había emprendido aquella tarea porque nadie más parecía estar haciendo progresos y porque, dado su carácter ensimismado, aquel reto teórico le resultaba fascinante.

Turing también fue el responsable del diseño de un nuevo método bautizado como «Banburismo» —por las extensas tiras de papel perforado fabricadas en la ciudad de Banbury— que ayudó a conseguir los primeros descifrados importantes en el tráfico de la Kriegsmarine, al limitar el número de posiciones posibles de los rotores de Enigma desde las 336 a cerca de 18. Este sistema se puso en funcionamiento a partir de la primavera de 1941, en el momento en que las bajas entre los submarinos británicos empezaron a alcanzar unas cotas alarmantes. Por aquel entonces, los británicos no contaban con una potencia de infantería suficiente, ni tampoco con la oportunidad para aprovechar la información obtenida con respecto a los movimientos de la Wehrmacht al ritmo que se descifraban los mensajes, un proceso en donde el factor suerte tenía un gran peso. A principios de 1941, en el Norte de África, el ejército británico se benefició de algunos sigint fructíferos que se consiguieron mediante las escuchas italianas, pero los mensajes desvelados no llegaron a tiempo para influir en las decisiones tomadas en el campo de batalla. En el mar, por el contrario, se cosecharon algunos logros muy relevantes gracias al esfuerzo de la Escuela.

El impulso que permitió la victoria se consiguió gracias a una serie de capturas en pleno océano, que incrementaron de forma espectacular el conocimiento que Bletchley tenía de las comunicaciones navales enemigas. El 23 de febrero de 1941, los comandos británicos de asalto sobre las islas Lofoten apresaron al pesquero armado Krebs y allí se apoderaron de los rotores de repuesto para una Enigma naval, aun después de que el artefacto hubiera sido lanzado por la borda. Este «pellizco» permitió a la Armada británica lanzar una operación planificada ex profeso para apresar más

material de Enigma, para lo cual se fijó el blanco sobre los pesqueros alemanes que informaban del tiempo entre Islandia y la isla de Jan Mayen. El 7 de mayo, un rastreo de tres patrullas localizó y detuvo al München, aunque ya era demasiado tarde para salvar del fondo del Ártico su Enigma y los códigos asociados. El 25 de junio, la Marina dio caza a su nave hermana, el Lauenburg, de nuevo sin máquina Enigma, pero abundante material cifrado de gran utilidad.

Ahora, el Barracón 8 disponía de sobrado fondo para leer algunas de las señales de los submarinos, pero el apresamiento que abrió las puertas al desciframiento del tráfico a un lenguaje inteligible se debió más al extraordinario coraje exhibido en un momento de azar que a la planificación. El 9 de mayo de 1941, la escolta de un convoy atacó y obligó a emerger a la superficie al U-110 de Julius Lemp. Un pelotón de abordaje del HMS Bulldog, a las órdenes del subteniente David Balme, aseguró el submarino, impidió su hundimiento y llevó de vuelta al destructor un botín de un valor incalculable: documentación para la Enigma vigente. Aunque luego el U-110 se hundió durante el remolque —afortunadamente para la seguridad— el escueto libro de señales, las instrucciones de cifrado del oficial y otros documentos llegaron íntegros a Bletchley, y se mantuvo el secreto del apresamiento hasta pasado el final de la guerra. En aquella operación se rescató asimismo una máquina Enigma, pero paradójicamente fue el elemento menos útil de todo el botín, porque Bletchley ya disponía de una, además de los varios rotores recuperados en otros «pellizcos». Pocos días después, el Barracón 8 leía un flujo constante de mensajes navales alemanes. Ralph Erskine, uno de los expertos de mayor renombre en descifrado de Bletchley, sostiene que el Parque no habría tardado mucho en leer el tráfico de la Kriegsmarine aun sin el botín del U-110. De lo que no cabe duda, sin embargo, es de que habría resultado imposible romper los códigos del submarino sin la ayuda de este material apresado, que volvería a tener una importancia crucial en otro momento de la guerra.

La incursión en los cifrados de la Kriegsmarine, no obstante, no llegó a tiempo de influir en la persecución del Bismarck en los últimos días de mayo de 1941. El sistema de orientación convencional en las transmisiones radiofónicas de aquel coloso, respaldadas por el reconocimiento aéreo, fueron determinantes para que la Armada británica interceptase y hundiese al gigante en la mañana del día 27, si bien es cierto que en el último momento contó con la ayuda del desencriptado de una señal de la Luftwaffe que señaló Brest como destino del Bismarck. Después de aquello, Bletchley generó un flujo constante de mensajes que desvelaban las posiciones de los submarinos y los rumbos fijados. Quedó abierto también el denominado código Hidra y otras claves se fueron rompiendo de forma progresiva: cuanto más sabía el

Parque, más podía descubrir. Pese a todo, el caudal de los descifrados jamás era fijo y, en ocasiones, se producían inquietantes demoras. El sistema de radiogoniometría HF-DF representó un papel secundario pero nada desdeñable en la localización de los submarinos: alteró de forma inexorable la balanza en la Batalla del Atlántico a lo largo de 1941 y hasta bien entrado 1942. Fue este un caso en el que la inteligencia influyó en el devenir de la guerra de un modo irrefutable al tiempo que crucial.

Bletchley también leía un sustancioso volumen del tráfico naval italiano. El 25 de marzo de 1941, una de las pocas criptógrafas, la matemática de diecinueve años Mavis Lever del equipo de Dillwyn Knox —conocido por el apoyo que prestaba a las chicas con talento en una institución claramente dominada por hombres— desempeñó una labor decisiva en el descifrado de un mensaje que reveló la inminente partida de la flota italiana en una maniobra de ataque contra los convoyes británicos. Gracias a su alerta, el comandante en jefe del Mediterráneo, el almirante sir Andrew Cunningham, pudo amañar un choque en las aguas del litoral de Cabo Matapán que se inició a primera hora de la tarde y concluyó la noche del 28 de marzo, con la aplastante victoria de la Armada británica. Al amanecer del día 29, tres patrullas y dos destructores se habían ido a pique y el acorazado Vittorio Veneto había sufrido roturas; el desenlace disuadió a la flota de superficie italiana de realizar otro intento para bloquear el paso de las tropas británicas hacia Grecia.

Con la primavera llegó otra caudalosa oleada de encriptados sobre las operaciones de la Wehrmacht en el Mediterráneo oriental. Los oficiales de la alta jerarquía se esforzaban por racionalizar las transferencias de información desde Bletchley a los campos de batalla, con objeto de que el material llegase a los comandantes en tiempo real. Una de las intercepciones más importantes, en la que se ofrecían los pormenores de los planes de Alemania para invadir Creta en mayo de 1941, informaba de la «fecha probable para el fin de los preparativos: 17/5. Propuesta de desarrollo de la operación… Ataque súbito contra la fuerza aérea enemiga, campos militares y posiciones A/A [antiaéreas]… Tropas del Fliegerkorps XI: lanzamiento de paracaidistas para ocupar Máleme, Candía y Rétimo; transferencia de bombarderos en picado y cazas a Máleme y Candía; operaciones de aterrizaje del resto del Fliegerkorps XI; transporte marítimo de unidades de fuego antiaéreo, más pertrechos militares y suministros[34]». El propio Churchill anotó en la copia: «A la vista de la crucial trascendencia de esto, quisiera que este mismo texto se transmitiera en el MÁS ALTO SECRETO junto con un aviso de reserva absoluta». La información llegó a Wavell y Freyberg, los comandantes al cargo, a las 23.40 horas del 6 de mayo. La derrota en la posterior Batalla de Creta, tras la invasión alemana iniciada en la mañana del

día 20, puso de manifiesto una realidad incontestable con respecto al descifrado de Enigma: solo podría alterar el resultado cuando los comandantes y las tropas británicas sobre el terreno dispusieran del suficiente poderío, competencia y coraje para sacarle provecho. Stuart Milner-Barry, del Barracón 6, afirmó que él y sus colegas recordaban el asunto de Creta como «la mayor decepción de la guerra. Parecía casi obvio que, con… nuestra detallada explicación previa… el ataque sería repelido de forma ignominiosa[35]».

En 1941, el aviso cretense que informaba a los generales británicos de las intenciones alemanas a tiempo para organizar una respuesta resultó excepcional. A partir de los descifrados de la Luftwaffe y las comunicaciones entre esta y el ejército de tierra, Bletchley pudo suministrar un flujo de información cada vez más nutrida con respecto a los despliegues enemigos, también en la Europa oriental. El tráfico de la Wehrmacht desafiaba porfiadamente las incursiones, pero en el verano de 1941, los códigos ferroviarios alemanes dieron información sobre, por ejemplo, los movimientos de tropas hacia Yugoslavia, Grecia y la Europa del Este. La inminente arremetida de Hitler en suelo soviético, el suceso más señalado de la guerra, fue además el primer gran desarrollo estratégico para el que la inteligencia de Ultra ofreció una alerta clara. Aunque Gran Bretaña no contaba con poderío suficiente para influir en la «operación Barbarroja», o para impedirla, Churchill y sus generales comprendían que resultaba esencial poder monitorizar su evolución.

Para el primer ministro, el hecho de que las tropas británicas en el Norte de África no lograsen arruinar los planes de Rommel, o derrotarlo, aun disponiendo de una posición superior no solo en cuanto al número de efectivos, tanques y cañones, sino también en lo relativo al considerable flujo de información sobre los despliegues alemanes y sus movimientos —como en el paso de Halfaya en mayo— pasó a ser motivo de creciente frustración. Churchill revisaba concienzudamente el archivo diario de materiales de Ultra. Cuando leyó un desencriptado en el que se informaba sobre las reservas de petróleo en distintos campos de aterrizaje de la Luftwaffe en Libia, garabateó sobre el mismo papel con su lápiz rojo: «Al JEMA [Jefe del Estado Mayor del Aire]. ¿Cuántas horas de vuelo pueden realizar sus aviones de combate con esto, aproximadamente? WSC[36]». El teniente general sir Charles Portal respondió irritado: «Por desgracia, no podemos realizar ninguna inferencia a nivel conjunto puesto que las cifras solo aluden a la reserva de Bengasi. No disponemos de la suma exacta para los suministros y el consumo de combustible y petróleo en toda Libia. Cuanto sabemos es que hay tres notificaciones de escasez generalizada que está limitando las

operaciones en la zona circundante». Este problema era endémico en los casos de encriptados fragmentarios. Stewart Menzies realizó una importante contribución disuadiendo al primer ministro de cumplir con su voluntad de despachar material de Ultra sin procesar a los comandantes en jefe en el campo de batalla, como sucediera en el caso de Creta. «C» acertó a todas luces tanto en lo referente a la seguridad como por el hecho de que unos ojos legos en materia de inteligencia podían interpretar los desencriptados de otra inteligencia sin más contexto de forma muy equívoca.

En tierra, en 1941, Bletchley pudo ofrecer más advertencias sobre cuestiones estratégicas que tácticas: brindó al alto mando de Churchill un panorama fidedigno, aunque nunca global, de los despliegues alemanes en todos los escenarios de la guerra. Ultra poco pudo hacer por la RAF en su lucha abierta contra la Luftwaffe por el control del espacio aéreo. Solo la Armada británica obtuvo un beneficio inmediato, tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico. Nada alteró el hecho de que, hasta que el equilibrio de fuerzas a nivel mundial empezó a decantarse a favor de los Aliados en los últimos meses de 1942, la superioridad operativa de las fuerzas alemanas y japonesas no permitió que estos cosechasen victorias de forma continuada. Bletchley fue un arma cada día más poderosa, pero nunca llegó a ser la espada mágica.

Los procedimientos y la disciplina en la Escuela avanzaban de forma progresiva, salpicados de numerosos altercados y luchas internas. El director adjunto Nigel de Grey se quejaba por «el escasísimo estilo marcial» imperante en lo que se suponía debían ser unas instalaciones militares. ¿Pero cómo podía ser de otra forma? Noel Annan escribió: «Muchos de los criptoanalistas al cargo de Ultra eran profesores heterodoxos, agnósticos, que no tenían en mucho las habituales consideraciones de patriotismo y democracia[37]». No resultaba sencillo concertar la disciplina esencial para el buen funcionamiento de la operación con la susceptibilidad de carácter de los caprichosos e indiscutiblemente excéntricos genios residentes. El coronel Tiltman escribió con arrepentimiento el 2 de marzo de 1941: «Hay que tratar a los criptoanalistas con delicadeza y no decantarse por los métodos de control habituales, esenciales para la buena marcha de las señales[38]». Cuando la directora del personal femenino de la Armada visitó el Parque, preguntó indignada: «¿Por qué mis Wren trabajan con civiles?». Las fuerzas auxiliares femeninas de la RAF (WAAF) de la sala de teletipos dejaron traslucir cierto resquemor ante las órdenes que les dictaban los civiles. En diciembre de 1940, el director de inteligencia militar de la War Office trató de adueñarse de los rendimientos militares de Bletchley. Hasta 1941, el Almirantazgo quiso conservar parte de las labores criptográficas en su terreno. En el Barracón 3,

estallaban las disputas entre los representantes de los tres servicios armados. Stewart Menzies oía a diario un rosario de protestas procedentes de los miembros rivales, al tiempo que el equipo de Bletchley se refería al de Broadway no sin cierta apatía como los «del otro bando». Una de las críticas que más se han repetido sobre «C» es que ansiaba arrogarse el mérito de los logros del Park, al tiempo que rehusaba implicarse en la resolución de los problemas crónicos, que al final se tradujeron en la carta que Allan Turing y sus colegas dirigieron a Churchill en octubre de 1941 solicitando encarecidamente un aumento de personal, desencadenante del famoso mensaje de Churchill en que exigía una «intervención inmediata»: «Asegúrense de que se les proporciona todo lo necesario con prioridad absoluta». Fue una acusación muy grave contra Menzies afirmar que no atendía la Escuela[39].

Sin embargo, por fortuna el revuelo no afectó en exceso al trabajo de los descifradores. Edward Thomas, uno de los oficiales navales que trabajaba en el Parque, quedó asombrado por la laxitud con que se manejaban las dignidades jerárquicas: «Pese a la mucha tensión en buena parte de las actividades… todo el mundo, sin importar el rango o la categoría, podía acercarse al otro por distinguido que este fuera, con cualquier idea sin importar lo extravagante que esta pareciese[40]». En cualquiera de los estratos, muy pocos eran los que se veían privados de voz, lo cual resultaba un privilegio desacostumbrado en las instituciones de época de guerra en todas las naciones. A partir de 1941, el científico y novelista de Cambridge C. P. Snow se convirtió en un intermediario clave para Whitehall, responsable de orientar a los matemáticos así como a otros académicos aptos hacia Bletchley. La Escuela también contrató a miles de empleados de orígenes más modestos, reclutados fundamentalmente por sus conocimientos lingüísticos. En sus archivos se detallan algunas de las entrevistas con el personal de la RAF, como la del oficial piloto Berry, de veintitrés años, que había empezado a recibir instrucción en las fuerzas aéreas pero fue reasignado por sus problemas de conciencia con respecto al lanzamiento de bombas[41]. Tenía un nivel de alemán medio y los seleccionadores concluyeron: «Si el trabajo le interesa, puede hacerlo bien, pero debe ser minucioso».

Gray, otro exmiembro de la tripulación aérea y «retirado del servicio a consecuencia de un impacto», tenía el mismo nivel en lengua española. El cabo Hodges, de veintiséis años, que no era apto para el servicio y «ansiaba usar su nivel "superior" de alemán, trabajaba en el despacho de programación». El cabo primero Tew, un oficinista de veintiocho años, también tenía un nivel superior de alemán además de ciertos conocimientos de español, francés y danés, que había adquirido trabajando en la empresa de peletería de su padre. Existían muchas disensiones entre Bletchley y el

Ministerio del Aire en relación a la renuencia de este último para permitir que sus miembros de alta graduación realizasen tareas de cifrado o de interceptación de radio[42]. El coronel Blandy, del Servicio Y, se quejaba de que aquella gente eran «tipos escogidos a dedo bien preparados a nivel lingüístico y con bastante cultura… [Los simples soldados de las Fuerzas Aéreas] y los oficiales sin graduación carecen de la autoridad necesaria para desempeñar sus deberes de forma eficiente».

No todo el personal destinado a Bletchley demostró cumplir con los requerimientos. El informe de marzo de 1941 sobre un oficial de la RAF al que se devolvió a sus cometidos habituales tras un período en BP observaba: «Aunque es un lingüista excelente, no considero que cuente con las aptitudes o las inclinaciones para la parte de investigación del puesto. Ha sido relegado a tareas de oficina, pero entonces no parece justificarse su sueldo[43]». También hubo algunos veredictos negativos sobre la actuación de algunas de las mujeres que trabajaban en los escalafones inferiores de la jerarquía: «La Wren Kenwick es imprecisa, muy lenta y no muestra el menor entusiasmo hacia su trabajo; tampoco es muy inteligente. Las Wren Buchanan y Ford son poco inteligentes y lentas y parecen incapaces de aprender. La Wren Rogers padece ligeramente de claustrofobia y no puede trabajar en una habitación sin ventanas[44]». El informe concluía así: «El resto… está realizando un trabajo realmente excelente», pero es urgente que los seleccionadores reconozcan la importancia de los cometidos que se asigna a estas mujeres, «y que no nos manden a demasiadas correveidiles».

Envueltas en aquel opresivo manto de seguridad, las gentes de Bletchley vivían, se enamoraban y se relacionaban sin salir apenas de la comunidad. Casi todos cobraban una miseria: la matemática de diecinueve años Mavis Lever, miembro del equipo de «Dilly» Knox, recibía al principio treinta chelines a la semana, de los que pagaba veintiuno en concepto de alojamiento[45]. Cuando el equipo podía evadirse durante un rato y salía del perímetro, la condición civil de aquellos jóvenes levantaba las sospechas entre los no iniciados, que ignoraban por qué estos no se encontraban en el campo de batalla. Las obras teatrales y las pantomimas representadas por el grupo de teatro aficionado del Park se convirtieron en fechas señaladas del calendario: Frank Birch, antes del King's College de Cambridge y entonces jefe del Barracón 4, fue aplaudido por su actuación en el papel de la viuda Twankey en la producción de la Aladino.

En 1942, el sentido común había conseguido algunos éxitos importantes en la dirección del Park. Cada sección trabajaba para un jefe al que se nombraba con independencia de su rango o de su ausencia. El criptoanálisis de todas las fuerzas armadas de Gran Bretaña respondía exclusivamente a la dirección en Bletchley y sus sedes en la India, una concentración del esfuerzo

que jamás igualaron ni Alemania ni Estados Unidos. Gordon Welchman demostró ser un moderador sobresaliente capaz de sosegar las disputas; se expulsó a un colectivo de oficiales ostensiblemente estúpidos; se nombró jefe del Barracón 3 al popular Eric Jones. Se supo ver que los descifradores civiles necesitaban bridas más sueltas, aunque esporádicamente el director sucumbía a arrebatos de autoritarismo[46].

El 1 de febrero de 1942, el almirante Karl Dönitz introdujo el reflector, o cuarto rotor, en la Enigma del servicio de submarinos del Atlántico, lo cual tuvo unas consecuencias catastróficas inmediatas para la suerte aliada en la Batalla del Atlántico: esta adición supuso multiplicar por veintiséis las posibles combinaciones y cegó a Bletchley. Aumentaron los hundimientos. En el mar, la Armada británica se hubo de confiar en el «HF-DF» para localizar los submarinos enemigos hasta que estos habían entrado en el radio de detección de la escoltas de convoyes, dotada de un equipo ASDIC, y no pudo hacer nada contra los atacantes de superficie nocturnos. Romper lo que se había dado en llamar clave «Shark», específica de los submarinos, pasó a ser la máxima prioridad en Bletchley, un reto que tardó nueve meses aterradores en superarse, con mucho el período más estresante de la guerra para los colaboradores. Encorvados en sus sillas de trabajo en aquellos austeros barracones, en ningún momento dejaron de ser conscientes de que en el mar morían hombres a diario de resultas de su fracaso, aunque nadie en su sano juicio lo habría formulado en estos términos.

Por otra parte, el primero de febrero, casualmente Alastair Denniston fue desbancado a un puesto subordinado en Londres y en su sustitución llegó su adjunto Edward Travis. En cierta medida, este cambio fue el reflejo de un enfrentamiento de temperamentos —Denniston y Stewart Menzies manifestaban disgusto mutuo— junto con la lucha interna propia de todo sistema burocrático de grandes proporciones. No obstante, en Bletchley casi todo el mundo consideraba que su jefe de operaciones se sentía abrumado por la tensión derivada de dirigir unas instalaciones que, desde el estallido de la guerra, se habían multiplicado por cuatro en extensión y bastante más que eso en trascendencia para el esfuerzo bélico. Las luchas de poder eran inevitables. Denniston era un buen hombre, amable, que había hecho muchas cosas bien; pero Bletchley lo superó. A Travis, cuyas directrices se publicaban impresas con una tinta marrón de una marca especial, se lo consideraba en líneas generales como un triunfador en el puesto, incluso entre los creativos más influyentes, como Welchman. Cuando otro decodificador, Ralph Bennett, regresó aquel verano de su servicio como adjunto en Oriente Medio, descubrió que el ambiente había cambiado sobremanera: «Al marcharme, era uno más de un grupo de aficionados entusiastas. Ahora he regresado a una organización profesional con criterios y una reputación reconocida que

mantener. El éxito ya no era un premio ocasional, sino la recompensa natural de una atención implacable al detalle[47]».

A lo largo de 1942, las actividades de Bletchley se vieron obstaculizadas por una tremenda insuficiencia de bombas y, en consecuencia, por las discusiones sobre cómo se las podía emplear mejor. En enero, el Barracón 6, al cargo de las comunicaciones entre el ejército y la Luftwaffe, recibía 1400 interceptaciones diarias, de las que se desencriptaba un promedio de 580, una proporción que fue aumentando paulatinamente, hasta llegar al 50% en mayo de 1943. Por lo general, en ningún momento se dispuso de más de una bomba de tres rotores con la que trabajar el cifrado Shark, porque el resto —tan solo un puñado— ya estaban comprometidas para el tráfico aéreo y del ejército. Los desencriptadores dijeron más tarde que deberían haber contado con diez bombas de cuatro rotores —cosa que por entonces no existía— para conseguir avances realmente significativos. En noviembre, las súplicas del Almirantazgo al Park con respecto a Shark llegaban teñidas de desesperación. La Batalla del Atlántico, decía el Centro de Inteligencia Operativa de la Armada, era «la única campaña en la que BP no está influyendo en ninguna medida destacable; y es la única en que se puede perder la guerra, a menos que BP ayude de verdad». No obstante, estaba a punto de producirse un gran avance. El 30 de octubre, en el Mediterráneo oriental, el U-559 fue atacado por un grupo escolta y obligado a emerger con cargas de profundidad. Tony Fasson, de treinta años, el primer teniente del destructor Petard, junto con Able Seaman y Colin Grazier, se desnudaron a toda prisa y nadaron los cincuenta metros que los separaban del submarino alcanzado; allí fueron trepando hasta la falsa torre. La tripulación había abierto las válvulas de entrada de agua antes de abandonar la nave y el mar inundaba el interior mientras los dos hombres buscaban la sala de control con una urgencia desesperada.

Hallaron el tesoro: la segunda edición del Wetterkurzschlussel, o código de señales cortas meteorológicas, para su Enigma. Tras haber envuelto en material impermeabilizante este documento y otros que encontraron, Fasson y Grazier lo pasaron a través de la escotilla al segundo de la cantina de la NAAFI (Organización Logística de la Armada británica), el joven de dieciséis años Tommy Brown, que los había seguido a nado hasta el submarino. Este a su vez entregó los paquetes a la tripulación de un ballenero que se había situado a su lado justo a tiempo. Brown, de condición civil, sobrevivió y fue condecorado con la Medalla George por su valentía, pero los dos entregadísimos marinos británicos tentaron a la suerte por segunda vez sumergiéndose de nuevo en la sala de control del submarino, creyendo posiblemente que podrían rescatar una máquina de cifrado. Bletchley no la necesitaba, porque ya había reconstruido el cableado de una Enigma de

cuatro rotores: lo importante era el código de señales. De pronto, las aguas del Mediterráneo se tragaron al U-559, que desapareció llevándose consigo a Fasson y Grazier, ambos condecorados póstumamente con la Cruz de Jorge. Los documentos apresados llegaron a Bletchley el día 24 de noviembre y permitieron una desencriptación crucial de la clave Shark el día 13 de diciembre, con la ayuda de los datos meteorológicos descifrados en el Barracón 10.

Aquel día, los descifradores mandaron un teletipo al Centro de Inteligencia de Operaciones del Almirantazgo con la localización de doce submarinos en el Atlántico. Se trataba de posiciones obsoletas desde hacía una semana, pero bastaron para ofrecer una orientación esencial con respecto a los probables rumbos de los alemanes. En adelante, las señales Shark solían descifrase en las veinticuatro horas requeridas, aunque en ocasiones se producían demoras de hasta 48 horas. Este fue uno de los momentos sin duda más determinantes en la guerra de inteligencia. Cuando se regularizó el flujo de desencriptados de Shark hacia la Armada británica, el equilibrio en la guerra en el mar se vio alterado en una medida insospechada. Aunque más tarde el Barracón 8 hubo de superar aún más aplazamientos y obstáculos en su trabajo con esta clave, el control británico de la ruta del Atlántico jamás volvió a verse seriamente amenazado y aumentó el hundimiento de submarinos.

Entre las muchas cuestiones sobre las que cabe llamar la atención en cuanto a Bletchley no debemos señalar sus peleas y trifulcas periódicas, sino el hecho de que aquellos jóvenes descifradores de primera línea, de veintitrés años de media, mantuviesen cierto grado de camaradería. Derek Taunt explicaba cómo se sentían «entregados a la causa de burlar al enemigo y felices por formar parte de una organización compleja pensada precisamente para este cometido[48]». Rolf Noskwith rindió tributo a lo que él describía como el «liderazgo ejemplar» de los barracones[49]. La integridad de la operación decodificadora contó con la inestimable asistencia de la amistad personal entre Stuart Milner-Barry, del Barracón 6, y Hugh Alexander, del 8. Pero nunca se alcanza la calma allí donde trabajan miles de hombres y mujeres con una presión terrible las veinticuatro horas del día, mes tras mes, año tras año, sabiendo que hay vidas que dependen de sus esfuerzos. El 15 de mayo de 1943, Welchman escribió a Nigel de Grey, disculpándose por un estallido de cólera en el transcurso de un debate sobre organización y escasez de recursos, la incesante pesadilla. «Mi susceptibilidad —escribía— se debe probablemente al hecho de que nunca dejo de tener en la mayor estima el valor y la urgencia de nuestro trabajo. En toda la andadura del Barracón 6, jamás ha habido un momento en que sintiera que estábamos alcanzando la

máxima eficacia de que éramos capaces y puede usted imaginarse que esto genera una tensión constante y muy dolorosa… La situación actual es un verdadero escándalo, pero de cuanto carecemos, todo se nos ha pedido ya una y otra vez. Por lo tanto, discúlpeme, por favor, por mostrarme un tanto amargo y malhumorado[50]».

Añadió: «Buena parte del trabajo es terriblemente monótono y mortalmente aburrido, y esto ha tenido graves consecuencias en el ánimo desde hace tiempo. Algunas de las chicas casi se ponen enfermas físicamente al ver una máquina Typex. Ahora, si nuestras jóvenes sucumben como nos ha pasado a nosotros, estaremos hundidos sin remedio y no habrá ayuda tardía que pueda salvarnos… Por cierto, ¿cree que podría convencer a Travis de que [el mariscal del Aire Charles] Medhurst [director de la inteligencia de la RAF] y [general del CIGS sir Alan] Brooke dedicasen un minuto siquiera a decirles a las chicas que su trabajo es importante? Suyo siempre, Gordon». Pero las dificultades para conseguir personal cualificado persistían, entre otras razones porque muy pocos en Whitehall estaban preparados para sospechar siquiera la extrema prioridad del trabajo de la Escuela. Cuando BP necesitó más recursos humanos para manejar los aparatos de tarjetas perforadas, le llegaron operarios reclutados de la John Lewis Partnership, la cadena de almacenes con personal habituado a ellas. Por asombroso que parezca, tras haber seleccionado a diez mujeres, el Ministerio de Trabajo insistió en que era mejor que se las transfiriese a labores agrícolas. Una nota interna del Parque decía: «El episodio de John Lewis es ignominioso». A la postre, se permitió que las chicas se incorporasen al equipo de la Escuela, pero no sin antes haber mantenido una ardua discusión con la burocracia civil.

Todos los días en que se libró la guerra, del primero al último, la seguridad constituyó una obsesión para el conjunto de los oficiales aliados conocedores del secreto de Ultra. En 1941, un tal coronel Gribble, que había prestado servicio como oficial de enlace aéreo para la RAF en Francia en 1940, publicó un libro titulado Diary of a Staff Officer, que a punto estuvo de desatar la histeria cuando Whitehall tuvo noticia de su existencia, porque contenía referencias a «fuentes secretas» sin identificar. El trabajo de Gribble había sido aceptado por un censor que nada sabía de Bletchley Park. ¿Qué pasaría si alguien en Berlín leía aquello y extraía conclusiones letales con respecto a la vulnerabilidad de los cifrados alemanes? El MI5 recogió y trituró los 7000 ejemplares del libro aún a la venta, confiando en que ninguno de los compradores previos tuviera amigos en Alemania[51]. Antes de la caída de Singapur, en febrero de 1942, el servicio de Ultra local y el personal del Servicio Y figuraban en primer término en las listas de evacuación, del mismo modo que harían sus homólogos estadounidenses en Corregidor dos meses después. En caso de captura, aquellos no solo habrían sido víctimas de un

atroz destino junto con otros presos británicos y australianos, con lo que se habrían echado a perder sus excepcionales capacidades, sino que además el desciframiento de códigos Aliado se habría visto amenazado si se los sometía a interrogatorios y torturas.

La mayor parte del equipo de Bletchley era total y absolutamente consciente de la importancia del secretismo, en especial los miembros más jóvenes —los soldados rasos de la Estación X— con cometidos rutinarios y aburridos. En 1941, un médico civil de Nottingham escribió a los responsables de la Escuela, informando de que una de sus pacientes, la Wren llamada Adele Moloney, al concluir sus días de permiso, se hallaba en cama con fiebre alta y síntomas de agotamiento extremo. Escribía: «La señorita Moloney sufre una hipertrofia de la conciencia tal que no revelará ni el más mínimo detalle de lo que hace, aunque eso vaya en contra de sus intereses. Se me hace difícil creer que esta joven trabaje en algo tan importante como para que su médico deba permanecer con las manos atadas por falta de información y, en consecuencia, he considerado oportuno escribirles a ustedes para que me pongan al corriente de la situación». Bletchley dio una contestación anodina en la que alegaba que «en términos generales, nosotros no sabemos de nada concerniente a su empleo que pueda resultar perjudicial para su salud en alguna medida. Otras muchas chicas desempeñan la misma actividad y, hasta la fecha, ninguna que sepamos ha padecido en ningún sentido». Pero BP comunicó al doctor que la discreción de Adele Moloney no era solo correcta sino «altamente recomendable», y lo era ciertamente[52].

Los administradores se sentían inquietos por el riesgo que suponía para la seguridad la sucesión de cocineros, limpiadoras y obreros que trabajaban en la Estación X. Un informe de 1941 manifiesta esta intranquilidad: «Cada día mandan caras nuevas de la Oficina de Empleo a Bletchley Park[53]». Una serie de flagrantes infracciones acaecidas durante la primavera de 1942 dieron pie a un memorando imperativo dirigido a todo el personal en la dirección del departamento de seguridad del Park: «Recientemente se han observado entre ustedes muestras de un ánimo temerariamente indiferente con respecto a las consecuencias de la indiscreción que parecen apuntar no solo a un estado de ignorancia o insensatez, sino hacia el desprecio por las leyes a las que todos y cada uno de nosotros nos sabemos atados. En un caso [un empleado de BP] reveló la naturaleza de sus cometidos a su familia… [esto] volvió a suceder a otro de los miembros mientras este se hallaba acompañado de diversa gente, en un cóctel de hecho, que es desde donde se me informó debidamente. En otro caso, se desveló [la naturaleza] de una de las tareas esenciales en las que toma parte la organización —posiblemente con la intención de hacer alarde u ostentación— en el transcurso de una conversación de sobremesa con los alumnos del curso superior de la universidad del susodicho, desde donde me

llegó la noticia… Sería un menosprecio a su inteligencia suponer que no se dan cuenta… de que la menor fanfarronada o chismorreo… podría llegar al enemigo y provocar no solo el desmoronamiento de nuestros exitosos esfuerzos aquí, sino el sacrificio de las vidas de nuestros marinos, soldados y aviadores, tal vez las de sus propios hermanos, y llegaría incluso a perjudicar nuestras esperanzas definitivas de victoria[54]».

Se trataba sin duda de una invectiva formulada en unos términos implacables, pero en ningún caso resultaban caprichosos. Bletchley Park era la joya de la corona en el esfuerzo bélico de Gran Bretaña, uno de sus principales activos en la lucha para salvar a la nación de la esclavización nazi. Alan Brooke escribió en su diario tras visitar la Escuela en abril de 1942: «¡Un maravilloso conjunto de profesores y genios! He quedado maravillado de las actividades que logran desempeñar[55]». Traicionar sus secretos podría haber paralizado de la noche a la mañana la causa de la libertad; por lo pronto, negándole a la Armada británica sus claves para localizar los submarinos de Dönitz. Bastante antes de que la Unión Soviética se convirtiera en su presunto aliado en enero de 1941, los traidores británicos pasaban a los agentes del NKVD cualquier joya de Ultra que considerasen de interés para Moscú; por suerte, Stalin no informó a Hitler acerca de los quehaceres de Bletchley, porque en los meses previos a «Barbarroja», trataba de calmar a Berlín desesperadamente.

Aún más venturoso fue el hecho de que los comandantes alemanes no cejasen en su obstinación con respecto a la inviolabilidad de Enigma. A principios de la década de 1930, el jefe de los criptoanalistas de la unidad de cifrado Forschungsamt de Göring, el doctor George Schröder, defendió con vehemencia: «¡Enigma es una auténtica porquería!»[56]. Nadie prestó atención a esta advertencia, que se consideró relevante solo para los dispositivos comerciales, sin tablero de conexiones. En octubre de 1939, el teniente coronel Ruzek, antiguo jefe de los criptoanalistas checos, reveló a los interrogadores alemanes que los polacos habían estado trabajando con los franceses para romper el tráfico de Enigma. En los archivos que apresaron de los polacos, los nazis descubrieron tres traducciones de 1938 a lenguas inteligibles de las señales de una patrulla alemana en aguas españolas. Los prisioneros de guerra polacos fueron interrogados exhaustivamente con objetivo de descubrir cómo se habían descifrado aquellos mensajes, pero el Abwehr no consiguió nada: casi todos los que sabían la respuesta estaban fuera de su alcance. Los criptoanalistas del OKW/Chi en Berlín se sentían profundamente frustrados porque, al tiempo que se les atribuía la responsabilidad de garantizar la seguridad de las comunicaciones de la Wehrmacht, se les prohibía de forma expresa llevar a cabo pruebas sobre el desciframiento del tráfico Enigma. Pese a todo, estaban convencidos de que, a nivel institucional,

el sistema era seguro y sostenían que se podían romper algunas señales ocasionales solo en caso de que fuesen emitidas por operadores descuidados, que no respetaban el protocolo. Aún en 1946, el criptoanalista jefe de la Wehrmacht, Wilhelm Fenner, continuaba defendiendo con vehemencia: «Se pensaba que Enigma estaba anticuada, pero era seguro si se utilizaba correctamente».

Podemos señalar unos cuantos momentos en la guerra en que los errores garrafales de los británicos habrían podido facultar a los alemanes para advertir que sus cifrados estaban comprometidos y acabar con la mayoría del flujo de inteligencia que salía de Bletchley Park. El 24 de agosto de 1941, en una emisión de la BBC, Churchill dio cifras constatadas del número de judíos asesinados a manos de las SS al otro lado del Frente Oriental. Los alemanes lo supieron y a los pocos días el Oberstgruppenführer Kurt Daluege dio orden de que los detalles de aquellos asesinatos no volvieran a figurar en el tráfico de radio: «El peligro de que el enemigo descifre los mensajes radiofónicos es alto. Por esta razón, solo se transmitirá información que no sea sensible». Una de las consecuencias del desliz de Churchill fue que, cuando en octubre de 1942 el Foreign Office preparó un informe sobre las atrocidades alemanas de las que se tenía constancia, en especial las cometidas contra el colectivo semita, la información no salió a la luz pública, para evitar cualquier otro riesgo de comprometer las fuentes de la inteligencia.

Es llamativo que el alto mando alemán no sacase conclusiones más trascendentales de las palabras de Churchill en agosto de 1941, ni tampoco del fruto del interrogatorio, un año después, sobre presos aliados que revelaron que el 8.º Ejército de Montgomery había permanecido a la espera del ataque de los Afrika Korps en Alam el Halfa en el Norte de África. También a comienzos de 1942, Dönitz abrigaba serias sospechas de que los Aliados estaban monitorizando sus comunicaciones con los submarinos. Se convenció de que sus miedos carecían de fundamento gracias al descuido de los británicos con respecto a los códigos de sus propios convoyes, descifrados en aquel momento por el servicio de desencriptación de la Kriegsmarine, el B-Dienst. Si Enigma fuese realmente insegura, pensó el almirante, los británicos se habrían enterado de esta abismal sima en su propia seguridad: una nación lo bastante inteligente para forzar las señales de los submarinos usaría mejores códigos en sus propias comunicaciones. El jefe de los submarinos tuvo el suficiente cuidado para introducir la Enigma de cuatro rotores, pero como para poner en tela de juicio la base fundamental del sistema.

La mayor amenaza para los secretos de Ultra llegó en 1942. El 5 de mayo de aquel año, el carguero australiano Nankin navegaba desde Fremantle rumbo a Calcuta con un cargamento de explosivos, 180 tripulantes y 162 pasajeros. En el océano Índico, a primera hora de la mañana del 10 de mayo,

un pequeño hidroavión sobrevolaba la nave describiendo círculos. Al poco, el crucero de combate alemán Thor se aproximó y abrió fuego. Nankin envió la señal de «avistado asaltante» y su capitán lanzó por la borda los libros confidenciales antes de rendirse transcurrida una hora desde el primer disparo. Los pasajeros y la tripulación fueron transferidos al Thor y al buque de aprovisionamiento junto a varios centenares de sacos de correspondencia. Entre el correo, los alemanes identificaron una remesa del Centro de Operaciones e Inteligencia Conjuntas (COIC) en Wellington, Nueva Zelanda, donde se encontraba un resumen «de alto secreto» relativo al período del 21 de marzo al 20 de abril, basado en gran medida en material de Ultra, donde figuraban las posiciones de todos los buques de guerra aliados y enemigos así como navíos mercantes en el Pacífico y en el océano Índico. En un caso de negligencia vergonzosa, aquellos documentos no habían sido entregados en mano al capitán del Nankin sino que se mandaron por medio del correo ordinario.

Aunque los datos del COIC estaban ya obsoletos, un análisis imaginativo del documento por parte del Abwehr podría haber revelado a los alemanes que al menos parte de sus cifrados, así como los de los japoneses, estaban comprometidos. Según parece, jamás se llegó a realizar un examen así. El capitán del Thor no consideró de especial urgencia mandar los documentos apresados a Berlín. Hasta finales de julio, cuando el buque de aprovisionamiento del crucero de combate atracó en los muelles de Yokohama, se hizo entrega de los papeles del COIC al agregado militar alemán en Tokio. Pasó otro mes antes de que Berlín diera autorización para pasar los pliegos a su aliado asiático. En adelante, la Marina japonesa cambió su código principal, de modo que la de Estados Unidos no tuvo los descifrados «en tiempo real» para poder asistir a los mandos en sus operaciones del 11 y 12 de octubre en la Batalla de Cabo Esperanza, el 26 de octubre en la Batalla de Santa Cruz y el 13-15 de noviembre en las acciones de Guadalcanal.

Sería exagerado sugerir que las capturas del Nankin alteraron el curso de la guerra naval, porque el cambio de código formaba parte de una rutina habitual: los japoneses seguían obstinados en no reconocer que su sistema de comunicaciones, al completo, era vulnerable. Pero si hubieran leído los documentos del COIC poco después del apresamiento por parte de los alemanes y hubiesen dispuesto de mayor capacidad para valorar la inteligencia, habrían cambiado sus cifrados semanas antes del asalto en junio sobre Midway, en lugar de hacerlo días antes, con consecuencias terribles. Al parecer, los británicos no comunicaron a los estadounidenses la pérdida del Nankin. Tal vez lo hicieran así porque se sentían terriblemente abochornados por su colosal fallo en la seguridad. Otro tanto sucedió cuando la segunda de

las dos réplicas de una máquina de cifrado Púrpura japonesa, presentada a los británicos por sus fabricantes en Estados Unidos, fue remitida al equipo de Ultra en Singapur en un buque de carga. Se sabe que el navío zarpó de Durban en diciembre de 1941, pero acto seguido desapareció sin dejar rastro y aún hoy día se halla en paradero desconocido.

Hasta la fecha, no se ha encontrado en los archivos británicos ninguna correspondencia de Whitehall relativa al Nankin, y resultaría caprichoso erigir una torre de especulaciones a este respecto. Los Aliados pudieron esquivar las terribles consecuencias derivadas de su gravísimo error —y de los que hemos citado antes— porque los sistemas de inteligencia alemán y japonés no contaban con imaginación suficiente ni cohesión para obtener los beneficios esperables a raíz del botín de secretos aliados que apresaron. Debemos recordar también otro momento de gran peligro: en noviembre de 1942, los alemanes arrasaron el territorio de la Francia no ocupada. Entre quienes cayeron bajo su custodia en Vichy se encontraban tres polacos que habían trabajado en el departamento de descifrado de Gustave Bertrand desde 1940 y antes ya formaban parte de la operación criptográfica de Polonia. En marzo de 1943, dos de estos presos fueron interrogados por los expertos alemanes en inteligencia de señales, en presencia de un oficial del Abwehr[57]. De haber contado aquellos hombres lo que sabían, o habían conjeturado, con respecto a los avances aliados en el desciframiento de Enigma, las consecuencias habrían resultado nefastas. Por fortuna, antes del interrogatorio, los polacos tuvieron ocasión de intercambiar unas palabras en privado y acordaron dar la misma explicación, que fue aceptada: aunque se había roto cierto caudal de tráfico por un breve lapso de tiempo en 1938, las mejoras introducidas en los sistemas alemanes cerraron la grieta. He aquí dos personas más con quienes los Aliados contrajeron una deuda por haber protegido el secreto de Ultra. Otros más inteligentes en Berlín y Tokio podrían haber sacado mucho más partido del material y los presos que caían en sus manos y haber interrumpido abruptamente la maravillosa danza de los Aliados en el aire.

El flirteo con Estados Unidos

Desde el día en que Winston Churchill tomó el cargo de primer ministro hasta Pearl Harbor, diecinueve meses más tarde, su principal objetivo político se centró en arrastrar a Estados Unidos a la guerra, porque solo de este modo conseguiría la isla bajo asedio ir más allá de su propia supervivencia. A tal efecto los británicos trataron de establecer la cooperación más estrecha posible con los estadounidenses. Manifestaron su deseo de que esta

colaboración se hiciera extensiva también a la inteligencia, pero lo cierto es que pretendían una relación marcadamente unilateral, donde los secretos británicos se mantuvieran a buen recaudo. En la primavera de 1940, Stewart Menzies solicitó al empresario canadiense sir William Stephenson que tratase de abrir un canal de comunicación con J. Edgar Hoover, el director del FBI. Stephenson, que ansiaba ocupar uno de los sillones de la dirección, emprendió la tarea con entusiasmo y para ello recurrió a un conocido mutuo impensado: el excampeón mundial de boxeo en la categoría de pesos pesados, Gene Tunney, con quien se había entrenado en Francia en 1918. En aquellos días, el canadiense era piloto de un caza e hizo una fortuna en la década de los años treinta al crear su propia red de inteligencia, desde donde ofrecía material al Gobierno británico. Allí se inició su amistad con Desmond Morton y Dick Ellis de Broadway, que se mantuvo tras el estallido de la guerra. Hoover, antes de conocer al vivaz canadiense, puso buen cuidado en conseguir la aprobación de la Casa Blanca. Stephenson informó a Londres de que el jefe del FBI mostraba interés en cooperar con el MI6 y sugirió que sería bueno otorgar a su visitante algún título oficial para formalizar su estatus en Estados Unidos.

Menzies preparó al punto una discreta tapadera para Stephenson, como agente de control de pasaportes en Nueva York, donde este se instaló el 21 de junio de 1940. En adelante, el canadiense levantó una sólida organización que, en enero de 1941, fue denominada Coordinación de Seguridad Británica (BSC). Esta, con sede en las plantas 35 y 36 del Rockefeller Center en la Quinta Avenida, fue acusada de sabotear las operaciones del Eje, de actuar como enlace con los estadounidenses y de reunir inteligencia sobre las actividades del enemigo. También controlaba la propaganda contra el Eje entre la población de Estados Unidos. En su papel de abanderado de Gran Bretaña y sus espías, alcanzó un éxito notable hasta que los respectivos servicios nacionales de inteligencia empezaron a evitar al BSC para negociar directamente entre ellos, en la primavera de 1942, después de que Estados Unidos hubiera entrado en la guerra.

Nueva York se convirtió en la delegación extranjera más importante del MI6, desde donde los agentes salían para intentar infiltrarse en las empresas dirigidas por el Eje y en las embajadas extranjeras. El BSC podía arrogarse el mérito de golpes como el chivatazo del FBI en noviembre de 1940, cuando un informante de Ciudad de México desveló que cuatro buques alemanes pretendían burlar el bloqueo británico en el Golfo: la Marina de Estados Unidos detuvo a los navíos. Asimismo, J. Edgar Hoover advirtió al BSC de que los italianos querían transferir a América del Sur casi cuatro millones de dólares estadounidenses en metálico, que servirían para financiar el sabotaje. Aquellos pasaron dos terceras partes del dinero, pero un agente del BSC

alertó del contrabando a la policía en Ciudad de México: los agentes abrieron las bolsas y confiscaron 1,4 millones de dólares. En cuanto a los aspectos negativos, por otra parte, se decía que Stephenson había reclutado a oficiales de innegable mala fama. Guy Liddell, del MI5, estaba indignado con uno en especial, Ingram Fraser, de quien se contaba que había «tenido una querida en Washington DC de quien se sospechaba que trabajaba como agente para los finlandeses. Ella sacaba quinientos dólares al mes por el piso y quinientos más por los servicios prestados, todo pagado con los fondos de la oficina[58]». El BSC desperdició tanta energía en menudencias y absurdos como el resto de organizaciones de inteligencia: tres de sus agentes más listos —los profesores de Oxford Freddie Ayer, Bill Deakin y Gilbert Hignet— pasaron semanas preparando una respuesta a una posible invasión japonesa sobre América del Sur.

En la carrera de Stephenson, sin embargo, lo más importante fue su papel como enlace: trabó una estrecha relación personal con distintos miembros destacados de la administración, sobre todo con el coronel William Donovan, que acabaría convirtiéndose en la personalidad más influyente en materia de operaciones de inteligencia estadounidenses en el extranjero. Donovan era un artista nato, mientras el resto de espías de los países beligerantes eran hombres de la sombra o —en el caso de los jefes de inteligencia de Stalin— criaturas de la noche. Nacido en 1883, «Wild Bill» creció en una familia irlandesa pobre afincada en el norte del estado de Nueva York y más tarde fue compañero de clase de Franklin D. Roosevelt en la Universidad de Derecho de Columbia; posteriormente sería un poderoso amigo del presidente. Luchó con Pershing contra Pancho Villa, luego capitaneó el 69.º Regimiento Irlandés de Nueva York en el Frente Occidental, entre 1917 y 1918, de donde regresó siendo el soldado con más condecoraciones de la nación, un coronel con la Medalla del Honor y una reputación razonablemente merecida de héroe. En adelante, llevó a cabo varias misiones de investigación para la Casa Blanca. Tras concluir la primera de ellas, en la nueva Unión Soviética de 1919, Donovan insistió para que Washington no prestase apoyo a la Rusia Blanca, cuyos trabajadores en Siberia describía como individuos «ávidos de bolchevismo». Durante sus años en la Fiscalía de Estados Unidos para el distrito oeste de Nueva York, se hizo famoso —o destacó— por su activismo para velar por el cumplimiento de la Ley Seca. Más tarde, aunque él se confesaba republicano, visitó Abisinia y España en calidad de emisario del demócrata Roosevelt. A su regreso, se había convertido en un enemigo implacable de Hitler y defensor de la implicación de Estados Unidos en la contienda de Europa.

En 1940 y 1941, Donovan realizó varios viajes a Londres en los que Stephenson le garantizó un trato de alfombra roja, incluida la comida con el

primer ministro. Algunos oficiales británicos eludían el ostentoso desparpajo del visitante. El general de División John Kennedy, director de las operaciones militares, escribió en su diario: «Donovan… es tremendamente agradable con nosotros y un colega astuto y simpático, además de buen conversador. Pero yo no podía menos que sentir que este abogado gordo y próspero, un ciudadano de un país ahora en guerra… manifestaba excesiva confianza al saltarse las normas con su verborrea acerca de lo que nosotros y otras naciones amenazadas debíamos hacer y no hacer[59]».

No obstante, la influencia de Donovan en la Casa Blanca consiguió una gratitud y buena voluntad británicas firmes. En septiembre de 1940, convenció a Roosevelt para que este comprometiera a Estados Unidos en la política de colaboración de la inteligencia con la nación de Churchill. Cuando Godfrey, el director de inteligencia naval, visitó Estados Unidos en mayo de 1941, acompañado de su ayudante personal el comandante Ian Fleming, en Nueva York ambos hombres se alojaron en el piso de Donovan. El viaje del almirante no fue un éxito rotundo: quedó impresionado por la profundidad de las hostilidades entre el ejército de Estados Unidos y la Marina y no pudo sacar mucho de Hoover, que estaba menos interesado en unirse a una batalla contra el Eje que en asegurar el monopolio del FBI con respecto a las actividades de la inteligencia de la nación. Esta no fue una misión de éxito para Hoover. Aunque su departamento conservó la responsabilidad del contraespionaje —el papel del MI5 en Gran Bretaña—, Godfrey y Stephenson hicieron su parte para convencer a la administración de Roosevelt de que el país necesitaba una nueva organización de inteligencia y de que Donovan era el hombre ideal para dirigirla. A partir de julio de 1941, ostentó el cargo de coordinador de información, aunque en realidad su nueva Oficina de Información de Guerra era por entonces un servicio secreto embrionario y él se dispuso a supervisar su nacimiento y precoz desarrollo con brío y energía.

Donovan y Stephenson —conocido en Estados Unidos como «el pequeño Bill» más que como «el Intrépido», que tan solo era su dirección telegráfica— fueron ambos unos bucaneros, que compartían el mérito de haber conseguido carta blanca para las operaciones de inteligencia en las Américas, contra los deseos del FBI y del Departamento de Estado. Su compenetración, sin embargo, no alteró una realidad incontestable: la relación entre Gran Bretaña y Estados Unidos durante la guerra marcada por tensiones y sospechas que solo encubría la espléndida retórica de Churchill y Roosevelt. Entre 1940 y 1941, los británicos luchaban por salvar sus vidas, pero no así los estadounidenses que, de hecho, llevaban a cabo una política de venta en metálico para la modesta cuota de armas y suministros que proporcionaban al pueblo de Churchill. La mayor parte del sector de Defensa estadounidense sentía cierto respeto por Gran Bretaña, pero poco afecto.

Los oficiales británicos al tanto del secreto de Ultra se sabían los guardianes de uno de los activos más valiosos para su país, que se echaría a perder de inmediato si a Berlín llegaba la menor pista de sus crecientes éxitos. La seguridad estadounidense era débil, como cabía esperar de un pueblo que aún no se había implicado en la contienda y, en cualquier caso, poco indicada para guardar secretos. Los jefes de la inteligencia británica esperaban buena voluntad por parte de los estadounidenses, pero no sabían a ciencia cierta cuánto podrían compartir con sus homólogos al otro lado del Atlántico que pudiera resultar útil a la práctica. A la espera de pruebas que indicasen que el tráfico en ambos sentidos podía resultar beneficioso para la isla sitiada, optaron por revelar lo mínimo posible. Por otra parte, según escribiera la angustiada mano de Whitehall en el debate de 1941 acerca de cuánto compartir con la delegación visitante de Estados Unidos: «¿Qué pensarán si descubren que hemos estado leyendo sus cosas?»; una deshonra que Churchill confesó a Roosevelt el 25 de febrero de 1942, asegurándole que el descifrado de material de su nación había cesado inmediatamente después de Pearl Harbor[60].

Las escasas reuniones e intercambios entre los descifradores de códigos y los oficiales de inteligencia de ambos países a lo largo de 1940 y 1941 se desarrollaron en un ambiente de recelo mutuo y fueron los estadounidenses los que mostraron mayor franqueza. El 31 de agosto de 1940, los británicos recibieron la noticia de que el Servicio de Inteligencia de Señales había roto la clave del código Púrpura japonés. La consecuencia natural de esta revelación no fue una invitación inmediata a Bletchley: cuando la misión Tizard visitó Estados Unidos en septiembre, presumiendo de una tecnología tan revolucionaria como el magnetrón —un bocado suculento, crucial para el radar táctico de la nueva era y diseñado para fomentar la reciprocidad estadounidense—, la información acerca de Ultra quedó en la reserva sin excepción. En el bando estadounidense, Laurance Safford del equipo de descifrado de la Op-20-G de la Marina se oponía asimismo a compartir sus secretos con los británicos. En diciembre de 1940, ambas naciones llegaron a un acuerdo para preparar un fondo común de información con respecto al descifrado de códigos, pero las dos demoraron la puesta en marcha. La colaboración solo se estrechó de forma inmediata con respecto a los materiales japoneses: en febrero de 1941, el equipo de criptoanalistas de Singapur y sus homólogos estadounidenses en las Filipinas intercambiaron a sus oficiales de enlace, quienes descubrieron que ambos habían llegado más o menos en el mismo punto con respecto a los códigos de Tokio. En los primeros años de contienda, los británicos se demostraron superiores a los americanos en la monitorización de parte del tráfico menos sensible de las fuerzas armadas japonesas, aunque no lograron romper los cifrados

superiores. Pese a todo, cuando en 1941 las fuerzas británicas solicitaron la ayuda urgente de sus nuevos socios para conseguir fotografías aéreas de gran altura de las bases navales japonesas, Washington vetó la propuesta.

En plena Blitz de la Luftwaffe sobre Gran Bretaña, dos agentes del FBI, Hugh Clegg y Clarence Hince, se desplazaron hasta Londres para estudiar la «aplicación de la ley en tiempo de guerra». Guy Liddell, del MI5, consideró que, si bien los visitantes tenían cierto aire de matones, Clegg daba la impresión de ser «un tipo muy majo[61]». Aquel afecto no era recíproco. A su vuelta, los dos estadounidenses presentaron un informe a Hoover en el que ofrecían un retrato de los británicos, en especial del MI5 y de la policía metropolitana, en unos términos de hiriente desprecio. Se quejaban de las dificultades para concretar una reunión antes de las diez de la mañana o pasadas las cuatro de la tarde, porque «el transporte estaba muy liado ¿sabe?». Afirmaban que «el hecho de que habitualmente "los almuerzos de tanteo" se alargasen dos horas limitaba bastante nuestra jornada laboral, en especial cuando esta se compara con el horario habitual de los agentes del FBI en sus puestos oficiales». Concluían que los británicos «podrían ganar la guerra si lo estimasen conveniente[62]». Este documento resultó determinante para la imagen que el FBI tuvo de los británicos en las décadas posteriores.

En enero de 1941, cuando un equipo estadounidense de desencriptación —dos miembros del ejército y dos de la Marina— realizó una visita preliminar a Gran Bretaña, sus miembros trajeron consigo un regalo de una generosidad extraordinaria: una réplica de una máquina Púrpura, de la que más tarde entregarían un segundo dispositivo[63]. Los británicos, sin embargo, respondieron con cautela. Con la aprobación expresa del propio Winston Churchill, permitieron la entrada de los visitantes a Bletchley y les explicaron el sistema Hut. Les desvelaron el secreto de las bombas, la innovación más descollante de la Escuela, pero luego eludieron las peticiones estadounidenses de recibir una muestra de lo que Washington describía como «la máquina para resolver los cifrados». Existían buenas razones para este proceder: Estados Unidos no estaba en guerra y las bombas eran joyas limitadas. Los estadounidenses reconocieron haber visto en funcionamiento un sistema bastante más avanzado que cualquier otro a disposición de las fuerzas armadas estadounidenses. Alfred McCormack, que pasó a ocupar el cargo de secretario para el asistente especial de inteligencia de comunicaciones de guerra, sostuvo más adelante a propósito de Bletchley: «No es bueno; ¡es soberbio!».

Algunos en Washington, sin embargo, sentían irritación por la aparente pusilanimidad de los británicos. Ellos mismos habían hecho pocos avances relevantes en la lectura del tráfico de Enigma hasta que se les abrieron las puertas en 1943 y —según contaba un exasperado oficial británico— «no

demostraban apreciar la magnitud de los problemas a los que debía hacer frente Bletchley Park y Gran Bretaña». El representante del Park en Washington, el capitán Edward Hastings, informó en noviembre de 1941 de que «existe una profunda inquietud y descontento con respecto al libre intercambio de la inteligencia especial». Un sector de los estadounidenses estaba convencido de que los británicos les ocultaban algo. En diciembre de 1942, cuando Alan Turing visitó Estados Unidos, se le negó la entrada en los Laboratorios Bell en represalia por la limitada cooperación británica; finalmente logró acceder tras una pertinaz polémica trasatlántica. Aunque William Friedman más tarde trabó una afectuosa relación personal con los directivos de BP, él no pisó Gran Bretaña hasta mayo de 1943, en el momento en que se firmó un pacto oficial —histórico incluso— para compartir inteligencia entre ambas naciones. Mientras tanto, la colaboración continuó teñida de recelos y parcialidades. Aun después de Pearl Harbor, Bletchley y sus señores temían que su nuevo socio en la Gran Alianza, con su inmensa fortuna y autoridad, pudiera arrebatarles de algún modo su joya más preciada en la corona imperial. Alastair Denniston escribió que para los británicos Ultra resultaba «prácticamente indispensable», mientras que en el lado de los estadounidenses, Enigma no constituía sino «un problema nuevo y muy interesante» que observaban desde una fría distancia, al no pesar sobre ellos una amenaza de muerte[64].

El director adjunto de la inteligencia militar en la War Office escribió el 17 de febrero de 1942, diez semanas después de Pearl Harbor, que en las conversaciones con los estadounidenses, nuestra «política se basa, en líneas generales, en demostrar la mayor franqueza posible sin entregar datos sobre nuestras operaciones futuras o las fuentes de información; tampoco se pasará material sensible que provenga de las fuentes especiales más secretas [Ultra[65]]». El 16 de marzo, el secretario del gabinete sir Edward Bridges redactó un memorando en el que advertía de que las conversaciones telefónicas entre Londres y Washington «seguían dando muestras de una flagrante falta de discreción [por parte de los estadounidenses[66]]». Stewart Menzies y sus oficiales del MI6 continuaron mostrándose reticentes a abrir sus corazones, y sus archivos, a los nuevos compañeros de armas.

Desafortunadamente, la obstinación británica, que no disminuyó durante buena parte de 1941, propició algunos malentendidos y la irritación creció en el bando estadounidense. Esta situación se fue fraguando a raíz de la convicción —completamente errónea— de que Bletchley había roto la clave Shark pero evitaba informar de ello a la Marina estadounidense. Al final, la Op-20-G respondió con enojo cuando Bletchley no quiso prestarle una bomba y, en septiembre de 1942, comunicó su decisión de construir modelos de cuatro rotores por centenares, empresa que se inició en agosto del año

siguiente. Por aquel entonces Gran Bretaña solo disponía de treinta y dos unidades. Las máquinas estadounidenses demostraron ser técnicamente superiores a los modelos británicos y también más fiables; en octubre de 1943 estaban funcionando treinta y nueve dispositivos y en el mes de diciembre ya se contaba con setenta y cinco, aunque para entonces la Marina estadounidense ya no necesitaba buena parte de sus capacidades.

En los primeros años de guerra, la colaboración entre la inteligencia británica y la estadounidense se desarrolló con cautela; solo a partir de 1943 se abandonaron los recelos. Como en tantos otros aspectos de las relaciones anglo-estadounidenses, sin embargo, no debe sorprendernos que en los años de derrotas aliadas, en los inicios, las disputas fueran frecuentes y que la asociación solo alcanzase el grado de intimidad del que finalmente gozó llegado el tiempo de las victorias.

4

Perros ladradores

La gente de «Lucy»

El extraordinario incidente nocturno con los perros del Kremlin consistió en que estos ladraban sin cesar. La «operación Barbarroja», la invasión nazi de junio de 1941 sobre la Unión Soviética, fue el suceso más señalado de la Segunda Guerra Mundial y el más desconcertante, porque resultó una sorpresa aun cuando su inminencia era evidente. Que el humint —los agentes de influencia en el extranjero— suministrase alertas globales a Stalin fue un homenaje al alcance y la fuerza de su brazo. Ya en junio de 1940, los miembros del NKVD destacados en la Polonia ocupada por los alemanes informaban de una intensa actividad por parte de la Wehrmacht, de la construcción de barracones y de los movimientos de tropas[1]. En aquel otoño, Stalin dio instrucciones al Centro para que se dispusiera un archivo específico sobre las intenciones de Hitler con el nombre en código de «Zateya» («incursión»). En el mes de septiembre, esta empresa desveló que se estaban llevando a cabo nuevos despliegues de tropas alemanas cerca de la frontera con Rusia además de las obras de construcción ininterrumpidas de alojamientos para las tropas. Un agente soviético infiltrado en la embajada alemana en Moscú informó de los intentos de reclutar a intelectuales disidentes así como de la Rusia Blanca para el Abwehr. En noviembre de 1940, Stalin supo que se habían desplegado ochenta y cinco divisiones a lo largo de la frontera rusa, lo que suponía más de dos tercios de la infantería de

Hitler.

En los meses siguientes, sin embargo, parte de aquellos efectivos fueron desplazados para amenazar, y ocupar luego, regiones rumanas y griegas. Ni en 1941, ni tampoco más tarde, ha alcanzado a comprender Occidente la vehemencia de Stalin en su convencimiento de que Hitler centraría sus ambiciones en los Balcanes, un territorio en el que Rusia tenía también intereses vitales. Tampoco se entiende la profundidad del odio y la desconfianza que manifestó hacia Gran Bretaña. Habían pasado veinte años desde que Winston Churchill liderase su cruzada para sofocar la revolución bolchevique por la fuerza de las armas. Stalin se veía, con absoluto desacierto, como el blanco de una campaña churchilliana continua para abrir una brecha en su pacto con Hitler y forzarlo a combatir contra Alemania, en contra de los intereses de su nación y en beneficio de los del Imperio Británico.

El dueño del Kremlin reconocía que, a la postre, la guerra entre la Unión Soviética y los nazis podía resultar inevitable. En agosto de 1940, un informe del GRU en el que se citaban las palabras del embajador de Hitler en Belgrado demostraba que este era sin duda el punto de vista de la otra parte: «Para Alemania, los Balcanes son el activo más valioso y deben incluirse en el nuevo orden de Europa [controlado por los nazis]; pero dado que la URSS nunca lo admitirá, la guerra con ella se hace ineludible». Stalin, sin embargo, seguía convencido de que romper el pacto nazi-soviético, que tantos suministros de petróleo y mercancías generaba para Alemania, iba absolutamente en contra de los intereses de Hitler. Creyó que estaba en manos del Kremlin fijar la fecha de la confrontación y que el momento no había llegado aún. Se aferró a la creencia, servilmente refrendada por Beria, de que Hitler se había marcado un farol colosal para amedrentar a Rusia y que esta le permitiera avanzar en los Balcanes. Augusto Rosso, el embajador italiano en Moscú, escribió el 21 de septiembre de 1940: «Los alemanes han alzado una barrera [contra los rusos]; se ha detenido la marcha hacia el sur, el petróleo está a disposición de los alemanes… El Danubio es un río alemán. Esta es la primera derrota diplomática del camarada Stalin… y se trata de una derrota aún más humillante en tanto se sirve del sueño que a lo largo de los siglos ha ocupado un lugar muy especial en el alma rusa: [el dominio] del meridiano sur[2]».

Friedrich von der Schulenberg, el embajador alemán, ayudó a disipar el miedo en Moscú con respecto a las intenciones de Berlín gracias a su honestidad y sinceridad reales y a sus conversaciones sobre preservar la paz. Beria contó a Stalin que después de que la Francia de Vichy y España se hubieran unido al Eje, según lo previsto, Hitler tenía planes para inducirlo a él a sumarse en el pacto que dejaría a Gran Bretaña encerrada en un anillo de acero. «Se presionará a Rusia —escribió el supremo de la inteligencia

soviética el 24 de octubre de 1940— para alcanzar un acuerdo político con Alemania que hará evidente al mundo entero que la Unión Soviética no se mantendrá al margen y que participará activamente en la lucha contra Gran Bretaña, para garantizar el nuevo orden en Europa[3]». En el mes de noviembre, Mólotov fue enviado a Berlín, donde debía investigar «las verdaderas intenciones de las propuestas alemanas con respecto a la Nueva Europa». El ministro de Exteriores dejó claro que Stalin seguía pretendiendo hacerse con el control del estuario del Danubio, que Hitler no tenía intención de ceder, y la visita confirmó el compromiso del líder alemán con la guerra.

Los informadores del NKVD en Londres afirmaron, con acierto, que muchos de los empresarios y banqueros británicos estaban a favor de un compromiso de paz. Moscú quedó horrorizado ante tal perspectiva, que haría a Hitler imparable. El Kremlin esperaba ver una Alemania debilitada para poder manejar a su líder con mayor facilidad. Por este motivo, no obstante el desprecio que Stalin sentía hacia Churchill y hacia su pueblo, se deleitaba con las victorias británicas sobre la Luftwaffe en su propia nación y las de los italianos en el Norte de África. Iván Maiski, el embajador soviético en Londres, habló en los mejores términos de esta perspectiva y, el 3 de noviembre de 1940, escribió: «Inglaterra no solo ha logrado sobrevivir sino que ha fortalecido su posición comparándola con la que le sobrevino tras la caída de Francia… en la "Batalla de Gran Bretaña". Hitler, como Napoleón 135 años antes, ha sufrido una derrota, su primer revés importante en esta guerra; las consecuencias son de todo punto de vista imprevisibles».

A lo largo del invierno de 1940-1941, Stalin fue víctima del azote del miedo y de unos vientos adversos. El NKVD y el GRU advertían con insistencia y rigor, apoyándose en la autoridad de sus informadores secretos en Whitehall, de que los británicos proyectaban lanzar un ataque de bombarderos sobre sus pozos petrolíferos en Bakú, fuente del combustible que Rusia suministraba a la Luftwaffe. El Kremlin quedó aún más consternado al tener noticia de los preparativos del Eje para invadir Grecia, que no fueron sino el presagio de la toma de los Dardanelos, una pesadilla rusa que se remontaba a siglos de antigüedad. Stalin creyó que si Turquía entraba en la guerra, en cualquiera de los dos bandos, su ejército sería capaz de invadir el Cáucaso, un territorio en manos otomanas hacía apenas setenta años. Vsévolod Merkúlov, el adjunto de Beria, informó de una febril actividad de la inteligencia turca en lo tocante a la frontera rusa[4]. Los turcos por su parte temían una posible agresión de los nazis y, en enero de 1941, sus embajadas empezaron a compartir sus averiguaciones con los rusos respecto de la concentración alemana en Rumanía. El GRU afirmó el 27 de enero de 1941 que los Balcanes «se mantenían como foco principal de los asuntos políticos, sobre todo desde que ha estallado allí un atropellado conflicto de

intereses soviéticos y alemanes básicos[5]».

Pero aunque Stalin estaba recibiendo un flujo de inteligencia con respecto a la amenaza nazi sobre los Balcanes, había además un torrente sobre la amenaza directa a la Unión Soviética. El 5 de diciembre de 1940, Vladimir Dekanozov, el embajador soviético en Berlín y oficial veterano de inteligencia, recibió una carta anónima: «A los camaradas Stalin y Mólotov. Urgencia extrema. Rusia, por favor, manténgase alerta, puesto que Hitler está a punto de lanzar un ataque contra ustedes. En poco tiempo será ya demasiado tarde, pero Rusia sigue durmiendo. ¿Acaso no son capaces de ver lo que está sucediendo en las fronteras, desde Memel al mar Negro? La Prusia Oriental está plagada de soldados, las unidades de refresco llegan día y noche…». A través de su agregado militar en Berlín, Moscú supo de la Directriz 21 de 18 de diciembre tan solo once días después de que Hitler la firmase: la llamada a la Wehrmacht «para aplastar a la Rusia soviética en una pronta campaña». A mediados de marzo de 1941, el agregado militar soviético en Bucarest informó de que un oficial alemán le había dicho a un amigo: «Hemos alterado por completo nuestros planes. Ahora tenemos las miras puestas en el Este, en la URSS. Nos haremos con el grano soviético, con su carbón y su petróleo. Entonces seremos invencibles y podremos continuar con la guerra contra Inglaterra y Estados Unidos[6]».

Beria y Stalin, sin embargo, convenían en la existencia de razones alternativas que demostraban que aquello no eran sino bravatas: Hitler estaba llevando a cabo una exhibición de fuerza en la frontera rusa para avanzar en sus objetivos balcánicos. La valoración del general del GRU Filip Gólikov, fechada a 20 de marzo de 1941, contenía las aclaraciones que él sabía deseadas por su público: «El común de los informes de inteligencia que hablan de la probabilidad de un enfrentamiento armado con la Unión Soviética en la primavera de 1940 provienen de fuentes anglo-estadounidenses, cuyo objetivo inmediato es, sin duda alguna, acelerar el deterioro de las relaciones entre la URSS y Alemania[7]». El ministro sueco en Moscú, Vilhelm Assarasson, disponía continuamente de datos relativos a la toma de decisiones de los nazis y tenía conocimiento de su interés con respecto a «Barbarroja». Pero el pronóstico de Assarasson fue descartado por llegar al Kremlin a través de Stafford Cripps, el enviado británico. El NKVD interceptó los despachos del embajador turco Haydar Aktay, donde se citaba también la información de Assarasson, junto con los informes de las indiscreciones de Hitler en referencia al príncipe Pablo de Yugoslavia, que vaticinaban la guerra. También se desestimó el punto de vista de Aktay.

En marzo, la inteligencia soviética sufrió un sobresalto. Moscú sostenía que era determinante que Yugoslavia se mantuviera a salvo de las garras de Hitler. En el instante en que se supo que el príncipe Pablo, por entonces

regente, pretendía apoyar al Eje, se despachó al general Solomon Milshtein y a un grupo de «ilegales» del GRU a Belgrado para organizar un golpe contra el mandatario. El Kremlin quedó sumido en el desconcierto al enterarse de que la SOE británica se le había anticipado en la maniobra golpista para instalar en el poder al rey Pedro II. Transcurridos unos días, la consternación de Moscú se intensificaría con la noticia de que la Wehrmacht había barrido el territorio yugoslavo sin encontrar apenas una resistencia digna de mención. Pese a las simpatías que los rusos profesaban hacia aquel pueblo por pertenecer al grupo eslavo, Stalin rechazó sus súplicas de auxilio militar, en su obstinación de no ceder a las provocaciones de los británicos —tal era su juicio— para entrar en guerra contra Alemania por Yugoslavia. Se limitó a firmar un absurdo pacto de no agresión con el nuevo Belgrado, poco antes de que las tropas alemanas barriesen al recién formado Gobierno. Fijó un rumbo —para ganar algo de tiempo antes de enfrentarse a Hitler— y había decidido no desviarse por nada, mucho menos por los informes de inteligencia que inundaron el Centro de Moscú entre el mes de septiembre de 1940 y el mes de junio del año siguiente.

Es difícil valorar la contribución de los agentes soviéticos en Suiza en aquel momento, puesto que nuestro conocimiento actual se basa casi por entero en las memorias posteriores de quienes fueron los protagonistas. Todos ellos fueron unos mentirosos compulsivos con tendencia a agigantar sus intervenciones. En consecuencia, la narración que ahora ofrecemos es de un carácter todavía más especulativo que el común de las historias sobre las acciones de los rusos. Con el comienzo de la guerra habían llegado los primeros apuros económicos y las primeras dificultades técnicas para Aleksandr Radó. Al no existir en Berna ninguna delegación soviética por medio de la cual se le pudieran transferir fondos en metálico, su empresa cartográfica empezó a irse a pique. Disponía de poco dinero para mantenerse y cuidar de su familia, mucho menos para financiar una red de espionaje. Alexander Foote, a quien Ursula Hamburger había preparado para actuar en calidad de operador de radio de Radó, tuvo que apañárselas con unos recursos económicos igual de precarios para continuar manteniendo la farsa del caballero británico entregado al placer y así esquivar la guerra en el confort de Lausana. La radio cobró mayor importancia para la red tras la caída de Francia, porque Radó ya no podía recurrir a correos para pasar los informes en papel vía París. Con miras a reforzar la seguridad de las comunicaciones de la red, este puso en marcha un segundo transmisor que manejaba un ingeniero de electricidad de Ginebra llamado Edmond Hamel, previamente instruido por Foote. Hamel incitaba a las bromas, por su menuda talla y su colosal esposa Olga, pero su idealismo entusiasta hacia la

Unión Soviética era inquebrantable.

En marzo de 1940, Moscú ordenó a Anatoli Gurévich —«Monsieur Kent»— que abandonase Bruselas y se dirigiera a Ginebra, donde entregaría un nuevo código a «Dora»: a Radó. Con ello se incurría en una violación de las normas del espionaje: restringir el contacto para evitar el riesgo de contaminación entre redes. Pero el hombre del GRU se sintió dichoso de poder extender las alas. Haciéndose pasar por un adinerado y joven «turista uruguayo», Vicente Sierra encargó a Thomas Cook que lo dispusiera todo y cogió un buen fajo de cheques de viaje para costear los gastos de la tapadera. En el tren en que viajó de París a Ginebra, iba sentado frente a un hombre que le resultó familiar. Gurévich quedó asombrado cuando su compañero se presentó: era Jean Gabin, el actor cinematográfico francés más célebre en la época, que se dirigía a Ginebra para asistir al debut de su propio hijo en el circo. Ambos intercambiaron sus tarjetas de visita. El joven ruso, encantado, concluyó que ser agente secreto tenía muchas compensaciones.

Se instaló en el hotel Russie de Ginebra y repartió el tiempo entre sus actividades como turista, las visitas a los clubes nocturnos para dar credibilidad a su falsa identidad y el cauteloso reconocimiento del número 113 de la Rue de Lausanne, la dirección que el Centro le había dado para localizar a Radó. Marcó el número de teléfono del húngaro desde una cabina pública, luego entró en un cine y abandonó la sala a media proyección, para visitar a Radó en su casa, que le ofreció un recibimiento cordial y sorprendido al tiempo, según contó Gurévich. Más tarde, el visitante afirmó haber sentido desconcierto ante «el aire de despreocupación» de Radó y al saber que, pese a los estragos provocados por la guerra, el agente aún disponía de algo de dinero ya que su negocio de mapas iba tirando. Tras haber hecho las presentaciones con la esposa de Radó, Lena, los dos hombres se encerraron en el estudio. Gurévich hizo la entrega de una novela francesa en la que se hallaba la última clave para la decodificación de los mensajes. Estuvieron practicando la nueva rutina durante unas horas, hasta que ambos quedaron convencidos de que Radó la dominaba por entero. Luego se despidieron y quedaron para encontrarse otro día en Lausana, que se hallaba a una distancia prudencial de Montreux, donde el «turista uruguayo» había alquilado un alojamiento para varios días. Tras su segundo encuentro, comieron juntos y luego pasearon por las calles de la localidad.

La mayoría de rusos en el extranjero sentían una terrible añoranza de su país. En las ocasiones en que los agentes soviéticos podían reunirse con un compatriota y disponían de tiempo para charlar, lo primero que preguntaban al recién llegado de Moscú solía ser: «¿Qué dicen en "el pueblo"?», el sobrenombre familiar para su país[8]. Aunque Radó era de origen húngaro, según Gurévich hablaron sin ambages de sus experiencias mutuas en el

Centro. Según se cuenta, Radó suplicó a su contacto para que este insistiera a Moscú con respecto a la honestidad de sus fuentes en Berlín. El agente de Ginebra también habló de los planes de Alemania para lanzar un ataque contra la Unión Soviética. Sin embargo, es poco creíble que en abril de 1940 Radó afirmase que los nazis pensaban invadir Rusia, puesto que en aquel momento Hitler no solo no había tomado la decisión aún sino que faltaba bastante tiempo todavía para que esto sucediera. No obstante, sí podría resultar cierto que el Centro se hubiera precipitado destinando a Gurévich a Ginebra y que sus espías estuvieran intercambiando información que no deberían haber compartido, poniendo en peligro a ambas redes.

A finales de diciembre de 1940, Ursula Hamburger partió de Suiza y se instaló en Gran Bretaña, donde vivía su hermano exiliado ya por su condición de comunista. Al poco la siguió su esposo, Len Brewer. Se despachó su equipo a Ginebra: la «caja de música», según la jerga al uso, del mismo modo que al falsificador se lo conocía por «zapatero» y a la policía por «el médico». Alexander Foote regresó a Lausana con su propio transmisor. Consciente de que instalar una antena exterior en su piso podía entrañar demasiado riesgo, para suplir la carencia convenció al dueño de una tienda de radios próxima a su domicilio alegando que gustaba de escuchar la BBC. Pese a ello, transcurrieron meses sin que pudiera establecer contacto con Moscú. Aunque pasaba incontables horas encorvado sobre el manipulador Morse que había instalado en la cocina, el febril repiqueteo se perdía en el vacío. Sin previo aviso, el día 12 de marzo de 1941, se produjo un momento de excitación: en los auriculares se entrecortaba una respuesta: «NDA, NDA, OK, QRK5». Estaba en contacto con el Centro.

La inteligencia suiza debía saber de la existencia de las transmisiones del grupo de Radó, pero en aquel período no trató de entrometerse, ni siquiera cuando la Gestapo protestó enérgicamente a Berna por el torrente de señales que sus operadores monitorizaban desde el otro lado de la frontera. Ahora los espías contaban con un tercer emisor: Radó había conocido a una joven llamada Margrit Bolli, la hija de un matrimonio de sólidas convicciones socialistas, quien se mostraba ansiosa por ayudar a la causa comunista. La red preparó a la joven de veintitrés años para que pudiera transmitir en código Morse. Al principio, lo hacía desde su casa en Basle, pero cuando sus padres empezaron a poner pegas, no faltos de razón, se trasladó a Ginebra. La Gestapo, que sumida en la frustración escuchaba las señales aun ininteligibles que mandaban Bolli, Foote y los Hamel, bautizó al grupo como «Die Rote Drei» («El Trío Rojo»).

¿Quién suministraba desde Alemania el promedio de cinco mensajes diarios a Moscú? Las actividades de «Cissie», Rachel Dubendorfer, confluían ahora con las de este grupo. Los colegas la describían como una mujer de

origen balcánico, sin ningún encanto. Vivía con Paul Bottcher, un viejo comunista alemán que residía ilegalmente en Suiza: Dubendorfer usó los documentos de identidad de su marido suizo para salvarle el pescuezo a Bottcher. Se dice que una de sus fuentes la alertó explícitamente de «Barbarroja». Mientras tanto, uno de los mensajes de Radó, fechado el día 21 de febrero de 1941, citaba a un oficial de la inteligencia suiza, Mayr von Baldegg o «Luise», que vaticinaba una invasión alemana para finales de mayo, un pronóstico tal vez sugerido por la línea de inteligencia Viking en Alemania y refrendado por un renombrado diplomático japonés. La red era también un conducto mediante el cual se pasaban datos de la inteligencia checa a Moscú, en su mayoría derivados en última instancia de Paul Thümmel, del Abwehr. A finales de mayo, Radó citó a un diplomático francés, Louis Suss, que anticipaba una invasión para el 22 de junio; su mensaje recibió una gélida respuesta desde Moscú. Lo mismo sucedió con otro informe de Rudolf Rössler, que en adelante se convertiría en la fuente más importante para la red de Radó. El nombre en clave de «Lucy» ha pasado a la historia a raíz de esta operación del grupo suizo del GRU que, entre los enterados, acabó denominándose la red de «Lucy».

Rössler, un emigrado alemán menudo, mediocre y con gafas, nacido en 1897, era un personaje rodeado de un misterio inexpugnable, de los acostumbrados en las historias de espías. Periodista de profesión y socialista por su ideología, había huido de los nazis en 1935 y había fundado una pequeña empresa editorial en Lucerna, la ciudad que inspiró su nombre en clave. Empezó a escribir con el seudónimo de R. A. Hermes y en sus textos describía la persecución nazi de los judíos y advertía de que los nazis volverían a ocupar la Renania. Berlín lo identificó y en 1937 le retiró la ciudadanía alemana. Pese a todo, Rössler seguía teniendo numerosos contactos en su tierra natal, sobre todo entre los de la Wehrmacht. La falta de amigos y de dinero en Suiza lo movieron a proporcionar información a una agencia de inteligencia privada conocida como el Buró Ha o Pilatus, con sede en la Villa Stutz, en la parte sur de Lucerna. La organización estaba dirigida por un enconado enemigo de los nazis, el capitán Hans Hausamann. El Pilatus mantenía vínculos extraoficiales con la inteligencia suiza, que durante una temporada ofreció cierto grado de protección a Rössler.

Proporcionó un flujo constante de información desde Alemania y repartió distintas cuotas entre compradores suizos, británicos, checos y soviéticos. Aunque sus credenciales antinazis estaban fuera de toda duda, él era un mercenario sin excepciones: todos sus clientes tenían que pagar en metálico. En 1942 era ya, con gran diferencia sobre el resto, la fuente suiza más importante del GRU, la figura clave en la red de Radó. El Centro de Moscú, que abrigaba más que recelo hacia aquel personaje tan enigmático, insistió en

que Radó debía conseguir que Rössler identificase a sus fuentes y el periodista se negó con idéntica terquedad. Pese a toda su influencia posterior, desconocemos el caudal de inteligencia que este suministró en 1941. Rössler se fue a la tumba llevándose consigo el secreto de la identidad de los alemanes que le habían proporcionado aquel material tan útil, sensacional incluso. Las especulaciones posteriores apuntan en dirección al coronel Hans Oster, segundo al mando del Abwehr; a Hans Gisevius; al excomandante Gördeler de Leipzig; y hacia dos generales de la Wehrmacht sin identificar.

La incertidumbre afecta también a las fechas y la redacción de algunos de los mensajes de la red suiza y de sus supuestas advertencias a Moscú, tanto antes como después de «Barbarroja». El único dato que podemos garantizar con certeza es que, en la primavera de 1941, al GRU llegó un torrente de mensajes desde Suiza, algunos de los cuales indicaban de forma fehaciente que Hitler había planificado un asalto contra Rusia. Fue asimismo importante para el debate estratégico en Moscú que el Centro tuviera conocimiento de que Rudolf Rössler había sido —y probablemente continuaba siendo— un informador del MI6 en Berna. Al Kremlin le faltó poco para pasar de la creencia al convencimiento de que la «red Lucy» se había convertido en una herramienta de Churchill para vender información falsa y arrastrar a Rusia a la guerra.

Las advertencias de Sorge

Las crónicas de las fuentes japonesas de Stalin eran casi idénticas a las suizas aunque, desde el estallido de la guerra en Europa, la tensión de mantener dos vidas, con un perfil muy superior a las de los espías de «Lucy», había implicado un tremendo desgaste para su principal agente. Richard Sorge intentó por todos los medios hacer valer su influencia para disuadir a los alemanes de entrar en guerra con Rusia. En la embajada de Tokio habló de Nomonhan —las luchas fronterizas que rusos y japoneses habían librado en 1939— e hizo ver que habían resultado en un desastre para los japoneses, a lo que añadió que Berlín debía valorar la eficiencia del Ejército Rojo y de Zhúkov, su comandante local. Acto seguido se produjo la gran sorpresa del pacto nazi-soviético, que desconcertó sobremanera al Gobierno japonés.

Y a Sorge. El espía informó el 12 de agosto de 1939 del movimiento de doce divisiones japonesas a Corea y Manchuria —en realidad sumaban veinte en total— por si el Gobierno decidía entrar en guerra, pero manifestó estar seguro de que Japón se echaría atrás, y así fue: el 4 de septiembre, Tokio declaró oficialmente su política de no intervención. Sorge informó a Moscú, basándose en lo que Hotsumi Ozaki le había transmitido, que el país entraría

en guerra solo cuando estuviera seguro de haber identificado al vencedor. Añadió que la embajada alemana pensaba que los japoneses continuarían siendo neutrales y tenía miedo incluso de que estos pudieran unirse al bando Aliado.

La relación surrealista que Sorge mantenía con la misión del coronel Ott dio otra vuelta de tuerca aun cuando el espía recibió una oferta para ocupar el puesto de agregado de prensa, que rehusó como de costumbre, temeroso de los controles de seguridad con respecto a su pasado a los que habría debido someterse de aceptar el cargo, pero trabajaba cuatro horas al día en el edificio de la embajada, al mismo tiempo que asumía su nuevo cometido periodístico como corresponsal a media jornada para el Frankfurter Zeitung. Difícilmente puede sorprendernos que en octubre la sección extranjera de la policía japonesa, Tokko, contratase a un agente —Harutsugu Saito, de veintiocho años— para que se convirtiera en la sombra de Sorge. Sospechaban que estaba espiando para Alemania. Saito supo de la existencia de Max Clausen y empezó a interesarse por él también.

En los meses siguientes se intensificó la presión sobre la red. Branko de Voukelitch reveló que trabajaba para los soviéticos a su adorada amante japonesa Yoshiko. En 1940, la pareja celebró su boda y ella jamás le traicionó, pero aquella fue una indiscreción terriblemente arriesgada. Max Clausen se veía cada vez más superado por las circunstancias y su salud empezó a resentirse. Postrado en cama durante un tiempo, hubo de dejar que su esposa Ana montase el transmisor antes de teclear los mensajes a Moscú desde su habitación. Sus señores no se mostraron muy comprensivos. Clausen fue informado con urgencia por el Cuarto Departamento de que los fondos eran escasos: se le reducía el sueldo. Su pequeño negocio de impresión de planos tenía catorce empleados, había abierto una sucursal en Mukden y preparaba encargos para los Ministerio de Guerra y de la Marina japoneses. Moscú consideraba que, dada la situación, debía vivir de los beneficios de su empresa. En un viraje absurdo, Clausen empezó a sentir mayor admiración hacia Hitler, quien, a fin de cuentas, era ahora el supuesto amigo de Stalin.

Pero el controlador de radio continuó con sus envíos; en 1940 realizó sesenta transmisiones: 29 179 palabras de lo que había averiguado Sorge. Entre las primicias de los espías ocupaba un lugar especialmente destacado el tratado de paz entre Japón y China. A ojos soviéticos, la continuación de la guerra china era de una importancia vital, puesto que una vez concluida esta, los japoneses dispondrían de un ejército para lanzarse contra Rusia. Cuando se filtró el tratado y se anuló el borrador, Sorge también pudo ofrecer una alternativa; aunque tampoco se firmó. Desde la embajada alemana proporcionó datos sobre las fábricas de aviación de Mitsubishi y Nakajima. Brindó previsiones muy precisas sobre las intenciones de Japón de lanzarse

contra la Indochina francesa. Pese a todo, no era infalible y dio a Moscú algunos motivos de desconfianza. Vaticinó, por ejemplo, que los británicos rechazarían la petición de Tokio de cerrar la ruta de suministros de la carretera de Burma en dirección a China pero aquellos accedieron durante tres meses. Como suele pasar con la inteligencia, el informe original de Sorge no se equivocaba; Churchill había cambiado de idea.

A finales de 1940, Sorge gozaba de mayor prestigio en Berlín que en el Kremlin. De hecho, la excelente calidad de sus informes para los nazis casi le supuso la ruina: Schellenberg del RSHA estaba al frente de un control de seguridad que sacó a la luz su pasado comunista. Joseph Meisinger, de la Gestapo, fue destinado a Tokio como oficial de seguridad de la embajada, con órdenes de vigilar de cerca a Sorge, aunque por entonces los nazis no tenían sospechas de su brillante duplicidad. Meisinger estaba mal preparado para esta tarea: era un títere de Reinhard Heydrich, un matón cuya reputación se sustentaba en los pocos meses durante los cuales orquestó la brutalidad de Varsovia. Mucho más grave para el círculo del espionaje fue la caída del ánimo de algunos de sus miembros. Aunque Sorge conservó su tapadera como periodista, con sus cincuenta y un artículos para el Frankfurter Zeitung en los primeros seis meses de 1941, había llegado a un estado nervioso insostenible. Bebía cada vez más y Hanako veía en él a un amante más violento cada día. Cuando ella le suplicó, entre sollozos, una explicación, él respondió en un tono cargado de resentimiento: «Estoy solo[9]». Ella contestó: «¿Cómo puede ser, si aquí en Tokio tienes tantos amigos alemanes?». Él farfulló: «No son mis amigos de verdad». En una señal enviada a Moscú en septiembre de 1940, decía que tenía cuarenta y cuatro años y estaba completamente extenuado. Que ansiaba que se le permitiera regresar a su «casa», a Rusia, aunque debía de saber que el Centro jamás se lo admitiría hasta que la guerra hubiera concluido.

Max Clausen se cansó del desorbitado ritmo al que llegaba el torrente de material de las transmisiones de Sorge y empezó a destruir en secreto una parte sustancial de los datos de forma arbitraria. Es así como, aun conociendo qué información defiende Sorge haber pasado al Cuarto Departamento, no podemos determinar qué llegó realmente a su destino en 1941: el material desclasificado por Rusia en la década de 1990 debe ser tratado con cautela, siendo como es el fruto de una selección intencionada. Desde finales de 1940, Sorge estuvo convencido de que Alemania y la Unión Soviética se enfrentarían en una guerra. La perspectiva le despertaba una amarga inquietud, también por las consecuencias que aquello acarrearía para su persona. En los primeros meses de 1941, informó de que los japoneses estaban cada vez más centrados en una estrategia de «ataque meridional» contra los imperios europeos en Asia. El 10 de marzo, escribió a propósito de

la presión alemana sobre Japón «para dar nuevo ímpetu a su papel en el Pacto Tripartito» mediante un ataque a la Unión Soviética. Pero Sorge añadía que esta guerra solo comenzaría «cuando se haya terminado la actual».

En mayo, sostuvo que Hitler estaba decidido «a aplastar a la Unión Soviética y quedarse con las zonas europeas», pero sugería que existía aún la posibilidad de que la diplomacia lograse impedir la guerra. Aquel mismo mes, unos días más tarde, dijo que sus contactos alemanes preveían que la invasión se lanzase antes de junio, pero luego añadió que algunos destacados visitantes de Berlín creían que la perspectiva de una acción semejante en 1941 había perdido fuerza. Probablemente, estas dos señales fueron el resultado de las conversaciones que Sorge mantuvo con el teniente coronel Schol, un oficial de la Wehrmacht que había pasado por Tokio en su ruta para asumir el puesto de agregado militar en Bangkok. El 30 de mayo transmitió por radio: «Berlín ha informado al embajador Ott de que la ofensiva alemana contra la URSS empezará en la segunda quincena de junio. Ott está seguro en un 95% de que la guerra empezará. Las pruebas indirectas que he tenido ocasión de ver por ahora son las que siguen: la delegación técnica de la Luftwaffe en [Tokio] ha recibido órdenes de regresar a casa. Ott ha solicitado al agregado militar que interrumpa la transmisión de documentos importantes vía la URSS. El transporte de caucho que antes se realizaba en suelo soviético ha sido reducido al mínimo[10]».

Los informes de Sorge eran los mejores que podía esperar de un agente secreto todo Gobierno en cualquier momento de la historia, pero él fue solo una de las muchas voces que se dejaban oír en el laberinto alrededor del Kremlin. Stalin ya no quería confiar en la palabra de su hombre en Tokio más que en la de cualquier otra fuente. En una ocasión describió a Sorge, sobre quien se le había presentado un informe, como «un mentiroso de mierda que se ha hecho alguien gracias a algunas pequeñas fábricas y burdeles en Japón». Aunque el caudillo soviético se equivocaba de medio a medio con respecto a «Barbarroja», otros dirigentes nacionales han perdido imperios por no querer aceptar la palabra sin pruebas de los agentes secretos. Los historiadores cincelan los aciertos de los espías en letras de oro, pero raras veces dan detalles del volumen de los datos que han recabado, tan superior, y se han malinterpretado, en parte o por entero. Mólotov dijo en sus años de vejez: «Creo que nadie puede confiar jamás en la inteligencia… Los de este grupo pueden propiciar situaciones de peligro de las que no se puede salir. Había infinitos provocadores en ambos bandos… La gente es tan ingenua y crédula, se complacen a sí mismos y cuentan sus recuerdos: los espías decían esto y lo otro, los desertores cruzaban las líneas…». Sorge habría tenido muchas más probabilidades de que Stalin creyera sus palabras si hubiera sostenido que la postura alemana formaba parte de un plan tramado por la

remota Gran Bretaña[11].

Suena la Orquesta

La inteligencia más fidedigna que llegó a Moscú anticipando «Barbarroja» provenía de las redes rusas en Berlín. Lo que se dio en llamar la Rote Kapelle —la Orquesta Roja— no fue una entidad única, aunque así lo creyeran los alemanes. Se trataba de un compendio de redes independientes, del GRU y el NKVD, que solo acabó entrelazándose fruto de un intercambio descuidado y de las contingencias operativas. La importancia de la Rote Kapelle dependió menos de su impacto en la guerra, que se demostró leve, que del mero hecho de existir. Los Aliados occidentales consiguieron una información de inteligencia militar extraordinaria gracias a Ultra, pero jamás dispusieron de fuentes humint dignas de mención en Alemania —a menos que incluyamos en ellas el fruto de Púrpura, que describiremos más adelante— hasta que algunos miembros de la Resistencia contra Hitler contactaron con Allen Dulles, de la OSS, en 1943. Ante los rusos, sin embargo, se abría la entrada a una mina de oro.

La red Harnack/Schulze-Boysen proveía a Moscú con información de un círculo cada vez más extenso y hostil al régimen nazi. Aunque ellos eran de izquierdas, parece que trabaron vínculos con algunos de los conservadores de la Resistencia como Dietrich Bonhoffer, y que establecieron contacto con el grupo de la Rosa Blanca en Múnich. Dado el número de informadores implicados, y de su despreocupación recalcitrante con respecto a la seguridad, el hecho de que la camarilla sobreviviese hasta 1942 da cuenta de la ceguera del Abwehr y la Gestapo más que de la astucia de la Rote Kapelle. Arvid Harnack llegó a entregarse a la causa con tal entusiasmo que pasó a formar parte de un grupo que imprimía panfletos antinazis e incluso iba a mirar cómo otros miembros pegaban carteles por la noche. Aquel alarde era una muestra de su valentía, pero puso en peligro a su red de inteligencia, mucho más importante.

A lo largo de los primeros veintidós meses de guerra, mientras los británicos se esforzaban por escrutar entre la bruma que nublaba el panorama del continente, los rusos podían proseguir con su espionaje casi sin trabas. En tanto que país neutral, desviaban a Moscú mediante sus misiones diplomáticas los informes de los agentes repartidos por todo el mundo, sin necesidad de recurrir a los arriesgados contactos radiofónicos. En Berlín, Willy Lehmann, de la Gestapo, había perdido fuelle después de que Moscú interrumpiese el contacto con él a la estela del pacto nazi-soviético de 1939. Lehmann era un tipo solitario, y su objetivo personal había girado entorno a

sus actividades de inteligencia para los rusos. ¿Por qué los abandonaban ahora? En septiembre de 1940, en la época de la Batalla de Gran Bretaña, se arriesgó a deslizar una carta en el buzón de correos de la embajada soviética, dirigida al «agregado militar o su adjunto». En ella, «Breitenbach» rogaba que se reanudasen las relaciones. Afirmó que a menos que pudiera servir una vez más al NKVD, «mi trabajo en la Gestapo perderá todo el sentido» y les dio una contraseña para establecer contacto telefónico.

Esta carta, y la cuestión de si reactivar a Lehmann, fueron transmitidas a Moscú. Las instrucciones draconianas del Kremlin decretaban que el NKVD en Berlín no debía ofrecer ni responder a ninguna provocación que pudiera servir para justificar una agresión por parte de Alemania. Pese a todo, tras un debate, el Centro despachó a un joven oficial bien preparado, Aleksandr Korotkov, cuyo nombre en clave era «Stepanov», para que ocupase el cargo de jefe adjunto de la delegación. Este se puso en contacto con Lehmann y, tras una prolongada reunión, informó a Moscú: el hombre parecía realmente desesperado por abrir de nuevo la comunicación con el Centro. El 9 de septiembre de 1940, llegó a Berlín una orden personal de Beria: «No se encargarán a "Breitenbach" cometidos especiales. [Pero] usted debe aceptar todo el material que entre en su esfera directa de conocimiento así como toda la información que él pueda ofrecer con respecto a las operaciones de distintos servicios de inteligencia [alemanes] contra la URSS[12]». El desmesurado entusiasmo de «Breitenbach» intensificó las sospechas de Beria, que lo creía un infiltrado de la Gestapo para probar la sinceridad del compromiso del Kremlin con el pacto nazi-soviético. De ahí que el jefe de seguridad hiciera hincapié en que el informador de Berlín debía ser presionado para que ofreciera pruebas documentales de cualquier afirmación que realizase. Tras las Purgas, el personal del NKVD había sufrido tal merma que se mandó a un novato absoluto para que hiciera las veces de correo de Lehmann: Boris Zhuravlev apenas chapurreaba el alemán y tras poner el pie en Berlín, lo primero que hizo fue contratar a un profesor de lengua. El joven también se compró una bicicleta, para empezar a conocer las calles de la ciudad. Desde el primer momento se sintió prácticamente desbordado por el torrente de documentos que Lehmann le entregaba en sus encuentros vespertinos, material que él debía copiar durante la noche y luego devolverlo antes de que el informador saliera para acudir al trabajo.

El 20 de septiembre de 1940, por ejemplo, un miembro de la Gestapo advirtió a Moscú de que el Abwehr estaba planificando una trampa para el agregado militar soviético Nikolái Shornyakov, mediante una cantante del bar Rio-Rita llamada Elisabeth Holland, una amiga austríaca de la casera del agregado. Breitenbach proporcionó una descripción detallada del oficial del Abwehr, Siegfried Muller: alto, de ojos azules, moreno de pelo, con un

pequeño bigote, las mejillas hundidas, una mirada penetrante, orejas grandes y el cuello delgado. Cuando Reinhard Heydrich lo supo, descargó una hiriente reprimenda sobre el almirante Canaris por permitir que el joven del Abwehr saliese airoso. Por otra parte, Moscú también había encargado a Aleksandr Korotkov retomar el contacto con los grupos de Harnack/Schulze-Boysen. Para ello, el joven se arriesgó a visitar en el mes de septiembre, en varias ocasiones, a Harnack en su propio domicilio. Todas las veces, menos una, la casera le informó de que Herr Harnack había salido. Hasta el día 16, Korotkov no logró reunirse con su hombre. Al principio la entrevista fue tensa, porque Harnack no se mostraba confiado. Cuando por fin se convenció de la bona fides de su invitado —si no es un término incompatible con un oficial del NKVD— tuvo mucho que contar sobre su repertorio de contactos. Destacaba en importancia la conversación en que explicó al ruso que él y sus amigos estaban convencidos de que Hitler pretendía invadir la Unión Soviética al año siguiente, en 1941[13]. De vuelta en la embajada, Korotkov mandó un mensaje al teniente general Pável Fitin, el jefe de la sección extranjera del NKVD en Moscú, con la firma de su jefe nominal, Amayak Kobulov, «Zakhar»:

Alto secreto
Al camarada Víktor
El «Cabo» se ha enterado a través del «Albanés», que ha hablado con un alto oficial de la Wehrmacht, de que Alemania tiene intención de emprender una guerra contra la Unión Soviética a principios del año próximo…

16 de septiembre de 1940
Zakhar

Pero Moscú tenía motivos para recelar de estas noticias tan sensacionales. La historia demuestra que aquellos hombres estaban en lo cierto, pero el 16 de septiembre de 1940, Hitler aún no se había decidido. La cúpula nazi y los altos mandos del ejército alemán debatían febrilmente acerca de una posible invasión de Rusia. Pero la «operación Barbarroja» continuaba siendo una opción polémica más que una decisión cerrada. El que la predicción de Arvid Harnack terminase por cumplirse no afecta al relevante hecho de que esta continuaba siendo aún una especulación cuando él afirmó que se trataba de una certeza irrevocable, como sostenía también el informe previo de la «red de Lucy» de Aleksandr Radó. Hitler no se decidió hasta el mes de noviembre. La situación del NKVD en Berlín se complicó mucho más por el hecho de que Korotkov, su mejor hombre, era objeto del odio y el resentimiento del jefe de su delegación. El checo František Moravec, que había tratado mucho con los rusos antes de la guerra, ofreció testimonios sobre los brutales personalismos de la mayoría de sus oficiales de inteligencia. Uno de ellos, Amayak Kobulov, dirigía ahora la sede berlinesa del NKVD, donde demostró ser aún más

estúpido que Best y Stevens del MI6. Lo único que daba derecho a Kobulov a continuar en las filas del Partido era su devoción incondicional hacia la jerarquía. Nacido en Tiflis, en el seno de una familia de pequeños comerciantes armenios, trabajó como contable hasta su ingreso en 1927 en los cuerpos de seguridad. Sobrevivió, y medró rápidamente, gracias a su hermano mayor Bogdan, íntimo amigo de Beria. Kobulov ostentó primero el cargo de comisario adjunto, conocido por su sed de sangre, en Ucrania, y fue transferido luego a Berlín, pese a su absoluto desconocimiento de la lengua alemana. Cuando llegó a la ciudad del Führer, hizo saber a su equipo que esperaba de ellos una sumisión incondicional. En una ocasión, un joven oficial de inteligencia protestó por tener que desempeñar cometidos propios de un ayuda de cámara personal del jefe, en lugar de controlar a los agentes; Kobulov lo amenazó con mandarlo a pudrirse en los calabozos de la Lubianka. Kobulov también se ofendió terriblemente con Korotkov y buscó una excusa para mandarlo de vuelta a Moscú, con un informe personal muy negativo. Beria, al recibir aquel documento, despidió sumariamente al joven oficial en enero de 1941. No tardó en arrepentirse, pero Korotkov pasó unos meses confinado a una mesa de despacho en la Lubianka. Entre tanto, Kobulov dispuso lo necesario para celebrar un encuentro con Harnack, que pasó desapercibido a la Gestapo, pero que podría haber tenido fatales consecuencias para la red. Al terminarse el año, el Centro reconoció que solo Korotkov estaba capacitado para actuar como enlace con los informantes de Berlín. Fue destinado una vez más a Alemania, con instrucciones nuevas para Harnack. El NKVD quería que el grupo del informador alemán se concentrase en la economía en lugar de en la estrategia. Las órdenes del Quinto Departamento del NKVD indicaban a Korotkov investigar la magnitud de la oposición alemana nacional y hasta qué punto podrían llegar a explotarla[14]. No se decía nada de sondear las intenciones militares alemanas con respecto a la Unión Soviética; existían aún ciertas reservas, por si Harnack acababa demostrándose un infiltrado de la Gestapo o terminaba en una cámara de tortura.

La orden estaba aprobada en lápiz rojo: «Aprobada por el Comisario del Pueblo. [Pável] Sudoplátov. 26.12.40». Korotkov estampó también su firma al dorso de la última página: «Leído, entendido y recibido como orden. “Stepanov”, 26.12.40». Este transmitió el mensaje debidamente al grupo de Berlín, a través de Kobulov, su jefe nominal. A lo largo de los meses siguientes, los alemanes suministraron un flujo constante de inteligencia. El 29 de enero de 1941, Harnack hizo saber que el Ministerio de Economía había recibido órdenes de reunir los mapas de blancos industriales de la URSS, similares a los que se habían preparado antes de la Blitz sobre la Gran Bretaña. Contó a Moscú que el jefe del Departamento de ruso de la Oficina de

Intercambios Literarios Internacionales en Berlín había sido advertido de una posible función como traductor e intérprete militar; y que la Sección Rusa del Ministerio de Economía se quejaba amargamente porque no llegaban las entregas de mercancías prometidas por la URSS en el marco del pacto nazi-soviético.

Harnack manifestó explícitamente su convencimiento de que Hitler se preparaba para invadir Rusia. Ofreció asimismo abundantes detalles sobre la situación económica de Alemania: la producción de carbón, hierro y acero; el consumo de caucho sintético; las dificultades derivadas de la mano de obra industrial, además de los planes alemanes para resolverlas reclutando a trabajadores de la Europa ocupada. El MI6 habría pagado un potosí por aquella información. Harnack concluía, en unos términos que minaron su credibilidad en Moscú, al volver a los chismes: «Según el círculo de Hitler, ahora él pasa por un momento desequilibrado, en el que se levanta a toda prisa, sin previo aviso, para ver una película en medio de la noche, cosa que ha sucedido en más de una ocasión, o hace jirones las cortinas en un ataque de ira». La sede del NKVD en Berlín informó a Moscú el 26 de febrero de 1941:

Alto Secreto
Al camarada Víktor
Según la información que Harnack obtuvo de Ernst von Arnim, el grupo [del doctor Karl, que se opone a Hitler] ha intentado alcanzar un acuerdo con la cúpula del ejército para formar un nuevo Gobierno alemán… Las negociaciones no han obtenido un buen resultado debido a la reacción negativa de los líderes militares. Pese a todo, según Ernst, algunos generales del alto mando simpatizan con el plan de Gördeler.

Zakhar

La sede de Berlín no era la única que advertía a Moscú sobre la amenaza de una invasión: el 7 de febrero de 1941, el Tercer Departamento del NKVD citó a su fuente «Teffi» en Ankara que hablaba de «rumores sobre una posible ofensiva alemana contra la URSS[15]. Según una de las versiones, esto solo sucedería después de que los alemanes hubieran derrotado a Inglaterra. Según otra versión, que suele considerarse más probable, Alemania atacaría en territorio soviético antes de lanzarse sobre Inglaterra para asegurarse así los suministros». Al día siguiente llegó otro informe de Harnack, en el que este declaraba que se había extendido la creencia en el cuartel general del OKW de que antes de invadir la URSS, Alemania procedería a ocupar Rumanía[16]. A esta información la siguió otro mensaje de principios de mayo donde se afirmaba que el deterioro de la situación alimentaria en Alemania estaba agravando la presión en los altos círculos nazis para lanzar un ataque contra Rusia[17]. El coronel general Franz Halder, a quien se cree informador en Berlín, planeaba lanzar un asalto rápido similar a la campaña francesa de

1940 para ocupar Ucrania, antes de que la Wehrmacht se dirigiera al sur para tomar los campos petrolíferos de Stalin. Harnack también hizo referencia a las preocupaciones que abrigaban algunos miembros de las altas esferas, temerosos de que la invasión de Rusia por parte de Alemania acabase agotando a la nación en lugar de generarle beneficios. En otro informe fechado unos días más tarde, describía una actividad de reconocimiento aéreo por parte de la Luftwaffe notablemente intensa y la planificación a nivel operativo para una ofensiva que habría alcanzado los Urales en cuarenta y cinco días.

Merkúlov, el adjunto de Beria, leyó el informe del 11 de marzo enviado desde Berlín. Como todos los oficiales soviéticos deseosos de conservar la vida, también él se movía con suma cautela. Nacido en 1895, había trabajado con Beria en la región transcaucásica y siempre le pisó los talones en la jerarquía soviética; su último triunfo había sido presidir la masacre de 25 000 oficiales polacos en Katyn. Ahora exigía una respuesta de Fitin: «¿Acaso no hay más fuentes aparte de Harnack? ¿Cómo podemos verificar la información si no dejamos que otros informadores lo sepan? Hay que presentarles la misión de un modo general y precavido». Los informes que Harnack mandó en marzo eran correctos, aunque el Centro de Moscú también recibió un aluvión de absurdos. «Breitenbach» sostuvo que los británicos se estaban preparando para emprender una guerra química contra Alemania y que los alemanes pretendían usar gas venenoso contra los rusos en caso de guerra[18]. Schulze-Boysen afirmó «saber a ciencia cierta» que el agregado de la fuerza aérea estadounidense en Moscú «es un agente alemán. Pasa a sus compatriotas los datos de la inteligencia que él, a su vez, recibe de sus contactos en la URSS».

El 15 de marzo, el Centro aumentó el límite de riesgo para sus informadores de Berlín al ordenar a Korotkov establecer un lazo directo con Schulze-Boysen, lo que interrumpía el correo al tiempo que aceleraba la evaluación de los informes. Su primera reunión se celebró en el piso de Harnack, donde Schulze-Boysen dio al ruso un susto momentáneo al presentarse vestido con el uniforme de la Luftwaffe. «No he tenido tiempo para cambiarme», le explicó. Korotkov escribió a Moscú: «Hemos hablado exclusivamente sobre los planes antisoviéticos a los que él había tenido acceso. Él es absolutamente consciente del hecho de que está tratando con un representante de la Unión Soviética [y no del Comintern]. Me da la impresión de que está contento de decirnos cuanto sabe. Respondió a nuestras preguntas sin evasivas ni pretendió confundirnos. Lo que es más, era obvio que se había preparado para el encuentro, pues traía un papel con algunas preguntas anotadas para nosotros… Esperamos establecer un estrecho contacto con Schulze-Boysen. Pese a todo, por ahora está confinado en los

barracones y solo se le permite desplazarse a la ciudad de forma ocasional e impredecible, casi siempre cuando aún hay luz de día y viste incluso con el uniforme, como cuando nos vimos. Cualquier cita ha de ser flexible».

La tarde del 19 de abril, en el piso de Harnack, Korotkov conoció a Adam Kuckhoff, escritor y director de teatro, que pronto fue reclutado con el nombre en clave de «el Viejo». Korotkov mandó un mensaje a Moscú hablando de él en unos términos marcadamente condescendientes: «Kuckhoff parece un hombre con cultura y educación cuyas opiniones están influenciadas por la obra de Lenin. De hecho, aún conserva algunos de sus trabajos y se considera comunista». En Moscú, el Comintern revisó los archivos que tenía de él y aprobó sus credenciales. Comunicaron a Korotkov que «el Viejo» «estaba muy afectado por la crisis general de la cultura burguesa y próximo "al gremio de los intelectuales[19]"». El escritor se había convertido en un miembro destacado del grupo de Harnack.

En todos los informes que llegaban a Moscú aparecía un tema recurrente: el de la inminente arremetida nazi. El 8 de mayo de 1941, «Zakhar» informó: «los rumores sobre un ataque de Alemania contra la Unión Soviética aumentan sin cesar… Se declarará la guerra a mediados de mayo[20]». A. S. Panyushkin, que excepcionalmente combinaba el papel de embajador soviético en el Gobierno chino en Chongqing con el de jefe de la delegación del NKVD, transmitió a Moscú que se esperaba la invasión de Hitler para principios de mayo. El agregado militar chino en Berlín llegó a indicar incluso a los rusos los ejes previstos por los alemanes para sus avances.

El equipo del NKVD en Berlín tuvo la fortuna de evitar el desastre, viviendo como vivió este período tan extremadamente delicado de las relaciones soviético-alemanas con un jefe de delegación tan poco afortunado. La caída en desgracia de Kobulov se inició con una trifulca de borrachos en un banquete preparado en la embajada para la delegación soviética visitante, durante el mes de mayo de 1941: él abofeteó en público al adjunto del representante de comercio. Este episodio llevó al embajador a solicitar la destitución del oficial del NKVD. Kobulov contraatacó pidiendo a Beria el regreso a su patria; manifestó que la pelea de la embajada le causaba tanto disgusto como el bombardeo británico sobre Berlín. Beria se vio obligado a informar de este suceso a Stalin y a Mólotov, pero se negó a despedir a su hombre después de que este le prometiera enmendarse en tono lastimoso; Moscú ordenó a Kobulov que no volviera a correr el riesgo de establecer contacto con Harnack.

El hombre del NKVD intentó redimirse en su cargo como jefe del espionaje reclutando como informador a un periodista letón conocido en el círculo como «el estudiante del Liceo», que, aseguró aquel a Moscú, era «muy fiable». El recién llegado, Oreste Berlings, ya figuraba en las listas de la

Gestapo como «Peter», un agente doble de quien Ribbentrop decía complacido: «Podemos colar cualquier información que deseemos a través de él[21]». Semejante insensatez habría resultado baladí de no haberse producido a las pocas semanas del inicio de «Barbarroja», en el momento en que la inteligencia en Berlín debería haber resultado de crucial importancia en la toma de decisiones soviéticas. El error garrafal de Kobulov radicalizó aún más el pertinaz escepticismo del Kremlin con respecto a los informes del NKVD.

El 18 de abril de 1941, los servicios de inteligencia rusos —obviando el hecho de que Stalin insistía en que el ataque alemán contra la Unión Soviética no era inminente— se pusieron en pie de guerra: el GRU y el NKVD dieron la alerta a todas sus redes en Europa y reforzaron sus delegaciones en Suiza y Berlín. Sin embargo, hicieron poco para mejorar la coordinación de los informadores sobre el terreno, fundamentalmente porque había pocos que contasen con la experiencia necesaria. Su error más grave, no obstante, fue no aprovisionar a los agentes con medios para establecer comunicaciones de largo alcance. Los equipos de radio fabricados por los rusos eran de mala calidad: las comunicaciones del NKVD no empezaron a mejorar hasta avanzada la contienda, cuando la Lubianka se proveyó de aparatos estadounidenses. En el prolongado intervalo, el contacto entre Moscú y sus agentes en el extranjero siguió siendo precario. El primero de mayo de 1941, la delegación de Berlín exigió un envío urgente de transmisores para el grupo de Harnack, por si se llegaba a interrumpir el contacto a través de la embajada. El propio Harnack se mostró reacio a aceptar aquel material; aunque no tenía conocimientos de radiotelegrafía, sí era perfectamente consciente de la omnipresencia de los radiogoniómetros de la Gestapo y del Abwehr. No obstante, al final consintió en un gesto que no obedecía sino a la lógica de sus convicciones: que la guerra era inminente y que deseaba continuar trabajando contra Hitler. Tras una demora de varias semanas, a mediados de junio sus contactos les entregaron dos equipos completos. El primero era un D-6 portátil, con un alcance que no superaba los 800 kilómetros y una batería de dos horas. El contacto les prometió más baterías, pero estas nunca llegaron. El segundo equipo era un poco más potente, pero debía estar conectado a la red eléctrica.

Korotkov explicó que el procedimiento de codificación era fácil: los espías solo debían recordar el número 38745 y la palabra clave «Schraube». Insistió a Harnack para que tomase a Karl Behrens como su segundo operador de radio, pero el alemán se negó. Aquella era una misión de alto riesgo, señaló, y Behrens tenía tres hijos pequeños. Si caía preso, y pagaba el precio, él jamás se lo perdonaría. Pese a todo, Behrens ya estaba siendo vigilado por la Gestapo por haber suministrado documentación falsa a un cuñado judío[22].

Otro posible candidato era Kurt Schumacher, pero lo llamaron a filas. Al final, el segundo equipo de transmisión le fue entregado a un hombre llamado Hans Koppi, por indicación de Schulze-Boysen. No obstante, a las pocas semanas, las huestes de Hitler se habían desplegado por toda Rusia y los soviéticos hubieron de retroceder sus posiciones muchos kilómetros adentro, fuera del alcance de las débiles señales que se mandaban desde Berlín. Los aparatos entregados a Harnack quedaron sumidos en el silencio. Él continuó recabando material con diligencia, pero carecía de los medios para pasarlo. Este compás de espera se prolongó durante los cinco primeros meses de la contienda oriental.

Entre tanto, en el material de Willy Lehmann empezaron a aparecer pruebas de que Alemania estaba decidida a entrar en guerra con Rusia. El día 28 de mayo, dijo a su contacto que había recibido órdenes, por razones que no se revelan, de organizar turnos de veinticuatro horas en su sección. A los pocos días cayó enfermo y se vio obligado a pasar un tiempo fuera de circulación, hasta el 19 de junio. Las noticias que más tarde le llegaron a la oficina lo llevaron a descartar las investigaciones y convocar una reunión de urgencia con Zhuravlev, su correo: se había comunicado oficialmente a la Gestapo la orden de iniciar las operaciones militares contra la Unión Soviética. Este documento fue reenviado sin demora a Moscú, pero no parece probable que Beria lo compartiese con Stalin hasta el último momento antes de la invasión.

Otra de las fuentes alemanas destacables del NKVD fue el capitán Walter Maria Stennes, antes ferviente camisa parda nazi y amigo de Hitler. Stennes —el «Amigo» en los registros del Centro de Moscú— había experimentado desde entonces un cambio radical en sus inclinaciones y se había convertido en un enérgico enemigo del régimen. Tras sobrevivir a un breve período de encarcelamiento, partió hacia China donde ocupó el cargo de asesor en materia de aviación para Chiang Kai-shek y allí fue reclutado por los rusos. El 9 de junio de 1941, tras mantener una conversación con un alto mando de la Wehrmacht de visita en la zona, informó a Vasili Zarubín de que la invasión se había previsto inicialmente para el mes de mayo, pero que se había pospuesto y ahora los planes hablaban de una campaña de tres meses que comenzaría el 20 de junio. Zarubín también puso a Moscú al corriente de que Stennes se había reunido con Sorge en Shanghái y que este había oído la misma historia.

Schulze-Boysen escribió a sus superiores del NKVD el 11 de junio, advirtiendo a los rusos que estuvieran «preparados para un ataque sorpresa». Apremió a Moscú para que bombardease los campos petrolíferos de Rumanía así como los cruces ferroviarios de Königsberg, Stettin y Berlín, además de lanzar una arremetida en suelo húngaro, para cerrar el paso a Alemania

desde los Balcanes. Se trataba de un viraje extraordinario en un oficial alemán, por desafección que este sintiera hacia su Gobierno: Schulze-Boysen estaba pidiendo explícitamente a una potencia extranjera que bombardease su propio país. A tal extremo había llegado la situación. En conjunto, entre el mes de septiembre de 1940 y el mes de junio de 1941, desde Harnack Schulze-Boysen se mandaron cuarenta y dos informes que aún se conservan —tal vez más, hoy extraviados o que jamás llegaron a Moscú— en los que se daban detalles aún más precisos sobre los preparativos de Hitler y la planificación de las operaciones. Por otra parte, el 20 de junio una fuente informó desde Roma al Centro de que el embajador italiano en Berlín había mandado a su Ministerio de Exteriores un telegrama codificado en el que afirmaba que se había fijado el lapso entre el 20 y el 25 de junio como fecha prevista para la invasión alemana sobre la Unión Soviética[23].

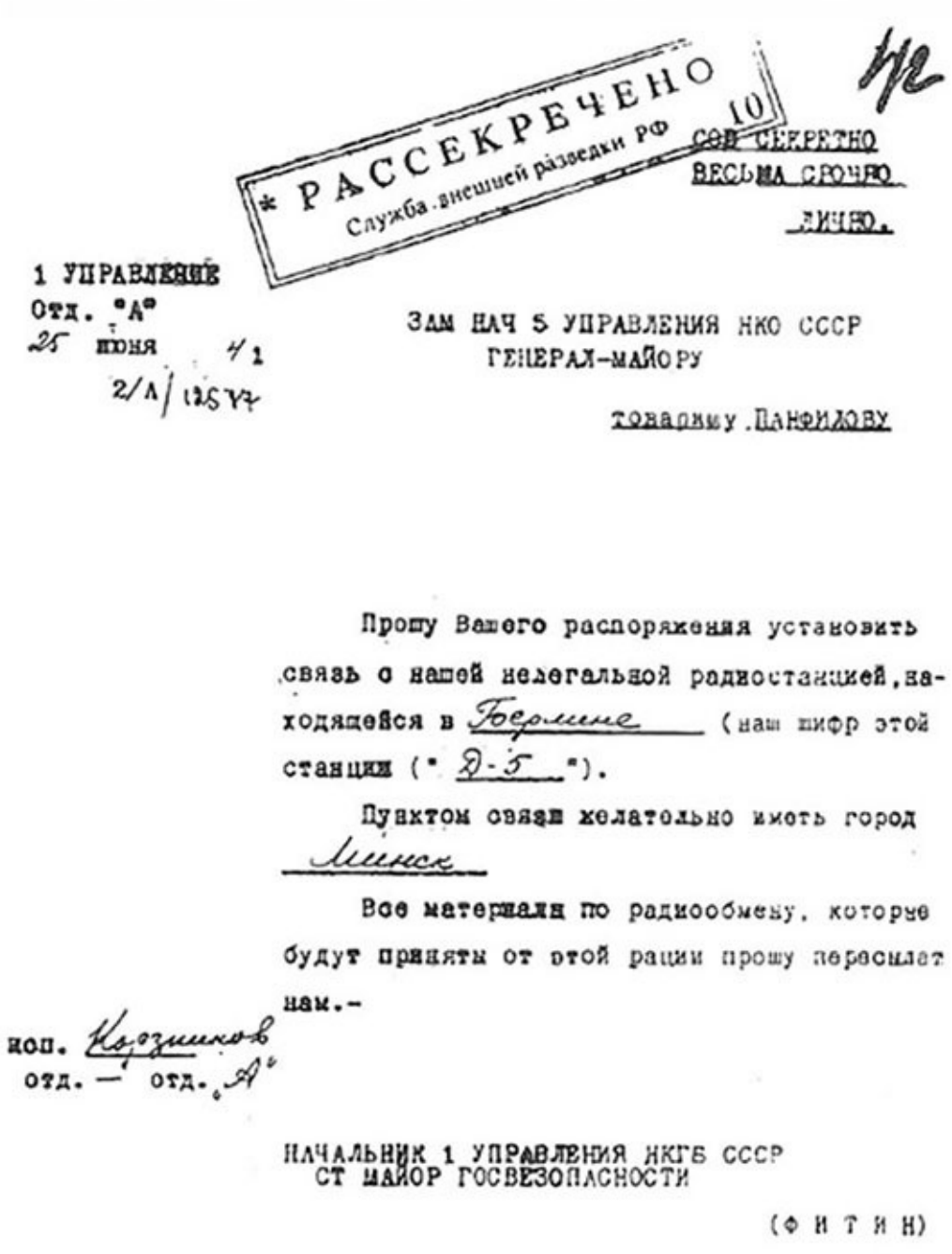
Sordera en el Kremlin

Así las cosas, desde principios de 1941, en el flujo de inteligencia que llegaba a Moscú aparecía siempre un elemento común: que Hitler estaba preparado, aunque abundaban las diferencias de opinión con respecto a cuándo atacaría, cosa nada sorprendente, ya que la Wehrmacht posponía reiteradamente las fechas por retrasos en las operaciones. En aquellos días, sin embargo, la Unión Soviética se hallaba mejor protegida frente a sus enemigos nacionales que frente a los extranjeros. Los jefes de la inteligencia rusa estaban angustiados con el enemigo interno. Temían el posible alzamiento de los nacionalistas ucranianos. Beria señaló algunos indicios de actividad subversiva por parte de los judíos y de las organizaciones sionistas, vaticinando algo tan inverosímil como que estos actuaban en defensa de los nazis. Merkúlov describió el éxito de las purgas de los «elementos antisoviéticos» en las repúblicas bálticas, en las que se arrestó a 14 467 personas y 25 711 fueron enviadas al exilio, en Siberia[24].

El último responsable del análisis de la inteligencia entrante era el teniente general Pável Fitin, al frente de la sección extranjera del NKVD desde 1939 en el momento en que fue ascendido al nuevo puesto, tras las Purgas. Aquel fue un nombramiento insólito, movido por cuestiones de confianza política. Antiguo dirigente del Komsomol y funcionario del Partido, había estudiado en la escuela de mecánica agrícola de Moscú hasta que empezó a trabajar en un servicio de asesoría de cultivos, donde permaneció unos años. Hasta entonces no fue seleccionado para ingresar en la SHON, la escuela de instrucción de inteligencia extranjera con sede en Balashikha, a unos 75 kilómetros al este de Moscú. Los estudiantes del centro —unos 120 en los

primeros tres años, de los cuales solo cuatro eran mujeres— recibían una somera preparación para la vida entre la burguesía occidental: profesores con experiencia en Europa ofrecían charlas sobre la indumentaria, las formas sociales y el «buen gusto». Cada día, los discípulos pasaban cuatro horas estudiando lenguas extranjeras y dos enfrascados en materias propias del oficio del espionaje. Fitin ya tenía treinta y nueve años en 1938, cuando empezó a trabajar en el NKVD. Un visitante de Estados Unidos, viendo su media melena rubia y sus ojos azules de aparente inocencia, sugirió que aquel hombre guardaba mayor parecido con un capitán de crucero que con un jefe del espionaje[25]. Fitin no era estúpido y jamás presentó a sus superiores Merkúlov, Beria y por encima de ellos Stalin, nada que pudiera despertar su cólera. Cuando a mediados de junio de 1941 un agente del NKVD en Helsinki informó de un movimiento de tropas finlandesas a gran escala, este, nervioso, garabateó a su adjunto: «Por favor, procéselo con cautela para Hozyain», «El Señor», el nombre empleado siempre para referirse a Stalin[26].

El último eslabón en la cadena de inteligencia extranjera antes de «Barbarroja» fue Winston Churchill. Las ideas británicas acerca de la Unión Soviética y del potencial del Ejército Rojo estaban teñidas por la aversión levantada en el grueso de soldados, diplomáticos y políticos del grupo tory hacia todo aquello vinculado al Memorando manchado de sangre de los bolcheviques. Por otra parte, sus expectativas con respecto a la estrategia alemana estaban distorsionadas por la convicción de que Hitler consideraba la victoria sobre Gran Bretaña como el principal objetivo. Cuando sir Victor Mallet, el embajador británico en Estocolmo, informó en marzo de que «todos los círculos militares en Berlín dan por seguro el enfrentamiento con Rusia esta primavera y también la victoria», el Foreign Office descartó este despacho en tanto que reflejo de «los frecuentes rumores contradictorios[27]». El día 24 de marzo de 1941, Stafford Cripps cablegrafió desde Moscú, informando de las noticias transmitidas por su homólogo sueco: «El plan de los alemanes es el siguiente: el ataque sobre Inglaterra se continuará con submarinos y desde el aire, pero no habrá invasión. Al mismo tiempo se emprenderá una arremetida contra Rusia. Esta la llevarán a cabo tres grandes ejércitos: el primero, destacado en Varsovia a las órdenes de Von Bock; el segundo en Königsberg; y el tercero en Cracovia, con List al frente[28]».



* РАССЕКРЕЧЕНО
Служба внешней разведки РФ

СОВ СЕКРЕТНО
ВЕСЬМА СРОЧНО
ЛИЧНО.

1 УПРАВЛЕНИЕ
Отд. "А"
25 июня 41
2/А/12577

ЗАМ НАЧ 5 УПРАВЛЕНИЯ НКО СССР
ГЕНЕРАЛ-МАЙОРУ

товарищу ПАНФИЛОВУ

Прошу Вашего распоряжения установить связь с нашей нелегальной радиостанцией, находящейся в Берлине (наш шифр этой станции ("Д-5").

Пунктом связи желательно иметь город Минск

Все материалы по радиообмену, которые будут приняты от этой рации прошу пересылать нам.-

нач. Кузьмиков
отд. — отд. "А"

НАЧАЛЬНИК 1 УПРАВЛЕНИЯ НКГБ СССР
СТ МАЙОР ГОСБЕЗОПАСНОСТИ

(ФИТИН)

Memorando de Pável Fitin, jefe de la sección extranjera del NKVD, relativo al contacto por radio con los espías soviéticos en Berlín.

El Comité de Inteligencia Conjunta (JIC) rechazó esta advertencia. A principios de abril, la valoración del JIC no era muy distinta de la de Stalin: «1. Estos informes podrían haber sido difundidos por los alemanes como parte de una guerra de nervios. 2. La invasión alemana probablemente resulte en un caos tal por todo el territorio soviético que los alemanes deberían reorganizarlo todo en suelo ruso y, por otra parte, perderían el aprovisionamiento que ahora obtienen de la Unión Soviética durante un extenso período de tiempo al menos. 3. Los recursos de Alemania, si bien son

muy nutridos, no le permitirían continuar con la guerra en los Balcanes, mantener la intensidad actual del ataque aéreo contra este país, proseguir con la ofensiva en Egipto y, paralelamente, invadir, ocupar y reorganizar buena parte de la Unión Soviética… 5. Existen indicios de que el Estado Mayor alemán se opone a una guerra de dos frentes y se decanta por liquidar a Gran Bretaña antes de atacar a la Unión Soviética[29]».

Aquella fue una muestra del mayor pecado en un análisis de inteligencia: el JIC sacó conclusiones basándose en la lógica británica, no en la nazi. El primer ministro, sin embargo, llevaba tiempo con la corazonada de que Hitler daría un viraje hacia el Este. El 21 de abril transmitió un aviso personal a Stalin, inspirado por el mensaje de Cripp y algunos indicios de Ultra, que Moscú despreció. Maiski, el embajador soviético, se mofó de Brendan Bracken: «¿Desde cuándo Churchill se toma tan en serio los intereses de la Unión Soviética?». Le explicó a Bracken, amigo íntimo de Churchill, que las misivas de aquella naturaleza enviadas desde Londres tenían exactamente un efecto contrario al deseado. No añadió un corolario fundamental: que los traidores de Whitehall habían chivado al Kremlin que el JIC no creía que Hitler fuese a invadirlos. El mismo 23 de mayo aún se emitió desde el Comité otro informe en el que se hablaba de un nuevo pacto inminente entre Alemania y Rusia[30]. Por más absurda que hoy suene esta especulación, habían pasado menos de dos años desde que se firmase otro pacto diabólico de aquella naturaleza. Si ambos tiranos ya se habían puesto de acuerdo antes, ¿por qué no iban a hacerlo de nuevo? Y Moscú no era el único lugar en el que se dudaba de la sinceridad de Churchill. Bjorn Prytz, el embajador sueco en Londres, le dijo a Maiski que, a su juicio, el primer ministro británico no tenía la menor idea de cómo ganar la guerra si no era implicando a los rusos. Cripps comentó al embajador estadounidense en Moscú que bien podría imaginarse a los británicos consintiendo la invasión alemana de Rusia, si Hitler se comprometía a ofrecer la paz a Gran Bretaña[31].

Cuando los extranjeros expertos en la materia y con capacidad de influir en las decisiones se mostraron próximos a aquellas opiniones, el cinismo de Stalin con respecto a las advertencias de guerra de Churchill, que sabía que desafiaban los puntos de vista de sus propios asesores, empezó a perder fuelle. En el mes de abril, Hozyain ordenó que el Ejército Rojo y los servicios de inteligencia ignorasen tanto los supuestos preparativos militares alemanes al otro lado de la frontera como las repetidas violaciones del espacio aéreo soviético por parte de la Luftwaffe. A finales del mes, Merkúlov redactó un informe pensado para silenciar a los «belicistas» y consolidar las expectativas de un acercamiento diplomático con Berlín. Sostuvo que las victorias nazis en el Norte de África habían alentado a Hitler a terminar definitivamente con Gran Bretaña antes de abrir ningún otro frente. Mucho se dijo a propósito del

desacuerdo entre Hitler y sus generales, en absoluto infundado. El NKVD apuntó también la posibilidad —falseando la realidad— de que la Luftwaffe no quisiera combatir contra Rusia por la reconocida superioridad de la Fuerza Aérea roja[32]. Stalin dio instrucciones a sus jefes de la inteligencia para que estos se fijasen un primer objetivo diplomático: aclarar las demandas de Hitler, descubrir qué precio esperaba el dictador alemán que Moscú pagaría por conservar la paz. Ellos respondieron que probablemente Berlín quisiera incrementar las remesas de grano, petróleo y otras mercancías[33]. La diplomacia de Von der Schulenberg también tuvo su peso en alimentar las falsas ideas de Stalin: aún a mediados de mayo, el embajador alemán insistía al dictador soviético para que este escribiera a Hitler con la idea de explorar los puntos comunes. Por otra parte, además, el Pacto de Neutralidad soviético-japonés del 13 de abril de 1941 representaba un intento por parte de los soviéticos, sincero al tiempo que desesperado, de evitar una guerra entre ambas naciones y, con ello, reducir el alcance de las amenazas a las que se enfrentaba la Unión Soviética. Cuando el ministro de Exteriores, Yōsuke Matsuoka, partió de Moscú con el tratado firmado bajo el brazo, en un gesto casi sin precedentes Stalin se presentó en la estación para despedirlo.

Las embajadas soviéticas y las delegaciones de inteligencia respetaron con escrupulosa rigidez las órdenes de Mólotov y Beria de no informar de nada que sugiriese que la guerra era inevitable. El día 24 de mayo, cuando el embajador finlandés en Estambul hizo partícipe a su homólogo soviético de los detalles de las formaciones alemanas desplegadas en la frontera soviética, el hombre de Stalin preguntó con desdén si el finlandés había contado a los soldados personalmente[34]. Una semana más tarde, Timoshenko y Zhúkov fueron llamados al Kremlin, donde esperaban recibir la orden de poner en alerta de guerra a las defensas soviéticas. Sin embargo, en contra de lo supuesto, descubrieron que Stalin había aceptado una petición a todas luces fraudulenta de Berlín para que se permitiera a los escuadrones alemanes circular libremente por la frontera rusa en busca de los caídos en la guerra de 1914-1918. Los generales cayeron presa de una ira movida por la impotencia al ver cómo las patrullas de reconocimiento de Hitler supervisaban los campos de batalla elegidos, al amparo de las órdenes de Hozyain y de las palas.

La desafortunada gestión del Gobierno británico con respecto a los lanzamientos en paracaídas sobre suelo escocés, comandado el 10 de mayo por el adjunto del Führer Rudolf Hess, transformó lo que habría sido un desastre propagandístico para Hitler en un terrible bochorno para su enemigo. Esta acción convenció a Stalin de que tanto alemanes como británicos jugaban con él, mientras se preparaban para firmar una paz

independiente. Lord Beaverbrook, un alborotador irredento cuyas intervenciones eran terriblemente perjudiciales por su condición de íntimo de Churchill, comentó a Maiski en Londres: «Por supuesto que Hess es un emisario de Hitler». Este afirmó, con bastante razón, que el objetivo de Hess era conseguir un frente común contra la barbarie bolchevique. Maiski dedujo que el proceder de Gran Bretaña en el futuro no dependería de la determinación de Churchill, como había supuesto hasta la fecha, sino más bien del grado de aceptabilidad de las condiciones propuestas por Alemania, que a su entender Hess había traído consigo de parte de Hitler.

A finales de la primavera de 1941, Stalin esperaba a diario que llegasen detalles de una paz anglo-germana, seguida de una petición desde Berlín para que Rusia se uniera al bloque del Eje y se acelerase el respaldo económico para la nación de Hitler. Stalin aguardó hasta octubre de 1942 para escribir a Maiski: «En Moscú, todos hemos supuesto que Churchill persigue la derrota de la URSS para luego ponerse de acuerdo con la Alemania de Hitler o Bruning a expensas de nuestro país». Con una hipocresía pasmosa, este decidió olvidar que en el clima de pánico imperante en el Kremlin después del comienzo de «Barbarroja», Pável Sudoplátov del NKVD había recibido órdenes de pasar al embajador búlgaro un mensaje secreto del Kremlin, para que este lo transmitiera a Berlín, en el que se proponía una paz soviético-alemana. Este acercamiento no llegó a prosperar, pero solo porque Hitler no manifestó interés en él. En una cena celebrada en el Kremlin en el mes de octubre de 1944, Stalin aún pudo pronunciar un brindis al tiempo burlón y serio por el «servicio de inteligencia británico, que ha engatusado a Hess para que este se desplace a Inglaterra».

En junio de 1941, el NKVD sacó de una celda de la Lubianka al capitán Aleksandr Nelidov, el antiguo hombre del Abwehr en Varsovia, para pedirle opinión acerca del vuelo de Hess a Gran Bretaña. El viejo soldado respondió sin cortapisas: «Sin lugar a dudas, esto significa la guerra. Hess está reclutando a Inglaterra como aliado contra la URSS». Nelidov, nacido en 1893, había sido artillero en tiempo de los zares y luego deambuló por Turquía, Francia y Alemania tras la derrota del Ejército Blanco en la guerra civil rusa. Entabló amistades en el Estado Mayor alemán y participó en algunos de sus simulacros de combate en la década de 1930. A principios de 1939 cometió la insensatez de aceptar el destino que Canaris le había ofrecido en Varsovia, donde pronto cayó preso a manos de los polacos. Cuando los rusos tomaron la Polonia oriental y lo rescataron de la prisión de Leópolis en la que ya languidecía, lo mandaron a Moscú como un renombrado agente de la inteligencia nazi.

Para cuando Zoya Rybkina, la esbelta y tremendamente atractiva oficial de operaciones de la sección alemana del NKVD, recibió su ficha a mediados

de 1940, Nelidov estaba deshecho. Rybkina escribió con desdén en sus memorias de 1998: «Tenía un comportamiento servil… Me divertía pero también me hacía sentir vergüenza, siendo como era un oficial de la vieja escuela». El desgraciado capitán era extraído de su celda en repetidas ocasiones y era sometido a interrogatorios sobre la Wehrmacht que se alargaban durante las horas del día y hasta bien entrada la noche: «Se le llevaba la comida de nuestra cantina y la primera vez que vio un cuchillo y un tenedor, los apartó y dijo con una voz aterrorizada: "Pero se supone que no he de tener esto"».

Rybkina puso a trabajar a Nelidov en la redacción de un texto sobre los simulacros de guerra alemanes a los que había asistido, que este hubo de completar con mapas y detalles del orden de batalla. El antiguo oficial comunicó al NKVD que el plan alemán para invadir Rusia contaba con que Minsk cayera al quinto día. Rybkina escribió: «Me eché a reír: ¿¡Cómo, al quinto día!? Él estaba nervioso y avergonzado y juró por todos los dioses que eso era lo que [el general Wilhelm] Keitel [jefe del OKW] tenía previsto». Ella repitió la broma ante Fitin, que gruñó: «Este idiota es un mentiroso. Imagínate ¡Minsk en cinco días!». Gólikov, el jefe de la inteligencia del Ejército Rojo, soltó una carcajada aún más sonora: «Así que han decidido tirar adelante con las tropas. Y no te lo pierdas: ¡piensan tomar Minsk en cinco días! Bien hecho, Keitel, eres un tipo duro ¡muy duro!…». Pero Nelidov también les contó a sus carceleros que el general Hans von Seekt, el vetusto exjefe del Estado Mayor del Ejército, vaticinaba que la invasión alemana de la Unión Soviética sería un desastre porque era insostenible a nivel logístico.

Existe aún la incertidumbre, y probablemente no se resuelva jamás, con respecto a qué supo exactamente el Ejército Rojo antes de «Barbarroja». El mariscal Zhúkov insistió hasta su último aliento en que él ignoraba por entero la inteligencia extranjera que llegaba al Kremlin. Si los alemanes lanzaban una invasión, él creía que avanzarían hacia el suroeste para hacerse con Ucrania y sus infinitos recursos naturales, aunque también veía posible un ataque alternativo sobre el eje Riga-Daugavplis. Los agregados militares soviéticos, sobre todo los que se hallaban en los Balcanes, ofrecieron detalles y una información especialmente minuciosa de los despliegues alemanes. Los observadores en la frontera rusa contribuyeron notablemente más que los agentes extranjeros del NKVD o del GRU en que la Stavka se formase una idea del orden de batalla de la Wehrmacht. En abril, Zhúkov fue consciente de la importancia del frente central en la planificación nazi: se habían concentrado nutridos contingentes en la Prusia Oriental y en Polonia. Pero aquellas pruebas contradictorias no eran sino el reflejo de las incesantes disputas entre Hitler y sus generales.

Se ha sostenido con frecuencia que el Ejército Rojo quedó absolutamente

sorprendido cuando los alemanes lanzaron su ataque, pero no es del todo cierto. En las semanas previas a la batalla, Stalin permitió —pese a su escepticismo— que se desplegasen grandes formaciones militares en el Oeste y que estuvieran dispuestas para entrar en acción. Los desastres que los rusos hubieron de encajar después se debían, en una medida abrumadora, a la degradada condición de sus fuerzas armadas y a su liderazgo, más que a la falta de preparación directa. Stalin fue el responsable máximo de lo sucedido en la Unión Soviética en 1941, pero fue el elemento sorpresa la razón última de la catástrofe. El Ejército Rojo cayó derrotado ante la Wehrmacht en todos los niveles, salvo por el coraje exhibido por algunas de sus unidades, brutal y expiatorio, que dejó al enemigo helado. Antes de la invasión, el 12 de mayo, Zhúkov había avanzado las posiciones de cuatro ejércitos soviéticos con 800 000 hombres. El 2 de junio, Beria comunicó a Stalin que los alemanes estaban en estado de alerta máxima en toda la frontera. El día 12, Stalin recibió otro informe de despliegues alemanes, en el que se destacaba un alto nivel de actividad de inteligencia hostil: la Wehrmacht disponía de unos doscientos «transfronterizos» que se movían a un lado y otro en la región de los límites soviéticos. En respuesta, Stalin admitió a regañadientes que los preparativos de guerra se redujeran a dos horas para las divisiones de fusileros y tres para las unidades motorizadas y las divisiones de artillería. Esto no constituía ni con mucho una pasividad absoluta ante una amenaza.

Tanto rusos como británicos fueron lo bastante ingenuos para esperar un ultimátum previo a las hostilidades. El 11 de junio, sir Stafford Cripps regresó a casa «para realizar algunas consultas». El objetivo de aquella retirada era exactamente el que se decía: permitir que el Gobierno británico debatiera con él acerca de los desconcertantes y trascendentales movimientos que estaban teniendo lugar. Londres estaba consternado por la campaña propagandística de los alemanes, pensada para convencer al mundo de la inminencia de un nuevo acercamiento soviético-alemán. El Kremlin se sorprendió ante el viaje de Cripps, por motivos opuestos: Stalin dio por cierto que los británicos estaban preparando algún ataque diplomático enrevesado que dejaría a la Unión Soviética en solitario. El 16 de junio, Maiski fue llamado al Foreign Office de Gran Bretaña y allí se le hizo partícipe de una serena relación de los últimos datos de inteligencia con respecto a los despliegues alemanes, basada en Ultra. Se creía que la Wehrmacht contaba con ochenta divisiones en Polonia, treinta en Rumanía, cinco en Finlandia y en la zona septentrional de Noruega: 115 en total. La realidad superaba estas cifras en algo más del doble, bastante por debajo de las que el GRU ya había identificado. Tamaño error de cálculo se debió a las limitaciones de Ultra en 1941 y a la lamentable capacidad de análisis de la War Office en esta etapa. Pero para entonces ni los que antes habían demostrado escepticismo en el JIC dudaban aún de la

incontestable realidad: Hitler estaba a punto de invadir la Unión Soviética.

En Moscú, el NKVD preparó una treta in extremis: sus agentes interceptaron dos correos diplomáticos alemanes a punto de abandonar Moscú con destino a Berlín, con los despachos de la embajada alemana. Uno de ellos fue retenido en el ascensor de un hotel mientras que el otro permanecía atrapado en el cuarto de baño de su suite. En los cinco minutos previos a la liberación del correo del ascensor, el NKVD fotografió la correspondencia del embajador y la devolvió al maletín. Cuando la Lubianka examinó el contenido, este se demostró ambiguo: Schulenberg expresó su convencimiento de que las intenciones soviéticas continuaban siendo de naturaleza pacífica. Pero también sostuvo que había obedecido instrucciones desde Berlín que le ordenaban reducir su equipo al mínimo imprescindible, lo que constituía un preliminar de guerra indudable[35].

En su viaje de regreso de Londres, Cripps hizo escala en Estocolmo y allí informó al Ministerio de Exteriores sobre los rumores relativos a un nuevo acuerdo soviético-alemán. Tonterías, dijo el sueco. El servicio de inteligencia de su país había interceptado órdenes dirigidas a las fuerzas alemanas en Noruega que dejaban claro que atacarían entre el 20 y el 25 de junio. El embajador sueco en Moscú, decano de la comunidad diplomática, transmitió: «Lo único cierto es que nos enfrentamos o bien a una batalla de una importancia global entre el Tercer Reich y el Imperio Soviético o al caso más colosal de chantaje en la historia del mundo[36]». Zoya Rybkina, analista clave del NKVD alemán, describió cómo el 17 de junio ella preparó un informe de situación para que Pável Fitin lo presentase a Stalin, basándose fundamentalmente, pero no solo, en los mensajes de la Orquesta Roja; por supuesto, Sorge informó al GRU. Más adelante, ella confesó haber llegado a la conclusión de que la guerra era inevitable: «Se han completado todos los preparativos militares alemanes para una agresión armada y se puede esperar un ataque en cualquier momento». Sin embargo, en realidad el documento resultaba más ambiguo de lo que sus redactores quisieron defender posteriormente. Para guardarse las espaldas, repetían sin cesar expresiones como: «No se indica qué datos ha usado la fuente para llegar a estas conclusiones… Harnack no sabe dónde, cuándo o con qué conexión ha expresado Halder este parecer… Harnack no cree la afirmación de Göring y hace notar su célebre fanfarronería». Conscientes de que el Kremlin seguía empecinado en rechazar lo que para ellos era casi una certidumbre, se vieron obligados a admitir dudas que no tenían.

Merkúlov y Fitin acudieron juntos al Kremlin el mediodía del 17 de junio. Este, que pocas veces había estado en presencia de Stalin, reconocería más tarde su temor, que tal vez sería más preciso definir como terror. Los dos implacables, sombríos y grises protagonistas de tantísimos asesinatos de

estado convinieron en un mismo argumento antes de presentarse ante Hozyain: definirían sus valoraciones de la inteligencia como algo «probablemente cierto», pero no como una seguridad. Se encontraron con un Stalin tranquilo, que paseaba por la sala como era su costumbre. Fitin vio sobre su mesa el descifrado más reciente de Berlín. «He leído su informe», murmuró el dictador en un susurro, como era su costumbre. «¿De modo que Alemania se prepara para atacar a la Unión Soviética?». Y clavó la mirada en Fitin y Merkúlov.

Ellos no esperaban que aquel encajase el golpe tan mal y se sintieron perdidos. «Nos quedamos callados —recordaba Fitin—. Hacía tan solo tres días, el 14 de junio, los periódicos habían publicado un comunicado de la agencia TASS conforme Alemania aún respetaba, sin apartarse un ápice, las condiciones del pacto soviético-alemán». Tanto él como Merkúlov se mantuvieron en un imperturbable silencio, que consideraron el recurso más realista para salir de allí con vida. Stalin lanzó sobre ellos una recua de preguntas cargadas de desprecio sobre las fuentes del NKVD. Fitin describió las redes Schulze-Boysen/Harnack, y Stalin respondió: «Atienda, jefe de la inteligencia, no existe alemán en quien se pueda confiar, salvo Wilhelm Pieck», el secretario del Comintern ahora en el exilio en Moscú. Se siguió un silencio que los visitantes consideraron interminable hasta que aquel volviera a levantar la cabeza, los contemplase con ferocidad y ladrase: «¡Información errónea! Pueden retirarse[37]». En otra versión del encuentro, Stalin dio instrucciones a los jefes de la inteligencia para que estos volvieran a sus fuentes, verificasen la información y revisasen una vez más las valoraciones del NKVD. Lo que sí sabemos es que Stalin desestimó la advertencia de guerra.

Rybkina escribiría luego: «Cuesta describir el estado de nuestro equipo mientras esperábamos que Fitin regresase del Kremlin. Nos llamó a su despacho a mí y a [Pável] Zhuravlev», el antiguo director de la sección alemana tan admirado por sus colegas. Fitin dejó caer el documento grapado sobre la mesa de café delante de sus subordinados. «He informado al Jefe», afirmó. «Iósif Vissariónovich estudió vuestro informe y me lo devolvió. "¡Esto es un farol!", me dijo irritado. "Que no cunda el pánico. No pierda el tiempo con tonterías. Mejor que retroceda y se haga una idea más clara"». Fitin afirmó ante los desconcertados oficiales de la inteligencia: «Verifiquen esto de nuevo e infórmenme». Cuanto estuvieron otra vez solos, Zhuravlev dijo a Rybkina, en el tono de seguridad indispensable para sobrevivir en el mundo soviético: «Stalin alcanza a ver más desde su campanario. Además de nuestros informes, recibe los del GRU, de los embajadores, de las misiones comerciales y de los periodistas». Rybkina manifestó estar de acuerdo, pero añadió: «Esto significa que nuestros agentes, a los que se ha puesto a prueba

durante años, deben ser considerados poco fiables». Zhuravlev se encogió de hombros, con un pesimismo propiamente ruso: «Lo sabremos si vivimos lo suficiente». Beria, en una servil anticipación de los deseos de Hozyain, ordenó que cuarenta oficiales del NKVD que habían pasado información sobre la guerra debían ser «lanzados al polvo del campo de trabajo». El 21 de junio escribió a Stalin: «Insisto de nuevo en destituir y castigar a nuestro embajador en Berlín, Dekanozov, que no deja de bombardearme con "informes" sobre los supuestos preparativos de Hitler para atacar a la Unión Soviética. Ha informado de que este ataque empezará mañana… Pero yo y mi gente, Iósif Vissariónovich, tenemos grabada en la memoria vuestra sabia conclusión. Hitler no nos atacará en 1941».

Los historiadores han derrochado ríos de tinta tratando de establecer qué proporción de inteligencia reunida por los servicios secretos rusos llegó al Kremlin, en lugar de quedarse en los cajones del escritorio de Beria, Merkúlov y Fitin. Se trata de una polémica sin fundamento. Sin duda alguna, Stalin dispuso de una cantidad abrumadora de pruebas sobre el despliegue militar alemán en la frontera soviética. El craso error radica en el análisis de su importancia. La posterioridad ridiculiza a Stalin por negar una verdad evidente. Pero él tan solo escogió compartir la visión estratégica sostenida por los británicos y, en especial, por su Comité de Inteligencia Conjunta, con la sola excepción de Churchill, hasta los últimos días antes de «Barbarroja». Es una cuestión fundamental para comprender la conducta del tirano. Gracias a los traidores de Whitehall, el Kremlin supo que Bletchley Park había empezado a leer el tráfico de radio alemán en una medida importante, lo que aumentó la confianza que Stalin tenía en la omnisciencia británica. La obstinadamente desmedida reverencia hacia la capacidad de los servicios secretos de Londres y la astucia de su diplomacia hizo, por tanto, que este aceptase el punto de vista de Whitehall con respecto a las intenciones de Hitler por delante de las de sus maravillosas redes de espías. Jamás pudo creer que la opinión personal de Churchill con respecto a las intenciones de Hitler de atacar Rusia fuera al tiempo una expresión honesta y superior a la del aparato de la inteligencia de Gran Bretaña; hasta que el JIC cambió de parecer, gracias a Ultra, justo antes de la arremetida de Hitler.

Este es el aspecto más llamativo del comportamiento del Kremlin antes de la invasión: «Barbarroja» no fue un fallo de la maquinaria de compilación de inteligencia soviética. Pocas operaciones militares en la historia se han advertido con tanta insistencia. Lo que ocurrió, por el contrario, fue un error de juicio por parte de un jefe de estado de los que pasan a la historia. La sordera de Stalin durante los preparativos para «Barbarroja» pone de relieve lo indisoluble de los lazos entre la inteligencia, la diplomacia y el Gobierno. A menos que las tres partes cumplan con sus cometidos, todas ellas son estériles

por separado.

En las primeras horas del 22 de junio de 1941, reinaba en la Lubianka un silencio casi absoluto. Los jefes de departamento del NKVD se habían marchado a casa a las ocho de la tarde, como de costumbre, aunque siempre con el consentimiento expreso de Beria o Merkúlov. Pável Sudoplátov se encontraba entre los pocos ocupantes del edificio en los pisos superiores a las celdas cuando, a las tres de la madrugada, sonó el timbre de un teléfono. Era Merkúlov, anunciando que la invasión alemana de la Unión Soviética había comenzado. Sudoplátov empezó a convocar a toda prisa al equipo para que acudiera al edificio, incluida su esposa Emma, que había dejado el trabajo operativo para instruir a los nuevos agentes. Leonid Eitington, su adjunto, casi siempre explicaba un chiste o dos al llegar al despacho; pero como todos los rusos en aquella aciaga mañana, no encontró justificación para romper el clima de aturdimiento casi paralizante que imperaba en el edificio.

Las memorias de los oficiales de la inteligencia soviética hacen pensar que la vida en la Lubianka no era tan distinta a la de Broadway, pero dejan traslucir la constante presencia del terror institucionalizado. El oficial de la Rusia Blanca Aleksandr Nelidov, uno de los que anticiparon «Barbarroja», no tuvo noticia de los acontecimientos hasta que el 22 de julio de 1941 fue extraído de su celda y trasladado al despacho de Zoya Rybkina. Se quedó boquiabierto al verla sentada frente a las cortinas opacas que impedían los avistamientos aéreos, en medio de las explosiones de las bombas y el fuego antiaéreo. «¡Zoya Ivanovna! —exclamó—. Están lanzando proyectiles de verdad. ¡Es la guerra!». Ella asintió y dijo: «Hoy se cumple un mes justo desde que comenzó. Y Minsk cayó, no en cinco días como decías que preveían los alemanes, pero sí en seis…». Un guardia irrumpió en la estancia, sin resuello, para llevarse a Nelidov de nuevo al sótano. El viejo zarista afirmó con melancolía: «Adiós, Zoya Ivanovna. Puedes confiar en todo lo que he escrito aquí, en esta habitación». Se santiguó y se inclinó mientras partía, esperando sin esconderlo que le disparasen.

Sin embargo, dos días después de aquello, volvió a verse en el despacho de Rybkina, donde se le hizo entrega sin previo aviso de una maleta con ropas para sustituir sus harapos de la prisión y se le ordenó dirigirse a una sala adyacente y cambiarse. El guardia regresó a los pocos minutos e informó de que Nelidov estaba sentado, llorando y paralizado por el miedo. El preso no dejaba de preguntar por qué tenían que vestirlo de un modo tan elegante para matarlo. Rybkina se acercó a la puerta y dijo al pobre infeliz que se recompusiera: «¡Venga, Aleksandr Sergeevich! ¿Cómo puedes abandonarte así? ¡Contrólate! Te voy a llevar ante mis jefes». Se dirigieron primero a los despachos de Pável Zhuravlev y su adjunto, Pável Sudoplátov, y a continuación se presentaron todos juntos ante Pável Fitin. El general invitó al

asombrado Nelidov a unirse al NKVD en calidad de agente destinado en Turquía, un país que él conocía bien.

Nelidov respondió con una risita histérica y entrecortada: «Pero antes debo ser… ejecutado…». Fitin respondió con impaciencia: «Le estoy preguntando si querría trabajar en Turquía que, como usted sabe, es un país neutral». Nelidov farfulló: «Como quieran». Rybkina lanzó una mirada de reprobación a su descortés protegido, que se limitaba a responder, una vez tras otra: «Como quieran». Ella llevó de vuelta al aturdido hombre a su despacho, donde él quiso saber por qué llamaban a todos los jefes que le habían sido presentados «Pável»; ¿era un nombre en clave? No, no, le respondió su nueva jefa de mal talante, es solo una casualidad. Lo acompañó fuera del edificio, a un restaurante próximo llamado Aragvi, donde ambos se sentaron en unas mesas ocupadas por oficiales del Ejército Rojo y ella le recomendó pedir un kebab.

Su invitado continuaba demasiado traumatizado para comer. Cuando ella pidió vino, temiendo que pudieran envenenarlo, él suplicó que intercambiasen las copas. Por fin, sorbió el líquido con cautela y a continuación preguntó: «Entonces, ¿cuándo vienen por mí?». Rybkina respondió cansada: «¿Es que no te has enterado de tu orden de liberación?». El invitado insistió: «No lo entiendo. ¿Cómo me han perdonado?». Tras la comida, ella le propuso acompañarlo a una muestra agrícola que se celebraba en las inmediaciones y ambos recorrieron en coche la calle Gorky, donde todas las ventanas de los comercios estaban protegidas con sacos de arena y los guardias urbanos llevaban máscaras antigás. Aquella tarde, Rybkina dejó al recién liberado en el hotel Moskva y le indicó que su mentor era Vasili Zarubín.

Rybkina narró estos sucesos desde el inclemente desprecio que sentía ante la flaqueza de Nelidov. Pese a su llamativo físico, no era mujer a quien ofrecerle la espalda, mucho menos los labios. Nelidov jamás fue a Turquía. Cuando Zarubín llamó a su puerta a la mañana siguiente, nadie abrió. Al irrumpir en el interior, vio al nuevo recluta ahorcado con una soga de jirones de sábana. Pasar de preso convicto a protegido especial de la Lubianka acabó de romper su quebrado espíritu. ¿Quién puede afirmar que la decisión última de Nelidov no fuera sensata?

5

Viento divino

El juego de té de la señora Ferguson

Los japoneses sacaron menos provecho de la inteligencia que cualquier otra nación beligerante entre 1942 y 1945, pero en los meses previos a su entrada en la guerra, sus decisiones se vieron influenciadas por una imprudencia británica. Resultaría exagerado afirmar que el juego de té de la señora Violet Ferguson, en modo alguno una pieza exclusiva de cerámica artística, fue el causante del ataque japonés sobre el Imperio Británico. No obstante, sí tuvo un papel en un incidente que sirve de ejemplo para ilustrar uno de los casos en que la inteligencia ayudó a decidir el destino de las naciones.

El día 11 de noviembre de 1940, el SS Automedon, un buque mercante británico de 7528 toneladas de la línea Blue Funnel, bautizado con el curioso nombre del auriga de Aquiles, surcaba en solitario las aguas rumbo a Penang, en un tramo del océano Índico al oeste de Sumatra, lejos de todos los escenarios donde se libraban las batallas de la guerra. Pero a las 7 de la mañana, el oficial de guardia avistó una embarcación en lontananza y despertó al capitán. William Ewan, un experimentado marino «entrado ya en años», subió rápidamente al puente, justo delante de la delgada chimenea del barco. Ewan escrutó con los prismáticos, concluyó que se trataba de una embarcación holandesa y mantuvo el rumbo. A las 8.03 horas, esta se había acercado a menos de una milla y transmitió mediante el código internacional de banderas de señales que «no dieran la alarma» y «se detuvieran»; acto seguido lanzó dos salvas de advertencia a la proa del carguero que había

zarpado de Liverpool el 24 de septiembre, cuando la Batalla de Gran Bretaña había dado paso a la Blitz, con un cargamento de piezas de aviones, coches y maquinaria, microscopios, uniformes militares, cámaras, máquinas de coser, cerveza, 550 cajas de whisky, dos millones y medio de cigarrillos Chesterfield y seis millones de dólares de las Colonias del Estrecho recién impresos.

El intruso era el Atlantis, un crucero mercante alemán camuflado y uno de los asaltantes de las rutas comerciales con más victorias en la guerra; había apresado y hundido nueve navíos aliados desde que zarpase de Bremen el 31 de marzo. El encuentro de los buques el día 11 de noviembre no fue el fruto del azar. El capitán del Atlantis, Bernhard Rogge, de cuarenta y un años, se había apoderado de un juego de códigos de la Marina mercante británica a bordo del carguero Ciudad de Bagdad el día 11 de julio, que le sirvió para interceptar otras naves. Por otra parte, le habían llegado también desde una de las unidades de la inteligencia italiana en el Mediterráneo algunos mensajes descifrados que ayudaron a localizar al carguero. La tripulación del puente del Automedon no logró comprender el código de banderas alemán y el operador de radio del navío empezó a transmitir una señal de emergencia «RRR». El valeroso capitán Ewan gritó: «¡Viramos!» y su nave empezó a desviarse. Luego ordenó: «¡Vamos, adelante todos! ¡Presentaremos batalla!». En la cubierta de popa del carguero solo había un cañón de 102 mm, ya viejo. Para desgracia de los británicos, sin embargo, el Atlantis contaba con cinco cañones de 149 mm y un complejo sistema de control de tiro. Tras haber interceptado la llamada de socorro de la nave, los alemanes lanzaron la primera andanada en serio. El primer proyectil de la salva preliminar del Atlantis, disparado a quemarropa, impactó sobre el puente y a este le siguió una serie de mazazos que derribaron la antena de radio, mataron o hirieron a casi una veintena de hombres y transformaron el costado del Automedon en una plancha de acero abollado con enormes boquetes. Para entonces, el Atlantis se hallaba ya tan cerca que, cuando un marino británico corrió a popa, un oficial alemán gritó por el megáfono, en inglés: «¡No se acerque al cañón o saldrá volando sobre las aguas!».

El segundo oficial, Donald Stewart, recobró la conciencia sobre el puente y vio a su capitán que yacía muerto al lado. El primer oficial, Peter Evan, consciente de que no podrían resistir mucho tiempo, había corrido a la caja fuerte del barco para destruir los documentos confidenciales en cuanto el enemigo abrió fuego, pero fue víctima del mismo proyectil que mató a Ewan: Evan cayó herido de gravedad en la puerta del camarote del capitán donde se guardaba la llave de la caja. En total, perdieron la vida seis miembros de la tripulación y otros doce resultaron heridos. Ambos navíos se detuvieron. Stewart y la tripulación observaron tristemente cómo una lancha con un pelotón de abordaje se dirigía hacia ellos. Una recua de oficiales de máquinas

chinos, presa del pavor y escaldados, apareció por la escotilla que comunicaba con la sala de máquinas del carguero, donde la explosión había provocado algunas fugas de vapor.

Los alemanes tenían previsto conservar el Automedon como buque de aprovisionamiento, pero al calibrar la magnitud de los daños causados por sus proyectiles, se dispusieron a colocar las cargas de detonación para hundirlo. El teniente Ulrich Mohr, segundo en el Atlantis, realizó un rápido reconocimiento por la nave apresada durante el cual logró forzar la caja fuerte y apoderarse del dinero en metálico y de los documentos confidenciales, además de una bolsa de lona verde muy pesada que se hallaba en la cabina de mapas y que los oficiales caídos debían lanzar por la borda en caso de emergencia. Los alemanes requirieron la asistencia de la tripulación británica para requisar la carne congelada, el whisky y los cigarrillos y traspasarlos al Atlantis, antes de transferir a la marinería al barco alemán. Se confiscó el dinero personal, aunque los captores extendieron recibos donde se daba detalle del contenido de las carteras de cada uno de los hombres. El capitán Rogge no solo fue un excelente marino y estratega, sino también un hombre de honor preocupado por el bienestar de sus prisioneros durante aquella impresionante travesía de ocho meses. Entre la tripulación británica transferida al Atlantis había tres pasajeros, incluido el ingeniero jefe de la naviera Straits Steamship Company llamado Alan Ferguson y su esposa Violet, de treinta y tres años, que viajaban a Singapur. Su encuentro con el Atlantis fue el último capítulo del desafortunado rosario de aventuras que hubo de sufrir la señora Ferguson desde su boda en 1936, incluido un aborto y una huida forzosa de Francia en junio de 1940, a bordo del último ferry que zarpó de Burdeos. Ahora, con los nervios destrozados, se dirigió al capitán Rogge y le suplicó con lágrimas en los ojos que le permitiera salvar su equipaje: dos arcones en los que guardaba todos sus bienes materiales, entre ellos un valioso juego de té. El alemán se compadeció. Indicó a Mohr, aún a bordo del Automedon ya sentenciado, que buscase a toda prisa el equipaje de los Ferguson.

Donald Stewart, el único oficial británico que quedaba en el mercante, hizo cuanto estuvo en sus manos para que Mohr no diese con la cámara acorazada y cerrada con llave donde se guardaban los equipajes, situada bajo el puente, pero el segundo del Atlantis no admitía distracciones. Al ver una puerta que respondía a la descripción que la señora Ferguson había dado del lugar en que se hallaba su equipaje, la abrió de un disparo. Al otro lado, además de los arcones mencionados, se amontonaban los sacos del correo, algunos etiquetados ostensiblemente como contenedores de comunicaciones oficiales. La lancha que llevó a Mohr, Stewart y al pelotón de abordaje al lado del Atlantis repitió el trayecto de vuelta, ahora cargado hasta los topes de

sacas, además del equipaje de la señora Ferguson.

El carguero se fue a pique pocas horas después del desventurado encuentro con el Atlantis. Mientras el asaltante alemán se apresuraba a poner distancia entre él mismo y la última posición conocida del Automedon, Rogge y Mohr la emprendieron con el tesoro de documentos que habían recogido en la bodega británica. Ellos estaban familiarizados con los códigos de la Marina mercante y las órdenes de navegación. Sin embargo, no tardaron mucho en advertir que estaban escudriñando otro tipo de documentos mucho más interesantes: una masa de informes y correspondencia dirigida a los puestos de avanzada militares y de la inteligencia británica en Singapur, Shanghái y Hong Kong. Entre los documentos confidenciales figuraba la correspondencia dirigida al mariscal del Aire sir Robert Brooke-Popham, comandante en jefe británico en el Extremo Oriente. De allí extrajeron los pormenores de una reunión del gabinete de guerra celebrada en Downing Street el 8 de agosto de 1940 y presidida por Winston Churchill en que se debatió la situación estratégica en Asia. Adjunto a estos papeles encontraron un informe muy detallado sobre las defensas del Imperio Británico en el Extremo Oriente, preparado por los jefes del Estado Mayor para el Gobierno.

Rogge supo reconocer al punto la premura con que debía entregar este trofeo. El correo oficial británico fue trasladado a bordo de otro carguero también apresado, el noruego Ole Jacob, donde se había ubicado a la mayor parte de presos del Atlantis y un pequeño botín y que avanzaba rumbo a Kobe, en el Japón neutral, adonde llegó el día 5 de diciembre. Los documentos británicos, que ahora descansaban en un cofre cerrado a cal y canto, fueron despachados bajo escolta a la embajada alemana en Tokio, y allí fueron examinados por el agregado naval Paul Wenneker, quien supo prestarles la atención que merecían; desconocemos si este compartió el secreto con Richard Sorge, pero sabemos que cablegrafió un resumen de lo más destacado a Berlín y luego mandó al teniente Paul Kamenz, el oficial de intendencia del capitán Rogge, con copias del material más relevante en el Transiberiano. Transcurridos cinco días, Wenneker recibió órdenes, refrendadas personalmente por Hitler, de pasar los legajos al Gobierno japonés, con una condición: el Abwehr se arrogaría el mérito. Se comunicó a la embajada que no debía explicar que los papeles procedían de un mercante británico, pensando quizá que los japoneses podrían inferir de ello que el Gobierno de Churchill no los consideraba material valioso. Wenneker recibió instrucciones de dar a entender que el botín se había conseguido gracias a la brillante actuación del servicio secreto alemán.

El día 12 de diciembre, Wenneker entregó en persona los documentos y las traducciones a los oficiales del Estado Mayor naval japonés, dejándolos sobre la mesa del despacho del vicealmirante Nobutake Kondo, el segundo

de Yamamoto, sin mediar palabra y aguardó sentado mientras ellos los leían. Kondo quedó tan sorprendido como cabía esperar, además de agradecido. Aquella tarde obsequió a Wenneker con la mejor cena que se podía ofrecer en Tokio, dándole las gracias una y otra vez y afirmando con sorpresa que «las apariencias no sugerían una debilidad tan notable dentro del Imperio Británico». ¿Qué contenían aquellos textos como para despertar tal asombro en Kondo? La revelación más importante, con mucho, fue el informe de quince páginas de los jefes del Estado Mayor británico presentado ante el gabinete de guerra el día 8 de agosto y titulado: «La situación en Extremo Oriente en caso de intervención japonesa contra nosotros». El encabezamiento rezaba:

COPIA SECRETA 72
COS (40) 302 (también W. P. [40] 302)
ASEGURAR BAJO LLAVE
Es requisito indispensable poner un cuidado especial que garantice el secretismo de este documento.

Los mandamases británicos habían anticipado con acierto la probabilidad de que se produjera un avance tierra adentro en las incursiones sobre la Indochina francesa y Malaya quedase amenazada. El Gobierno de Churchill afirmó no estar dispuesto a iniciar un conflicto con Japón por Indochina, debido a su declarada debilidad militar. Reconocía que Hong Kong, la perla del Imperio Británico en el litoral chino, era indefendible: en caso de enfrentamiento armado, solo se podría ofrecer una resistencia simbólica al asalto japonés sobre la colonia. La Armada británica adolecía de una lastimosa flaqueza en aguas del Extremo Oriente, pero hasta que no cambiaron las tornas en el escenario de guerra del Mediterráneo, los británicos se sabían incapaces de mandar más refuerzos. En el mejor de los casos —o, mejor dicho, en caso de emergencia extrema— solo podrían permitirse otro crucero de combate y un solo portaaviones en el océano Índico. Si Japón lanzaba un ataque contra Australia o Nueva Zelanda, la única respuesta factible consistiría en hacer una llamada a Estados Unidos para que colaborase con fuerzas auxiliares. El tema capital del informe de los jefes del Estado Mayor al Gobierno fue la aseveración de la vulnerabilidad estratégica de Gran Bretaña: «Las fuerzas en Malaya siguen careciendo de lo necesario, en especial en el aire… Nuestras obligaciones en Europa son tan grandes que debemos encaminar nuestra política a evitar un enfrentamiento abierto con Japón… Nuestra política general debe centrarse en ganar tiempo; en no ceder en nada hasta que resulte inevitable; y en erigir nuestras defensas lo antes posible». El documento también explicitaba que los británicos desconocían las formidables fuerzas de que disponían los japoneses en cuanto a bombarderos-torpedo navales, una de las armas más mortíferas de

su arsenal.

Este era, pues, el contenido central de los documentos entregados por los alemanes en diciembre de 1940, en un momento en que el principal objetivo de la política extranjera de Berlín se centraba en arrastrar a Japón a la guerra. Aquel botín fue entregado a la recién fundada Agencia de Desarrollo en Asia, del ejército, dirigida por el teniente coronel Yoshimasa Okada, a quien se encomendó expresamente el estudio de las defensas del Imperio Británico en Asia. Su reacción instintiva fue dar por cierto que los documentos eran un ardid de los alemanes, redactados con un fin político: los japoneses se negaban a creer sin más que un simple espía hubiera podido apoderarse de un material como aquel. Pero cuando Okada y sus colegas estudiaron el orden de batalla británico, descubrieron que tenía numerosos puntos de coincidencia con las evaluaciones realizadas por los equipos de inteligencia, tanto del ejército como de la Marina. Fueron ganando en confianza hasta estar completamente seguros de la autenticidad de los papeles y procedieron a remitirlos al primer ministro nipón, que quedó tan impresionado como antes el almirante Kondo y el coronel Okada.

Resultaría absurdo sugerir que los documentos del Automedon empujaron a Japón en su decisión de arriesgarse a entrar en la guerra en diciembre de 1941, en la misma medida en que lo sería atribuir cualquier otro suceso decisivo en la historia a una única causa. Sin embargo, es incuestionable que los documentos apresados en el mar incidieron en el cambio de parecer de los japoneses durante el invierno de 1940-1941. Una vez el ejército y la Marina japonesas hubieron tenido ocasión de descubrir que los propios británicos estaban convencidos de que su imperio en la región del Sureste Asiático adolecía de una debilidad extrema, fueron instalándose en el convencimiento de que la «estrategia meridional» de asalto sobre los imperios occidentales en ultramar constituía una opción más atractiva que la alternativa de la «estrategia septentrional» de entablar combate con la Unión Soviética. Como suelen hacer los señores de la guerra —porque el material del Automedon los alentó a fijar el rumbo que ya habían decidido tomar de todos modos—, los líderes japoneses descuidaron voluntariamente otras inteligencias llegadas de Europa, en especial los informes de sus agregados navales, que proyectaban dudas sobre la perspectiva de una victoria alemana y, en especial, sobre la inminencia de este triunfo. Tokio se aferró a su obstinado convencimiento de que Hitler estaba destinado a vencer. Entre los generales arraigó la convicción de que si deseaban compartir el trofeo de la victoria del Eje que se avecinaba, para no «perder el tren», debían arremeter pronto contra las potencias occidentales.

El Atlantis fue hundido por su propia tripulación al sur de Santa Helena el 22 de noviembre de 1940, tras haber recibido la primera andanada de los

cañones de 203 mm (8 pulgadas) del crucero británico Devonshire. El asaltante alemán se convirtió así en una víctima de la inteligencia secreta: había recibido órdenes de encontrarse con un U-126 para repostar, en una posición del Atlántico Sur que la Armada británica conoció gracias a Bletchley Park. Bernhard Rogge y su tripulación saltaron a los botes, evitaron el apresamiento y sobrevivieron a la guerra. Los documentos del Automedon fueron reconocidos en Tokio como la notable contribución del capitán al triunfo japonés de 1941-1942: tras la caída de Singapur, Rogge fue obsequiado con una espada samurái de manos de un agradecido emperador japonés; Göring y Rommel fueron los únicos alemanes a quienes se otorgó este honor en tiempo de guerra.

Alan Ferguson y su esposa Violet lograron sobrevivir a la guerra tras haber sufrido un internamiento de varios años. La misma suerte que corrió, insospechadamente, el juego de té. El arcón en que fue transportado acompañó a su propietaria hasta Alemania y las fuerzas británicas lo recuperaron en 1945, intacto. Fue devuelto a Singapur, donde Ferguson había reanudado su carrera como oficial de ingeniería y en tierra disfrutaba del refinado recreo de sobremesa de su esposa. En cuanto a los preciados documentos del Gobierno británico, la captura en el Automedon es el reflejo de un descuido notable y en modo alguno excepcional en el caso de documentos secretos. Whitehall hizo grandes esfuerzos por ocultar este tremendo error al mundo, hasta que todo salió a la luz por accidente varias décadas después, cuando aparecieron en un archivo alemán algunos mensajes de Wenneker. Esta historia ilustra vívidamente el hecho de que algunos extraordinarios golpes de la inteligencia son fruto de la suerte, sin más, y no tanto de las acertadas labores del espionaje[1].

Los japoneses

Los documentos del Automedon ayudaron a conformar el panorama de la inteligencia local en Tokio, sorprendentemente exhaustivo, antes de que sus fuerzas atacasen Pearl Harbor y los imperios de las potencias europeas en Asia en el mes de diciembre de 1941. Los japoneses pusieron más esmero en conocer sus objetivos inmediatos antes del estallido de la guerra que en cualquier otro momento posterior. Durante meses, sus agentes recorrieron Malasia en bicicleta, exploraron los fondeaderos de la Flota estadounidense en el Pacífico de Hawái y negociaron con la sociedad secreta Tríada de Hong Kong. Así fue, aunque el grueso de la atención del ejército japonés y de sus recursos se centraba en China, donde sus hombres habían combatido y caído desde 1937 y donde la inteligencia —joho— se conseguía con facilidad y los

códigos nacionalistas ya se habían descifrado. En mayo de 1940, durante la ofensiva de Yichang, los descifradores militares hicieron posible que los ejércitos de Tokio se anticipasen a los movimientos de casi cualquier división china. En el verano de 1941, en la batalla de Shanxi Sur, gracias a la desencriptación pudieron causar 80 000 bajas en las fuerzas chinas, mucho más numerosas, mientras que ellos solo perdieron a 3300 hombres. El capitán Katsuhiko Kudo fue aclamado como el as de los criptoanalistas japoneses y se convirtió en el primer oficial de la inteligencia condecorado con el Kinshi Kunsho —«la cometa dorada»— por sus logros en China.

Los «especialistas en China» del ejército eran conocidos como los Shinatsu, cuyo miembro más destacado fue el general Kenji Doihara, apodado «Lawrence de Manchuria» por sus actividades en el espionaje. En julio de 1940, Kioya Izaki, el director adjunto del centro de inteligencia de Shanghái, pasó un mes de visita en Hong Kong, Cantón y Taipéi fingiendo ser un comerciante. La delegación llevaba a cabo operaciones encubiertas con nombres en clave como «Sakura» («cerezo»), «Coger bambú» o «Fuji-Wisteria». En 1941, una de estas maniobras inundó China con moneda falsa, impresa por el Instituto Militar para la Investigación Científica con unas prensas importadas desde Alemania, de alta velocidad. La rama de la contrainteligencia en Shanghái, por su parte, alardeaba de contar con una fuerza de 1500 hombres. La Administración de Funciones Especiales de la Marina usaba botes de pesca camuflados para vigilar los movimientos de mercancías destinadas a los nacionalistas en la costa, en especial las que llegaban de los británicos, y fundó una empresa de comercio privada como tapadera para reclutar a sus agentes.

Pero Tokio obtuvo poca información sobre los comunistas, en parte porque las fuerzas de Mao Zedong recurrían a unos códigos soviéticos inextricables. Y pese a toda la actividad que hemos descrito antes, el arraigado sentimiento de superioridad cultural japonés —que también los llevaría a tratar con condescendencia a los anglosajones— hizo que estos desestimasen asociarse con China para cometidos de inteligencia. Un oficial del Estado Mayor reconoció después de la guerra: «No supimos ver que combatíamos a los chinos no solo en el terreno militar, sino también en el político, el económico y el cultural. Sobre esto último, estábamos casi ciegos». Uno de los agentes japoneses en Shanghái se conformó con enviar a Tokio el exitoso libro de Agnes Smedley, China's Red Army Marches, a modo de fuente.

Hasta 1942 al menos, los rusos, al otro lado de la frontera de Manchuria, fueron el blanco de algunas operaciones encubiertas japonesas mucho más ambiciosas que las de las potencias occidentales. Tokio sentía un temor casi patológico hacia sus vecinos comunistas, y tras la aplastante derrota de

Nomohan en 1939, el Ejército Imperial demostraba un profundo respeto ante su poderío militar. Buena parte de los 22 000 miembros de la policía militar Kenpeitai desplegados en el extranjero cumplía cometidos de seguridad en China o vigilaba a los rusos. Los espías japoneses contaban con una formación tan básica que se les enseñaba a medir la longitud de los puentes de la Unión Soviética desde el interior de un tren, contando los golpes cada vez que las ruedas pasaban sobre las traviesas. En el puesto manchurio de Hsinking, 320 escuchas interceptaban los teléfonos y controlaban las comunicaciones de voz por radio. Ocho estaciones de sigint monitorizaban las transmisiones radiofónicas rusas y, en ocasiones, los japoneses cambiaron a los guardias fronterizos de Sakhalín solo para provocar a los rusos y que estos mandasen señales, con la esperanza de poder desencriptarlas. En 1940, un antiguo descifrador del ejército polaco colaboró con los japoneses para forzar parte de los códigos diplomáticos y los de mensajes menos importantes de la Fuerza Aérea Roja. Trescientos oficiales japoneses al año asistían a la escuela rusa de idiomas en Harbin.

Setecientos soldados estaban ocupados de forma ininterrumpida en las tareas de vigilancia, con sus prismáticos, sobre el otro lado de la frontera con Manchuria, registrando los movimientos de todo hombre, caballo y vehículo que circulase por la zona, además de los de los barcos que entraban y salían de Vladivostok. Varios oficiales que antes pertenecieron al ejército del zar se ganaban unas monedas en Harbin estudiando las páginas del Pravda, el Izvestia y otras publicaciones soviéticas para Tokio. Se jugaba una partida de ping-pong sin tregua, en la que los japoneses reclutaban a los expatriados rusos, los mandaban al otro lado de la frontera con Manchuria, y allí caían «tumbados» por los soviéticos: los agentes solían perder la libertad en un promedio de una semana. En 1938, el general Genrikh Lyushov, del Directorado del Extremo Oriente del NKVD, esquivó el pelotón de fusilamiento al huir a territorio manchurio. Pasó los siguientes siete años bajo arresto domiciliario en Tokio, pero sus anfitriones consideraron que su presa no tenía mucho que aportar. Después de «Barbarroja», los desertores rusos pasaban en torrente a suelo japonés —130 a finales de 1941—, aunque se descubrió que en numerosas ocasiones no eran sino fraudes del NKVD.

Algunas iniciativas japonesas fueron asombrosamente infructuosas: el Departamento de Inteligencia solicitó la colaboración del Instituto de Investigación Científica Militar en Noborito para diseñar una sustancia química que neutralizase la capacidad olfativa de los perros guardianes rusos y estimulase su apetito sexual, para que así fuesen más manipulables; ni perros ni amos experimentaron ningún tipo de alteración. Las tentativas de usar a los empresarios japoneses en viaje de negocios por Rusia como fuentes dio pocos resultados, ya que en el momento en que estos visitantes

abandonaban sus hoteles eran perseguidos a todas horas por los vigilantes del NKVD, como los agregados en Moscú. Un oficial de la inteligencia, el teniente coronel Saburo Hayashi, se quejaba de que investigar en los secretos soviéticos era «como buscar finísimo polvo de oro en el barro[2]».

El concepto que Japón tenía de la compilación de inteligencia se centraba casi por entero en las tareas de espionaje. Contaban con agentes colocados en la embajada soviética en Beijing y, en 1941, uno de ellos llegó a esconderse en un armario de la biblioteca del consulado británico en Taipéi, donde se hallaba la caja fuerte. El tipo cayó desmayado dentro de aquel sofocante escondite, pero recuperó la conciencia a tiempo para ver cómo el cónsul abría la caja y pudo así memorizar la combinación, aunque al final no se obtuvieron más que migajas. Las redes de agentes japoneses operaban en California y México y usaban como tapadera a pescadores, dentistas y barberos; en la zona del Canal de Panamá se instaló una cadena de agentesbarbero japoneses. Algunos renegados británicos y estadounidenses fueron reclutados también como fuentes: un submarinista que había pertenecido a la Armada británica, el teniente comandante Collin Mayers, estuvo pasando información a cambio de dinero en metálico hasta que fue arrestado en 1927. Harry Thompson, antiguo administrativo de la Marina estadounidense, recibió 200 dólares al mes de su contacto japonés hasta ser sentenciado a quince años de prisión en 1935.

El comandante Fred Rutland, un aviador británico condecorado, se ganó el sustento en sus años de retiro informando a los japoneses y levantando ruinosas empresas a sus expensas; durante un tiempo, se le costeó una mansión de Beverly Hills. Tanto el MI5 como el FBI estaban al tanto de sus actividades. Fueron estos últimos quienes decidieron que aquel era el principal agente japonés en Estados Unidos, aunque un informe de mayo de 1935 enviado a Tokio desde Rutland, en California, ponía de manifiesto la mediocridad de la información: «El Ejército y la Marina [de Estados Unidos] quieren la guerra y, a mi juicio, esta debería posponerse unos años… Todos mis conocidos en Estados Unidos consideran que el conflicto con Japón es inevitable[3]». El teniente comandante Arata Oka, el agregado naval japonés en Londres, alegó que «sería un error confiar solo en Rutland en caso de guerra», y se quedaba corto. Pese a todo, los japoneses continuaban lo suficientemente satisfechos con su dócil traidor como para entregarle otras 4000 libras esterlinas cuando este regresó a Japón. El ingrato Rutland zarpó entonces hacia Estados Unidos y estableció contacto con el capitán Ellis Zacharias, el especialista en inteligencia asiática de la Marina estadounidense, para proponerle la venta de secretos japoneses. Este comportamiento desconcertó al FBI que, sin saber ya de qué bando estaba Rutland, lo tachó de agitador y el 6 de junio de 1941 procedió a su detención. Londres trató por

todos los medios de evitar el escándalo público y solicitó la deportación del recluso a Gran Bretaña, donde fue encarcelado. Cuatro años después de haber recuperado la condición de libertad, Rutland se suicidó.

El comandante Oka no lo hizo mejor al contratar a Herbert Greene, sobrino de William Greene, un alto oficial del Almirantazgo y hermano del novelista Graham. Oka lo bautizó con el nombre en clave de «Midorikawa», «río verde» y le entregó 800 libras esterlinas y abrigó la esperanza de que Greene tuviera contactos en los círculos de sociedad más elegantes de Londres, donde los secretos circulaban de boca en boca. Pero, en contra de lo esperado, en diciembre de 1937, Greene confesó públicamente su traición al Daily Worker, que publicó en primera página su posición en el espionaje japonés. En julio de 1941, siendo Japón aún neutral, el agregado naval solicitó oficialmente al Gobierno británico detalles sobre la red de suministro eléctrico. Guy Liddell, del MI5, lo tachó de «impertinencia redomada», ya que los oficiales de vigilancia británicos acababan de ver a un miembro de la embajada japonesa entregando dinero alemán en metálico a un agente del Abwehr que operaba bajo el control del Sistema XX[4]. La única ventaja de los espías japoneses, afirmó Liddell, era que resultaban muy difíciles de identificar «ya que a ojos de los europeos, parecen todos iguales y a esto se suma el obstáculo de los apagones y de las cuatro salidas con que cuenta el despacho del agregado militar». El contacto más provechoso de la inteligencia de la Marina japonesa en Londres fue el contraalmirante lord Sempill, un ferviente simpatizante de los nazis. Cuando en 1941 se descubrió que había estado vendiendo información clasificada a Tokio, se le preparó una discreta dimisión de su puesto en la Armada británica y un retiro en su castillo de Escocia; Churchill se negó a juzgar por traición a uno de los miembros de la vieja aristocracia.

El último espía japonés digno de mención en Estados Unidos —si es que realmente podemos catalogarla como tal— fue Velvalee Dickinson, una mujer que pasaba información naval a través de una amistad en Buenos Aires. Nacida en Sacramento en 1893, se había licenciado en Stanford; luego trabajó durante unos años en un banco de San Francisco, empleo que dejó para ayudar a su esposo en un negocio de corredores de bolsa que se fue a pique. Más tarde se instaló en la ciudad de Nueva York y allí vendió muñecas en Bloomingdale's, hasta disponer de un comercio propio, también de muñecas, con el que obtuvo un éxito moderado en Madison Avenue. Su vinculación con Tokio surgió a raíz de la sociedad nipona-estadounidense a la que perteneció su esposo hasta su fallecimiento en 1943. Por sus servicios como informante de la inteligencia japonesa, ella recibió 25 000 dólares, a cambio de una sentencia de prisión de diez años dictada por un tribunal federal por violación de las leyes de la censura, tras su arresto y condena en 1944. Otros

esfuerzos japoneses, torpes también, en ambas orillas del Atlántico, entre los que figura la extensa red californiana de Tachibana, fueron neutralizados sin graves dificultades y con unas pérdidas de secretos aliados prácticamente insignificantes.

Entre los líderes de las fuerzas armadas japonesas, no hubo consenso en casi nada salvo en el convencimiento de que la recopilación de datos para la inteligencia consistía en un proceso mecánico que podían llevar a cabo sin dificultades oficiales en período de aprendizaje; su enfoque era aún más miope que el del OKW de Hitler. El análisis, según se ejecutaba, era responsabilidad del Segundo Departamento del ejército y el Tercer Departamento de la Marina. Esta designó el sigint como Toku-Jo o información especial; la desencriptación recibió el nombre de A-Jo; las intervenciones de teléfonos eran B-Jo; y la localización, C-Jo. Asimismo existían cuatro niveles de fiabilidad para las informaciones: Ko, cierto; Otsu, casi cierto; Hei, dudoso; Tei, falso. Como sucedía en otras naciones, en el Ejército y en la Marina japonesas, un destino en la inteligencia equivalía a una carrera sin porvenir. Aun cuando estalló la guerra y se empezó a llamar a filas a licenciados universitarios, casi todos terminaban en puestos donde no fueron sino carne de cañón, en lugar de atribuirles ocupaciones militares y navales —en la inteligencia en especial— donde sus cerebros podrían haber resultado muy provechosos.

Los desencriptadores navales en Japón no tuvieron gran éxito en sus intentos por forzar los cifrados más importantes de británicos y estadounidenses, y optaron por centrarse en la localización y el análisis del tráfico de radio. Tan enconada era la rivalidad entre los distintos servicios militares que cuando el ejército logró resolver alguna de las claves estadounidenses menos complejas, los soldados ocultaron este progreso a los marinos hasta 1945. Hasta 1943, Japón no destinó en ningún momento los recursos ni el personal necesarios para que las escuchas y el desencriptado constituyeran fuentes principales de la inteligencia contra las potencias occidentales, ni tampoco parece que sus comandantes anduvieran realmente preocupados por esta flaqueza.

En su complaciente nacionalismo, Japón no puso en duda la seguridad de sus propios códigos diplomáticos, militares y navales. El capitán Risaburo Ito advirtió a la Marina de que su tráfico era vulnerable, pero se le ignoró. Las máquinas de cifrados japonesas O-bun Injiki Shiki, también denominadas 91 y 97, diseñadas por el ingeniero naval Kazuo Tanabe y conocidas por los estadounidenses como «Roja» y «Púrpura» respectivamente, eran condenadamente impenetrables; el Ministerio de Exteriores utilizaba la Púrpura, y las «Coral» y «Jade» de la Marina estaban dotadas de una tecnología similar a las anteriores, aunque se diferenciaban de Enigma por el

uso de los telerruptores, en sustitución de los rotores, que solo estaban presentes en la «Verde», del ejército. Fue una gran suerte para los Aliados que, en abril de 1941, Tokio ignorase el aviso de la embajada alemana en Washington propiciado por el chivatazo de un traidor estadounidense a los soviéticos, según el cual los desencriptadores estadounidenses habían roto Púrpura. Cuando Berlín obsequió a los japoneses con varios aparatos Enigma e insistió para que estos fabricasen réplicas de uso propio, los artefactos no hicieron sino coger polvo, olvidados de todos; Japón continuó usando sus modelos de factura nacional. A la vista de las dificultades que los desencriptadores estadounidenses y británicos tuvieron para leer el tráfico del ejército japonés, tal vez habría resultado recomendable asumir el cambio.

REF ID:A487614

TOP SECRET

From: Washington (Nomura)
To: Tokyo
May 20, 1941
Purple (CA)

#327

INTELLIGENCE:

Though I do not know which code, I have discovered that the United States is reading some of our codes.

As for how I got the intelligence, I will inform you by courier or another safe way.

Other copy is classified SECRET only

Carbon contained these entries:

Found in Winckler safe
B.

Declassified and approved for release by NSA on 11-08-2013 pursuant to E.O. 13526

17424 - - -This is not thru 17424 in SIS Bulletin file. F.

TOP SECRET

ARMY JD-1:2636 SECRET Trans. 5/21/41 (7)

This was originally given SIS # 17424
but was then withdrawn from Bulletin
file and another message (Wash to Tokyo 5/20/41 Purple (CA)) substituted
B.

Transcripción estadounidense de un cable potencialmente determinante, interceptado y decodificado, del embajador Nomura en Washington al ministro de Exteriores japonés Matsuoka en el que se comunicaba un aviso, al parecer procedente de los soviéticos a través de sus por entonces aliados nazis, conforme los estadounidenses habían roto Púrpura. La fecha corresponde al día de descifrado, no al de la transmisión.

REF ID:A487630

TOP SECRET

From: Tokyo (Matsuoka)
To : Washington (Nomura)
7 May 1941
(Purple - CA)

#198

or "rather"
or "pretty"

Regarding your #267:*

This matter was told very confidentially to Ambassador Oshima** by the Germans as having been reported to them by a fairly reliable intelligence medium; but to our inquiry they are said to have refused to divulge the basis on which they deemed it to be practically certain.

*JD-1:2367 Nomura requests further details of the basis for the report that his code msgs are being read by the U.S. government.

**General Ōshima, the Japanese Ambassador to Berlin.

Note: Two copies of this were prepared:
(1) Admiral Noyes
(2) General Mauborgne

Notation another copy:

Found in Winckler's safe F.

TOP SECRET

JD-1:2388 (F) Navy trans. 7 May 1941 (S-T7)

Not in SIS Bulletin file

Declassified and approved for release by NSA on 11-08-2013 pursuant to E.O. 13526

El descifrado de un mensaje vinculado al anterior confirma a Tokio que el embajador japonés en Berlín es la fuente del aviso que, por fortuna, se ignoró.

La organización de contraespionaje militar japonesa respondía a la curiosa denominación de «Sección Conspirativa» y se ocupaba de sacar a la luz las tramas y conjuras contra la nación. En diciembre de 1937, se inauguró una escuela de inteligencia, más tarde conocida como la Escuela Nagano. Allí se ofrecían los cursos habituales en las materias propias del espionaje, con algunas especialidades añadidas como el forzado de cerraduras, las artes marciales ninja y el «Kokutai-gaku», el estudio de la estructura y la mentalidad nacional o adoctrinamiento ideológico. El método docente de

Nagano era singular: animaba a los oficiales a velar por su vida, en lugar de alentarlos a las misiones banzai y al suicidio ritual en caso de fracasar en el cometido. No obstante, el servicio de contraespionaje seguía adoleciendo de una debilidad: despilfarraba una energía desorbitada en controlar a los políticos civiles de su propia nación, no porque en ellos buscase pruebas de traición, sino para verificar que no se apartaban de los objetivos fijados por el ejército en materia de política exterior. En julio de 1937, cuando el príncipe Konoe despachó en su calidad de primer ministro a los enviados a Nankín para las negociaciones de paz con los nacionalistas chinos, el ejército descifró los cables relativos a las conversaciones y no tardó en mandar a la policía militar para que procediera al arresto de los correos de Konoe.

Hachiro Arita, ministro de Exteriores antes de la guerra, se lamentaba: «En Japón, nos hallamos en una postura muy difícil para desarrollar una diplomacia auténtica, porque los políticos japoneses siempre se encuentran sometidos a la vigilancia de los militares. No puedo hacer buen uso del lenguaje diplomático o de los halagos… Si en un telegrama digo algo fuera de lugar, el ejército y la Marina japoneses lo interceptarán y me criticarán sin demora… Es una situación complicada[5]». Japón contaba con un Departamento de Inteligencia del Gabinete (CID en sus siglas inglesas) cuya misión consistía en informar al primer ministro, pero la Marina y el Ejército insistieron en mantener el monopolio sobre el control de los consejos internos de la nación y se aseguraron de mutilarlos: el CID acabaría siendo poco más que un órgano propagandístico.

El Ministerio de la Guerra disponía de una rama de contrainteligencia independiente, con cincuenta miembros encargados de mantener en secreto los preparativos de guerra de la nación. En el astillero Nagasaki de Mitsubishi, los trabajos de construcción del buque de guerra Musashi se realizaban tras unas enormes cortinas de cáñamo que lo ocultaban a las miradas curiosas. Los equipajes de los extranjeros que se desplazaban en tren eran sometidos a revisiones rutinarias. La Sexta Sección del Kenpeitai mantenía la vigilancia radiogoniométrica (RDF) para localizar las transmisiones radiofónicas ilegales por parte de agentes extranjeros en Japón. La práctica totalidad de la correspondencia extranjera se interceptaba en la Oficina Central de Correos de Tokio y era fotografiada antes de mandarla a su destino correspondiente. Ante la embajada estadounidense siempre había apostados policías de la secreta vigilando, bajo un calor tan sofocante que en ocasiones llegaron a quedarse en ropa interior, las veinticuatro horas siete días a la semana en un vehículo supuestamente averiado: «la furgoespía», según la llamaban los diplomáticos. En 1936, la casualidad hizo que la policía militar diera con una carta escrita en inglés y firmada por un tal «Jimmy», sin más, con las señas del hotel Teikoku en Tokio; en ella se ofrecían los detalles

del reacondicionamiento del buque Nagato. Una investigación identificó rápidamente al autor, James Cox, corresponsal de la agencia local de Reuters e informador del MI6. Se procedió a su arresto y tres días más tarde aquel fallecía al ser lanzado, o lanzarse él mismo, desde la cuarta planta de la comisaría de policía de Tokio.

Jamás se ha podido demostrar si Cox se suicidó o si fue asesinado, aunque la segunda opción parece más probable si tenemos en cuenta la brutalidad que caracterizó al Kenpeitai. El Foreign Office británico entregó a su viuda 5000 libras esterlinas, libres de impuestos, supuestamente para comprar su silencio. No obstante, su esposo no fue el único británico que había muerto en circunstancias oscuras. En octubre de 1938, un teniente de la Armada británica llamado Peacocke también desapareció de escena sin dejar rastro. Solo en el mes de julio de 1940, quince ciudadanos británicos fueron arrestados bajo sospecha de espionaje, aunque la mayoría fueron liberados al poco. Aunque estos casos representaron supuestos triunfos de la contrainteligencia japonesa, no deja de resultar llamativo que, pese a la cada vez más febril xenofobia japonesa y a su cada vez más intensa vigilancia de los extranjeros, el círculo de espías de Sorge se mantuviera activo durante ocho años en el núcleo de planificación estratégica del Eje.

El aparato de recopilación de inteligencia japonés fallaba lamentablemente allí donde más falta hacía: ofrecer a los dirigentes de la nación una valoración del principal enemigo al que pretendían enfrentarse, Estados Unidos, la nación más poderosa del mundo en el terreno industrial. Tras la derrota del coronel Shinobu Takayama, el Departamento de Operaciones del Ejército se confesó arrepentido de no haber investigado el poderío bélico estadounidense, efectivo y potencial, antes de embarcarse en una contienda contra ellos. Uno de los rasgos más desconcertantes del liderazgo japonés radicaba en su negativa a valorar, mucho menos admitir, la información que estimaba desagradable. Ninguna sección en el Gobierno se responsabilizaba de la preparación y coordinación de una estrategia global. No se consultó al jefe de la inteligencia militar, el general de división Yuichi Tsuchihashi, al respecto de las implicaciones que tendría establecer una alianza con Alemania e Italia porque era conocida su opinión contraria a ella. El ejército prestaba poca atención a las cuestiones estadounidenses, en la creencia de que aquellos asuntos concernían a la Marina y al Ministerio de Exteriores. Leyeron algunos mensajes diplomáticos transmitidos por radio de contenido poco relevante y obtuvieron algunos datos para la inteligencia a partir de los niseis, los inmigrantes que vivían en Estados Unidos, pero en general se nutrían de fuentes abiertas, es decir: en los agregados y en la lectura que estos hacían de los periódicos. Varios oficiales exploraron las Filipinas y su acuartelamiento, pero no se llevó a cabo un análisis riguroso

del poderío real y potencial con que contaba allí el Ejército de Estados Unidos. Iniciada ya la contienda, algunos oficiales que hasta entonces habían dedicado sus años de carrera al estudio de la Unión Soviética fueron transferidos, en una decisión totalmente arbitraria, a la monitorización de Estados Unidos. El ejército japonés destacado en la zona meridional acabó cerrando sus secciones de inteligencia para Estados Unidos y Gran Bretaña, porque sus oficiales superiores decidieron que aquellas no generaban material útil a nivel práctico. Los departamentos de operaciones despreciaban a los oficiales de inteligencia como si de viejecitas se tratase, que no hacían sino poner pegas al curso previsto de las actuaciones, y preferían confiar en la observación a ojo desnudo de la línea del frente por parte de los soldados en el campo de batalla. Cuando el ejército se desplegó en la región de Indochina en 1940, su Departamento de Operaciones se arrogó todas las responsabilidades que atañían a la inteligencia y llevó a cabo la invasión prescindiendo por entero del personal de inteligencia.

La actitud de la Marina japonesa antes de Pearl Harbor refleja una contradicción profunda: los oficiales de alta graduación que meditaban sus decisiones eran plenamente conscientes de la vulnerabilidad estratégica de su país, en tanto que dependía de la importación de petróleo y otras mercancías; sin embargo, no pusieron gran empeño en implantar su perspectiva en el círculo gubernamental de Tokio. Sabían que no resultaría complicado aniquilar las reducidas fuerzas de la Armada británica en el Extremo Oriente, pero reconocían el inmenso poderío de la Marina estadounidense. El jefe de operaciones, el capitán Tasuku Nakazawa, escribió antes del inicio de las hostilidades: «No tenemos la menor opción de ganar una guerra [contra Gran Bretaña y Estados Unidos]. Los simulacros terminaron con graves daños en el transporte marítimo y con la pérdida del control de las rutas extranjeras y las líneas de comunicación». El almirante Isoroku Yamamoto fue el primero entre los que, pese a sentir disgusto y resentimiento hacia las políticas de Estados Unidos, supieron reconocer su supremacía económica e industrial. Él y sus subordinados más avispados entendieron que si no lograban anotarse una victoria muy pronto, jamás llegarían a conseguirla. Un estudio fechado en febrero de 1941 concluía: «A partir de 1944, la Marina estadounidense contará con la seguridad de salir victoriosa».

También en 1941, el recién creado Instituto Nacional para el Estudio de la Guerra Mundial llevó a cabo simulacros de guerra exhaustivos, anticipándose al posible avance en territorios del Sureste Asiático. Se concluyó que en dos años Japón habría caído y que la entrada en la guerra de la Unión Soviética llegaría como el golpe de gracia. El general Hideki Tojo, que pronto ocuparía el asiento del primer ministro, leyó el informe del Instituto y comentó al respecto: «Han hecho un buen trabajo, pero su informe se basa en una especie

de teoría de salón, no en la guerra real… La guerra no siempre evoluciona como se había planificado. Nos enfrentaremos a sucesos imprevistos». Tojo se obstinó en creer que estos acontecimientos darían la ventaja al Eje. En septiembre de 1941, la Sección de Planificación Económica del Ministerio de Guerra llegó a las mismas resoluciones que el Instituto antes, pero una vez más fueron rechazadas por el alto mando. El jefe del Estado Mayor del Ejército Imperial Japonés declaró que «el informe va en contra de nuestra política nacional» y ordenó que se quemase.

Por lo general, solía imponerse la recalcitrante opinión de los hombres de hierro del ejército según la cual el Gobierno y el pueblo estadounidenses sucumbirían al desmoronamiento de la moral tras haber encajado las primeras derrotas y humillaciones que Japón tenía la seguridad de poder infligirles. Los soldados estaban asimismo convencidos de que Alemania era invencible y desdeñaban a quienes expresaban dudas al respecto. En 1940, el agregado naval japonés en Londres y su homólogo en Estocolmo llamaron la atención sobre las victorias británicas en el movimiento de resistencia contra la arremetida alemana en su isla por una parte y sobre la magnitud de las pérdidas de la Luftwaffe por otra. El 25 de julio, el informe mensual de la inteligencia militar expresó el respeto que la fuerza de la resistencia británica en la batalla aérea sobre la isla le causaba: «Gran Bretaña resiste en el combate contra Alemania con gran determinación… La opinión pública continúa apoyando la política de la línea dura del Gobierno». El informe subrayaba el aplazamiento de la invasión de Hitler, la «operación León Marino», porque los alemanes carecían de efectivos anfibios y no habían logrado imponerse en el aire.

Las oficinas de la IJA despidieron a los autores de estos informes, alegando que habían sucumbido a la propaganda británica, y en su lugar abrieron las puertas a los despachos del barón Ōshima, el embajador japonés en Berlín, redactados en un tono extremadamente optimista. Hasta junio de 1941, el Ministerio de Exteriores basó su política en la creencia de que, tras la derrota de Gran Bretaña, los nazis firmarían una alianza con la Unión Soviética para repartirse el botín. Los generales japoneses se dejaron arrastrar por la euforia derivada de la firma del pacto de neutralidad soviético-japonés del 13 de abril de 1941, convencidos de que este documento los protegería de la posible guerra en dos frentes. Cuando Ōshima indicó que Hitler pensaba invadir la Unión Soviética —una advertencia clara ya el 18 de abril de 1941 que se reafirmaría el 4 de junio—, el Gobierno japonés se negó, sin más, a tomar en cuenta este nuevo y desagradable escenario. Cuando solo faltaban quince días para la arremetida alemana, el ministro de Exteriores Matsuoka defendía su obcecada opinión: solo existía un 40% de posibilidades de que aquello sucediera. El ministro de Guerra, Tojo, declaró: «No lo considero una

cuestión apremiante». El Gabinete aplazó el debate sobre las implicaciones de una guerra soviético-alemana, aferrándose ciegamente a su política de respaldar a los nazis con relativa independencia de su proceder. Sin consultar a los políticos civiles, el ejército destinó abundantes refuerzos a la zona de Manchuria por si se tomaba la decisión de participar conjuntamente con Alemania en el asalto contra Stalin.

Antes del inicio de «Barbarroja», el teniente coronel y oficial de la inteligencia Saburo Hayashi apuntó la posibilidad de que, si los rusos lograban resistir el invierno invictos, sus ejércitos podrían reagruparse y soportar una contienda prolongada, pero el Departamento de Operaciones así como los comandantes supremos desestimaron aquella valoración de plano. Hayashi volvió a escribir en agosto: «Se prevé que los alemanes ocuparán Moscú, pero no conseguirán más victorias en 1941. Cuando llegue el invierno, el ejército soviético tendrá la oportunidad de recobrar el aliento y jamás se rendirá. El Partido Comunista es fuerte y sólido. Tras la caída de Moscú, los alemanes se verán obligados a continuar con la guerra, al tiempo que a mantener el control de los inmensos territorios que han tomado. En resumen: la guerra no acabará pronto[6]». Pero el todopoderoso Departamento de Operaciones vaticinó, por el contrario, el derrocamiento inminente de Stalin a manos de sus generales. Tanto en Japón como en la Alemania nazi se había institucionalizado el precepto de que los responsables de la toma de decisiones políticas no debían tener en cuenta ningún análisis de la inteligencia si este iba en contra del rumbo deseado por la nación. Desde comienzos de la década de 1930 hasta 1945, la estrategia hubo de verse alterada una vez tras otra para que se ajustase a las tendencias viscerales de los comandantes y sus ambiciones, en lugar de adecuarse a la realidad, sobre todo a la superioridad económica estadounidense y a los apuros derivados de la precaria estrategia alemana.

La crítica más perspicaz con respecto a las perspectivas de Japón antes de Pearl Harbor no llegó a Tokio de sus propios analistas sino a través de Winston Churchill. En abril de 1941, el primer ministro despachó un memorando al ministro de Exteriores japonés con la intención de disuadirlo de entrar en guerra. «Me atrevo a formularle algunas preguntas», escribió el británico, que a mi juicio merecen la atención del Gobierno imperial japonés y de su pueblo.

1. ¿Podrá Alemania, sin el control del mar o sin el control diurno del espacio aéreo británico, invadir y conquistar Gran Bretaña en la primavera, el verano o el otoño de 1941? ¿Podrá intentarlo? ¿No sería del interés de Japón esperar hasta que estas incógnitas se hayan resuelto por sí mismas?

2. ¿Será el embate alemán sobre los cargueros británicos lo suficientemente fuerte como para impedir que la ayuda estadounidense llegue a las costas inglesas, al tiempo que Gran Bretaña y Estados Unidos concentran toda su industria en los objetivos bélicos?

3. ¿La adhesión de Japón al Triple Pacto [con Alemania e Italia] aumenta o disminuye las

posibilidades de que Estados Unidos se embarque en la guerra actual?

4. ¿Si Estados Unidos entra en el conflicto del bando británico, y Japón se alinea con las potencias del Eje, acaso la superioridad naval de las dos naciones anglófonas no les permitirían deshacerse de las potencias del Eje en Europa primero y luego concentrar sus fuerzas conjuntas contra Japón?

5. ¿Qué es Italia para Alemania, un refuerzo o un lastre? ¿Es tan efectiva la flota italiana en el mar como sobre el papel? ¿Es tan buena como antes?

6. ¿Será la Fuerza Aérea Británica más fuerte que la alemana antes de terminar el año de 1941, y mucho más fuerte antes de terminar 1942?

7. ¿Con el paso de los años, los países hoy sometidos por el ejército y la Gestapo alemanas aprenderán a querer más a los alemanes o menos?

8. ¿Es cierto que en 1941 la producción de acero en Estados Unidos será de 75 millones de toneladas y la de Gran Bretaña de unos 12, lo que asciende a un total de casi 90 millones de toneladas? Si se diera el caso que Alemania cayera vencida, como sucedió la última vez, los 7 millones de toneladas de acero que produce Japón ¿no resultarían insuficientes para una guerra en solitario?

Tal vez respondiendo a estas preguntas Japón evite una gravísima catástrofe y se obtenga una notable mejora en las relaciones entre Japón y las dos grandes potencias marítimas occidentales.

Era inevitable que Tokio respondiera de forma anodina: «La política exterior japonesa se ha determinado tras el examen objetivo de todos estos hechos y de una meticulosa ponderación de todos los elementos presentes en la situación a la que se enfrenta». Pero en Tokio jamás se vivió un proceso tal. El rechazo por parte de Japón del asesoramiento de la inteligencia estratégica, y de la toma de decisiones basada en la lógica, fue el responsable de su implicación en un camino que le llevaría al desastre el 7 de diciembre de 1941.

La única vertiente de la inteligencia que el alto mando japonés tomó en serio fue la relativa a los objetivos inmediatos. De este modo, durante los meses previos a la entrada en guerra del ejército y la Marina, ambos servicios investigaron con energía las defensas de los imperios europeos en el Sureste Asiático, las Filipinas y Pearl Harbor. Las ansias de Tokio por avanzar hacia el interior de Indochina se avivaron en julio de 1940 con el desencriptado de un telegrama enviado a Washington por el cónsul estadounidense en Saigón en el que se comunicaba que los británicos no ofrecerían respuesta militar a una iniciativa tal por parte de los japoneses sin la promesa del respaldo estadounidense, cosa que no cabía esperar. Otros mensajes diplomáticos decodificados en agosto, entre los que destacan los de las autoridades francesas de Vichy en Indochina, confirmaban la incapacidad o la falta de voluntad de las potencias occidentales para resistirse a un golpe japonés. Así las cosas, el 22 de septiembre los japoneses forzaron un acuerdo con los franceses en virtud del cual estos permitían la entrada de las tropas al día siguiente. Aquel fue un caso en el que la inteligencia representó un papel importante, aunque solo fuese para confirmar la implicación japonesa en una empresa que sus gobernantes habrían favorecido de todos modos.

El Grupo del Ejército del Sureste Asiático, destacado allí desde 1939, fue el responsable de explorar las defensas de los imperios europeos. Puesto que Tailandia era el único país independiente en la región, los japoneses lo

escogieron como centro para recabar datos de inteligencia, bajo la dirección del coronel Hiroshi Tamura, el agregado militar, que se centró sobre todo en la identificación de las rutas de invasión malasia. Sus soldados midieron todas las carreteras y todos los puentes desde Indochina y Tailandia hasta Malasia. Los agentes investigaron en las colosales refinerías de petróleo holandesas de Palembang con tanta diligencia que, cuando los paracaidistas japoneses cayeron sobre ellas más tarde, todos y cada uno de los hombres conocían al detalle el blanco. Los japoneses admitieron que los británicos tenían un talento especial para la decodificación, pensando en su Despacho Conjunto del Extremo Oriente en Singapur, que trabajaba en estrecha colaboración con Bletchley Park. Un desencriptador de la Marina que vigilaba su tráfico, el comandante Monotono Samejima, descifró material que demostraba que los británicos habían leído algunas señales poco relevantes japonesas en un período de 24 horas desde que fueron transmitidas. Samejima recordaba más tarde: «Me di cuenta de la tremenda capacidad de la inteligencia del Reino Unido[7]». Sus superiores, sin embargo, solo se preocupaban por contar los soldados enemigos. A finales de 1940, un millar de «turistas» japoneses, todos licenciados en la Escuela de la Inteligencia Militar, trabajaban fuera de Tailandia. Los soldados británicos de servicio en Malasia se veían todo el día perseguidos por japoneses en bicicleta, pertrechados con lápices y cuadernos de notas. Hacían circular sus conclusiones entre todo el ejército como un «registro de la inteligencia sobre los británicos en Malasia», donde se incluían mapas de las instalaciones del acuartelamiento de Singapur. El Estado Mayor concluyó a partir de los informes de aquellos agentes que la diversidad étnica de las fuerzas imperiales británicas constituiría su punto débil. Se mostraban displicentes con los australianos: «Son de mala calidad. Las tropas están integradas fundamentalmente por hombres sin empleo y sujetos peligrosos. No son un ejército bien disciplinado. Son famosos por su valor en la batalla, pero su instrucción y su equipo no son los adecuados». Tokio sostuvo que muchos soldados indios estaban en contra de los británicos y al mismo tiempo habían recibido un adiestramiento deficiente; podían combatir con ardor en un choque frontal, pero eran vulnerables en los movimientos rápidos desde los flancos; una valoración inteligente que se confirmaría en la batalla que estaba por llegar.

A lo largo de 1941, los agentes japoneses establecieron contacto con grupos nacionalistas indios, malasios y birmanos, a quienes ofrecieron apoyo encubierto para sus ambiciones independentistas, una propuesta atractiva a ojos de muchos. Un telegrama de Tokio, fechado en enero de 1941, para el cónsul general japonés en Singapur dictaba órdenes de avivar «la agitación, las confabulaciones políticas, la propaganda y la inteligencia». En el mes de

mayo, el Servicio de Exteriores japonés cablegrafió a sus delegados en la región, apremiándolos para que adelantasen la expansión de las redes clandestinas en las inmediaciones del océano Índico, porque sin duda alguna la guerra estaba a punto de estallar. Se había insistido a los indios en particular para que fomentasen la desafección entre los soldados del Raj, cosa que hicieron desde 1939; cuando se procedió al asalto sobre Malasia, la deficiente actuación de varios regimientos indios hizo pensar que la ofensiva propagandística japonesa había conseguido algo: se cree que el 1.º Regimiento de Hyderabad, por ejemplo, disparó contra su coronel y su asistente británicos en cuanto el batallón se disgregó en el campo de batalla.

Tokio consideraba que la tripulación de los aviones británicos estaba aún verde, y es cierto que la mayoría de los pilotos destinados a Malasia y Birmania contaban con menos experiencia que sus homólogos en el bando contrario. Es probable que los japoneses recibieran información de algún traidor en las filas británicas: al parecer, durante algunos meses de 1941, el capitán Patrick Heenan de la 300 Sección de Enlace de la Inteligencia del Aire comunicó por radio información sobre las disposiciones de la RAF desde un transmisor secreto. Con treinta y un años, nacido en Nueva Zelanda, Heenan había heredado de su padre cierta simpatía hacia el Ejército Republicano Irlandés. Había sido reclutado por Tokio durante una estancia en Japón en 1938 y su carrera en el espionaje concluyó de un disparo frente a un muro del puerto de Singapur, justo antes de que este cayera[8].

En cuanto a Pearl Harbor, el alférez de veintiocho años Takeo Yoshikawa, de la sección británico-estadounidense de la inteligencia naval japonesa, llegó a Hawái en el mes de agosto de 1941 fingiendo ser diplomático y allí pasó varios meses enfrascado en la inspección de todas aquellas regiones accesibles que, por algún motivo, despertaban el interés de sus compatriotas, sin descuidar al tiempo una vida amorosa que en sus horas libres desarrollaba con una energía admirable. En aquel tiempo, mandaba tres informes semanales cifrados en clave Púrpura y, si bien es cierto que estos solían caer en manos del Servicio de Inteligencia de Señales de Estados Unidos en Washington, la decodificación del contenido se demoraba tres semanas, entre otros motivos porque dicho servicio solo disponía de dos lingüistas con suficientes conocimientos de japonés[9]. En octubre, el jefe de Yoshikawa, el teniente comandante Minato Nakajima, se personó en el buque japonés y allí leyó el texto del informe del alférez con respecto a las fuerzas locales de Estados Unidos así como a sus defensas y sus despliegues. Después de Pearl Harbor, Yoshikawa terminó en la cárcel, aunque más adelante pudo regresar a casa gracias a un canje pactado de diplomáticos.

También se obtuvo más información gracias al personal del consulado local, que contó con la ayuda de la nutrida colonia de expatriados japoneses

en Hawái, integrada por 41 346 individuos. Fueron sus datos los que confirmaron la determinación de la Marina de atacar Pearl Harbor en lugar del fondeadero estadounidense alternativo en el puerto de Lahaina. No se informó ni al ejército de tierra ni al Ministerio de Exteriores de los objetivos acordados, ni tampoco se hizo mención explícita de Pearl en el tráfico de radio. El error crítico en la planificación de la arremetida no tuvo lugar en el proceso de recopilación de inteligencia sino en el del análisis: los almirantes en Japón no alcanzaron a ver la importancia de los colosales tanques de petróleo de Pearl ni de sus instalaciones de reparación, y jamás las incluyeron en su programa de blancos. En cuanto a su valoración del ejército estadounidense, consideraban aquellas tropas —en especial a la guarnición de las Filipinas— como un hatajo de individualistas faltos de la resistencia y el espíritu de lucha necesarios para resistir en un combate prolongado. Los generales en Japón preveían salir victoriosos de la guerra en el Pacífico en la primavera de 1942, tras lo cual lanzarían un gran asalto en territorio soviético.

De este modo, Japón entró en combate con un gran conocimiento de sus objetivos inmediatos al tiempo que ignorando casi deliberadamente lo que sucedería después. Los escuadrones aéreos de Yamamoto despegaron rumbo a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 en el mismo momento en que en Berlín se empezaba a tomar conciencia del fracaso alemán ante Moscú. El único logro de los defensores de la prudencia en Tokio se limitó a convencer a los gobernantes de la isla para que estos refrenasen su voluntad de asaltar a Estados Unidos y los imperios de la Europa occidental y unirse en las hostilidades contra la Unión Soviética hasta que la victoria alemana pareciese inminente. Los juicios que sirvieron a los japoneses para decidirse por el combate —para encadenarse a un gigante tambaleante— contaron con una información de pésima calidad. Se sobrevaloró el poderío alemán y se subestimó el estadounidense. Por otra parte, en Tokio llegaron a convencerse de que estaban capacitados para desarrollar una guerra controlada que podrían concluir mediante negociaciones en el momento en que estimasen oportuno. Como cabía esperar, sin embargo, se vieron inmersos en una lucha por la supervivencia en la que debían alcanzar una victoria aplastante o encajar una derrota prácticamente devastadora.

El hombre que ganó Midway

La sorpresa que Pearl Harbor provocó en Estados Unidos fue de igual magnitud que el lanzamiento de «Barbarroja» en la Unión Soviética, e igual de inexcusable. Los desencriptadores de su ejército de tierra, dirigidos por Frank Rowlett, habían llevado a cabo una proeza extraordinaria al forzar el

cifrado diplomático Púrpura de los japoneses en agosto de 1940. En las semanas y los días previos al ataque sobre Hawái, el Gobierno de Estados Unidos dispuso casi de tanta información que advertía de la inminencia de la guerra como Stalin había recibido con anticipación sobre el embate de Hitler. Pero la respuesta de la Administración estadounidense fue tan lánguida como la del Kremlin. Así como los británicos hubieron de verse durante meses sometidos a la presión de la guerra hasta arrancar una maquinaria eficiente capaz de manejar y explotar la inteligencia, así también los estadounidenses reaccionaron solo ante la inminencia del cataclismo de sus buques en la Flota del Pacífico.

El informe del almirante británico John Godfrey, fechado en julio de 1941, a propósito de la inteligencia en Estados Unidos concluía que «la cooperación entre las distintas organizaciones es inadecuada y las fuentes carecen de coordinación para el mutuo beneficio de los departamentos afectados. Existe un contacto mínimo entre los oficiales de inteligencia de los distintos departamentos y el deseo de alcanzar una "primicia" está bastante extendido… El valor del material que obtienen las organizaciones de inteligencia de Estados Unidos en Europa no es considerable, si bien la información relativa a la zona del Pacífico y de América del Sur es… en su conjunto, de alto nivel… La Oficina de Inteligencia Naval corre el riesgo de acabar enterrada en las estadísticas por su tendencia a considerar la inteligencia como un fin en sí mismo… Muchas de las faltas que han sido enumeradas se reconocerán como similares a las que padecía la inteligencia británica antes de la guerra». Godfrey concluía que cuando la nueva organización de recopilación de datos de la inteligencia estuviera en marcha, podrían conseguirse muchas cosas, «pero sería prudente pensar que no es probable que la inteligencia estadounidense sirva de gran ayuda al esfuerzo bélico conjunto hasta pasados muchos meses».

Una previsión acertada. El ejército de tierra de Estados Unidos así como la Marina no realizaron ninguna contribución destacable al conocimiento aliado de los movimientos del Eje durante los meses siguientes a Pearl Harbor. Pero llegado el mes de junio de 1942, del lóbrego y húmedo sótano en el astillero naval de Oahu surgió un rayo de luz exclusivo que iluminó todo el escenario del Pacífico. Hizo posible la victoria de la Marina estadounidense en Midway, que en cuarenta y ocho horas transformó el devenir de la guerra contra Japón. Se podría decir que fue el verdadero triunfo decisivo de la inteligencia en el conflicto mundial.

Así como los británicos habían reclutado a civiles brillantes antes de la guerra para ponerlos al frente de las tareas de decodificación, la Marina estadounidense prefirió recurrir a un grupo de oficiales de carrera escogido prácticamente al azar entre los menos valorados en sus respectivos servicios.

Con unos recursos terriblemente exiguos, sus logros no podían compararse con los de Bletchley Park ni salvar a Estados Unidos de la humillación del «Día de la Infamia» en diciembre de 1941. Pero el oficial que realizó la gran contribución que posibilitaría la futura victoria en Midway se licenció con pocos honores y falleció siendo conocido solo entre los historiadores.

Joseph Rochefort resultaba un tipo incómodo: era un marino pobre, sin habilidad para hacer amigos importantes. Sin sus dotes, sin embargo, es poco probable que se hubiera librado en el Pacífico la batalla decisiva que tuvo lugar entre 4 y el 7 de junio de 1942, y aún menos imaginable que esta se hubiera saldado con la victoria de Estados Unidos. Lo que sucedió aquel día fue el resultado no de un destello de inspiración repentino, sino de dos décadas de trabajo agotador e ingrato.

Rochefort había nacido en 1900, en una familia irlandesa; su padre era vendedor de alfombras[10]. En sus años escolares, fue un niño desaliñado que solo destacaba en matemáticas. Al cumplir los diecisiete, se alistó en la Marina como electricista de tercera clase, luchó por conseguir un puesto como reservista y terminó los estudios de ingeniería. A la edad de veintiún años contrajo matrimonio con Elma Fay, su novia de la infancia, aunque ella era católica y él bautista. En 1921 consiguió ser transferido a la Marina profesional, pero su carrera perdió fuelle: se libró por poco de un consejo de guerra cuando el buque cisterna en el que cumplía como oficial de servicio arrastró el ancla en la bahía de San Francisco en medio de los destructores. En 1925 fue apartado del servicio en el acorazado Arizona para estudiar criptoanálisis, puesto que sus habilidades en el bridge y en los crucigramas parecían que demostraba una capacidad especial para tal cometido. Trabajó en el Departamento Naval de la Avenida Constitution en Washington, pero el puesto no representaba un ascenso: la inteligencia figuraba en la parte inferior del escalafón del servicio. Hasta entonces, la Marina no había conseguido ningún triunfo equiparable al del departamento de cifrado del ejército de tierra, la «Cámara Negra» fundada en 1917 por Herbert Yardley, que forzó el cifrado diplomático japonés ya en 1921.

Pese a todo, el sector naval realizaba algunos progresos. Rochefort empezó leyendo el libro Elements of Cryptanalysis, de William Friedman, del Departamento de Guerra. Trabajó a las órdenes del brillante teniente Laurance Safford, antiguo jefe en la Reserva Naval estadounidense, quien se convirtió en su tutor y mentor. Colaboraba con ellos una civil, Agnes Meyer Driscoll, que también realizó una destacable contribución. Rochefort descubrió que el trabajo era de su agrado. Al romper un código, decía más tarde, «te sientes muy bien, porque has desafiado a la gente que intentó usar un sistema que creía seguro… Siempre resultaba agradable derrotarla[11]». En febrero de 1925, Safford zarpó para cumplir un servicio casi forzoso en el

mar, y dejó a Rochefort al cargo de la oficina de investigación. Esta se componía de solo tres empleados a tiempo completo: él mismo; Claus Bogel, antes actor, que hizo poco para justificar el sueldo; y Driscoll, apodada «Madame X», que soltaba improperios sin el menor empacho y despreciaba el maquillaje pero se llevaba bastante bien con Rochefort. Los secretos japoneses siempre figuraron en la cabeza de la lista de prioridades. En 1920, la Oficina de Inteligencia Naval había llevado a cabo una «operación encubierta» al fotografiar una copia del código Rojo japonés en el consulado de Nueva York. Era evidente que se necesitaba mayor preparación lingüística si los decodificadores querían hacer verdaderos progresos: el teniente comandante Ellis Zacharias, oficial de carrera de la inteligencia y conocedor de la lengua japonesa, entró en la sección para trabajar codo a codo con Rochefort.

Más tarde, Zacharias escribió: «Las pocas personas asignadas a esta sección eran taciturnas, gente muy reservada que no quería comentar su trabajo con los demás… Pasaban horas sin que nadie soltase una palabra, sentados ante los montones de páginas indexadas en las que aparecía un batiburrillo de cifras y letras sin orden ni concierto[12]». Puesto que Estados Unidos estaba en paz y así había decidido continuar, llama la atención la intensidad con que un puñado de oficiales de la Marina trabajaba en aquel misterioso cometido y su empeño se sitúa muy lejos del cansino tempo que imperaba en cualquier otra sección del servicio. Aquellos hombres y aquella destacada mujer eran personas obsesivas, que se esforzaban sin descanso e ignoraban los domingos. La oficina estaba permanentemente envuelta en una nube de humo del tabaco: Rochefort encadenaba los cigarrillos con la pipa y algún puro. A veces, regresaban a sus casas demasiado cansados incluso para comer hasta pasadas unas horas. Todos perdieron peso.

Safford había establecido una cadena de estaciones de interceptación en Shanghái, Hawái y otros emplazamientos, que recogían las señales del aire. Cuando estas llegaban a la oficina de Rochefort, la sección trabajaba en grupo para descifrarlas, siendo Agnes Driscoll probablemente la analista más capacitada. En ocasiones, les mandaban oficiales nuevos para probar su idoneidad para el puesto, aunque por lo general no superaban las pruebas: carecían de aquel sentido especial e indispensable para seguir el ritmo de los rompecabezas.

Transcurridos dos años, Rochefort había llegado a su límite, no con respecto al cifrado de claves sino con la política del Departamento. Las actividades de su sección dependían del departamento de Comunicaciones, pero la inteligencia estaba en constante batalla para tomar el mando. Siendo aún teniente, Rochefort ocupó el cargo de oficial ejecutivo de un destructor. En el mar, su falta de tacto, que rozaba incluso la grosería, exasperó a sus superiores. En su tiempo libre, se dedicaba a revisar los códigos de la Marina

y en una ocasión hizo notar al comandante en jefe que el sistema de comunicaciones estaba sobrecargado de mensajes triviales que jamás deberían haber sido codificados. La observación no tuvo buena acogida. En 1929, su viejo colega Ellis Zacharias dispuso las cosas para que fuese destinado a Japón y aprendiese el idioma. En sus tres años de servicio en la isla, Rochefort trabó una estrecha amistad con otro oficial de la Marina estadounidense, Edwin Layton; sirva de medida para calibrar su discreción, casi patológica, el hecho de que en todas las horas que pasaron juntos, este jamás explicó a Layton nada referente a su pasado como criptógrafo. Más tarde, Rochefort pasó buena parte de la década de 1930 en el mar, como cañonero, oficial de inteligencia y oficial de navegación sucesivamente. En octubre de 1939 fue destinado a Pearl Harbor, donde quedó horrorizado por lo relajado de los hábitos, pero compartía con sus superiores la falsa idea de que ningún enemigo se atrevería a lanzar un ataque contra Hawái o las Filipinas.

Laurance Safford estaba por entonces al frente de la Op-20-G, la operación de desencriptado de la Marina. Con medio mundo en guerra, esta sección crecía a un ritmo moderado, al tiempo que las relaciones entre Japón y Estados Unidos se iban deteriorando. Entre 1934 y 1939, el Gobierno estadounidense y las fuerzas armadas habían respetado religiosamente la legislación nacional: en concreto la Sección 605 de la Ley Federal de Comunicaciones de 1934, que prohibía interceptar mensajes entre Estados Unidos y otros países extranjeros, fueran por radio o cable. Poco después, George Marshall concedió algo más de libertad a las distintas agencias de descifrado y a sus escuchas de radio, lo que posibilitó el pequeño milagro de Púrpura. Las actividades de Safford, como las de Friedman, sin embargo suponían una violación de la ley. Este solicitó que se pusiera a Rochefort al frente de la estación de Pearl, conocida como COM 14. Rochefort aceptó el nombramiento a regañadientes, por el recuerdo que guardaba de las viejas peleas departamentales. Pero ¿adónde iría, con cuarenta y un años, sin nadie reclamando sus servicios? En junio de 1941 asumió sus nuevas responsabilidades y se puso a las órdenes del almirante Husband Kimmel, comandante en jefe de la Flota del Pacífico. Hubo de esperar cuatro meses hasta recibir un demoradísimo ascenso a la comandancia.

COM 14 —la «Estación Hypo»—, donde Rochefort y su equipo harían historia, tenía la sede en los sótanos del edificio administrativo del astillero de la Marina, desagradables y llenos de eco, adonde se accedía a través de una puerta sin ninguna indicación que se cerraba con un temporizador, además de estar custodiada por los marines. «La Mazmorra», así la apodaron los internos, parecía una sala de billar de pueblo, llena de una neblina siempre presente provocada por el humo, ya que todos allí trabajaban con el

cigarrillo pendiendo del labio. Sentado tras una mesa junto a la puerta se encontraba el suboficial de la Marina Tex Rorie, que examinaba a los visitantes. El suelo de la planta era de cemento desnudo, las paredes estaban pintadas con una selladora color barro y el rudimentario sistema de ventilación reciclaba el aire viciado. Cuando Rochefort entró por primera vez, buena parte de los 30 x 15 metros del sótano estaban vacíos, pero en los meses siguientes se llenaron a un ritmo creciente. Una colección de tabuladoras IBM Hollerith repiqueteaban incesantemente: su contribución a los éxitos de Hypo, como de hecho al desencriptado estadounidense en general, merecen cierta atención. En el mes de septiembre, cinco oficiales que hablaban japonés se unieron al personal de la sección. Poco después, había allí veintitrés hombres que trabajaban en cuatro sectores: el equipo lingüístico, los analistas del tráfico, los trazadores de rutas navales y los criptoanalistas. El teniente comandante Thomas Dyer, un oficial moreno y de poca estatura, con unas gafas gruesas y aspecto más de profesor excéntrico que de oficial naval, estaba considerado como el mejor en este equipo y se convirtió en el héroe de la guerra criptográfica estadounidense. Hubo otros también, entre los que se contaban el teniente Ham Wright, que guardaba cierto parecido con el actor Wallace Beery, o el teniente comandante Jack Holtwick. Rochefort dejó de considerarse a sí mismo un criptoanalista; decía que, por el contrario, «[me] las daba de traductor».

Aquellos hombres trabajaban como en una biblioteca universitaria: no charlaban ni levantaban la voz, sino que se respiraba un ambiente de extrema seriedad. Cuando Jasper Holmes, exmiembro del cuerpo de submarinistas, de baja por invalidez en su servicio, se unió al equipo, quedó asombrado por la intensidad del empeño: «De no haberlo visto con mis propios ojos, jamás habría creído que un grupo de hombres fuera capaz de sostener un esfuerzo mental bajo una presión constante durante tanto tiempo». Pero añadía: «los resultados que logran no parecen proporcionados al sacrificio[13]». Entre 1941 y 1942, cuando Bletchley Park ya manejaba doce bombas, las herramientas de trabajo habituales en el grupo de Rochefort eran el papel, el lápiz y las tabuladoras IBM, si bien Holtwick experimentó con otra ayuda mecánica rudimentaria. Los decodificadores recurrieron a su capacidad matemática para sacar a la luz los grupos de códigos de un mensaje —cuando lograban hacerlo— que luego pasaban a los lingüistas. Las instrucciones preliminares para los recién llegados eran sencillas: «Caballeros, aquí tienen sus mesas. Empiecen a romper los códigos japoneses». El personal de la Mazmorra trabajaba en un ambiente en un clima de informalidad casi provocador. Se dirigían unos a otros por el nombre de pila, no por el rango, y no se preocupaban del vestido. A Rochefort le gustaba llevar zapatillas y un batín granate que, según decía, lo protegían de sufrir un resfriado crónico. Jasper

Holmes no supo encontrar ningún rasgo de cordialidad en su jefe, pero sí reconoció al punto su capacidad de liderazgo. Sus semanas laborares eran de ocho días: seis de trabajo y dos libres. En una columna que había junto a las mesas había colgado un cartel que rezaba: «Podemos conseguirlo todo… puesto que… a nadie le importa de quién es el mérito». Rochefort, siempre obsesionado por la seguridad, hizo que Hypo recibiera el nombre oficial de «Actividades Adicionales de las Comunicaciones Navales». En aquellos tiempos, el personal en los astilleros consciente del cometido del equipo miraba a sus integrantes con condescendencia; no infundían respeto, porque no hacían nada para merecerlo. Como en Bletchley al principio, solo los propios desencriptadores comprendían de qué eran capaces y hasta qué punto su éxito podía resultar importante.

Las estaciones de escuchas de Pearl estaban situadas en Wahiawa y Lualuale, esta última dotada con un radiogoniómetro, a unas treinta millas del astillero naval. Los operadores registraban los mensajes transmitidos en la versión japonesa del código Morse: habitualmente usaban una mezcla del silabario kana y de una transliteración de los caracteres romanjii, superpuesta al código telegráfico: los mensajes «JN-25» solo contenían números. A finales de otoño de 1941, la logística de la operación de código y cifrado se vio aquejada de una alarmante falta de urgencia. Aunque tanto los operadores de intercepción como Hypo habían comenzado a mantener la vigilancia veinticuatro horas al día, no existía un vínculo seguro por medio del teletipo entre las estaciones receptoras y la Mazmorra; tan solo disponían de una línea telefónica por grupo. Cada veinticuatro horas, un jeep se llevaba la última remesa de mensajes al astillero en un viaje de cuarenta minutos. Los desencriptadores de la Marina estadounidense repartidos por el mundo podían comunicarse entre ellos mediante un sistema de cifrado privado, para el que usaban una máquina ECMII con quince rotores en tres filas, pero la coordinación entre ellas era terriblemente dificultosa. No se informó al equipo de Rochefort de que el ejército de tierra en Washington estaba rompiendo el código Púrpura japonés, ni tampoco del «pellizco» que la Oficina de Inteligencia Naval (ONI) había conseguido con respecto al código Naranja en un carguero japonés del puerto de San Francisco. De hecho, Hypo no sabía nada de cómo encajaban sus esfuerzos en el panorama general. En Pearl, el despacho del oficial de inteligencia Edwin Layton —el antiguo colega de Rochefort en Tokio— estaba situado a poco más de un kilómetro del astillero, en la base submarina de la Flota.

La mayoría de las flaquezas de la inteligencia de la Marina estadounidense, equiparables a las del ejército de tierra, hundían sus raíces en Washington, en la incapacidad de los oficiales al mando para discernir la verdadera naturaleza de la recopilación de información así como de su

procesamiento, que comprendían poco mejor que sus homólogos japoneses. Subestimaron la potencia aérea japonesa; cuando el agregado naval en Tokio Stephen Juricka vio un caza Zero en tierra durante una exhibición y despachó un informe a casa dando cuenta de todos los pormenores, fue reprendido por conceder tanta atención a un avión. En 1940, un simpatizante e informador en Japón dio detalles a la embajada estadounidense del nuevo torpedo Tipo 93 o Long Lance, la mejor versión propulsada a base de oxígeno a nivel mundial. El Despacho de Artillería desestimó el dossier alegando que un armamento de estas características resultaba imposible. He aquí una muestra del gremialismo de las fuerzas armadas de muchas naciones: si nosotros no hemos creado un arma de este tipo ¿cómo van a hacerlo otros? Sorprende, sin dejar de ser característico, que el general de brigada Hayer Kroner, jefe de la división de inteligencia del ejército de tierra, se declarase ante la comisión investigadora de Pearl Harbor de 1942 ignorante con respecto a la existencia de descifrados japoneses en su servicio. Por otra parte, en el seno de los departamentos de señales, se alcanzó en 1940 un acuerdo pueril entre los servicios en virtud del cual el ejército y la Marina leían los mensajes Púrpura en días alternos y mandaban los resultados a la Casa Blanca en meses alternos también. La disfunción entre las operaciones de la Marina y las divisiones de la inteligencia no mejoró por el hecho de que en 1941 esta última tuviera tres directores. Solamente la brutal experiencia de la guerra hizo que las fuerzas armadas de Estados Unidos aprendieran, despacio, a tratar a la inteligencia y, en especial, a la desencriptación, con la seriedad y la confidencialidad que merecían.

En diciembre de 1941, la Hypo no estaba cerca de romper el código de los oficiales japoneses, entre otras cosas porque circulaba muy poco tráfico, pero sí cosechó algunos éxitos con algunos sistemas secundarios. Durante buena parte de 1941, solo diez miembros de la Op-20-G trabajaban en el JN-25 de la Marina japonesa. En aquel mismo período, el arma más importante en el arsenal de Rochefort para generar inteligencia de radio consistía en el análisis del tráfico: ubicar los buques de guerra japoneses mediante sus mensajes en las ondas, aun cuando el contenido fuera ilegible. La Marina estadounidense, sin embargo, carecía de la tecnología para conseguir siquiera esto, la que los británicos habían desarrollado y empleado en su Despacho Conjunto del Extremo Oriente en Singapur: «las impresiones de radio» mediante registros de filmadoras de las imágenes del osciloscopio de cada uno de los patrones de señales únicos, lo que permitía a los interceptores identificar a cada barco de forma individual.

En los días previos a Pearl Harbor, se hizo evidente para el equipo de la Mazmorra que los japoneses tramaban algo grande, aunque no tenían idea de

qué podía ser. Detectaron una concentración sin precedentes de fuerzas aeronavales, pero el almirante Yamamoto dispuso una tupida cortina electrónica para enmascarar el objetivo. Durante meses, Rochefort había rastreado los movimientos de las principales unidades de la flota japonesa, pero a mediados de noviembre perdió a seis de los portaaviones. Sus homólogos en la estación Cast, en las Filipinas, dijeron que sin duda los del pelo al cepillo continuaban en aguas nacionales. A Rocheford no le pasó por la cabeza la posibilidad de un asalto sobre Pearl Harbor: con los conocimientos que tenía sobre Japón y siendo como era un hombre lógico hasta la médula, consideró de todo punto de vista increíble que la nación de Hirohito iniciase una guerra contra Estados Unidos, que perdería sin remedio. La coordinación de la inteligencia resultó tan deficiente que Rocheford no tuvo noticia del mensaje del 24 de septiembre que Tokio envió a su consulado en Hawái, donde solicitaba la ubicación exacta de los buques de guerra estadounidenses en Pearl Harbor. Esta información se cifró en el código consular japonés, el denominado «J-19», estimado de baja prioridad en la desencriptación, de modo que su contenido no llegó a Washington hasta el 6 de octubre, mezclado con otra gran cantidad de material. Incluso cuando se leyó la señal, los directorados del ejército de tierra o de la inteligencia naval estadounidenses no la consideraron lo suficientemente importante como para reenviarla a Hypo.

Pero Rochefort estaba tan convencido de que los japoneses habían preparado una acción inminente, que el 29 de noviembre mandó a cuatro oficiales a la estación de interceptación para que se mantuvieran atentos al mensaje «Viento», la señal para entrar en acción que sabían estaba por llegar. Al día siguiente, los japoneses cambiaron todos los indicativos de identificación de sus barcos por segunda vez en el mismo mes; otra advertencia de que se avecinaba una gran operación. El 3 de diciembre, Washington accedió finalmente a informar a Pearl —y a Rochefort— de que los japoneses habían ordenado a todas sus misiones diplomáticas destruir los códigos y cifras. El teléfono que el FBI había pinchado en el despacho del cónsul japonés en Honolulu confirmó que a él también le había llegado la orden de quemar sus códigos. Pero aún no se interceptaba en Hawái ninguna orden de «ejecución» dirigida a la flota japonesa. En la semana previa al estallido de la tormenta, Rochefort admitió ser responsable de no haber mandado un mensaje enviado a un submarino japonés, que no se descifró hasta el 12 de diciembre. No obstante, aunque el cifrado hubiera llegado a las manos adecuadas, atendiendo a la pasividad institucionalizada del Gobierno y las fuerzas armadas estadounidenses, difícilmente se habría producido otro resultado. A mediodía del sábado 6 de diciembre, Rochefort fue a su casa a la hora del almuerzo, agotado. Aquella tarde se entregó en la oficina de la RCA

(Radio Corporation of America) el último cable codificado desde el consulado japonés, en el que se detallaban las posiciones de los globos de barrera y las redes antitorpedo circundantes en el fondeadero de Pearl, para su envío. Sin embargo, la copia marcada para los desencriptadores de Estados Unidos no se recogió hasta bastante más tarde.

La leyenda del Día de la Infamia comenzó en la isla de Bainbridge, en Puget Sound, a primera hora del día 7 de diciembre, cuando un puesto de escucha de la Marina de Estados Unidos interceptó los mensajes cifrados que Tokio despachaba a Washington mediante el circuito comercial de la Mackay Radio & Telegraph Company. Bainbridge los reenvió al 20-GY del Departamento de la Marina y allí fueron leídos por el teniente Francis Brotherhood, que estaba a punto de terminar su turno de noche. Brotherhood ya tenía conocimiento de otras trece partes del mensaje japonés a la embajada, en respuesta a la nota diplomática estadounidense que solicitaba la retirada de los japoneses de China. Ahora la impresora generaba un último encriptado breve, en japonés. Pasaban pocos minutos de las cinco de la madrugada. El teniente comandante Alwin Kramer, jefe de la unidad de traductores de la Marina de Estados Unidos, llegó 150 minutos más tarde, a las 7.30 de la mañana y tardó poco en ser consciente de que aquel último mensaje, en el que se rompían las negociaciones, implicaría la guerra. Un recadero del ejército partió con una copia dirigida al Departamento de Guerra, mientras que otros se mandaban a la Casa Blanca y al Departamento de la Marina. A las 9 horas —las 3.30 de la madrugada en Hawái— Rufus Bratton, jefe de la sección de inteligencia militar en Extremo Orienta, leyó el desencriptado, cuatro horas antes de que el embajador japonés recibiera instrucciones de entregar su trascendental mensaje al Departamento de Estado. Bratton trató de establecer contacto con el general George Marshall y se le comunicó que este había salido a montar. El asistente que partió en busca del jefe del Estado Mayor no logró dar con él. A las 10.30, Bratton consiguió hablar por fin con Marshall, llamó su atención con respecto a la urgencia de la noticia y le ofreció salir a la carrera hacia su cuartel en Fort Myer. Marshall sin embargo prefirió acudir al Departamento de Guerra, donde insistió en leer las catorce páginas del mensaje japonés, una tras otra en ordenada sucesión, por más que Kramer le apremiaba para ir directo al grano, al final. A las 11 horas, cuando faltaban aún dos horas para que Pearl fuera atacado, el jefe del Estado Mayor vetó el uso del teléfono scrambler para contactar con Hawái, con el peregrino argumento de que se trataba de un canal inseguro. Prefirió enviar un cable de alerta mediante el centro de mensajes del Departamento de Guerra, que llegó a Honolulu mediante la RCA a las 7.33 de la mañana. El general Walter Short, el comandante en jefe local, lo recibió por fin a las 14.40, en pleno ataque sobre el fondeadero de la

Flota.

En Hawái, a las 7.55 del domingo, Joe Rochefort estaba cargando el coche para iniciar una excursión familiar cuando el primer avión japonés cruzó el cielo sobre Pearl Harbor. Unos instantes después, Dyer lo llamó para comunicarle en un tono terriblemente emocionado: «Estamos en guerra». Uno de los chicos de Rochefort afirmaría bastante más tarde: «[Todos] nosotros sentimos el remordimiento de haber sido parte de un tremendo fracaso de la inteligencia». Se trataba de un sentimiento en gran medida injustificado. Aquellos hechos representaron un fracaso político y operativo, comparable al del Kremlin menos de seis meses antes. El logro de Rowlett al romper el código Púrpura se echó a perder en un momento en que aquel tipo de revelaciones revestían una importancia fundamental. Gracias al Servicio de Inteligencia de Señales, los jefes de las fuerzas armadas y la rama ejecutiva de la nación tuvieron en las manos una cantidad abrumadora de pruebas que indicaban que los japoneses estaban a punto de emprender una acción ofensiva. Si bien es cierto que cabía la posibilidad de considerar a los británicos y otras potencias coloniales europeas en Asia como el blanco predilecto de Tokio, antes que Estados Unidos, el hecho de no preparar las defensas de la nación en el máximo nivel de alerta denota un grado sumo de negligencia. Solo gracias al afecto y respeto del que gozaba el general George C. Marshall pudo este librarse de la devastadora y merecida censura hacia su persona por la embestida que recibió su país el 7 de diciembre. Lo mismo puede afirmarse con respecto al presidente y sus jefes departamentales. Sin embargo, se permitió que la cadena de responsabilidades se interrumpiera en las personas de los comandantes en jefe de Hawái y del jefe de operaciones de la Marina estadounidense, un final que se justificó por razones pragmáticas, pero no de principios.

Lo importante, ahora, era devolver el golpe. Rochefort afirmó lacónicamente a su equipo: «Olvídense de Pearl Harbor y prosigamos con la guerra[14]». En los primeros días de enero de 1942, el nuevo comandante en jefe en el Pacífico, el almirante Chester Nimitz, visitó la Mazmorra. No fue un momento feliz. Rochefort, enfrascado en la señal japonesa con la que trabajaba, le brindó un recibimiento frío y superficial al nuevo árbitro de su destino. Nimitz no estaba de humor para dejarse impresionar porque, para él, el 7 de diciembre constituía una catástrofe derivada de una fracaso cuya responsabilidad cabía atribuir a los oficiales de la inteligencia de señales de la Marina. Desde Washington, Laurance Safford advirtió a Rochefort de que el Departamento de la Marina compartía el mismo punto de vista de Nimitz. Consideraba que se podían pedir responsabilidades a la Hypo, porque se había dejado engañar por los ardides de los japoneses. En los meses siguientes, Safford engrosó la lista de bajas del Día de la Infamia al ser

destituido y reemplazado por el comandante Joseph Redman, un oficial más hábil en la medra que en el criptoanálisis. Redman estaba dotado de un talento especial: comprendía la importancia de los mensajes engañosos enviados por radio en la guerra moderna y había preparado un artículo a este respecto para el jefe de las operaciones navales. Pero no era un admirador de Rochefort, quien probablemente habría perdido el empleo de no ser por el apoyo de Edwin Layton, a quien Nimitz conservó como oficial de inteligencia en la Flota.

Ahora la Hypo tenía un aluvión de trabajo, generado por un torrente constante de interceptaciones. Una mañana, Jasper Holmes estaba charlando con un amigo de la Marina cerca del recinto de la inteligencia, cuando vio salir de la Mazmorra a Thomas Dyer, sin afeitar, despeinado y exhausto hasta el extremo tras horas de un esfuerzo sobrehumano. El oficial miró de soslayo a Dyer y dijo: «Mira, ahí va un pájaro al que habría que mandar al mar para que entrase en vereda[15]». Uno de los motivos que explicaba la baja graduación de los desencriptadores era que estos no habían logrado mantenerse a flote lo bastante para conseguir un ascenso. Holmes, siempre consciente de la insistencia de Rochefort en materia de seguridad, se limitó a mascullar mientras veía alejarse a Dyer: «Ah, él es así». Más tarde, sin embargo, tuvo la sensación de haber fallado al criptoanalista más brillante de la Hypo, «como Pedro al negar al Señor».

El reto ahora consistía en forzar el nuevo código JN-25b de la flota del enemigo. En esta empresa el mando era de Dyer, Wright y Holtwick; Rochefort se centró en intentar analizar la importancia del tráfico fragmentario que leían. Ahora que se había reconocido la importancia de las ayudas mecánicas, se necesitaban más hombres que manejasen las clasificadoras IBM, que constituían la base de datos de la Hypo; cada una de las intercepciones requería alrededor de doscientas tarjetas perforadas y el único personal disponible eran los músicos de la banda del malogrado acorazado California. Cuando el FBI empezó a cribar a los hombres que trabajarían en puestos de alta seguridad, descartó a unos cuantos de nombre extranjero, pero Rochefort prefirió admitirlos; Layton consiguió la aprobación de Nimitz.

En las semanas siguientes, el prestigio de la Mazmorra ante el comandante en jefe no mejoró. Este insistía en exigir que Rochefort aportase datos sobre los movimientos de los portaaviones japoneses, y una vez tras otra los análisis del tráfico ofrecían respuestas erróneas. Más adelante, sin embargo, Rochefort y sus hombres advirtieron de la concentración de tropas japonesas en Truk y supusieron, acertadamente, que estas se dirigían hacia Rabaul. Su prestigio aumentó y el equipo llamó la atención sobre la debilidad de los japoneses en las islas Marshall y las Gilbert, hecho que dio pie a los

ataques protagonizados por los destacamentos de Halsey y Fletcher. La Hypo empezó a pasar inteligencia sobre los posibles blancos al cuartel general de submarinos de la Flota, aunque se obtuvieron escasos resultados porque los torpedos estadounidenses no alcanzaban el blanco; un fracaso que se repitió hasta finales de 1943. Nimitz transfirió parte de los lingüistas japoneses de Rochefort a los portaaviones en el mar, para que monitorizasen el tráfico de voz de los pilotos enemigos. Este traslado supuso una pérdida nada desdeñable para los desencriptadores, pero probablemente fue un cambio comprensible y justificado en un momento de recursos tan limitados.

A partir de mediados de enero de 1942, la Hypo leía fragmentos de mensajes JN-25b, si bien es cierto que faltaban muchas palabras. El 2 de marzo, Rochefort anticipó un ataque aéreo sobre Hawái para el día 4. Por la noche, dos grandes hidroaviones lanzaron su ataque: los japoneses contaban con la ventaja de poder leer los informes meteorológicos estadounidenses. Cayeron algunas bombas que no causaron daños en unas montañas a 15 kilómetros aproximadamente de Pearl y otras en el mar; los cazas estadounidenses no lograron interceptar a los atacantes. Pero la predicción de Rochefort había sido acertada y lo fue de nuevo cuando alertó de un asalto aéreo en marzo, sobre la isla de Midway. El aspecto más importante de este último descifrado fue que la Hypo obtuvo el código de designación japonés de la isla de Midway: «AF». A finales de marzo, los estadounidenses leían un número muy considerable de mensajes JN-25b. Cuando el equipo de desencriptado de la Cast hubo sido evacuado del condenado escenario de Corregidor, se reagrupó con los australianos en Melbourne para iniciar una operación conjunta y en poco tiempo contribuía ya en una medida nada desdeñable. La incesante presión a que se veían sometidos los internos de la Mazmorra se intensificó con los cuarenta oficiales y cien reclutas que abarrotaban el sótano, en un ambiente que Jasper Holmes comparaba al de un submarino en pleno servicio. Este, como otros miembros de refuerzo del equipo, se sentía culpable por no poder aliviar la tensión del puñado de criptoanalistas sobre quienes recaía buena parte de la carga. Rochefort y Dyer iniciaron una nueva rutina independiente, alternándose ambos en turnos de veinticuatro horas de trabajo y veinticuatro de descanso. El jefe de la Hypo, un tipo de un carácter nada risueño y ni dado a las charlas, parecía no descansar jamás. Cada día hablaba menos de temas comunes; solo de la señal japonesa vigente. Trabajaba veinte horas diarias, y en ocasiones aún más, y solo descansaba para dar una cabezada en el catre del rincón de la Mazmorra. Dyer, por su parte, subsistía a base de una dieta de bencedrina por la mañana y fenobarbital por la noche. Incluso los miembros que se tomaban descansos más prolongados se sentían aburridos y solos, enterrados en un mundo angustiante y de una masculinidad claustrofóbica. El cuartel de Ham Wright,

junto a la base submarina, se convirtió en la sala en que los oficiales podían escuchar sus discos de ópera o beber algo si disponían de un minuto libre.

El historial de Rochefort en este período fue irregular, aunque no menos que el de los de Bletchley en sus primeros tiempos. Entre diciembre de 1941 y junio de 1942, mientras que la Op-20-G de Washington recuperó 16 000 códigos adicionales japoneses, la Hypo rescató 25 000, en un ejercicio en que las máquinas IBM representaron un papel crucial, con un consumo de entre dos y tres millones de tarjetas perforadas al mes. El día 8 de abril de 1942, su jefe anticipó acertadamente que los japoneses se dirigían hacia Port Moresby, en Papúa-Nueva Guinea, tras haber resuelto que «RZP» era la designación en código del emplazamiento. Pero quedaban aún muchos otros por descubrir y Rochefort se equivocó al suponer que había cinco portaaviones japoneses en el mar; por entonces solo había tres. Su valoración sobre las intenciones japonesas antes de la batalla del Mar del Coral del 7 y 8 de mayo fue certera, pero calculó erróneamente dos movimientos de los portaaviones japoneses de una importancia capital. El enfrentamiento acabó en tablas, pero supuso una victoria estratégica para los estadounidenses, porque los japoneses abandonaron la ofensiva contra Port Moresby.

A principios de mayo, Rochefort informó a Nimitz de que, sin duda alguna, los japoneses preparaban una nueva iniciativa de mayor envergadura, aunque aún no podía aclarar de qué se trataba. Se contaban entre sus virtudes una memoria prodigiosa para los lugares, las palabras y los indicativos. El Departamento de la Marina decretó que los tres grupos de desencriptación en Washington, Melbourne y Hawái deberían abocarse cada uno de ellos a los mensajes del enemigo relativos a las áreas geográficas escogidas. Rochefort ignoró esta burda limitación y se esforzó por conseguir una visión estratégica de conjunto. Ahora la Hypo recibía entre quinientas y mil interceptaciones diarias, cerca del 60% de todas las transmisiones japonesas, de las que sus oficiales conseguían leer fragmentos de un 40% aproximadamente. El 9 de mayo, Rochefort pudo informar a Nimitz de que la flota japonesa emprendería una operación a gran escala el día 21, pero añadió: «Se desconoce el destino de la fuerza antes mencionada».

El comandante en jefe especuló con la posibilidad de que los japoneses deseasen lanzar un nuevo asalto sobre Pearl, o incluso contra la Costa Oeste de Estados Unidos. La Hypo, consciente de que Yamamoto estaba interesado en la base estadounidense de las islas Aleutianas, calibró la posibilidad de que este no se conformase con una gran operación, sino que prefiriera lanzar dos. El 13 de mayo fue una fecha crítica: los desencriptados dejaron claro que Pearl y las Aleutianas no eran la máxima prioridad entre los japoneses; en su lugar, lo serían las Midway, la base estadounidense más adelantada en el Pacífico, a 1200 millas al noroeste de Hawái. Un mensaje interceptado daba

instrucciones al buque de aprovisionamiento Goshu Maru para que recogiese el cargamento en Saipán y luego se dirigiera hacia AF. Rochefort recordó que ya en marzo algunas señales habían identificado AF como las Midway. Descolgó el auricular de la línea segura con Layton y anunció: «No está sentenciado, pero sí es peligroso». El oficial de inteligencia afirmó: «El hombre de ojos azules querrá conocer tu opinión al respecto».

Sin duda, a Nimitz le interesaba su parecer, pero andaba ocupado en otros menesteres. En la mañana del 14 de mayo, mandó al capitán Lynde McCormick, su nuevo oficial responsable de los planes de guerra, para que debatiese la posible amenaza sobre las Midway. En la Mazmorra, Rochefort y su equipo exponían sus descubrimientos en hojas de papel sobre caballetes: una serie de interceptaciones clave, junto con los igualmente importantes datos del análisis del tráfico, que expusieron ante McCormick. Sostuvieron una prolongada y apasionada conversación que continuó durante buena parte del día. Al final, McCormick regresó a la oficina de Nimitz y concluyó que, desde su punto de vista, Rochefort había dado en el clavo. Aunque la Hypo no consiguió el orden de batalla japonés completo, parecía evidente que Yamamoto pretendía asignar cuatro portaaviones a las tareas de apoyo en el asalto anfibio sobre las Midway.

Este fue un debate de la mayor importancia y delicadeza, del cual se informó a Washington. La posición estratégica de Estados Unidos en el Pacífico continuaba siendo relativamente débil al tiempo que la flota japonesa exhibía gran solidez. En medio de los millones de millas cuadradas de océano, la mayoría de buques de guerra necesitaban veinticuatro horas para recorrer entre seiscientas y setecientas millas. Con solo dos portaaviones disponibles, tres a lo sumo, Nimitz no podía dividir las fuerzas. Si quería entrar en combate con el enemigo, debería jugárselo todo a una sola mano. Un error en los cálculos del destino previsto para el grueso de la fuerza aérea naval japonesa resultaría prácticamente imposible de subsanar a tiempo de evitar un nuevo desastre para el ejército estadounidense. El almirante Ernest King, jefe de operaciones navales, fue de escasa ayuda para su comandante en jefe en el Pacífico en la toma de decisiones. Aunque King se mostraba partidario de entablar combate contra los japoneses siempre que fuera posible, también temía emprender una acción que pudiera implicar un mayor desgaste para la ya peligrosamente limitada flota de portaaviones y cargueros estadounidenses.

La Oficina de Inteligencia Naval continuaba creyendo que el blanco más probable escogido por el enemigo sería la isla de Johnston Island, un atolón a 720 millas de Pearl; otro reflejo más de la lamentable coordinación de la Marina: la ONI no sabía que Rochefort ya había identificado Johnston como la designación japonesa «AG». Entre tanto, la estación Cast en Melbourne

pensaba que Yamamoto orientaría a su fuerza principal contra una isla en las Marshall. Layton continuaba obstinado en su idea de que Pearl podía resultar uno de los blancos. Redman en Washington, que no sentía la menor simpatía hacia las opiniones de Rochefort con respecto a nada, lo rechazó sin más. El sábado 16 de mayo, sin embargo, quien verdaderamente podía influir en el curso de los sucesos estaba cada vez más convencido de que Rochefort tenía razón. Nimitz aceptó que los japoneses se dirigían a Midway, una suposición que se confirmó tras una importante interceptación recibida aquel mismo día en que se daba la posición de salida de los portaaviones japoneses. No obstante, tampoco esto bastó para convencer a Washington de que el objetivo eran las Midway. Rochefort se despidió de Redman y los suyos exasperado, catalogándolos como «esos payasos»; pero continuaban siendo sus superiores al mando.

A primera hora del 19 de mayo, se celebró una reunión improvisada en la base, alrededor de la mesa de Jasper Holmes. ¿Cómo podían disiparse las dudas con respecto a Midway? Fue Holmes quien ideó una solución que se puso en marcha de inmediato: la estación aérea de la Marina en Midway recibiría un mensaje cifrado por cable submarino, en el que se detallarían instrucciones para los operadores, quienes mandarían una señal de radio en claro a Pearl, informando sobre los problemas de la planta de destilado y solicitando suministros de agua fresca. Un estadounidense que no participaba del secreto exclamó furioso: «¡Esos capullos imbéciles de Midway! ¿Qué pretenden mandando un mensaje como este en claro?». El ardid de Holmes era brillante: la cuestión del agua resultaba lo bastante insignificante como para que se pudiera creer que se abordaba con señales sin cifrar, aunque el contenido era lo suficientemente interesante a ojos de los japoneses como para que estos reenviasen el mensaje al cuartel general de la Marina.

El 20 de mayo, Red Lasswell de la Mazmorra descifró el orden de operaciones de los japoneses en Midway; aunque los estadounidenses no lo sabían aún, este solo les revelaba una parte del plan de Yamamoto: no abrigaron la menor sospecha de que su fuerza principal de buques de guerra recorrería seiscientas millas por detrás del grupo de portaaviones, preparados para acercarse a la Flota del Pacífico y acabar con ella cuando esta apareciera en el campo de batalla de las Midway, tal como Tokio había previsto que sucedería. Nimitz les tendió entonces una pequeña trampa: se mandó al portahidros Tangier para que pudieran despegar aviones que protagonizarían un amago de asalto aéreo sobre Tulagi; esta maniobra dio el resultado esperado, al convencer a los japoneses de que un grupo de cargueros estadounidense debía encontrarse en su radio de acción y, por tanto, a miles de millas de las Midway.

Al día siguiente, el equipo de la Cast en Melbourne se declaró convencido de que Rochefort estaba en lo cierto. El 22 de mayo, el Despacho Conjunto del Extremo Oriente británico también llegó a la conclusión a partir de sus actividades de descifrado de que las Midway eran el blanco escogido por los japoneses. Sin embargo, en Washington, Redman y los de la Op-20-G estaban enfurecidos porque Rochefort hubiera persuadido a Nimitz para llevar a cabo el engaño de la señal de agua sin haber consultado primero. Stimson, en el Departamento de Guerra, afirmó que el ejército de tierra estadounidense continuaba dudando de la valoración de Rochefort y temía que la Hypo estuviera siendo víctima de un artificioso engaño japonés. Nimitz escribió con inquietud en su valoración del 26 de mayo: «nuestra única fuente de información es [la inteligencia de señales]… El enemigo podría estar engañándonos».

En aquellos días, Rochefort estaba sometido a una presión enorme. Aquel hombre difícil, al que todos detestaban, estaba poniendo en tela de juicio el parecer de la mayoría de sus iguales, sobre todo en Washington. Pocas veces en la historia tanto ha dependido de la palabra de un solo oficial de rango inferior. Si este cometía un error, Estados Unidos podría ser víctima de un desastre estratégico en el Pacífico. En la mañana del 27 de mayo, Rochefort se vistió con el uniforme recién planchado: tenía una visita programada con Nimitz y su equipo. Cuando estaba a punto de salir de la base en dirección al despacho del comandante en jefe, Joe Finnegan y Ham Wright descifraron una señal que identificaba los datos de los ataques japoneses: el 3 de junio contra las Aleutianas y el 4 contra las Midway. Estas noticias provocaron un retraso de media hora en la cita de Rochefort con Nimitz y un desabrido recibimiento. Se ordenó al desencriptador que expusiera lo que creía saber, sin detallar los medios por los que se había obtenido la información en presencia de los oficiales al margen del secreto de la Hypo.

Rochefort explicó sucintamente el plan de doble ataque japonés y sugirió, erróneamente, que la acometida contra las Aleutianas era una mera distracción: en realidad, era mucho más importante. A tenor de esta equivocada valoración, Nimitz mandó solo cruceros y destructores hacia el norte. No obstante, el comandante en jefe del Pacífico pudo decidir que sus tres cruceros salieran a la caza del enemigo en las Midway justo a tiempo para evitar que un terrible golpe cayera sobre los estadounidenses. Los japoneses cambiaron sus códigos e introdujeron el JN-25c. Fue un movimiento previsible, pero de resultas de aquello la mirilla de la Hypo quedaría cegada durante varias semanas, sin poder vigilar los movimientos de sus enemigos. Rochefort y los suyos, en los tensos días antes del 4 de junio, hubieron de basar una vez más sus conclusiones exclusivamente en el análisis del tráfico de las transmisiones del enemigo, y disponían de un número muy

reducido: Yamamoto había dictado a sus fuerzas de ataque silencio absoluto en las ondas.

La despreocupación estadounidense puso en peligro la trampa de Nimitz. Al partir sus buques al encuentro del enemigo, se fueron de la lengua: se produjo un incremento brutal del tráfico de radio de la Marina estadounidense, que los japoneses supieron detectar. Pero Yamamoto intuyó solo a un ratoncillo, cuando debería haber olfateado a una rata colosal. En uno de sus mayores desaciertos bélicos, decidió no romper el silencio de sus radios para informar al vicealmirante Chuichi Nagumo, al mando de su grupo de portaaviones, de que los estadounidenses podían estar tramando algo, podían incluso haber puesto rumbo a las Midway. En aquel momento, el temor de un comandante ante las posibles consecuencias de inundar las ondas con un torrente de Morse propició un peor desenlace que si hubiera actuado a la inversa. En Pearl, la tensión alcanzó unas cotas prácticamente insoportables durante las interminables horas del 3 de junio, mientras los aparatos de reconocimiento aéreo de las Midway seguían sin atisbar los buques enemigos esperados. Entonces, a las 5.30 horas, tal como había previsto Rochefort, por fin un hidroavión Catalina mandó una señal de capital importancia: se había avistado la principal fuerza de portaaviones del enemigo.

El triunfo estadounidense que se siguió no estaba en absoluto escrito. La destrucción de los cuatro portaaviones de Nagumo y la alteración en la balanza de la guerra del Pacífico se consiguieron gracias a una suerte fenomenal sumada a la pericia y el coraje de los pilotos de los bombarderos de la Marina. Aunque Nimitz demostró gran arrojo al asumir el riesgo que provocó el enfrentamiento, todo podría haberse resuelto en un desastroso desenlace a la inversa. Hasta el 5 de junio, la Hypo no descubrió que los buques de guerra de Yamamoto estaban cerca del escenario, de resultas de lo cual los grupos de portaaviones estadounidenses hubieron de retirarse apresuradamente en una prudente maniobra. Pero por encima de todo, el asunto de las Midway constituyó una victoria de la inteligencia que, junto a la brecha abierta por Bletchley en los códigos submarinos alemanes, comparte la condición de triunfo Aliado más influyente en materia de espionaje a lo largo de toda la contienda. Nimitz supo reconocerlo cuando ordenó que un coche recogiese a Rochefort y lo condujese a su celebración privada. El jefe de la Hypo tuvo una suerte funesta: llegó cuando los invitados ya se habían marchado. Sin embargo, Nimitz aprovechó luego la reunión del Estado Mayor para rendir tributo al desencriptador: «Este oficial es digno de gran parte del mérito por la victoria en las Midway».

Estas palabras fueron la recompensa que obtuvo Rochefort. Cuando se le propuso para la Medalla por el Servicio Distinguido, la mención fue anulada

por el contraalmirante Russell Willson, el jefe del Estado Mayor del CNO: «No coincido con la recomendación… Se limitó a utilizar con eficiencia las herramientas que se le habían concedido. Resultaría inadecuado condecorar con una medalla al oficial que, por azar, se hallaba en el puesto que permitía cosechar los beneficios, en un momento específico, a menos que esto hubiera sucedido durante el combate real contra el enemigo». Jasper Holmes escribió a propósito del ambiente en la Mazmorra después de Midway: «No hubo momentos de euforia desatada». Rochefort disfrutó de otro éxito importante como jefe de la Hypo: destapó el desembarco japonés en Guadalcanal el 5 de julio, lo que precipitó una respuesta espectacular y en último término victoriosa por parte de las fuerzas de tierra, mar y aire estadounidenses. También pudo advertir al mando de MacArthur de la voluntad de los japoneses de cruzar la cordillera de Owen Stanley y dejarse caer sobre Port Moresby.

Hasta la fecha, por lo que respecta a Washington, sin embargo, lejos de contemplar a Rochefort como el héroe de las Midway, se ha limitado a tacharlo de insubordinado al que todo el mundo detestaba. El 14 de octubre de 1942 fue destituido de su puesto y asignado al mando de un dique flotante en San Francisco. En su puesto como criptoanalista, lo sucedió el capitán William Goggins, un oficial sin experiencia en esta materia, al que se consideraba un administrador competente. Aunque todas las jerarquías son responsables de ciertas injusticias arbitrarias, este caso encierra una brutalidad y una mezquindad excepcionales. En el otoño de 1944, Rochefort se había recuperado lo bastante como para situarse al frente de la Unidad de Inteligencia Estratégica del Pacífico, pero falleció sin honores en 1976. Solo en 1985 se le concedió a título póstumo la condecoración de la Medalla por el Servicio Distinguido que se le había negado en 1942.

Que Rochefort y su equipo lograsen lo que consiguieron con unos recursos tan improvisados de que disponían fue un auténtico milagro. La enemistad entre el ejército de tierra y la Marina, que durante tanto tiempo había desunido a sus equipos de operaciones de desencriptado, empeoró aún más a consecuencia de la poca prioridad que se concedía a la inteligencia. En 1942, Bletchley y los departamentos del servicio de inteligencia británicos pusieron a trabajar a centenares de los mejores cerebros civiles del país, codo a codo con un puñado de soldados, marinos y aviadores de carrera, y los dotaron de una tecnología mucho más avanzada que la que se usaba en la Hypo o la Cast.

Rochefort no fue más que un criptolingüista y un analista con gran experiencia, pero no brillante, y su equipo lo conformaba un grupo de oficiales de la Marina hasta la fecha considerados inferiores. El relato de

posguerra que preparó el Centro de Inteligencia de Combate del Pacífico de la Marina estadounidense defendía con contundencia: «En los estadios defensivos de la guerra [1941-1943], la inteligencia de radio no solo constituyó la fuente más importante del espionaje en el Pacífico Central, sino que era prácticamente la única. Se apresaron muy pocos documentos o prisioneros de guerra. No había fotografías de las posiciones enemigas… Salvo las Salomón y Nueva Bretaña, los espías y los informes de los observadores de costa jamás suministraron ningún dato de inteligencia relevante[16]». El diario de operaciones del mando general de la Marina japonesa registraba con amargura después de Midway: «El enemigo ha intuido nuestras intenciones[17]». Pero ni por un segundo Yamamoto o sus oficiales consideraron la posibilidad de que sus cifrados se hubieran visto comprometidos; atribuyeron el desastre solo al infortunio de que sus portaaviones hubieran sido avistados por la aviación de reconocimiento estadounidense o por los submarinos.

Joe Rochefort no fue una figura indispensable per se. Tras su marcha, las operaciones de inteligencia y cifrado de la Marina de Estados Unidos ganaron en complejidad y eficiencia, aunque las dificultades para romper las variantes del JN-25 no se salvaron hasta 1944 y, en algunos casos, incluso más tarde. La industria artesanal de 1941-1942 devino en la FRUPAC —la Unidad de Inteligencia de Radio de la Flota del Pacífico—, un departamento en el que trabajaban quinientas personas, una herramienta formidable en manos de Nimitz. Pero Rochefort merece ser recordado como el hombre que cambió la historia, al tiempo que el honor de la Marina estadounidense quedó empañado por la vil ingratitud con que sus jefes lo recompensaron.

6

A trancas y barrancas: Los rusos en guerra

El centro se moviliza

Nadie que abrigue ilusiones con respecto a la pericia y omnisciencia de los servicios secretos rusos podría mantenerlas tras haber estudiado su historial de guerra. Sin duda no fue mejor, en modo alguno, que el de las democracias occidentales y, en algunos aspectos, resultó incluso peor. La invasión de Hitler el 22 de junio de 1941 desencadenó una inesperada crisis en las organizaciones de inteligencia estalinistas que, al igual que el Ejército Rojo, habían quedado maltrechas tras las recientes Purgas. Pável Sudoplátov obtuvo su recompensa por haber orquestado el asesinato de Trotski en agosto de 1940, así como otros actos del mismo cariz en los que participó con idéntica resolución: su nombramiento, un mes después del inicio de «Barbarroja», como director de la Administración de Funciones Especiales del NKVD, responsable oficialmente del «sabotaje, secuestro y asesinato de los enemigos», una descripción de sus atribuciones digna de una novela de Ian Fleming. Sudoplátov entregó a Beria una lista con el nombre de 140 oficiales de la inteligencia confinados en aquel momento en las prisiones o en el Gulag por delitos políticos, cuyos servicios resultaban de crucial importancia para el Estado, ya fuera en calidad de espías o como mentores de otros agentes. El nuevo director observó que en los archivos se indicaba que todos ellos habían sido detenidos por orden directa de Stalin o de Mólotov. Beria no quiso saber de la culpabilidad o la inocencia de los presos y se limitó a preguntar: «¿Está

seguro de que los necesitamos?»[1]. Su interlocutor respondió: «Sí, estoy totalmente seguro» y acto seguido recibió instrucciones para organizar las excarcelaciones. Por desgracia, como Sudoplátov señaló con indiferencia en sus memorias, resultó que tres de los mejores hombres ya habían sido ajusticiados. El resto reanudó sus funciones en la inteligencia en diverso estado, algunos aliviados, otros traumatizados.

Si bien los oficiales del NKVD vivían una existencia precaria, también disfrutaban de las gratificaciones otorgadas a los funcionarios privilegiados en el estado soviético, como sucedía por ejemplo con los hijos de los «ilegales» que operaban en el extranjero, a quienes se admitía en la universidad sin tener que superar los exámenes de ingreso. Sudoplátov se había instalado en una casa relativamente espaciosa de la calle Gorki, en el piso superior de la tienda de deportes Dynamo, en una manzana ocupada exclusivamente por soldados del servicio secreto del Kremlin, donde vivía también Vsévolod Merkúlov, el jefe de la inteligencia en el extranjero. En junio de 1941, muchos de los sospechosos políticos que habían sido liberados en masa para incorporarlos de nuevo en sus cometidos de inteligencia se alojaron provisionalmente con Sudoplátov, su salvador. Una noche, Merkúlov telefoneó inopinadamente y anunció que bajaría para tener una charla con ellos. Los oficiales recién liberados fueron conducidos a toda prisa al dormitorio, donde se mantuvieron ocultos no fuera que su presencia allí resultase inconveniente[2]. Sudoplátov sabía protegerse lo suficiente como para haber tenido el cuidado de no firmar personalmente los documentos de rehabilitación. Ordenó que Fitin lo hiciera en su nombre, lo cual —según dijo él mismo—, probablemente fue su salvación en 1946, en un momento en que su propia supervivencia pendía de un hilo.

En algunos casos, los agentes de inteligencia rescatados del Gulag se alegraron de su nueva condición de hombres libres demasiado pronto. Uno de ellos, Iván Kavinsky, bailó en el piso de Sudoplátov luciendo su terno, en sustitución de los pantalones de mezclilla que había llevado en la prisión. «¡Qué maravilloso —se regocijaba— verse reconocido por fin como un patriota!». Horas más tarde fue destinado a Jitómir, una ciudad del centro de Ucrania que en poco tiempo se vería invadida por los alemanes, como agente de la Resistencia, donde los locales no tardaron en traicionarlo, como a tantos otros agentes de Moscú. Kavinsky acudió a una cita que al punto reconoció como una trampa y se suicidó de un disparo. El resto de integrantes de su célula cayó en un tiroteo posterior con la Gestapo. Del mismo modo fueron eliminados otros muchos destacados miembros del NKVD a manos de los alemanes. Uno de los ardides más cínicos de Beria se produjo en agosto de 1941: se lanzó a un grupo de agentes del NKVD, disfrazados de paracaidistas nazis, sobre la región autónoma alemana del Volga, con intención de probar

la lealtad de sus ciudadanos. Aquellos pueblos en que se ofrecía cobijo a los recién llegados fueron masacrados por entero; la población superviviente de toda la región acabó deportada en Siberia y Kazajistán.

Algunos oficiales de inteligencia a quienes se había liberado por los servicios prestados en la guerra habían sufrido indecibles penurias en las cárceles a donde ellos acostumbraban a mandar a otros. Dmitri Bistroletov, uno de los mentores en Berlín antes de la guerra, fue torturado con una bola que pendía de un cable de acero y se balanceaba. En 1939, tras la firma de su confesión, fue condenado a veinte años de confinamiento. Su esposa Shelmatova quedó presa en el Gulag, donde se dio muerte degollándose con un cuchillo de cocina; su anciana madre, por su parte, ingirió veneno. Cuesta imaginar que la rehabilitación trajera mucha felicidad a aquellas gentes[3]. El caso de Piotr Zubov es otro ejemplo; este cayó en desgracia al fracasar en su intentona de golpe en Yugoslavia. Sudoplátov había elogiado las cualidades de Zubov como oficial de inteligencia desde 1939, por no hablar del importante papel que representó en el ascenso de Beria al poder[4]. En prisión, se negó a confesar delitos contra el Estado que no había cometido, aun después de que le partiesen las rodillas con un martillo, una lesión que lo dejó lisiado de por vida. Zubov compartió confinamiento en la misma celda de la prisión de la Lubianka que el coronel Stanislas Sosnowski, el exjefe de la inteligencia polaca en Berlín, y su compatriota el príncipe Janusz Radziwiłł. El NKVD trató de recuperarlos a ambos en beneficio propio y el cometido de Zubov en esta empresa permitió a Sudoplátov garantizarle la libertad. Zubov se convirtió en uno de sus jefes de sección, siempre renqueante en la Lubianka.

Sosnowski comenzó a trabajar para los rusos, quienes trataron de explotar sus antiguos contactos en Berlín, mujeres en su mayoría. Su antigua red había sido desarticulada por los nazis en 1935, cuando él mismo fue encarcelado por los cargos de espionaje y hubo de ser testigo de la decapitación en la guillotina de sus agentes presos en Plötzensee. A la postre fue intercambiado por el líder de la reducida comunidad alemana en Polonia, pero fue expulsado tras un escándalo financiero. Vivía ya retirado cuando los rusos lo reclutaron en la invasión de 1939. Afirmó que solo conservaba en activo a dos de sus fuentes alemanas, que recuperó obedeciendo las órdenes del NKVD. Sudoplátov sostuvo que hasta 1942 había proporcionado cierta información de valor a sus carceleros y, en adelante, se lo retuvo en la prisión de la Lubianka alegando el consabido motivo soviético: «Era un hombre que sabía demasiado[5]».

El príncipe Radziwiłł, un expolítico de sesgo conservador de sesenta años de edad, fue instruido personalmente por Beria, porque se creía que contaba con amigos entre los círculos del poder nazi, Göring entre ellos. Cuando el

NKVD verificó que el príncipe estaba bajo su control, le permitió regresar a Berlín. Beria le dijo: «Los de su condición, príncipe, siempre nos resultarán necesarios[6]». Pero los rusos sobreestimaron la intimidad del noble con el mariscal del Reich y, de hecho, su valía en general como agente de inteligencia. Radziwiłł interrumpió el contacto con Moscú en 1942, y tres años más tarde pagaría por ello, al caer de nuevo en las garras soviéticas, en este caso acompañado de su esposa, que falleció interna en una prisión rusa. Los nutridos bienes de la familia fueron confiscados por el nuevo Estado comunista en Polonia.

Las tramas del NKVD oscilaban aún más que las del resto de operativos del común de los servicios de inteligencia entre la fantasía y el ridículo. Durante el invierno de 1941, por petición expresa de Stalin, se trazó un plan para asesinar a Hitler en el que se involucró al tiempo al príncipe Radziwiłł y a la actriz Olga Chejova, sobrina del dramaturgo y agente soviética, aunque poco eficiente, que por entonces tenía su domicilio en Berlín. El asesino principal iba a ser el agente «ilegal» del NKVD Igor Miklashevski, excampeón de boxeo. En diciembre de 1941, este logró entrar en Alemania fingiéndose desertor. La veracidad de su papel sería atestiguada por su propio tío, un opositor confeso a Stalin en el exilio.

La posterior carrera de Miklashevski roza el terreno de lo increíble: protagonizó un combate contra el héroe alemán Max Schmeling y se las ingenió para que el alemán saliera vencedor. Informó a Moscú de que, si bien parecía imposible llegar a Hitler, sería fácil asesinar a Göring. El Centro rechazó su propuesta porque, a su ver, acabar con Göring podría significar más una ayuda para el esfuerzo bélico nazi que para el soviético. Miklashevski permaneció en Alemania hasta 1944, año en que asesinó a su tío y huyó a Francia. Stalin por su parte retiró la orden de asesinar a Hitler, temeroso de que faltando él, los Aliados occidentales buscasen obtener una paz independiente con el líder sucesor. Tras la liberación de Francia, Miklashevski pasó dos años en Occidente, entregado a la caza de los renegados ucranianos «del ejército Vlasov» de la época de Hitler, luego regresó a Moscú y allí se dedicó al boxeo hasta jubilarse.

A medida que los alemanes ganaban terreno en su avance hacia Moscú, el NKVD puso todo su esfuerzo en organizar grupos de espionaje en la retaguardia para impedir la posibilidad de que cayera la capital. A tal efecto dispuso la demolición de instalaciones clave, entre ellas algunas dachas de miembros del Politburó. Tantos funcionarios del NKVD habían abandonado la prisión de la Lubianka, que el Grupo de Funciones Especiales de Sudoplátov se adueñó de algunos despachos para los saboteadores. Zoya Rybkina, una de ellos, describió cómo se vaciaron las cajas fuertes de archivos para luego llenarlas de nuevo con armas, municiones, brújulas, explosivos,

fusibles e incluso cócteles molotov. Durante la noche, los equipos enterraron arsenales de armas en los parques de la ciudad. «No regresamos a casa en cien días», escribió Rybkina, «dormíamos en refugios, con una máscara de gas por almohada[7]». Cada uno de los grupos de la resistencia adoptó una organización de tipo «familiar», con un «abuelo» o una «abuela» como cabeza, que por lo general era un bolchevique veterano elegido por el experimentado coronel Georgi Mordinov; otros eran antiguos integrantes de la Brigada Internacional en España, aunque la mayoría habían pertenecido al espionaje pero contaban ya con demasiados años para prestar servicio en la milicia. Los operadores de radio y criptógrafos eran los «nietos» y «nietas». En una ocasión, Rybkina se personó en el domicilio de Mordinov, en Begovaja, y se encontró al anciano revolucionario durmiendo sobre los bloques del explosivo trinitrotolueno, a modo de cama.

Los agentes más experimentados hacían lo indecible por reunir cargas suficientes para minar las grandes estructuras, como por ejemplo las estaciones de tren o el estadio del Dinamo. Sudoplátov relató en sus memorias que el grupo de Funciones Especiales podía recurrir a los servicios de una brigada motorizada de 20 000 hombres y mujeres que incluía a doscientos extranjeros de distintas nacionalidades, entre ellos alemanes, austríacos, españoles, norteamericanos, chinos, vietnamitas, polacos, checos, búlgaros o rumanos. Se jactó asimismo de contar con una unidad de paracaidistas en estado de alerta permanente para rechazar con su propio escuadrón de aviones de transporte a todo comando de ataque alemán que pudiera actuar, por ejemplo, contra el Kremlin. Se había reclutado también a una selección de los atletas más descollantes en la URSS y algunos de estos fueron destinados sin demora a la comisión de operaciones en la resistencia en áreas y situaciones que requerirían de unas aptitudes y una fortaleza físicas extraordinarias.

Sudoplátov no reconoce, sin embargo, que la mayoría de estas unidades de élite solo estuvo disponible en una etapa posterior de la contienda: en el invierno de 1941, la actividad del NKVD se limitaba a improvisaciones poco gloriosas. Un oficial ruso registró el caso de uno de los miles de «transfronterizos» desplegados en aquel momento, una hermosa joven ucraniana llamada Oksana. Por orden del 12.º Ejército Soviético cruzó las líneas fronterizas en la cuenca del Don varias veces. A la postre, se la denunció por haber desertado a las filas del Eje. Durante el interrogatorio posterior admitió haber sido apresada y que, para salvar la vida, optó por «aceptar la protección» de un oficial italiano. Al parecer, en este caso el tribunal soviético renunció a la pena capital y en su lugar la sentenció a una dilatada pena de cárcel, pero lo habitual era que todas estas personas, independientemente de su género, fueran ejecutadas sumariamente. Cuesta

creer que este fuera un proceso tocado por la misericordia, en el peor momento de la trayectoria soviética.

Con la nueva relevancia de las fuerzas especiales, Sudoplátov escaló en la jerarquía soviética. En febrero de 1942 fue nombrado comisario de la seguridad del Estado y teniente general y en agosto viajó con Beria y Merkúlov a la cabeza de una misión del NKVD al Cáucaso, a bordo de un avión C-47 suministrado por los estadounidenses para organizar el bloqueo de los puertos de montaña y las operaciones de resistencia y sabotaje. El jefe de las Funciones Especiales admitió más tarde que, sin entrenamiento militar, se sentía descolocado en primera línea de combate. Lo mismo les sucedía a sus colaboradores, a quienes se había elegido por sus habilidades de escalada y montañismo, no por su formación militar: quienes permanecieron en el Cáucaso y participaron en el combate sufrieron un gran número de bajas. Beria sugirió que el profesor Konstantín Gamsajurdia, un destacado intelectual local, debía ser designado para encabezar los grupos del Cáucaso. Sudoplátov consideró que se trataba de una idea terrible: Gamsajurdia solo aparecía en los libros del NKVD porque había entrado a formar parte del servicio en calidad de informador mediante una apresurada adscripción al movimiento nacionalista de liberación en Georgia años antes tras ser chantajeado. Cuando se encontró con el profesor en el hotel Intourist de Tiflis, quedó decepcionado: «Me pareció poco fiable y, por otra parte, su experiencia como agente no consistía en animar a la gente, sino en informar sobre ella. Estaba demasiado ocupado escribiendo poesía y lo que a su juicio eran grandes novelas en lengua georgiana como El rapto de la Luna, una saga medieval[8]».

Sudoplátov prefirió escoger para el papel de líder a un dramaturgo local llamado Georgi Machivariani, al cargo de la administración de una pequeña fortuna en oro y plata para financiar las operaciones de resistencia. Pero Tiflis jamás fue tomada por los alemanes. Una vez se hubo alterado el equilibrio en la guerra, el jefe del NKVD se confesó asombrado cuando Machivariani reembolsó el tesoro intacto, si bien no quiso pronunciarse con respecto a si aquella conducta era reflejo de la honradez o el terror. Al regreso de Beria y sus diputados en Moscú, Stalin los reprendió por haber entrado en la zona de combate. Necesitaba sus agentes de espionaje más cerca de casa.

El fin de Sorge

Japón asumió una importancia fundamental tras la invasión alemana de la Unión Soviética, una coyuntura que afligió profundamente a Sorge, como bien pudieron observar cuantos le rodeaban. Moscú necesitaba una respuesta

a la pregunta crítica: ¿serían los japoneses capaces de aprovechar la oportunidad de atacar a Rusia desde el este, obligando al Ejército Rojo a luchar en dos frentes? El informante de Sorge, Hotsumi Ozaki, ejercía una influencia notable al pertenecer a dos grupos asesores del Gobierno, desde los cuales se presionaba a Japón para que se desplazase hacia el sur, contra los europeos, en lugar de actuar contra los rusos. El 29 de junio, Max Clausen envió a Moscú un cable de Sorge dando noticia de que Japón estaba preparando una movilización de prueba para enfrentarse a Rusia, pero que el primer ministro Konoye seguía oponiéndose a la beligerancia. La visita rutinaria de la policía militar del Kenpeitai durante esta transmisión no pudo hacer un gran bien a la salud mental del operador.

El 10 de julio, Sorge comunicó a Moscú que mientras Japón continuaba con los preparativos para la guerra con la URSS, el principal objetivo de su política consistiría en proseguir con las negociaciones con Estados Unidos y planificar la guerra contra los imperios europeos. Tokio solo atacaría a la Unión Soviética en caso de desmoronamiento inminente. No obstante, es importante señalar que sus despachos se redactaban en un tono ambiguo y no concluyente. Así se refleja en el hecho de que mientras Sorge y Wenneker, el agregado naval alemán, pensaban que Japón no combatiría contra Rusia en 1941, Ott y su agregado militar disentían, en la creencia de que Tokio se convertiría en uno de los contendientes durante el otoño. Sorge afirmó varias veces que Japón probablemente se inclinaría por atacar la Unión Soviética tras la caída de Leningrado y Moscú, pero en ningún momento aseguró a Moscú de forma explícita y rotunda que Rusia estuviera a salvo de cualquier amenaza japonesa. Por el contrario, comunicó a los altos mandos su firme convicción de que la Wehrmacht entraría en la capital rusa en cuestión de semanas, lo que instaría a los japoneses, casi con seguridad, a atacar desde el este a los tambaleantes soviéticos.

Durante años se ha sostenido que la inteligencia de Sorge cambió el curso de historia, al permitir que Stalin trasladase nutridos contingentes desde el Este para controlar la embestida nazi en el otoño y el invierno de 1941. De hecho, la redistribución había comenzado ya en mayo. Una fuente rusa actual defiende que el Centro de Moscú recibió información de numerosas fuentes extranjeras a finales de 1941 que confirmaban que Japón no pensaba atacar Rusia, basándose en principio en los documentos de los archivos de la inteligencia en Moscú[9]. El 17 de julio, el NKVD en Londres envió el texto de un descifrado de Bletchley relativo a un telegrama del Ministerio de Exteriores japonés en que se anunciaba la decisión tomada durante una reunión imperial de no sumarse al ataque de Hitler sobre la Unión Soviética. Los despachos del espía de Tokio podrían haber mejorado la disposición de la Stavka para reducir las fuerzas del Ejército Rojo en Asia, pero como en todo

aquello vinculado a la inteligencia, fueron muchas las fuentes y los factores que influyeron en la decisión de Stalin, y la operación de decodificación que se describe a continuación también pudo resultar de peso. Los informes de los espías, por bien situados que estuvieran amén de sus historias románticas, jamás pueden ofrecer certidumbres a los líderes nacionales, ni siquiera probabilidades. J. C. Masterman, el director del Sistema XX británico, escribió: «Constituye un error suponer que una persona bien situada, amigable, próximo a un ministro del Gabinete o a un oficial del Foreign Office o a un agente de alto rango alcanza necesariamente el grado superior entre los agentes. Las observaciones personales de ministros o generales no entrañan gran convicción y es un tópico de la investigación histórica que, cuando se trata de conversaciones diplomáticas y rumores de embajadas, nos hallamos en el país de las mentiras[10]».

Sorge no pudo completar el rompecabezas estratégico más que cualquier otro agente, ni tan solo conseguir piezas del mismo modo que sucedía con las señales desencriptadas o los documentos apresados al enemigo. Podía ofrecer pistas y claves, por ejemplo acerca de las disposiciones del ejército japonés, aunque Ozaki consiguió un golpe importante al entregar detalles fiables con respecto a las reservas de petróleo japonesas. En julio, Ott envió a Sorge a Shanghái para investigar las perspectivas de una paz mediada entre Japón y China. A su regreso, Hanako le contó que la policía la había interrogado acerca de él. Cuando un agente volvió a visitar la casa al poco tiempo, Sorge se enojó hasta el punto de golpearlo. Esquivó la detención por el atropello, pero indudablemente se encontraba al borde del ataque de nervios.

Informó a Moscú de que los japoneses habían reforzado sus tropas en Manchuria, pero su material llegaba cada día en menor cuantía al GRU —como sucedió, por ejemplo, con un importante mensaje sobre la reducción de las reservas japonesas de combustible— porque el torrente de mensajes a la espera del cifrado y el envío superaban las capacidades de Clausen. El 20 de agosto, sin embargo, una señal llegó a su destino. Se informaba de que los líderes militares de Japón no estaban aún dispuestos a entrar en la guerra, a la espera de una victoria alemana determinante en el Oeste, pero concluía de forma poco clara: «Japón quizá no entre en la guerra este año, aunque no se ha tomado aún la decisión». En el mismo mes, Ozaki visitó Manchuria en calidad de destacado asesor para la gestión ferroviaria. El 14 de septiembre este presentó un informe a los rusos donde señalaba que los japoneses estaban reduciendo su apuesta militar inmediata en Manchuria, pero estaban construyendo una nueva carretera estratégica hacia la frontera con objeto de prepararse para una posible guerra con la Unión Soviética en 1942. El sábado 4 de octubre, un nuevo mensaje afirmó que un ataque japonés sobre Rusia era altamente improbable. Esta fue la última transmisión de Max Clausen.

El 10 de octubre de 1941, la Tokko arrestó primero a Tomo Kitabayashi y luego a Yotoku Miyagi, ambos exmiembros del partido comunista estadounidense. En las habitaciones de este último, los investigadores encontraron un informe relativo a las reservas de petróleo japonesas, una lectura insólita en manos de un artista profesional. Durante el interrogatorio, Miyagi se puso en pie súbitamente y saltó por la ventana con intención de suicidarse. Cayó desde un segundo piso, como el agente de policía que saltó tras él. Ambos hombres sobrevivieron. En el transcurso de un interrogatorio posterior, Miyagi confesó cuanto sabía y desveló los nombres de Clausen, Voukelitch, Ozaki y Sorge. Al principio, la Tokko desestimó la detención del último, dada su condición como destacado miembro en la embajada alemana. El 15 de octubre, sin embargo, se detuvo a Ozaki en su domicilio y, ya en la comisaría de Meguro, empezó a hablar casi de inmediato. Habló sin descanso ante sus inquisidores y declaró de forma confidencial el día 18, cuando el Gobierno Tojo sucedió al del príncipe Konoye: «Este es el Gabinete que va a la guerra contra Estados Unidos». Ese mismo día se arrestó a Clausen, Voukelitch y Sorge en sus casas. El operador de radio no intentó destruir los códigos y había guardado copias de decenas de mensajes transmitidos. En lugar de darse muerte a sí mismos, como esperaban sus captores, la mayoría de presos habló de un modo casi incontenible. Es aún objeto de debate si tal proceder se debió a las torturas o al muy probable agotamiento anímico. Todos ellos fueron interrogados en inglés.

Al principio solo Sorge resistió. Recibió una visita de Eugene Ott, que no solo estaba enfurecido contra la policía japonesa, sino también obstinado en no admitir la culpabilidad de su amigo. El 24 de octubre, sin embargo, el espía, se quebró inesperadamente. Escribió a lápiz: «He sido un comunista internacional desde 1925», y rompió a llorar. Sus interrogadores, abrumados por la andanada de revelaciones que se siguió, le proporcionaron una máquina de escribir. Sorge redactó un detallado relato de su experiencia que en gran medida se perdería luego en el fuego del bombardeo de Tokio en 1945. Solicitó a sus carceleros permiso para establecer contacto con Rusia e intentó preparar un canje, pero la embajada soviética devolvió una respuesta glacial. La misión alemana acusó el impacto y la onda expansiva alcanzó Berlín. Joseph Meisinger, de la Gestapo, cayó en desgracia por su atroz fracaso como agente de seguridad y Walter Schellenberg fue reprendido por Himmler. A Ott se le dio orden de regresar de inmediato y se informó incluso a Hitler. Sin embargo, como es habitual en el errático comportamiento de las tiranías, el Führer optó por no exigir sanciones drásticas. El embajador fue despedido, pero escapó de los verdugos que sin duda lo habrían esperado en Moscú de haber prestado servicio para Stalin.

Los espías, entre tanto, languidecían en las prisiones de Tokio. Durante la

Segunda Guerra Mundial, los japoneses utilizaron métodos de barbarie institucionalizada contra un gran número de enemigos en su poder. Es extraño, por lo tanto, el trato aparentemente humano que la Tokko y el sistema de justicia dispensaron a Richard Sorge y a la mayoría de miembros de su círculo, a pesar de los tres años que vivieron recluidos en las celdas de la prisión. Aunque todos fueron interrogados reiteradamente y, en ocasiones, con dureza, no disponemos de pruebas de la práctica de torturas tan habitual en las cárceles de Tokio; tampoco se persiguió o asesinó a miembros de sus familias o allegados. Probablemente, esta moderación se vio condicionada por la renuencia a provocar a Moscú de forma gratuita en un momento en que Tokio se encontraba cada vez más desesperado por evitar otro frente en la guerra. Voukelitch murió en la prisión de Hokkaido el 13 de enero de 1945, pero Clausen sobrevivió a la guerra y fue liberado el 8 de octubre de aquel mismo año. Voló a Moscú y posteriormente se retiró, junto a su esposa, en la Alemania del Este.

Los procesos contra Sorge y Ozaki se prolongaron hasta septiembre de 1943, momento en que ambos hombres pasaron a ser los únicos miembros de la red condenados a la pena capital. Las ejecuciones tuvieron lugar el 7 de noviembre de 1944 en la prisión de Sugamo, en Tokio. El alcaide, Kikuyasa Ichijima, asistió luciendo el uniforme de gala. Ozaki optó por vestir el kimono ceremonial negro junto con los tabi de idéntico color antes de cubrirse la cabeza y dejarse atar. Cuatro verdugos accionaron la trampilla al tiempo, por lo que nadie hubo de cargar con la responsabilidad de haber quitado la vida a otro ser humano; un gesto llamativo en un contexto de guerra, donde se estaba masacrando a decenas de millones de personas. Luego se llamó a Sorge, que vestía pantalones oscuros, una camisa de cuello abierto y una chaqueta suelta. El alcaide formuló la pregunta oficial: «¿Es usted Richard Sorge?». El condenado asintió y preguntó a su vez: «¿Es hoy?». Fue el turno del alcaide que también asintió. Sorge indicó que deseaba nombrar heredera de sus bienes a Anna Clausen, la esposa de su operador de radio; en consecuencia, esta recibió debidamente la suma equivalente en yenes a cuatro mil dólares estadounidenses; la servil lealtad que Hanako le había profesado no le fue correspondida. Se ofreció a Sorge el té y pasteles de rigor, que este rechazó y prefirió cambiar por un cigarrillo. Sin embargo, el director del centro penitenciario le comunicó que aquello contravenía el reglamento. El agente de la Tokko allí presente instó a que se le concediera este último deseo, pero Ichijima se mantuvo férreo en su decisión.

Sorge conservó la calma mientras lo ataban y súbitamente profirió en japonés, «Sakigun!», el Ejército Rojo; «Kokusai Kyosanto!», el Partido Comunista Internacional; «Kyosanto Soviético!», El Partido Comunista soviético. El testigo de la Tokko afirmó más tarde que el condenado parecía

murmurar una oración. Se han sugerido otras versiones de las últimas palabras de Sorge, pero esta parece la más verosímil: escogió el japonés, un idioma con garantías de que se le iba a entender, para dignificar sus acciones en el último momento de su vida. A las 10.20 horas se accionó la trampilla y diecinueve minutos después se le declaró muerto. Ni la embajada alemana ni la soviética deseaban tener nada que ver con el cadáver y, en consecuencia, fue destinado al cementerio de la prisión.

Como la mayoría de agentes secretos, Richard Sorge fue una persona singular que, debido a sus múltiples engaños y complicada vida, hubo de pagar el precio de una pesada carga emocional. Compartía no poco con Kim Philby: encanto personal y un atisbo de temeridad que, contra lo esperado, permitió a ambos hombres llegar a cumplir muchos años en sus respectivos papeles. Sorge continúa siendo célebre porque gozó de una personalidad muy notable y porque fue de los pocos espías —de hecho, el único entre los agentes alemanes, británicos o estadounidenses— que logró situarse en los círculos más elevados durante la guerra. Resulta mucho más incierto, sin embargo, que él solo cambiase la historia: «Todo está en constante movimiento de forma simultánea».

La segunda fuente

Suele considerarse que la detención de Richard Sorge y el desmantelamiento de su red supusieron el final de la penetración soviética en Japón durante la guerra. No obstante, las cosas no sucedieron así. El Centro disponía de otra fuente importante para los asuntos de Tokio y posiblemente también pudo acceder a parte de sus códigos. El capitán Sergei Tolstói, especialista en japonés del Quinto Directorado (de Cifra) del NKVD, se convirtió en el criptoanalista soviético más condecorado de la guerra, seguido de cerca por Boris Aronski[11]. Algunos escritores rusos sugieren hoy que el equipo de Tolstói suministró al Kremlin información con respecto a las intenciones de Tokio más fidedigna que la de Sorge. En octubre y noviembre de 1941, ocho divisiones de fusileros soviéticos, mil vehículos blindados y mil aviones se desplazaron al Frente Occidental. Los rusos afirman haber leído una instrucción fechada a 27 de noviembre y enviada desde Tokio al barón Ōshima en Berlín: «Reúnase con Hitler y Ribbentrop y explíqueles nuestras relaciones secretas con Estados Unidos… Exponga a Hitler que los principales esfuerzos japoneses se concentran en el sur y que deseamos abstenernos de llevar a cabo operaciones en el norte [contra la Unión Soviética]». Esta señal fue remitida supuestamente a Moscú por Kim Philby, a través de la estación londinense del NKVD. Lo único que parece cierto es que

en los meses siguientes al inicio de «Barbarroja» los rusos contaban con numerosos informadores además de Sorge que indicaban que su flanco oriental se encontraba a salvo[12].

Sus triunfos no pueden equipararse, ni remotamente, a los logros de Bletchley, Arlington Hall y la Op-20-G, porque no lograron fabricar bombas y jamás habrían admitido a un grupo de jóvenes tan heterodoxo en sus filas como el que fuera responsable de la operación británica. Expertos criptográficos occidentales defienden también que, para haber leído Púrpura de forma sostenida, deberían haber podido construir asimismo una réplica de la máquina como hicieran los estadounidenses y, sin duda, los soviéticos no disponían entonces de aquellas capacidades tecnológicas y no han dado muestra de ello; el OKW/Chi alemán fracasó en sus tentativas de romper Púrpura[13]. Cabe la posibilidad de que el cable de Tokio a Ōshima llegase a Moscú desde Washington o Londres, mediante un traidor estadounidense o británico, en lugar de haber sido decodificado por el Quinto Directorado.

Sin embargo, los rusos tuvieron más éxito en la lectura de tráfico de radio de mensajes menos comprometidos de lo que en ocasiones se reconoce. Hoy no cabe duda de que Izumi Kozo, el informante japonés, transmitió material de gran valía al Centro y su historia merece ser más conocida. Fue un lingüista con unas capacidades fuera de lo común, conocedor también de la lengua rusa y de la inglesa[14]. A la edad de treinta y tres años, en 1925, fue destinado a la embajada de su país recién inaugurada en Moscú. Allí alquiló una habitación en casa de Elizaveta Perskaya, viuda de un general con una hija, Elena, licenciada en Filología que trabajaba en la biblioteca del Ministerio del Interior. Kozo se enamoró de Elena y contrajo matrimonio con ella dos años más tarde. Como no podía ser de otro modo, la familia figuraba al completo en los libros de la OGPU, sobre todo porque el hijo de Elizaveta había sido ejecutado por actividades antibolcheviques.

Parece casi seguro que un agente ordenó a Elena iniciar su relación con Kozo. Cuando este fue reasignado al consulado japonés de Harbin, lo acompañaron su esposa, su suegra y un bebé. Más tarde, sin embargo, Elena interrumpió el contacto con el NKVD y se vio privada de su ciudadanía soviética. Al regresar Elizaveta a Moscú, fue detenida al punto y condenada a diez años de prisión por espionaje. La segunda hija, Vera, y su esposo murieron fusilados, aunque la información transmitida a la familia decía que se la había ingresado en un hospital psiquiátrico. Cuesta creer que la familia de Kozo tuviera muchos motivos de alegría en sus vidas.

En 1935, Izumi se convirtió en el tercer secretario de la embajada japonesa en Praga. Dos años más tarde, Elena se presentó en la embajada soviética local para solicitar oficialmente la restitución de su condición de ciudadana y regresar de este modo a su casa en Moscú, donde criaría a su hijo. Según dijo,

el niño no era de Kozo, aunque el diplomático lo había adoptado como tal. El Centro de Moscú consideró su petición. Se preguntó a la atribulada mujer si su esposo trabajaba en la inteligencia; ella respondió que solo sabía que él había estudiado francés y alemán y que pasaba mucho tiempo leyendo la prensa de los emigrados rusos. El NKVD concluyó que sus contactos debían tratar de restablecer la conexión con Elena, pensando que así lograrían acceder a los códigos diplomáticos japoneses. Jugaban con dos cartas a su favor: fueran cuales fueran los sentimientos de Elena hacia su esposo, este se había entregado completamente a ella y al niño; por otra parte, detestaba la agresiva política exterior de Japón.

El dinero representaba una segunda motivación para la señora Izumi, y tal vez también para su marido: durante una reunión celebrada en Praga el 3 de mayo de 1938, Elena ofreció siete libros de códigos japoneses a cambio de 10 000 libras esterlinas; el trato no se cerró y ella regresó a la embajada con el material bajo el brazo. En septiembre se reanudaron las negociaciones, esta vez por valor de 5000 libras y otras cien mensuales. No sabemos cuánto dinero recibió, pero el residente del NKVD en Praga obtuvo los siete libros de códigos y telegramas secretos que luego llegarían a Moscú y permitieron, según parece, que los soviéticos leyeran parte del tráfico diplomático de Tokio. En plena crisis tras el acuerdo de Múnich, las familias de la embajada japonesa fueron evacuadas a Finlandia, pero Kozo siguió en Praga hasta finales del mes de octubre. Pese a no ser un oficial de la inteligencia en nómina, llevaba a cabo algunos cometidos en el terreno del espionaje y en poco tiempo pudo desviar al cajón del NKVD los telegramas de algunos oficiales así como los pormenores de algunos agentes locales en Tokio. El 4 de octubre, entregó un lote de veinticinco mensajes de Berlín, veintinueve de Londres, trece de Roma y quince de Moscú. Una semana más tarde, proporcionó un memorando sobre la organización de la inteligencia japonesa en el extranjero. El NKVD, sin embargo, se mantuvo en una postura cautelosa con respecto a Kozo y optó por trabajar con su esposa, a quien sabían que podían controlar bien. Se designó a Zoya Rybkina, la experimentada agente de inteligencia a Helsinki en calidad de mentora.

Durante su primera reunión, Elena rogó a Rybkina que le permitiera regresar a casa, pero Moscú decidió que era una petición inaceptable porque su partida podría despertar sospechas en Tokio con respecto a Kozo. A lo largo de muchos meses en 1939, el diplomático japonés —cuyo nombre en clave era «Nerón»— desvió un torrente de informes al NKVD a través de Elena sobre la pretendida alianza militar japonesa con Alemania, incluidos los detalles de una conferencia en Berlín acerca de un asalto conjunto de la inteligencia en Rusia. Se acababa de solicitar a Kozo detalles del nuevo código del Ministerio de Guerra japonés cuando estalló la guerra ruso-finlandesa, y

se interrumpió la comunicación hasta la primavera de 1940. Acto seguido, el diplomático fue trasladado a Sofía, donde una hermosa mañana Elena se personó sin previo aviso en la embajada soviética y exigió ver al residente del NKVD. Les comunicó que su esposo deseaba reanudar sus actividades para Moscú, pero que ella quería el divorcio y volver a casa. Una vez más, el Centro no admitió la solicitud, si bien aceptó con los brazos abiertos el material de Kozo. En noviembre de 1940 este hizo entrega de los últimos códigos diplomáticos japoneses —por entonces, por supuesto, se usaba Púrpura— junto a otro material, y en abril de 1941 pasó aun otra serie de telegramas cifrados —un total de 302— que, según parece, permitió a Moscú leer parte del tráfico entre las embajadas de Tokio durante aquel verano.

En mayo de 1941, tras las imaginables escenas familiares entre el enamorado japonés y su esposa rusa, embargada por la amargura, se permitió al fin que Elena regresase a Moscú con su hijo. Tras su marcha, Kozo continuó remitiendo información pero jamás exigió dinero a cambio; indicó que los pagos fueran remitidos a Elena, aunque no sabemos a ciencia cierta si las cosas sucedieron de este modo. Entre sus entregas posteriores consta un informe del 21 de mayo en que se describen los debates germano-japoneses en Berlín relativos a un ataque sobre la Unión Soviética que debían iniciarse en el plazo de dos meses. El 22 de junio, tras el lanzamiento de «Barbarroja», Tokio cambió todos sus códigos diplomáticos, pero Kozo no tardó en ofrecer los nuevos para Europa gracias a su ascenso al puesto de encargado de negocios en Sofía. Continuó pasando a Moscú información relevante sobre codificación hasta 1944, cuando el caos desatado en Europa interrumpió la comunicación.

Tras la guerra retomó su trabajo para el NKVD, donde permaneció hasta 1952. Nada sabemos de la suerte que corrieron Elena o su madre. Mientras los archivos de inteligencia del NKVD y el GRU continúen siendo inaccesibles a los investigadores, es imposible conocer la cantidad de tráfico diplomático japonés que pudo leer Moscú. Como demostró la experiencia en Bletchley, no bastó para conseguir los pormenores de la tecnología y de los libros de códigos de cifrado enemigos: se requería un colosal aporte de naturaleza intelectual y de ayudas electromecánicas para leer las señales del adversario con la suficiente rapidez para que el Ejército Rojo pudiera sacarles algún provecho a nivel operativo. No obstante, dado el papel indiscutible de Kozo en calidad de informante, parece lógico suponer que su material permitió a los rusos acceder a, cuando menos, parte de la información que Sorge también mandó desde Tokio con respecto a la decisión japonesa de no atacar a Stalin hasta haberse desvelado el destino de la Unión Soviética. Y, a diferencia del espía, este continuó pasando códigos secretos hasta la última etapa de la guerra.

Gurévich toma un tren

Un cable del Centro a las estaciones de Moscú en el extranjero confirmó la noticia del 22 de junio de 1941: «La bestia fascista ha invadido la patria de las clases obreras. Debe usted desempeñar sus cometidos en Alemania al máximo rendimiento [firmado] El Director». Los agentes de las extensas redes de espionaje soviéticas en Europa se sintieron profundamente alterados, como no podía ser de otro modo, tras las primeras victorias alemanas, un tema habitual en sus conversaciones cada vez que se presentaba la ocasión. En Suiza, la «red de Lucy» redobló los esfuerzos y el número de informes. El 2 de julio, Aleksandr Radó informó de que Moscú era el principal objetivo de Hitler y que el resto de acciones de sus ejércitos no constituían sino una mera distracción. Los generales alemanes, sin duda, así lo deseaban, lo cual puede ayudar a explicar la información que Radó recibió desde Berlín. En realidad, sin embargo, para mayor furia del Estado Mayor de Hitler, el dictador alemán insistía en arremeter contra el sur con idéntico vigor, fijando las miras en el petróleo del Cáucaso. El 7 de agosto, Radó citó un aserto del embajador de Japón en Berna en el que este aseveraba que, sin duda, su país atacaría a la Unión Soviética cuando Alemania se alzase victoriosa. Antes de «Barbarroja», Alexander Foote transmitía a Moscú únicamente dos veces a la semana, a la 1 de la madrugada. Más adelante, despacharía mensajes con una frecuencia casi diaria, algunos de ellos con detalles del orden de batalla alemán.

La financiación pasó a representar un obstáculo para los espías cuando Rusia entró en la guerra, puesto que los fondos no podían canalizarse a través de sus misiones diplomáticas. El dinero era vital para la red, entre otras cosas porque «Lucy» —Rudolf Rössler, el mercenario— no cantaba sin él. En una ocasión, el Centro dio instrucciones, en un gesto absurdo, a Alexander Foote para que este se desplazase a Vichy donde recibiría uno de los pagos, como si un inglés pudiese pasear a placer por el territorio enemigo. A la postre, Moscú ideó un sistema de ingreso de los fondos en un banco estadounidense que a su vez transfería las cantidades estipuladas a su sucursal en Ginebra. Fue un movimiento provechoso para los estadounidenses, que obtenían un beneficio del 100% en cada transacción gracias al tipo de cambio oficial dólar-franco en sustitución del valor real del mercado negro. Por este sistema se transfirieron centenares de miles de dólares, aunque el Centro jamás confió a un agente más de 10 000 de una sola vez, por miedo a que la tentación de «establecerse por cuenta propia» resultase excesivamente tentadora.

Moscú presionó reiteradamente a Rössler, a través de Radó, para que este

revelase sus fuentes, pero el mercenario se negó a ello con idéntica terquedad. El doctor Christian Schneider, un emigrado alemán cuyo nombre en código era «Taylor», se unió a la empresa de Rössler. Para probar su valía, se lo invitó a identificar las formaciones alemanas desplegadas en el Frente Sur de Rusia así como a determinar el número de prisioneros de guerra de la Wehrmacht en manos soviéticas. Cuando acertó en ambas respuestas, Moscú quedó sumamente impresionado. El jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht, Franz Halder, se encolerizó más tarde por las filtraciones del OKW y el OKH: «Casi todas nuestras ofensivas fueron advertidas de antemano al enemigo, aun antes de que estas llegasen a mi escritorio[15]». Quién fuera la extraordinaria fuente de información de Rössler es, aún en nuestro siglo, objeto de especulaciones. Él mismo indicó que contaba con una serie de contactos en el alto mando alemán. El jefe de la inteligencia en el Frente Oriental, Reinhard Gehlen, sostuvo más tarde, sin mucha lógica, que Martin Bormann estaba a sueldo de Rössler.

Concluida la guerra, Radó reveló que las fuentes que había defendido junto con Rössler tan celosamente y durante tanto tiempo eran tiras de papel perforado[16]. A lo largo de todos y cada uno de los días en que se desarrolló la contienda, se enviaron más de 3000 mensajes de teletipo sin cifrar desde el centro de comunicaciones del OKW al Führerquartier; se transmitían en claro puesto que se hacía por medio de una línea fija considerada segura. Uno de los agentes de Rössler persuadió a dos de las operadoras de la máquina para que le pasasen las tiras «usadas» que debían destruirse. De este modo, el espía recibió copias de unos 4500 mensajes de la máxima confidencialidad y ochocientos informes especiales, que un correo entregaba posteriormente en Suiza[17]. Si esta versión de los hechos es exacta, entonces los subagentes nominales de Rössler, los denominados «Olga», «Werther», «Teddi», «Anna» y «Fernando» no fueron, en realidad, sino meros papeles.

Jamás llegaremos a conocer la verdad. La única certidumbre es que Rössler suministró a Radó un asombroso volumen de información de alto secreto —que luego este remitiría a Moscú— del cual se han publicado los fragmentos interceptados por el Abwehr. Fue él quien advirtió en marzo de 1943 de las intenciones de Alemania con respecto a la arremetida sobre Kursk. El 15 de abril pasó la orden operativa de Hitler para lanzar la ofensiva; luego, los días 20 y 29 de abril comunicó sucesivas demoras y, por último, informó de que la «operación Ciudadela» estaba prevista para el 12 de junio. El 17 de abril catalogó las nuevas formaciones acorazadas y de infantería en proceso, con sus ubicaciones e identificaciones; una señal del 28 de junio detallaba el orden de batalla de la Luftwaffe, mientras que en otra se daba cuenta de la producción de tanques Panzer. El 25 de septiembre proporcionó las actas de un congreso de economía celebrado en el cuartel general de

Hitler. Por más inverosímil que parezca la historia de Radó del robo de tiras de teletipo, solo así, o en otra versión tan asombrosa como esta, se explica la calidad de aquellos materiales. Aunque lo logrado por la inteligencia del círculo suizo no iguale en volumen y precisión a la obtenida por los británicos en Bletchley Park, sí proporcionó a los rusos un material incomparablemente superior al que los alemanes consiguieron con respecto a las operaciones militares aliadas.

Las pruebas sugieren, sin embargo, que Moscú estimó los triunfos de la red de Lucy en menos de lo que realmente valían. En concreto, en lugar de reconocer las incoherencias y las imprecisiones como el reflejo de los cambios de planes en Berlín, la habitual y corrosiva paranoia soviética extendió la convicción cada día más instalada en las mentes del NKVD —que no desapareció hasta el fin de la guerra— de que Rössler y Radó del GRU participaban, a sabiendas o no, en un ardid de los nazis. El viraje más fantástico tuvo lugar cuando se dispararon las sospechas soviéticas al descubrir que parte del material alemán transmitido por los traidores británicos coincidía con el que provenía de Suiza. ¿Podrían ser «Lucy» y sus colegas parte de un elaborado complot británico? Nadie en Moscú —según las indagaciones realizadas hasta la fecha— dio con la verdadera y simple explicación: que los agentes suizos del GRU estaban reenviando parte de las señales alemanas que también se interceptaban en la Escuela de Código de Bletchley Park.

La comunicación entre la Orquesta Roja y Moscú se perdió entre junio y noviembre de 1941, cuando la Wehrmacht se adentró hacia territorio ruso, lo que situaba a los operadores de radio del NKVD fuera del alcance de los débiles transmisores de sus agentes en Berlín. Para Moscú, recuperar el contacto con Harnack, Schulze-Boysen y «Breitenbach» pasó a ser una cuestión prioritaria y, si era posible, descubrir qué había pasado con su red en Praga, que también había enmudecido. Para ello el Centro infringió todas las reglas del espionaje al ordenar a Leopold Trepper del GRU que hallara los medios para ponerse en contacto con las redes del NKVD en la capital de Hitler. Aunque los espías que transmitían cables informativos estaban fuera del alcance de Moscú, si disponían de los códigos y horarios pertinentes, podrían transmitir mensajes a Bélgica y que desde allí fuesen remitidos al Centro. En septiembre, Trepper regresó a Bruselas desde París para discutir este encargo con Anatoli Gurévich, «monsieur Kent».

El triunfo más destacado de Gurévich desde 1940 había sido la creación en Bélgica, con el dinero de Moscú y préstamos de algunos amigos, de una nueva empresa comercial denominada «Simexco» e instalada en unas elegantes oficinas alquiladas en la Rue Royale, como tapadera para la red; y, a

la postre, también unos beneficios nada desdeñables. Compró un coche de empresa y contrató a un chófer. Trabajó con energía para establecer relaciones con los nuevos amos alemanes de Bruselas, la mayoría de los cuales se demostraron fáciles de corromper, en especial el alcalde Kranzbühler, una figura prominente en la administración nazi que suministraba alegremente pases y salvoconductos para el toque de queda, además de cartas de recomendación al director general de la compañía, quien demostró un gran interés por colaborar. Gurévich cimentó la buena voluntad de Kranzbühler por arreglar el aborto de la amante local del alemán. Con su propia amante Margaret Barcza en el papel de anfitriona, el agente del GRU comenzó a ofrecer entretenimiento a los alemanes y sus colaboradores, quienes disfrutaban de la generosidad del Centro. En el mercado negro adquirió cupones de gasolina, lo que le permitió desplazarse hasta el campo, junto con Margaret, para comprar jamones, pollos, mantequilla y otros manjares similares, entonces fuera del alcance de los belgas de a pie.

Estableció relaciones comerciales con empresas alemanas deseosas de entrar en los productivos mercados de la Europa ocupada, y en especial con la organización Todt de los nazis. De esta última obtuvo una gran partida de cucharas y tenedores a bajo precio que usarían los numerosos presos políticos y prisioneros militares de Alemania. La sucursal de Simexco en París, la denominada Simex, abrió una oficina encima del famoso restaurante Lido, donde recibió a muchos de los agentes de Trepper. Si bien es cierto que esta operación, importante y costosa, sirvió para encubrir a las redes GRU, no cabe duda de que Gurévich, el hijo del farmacéutico de Járkov y antes incondicional del movimiento de los Jóvenes Comunistas, disfrutó enormemente de su personaje del hombre de negocios rico, apuesto y señor del mercado negro.

No ofreció ningún testimonio con respecto a la actitud que profesaron hacia él o hacia los de su red los belgas de la calle, que odiaban el régimen de ocupación y vivían aterrorizados por los nazis, pero resulta fácil de imaginar. No disponemos de muchas pruebas sobre lo que los informadores de la inteligencia «de Kent» recogieran para Moscú, pese a que él sostenía que sus contactos con la Todt le permitieron unirse a la «red de Lucy» para advertir de la inminente invasión de Rusia. Lo que sabemos con seguridad es que la financiación de las redes del Centro se interrumpió de forma repentina en junio 1941 tras la expulsión de los diplomáticos soviéticos en la Europa occidental. En adelante, Gurévich y Trepper dependerían del dinero conseguido gracias a los beneficios de Simexco y Simex. En un giro irónico de los acontecimientos, ambos agentes hubieron de convertirse en enérgicos empresarios capitalistas de éxito al tiempo que llevaban a cabo sus cometidos como recopiladores de datos de la inteligencia para los comunistas.

Fue en septiembre de 1941 cuando Trepper preguntó a Gurévich si alguien de Simexco podría encontrar una excusa creíble para visitar Praga y Berlín. «Kent» dijo que él era la única persona con cobertura y contactos para conseguir las autorizaciones necesarias. Comenzó a organizar una jornada campestre por todo lo alto para sus amigos alemanes, seguida de una cena en su propio domicilio en la que habló a Kranzbühler del pretendido viaje de negocios. El oficial nazi respondió sin dudarlo que «Vicente Sierra» siempre había resultado de utilidad para los intereses alemanes; estaba seguro de que se le podrían proporcionar los documentos necesarios. Y así fue. En octubre de 1941 Gurévich viajó sin obstáculos a través de Alemania hasta la Praga ocupada, donde se dedicó a efectuar un minucioso reconocimiento de los domicilios que Moscú le había indicado. Lo que encontró no fue de su agrado. No halló respuestas en los lugares que visitó, lo cual suscitó en él una inquietud instintiva y decidió alejarse. Su corazonada era acertada: los alemanes habían atrapado al grupo del GRU de Praga unos meses antes.

Gurévich se trasladó a Berlín y se alojó en el gran hotel Excelsior. Acto seguido, se puso en contacto con las personas indicadas por el Centro: Ilse Stöbe, Harro Schulze-Boysen, Arvid Harnack y los demás. En respuesta a una llamada telefónica, la madre de Stöbe le dijo que Ilse estaba en Dresde y era imposible localizarla. Más tarde intentó contactar con Kurt Schulze, el extaxista que actuaba como operador de radio de la red de Stöbe, esta vez con más éxito. Visitó la casa de Schulze y pasó varias horas organizando los nuevos horarios para las emisiones de radio y suministró asimismo la frase pertinente del libro para el encriptado de los mensajes.

A continuación, Gurévich salió para llevar a cabo un reconocimiento de la casa situada en el número 19 del Alternburger Allee, que describió como «una gran e imponente mansión», la casa de los Schulze-Boysen[18]. De vuelta en el Excelsior, sin llegar a entrar verificó que nadie lo seguía, y destinó la mañana a reuniones de negocios en nombre de Simexco. Aquella noche, por fin, llamó por teléfono a los Schulze-Boysen y pasó la contraseña acordada a la esposa de Harro, Libertas. Ella lo invitó a visitarlos; su marido estaba en su puesto en el Ministerio del Aire, pero ella se alegraría de verlo. Gurévich sugirió que era preferible reunirse en una estación del metro cercana y dar un paseo. Lo identificaría sin dificultades por el cigarro y el maletín de cocodrilo. Cinco minutos más tarde «una elegante mujer» que caminaba apresurada se le acercó sin titubeos y le tendió la mano. «Llámame Libertas», dijo. Su amabilidad disipó la aprehensión del ruso. Quedó impresionado por su profesionalidad: ningún observador, dijo, habría sospechado que se veían por primera vez. «Yo nunca olvido que estoy representando un personaje», dijo ella. Añadió que su marido llevaba tiempo esperando la llegada de «Kent» y que deseaba que el hombre de GRU se reuniese con algunos de sus amigos.

La red se hallaba en plena forma, sostuvo ella: «todos estamos sanos y salvos», trabajando duro y absolutamente comprometidos con nuestros ideales comunes. Sin duda, la vida no era fácil, «pero el futuro parece más brillante hoy que ayer» gracias a la llegada del agente soviético.

La mujer le advirtió que no volviera a llamarla, pues sospechaban que su línea estaba interferida; a pesar de su fluido alemán, el acento de Gurévich era a todas luces extranjero. Ella quiso saber su nombre, lo que provocó un momento de timidez en el agente que se veía incapaz de corresponder a la franqueza de ella. «Llámame Valdés», respondió. Ambos rieron. Libertas habló de su trabajo en el Ministerio de Propaganda, donde colaboraba en la producción de películas de dibujos animados para el régimen. Le advirtió de que su atuendo, que el hombre del GRU tenía en mucho, lo distinguía como extranjero. Luego se separaron y el ruso regresó al Excelsior.

La noche siguiente, en plena tempestad de nieve, se dirigió a una cita pactada donde estuvo al borde de un ataque cardíaco al acercársele un agente uniformado. Harro Schulze-Boysen, de la Luftwaffe, se presentó con entusiasmo: «Encantado de conocerle[19]». Llevó a Gurévich a su casa donde cambiaron sus zapatos por las zapatillas ya a resguardo de la vista de los demás. El visitante fue conducido a una hermosa biblioteca donde pudo ver libros rusos al lado de otros en alemán, entre ellos varias publicaciones soviéticas. Difícilmente se podía decir que Schulze-Boysen ponía esmero en la seguridad, si bien este alegó poder justificar aquellas lecturas ante la Gestapo como material necesario para su cometido en el Ministerio del Aire. Le confió a Gurévich que no solo era amante de la poesía sino también poeta, pese a que las circunstancias no eran las propicias para su musa. Le ofreció un vaso de vodka y observó con laconismo: «botín de guerra». Luego se sentaron para la cena.

Durante la charla posterior, reflexionaba Gurévich más tarde, «no pude deshacerme de una sensación de irrealidad. Parecía totalmente increíble que, en pleno reinado del terror, en un momento en que todos espiaban a todos, un grupo de hombres hubiera logrado penetrar con éxito en los órganos del Estado y de las fuerzas armadas, aun a riesgo de sus vidas, para que Alemania pudiese recuperar el honor y el pueblo alemán la libertad[20]». Pasó un momento difícil cuando Schulze-Boysen le preguntó a boca jarro cómo era posible que Rusia se hubiera dejado sorprender en junio de 1941, cuando su propio grupo había advertido en repetidas ocasiones de la inminencia de la «operación Barbarroja». Ni «Kent» ni nadie más salvo Stalin podían dar una respuesta.

Gurévich recordó que, en una conversación a solas con Schulze-Boysen, cuando Libertas los dejó después de cenar, acordaron que no había motivo para que él se reuniera con el resto de miembros del grupo; bastaba con que

el visitante proporcionase las instrucciones esenciales para las comunicaciones a Kurt Schulze. Se separaron con cálidos abrazos y el ruso regresó a su hotel. Luego dedicó unas horas a redactar un detallado informe sobre la conversación para Moscú, usando tinta secreta y un cuaderno de bolsillo. Sin embargo, al llegar a Bruselas en los primeros días noviembre de 1941 descubrió que sus notas «invisibles» se leían perfectamente, tal vez por haberse visto expuestas al calor del vagón en el tren del viaje a Berlín; «Kent» habría estado a merced de cualquier policía fronterizo inquisitivo. Fue aquel un episodio de humor negro, propio de los avatares de los agentes de espionaje. Pero tal cosa no llegó a suceder y sobrevivió al peligroso trayecto, ileso. Mandó el extenso documento a Moscú donde daba detalles de los apuros en que se hallaban las fuerzas armadas alemanas en Rusia, según lo descrito por Schulze-Boysen. La información llegó, supuestamente, a ojos de Stalin, pese a contener algunos datos falsos y terriblemente perjudiciales: la afirmación de que Canaris había triunfado al reclutar para la causa del Eje a André Dewavrin, el «coronel Passy», jefe de la inteligencia de Gaulle en Londres.

Las redes de Berlín comenzaron entonces a transmitir a Moscú a través de los transmisores del grupo de Trepper. Durante los meses siguientes, los alemanes recogieron sus señales. Aun sin conocer las identidades de Harnack, Schulze-Boysen o cualquiera de los contactos, dedujeron que estos eran agentes comunistas, quienes despachaban con Moscú, y los bautizaron como Die Rote Kapelle: la Orquesta Roja. Este nombre la distinguió de otro enemigo importante secreto del régimen: Die Schwartz Kapelle, la Orquesta Negra, el nombre con que se conocía a quienes luchaban para acabar con Hitler.

Entre los primeros frutos de las renovadas labores de la Orquesta, según se informó al Comité de Defensa del Estado de Stalin el 2 de diciembre de 1941, se contaba un dossier relativo a las reservas de combustible de la Wehrmacht, que llegarían hasta febrero o marzo; luego, los alemanes esperaban poder explotar los pozos petrolíferos soviéticos de Maikop. Moscú supo que la Luftwaffe había sufrido graves pérdidas, especialmente en Creta, y que su fuerza útil había quedado reducida a 2500 aparatos. Un nuevo informe de diciembre advertía de una variante recién aparecida del Messerschmitt, armado con dos cañones y dos ametralladoras, con una fuerza de 600 kph; una bomba antiaérea de proximidad; y de la evolución de los trabajos de desarrollo de aviones impulsados por hidrógeno-peróxido. La Rote Kapelle afirmó que el Grupo de Ejércitos B atacaría sobre un eje que cruzaba por Vorónezh en la primavera, como en efecto sucedió[21]. Berlín tenía planeado completar sus concentraciones de tropas el 1 de mayo para avanzar sobre el Cáucaso. El 17 de enero, la Stavka —el alto mando de las

fuerzas armadas— también recibió de Bucarest una interceptación de un telegrama italiano cifrado en el que se hablaba del bloqueo del tráfico de los ferrocarriles rumanos, para permitir el tránsito de centenares de convoyes ferroviarios de tropas alemanas con destino al sur de Rusia.

Los rusos fueron advertidos de un ardid alemán —el denominado «Kremlin»—, previsto para generar la expectativa de que las fuerzas de Hitler reiniciarían su asalto de invierno sobre Moscú: evidentes reconocimientos de la Luftwaffe sobre los accesos de la ciudad, una orden de ataque falsa con fecha de 29 de mayo de 1942, firmada por el mariscal de campo Kluge del Grupo de Centro del Ejército. El 23 de marzo, el GRU afirmaba: «Este verano los alemanes no solo intentarán llegar al Volga y al mar Caspio, sino también emprender colosales operaciones contra Moscú y Leningrado[22]». La Orquesta Roja continuó insistiendo en que Moscú constituía un objetivo secundario y que los objetivos primordiales de Hitler eran Stalingrado y el Cáucaso. La Stavka, sin embargo, optó por hacer caso omiso de lo que vertían sus agentes; Stalin desplegó sus ejércitos para la temporada bélica de 1942 dando por hecho que la amenaza a la capital era la más grave. La información cosechada por la Orquesta Roja y la red de «Lucy», en la que tantas vidas se arriesgaban, en poco alteró la toma de decisiones del Kremlin, pero no tardaría en acabar con sus espías: las agencias de contrainteligencia alemanas empezaron a escudriñar entre la niebla para destapar las redes de Harnack y Schulze-Boysen[23].

7

La máquina de guerra secreta de Gran Bretaña

La cruda realidad

La maquinaria de la inteligencia británica funcionó mejor que la de cualquier otra nación beligerante y tuvo una influencia especialmente crítica en las batallas navales. Un ejemplo: el 8 de noviembre de 1941, al caer el sol, un escuadrón de la Armada británica, la Force K, capitaneado por los cruceros ligeros Aurora y Penélope, zarpó del Gran Puerto de Malta y puso rumbo norte a toda máquina, abriendo las aguas a su paso. A las 4 de la madrugada, a 140 millas al este de Siracusa, los buques de guerra británicos se toparon con un convoy de aprovisionamiento italiano que navegaba hacia las costas del Norte de África. Maniobrando a la luz de la luna, sin delatar su presencia en la zona, las patrullas dispusieron sus cañones de 152 mm (seis pulgadas) y abrieron fuego, desgarrando la oscuridad de la noche con las bengalas de estrella antes de lanzar una andanada de cargas explosivas de gran potencia sobre el desventurado enemigo. Durante media hora, sembraron el caos: dejaron tras de sí siete buques mercantes, que sumaban 39 000 toneladas, hundidos o a punto de irse a pique, y uno de los seis destructores de la escolta italiana. Desde el puente de mando del Aurora, el capitán William Agnew se limitó a indicar a sus naves: «No malgasten la munición», porque las reservas en Malta empezaban a escasear. La fuerza de apoyo enemiga formada por dos grandes cruceros y otros cuatro destructores no pudo

intervenir en el episodio puesto que carecía de radares. A la una del mediodía, el triunfal escuadrón británico llegaba a su fondeadero maltés sin un solo rasguño y recibía las felicitaciones del almirante sir Andrew Cunningham, el comandante en jefe del Mediterráneo, por una actuación que este describió como «una brillante exhibición de liderazgo y previsión». El ministro de Exteriores de Mussolini, el conde Ciano, anotaba con furia en su diario al respecto de la batalla: «Con unos resultados inexplicables. Todos, y con todos quiero decir todos, nuestros cargueros se fueron a pique[1]». La Armada británica había caído sobre ellos como una manada «de lobos sobre el rebaño».

El 24 de noviembre, la Force K repitió la hazaña. La tripulación estaba celebrando una fiesta durante su permiso en tierra cuando llegó a La Valeta la noticia de que otro convoy del Eje pasaría por la zona. La tripulación fue convocada a toda prisa y, acto seguido, los elegantes cruceros se adentraron en el mar. Tras unas horas de maniobras destinadas a sembrar la confusión entre los aviones de reconocimiento en cuanto al rumbo, a las 15.45 horas apresaron a dos cargueros alemanes, el Maritza y el Procida con el suministro de bidones de combustible que estos transportaban en la cubierta para la Luftwaffe de Bengasi. La escolta de lanchas torpederas huyó. Los cruceros británicos lanzaron un ataque espectacular durante el cual el fuego antiaéreo rechazó a los bombarderos Ju-88 de la Luftwaffe al tiempo que el grueso de sus armas, orientadas por el radar, apuntaba hacia los buques mercantes. Los tripulantes abandonaron las naves a toda prisa cuando el combustible a bordo empezó a arder. El destructor Lively recogió a unos cuantos supervivientes alemanes e italianos antes de que el escuadrón se retirase a Malta, a una velocidad de veintiocho nudos.

Estas victorias, y otras que se produjeron en aquella misma época, no fueron el resultado de la mera «previsión» por parte de los oficiales de la Marina, como podría deducirse de la felicitación de Cunningham, sino la consecuencia de los primeros logros de Ultra en la guerra naval. Desde junio de 1941, Bletchley no solo leía el tráfico de la Luftwaffe, donde siempre se hacía hincapié en la escasez crónica de combustible en el Norte de África, sino también un creciente flujo de señales —seiscientas en julio de 1941, que un año más tarde habían aumentado a 4000— en que se informaba sobre los movimientos de los convoyes enemigos en el Mediterráneo y sobre las dificultades logísticas de Rommel en tierra. Es innegable que la inteligencia alemana también cosechó algunos triunfos en este escenario: el B-Dienst descifraba y transmitía mensajes británicos que revelaban los movimientos de sus convoyes y el Afrika Korps contó con el apoyo de una excelente inteligencia de señales centrada en el 8.º Ejército británico. Pero la contribución de Ultra no tuvo parangón, en tanto brindó la posibilidad a los

buques de Cunningham de interrumpir el aprovisionamiento del Eje hasta principios de 1942, momento en que las derrotas navales sufridas por los del Reino Unido sumadas a unos meses de supremacía alemana, sobre todo en el aire, imposibilitaron a los británicos aprovechar el beneficio que se podía obtener de los descifrados ya que no disponían de buques de guerra con que lanzar los ataques ni de cazas para respaldarlos.

En esta situación, como en tantas otras durante la guerra, la cruda realidad pone de manifiesto lo estéril de la inteligencia cuando esta trabaja en solitario; de nada servía el conocimiento del enemigo sin una potencia naval, aérea o terrestre capaz de explotar la información secreta con efectividad. Ultra jamás anticipó todos los movimientos alemanes. Hasta el último día de la guerra, hubo períodos en que el silencio radiofónico casi absoluto por parte del enemigo así como los retrasos o las interrupciones en las entregas de los descifrados impidieron que los Aliados se sirvieran de ellos a nivel práctico. Churchill preguntó con irritación a Auchinleck, por entonces el comandante en jefe en Oriente Medio: «¿Les llegan a tiempo estos mensajes tan preciados (que jamás se equivocan)?». En su respuesta, el jefe militar admitía que Ultra resultaba «de una gran utilidad», pero añadía también que «algunos llegan a tiempo y tienen valor operativo, pero otros no». Ni siquiera la combinación del espionaje, el reconocimiento aéreo y Ultra logró evitar una de las peores humillaciones que Gran Bretaña sufrió en 1942: el paso del Scharnhorst, el Gneisenau y el Prinz Eugen, el orgullo de la flota de Hitler, por el Canal a veinte millas de los acantilados de Dover. Fue un suceso que conmocionó al Parlamento y al pueblo de Churchill en aquel período de graves derrotas, tanto en el desierto como en el Extremo Oriente.

En la primavera de 1941, en el momento álgido de la expansión nazi, los buques se hallaban en Brest. Sin embargo, Berlín había observado que en la costa atlántica no realizaban ningún cometido útil salvo el de exhibirse como blanco para el Comando de Bombarderos de la RAF, que había causado daños a las tres naves. La destrucción del Bismarck en mayo demostró que los buques de Hitler ya no podían pensar en aventurarse mar adentro, en aguas del Atlántico. El mandatario alemán decidió entonces llamarlos de nuevo a puerto, orden que también llegó a oídos de los británicos. Los agentes franceses del MI6 mantuvieron vigilado el puerto de Brest, mientras que el reconocimiento fotográfico de la RAF monitorizaba a diario la ubicación de los barcos. El 24 de diciembre, el Almirantazgo informó a la comandancia de la RAF de que los alemanes podían tratar de romper el cerco en dirección este en cualquier momento. A finales de enero de 1942, Ultra desveló que los cañoneros del Scharnhorst hacían ejercicio a bordo del crucero Scheer en el Báltico. Desde numerosas fuentes se informó a la inteligencia de que los tres buques abandonaban el puerto de Brest al amparo de la noche para realizar

pruebas de velocidad y regresar de nuevo antes del amanecer. Se llamó la atención también con respecto al incremento de fuerzas ligeras en el Canal y a la intensa actividad dragaminas. El primer lord del Almirantazgo, el almirante sir Dudley Pound, comunicó a los jefes del Estado Mayor el 3 de febrero que la concentración de cazas de la Luftwaffe en las costas del Canal hacía pensar que el Scharnhorst y sus consortes pretendían desafiar el paso, aunque en aquel momento no se sabía todavía que Hitler había dado orden de abordar el Estrecho a la luz del día, cuando la superioridad aérea de los alemanes podía resultar más eficaz y disuadiría, casi con total seguridad, a la Armada británica de lanzar al mar a sus pesos pesados.

¿Cómo pensaban los británicos hacer frente a la incursión de los alemanes en sus aguas? Para ellos resultaba determinante el hecho de que su flota no contaba con los buques más poderosos en un radio útil. También parecía impensable arriesgarse a colocarlos a tiro de la Luftwaffe, sobre todo pocas semanas después de la destrucción del Prince of Wales y el Repulse por parte de los aviones torpederos japoneses. La responsabilidad de detener al escuadrón del vicealmirante Otto Ciliax recaería en parte en sus flotillas de lanchas torpederas y en los destructores desplegados a lo largo de la costa sur británica, pero fundamentalmente en la RAF y la aviación naval, cuyos escuadrones podían desplazarse en poco tiempo siguiendo el «plan Fuller», previsto para contingencias de esta naturaleza. Por añadidura, los británicos solo contaban con dos submarinos para patrullar el litoral de Brest.

El 5 de febrero, Ultra reveló que Ciliax izaba su bandera a bordo del Scharnhorst. Pasados tres días, el Comando Costero AOC advirtió a los cazas y al Comando de Bombarderos de la RAF de la probabilidad de que los alemanes rompiesen el cerco «en cualquier momento a partir del martes 10 de febrero». Pese al aviso, el comandante en jefe de los bombarderos desacuarteló aquel día a la mitad de su modesta fuerza Fuller, sin informar de ello al Almirantazgo. Fue una decisión al margen del espíritu de cooperación eficiente entre las fuerzas de aire y mar, pero en consonancia con la displicente forma de pensar de la RAF, que se negaba a asumir toda responsabilidad de apoyar a la Marina, ya que centraba su prioridad en el bombardeo de suelo alemán. Un flujo de interceptaciones de Ultra sacó a la luz las intensivas operaciones dragaminas protagonizadas por la Kriegsmarine en Heligoland Bight, lo que sirvió para disipar cualquier duda con respecto al destino de las naves alemanas.

El escuadrón del almirante Ciliax zarpó de Brest a las 10.45 horas del 11 de febrero y, desde aquel momento, todo lo que podía fallar en el bando de los británicos se torció[2]. Bletchley Park tuvo más dificultades de las habituales para romper el Enigma naval: los mensajes de los días 10, 11 y 12 de febrero no se decodificaron hasta el día 15. El submarino Sealion, tras

asumir enormes riesgos para superar los accesos de Brest en la tarde del día 11, hubo de retirarse para recargar baterías sin haber detectado nada fuera de lo corriente. Si los alemanes hubieran avanzado según lo previsto a las 17.30 horas, el Sealion los habría visto por fuerza, pero el horario de partida de Ciliax sufrió una demora de dos horas debido a un bombardeo de la RAF. Desde el aire, tres comandos costeros de reconocimiento aéreo nocturno monitorizaban la ruta del escuadrón alemán, pero el radar de detección antisubmarina ASV era por entonces bastante rudimentario. En plena noche, uno de los observadores no logró ver nada en la pantalla; otro consideró que su aparato se había estropeado; y un tercero hubo de retirarse pronto por la niebla, antes de que los buques alemanes entrasen en su radio de búsqueda. Cuando se hizo de día, una patrulla de reconocimiento fotográfico aéreo sobrevoló Brest, pero las nubes bajas y una cortina de humo preparada por los alemanes impidieron que los pilotos advirtieran la marcha de los cruceros. Las estaciones de radar de la costa británica no supieron interpretar con acierto el significado de la concentración de cazas enemigos en el aire y sus actuaciones para crear interferencias en las frecuencias de radio.

Los primeros en avistar el escuadrón alemán fueron dos pilotos de los Spitfire, a las 10.42 horas, al oeste de Le Touquet. Sin embargo, estos se atuvieron estrictamente al procedimiento operativo habitual —es decir, silencio en las ondas— y no transmitieron la sensacional noticia hasta haber tomado tierra a las 11.09 horas. Dieciséis minutos después, las nuevas se comunicaban a todos los mandos militares británicos, lo que precipitó una sucesión de asaltos vanos. El teniente comandante Edward Esmond recibió la Cruz de la Victoria a título póstumo por haber dirigido un ataque menor con seis biplanos torpederos, terriblemente antiguos y lentos, los denominados Swordfish, que despegaron en Manston (Kent) y cayeron en el Canal en medio de una lluvia de fuego antiaéreo. Los alemanes ya habían llegado al Estrecho cuando los torpederos, también llamados «Stringbag», entraron en acción a las 12.42 y esquivaron los 825 torpedos del escuadrón. Cinco MTB salieron al rescate desde el puerto de Dover y al poco había caído ya el primero de ellos. El jefe de los otros cuatro, al avistar a los buques alemanes, decidió que sus naves no lograrían superar la pantalla que ofrecía la escolta. Optó por lanzar sus torpedos desde el límite de su rango de alcance, sin ningún efecto. Otras tres embarcaciones que se acercaban desde Ramsgate, con un tiempo que empeoraba por momentos, no lograron dar con el Scharnhorst y sus consortes.

Durante la tarde del día 12, un grupo de bimotores Beaufort acompañados por los Hudson protagonizaron ataques con bombas y torpedos de forma poco sistemática contra los alemanes en retirada, pero no obtuvieron ningún resultado y perdieron varios de sus aparatos. A las 15.43 horas, cinco

destructores de Harwich, sometidos al incesante fuego de los alemanes, iniciaron un ataque con torpedos desde una distancia de 2700 metros, de nuevo sin resultados positivos. Entre tanto, 242 bombarderos británicos la emprendieron contra el escuadrón de Ciliax, pero solo treinta y nueve dejaron caer sus proyectiles cerca del blanco, sin ningún acierto claro, y quince fueron abatidos. La RAF también perdió 17 de sus 398 cazas.

El embate alemán Canal arriba se demostró un triunfo de planificación, pericia, osadía y suerte de la Kriegsmarine. ¿O tal vez no? El Scharnhorst fue alcanzado por una mina lanzada desde el aire por los británicos a las 14.31 horas, sin mayor efecto, como le sucedió también al Gneisenau a las 19.55. A las 21.34, sin embargo, en aguas de Terschelling, cerca ya de casa, el Scharnhorst hizo detonar otra mina que sí le infligió serios daños. A la postre, el navío consiguió avanzar hasta Wilhelmshaven, donde llegó a primera hora del día 13 de febrero, con los motores destrozados, y sus consortes le siguieron e hicieron su entrada a las 7 horas. El pueblo británico, sin embargo, no supo nada del reciente desastre en el bando enemigo, de resultas de lo cual el Estado Mayor naval de Hitler definió el episodio como una «victoria táctica, aunque una derrota estratégica[3]». Los compatriotas de Churchill solo vieron que el escuadrón del adversario había desafiado al poderío de su Armada en pleno día, junto a los acantilados blancos. El rotativo The Times pregonó que el almirante Ciliax había salido victorioso allí donde la Armada Invencible fracasó. Se llevó a cabo una investigación judicial cuyas conclusiones no dejaron en muy buen lugar a los comandantes de la fuerza británica.

Lo cierto es que, pese a que este embate en el Canal —la denominada «operación Cerbero»— supuso para el Gobierno británico un terrible bochorno en un mal momento, no implicó mayores consecuencias. Ultra informó al Almirantazgo de los daños del Scharnhorst, que no pudo reincorporarse al servicio hasta enero de 1943, cuando se unió al Tirpitz en los fiordos noruegos. Por otra parte, el 26 de febrero de 1942, los bombarderos de la RAF alcanzaron al Gneisenau en el muelle de Kiel, dejándolo tan maltrecho que jamás volvió a navegar. Pese a todo, se consideró inviable trasladar estas buenas nuevas al pueblo británico sin comprometer la seguridad de Bletchley y, en consecuencia, el público en general creyó que los buques alemanes habían salido ilesos de la batalla. Otro resentimiento por una derrota falsa que persistiría también durante años.

Sin duda, no se podía culpar a la inteligencia de no haber destruido las naves enemigas en el Canal y el Estrecho de Dover, puesto que había suministrado a los comandantes la mejor información que estos podrían esperar con respecto a las intenciones del enemigo, hasta el momento de zarpar. Los comandantes realizaron las deducciones pertinentes y estuvieron

atentos al rumbo probable de Ciliax, salvo en un detalle: ellos los esperaban de noche en lugar de a plena luz del día. El problema aquí, como en tantas otras ocasiones, radicó en la falta de fuerzas adecuadas para hacer frente al escuadrón alemán. La incapacidad para rechazar a la flota naval era una debilidad crónica tanto de la RAF como de la fuerza aérea naval. En muchas ocasiones se ha señalado que, si los británicos hubieran sabido de antemano que Ciliax se había hecho a la mar, el resultado podría haber sido distinto, pero no parece probable. En el transcurso del conflicto, muchos ataques aéreos por parte de los británicos contra naves de superficie terminaron en fracaso. Como siempre, disponer de la información no bastaba si no se contaba también con la fuerza necesaria.

El cerebro

La guerra traería innumerables fracasos y decepciones equiparables al de febrero de 1942 en el Estrecho de Dover, pero ello no ha de ir en menoscabo del triunfo del «cerebro» británico, de la burocracia y la estructura de mando en que se integraban la recopilación, el análisis y la distribución de la inteligencia. Los descifradores de Bletchley Park no habrían llegado tan lejos sin aquella trilladora que les permitió reunir una cosecha de oro. Este artefacto solo podía crearse al amparo de un primer ministro sabio y prudente, capaz de comprender a la perfección el funcionamiento de una guerra.

Churchill se impuso en la toma de decisiones de su país mucho más que Roosevelt en Estados Unidos. Aunque solía mostrar reticencia ante los análisis que no coincidían con su punto de vista, a diferencia de los dictadores, él jamás puso en tela de juicio el derecho y el deber de los jefes del Estado Mayor y de sus oficiales de la inteligencia a manifestar sus opiniones. Su proceder resultó crucial para que los servicios secretos británicos pudiesen llegar a ser los más eficientes del mundo. Puesto que él sentía respeto hacia la inteligencia, se aseguró de que sus agencias, y en especial Bletchley Park, dispusieran de los medios adecuados.

El primer ministro utilizaba los cifrados tanto como las armas en sus debates con sus jefes militares y en sus batallas contra el enemigo. «Churchill gustaba de crear su propia inteligencia», afirmó el presidente del Comité de Inteligencia Conjunta (JIC), Victor Cavendish-Bentinck, «Bill», en un comentario algo ambiguo. Los jefes, sin embargo, pocas veces desoían la premisa de analizar las pruebas con la mayor objetividad posible. «La mejor distribución —escribiría el que más tarde fuera presidente del JIC, Percy Cradock— sitúa a la inteligencia y a la política en habitaciones

independientes pero contiguas, comunicadas por una puerta y separadas por delgados tabiques, como en los hoteles baratos[4]». Así sucedía en Whitehall: al menos durante la segunda mitad de la contienda, cuando el esfuerzo bélico de los británicos ganó en coherencia, se consolidó un sistema tremendamente robusto al tiempo que sensible que recababa la información y la examinaba para transferirla más tarde desde los departamentos secretos a los comandantes de operaciones.

Bill Bentinck consideraba al mariscal jefe del Aire de la RAF, sir Charles Portal, como al más inteligente de los jefes de los tres servicios británicos, mientras que el obcecamiento del general sir Alan Brooke, del CIGS, siempre con la misma cantinela, despertaba en él una profunda irritación. A finales de 1941, por ejemplo, en contra de la firme convicción del JIC y de todas las pruebas presentadas por Bletchley, Brooke llegó a defender que los alemanes disponían aún de un «montón de recursos» que no habían comprometido en el Frente Oriental, con el que podían invadir Gran Bretaña. Era una opinión comúnmente extendida que los sucesivos directores de inteligencia de la War Office mostraban excesivo celo en decir al tan dogmático jefe militar lo que gustaba oír. En el JIC, por el contrario, no se actuaba igual: sus informes eran indefectiblemente honestos, aun cuando incurrían en algún error.

El Subcomité de Inteligencia Conjunta de los jefes del Estado Mayor —el nombre completo del JIC— cobró una relevancia sin precedentes a partir de 1940, tras el ascenso de Churchill y la caída de Francia. Sus oficinas se establecieron en una casa propiedad de un tío de Bill Bentinck en Richmond Terrace, a un paseo de los despachos del gabinete de guerra. Su presidente podía presumir de unos orígenes aristocráticos impecables y fue el último en ostentar el título de duque de Portland, pero su historia personal estuvo llena de episodios excepcionales y nada envidiables. Nacido en 1897, estudió en el Wellington College, donde vivió unos años de infelicidad. En 1918, sirvió por un breve período en el ejército, sin llegar a combatir en el frente, y luego ingresó en el cuerpo diplomático, donde su agradable apariencia, sus modales y un aire de sabiduría benigna podrían haberlo llevado a lo más alto, de no haber hecho un desastroso matrimonio en 1924 con una estadounidense llamada Clothilde Quigley, con quien tuvo dos hijos. Al no ser el primogénito de la familia, Bentinck contaba con unos recursos económicos relativamente escasos, sobre todo tras una especulación en bolsa que acabó demostrándose precipitada. Su esposa, sin embargo, gastaba sin medida y provocó altercados con las mujeres de otros diplomáticos en todos los destinos de su esposo. Bentinck fue trasladado de la prestigiosa embajada de París a Atenas primero y luego a Santiago, dejando siempre tras de sí un rastro de acritud sembrado por Clothilde. En 1939, de vuelta ya en Londres, fue nombrado presidente del JIC cuando este organismo se hallaba aún en

una fase embrionaria, porque nadie sabía qué hacer con él mientras continuase lastrado por la arpía de su esposa.

Al poco de estallar la guerra, Bentinck recibió en su despacho una llamada telefónica prácticamente incomprensible de la sirvienta húngara de la familia, quien al final logró transmitir el mensaje de que la señora Bentinck había hecho las maletas y se había marchado con los niños, según parecía a Glasgow para coger un barco rumbo a Estados Unidos. «Aquello parecía una farsa francesa», dijo el presidente del JIC con sequedad mucho tiempo después[5]. Bentinck se ocultó tras un velo de estoicismo para esconder el trauma que la situación hubo de provocarle. Luego, aunque su esposa le supuso una fuente constante de problemas hasta el divorcio, un trámite complicado y desagradable que terminó en 1948, él se entregó en cuerpo y alma a su trabajo y la mayoría de observadores consideraban que estaba bien preparado para el cometido. Noel Annan lo juzgó «notablemente admirable… Por su carácter era tremendamente escéptico, pero estaba absolutamente convencido de que a la postre la victoria sería para los Aliados[6]». Durante un tiempo, cuando el mandato de Menzies se tambaleaba, Bentinck fue postulado como posible sucesor en el MI6.

El presidente no era un cerebrito, pero tenía una perspicacia innata, unos modales impecables y un relajado encanto que le permitió controlar durante seis años las pasiones que solían desatarse en las reuniones del JIC. El representante del servicio más inteligente y asertivo del Comité era John Godfrey, director de la inteligencia naval, pero la arrogancia del almirante exasperaba a cuantos trabajaban con él. Por otra parte, los homólogos de Godfrey en el ejército y las fuerzas aéreas eran oficiales poco destacables y el representante del Ministerio de Guerra Económica no empezó a ejercer una verdadera influencia hasta bien entrada la guerra, cuando el puesto recayó en la persona de sir Geoffrey Vickers. Abogado de profesión, también había recibido la Cruz de la Victoria por su actuación en la Primera Guerra Mundial al mando de un batallón de infantería: para los representantes del servicio habría sido muy difícil rechazar a Vickers.

El JIC tenía un campo de acción tremendamente amplio. Además de ocuparse de las cuestiones estratégicas primordiales, en julio y agosto de 1941, su equipo emitía informes sobre asuntos como «Los preparativos militares de la Francia de Vichy contra el Chad», «Rumores pensados para confundir al enemigo» —un tema recurrente—, «Madagascar», «Corresponsales de prensa, cine y radiodifusión en Islandia», «El Eje avanza en territorios de Sudán y Arabia[7]». Todos los martes por la mañana, a las 10.30 horas, los miembros del Comité informaban a sus superiores en las salas del gabinete de guerra, en los bajos de la calle Great George; Bentinck se describía a sí mismo, durante aquellos encuentros, como «el director de mi

coro[8]». Las conclusiones allí extraídas podían influir o no en las decisiones de sus jefes, que las trasladaban al Estado Mayor de Planificación Conjunta (JPS) para convertirlas en órdenes y propuestas operativas. Los oficiales del JPS, de renombrada inteligencia, solían trabajar toda la noche preparando las críticas que comunicarían a sus superiores en la reunión de las 8 de la mañana. Churchill se quejaba a Alan Brooke: «Estos condenados planificadores tuyos no planean nada más que dificultades». Pero a la inversa que Hitler, sin embargo, el primer ministro sabía reconocer que aquel era su cometido, aunque luego hubieran de dar también con las soluciones.

El componente más importante del JIC era el cuerpo de apoyo, el Estado Mayor de Inteligencia conjunta (JIS), que se creó en 1941 y en adelante suministraría al Comité análisis internos del material obtenido a través de todas las fuentes antes de someterlo a debate. La nueva era tecnológica abría un campo de exploración casi infinito, así como de medios: la baza consistía en centrar la atención allí donde verdaderamente importaba hacerlo. El capitán de grupo Peter Stewart, director de las operaciones de reconocimiento fotográfico de la RAF, se exasperó cuando uno de los altos oficiales solicitó «toda la cobertura disponible» sobre uno de los países de Europa. Stewart respondió que solamente podría ofrecer información útil si sabía, en líneas generales, qué inteligencia precisaba: «naval, militar, aérea o eclesiástica». R. V. Jones señaló que resultaba esencial, sobre todo allí donde intervenía la tecnología, decidir con claridad qué necesitaban saber los comandantes, para luego aprovechar la combinación adecuada de reconocimiento aéreo, interrogatorios de los prisioneros de guerra y desencriptado de señales, «como cuando un comandante militar puede usar sus distintas armas de ataque equilibrando la artillería con los tanques y la infantería. El objetivo de asalto específico podría determinarse a partir de lo que sabíamos con respecto a los desarrollos en nuestro bando, que por tanto también podían darse en los del enemigo, siendo dos ejemplos las bombas atómicas y el radar[9]».

El JIS reclutó a civiles dotados de alguna capacidad excepcional. Una vez por semana, Bentinck reunía a sus treinta y tantos oficiales para celebrar una «reunión de cerebros», un debate abierto acerca de las disposiciones y las acciones del enemigo. Se animaba a los miembros más jóvenes a exponer sus puntos de vista, cosa que hacían por ejemplo al respecto de la superioridad numérica de la Wehrmacht sobre sus propias tropas. Noel Annan declaró sin rodeos: «Los ejércitos británicos y los nuevos ejércitos estadounidenses no eran rival para los alemanes en cuanto a profesionalidad y tal vez valentía[10]». El juicio del JIC distaba mucho de ser perfecto, pero acertaba más de lo que fallaba. Se opuso a la infortunada incursión de septiembre de 1940 en Dakar, alegando que la Francia Libre mostraba un optimismo desmedido con respecto al recibimiento que cabía esperar de las fuerzas de

Vichy. Merece que se le reconozca el mérito de haber admitido en sus informes a lo largo de 1940 y 1941 que buena parte del mundo creía que el pueblo de Churchill perdería la guerra, aunque fue lo suficientemente nacionalista como para no flaquear jamás en su convicción de que Gran Bretaña se erigía como principal enemigo de Alemania. De este modo, a mediados de junio de 1941, el Comité consideró que la inminente invasión nazi del territorio soviético no era sino un gambito en la campaña de Hitler contra Gran Bretaña. El JIS sostuvo que uno de sus objetivos claves sería «utilizar el [frente] soviético para ponernos en una situación agobiante y hacer que nos extendamos en todas direcciones, con lo cual ayudarán a su objetivo supremo: la derrota del Imperio Británico[11]».

Durante el verano y el invierno de 1941, en el Reino Unido se asumió la derrota soviética como algo inevitable. Un informe del JIS fechado a 28 de julio no hizo sino amortiguar el pesimismo al agradecer el respiro que para Gran Bretaña suponía «Barbarroja»: «Teniendo en cuenta que la campaña contra Rusia terminará en una victoria alemana, habrá de producirse una pausa para que el ejército alemán se reagrupe y se ponga en condiciones antes de emprender grandes operaciones en otra parte[12]». El JIC demostró gran acierto al monitorizar la creciente agresión japonesa en Asia. El 25 de junio de 1941 calibró las perspectivas de que Japón aprovechase la oportunidad de lanzar un asalto contra Rusia y concluyó: «Creemos que optará por abstenerse de intervenir contra la Unión Soviética por el momento y que continuará adelante con la política de expansión hacia el sur, en cuyo caso su próximo movimiento sea, probablemente, intensificar la presión sobre las bases y las instalaciones en Indochina… Se conviene en que el ataque alemán contra la Unión Soviética no disminuye en modo alguno la necesidad de seguir adelante con nuestros preparativos para oponer resistencia a Japón o asistir a China[13]». Más tarde, el JIC valoró con notable sagacidad el probable comportamiento japonés hasta su ataque en diciembre contra los imperios europeos.

En julio de 1941, el JIC debatió la propuesta formulada por una «fuente del más alto secreto» a partir de la información del doctor Carl Gördeler, exalcalde de Leipzig, «un alemán en contacto con los elementos militares en Alemania, partidario de un compromiso con este país antes del estallido de la guerra[14]». El JIS observó con desdén: «Pese a todo, no se lo considera fiable y podría darse el caso de que el Gobierno alemán lo estuviera utilizando, siendo él consciente del hecho o no». Gördeler había comunicado a su contacto, con datos lo bastante precisos, que el general Franz Halder y otros altos miembros del Estado Mayor se habían opuesto al lanzamiento de «Barbarroja». Sin embargo, el JIS quiso hacer constar que aquella aseveración no encajaba con «otras informaciones fiables» que habían llegado a Londres.

Por otra parte, Gördeler y sus colegas propusieron unas condiciones para el debate inaceptables para el Gobierno británico: «En primer lugar… exigían garantías de que Gran Bretaña aceptaría un armisticio y de que, junto con Estados Unidos, obligaría a los rusos a llegar a un acuerdo razonable con Alemania en cuanto a la línea de demarcación de la frontera polaca». Esta propuesta fue rechazada con la misma frialdad que otras más tarde en la guerra por destacados miembros del frente contra Hitler, como fuera el caso de la carta enviada a Londres vía Estocolmo en marzo de 1943 por Helmuth von Moltke, del Abwehr. La consecuencia de esta política tan exigente fue que los rusos, y más tarde los estadounidenses por medio de Allen Dulles en Berna, gozaron casi del monopolio del humint de guerra desde el interior de Alemania, aunque poco influyera en sus políticas.

La maquinaria de la inteligencia a veces llegaba a conclusiones que el primer ministro o algunos de los jefes del Estado Mayor rechazaban. En la primavera de 1942, una serie de informes situaban en primera línea el fracaso de los intentos de las fuerzas aéreas del Eje para destruir la flotilla de submarinos británicos destacados en Malta y llamaban la atención sobre las dificultades de penetrar en los extensos búnkeres de hormigón para submarinos en Brest y Lorient. La Armada británica sin embargo insistía en que la RAF debía continuar lanzando sus costosos y estériles ataques contra las bases. En julio de 1942, desde su puesto como primer lord del Mar, el almirante sir Dudley Pound invalidó a su propio equipo de inteligencia para emitir un juicio personal catastrófico según el cual el convoy del Ártico PQ17 estaba siendo amenazado por los barcos alemanes y debía dispersarse, lo que precipitó su destrucción y debería haberle costado el puesto. La inteligencia no podía llegar a ninguna parte si se la ignoraba de aquel modo. Pero, si bien estos caprichos han sido merecedores de la censura por parte de los historiadores, es importante señalar que a diferencia de sus homólogos en el bando enemigo, los mandatarios británicos pocas veces pusieron en tela de juicio las recomendaciones de su inteligencia y de sus equipos de operaciones.

Este hecho no evitaba las discusiones acerca del significado de las pruebas contradictorias. En 1944, por ejemplo, el Ministerio de Guerra Económica sostuvo que la situación de la mano de obra en Alemania se estaba agravando, mientras que la War Office señalaba un alarmante crecimiento de las fuerzas de la Wehrmacht, según reflejaba el informe semestral del JIC, «Fuerzas y Disposiciones del Enemigo». Era ya tarde cuando se descubrió que Hitler manipulaba las cifras de los efectivos en las divisiones de sus ejércitos para engrandecer su aparente poderío. En esta misma línea, durante el verano de 1944, el JIC se dejó convencer por Geoffrey Vickers, del MEW, de que la escasez de petróleo pronto haría caer a Alemania. El Comité acertó al

reconocer que el combustible era importante y que Hitler sufría una terrible carestía, pero fue demasiado optimista al calcular el tiempo transcurrido hasta que sus ejércitos ya no pudieran resistir. Existen otros ejemplos de señaladas equivocaciones por parte del JIC, como cuando el 5 de septiembre de 1944, tras la liberación de Francia, el Comité se dejó llevar por la euforia: «Aunque los alemanes cuentan, por el momento, con un frente organizado entre las fronteras de Rusia y Alemania, en el oeste no tienen sino unos restos desorganizados, incapaces de resistir el avance aliado que se adentra ya con sus fuerzas en Alemania». El primer ministro se mostró tajantemente en desacuerdo con este punto de vista, alegando que el pueblo de Hitler estaba aún muy lejos de la derrota. Su instinto se demostró más acertado que el análisis del JIS.

Todos los profesionales de la inteligencia eran conscientes de la diferencia que existía entre los secretos, que podían llegar a desvelarse, y los misterios, que habitualmente quedaban sin resolver. Cuando se había fijado una fecha para una operación determinada, esta pasaba a ser secreta, susceptible de ser descubierta por los del otro bando. Pero cómo reaccionaría el enemigo en unas circunstancias aún por llegar solía ser un misterio, porque aún no se había formado un juicio. El JIS cometió algunos errores de cálculo considerables al predecir las respuestas estratégicas de los alemanes a unas cuantas iniciativas aliadas, como fuera el caso de los desembarcos durante la «operación Antorcha», en noviembre de 1942, en tierras del Norte de África, o la invasión de Sicilia en junio de 1943. Uno de los miembros del JIS escribió al concluir la guerra: «Nuestros fracasos se debieron a nuestra incapacidad para percibir la extremada obcecación de Hitler. Más de una vez anticipamos que se replegaría en un frente más contenido, en Italia, en Rusia o en los Balcanes, para economizar en divisiones». Añadía en tono irónico: «Creo que le habría ido mejor de haber coincidido con nuestro parecer». Más arriba nos hemos ocupado ya de las consecuencias que tuvo el escepticismo del JIC en 1941 con respecto a la invasión alemana de Rusia: causó mayor impacto en Moscú que en Londres, al alimentar las expectativas de Stalin acerca de la conspiración de Churchill contra su persona. Pero si tenemos en cuenta las dificultades propias de valorar la inteligencia en épocas de guerra, aun con la ayuda de Ultra, la trayectoria del JIC resulta digna de admiración. El historiador G. M. Trevelyan escribió en una ocasión, a propósito de la relación de una reina inglesa del siglo XVI con su jefe de espionaje: «Si Isabel hubiera seguido en todo momento el consejo de Walshingham, habría caído en la ruina. Si jamás lo hubiera seguido, la desgracia no habría sido menor[15]». Lo mismo puede decirse de la relación entre Churchill y el JIC.

La estructura de mando británica estaba mucho más centralizada que la estadounidense: mientras que los generales de Churchill en el campo de

batalla no abrigaban la menor duda de que sus órdenes llegaban directamente desde Londres, al otro lado del Atlántico, en Washington, entre los miembros del equipo de inteligencia cundía el desaliento al saber que los comandantes en los escenarios locales, y en especial el general Douglas MacArthur en el suroeste del Pacífico, tomaban sus decisiones sin tener en cuenta prácticamente las opiniones del Pentágono o el Departamento Naval. Por otro lado, si bien entre los británicos eran habituales las disputas interdepartamentales, se había instalado también un franco principio de «camaradería» inexistente entre la Marina y el ejército de tierra de Estados Unidos. A esto se añadía que el presidente Roosevelt raras veces participaba personalmente en los debates sobre las operaciones y parece que en pocas ocasiones se molestó en leer el material de que recibía desde Ultra.

La cooperación entre departamentos era más fácil entre los del lado británico porque su coto era menor. El principal representante naval en el JIS fue un marino altamente capacitado llamado Charles Drake. El primer ministro lo abordó un día en su despacho, en la calle Great George: «Creo, capitán —dijo Churchill con su característico hablar pausado—, que debemos de ser parientes». Drake replicó: «Creo que lo somos», lo cual provocó que Churchill lo probase preguntándole: «¿Por qué lo dice?». El oficial de la Marina ganó la mano al responder que había leído los dos volúmenes de la obra del estadista, Life of Marlborough, donde Churchill exponía el árbol genealógico del primer duque, como hijo de sir Winston Churchill y su esposa Elizabeth Drake en el siglo XVII. El primer ministro continuó interrogando al marino: «¿Y usted lo cree así?». «Sí, por supuesto». «Bien, capitán, entonces somos parientes[16]». Esta anécdota sirve para explicar por qué era tan querido el antojadizo primer ministro de Gran Bretaña y cómo su cerebro burocrático tenía una familiaridad con el detalle sin par en las demás naciones beligerantes.

En ocasiones, los jefes del Estado Mayor se quejaban de la influencia ejercida por los bala perdida externos a la jerarquía, Desmond Morton entre ellos, a quien Churchill había visto por primera vez en Francia en 1916. En mayo de 1940 presentó a este comandante en Downing Street para que prestase servicio como oficial de enlace con los servicios de inteligencia. Por un tiempo, Morton fue una figura destacada, pero perdió autoridad en cuanto se hizo evidente su torpeza para la diplomacia. Hugh Dalton, el ministro responsable de la SOE hasta febrero de 1942, describió a aquel militar, famoso por su mal carácter: «hablaba mal de muchos y bien de nadie[17]». Los estadounidenses se referían a él sin entusiasmo como «Desmond el Pesado[18]», mientras que Bruce Lockhart le puso el mote de «Puerta trasera del PM». Bill Bentinck describía a Morton en términos de mediocridad: «una criatura curiosa. Una tediosa palabrería. No representaba

ningún papel verdaderamente importante[19]». Aunque a Morton le gustaba sacar a colación el nombre de Churchill en sus intervenciones durante las refriegas en Whitehall, falló en sus varios intentos por conseguir el puesto de director de los servicios secretos. Lejos de instalarse como la éminence grise del primer ministro, hubo de conformarse con un cargo de oficina y servir de chico de los recados, en especial con la Francia Libre. Aunque era consciente de lo que se hacía en Bletchley, su nombre brillaba por su ausencia en la lista de rendimientos[20].

A partir de 1942, Ultra se impuso en las actividades del JIC y del JIS. Aunque el MI6 y el MI5 generaron miles de páginas, pocas —por no decir ninguna— podían compararse en autoridad a los descifrados. Merece ser destacado el hecho de que las jerarquías de ambos servicios llegasen al final de la guerra sin cambios sustanciales. En el MI5, el director general interino era el incompetente general de brigada Oswald Harker, «Jasper», a quien sustituyó sir David Petrie, algo más eficiente, antes miembro del MI6, al que regresaría más adelante como segundo de abordo. Kathleen Sissman, una de las pocas mujeres en el servicio de seguridad y una oficial de inteligencia muy capacitada, denunciaba con furia la incompetencia de Harker en el desempeño de sus cometidos, lo que le valió el despido y hubo de ser transferida al MI6. Por suerte para el MI5, Harker y Petrie contaban con algunos subordinados excepcionales, como Guy Liddell y el teniente coronel Tom Robertson, además de los civiles que ingresaron en sus filas mientras duró la contienda. Otro tanto sucedía en el MI6, aunque Stewart Menzies y sus acólitos —Dansey, Vivian, y Cowgill— mantenían una relación poco fluida con su equipo «exclusivo para las hostilidades», entre quienes se destacaba Hugh Trevor-Roper. «Cuando contemplaba fríamente el mundo que me rodeaba —escribió el profesor—, en ocasiones pensaba que, si aquello era nuestro servicio de inteligencia, estábamos condenados a la derrota[21]» El historiador consideraba que Menzies era un hombre honrado y decente, no como la mayoría de sus subordinados superiores, pero «no creo que llegase a comprender jamás la guerra en la que estaba inmerso[22]»..

Trevor-Roper no tuvo grandes problemas para colaborar con colegas aficionados como con su propio primo, Brian Melland, procedente del ejército; con el historiador del arte John Hennessy, de la RAF; o el abogado Ewen Montagu, en el Almirantazgo. Sentía un profundo respeto hacia el equipo de Bletchley y hacia Liddell, del MI5. Sin embargo, se quejó ante lord Swinton, el presidente de la unidad supervisora del Ejecutivo de Seguridad en Whitehall, por los errores del MI6 y escribió en los mismos términos a lord Cherwell, íntimo del primer ministro al que conocía a través de la Iglesia de Cristo, denunciando por añadidura a su propio superior, Gambier-Parry. Broadway no tardó en saber de estas intervenciones, que valieron la

reprimenda oficial tanto por parte de Menzies como de Vivian.

Impertérrito, pasada la Navidad de 1941 en que Bletchley descifró el principal cifrado de Enigma del Abwehr, Trevor-Roper solicitó la creación de una nueva sección en el MI6 para estudiar la organización de Canaris por medio del nuevo tráfico de Ultra. Al ver que la propuesta no despertaba el entusiasmo de Broadway, acudió a Cherwell. Como no podía ser de otro modo, tamaña soberbia desató la cólera de sus superiores. Nigel de Grey, director adjunto en Bletchley, escribió enfurecido: «¿Es necesario discutir con un oficial de rango inferior?… Personalmente, si lo tuviera a mi cargo, le diría que cerrase la boca; y si persistiese, lo despediría». Durante un tiempo, De Grey negó el acceso al Park a Trevor-Roper, alegando que era «persona non grata[23]». La lucha intestina se intensificó a lo largo de 1942. Trevor-Roper atravesó un período de dificultades a la vuelta de unas vacaciones en Irlanda durante las cuales Frank Pakenham hizo que la policía local lo arrestase como espía británico, un episodio que no tuvo buenas críticas en Broadway[24]. Acto seguido, Trevor-Roper filtró al equipo de Guy Liddell el hecho de que el MI6 estaba ocultando interceptaciones al MI5 sobre agentes británicos en el extranjero identificados por los alemanes o, cuando menos, en sus listas de sospechosos. Cuando Vivian y Cowgill supieron que Trevor-Roper era el responsable del chivatazo, exigieron su despido; pero Liddell les advirtió que con ello privarían a la inteligencia británica de un formidable talento. Por increíble que parezca, Trevor-Roper se salió con la suya gracias a Menzies y primero fue nombrado jefe de una nueva sección especializada en el Abwehr y más tarde se lo ascendió al rango de comandante.

«C» conservó el empleo, en parte porque Desmond Morton y otros críticos de Whitehall carecían de la influencia necesaria para sacarlo de allí, pero sobre todo porque Menzies se sirvió de su papel como supervisor de Bletchley Park para entregar personalmente al primer ministro muestras seleccionadas de la inteligencia de Ultra, las denominadas «Boniface», que ayudaron mucho a soslayar las deficiencias de las actividades del humint del MI6. Como dijo R. V. Jones, en los servicios secretos, más que en el común de las instituciones, «si el trabajo bien hecho conlleva un triunfo, el mérito recaerá por lo general en los oficiales que presenten los resultados ante la concurrencia que los comunica a los equipos políticos o de operaciones[25]». Otro tanto afirmaba Bill Bentinck: «Bletchley fue lo único que mantuvo [a Menzies] en el puesto. No era un tipo duro ni muy inteligente[26]». Mientras que numerosas instituciones británicas sufrieron alteraciones y remodelaciones en el transcurso de la guerra, la estructura de Broadway consiguió salir indemne. Pero, sabiendo que no existe el aparato de seguridad nacional perfecto, lo sorprendente no es que Menzies y sus subordinados

fueran un eslabón inseguro, sino que las otras secciones de la maquinaria funcionasen correctamente.

Arthur Schlesinger, de la OSS, escribió: «La inteligencia solo es efectiva en la medida en que se transmite… ni siquiera el sistema de difusión mejor diseñado es capaz de persuadir a los más ajetreados para que estos lean un análisis político, a menos que guarde relación con las decisiones que aquellos están a punto de tomar[27]». Era más probable que el primer ministro y los jefes del Estado Mayor tuvieran en cuenta los desencriptados de Ultra, cuya extensión máxima se limitaba a una página, que los extensos dossieres de análisis del JIS, por elaborados que fuesen. Incurriríamos en un error si esperásemos que, por haber sido Churchill el creador de un sistema digno de admiración, este siempre iba a funcionar como la seda. ¿Cómo podía ser de otro modo, si él mismo era una persona excepcional, movido por unas actitudes y unas exigencias totalmente impredecibles? En Whitehall, eran habituales las quejas del colectivo involucrado en la guerra secreta, así como de los jefes de los despachos del Estado Mayor, quienes protestaban porque Churchill se adueñaba de fragmentos de la inteligencia y los aprovechaba para realizar intervenciones imprudentes o mal informadas. Sir Alexander Cadogan se lamentaba en su diario un día de 1941: «Es inútil llevar las cosas de este modo. Anthony Eden [el secretario de Exteriores] no ve los documentos, se pasa en Londres las veinticuatro horas del día, cena con el primer ministro. Por azar, ambos leen una interceptación [de Ultra] según la cual parece que podríamos expulsar a los alemanes de Afganistán. Entonces, sin previo aviso, me llegan mensajes diciendo que debemos abordar la empresa de inmediato. Pero hay otras consideraciones que ellos ignoran por completo, pobrecillos[28]».

En la columna del haber, sin embargo, debe reconocerse que el sistema de distribución de los descifrados de Ultra entre los comandantes en jefe en el campo de batalla se iba perfeccionando día a día. El 5 de marzo de 1941, Bletchley Park transmitió una señal decisiva al director de la inteligencia militar en El Cairo, anunciando que en adelante los desencriptados con datos operativos vinculados a las fuerzas alemanas se le mandarían a él, directamente, de modo que ya no se perderían más horas en el tránsito por medio de los ministerios de servicio en Londres. Aquellos mensajes se distinguirían con el encabezamiento «OL»: «Deben considerarse absolutamente fiables, pero también es necesario prestarles un tratamiento de máxima seguridad… Jamás se debe mencionar la fuente de esta información, aunque sea conocida. Se pondrá el máximo empeño en impedir la menor falta de rigor en cuanto a seguridad y se recluirá irremisiblemente al personal que haya tenido el más mínimo acceso a las señales[29]». Se fundó entonces el sistema de Unidades Especiales de Enlace: unas células emplazadas en el

cuartel general, cuyos miembros —personal de uniforme del MI6— vivían y trabajaban en total aislamiento con respecto al equipo de inteligencia militar y ostentaban la responsabilidad de recibir y procesar los desencriptados de Enigma entrantes, en exclusiva. Luego, se ocupaban de transmitir la información a los oficiales, añadiendo las observaciones pertinentes para enmascarar en la mayor medida de lo posible el contenido antes de trasladarlo a los escalafones inferiores en la cadena de mando. La organización y sus dispositivos de seguridad funcionaban correctamente, aunque hasta finales del segundo semestre de 1942 Ultra no mandó un flujo de información lo suficientemente regular o rápido para ganarse la confianza de los generales británicos en el desierto. Por otra parte, transformar el conocimiento obtenido respecto de los despliegues del adversario en una victoria sobre sus efectivos en el campo de batalla siempre fue un camino arduo.

De todos los servicios británicos, el que menos imaginación invirtió para explotar la inteligencia fue la RAF[30]. Pese a su innegable buen juicio, Portal —quien desde octubre de 1940 ostentó el cargo de jefe del Estado Mayor del Aire— contó con un departamento de inteligencia poco sólido. Hacer un cálculo de los efectivos operativos de que disponía el adversario en el aire era más complejo que contar sus buques o sus tanques. En los años de guerra, todas las fuerzas aéreas exageraban desmedidamente los triunfos de sus pilotos en el combate y, en consecuencia, el número de aparatos derribados en el bando enemigo. Posiblemente, el peor de los errores de inteligencia cometidos por los Aliados durante la contienda fuera su error de cálculo con respecto de la economía alemana. Este fallo se debió, en parte, a que Ultra pudo mandar mucha menos información a los Aliados con respecto a las industrias del enemigo, ya que este realizaba sus comunicaciones por vía telefónica o escrita, en lugar de recurrir a la radio. Esta flaqueza se observa claramente en el informe del Comité Lloyd sobre los recursos petrolíferos alemanes, donde se exponía que los bombardeos de la RAF en diciembre de 1940 ya habían reducido en un 15% las existencias de combustible del enemigo, aunque Berlín ni siquiera había notado que los británicos estuvieran lanzando un ataque aéreo sistemático.

La situación no mejoró con el paso de los años. El 5 de febrero de 1945, sir Geoffrey Vickers escribió en un informe retrospectivo sobre la inteligencia económica: «La disciplina de aniquilar una industria bélica organizada… un organismo material y social de una complejidad infinita, no existía aún cuando empezó esta guerra… Los comandantes del servicio, en sus ataques contra la industria, demuestran hallarse aún menos preparados a nivel profesional que sus asesores… La selección de objetivos industriales depende de un análisis de factores mucho más complicado que el que determina la

estrategia de una campaña y puede recurrir menos a la ciencia o a la experiencia… El acierto de las apreciaciones se verifica mediante sucesos de un modo más exigente y menos seguro que cuando estos determinan la estrategia en el campo de batalla… La inteligencia económica en esta guerra ha sufrido constantemente debido a lo inadecuado del contacto con quienes planificaban y organizaban nuestra economía bélica[31]».

La precariedad de las pruebas sumada a unos análisis deficientes, basados en falsos supuestos sobre la maquinaria industrial de los nazis, junto con las ilusiones obsesivas con respecto a los «nobles bombarderos» de la RAF, llevaron a los aviadores a exagerar de forma sistemática lo que se podía conseguir con estos aparatos, lo que se estaba consiguiendo y lo que había conseguido, sobre todo contra Alemania. Se sumaba a ello el problema de que Ultra suministraba mucha menos información industrial que militar o naval. En general, este libro defiende que la diferencia entre los procesos de inteligencia aliados en la contienda y los del Eje radica en que los del primer bando se esforzaron por actuar de forma objetiva y honesta, aunque no siempre lo lograsen. Pero en el devenir de la guerra aérea, este principio se quiebra. Tal era el grado de obstinación de los altos mandos de la RAF y la USAAF por demostrar que los bombardeos estratégicos podían ganar la batalla, que en la historia de los departamentos de inteligencia de los mandos de bombardeos se aprecia un espíritu de abandono institucional a la fantasía más propio del alto mando japonés o incluso del alemán.

Durante años, la USAAF —como la RAF— se mostró más reacia a permitir la entrada de inteligencia proveniente de agencias externas que el ejército o la Marina aliadas; aquellos preferían recurrir a sus aviadores para realizar sus propias valoraciones, sobre todo en lo tocante a los blancos de un bombardeo. En 1939, el general Henry Arnold, «Hap», nombró una comisión de cuatro oficiales encargada de estudiar los objetivos. Durante el verano de 1941, el general Heywood Hansell regresó de Berlín con una tonelada de carpetas de la RAF y sostuvo que los estadounidenses conocían mejor los sistemas petrolíferos y energéticos alemanes que los británicos, aunque la RAF parecía muy bien informada en lo relativo a la producción de aparatos y sistemas de transporte del enemigo. Arnold indicó a Hansell que encomendase a su organización el rastreo de fuentes civiles para conseguir datos sobre los blancos económicos y a tal efecto abrió una oficina en Nueva York, que reclutó a un grupo de académicos, algunos muy preparados: Wilma Brun, profesora de alemán en Columbia; Marvin Dickey, también docente de alemán en Cornell; un empresario llamado Malcolm Moss, que demostró ser muy eficiente; de hecho, fue quien sugirió contratar a su colega McKittrick, autor de un estudio sobre las centrales eléctricas alemanas y austríacas para los bancos norteamericanos. McKittrick, según Hansell,

resultó «una mina de oro». Para el otoño se había elaborado ya una extensa lista de objetivos en la que figuraban más blancos económicos que militares. Aunque resulte un tanto inverosímil, algunos se encontraban en América del Sur, donde Washington temía que pudiera producirse un desembarco alemán. Sin embargo, hasta 1944, todas estas pesquisas energéticas dieron escasos frutos. La USAAF se unió a la RAF en la práctica de las operaciones de bombardeo contra Alemania en lo que podría calificarse, a decir de Churchill, como «un porrazo en lugar de una estocada».

Los científicos y los estadistas que pretendieron realizar un análisis objetivo de lo que se obtenía y lo que no se lograba con los ataques aéreos, como Freeman Dyson del Departamento de Investigación Operativa del Comando de Bombarderos de la RAF —una destacada figura en Estados Unidos tras el fin de la contienda—, se sentían marginados y veían cómo se desestimaban sus apreciaciones. El funcionamiento de los estados mayores del Aire estadounidenses no experimentó una mejoría hasta los últimos quince meses de la guerra, gracias a un formidable incremento del sus bombarderos y cazas, el poder coercitivo. La USAAF logró derrotar a la Luftwaffe en el aire y señaló con acierto las plantas de obtención de petróleo sintético como el punto más débil en el esfuerzo bélico de Hitler. Sorprende comprobar que la sección del aire de Bletchley Park viese en la USAAF, y no en sus propios aviadores, a los compañeros más cercanos y a los receptores de inteligencia más entusiastas. El Ministerio del Aire no podía hacer gala de una prudencia equiparable[32].

En el mar

El departamento de inteligencia de la Armada británica, y de hecho el Almirantazgo al completo, desempeñaban cometidos muy distintos de los de la War Office y el Ministerio del Aire, que se limitaban a determinar las políticas y a administrar a sus servicios respectivos. Los ocupantes de la magnífica finca de ladrillo del siglo XVIII situada en la cara norte del campo de desfile Horse Guard Parade —el primer edificio de oficinas construido a tal efecto en Gran Bretaña— no solo administraba la flota británica, sino que hacía las veces también de cuartel general de operaciones desde donde a diario se decidían los movimientos de centenares de patrullas, navíos de combustible, buques escolta, de reparaciones y de combate. Desde sus orígenes, el principal reto de un comandante en una guerra naval consistía en localizar los barcos enemigos: Nelson entregó años de su vida al frente de una flota que surcaba los mares tratando tan solo de dar con los franceses. Pero en el siglo XX la radio cambió el devenir de la historia: gracias a ella, los

comandantes en tierra podían alterar al instante el rumbo de los buques destacados a miles de millas de distancia y podían asimismo detectar y localizar las naves del enemigo.

Dos mil hombres y mujeres sirvieron en la División de Inteligencia Naval (NID), entre ellos el equipo personal del almirante John Godfrey, integrado por quince personas que se apiñaban en la Sala 39 del Almirantazgo. Oficialmente, el grupo era conocido como el «NID17», el puente de mando de la inteligencia de guerra en el mar, con sus enormes ventanales orientados al oeste desde donde se divisaba el jardín de Downing Street, el Foreign Office, el lago de St James's Park y el Horse Guards Parade, este último algo desfigurado a consecuencia del caos provocado por la guerra: globos de barrera, vehículos y barracones provisionales. Donald McLachlan, uno de los miembros del Estado Mayor de Godfrey por entonces, admiraba a su superior pero comprendía también por qué a otros les resultaba irritante: «Como el que conduce un coche deportivo en un atasco, no veía peligro ni descortesía en pisar el acelerador[33]». La impaciencia y la irascibilidad de Godfrey fueron el motivo de su destitución a finales de 1942, aunque la maquinaria que él había desarrollado continuó prácticamente intacta hasta el fin de la guerra.

Al otro lado de la puerta de paño verde del almirante se sentaba su asistente personal, el comandante y elegante experiodista Ian Fleming. De nuevo cuenta McLachlan: «Si bien no era el más inteligente del equipo en la Sala 39, sí era el más dinámico… Estaba mucho menos dotado para el análisis y las valoraciones de la inteligencia que para las tareas administrativas y para preparar borradores. Era un manipulador experto y un intérprete resuelto… el rey de los fanfarrones[34]». La NID también contrató a escritores e historiadores como Hilary Saunders, William Plomer y Charles Morgan; al historiador del arte Charles Mitchell, que se ocupaba de los informes relativos a los interrogatorios de presos de guerra; y al antiguo director del despacho de Thomas Cook en el West End, al cargo de la sección escandinava. Las «chicas secretas» y las mecanógrafas hablaban entre ellas de la Sala 39 como «el Zoo».

McLachlan clasificaba el material obtenido a partir de diecisiete fuentes atendiendo a su importancia y lo trasladaba al equipo de Godfrey para que este lo recopilase y lo examinase. No es de extrañar que en el primer lugar en la lista figurase el descifrado del tráfico de radio enemigo: hasta finales de 1943, el almirante Karl Dönitz y sus subordinados en tierra intentaron microgestionar la campaña de los submarinos alemanes y, en consecuencia, el intercambio de señales con los capitanes en el mar era constante, para mayor beneficio de los británicos. A continuación, en la lista de fuentes de la inteligencia figuraban los documentos apresados; las noticias relativas a los

buques enemigos conseguidas a través del «HF-DF»; los mensajes de voz interceptados; las fotografías aéreas; los avistamientos de navíos desde el aire; los datos obtenidos por medio de agentes o de servicios secretos afines; los interrogatorios de los presos de guerra; el análisis del tráfico de radio; los comunicados del enemigo; las pistas en la correspondencia interceptada de algunos civiles; información técnica y topográfica de fuentes abiertas; observadores neutrales y amigos; información táctica reunida en las operaciones navales; avistamientos de los buques mercantes y de los coastwatchers; la inteligencia remitida por otros servicios; las instrucciones que provenían de organizaciones de inteligencia del adversario a los agentes dobles controlados por los británicos. Todo este material se organizaba según su nivel de fiabilidad e importancia, en una jerarquía que comenzaba en «A1» y terminaba en «D5».

Se sostuvo un debate ininterrumpido, a veces cargado de irascibilidad y otras incluso de cólera, sobre hasta dónde permitir que la protección del secreto de Ultra limitase las operaciones contra el enemigo. El 11 de marzo de 1942, el comandante en jefe de Plymouth escribió a Godfrey, en calidad de director de la inteligencia naval, quejándose porque había llegado a manos británicas, a tiempo para el ataque, información relativa a un barco enemigo a remolque hacia Cherburgo y sobre otro buque cisterna alemán en travesía, pero los comandantes de operaciones recibieron estos datos con diez días de retraso[35]. El almirante de la Flota, sir Charles Forbes —a quien se conocía en el servicio como «Descolocado» desde que en abril de 1940, en vísperas de la invasión alemana de Noruega, posicionase a la Flota demasiado lejos del litoral— despotricaba: «Resulta que el profundo secretismo en que se encierra toda la información reunida por los mensajes de "Ultra" incide negativamente en la explotación de esta información con fines operativos. De hecho, se percibe cierta tendencia a situar las concesiones a la seguridad por encima de la acción ofensiva… Nunca se insistirá lo bastante en que, por secretas que sean las fuentes de las que obtiene la inteligencia, esta jamás debe constituir un fin en sí mismo, y resulta estéril si no influye en la acción».

La carta de Forbes resulta importante ya que ilustra el dilema cotidiano al que se enfrentaban los guardianes de Ultra. Por otra parte, ejemplifica también la prudencia y saber hacer con que la mayoría de los oficiales británicos y estadounidenses —aunque no todos, en modo alguno— sirvieron al esfuerzo bélico aliado, resistiéndose a las incontables tentaciones de sacar partido a sus desencriptados para así continuar protegiendo el interés general aliado en la guerra secreta. A finales del segundo semestre de 1942, cuando la interrupción de las líneas de abastecimiento de Rommel desde el aire en el escenario mediterráneo consiguió unos efectos devastadores, gracias a la tutela de Ultra, todo asalto de la RAF iba precedido de un vuelo de

reconocimiento que enmascaraba el origen del conocimiento británico.

Sin duda los rendimientos de Bletchley constituyeron la principal fuente de la inteligencia, pero es igualmente cierto que fueron precisas también otras ayudas adicionales. No se podía confiar en la inteligencia de señales —por ejemplo— para conseguir avisos sobre las salidas de naves capitales alemanas, siempre amparadas en el silencio radiofónico. Los agentes noruegos que monitorizaban el amarre del Tirpitz y otros buques similares en los fiordos lanzaron alertas determinantes sobre si estos se disponían a zarpar o si lo habían hecho ya. Un oficial de la inteligencia naval escribió: «Se trataba de un servicio tan fiable… que el OIC en Londres tenía fe ciega en el rigor y la regularidad [de sus agentes[36]]». Algo hizo bien el MI6. Cuando las condiciones climáticas permitían los reconocimientos aéreos, estos eran también de gran valor, aunque nunca dejaron de ser una ciencia inexacta, en especial en los casos en que los oficiales de la inteligencia naval debían confiar en la memoria de los pilotos en lugar de basar su juicio en fotografías que pudieran someter a la interpretación de los expertos. Era difícil para la aviación, a miles de pies de altura, distinguir entre un acorazado, un crucero pesado y un gran destructor. En julio de 1942, el avistamiento por parte de un piloto de la Luftwaffe de un solo aparato británico en el espacio aéreo noruego disuadió a los alemanes de lanzar al Tirpitz contra el PQ17. El aviador advirtió de la presencia de un portaaviones. En realidad, se trataba tan solo de un hidroavión, pero la Kriegsmarine no quiso correr el riesgo de posicionar a su precioso coloso a tiro de un grupo de portaaviones de la Armada británica.

En los primeros años de la guerra, los británicos poseían escasos conocimientos técnicos de los submarinos, en parte porque la NID carecía de interrogadores hábiles para escoger qué preguntar a los presos. En 1942, la situación había experimentado una mejoría: los tripulantes de los submarinos recluidos en campos británicos revelaron ciertos detalles sobre los torpedos alemanes y los receptores de búsqueda para las transmisiones de radar así como la existencia del Pillenwerfer, o «lanzapíldoras», un sistema de eyección de burbujas diseñado para despistar a los detectores ASDIC. Los interrogadores británicos —como sus homólogos en la Luftwaffe— aprendieron a confundir a los presos alardeando de conocer algunos detalles de lo que sucedía en su país, como por ejemplo los encantos de la camarera pelirroja del Lorient's Cafe en Rennes. Continuaba existiendo un problema, a saber: que la Armada británica era incapaz de creer que una tecnología de la que carecían sus barcos pudiera funcionar en los del enemigo, como por ejemplo diversos perfeccionamientos en los submarinos y unos cañones de 149 mm (5,9 pulgadas) instalados en los destructores.

Algunos interrogadores se inclinaban por brindar cierta hospitalidad a los

presos célebres que podían suministrarles información relevante. En octubre de 1944, el director de la inteligencia se llevó las manos a la cabeza cuando supo que sus oficiales habían gastado dos libras esterlinas en la cena y el vino del capitán de un submarino alemán y emitió una notificación oficial en la que censuraba las «diversiones en el Ritz y el pago de una sustanciosa cantidad de ginebra. Si estos hechos llegasen a oídos del público, serían motivo razonable de escándalo. Por otra parte, yo y otros muchos tenemos serias dificultades para procurarnos esta clase de lujos, y está fuera de toda medida que nuestros enemigos disfruten de ellos[37]». El interrogador respondió sin inmutarse que, a su juicio, valía la pena invertir dos libras de la hacienda pública en convencer a un nazi escéptico de que el Ritz seguía en pie.

Contra toda lógica, aun cuando la balanza del conflicto ya no se decantaba a favor de los alemanes, algunos miembros de la tripulación de Dönitz en manos aliadas tomaron plena conciencia de la importancia de la seguridad. El 12 de marzo de 1944, el director de la inteligencia naval informó al primer lord del Almirantazgo sobre los interrogatorios de los presos de guerra. Alrededor del 70% de los marinos a bordo de un submarino admitían que la guerra estaba perdida, y el 25% lo confesaban abiertamente ante un oficial británico. Pero en los barcos estaban mejor preparados para resistir a los interrogatorios; incluso en este último estadio del imperio nazi, «existe la creencia generalizada de que quienes divulguen información serán castigados al terminar la guerra». Cuando los censores descubrieron que las tripulaciones de los submarinos apresados usaban un sencillo código para recopilar material sensible en las cartas que mandaban a su casa en Alemania, se les permitió continuar con el tráfico abrigando la esperanza de que la NID pudiera encontrar algo útil en aquellas revelaciones.

Pared con pared con el Almirantazgo se encontraba el Centro de Inteligencia Operativa (OIC), en el nuevo edificio denominado Ciudadela, un mamotreto de hormigón abarrotado hasta los topes cuyos internos sufrían de constipados e infecciones virales crónicas. La sección de naves de superficie del OIC, dirigida por el comandante Norman Denning, fue la protagonista en las operaciones navales británicas en momentos de crisis como la persecución del Bismarck, la «operación Cerbero» y la agonía en el Ártico del convoy PQ17. Fueron horas y días de intenso debate y de toma de decisiones muy crudas, en las que el primer lord del Almirantazgo y sus acólitos se convirtieron en asiduos visitantes del OIC. En los primeros años de guerra, la implementación de las decisiones operativas tras haber recibido los descifrados sufría constantes demoras. El Despacho Conjunto del Extremo Oriente, la estación de Bletchley en Singapur que más tarde sería evacuada a Colombo, rompió las señales japonesas en que se informaba del avistamiento

del Prince of Wales y el Repulse, además de las órdenes de ataque del enemigo, cuatro horas antes de que las primeras bombas y torpedos cayeran sobre los colosales buques de guerra. Pero el almirante en el puente de mando del Prince of Wales, Tom Phillips, no tuvo noticia de ello hasta que los japoneses se habían lanzado ya sobre ellos y su destino estaba sellado. Afortunadamente para la Armada británica, la transmisión de material tan urgente se aceleró de forma notable en poco tiempo.

La inteligencia de señales resultó más determinante para la guerra táctica en el mar que para las campañas de tierra, en parte porque los convoyes y submarinos se desplazaban a menor velocidad que los tanques. Teniendo en cuenta que el descifrado de las señales enemigas requería de, al menos, unas horas de trabajo, si no unos días, era más probable que sus frutos llegasen a tiempo de lanzar una operación de rechazo al comandante en el océano que al del campo de batalla en tierra. En los tantísimos días transcurridos entre 1941 y 1945, la oficina más influyente en los despachos de la Armada británica fue la Sala de Rastreo de Submarinos. Allí, el comandante Richard Hall —hijo de «Blinker»— ordenaba el cambio de rumbo de los convoyes siguiendo las últimas evaluaciones relativas a las posiciones de los submarinos emitidas por el jefe de la Sala, el respetadísimo comandante Rodger Winn. Aquel despacho tenía un lema, irónico pero indudablemente serio: «Never the twain shall meet[38]». El propio Winn, aquejado desde la infancia por una cojera a consecuencia de la polio y una desviación de columna, era un hombre de temperamento pero que trataba a sus oficiales con el respeto que aquellos merecían, como correspondía al abogado que era y al juez en que se convertiría. Sin embargo, jamás traicionaba sus convicciones. Su rasgo más característico, el que lo distinguía de tantos colegas en ambos bandos, fue su coraje moral. Dirigía a su equipo con disciplina, condenaba los errores con mordacidad e insistía en que la Sala de Rastreo debía emitir un dictamen conjunto sobre cuantos asuntos pasaban por sus mesas.

Pese a todo, allí se respiraba un ambiente esencialmente informal: los colegas se trataban de iguales, con independencia del rango. Los investigadores y vigilantes civiles llevaban el diario de señales de la Sala y compilaban las estadísticas y fichas. En los muros, los gráficos daban testimonio de los picos y las caídas en el número de hundimientos de submarinos y buques mercantes, así como de los progresos en la construcción de los nuevos. El centro de la Sala estaba ocupado por una mesa de 2,5 x 2,5 metros sobre la que se extendía un mapa del Atlántico Norte. Allí, durante catorce horas diarias, se sentaban Winn o su adjunto, con la barbilla apoyada en la mano, y calculaban distancias, velocidades y ángulos, sin perder de vista el teletipo que súbitamente reanudaba el repiqueteo y arrojaba los

nuevos datos de Bletchley. En el mapa, los límites de la cobertura aérea aparecían marcados sobre el océano con unos arcos de color rojo. Las posiciones de los submarinos se indicaban con chinchetas de colores: la roja para las posiciones seguras; la blanca para los avistamientos y la azul para las demoras determinadas gracias al sistema de radiogoniometría.

En ocasiones, cuando un submarino era objeto de un ataque masivo, la denominada Rudeltaktik, en alusión al proceder de las manadas de lobos, las naves escolta de la Armada británica podían conseguir hasta cuarenta «posiciones» radiogoniométricas si se hallaban a una distancia de una hora de los submarinos de Dönitz; para obtener una demora razonablemente certera, un barco debía hallarse a cuarenta o cincuenta millas del equipo de transmisión del submarino; y para dar con posiciones absolutamente la distancia máxima oscilaba entre las diez y las quince millas. Con buen tiempo, un convoy podía mantener una velocidad de crucero de entre siete y nueve nudos. Aunque en superficie los submarinos podían alcanzar los once nudos, la velocidad tras la inmersión se reducía hasta dos o tres nudos. Por esta razón, la aviación aliada pudo ejercer una influencia determinante, siempre que los convoyes navegasen en su radio de barrido, al forzar a los submarinos a sumergirse aun cuando las cargas de profundidad lanzadas desde el aire no hubieran conseguido hundirlos. Puesto que estas batallas navales se desarrollaban a un ritmo relativamente lento, desviar el rumbo de un convoy podía bastar para impedir que los cazadores de Dönitz le dieran alcance.

Todas las mañanas, Winn o su adjunto mantenían una conferencia telefónica con el comandante en jefe del Western Approaches en Liverpool, y el jefe del Estado Mayor para debatir los principales sucesos de la noche anterior. A mediodía, Hall despachaba un informe de situación de cuatro páginas para la sala de guerra de Churchill. Una vez por semana, se sustituían los mapas usados en la Sala de Rastreo por otros nuevos, ya que los anteriores habían quedado totalmente agujereados. Un colega hablaba de la «asombrosa facilidad [de Winn] para intuir el comportamiento de un submarino». En las numerosas batallas de convoyes que se alargaban durante varios días y varias noches, «el intenso trabajo intelectual derivado de este zafarrancho de tácticas solo era tolerable para las personas involucradas en él si estas lo vivían como una partida de ajedrez o de bridge… debían mantener a raya en todo momento cualquier impulso imaginativo que les representase su fracaso en términos de un sufrimiento humano atroz como, por ejemplo, durante el rescate de un convoy de buques cisterna del grupo de asaltantes. De otro modo, el estrés habría resultado excesivo». Por esta razón, debían mantener unos nervios de acero mientras uno de sus antiguos colegas de la Sala de Rastreo, un tal comandante Boyle, capitaneaba un convoy desde

Trinidad cuyos once buques cisterna cayeron hundidos, uno tras otro, hasta que solo una nave llegó a puerto.

En diciembre de 1942, Winn soportó una presión terrible cuando hubo de separar al trasatlántico de la White Star Ceramic de un convoy que se dirigía hacia el sur del Atlántico; a bordo iban especialistas en aeródromos a quienes se necesitaba con urgencia en Takoradi, en el África occidental. Winn se negó durante cuatro días, defendiendo su convencimiento de que los alemanes rastreaban el convoy y atacarían pronto. Al final, cedió a la presión del Ministerio de Transporte Marítimo. El Ceramic aceleró los motores y cayó abatido, con un único superviviente. En 1943, el parecer de Winn gozaba de tal respeto que el Almirantazgo dispuso que ningún buque o convoy debía ser desviado si él opinaba lo contrario. Pero la presión que comportaba aquella responsabilidad fue tal que el comandante hubo de ausentarse del puesto durante un mes, tras un ataque de nervios por agotamiento.

Tanto se ha escrito acerca del triunfo de Bletchley en el desciframiento de códigos submarinos —sin duda con razón— que la historia de la Batalla del Atlántico ha quedado algo distorsionada. Los logros equivalentes del servicio de inteligencia de la B-Dienst de la Kriegsmarine merecen algo más de atención. Durante un año, aproximadamente, desde julio de 1942 hasta junio de 1943, no sin algunas interrupciones y demoras, los descifradores de códigos de Dönitz abastecieron al mando de los submarinos de un extraordinario caudal de información sobre los movimientos de los convoyes, lo que supuso una contribución casi tan importante al incremento de bajas navales aliadas como funesta fue la coincidencia de que BP no lograse romper el cifrado Shark durante buena parte de aquel mismo período.

Las operaciones submarinas estaban bajo el control de un hermético grupo formado por cinco oficiales del círculo de Dönitz, en el cuartel general del Mando de Submarinos (Befelshaber der Unterseeboote, o BdU) que se ubicó en dos sedes sucesivas, primero en Lorient, París, y desde enero de 1943, en Berlín. Entre las personalidades más destacadas se contaba el Kapitän zu See Hans Meckel, especialista en señales. Se sometía a un meticuloso examen la pérdida de cada uno de los submarinos, con miras especialmente a valorar si se había producido algún tipo de fallo en la seguridad de un hundimiento aliado. El B-Dienst, dirigido por el Kapitän zur See Heinz Bonatz, tenía las oficinas en el cuartel general de la Marina, en la calle Tirpitzufer de Berlín, como el Abwehr, y creció hasta contar con una dotación de personal de 6000 hombres y mujeres. Los teletipos arrojaban señales de las estaciones de escucha en toda Europa, la mayor de las cuales se hallaba en Holanda. Sus descifradores, bajo la tutela del antiguo operador de radio de la Marina Wilhelm Tranow, se beneficiaron del hecho de que Dönitz

fuera uno de los pocos oficiales de rango superior dentro de los servicios que se tomaba la inteligencia en serio. Como sus homólogos en el bando aliado, reconoció que el primer imperativo de la guerra en el mar radicaba en la localización del enemigo.

Durante la primavera y el verano de 1940, el B-Dienst calculó que leía alrededor de 2000 mensajes británicos al mes, aunque esta cifra se redujo de forma espectacular en el mes de agosto, después de que la Armada británica cambiase los códigos. Desde 1940 hasta 1944, los hombres de Bonatz consiguieron romper el código de la Marina mercante con una regularidad razonable. Tras hacerse con la última versión en marzo de 1942, el «Mersigs II», forzaron de forma sistemática las señales de los convoyes y asignaron nombre a las distintas clases de tráfico británico como hacían los de Bletchley con las suyas: Köln, Frankfurt, München Blau, München Rot. En este período también empezaron a sacar provecho del uso de la tecnología de las tabuladoras de tarjetas perforadas IBM.

Uno de los fallos más graves de Bletchley durante la guerra fue que su reducida sección para la seguridad de los cifrados tardó muchos meses en reconocer la vulnerabilidad de algunos de sus códigos y en advertir de ello al Almirantazgo, pese a las reiteradas solicitudes de asesoramiento y colaboración del oficial responsable en la Marina. Los alemanes leyeron las señales de la capitanía marítima de Nueva York, que transmitía la composición y con frecuencia las actualizaciones de rumbo de los convoyes que se dirigían al este, incluso en los casos en que Rodger Winn alteraba su curso. El B-Dienst entró también en el Cifrado n.º 3 de la Armada británica, aunque no logró una desencriptación completa: muchos de los mensajes no se leían hasta transcurridos varios días y solo uno de cada diez estaba listo con la suficiente rapidez para concentrar los submarinos. Pero gracias al sigint, el cuadro que Dönitz tuvo de las operaciones aliadas estaba sorprendentemente bien construido.

El estudio que, una vez concluida la contienda, realizaron los estadounidenses sobre la inteligencia de comunicaciones navales alemana, basándose en los interrogatorios exhaustivos del personal y en el examen de los documentos apresados, en este caso los del B-Dienst, concluía: «El enemigo poseyó en todo momento un retrato razonablemente claro de los convoyes en el Atlántico con distintos niveles de precisión en lo relativo a las rutas y los trazados diarios[39]… Las desviaciones de convoyes se averiguaban a veces a partir de descifrados a tiempo para redirigir las patrullas de submarinos en consecuencia… La exposición más completa de inteligencia sobre convoyes jamás observada en el tráfico naval alemán llegó en una serie de mensajes[40]… en diciembre de 1943 y enero de 1944. Según parece, estos mensajes reproducían el mapa de convoyes actual [de los

Aliados] en el Atlántico Norte… Los convoyes entonces en el mar fueron identificados correctamente tanto en sus designaciones como en el número y se ofreció una información precisa sobre sus ciclos, velocidades y rutas en general[41]».

Este estudio deja perfectamente claro que la guerra de señales en el mar no se libró en modo alguno en un solo bando. Los pecados británicos por acción y omisión, tanto en el Almirantazgo como en Bletchley, se cobraron su precio en navíos y en vidas. El B-Dienst dispuso de descifradores notablemente preparados, si no tan buenos como los del Barracón 8. Entre el 9 y el 19 de marzo de 1943, en el período en que la Kriegsmarine se imponía en la batalla del sigint contra la Armada británica, cuatro convoyes —el SC121, el HX228, el SC122 el HX229— perdieron uno de sus cinco barcos, un desgaste de proporciones catastróficas. Pero las acciones o los descuidos también tuvieron consecuencias inesperadas. El fallo en la seguridad de códigos de la Armada británica, por ejemplo, fue de gran ayuda para la causa aliada, aunque a un elevadísimo coste. En según que momentos de la guerra, pero ya desde 1941, Dönitz abrigó serias sospechas de que Enigma había sido descifrada. El 28 de septiembre, un submarino británico tendió una emboscada al U-67 y al U-111 en un encontronazo cerca de las islas de Cabo Verde, en aguas del litoral senegalés. Los torpedos no alcanzaron el blanco y este colisionó contra un tercer submarino allí presente; el almirante observó al respecto de este dramático incidente: «Un submarino británico no aparece por casualidad en un lugar tan remoto», e inició una investigación en toda regla. No obstante, se concluyó que «los cifrados de mayor importancia no parecían haber quedado comprometidos[42]». Una segunda investigación de febrero de 1943 dio los mismos resultados, basándose una vez más en la confianza que se desprendía de la vulnerabilidad de los códigos británicos, que no se resolvió hasta junio. Si la Armada británica hubiera tenido capacidad para leer los documentos alemanes, sin duda sus jefes habrían cerrado este costoso agujero.

Por otra parte, el mando de submarinos ignoró los apremios de Wilhelm Tranow que insistía en usar un libro de códigos en lugar de una máquina de cifrados para el tráfico de radio, método que causó grandes problemas a los descifradores de códigos estadounidenses cuando fue asumido por el ejército japonés. Más tarde, en agosto de 1943, un informador de la inteligencia suiza comunicó a un oficial de la estación local del Abwehr que los Aliados estaban rompiendo los códigos de los submarinos, una advertencia que pasó inmediatamente al mando de submarinos en Berlín. Dönitz ordenó investigar de nuevo la seguridad de los cifrados pero, sorprendentemente, acabó por dejarse convencer una vez más.

Al terminar la guerra, el almirante escribió: «Si el enemigo reaccionaba a

las transmisiones de radio y en qué medida lo hacía es algo que, pese a todos nuestros esfuerzos, jamás pudimos determinar con seguridad. En algunos casos, las alteraciones radicales en el rumbo de los convoyes nos llevan a pensar que así fue. Por otra parte, se dieron muchos casos en que, pese a las radios en los submarinos en la zona, los barcos enemigos que navegaban de forma independiente, así como los convoyes, pudieron avanzar por la misma zona[43]». Cuando Dönitz se convenció al fin de que Enigma era segura, decidió ignorar también la advertencia del teniente Hans-Joachim Frowein con respecto a su fragilidad, quien se basaba en sus investigaciones personales a partir de la tecnología de las tarjetas perforadas. Pero si la conducta de los Aliados en la Batalla del Atlántico hubiera sugerido omnisciencia en lugar de falibilidad, habría resultado mucho más que probable que Dönitz descubriera el secreto de Ultra.

El primero de junio de 1943, la Armada británica abandonó el cifrado n.º 3 y el n.º 4, e introdujo el n.º 5, que también adoptaron los estadounidenses y canadienses para las operaciones en el Atlántico el 10 de junio, y que la B-Dienst no logró romper. En Bletchley estaban furiosos porque el cambio hubiera tardado tanto en aprobarse, ya que llevaban ocho meses avisando de la vulnerabilidad de los cifrados anteriores, pero el Almirantazgo adujo en su defensa el colosal reto administrativo que suponía dictar nuevos códigos a miles de navíos. Por otro lado, también puede considerarse reprobable el proceder de la sección de seguridad de cifrados de la Escuela de Código.

Aunque la guerra en el mar se vio influenciada por los descifrados en una medida más determinante que cualquier campaña en tierra, incurriríamos en un error si considerásemos que la Batalla del Atlántico fue una lucha exclusiva entre Bletchley y el B-Dienst: aquí, como en el resto de episodios bélicos, el poder coercitivo fue crucial. En 1943, además del triunfo de la Escuela en la resolución de Shark, los Aliados contaron con un incremento de sus fuerzas aéreas y navales con nuevos grupos de escolta, portaaviones y bombarderos pesados, Liberators en su mayoría, junto con diversas mejoras tecnológicas. Todo ello propició un cambio en la política de asignación de nuevas rutas a los convoyes, que ahora se decantaba por atacar a los submarinos. En el invierno, aunque el B-Dienst había vuelto a romper el código de la Marina mercante británica, la fuerza de Dönitz no dispuso de poderío real para explotar la información. Los alemanes continuaron lanzando asaltos irregulares sobre los convoyes hasta los últimos días de la guerra, pero la campaña estaba perdida desde hacía mucho tiempo. Dönitz no logró ahogar la ruta de suministro atlántico porque carecía de submarinos en número suficiente para realizar tamaña proeza. Ultra ayudó en mucho a eliminar los submarinos enemigos durante el verano de 1943, en particular

mediante la elección de los blancos para las ramas aéreas de los portaaviones escolta de la Marina estadounidense, aunque como bien dijo Churchill: «Todo se halla en constante movimiento, siempre y de forma simultánea».

Tras la guerra, Donald McLachlan hizo una lista de los errores y deslices que él y sus colegas consideraron más sobresalientes por parte del Departamento de Inteligencia de la Armada británica durante la guerra[44]. En primer lugar, no se advirtió que la Kriegsmarine estaba leyendo mensajes importantes del tráfico de radio británico. La «operación Cerbero» del Scharnhorst, así como otras incursiones de buques pesados alemanes, fueron causa de un interminable bochorno. El Almirantazgo subestimó la amenaza de los submarinistas italianos, que infligieron algunos daños irreparables en 1941, y respondió con poca fuerza y demasiado tarde a las revelaciones de la debilidad crónica de los buques de guerra ante los ataques aéreos. No supo sacar beneficio de las provechosas lecciones aprendidas sobre las tácticas de los submarinos en la Primera Guerra Mundial y, durante meses, se negó a creer que los barcos de Dönitz estuvieran atacando de noche en la superficie. Antes de la guerra, el director de señales del Almirantazgo se opuso a ampliar la red de radiogoniometría para descubrir las posiciones de los buques de guerra: declaró que un equipamiento de aquella naturaleza implicaría un desperdicio de recursos, porque durante las operaciones el enemigo suspendería las emisiones de radio. En todos estos casos, los británicos habían cosechado información suficiente para anticiparse o contraatacar los movimientos del adversario, de haber contado el Almirantazgo con la imaginación necesaria para usarla. Aun con todo, la NID fue el mejor de los tres departamentos de inteligencia de los servicios británicos y su andadura en tiempo de guerra es más digna de admiración que la de sus enemigos. Dönitz jamás reconoció la brecha en sus comunicaciones más reservadas, mientras que los británicos eliminaron las suyas a tiempo para asegurarse la victoria.

8

«Marte»: El engaño sangriento

Gehlen

¿Cómo puede explicarse la incompetencia y la miopía de la inteligencia en Alemania? Era aquella una nación con un progreso tecnológico y científico tan prominente como su nivel cultural. Hubo un tiempo en que el ejército de Hitler se mostró ante el mundo como la mejor fuerza de combate jamás vista, aun a pesar de lo aberrante de la causa que defendía. Los historiadores juiciosos han abandonado la creencia de que el almirante Canaris colaborase con los Aliados; o, dicho de otro modo, que fuera un traidor innegable. El Abwehr y la Gestapo fueron muy competentes erradicando las actividades de la Resistencia y la presencia de agentes aliados en los territorios ocupados, si bien la Orquesta Roja les pasó por alto durante siete años. Pero Canaris fracasó estrepitosamente en su cometido como jefe de la recopilación de inteligencia en el extranjero. No solo perdió a todos los espías que había destinado a Gran Bretaña, sino también a los que quiso infiltrar en Estados Unidos. La «operación Pastorius» que el almirante dirigió en junio de 1942 lanzó a ocho futuros saboteadores, que en quince días estaban ya en manos del FBI. Seis de ellos terminaron en la silla eléctrica y las operaciones alemanas en el resto de países se arruinaron de un modo similar. Este fallo institucional, aparentemente trivial, se explica en parte debido al poco esfuerzo que los oficiales del Abwehr pusieron en el desempeño de sus funciones. Un gran número de los destinados a tierras foráneas se contentaba con aprovechar el nuevo estilo de vida, mucho más confortable que el que le

podía proporcionar el Reich, con falsear los gastos y con transmitir a Alemania el primer batiburrillo de información que pudiera generar una imaginación fecunda, con la ayuda de los agentes dobles controlados por el MI5. Nadie se cuadró en Berlín para imponer esfuerzo y rigor.

Los alemanes demostraron una arrogancia tan temeraria al invadir Rusia que pasaron semanas sin intentar siquiera romper los códigos del Ejército Rojo, confiados en que saldrían victoriosos con independencia de la respuesta enemiga. Este ánimo cambió al fortalecerse la resistencia soviética. Las fuerzas de Hitler recibieron el peor revés de su andadura tras ocupar Kiev: a su alrededor se desató una sucesión de demoliciones controladas a distancia por los soviéticos. La Wehrmacht empezó a tomar conciencia de la necesidad de monitorizar las ondas. En el invierno de 1941, los alemanes obtuvieron el indicio más alarmante de la vastedad del poderío de que aún gozaba el Ejército Rojo al interceptar mensajes relativos a las divisiones soviéticas en que estas aparecían numeradas en una serie de «400», cuando, en origen, Berlín ya había desestimado toda posibilidad de que Stalin pudiera reunir una fuerza tan nutrida[1]. Las distancias en Rusia generaron problemas crónicos para la inteligencia de señales: aun habiendo instalado la Wehrmacht un centenar de estaciones de intercepción en el Frente Oriental, jamás bastaron para mantener un control exhaustivo.

Los alemanes obtuvieron abundantes datos acerca de los procedimientos de radio soviéticos tras apresar al coronel Kurmin, el jefe de señales del 12.º Ejército ruso. Las alarmas se dispararon en el Reino Unido[2] cuando Bletchley captó señales que exponían la vulnerabilidad de buena parte del tráfico de las comunicaciones soviéticas: «los alemanes pueden leer códigos relevantes de las fuerzas navales, aéreas y de tierra rusas con prontitud… [Pero] los rusos ignoran por entero esta terrible desventaja[3]». No cabe duda de que los códigos menos importantes del Ejército Rojo entre 1941 y 1942 eran frágiles, ni tampoco de que la inteligencia de radio alemana leyó al menos parte de los mensajes del mando transmitidos por los operadores que usaban los cuadernos de un solo uso más de una vez. Pero, para llegar a convencernos de que los alemanes consiguieron entrar de forma clara y útil en los cifrados de alto secreto soviéticos, deberíamos disponer de pruebas indicativas de que los comandantes del ejército de Hitler explotaron su contenido. Sin embargo, solo contamos con un difuso collage de desencriptados de la Stavka, ninguno destacable por su importancia, y de algunos signos evidentes de que parte de los mensajes captados eran fruto de una trampa urdida por los rusos. La realidad incontestable con respecto al primer año de campaña en el Frente Oriental es que, con o sin la obtención de los códigos soviéticos, los alemanes no consiguieron ganar Moscú ni Leningrado, sus principales objetivos estratégicos. El flujo de cifrados se

redujo mucho tras el 1 de abril de 1942, con la introducción de nuevos códigos e indicativos por parte del Ejército Rojo.

El teniente coronel Reinhard Gehlen, un oficial de inteligencia de alto rango destacado en la Wehrmacht del Frente Oriental desde entonces hasta casi el final de la guerra, consiguió sin embargo una reputación más señalada que cualquier alemán en esta materia. Nacido en Erfurt en 1902, era hijo de un librero. Ingresó en el ejército en 1920, sirvió en la artillería y se casó con Herat von Seydlitz-Kurzback, la hija de una distinguida familia militar prusiana. Entró a formar parte del Estado Mayor en 1935 y, en los primeros años de la contienda, se ganó los elogios por sus éxitos como oficial de operaciones. En julio de 1941 fue ascendido a teniente coronel y agregado al Fremde Heere Ost (FHO), la sección de inteligencia del alto mando, a su cargo desde abril de 1942, tras la destitución de su predecesor por una lamentable actuación en las batallas de invierno en Moscú; otro más de los muchos chivos expiatorios para los fracasos de la Wehrmacht[4].

Gehlen era un tipo austero, taciturno y sin ninguna peculiaridad física que lo distinguiera, pero capaz de granjearse la amistad de sus superiores al tiempo que disimulaba su despiadada ambición ante sus colegas. Aportó a su trabajo nuevas energías e imaginación: mientras que la mayoría de sus homólogos en el ejército reclutaban a oficiales convencionales, Gehlen prefería contratar a los más listos, prescindiendo de sus éxitos militares. Escudriñó en la Wehrmacht para dar con lingüistas, geógrafos, antropólogos y abogados que incrementaron de un modo espectacular la cantidad, aunque no la calidad, de los informes y los análisis. Aprovechó las patrullas, junto con la interceptación de señales rusas de menor importancia y el tráfico de voz. Gehlen también se concentró en los interrogatorios de los presos de guerra y explotó a los numerosos oficiales rusos de alta graduación en manos alemanas. Dirigió un «campo de celebridades» en la Prusia Oriental, el denominado Feste Boyen, en que mantuvo recluido a un promedio de ochenta «huéspedes», donde los más ilustres se alojaban en habitaciones individuales. Todos los presos recibían las raciones completas de la Wehrmacht y los más colaboradores se quedaban allí indefinidamente para dar respuesta inmediata a las preguntas que el FHO necesitaba resolver con una frecuencia diaria o semanal.

Algunos presos de guerra se mostraban tercos en su negativa a conversar con los oficiales de Gehlen, quienes señalaron una singularidad: los hombres con más cultura y formación solían cooperar, mientras que los más humildes se encerraban en el mutismo. Mucho dependía de la situación en el campo de batalla. Cuando parecía que se acercaba la derrota de los rusos y que estos habían perdido el ánimo, como sucede en todos los frentes, los presos estaban más dispuestos a hablar. Cuando cambiaron las tornas, la cooperación se

limitó porque los reclusos que ayudaban a los nazis temían por su destino —y con razón— si Stalin lograba imponerse. El principal impedimento para extraer datos de inteligencia a los soldados rusos era que estos prestaban servicio en la sociedad más secretista del mundo: pocos entre los altos oficiales incluso sabían poco más que nada en lo tocante a otras unidades.

Gehlen no era estúpido y demostró mayor capacidad de realismo que muchos de sus colegas, pero también fue un charlatán consumado. Revisemos, por ejemplo, su análisis del 29 de agosto de 1942 sobre la situación rusa y las opciones que Moscú tenía para el invierno siguiente. El momento era crítico para el desarrollo de la batalla: la víspera de Stalingrado. El jefe del FHO ofreció al alto mando alemán un amplio repertorio de escenarios posibles. Se trata de un rasgo que merece atención porque es característico del material generado por el oficial de inteligencia más famoso de la Wehrmacht. Gehlen suponía, dijo él, que Leningrado, Stalingrado y el norte del Cáucaso caerían en manos alemanas y que se establecería un frente continuo entre Persia y el Ártico. En consecuencia, las acciones rusas deberían atenerse a «los resultados de la campaña de verano y otoño; a los recursos disponibles para Alemania y Rusia; a la evolución del parecer de la cúpula rusa; a los objetivos rusos». Estos deseaban reservarse los recursos y el espacio de combate para una campaña de invierno, afirmó Gehlen.

«Parecían dispuestos a admitir la pérdida de Leningrado, Stalingrado, el norte y tal vez el sur del Cáucaso e incluso Moscú. Las bajas rusas en 1942 habían sido inferiores a las de 1941. Parecen contentos por haber infligido unas pérdidas en absoluto desdeñables a los alemanes y ahora logran incrementar el número de sus efectivos aplicando recortes a las exenciones del servicio militar, con la movilización de 1,4 millones de hombres nacidos en 1925 y reduciendo la potencia de sus divisiones. Debe anticiparse que este invierno el enemigo destinará otra vez un gran número de nuevas formaciones al campo de batalla. En conjunto, no hay indicios de que, en un futuro inmediato, el equilibrio de fuerzas entre rusos y alemanes experimente un cambio significativo en detrimento del bando ruso»: un circunloquio digno del NKVD.

Gehlen sugirió que el material de guerra suministrado por los británicos podía constituir un factor a tener en cuenta, en especial en la zona del Cáucaso. Los rusos, afirmaba él, aprendían deprisa y habían adoptado muchas tácticas alemanas: el apoyo directo de las fuerzas aéreas para el Ejército Rojo, unas patrullas con empuje o el despliegue de tanques para la defensa precedido por una pantalla de la infantería. Pese a todo, los líderes rusos más jóvenes y los de mediana edad rehusaron la propuesta. «En definitiva —escribió el jefe de la inteligencia— debemos esperar que el enemigo continúe avanzando en la línea del otoño y el invierno, recurriendo

a métodos probados y comprobados, sobre todo con respecto a las guerrillas y a las fuerzas aerotransportadas. Los rusos intentarán desbaratar el frente alemán en tantos puntos como les sea posible, emprendiendo ofensivas a gran escala cuando la oportunidad lo permita… Esta posibilidad podría darse en concreto en el frente del Grupo de Ejércitos B (Stalingrado) y en el de Centro en Smolensko… En cuanto al frente del Grupo de Ejércitos A, tras la caída del Cáucaso Norte, el enemigo dispone de instalaciones defensivas adecuadas en las montañas de la cordillera donde se debe prever que emprenderá fuertes contraataques cuando el terreno resulte adecuado, buscando sobre todo alterar la producción petrolífera alemana».

Gehlen concluyó que los ejércitos soviéticos entrarían en el invierno «debilitados pero no derrumbados y que, por tanto, tendrían opción de iniciar nuevas operaciones… Dependiendo de las fuerzas de que dispusieran los dirigentes soviéticos y de las posiciones en el frente después de la campaña de verano y otoño, podían esperarse grandes ofensivas por parte de los rusos en a) Stalingrado y el oeste de Stalingrado. b) Los sectores más débiles del frente aliado [el del Eje], en especial allí donde los rusos tenían cabezas de puente. c) En Vorónezh. d) En Mtsensk-Orel. e) En Sukhinichi. f) En Rzhev. g) En la brecha entre el Grupo de Ejércitos Centro y el Norte. h) En Leningrado… Solo si los rusos no conseguían victorias reseñables durante el invierno de 1942-1943; si un segundo frente en la Europa [occidental] perdía visos de realidad; y si las consecuencias económicas de las pérdidas de territorio de este año (incluido Bakú) provocaban un verdadero impacto, podríamos pensar en acabar definitivamente con la resistencia rusa. Presumiblemente, esto no sucederá antes del verano de 1943».

No se trataba de un documento estúpido, sino de una valoración perfectamente sensata de las opciones que se abrían ante Rusia. Hacía mención de Stalingrado, aunque siempre en un marco en que se citaban también otros seis objetivos posibles para las ofensivas soviéticas. Un lector escéptico podría sentirse tentado de comparar estas ambigüedades con la predicción de que, si alguien vuelve las cincuenta y dos cartas de una baraja, encontrará cuatro ases. Sin embargo, en los meses y los años que se siguieron, Gehlen malinterpretó la mayoría de momentos cruciales en el Frente Oriental. En primer lugar, insistió en que la operación rusa «Marte», su ofensiva más septentrional contra el Grupo de Ejércitos Centro, sería la mayor arremetida de Stalin, frente a «Urano» —el movimiento de tenazas de Stalingrado, el punto de inflexión de la guerra— que constituía tan solo una campaña oportunista y subsidiaria.

El 25 de julio de 1943, quince días después de que se conociera el fracaso de la gran ofensiva nazi contra Kursk, Gehlen garantizó al alto mando que los rusos no tenían planes de lanzar otro asalto por su cuenta, sino ataques

locales menores; nueve días después, el Ejército Rojo se desplazaba 1500 kilómetros hacia el oeste. El 30 de marzo de 1944, la valoración que Gehlen hizo del frente dejó ver que había pasado por alto la inminente ofensiva soviética sobre Crimea, otro desastre más para la Wehrmacht. Antes de la «operación Bagratión» emprendida por los rusos en los meses de verano, la mayor ofensiva aliada de la guerra, Gehlen descartó los preparativos soviéticos en el frente del Grupo de Ejércitos Centro tomándolos por un «engaño simulado», y vaticinó que Stalin se decantaría por atacar en el sur, hacia los Balcanes.

Pero el coronel Gehlen conservó el puesto y el respeto que le profesaban los generales alemanes hasta casi el final de la contienda. Esto se debió en parte a su inagotable credibilidad y a sus habilidades políticas, pero sobre todo al acertado manejo de sus agentes al otro lado del frente soviético, quienes le proporcionaron información de extraordinaria calidad, documentos que causaron verdadero impacto sobre los despliegues alemanes, y en consecuencia, sobre el destino del Frente Oriental. Esto nos permite considerar a Gehlen como uno de los oficiales de inteligencia más influyentes de cuantos prestaron servicio en alguno de los bandos durante la Segunda Guerra Mundial. Pero ¿a qué intereses servía? Los indicios más recientes nos inducen a pensar que fue víctima de una manipulación soviética —la denominada Maskirovka— en una medida asombrosa; que lejos de ser el genio de la leyenda creada por él mismo acerca de su propia persona, Gehlen fue un crédulo redomado.

El agente «Max»

A principios de 1942, durante la calamitosa fase en que Stalin insistía en controlar personalmente las operaciones militares rusas, decretó una reorganización general de la inteligencia militar en que desaparecieron los mecanismos para transmitir la información al campo de batalla, lo que desencadenó un caos en las actividades durante el primer semestre del año[5]. Igor Damaskin, uno de los más fiables historiadores rusos modernos especializado en este período ha escrito: «El caos en el GRU durante esta etapa arruinó las operaciones y fue el causante de graves pérdidas, puesto que los cuarteles generales en el campo de batalla contaban con escasísima información sobre el enemigo[6]». Stalin rechazaba todos los informes que contradecían sus intuiciones, como en marzo de 1942, cuando el GRU anticipó con acierto la «operación Azul» de Hitler: «Se confirman los preparativos de una ofensiva en primavera atendiendo a los movimientos de tropas y pertrechos alemanes… El eje central del avance [enemigo] en

primavera se desplazará hacia el sector meridional del frente con una estocada adicional en el norte y una exhibición simultánea en el frente central contra Moscú… La fecha más probable de esta arremetida es entre mediados de abril y principios de mayo de 1942». Stalin censuró severamente a la inteligencia militar por haber sucumbido a lo que él describía como un engaño evidente de los alemanes. Insistió en lanzar la ofensiva de mayo sobre Járkov, que se traduciría en un nuevo desastre para los ejércitos soviéticos. Aún el 19 de junio, cuando los documentos hallados en un avión alemán derribado confirmaron el interés de Hitler por la arremetida meridional contra Stalingrado y el Cáucaso, Hozyain los desestimó por considerarlos a todas luces una filtración del enemigo[7].

A las pocas semanas, sin embargo, hubo de reconocer la tremebunda fuerza del 6.º Ejército de Paulus, que avanzaba hacia Stalingrado. A la postre, el señor del Kremlin se plegó a la realidad: el verano de 1942 fue testimonio de un cambio radical del modo en que la Unión Soviética abordó la guerra. Stalin reconoció tácitamente su fracaso como estratega y director de las huestes rusas. Delegó su autoridad en sus generales, al menos en lo tocante a los grupos del ejército, y permitió que los departamentos de inteligencia reanudasen sus cometidos con coherencia y profesionalidad. A partir del otoño, cuando tuvo inicio la batalla de Stalingrado, los rusos empezaron a protagonizar hazañas dignas de mención en el ámbito de los engaños estratégicos. Su «operación Monasterio» se convertiría en una de las estratagemas de esta naturaleza más destacables en el transcurso de la guerra, tanto al menos como la «operación Fortaleza» de los anglo-estadounidenses, que tanta confusión sembró con respecto al Día D.

La «operación Monasterio» se empezó a diseñar en julio de 1941 y aspiraba tan solo a penetrar en el aparato de la inteligencia enemiga e identificar a los traidores que colaboraban con los nazis. Llama la atención que un plan de estas características se hubiera podido concebir en aquellos días oscuros, en que el Ejército Rojo se replegaba hacia el este en una apresurada retirada, pero así fue. El NKVD junto con el GRU trabajaron en estrecha colaboración para generar un falso movimiento de Resistencia antisoviética y proalemana activo en el núcleo del alto mando ruso, con el nombre en clave de «Trono». Se fundamentaba en una red de agentes dobles procedentes de la vieja nobleza rusa: los que aún vivían tras décadas de persecuciones. «Monasterio» reactivó las inveteradas dotes rusas para la conspiración. Un anciano llamado Glebov, cuya esposa había servido en la corte de Alejandra, la última zarina, fue designado como cabeza del «movimiento de la Resistencia». Aquel hombre llevaba una vida propia de un mendigo en el monasterio de Novodévichi, pero a la vez era conocido en los círculos de emigrados de la Rusia Blanca. Pese a todo, el principal activo del

NKVD, o el títere cuando menos, era un agente llamado Aleksandr Demyanov, a quien se asignó el papel más peligroso. Nacido en 1911, contaba con un linaje aristocrático impecable. Su abuelo había sido el fundador de los Cosacos de Kubán; su padre murió asesinado mientras luchaba por el zar en 1915; su madre era una célebre belleza moscovita. La familia vivía en la pobreza después de la Revolución y, por sus orígenes, Aleksandr no pudo acceder a los estudios superiores. Se vio obligado a ganarse el sustento como electricista y en 1929 fue arrestado por los cargos de difusión de propaganda antisoviética. Se libró del exilio o de la ejecución por los medios habituales: accediendo a colaborar como informador, a cuyo efecto se le otorgó un empleo en la rama de electricistas de los Estudios Cinematográficos Centrales, el Hollywood de Moscú. Demyanov era un personaje alegre y extrovertido, que pronto se hizo un nombre entre las estrellas y los intelectuales. El NKVD le compró un caballo, para que lo montase en compañía no solo de los productores de cine sino también de diplomáticos y empresarios extranjeros, entre los que figuraban bastantes alemanes. Se casó con la joven Tatiana Beresantsov, una reputada técnico de la Mosfilms, cuyo padre gozaba del extraordinario privilegio de mantener su consulta médica particular.

El Centro decidió que Demyanov era un agente tan prometedor para una penetración profunda que no se le debía desperdiciar con tareas meramente informativas. Cobró fama entre los círculos nacionalistas y antisoviéticos y pronto se ganó la confianza de todos. El júbilo del NKVD se desbordó cuando, poco antes de «Barbarroja», el joven informó de un acercamiento por parte de un miembro de una delegación comercial alemana, que obviamente trabajaba para el Abwehr. El mentor de Demyanov le advirtió que no mostrase interés, no fuera que el exceso de entusiasmo espantase al reclutador. Fuera como fuese, Berlín abrió una ficha a Demyanov, a quien se dio el nombre en clave de «Max». Cuando estalló la guerra, este se alistó en el regimiento de caballería del Ejército Rojo, pero al poco Pável Sudoplátov lo retiró de allí porque lo consideraba un agente ideal para la sección de Misiones Especiales teniendo en cuenta su década de experiencia en las improvisaciones teatrales. A finales del verano de 1941, Sudoplátov comunicó a Beria que él sería la voz cantante en «Monasterio».

Así fue como un día del mes de diciembre de aquel mismo año, en los momentos más oscuros de la lucha por Moscú, Aleksandr Demyanov —al que el Centro denominaba «Heine»— partió con sus esquís abandonando las filas del Ejército Rojo cerca de Gzhatsk (hoy Gagarin), a 167 kilómetros al suroeste de la capital, para desertar al bando de los alemanes. Su misión, de un riesgo extraordinario, estuvo a punto de irse al traste en el primer momento: al llegar a las posiciones de la Wehrmacht y presentarse como

simpatizante de los nazis, nadie le creyó, en parte porque sostuvo que había cruzado las líneas por una ruta que pasaba por medio de un campo de minas alemán. Más tarde Demyanov contó al NKVD que lo habían sometido a un simulacro de ejecución para que hablase. Tanto si el episodio fue real o no, obviamente se libró del fusilamiento por los pelos. Al final, lo entregaron a los del Abwehr. Los oficiales del servicio secreto no mostraron interés por su historia del grupo de resistencia «Trono», pero lo ficharon enseguida como agente: otro más entre los miles de personas a las que adiestraban de forma superficial, los desplegaban y los gastaban.

Los alemanes empezaron a mostrar mayor entusiasmo, sin embargo, cuando al revisar su ficha vieron que Demyanov había sido señalado como posible agente antes de «Barbarroja». Su ascendencia de «rancio abolengo» —los aristócratas— era tal que podía figurar en los círculos de emigrados como fanático antisoviético. Aunque el Abwehr aún no parecía interesado en seguir el guión del NKVD —apoyar una contrarrevolución ilusoria dentro de Rusia— sus mentores lo consideraron lo suficientemente avispado y bien conectado como para hacer de él un espía destacable. Su peor dificultad durante el adiestramiento posterior fue, por ejemplo, ocultar que ya era un operador de radio consumado. Una noche de febrero de 1942, la Luftwaffe cruzó la frontera hasta situarse sobre las coordenadas al oeste de Moscú desde donde, con la ayuda de Demyanov y otros dos agentes, se lanzarían al amparo de la oscuridad sobre suelo soviético.

Realizaron la caída con un tiempo terrible y perdieron el contacto mutuo mientras avanzaban dando tumbos en medio de una ventisca de nieve cerca de Yaroslavl. Aleksandr informó sin tardanza al cuartel general del NKVD más próximo y al cabo de uno o dos días sus asistentes eran rescatados. A lo largo de las semanas y los meses siguientes, la operación del Centro, supervisada por Sudoplátov, se complicaría aún más. El piso de Demyanov en Moscú, donde vivía con su esposa y su suegro, se convirtió en el núcleo de un supuesto grupo de la Resistencia: la familia entera participaba en la farsa. Allí acudían correos del Abwehr, a quienes se había dejado en libertad por un tiempo, para ver con quiénes se reunían. Algunos se «convirtieron» y otros volvieron a la cárcel y se supone que fueron fusilados. A otros pocos se les permitió regresar a las filas alemanas para que transmitiesen la información deseada.

Demyanov había superado la parte más peligrosa de la operación: volvía a estar con los de su bando. Resulta casi increíble que un hombre, por muy desarrollado que sea el sentido de la aventura y el gusto por la vida secreta, hiciera lo que hizo él, exponiéndose a la potencia y la cólera de la Alemania nazi en una partida tan sutil y mortífera, aunque el MI5 desplegó al británico Eddie Chapman en unas condiciones similares, si bien con menor provecho.

En adelante, Demyanov solo tuvo que actuar ante sus propios jefes de espionaje. Los alemanes lo habían equipado con una radio. Se encomendó a «William Fisher» del Centro que manejase la operación radiofónica derivada; este no era otro que Rudolf Abel, hijo de padres rusos pero nacido en Newcastle upon Tyne, quien tras la guerra se convertiría en agente soviético en Estados Unidos.

El reto correspondía ahora a Sudoplátov y a sus colegas, que debían ganar la mano al Abwehr. Beria advirtió al jefe de Misiones Especiales que sobre él pesaría la responsabilidad de cuantos actos de sabotaje se cometieran en territorio soviético durante la operación de «Max». En aquel momento, los rusos no eran conscientes de estar dando inicio a algo que duraría años; el enemigo solía detectar la mayor parte de engaños en unas pocas semanas. El primer objetivo del NKVD consistía en fabricar una tapadera creíble para «Max» ante los alemanes. Este pasó informes en los que sostenía que el grupo del «Trono» preparaba un sabotaje en las líneas ferroviarias cerca de Gorki, y los periódicos soviéticos publicaron los artículos convenientes sobre accidentes de tren para dar respaldo a la historia; los británicos usaron esta misma artimaña en alguna ocasión, recurriendo a agentes dobles que llevaban a cabo demoliciones ficticias en suelo británico.

En los últimos meses de 1942, Demyanov informó al Abwehr, y por tanto a Reinhard Gehlen y al FHO, de su reciente nombramiento como oficial de comunicaciones adjunto en el cuartel general del alto mando soviético en Moscú, un puesto que justificaría su posterior acceso a los secretos rusos. En los meses y los años siguientes, envió por medio de señales de radio al equipo de Gehlen un caudal de información sobre las intenciones estratégicas y órdenes de batalla del Ejército Rojo, que llegaban a Berlín y del FHO pasando por Sofía. El ejército alemán en el Este —en la persona de Gehlen— se convenció de que recibía inteligencia de la mejor calidad y cada vez sentía mayor afán por reconocer su autenticidad. Un flujo de señales de la FHO se deshacía en elogios con respecto al rendimiento de aquel hombre.

Moscú no dejó escapar la oportunidad de explotar los informes de «Max» para respaldar una operación de engaño aún mayor, en la que colaboraron el NKVD y el GRU. El jefe de este, el coronel Fiódor Kuznetsov, asumió el papel del coronel Johnny Bevan como director de la Sección de Control en Londres y el de Bill Bentinck en el JIC: supervisaba el plan así como el repertorio de información confusa y de desinformación que presentarían a los alemanes. Con mucho, la etapa más importante e históricamente controvertida de «Monasterio» tuvo lugar en noviembre de 1942, un momento clave de la Segunda Guerra Mundial. El día 19, el Ejército Rojo lanzó la «operación Urano», la histórica maniobra de pinza por detrás del 6.º Ejército alemán en Stalingrado. Cuatro días más tarde, sin embargo, tuvo lugar una segunda

embestida por parte de seis ejércitos en el frente de Kalinin, en Rzhev a 150 kilómetros aproximadamente del noroeste de Moscú: la «operación Marte». En ella participaron grandes contingentes de efectivos alemanes, pero terminó con un costoso rechazo: los cuatro embates fueron aplastados por la Wehrmacht con un coste de 70 000 vidas en el bando de los rusos. El mariscal Georgi Zhúkov reconocía más tarde «Marte» como uno de sus errores personales.

Transcurridos más de cincuenta años desde entonces, sin embargo, Pável Sudoplátov admitió en sus memorias que «Marte» fue delatada a los alemanes de antemano, sin que Zhúkov lo supiera y por orden directa de Stalin, como parte de una operación de engaño para desviar a las fuerzas alemanas de la fulminante «Urano» en Stalingrado. Aleksandr Demyanov fue el instrumento por medio del cual se transmitió la información al alto mando enemigo. Esta versión de los hechos es aún hoy objeto de debate entre los historiadores, pero comúnmente admitida entre los de nacionalidad rusa. Algunos occidentalistas consideran inconcebible que siquiera Stalin pudiera haber decidido de forma consciente condenar a la muerte o a la invalidez a centenares de miles de los suyos solo para dar cobertura a un ruse de guerre, por mucho que hubiera en juego. Pero las pruebas parecen sólidas, casi concluyentes de hecho, en la dirección de que Sudoplátov decía la verdad. No cabe la menor duda de que Demyanov fue un operativo del NKVD a las órdenes de Moscú. Es asimismo cierto que los alemanes lo consideraban su fuente principal soviética: Reinhard Gehlen acudió ante su tumba en 1979 y defendió aún con orgullo la brillantez con que había manejado el material de «Max». Lo más importante: los voluminosos informes de «Max» están abiertos al público en los archivos militares alemanes de Friburgo.

Entre los mensajes más llamativos figura uno fechado el 6 de noviembre de 1942 titulado: «Ejércitos Extranjeros del Este-Informes de Inteligencia Importantes[8]». Reza así:

Agente (Max): El 4 de noviembre, reunión de guerra en Moscú, presidida por Stalin. Se hallan presentes 12 mariscales y generales. En esta reunión, se exponen los siguientes principios: a) Enfoque cauteloso de todas las operaciones, evitando grandes pérdidas. b) La pérdida de territorios no es importante. c) La conservación de las instalaciones industriales y de abastecimiento mediante un desmantelamiento temprano [de la planta] de las zonas es vital, a este respecto: directrices para trasladar las refinerías y las fábricas de maquinaria de Grozni y Majachkalá a Nueva-Bakú, Orsk y Taskent. d) Apoyarse en las fuerzas propias, no en la ayuda de los Aliados. e) Medidas severas contra la deserción, es decir, mediante la ejecución por una parte e intensificando el control del Directorado Político Estatal, y por la otra con una mejor propaganda y raciones más generosas. f) Ejecución de todas las ofensivas planificadas, a ser posible antes del 15 de noviembre, en cuanto lo permitan las condiciones climatológicas [«Marte» se demoró por el mal tiempo].

Principalmente:
—de Grozni hacia Mozdok
—cerca de Nizhni y Werchni-Mamon en la cuenca del Don
—cerca de Vorónezh

—cerca de Rzhev
—al sur del lago Ilmen y Leningrado.

Las fuerzas necesarias deberán avanzar desde la reserva hasta el frente.

Esta señal, aunque con un contenido más genérico y ambiguo respecto de «Marte» que explícito, parece ofrecer una prueba concluyente de que, a las órdenes del Centro de Moscú, Demyanov dio a los alemanes un buen consejo, ornamentado con detalles circunstanciales, sobre la inminente arremetida soviética contra el Grupo de Ejércitos Centro, contemporáneo al rodeo del 6.º Ejército de Hitler en Stalingrado. El informe del 6 de noviembre debe leerse en el contexto de los frecuentes despachos de órdenes de batalla que «Max» enviaba durante los preparativos de «Marte», como los ejemplos que veremos a continuación, que merecen citarse porque ilustran el esfuerzo creativo que Moscú invertía en compilarlos:

Informes de Inteligencia Importantes: 1.) 8 de octubre, agente (Max): 1 brigada de caballería, 1 regimiento de artillería montada y 1 batallón pionero, todos del frente, llegan a Tuapsé. Permanecerán allí en la reserva. 2.) 8 de octubre, agente (Max): 1 división de fusileros, 3 batallones de acorazados y de artilleros así como las divisiones especiales al cargo de las demoliciones en las maniobras de retirada, todas de Majachkalá, llegan a Grozni. 3.) 8 de octubre, agente (Max): 120 tanques ingleses y 70 americanos con 60 instructores ingleses y americanos llegan a Zarev, asignados al frente de Stalingrado. 4.) 8 de octubre, agente (Max): 1 división de caballería, 4 batallones mixtos de acorazados, 2 regimientos de artillería y 40 cañones antitanque llegan a Kaluga. Asignados a la sección occidental del frente de Kaluga. 5.) 9 de octubre, agente (Max): en Mischina (45 OE Rzhev), se reúnen grupos de combate para los batallones de tanques. En Mischina [se encuentran] numerosos cañones antitanques y depósitos de combustible. 6.) 8 de octubre, agente (Max): una delegación militar formada por 2 generales de infantería, 1 general de grupo de tanques, 1 general de las fuerzas aéreas, 2 almirantes y 2 ingenieros militares parten de Moscú con destino a Londres por aire.

Todo esto hacía las delicias de los alemanes. Resultaba tremendamente estimulante para la autoestima del Abwehr y del FHO creer que sus jefes controlaban con éxito algunos agentes en los pasillos del poder soviético. Por lo que sabemos hasta ahora, solo un oficial superior del Abwehr, el doctor Wagner Delius, jefe de la estación del servicio en Sofía, puso en duda la autenticidad del material de «Max». Pero apenas se abrió una investigación, el FHO —esto es, un Reinhard Gehlen enfurecido— intervino. Los informes de «Max» eran «indispensables», afirmó, «y en ningún caso deben ponerse en peligro». La investigación se interrumpió. El NKVD, consciente de que la posición de Demyanov continuaba por las nubes tras el fracaso de «Marte», continuó alimentando un flujo constante de inteligencia fabricada para el enemigo, como este informe del 3 de diciembre:

Del agente (Max): Conferencia en Moscú, presidida por Stalin y Zhúkov, Timoshenko y Kosslow: En la sección norte del frente de Rzhev [donde se había desarrollado «Marte»] [se destituye] a 5 comandantes de división. Fueron reemplazados por 5 comandantes a quienes se nombró coroneles. Stalin está descontento con la forma en que se llevan las operaciones entre Rzhev y Velikije Luki.

Zhúkov pide refuerzos para los acorazados y la infantería. Stalin [sostiene que] está seguro de que en la cúpula hay traidores pasando información, puesto que los alemanes conocen bien los movimientos soviéticos, sus planes y los efectivos con que estos cuentan. Ordena la creación de un comité del Directorado Político del Estado para llevar a cabo un control y una investigación rigurosos [de los posibles traidores].

He aquí un fascinante encuentro en esta historia: en el otoño de 1942, los británicos, en la persona de Hugh Trevor-Roper, empezaron a fijarse en los descifrados de este tráfico que tanto alboroto suscitaba en el campo enemigo. Trevor-Roper supo ver que el material clasificado por el FHO y el Abwehr bajo el nombre en código de «Klatt» resultaba «de gran valor para los alemanes[9]». Junto con los de su sección, cavilaron largamente sobre si «Max» y sus supuestos subagentes en la Unión Soviética eran agentes dobles controlados por Moscú[10]. Al principio lo estimaron bastante probable, sobre todo cuando Londres advirtió a los rusos de las filtraciones y estos no dieron muestras de querer terminar con ellas. Pero el 31 de julio de 1943, el Servicio de Seguridad de Radio observó que aquel juicio —que los informes de «Max» eran falsos fabricados por los rusos— debía revisarse a la luz del hecho de que los recientes despachos «parecían contener predicciones muy exactas de los movimientos tácticos soviéticos».

«Max» había anticipado las iniciativas soviéticas inminentes en el sector crítico de Kursk-Orel. El comandante Brian Melland del MI14 de la War Office señaló: «A nuestro juicio, debe descartarse la posibilidad de que los informes de "Max" sean, quizá en parte, material amañado… Existen abundantes pruebas de que la inteligencia y las operaciones alemanas consideran los informes de "MAX" de gran valor; y, de hecho, es bastante probable que estos informes constituyan la mejor cosecha de la inteligencia obtenida por el enemigo[11]». En agosto, los británicos se habían convencido ya —al menos temporalmente— de que «Max» y sus colegas eran artículos genuinos, o mejor dicho, auténticos traidores en el campo soviético: «Un examen reciente ha puesto de manifiesto una precisión única en su predicción de las operaciones rusas». Guy Liddell, del MI5, escribió el 12 de agosto: «Se debe considerar a MAX como un éxito [para el Abwehr]… los informes son de un rigor singular en su anticipación de las operaciones rusas y la teoría de la traición rusa queda descartada».

Trevor-Roper abrigaba aún ciertas dudas con respecto a «Max» cuando escribió su informe de cierre sobre el Abwehr en el mes de abril de 1945. Sostenía que según su equipo el material parecía «sospechosamente libre de los problemas administrativos propios de la mayoría de sistemas de espionaje». La información se transmitía a los alemanes con puntualidad y en grandes cantidades, no solo a través de «Max», en Moscú, sino también por medio de supuestos subagentes en Leningrado, Kuibishev y Novorossíisk.

«Aunque hemos informado de los hechos a los rusos, así como de los nombres de las personas implicadas, ellos no han emprendido ninguna acción para sofocar esta filtración en apariencia peligrosa. Tras descartar otras hipótesis por insostenibles, esta oficina ha juzgado (aunque jamás se podrá demostrar de forma concluyente) que las pruebas solamente se explican de forma satisfactoria entendiendo que "Klatt", al menos en cuanto a los informes de "Max" respecta, era un agente falso controlado por los rusos (si bien cabe la posibilidad, también, de que este mismo no haya sido consciente del hecho)». En resumen, los británicos jamás comprendieron del todo «Monasterio», en parte porque escapaba a los límites de la imaginación de los oficiales de su inteligencia —incluso a la del redomadamente cínico Trevor-Roper— una trama en que los rusos entregasen tanta información verídica, que tantísimos ríos de sangre costó, para respaldar sus ardides estratégicos.

Los servicios de inteligencia soviéticos formaban una extraña combinación de salvaje incompetencia, ilustrada por su ineficacia en la gestión de la Orquesta Roja de Berlín entre 1939 y 1942, que contrastaba con la extrema sofisticación cuyo mejor ejemplo sea tal vez la «operación Monasterio». Solo en el atroz mundo estalinista se podían sacrificar 70 000 vidas, sin sentimentalismos ni escrúpulos, para servir al bien superior del Estado. La delación de «Marte» a los alemanes puede servir para explicar por qué, hasta los últimos años del siglo XX, la batalla de Rzhev tuvo tan poca presencia en las páginas de los libros de Historia soviéticos. Aleksandr Demyanov mantuvo su doble trayectoria hasta el fin de la guerra; más adelante volveremos sobre otros engaños soviéticos protagonizados por el agente «Max». Fue condecorado por el NKVD con la Orden de la Bandera Roja por los servicios prestados y por Reinhard Gehlen con la Cruz de Hierro. Su esposa y su suegro también recibieron medallas, en agradecimiento por los papeles secundarios que representaron en la trama de engaños urdida en el seno de la familia.

No debemos suponer, sin embargo, que el glorioso manejo de Demyanov bastó para ganarse los elogios en todos los círculos moscovitas. Víktor Ilyin, su mentor en la Lubianka, corrió una funesta suerte en una de las luchas por el poder endémicas en la inteligencia soviética. A Stalin le convino mantener a Víktor Abakúmov como contrapeso y rival de Beria. En 1943, nombró a Abakúmov jefe del SMERSh, para que se ocupase de detectar y eliminar a los traidores, y lo tuvo a su lado como adjunto en el Ministerio de Defensa. En un temprano ejercicio del poder en su nuevo puesto, Abakúmov fabricó cargos contra Ilyin, el director del Departamento Político Secreto del NKVD. Ilyin había controlado a «Heine» durante cinco años y los del círculo de Pável Sudoplátov lo consideraban uno de los pocos hombres honrados en la cúpula de la inteligencia soviética. Tenía amistad con el comandante general Boris

Teplinski, que se convertiría en jefe de la oficina central de las Fuerzas Aéreas Rojas. Abakúmov denunció a Teplinski como enemigo del pueblo y sostuvo que Ilyin había conspirado para impedir que este fuera descubierto. Stalin autorizó el arresto de ambos hombres, Abakúmov llevó a cabo el interrogatorio personalmente y rompió dos dientes del acusado en la primera noche. Cuando el reo se desmoronó, confesó haber dicho a Ilyin años antes que simpatizaba con algunos de los ejecutados en las Purgas y que Ilyin le había mostrado cómo librarse de ser descubierto.

En el cara a cara entre el general e Ilyin en los sótanos de la Lubianka, al repetir aquella semejante sarta de insensateces, fue abofeteado por el del NKVD, que le espetó que se comportase como un hombre. Ilyin se negó rotundamente a confesar. Sin embargo, la rebeldía no le valió de mucho. Fue condenado al aislamiento, fue sometido a incesantes interrogatorios y fue apaleado durante cuatro años, entre 1943 y 1947. Pese a todo, conservaba aún un ápice de sentido del humor cuando preguntó a uno de sus torturadores qué tipo de cinta llevaba en el pecho. Aquel respondió que se trataba de la «Orden de Lenin» e Ilyin contestó que se sentía feliz porque su caso se considerase tan importante. Incluso después de terminar con los interrogatorios, en 1947, pasó aún cinco años más en prisión hasta que —a tenor del convulso estilo propio de las altas esferas soviéticas— fue llamado repentinamente a testificar contra Abakúmov, que por entonces también había caído en desgracia y se hallaba en prisión. Teplinski permaneció cautivo hasta 1955.

Pável Sudoplátov es demasiado modesto para hablar de las diversas operaciones destinadas a confundir a los alemanes que no alcanzaron el objetivo, como por ejemplo el momento en que el Ejército Rojo lanzó sus ataques en Donbas, en julio de 1943, y en la región de Chernyov-Pripyat durante los meses de agosto y septiembre[12]. Los fallos en la seguridad de la radio rusa permitieron a los escuchas alemanes anticipar con acierto el eje en que se produciría el ataque soviético. Por lo general, no obstante, los enredos estratégicos de la Stavka durante la segunda mitad de la guerra cosecharon unos frutos nada desdeñables. Otra de las grandes operaciones, la denominada «Correos», también hubo de contar con la aprobación de Stalin para mantener a sus protagonistas protegidos de los pelotones de fusilamiento: nadie se atrevía a realizar un movimiento antisoviético, ni siquiera simulado, sin su consentimiento expreso.

El obispo Vasili Ratmirov, de cincuenta y cuatro años, miembro de la Iglesia rusa ortodoxa, trabajaba en Kalinin a las órdenes de Zoya Rybkina del NKVD cuando la zona fue ocupada por los alemanes[13]. Tras haber verificado sus credenciales como patriota soviético, el Centro de Moscú lo

captó para ofrecer cobertura a «Correos». En 1943, los alemanes fueron rechazados hacia el oeste y el obispo se instaló en Samara, en la región del Volga. Desde allí mandó a dos novicios al monasterio de Pskov, a la zona controlada por los alemanes en el suroeste de Leningrado, que aparentarían llevar información a su jefe, supuesto colaborador del enemigo. En realidad, ambos hombres eran agentes del NKVD y uno de ellos era Vasili Ivanov, a quien había adiestrado Emma Sudoplátov. Las tareas de planificación no se llevaron a cabo sin obstáculos. El obispo exigió garantías de que aquellos hombres «no cometerían el sacrilegio de derramar sangre en un santuario de Dios[14]». Durante las horas en que trató de formar a los agentes para que estos pudieran fingir que eran sacerdotes, perdió la paciencia con un operador de radio antes miembro del Komsomol, un tipo ordinario y con mucho desparpajo, que hacía escarnio de los sacramentos: «Padre nuestro, úntame el pan con aceite. ¡Pon en la mesa ese pan tan sabroso!». El irreverente recluta fue reemplazado por un joven de veintidós años, el sargento Iván Kulikov, que quedó desconcertado cuando un oficial del NKVD lo interrogó con respecto a sus costumbres de asistir a misa y solo lo admitió cuando este hubo demostrado respeto hacia las vestiduras que debería usar.

Partieron en agosto, primero hacia Kalinin y luego a Pskov, con las barbas apropiadas, fingiendo ser representantes de un grupo de la Resistencia antisoviética de base eclesiástica, y de tal suerte se presentaron a los alemanes. El Abwehr les suministró operadores de radio, unos prisioneros de guerra soviéticos que durante una conversación privada con los dos «novicios» les dejaron caer que les convenía más seguir las órdenes del Centro de Moscú que las de Canaris. En adelante, los alemanes creyeron complacidos que estos mantenían comunicación regular con una red de clérigos infiltrada en las filas del Ejército Rojo, aunque lo cierto es que se hallaban bajo el control del NKVD. Cuando a la postre los rusos invadieron la región, el obispo Ratmirov y sus dos novicios fueron denunciados por los locales como colaboradores de los alemanes; el SMERSh los amenazó con la ejecución hasta que intervino el NKVD para engalanarlos como héroes.

Una de las consecuencias de la exitosa misión fue que Stalin se convenció de la lealtad de la Iglesia ortodoxa; asombró a sus feligreses cuando recompensó al clero permitiendo que sus miembros eligiesen de nuevo a su patriarca en 1943, una ceremonia a la que asistieron Pável y su esposa Emma Sudoplátov. Tras la guerra, Ratmirov fue nombrado arzobispo y se le hizo entrega de un reloj y una medalla de oro en reconocimiento a su contribución. Iván Kulikov, ascendido a capitán, se casó con una chica a quien había conocido en la congregación de Kalinin.

Además de las operaciones «Monasterio» y «Correos», Sudoplátov

atestigua que los rusos llevaron a cabo más de cuarenta operaciones de radio para engañar al enemigo durante la guerra, controladas por el SMERSh más que por el NKVD. La seguridad de las transmisiones radiofónicas rusas, y la penetración táctica de las comunicaciones alemanas, mejoraron de forma espectacular tras el apresamiento del cuartel general del 6.º Ejército de Paulus en Stalingrado el 2 de febrero de 1943, pese a los intentos de su Estado Mayor para destruir los documentos secretos y el material cifrado. Maskirovka alcanzó su mayor triunfo en el verano de 1944, cuando los rusos convencieron a la Wehrmacht de que esperase el asalto principal en el sureste de Polonia y no en Bielorrusia, para luego de haber aplastado a los tres ejércitos, variar el rumbo hacia Polonia en el otoño. Aunque Reinhard Gehlen conservó su cargo como jefe de la inteligencia alemana en la sección oriental hasta el último día de la guerra, las pruebas recientes apuntan a que la Stavka en Moscú lo manejó más de lo que británicos y estadounidenses hicieron con sus oficiales de la inteligencia occidental del OKW en 1944. Independientemente de las limitaciones de la inteligencia soviética en la guerra, sus operaciones de desinformación fueron obras maestras del arte conspirativo.

9

El último concierto de la Orquesta

Desde el otoño de 1941, todas las redes rusas de espionaje en Europa actuaban al filo del abismo, en unas condiciones de extrema vulnerabilidad por haberse desvelado la identidad de sus principales actores, tanto en la red de «Lucy» del NKVD y la Orquesta Roja como en las de Leopold Trepper y Anatoli Gurévich, y por la imprudente conducta del Centro y de los disidentes alemanes. Demasiadas personas en Europa conocían demasiados nombres, por lo que un solo arresto inicial precipitó un vasto y terrible desenmascaramiento. El destino de la Orquesta quedó sellado con la captura del operador de radio Mijaíl Makarov —«Carlos Álamo» o «Chemnitz»— en la Rue des Atrebates, en Bruselas, a primera hora del 13 de diciembre de 1941, después de que los alemanes hubieran localizado por radiogoniometría el origen de sus transmisiones.

El día anterior, Trepper había reaparecido súbitamente en Bruselas, sin previo aviso. Las relaciones entre él y Gurévich, ensombrecidas ya por la desconfianza y los celos, se deterioraron a partir de entonces a un ritmo creciente. Dos días después de la llegada de «Otto», Gurévich se encontraba en las oficinas de Simexco, enfrascado en los pingües negocios indisolublemente ligados a sus principales actividades de espionaje, cuando recibió una llamada telefónica en que se lo convocaba a una reunión de urgencia con Trepper en su domicilio. Al llegar allí, se encontró con un anfitrión alarmado. Trepper le dijo que acababa de ser interrogado por los alemanes y propuso regresar a Francia en el primer tren. Gurévich se

horrorizó al saber que su jefe lo había hecho acudir a su casa estando bajo sospecha. Repasó mentalmente toda la red para detectar eslabones débiles y concentró su atención en «Chemnitz», quien había adoptado unas costumbres y hábitos de derroche y lujo así como un estilo de vida extravagante, aunque el propio Gurévich apenas si se caracterizaba por su austeridad. El operador de radio conocía a Margaret Barcza, la amante de Gurévich, y a otros muchos contactos del grupo. De repente sonó el timbre y el ruso quedó desconcertado al abrir la puerta y encontrarse con un conocido, un belga que había trabajado para el Kommandatur alemán. El visitante entró sin esperar a ser invitado y pidió un préstamo. Gurévich le entregó algo de dinero para quitárselo de encima y, acto seguido, acompañó a Trepper a la estación del ferrocarril para que este tomase su tren a París. Gurévich comentó luego a Barcza que Bruselas se estaba convirtiendo en un lugar demasiado inseguro. Él mismo estaba pensando en huir a Francia y propuso a la joven que se reuniera con sus padres, refugiados en Estados Unidos. Ella rompió a llorar e insistió en acompañarlo dondequiera que él fuera, con su hijo René. Gurévich accedió, aunque sabía que el Centro se enfurecería al conocer la relación, no menos peligrosa para sus cometidos que la que Trepper mantenía con Georgie de Winter.

Abandonaron su domicilio de inmediato y se refugiaron temporalmente en la enorme casa ocupada por el director de Simexco, un hombre de paja, que este había alquilado al sobrino del ministro de Exteriores de Bélgica. Gurévich entregó a sus colaboradores un anticipo de varios meses de sueldo —el joven agente del GRU sin duda había prosperado— para dar credibilidad a la ficción de que regresaría. Ocupó los días siguientes en «poner a dormir» a los agentes de su red. Luego tomó un tren a París, y dos días después Margaret y René hicieron lo propio. Allí alquilaron unas habitaciones en una casa próxima al Bois de Boulogne a la que Gurévich ya había recurrido en visitas anteriores a la capital francesa. En cuanto se vio con Trepper, le tocó al «Grand Chef» abandonarse a su crispada consternación. La llegada de Gurévich, afirmó, podría poner en un compromiso su cobertura francesa así como la red de inteligencia. Insistió en que su adjunto debía partir sin demora. Decidieron que se dirigiría a Marsella, en la zona de la Francia de Vichy sin ocupar, donde Simexco tenía una delegación. Margaret y René Barcza iniciaron el viaje primero, rumbo al sur, sin dificultades; recurrieron a los contactos del grupo de Trepper y una vez en Marsella se alojaron en la casa de una familia checa.

Entre tanto, Gurévich se reunió con Hersch y Myra Sokol, dos jóvenes comunistas polacos que actuaban como operadores de radio de Trepper en París. El fugitivo luego afirmó haber utilizado a los Sokol para mandar un mensaje al Centro informando del riesgo de desmoronamiento de la red y de

su huida desde Bruselas. Sin embargo, sus avisos se transmitieron en un momento del mes de diciembre en que el GRU había evacuado su sede in extremis por el asedio alemán sobre Moscú y su codificado no llegó a destino. Por esta razón, sus jefes no tuvieron noticia de la crisis de Bruselas hasta bastante más tarde, en febrero de 1942, un retraso que, a su juicio, influyó en los cargos de traición que sobre él pesaron en 1945. Gurévich llegó a Marsella en enero de 1942, tras un viaje sin incidentes. Pasó en la clandestinidad diez meses tranquilos, en los que no simuló llevar a cabo labores de espionaje y fundamentalmente se divirtió con Margaret. Gracias a los fondos del Centro y los considerables beneficios de Simexco, contaban con suficiente dinero. Esta idílica situación —así la recordaría Margaret más adelante— se mantuvo sin cambios hasta el 9 de noviembre: en ese día, Gurévich, su amante y un impresionante alijo de cigarros y medias de seda fueron apresados inesperadamente por la policía francesa en su piso. Los dos detenidos pasaron a disposición de los alemanes, quienes ya habían empezado a barrer la zona de Vichy para completar la ocupación de Francia. Finalmente, los alemanes habían echado el guante a los de la Orquesta Roja y cada revelación de un agente apresado tenía ecos en toda Europa.

La contribución de Moscú a lo que acabaría siendo un terrible desastre se remontaba a la primavera de 1942, cuando la trayectoria de Aleksandr Korotkov del NKVD escalaba posiciones una vez más en la Lubianka. Este decidió jugársela. Habida cuenta de las dificultades y los trastornos que estaban teniendo lugar en Bélgica y en Francia, procuró recuperar el contacto directo entre Berlín y el Centro, proporcionando a la Orquesta nuevos códigos y cristales de galena y más tarde transmisores más potentes. Zoya Rybkina describe en sus memorias cómo ella y su marido «Kin», por entonces director de la estación del NKVD en Estocolmo, recibieron instrucciones para identificar a un correo que pudiera llevar a cabo una entrega a Schulze-Boysen en Berlín. Tras notables dificultades, dieron con un empresario sueco a quien convencieron para que realizase la misión. Ella cosió los códigos y las instrucciones en el interior de una corbata y puso los cristales en una caja de gemelos; el correo debía depositarlos en un cementerio donde los recogería el agente de la Luftwaffe. El sueco regresó de su viaje y confesó haber fracasado: tuvo demasiado miedo como para cumplir con el cometido —afirmaba—. En el avión de Berlín, parecía que todos miraban la corbata. Tras un segundo viaje a la semana siguiente, sin embargo, lo había conseguido; según dijo —sea o no cierto— había dejado los códigos y los cristales en el «punto de recogida» indicado.

Korotkov, por su parte, seleccionaba en Moscú a dos agentes para viajar a Alemania con los nuevos equipos de transmisión destinados a la Rote Kapelle y con más órdenes para establecer contacto con «Breitenbach», el agente de la

Gestapo cuya existencia desconocía la Orquesta. Los mensajeros eran comunistas alemanes, Albert Hessler y Robert Bart, ambos en la treintena. Hessler había estado al mando de una compañía en la Brigada Internacional en España, donde cayó herido de gravedad. Desde entonces, había contraído matrimonio con una joven rusa y, tras servir como voluntario en el Ejército Rojo, fue instruido como operador de radio. Bart era impresor de oficio y había pasado una temporada en la cárcel de Plötzensee, en los primeros años del nazismo, antes de ser reclutado por la Wehrmacht, con quienes obtuvo la Cruz de Hierro en la campaña de Francia de 1940. Poco después de ser destinado al Frente Oriental, desertó al bando soviético.

Los dos hombres asumieron un terrible riesgo al aceptar viajar a Berlín, supuestamente de buen grado, aunque cabría ponerlo en duda. Se les proporcionaron identidades falsas: teniente y sargento mayor de permiso, respectivamente, de modo que se los pudiera destinar a bordo de un C-47 de la 1.ª División Aérea de largo alcance de Podlipki, cerca de Moscú, desde donde se lanzaron en paracaídas la noche del 5 de agosto de 1942 y fueron recibidos por un comité partisano entre Briansk y Gomel, en la Bielorrusia ocupada. Sus guías los condujeron hasta una estación de ferrocarril y allí iniciaron el trayecto de una semana, pasando por Białystok, Varsovia y Poznań hasta su destino final en Berlín, donde llegaron con sendos aparatos de radio, una hazaña nada desdeñable.

Se instalaron primero en el apartamento de Kurt Schumacher, un contacto de la Rote Kapelle, quien los acogió en su casa y luego los realojó por separado en los domicilios de otros simpatizantes. Al principio, Hessler transmitía desde el estudio de Oda Schotmuller, una exótica bailarina, y luego desde el piso de la condesa Erika von Brokdorf. A mediados de agosto, comunicó a Moscú: «Todo en orden. El grupo se ha expandido considerablemente gracias a la fuerza del movimiento antifascista y trabaja activamente. Enviaré información adicional de Harnack y Schulze-Boysen al acusarse recibo de este mensaje. Por ahora, estoy ocupado buscando alojamiento». Al parecer, los dos hombres del NKVD fueron objeto de la vigilancia de la Gestapo desde su llegada. Un alemán llamado Johann Wenzel —operador de radio de Trepper en Bruselas— había sido capturado el 30 de junio de 1942, cuando el sistema de radiogoniometría localizó el origen de sus emisiones de radio. Pese a que jamás podremos determinar la verdad con absoluta certidumbre al respecto de quién traicionó a quién y cuándo, parece que tanto Makarov como Wenzel dijeron cuanto sabían durante los interrogatorios, que no era poco. A la estela de estas detenciones, se produjo una oleada de arrestos en toda Europa. La Gestapo formó un Sonderkommando especial, encabezado por el Hauptsturmführer Horst Kopkow, que investigaría la red soviética. Sus agentes quedaron horrorizados

con los descubrimientos: la penetración que había tenido lugar en algunas de la sedes más importantes del Tercer Reich y la traición sistemática de Alemania por parte de centenares de compatriotas. En agosto, la red de la Gestapo empezó a cernirse sobre Harnack y Schulze-Boysen así como sobre sus grupos. Albert Hessler, del NKVD, fue arrestado a mediados de septiembre, junto a quienes le habían ofrecido abrigo. Su última transmisión aparentemente genuina se emitió el 3 de septiembre, pese a que el 21 volvió a mandar otro mensaje, pero es casi indudable que para entonces ya se hallaba bajo el control de la Gestapo.

Moscú no tuvo noticia de lo sucedido hasta transcurrido un tiempo. El primer informe detallado acerca del desastre que emitió el Centro se demoró hasta abril de 1943 y llegó por una vía tortuosa: Wolfgang Havemann, sobrino de Harnack, fue interrogado por la Gestapo y liberado más adelante por falta de pruebas. Se lo destinó al Frente Oriental, donde aprovechó la primera ocasión para entregarse al Ejército Rojo. Fue él quien confirmó al NKVD el desmantelamiento total de la red de Berlín y las consecuentes 48 ejecuciones. Entre los que fueron capturados se contaba un matrimonio, Hans y Hilda Coppi. Él era un operador de radio y fue ajusticiado casi de inmediato. Ella, sin embargo, en avanzado estado de gestación, conservó la vida hasta que su hijo hubo nacido y alcanzado los ocho meses de edad. Entonces, en agosto de 1943, fue decapitada y el niño pasó a vivir con sus abuelos, con quienes sobrevivió y se labró una carrera como historiador de la Resistencia alemana.

A Robert Bart lo atraparon porque no fue capaz de resistir la tentación de ver a su esposa y a su hijo. Sin saberlo Moscú, la Gestapo mantenía bajo vigilancia a las familias de todos los sospechosos políticos que habían desaparecido: se daba por hecho que Bart había desertado al bando de los rusos. Su esposa había caído enferma y, en agosto de 1942, languidecía en una clínica en la Nollenstrasse de Berlín. El agente soviético, en un gesto tan comprensible como temerario, se arriesgó para visitarla. Una de las enfermeras del centro hospitalario lo delató y fue arrestado allí mismo el 9 de septiembre. Casi de inmediato empezó a transmitir a Moscú bajo control del SD. Más tarde afirmó haber emitido el 14 de octubre la señal de advertencia convenida en Morse, pero el operador del Centro, falto de experiencia, no supo entenderla; lo mismo había sucedido a otros operadores de radio de la SOE en Holanda, implicados también en un ardid de radio del Abwehr. El Centro respondió como cabía esperar, dando los detalles pertinentes para que este se reuniera con «Breitenbach». Una noche de mediados de diciembre de 1942, Willy Lehmann, un hombre de cincuenta y ocho años cansado tras su prolongada carrera en el servicio secreto, recibió en su casa una llamada telefónica y oyó presentarse a quien se hacía llamar «Collegue Preuss», según

el nombre en clave otorgado por Moscú. Cabe suponer que Lehmann respondió correctamente: «Venga a verme a mi oficina», lo que significaba encontrarse a las 17.00 horas del día siguiente en la acera de la Kantstrasse, entre dos salas de cine, una de ellas el Olympia. El contacto debía acercarse a Lehmann y pedirle las señas para llegar a la calle donde este vivía. Se suponía que entonces él debía responder que tenía allí su domicilio y que acompañaría al recién llegado hasta la dirección solicitada.

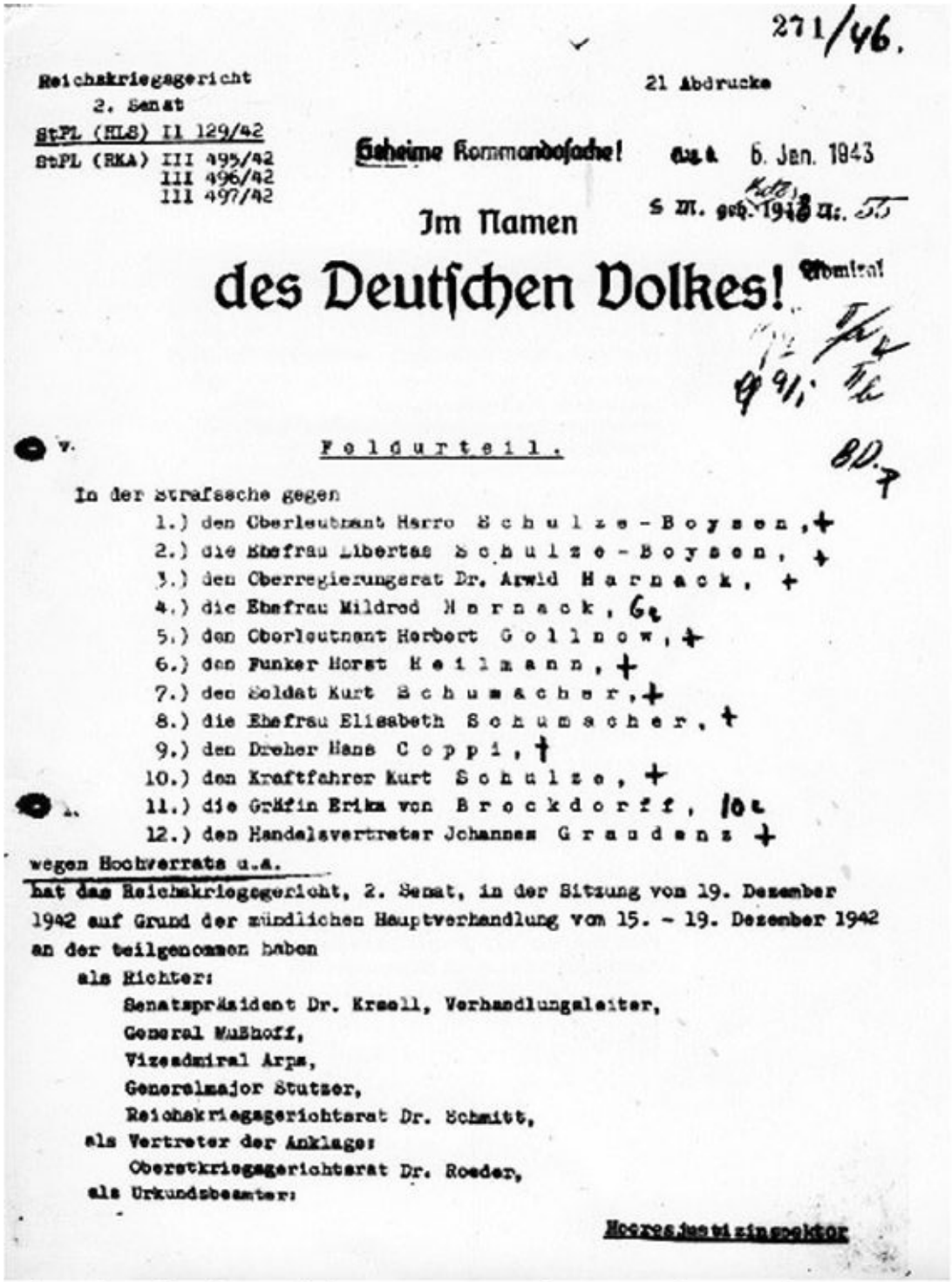
El encuentro fue orquestado por un joven de la Gestapo llamado Olenhorst. Lehmann fue detenido y sometido a un interrogatorio sin duda exhaustivo; quince días después, fue ejecutado y se procedió a incinerar el cadáver. A su esposa, que ignoraba por entero la vinculación de su marido con los soviéticos, se le comunicó que aquel había fallecido en el cumplimiento de una misión; probablemente, la Gestapo ansiaba ocultar el hecho de que uno de los suyos había cometido traición. El destino final de Lehmann no se confirmó hasta mayo de 1945, cuando un equipo del NKVD descubrió unos documentos en que se mencionaba su desaparición entre las ruinas de la sede de la Gestapo en la Prinz-Albrecht-Strasse de Berlín. Bart sobrevivió a la guerra y se rindió a los estadounidenses, que lo entregaron de inmediato a los rusos. Murió fusilado el 23 de noviembre de 1945, si bien en 1996 se le concedió el dudoso honor de ser rehabilitado por el fiscal militar en jefe del Ejército Rojo.

Zoya Rybkina recuerda que ella y su esposo hubieron de sufrir en Estocolmo crudas recriminaciones del Centro tras el desmantelamiento de la Orquesta; durante una cacería de chivos expiatorios que asoló media Europa, se sugirió que Schulze-Boysen y los suyos habían sido traicionados por el empresario sueco al que reclutaron para que hiciera entrega de los códigos en Berlín. En el verano de 1943, «Kin» recibió órdenes de regresar a Moscú y su esposa hubo de continuar durante meses prestando servicio en la estación del NKVD en Estocolmo, sin saber si su esposo había sido fusilado. Escribió: «El Centro continuó mandando telegramas preguntando por casos de los que "Kin" era responsable y yo no sabía por qué[1]». Ella regresó a Moscú en marzo de 1944 y fue entonces cuando supo que toda la familia judía de su esposo, salvo un hermano menor, había muerto a manos de los alemanes. Tras ser sometidos a prolongadas investigaciones y pasar meses bajo la absurda sospecha de haber confabulado con los servicios secretos británicos, tanto Rybkin como su esposa fueron rehabilitados y recuperaron sus dignidades como coroneles de la Lubianka.

Descubrir la existencia de la Rote Kapelle tuvo dos consecuencias cruciales para el régimen de Hitler. En primer lugar, representó una victoria del RSHA, cuyos hombres desbarataron la red mientras el Abwehr ignoraba por completo su existencia. En segundo lugar, perjudicó terriblemente el

expediente profesional de Göring, cuyo ministerio demostró ser un nido de traidores comunistas: el mariscal del Reich había entregado a la novia en la ceremonia de boda de Schulze-Boysen. Si el fracaso de la Luftwaffe en el aire fue la principal causa de la caída en desgracia de Göring, el asunto de la Rote Kapelle ocupaba el segundo puesto. En Rusia, habrían fusilado al «gordo». En cuanto a la causa aliada, mucho se ha escrito acerca del desmantelamiento por parte del Abwehr de las redes holandesas del MI6 y de la SOE, pero el destino de la Orquesta Roja de Moscú revistió aún mayor gravedad, en tanto sus fuentes eran conocedoras de secretos más importantes. En total, la Rote Kapelle, la red de «Lucy» y la de Trepper contaban con 117 informadores: 48 en Alemania, 35 en Francia, 17 en Bélgica y 17 en Suiza. Leopold Trepper logró demorar el arresto unos meses, pero sus informantes en Francia, Bélgica y Holanda fueron eliminados. Este espía veterano no fue apresado hasta el 24 de noviembre, en la sala de espera de un dentista de París. Según parece, después habló con los alemanes sin cortapisas ni necesidad de métodos violentos; llegó incluso a mandar invitaciones a algunos informadores que, de asistir a las citas, caían arrestados. Todos los códigos rusos terminaron en manos del SD.

Los alemanes victoriosos despacharon con prontitud y sin piedad a los traidores de origen nacional. Harro Schulze-Boysen había sido detenido en el Ministerio del Aire el 31 de agosto de 1942. Una semana después, Harnack y su esposa Mildred fueron apresados durante sus vacaciones. Florestán, el prisionero condenado del Fidelio de Beethoven, canta: «Mi corazón se halla en paz porque hice lo correcto», y según parece Harnack abrigaba idéntico sentir. Sin embargo, si Florestán acaba salvándose, no sucede otro tanto con los espías de Berlín. El 22 de diciembre de 1942, seis hombres y tres mujeres miembros de la Orquesta Roja fueron guillotinados en la cárcel de Plötzensee. Ese mismo día, Schulze-Boysen y Harnack, junto a la esposa del primero, Libertas, fueron víctimas de una muerte lenta por estrangulamiento en la horca. Harnack escribió en una última carta a Hilda que, «pese a todo», llevaba a las espaldas una vida «en que la oscuridad quedaba superada por la luz». Se consignaron los cadáveres para una disección anatómica, con miras a que los restos resultasen inidentificables.



271/46.

Reichskriegsgericht
2. Senat
StPL (HLS) II 129/42
StPL (RKA) III 495/42
III 496/42
III 497/42

21 Abdrucke

Geheime Kommandosache!

6. Jan. 1943

Im Namen

des Deutschen Volkes!

Urteil.

In der Strafsache gegen

1.) den Oberleutnant Harro Schulze-Boysen, +
2.) die Ehefrau Libertas Schulze-Boysen, +
3.) den Oberregierungsrat Dr. Arvid Harnack, +
4.) die Ehefrau Mildred Harnack, 6 J.
5.) den Oberleutnant Herbert Gollnow, +
6.) den Funker Horst Heilmann, +
7.) den Soldat Kurt Schumacher, +
8.) die Ehefrau Elisabeth Schumacher, +
9.) den Dreher Hans Coppi, +
10.) den Kraftfahrer Kurt Schulze, +
11.) die Gräfin Erika von Brockdorff, 10 J.
12.) den Handelsvertreter Johannes Graudenz +

wegen Hochverrats u.a.

hat das Reichskriegsgericht, 2. Senat, in der Sitzung vom 19. Dezember 1942 auf Grund der mündlichen Hauptverhandlung vom 15. - 19. Dezember 1942 an der teilgenommen haben

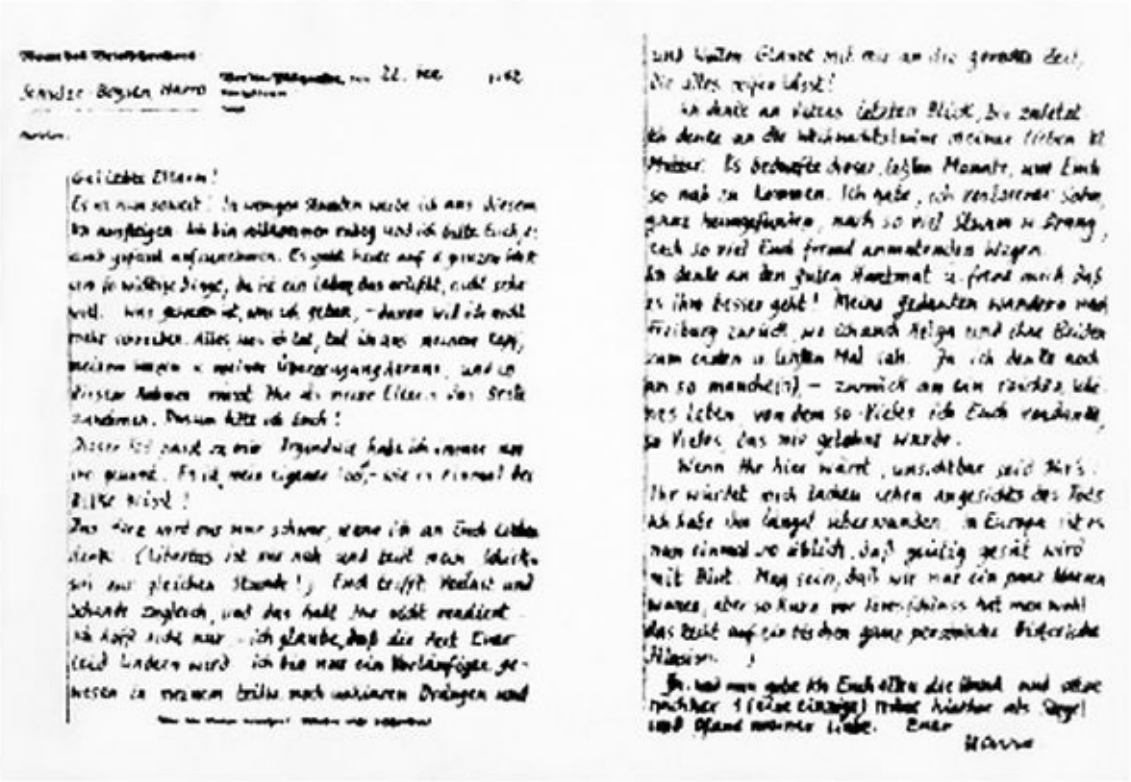
als Richter:
Senatspräsident Dr. Kroell, Verhandlungsleiter,
General Musshoff,
Vizeadmiral Arps,
Generalmajor Stutzer,
Reichskriegsgerichtsrat Dr. Schmitt,
als Vertreter der Anklage:
Oberstkriegsgerichtsrat Dr. Roeder,
als Urkundsbeamter:

Heeresjustizinspektor

Lista de miembros de la Orquesta Roja apresados por la Gestapo.

La Gestapo retuvo a otros 116 prisioneros de la Rote Kapelle, de los cuales casi la mitad fue ejecutada una vez concluyeron los prolongados interrogatorios. Entre ellos figuraba la estadounidense Mildred Harnack. Inicialmente, se la condenó a seis años de trabajos forzosos, pero Hitler intervino personalmente para reclamar un nuevo juicio en que se dictase la pena capital. Harnack pasó sus últimas horas con el pastor Harald Pölchau, capellán de la prisión que daba consuelo a cientos de víctimas políticas de Hitler; ella le pidió que recitara el «Prólogo en el Cielo» de Fausto, y luego

entonó el «Ruego a la fuerza del amor». Sus últimas palabras, cargadas de incredulidad, antes de ser decapitada el 16 de febrero 1943, fueron: «Y yo, que tanto he amado a Alemania». No contaba con más de cuarenta años y sus cabellos castaños se habían encanecido en los meses de confinamiento. Hubo de sentirse muy, muy lejos de Wisconsin.



Última carta de Harro Schulze-Boysen, escrita el día de su ejecución.

Tanto sentimiento se ha prodigado hacia los hombres y las mujeres de la Orquesta Roja que merece señalarse que sus actividades de espionaje les hubieran valido igualmente la pena de muerte en cualquier tribunal británico o estadounidense. Pero el coraje con el que trabajaron contra Hitler los hace merecedores del respeto de la posteridad, pese a todas sus quimeras con respecto a la Unión Soviética, a quien prefirieron servir. Tal vez los cínicos se pregunten: ¿Qué situaría a Harnack, Schulze-Boysen y a sus camaradas por encima de otros traidores británicos y estadounidenses como Kim Philby y Alger Hiss desde un punto de vista moral? A decir verdad, estos soportaron una tiranía, pero escogieron servir a otra que, al cabo, se demostró tan indignante como la primera. Toda respuesta a este interrogante resultará por fuerza subjetiva, pero parece incomparablemente más fácil justificar la traición contra una dictadura asesina que contra una democracia gobernada por el Estado de derecho.

Anatoli Gurévich escribió en sus memorias sobre los días posteriores a su

arresto en el mes de noviembre de 1942: «Entonces se inauguró el período más oscuro de mi vida y de la de Margaret». Al comienzo, los alemanes trataron a la pareja con notable cortesía mientras duró el viaje hacia el norte de Marsella. Acudían a restaurantes y bebían vino generosamente. Los primeros contactos con sus captores se parecían más a una conversación que a un interrogatorio. Por la noche, durante el largo trayecto en coche, se les permitía compartir habitación, aunque se les retiraban las ropas y se les negaban los cuchillos y tenedores en la mesa del desayuno. La escolta disponía de dinero para comprar los cigarrillos que Gurévich fumaba sin cesar mientras se debatía en cuanto a qué confesar o negar. Después de tres días de viaje, el reducido grupo se encontró de nuevo en Bélgica, en la fortaleza de Breendonk, donde Gurévich y Margaret fueron ubicados en celdas separadas. La comida, sin embargo, continuaba siendo excelente y el interrogatorio, cortés. Hans Giering, el jefe de la investigación sobre la Orquesta Roja, se presentaba acompañado por un agente del Abwehr, Harry Pipe, a quien el ruso consideró bien informado con respecto a sus actividades. Gurévich convenció a los alemanes de que necesitaba que le tradujeran las preguntas, con lo cual ganaba algo de tiempo para idear las respuestas. Más tarde admitió haberse sentido confuso ante la afable actitud de sus captores y lo considerado de su conducta.

Si bien algunas partes de las memorias del hombre del GRU parecen creíbles, su relato de los sucesos posteriores a la detención contiene incoherencias irreconciliables y inverosimilitudes evidentes. Él, y Trepper más adelante, recibieron un trato cortés, no porque la Gestapo hubiera descubierto alguna virtud en la humanidad, sino porque se demostró que la tortura resultaba innecesaria. Nunca se sabrá hasta qué punto sus revelaciones, a diferencia de las de otros agentes del GRU y operadores de radio, fueron las responsables de la redada que la Gestapo lanzó sobre sus informantes. Todos, más tarde, se culparon mutuamente. Los alemanes dijeron a Gurévich que Makarov —«Chemnitz»— lo había delatado como jefe de la inteligencia soviética en Bélgica. Cuando el del GRU lo negó, Giering ordenó a los guardias que trajesen a otro agente capturado en Moscú, «Bob» —Hermann Isbutski—, a quien sacaron de su celda destrozado, innegable víctima de las torturas. Este identificó al punto a Gurévich, que quedó aturdido con el encuentro. Los interrogatorios prosiguieron durante horas y horas, aunque Giering no dejó de suministrar comida en abundancia, café e incluso brandy. Transcurrida una semana aproximadamente, el alemán entregó dos documentos demoledores: en primer lugar, las instrucciones de Moscú para el viaje de «Kent» a Berlín, donde se reuniría con Harro Schulze-Boysen; en segundo lugar, su informe ulterior para el Centro. Era evidente, dijo el ruso, que la Gestapo tenía en su poder algunos descifrados de sus

mensajes de radio, obtenidos a través de uno de los operadores.

Se le permitió reunirse con Margaret a altas horas de la noche, a quien encontró destrozada por las experiencias vividas, lo cual no resulta sorprendente dado que el propio Gurévich había afirmado que ella ignoraba sus actividades en el espionaje e incluso que él no era el uruguayo «Vicente Sierra». Breendonk recibió un comunicado: Gurévich y Barcza debían ser transferidos de inmediato a Berlín. Al día siguiente, ambos prisioneros partieron a gran velocidad, escoltados por un guardia armado a cada lado. El vehículo apenas se detuvo hasta llegar ante un enorme edificio gris en la capital de Hitler: era el n.º 8 de la Prinz-Albrecht-Strasse, la sede de la Gestapo. El ruso fue trasladado a una celda, mientras que su compañera ingresó en una prisión para mujeres en Alexanderplatz. Pese a que las memorias de Gurévich no hablan de sus miedos, aquel hubo de vivir las siguientes semanas presa del pánico. Se reunió con el jefe de la Gestapo Heinrich Muller y se le mostraron las pruebas que lo vinculaban a la Orquesta Roja. Lo sentaron frente a Ilse Stöbe, con quien no se había reunido en su anterior viaje a Berlín, pero que ahora aparecía desfigurada por las torturas y tenía un aspecto «aterrador». Uno de los interrogadores trató de sugerir que los Schulze-Boysen eran unos depravados sexuales y presentó unas fotografías de Libertas desnuda a modo de indicio. Se comunicó a Gurévich que Leopold Trepper estaba encarcelado en Fresnes y que había cooperado. El del GRU pasó más de un mes confinado en aislamiento en las celdas de la Prinz-Albrecht-Strasse. Una mañana, de camino a la letrina con su escolta, pasó por delante de Harro Schulze-Boysen. Ninguno de ellos dio la menor muestra de haberse reconocido. El ruso afirmó que su excompañero de cenas no mostraba signos visibles de tortura: «Yo no sabía que le quedaban unos pocos días de vida[2]».

A finales de diciembre de 1942, Gurévich fue trasladado de nuevo a París. Allí tomaría parte, junto con Trepper, en un ardid de transmisiones radiofónicas preparado por la Gestapo para Moscú que se alargaría durante meses. Pasó un breve período en Fresnes y luego lo transfirieron a la central de operaciones de Hans Giering en la Rue des Saussaies. Pasado el tiempo, Gurévich afirmó que logró resistirse durante algunos meses a los halagos alemanes que lo invitaban a unirse a la Funkspiel. Los registros muestran que el transmisor de Trepper comenzó a operar bajo control alemán el día de Navidad de 1942, mientras que el de Gurévich lo hizo el 3 de marzo de 1943, pero este solo pudo viajar de Berlín a París cuando los alemanes tuvieron la seguridad de haberlo doblegado.

Unos meses más tarde, se reubicó al equipo soviético «convertido» en una espaciosa casa en el Boulevard Victor Hugo de Neuilly, a las afueras de París. Trepper y Gurévich se instalaron en unas amplias dependencias con un

servicio de comidas inmejorable y allí se les permitía incluso lavar y planchar la ropa. En julio de 1943, Giering —aquejado de un cáncer de garganta avanzado que le causaría la muerte al cabo de un mes— renunció a su puesto en favor de Heinz Pannwitz. En septiembre, estando de compras en París, Trepper burló a su escolta y escapó, aunque al parecer sus captores no se inquietaron en exceso puesto que, para entonces, ya habían extraído cuanto cabía esperar. El espía logró retomar contacto con Georgie de Winter y ambos permanecieron en la clandestinidad, con la ayuda del denominado Grupo de Resistencia «Spaak». Por entonces, los alemanes ya habían relajado las condiciones de cautiverio de Gurévich, que regresó a París y pudo convivir con Margaret Barcza; a mediados de abril de 1944, la pareja tuvo un hijo al que llamaron Sacha. El Sonderkommando responsable de este arreglo tan conveniente era un grupo extrañamente variopinto, en el que se contaba una hermosa joven inglesa llamada Tonia Lyon-Smith con una posición que desconcertaba a los residentes: remendaba la ropa y preparaba el té y nunca podía abandonar el edificio sin escolta; más tarde se supo que se había convertido en la amante del intérprete de la Gestapo Karl Gagel[3]. Tenía una triste historia: hija de un oficial británico del ejército, a los catorce años fue apresada en Bretaña, en 1940, con su niñera y su oso de peluche durante la invasión alemana de Francia. Luego pasó algún tiempo en un campo de internamiento y acabó vagando por las zonas rurales hasta entrar en contacto con el grupo de la Resistencia Spaak. Al parecer, había llegado a conocer a Trepper y Georgie de Winter e incluso escribió una carta a una amiga pidiéndole que albergase a De Winter; de hecho, allí fue donde los alemanes apresaron a la joven norteamericana. Más tarde, los británicos sospecharon que Lyon-Smith había revelado secretos del grupo Spaak al caer en manos de la Gestapo a mediados de 1943, una acusación que ella negó durante el resto de su vida. Su experiencia es una más entre los infinitos misterios que se entrelazan en la historia de la red de Trepper.

Jamás sabremos hasta qué punto la indulgencia que Pannwitz mostró hacia Gurévich fue el reflejo de la profundidad de su colaboración o el de la preocupación del primero por su propio futuro. Según el hombre del GRU, el agente de la Gestapo reconocía que la guerra estaba perdida y estaba desesperado por no caer en manos aliadas, porque él había dirigido las represalias nazis —incluida la masacre de los habitantes de Lídice— por el asesinato de Reinhard Heydrich, en 1942, a manos de unos checos instruidos por la SOE. Gurévich convenció al alemán de que en Moscú le dispensarían una cálida acogida y, sin duda, creyó que sus perspectivas mejorarían si regresaba a casa con un alto oficial de la Gestapo bajo el brazo. Gurévich mantuvo una estrecha relación con Pannwitz hasta huir a Alemania antes de la liberación de París, donde no regresó hasta mayo de 1945. Leopold

Trepper, por su parte, permaneció oculto en la clandestinidad hasta que los Aliados irrumpieron en su escondite en septiembre de 1944.

Tras el desmantelamiento de la Orquesta Roja, la red de «Lucy» pasó a ser el único medio del que Moscú disponía para acceder a las altas esferas berlinesas[4]. Lamentablemente, sin embargo, igual que las pasiones sexuales habían traído complicaciones a Trepper y Gurévich, lo mismo les sucedió a los espías suizos. Aleksandr Radó se declaró súbitamente enamorado de la operadora de radio Margrit Bolli, a quien doblaba la edad. Con una indiscreción que rozaba lo temerario, empezó a visitarla todos los días. Para facilitar los encuentros, él se quedó en Ginebra, mientras que su familia vivía en un piso de alquiler en Berna.

Esta historia adoptó unos tintes más oscuros cuando la chica declaró estar enamorada de otro: un joven y guapo peluquero llamado Hans-Peter, que no era otro sino el agente infiltrado «Romeo», al que controlaba Hermann Hensler, del Abwehr, desde el consulado alemán. Los hombres de la red de Trepper en manos alemanas habían identificado a Radó y aquellos se lanzaron sobre el agente y sus contactos. Bolli, prendada de su «Romeo», invitó al joven a su piso donde guardaba el equipo de radio. Hasta la fecha, la policía suiza se había mostrado reticente a emprender acciones contra la red de «Lucy», pero sus actividades se habían vuelto demasiado llamativas para continuar ignorándolas. El 27 de octubre de 1942, Edmond y Olga Hamel fueron arrestados. Habían logrado ocultar su transmisor y al cabo recuperaron la libertad, pero sus días en el servicio de Moscú habían terminado. El Abwehr logró leer algunos de los mensajes suizos del GRU en 1942, que desvelaron los nombres en clave de algunos agentes. El 16 de marzo de 1943, Bolli mandó una señal en clair a «Romeo» que resultaría de gran ayuda para la inteligencia alemana. El Abwehr ya vigilaba a Radó y a la mayor parte de la red y ejerció una enorme presión desde el cuerpo diplomático para conseguir que los suizos procedieran a su arresto.

Desde el mes de junio de 1943, Alexander Foote supo que «el médico» —la policía local— también andaba tras sus pasos. Advirtió a Moscú de que solo podía realizar dos transmisiones semanales con seguridad, pero el GRU, con su acostumbrada indolencia, insistió en que se debía mantener una frecuencia más intensiva, lo que facilitó las tareas de rastreo de quienes trataban de localizar su radio. A primera hora de la mañana del 20 de noviembre, su piso quedó inundado por un inesperado pelotón de hombres. Uno de ellos desenfundó una pistola y exclamó en alemán, «Hände hoch!». Por un segundo, Foote temió que sus visitantes fuesen del Abwehr. Las naciones beligerantes habían convenido que no se producirían actos de violencia entre sus agentes respectivos en Suiza, pero para todo podía haber una primera vez. El inglés era uno de los pocos espías locales que llevaba un

arma, una automática de 32 mm: «Me daba coraje moral en algunas de mis citas más difíciles[5]». Pero cuando Foote se vio acorralado, en ningún momento pensó en abrirse paso a tiros.

Experimentó un inconmensurable alivio al descubrir que se hallaba en manos de la policía suiza y que habían sido sus aparatos de interceptación los que localizaron el transmisor. Antes de que se lo llevasen, pudo engullir algunos mensajes y nombres que escondía en una linterna. Más adelante afirmaría que la prisión adonde fue conducido no le causó disgusto: «Por primera vez en años tuve la oportunidad de relajarme por completo[6]». Podía vestir con su propia ropa y comer alimentos comprados fuera de presidio. El 8 de septiembre de 1944 recuperó la libertad, aunque sus cometidos en la red de «Lucy» habían terminado para siempre.

El resto de agentes de Moscú en Suiza fueron eliminados uno a uno. Entre ellos se encontraba Anna Mueller, una antigua informante soviética a quien Alexander Foote describía como «un anciano espíritu maternal con aspecto de mujer de la limpieza, como sin duda hubo de ser en el pasado[7]». Mueller actuaba como mediadora entre la red y un oficial corrupto de la oficina de pasaportes suiza. Se la atrajo hasta Alemania por medio de un mensaje falso en el que se le comunicaba que su cuñada de Friburgo estaba enferma; cuando descubrió que el mensaje provenía de la Gestapo, ya era demasiado tarde y pasó el resto de la guerra en un campo de concentración. Foote señaló con sequedad que el GRU jamás llegó a pagarle un solo marco o un solo franco en recompensa por sus sufrimientos en pro de la causa socialista.

Rachel Düberndorfer, «Sisi», tras ser detenida y acusada de espionaje en Suiza, declaró durante su juicio que había trabajado para el servicio secreto británico, con la esperanza de conseguir un trato más generoso por parte de las autoridades locales. Si bien fue condenada a dos años de prisión, pudo recuperar la libertad bajo fianza al poco tiempo y se le permitió desaparecer. No obstante, esta concesión alimentó las sospechas más oscuras del NKVD y propició su detención y confinamiento en la prisión de la Lubianka al llegar a Moscú en 1945. Aleksandr Radó se mantuvo en la clandestinidad después de que sus operadores hubieran sido detenidos y, finalmente, cruzó la frontera francesa en secreto y allí vivió escondido hasta el momento de la liberación. Rudolf Rössler fue arrestado por la policía suiza en mayo de 1944 y permaneció bajo custodia hasta el mes de septiembre. Posteriormente, quedó en libertad pero la partida con la red de «Lucy» había concluido.

Más tarde, los rusos afirmaron que, a principios de 1944, contaban con noventa y siete agentes en suelo alemán, diez de ellos nacionales. Entre los más activos (según Moscú) figuraban «Ian», Ferenz Pataki, un húngaro que otrora trabajase para la Cheka, traicionado luego y ejecutado; «Dozen», Hermann Salinger, que había pertenecido a la Brigada Internacional y se

lanzó en paracaídas sobre Alemania en enero 1944 con la ayuda de los británicos, a decir de los rusos, aunque su nombre no figura en los archivos occidentales; «Sharp», Heinz Glodjai, que también se lanzó en paracaídas sobre la Prusia Oriental en 1943 y suministró datos de inteligencia hasta su fallecimiento en agosto de 1944, a consecuencia de los bombardeos de la RAF en Königsberg.

Sin embargo, una cosa es hacer alarde de las fuentes alemanas del NKVD y del GRU en las últimas fases de la guerra, como hacen los cronistas oficiales modernos especializados en la inteligencia rusa, y otra muy distinta demostrar que estas generaron información útil, lo que no parece muy probable. Tras el desmantelamiento de la Orquesta Roja, los interceptores del Abwehr no lograron dar con más pruebas de la existencia de otros agentes aliados que transmitiesen al exterior y parece razonable desestimar las insinuaciones de que el NKVD y el GRU desplegaron un número considerable de agentes activos en los territorios del Reich entre 1943 y 1945. Sin duda alguna, ninguna fuente secreta rusa en Alemania generó una inteligencia ni remotamente tan sólida y valiosa como la que antes emitiesen la Orquesta Roja y la red de «Lucy». En los últimos años de la contienda, sin embargo, la inteligencia estratégica había devenido mucho menos importante, en tanto que el predominio de Rusia en el campo de batalla resultaba abrumador. Por otra parte, pese al convencimiento soviético de que los Aliados occidentales les negaban material relevante, los británicos y estadounidenses habían informado regularmente a Moscú sobre toda la actividad militar alemana desvelada por Ultra que pudiera amenazar sus intereses o resultar de ayuda para las operaciones soviéticas. El Centro, por supuesto, no devolvió la cortesía.

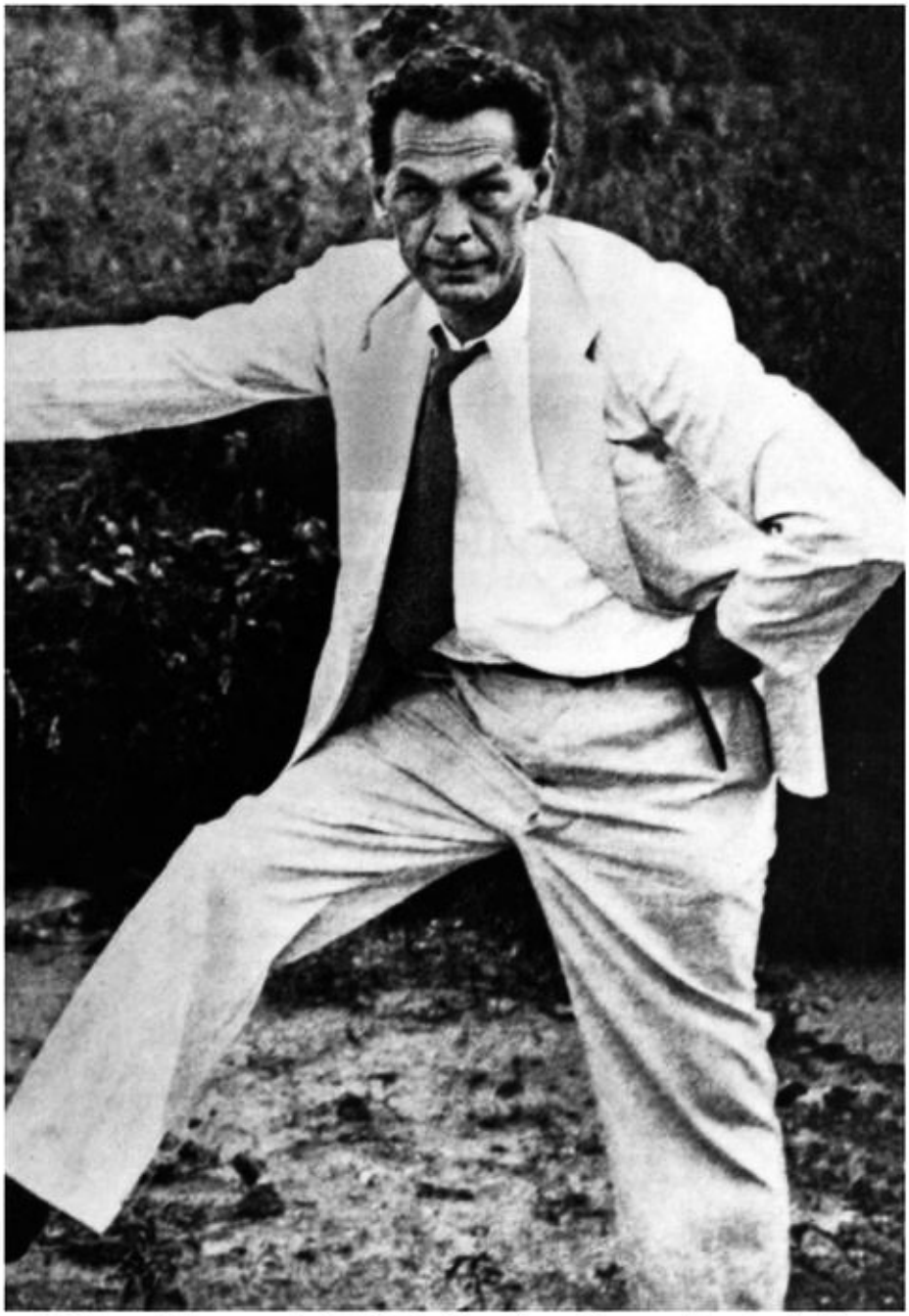
Soldados de la Wehrmacht de Hitler manejando una máquina de cifrado Enigma para encriptar las señales secretas. El descifrado de Enigma por parte de Bletchley Park fue uno de los mayores logros del bando británico en la segunda guerra mundial.

Zoya Rybkina, tan despiadada como hermosa.

Pável Sudoplátov. Sus memorias son uno de los testimonios más vívidos del espionaje soviético, que arremetió por igual contra el enemigo y contra los supuestos aliados.

Deliciosa escena donde aparece el infame Lavrenti Beria en un momento de recreo. El más importante de los policías secretos de Stalin abraza a Svetlana, la hija del dictador, mientras el dueño del Kremlin se relaja con su pipa en la parte de atrás. Beria protegió más a Stalin de sus propias gentes que de los enemigos extranjeros.

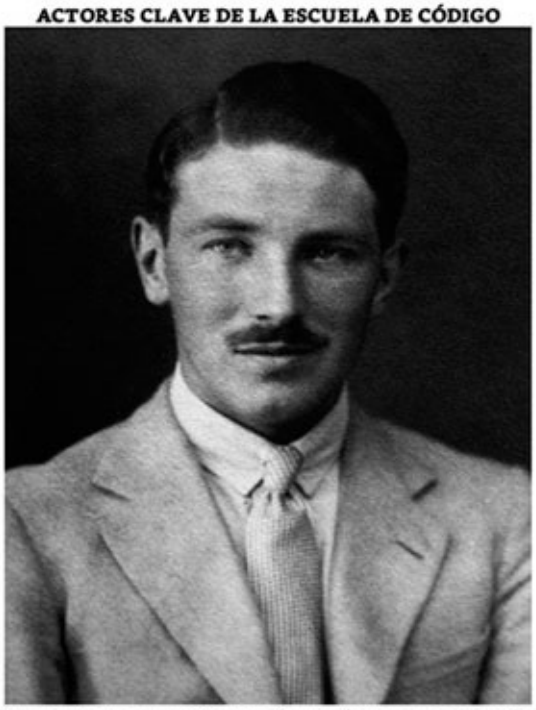
Vasili y Elizabeth Zarubin, dos de los mejores mentores rusos en Europa y Estados Unidos.



Richard Sorge, del GRU, el más sobresaliente de los agentes secretos de la época, aunque su influencia en la política de Kremlin continúa en duda.

Una escena del Barracón 3 en Bletchley Park de finales de la segunda mitad de la guerra, probablemente, porque las condiciones no parecen tan precarias como en los comienzos.

Las bombas creadas por Allan Turing en 1940. Las revolucionarias herramientas electromecánicas estaban controladas por las Wren. Ellas no descifraban las señales de Enigma, pero sí aceleraban el proceso.



Welchmann en un retrato de su época en Cambridge.

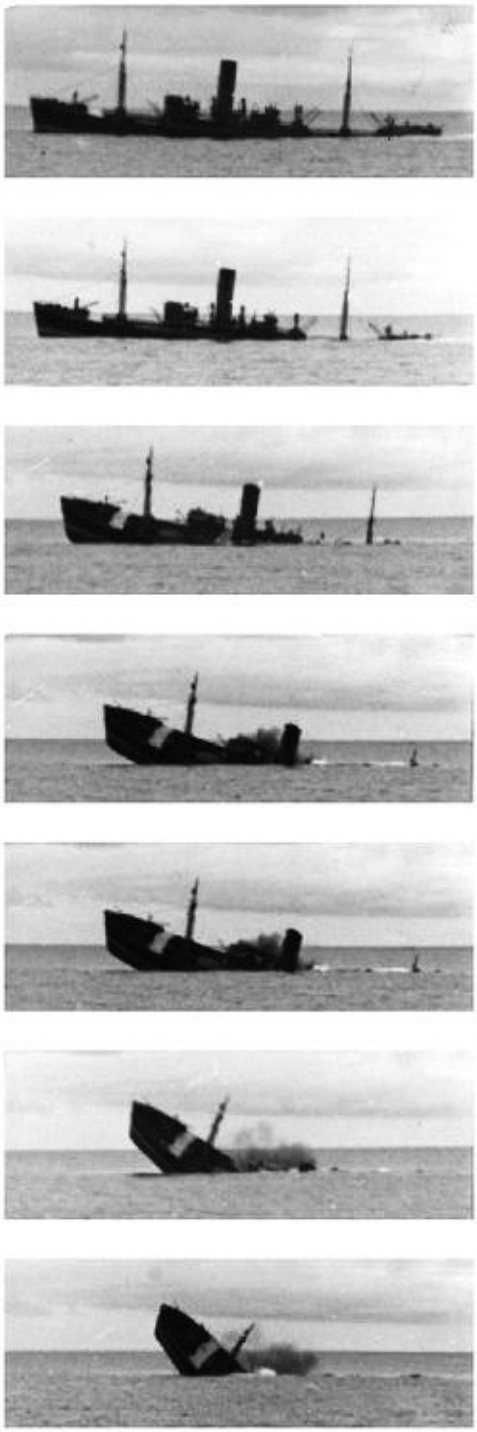
Alexander, que jugó al ajedrez representando a Gran Bretaña.

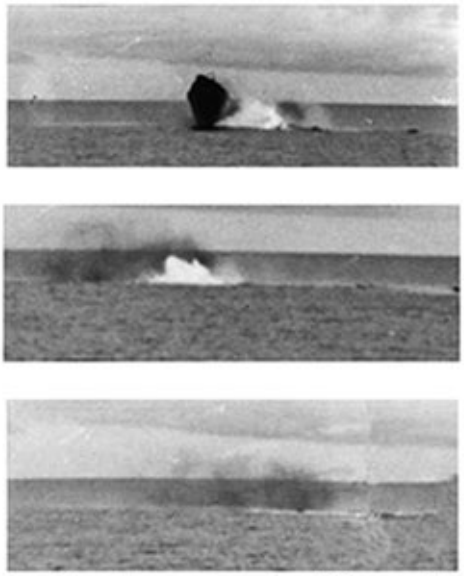
Milner-Barry.

Turing, una joven estampa del atleta y el matemático de Cambridge.

EN LA GUERRA EN EL MAR, Ultra resultó más determinante que en los combates en tierra.

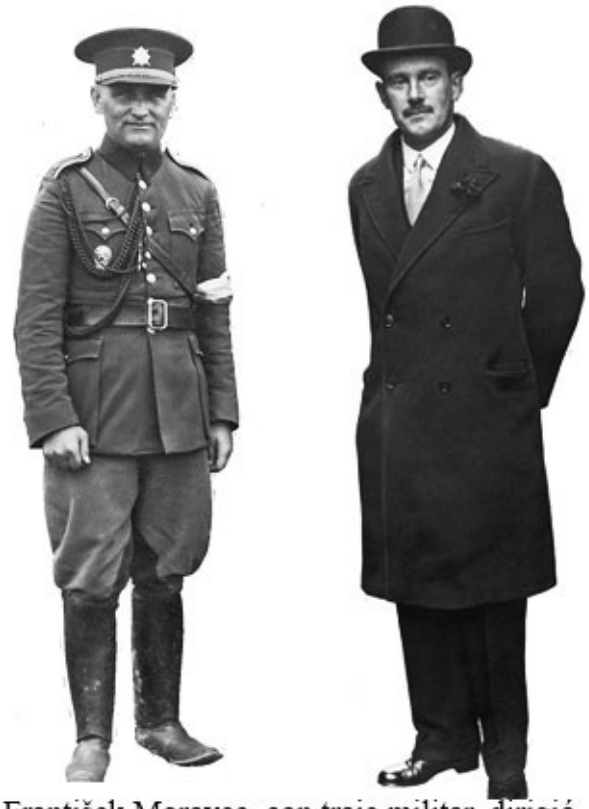
La escolta de un convoy lanza una carga de profundidad contra un submarino.





Una extraordinaria secuencia del hundimiento del mercante británico SS *Automedon* en noviembre de 1940 tras ser apresado por el *Atlantis* alemán. El navío británico llevaba a bordo documentos gubernamentales que pudieron desvelar a los japoneses la debilidad militar británica en el Extremo Oriente.

Canaris, del Abwehr, en una celebración con Reinhard Heydrich de las SS.



František Moravec, con traje militar, dirigió la inteligencia checa entre 1937 y 1945. A su lado, Stewart Menzies, «C», el jefe del MI6.

Schellenberg del RSHA, que absorbió al Abwehr en 1944.

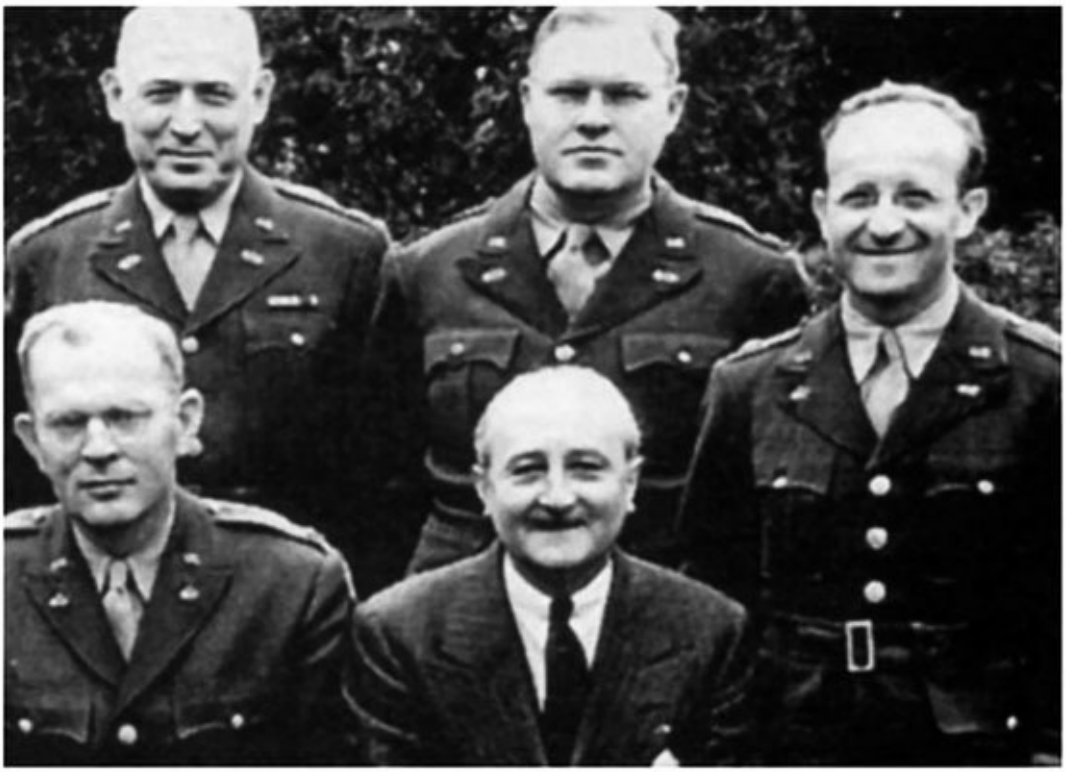
UNO DE LOS HOMBRES DE CANARIS

Hermann Görtz, el espía del Abwehr famoso por su ineptitud, disfruta aquí de la compañía de Marianne Emig y su armónica. Con ella recorrió los campos de aterrizaje británicos en 1935, un viaje que terminó con el ingreso de Görtz en la prisión de Brixton. En 1940 se lanzó en paracaídas sobre Irlanda desde un bombardero Heinkel.

Sala de Registro de la unidad de monitorización del ejército estadounidense en Avon Tyrell, una parte de la estación de Arlington Hall en Gran Bretaña.

Joe Rochefort de la Marina de Estados Unidos, el hombre que hizo posible la victoria en Midway en junio de 1942, alza el dedo en una partida de dominó a bordo del crucero *Indianapolis* con un gesto que ayuda a comprender el desprecio de los oficiales de rango superior hacia su persona.

Tommy Dyer, el criptoanalista más sobresaliente de la «Mazmorra» de Rochefort, en Pearl Harbor.



Las estrellas del Servicio de Inteligencia de Señales estadounidense. Frank Eowlett, de pie en el centro, es el hombre a quien se atribuye «el descifrado de Púrpura»; a su izquierda, Abraham Sinkov y, delante, el único con ropas civiles, William Friedman.

Libertas y Harro Schulze-Boysen.

Arvid y Mildred Harnack. Los cuatro murieron en una atroz agonía a manos de los nazis.

Foote.

Rössler.

Radó.

Gourevitch.

Rudolf Rössler

Ursula Hamburger

10

Guerrilla

Resistencia y asaltos

En el transcurso de la guerra hubo momentos excepcionales en que se produjo un perfecto matrimonio entre la inteligencia y la acción militar. La noche del 24 de enero de 1942, Gilbert Renault —también conocido como el «coronel Rémy», jefe de la red de la Resistencia gaullista— desencriptó en su piso de la avenida de la Motte-Piquet, en París, un mensaje de radio emitido desde Londres. Era una petición que, en realidad, suponía una ingente tarea: conseguir, lo antes posible, detalles de las condiciones imperantes en una instalación costera de un canal alemán en Saint-Bruneval, cerca del cabo de Antifer, en Normandía; y además, «engatusar a los boches en caso de que su agente esté preparado para atender el mismo encargo no solo para el lugar mencionado, sino también para otros tres o cuatro emplazamientos similares en la costa». Renault, de treinta y siete años, un hombre enjuto y un patriota comprometido que en 1939 no había podido alistarse en el ejército porque superaba ya la edad máxima, fue una de las figuras más descollantes en la guerra secreta. Su fe católica fue una importante motivación para su cometido como agente; años más tarde escribiría con fervor: «Jamás podría haber llevado a cabo esta misión en un país extranjero o por una causa menos noble». Describía su papel en la Resistencia como el de quien «va poniendo baldosas, una sobre otra» y reclutó a informadores de profesiones y orígenes muy diversos: militares retirados y arquitectos, campesinos y aristócratas. Si bien era marcadamente conservador en sus ideas, en la defensa de la sagrada

causa francesa comulgaba con los comunistas. En Londres se consideraba que respetaba poco la seguridad y los métodos empleados por la inteligencia en general para poder convertirse en un buen jefe del espionaje, pero mientras no se vio desbancado por estas flaquezas, logró desarrollar una trayectoria notable. Decidió mandar a Roger Dumont, antiguo oficial de las fuerzas aéreas —conocido en clave como «Pol», por el champán Pol Roger—, para que realizase el reconocimiento en Bruneval.

A finales de enero, otro contacto de «Rémy», Charles Chauveau, dueño de un taller mecánico en El Havre, acudió a París para recoger a Dumont en su Simca 5, para lo cual realizó los últimos kilómetros del camino con matrícula falsa. Los dos hombres regresaron a El Havre bajo una supervisión alemana que convertía un viaje en coche de aquellas características en una aventura peligrosa. Una vez en el puerto, el agente alquiló una habitación en un hotel algo desvencijado y tan frío que no logró conciliar el sueño y pasó la noche tiritando en una silla, completamente vestido. A la mañana siguiente, en compañía de Chauveau, recorrió los cerca de veinte kilómetros de baches en dirección norte hasta llegar a Bruneval, con cadenas en los neumáticos del Simca para no quedar atrapados en la nieve recién caída. Paul Vennier, el dueño del hotel Beauminet en el pueblo, era amigo de Chauveau, quien lo presentó como «uno de los mejores». Vennier les pudo facilitar el número de aviadores de la Luftwaffe alojados en el amplio complejo agrícola y les habló de un puesto de guardia situado en una villa junto a la playa, el «Stella Maris». Les indicó asimismo que la guarnición local de la Wehrmacht, una sección valerosa capitaneada por un Feldwebel enérgico y eficaz, se hospedaba en el Beauminet. Vennier no tenía información acerca de lo que sucedía en la solitaria «estación de radio» vecina, situada en lo alto del acantilado a medio kilómetro de allí, pero a instancias de Dumont condujo a los dos visitantes hasta la alambrada alemana en la costa para que pudieran inspeccionar la zona por sí mismos. Tras conversar con un agradable centinela, el espía supo que el supuesto campo de minas de la playa no era sino un engaño disuasorio para los intrusos. Cuando hubieron explorado el sector de forma exhaustiva, Dumont regresó a El Havre y de allí partió hacia París. La noche del 9 de febrero, «Bob» —Robert Deattre, el operador de radio de Gilbert Renault formado en la SOE— mandó el informe sobre Bruneval a Londres, en código Morse. Que la misión se desarrollase sin incidentes no debe silenciar el riesgo mortal que esta implicó para todos los involucrados. Lo que Dumont transmitió sobre Bruneval demostraba que se trataba de una zona acuartelada, pero no muy fuerte.

Recabar datos de inteligencia técnica relativos a los sistemas armamentísticos del enemigo fue una obsesión constante para todos los países que tomaron parte en la guerra. Estos trataban de conseguirla

mediante sus espías, el reconocimiento fotográfico, las patrullas y los interrogatorios de los presos. Aunque los soldados, marinos y aviadores se mostrasen en ocasiones escépticos, cínicos incluso, con respecto a la inteligencia política y estratégica, todos eran capaces de percibir la importancia de conseguir información sobre la tecnología en manos del adversario, con miras a descubrir el modo de contrarrestar sus efectos. En la batalla aérea por Europa se emplearon los equipamientos más sofisticados de que disponía cualquiera de los dos bandos y se llevaron a cabo los esfuerzos pertinentes para conocer la del contrario. Para los alemanes, la tarea fue más sencilla, ya que podían escudriñar en los aparatos estadounidenses o británicos que caían derribados en suelo europeo, equipados con los últimos avances en cuanto a las miras de los bombarderos y los sistemas de orientación. Los británicos, por el contrario, aislados del campo de batalla por el Canal, dependían de la capacidad intelectual de los oficiales de inteligencia y los científicos para desentrañar los secretos de la Luftwaffe.

Durante el invierno de 1941, averiguaron que los cazas nocturnos alemanes se orientaban mediante el uso combinado de dos sistemas de radares en tierra denominados «Freya» y «Würzburg». R. V. Jones, el joven de veintinueve años, director adjunto de la inteligencia científica en el Ministerio del Aire y asesor del MI6, junto con los boffin del Centro de Investigación de Telecomunicaciones en Swanage, los señalaron como elementos clave en la denominada «Línea Kammhuber», una red de estaciones de radar que permitió a la Luftwaffe infligir daños colosales al Comando de Bombarderos de la RAF. Eran conscientes de que Freya, con un amplio espectro aéreo, monitorizaba a los bombarderos británicos. Suponían que Würzburg orientaba a los cazas, pero andaban a la zaga de la oportunidad para analizar con todo lujo de detalles uno de los aparatos. El 5 de diciembre de 1941, Tony Hill, un joven piloto de un Spitfire miembro de la Unidad de Reconocimiento Fotográfico, llevó a cabo un barrido rasante del apartado castillo en lo alto del acantilado de Bruneval, donde Gran Bretaña había detectado transmisiones de radar de 53 cm. Jones se enfrascó en el estudio de las fotografías de Hill, donde aparecía un equipo Freya a poca distancia de la casa y lo que el piloto describió como un «calentador de peceras» de unos tres metros de diámetro —sin duda alguna, un receptor parabólico que pertenecía a un Würzburg— a casi cuatrocientos metros en dirección sur.

Aquel lugar estaba a un tiro de piedra del mar, a menos de cuatrocientos metros de la playa. No se veía ningún obstáculo que lo protegiera, como vallas de alambrada por ejemplo. A buen seguro, un grupo de asalto con arrojo podría entrar y —lo más importante— salir con el preciado botín. Jones ya había accedido a los consejos más confidenciales de la maquinaria de guerra británica con su brillante trabajo en 1940 sobre los sistemas de

orientación electrónicos de los bombardeos nocturnos de la Luftwaffe. Ahora, su propuesta de lanzarse sobre Bruneval fue acogida con entusiasmo por el Estado Mayor del Aire, Downing Street y la Jefatura de Operaciones Conjuntas. Se decidió que los atacantes debían lanzarse en paracaídas y que la salida se realizaría por vía marítima.

Se dio instrucciones a una compañía del recién creado Regimiento de Paracaidistas, los Boinas Rojas, a las órdenes del comandante John Frost, y se les adiestró para que se dejasen caer al este de la casa y de la instalación contigua y se adueñasen de los dos aparatos en un golpe rápido y por sorpresa. Se destacó a una sección de los ingenieros, dirigida por el teniente Denis Vernon, para que desmontasen el artilugio y clasificasen las piezas clave, con la ayuda del mecánico de radar de la RAF, el sargento de vuelo Charles Cox. Se mandó llamar a Cox a toda prisa desde la escuela de salto en Ringway y, acto seguido, Vernon y él recibieron instrucciones de Jones y empezaron a practicar con un equipo de radar de artillería británico. Todos los asaltantes pasaron horas estudiando al detalle la topografía de la zona sobre una maqueta de Bruneval a escala. Los entrenamientos en la costa de Dorset estuvieron presididos en todo momento por el mal tiempo y por constantes percances, de resultas de lo cual falló la coordinación entre los lanzamientos y la recogida marítima. En el último ejercicio, en la noche del domingo 22 de febrero, los paracaidistas acabaron sumergidos hasta la altura del pecho en las gélidas aguas mientras los marinos luchaban por recuperar la lancha de desembarco varada en los bancos de arena. Un mal agüero para la misión, que se sumaba al pesimismo de la Armada y el pueblo británicos tras la incursión del Scharnhorst y el Gneisenau en aguas del Canal la semana anterior.

El asalto debería haberse llevado a cabo en las cinco noches de luna llena, para que la RAF y los hombres de Frost tuvieran suficiente luz y pudieran avistar los objetivos. Las tres primeras fechas se anularon porque el tiempo no acompañaba, lo que desalentó a los miembros del grupo. El viernes 27 de febrero era la última posibilidad; fue un gran alivio cuando, a las cinco de la tarde, llegó la noticia de que la operación estaba «en marcha». El buque de asalto Prins Albert, con el grupo de marinos, zarpó con una escolta de lanchas torpederas. A las 9.52 de la noche, se dejaban caer sobre las aguas seis lanchas de desembarco, todas ellas con su tripulación y un comando de ametralladoras Bren. Por casualidad, mientras aquella noche sobrevolaban las aguas del Canal doce bombarderos Whitley del 51.º Escuadrón de la RAF, con los paracaidistas de Frost a bordo, se cruzaron con un avión ligero Lysander que se dirigía hacia el norte para llevar al «coronel Rémy» de Francia a Londres, donde este celebraría una reunión con el jefe de la inteligencia de De Gaulle. Rémy había cumplido su cometido en la

«operación Biteback»; era el turno de los asaltantes.

En el momento de despegar de Thruxton, en Wiltshire, el grupo de asalto tuvo noticia de que había nevado en el norte de Francia. Los sobretodos blancos preparados para esta contingencia se habían quedado en sus barracones provisionales de Tilney, pero Frost consideró que, a fin de cuentas, la nieve resultaría una ventaja porque sus hombres tendrían más visibilidad. Mientras los paracaidistas subían al avión, un gaitero interpretaba una melancólica melodía que complació a los de origen escocés. El tiempo había cambiado súbitamente y, tras una semana de tempestades, el cielo aparecía claro y limpio; para entrar en calor, durante el despegue los asaltantes asían sus tazas de té aderezadas con un chorrito de ron. Una vez en el aire, entonaron sus canciones preferidas: «Annie Laurie», «The Rose of Tralee» o «Lulu». Dos horas más tarde, pasaban pocos minutos de la medianoche cuando los miembros de la primera «barra» empezaron a desaparecer, uno a uno, a través de los agujeros en el fuselaje de los Whitley y, un minuto después, la mayoría había realizado una caída perfecta en la esponjosa nieve: Bruneval estaba tan cerca de la costa, que la travesía se desarrolló con una precisión inusual. La mayoría de los hombres orinó antes de empezar la misión; en el aire, el té de Thruxton había causado estragos en las vejigas. Cuando Frost hubo reunido a sus hombres reflexionó, arrepintiéndose de sus palabras anteriores, que con una noche tan clara, se había echado a perder el factor sorpresa. Pero reinaba aún un hermoso silencio y solo había llegado una mala noticia: dos secciones, veinte hombres en total, se habían perdido; marraron el blanco.

No había tiempo que perder, no era momento de buscar a los amigos ausentes. Diez minutos después del desembarco, Frost dirigió la marcha al trote hacia la «Casa solitaria» —el castillo donde se había instalado el Würzburg— mientras un segundo grupo se adelantaba para asegurar la playa en el momento de la retirada. Al llegar al edificio, el comandante se asombró de ver la puerta abierta. Tocó el silbato y se precipitó al interior, donde encontró a un solo alemán, a quien mataron mientras él les disparaba desde lo alto de la escalera. Entre tanto, la partida del teniente Peter Young había tomado la posición del Würzburg, cuyos ocupantes se dieron a la fuga, desconcertados por el crepitar de las armas. El sargento de vuelo Cox descorrió la cortina que ocultaba el acceso a la cabina en el foso del radar y lo encontró aún caliente; sin duda, había seguido la pista de un caza alemán pocos minutos antes. El teniente Vernon, jefe del equipo de Ingenieros Reales, empezó a tomar fotografías con la linterna que provocaron el inicio de un tiroteo alemán desde alguna parte en la oscuridad.

Los británicos descubrieron que el Würzburg estaba sobre una base giratoria en un camión plataforma, protegido por gruesos montones de sacos

de arena. Un zapador se lanzó sobre el revestimiento del aparato pertrechado con martillo y cincel y eliminó los sellos Telefunken y los números de serie. Cox hubo de recurrir a una palanca para arrancar el tablero del transmisor. Luego, en medio de un fuego de artillería alemán cada vez más insistente, si bien mal dirigido desde una distancia de unos pocos centenares de metros, los británicos cargaron los componentes esenciales en un carro que habían llevado a tal efecto. Uno de los hombres de Frost cayó víctima de una bala perdida, pero Vernon, Cox y el resto salieron ilesos. Según el plan, los zapadores contaban con media hora para desarmar el artefacto alemán. Solo habían pasado diez minutos cuando los faros del camión dieron la señal de que el enemigo se aproximaba. El comandante ordenó a Vernon retirarse con lo que ya hubieran sacado —todos los elementos necesarios para Reg Jones y sus colegas— y se pusieran en marcha.

La partida al cargo de vigilar la playa se vio momentáneamente bloqueada por el enemigo; el fuego de las ametralladoras hirió de gravedad al sargento mayor Strachan. En su marcha hacia la costa, Frost, Cox y el resto del grupo vieron que los alemanes ya habían retomado la fortaleza. Al punto estalló un intenso tiroteo desde la zona sureste: las dos secciones que aterrizaron lejos del blanco habían llegado a Bruneval desde atrás y ahora la emprendían contra los alemanes por la retaguardia, en una venturosa distracción que permitió a sus camaradas llegar hasta la playa. Siguieron unos minutos de máxima tensión: el radiofaro de Frost, que llamaba a la Marina, no recibía respuesta. Los británicos hubieron de lanzar varias bengalas verdes para que la lancha de desembarco acudiera a toda máquina al lugar de encuentro, lo que sin duda supuso un gran alivio para los paracaidistas que aguardaban en la orilla. Poco antes de las 3 de la madrugada, los asaltantes, el sargento de vuelo Cox y su preciada carga subían a bordo. Una vez en alta mar, los componentes del Würzburg fueron transferidos a una lancha torpedera que puso rumbo a Portsmouth a veinte nudos y dejó que los hombres de Frost realizasen su travesía a un ritmo más relajado, en la lancha de desembarco, remolcados por otras torpederas. Los asaltos se cobraron la vida de tan solo dos hombres y se dio por desaparecidos a otros seis, que vivieron el resto de la guerra en cautiverio; los alemanes perdieron cinco y otros tres fueron devueltos a Gran Bretaña como prisioneros de guerra. A las seis de la tarde de aquel 28 de febrero, el grupo de asalto al completo subió a bordo del Prins Albert, donde se celebró una triunfal rueda de prensa. En una época de tantas derrotas, esta victoria, menor pero infinitamente valiosa, reconfortó el espíritu de los británicos.

El asalto de Bruneval fue la operación más venturosa de la guerra entre las de su naturaleza. Con una inversión de recursos mínima, a un coste prácticamente desdeñable, los paracaidistas del comandante Frost y el

sargento de vuelo Cox llevaron a Gran Bretaña los secretos más íntimos del radar Würzburg: la antena, el receptor, el amplificador, el modulador de radiofrecuencia y el transmisor. Con ello, Jones y sus colegas pudieron desentrañar algunos misterios fundamentales del sistema de la línea Kammhuber: una cadena de «cajas» con radares Freya y Würzburg en el interior, que guiaban a los cazas nocturnos en su persecución de los bombarderos. Una vez desvelado el secreto, la respuesta de la RAF fue obvia: que la aviación atravesase hasta lo más denso el cielo nocturno, donde las defensas electrónicas quedaban anegadas. El «torrente» funcionó y el sistema Kammhuber quedó obsoleto. Aunque el número de bajas registradas entre los bombarderos continuaba siendo elevado, Bruneval supuso una magnífica incursión de la inteligencia para los Aliados. Por otra parte, de resultas de la operación, los alemanes hubieron de reforzar su cadena de radares costeros hasta tal extremo que, en adelante, los reconocimientos aéreos pudieron localizar con facilidad y precisión todas las estaciones.

El ataque constituyó un ejemplo de manual de la colaboración entre los boffin de Jones, quienes identificaron el objeto de conocimiento; los espías sobre el terreno —los hombres del «coronel Rémy»— que reconocieron el blanco para el MI6; los planificadores, que contrastaron los informes de los agentes con los datos recabados gracias a las fotografías aéreas; y las fuerzas especiales, responsables de ejecutar «Biteback». Además de las condecoraciones otorgadas a las fuerzas aerotransportadas, Jones recibió la insignia de la Excelentísima Orden del Imperio Británico. El grupo de asalto se benefició de que el blanco costero fuese un objetivo relativamente sencillo de encontrar y alcanzar para las fuerzas de la RAF y de la Marina. En febrero de 1942, el litoral francés contaba con unas defensas notablemente inferiores a las que lo guardarían dos años más tarde. No obstante, tal vez lo más importante fuera que, en aquella ocasión, la fortuna estuvo del lado de los británicos. Los agentes de «Rémy» no cayeron presos, como tantos otros; el lanzamiento en paracaídas se llevó a cabo con precisión, a diferencia de otros muchos; la resistencia alemana resultó poco efectiva; y Cox pudo huir con el tesoro. En numerosas ocasiones entre 1940 y 1945, los planificadores británicos hubieron de lamentar que, en el devenir de la guerra secreta, escaseasen momentos tan sencillos como aquel.

La SOE

Tras la caída de Francia en 1940, Winston Churchill libró la guerra durante casi cuatro años convencido de que Gran Bretaña, aun con la adhesión de Rusia y Estados Unidos en el bando de los enemigos de Hitler, carecía del

potencial necesario para rechazar el poderío militar nazi en el continente. En consecuencia, se hizo imprescindible desafiar al enemigo por otros medios: el bombardeo estratégico de Alemania y las campañas de guerrilla en los países ocupados. La creación de la SOE británica y de la Ejecutiva de Guerra Política, a las que más tarde siguieron la OSS estadounidense y la Oficina de Información de Guerra, se vio acicateada por el engaño de que la Blitzkrieg de Hitler, entre 1939-1941, había alcanzado el éxito gracias, en parte, a la explotación de una «quinta columna» de incondicionales secretos en los territorios de las naciones afectadas. Fueron muchos, el primer ministro entre ellos, los que creyeron que estos habían representado en las masacres enemigas el mismo papel que los antiguos zapadores en los asedios, los que abrían pasos y galerías por debajo de las ciudades antes de la arremetida por parte de los contingentes de asalto. Churchill decidió crear su propia quinta columna en beneficio de la causa aliada. Temía que, de abandonar a las gentes de la Europa ocupada a su propia suerte, estas se sumiesen en la indolencia, el consentimiento y la colaboración; y probablemente estaba en lo cierto.

La promoción de las incursiones y la Resistencia por parte del primer ministro tenía cuatro objetivos. El primero, y el menos importante, pretendía servir a propósitos militares, muchos de los cuales terminaron en fiasco como la «operación Coloso», un lanzamiento en paracaídas con miras a destruir un viaducto ferroviario calabrés, el asalto de 1942 sobre Dieppe y algunos conatos tempranos de sabotaje en Noruega. El segundo de los objetivos consistía en difundir entre el pueblo británico y la población mundial en general la creencia —infundada hasta, cuando menos, finales de 1942— de que la guerra se estaba desarrollando de forma efectiva y con energía; lo que este autor ha dado en llamar en otras ocasiones «la puesta en escena militar». El tercer objetivo perseguía que Hitler invirtiese recursos en la seguridad interna de su imperio. El cuarto, y el más importante, ambicionaba sembrar la tensión, las recriminaciones y el odio entre los nazis y los pueblos a los que estos habían sometido. Lejos de reconocer que los actos de represión supondrían un freno para la actividad de la Resistencia, Churchill vio en el salvajismo nazi un estímulo para sus propósitos. «La sangre de los mártires —declaró en una reunión del Comité del Gabinete de Defensa el 2 de agosto de 1943— era la semilla de la Iglesia». El hecho de que, al final de la contienda, la mayoría de pueblos ocupados en Europa se resistiera a los alemanes fue, en parte, el resultado de las políticas adoptadas por Hitler; pero también pudo atribuirse a la insurgencia espoleada por los británicos y, más tarde, también por los estadounidenses. Las conquistas militares de la Resistencia fueron muy modestas; los triunfos morales resultaron inmensos.

Las operaciones llevadas a cabo por civiles al otro lado de las líneas

enemigas poco tenían que ver con las actividades de los matemáticos con gafas y los ajedrecistas encorvados sobre los criptogramas en Bletchley Park, Arlington Hall y en el centro de sigint del NKVD en el viejo hotel Select de la calle Dzerzhinsky. Sin embargo, las campañas de la guerrilla se convirtieron en elementos cruciales de la guerra secreta y acabarían disponiendo de tantos fondos como los que se invertían en la recopilación de inteligencia, e incluso los compartieron en más de una ocasión. En julio de 1940, la Ejecutiva de Operaciones Especiales recibió una orden del primer ministro en que se dictaminaba: «que prenda el fuego en Europa[1]». En su decisión de librar un nuevo tipo de guerra con hombres nuevos y medios también nuevos, confió la nueva criatura a Hugh Dalton, el inquieto ministro de Guerra Económica y parlamentario laborista, y no a los jefes del Estado Mayor de Broadway. Un colega del gabinete comentó al secretario de Exteriores, lord Halifax: «A usted, jamás se le tendrá en consideración porque nunca accederá a todo; usted nunca será un gánster[2]». Aunque el viejo servicio secreto luchó tan denodadamente contra su advenedizo rival como hacía contra los alemanes, al cabo la SOE se convirtió en un cuerpo más efectivo que el MI6 y lo dirigían personas más capacitadas.

No obstante, entre 1940 y 1943, sus operaciones siempre anduvieron ensombrecidas por el dominio de las potencias del Eje en la batalla. A ojos del grueso de la población en los territorios ocupados, Alemania y Japón eran los vencedores y desafiarlos no constituía sino un despropósito. Bentick, del JIC, comunicó a Dalton su firme oposición al enardecimiento de los civiles en Europa: «Aún no ha llegado el momento y serán muchas las infortunadas bajas[3]». Dalton se encogió de hombros: «Son órdenes del primer ministro y deben cumplirse». El ministro, un hombre ambicioso e indiscreto que despertaba la desconfianza de la mayoría de sus colegas, ansiaba obtener un papel más activo en el esfuerzo de guerra bélico que la desabrida responsabilidad de controlar el bloqueo: la dirección de las operaciones de la guerrilla británica prometía darle lo que deseaba. Un oficial de la SOE escribió más tarde que Dalton, que aspiraba a sustituir a Anthony Eden como secretario de Exteriores, «tenía tendencia a entregar a Churchill y otros ministros del Gabinete previsiones de las actividades de la Resistencia basándose en el supuesto de que existía una voluntad de oposición más allá de todo realismo, hasta que la adhesión de Estados Unidos y la Unión Soviética a la causa aliada dio a los pueblos de la Europa ocupada una esperanza real en cuanto a la victoria de los Aliados[4]».

Hasta 1944, cuando se hizo evidente que Hitler caería derrotado a no tardar, el común de colectivos en el continente no deseaba verse mezclado en revueltas, asumir tremendos riesgos para sus casas y familias o colaborar con los distantes Aliados. Jean Cocteau, uno de los intelectuales franceses más

señeros en el colaboracionismo con los nazis, observó con desdén ante un joven poeta que le manifestó su deseo de unirse a la Resistencia: «Vous avez tort. La vie est plus grave que ça» («Se confunde. La vida es más seria que esto»). La posteridad está convencida de que el confundido era Cocteau, pero en los primeros años de la guerra especialmente, este era el parecer de muchos en las élites sociales y políticas de las naciones europeas. En los días previos a la ocupación alemana de Yugoslavia, en 1941, la SOE distribuyó siete equipos de radio a posibles operadores de radio locales que se quedarían en el territorio, pero ninguno de ellos llegó a utilizarlos. El extraordinariamente valeroso grupo de residentes en los países ocupados que inició las redes de la Resistencia en aquellos primeros días, personas como Michel Hollard y Marie-Madeleine Fourcade en Francia —ambos colaboradores del MI6—, es digno de la mayor admiración por haber roto filas con sus acobardados compatriotas mucho antes de que la causa aliada se pusiera de moda.

CARTE D'IDENTITÉ
Nom Imbert
Prénoms Marie Suzanne
Profession Secrétaire
Née le 28 Aout 1906
à St Maixent (Deux-Sèvres)
Domicile 17 Allée de l'Ermitage
Le Raincy (S et O)
Nationalité française
Pièces justificatives
Carte permis
Extrait de naissance
Signature du Titulaire

Tarjeta de identidad falsa para la agente de la Resistencia francesa Marie-Madeleine Fourcade.

Robert Bruce Lockhart, director general de la Ejecutiva de Guerra Política y veterano de las operaciones del servicio secreto en Rusia tras la revolución bolchevique, habló a los jefes del Estado Mayor el 29 de mayo de 1942 con respecto a las limitaciones de la Resistencia[5]. Los entusiastas, decía él, a veces olvidan que el respaldo local debe ir y venir al tenor de la imagen de éxito o fracaso militar en el bando de los Aliados. El prestigio británico quedó

seriamente dañado en los años de las derrotas. Por otra parte, el despiadado ocupante gozaba de enormes ventajas sobre los miembros de la resistencia civil: «Durante la revolución rusa de 1905-1906, los obreros con sus fusiles aún podían atrincherarse en las barricadas y presentar batalla contra los soldados —rezaban las notas de Lockhart para la reunión—. Hoy, no tendrían nada que hacer contra un par de tanques y uno o dos bombarderos. Las tareas de control son mucho más sencillas… La Gestapo, las unidades antisabotaje, implacables en extremo». Concluía: «No veo mucha esperanza en alentar a la resistencia para que asuma un papel más activo hasta que se hayan cosechado algunos éxitos militares anglo-estadounidenses en una medida razonable… No debemos intentar fomentar una revuelta prematura fácil de sofocar». La política de represión alemana resultó muy efectiva a la hora de contener los levantamientos en la mayoría de poblaciones ocupadas.

Los dirigentes de la SOE explicaban el lento desarrollo de la Resistencia, sobre todo en Francia, por la falta de armas: la RAF rehusó desviar bombarderos en un número considerable a los partisanos hasta 1944, cuando cedió a las insistencias de Downing Street. Pese a todo, si se hubiera armado a los miembros de la Resistencia en un estadio anterior de la guerra, la única consecuencia probable habría sido que los alemanes dieran muerte a un número más elevado de civiles. Estos, sin instrucción profesional y pertrechados con pistolas, podían llevar a cabo asesinatos y engorrosos asaltos, pero un enfrentamiento a gran escala con la Wehrmacht y las SS solo tenía un final posible —una sangrienta derrota— como se demostró en repetidas ocasiones aún en 1944 y 1945. Un oficial de la OSS, Macdonald Austin, afirmó a propósito del maquis: «A veces realizan proezas, pero debemos ser conscientes de que en la siguiente operación pueden haber olvidado girar la manivela del gazogènes», los coches alimentados con carbón a los que la Francia ocupada debía recurrir para sus desplazamientos[6]. Un oficial británico del servicio de inteligencia del SHAEF, el Cuartel Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada, afirmó: «Jamás se puede trazar un plan militar que dependa de la participación de la guerrilla, porque nunca se puede contar con la seguridad de que esta se presente[7]».

Desde 1938 hasta la fundación de la SOE, el MI6 mantuvo una reducida unidad de sabotaje conocida como la «Sección D», dirigida por Laurence Grand, un comandante de aspecto algo ridículo, alto y desgarbado, de zapadores del cuerpo de ingenieros que gustaba de fumar con boquilla larga y lucía un clavel en el ojal. Grand era un surtidor de ideas extravagantes, que pocas veces daban algún fruto. En los primeros días de la guerra, urdió ardides como pagar a bandas de eslovenos para que vertiesen arena en las cajas de los diferenciales de los vehículos rodados con destino a Alemania.

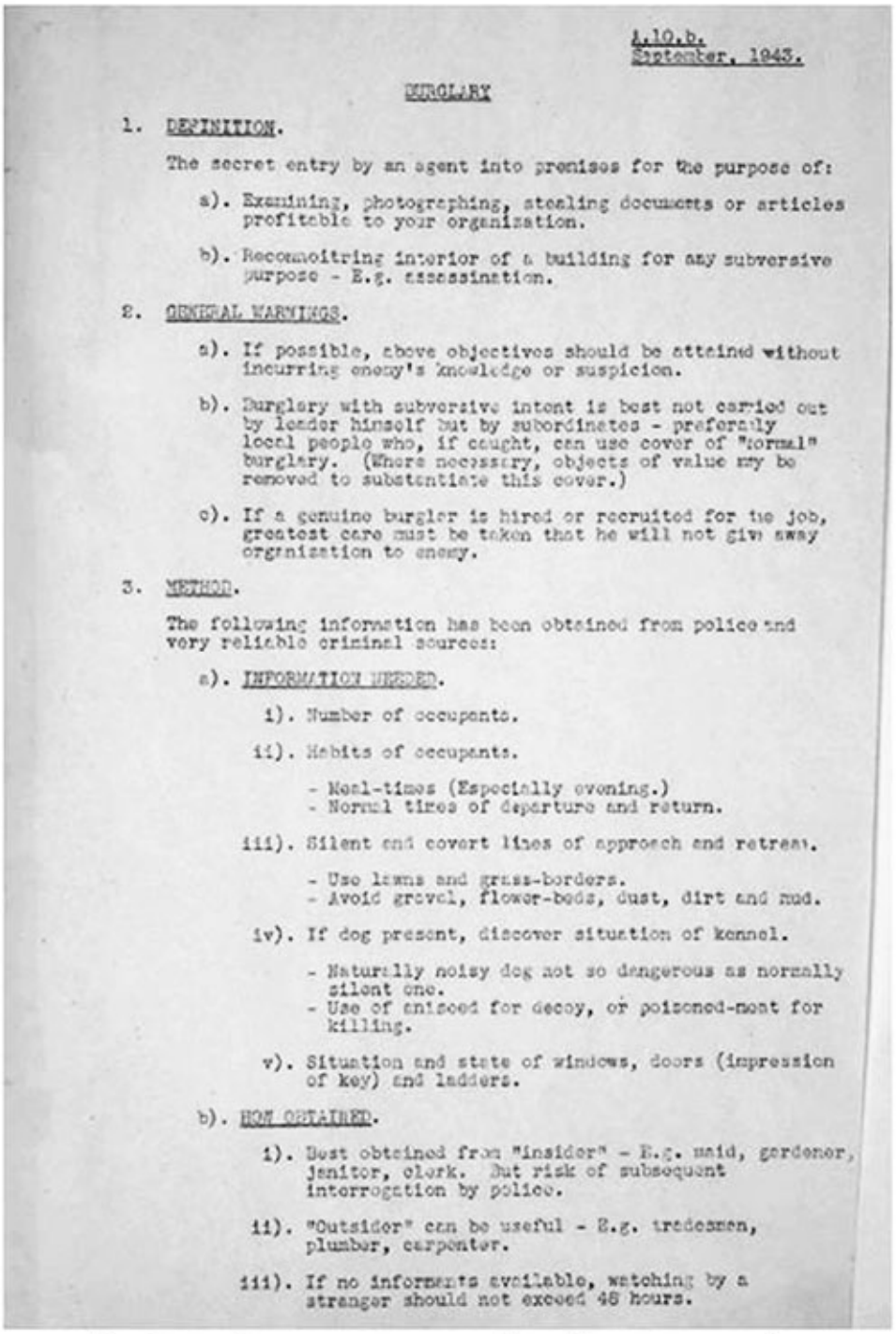
Uno de sus nuevos asistentes quedó asombrado al recibir la orden de mandar fondos a diversos grupos de sabotaje en la Europa del Este mediante el correo ordinario. Nadie confiaba en Grand. Gladwyn Jebb, del Foreign Office, presionó para que fuera destituido en una carta cargada de desprecio a Cadogan: «Lo único que he logrado encontrarle de bueno es que es generoso y que cae bien a los de su equipo, en el que se cuentan un par de personas capacitadas. Pero enfrentar a este hombre al Estado Mayor alemán y al Servicio de Inteligencia Militar alemán sería como preparar un ataque contra una división de acorazados con un actor montado en burro[8]».

Al oír estas palabras, el primer ministro intervino e insistió en que debía crearse una nueva organización que sembrase el caos en toda Europa, en los Balcanes y, más adelante, en el Extremo Oriente. Inicialmente, la Ejecutiva de Operaciones Especiales quedó bajo la responsabilidad de sir Frank Nelson, antes comerciante imperial, miembro del Parlamento y oficial de la inteligencia entre 1914 y 1918. En mayo de 1942, Nelson fue sustituido por el banquero sir Charles Hambro, a quien André Dewavrin, jefe de la inteligencia de De Gaulle, describiría en una ocasión como «un colega encantador, pero casi invisible debido a sus innumerables responsabilidades en todas partes». Desde sus comienzos, la figura más eficiente de la SOE fue Colin Gubbins, el director de operaciones, un soldado de las Tierras Altas escocesas con experiencia en la inteligencia militar que había trabajado en la War Office a las órdenes del fantasioso guerrero el coronel John Holland. En septiembre de 1943, Gubbins fue nombrado comandante general y sucedió a Hambro como jefe de la organización.

La SOE —o el «tinglado», el nombre familiar usado por los miembros que la integraban— inició su andadura en el número 64 de Baker Street como el Despacho de Investigación Interdepartamental, un nombre falso. En 1945, había crecido hasta ocupar una superficie de 24 000 m^2 de oficinas entre la estación del metro de Baker Street y la plaza Portman. El equipo se formó reclutando a miembros muy diversos, algunos procedentes del personal de los servicios, otros eran civiles con un conocimiento especializado sobre los países ocupados, refugiados y aventureros que no encajaban en ninguna otra parte. Se fundó una escuela de sabotaje en Stevenage, una de propaganda negra en Watford, otra de tácticas especiales en Loch Ailort y la de técnicas de guerrilla en Arisaig. Los instructores más destacados en la escuela de subversión, con sede en Aston House, cerca de Knebworth, eran los capitanes Fairburn y Sykes, dos expolicías de Shanghái, de quienes se contaba que cerraban siempre las lecciones de combate sin armas con la frase: «y entonces, denles una patada en las pelotas». El MI6 cometió un error considerable al no esforzarse en entrenar a los suyos, de quienes se esperaba que aprendiesen in situ, siguiendo la tradición del caballero-amateur. Incluso el historiador

oficial de Broadway reconoce que la SOE ofreció una instrucción de calidad: algunas de sus escuelas de adiestramiento se incorporaron más tarde en el servicio secreto de posguerra[9].

El trabajo de campo en la SOE exigía unas habilidades muy distintas a las de los reclutados por el MI6. «Quien desea obtener datos de inteligencia debe tener calma y paciencia y los agentes a quienes contrate jamás deben ser descubiertos, si es posible», escribió Bickham Sweet-Escott, que trabajaba en ambas organizaciones[10]. Por el contrario, el agente destinado al fomento de la guerra de guerrillas debe hacerse notar «y existe una enorme probabilidad de que algunos de sus hombres no logren escapar». En los primeros estadios, la SOE cometió numerosos errores que pusieron de relieve su falta de experiencia. Jack Beevor, abogado y oficial de artillería en la Primera Guerra Mundial, fue destacado en la estación de Lisboa, ciudad neutral, donde alquiló un piso usando su nombre real. Más tarde, permitió a sus compañeros del MI6 celebrar una reunión con sus informadores en el piso y el casero de la finca informó a las autoridades portuguesas, que expulsaron sin tardanza al agente de la SOE. Durante la primavera de 1942, un miembro de un grupo de desembarco cayó en manos de los italianos en la isla mediterránea de Antíparos; se descubrió que llevaba encima una lista con los contactos británicos en Atenas, un descuido que costó la vida de los infortunados griegos. En un puerto de Estambul, la SOE colocó minas magnéticas que no explotaron en buques cisterna que debían transportar petróleo rumano para los del Eje.



4.10.b.
September, 1943.

BURGLARY

1. DEFINITION.

The secret entry by an agent into premises for the purpose of:

a). Examining, photographing, stealing documents or articles profitable to your organization.

b). Reconnoitring interior of a building for any subversive purpose - E.g. assassination.

2. GENERAL WARNINGS.

a). If possible, above objectives should be attained without incurring enemy's knowledge or suspicion.

b). Burglary with subversive intent is best not carried out by leader himself but by subordinates - preferably local people who, if caught, can use cover of "normal" burglary. (Where necessary, objects of value my be removed to substantiate this cover.)

c). If a genuine burgler is hired or recruited for the job, greatest care must be taken that he will not give away organization to enemy.

3. METHOD.

The following information has been obtained from police and very reliable criminal sources:

a). INFORMATION NEEDED.

i). Number of occupants.

ii). Habits of occupants.

- Meal-times (Especially evening.)
- Normal times of departure and return.

iii). Silent and covert lines of approach and retreat.

- Use lawns and grass-borders.
- Avoid gravel, flower-beds, dust, dirt and mud.

iv). If dog present, discover situation of kennel.

- Naturally noisy dog not so dangerous as normally silent one.
- Use of animal for decoy, or poisoned-meat for killing.

v). Situation and state of windows, doors (impression of key) and ladders.

b). HOW OBTAINED.

i). Best obtained from "insider" - E.g. maid, gardener, janitor, clerk. But risk of subsequent interrogation by police.

ii). "Outsider" can be useful - E.g. tradesmen, plumber, carpenter.

iii). If no informants available, watching by a stranger should not exceed 48 hours.

Instrucciones para un robo, de un curso de adiestramiento de la SOE en 1934.

Sweet-Escott describió como, en los momentos iniciales más duros, compartía la extendida creencia en Whitehall de que la nueva organización «era poco más que una escandalosa pérdida de tiempo, esfuerzo y dinero… Nuestro récord de logros… era insignificante. Pero nuestro éxito o nuestro fracaso dependía, en última instancia, de la voluntad de unos hombres y unas mujeres que deseaban arriesgar sus vidas en los territorios ocupados por el enemigo a favor de la causa aliada… Su disposición se veía empañada por las dudas con respecto a nuestra victoria final. Esta actitud limitaba las

posibilidades de llevar a cabo operaciones exitosas con los nuestros[11]». En 1941-1942, la SOE hubo de responder a un torrente de peticiones de ataque sobre blancos muy adentrados en el territorio enemigo —como, por ejemplo, el servicio de aviación de la Luftwaffe de reconocimiento aéreo de largo alcance, o Cóndor—, pero su sección francesa carecía de afiliados locales que pudieran llevar a cabo el sabotaje. El Abwehr quedó asombrado al advertir que los británicos no se lanzaban contra los campos petrolíferos de Rumanía, tan vitales para los alemanes, como hicieran en la Primera Guerra Mundial, pero en este caso Baker Street no contaba con recursos suficientes[12].

Entre las primeras misiones de la SOE figuraba la organización de partidas de demolición que derribasen complejos e instalaciones esenciales en caso de una invasión de Gran Bretaña por parte de los alemanes. Acto seguido, se embarcó en la tarea de preparar a jóvenes, hombres y mujeres, a quienes destinar a los países ocupados en los que se pudiera establecer contacto con simpatizantes locales —una empresa nada fácil—, siempre y cuando la RAF pudiera prestar su aviación, un requisito aún más difícil de superar. El primero de los grandes éxitos de Baker Street fue la «operación Rubble», de marzo de 1941, en la que George Binney orquestó la huida de Gotemburgo de un convoy formado por ocho cargueros en los que se transportaban algunas mercancías y materiales industriales, una misión de la que no podía hacerse cargo el personal uniformado ya que habría supuesto una violación de la neutralidad sueca; a finales de aquel mismo año se llevó a cabo otro golpe similar. Paralelamente, el característico Gus March-Phillips capitaneó un asalto en el África oriental para «cerrar el paso» al Duchessa d'Acosta, el crucero italiano de 7600 toneladas refugiado en aguas portuguesas, en Fernando Poo. Cortó el cable de la embarcación antes de remolcarla hasta aguas internacionales, donde la Armada británica se hizo cargo de ella. La «operación Postmaster», así fue bautizada la misión de March-Phillips, generó beneficios propagandísticos al dejar patente el amplio radio de acción de los británicos.

Algunos planes de la SOE se adentraron en los terrenos de la pura fantasía, en un estilo propio del Abwehr. Un documento de Baker Street fechado en enero de 1942 proponía que se destinase agentes para un asalto contra las tribus afganas —los barakzai, los fopalzai y los alizai— en un movimiento de anticipación al posible avance de las líneas alemanas hacia la India[13]. Se trazó un plan también para emprender una guerra biológica contra Japón mediante el lanzamiento en paracaídas de insectos perniciosos para sus cosechas. Un oficial que mantuvo un debate acerca de los modos y recursos con uno de los expertos del Museo de Historia Natural de Londres afirmó más tarde: «Me comentó que el gorgojo del algodón no era el mejor insecto. La lagarta rosada, Platyedra Gossypiella Saunders, supondría una

amenaza mucho peor; esta causa daños en Egipto por valor de diez millones de libras al año[14]». A diferencia de los japoneses, sin embargo, que sí iniciaron una guerra biológica en China, Baker Street no experimentó con conejillos de Indias humanos ni ejecutó el plan de la lagarta rosada.

La SOE tuvo numerosos detractores. En 1941 llegó a Londres un cable cargado de desprecio que se emitió desde la embajada británica en Belgrado, donde se denunciaba a jóvenes oficiales como Julian Amery, involucrado en «acciones porque sí[15]». Se trataba de una queja muy frecuente entre los miembros del cuerpo diplomático, que no llegaron a comprender que las «acciones porque sí» eran exactamente lo que el primer ministro deseaba. Mientras que los Gobiernos europeos en el exilio en Londres se mostraron partidarios de una política discreta en lo tocante a la Resistencia hasta que el día de la liberación estuvo al caer, Churchill por su parte quiso llevar a cabo ostensibles actos de rebeldía armada de forma inmediata. Hubo también otras críticas con respecto a la verdadera utilidad de los supuestos logros de la SOE. La destrucción del viaducto de Gorgopotamos en Grecia fue una hazaña brillante, pero la demolición no fue efectiva hasta finales del mes de noviembre de 1942 y, para entonces, el 8.º Ejército británico ya avanzaba hacia el oeste desde Egipto, con lo cual la línea de abastecimiento alemana en suelo griego había perdido importancia para el norte de África.

Los propios miembros de Baker Street consideraron en ocasiones que algunas operaciones sirvieron más para ver cumplidas las fantasías de sus jóvenes y aventureros oficiales sobre el terreno que para acelerar la victoria aliada. Bickham Sweet-Escott se opuso a uno de los golpes más célebres de la organización, debido a lo inevitable de las represalias locales. «Tal vez el sacrificio hubiera merecido la pena en el oscuro invierno de 1941, cuando las cosas iban tan mal», escribió más adelante[16]. Pero en abril de 1944, cuando los intrépidos piratas llevaron a cabo la operación que les valdría la fama, el mortífero general Friedrich Müller había sido reemplazado ya por otro «general inofensivo, en comparación, llamado [Heinrich] Kreipe… El fruto en 1944, cuando todos sabían que la victoria era tan solo una cuestión de meses, pensé yo, difícilmente justificaba el coste».

Muchos pueblos en los países ocupados se demostraron más interesados en sus luchas de facciones que en aceptar las órdenes emitidas desde Londres sobre cómo servir a la causa aliada. Jóvenes hombres y unas pocas mujeres de la SOE y la OSS, audaces y desenvueltos, se presentaron ante sus puertas rogándoles que abandonasen las diferencias locales y persiguiesen el bien supremo de la derrota del Eje. Sin embargo, no fueron pocos los franceses, griegos, yugoslavos, italianos, albaneses, malasios y birmanos que rechazaron sus argumentos. Combatir a los alemanes, italianos y japoneses hasta erradicarlos a todos tal vez sirviera a los intereses de los extranjeros, pero no

a los de numerosos partisanos. Ninguno de aquellos oficiales británicos o estadounidenses pensaba quedarse a vivir en sus países tras la guerra; los visitantes no se jugaban más que sus vidas, que tenían en poco al ser jóvenes y vivir sin ataduras, en aquellas sociedades a las que con tanto entusiasmo animaban a la revuelta.

Nigel Clive, del MI6, destacó un informe de Grecia fechado en abril de 1944 en el que se ponían de relieve las expectativas del pueblo con respecto a la liberación mediado el verano, y se ofrecía una escueta previsión: «Lo que más importa es lo que suceda a continuación. Existe un temor universal acerca de las secuelas inmediatas a la liberación cuando parece que las ciudades se convertirán en el campo de batalla de lo que hoy es una colosal guerra civil. El clamor popular se alza pidiendo estas cosas, en este orden: comida, la liberación de los ocupantes alemanes y una seguridad mínima para poder restaurar la apariencia de una vida democrática. Ningún movimiento político en una Grecia libre puede satisfacer esta última petición. Todos los grupos de partisanos armados despiertan diverso grado de desconfianza[17]». Otro tanto sucedía en Yugoslavia, donde prevalecía una normativa local poco ortodoxa: los alemanes se enfurecieron al descubrir gracias a una interceptación de radio que un general italiano apresado por el general Mihajlović y sus chetniks había sido liberado posteriormente a cambio de la entrega de un cañón de campaña y munición a los partisanos[18].

En enero de 1943, Stewart Menzies protagonizó uno de sus frecuentes arrebatos de ira con respecto a la SOE ante Robert Bruce Lockhart, que guardó testimonio de la conversación: «¿Acaso no se podía hacer nada con este espectáculo, esta farsa que se repite una y otra vez?», preguntó «C[19]». «Jamás conseguían nada, comprometían a todos sus agentes y eran aficionados en el terreno político… [Menzies] consideraba que, de haberlos eliminado, nuestra inteligencia se habría beneficiado enormemente[20]» Guy Liddell, del MI5, escribió el 3 de abril de 1943: «La falta de unidad entre nosotros [el MI6] y la SOE supone una amenaza grave[21]». El irritante tira y afloja, así como las amargas riñas, algunas cómicas incluso, lastraron la relación. En noviembre de 1941, se desarrolló una negociación sobre los nombres en clave que dio como fruto el comunicado enviado por el comodoro del Aire Archie Boyle de la SOE a Claude Dansey, de Broadway: «El alfabeto griego, junto con los nombres de coches, la caza mayor, las frutas y los colores quedan reservados para [el MI6]… Renuncio a las frutas para la SOE… Entiendo que sugerirá como categorías adicionales para [el MI6] a músicos y poetas, y en consecuencia prescindo de ellos[22]».. La pueril rivalidad provocó que Broadway y Baker Street dirigiesen organizaciones de radio independientes. Las diferencias sobre el terreno podían generar consecuencias extremas: el oficial de la SOE Spike Moran mató de un disparo

a Costa Lawrence, un griego trastornado del MI6 que había desarrollado tal fanatismo por la facción comunista ELAS que quiso vender a traición al equipo británico adscrito al EDES, el rival, ante los alemanes.

La SOE estuvo a punto de provocar su propia ruina y desaparición con una serie de caprichos que se cobraron varias vidas, además del consabido bochorno cuando estos salieron a la luz. El peor de todos, con mucho, se produjo en Holanda e involucró también al MI6. Durante el verano de 1941, uno de los agentes de Broadway fue apresado con una gran cantidad de mensajes atrasados —un pecado de obra muy frecuente entre los operadores secretos de radio— que permitieron al Abwehr, con la ayuda del sargento May, un experto alemán en cifrado, romper su tráfico. El 13 de febrero de 1942, cayeron otros dos presos y uno de ellos habló voluntariamente.

Por otro lado, dos agentes holandeses de la SOE cayeron en unas circunstancias que apuntan hacia un increíble descuido de Baker Street: ambos habían recibido tarjetas de identidad falsas en las que el escudo de armas holandés aparecía con ambos leones orientados en la misma dirección, en lugar de con las miradas enfrentadas. Aún más inconcebible fue la aparición de Hubertus Lauwers y Thys Taconis, vestidos con ropas idénticas. Cuando protestaron a su oficial al cargo en Newmarket, antes de su partida en la noche del 6 al 7 de noviembre de 1941, este descartó su preocupación sosteniendo que nadie se daría cuenta. Aquellos llegaron sanos y salvos a sus destinos respectivos en La Haya y Arnhem. Taconis contó con la ayuda de un local llamado Ridderhof, un Vertrausenmänner o V-Mann secreto, un informador alemán de los muchos que hubo en Holanda en 1941. Cuanto Taconis hacía, pasaba inmediatamente al conocimiento del efectivo e ingenioso comandante Herman Giskes. El 6 de marzo de 1942, Lauwers fue apresado durante una transmisión en un piso de La Haya, con copias de algunos mensajes anteriores. Al reanudar el contacto por radio, el receptor al otro lado de la línea no detectó que su colega había transmitido el aviso de seguridad conforme estaba comunicando bajo control del enemigo. En adelante, todos los agentes que se lanzaron sobre suelo holandés fueron recibidos por los hombres de Giskes. Desconcertados por la traición y el resentimiento, casi todos hablaban, y de este modo cada uno al que sometía al primer interrogatorio quedaba sorprendido por lo mucho que los alemanes sabían ya. Lauwers pasó más avisos en sus emisiones posteriores, incluida la palabra «COGIDO», pero la sección N en Londres los ignoró alegremente.

La rápida expansión de la SOE implicó que muchos agentes, y en especial los operadores de radio, fuesen destinados a misiones sobre el terreno sin apenas preparación, como les sucedía también a sus homólogos de Whaddon Hall. Un especialista del Abwehr en interceptados, a quien los británicos apresaron más adelante, manifestó su escepticismo con respecto a la

disciplina de la radio de la SOE en Francia. Alois Schwarze, un oficial de veinticuatro años, afirmó que muchos agentes aliados transmitían muy despacio; informaban de los horarios previstos para la próxima emisión en claro o mediante un código muy sencillo; sus indicativos de tres letras se reconocían con facilidad, así como sus «hola» y sus «adiós». Él y sus colegas se sorprendían de la cantidad de veces que los operadores de radio apresados no percibían que estaban siendo monitorizados por los sistemas de radiogoniometría alemanes. Estos también solían llevar encima copias de las señales atrasadas, como en el caso de los holandeses. Buena parte de esta falta de profesionalidad era inevitable cuando se prestaba a civiles una apresurada formación en materia de espionaje y se los mandaba a destino, pero no pocos lo pagaron con su vida.

Que los agentes aliados y los miembros de la Resistencia que caían en manos alemanas pocas veces hablaban no es sino una leyenda, ilustrada vívidamente por la experiencia holandesa. Casi cualquier preso sin importar su nacionalidad contaba algo, poco o mucho, de lo que sabía sin necesidad de ser sometido a tortura. Los jefes vivían con la esperanza de que sus oficiales y agentes retuvieran los nombres durante un mínimo de veinticuatro o cuarenta y ocho horas, para dar tiempo a cancelar los encuentros y preparar la fuga de los contactos. La Gestapo de París recurría a colaboradores letones, holandeses e incluso franceses para ejecutar las torturas de los presos, mientras los oficiales alemanes formulaban las preguntas. Por lo general, se ofrecía una probabilidad de supervivencia del 50% a los que se prestaban a desvelar secretos, y en ocasiones el acuerdo se respetaba. El cabo Weigel, un intérprete de la SD que participó en numerosos «interrogatorios intensos» en Versalles, recordaba los nombres de los dos únicos prisioneros que guardaron silencio: uno era la señora Ziegler, que él creía de origen alsaciano, y el otro el capitán Tinchebray, capturado en Saint-Marcelle en junio de 1944. Estos fueron la excepción a la cruda realidad, admitida tanto por los ocupantes, como por la Resistencia y por los padrinos en Londres[23]. Lo cierto es que los espías de cualquier nacionalidad que caían en manos enemigas continuaban vivos solo mientras resultasen de utilidad; terminado este período, se los fusilaba. El término «asesinato», con sus connotaciones emocionales, suele aparecer en los textos de autores de posguerra haciendo referencia a los agentes de la SOE, en especial las mujeres, a quienes los alemanes dieron muerte. En realidad, todos ellos eran perfectamente conscientes de que, si los cogían, su destino más probable era la muerte, legitimada por el derecho en tiempo de guerra. Quienes deseaban vivir, luchaban por decidir cuánto contar sin caer en la traición, y algunos erraban la respuesta.

Giskes dirigió a catorce equipos de radio británicos durante su «operación Englandspiel», activa durante más de dos años, con envíos de armas y

explosivos además de operadores de radio y saboteadores, que saltaban directamente a los brazos de los alemanes. En total fueron capturados cincuenta y un hombres de la SOE, nueve del MI6 y una mujer del MI9; solo se salvaron unos pocos. Cuando en agosto de 1943 cinco de ellos lograron huir, mandaron un mensaje a Londres advirtiendo del desastre, pero ignoraban que se lo habían confiado a un V-Mann y, en consecuencia, el mensaje jamás se emitió. Mientras dos de los fugitivos iban camino de Gran Bretaña, el Abwehr transmitió una señal a la SOE con uno de sus equipos e informó de que los hombres estaban bajo control de la Gestapo, de resultas de lo cual, a su llegada, ambos pasaron unas semanas recluidos en la cárcel de Brixton. Fue Giskes quien decidió que había agotado las posibilidades de la «operación Polo Norte» y el primero de abril de 1944, coincidiendo con la festividad del All Fool's Day, el Día de los Inocentes, mandó una última señal de burla a la SOE: «CUANDO DESEEN HACER UNA VISITA AL CONTINENTE, ASEGÚRENSE DE SER RECIBIDOS CON EL MISMO ESMERO Y RESULTADO QUE TODOS AQUELLOS A QUIENES VIENEN MANDANDO DESDE HACE TANTO TIEMPO[24]».

Además de los numerosos agentes del MI6 y de la SOE desaparecidos, centenares de colaboradores de la Resistencia perdieron la vida a consecuencia del mal ejercicio de la sección de los Países Bajos de la SOE dirigida por el comandante Charles Blizard y el comandante Seymour Bingham. Hugh Trevor-Roper escribió el 19 de junio de 1944 admitiendo que, pese al desprecio que sentía hacia la inteligencia alemana, sus oficiales se demostraban formidablemente eficaces contraatacando a la Resistencia: «Con independencia de los defectos del RSHA en la evaluación de los datos de inteligencia, su capacidad en el contraespionaje queda fuera de toda duda».

Quienes se burlaron de los alemanes por haberse tragado durante tanto tiempo los ardides del Sistema XX británico deberían prestar atención a la credulidad de la SOE y el MI6 en sus operaciones en Holanda. La diferencia estriba en que, mientras la inteligencia emitida por los agentes dobles del Abwehr bajo control británico contenía datos relevantes para los alemanes en lo tocante a estrategia, la conexión holandesa solo era importante para el esfuerzo bélico a nivel local. El escándalo —porque fue un escándalo— enfureció al Gobierno holandés hasta tal punto que durante años después de la guerra creyeron que el comandante Bingham había sido un agente doble al servicio de los nazis. En realidad, solo había sido incompetente, pero optó sabiamente por emigrar a Australia y allí comenzó una nueva vida en un continente donde nadie conocía su vergüenza. La SOE sobrevivió a duras penas a las exigencias de Whitehall que, al saber del fiasco de Holanda, solicitó el desmantelamiento de la organización; pero Churchill no aprobó una reorganización completa de los servicios secretos hasta haber concluido

la guerra.

Finalizada ya la contienda, un crítico anónimo pero familiarizado sin duda con el mundo de los servicios secretos y tal vez exmiembro del MI6 rival, escribió que buena parte de los altos cargos de la SOE «manifestaban un entusiasmo bastante desmedido por las experiencias, algunos tenían antecedentes [comunistas] en la política merecedores de un examen más profundo del que se hizo y a unos pocos se los podría describir, siendo caritativos, como chiflados[25]». Pero Bill Bentick, que conoció íntimamente a todos los grandes del servicio secreto, al final de su vida elogió con afecto a la SOE y afirmó que allí había «buena gente, muy buena gente[26]». Tal vez Colin Gubbins no fuese un hombre brillante, pero con la ayuda de algunos civiles de uniforme bien preparados, resultó un organizador muy capaz. Bentick, por el contrario, destacó algunas flaquezas del MI6: «Había muchos chicos de la vieja escuela, gente que llevaba allí desde la Primera Guerra Mundial y que no se había marchado… Se creían maestros del espionaje». Nigel Clive, agente de campo del MI6, dijo: «Sin duda alguna, la SOE era la mejor[27]».

Tanto en aquella época como más tarde, se han sostenido algunas afirmaciones curiosas con respecto a la capacidad de la Resistencia para desviar el curso de la guerra. R. Harris Smith, un cronista digno de admiración de la Oficina de Servicios Estratégicos estadounidense, declaró: «La guerra de partisanos representaba una alternativa viable al asalto frontal, pero los oficiales de la SOE y la OSS destinados a establecer vínculos con la Resistencia se vieron frenados por los prejuicios en contra de los partisanos del cuartel general aliado[28]». Los soldados veteranos, británicos y estadounidenses, también se mostraban escépticos con respecto a la utilidad de las guerrillas, aunque su cautela tenía excelentes motivos. Los partisanos ofrecieron una contribución marginal al esfuerzo bélico en distintos escenarios, pero ni siquiera en Yugoslavia y Rusia pudieron alzarse como sustitutos del poderío y la suma de los ejércitos regulares. En muchas sociedades, en los Balcanes de forma especial, la guerrilla fue más determinante para los sucesos de posguerra que para derrotar al Eje.

A partir de 1943, Yugoslavia se erigió en el centro de atención de las operaciones más ambiciosas de la SOE, en apoyo al ejército partisano de Tito, que recibió muchas más armas que cualquier otra fuerza guerrillera nacional; pero Francia se mantuvo siempre como el escenario más celebrado de Baker Street. Resultaba bastante sencillo introducir agentes mediante la aviación ligera en el norte y, en otros lugares, mediante paracaídas. Entre 1941 y 1944, la RAF registró 320 misiones de Lysander, de las cuales 210 terminaron en éxito, con el desembarco de 440 pasajeros y la evacuación de 630, a un coste de solo seis pilotos. Muchos agentes y operadores de radio británicos

lograron sobrevivir en las zonas rurales; en las ciudades francesas, sin embargo, la sociedad estaba dominada por los colaboradores y plagada de informadores y el nivel de desgaste era horrible. El 5 de junio de 1943, sir David Petrie, jefe del MI5, señaló en una invectiva general contra Menzies que tanto el MI6 como la SOE llevaban «meses sufriendo numerosas bajas entre los agentes en el continente» debido a las infiltraciones alemanas; y aún no se había desvelado el desastre holandés.

La mayor parte de agentes aliados capturados por los alemanes en Europa fueron víctima de una traición. Oluf Reed-Olsen narró su experiencia como espía británico en Noruega: «Temíamos más a los nuestros; creo que todos los agentes, saboteadores y otros "visitantes" en Noruega estarán de acuerdo en que así sucedía. Y muchos permanecían al margen, por el odio y el temor hacia Rusia, cuando se les pedía la mínima contribución a la causa, porque consideraban que la causa aliada estaba demasiado comprometida con el comunismo[29]». Los reproches de Olsen valen también para el caso de Francia, donde unos pocos traidores británicos provocaron enormes daños. Durante el invierno de 1941, el responsable de la ruta de fuga «Pat O'Leary» —el capitán Albert Guerisse del ejército belga— usó como colaborador en el norte a un hombre que se hacía llamar capitán Harold Cole, que supuestamente logró huir tras la evacuación del Cuerpo Expedicionario Británico en 1940. El MI9 —la rama de la War Office al cargo de los fugitivos secretos— no encontró a un oficial de esta graduación en las listas del ejército británico, pero sí al sargento Harold Cole, que había desertado de su unidad con los fondos bajo el brazo. Guerisse ya sospechaba que Cole estaba dilapidando el dinero de su Línea con sus extravagantes costumbres. Tras una tensa conversación, lo despachó a Lille como castigo.

A los pocos días de haber llegado a la ciudad, en diciembre de 1941, Cole había colaborado con los alemanes en el arresto de uno de los ayudantes más entregados de la Línea, el abad Carpentier, que imprimía la documentación de los fugitivos en sus prensas particulares. Mucho tiempo después, se descubrió que el Abwehr había utilizado al inglés durante meses, con distintos alias. Se dio orden a los miembros de la Resistencia de disparar en cuanto lo vieran. Pese a ello, en mayo de 1942 la policía de Vichy en la zona de Francia no ocupada arrestó a Cole y fue condenado a una larga pena en prisión, que lo ocultó a los ojos de la Resistencia. No apareció de nuevo hasta 1945, cuando fue arrestado en la zona estadounidense de Alemania, de nuevo haciéndose pasar por capitán británico. Logró escapar y partió hacia París, donde finalmente fue abatido en un tiroteo con la policía. El MI9 lo consideró responsable de la muerte de cincuenta miembros y contactos de la Línea de «Pat».

Durante buena parte de la guerra, continuó viva la división fundamental entre los pareceres de Gran Bretaña y la Francia Libre con respecto a la Resistencia. Churchill ansiaba estimular y acelerar la revuelta armada, para ayudar a los ejércitos aliados en su esfuerzo por derrotar al nazismo. El general Charles de Gaulle, por el contrario, se decantaba por otro concepto político: salvar el alma de Francia del humillante abismo en que había caído al rendirse en 1940. Definía la Resistencia como «una expresión nacional». La inteligencia de la Francia Libre, que usaba las instalaciones operativas de la SOE, estaba bajo la dirección de André Dewavrin, el «coronel Passy», que realizaba todas las gestiones desde Londres. Este era un oficial de máquinas, nacido en 1911, que se había licenciado en la École Polytechnique de París y había trabajado también como instructor en la academia militar de Saint-Cyr. La capacidad intelectual de Dewavrin jamás se puso en duda, ni su imponente aspecto físico: alto, con el cabello rubio y lacio y una voz engañosamente suave. Se demostró muy hábil en las luchas políticas internas y fue indispensable en el nido de serpientes de los políticos exiliados en Londres. Solía vestir con ropas de civil, y los oficiales de la SOE advirtieron que, cuando se presentaba de uniforme, se avecinaba indudablemente una pelea con alguno de sus colegas. Su departamento, el Bureau Central de Renseignements et d'Action militaire, o BCRA, tenía la sede en el número 3 de St James's Square, frente al cuartel general de De Gaulle en los Jardines Carlton, cruzando la calle Pall Mall. Dewavrin reclutó a algunas figuras destacables entre las que se distinguió Gilbert Renault, «Rémy», a quien se encargó la organización de la línea de fuga por España, solo porque este había dirigido en una ocasión una película sobre Cristóbal Colón. Su organización, la Confrérie Notre-Dame, llegó a ser famosa y se ganó cierto respeto gracias a su contribución en el golpe de Bruneval.

No obstante, tanto De Gaulle como Dewavrin consideraban a la mayor parte de sus agentes de campo como emisarios de «su» Francia, en lugar de verlos como herramientas para la victoria aliada. El prestigio de la Francia Libre cayó en picado cuando el primer hombre del BCRA destinado a una misión de campo, a finales de 1940, llegó a la zona de lanzamiento en un avión de la RAF pero se negó a dar el salto y pasó el resto de la guerra como oficial del Estado Mayor en los Jardines Carlton. En el verano de 1941, el BCRA solo disponía de dos radios en la Francia ocupada, una de las cuales cayó en el mes de agosto. La SOE se quedó con los reclutas más prometedores para el servicio secreto del grupo de refugiados franceses en Gran Bretaña, a quienes se interrogó e investigó exhaustivamente en la Queen Victoria Patriotic School de Wandsworth, una «torre de Babel». Por otra parte, el plan de De Gaulle para formar un movimiento nacional muy centralizado dejó a

las redes del BCRA en una situación particularmente vulnerable a las infiltraciones de los alemanes.

El general manifestó sentirse insultado porque los británicos no confiaban sus secretos a su gente, a quienes se mantuvo estrictamente apartados del circuito de Ultra. El MI6 describió las relaciones con la Francia Libre «como la pretensión de vivir amistosamente con una esposa celosa, susceptible y dominante[30]». Las decodificaciones británicas desvelaron, por ejemplo, que los hombres de De Gaulle habían mantenido conversaciones secretas con los chinos en las que garantizaban su ayuda para recuperar Indochina. En mayo de 1944, se hubo de pagar la suma de 5000 libras esterlinas procedentes de los fondos reservados británicos para silenciar a un francés llamado Dufours, que había emprendido acciones legales contra los gaullistas de Londres para conseguir una reparación después de que estos lo hubieran encarcelado y torturado ilícitamente. En los Jardines de Carlton se hizo caso omiso de lo que los británicos consideraron un escándalo. Sus jefes se juzgaron con derecho a tratar a los de su propia nación como ellos mismos estimasen oportuno, aunque se hallasen en el corazón de Londres[31].

El BCRA heredó del ejército francés una costumbre poco prudente con respecto a la seguridad en materia de señales y utilizaba códigos descifrados ya por los alemanes aún después de que el MI6 les hubiera advertido de su vulnerabilidad. Durante la Blitzkrieg, la Wehrmacht había capturado un tren cargado de documentos de la inteligencia francesa que mantuvo ocupados durante dos años a los indolentes y perezosos analistas del Abwehr. En 1942, descubrieron que entre el botín estaba la lista con todas las fuentes francesas en Alemania así como las sumas de dinero que se les había pagado. El destinatario principal, con gran diferencia, fue el denominado «Asché» —o «Él», a secas— a quien los alemanes identificaron tardíamente como Hans-Thilo Schmidt, el informador de Enigma antes de que estallase la guerra, que fue arrestado en abril de 1943 y falleció en el mes de septiembre, aunque se desconoce si fue ejecutado o recurrió al suicidio.

Durante aquella primavera, André Dewavrin realizó un viaje por Francia para investigar en persona las condiciones de la ocupación. Fue un acto muy valeroso, sin duda, y «Passy» regresó sano y salvo; sin embargo, supuso también un riesgo extraordinario puesto que era conocedor de todos los secretos y contactos de sus organizaciones. El lucimiento entrañaba un gran peligro para un agente secreto. De Gaulle y Churchill manifestaron un notable interés por algunos miembros de la Resistencia como Emmanuel d'Astier de la Vigerie, hijo de una familia pudiente que acabaría convirtiéndose en el más descollante de los seguidores del general. No obstante, muchos de sus conocidos lo consideraban un fantasioso inestable. En un viaje por Estados Unidos, acudió a una rueda de prensa encapuchado,

supuestamente para mantener oculta su identidad, aunque era de todos conocida, desde Berlín hasta Washington. En el transcurso de una reunión en el Foreign Office, «C» y el jefe de la SOE manifestaron una opinión compartida por ambos: «que los dirigentes de los movimientos de la Resistencia francesa, M. Emmanuel d'Astier incluido, no estaban ni con mucho tan interesados en combatir a los alemanes como en consolidar una organización capaz de asumir el poder cuando estos fuesen expulsados». No les faltaba razón. El MI6 y la SOE ensamblaron la mayor parte de los datos de inteligencia recabados por los espías para salir de Francia, sobre todo en vísperas del Día D. Dewavrin vivió momentos de vergüenza al descubrir que Henri Frenay, el líder del grupo de la Resistencia denominado «Combate», estaba vendiendo inteligencia a cambio de unas sustanciosas sumas de dinero a Allen Dulles, de la OSS, en lugar de donar esta información a la causa de la Francia Libre.

Los temores de los británicos con respecto a la compleja estructura política gaullista dentro de Francia, y su vulnerabilidad ante los informadores, se confirmaron durante la primavera y el verano de 1943, cuando la Gestapo llevó a cabo una serie de arrestos en masa. Entre las víctimas se contaba Jean Moulin, principal abanderado de «los franceses de Londres», que fue torturado y ejecutado, y el general Charles de Lestraint, de sesenta y tres años a la sazón, nombrado por De Gaulle como líder de su Armée Secrète. Lestraint no poseía las habilidades necesarias para la guerra secreta ni tampoco había hecho méritos especiales salvo en su oposición a los gobernantes de la Francia de Vichy. Su arresto el día 6 de junio de 1943 no supuso una merma para el esfuerzo bélico aliado. Aunque la propaganda erigió a De Gaulle en un coloso nacional en la época del Día D, algunos cínicos afirman que el BCRA dio más mártires que rebeldes provechosos.

Para los ciudadanos de una democracia fue difícil adaptarse a la férrea disciplina que exigía trabajar en la inteligencia: vivir en un mundo secreto donde confiar en otro constituía un exceso cargado de peligros. Para quienes vivían con la vergüenza de la derrota y la ocupación significaba mucho poder contar a los demás el trabajo que estaban desarrollando para la causa de la libertad, les permitía caminar por la calle con la cabeza más alta, pero resultaba mortalmente peligroso. Oluf Reed-Olsen confesaba la indiscreción característica de su gente: «no se trataba de una debilidad exclusiva de los noruegos… y en nuestro caso la razón podría ser que allí no se había librado una guerra en 125 años. Nuestro gran impedimento era la locuacidad… Costaba encontrar a colegas de trabajo capaces de resistirse a la tentación de contar a sus amigos y parientes lo que hacían[32]». Una abrumadora mayoría de entregados miembros de la Resistencia provenían de los estratos más humildes de la sociedad. Los historiadores oficiales del MI9 escribieron: «Los

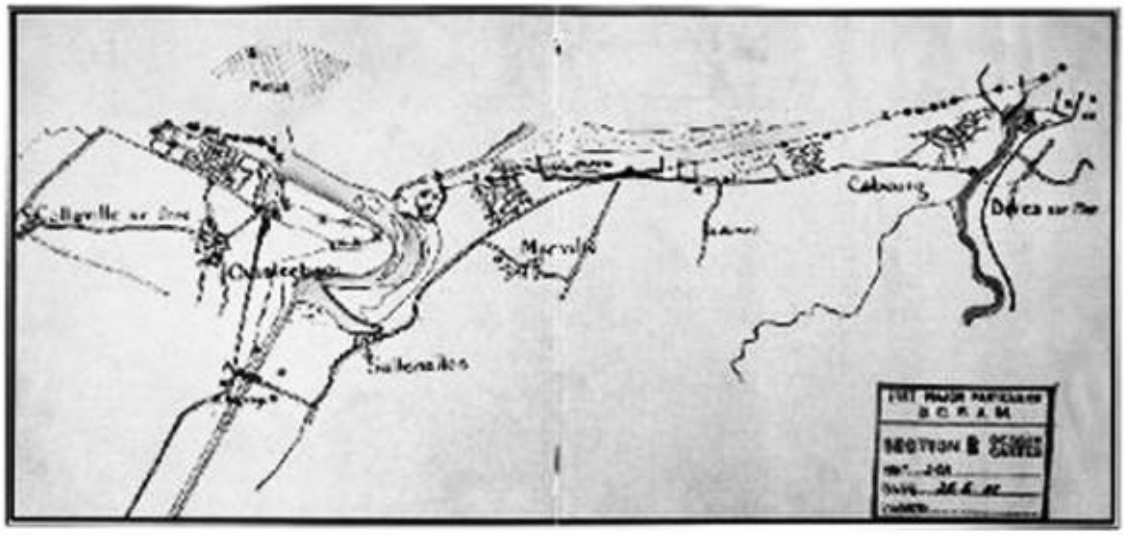
escapados y evadidos encontraban… la misma disposición para prestarles ayuda entre los más pobres que cautela entre los más ricos[33]». Lo mismo sucedía en todas las ramas de la actividad secreta: puede decirse sin miedo a fallar que quienes más tenían que perder en el terreno de lo material, menos hacían para oponerse a los ocupantes alemanes, mientras que los menos acaudalados hicieron mucho.

George Hiller, que prestó servicio como agente de la SOE en Francia entre 1943 y 1944, ofreció más tarde un relato reflexivo y conmovedor de sus experiencias. No podía existir vínculo más estrecho, sostenía él, que el trabado entre los que escondían y quienes se ocultaban en unas circunstancias como las que vivió en su persona en el Lot: él, un agente británico, ponía a diario su vida en manos de los franceses y de sus familias —casi siempre gente modesta, campesinos, profesores o sindicalistas— a quienes jamás había visto antes y de quienes, en tiempos de paz, habría vivido separado por una brecha social y cultural insalvable. Estos, por su parte, le prestaban refugio conscientes de que si su hospitalidad llegaba a saberse, naturalmente estando él preso y bajo tortura, sus posesiones y su vida quedarían arruinadas.

La mayor preocupación de los civiles que, por azar, se veían comprometidos en alguna operación secreta se centraba en evitar que las recriminaciones o las represalias de los ocupantes acabasen con ellos. En una ocasión, Reed-Olsen viajaba a bordo de un tren noruego que fue sometido a un registro inesperado. Este abrió la ventanilla y lanzó al exterior tres pasaportes, un revólver y un fajo de billetes, mientras sus compañeros de trayecto lo miraban aterrorizados, como no podía ser de otro modo. James Langley, del MI9, insinuó tras la guerra que un colaborador de la Resistencia entregaba su vida por cada soldado o aviador aliado que usaba una línea de fuga secreta[34]. Cuando a la postre se desmanteló la famosa red «Comète» y muchos de sus miembros languidecían en la prisión a la espera de su sentencia de muerte, Langley hizo llegar una súplica al MI6, en un intento por salvar algunas vidas. Claude Dansey respondió con una frialdad digna del Centro de Moscú: «Su problema, Jimmy, es que usted ama a sus agentes[35]».

El Mediterráneo se convirtió en el principal coto de caza de la SOE, en el escenario de algunas de las hazañas más espectaculares de sus agentes. Los críticos consideraban que Grey Pillars, del cuartel general de Baker Street en El Cairo, fue quien pulsó el botón equivocado, un hombre que parecía demasiado cómodo para ser el centro de una operación militar. Entre 1941 y 1942, el ambiente en el edificio se vio emponzoñado por las rencillas y las sospechas mutuas: un coronel trató de instalar un micrófono en su teléfono, para poder grabar las conversaciones con sus colegas[36]. En 1943, se llevó a

cabo una purga general en la organización, pero la SOE de El Cairo nunca devino una buena nave, en especial por las tensiones que había entre los oficiales británicos que simpatizaban e incluso promovían el comunismo y sus colegas de talante más conservador.



Mapa de la costa de Calvados dibujado a mano por un miembro de la Resistencia francesa.

Se instaló una persistente amargura con respecto al modo en que la SOE transfirió su apoyo del general monárquico Mihajlović al comunista Tito en Yugoslavia y provocó la muerte incidental de varios agentes británicos. Los personalismos representaron un papel muy importante en este resultado: los hombres que operaban con Mihajlović era reporteros mediocres, mientras que los despachos del que fuera el investigador histórico de Churchill, el comandante William Deakin y más tarde los del coronel Fitzroy Maclean, parlamentario tory, estaban redactados en unos términos centelleantes e inspiradores, atenuados por una tremenda ingenuidad con respecto al carácter de Tito, sus objetivos políticos y sus devaneos con los alemanes. Deakin y Maclean se convirtieron en dos de los agentes secretos más influyentes en la guerra; sus informes fueron determinantes para que el primer ministro prestase su apoyo, que se hizo evidente en las abundantes remesas de armas y equipamiento, a espaldas de la causa comunista.

A partir de 1943, cuando hubo recursos disponibles sin límite, la SOE de El Cairo se implicó en una operación a gran escala. En octubre, dirigía ochenta misiones de campo en los Balcanes, con movimientos de transporte aéreo organizados por Wigginton, el antiguo gerente de la compañía Tramways de Nottingham, que se hizo famoso por su formidable eficiencia. Paralelamente, «Skipper» Poole se ocupaba de la Patrulla de Pesca Levantina que transportaba mercancías a Grecia. Los conflictos entre facciones

constituían un riesgo profesional para quienes establecían relaciones con los grupos de la Resistencia en todas las naciones escogidas. Cuando Nigel Clive, del MI6, se lanzó en paracaídas sobre Grecia en diciembre de 1943, pasó la primera hora escuchando la letanía de quejas del agente de la SOE Fred Wright, que se sentía frustrado por no haber podido emprender suficientes acciones de sabotaje, porque «había tenido que centrar todas sus energías en sus funciones políticas para tratar de impedir una extensión de la guerra civil entre el EDES y el ELAS[37]». Clive escribió: «A quienes se encargaban de [organizar] la resistencia griega, se les exigían más capacidades políticas que técnicas o militares[38]».

Uno de los problemas que acució a la SOE hasta 1944, en vísperas del Día D en Francia, fue la falta de una directriz estratégica clara y global, que definiera el objetivo último de acicatear a la Resistencia. «Que arda Europa» no daba cuenta de ningún programa coherente. ¿Acaso Baker Street pretendía crear ejércitos de guerrilleros para llevar a cabo enfrentamientos puntuales con los alemanes? ¿Para recabar inteligencia? ¿Para sabotear el esfuerzo bélico del Eje? Colin Gubbins escribió a propósito de la dificultad «de manejar dos grandes empresas al mismo tiempo, ambas apenas compatibles entre sí, que son las acciones llevadas a cabo día a día y semana tras semana, en ataques específicos contra blancos seleccionados en los países ocupados, y simultáneamente la creación de ejércitos secretos, equipados, organizados y entrenados, preparados para entrar en acción cuando se les ordene llegado el momento de la invasión. Por supuesto, cada uno de los ataques alertaba a la Gestapo[39]». La romántica visión de Churchill jamás pareció atractiva a sus jefes del Estado Mayor, quienes sentían disgusto e incluso condenaban a los piratas de la SOE. Desde un punto de vista militar, acertaban al considerar que el continente no se habría librado de la tiranía nazi ni un día después aunque la Resistencia no hubiera existido. Pero la posteridad decidió contemplar su respaldo como un elemento significativo del talento de Churchill en tanto que líder bélico porque comprendió el inmenso valor moral que esta tenía.

Cuando se cambiaron las tornas en el devenir de la contienda, a partir de 1943, a decir de Sweet-Escott «muchos más hombres y mujeres estaban dispuestos a asumir riesgos a favor de la causa aliada que un año antes[40]». A mediados de 1944, las operaciones de la SOE en la Europa occidental contaban con el apoyo de un millar de salidas de la aviación al mes, protagonizadas por cinco escuadrones de bombarderos de la RAF. Entre 1944 y 1945, los interceptadores alemanes identificaron centenares de emisoras de radio controladas por agentes aliados o por partisanos en territorios que los nazis aún se esforzaban por controlar, o donde tenían intereses importantes. Detectaron veinte en Polonia, seis en Checoslovaquia, diecisiete en Noruega,

cuatro en Dinamarca, veintidós en Holanda, veintisiete en Bélgica, treinta y cinco en París, veinte en la Francia occidental, sesenta y una en la Francia meridional, quince en Normandía y la Bretaña, diez en España, cuatro en Suiza, veinticinco en el norte de Italia y ocho en la región sur, treinta en Yugoslavia y nada menos que ciento cuarenta en Rusia. Los detectores radiogoniométricos del Abwehr permitieron llevar a cabo treinta arrestos en 1941, noventa en 1942, ciento sesenta en 1943 y ciento treinta en 1944; estas cifras no ilustran tanto la vigilancia alemana como la siempre creciente energía de la Resistencia.

A medida que la historia se acercaba al final, con la liberación progresiva en 1944 y 1945 de las poblaciones ocupadas por los alemanes, se inició un intenso debate acerca de si los resultados de las actividades de la SOE justificaban sus costes. Baker Street podía destacar triunfos tan notables como el sabotaje en el mes de febrero de 1943 de la planta de agua pesada en Rjukan en Noruega, y el hundimiento un año más tarde del ferry que transportaba a Alemania vagones cisterna del ferrocarril cargados con 15 000 litros del preciado producto de la planta. Tres agentes noruegos, Knut Haulkelid, Knut Lier-Hansen y Rolf Sorlie, subieron al ferry disfrazados de pandilleros y colocaron cargas de acción retardada que explotaron e hicieron que el navío se fuese a pique en medio del lago Tinnjo. Solo una vez terminada la guerra se supo que la investigación atómica por parte de los nazis no se desarrolló lo bastante para contribuir en una medida significativa al esfuerzo bélico; sin embargo, esto no invalida su acierto al lanzar la misión ni el maravilloso coraje de los agentes que la protagonizaron. En Francia, antes y después del Día D, los grupos de la Resistencia emprendieron ataques generalizados sobre las líneas de comunicación alemanas que, si bien tuvieron una influencia estratégica muy inferior a la de los bombardeos aliados, supusieron un fastidio nada desdeñable para los ocupantes.

El escepticismo no se desvaneció, sobre todo en los Balcanes, donde la influencia del comunismo era mayor, más implacable y perniciosa. David Wallace, un oficial de la SOE que cayó en acción el 19 de agosto de 1944, transmitió una feroz crítica a El Cairo poco antes de morir: «Nuestro esfuerzo en Grecia, tanto en hombres como en dinero, no solo es absolutamente desmedido en relación a los resultados obtenidos contra los alemanes, sino también con respecto al pueblo griego, que no es capaz de salvarse por sus propios medios, ni tampoco lo merece. Esta es la opinión unánime de todos los oficiales de enlace británicos, que tanto tiempo llevamos en este país[41]». Wallace se equivocó al indicar que esta cínica valoración era también la de sus camaradas en Grecia, o en cualquier otro territorio de la Europa occidental. Nigel Clive describió el magnífico festejo celebrado en la comunidad donde él prestaba servicio para conmemorar la retirada de los alemanes de suelo

griego en 1944[42]. Utilizó el emotivo lenguaje típico de los oficiales británicos y estadounidenses que llevaban una vida secreta en las zonas ocupadas: «He disfrutado de uno de esos escasos momentos de orgullo por haber vivido, trabajado, combatido y luchado con personas como las que han compartido esta tarde conmigo esta celebración. Haber conseguido que me acepten como uno de ellos, en alguna medida, parece haberle dado sentido a toda la aventura… Ante estas gentes, cuya dignidad no se halla en su rango militar sino en su nombre de pila, no puedo sino inclinar la cabeza. No tienen grandes aspiraciones en la vida. No sueñan con salones de mármol ni con el flamante oropel de la victoria. Sus sencillas vidas de pueblo se han visto alteradas por las invasiones extranjeras y sus consecuencias. En respuesta, ellos dieron lo mejor de sí mismos: su coraje y una astucia instintiva, la negativa a dejarse dominar, una reserva crítica e inteligente con respecto a las motivaciones de algunos de sus dirigentes… Se admitía sin dudas el valor del vínculo con los británicos[43]».

Esta era una visión romántica. Los testimonios demuestran que en muchos países las armas suministradas a la Resistencia por los Aliados se usaron más para estimular los intereses de las facciones —comunistas en su mayoría— tras la liberación, que para combatir al Eje en tiempos de la ocupación. Un comandante de la OSS al que se lanzó en la región noroccidental de Italia informó de que los partisanos se dividían en «un 20% a favor de la liberación y un 80% a favor de Rusia. No tardamos en descubrir que estaban enterrando las armas que recuperaban de los alemanes[44]». Desde 1945 se han publicado abundantes relatos cargados de imaginación en los que se exageran los daños materiales infligidos a las fuerzas del Eje por parte de los agentes aliados así como de la Resistencia, en especial a la estela del Día D. Es útil comparar estas narraciones con los diarios de guerra alemanes, en los que se dejó constancia de las pocas bajas causadas por la guerrilla. Sirva de ejemplo el caso de la 2.ª División Acorazada, que viajó desde Montauban a Normandía en junio de 1944, derramando ríos de sangre inocente a su paso, y solo registró treinta y cinco muertes, de un total de 15 000 hombres[45].

Los sabotajes y ataques locales implicaban por lo general la asunción de más bajas y riesgos que los objetivos definidos en términos estrictamente militares. El coronel Dick Barry, un jefe del Estado Mayor de Gubbins altamente capacitado en Baker Street, afirmó tiempo después al respecto de su contribución durante la guerra: «Sencillamente, merecía la pena[46]». Las operaciones de la SOE fueron importantes entonces, y ahora parecen justificadas, por su impacto moral y porque contribuían a fomentar la inseguridad, la tensión y en ocasiones una histeria mortífera entre las fuerzas de ocupación nazis. Fundamentalmente, gracias a la ayuda que la SOE y la

OSS prestaron a los movimientos de oposición local llegó a crearse la leyenda de la insurrección popular, que contribuyó en gran medida a que las sociedades europeas ocupadas lograsen recuperar cierto respeto hacia sí mismas después de 1945. Los enemigos de la democracia jamás pudieron afirmar que Gran Bretaña y Estados Unidos abandonaron a las naciones ocupadas a su suerte.

En Europa —de Asia nos ocuparemos más adelante— los hombres y mujeres que prestaron servicio como agentes de campo en la SOE ofrecieron un sacrificio a la causa de la libertad que se hizo patente a los pueblos de la mayoría de regiones ocupadas al concluir la guerra, aun sin haber tenido noticia de todo ello en los años de tribulaciones. Por otra parte, no debemos permitir que ningún desatino, fracaso o bochorno descrito anteriormente empañe la sobresaliente realidad histórica de que centenares de millares de personas, admirables y valerosas, en los países ocupados lo arriesgaron todo en la causa de la Resistencia. Solo el respaldo de la SOE —económico, armamentístico y radiofónico— les brindó la posibilidad de tomar esta decisión. Después de la guerra se destacaron y elogiaron en exceso las hazañas de los extranjeros, los agentes británicos de la SOE, que arriesgaron solo las vidas de sus jóvenes en una aventura grandiosa e indiscutiblemente romántica; y se desdeñó asimismo a las gentes de Europa, de ambos sexos y de todas las edades, que colaboraron con los centenares de redes de la Resistencia. Su aportación debe valorarse atendiendo a la magnitud de los intereses en juego y los sacrificios, no por los triunfos o las derrotas militares. Pese a sus extravagancias y desatinos, la SOE se convirtió en la organización de operaciones secretas británica más eficiente en la guerra y justificó el destello imaginativo de Churchill que inspiró su fundación.

11

Los Hombres del Gobierno de Hoover, los Hombres Salvajes de Donovan

Aventureros

El recién creado servicio de inteligencia en el extranjero Donovan, alias «Wild Bill» —la Oficina de Servicios Estratégicos—, hubo de enfrentarse a las mismas dificultades, dramas y críticas que la SOE prácticamente, si no más. Un día, a principios de 1945, en lo profundo del hinterland oriental de Francia, un oficial del ejército de Estados Unidos no pudo evitar expresar ante sus colegas su opinión al respecto de los hombres de Donovan: «Señores, voy a comentarles mi parecer sobre la OSS… la más fantástica y maldita organización de todas nuestras fuerzas armadas. Su personal realiza proezas increíbles. Seducen a espías de Alemania, un día se lanzan en paracaídas sobre Sicilia y dos días más tarde están bailando en los terrados de Saint Regis. Colocan dinamita en acueductos, orinan en los tanques de gasolina de la Luftwaffe y juegan con los de la empresa química IG Farben y los de la acería Krupp, pero —y alzaba las manos al cielo— el 90% de ellos no tiene ni la menor posibilidad en la guerra[1]».

La diatriba personal de aquel oficial pudo derivarse del hecho de que quien la provocó era un actor famoso de Hollywood disfrazado de agente de Donovan. Pero fue el actor quien contó la historia y, en cierta medida, aceptó el cinismo de la OSS que compartía un buen número de uniformados: el Departamento de Guerra de Estados Unidos en Washington se negaba a abrir sus archivos a la gente de Donovan e incluso a incluirlo a él en la lista de distribución de desencriptados de Ultra. El general George V. Strong, jefe de

la inteligencia de George Marshall, contemplaba las actividades de Donovan con absoluto desprecio, como también haría su sucesor en 1944, Clayton Bissell. La OSS era exuberante, indisciplinada, descentrada y de una extravagancia desmedida, al tenor de la personalidad de su fundador. Una persona más centrada podría haber organizado un servicio más mesurado. Pero Estados Unidos debía hacer frente a un reto extraordinario: crear, de la nada y en plena guerra mundial, una organización con responsabilidades globales en materia de inteligencia, operaciones de sabotaje y guerrilla, un descomunal abanico de misiones que el resto de países beligerantes acometían mediante distintos servicios paralelos.

Un hombre de la SOE, en una visita a Washington en 1942, quedó fascinado al ver un rótulo en una calle lateral próxima a la Casa Blanca que rezaba: «NO APARCAR; RESERVADO PARA EL SERVICIO SECRETO DE EE. UU.»[2]. Los agentes del no tan «secreto servicio» norteamericano solo se responsabilizaban de la seguridad personal del presidente y de acabar con la falsificación del dólar. Los desatinos y fracasos de la OSS fueron muchos y diversos, pero no peores que los de sus homólogos en el bando aliado y en el Eje. La diferencia estribó en que allí donde otras naciones pretendieron luego ocultar sus excesos y fallos, los estadounidenses los asumieron sin ambages. Por otra parte, la OSS pudo arrogarse el mérito de haber creado el arma de investigación y análisis más impresionante de todos los servicio de inteligencia en el mundo.

Durante los meses previos y posteriores al ataque de Pearl Harbor, los británicos temían que el ascenso de Donovan al poder se viera frustrado por los anglófobos, en la medida en que el coronel manifestaba un evidente afecto por el pueblo de Churchill. Entre sus primeras acciones, hubo muchas que no se emprendieron contra los alemanes sino contra el FBI de J. Edgar Hoover. En los años de la guerra, este organismo se expandió en igual proporción al resto de servicios de seguridad de las naciones beligerantes y pasó de contar con una fuerza de 2280 miembros en 1941 a los 15 000 de 1945, entre los que se incluía a 5000 agentes especiales: los denominados «Hombres G», según la jerga sensacionalista de la época. En una directriz fechada el 23 de diciembre de 1941, la Casa Blanca acordaba que el FBI debería ampliar su campo de acción y hacerse cargo de las actividades de contraespionaje en Estados Unidos. De resultas de ello, Hoover pudo crear una nueva empresa —Importadores y Exportadores de Servicios, con sede en el Centro Rockefeller de Nueva York— a modo de tapadera para sus agentes en el extranjero. Más tarde, la Oficina persuadió a empresas bona fides para que estas cumplieran con su deber patriótico y proporcionasen credenciales a sus agentes: el Reader's Digest, la Twentieth Century-Fox, la Paramount, Procter & Gamble o H. J. Heinz. El agente especial Richard Auerbach, que viajó a Bogotá como

supuesto representante de Merrill Lynch en Wall Street, afirmó haber vendido 100 millones de dólares en acciones y bonos allí[3].

Hoover se apresuró a adelantarse a Donovan desplegando a sus propios hombres en América del Sur, pero las dificultades logísticas de los viajes al extranjero durante la guerra eran inmensas, incluso para los agentes secretos norteamericanos, y lejos de cualquier zona de combate. Cuando el agente especial Richard Crow fue asignado a La Paz, inició el viaje en avión y luego quedó varado en Panamá durante diez días antes de poder coger otro vuelo a Colombia, donde pasó una semana más hasta llegar a Lima. Tras cinco días allí, abandonó la esperanza de conseguir otro asiento en un avión y, en lugar de ello, alquiló un coche para continuar su ruta hacia el sur de Perú, donde tomaría un tren en dirección al lago Titicaca, que cruzó en un bote local, y nuevamente recurriría al ferrocarril para llegar por fin a la capital boliviana. No disponemos de testimonios de sus actividades allí que, tal vez, nos resultasen de gran interés[4].

Aunque el FBI pudo arrogarse el mérito de proteger a Estados Unidos con respecto a las actividades de la inteligencia del Eje —una tarea relativamente sencilla, dada la torpeza de los intentos de penetración por parte del Abwehr y los japoneses—, su jefe mantenía discusiones con todas y cada una de las ramas de las fuerzas armadas porque este se negaba a colaborar, a compartir la información o los informantes que caían en sus manos. La oficina de inteligencia naval se exasperaba sobremanera con la intransigencia de Hoover. El 13 de agosto de 1942 uno de sus oficiales, el comandante W. S. Hogg, lanzó una feroz invectiva contra la «incapacidad del despacho para acomodarse a cualquier actividad militar conjunta. El FBI es una organización civil, con una trayectoria en tiempos de paz. Su valía se cimenta en la publicidad, por ser la preferida del público y del Congreso y por su reputación como protectora del pueblo. Es ambiciosa, algo apropiado en tiempos de paz, tal vez, pero cuestionable en tiempos de guerra… Algunos exagentes del FBI han sostenido que todos ellos deben su lealtad primero a Hoover y, en segundo lugar, a Estados Unidos[5]».

Se produjo un episodio típico cuando Peter Krug, un aviador alemán fugado, fue arrestado en San Antonio: no se informó a las sedes locales de la inteligencia de las fuerzas armadas hasta que el FBI ya había celebrado una triunfal rueda de prensa. Entre tanto, Laurance Safford, de la Op20-G, mantuvo una fuerte discusión con el FBI en cuanto a la propiedad de algunos códigos diplomáticos alemanes que los agentes del FBI habían incautado en San Francisco. Hoover lanzó una implacable diatriba contra las primeras acciones de la recién creada OSS en Sudamérica en la que denunciaba una «supuesta injerencia de Donovan con la responsabilidad del FBI en el manejo y control de las operaciones de los agentes de espionaje enemigo en el

hemisferio occidental». El director fue aún más hostil con respecto a Gran Bretaña y sus servicios de inteligencia. La historia interna del FBI recoge esta queja: «El MI6 británico demostró falta de cooperación en un grado tal que el 4 de febrero de 1944, el FBI consideró necesario elevar una vigorosa protesta al representante de seguridad británico en Nueva York y su sede en Londres[6]». El MI6, por su parte, abandonó pronto sus infructuosos esfuerzos para trabajar con los hombres del FBI en Sudamérica y, por el contrario, colaboró con el Departamento del Ejército estadounidense del G-2.

Todos los servicios de inteligencia tratan de promover sus intereses corporativos y engrandecer sus triunfos, pero en el transcurso de la guerra el FBI llevó esta práctica a niveles que rozaban lo demencial. Los británicos se mostraron exasperados por el hecho de que Hoover prefiriese aprovechar sus conquistas de alto nivel para figurar en primera línea, en lugar de rastrear discretamente la pista de espías enemigos o denunciarlos. El disgusto fue considerable también cuando su propio agente doble, «Garbo», pasó algunos meses de 1943 en Estados Unidos y el FBI lo dirigió con tal torpeza que poco faltó para que este cayera. Por añadidura, el Bureau tuvo el descaro de arrogarse el mérito de haber creado y gestionado el Sistema XX o de la Doble Cruz que sirvió para confundir a los alemanes al respecto del Día D. El resumen trimestral de la Sección de Espionaje del FBI sobre «triunfos destacables», elaborado el día 1 de mayo de 1944 para difundirlo entre las más altas jerarquías de la administración de Roosevelt, aseveraba: «El 17 de marzo, el primer mensaje pensado para engañar a los alemanes sobre la fecha de la invasión europea por parte de los Aliados se mandó por medio del agente doble [del FBI] Pat J por radio. A este mensaje le siguieron otros similares con el mismo propósito… Las operaciones de los agentes dobles durante este trimestre continuaron aportando información al Bureau respecto al modus operandi y al personal empleado por el servicio alemán de inteligencia[7]». En el invierno de 1944, el FBI hizo circular un memorando que concluye magistralmente: «Se está considerando que algunos de nuestros agentes dobles continúen en su afán para infiltrarse en la red clandestina [alemana] una vez terminadas las hostilidades[8]». En mayor medida que cualquier otra organización de servicios de inteligencia y seguridad, el FBI —o, más explícitamente, Hoover, su jefe— prefirió ver en la guerra la circunstancia que le proporcionaría un escenario en el que incrementar su propio poder y prestigio, en lugar de considerarla una misión para derrotar al Eje.

Mientras el FBI desarrollaba una exitosa campaña de expansión en las Américas, Donovan triunfó en el resto del mundo y pronto era el señor de un imperio colosal. Bill Bentinck, del JIC británico, jamás dudó de su convicción de que haber creado la SOE, por orden del primer ministro, como servicio

independiente y rival del MI6 había constituido un error. Instó a Donovan para que los «trapicheos[9]» y la recopilación de inteligencia convivieran bajo el mismo techo, y así sucedió, efectivamente, en el caso de los estadounidenses. En junio de 1942, por orden ejecutiva la Oficina de Información de Guerra se convirtió en la Oficina de Servicios Estratégicos. Se alojó principalmente en los edificios que había dejado vacantes el Servicio de Salud Pública, y en poco tiempo se había ramificado en cuatro departamentos específicos: Inteligencia Secreta (SI); Operaciones Secretas (SO); guerra psicológica u «Operaciones de Moral» (MO) y contraespionaje (X-2).

Washington se llenó de gente —70 000 nuevos empleados de la administración fueron contratados al año siguiente del ataque a Pearl Harbor— y cada mes llegaban otros 5000 trabajadores federales, muchos acompañados de sus familias. El sistema telefónico hubo de enfrentarse a notables problemas para satisfacer el aumento de la demanda, especialmente en el caso de las conferencias de larga distancia. El Gobierno gastó —y derrochó— fondos en una medida jamás antes vista en el mundo. Aparecían «tempos», edificios provisionales construidos precipitadamente en un par de meses para albergar a nuevos departamentos, en todos los espacios verdes del centro de la ciudad. Faltaba papel, archivadores y máquinas de escribir; en plena campaña nacional para conseguir máquinas usadas, las radios emitían este anuncio: «Una máquina de escribir inactiva es una ayuda a Hitler». En una década, la capital pasó de ser un remanso de paz para convertirse en una ciudad ruidosa, concurrida y cara, que alardeaba del exponencial crecimiento de siglas en sus calles, todas representativas de una organización nueva: WPB, OPA, WMC, BEW, NWLB, ODT y ahora la OSS.

Los británicos estaban encantados, salvo Claude Dansey del MI6, que expresó su disgusto. Profesaba el mismo odio hacia Estados Unidos como a la SOE y se sentía consternado por el hecho de que esta contaría con un homólogo estadounidense, enfrascado en el rastreo de los mismos «ruidosos senderos», y lo dirigiría un oficial extravagante quien, desde el punto de vista de Dansey, estaba «completamente vendido a la publicidad». Broadway consideraba que Donovan se interesaba más por la emoción de apadrinar operaciones paramilitares en territorio enemigo que en recabar información. Una de las secciones clave de las actividades secretas estadounidenses quedó aislada fuera del alcance de las competencias de la OSS: el coronel no tenía autoridad sobre los descifradores, tanto del ejército como de la Marina de Estados Unidos, los mayores representantes de la inteligencia nacional durante la guerra. Más aún, en 1942, y para disgusto de Donovan, se confió la propaganda a la Oficina de Información de Guerra de Elmer Davis. Sus propios hombres iban a convertirse en espías, saboteadores y patrocinadores de las campañas guerrilleras.

Con el estímulo de la abrumadora energía de su fundador, la OSS creció como un globo gigantesco. Donovan prometió a Franklin D. Roosevelt una organización integrada por hombres «de una calculada temeridad», de una «audacia disciplinada» y «entrenados para acciones de agresión[10]». Un agente quedó anonadado al ver las oficinas en Nueva York, que le recordaron a una compañía de repertorio cómica: «Todos tramaban algo. Todo brillaba en el secretismo y era raro el hombre que supiera lo que hacían sus compañeros. Brooks Brothers fue el proveedor de los atuendos, mientras que Abercrombie & Fitch hacía las veces de Cuerpo de Intendencia en la zona alta de la ciudad, donde suministraba los colchones de aire, los sacos de dormir y toda la parafernalia tan apreciada por los corazones de niños pequeños y civiles convertidos en pseudoguerrilleros[11]». Cuando Arthur Schlesinger se unió a la organización en 1943, escribió a sus padres contándoles que nadie parecía trabajar muy duro, que el material era interesante y que disponían de incentivos agradables como pases privados de los nuevos estrenos de Hollywood, exclusivos para el círculo íntimo de Donovan[12]. No obstante, el joven académico lamentaba también que la nueva organización se hallase tan apartada de la realidad: «Pese al secreto mortal de buena parte del material, se respira una serenidad propia de una torre de marfil».

La OSS finalmente empleó a más de 13 000 estadounidenses y numerosos extranjeros también, que dispusieron de una financiación casi ilimitada para adquirir armamento, aviones, vehículos rodados, equipo de oficina, alojamientos. Malcolm Muggeridge, el hombre del MI6 en Lourenço Marques, se quejó porque la llegada de un representante de la OSS había provocado un alza inflacionaria en el mercado de soborno local. Un agente estadounidense enviado al escenario del Mediterráneo escribió: «Los jefes de las distintas delegaciones de la OSS en el extranjero estaban dotados de un talento especial para vivir con estilo. La villa de El Cairo parecía una versión híbrida del Taj Mahal. Al alto muro en su derredor se agregó un elevado portón de hierro; se abrían espaciosas galerías embaldosadas con incrustaciones y una profusión de árboles de sombra cubría las grandes extensiones de césped. Un pelotón de funcionarios se movía incesantemente de aquí para allá, los abanos abanicaban en lo alto y a través de una grieta en el follaje se podía contemplar cada amanecer a un par de jóvenes egipcias que se peinaban la una a la otra[13]». La OSS estableció su sede de la India en el número 32 de la calle Ferozshah, en el vecindario más elegante de Nueva Delhi, con una placa poco convincente en la puerta que indicaba que aquella era la residencia del «Dr. L. L. Smith, dentista norteamericano».

Donovan no tenía paciencia para las cuestiones administrativas, y aún menos para la contabilidad, de resultas de lo cual algunos agentes de la OSS pudieron hurtar considerables sumas de dinero en efectivo. El comandante

William Holohan era un abogado que se había licenciado en Harvard y a sus cuarenta años ocupaba un puesto en la Comisión de Valores y Bolsa. En septiembre de 1944, la OSS lo lanzó en paracaídas en el norte de Italia, con 16 000 dólares para financiar las operaciones del departamento y un intérprete italo-estadounidense, el teniente Aldo Icardi. Este informó más tarde de que su jefe había muerto en una emboscada tendida por los alemanes[14]. Concluida la guerra, sin embargo, un tribunal italiano descubrió in absentia que Icardi y su sargento, un obrero de una fábrica de Nueva York de origen siciliano, habían envenenado y asesinado de un disparo a Holohan, que habían arrojado el cadáver a un lago y se habían adueñado de aquel dinero tan precioso para un grupo de partisanos comunista. La veracidad de los hechos continúa en duda, pero la OSS reconoció sin cortapisas haber recurrido a sujetos con las manos manchadas de sangre, algunos incluso reconocidos como miembros de la mafia.

Aunque la mayoría de hombres de Donovan vestían uniforme, no se practicaba ningún formalismo en cuanto a saludos o vestimenta. En un momento en que el resto de jefes de la inteligencia eran herramientas al servicio de sus respectivos Gobiernos, Donovan no respondía ante nadie más que él mismo y hacía gala de un notable descaro, amparándose en un mandato personal del presidente. Esta actitud exasperaba a los británicos; durante el resto de la contienda, los jefes de su inteligencia se debatieron entre la condescendencia hacia Donovan, a quien consideraban un charlatán, y el reconocimiento a regañadientes de su influencia en Washington. En junio de 1942, tras una reunión en Londres, Bruce Lockhart escribió: «El coronel ha envejecido y no impresiona mucho. Según Desmond Morton… al presidente le gusta el coronel Donovan, dice que se le debe prestar apoyo, pero que no es un buen organizador y que, en materia política, es un niño[15]».

En Estados Unidos, el nuevo servicio adquirió un glamour instantáneo y se ganó una reputación como el lugar idóneo para todo luchador bien conectado que deseara servir a su país en unas condiciones más agradables que destacado en primera línea de fuego. El liderazgo de la infantería estadounidense se debilitó tanto como el del ejército británico a consecuencia de las transferencias de oficiales y suboficiales a «ejércitos privados», de los cuales el de Donovan resultaba el ejemplo más evidente. Muchos estadounidenses inteligentes, provenientes de familias acomodadas, preferían la OSS, demostrando coraje en abundancia pero no prisa por exhibirlo en las trincheras. Entre los reclutas de Donovan, pocos contaban con experiencia militar; el grueso de sus efectivos estaba conformado por antiguos ejecutivos de empresa. La agencia de publicidad J. Walter Thompson, de la avenida Madison, prestó a la OSS un jefe de planificación: el agente ejecutivo de El Cairo y especialista en propaganda secreta de

Casablanca. Participaron también numerosos miembros acaudalados de la Liga Ivy, entre quienes se contaban los hijos de J. P. Morgan; en Washington, uno de los DuPont gestionaba las acciones de la inteligencia francesa; Paul, el hijo de Andrew Mellon, era el agente administrativo de Operaciones Especiales en Londres, y su cuñado David Bruce se convirtió en jefe de operadores de radio. Solo faltaban los Rockefeller: Nelson, que había ocupado el cargo de coordinador en la Oficina de Asuntos Interamericanos del Gobierno, tuvo un altercado con Donovan y de resultas del episodio ambos hombres dejaron de dirigirse la palabra. La OSS reclutó asimismo a un buen número de rusos blancos, el «Príncipe» Sergei Obolenski entre ellos.

Otros sectores del personal procedían de orígenes más humildes, en muchos casos mujeres, pioneras cuyos conocimientos del mundo más allá del ámbito nacional, mal que pesase a Estados Unidos, se podría escribir en el espacio de un sello de correos. Los archivos testimonian la presencia de miles de oficinistas como Cecilia Chapman Justice, de veinticuatro años y una altura de 1,57 metros, nacida en Grosse Pointe, Michigan: había trabajado vendiendo billetes de avión, luego pasó un tiempo en el departamento de criptoanálisis del Comando de Transporte Aéreo y más tarde ingresó en las filas de la OSS, que la destinó a la India. La carta que escribió para solicitar el puesto rezaba: «La formación que he recibido desde mi ingreso en la OSS me otorga confianza para pensar que sabré cumplir con seguridad mi misión en el extranjero. Atendiendo a los conocimientos que he adquirido con respecto a la política de esta organización, estoy plenamente convencida de poder satisfacerla por entero. Durante mi período en el ATC, viví completamente independiente de mi familia y no me cabe la menor duda de que sabré cuidarme también en el extranjero. Soy protestante y no pertenezco a ninguna organización que abogue por el derrocamiento del Gobierno de Estados Unidos[16]».

Los archivos dan cuenta de centenares de odiseas personales similares a esta. La posteridad puede preguntarse qué hizo Martha Belle Kershaw en Ceilán, Laura Wolcott Tuckerman en El Cairo o Thelma Stone Carson en Londres. De lo que no cabe duda es de que los diplomáticos estadounidenses no tenían más tiempo para las figuras prepotentes de Donovan que sus homólogos británicos de la SOE. El embajador de Estados Unidos en Ankara protestó enérgicamente contra las exigencias de cobertura diplomática para el personal de la OSS. Su oficina escribió a Washington: «Está firmemente convencido de que la embajada no se debe utilizar para dar cobertura a la OSS… A su juicio, la idea de "cubrir" a la OSS es ridícula[17]». El embajador de Estados Unidos en Chongqing se opuso asimismo a prestar acreditación al personal de Donovan si no se le concedía cierta autoridad sobre las actividades de estos, algo que el general jamás toleraría[18].

El cónsul en Tánger rechazó un plan que pretendía transferir al coronel Harry Wanvig de la OSS al Marruecos español, disfrazado de civil, alegando que las autoridades españolas ya sabían de él y de su condición como oficial del ejército; añadió que «su presencia aquí no serviría a ningún propósito útil y, además, resultaría indeseable desde el punto de vista de la seguridad[19]». El Departamento de Estado emitió incontables protestas ante el incremento meteórico de despachos y agentes de la OSS cuando las grandes ciudades en que los Aliados tenían sede empezaron a verse inundadas por su personal, de todas las edades y de ambos sexos. Donovan y sus subordinados, sin embargo, ignoraron a los negativistas —al menos hasta el otoño de 1944 cuando empezaron a perder su influencia en la Casa Blanca de un modo precipitado— y se permitieron bastante más que algunos asesinatos.

Incluso los agentes de campo de la OSS que no provenían de las élites sociales resultaban con frecuencia individuos extravagantes. Entre ellos destacaba Sterling Hayden, o «Buzz», que acabaría siendo una de las estrellas de Donovan. Nació en 1916, hijo de un vendedor de periódicos de Nueva Jersey poco previsor que murió cuando él tenía nueve años. Criarse en los muelles de Nueva Inglaterra despertó su temprana pasión por el mar, que lo acompañaría durante el resto de su vida. A los dieciséis años huyó del hogar, se enroló en una goleta primero y más tarde sirvió en un pesquero de arrastre en el Gran Banco de Terranova, antes de capitanear un bergantín de ochenta y nueve pies a través de un huracán hacia Tahití. Tuvo amoríos con innumerables jóvenes y muchas de ellas sucumbieron a su espíritu emprendedor y sus rasgos toscos. Invirtió todos sus ahorros en la compra de un yate que había sido propiedad del káiser Guillermo II, aunque luego naufragó durante una tormenta. En 1939, su padrino, un empresario de Nueva York, le dijo: «Rediós, jovencito, ya te has tomado tu tiempo, ¿no es así? ¿No crees que ha llegado el momento de hacer algo de ti mismo?»[20].

Y, en cierto modo, eso es lo que hizo. Su metro noventa y tres de altura y sus casi 100 kilogramos de peso llamaron la atención de un cazatalentos de Hollywood. En 1940 comenzó a trabajar en la productora Paramount, con un contrato de 600 dólares mensuales, y actuó como pareja artística de Madeleine Carroll, nacida en Gran Bretaña —licenciada en la Universidad de Birmingham y maestra de escuela—, que había alcanzado la condición de estrella mejor pagada del mundo. Juntos protagonizaron la película Virginia y se enamoraron. Ella era diez años mayor que él, pero en una ocasión alguien los describió como «los dos seres humanos más bellos del mundo». Hayden conoció a Roosevelt en la Casa Blanca y acto seguido rechazó el papel protagonista en Por quién doblan las campanas para involucrarse en la guerra. Odiaba el ambiente de Hollywood y entabló una relación amistosa con Bill Donovan. En noviembre de 1941 se embarcó rumbo a Inglaterra, se

inscribió en los cursos de paracaidismo y participación en comandos de ataque y, en marzo de 1942, se lesionó durante un salto y hubo de regresar a Estados Unidos, donde contrajo matrimonio con Carroll.

Cuando la Marina estadounidense rechazó su solicitud para participar en una de las misiones, alegando falta de formación, este ingresó en las filas de la Infantería de Marina por medio del campamento de reclutas de Parris Island y desde allí fue transferido a la OSS. Solía ocultar su pasado de gloria en Hollywood, por el desprecio que sentía hacia él, y cambió su nombre por el de «John Hamilton». La hermana de su esposa había fallecido durante un bombardeo de Londres y esta optó también por abandonar su carrera en la industria del cine: en los años venideros, prestó servicio en la Cruz Roja de Europa. El «teniente Hamilton» pasó a engrosar las filas del pequeño ejército de la OSS al otro lado del Atlántico, donde encarnó a uno de los incontables personajes de la producción más demoledora y trágica de todos los tiempos: La guerra.

William Phillips, el jefe de la sede de la OSS en Londres, describió su propia misión en unos términos que suscribieron sus homólogos en todo el mundo: «Mi deber era perseguir el objetivo de Donovan: un servicio de inteligencia mundial para Estados Unidos; al tiempo que rechazar todos los intentos de la Información Secreta Británica [sic] de engullirnos[21]». La delegación de la OSS en Londres, sita en la calle Brook, a pocas manzanas de la embajada de Estados Unidos, se jactaba de contar con catorce ramificaciones de haber crecido hasta contar con una fuerza de 2000 trabajadores, entre quienes figuraba la brillante constelación de académicos de la talla de Walt Rostow, Crane Brinton o Chandler Morse. Los hombres de Donovan eran en su mayoría anticolonialistas, lo cual daba pie a frecuentes tensiones con británicos y franceses. En 1942, el coronel Harold Hoskins planificó una expedición a través de los países árabes a los que esperaba persuadir para que expulsaran a los británicos. Como no podía ser de otro modo, Londres vetó el proyecto; el Foreign Office y la SOE se esforzaron, aunque sin éxito, para expulsar a la OSS no solo de Oriente Medio sino también de los territorios más al oeste, la India en especial. Donovan orquestó un complot para derrocar al primer ministro de Túnez, quien se declaraba favorable al régimen de Vichy, al que dotó de un fondo de financiación de 50 000 dólares. Robert Murphy, del Departamento de Estado, suspendió la conspiración porque despertaría las iras en Vichy y frustraría las esperanzas de reclutamiento de sus fuerzas armadas para el bando de los Aliados. Durante la convulsa circunstancia de la política estadounidense con respecto a Francia tras el asesinato del almirante Darlan en diciembre de 1942, se constituyó una nueva unidad de comando de la OSS progaullista a las órdenes del arabista y antropólogo de Harvard, Carleton Coon.

El Gobierno abortó una serie de proyectos de la OSS por considerarlos susceptibles de «perturbar las relaciones coloniales con las poblaciones nativas locales». Muchos hombres de Donovan comenzaron a trabajar partiendo del principio de que «en inteligencia, los británicos representan al enemigo tanto como los alemanes[22]». Desde todos los rincones del mundo, los agentes norteamericanos comenzaron a emitir avalanchas de quejas por la falta de cooperación de sus aliados anglosajones. Cuando diez hombres de la OSS perecieron a bordo de los aviones que pilotaban unas inexpertas tripulaciones de la USAAF y se estrellaron en el trayecto a Noruega, se adujo que el percance había ocurrido porque los británicos no consintieron que los agentes fueran trasladados en aparatos de la RAF pilotados por los noruegos.

La desconfianza y el desdén eran mutuos. En enero de 1943, Hugh Trevor-Roper escribió con su desprecio característico sobre sus homólogos estadounidenses: «estos inexpertos, irascibles, jactanciosos y ampulosos invasores, que parecen verse, en calidad de políticos, rivales posibles de los insensibilizados traidores de la Europa en lucha y torturada. ¿Acaso jamás entenderán… que no son sino niños crecidos, los hijos mimados de los ricos, en un mundo de estafadores expertos y desesperados?»[23]. Cuando en Argel se inauguró una sede conjunta de la OSS y la SOE, los agentes de ambas naciones se ocultaban la información y los planes mutuamente, y los británicos almorzaban una hora más tarde que los norteamericanos, entre las 12 y las 13 horas, para ocuparse de sus asuntos más confidenciales sin que sus aliados estuvieran presentes. Bickham Sweet-Escott, de la SOE, sintió un extraño alivio cuando un célebre comandante indio que pasaba una temporada en Washington para recobrarse de sus heridas —condecorado con la Orden al Servicio Distinguido por sus acciones en el desierto— fue expulsado de un bar por ser un hombre de color. Después de aquel episodio, el agente británico afirmó que ya no sentía tanta vergüenza cuando los hombres de la OSS abominaban en su presencia del «imperialismo británico[24]».

George Kennan tuvo que intervenir en calidad de encargado de negocios en Lisboa para frenar a la OSS en sus ansias de revuelta contra el gobierno portugués en las Azores: los agentes de Donovan veían al presidente Oliveira Salazar como otro más entre los dictadores fascistas, cuya eliminación sería un bien para el mundo, y sentían un profundo disgusto porque se les hubiera vetado la empresa. Paralelamente, el personal de Eisenhower en el norte de África anuló otro proyecto de asesinato de generales alemanes en sus cuarteles, aunque algunos comandos británicos ya habían tratado de liquidar a Rommel, sin éxito. En 1942, un agente de la OSS interrogó a Adolphe Berle, del Departamento de Estado de Estados Unidos, con respecto a su política hacia Tailandia. Berle hizo un gesto alzando las palmas de las manos: «Aún

no disponemos de ninguna política». Este vacío político en Washington, que se extendió a muchas partes del mundo, permitió que los hombres de Donovan inventasen una línea de partido propia, en nombre de Estados Unidos. El doctor Walter Cline, de la sede de la OSS en Rabat, comunicó al pachá de Marrakech: «Los franceses no tienen nada que hacer [en Marruecos], salvo marcharse»; un comentario que, naturalmente, despertó la indignación del poder colonial. Donovan escribió a Foggy Bottom, en Washington, reivindicando en un tono displicente el «gran valor[25]» del trabajo de Cline, y lo autorizó para continuar actuando.

Durante una reunión celebrada el 11 de enero de 1944 en el Foreign Office en Londres, se debatieron en un clima de manifiesta preocupación las declaraciones de Donovan ante los periodistas, según las cuales este había decidido crear un servicio secreto estadounidense sin tener en cuenta la oposición del resto de sectores. Menzies afirmó que, a su entender, «esta referencia a la oposición iba dirigida contra el MI6 y la SOE… Según él, no se podía impedir que el general Donovan [tras el ascenso] procediera a su antojo, y el único recurso consistía en emprender una acción desde la retaguardia, con miras a impedir que causase daños innecesarios». La SOE y el MI6 no convenían en casi nada salvo en sus temores por los estragos que podían causar los agentes de la OSS, especialmente en el Mediterráneo y en el Sureste Asiático[26]. En julio de 1945, aviones estadounidenses arrojaron octavillas de la OSS en Tonkín, redactadas por el agente de Donovan en Hanoi, el capitán Arquimedes Patti, un fanático anticolonialista. En ellas se exhortaba a los vietnamitas en nombre de Estados Unidos: «En breve estaremos ahí para liberaros, pero no como los franceses, que solo buscan vuestra opresión. Nosotros somos vuestros verdaderos libertadores[27]».

Una de las misiones más extraordinarias de la OSS fue la de Brooke Dolan e Ilya Tolstói —nieto exiliado del novelista—, destinados a China en septiembre de 1942 para visitar al Dalái Lama, por entonces de diez años de edad, en Lhasa. El viaje por tierra duró tres meses[28]. Los tibetanos les dispensaron una cálida acogida y les pidieron un transmisor de radio, pero el Departamento de Estado puso objeciones, alegando que el hecho podría alterar a los chinos, que reclamaban derechos sobre el Tíbet; sin embargo, en noviembre de 1943 el equipo se entregó en Lhasa y la acción no tuvo grandes consecuencias para la guerra. Los dos estadounidenses regresaron a Chongqing en el mes de julio, tras un periplo de siete meses, y fueron repatriados sin demora para impedir un «accidente» a manos de la policía secreta de Chiang Kai-shek, el peaje que podrían cobrarse por el descaro de haber tratado con los tibetanos, a quienes China consideraba sus súbditos. En 1944, miembros del equipo de operaciones especiales de la OSS operaban en todos los escenarios de la guerra; de hecho, algunos grupos norteamericanos

devinieron especialmente vulnerables por su tamaño y notoriedad. El 25 de septiembre de 1943, un equipo de veinte paracaidistas saltó sobre las montañas más bajas de Tatra para establecer contacto con los guerrilleros en el extremo oriental de Checoslovaquia. Tras varias semanas en la clandestinidad, los suministros empezaron a escasear y, al mostrarse, la partida fue delatada a los alemanes por un eslovaco; solo dos hombres se fugaron al otro lado de la frontera rusa. Otros quince que desembarcaron en el norte de Anzio, en marzo de 1944, para sabotear la conexión ferroviaria de La Spezia-Génova cayeron presos en poco tiempo y murieron fusilados por los alemanes, atendiendo a la orden de comandos dictada por Hitler en 1942. En marzo de 1944, el coronel Florimond Duke y sus compañeros en misión de la OSS para el Gobierno húngaro fueron apresados por los alemanes en el momento del aterrizaje, aunque lograron sobrevivir a la guerra. En febrero de 1945, Berlín anunció que diecisiete agentes de una partida de la OSS y de la SOE capturados en Checoslovaquia habían sido fusilados en el campo de concentración de Mauthausen; entre ellos se contaba Joe Morton, de la Associated Press, el único corresponsal de guerra ejecutado en el transcurso del conflicto.

El entusiasmo izquierdista de numerosos agentes de la OSS fue causa de graves dificultades en Grecia, donde se respaldó a los comunistas sin reservas. George Voumas, abogado de Washington en la estación de Donovan en El Cairo, denunció que los agentes de Churchill «no demostraban interés por la liberación griega o siquiera en la prosecución de la guerra, sino que los movía el mero interés político [de naturaleza imperialista[29]]». Las políticas británicas para abordar la tan compleja problemática griega fueron indudablemente torpes, pero los hombres de la OSS fueron ingenuos al suponer que los comunistas del EAM-ELAS impondrían una política propicia si lograban hacerse con el control del país. En Grecia, como en la vecina Yugoslavia, todas las opciones políticas resultaban difíciles de aceptar para los Aliados y fue un error permitir a los jóvenes, idealistas y generalmente ignorantes agentes de la OSS y la SOE emitir juicios que podrían determinar el destino de las naciones. Muchos interpretaban su papel en unos términos teñidos de un comprensible romanticismo, como los Lawrence del momento, y otros lograron crear no menos problemas que el propio inglés.

«Aquí, yo era América», escribió con fascinación un agente de la OSS que prestaba servicio en Yugoslavia. «Yo tenía un mensaje, tan solo palabras, por supuesto, para unas personas que llevaban mucho tiempo de sufrimiento[30]», recordaba Sterling Hayden al respecto del año que pasó trabajando con los yugoslavos. «Trabamos un lazo muy estrecho con estas personas. Sentíamos un respeto enorme, diría que ilimitado, por la forma en que estaban luchando. Aquello nos indignaba. Yo mismo me sentía considerablemente

indignado. Nunca había experimentado nada parecido y me provocó una tremenda impresión[31]». Primero fue escogido para dirigir una base de operaciones en la costa italiana en Monopoli, al sur de Bari, donde mandaba armas a los partisanos. Este hombre, que entregó su vida a la aventura, tuvo que hacerse cargo de la dirección de un servicio de transporte de catorce goletas, seis queches y dos bergantines que recorrieron ochenta millas de las aguas del Adriático a una velocidad media de siete nudos.

Quedó cautivado por aquella experiencia y por los cuatrocientos yugoslavos que tripulaban los navíos. Escribió, en tercera persona, que «llegó a implicarse en una medida para él desconocida hasta entonces… Jamás había conocido a hombres de aquella naturaleza. Había algo feroz en ellos… en sus horas y horas de esfuerzo y sudor, en rechazar las pausas o en admitir un descanso hasta que se les ordenaba hacerlo[32]». Como tantos izquierdistas estadounidenses y británicos que operaron en aquella zona de combate, él también idealizó a los hombres de Tito y el 22 de enero de 1944 escribió a un amigo en Estados Unidos: «Te conté en cartas anteriores cómo algunos británicos se resisten a apoyar incondicionalmente a los yugoslavos. Mis ojos se han abierto respecto a un sinfín de cosas… Ahora sé que, hasta llegar aquí, toda mi vida fue una incesante búsqueda del placer. Bueno, quizá no sea demasiado tarde para compensar los años desperdiciados[33]».

¿Quién podría culpar a los jóvenes agentes por haber sucumbido al romanticismo, cuando su jefe era el mayor romántico de todos ellos? Donovan voló sobre el territorio ocupado por los japoneses en un biplano Tiger Moth para visitar un campamento de la OSS en Birmania, y compareció en la reunión cumbre entre Roosevelt y Churchill en noviembre de 1943, celebrada en El Cairo, para proponer un plan de «unidad» en la partición de Yugoslavia entre las facciones rivales, que fue respaldado por Roosevelt. El general anunció su intención de saltar en paracaídas sobre el campo para tratar de conseguir una reconciliación entre Tito y Mihajlović. Todo quedó en nada porque los yugoslavos no estaban interesados en él; los estadounidenses culparon luego a Churchill por haber apoyado a Tito. Ambos aliados occidentales interpretaron mal a Yugoslavia y es improbable que se hubiera podido alcanzar un resultado de pacificación satisfactorio sin contenido comunista. En mayo de 1944, Donovan se presentó por sorpresa en Londres, inspeccionó la estación de la OSS y acusó a su personal de llevar a cabo demasiada planificación y de entrar poco en combate. Exhortó: «¡Arrojen sus planes por la ventana!». Se restauró el desorden supuestamente creativo. Donovan estaba tan interesado en que incluso sus agentes de despacho olieran la pólvora que en aquel mes de octubre envió a David Colin y George Peck, dos académicos de la división de Investigación y Análisis de la OSS, a un lanzamiento en paracaídas en el valle del Po, tras un breve entrenamiento

en la sección de operaciones de las fuerzas especiales. Fueron capturados sin demora por los alemanes, a raíz de lo cual un agente de la OSS manifestó en unos términos algo despiadados su preocupación porque, acostumbrados a presidir exámenes orales de doctorado, tal vez no contasen con una buena preparación para resistir a los «inusuales métodos de los interrogatorios[34]».

Los miembros del personal de la OSS eran famosos por sus derroches, como atestiguan los innumerables recibos de pago en los archivos, junto a las protestas del Departamento de Estado que los acompañan. Un camionero podía ganar 200 000 francos —el equivalente a 4000 dólares o 1000 libras esterlinas— por haber transportado una caja llena de documentos cruzando Francia hasta la frontera española, y se disponía de otros 50 000 francos para entregárselos a quien quisiera realizar la última etapa del viaje y cruzar la frontera española. Una señal de la embajada estadounidense en Madrid exigía: «Por favor, entreguen al representante de la OSS, contra acuse de recibo, un millón de pesetas de sus fondos de crédito en virtud de la autorización 37… Se les autoriza a pagar 2000 dólares, repetimos: dos mil dólares, al coronel W. A. Eddy… Se les autoriza a pagar al coronel Robert A. Solborg, en uno o varios pagos, un total de 100 000 dólares… Hemos convenido un crédito libre en dólares para que ustedes compren un millón de francos argelinos y más adelante otra suma superior… Se les autoriza a pagar la suma de 50 000 dólares… al coronel W. A. Eddy en nombre de la OSS[35]».

El antes mencionado coronel William Eddy nació en Siria, en una familia de misioneros, y sirvió como agente de inteligencia en la Primera Guerra Mundial; luego fue director del Departamento de Inglés en la Universidad Norteamericana de El Cairo, donde dio a conocer entre los egipcios la práctica del béisbol. En abril de 1942, en Tánger, en los prolegómenos de lo que más tarde se convertiría en la OSS de Donovan, exigió medio millón de dólares de los fondos de operaciones para subvertir y luego armar a las fuerzas francesas de Vichy en el norte de África. Cuando los jefes de Estado Mayor rechazaron su petición, Eddy les transmitió su enojo sin ambages: «Si, en caso de emergencia, no se nos pueden confiar unos millones de francos a [Robert] Murphy y a mí, se me debería retirar del puesto y mandar a alguien en quien sí se pueda confiar. Quedamos a la espera, sin perder la esperanza y con inquietud». Uno de los hombres de Donovan en Washington comentó burlonamente: «El coronel Eddy puede ganar o perder la guerra y, sin duda, el día de la victoria se adelantará o se retrasará indefinidamente[36]». Los jefes del Estado Mayor no se mostraron comprensivos y Eddy no logró el dinero.

Algunas iniciativas arrogantes propuestas por los agentes de Donovan alarmaron a los criptógrafos aliados, entre ellas el ataque de la OSS al consulado japonés en Lisboa. Arlington Hall y Bletchley no salían de su asombro al saber que los norteamericanos tenían en su poder libros de

códigos robados. Lo último que deseaban era una acción que pudiese llevar al enemigo a creer que sus comunicaciones estaban comprometidas. A finales de 1944, la inteligencia finesa contactó con la OSS en Estocolmo y le ofreció 1500 páginas de códigos soviéticos, claves incluidas. Donovan aceptó al punto e informó a la Casa Blanca del inesperado rendimiento. El presidente Roosevelt, sin embargo, ante la insistencia de Edward Stettinius, el nuevo secretario de Estado, ordenó que los libros de códigos debían entregarse a los rusos sin realizar copias. Donovan desafió a la Casa Blanca al fotografiar los documentos antes de mandarlos a su destinatario, aunque poca ventaja hubo de suponer para los estadounidenses, que ya contaban con numerosos agentes de la OSS controlando en secreto al NKVD.

Incluso para la costumbre en la guerra secreta, algunos de los mensajes de la OSS resultaban tremendamente descabellados, como es el caso del que se transmitió el 3 de octubre de 1944 desde Caserta, en Italia, a Washington: «Nos hemos enterado de que el rey Mihai de Rumanía ha solicitado urgentemente a los representantes de la OSS en Bucarest 4000 proyectiles del calibre 0.45 y 3000 unidades para las carabinas de 30 milímetros que se deben mandar por avión al Palacio Real[37]». En China, Alghan Lusey, de la OSS, excorresponsal de la UPI en Shanghái, solicitó una entrega de escopetas de cañón aserrado para los agentes de Chiang Kai-shek en los territorios ocupados, a quienes describió como «un puñado de hombres templados, rudos, honestos y buenos pistoleros[38]». Lusey recibió orden de regresar a Washington en julio de 1942. Más tarde, el director de la estación de Donovan llegó a creer que un tal Tai Li, jefe de la policía secreta de Chiang —el solicitante de las escopetas—, fue el responsable de la muerte de varios informantes chinos de la OSS.

David Bruce, uno de los primeros reclutas de la OSS y, más adelante, distinguido jefe de su rama de inteligencia, escribió: «¡Ay del agente que rechazase un proyecto porque, a primera vista, parecía ridículo o, cuando menos, inusual!»[39]. Aunque América del Sur era teóricamente un área del FBI, Donovan, de todos modos, se sumergió con entusiasmo en el continente. Breckinridge Long, del Departamento de Estado, se quejó porque Donovan «se mete en los asuntos de todo el mundo —no respeta los límites de la jurisdicción— y trata de cargar la mochila de cada organismo con la responsabilidad de una actividad bélica… ha dispuesto de una cantidad de dinero casi ilimitada, de un ejército regular en activo y de agentes en todo el mundo».

El embajador de Estados Unidos en España, Carlton Hayes, compartía con su homólogo británico, sir Samuel Hoare, un sentimiento de horror por las operaciones especiales y sus perpetradores, lo que propició numerosas situaciones embarazosas en las relaciones entre los Aliados y la dictadura

fascista del general Francisco Franco[40] Frank Schoonmaker, autor de una exitosa serie de guías de viaje por Europa, fue arrestado por la policía española en la primavera de 1943, cuando estaba entregando el dinero de la OSS a un contacto de la Resistencia francesa, y languideció durante seis meses en una prisión de la Península hasta que, finalmente, fue liberado. En junio de aquel año, el agregado naval británico, el capitán Alan Hillgarth, en estrecho contacto con el MI6, persuadió al coronel Solborg de la OSS de la conveniencia de lanzar una operación conjunta para deponer a Franco y reemplazarlo por una junta militar. Londres vetó el proyecto alegando que, llegadas aquellas fechas, ya era obvio que Franco no tenía intención de entrar en la guerra.

Que el plan se hubiera frustrado no fue obstáculo para que, de forma casi inmediata, los hombres de Donovan emprendieran otro, esta vez organizado desde el norte de África por Donald Downes, para respaldar a la Resistencia española antifranquista. Se envió a agentes españoles —entrenados por la OSS— para que contactasen con los republicanos en Málaga. Todo terminó en un fracaso espectacular: los hombres de Franco los apresaron a todos. También cayeron algunos del grupo de Downes, junto con sus armas estadounidenses. Los prisioneros hablaron y dijeron que Downes y su colega Arthur Goldberg eran los padrinos. Cuando el Departamento de Estado planteó este episodio tan bochornoso ante la OSS, Goldberg y Donovan alegaron ignorar los hechos. Estados Unidos, sin embargo, emitió una disculpa oficial para Madrid. Los españoles apadrinados por la OSS fueron ejecutados. Más tarde, Donovan se plegó a la insistencia del embajador estadounidense y admitió que no se ejecutarían más operaciones contra Franco.

Algunos de los cerebros más sensatos en la organización de Donovan supieron ver que con aquellos excesos se malgastaban los recursos y se perjudicaba la reputación, a cambio de un provecho menor. En el verano de 1943, mientras el general de brigada —el nuevo rango de Donovan— vagaba por el mundo, numerosos informes internos criticaron y manifestaron cierta preocupación por el estado de la OSS[41]. Un agente veterano, George Platt, preparó un memorando en agosto que fue remitido a Donovan. Platt escribió acerca «del deterioro de la moral». Nadie, salvo unos pocos en el círculo íntimo del general, afirmó, «puede señalar algún triunfo de la organización». Otra figura de alto rango, Ellery Huntington, advirtió sobre «una peligrosa falta de cohesión». Donovan regresó a Washington en octubre y se encontró con un memorando de seis páginas elaborado por un grupo de funcionarios que declaraba sin cortapisas: «La OSS ha crecido demasiado y se ocupa en demasiadas actividades de diversa naturaleza». El grupo concluía proponiendo que Donovan debía ceder el control ejecutivo de la

organización, para convertirse efectivamente en «presidente de la junta», mientras que los jefes de los departamentos se encargarían de organizar las operaciones respectivas. Sin duda, algunos miembros del personal de la OSS más capaces y mejor informados compartían este parecer. Los críticos se encontraron ante un muro de piedra, o mejor dicho, ante Donovan. Este desestimó las propuestas de plano y, hasta que la guerra terminó, condujo a la OSS según el curso que había previsto desde el comienzo. Continuó siendo el mismo espíritu libre y desafiante, que hizo las veces de maestro de ceremonias para una hueste de individualistas y aventureros semejantes a él.

La OSS se forjó una reputación tan discutible como la de la SOE por fomentar los intereses comunistas en la Europa ocupada y en los Balcanes. Se advirtió a Donovan de que había reclutado a muchos «rojos» bien conocidos, de quienes tendremos ocasión de ocuparnos más adelante. Este se encogió de hombros: «En estas cacerías, si se teme al lobo, es mejor no entrar en el bosque[42]». El general Albert Wedermeyer, uno de los procónsules más despiadados de Estados Unidos en China, escribió agriamente, una vez concluida la guerra: «Nos creíamos en un partido de fútbol: salir para ganar, y luego, con la victoria en la mano, solo pensábamos en regresar a casa para celebrar la victoria. Éramos así de ingenuos. No parecíamos comprender que en la lucha contra los alemanes y los italianos en Europa, y con los japoneses en el Extremo Oriente, debíamos esforzarnos por crear unas condiciones que trajesen una paz real y duradera[43]». Pero era demasiado pedir para la mayoría de soldados, políticos y agentes secretos aliados que, mientras ejecutaban sus operaciones contra el Eje, no perdiesen de vista lo que llegaría tras la victoria. Ni siquiera Winston Churchill empezó a contemplar aquella posibilidad hasta finales de 1944, cuando el resultado de la contienda era ya indudable. Entre los señores de la guerra aliados, solo Stalin planificó una política y una estrategia plenamente acorde a sus objetivos de posguerra que sus admiradores norteamericanos y británicos se esforzaron por apoyar valerosamente.

Las torres de marfil

Tan fácil resulta ridiculizar a las «estrellas del atletismo» de la OSS y sus extravagantes operaciones como hacer mofa de las actividades más absurdas de la SOE. En Washington, sin embargo, Donovan creó algo muy distinto y de mayor enjundia. La División de Análisis e Investigación (R & A) reclutó a los mejores cerebros entre los académicos estadounidenses, quienes desde 1942 hasta 1945 redactaron una enorme variedad de informes, interesantes casi siempre y en unos pocos casos incluso sobresalientes. Los estudios de la

R & A no tuvieron parangón con los del resto de servicios de inteligencia de las naciones beligerantes. La División estaba encabezada por James Finney Baxter, presidente del Williams College, y se reclutó a analistas —algunos de ellos futuros premios Nobel— en treinta y cinco universidades del país. Bickham Sweet-Escott, de la SOE, visitó el departamento durante un viaje a Estados Unidos y regresó lamentando que en Londres no hubiera nada comparable. La Inteligencia Conjunta de Gran Bretaña solo disponía de unos pocos hombres para realizar las investigaciones que en la R & A elaboraban centenares de personas.

El departamento inició su andadura en el anexo de la Biblioteca del Congreso y más tarde se trasladó a un edificio situado entre la calle 23 y la calle E, donde al final trabajaban novecientos analistas que se estudiaban todos los rincones del mundo, además del equipo de oficinistas y el personal de refuerzo. Entre los académicos al cargo de escoger a la plantilla se contaba una docena de extranjeros enemigos y cuarenta historiadores, siete de los cuales serían o habían sido ya presidentes de la American Historical Institution. Cuando Donovan entrevistó a Paul Sweezy, uno de los reclutas, tras ser advertido de que se trataba de un estalinista de fama, este calmó al coronel sin excesivas dificultades al decirle que solo era socialista, «más o menos como [los británicos Harold] Laski y Nye Bevan. Lo único que [Donovan] deseaba averiguar era si yo estaba a favor de lanzar bombas y de provocar alborotos callejeros. Le aseguré que no era así y pareció satisfecho[44]». La R & A también contrató a renombrados marxistas como Franz Neumann, Herbert Marcuse —el principal analista de la OSS especializado en Alemania— y Otto Kirchheimer.

Estos hombres leían artículos de prensa, transcripciones de los programas de radio del enemigo monitorizados por la Comisión Federal de Comunicaciones, interrogatorios de los presos de guerra y los cables de las estaciones de la OSS. Durante el último año del conflicto, también se abordaron algunas problemáticas previsibles para la posguerra. La R & A generó informes sobre materias tan diversas como el transporte ferroviario en el Frente Oriental, los puntos de vista políticos de Charles de Gaulle, la inflación en Burma y la campaña de guerrillas en las Filipinas; aunque el comandante en jefe de la SWAPO, el general Douglas MacArthur, no quiso permitir que la gente de Donovan operase en su escenario.

Algunos analistas de la R & A compartían las falsas ilusiones tan extendidas entre los de la OSS con respecto al potencial de las acciones de la guerrilla para determinar el resultado en su conjunto. La Sección Europea Central aseveró que la resistencia política interna contribuiría tanto como la fuerza militar externa al desmoronamiento final de la Alemania nazi. «La andadura [de la Resistencia] es un tributo al coraje y entereza humanos y la

revelación de una gran esperanza[45]». Este punto de vista reflejaba las ilusiones visionarias de sus autores de origen alemán, más que representar un juicio político basado en las pruebas. Demostraron mayor solidez al oponerse a la doctrina aliada de la rendición incondicional que, a su decir, alimentaba la convicción de los alemanes de que estos solo podían escoger entre la victoria o la aniquilación: «Lo que se pretende es un objetivo positivo para Alemania, que desvanezca este temor y aliente a los soldados y ciudadanos alemanes por igual en la revuelta contra sus líderes nazis».

Los analistas sugirieron que la única agrupación verdadera en torno a la cual cabía organizar la resistencia contra Hitler era la de los comunistas[46]. Insistieron en transmitir al pueblo alemán que si derrocaban a los nazis, su país podría evitar la invasión aliada. Cuando los jefes del Estado Mayor declararon que los Aliados deberían aspirar a ocupar Alemania por encima de cualquier revolución interna, Franz Neumann se manifestó en claro desacuerdo: «Un movimiento revolucionario con miras a la erradicación del nazismo resultaría muy deseable». En agosto de 1944, cuando el SHAEF publicó un «Manual para el Gobierno Militar», cuyo contenido había definido en gran medida la R & A, el secretario del Tesoro estadounidense Henry Morgenthau montó en cólera al descubrir que en el texto se incluían propuestas para reavivar la economía alemana; él se erigía en el principal defensor de ruralizar todo el país. El departamento era más consciente que cualquier otro organismo gubernamental en ambas orillas del Atlántico de lo que Hitler estaba haciendo con los judíos, puesto que numerosos miembros de su equipo eran de origen semita. En octubre de 1943, Leonard Kreiger señaló un artículo muy difundido donde se declaraba que la visita de Adolf Eichmann a Dinamarca dejaba traslucir que «el pogromo danés supone el inicio de la campaña definitiva para erradicar a los judíos de Europa».

El equipo de investigadores del Frente Oriental en la OSS jugaba con la desventaja del silencio en que la Unión Soviética envolvía su desarrollo de la guerra; incluso los ejemplares del Pravda y el Izvestia llegaban a Washington con seis semanas de retraso. La información que ofrecía Moscú era tan escasa que se demostró más sencillo calcular el potencial de las ofensivas alemanas que la capacidad defensiva de los rusos. Averell Harriman, embajador estadounidense en Moscú, se negó a admitir a hombres de la OSS en su grupo de trabajo alegando que ya debía afrontar suficientes dificultades y situaciones embarazosas; solo en abril de 1944, se permitió que el joven analista Robert Tucker entrase en la embajada para monitorizar la política exterior soviética. La R & A, sin embargo, elaboró algunos informes en los que anticipaba los futuros aprietos que Hitler debería superar en Rusia, empezando por el de 1942. Durante varios meses en que los dirigentes militares de Gran Bretaña y Estados Unidos manifestaron un escepticismo

crónico en cuanto a las perspectivas de supervivencia para Rusia, los hombres de Donovan hicieron hincapié en los acuciantes problemas de abastecimiento que padecía Alemania y pusieron en tela de juicio la probabilidad de que alcanzase la victoria. La metodología del estudio es digna de mención, en tanto se incluía el uso de información técnica sobre la eficiencia de las locomotoras con temperaturas por debajo de los cero grados así como el problema de adaptar los vehículos rodados europeos al ancho de las vías rusas. En las masificadas oficinas traseras de Washington, los investigadores de la OSS estudiaban las cantidades de forraje diario que necesitaban las razas de caballos empleados por la infantería alemana y calcularon el gasto de munición de la infantería, los cuerpos de acorazados y las divisiones motorizadas respectivamente, durante combates de intensidad variable. Recurrieron a datos meteorológicos para calcular el total de los víveres necesarios en combate para doscientas divisiones desplegadas en un frente de casi 2500 kilómetros durante 167 días. Un estudio de doscientas páginas sobre el Frente Oriental elaborado a mediados de la batalla de Stalingrado, entre 1942 y 1943, señalaba con acierto los problemas logísticos insuperables a los que hubo de enfrentarse el 6.º Ejército de Paulus durante el asedio.

La subdivisión económica de la R & A, dirigida por Emile Despres, acabó cometiendo casi los mismos errores que sus colegas británicos, al suponer que la base industrial de Hitler se desplazaría por completo en 1941; a lo largo del año siguiente, la OSS continuó estimando la producción alemana por debajo de sus cotas reales. Avanzada ya la guerra, las evaluaciones mejoraron y desbancaron los cálculos de la inteligencia británica con respecto a la aviación alemana y su producción de tanques a favor de sus propias «curvas deductivas de producción». Los economistas de la OSS juzgaron con acierto que el cuello de botella se centraría en la mano de obra, en lugar de en el petróleo o en la comida. Svend Larsen, un economista de origen danés, consideró que la inteligencia británica ofrecía unas cifras en cuanto a las bajas del enemigo en la batalla demasiado elevadas. Empezó a extrapolar datos que aparecían en las esquelas y en listas de oficiales fallecidos de la prensa alemana —la OSS de Berna mandaba cincuenta y siete periódicos nacionales— y los números de Larsen se demostraron sorprendentemente certeros. Por otra parte, la R & A quedó fascinada ante la posibilidad de organizar tablas con los números de serie de los vehículos para así realizar un cómputo global de la producción alemana. Cuando uno de sus investigadores de campo preparó una lista con todos los acorazados abatidos en el campo de batalla de Túnez en 1943, el departamento informó —correctamente— de que, si bien la producción alemana era inferior a lo previsto, continuaba creciendo. Por allí siempre se contaba un chiste: cuando a uno de la R & A se le pedía un

número de teléfono, este respondía: «No lo sé, pero puedo calculártelo[47]».

El juicio de la R & A con respecto a las futuras relaciones entre Occidente y la Unión Soviética no fue tan admirable, ya que adolecía de cierta ingenuidad, aunque no resulta sorprendente si tenemos en cuenta la cantidad de comunistas en sus filas. Sus informes asumían un punto de vista que rozaba lo benévolo en cuanto a la política estalinista. Paul Sweezy advirtió de que los imperialistas británicos podían propiciar un enfrentamiento innecesario entre Estados Unidos y Stalin. El departamento presionó para que la política estadounidense se distanciase de la británica. El 20 de mayo de 1944, Geroid Robinson mandó un cable a la OSS londinense manifestando su convencimiento «de que debía hacerse cuanto fuera posible para evitar un choque entre los intereses británicos y los estadounidenses, por una parte, y los rusos por otra», si bien admitía: «No será fácil desarrollar un compromiso de trabajo entre una potencia dinámica y en expansión (la Unión Soviética), otra en desarrollo pero esencialmente satisfecha (Estados Unidos) y una que da muestras de hallarse en declive (el Imperio Británico)». Sostuvo que correspondía a Occidente el primer gesto de generosidad, haciendo concesiones a Stalin. Si Londres y Washington demostraban prudencia y energía, dijo, se podría alcanzar una coexistencia pacífica.

Antes de Yalta, la R & A preparó un informe en el que aseveraba que, concluida la guerra, «Rusia no contaría ni con los recursos, en lo que atañe a los factores económicos, ni con la disposición para embarcarse en políticas extranjeras ambiciosas que, en opinión de los dirigentes estalinistas, pudieran involucrar a la URSS en un conflicto o en una carrera armamentística crítica con las potencias occidentales». Acertaron, sin embargo, al anticipar que «la Unión Soviética podría, si así lo deseaba, llevar a cabo una reconstrucción industrial y económica en la posguerra sin necesidad de recurrir a los fondos estadounidenses, que el Departamento de Estado consideraba una fuerza insalvable en los tratos de Washington con Moscú». La R & A también supo reconocer que Estados Unidos debería tratar a la URSS como un igual en el nuevo mundo.

La R & A, más que cualquier otra organización, estuvo más cerca de materializar la opinión del oficial de la Marina británica Donald McLachlan, quien defendía que un trabajo de la inteligencia bien llevado debía manejarse como un procedimiento académico. Algunos de sus informes eran descabellados, pero otros dejaban ver las sobresalientes capacidades de sus autores. La R & A generó materiales más deslumbrantes que los publicados por el MI6, el Abwehr o —por lo que sabemos hasta la fecha— el NKVD y el GRU. A menos que los servicios de inteligencia lograsen infiltrarse de forma extraordinaria en las altas esferas enemigas o de los futuros enemigos, como sucedió en el caso de Richard Sorge, atendiendo a las palabras de Hugh

Trevor-Roper: «se podían obtener más deducciones de un estudio inteligente de las fuentes públicas que de cualquiera de los "agentes fiables" pero poco inteligentes que escuchaban por el ojo de la cerradura o se sentaban a beber en los bares». Buena parte de los triunfos de la R & A consistió en el intenso aprovechamiento de las fuentes abiertas, además de las secretas[48].

¿En qué medida influyó esta increíble concentración de capacidad intelectual al esfuerzo bélico? Los informes de la OSS circulaban por la administración de forma rutinaria. Por desgracia, sin embargo, como sucedía con todo el material de la inteligencia, pocos de estos documentos llegaban a manos de quienes tomaban las decisiones. Los generales estadounidenses en el campo de batalla se mostraban escépticos con respecto a los datos que provenían de la OSS. Una de las quejas relativas a los resultados de la R & A se centraba en el hecho de que al equipo de operaciones le costaba convencer a los académicos para que estos preparasen resúmenes en tiempo real sobre aquellas cuestiones que los comandantes debían abordar en cuestión de horas o de días. Los intelectuales en la división preferían trabajar durante semanas, si no meses, en asuntos relativos al «marco general». Barry Katz, el cronista de la R & A, admite que sus actividades tuvieron «en el mejor de los casos, una influencia limitada en el devenir de la guerra», aunque se consuela con la reflexión de que este fue «un episodio indiscutiblemente brillante en la historia de las ideas, de los intelectuales y de la inteligencia».

La maquinaria de la inteligencia británica se benefició en la segunda mitad de la guerra de haber conservado a una leva de soldados profesionales junto a sus civiles más capacitados, porque aquellos impusieron unos mínimos disciplinarios y llamaron la atención al respecto de los imperativos de las operaciones. El contingente de uniformados sabía cómo ganarse al público formado por los jefes del Estado Mayor y, en general, aportaba cierto sentido común a las elucubraciones de los académicos. La R & A de la OSS podría haber causado mayor impacto en la guerra de haber seguido una política de personal semejante, en lugar de permitir que sus cerebros trabajasen aislados de la jerarquía de las fuerzas armadas.

Uno de los informadores estadounidenses mejor situado en el NKVD, identificado solo como «Z», declaró a finales de julio de 1944: «El principio fundamental de toda la OSS es un principio de aficionados… de los que cuentan con poco adiestramiento… la Cenicienta de los servicios secretos en Estados Unidos… La OSS existe solo porque el general Donovan es popular, no por su trabajo[49]». En ocasiones, Donovan y su estación conseguían llamar la atención de los mandamases de la guerra con un informe, una señal o un aviso. Pero ningún dirigente nacional o jefe del Estado Mayor tenía el tiempo o la voluntad de estudiar, de forma sistemática, las elucubraciones de la R & A, y la mayoría de conclusiones de la OSS fueron ignoradas por quienes

deberían haberlas atendido. Los jefes militares en Estados Unidos, así como sus homólogos en Gran Bretaña, se centraban de un modo abrumador en los interceptados de radio del enemigo como fuente de inteligencia principal, y cuesta defender que se equivocasen en su decisión.

Ninguna personalidad, ni siquiera Roosevelt o Marshall, ejerció una autoridad sobre el esfuerzo bélico estadounidense similar a la de Churchill sobre el británico, de resultas de lo cual en Washington nadie impuso una disciplina general en la comunidad de la inteligencia que frenase la rivalidad e incluso la animosidad entre el ejército y la Marina nacionales, ni que atemperase los excesos de la organización de Donovan en una medida que hubiera resultado beneficiosa para garantizarle más respeto. Puesto que Estados Unidos es un país mucho más extenso en su territorio que Gran Bretaña, las relaciones en su comunidad intelectual no son tan estrechas y se encuentra más dispersa. Durante los años que duró la contienda, sus decodificadores se anotaron unos triunfos extraordinarios, pero jamás movilizaron ni desplegaron a los cerebros civiles de la nación con la misma efectividad que Gran Bretaña alcanzó en Oxbridge. El desarrollo de la OSS fue, en gran medida, el reflejo del proceder general en Estados Unidos. Sus hombres y mujeres irradiaban una confianza que no se había visto lacrada por los horrores de la Blitzkrieg ni de las derrotas como la de Rusia, Gran Bretaña y otras tantas regiones devastadas por la lucha armada. Contaban con una riqueza de recursos inigualable en otras naciones beligerantes. Arthur Schlesinger, uno de los tantos académicos a sueldo de la OSS, defendía a su jefe con estos argumentos: «Donovan era un hombre sobresaliente, con su excéntrico modo de actuar, una combinación triunfadora de encanto, audacia, imaginación, optimismo y energía; la energía por encima de todo. Era un administrador desordenado y un planificador político lleno de ímpetu, que corría de un lado para el otro con ideas e iniciativas y luego pasaba alegremente a otra cuestión… Era exasperante, pero adorable[50]».

Stewart Alsop y Thomas Braden, que prestaron servicio como agentes de campo, declararon que «dirigía la OSS como un editor nacional». La mayoría de oficiales de Donovan no llegaron a los escenarios reales hasta que habían transcurrido ya los peores momentos del conflicto y la victoria aliada era indudable. Su convencimiento de que lo imposible no existía resultaba admirable en muchos sentidos. Sin embargo, la impaciencia que demostraron ante la cautela y escepticismo británicos fue el reflejo de una falta de comprensión por su parte en cuanto a los sufrimientos padecidos por el pueblo de Churchill y las restricciones que la relativa pobreza de Gran Bretaña impuso a su modo de hacer la guerra. Por otra parte, si algunas de las dificultades políticas y de los dilemas que señalaban los británicos acabaron

reducidos a meras justificaciones de su apatía, las arremetidas de la OSS no pocas veces fueron la consecuencia de una valoración imprudente. La contribución más admirable de la organización llegó de la mano de sus analistas de economía, que supieron demostrar mejor que nadie en el bando aliado, británicos o estadounidenses, las realidades y puntos débiles de la economía de guerra de Hitler. En 1945, los hombres de Donovan ya habían aprendido mucho. Bickham Sweet-Escott, de la SOE, escribió: «Los detractores más implacables [de la OSS] se verán obligados a admitir que esta se ha demostrado tan provechosa recabando inteligencia secreta y ejecutando operaciones especiales como los británicos, y yo, a título personal, considero que lo hacen aún mejor[51]».

Es fácil contemplar con escepticismo, con desdén incluso, los excesos de las fuerzas especiales durante la guerra, tanto por parte de Estados Unidos como de Gran Bretaña; los de la OSS y la SOE, en especial. Los alemanes recurrieron menos a las unidades irregulares, aunque la cúpula del nazismo en ocasiones fantaseó con ellas: Himmler quedó lo bastante impresionado con la actuación de los partisanos rusos en 1942 como para ordenar a Walter Schellenberg que pusiera en marcha una organización similar, denominada «Zepelín», que se ocuparía de instruir y despachar a los grupos de reconocimiento al otro lado de la frontera rusa, aunque no obtuvo grandes resultados[52]. En 1943, el jefe de las SS dio instrucciones a Schellenberg para que estableciera contacto con Max Schaefer, un montañista célebre ya antes de la guerra, quien prepararía una nueva expedición al Himalaya en la que participarían agentes que podrían operar desde el interior de la India. Lo cierto, sin embargo, es que este tipo de operaciones solo se llevaron a cabo con el Regimiento de Brandeburgo y otros piratas similares, como Otto Skorzeny de las SS; la Wehrmacht no abandonó nunca la actitud de escepticismo institucionalizada con respecto a ellas.

No obstante, resulta interesante especular acerca de las posibles consecuencias en caso de que los alemanes hubieran puesto en práctica este tipo de operaciones antes, cuando sí disponían de los medios y las oportunidades. Si se hubiera asaltado Gran Bretaña entre 1940 y 1941, la seguridad nacional habría conseguido más recursos: la Home Guard —«el Ejército de Papá»— no habría bastado. Un asalto del cuerpo de paracaidistas contra el pueblo de Churchill, probablemente en Chequers, habría generado sustanciosos dividendos. En la misma línea, unos cuantos ataques de comandos submarinos en el litoral estadounidense podrían haber sembrado el caos y desatado el pánico, por pocos daños materiales que hubieran infligido. En muchos casos, el modo en que los Aliados abordaron la guerra secreta resultó infructuoso y torpe, pero siempre se demostró más imaginativo que el de la Wehrmacht y logró verdaderos triunfos, en especial

en los largos años previos al Día D, en junio de 1944, cuando británicos y estadounidenses combatían al Eje con unas fuerzas terrestres relativamente exiguas. Winston Churchill supo apreciar con brillantez que las operaciones especiales mantuvieran vivo un sentimiento de empuje y vigor en cuanto al esfuerzo bélico, a veces falso, pero muy relevante desde el punto de vista moral. Las actividades de la SOE, la OSS y los «ejércitos privados» de las fuerzas armadas consumieron unos recursos desorbitados y en ocasiones degeneraron en farsas teatrales de juventud. Pero realizaron una gran aportación propagandística, superior y más útil que la militar.

Allen Dulles: conversaciones con los alemanes

En la guerra secreta estadounidense, uno de sus protagonistas se ganó un puesto superior al del resto. Allen Dulles, «Mr. Burns», número 100 de la OSS, y futuro director de la CIA, se erigió en 1945 como lo más parecido a un jefe del espionaje en su nación. Había nacido en Nueva York y era hijo de un pastor presbiteriano con influyentes contactos familiares en Washington. Estudió en Princeton y viajó por toda Europa, incluido un destino diplomático en Suiza. Colaboró con la delegación estadounidense en la conferencia de paz de Versalles en 1919 y, más tarde, pasó algunos años en el Departamento de Estado antes de iniciar su carrera como abogado especialista en relaciones internacionales. Por entonces se codeaba con políticos de la talla de Neville Chamberlain, Ramsay MacDonald, Leon Blum e incluso Adolf Hitler. Destacado partidario del intervencionismo mucho antes de Pearl Harbor, durante algunos meses entre 1941 y 1942 trabajó como jefe del departamento del COI en Nueva York, el antecesor de la OSS, situado en el Centro Rockefeller, junto a la oficina de Coordinación de Seguridad Británica de Stephenson, también conocido como el «Pequeño Bill».

En noviembre de 1942, Donovan escogió a Dulles, de cuarenta y nueve años a la sazón, para que se convirtiese en el hombre de la OSS en Berna, bajo una identidad encubierta como miembro del cuerpo diplomático, en calidad de asistente especial del ministro estadounidense Leland Harrison. Aquel no aceptó un salario, pero recibía 1000 dólares mensuales para sufragar los gastos derivados de un estilo de vida moderadamente lujoso. Su esposa Clover permaneció en casa, probablemente sin gran pesar por parte del espía en ciernes, que ya atesoraba un sinfín de infidelidades: en Suiza trabó una estrecha relación con la condesa Wally Toscanini, esposa de un político italiano que pasó allí la guerra, supuestamente inmerso en trabajos de auxilio.

Dulles era un hombre inteligente y su estilo benigno, paternal y amistoso, además de la pipa, le conferían una apariencia que despertaba confianza. Se

instaló en un piso en el número 23 de la calle Herrengrasse, con la ayuda de Gero von Gaevernitz, un empresario alemán que vivía allí con pasaporte estadounidense. Hasta la liberación de Francia en el mes de agosto de 1944, el equipo de la OSS en Suiza contó solo con cinco oficiales y doce descifradores y secretarias, debido a los problemas logísticos derivados de trasladar a estadounidenses a un país sin salida al mar. Aparte de los informes sobre el orden de batalla, en los cables de Dulles a Washington aparecía casi siempre la cuestión de los fondos. En Berna resultaba difícil conseguir dinero en metálico y el equipo de la OSS gastaba sin excesivos miramientos; en 1944, la estación contaba con cuarenta informadores a los que pagaba un cuantioso salario. Dulles se quejaba amargamente por la escasez de fuentes suizas fiables y sostenía que estaba pagando el precio de haber llegado el último; entre 1939 y 1942, otros servicios secretos aliados se habían quedado con todos los informantes locales disponibles; en realidad, no eran pocos los que estaban pluriempleados con varias naciones, como Rudolf Rössler. El jefe de la estación de la OSS participaba del círculo de amistades de Frederick van den Heuvel, «Fanny», su homólogo en el MI6, aunque su relación se caracterizó más por la rivalidad entre ambos que por la colaboración.

Dulles se convirtió en una importante figura diplomática pública, a diferencia de Aleksandr Radó, por ejemplo, que fue siempre un hombre en la sombra. Era un estadounidense notable con acceso a los alemanes situados en puestos influyentes. Era evidente para cualquiera con visión de futuro que Estados Unidos actuaría como árbitro, y contaban los rumores que Dulles era el representante secreto de la Casa Blanca. Lejos de verse obligado a la engorrosa tarea de tejer nuevas redes de informantes, todo aquel que sabía algo —y un buen número de impostores que solo fingían— llamaba a su puerta. Trabó amistad con Roger Masson, el jefe de la inteligencia suiza, y conoció a Hans Hausamann, fundador del Büro Ha, en casa de Emil Oprecht, el editor del Zürich. Se entrevistó con el comandante Max Waibel, al cargo de la estación en Lucerna de la inteligencia suiza, aunque Waibel no le reveló su línea de inteligencia «Viking» en Alemania. Un intermediario que actuaba en nombre de Walter Schellenberg también protagonizó un devaneo con los estadounidenses, aunque sin frutos. Todos los grupos intercambiaban un notable volumen de información, la consabida mezcla de engaños y verdades.

Dulles no guardaba el menor parecido con la figura tradicional de los oficiales del servicio secreto típica en cualquier país; tenía ambiciones propias que excedían en mucho los límites del espionaje. Neal Petersen, editor de las publicaciones de Dulles, ha escrito: «No solo fue un procónsul semiindependiente de la inteligencia en la OSS, sino también un futuro estratega para Occidente[53]». Merece la pena prestar cierta atención a los informes de Dulles, porque son una clara imagen de las virtudes y los vicios

del más célebre oficial de la inteligencia estadounidense destacado en ultramar. Supo reconocer desde el primer momento que en Washington nadie tenía una visión sólida con respecto al modo en que Europa saldría de la guerra, y se dispuso a llenar el vacío. En diciembre de 1942, sondeó al conde Carlo Sforza, el político italiano más respetado sin ser fascista, e insistió en que los Aliados deberían provocar movimientos de agitación en aquel país, en lugar de invadirlo, con miras a desarrollar una campaña «contra una oposición militar conjunta de alemanes e italianos». Hasta el último momento de la guerra, se mostró contrario a la obstinada política aliada de la rendición incondicional: «Independientemente de cuál sea al final nuestra política con respecto a Alemania, hoy debemos intentar convencer al pueblo alemán de que existe esperanza para ellos en la derrota, de que se protegerá a los inocentes y que a los culpables se les administrará su castigo tras un juicio».

Muchos de los despachos de Dulles estaban redactados con la forma de un artículo de prensa de un corresponsal extranjero, como el del 14 de diciembre de 1942: «Italia está plagada de soldados alemanes y se calcula que el total de sus fuerzas asciende a entre los 150 y los 200 mil… Nápoles: todo el mundo critica a Mussolini. La confusión es increíble. Debe señalarse que el pueblo comprende la necesidad de los bombardeos. Roma: los funcionarios gubernamentales se dirigen a Frosinone, Avezzano, Chaeti, Aguila y Rieti; se requisan hoteles con fines militares… Pistoia: la principal conexión entre Bolonia y Florencia… puentes ferroviarios. Novi Ligure: dos puentes ferroviarios importantes. Verona: debe ser bombardeada de inmediato por tratarse de un núcleo ferroviario de extrema relevancia… Módena: a finales de enero, una escuela especializada en unidades lanzallamas licenciará a 780 candidatos con el rango de tenientes». Dulles suministró un flujo constante de informes sobre la oposición nacional alemana —a quienes denominaba «los Breakers»— cuyos portavoces lo visitaban con una frecuencia que indicaba un notable descuido con respecto a su propia seguridad. El más destacado de todo ellos era el inmenso Hans Gisevius, el agente del Abwehr en Zúrich, a quien el de la OSS apodó con el sobrenombre de «Chiquito». Dulles informó de estas visitas a la embajada alemana, pero hasta febrero de 1944 Gisevius pudo protegerse en Berlín afirmando que se reunía con el alemán por orden de Canaris. Entre otras muchas informaciones, elaboró una lista de supuestos antinazis dignos de confianza con quienes tal vez se pudiera contar para formar un gobierno alemán de posguerra. Dulles mandó el documento a Washington y cablegrafió en enero de 1943: «Tengo la impresión de que ha llegado el momento de dar un giro para separar de forma efectiva a los nazis y a Hitler del resto del pueblo alemán y para, al mismo tiempo, ofrecer esperanza a los alemanes de que la rendición por su parte no significa el aniquilamiento de los individuos y del Estado[54]». El 3

de febrero describió una reunión con «el eminente psicólogo el profesor C. G. Jung»: «no deben desestimarse sus opiniones al respecto de las reacciones de los líderes alemanes, en especial sobre Hitler, desde la perspectiva de sus rasgos psicopáticos».

Preparó asimismo innumerables informes acerca de las armas secretas del enemigo, no todos descabellados, puesto que la información provenía de sus visitantes alemanes: tanques accionados por control remoto; «preparativos de ataque para una guerra con gas. Se dispone ahora de grandes cantidades de bombas de gas de gran calibre[55]»; las pruebas de vuelo de hidroaviones diseñados para estrellarse contra Londres, cargados de explosivos[56]. El 8 de agosto de 1943, anunció que «Gotham y otros enclaves en nuestra costa atlántica serán víctima de bombardeos mediante aviones que se están instalando en diversos submarinos». El 25 de abril de 1944 insinuó que «en París se requisan perros en gran cuantía» y que científicos alemanes y japoneses investigaban las posibilidades de una guerra biológica. El 2 de mayo, Dulles comunicó que los alemanes experimentaban con un arma que congelaría la atmósfera, dejándola en una temperatura de 250 º C bajo cero mediante un sistema de tubos conectados al fuselaje de sus cazas, que sobrevolarían a los bombarderos aliados y les lanzarían el hielo. «Los nazis consideran que estos resultados serán definitivos».

Fritz Kolbe, un diplomático poco destacado nacido en 1900 que prestaba servicio como correo para el Ministerio de Exteriores alemán, llegó a Berna en el verano de 1943 con un maletín cargado de documentos secretos que, en primera instancia, ofreció a los británicos. El temor casi patológico a tratar con alemanes desafectos —recuérdese el fiasco de Venlo— llevó al MI6 a rechazar la oferta. El alemán se dirigió entonces a Dulles, que lo recibió con los brazos abiertos y lo anotó entre los suyos con el nombre en clave de «George Wood». En adelante, el correo escamotearía más de 1600 documentos clasificados para los estadounidenses, entre los que figuraban algunos relativos a la localización de las plantas V-1 y V-2; sobre el asalto de «Cicerón» a la cartera del embajador británico en Ankara; el genocidio en Hungría, además de un nada desdeñable volumen de información relativa a los japoneses. Los británicos, en especial Claude Dansey, continuaron insistiendo en que Kolbe era un agente doble. Lo cierto es que el alemán no era más que un funcionario sin rasgos destacables, que llamaba poco la atención de sus señores, pero con un profundo sentido de la decencia que lo movió a desafiarlos y traicionarlos.

Dulles no era querido entre los del MI6, cuyos jefes aseveraban que «se dejaba arrastrar con facilidad por cualquier propuesta llamativa que pudiera darle notoriedad». Dansey también descartaba al jefe de la OSS en Berna: «En todas partes, los americanos "tragan con facilidad y no son críticos[57]"».

Tanto Broadway como Hans Gisevius advirtieron a Dulles de que algunos códigos estadounidenses estaban comprometidos, pero los norteamericanos tardaron en procesar el aviso y en cambiar las claves. Dansey cometió un error al dudar de la autenticidad de Gisevius y Kolbe como fuentes, pero tuvo razón al insinuar que Dulles era un ingenuo, en especial en lo tocante a la resistencia alemana. Aunque sus miembros se opusieran al nazismo, existía entre ellos una mayoría conservadora y nacionalista que abrigaba extraordinarias ilusiones con respecto al hecho de que las negociaciones con los Aliados tras la caída del régimen permitirían a Alemania conservar las crecidas fronteras impuestas por Hitler.

Dulles contó poco a Washington de los atroces beneficios que los suizos estaban obteniendo del conflicto, en especial del tráfico que estos mantenían con los nazis y del botín arrebatado a los judíos tras la masacre semita en Europa. Sin duda conocía algunos de estos hechos, pero probablemente no deseaba sacar a relucir unos trapos sucios que podrían haber puesto en riesgo su amistosa relación con las autoridades suizas y la seguridad de su base de operaciones; ni el MI6 ni la estación de la OSS sufrieron un hostigamiento semejante al que el servicio de inteligencia de Roger Mason lanzó sobre la red de «Lucy» soviética.

Los estadounidenses tenían mucho que contar sobre el armamento secreto alemán, y con su información se confirmaban otros datos que llegaban a los despachos aliados en Occidente desde distintas fuentes. El 24 de junio de 1943, Dulles hizo llegar un dossier razonablemente preciso acerca de las pruebas de cohetes en Peenemünde donde afirmaba que se esperaba una producción cuantiosa a partir de los meses de septiembre u octubre, y que los modelos superiores continuarían en fase de experimentación. Mencionaba asimismo la existencia de un cañón gigante de largo alcance, pero añadía que no contaba con los conocimientos técnicos para valorar su potencial. El 9 de septiembre de 1943, advirtió de que «se debía prestar seria atención al cohete bomba», y en el mes de diciembre identificó al «profesor [Werner von] Braun» como la figura clave en el desarrollo de este artefacto. El día 10 de diciembre informó de que los alemanes habían conseguido equipar algunos de sus submarinos con dispositivos de toma de aire Snorkel. También transmitió datos sobre el programa de investigación nuclear alemán, aunque no pudo dar respuesta a la pregunta verdaderamente crucial: ¿cuánto les faltaba a los científicos de Hitler para construir la bomba[58]?

En cuanto a la horrible situación de los judíos en Europa, el 10 de marzo de 1943 Dulles comunicó a Washington que, hasta la fecha, en aquel año se había procedido al arresto de 15 000 alemanes de origen semita. El 12 de junio describió la furia de Hitler hacia el régimen de Budapest porque este se había negado a entregarle la minoría judía en su nación. No obstante, en líneas

generales, las fuentes de inteligencia en Berna y las aliadas en su conjunto evitaron la cuestión del Holocausto, incluso en estadios posteriores de la guerra. No ha de considerarse que esto se debía a una conspiración de silencios, sino al hecho de que, por una parte, se sabía que los nazis estaban practicando matanzas en innumerables localidades de Europa —contra polacos, griegos, franceses, prisioneros rusos, yugoslavos, italianos— y, por otra, no supo apreciarse que la magnitud y naturaleza del genocidio judío excedía con creces la de cualquier otra manifestación de asesinato en masa. Los recopiladores de inteligencia se centraron de un modo abrumador en transmitir y analizar la información que estimaban relevante para ganar la guerra, sin pretender esclarecer la horrible situación de las víctimas de Hitler.

El 12 de junio de 1943, Dulles hizo llegar a Washington un borrador de Gisevius en el que se abordaba el control personal de Hitler en las operaciones militares; el hecho de que el desastre de Stalingrado fuera la consecuencia de que el Führer hubiera confiado en las garantías ofrecidas por Göring en cuanto al suministro para la guarnición por vía aérea; que las decisiones tomadas en Berlín para reforzar el norte de África implicaban un desafío al consejo de sus generales. Dulles identificó en Kluge y Manstein a los comandantes alemanes más capacitados, pero en ningún momento dijo que estos o alguno de sus colegas tuvieran el coraje de resistirse a la voluntad del Führer. Esta era una base útil y razonablemente detallada para los estrategas en Estados Unidos.

Toda la inteligencia que llegó a los comandantes aliados antes de los desembarcos anglo-estadounidenses en Sicilia el 9 de julio de 1943 y en Salerno el 3 de septiembre de aquel mismo año confirmaba la intención de Hitler de abandonar el sur de Italia. El 7 de julio, Dulles cablegrafió desde Berna comunicando el parecer de sus informadores alemanes según el cual Berlín pretendía ensañarse con el pueblo italiano pero que la Wehrmacht no ofrecería gran resistencia en el sur y que todo dependía de la defensa del valle del Po. El 29 de julio fue más allá y declaró: «Tenemos noticia de que las tropas nazis están desalojando el sur de Italia», el mismo mensaje que llegaba a los jefes del Estado Mayor conjunto a través de Ultra. No tenían medios para anticipar que Hitler cambiaría de opinión cuando Kesselring, tras vérselas con los ejércitos anglo-estadounidenses en Salerno, anunciara que se veía capaz de contenerlos en el sur durante varios meses.

El tema dominante en los informes de Dulles a Washington durante los dos últimos años de guerra se centraba en el hecho de que si Estados Unidos apoyaba a los movimientos de oposición al nazismo, Hitler podría ser derrocado y se negociaría una paz con un nuevo régimen moderado. El 23 de agosto de 1943, este mandó un mensaje conmovedor en que insinuaba que en Alemania se había instalado un estado de ánimo desesperado: «No se ven

generales políticamente sólidos, pero se sabe que Falkenhausen y Rundstedt son ambos antinazis. Göring está eclipsado y en Berlín corre el rumor de que ha intentado pasar a Suecia. Bormann y Himmler están en disputa». Al día siguiente, llegó otro aún más optimista: «todo puede suceder en Alemania… Si continuamos presionando, lo más probable es que [Hitler caiga] antes de fin de año». El 19 de agosto rogaba: «¿Acaso no podemos hacer nada durante la conferencia [entre Roosevelt y Churchill] en Quebec para ganarnos a las masas en los países del Eje?… Si tomamos medidas coordinadas tanto en el terreno de la guerra psicológica como en la militar, podemos derribar a Alemania y terminar con la guerra este mismo año».

Durante meses, Washington continuó dudando del material que Allen Dulles transmitía a partir de Fritz Kolbe, puesto que lo estimaban demasiado bueno para ser cierto. El de la OSS acertaba al resaltar que solo el ejército alemán tenía poder para eliminar a Hitler, y que los pensamientos en Alemania estaban dominados por el miedo a los soviéticos. El 6 de diciembre de 1943 anunció: «Tal vez en Washington resulte difícil concebir el alcance del temor real hacia Rusia en esta parte del mudo». Buena parte de la información que recabó al respecto de las tensiones y los cambios de poder en el seno de la jerarquía nazi era rigurosa, como en el caso de un mensaje de noviembre de 1943 en el que indicaba que Himmler ya no contemplaba la posibilidad de ganar la guerra por vía militar, y que Speer era por entonces el supremo de economía. En enero de 1944, empezó a mandar información sobre las esperanzas de los grupos de la resistencia alemana de acabar con Hitler. En su mayoría, las noticias políticas de la OSS en Berna sobre la situación en Alemania estaban bien documentadas, pero Dulles no demostró tener gran conocimiento de los asuntos militares, como cabía esperar de un abogado. Como tantos otros combatientes en la guerra secreta, sobrevaloró en mucho la capacidad de los movimientos de la guerra y, en especial, los de la Resistencia francesa, en su contribución al avance de los ejércitos aliados, aunque acertó al criticar sin ambages a la administración de Roosevelt por rechazar a De Gaulle como legítimo abanderado de la Francia Libre.

En los últimos años de la guerra, el MI6 y la SOE dejaron traslucir cierta envidia al tener que afrontar el bochorno de que la hueste de europeos, de todas las tendencias políticas, que vendía información o trataba de medrar buscase a Dulles, por entonces el pez gordo en Estados Unidos, en lugar de a los agentes británicos. Este cablegrafió a Washington el 30 de julio de 1944, condenando a los británicos que trataban de reclamar su autoridad sobre los partisanos franceses e italianos: «Lamento comunicar que la actitud general del jefe de la Zulu-SOE en Berna es la de intentar monopolizar las relaciones con la Resistencia». Puso gran empeño en recabar material sobre las órdenes de batalla de la Wehrmacht, aunque los resultados eran menos precisos y

exhaustivos que los obtenidos a través de Ultra. En una ocasión, informó de que el Tirpitz zarparía al cabo de nueve días, aunque el acorazado estaba entonces fuera de servicio[59]. El 29 de abril de 1944, insistió para que se lanzasen agentes de la OSS en paracaídas, así como armamento y equipos, sobre los campos de prisioneros de guerra para que los internos dispusieran de medios para amotinarse: «Unos pocos alzamientos como estos entre los presos tendrían un efecto psicológico terrible en Alemania». He aquí un ejemplo del tipo de absurdos que a veces declaraban la OSS y la SOE: poner en práctica un plan semejante habría desencadenado una masacre de presos de guerra aliados y tampoco se habría obtenido ninguna ventaja militar.

El 19 de febrero de 1944, Dulles mandó un extenso despacho en el que, una vez más, recordaba la importancia de construir los cimientos para una Alemania derrotada: «Hoy, lo único que importa verdaderamente es saber si el destino de Europa se regirá por el control y la dirección de unas fuerzas regeneradoras constructivas o si prevalecerán las de la desintegración y la anarquía». No dejó de repetir que los Aliados debían embarcarse sin mayor tardanza en un proyecto de colaboración con la resistencia alemana para crear un gobierno a la espera, de centro-derecha, que ofreciera una alternativa creíble al comunismo. El fallo en todas estas teorías radicaba en que se ignoraba la realidad sobre el terreno: los rusos arremetían hacia el oeste y estaban haciendo la mayor parte de trabajo para destruir a los nazis. La política adoptada por los gobiernos británico y estadounidense, que se centraba en una victoria militar seguida de una ocupación del territorio alemán, era el único rumbo realista teniendo en cuenta que cualquier plan político que implicase a las facciones alemanas habría abierto una catastrófica brecha con Moscú.

El 7 de abril de 1944, Dulles informó de que la oposición alemana, capitaneada por el general Ludwig Beck, estaba preparada para movilizarse contra Hitler. Diez días más tarde añadía: «No creo que haya oficiales militares nazis capacitados y preparados ya para lanzar contra nosotros el Frente Occidental. Sin embargo, sí creo que el derrumbe alemán podría llegar en unos meses más si conseguimos un punto de apoyo sólido en el oeste». No dejó de solicitar a Washington autorización para ofrecer incentivos políticos a la oposición nacional a Hitler, sin resultados. El día 10 de julio de 1944, diez días antes de que explotase la bomba de Stauffenberg, comunicó por radio a Washington: «No se prevé una revolución [en Alemania]; el pueblo está demasiado apático y la vigilancia policial es muy estricta. La caída solo se producirá con la llegada de las tropas aliadas. Por otra parte, no es probable que aquí se desarrolle un Badoglio. Los movimientos de oposición no están en condiciones de dar semejantes pasos». Tres días más tarde, sin embargo, advirtió a Washington con cierto retraso de que se podría estar gestando una

acción importante en Alemania, aunque «no anticipo ningún éxito».

Aquel mismo mes, especuló con la posibilidad de que la quietud de la flota de submarinos pudiera significar que se estaba preparando para evacuar a la cúpula nazi hacia Japón. El 9 de agosto afirmó que el general Stulpnagel había intentado suicidarse en París. Ofreció un relato realista sobre el ánimo en Alemania tras el fracaso del complot para asesinar a Hitler y el 19 de agosto los alemanes estaban demasiado ocupados con sus miserias y privaciones cotidianas como para demostrar interés por la política o preocuparse por otras cosas que escapasen al ámbito de lo personal. Escribió asimismo sobre su actitud con respecto al bombardeo aliado: «Su reacción a los insistentes asaltos se parece más a la de un animal herido y enjaulado sin posibilidad clara de huir… Los alemanes no ven otra salida que continuar con la batalla[60]».

El 18 de enero de 1945 anunció: «Noruega e Italia podrían ser los primeros escenarios en que se inicie la retirada de [los soldados] alemanes». Creía firmemente en que los nazis tratarían de conservar a la desesperada su «reducto» en el sur de Alemania durante la primavera de 1945 y no demostró gran perspicacia al declarar el 21 de marzo de 1945: «En conjunto, los rusos dispensan a los alemanes en el territorio ocupado un trato justo… Los alemanes sienten que los rusos están realizando la ocupación con éxito y existe un sentimiento cada vez más extendido de que conseguirán más triunfos que los ingleses o los norteamericanos». Dulles lideró la cruzada estadounidense para que Austria y su pueblo fuesen tratados como víctimas de Hitler, en lugar de como cómplices, lo que ayuda a comprender por qué la mayor parte de criminales de guerra austríacos se libró de la censura.

En defensa de Dulles cabe señalar que se equivocó allí donde falló también la mayoría de oficiales de la inteligencia de todas las nacionalidades. Abrió un canal para que los antinazis se comunicasen con Washington, aunque de aquellos intercambios no se obtuvo ningún beneficio práctico. Tal vez la consecuencia más destacable de sus contactos con la Resistencia fue alimentar la paranoia soviética con respecto a la posibilidad de que los aliados occidentales firmasen una paz en secreto con Alemania. Los agentes rusos situados en las altas esferas estadounidenses los mantuvieron bien informados de los contactos de Dulles con los alemanes y, en ocasiones, también de algunas reuniones que no fueron sino el producto de la fértil imaginación de los traidores. El 14 de junio de 1944, por ejemplo, la estación del NKVD en Washington anunció a Moscú que Dulles había comunicado al Departamento de Estado la visita que él mismo recibió en Berna del general Walter von Brauchitsch del Estado Mayor alemán y que este le ofreció la paz en nombre de la Wehrmacht a condición de que ningún soldado soviético entrase en suelo alemán. Cordell Hull, el secretario de Estado, había

respondido a Dulles que «los americanos no llevarán a cabo negociaciones con los alemanes sin el resto de aliados[61]». La misma señal indicaba que Dulles había recibido insinuaciones de destacados alemanes que le ofrecían evacuar los territorios ocupados por los aliados occidentales si estos les permitían continuar con su lucha contra la URSS.

Los testimonios sugieren que Dulles, al terminar la guerra, no era merecedor de la imagen que proyectaba como príncipe de los espías. Sus aciertos fueron la consecuencia del contacto con informadores alemanes que se acercaban a él por su condición de estadounidense conocido y accesible, más que por su labor como recluta de espías, en modo alguno destacable, o por sus capacidades de analista. La cobertura diplomática, cuando era buena, resultaba tan provechosa, si no más, que el trabajo de los espías en el campo enemigo. Pável Sudoplátov escribió: «Casi el 80% de la información de inteligencia en materia política no proviene de los agentes sino de los contactos confidenciales». Estas fuentes se conseguían en las embajadas o en las cancillerías, pero no en las citas clandestinas en una esquina de la calle, y es interesante comparar el tono de los informes de Dulles con algunos despachos de los embajadores aliados en capitales neutrales. El 30 de noviembre de 1942, por ejemplo, el embajador británico en Estocolmo escribió a Londres dando cuenta de una conversación mantenida con un sueco bien situado que acababa de regresar de Berlín. Uno de los hombres de Moscú en Whitehall, probablemente Donald Maclean, pasó estos datos amablemente al NKVD, de modo que también los leyera Beria[62].

Sir Victor Mallet, el embajador, aseveró que todas las decisiones estratégicas relevantes las tomaba ahora Hitler, casi siempre en contra de la opinión clara de los miembros de su Estado Mayor. Los oponentes al régimen dentro del ejército «podían, en determinadas circunstancias, convertirse en instigadores de un amotinamiento», pero Himmler y las SS poseían una fuerza inmensa y resultaban «muy peligrosos». A juicio del informador de Mallet, se necesitaría una serie de graves derrotas militares para que el régimen nazi fuese vulnerable. Los alemanes más perspicaces, sin embargo, eran plenamente conscientes de que la Wehrmacht se enfrentaba a una crisis en el Frente Oriental (en Stalingrado): «los civiles en Berlín pueden imaginar los horrores de las masacres rusas en Alemania si esta pierde la guerra. Estos temores, por encima de cualquier otra cosa, frenan a la oposición antinazi en sus acciones… Los líderes civiles y militares de la oposición saben a ciencia cierta que es imposible todo cese de las hostilidades entre los Aliados y Hitler o alguno de los de su camarilla».

Esta era una valoración indiscutible del ánimo que imperaba en Alemania, redactada por un reputado diplomático, y cuesta imaginar en qué podría haberla mejorado cualquier agente secreto o descifrado de señales. Las

observaciones de Mallet coincidían mucho con las de la OSS de Berna. Allen Dulles podría haber actuado con la misma eficiencia que el embajador estadounidense; su primera fuente en Hungría, por ejemplo, no era un espía sino el barón Bakach-Bessenyey, ministro húngaro. El jefe de la estación de la OSS era un abogado neoyorquino inteligente que ignoraba más cuestiones en materia de inteligencia, asuntos internacionales y sobre desarrollo de la guerra en Europa de lo que él mismo imaginaba. Fue una suerte que la administración en Washington no atendiese sus ruegos para negociar con la oposición alemana: era tremendamente débil y sus expectativas se apartaban tremendamente de la realidad. Si los norteamericanos hubieran abierto conversaciones bilaterales con los alemanes o con algún otro partido, el trato con los rusos habría resultado aún más difícil de lo que ya era. Así las cosas, se desencadenó una tormenta cuando, sin el consentimiento soviético, Dulles dispuso las condiciones para la rendición de las tropas alemanas en Italia con el teniente general Karl Wolff el 2 de mayo de 1945, tres días antes de la capitulación general. Tal vez el aspecto más destacable de aquellas negociaciones fue que Dulles pudo colocar a un operador de radio de la OSS con un valor fuera de lo común —un checo llamado Vaclav Hradecky, «El Pequeño Wally»— en el cuartel general de Wolff, en la Italia septentrional, desde donde aquel transmitió a Berna durante semanas y, además, vivió para contarlo.

Tras completar un estudio exhaustivo de los informes de guerra de la OSS emitidos desde Berna, Neal Petersen escribió: «Es difícil dar con una sola muestra de un informe de Dulles que tuviera un impacto directo en la toma de decisiones políticas de alto nivel[63]». Como tantos otros materiales de la OSS, los despachos de Dulles desaparecían en las fauces de la burocracia de Washington, sin alterar el parecer ni el sentir de los jefes del Estado Mayor, en Estados Unidos o en la Casa Blanca, más receptivos a su dosis diaria de Ultra, como también hiciera Winston Churchill.

12

Los partisanos de Rusia: Sembrando el terror en ambos lados del frente

El 3 de julio de 1941, la primera emisión de radio de Stalin al pueblo soviético se hizo eco del toque a rebato que Churchill había dirigido a las naciones ocupadas de Europa: «Someteremos al enemigo y a sus colaboradores a las peores y más insoportables condiciones; deben ser perseguidos y aniquilados donde quiera que se hallen». Lo que sucedió luego en las vastas extensiones del imperio soviético en los tres años siguientes se ha convertido en parte de la heroica leyenda de la guerra de Rusia, una historia de sus pueblos unidos en la resistencia al bárbaro invasor. Sin embargo, las pruebas de las que hoy disponemos presentan una historia más compleja. A partir de 1943, las operaciones de guerrilla en el Frente Oriental cobraron mayor importancia que las que se libraban en cualquier otro frente de la guerra. Los partisanos podían operar con mayor facilidad en los bosques de Rusia, en sus montañas y en parajes tales como los pantanos de Pripyat que en casi todo el territorio de la Europa occidental. Stalin no paraba en mientes, sin remilgos burgueses, con respecto al número de víctimas ni de daños colaterales infligidos a los civiles. El testimonio de muchos partisanos en tiempo de guerra demuestra que se llevaba a cabo una doble campaña de terror: contra el Eje y contra millones de personas de su propio pueblo que no manifestaban lealtad hacia el sistema político de Stalin, ni voluntad de arriesgarlo todo para restaurarlo. En este aspecto, como en tantos otros, la lucha en el Este asumió unas cotas

de ferocidad extraordinarias, y quienes participaron en ella sufrieron experiencias mucho más sangrientas que los combatientes de la Europa occidental.

En los primeros años de la guerra, los partisanos de Stalin se enfrentaron a las mismas dificultades que sus homólogos en otros lugares: carecían de organización, de armas, de aviación para el transporte de suministros y de aparatos de radio. Pável Sudoplátov afirmó en sus memorias que el NKVD había realizado elaborados preparativos para sus operaciones en la retaguardia en los inicios del avance alemán. Es falso. En la década de 1930, Stalin había desmantelado por entero la red de bases y cuadros partisanos en todo el país, por considerarlos una amenaza hacia su propia autoridad. Numerosos líderes guerrilleros, veteranos de la guerra civil, fueron asesinados en las Purgas. A lo largo de los últimos meses del 1941, Sudoplátov y sus compañeros se vieron obligados a esforzarse y escarbar en todas partes, a improvisar en sus labores de recopilación de inteligencia y en la organización de los grupos de partisanos. Sus primeras operaciones resultaron caóticas, costosas e infructuosas. Casi todos los hombres reclutados carecían de experiencia y otros muchos no demostraban el menor entusiasmo. Muchas veces se los destinaba a regiones —Ucrania en especial — cuyos habitantes habían celebrado verse liberados por los alemanes de la odiada tiranía estalinista. La población local veía a los partisanos como los títeres de Moscú, en lugar de como patriotas, como una amenaza para sus hogares y como los rivales en un momento de terrible carestía de alimentos. Por otra parte, hasta la batalla de Stalingrado, los alemanes aparecían como los vencedores y los soviéticos como los perdedores. En los estados bálticos, durante los meses previos a la «operación Barbarroja», Beria había llevado a cabo algunas purgas en las que se ejecutó a decenas de miles de personas o fueron confinadas en el Gulag, lo que explica por qué tantos lituanos, estonios y letones recibieron con los brazos abiertos a los hombres de la Wehrmacht. Aunque la SOE británica no hizo ningún esfuerzo para tratar de estimular la revuelta a gran escala en la Europa ocupada entre 1940 y 1944, en las desesperadas circunstancias de la Rusia asediada, miles de hombres se embarcaron en operaciones a la estela de Barbarroja. Rusia acusaba un peaje en vidas tan terrible que las bajas partisanas pasaron desapercibidas en el inmenso caldero de sangre que habían puesto a cocer Hitler y Stalin.

Los guerrilleros solo pueden nadar en un mar de simpatizantes locales, como dijera Mao Zedong. En Ucrania, el principal blanco en los incipientes y torpes intentos de Moscú para fomentar la guerra de guerrillas, pocos cumplían este perfil. El secretario del Partido Comunista local recibió un informe del comisario Vasili Sergienko donde se daba cuenta de las operaciones partisanas en el primer año de la guerra, en suelo soviético. El

NKVD, señalaba este, afirmaba haber creado 1874 grupos, con una fuerza total de 29 307 efectivos[1]; sostenía que había enviado a 776 agentes y mensajeros para que colaborasen con aquellas bandas. Sin embargo, el 1 de mayo de 1942, el Centro de Moscú reconoció apenas 37 grupos operativos en Ucrania, con una fuerza conjunta de 1918 hombres. ¿Qué había sucedido con el resto? Algunos se rindieron a los alemanes en cuanto se les presentó la oportunidad, mientras que otros fueron capturados o asesinados. Muchos se limitaron a dejarse perder en las comunidades locales, donde nadie podía encontrarlos, y abandonaban la misión. No hubo coordinación entre los órganos del partido y sus rivales en las organizaciones de inteligencia; todos crearon sus propias fuerzas. Sergienko se quejaba en su informe de 1942: «La responsabilidad de la infiltración de grupos de partisanos al otro lado de las líneas enemigas se confía con frecuencia a personas que carecen por completo de experiencia… Los grupos de partisanos reciben instrucciones y tareas contradictorias».

Tanto el NKVD como el GRU lucharon por acceder a los escasos aviones disponibles. La situación solo empezó a mejorar en mayo de 1942, cuando se creó un grupo central para dirigir todas las operaciones de guerrilla, seguido al poco por el grupo de transporte aéreo partisano, controlado directamente por el partido. Todos los grupos contaron además con células del NKVD, la mayoría de las cuales estaban formadas por entre cincuenta y cien hombres. La escasez de armas y suministros no se palió. Lo peor que el general Franz Halder, comandante de Hitler en el Este, pudo decir acerca de los partisanos en 1942 fue que constituían «una cierta molestia». Solo en dos zonas del noreste de Ucrania los guerrilleros actuaban con eficiencia por entonces, e incluso más tarde en la guerra; la supervivencia de tales bandas exigió contar con bases en las zonas boscosas, donde los alemanes debían realizar grandes esfuerzos para localizarlas y destruirlas.

El líder de uno de los grupos, un camarada llamado Kovpak, envió un memorando al comisario ucraniano Nikita Jruschov, el 5 de mayo 1942, refrendado por el comisario de su propia banda, en el que afirmaba sin rodeos que los civiles «quedaron desmoralizados por la retirada del Ejército Rojo y el reino del terror alemán, mientras que ciertos estratos de la población así como algunos pueblos y aldeas ucranianos se alegraron de la llegada de las tropas de ocupación y demostraban hostilidad hacia los partisanos y el régimen soviético». El 21 de agosto 1941, Mijailov Kartashev, un agente del NKVD en Kiev, escribió a Sudoplátov en Moscú, retratando el sombrío panorama de caos en las operaciones de los partisanos: «¡Querido Pável Anatolievich! Esta carta es privada ya que las cuestiones que abordaré no entran directamente en mis competencias. Yo no tomo parte en la gestión de nuestros órganos en Kiev… Toda la información que sigue a partir de ahora

se ha obtenido sin consultar a los oficiales del Comisariado del Pueblo, y por lo tanto es estrictamente veraz… Es difícil decidir quién lo hace peor, pero no cabe duda de que el trabajo de nuestras organizaciones deja mucho que desear». Kartashev describía luego el destino de un grupo de 150 efectivos establecido en Járkov, que había recibido órdenes de cruzar las líneas en Besarabia. Sus hombres emprendieron la marcha sin guías ni mapas, vestidos con ropas de ciudad y pertrechados, solo la mitad de ellos, con pistolas o fusiles. Avanzaban sin órdenes, sin radios, sin contraseñas para poder regresar de nuevo al territorio controlado por los soviéticos. Como solía acontecer con la mayoría de estas partidas, jamás se volvió a saber de ellos. Kartashev continuaba: «Solo disponemos de información sobre el destino de los grupos de partisanos si los supervivientes logran atravesar las líneas y vuelven». Carecían de datos sobre el despliegue del enemigo: «Usted probablemente ha leído documentos sobre casos en que unos partisanos que han intentado cruzar las líneas fueron "rechazados". Es un aserto totalmente falso, porque no existe un frente continuo, solamente concentraciones alemanas y, por supuesto, los que cruzan las líneas chocan contra ellas si no tienen idea de dónde se encuentran».

En una ocasión, se dio un episodio de este tipo —digno de una historia de humor negro— cuando un tal sargento Bondarenko guiaba a una partida que se dirigía en camiones a un encuentro en que sus hombres abandonarían los vehículos y cruzarían las líneas enemigas a pie. Un centinela del Ejército Rojo hizo señales al convoy para advertirle de que en adelante solo se encontrarían alemanes; pero nadie prestó atención. Los partisanos continuaron alegremente hasta verse abatidos por una lluvia de fuego que terminó con la vida de su comandante y de la mayor parte de los integrantes. Los supervivientes huyeron de vuelta a las líneas soviéticas, sin armas ni vehículos. Otra partida fue rechazada con una descarga de morteros alemanes, lo que supuso la pérdida de un buen número de hombres; los que no perecieron pasaron cinco días escondidos en un pantano hasta iniciar el lento regreso a las líneas soviéticas.

Kartashev, del NKVD, hizo una relación de las deficiencias partisanas en términos de armamento y pertrechos: estos solo disponían de fusiles para la mitad de sus fuerzas y de cuarenta balas por hombre, que debían llevar en el bolsillo o en las botas, porque tampoco contaban con bandoleras o mochilas[2]. Algunos no tenían munición en absoluto. Desde Járkov llegó un grupo integrado por cuadros del partido, tan motivados como armados, que se desplegó sin tardanza para proteger antes la sede local del NKVD que involucrarse en el combate. Kartashev observó con desdén que los informes oficiales enviados a Moscú no solo no admitían estos fiascos sino que además pretendían defender que las operaciones de guerrilla se estaban realizando

con éxito. La mendacidad institucionalizada del sistema soviético era inalterable.

Sin embargo, unos pocos informes oficiales denunciaron la verdad, como el fechado el 21 de noviembre de 1941 y dirigido a Nikita Jruschov. Este daba cuenta de las experiencias de un batallón del 1.er Regimiento Partisano del NKVD en agosto, cuando fue sorprendido por los alemanes mientras descansaba en el pueblo de Osintsy, cerca de Zhitomir. Se libró un combate de dos horas en el que perdieron la vida el comandante del batallón, su jefe del Estado Mayor y el comisario. Sobrevivieron tan solo dos hombres de cada cien, que regresaron a las líneas soviéticas y contaron su desventurada historia. El informe para Moscú concluía: «Podemos suponer que el fracaso del 1.er Batallón se debió a lo siguiente: la elección inadecuada del punto en que hacer un alto; la falta del reconocimiento previo imprescindible y una seguridad débil que permitió a los alemanes acercarse sin ser percibidos a menos de 50 metros; y, por último, la posible traición de la unidad por parte de dos guerrilleros que habían desertado la noche anterior a la batalla (Levkovets no sabe sus nombres). Comisario de Asuntos Internos del Pueblo de la República Socialista Soviética de Ucrania, Savchenko. 21 de noviembre de 1941[3]».

Sin embargo, otro informe enviado a Jruschov, el 24 de noviembre de 1941 y señalado como ALTO SECRETO, relata la suerte de un grupo comandado por un khalyava, que regresó de una misión. Había iniciado la marcha con veinticuatro hombres, elegidos a dedo por creer que se trataba de fervientes activistas del partido, aunque carecieran de experiencia militar. La mayor parte se rindió a los alemanes de la Kommandatur en Krasnoarmeisk, a las pocas horas de ser ocupada la ciudad, y se convirtieron en chóferes de la Wehrmacht[4]. Él regresó solo a las líneas rusas el 18 de noviembre. Un grupo de cuarenta y siete hombres enviados a Kiev, aún en manos rusas, recibió orden de cruzar la línea del frente y dirigirse a Vinnitsa y Berichev; al frente iba el comandante Rudchenko, a quien se hizo entrega de una radio, gesto poco habitual. En cuestión de días, Kiev fue invadida por los alemanes. Lo siguiente que supo el NKVD de Rudchenko fue que se le había visto rendirse a los ocupantes junto con la mayoría de sus hombres. El testigo presencial, un joven teniente que más tarde llegó a ocupar un puesto de responsabilidad en el Ejército Rojo, más al este, afirmó haber advertido al supuesto líder partisano de que estaba a punto de cometer una traición, pero este había ignorado el aviso. El informe concluía de forma un tanto misteriosa: «Se han tomado medidas para verificar esta información. Comisario de Asuntos Internos del Pueblo de la República Socialista Soviética de Ucrania, Savchenko. 24 de noviembre de 1941[5]».

Más tarde durante la guerra, la Unión Soviética identificó, y ensalzó, a

varios grupos que habían sobrevivido durante meses en las catacumbas, bajo el suelo de la ciudad de Odesa en el mar Negro, ocupada por las fuerzas del Eje durante 907 días; en 1969 se abrieron los túneles y el museo conocido como «Memorial para la Gloria del Partisano». El relato oficial describe cómo, antes de que Odesa cayera en octubre de 1941, el Komsomol, las Juventudes del Partido Comunista, celebró reuniones locales con el fin de planificar la resistencia en territorio enemigo. El testimonio posterior ofrecido por los veteranos, sin embargo, destacaba que se trató de una orgía de loca embriaguez, seguido de peleas y puñetazos entre los hombres del NKVD de Moscú y de Odesa. En los largos meses que se siguieron, grupos de los servicios secretos rivales luchaban entre sí con mayor energía que contra los alemanes. Un oficial de Moscú, el capitán Vladimir Molodstov, un exminero al que los alemanes apresaron y ejecutaron en julio de 1942, fue honrado como héroe de la Unión Soviética. Tras su captura, sin embargo, uno de sus rivales, el teniente Kuznetsov, miembro del NKVD de Odesa, declaró haber desarmado y asesinado a todos los hombres de Molodstov excepto a uno, porque a su juicio habían conspirado contra él.

El 28 de agosto, Kuznetsov disparó a otro hombre por robar un pedazo de pan. Un mes más tarde, mató a otros dos por coger alimentos y por «indisciplina sexual», fuera lo que fuera lo que significase aquello. Transcurrido un mes, el propio Kuznetsov —que, si no estaba desquiciado, era indudablemente un salvaje— fue asesinado por uno de sus propios hombres en un refugio subterráneo al que se conocía como «la Fábrica Espejo». Solo tres oficiales del NKVD sobrevivieron y su estado mental hubo de ser terrible. Abramov, el hombre que había matado a Kuznetsov, instó a la rendición. Otro oficial prefirió abandonar las catacumbas y pasó los meses de ocupación escondido en el piso de su esposa. Tras la liberación de la ciudad, afirmó haber matado a Abramov, pero este oficial había logrado sobrevivir de algún modo. El último de los tres, Glushenko, también consiguió vivir para ver Odesa en manos del Ejército Rojo, aunque luego regresó a las catacumbas con algún propósito poco claro y pereció cuando le explotó una granada en la mano. Esta crónica está plagada de incoherencias y de testimonios poco convincentes. La única certeza es que el «grupo de partisanos» solo consiguió padecer una experiencia subterránea muy dura que terminó con la vida de la mayoría de sus integrantes.

Igual suerte corrió otra partida de las mismas características, cuya historia se conoce solo por un informe de la inteligencia dirigido a Ion Antonescu, el primer ministro de Rumanía, aliado de Hitler, fechado el 18 de abril de 1942. Se basaba en los interrogatorios a los que se sometió a los supervivientes de las catacumbas apresados y tiene ciertos visos de autenticidad. El grupo ruso, cuarenta hombres elegidos por la jerarquía del partido local, estaba

comandado por dos capitanes: Frolov y Lemichik. El 10 de septiembre de 1941, estos recibieron órdenes de penetrar en el sector rumano del frente del Eje, pero fueron descubiertos y regresaron en desbandada a Odesa, reducidos a un total de dieciocho efectivos. Cuando el enemigo empezó a extender su dominio en la ciudad, doce de ellos se refugiaron en las catacumbas, que fueron aprovisionadas de forma apresurada, en tanto serían su alojamiento a la espera de una oportunidad para desarrollar las labores de espionaje y las operaciones de sabotaje. Un día de octubre, este grupo, que contaba ya con dos esposas y recibía las órdenes de Aleksandr Soldatenko, descendió a su refugio secreto a través de una entrada en el número 47 de la calle Dalnitskaya.

No es difícil imaginar la tensión, la incertidumbre y el terror de aquellos hombres durante los días y las noches que se siguieron, guarecidos bajo tierra en una ciudad en manos del enemigo. El grupo estaba bien armado, pero ¿con qué propósito? Tres veces, a principios de noviembre, un partisano, Leonid Cherney, se arriesgó a subir a la superficie durante la noche, en un intento de establecer contacto con una emisaria. Fracasó y regresó para informar de que los ocupantes estaban por todas partes, sin remedio. El 13 de noviembre, la policía de seguridad rumana, que había sido advertida de la partida que se ocultaba bajo el suelo, intentó penetrar en las catacumbas. De resultas de ello, se desató un tiroteo en la oscuridad que sirvió para convencer a los rumanos de que lo más sencillo sería encerrar a los enemigos sellando las entradas de las catacumbas. A partir de entonces, no se volvió a saber de la partida de Soldatenko, hasta el mes de febrero de 1942. Las penurias sufridas durante aquel lapso de tiempo fueron de las peores en la guerra. Varios partisanos sucumbieron a la desesperación y al hambre cuando se agotaron las provisiones, y exigieron que el grupo saliera de allí y se rindiera. La propuesta fue rechazada de plano por Soldatenko. Un hombre llamado Byalik y su esposa Zhenya, que continuaron defendiendo la rendición y eran más vulnerables por no ser miembros del partido, fueron asesinados de un disparo. En los días y las semanas que se siguieron, también sirvieron para alimentar al resto.

Las disputas y resentimientos no desaparecieron entre los supervivientes. El 1 de febrero de 1942, cuatro hombres lograron escapar a través de una salida que no había quedado bien sellada y más tarde tuvieron la temeridad necesaria para lanzarse hacia sus hogares. Tres de ellos fueron delatados sin tardanza por sus vecinos y cayeron presos de los rumanos, aunque un cuarto logró huir.

Los ocupantes de Odesa bombearon entonces con gas y humo las catacumbas para deshacerse de los partisanos. Se desató el pánico entre los que aún quedaban y estalló una rebelión, en la que Soldatenko y su esposa

Elena murieron también de un disparo. Tras comprobar que la huida era imposible, los tres supervivientes regresaron a la guarida subterránea y allí subsistieron durante varios días comiéndose a pedacitos a los Soldatenko. Perdida ya toda esperanza, aquellos hombres atormentados subieron a la superficie y se rindieron. Una patrulla rumana se aventuró a entrar en el escondrijo y exploró el refugio de los partisanos. Hallaron los huesos de los Byalik y también los cadáveres, a medio comer, de los Soldatenko[6].

En los anales de la guerra en la Europa occidental, la masacre de la población de Oradour-sur-Glane a manos de las tropas alemanas en junio de 1944 ocupa un lugar destacado, porque pese a los miles de franceses de la Resistencia y los rehenes que perecieron asesinados por los nazis, la extinción de una comunidad entera fue un acontecimiento único. En el Este, sin embargo, acciones de aquella naturaleza eran perpetradas constantemente por las fuerzas de Hitler. Desde los primeros días de la «operación Barbarroja», el Führer decretó terribles represalias para cualquier acto de resistencia civil. El 23 de julio de 1941 ordenó a sus comandantes desatar un reinado del terror capaz de «provocar en la población la pérdida de todo interés por la insubordinación». El 16 de septiembre, su jefe del Estado Mayor lo cuantificó y decretó una cuota de entre cincuenta y cien ejecuciones de rehenes por la muerte de cada alemán a manos de los partisanos. Esta política fue implementada con entusiasmo por Erich von dem Bach-Zelewski, quien lograría especial notoriedad por su sangrienta represión del alzamiento de Varsovia en 1944. Las medidas nazis tuvieron éxito durante algún tiempo: dos terceras partes del territorio soviético ocupado no presentaron actividades partisanas dignas de atención. Las zonas apartadas, en el sur de la URSS, donde se habían llevado a cabo las principales operaciones alemanas en 1942, estaban notablemente pacificadas: las estepas no ofrecían refugio para la guerrilla. Aquí, una vez más, la experiencia en Rusia fue un reflejo de la de Francia, donde la Resistencia tuvo más fuerza en los desiertos parajes del centro y sur del país, de menor relevancia estratégica para Hitler.

En Bielorrusia, pasado un mes desde el asesinato de tan solo dos alemanes, la 707.ª División de Infantería ejecutó a 10 431 personas, mujeres y niños en su mayoría. En junio y julio de 1942, el 2.º Ejército de Acorazados llevó a cabo dos redadas antipartisanas en el área de Briansk denominadas respectivamente con los nombres en clave de «Trino» y «Pájaro Carpintero Verde». La primera operación involucró a 5500 soldados alemanes y terminó con un total de 3000 guerrilleros muertos, heridos o capturados. La mayoría de ellos eran, sin embargo, civiles, lugareños, y Trino costó a los alemanes 58 muertos y 130 heridos. Pájaro Carpintero no se saldó con mejores cifras. Probablemente significó la muerte para una gran cantidad de rusos, pero sobrevivió una mayoría de los partisanos. En las zonas de la retaguardia del

Grupo de Ejércitos Centro, que abarcaba unos 90 000 kilómetros cuadrados, durante los primeros once meses de Barbarroja, fueron asesinados 8000 presuntos partisanos —una cifra muy superior al total que por entonces operaba en la región y que solo se explica si suponemos que la mayoría de las víctimas eran civiles— como peaje por las 1094 víctimas mortales alemanas a fecha de 10 de mayo de 1943. En enero de 1943, el Centro afirmó haber acabado con la asombrosa cifra de 100 000 «bandidos». Estos informes resultan incoherentes con los desmentidos de la Wehrmacht respecto a su implicación en los crímenes de guerra nazis.

El comandante general Nagel, inspector general del Estado Mayor para los Asuntos Económicos en el Este, la institución responsable del saqueo de alimentos y ganado en las regiones ocupadas, dio cuenta de un indicio de la creciente actividad entre los partisanos. Durante el verano de 1942, comunicó a Berlín que el envío de partidas a los bosques en el sector del Grupo de Ejércitos Centro para talar la madera de las traviesas del ferrocarril se había convertido en algo demasiado peligroso[7]. Por otra parte, los comandantes alemanes locales no estaban dispuestos a continuar confiscando el ganado a gran escala, porque temían que el respaldo guerrillero pudiera crecer en aquellas comunidades. Millones de personas que, en principio, se habían mostrado satisfechas con la ocupación alemana, se sintieron ahora acobardadas ante la represión y empezaron a ver en la victoria soviética la única salida al hambre y la miseria. El cuartel general del 16.º Ejército informó de que, entre mayo y julio de 1942, se habían producido 30 ataques contra puentes y 84 contra las vías de ferrocarril en su zona, lo que supuso la destrucción de 20 locomotoras y 130 vagones. En el sector del Grupo de Ejércitos Centro, entre los meses de junio y diciembre de 1942, se perpetraron 1183 ataques contra ferrocarriles, lo que se traducía en un promedio de seis diarios.

Las condiciones de supervivencia de las bandas de partisanos eran extremadamente crueles. Como el maquis francés, practicaban el bandolerismo para procurarse los víveres con el mismo empeño al menos que el invertido en el combate contra los alemanes. Un día del mes de septiembre de 1942, un puñado de hombres hambrientos saltó la valla de un sembrado de patatas y se lanzó a escarbar la tierra con frenesí. Uno de ellos, Kovpak, oyó un ruido a sus espaldas y se volvió; una mujer los observaba con desprecio: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Míralos, unos tipos fornidos, pero se conforman con robarnos las patatas!», dijo[8]. Muchos murieron congelados y otros por inanición, si no en los enfrentamientos contra bandas rivales, ejecutados por supuesta infracción de la disciplina. «Fusilamos a Kozhedub por haber disparado su arma dos veces mientras estaba borracho y haber desatado el pánico en el campamento —escribió el partisano Popudrenko en

febrero de 1942—. Fue una buena decisión. Por la noche disfrutamos de un concierto de aficionados, cantamos al son del acordeón, bailamos y contamos chistes graciosos… El camarada Balabai se cargó a un hijo de puta, un guarda forestal que trabajaba para los alemanes[9]» La historia era la misma en todas partes. «Por la mañana recibí un informe sobre un exprisionero de guerra [soviético] que había servido en la 2.ª Compañía y había desertado —garabateó el líder de un grupo de partisanos, Balitsky, el 3 de agosto de 1943—. Lo apresaron en el pueblo de Lipno… Como había poco que discutir con este espía, me limité a desenfundar mi máuser y acabé con la existencia de este don nadie de un solo disparo.»[10].

Entre los combatientes soviéticos había una considerable proporción de fugitivos, no pocos judíos en busca de refugio por la persecución de los nazis, pero no todos eran patriotas soviéticos comprometidos con la lucha armada contra el Eje. La mitad de los partisanos aproximadamente eran campesinos que prestaban servicio a punta de pistola. Todas las bandas vivían con el miedo a la traición y los colaboracionistas delataron sus ubicaciones tantas veces como entre los maquis franceses. El total de bajas era atroz: cuando los alemanes descubrían un refugio de guerrilleros, lo rodeaban y no era infrecuente que fuese aniquilado el grupo al completo. Pero cuando Moscú hubo satisfecho sus deseos, entonces los partisanos se lanzaron al ataque. El 27 de febrero de 1942 Popudrenko anotó: «Anoche supimos que en Klyusy se está recolectando grano para los alemanes. Mandamos a treinta hombres, que trajeron consigo más de cien puds; el resto se distribuyó entre las granjas colectivas». Quince días más tarde: «Atacamos a un batallón húngaro estacionado en el pueblo de Ivanovka… La 1.ª Compañía lanzó una arremetida frontal, la segunda cuidó el flanco, la tercera y la cuarta ofrecieron fuego de cobertura. Resultados de la batalla: 92 húngaros muertos, entre ellos 4 oficiales y 64 policías. Se incautó una ametralladora pesada y dos ligeras, 15 000 cartuchos, un cañón antiaéreo, 103 mantas, siete fusiles, un transmisor, etc. Hemos perdido diez hombres, y siete han caído heridos[11]». Cabe pensar que muchos de los húngaros fallecidos fueron fusilados tras ser apresados, una costumbre habitual en ambos bandos de la guerra partisana.

El 18 de agosto de 1942 Hitler dictó una nueva directriz, esta vez la n.º 46: «Directrices para intensificar la lucha contra la plaga del bandolerismo en el Este». Por primera vez, se incluían zanahorias además de palos en la propuesta para la gestión de los territorios ocupados: las comunidades colaboracionistas recibirían raciones más sustanciosas y quedarían exentas de los trabajos forzosos. En realidad, sin embargo, esta tardía concesión rara vez se observó. Tan solo dos meses más tarde, Hitler emitió otra orden donde indicaba que la guerra de guerrillas del Este debía considerarse a partir de entonces como «una lucha por la erradicación absoluta de uno de los dos

bandos». Otra directriz general posterior, fechada el 11 de noviembre de 1942, declaraba que «los bandidos capturados, salvo excepcionalmente… los que participan en nuestra lucha contra las bandas, deben ser ahorcados o fusilados». Los historiadores de Potsdam especializados en Alemania escriben hoy: «La potencia invasora no estaba dispuesta a crear un marco político para la pacificación ni era capaz de hacer cumplir tal condición mediante la fuerza militar[12]».

En última instancia, los alemanes desplegaron a un cuarto de millón de efectivos para las operaciones contra los partisanos y para la seguridad en la retaguardia en el Este, lo que representó un verdadero triunfo para Stalin, el Centro de Moscú y Pável Sudoplátov, quienes suministraron a los agentes del NKVD y a los operadores de radio que combatirían con los partisanos. La mayor parte de las tropas alemanas al cargo de la seguridad estaba constituida por hombres no aptos para la primera línea del frente, pero era necesario armarlos y alimentarlos, una carga que acabó desgastando en una medida significativa el esfuerzo bélico de Hitler. A lo largo de 1943, la fuerza de los partisanos creció desde los 130 000 al cuarto de millón. El 28 de julio, Allen Dulles, en Berna, estableció contacto con Washington e informó de que sus fuentes en Berlín afirmaban que los partisanos estaban provocando, en aquel entonces, un gran impacto en la retaguardia del Frente Oriental, lo que implicaba graves daños en las líneas de comunicación de la Wehrmacht. Los agentes alemanes de la inteligencia de señales consideraban que la disciplina de la radio entre los partisanos superaba a la de las unidades regulares soviéticas, probablemente porque cada grupo sabía que su vida dependía de si burlaban o no los localizadores alemanes. En el otoño de 1943, la guerrilla anulaba un promedio mensual de 2000 postes de teléfono y trescientos cables solo en la región de la retaguardia del frente del Grupo de Ejército Centro. Su cuartel general puso en marcha una emisora especial de radio para «advertir de los partisanos» que emitía a todas las unidades.

Los «grupos especiales de la inteligencia» de la Wehrmacht se ocupaban de la seguridad y los interrogatorios en la retaguardia alemana, uno de los aspectos más feos de la lucha contra los partisanos. Un archivo británico sobre algunas de las personalidades involucradas, basado fundamentalmente en materiales de Ultra, incluía a figuras tales como Vladimir Bedrov: «Antes a sueldo del NKVD en Leningrado. Desertó y se pasó al bando de los alemanes. Trabajaba como intérprete y traductor. Extremadamente brutal con los presos. Desertó en febrero de 1944 y fue detenido en Estonia. Enviado a un campo de concentración en el este de Alemania para los que saben demasiado[13]». Otro hombre, el sargento Bohme, nacido en Riga, había vivido en Viena, hablaba ruso e inglés de corrido, «dirigió una red de agentes reclutados entre los rusos del PW y a tres o cuatro mujeres». El inspector de policía Karl Brenker

figuraba en su ficha británica como «culpable de todos los crímenes imaginables contra la población rusa. Una auténtica bestia. Llevaba a cabo las ejecuciones personalmente. Especialmente brutal con las mujeres. Condecorado con la medalla de oro antipartisana».

El Cuarto Directorado del NKVD fue el responsable de dirigir lo que dio en llamarse «la guerra del ferrocarril», por la repetitiva insistencia en atacar las redes de comunicaciones alemanas. «Un tren enemigo fue volado a la 1 de la madrugada —escribió el líder de los partisanos Balitsky en su diario el 25 de agosto de 1943—. Estaba formado por treinta y ocho vagones y se dirigía hacia el frente. Nosotros nos apoderamos de parte de su carga y quemamos el resto. La mayor parte de la escolta del tren cayó y cinco fueron apresados, tras haber opuesto una sólida resistencia por lo que quince partisanos fueron heridos[14]». El ataque a las comunicaciones del Frente Oriental alemán durante la colosal «operación Bagratión» de los rusos en el verano de 1944 logró mayor impacto en el frente de batalla principal que la Resistencia francesa en su apoyo el Día D. Los soviéticos contaban por fin con los recursos necesarios para orquestar operaciones importantes al otro lado de las fronteras y contra los ejércitos alemanes. Desplegaron «secciones de inteligencia estratégica», formadas por grupos de entre ocho y doce miembros, que actuaban a una distancia de entre 15 y 120 kilómetros del frente; estaban capacitadas, también, para realizar lanzamientos de provisiones con una regularidad razonable sobre los centenares de grupos partisanos. No hay balances fiables, aunque parece lógico suponer que —como en el resto de aspectos de la guerra en el Este— la campaña de los partisanos costó a los rusos muchas más vidas que a los alemanes. Sin embargo, en los dos últimos años de guerra, aquellos marcaron la diferencia. A decir de un general alemán, los partisanos se convirtieron en «unidades formidables, bien entrenadas… una plaga con la que debían lidiar a diario todos los cuarteles generales de la retaguardia, de suministro, de transporte y de comunicación de señales».

Entre 1941 y 1945, Sudoplátov declaró en sus memorias que el NKVD había despachado a un total de 212 equipos para dirigir a los grupos guerrilleros y a 7316 agentes y operadores de radio para que actuasen al otro lado de las líneas enemigas. Sus escuelas de sabotaje prepararon a mil hombres para el Ejército Rojo y a otros 3500 para sus propias operaciones. Insinuó también que 2222 «grupos de combate» se batieron tras el frente en el transcurso de la guerra. La historia oficial soviética sostiene que los partisanos fueron responsables de la muerte de 137 000 alemanes —una cifra exagerada hasta el absurdo— incluidos 2045 presuntos colaboracionistas y 87 altos funcionarios nazis escogidos como blanco específico. Al concluir la contienda, la Unión Soviética creó una mención honorífica para los héroes de

las operaciones partisanas, entre los que destacaban los nombres de Kuznetsov, Medvedev, Prokupuk, Vaopshashov, Karasyov o Mirkovsky. Kuznetsov —al que se había otorgado el inapropiado nombre en clave de «Pifia»— era miembro del NKVD, un rubio de gran belleza. Nacido en 1911, antes de la guerra había prestado servicio en la Lubianka y había compartido con algunos diplomáticos extranjeros a las primas ballerinas del Bolshoi como amantes[15]. Había crecido en la Siberia de habla alemana, por lo que pudo fingir que era un oficial de la Wehrmacht, el «Oberleutnant Paul Zibert», y que estaba destinado al otro lado de las líneas enemigas. Desde esta posición asesinó a un buen número de alemanes prominentes. Se le otorgó la distinción de Héroe de la Unión Soviética a título póstumo, tras morir asesinado por los nacionalistas ucranianos mientras intentaba cruzar de nuevo hacia el frente del Ejército Rojo en 1944.

Desde la perspectiva de Stalin, el triunfo más destacable de la guerrilla rusa fue el de mantener las apariencias en cuanto a la autoridad soviética en regiones tan alejadas del frente, además de crear una leyenda propagandística al respecto de la unidad nacional en contra del invasor. En realidad, las zonas ocupadas en la Unión Soviética propiciaron respuestas ante Hitler de tan diversa naturaleza —un promedio similar de resistentes, una proporción equivalente de colaboracionistas— como en la Europa occidental. De resultas de ello, Moscú exigió un terrible castigo para quienes, a raíz de la retirada alemana, se considerase que habían hecho menos de lo que su deber para con la madre patria les había pedido. En 1943, Beria informó de que el NKVD había arrestado y detenido a 931 549 sospechosos en los territorios liberados para proceder a su interrogatorio por los del Ejército Rojo. De ellos, dijo, se había «desenmascarado [a 80 296] como espías, traidores, desertores, bandidos y elementos criminales[16]».

Numerosos grupos de partisanos mataron a más rusos que los propios alemanes, con el objetivo claro de infundirles mayor temor hacia la ira de Stalin que hacia la de Hitler. Merece citarse el informe de febrero de 1942 del comandante del grupo Kopenkin, que operaba para la oblast de Poltava, no por su singularidad sino precisamente porque existen otros muchos ejemplos similares en los archivos desclasificados, todos con la señal ALTO SECRETO:

Entrevistando a activistas locales [del partido] en Ostanovki, descubrí que tres aldeanos, entre ellos el capataz de la granja colectiva, eran leales a los alemanes y habían traicionado a nuestro pueblo. Esas tres personas fueron detenidas y conducidas al bosque situado a tres o cuatro kilómetros de Postanovki, donde fueron fusiladas. En la madrugada del 30 de octubre de 1941, el destacamento llegó al asentamiento de Khoroshki y pasó las horas de luz en una escuela. Los nuevos miembros prestaron juramento. Nos avituallamos con los suministros de la granja colectiva y nos procuramos un carro para transportar las ametralladoras. Por boca de los activistas locales me enteré de que los alemanes habían designado como jefe de la aldea [starosta] de Khoroshki al antiguo maestro de la escuela local. Lo llevamos con nosotros al partir de allí y tras una marcha de 3 kilómetros fue fusilado… En Cherevki arrestamos al nuevo starosta y a otro hombre que simpatizaba con los alemanes. Los fusilamos a

ambos.

En Bolshaya Obukhovka… arrestamos e hicimos lo propio con dos starostas, cinco personas reclutadas por la inteligencia alemana, diecisiete personas asociadas a la iglesia y tres desertores. Las cinco personas reclutadas por la Gestapo contaban entre 14 y 19 años de edad. Según el comandante del destacamento de partisanos de Mirgorod, el camarada Andreev, seis vecinos de Obukhovka estaban apoyando a los alemanes. Envié a un grupo para que arrestase a estas seis personas, que luego fueron fusiladas.

Según la información de los camaradas Ivashchenko y Andreev, una familia con cuatro hijos que viven en Bolshaya Obukhovka estaban produciendo y distribuyendo octavillas religiosas [que manifestaban]: «Todo aquel que lea esto debe escribir otras diez y entregárselas a la gente. Oren por los alemanes, nuestros libertadores. Dios nos ha salvado de los judíos y los comunistas». Un grupo de seis guerrilleros fueron enviados [al pueblo], liderados por el compañero Tereshchenko. Este acudió a la casa [de los evangelistas] y les pidió que abrieran la puerta, pero los ocupantes no obedecieron y atrancaron la entrada y las ventanas con vigas de madera. Tras dos horas de espera, Tereshchenko pidió permiso para derribar la puerta… Por la mañana, el padre y cuatro hijos fueron prendidos y fusilados en el bosque. He concluido, por interrogar a los lugareños, que tres hombres del Ejército [Rojo] han estado viviendo en Bolshaya Obukhovka durante más de un mes. Los arresté con la ayuda de los partisanos locales. Al interrogarlos han revelado que se habían casado y que no tenían intención de volver al frente. Hice fusilar a estos tres hombres como desertores y traidores a su patria.

Según la información de los camaradas Ivashchenko, Andreev y los activistas locales en la aldea de Panasovka, allí se ha nombrado starosta a un antiguo kulak. Envié un grupo para fusilarlo a él y a su familia, ya que sabíamos que su esposa, su hija y su madre se ocupaban activamente de la difusión de rumores antipatrióticos, como que el régimen soviético había desaparecido para siempre y que la autoridad alemana es la única auténtica… Sus propiedades fueron confiscadas para uso del partido. Atendiendo a la información recibida de la población local de Rovka Olefi, el ingeniero agrónomo de la granja colectiva, que había sido nombrado jefe de la aldea, se negó a entregar el grano alegando que el régimen soviético ya no existía y que los alemanes lo necesitaban. Envié al camarada Kaminyar para fusilarlo [a él y a su esposa] y para distribuir cerca de sesenta toneladas de grano entre los agricultores de las granjas colectivas[17].

Este informe cubría la actividad de un grupo durante tres meses y tales campañas de terror se ejecutaban en toda la Unión Soviética occidental ocupada por los alemanes, rivalizando con las de los nazis y, en igual medida, fueron responsables de incontables muertes.

El NKVD trató de ejercer un control mucho más riguroso en cuanto a las operaciones de los partisanos que el ejercido por la SOE o la OSS, puesto que la suya era una lucha que acontecía en su propia patria. Cabe señalar que los soviéticos disfrutaron de una ventaja sobre los británicos y estadounidenses en el fomento de la guerra de guerrillas. Si Churchill se mostraba en ocasiones despiadado con respecto al coste en vidas de su proclama «que arda Europa», Stalin lo hacía de forma indefectible. Su indiferencia respecto a las muertes de sus combatientes, y a las consecuencias para la población civil, redundó en que la campaña de los partisanos fuera una de las manifestaciones más oscuras del compromiso del Kremlin en la «guerra total».

13

Tormenta en las islas

La jiga irlandesa del Abwehr

Buena parte de las naciones implicadas en la contienda vivían divididas por las luchas de facciones internas, algunas a muerte, que no se extinguieron siquiera en los años en que los Aliados lidiaron con el Eje. Así sucedió en China, Francia, la India, Sudáfrica, Canadá, la Indochina francesa y las Indias Orientales Neerlandesas, por citar solo algunos ejemplos. Los principales países beligerantes se vieron así volcados en la empresa de convencer a los activistas para que estos apuntasen con sus armas —en ocasiones en el sentido literal de la expresión— hacia el otro bando en la batalla mundial, en lugar de contra sus propios compatriotas. Por lo general, esta labor se demostró más dificultosa que calmar a dos manadas de lobos rivales.

Irlanda ocupaba una posición marginal en la contienda, pero ambos bandos sentían un temor equiparable por si esta nación se convertía en un refugio para el enemigo. El Estado Libre Irlandés, o Éire, había alcanzado la independencia de Gran Bretaña menos de veinte años antes de que estallase la guerra. Para disgusto de los nacionalistas, sus condados del Ulster, de mayoría protestante, continuaron formando parte del Reino Unido. El recuerdo de la dolorosa lucha librada entre 1916 y 1921 para expulsar a los británicos seguía aún muy vivo. Aunque nominalmente Éire no había dejado de pertenecer a la Commonwealth británica, durante la guerra, el primer ministro Éamon de Valera defendió una neutralidad a ultranza y se resistió a todos los incentivos que se le presentaron para sumarse a la causa de los

Aliados, incluso cuando Estados Unidos, su incondicional partidario, entró en la contienda. Sin embargo, por más que Valera hubiera plantado cara a la cólera de Winston Churchill, imprescindible para la subsistencia de los irlandeses, hubo de hacer frente también a los enemigos nacionales. Los restos del denominado Ejército Republicano Irlandés, ilegalizado en Éire en 1936, se mantenían en una férrea oposición a la división de la isla y a los acuerdos con los británicos. Los terroristas del IRA mantenían activa la campaña de sabotaje y asesinato contra los británicos —en 1939 se produjeron numerosos bombardeos en la isla— y desafiaban asimismo al Gobierno de Dublín.

Con el estallido de la guerra, los alemanes consideraron que Irlanda era un suelo fértil y los británicos estuvieron de acuerdo[1]. A finales de septiembre de 1939, el MI6 emitió un informe sensacionalista sobre la situación en Éire en el que afirmaba que «no parece que se pueda descartar una revolución impulsada por el IRA[2]». Un hotel de Inver, en Donegal, propiedad de un alemán, se convirtió en el centro de las preocupaciones de los británicos, porque en ocasiones los miembros de la embajada de Hitler se alojaban allí; aunque también lo hacían algunos oficiales británicos, entre quienes se contaba el joven teniente Philip Mountbatten, de la Armada británica. Berlín consideraba que la recopilación de inteligencia en la isla resultaba poco atractiva, porque Irlanda no guardaba secretos militares importantes y solo residían allí 318 alemanes y 149 italianos expatriados que pudieran prestar apoyo. Sin embargo, el Abwehr se mantuvo firme en su creencia de que si lograba convencer a los miembros del IRA en la clandestinidad para que estos reanudasen la campaña de sabotaje contra los blancos militares en el norte británico y en la isla de Gran Bretaña, Berlín se beneficiaría de ello. En esta línea, entre 1939 y 1943, una sucesión de emisarios del Abwehr puso todo su empeño en establecer lazos con los terroristas para combatir al enemigo común.

En todas las operaciones alemanas vinculadas a Irlanda se aprecia una ignorancia siempre presente con respecto al país, mucho peor que en el caso de los británicos con Albania, por así decir. El primer agente de Berlín, enviado en febrero de 1939, antes del inicio de las hostilidades, era Oscar Pfaus, a quien instruyó brevemente, antes de su partida, el entusiasta del folclore celta Franz Fromme, que aburrió mortalmente al agente. Pfaus, tras llegar a Dublín vía Harwich, se presentó ante el «general» Eoin O'Duffy, un gran bebedor al frente del grupo fascista nacional de los camisas azules, los aliados espirituales de los nazis. ¿Podía O'Duffy ponerlo en contacto con el IRA? Dado que los camisas azules y los republicanos defendían intereses irreconciliables, esta insinuación indignó al «general». Pero Pfaus logró al fin reunirse con el Consejo Militar del IRA y, haciendo honor a la tradición del

espionaje, sacó un billete de diez libras esterlinas y entregó una mitad a los republicanos, para que cuando estos mandasen a un emisario a Alemania para debatir sobre el envío de armas, este pudiera identificarse. Acto seguido, Pfaus regresó a casa.

El IRA decidió continuar las relaciones con el oficial alemán y mandó a Jim O'Donovan en calidad de negociador; este tomó un barco hacia Hamburgo junto con su esposa. Al llegar, los agentes de aduanas descubrieron que la señora O'Donovan había ocultado entre sus pertenencias algunos cartones de cigarrillos y la sometieron a un cacheo exhaustivo. O'Donovan, que acudía movido por el altruismo, montó en cólera: la pareja regresó a casa llena de indignación y sin armas. En los meses venideros, el Abwehr manifestó una exasperación creciente por lo que, a su juicio, constituía un acto de irresponsabilidad por parte del IRA, que atacaba las salas de cine, iglesias, las cabinas y los buzones de un modo que en nada contribuía a la victoria de Alemania ni a la unificación de Irlanda. En enero de 1940, cuando los republicanos protagonizaron un asalto armado espectacular contra el polvorín del ejército irlandés en Phoenix Park, Valera, exasperado, arrestó a cuantos miembros del IRA pudo dar caza la policía y los encarceló sin juicio previo. Si el primer ministro odiaba a los británicos, ahora no sentía menos aversión hacia quienes fueron sus compañeros de armas en la lucha por la libertad. El asalto al Phoenix Park representó un punto de inflexión, porque convirtió al Gobierno irlandés en enemigo declarado de los aliados republicanos de Alemania.

Ahora el Abwehr mandó a otro agente para que instalase cierta disciplina teutona en las operaciones del IRA. Ernst Weber-Drohl era un austríaco menudo que rebasaba la sesentena y con una curiosa carrera como forzudo de circo. Lo único que lo autorizaba a representar a Hitler era su condición de padre de dos hijos, fruto del matrimonio con una joven irlandesa. Justo antes de partir en un submarino hacia la isla Esmeralda, el operador que debía viajar con él manifestó tal disgusto hacia su persona que se negó a acompañarle. En marzo de 1940, el forzudo se vio, por tanto, solo en un bote en medio de la noche mientras trataba de sortear el oleaje en dirección a la orilla, agarrando el transmisor de radio y un fardo lleno de dinero. El bote hinchable volcó, el equipo quedó arruinado y el espía, empapado, se tambaleó hasta la playa y emprendió el camino a Dublín.

Una vez allí, se presentó en el domicilio de Jim O'Donovan, que aún recordaba el episodio de la aduana en Hamburgo con humillación, y este le dio refugio por un tiempo. Drohl mandó un mensaje al Consejo del IRA y lo firmó. Uno de los pasajes más significativos rezaba: «La Sección Pfalzgraf ruega con urgencia a sus amigos irlandeses y a los miembros del IRA que estos tengan a bien emprender acciones notablemente mejores para llevar a

cabo el plan S [del Abwehr]… y para que actúen con mayor eficacia contra objetivos militares en lugar de civiles». El austríaco añadió una disculpa: en lugar de hacer entrega al ejército secreto de los 15 100 dólares que Berlín le había confiado, la suma se reducía en 600 dólares porque había de cubrir sus propias necesidades económicas. Al poco, hallándose aún en un hotel de Dublín, fue arrestado por la policía y acusado de haber entrado en Irlanda ilegalmente. En el juicio, el agente alegó que solo había acudido al país para ver a sus hijos; su esposa estaba en Núremberg. El Irish Times publicó: «El abogado de Weber-Drohl afirma que el acusado no abrigaba malas intenciones cuando pisó suelo irlandés. De hecho, los motivos que lo impulsaron a actuar de este modo eran muy loables». Aunque quedó en libertad tras satisfacer una fianza de 3 libras esterlinas, fue nuevamente arrestado y regresó a prisión sin demora. Tras su liberación definitiva, el agente del Abwehr permaneció en Irlanda, donde se ganó la vida con penurias en un circo itinerante, sin mayor empeño por servir a los intereses de la madre patria.

La embajada alemana apremió entonces a Berlín para que los agentes nazis no tratasen más con el IRA, una relación que no hacía sino deteriorar el entendimiento con el Gobierno indio. Pero la fascinación que el Abwehr sentía ante la posibilidad de explotar al enemigo de los enemigos de Alemania como aliado no se desvaneció. El doctor Edmund Veesenmayer, profesor universitario de ciencias políticas, de treinta y cinco años y ferviente partidario de los nazis, fue nombrado «asesor especial de Irlanda». El Abwehr consultó con Francis Stuart, un intelectual implicado hasta la obsesión en la causa nacionalista que acudió a Berlín, en el fragor de la guerra mundial, para dictar una conferencia sobre literatura anglo-irlandesa. Un miembro del IRA llamado Stephen Held llegó también a Bélgica en abril de 1940 y mostró la otra mitad del billete de diez libras de Oscar Pfaus. Held presentó una propuesta muy imaginativa según la cual el ejército alemán debía llevar a cabo un desembarco anfibio cerca de Derry, para ocupar el Ulster británico, aunque no se pronunció al respecto de cómo superar las objeciones que la Armada británica podría poner a esta aventura. Transcurrido un mes, el jefe del IRA Sean Russell también llegó a la capital nazi, desde Nueva York vía Génova. Todos estos hombres apremiaban a los alemanes para que aprovechasen una oportunidad histórica.

El siguiente emisario del Abwehr fue Hermann Görtz, el motociclista que ya había espiado de camino a la prisión de Brixton en 1936. Mandar a Irlanda a un abogado de mediana edad que jamás había pisado antes aquel lugar pareció una elección algo extraña, pero los testigos en el campo de aterrizaje desde el que despegó su Heinkel III la tarde del 4 de mayo de 1940 quedaron impresionados por su alegría, que rozaba la despreocupación. Se había

entrenado con el 800.º Batallón de Prácticas de Construcción, el comando que más tarde se convertiría en el Regimiento de Brandeburgo, y abrigaba aspiraciones dignas de un héroe. Görtz se lanzó en paracaídas desde el cielo nocturno sin percances, pero tomó tierra cerca de Ballivor, en el condado de Meath, a cerca de cien kilómetros del blanco previsto. Durante la caída, perdió el equipo de radio y la pala con la que pretendía ocultar la lona del paracaídas.

Se deshizo del traje especial, hizo trizas los mapas y lanzó los pedacitos al río; acto seguido, empezó a caminar hacia el sur, en busca de la señora Iseult Stuart, la esposa del profesor de literatura republicano de Berlín. Se había puesto los pantalones bombachos, las botas de montar, un suéter y una boina, y lucía también sus medallas de campaña de la Primera Guerra Mundial, un gesto ligeramente indiscreto para un agente del espionaje. Tras una larga caminata llegó a la puerta de la señora Stuarten Laragh Castle, al oeste de Dublín. Mandó llamar a Jim O'Donovan, que tomó el coche para recoger al visitante. Más tarde, Görtz escribió: «Entonces llegué a Dublín, donde conocí a unas cuantas personas muy agradables que no sabían nada de mí, ni tenían interés en saber, y pude moverme con libertad[3]». Pero el espía se vio cara a cara con las caóticas lealtades irlandesas cuando coincidió con cuatro jóvenes republicanos que le pidieron el dinero que había traído de Alemania y lo amenazaron durante media hora antes de llevarlo a casa de Stephen Held, del IRA.

El 7 de mayo de 1940, en el centro de Dublín, una banda del IRA trató de apresar a un correo que llevaba la correspondencia a John Maffey, el representante británico en Irlanda. La acción desencadenó un tiroteo entre los pistoleros y la policía y despertó la ira del Gobierno irlandés. Hermann Görtz lanzó a sus huestes una apasionada arenga sobre lo irresponsable de semejante conducta; era obvio que las autoridades irlandesas se echarían sobre los terroristas. El alemán temía que lo encarcelasen y lo condenasen por espionaje sin más, en lugar de por ser el abanderado de las conquistadoras fuerzas armadas de su nación. Presionó al IRA para que buscase el uniforme de la Luftwaffe que él había abandonado. Cuando aquellos regresaron sin haberlo encontrado, como cabía esperar, pidió que trajesen un sastre que pudiera confeccionarle otro.

La noche del 22 de mayo sucedió lo inevitable: la policía hizo una redada en casa de Held. No dieron con Görtz, pero sí con su paracaídas y con los libros de códigos, con información de las instalaciones militares irlandesas y con un buen fajo de dinero. Se procedió al arresto de Stephen Held y de Iseult Stuart, aunque recuperaron la libertad al poco. Los siguientes movimientos de Görtz no están claros. Más tarde, afirmó haber escapado de la operación policial y haber tomado refugio en las montañas de Wicklow, donde padeció

grandes penalidades por causa del hambre y la lluvia, pero se trata de una versión incierta. Lo único que sabemos con seguridad es que a lo largo de los meses que se siguieron, varias mujeres, apasionadas republicanas, le dieron cobijo en Dublín, con el alias de «Sr. Robinson». El alemán mandó informes a sus jefes por medio de marinos que navegaban rumbo al continente, pero ninguno llegó a Berlín y, de haberlo hecho, no habrían resultado de utilidad para el Abwehr. Aquel personaje solitario, infeliz, culto y digno de lástima llegó a tal extremo de desesperación por regresar a casa que hizo cuanto pudo para comprar un bote que lo llevase hasta allí.

El embajador alemán en Dublín, el doctor Hempel, afirmó enojado que la historia de Görtz era un complot británico, pensado para arrastrar a Irlanda a la guerra en el bando de los Aliados; el Gobierno dublinés se enfureció porque Berlín colaboraba con sus enemigos terroristas del IRA. Pero el Abwehr no cedió. A medida que la planificación de la «operación León Marino» avanzaba —la invasión de Gran Bretaña—, Berlín se impacientaba por desplegar agentes en Irlanda, por si la isla se convertía en un enclave estratégico. En junio de 1940, partieron otros dos agentes de la primera sección del Abwehr en Hamburgo. Walter Simon era otro destacado candidato para la guerra partisana. Contaba ya con cincuenta y ocho años de edad y era un marino alemán que había pasado la Primera Guerra Mundial en un campo de internamiento australiano. Como Görtz, era veterano de otra frustrada misión de espionaje previa: en 1938, mientras realizaba un reconocimiento de las fábricas armamentísticas británicas y de algunos aeródromos, conoció a un grupo de nacionalistas galeses que manifestaron su deseo de servir a Alemania, y les entregó a cada uno veinte libras esterlinas y una dirección postal de Róterdam. En febrero de 1939, fue arrestado en Tonbridge e ingresó en prisión, y en el mes de agosto fue deportado. Cabría esperar que esta experiencia hubiera atemperado el entusiasmo de Simon por la guerra secreta, pero decidió aceptar los documentos de identidad de Carl Anderson, un australiano de origen sueco, y partió hacia Irlanda. Se le indicó que permaneciera alejado del IRA y que se comunicase con Berlín mediante un código basado en el primer verso del «Canto de la Campana» (Das Lied von der Glocke), de Schiller, que él conocía de memoria.

La noche del 12 de junio, un submarino logró entrar en la bahía de Dingle y dejó a Simon, que enterró su equipo de radio e inició el camino hacia Dublín. Lo descubrieron enseguida, lo persiguieron desde Tralee y lo arrestaron. Hallarse en posesión de un fajo de dinero en metálico era ya bastante incriminatorio, pero él supo que su destino estaba sellado cuando en el juicio se presentó el equipo de radio. En su reclusión en la cárcel de Mountjoy, fue abordado súbitamente por un preso asustado que exclamó: «¿Usted también está aquí?». Simon respondió con acritud: «¡Imbécil!». Se

suponía que ambos hombres no se conocían, pero «Paddy Mitchell» era Willy Preetz, el segundo agente del Abwehr, que había desembarcado por separado en la misma misión. Los británicos comunicaron a Dublín que Simon era un conocido agente alemán y los dos pasaron un buen período entre rejas.

Pero los metepatas del Abwehr no dejaron de acudir: los alemanes se convencieron de que los bretones, también nacionalistas, podrían encajar en su novela irlandesa. En julio de 1940, un timonel bretón capitaneó el Soizic, un yate de treinta y seis pies, hasta las costas irlandesas para soltar allí a tres espías —Dieter Gaertner, Herbt Tributh y Henry Obed—, todos con documentación que los acreditaba como estudiantes de Sudáfrica. Cumplían una misión denominada «Langosta I», pero los agentes no eran, ni con mucho, criaturas del mar; pasaron el viaje vencidos por el mareo y fueron arrestados al poco de desembarcar. El 8 de agosto, un submarino zarpó de Francia con Sean Russell a bordo, el jefe del IRA, que viajaba acompañado de Frank Ryan, un veterano de izquierdas de la Guerra Civil Española. A unas cien millas kilómetros al oeste de Galway, Russell cayó gravemente enfermo, falleció y fue lanzado a las aguas. A raíz de aquel episodio, Ryan prefirió regresar a Berlín, donde afloró todo tipo de misteriosas sospechas, como sucedería poco después en Dublín. ¿Había muerto Russell envenenado? En realidad, tenemos la casi certidumbre de que murió a consecuencia de una úlcera gástrica.

El siguiente agente alemán fue Helmut Clissman, que al menos contaba con la ventaja de conocer el país y de haberse casado con una irlandesa. Sin embargo, Clissman no dispuso de submarino. Se confió el traslado a un experto marino, Christian Nissen, y su embarcación, el Anni Braz-Bihen. Clissman se había formado con los de Brandeburgo y lo acompañaba un operador de radio. Todos los preparativos alemanes se desbarataron, sin embargo, cuando el bote se vio en medio de un temporal atlántico de tres días, con rachas de viento de fuerza 10. Los motores fallaron y la tripulación se demostró terriblemente incompetente. A la postre, Nissen decidió llevar a su carga, exhausta y hostil, de nuevo a Brest, donde finalizaron la travesía en el mes de septiembre.

En el otoño de 1940, Hermann Görtz recibía discretas visitas en su escondite secreto de irlandeses de todo tipo, algunos de ellos destacados políticos, que deseaban entrar en contacto con un representante de la nación que a su ver parecía destinada a dominar Europa. El agente alemán imploró a los grupos del IRA que firmasen la paz con Valera, aunque por entonces ya sabía que las habilidades políticas no se contaban entre sus dotes. Escribió con amargura: «Solo se consiguieron intrigas debilitadoras y tiroteos con la policía en lugar de la batalla con el enemigo que habían prometido». Stephen Hayes había sucedido en el puesto de mando del IRA a Russell, y Görtz

reprendió a Jack McNeela, su ayuda de campo: «¡Saben cómo morir por Irlanda, pero no tienen la menor idea de cómo luchar por ella!»[4].

En noviembre de 1940 se convenció a una malhumorada institutriz irlandesa, la señora Daly, para que se embarcase como pasajera en un barco japonés neutral, el Fushimi Maru, que zarpó de puerto español para evacuar a un puñado de ciudadanos japoneses de Dublín. Además de llevar oculto un libro de códigos para Hermann Görtz en un despertador y algunos mensajes secretos en la ropa interior, se la escogió como correo oficial para el embajador irlandés en Madrid. Al final Görtz recibió los mensajes de la señora Daly, que ponían de manifiesto la confusión del Abwehr con respecto al procedimiento a seguir en el invierno de 1940-1941, cuando la amenaza de la invasión británica pendía sobre Irlanda. En el mes de diciembre, el general Hugo MacNeill del ejército irlandés mantuvo algunas conversaciones con Henning Thomsen, el «jactancioso nazi» que había ocupado un cargo en calidad de asesor en la embajada alemana, al respecto de tal contingencia[5]. O'Duff, de los camisas azules, se hallaba también presente; cultivaba un ferviente odio hacia los británicos y preguntó si, en caso de que Churchill se decidiera por la invasión, deberían los alemanes lanzar en paracaídas el armamento apresado en el continente para pertrechar a la resistencia irlandesa.

Berlín prometió que los puertos irlandeses estarían a salvo de las bombas de la Luftwaffe a menos que los británicos se hicieran con ellas, o hasta que esto sucediera. De algún modo, Görtz consiguió un equipo de radio y convenció a Anthony Deery, activista del IRA que había trabajado como técnico de radio en la oficina de correos de Dundalk, para que emitiera sus mensajes. Así lo hizo Deery, hasta que la policía lo arrestó a comienzos de 1942 y fue sentenciado a cinco años de cárcel. Por su parte, los despachos de Görtz ayudaron poco al esfuerzo bélico nazi, puesto que en su mayoría no eran más que lamentaciones por sus propios problemas.

El siguiente intento del Abwehr por colocar a un agente en Irlanda se llevó a cabo el día 21 de marzo de 1941, cuando un Heinkel III despegó del aeropuerto Schiphol de Ámsterdam con el sargento Gunther Schütz, de veintinueve años, en la bodega de carga. Este había realizado algunas incursiones en el terreno del espionaje, como aficionado, mientras estudiaba en la German Commercial School de Londres en 1938. Había sido retirado del servicio activo en la artillería para ingresar en las filas del servicio secreto alemán, con instrucciones de transmitir los boletines meteorológicos y de embarques, así como información específica de los astilleros de Belfast. Tenía nociones de meteorología y llevaba consigo un microscopio con el que generaba y leía los mensajes de micropuntos. Junto a un ejemplar de la novela inglesa titulada Just a Girl que usaba como clave para sus codificados,

3000 dólares auténticos y mil libras esterlinas que luego supo falsas, llevaba también un pasaporte sudafricano expedido a nombre de Hans Marchner, una botella de coñac y un salami para pasar su encierro de cinco horas en la panza del Heinkel.

Schütz saltó de la aeronave a la luz de la luna desde una altura de 6500 pies sobre suelo irlandés, donde cayó y perdió la conciencia. Al recobrar el sentido, con la nariz sangrante, vio a un hombre que lo observaba con curiosidad. Enterró el paracaídas y el traje de vuelo y empezó a caminar. Durante horas no se atrevió a acercarse a nadie, pero al final hubo de preguntar cómo llegar a Dublín. Le dijeron que se encontraba a casi 100 kilómetros de allí; se había lanzado sobre el condado de Waterford, mucho más al sur del destino previsto. Dos policías montados en bicicleta lo detuvieron y dieron con su equipo y con su radio. Les preguntó nervioso qué sucedería a continuación. «Tranquilo, solo te colgaremos. Eso es todo», respondió en tono amistoso el agente de la policía. Nadie había advertido a Schütz del sentido del humor irlandés y este vivió unos días de horror hasta verse en la cárcel, acompañando a la mayor parte de sus camaradas del Abwehr.

Hermann Görtz fue arrestado el 27 de noviembre de 1941, durante una redada policial en el distrito de Blackheath Park de Dublín, para dar caza a los hombres del IRA, no a los espías alemanes. El último intento del Abwehr para infiltrar agentes en Irlanda terminó de un modo tan rápido y absurdo como los demás. El día 16 de diciembre de 1943, un joven irlandés llamado John Francis O'Reilly se lanzó también en paracaídas sobre el condado de Clare, cerca de Morveen. Tres días más tarde, lo seguía un compañero de treinta y cinco años, John Kenny, que había ofrecido sus servicios a los alemanes tras ser detenido en las islas del Canal ocupadas e internado cerca de Brunswick. Al tomar tierra, ambos hombres fueron apresados por la policía; O'Reilly solo había aceptado la misión para conseguir un billete a casa de la Luftwaffe. Poco después de terminar la guerra, todos los hombres del Abwehr en el campo de Athlone fueron liberados, pero se informó a Hermann Görtz de que él sería deportado a la zona británica de la Alemania ocupada. El 23 de mayo de 1947, al recibir esta noticia, ingirió un veneno en la Oficina de Extranjeros en el Castillo de Dublín. Aquel personaje de cincuenta y siete años, lastimoso y en cierto modo entrañable, vivía atormentado por la autocompasión y había asumido un desacertado papel como agente extranjero del Tercer Reich.

Pero aunque la historia de Görtz terminó en muerte, los alemanes que se lanzaban sobre Irlanda eran plenamente conscientes de que por penalidades que hubieran de sufrir en el campo de Athlone, nadie los mataría. Al operar en un estado neutral, gozaban de la reconfortante garantía de que pagarían el

fracaso con la cárcel, pero no se les prepararía una cita con el verdugo. Y antes de lanzar una sonora carcajada por lo absurdo de las operaciones del Abwehr, debemos recordar que si Hitler hubiera conquistado Gran Bretaña, Irlanda habría compartido el mismo destino. Se habría acabado el sentido del humor irlandés del mismo modo que la condición de neutralidad de la nación.

Tierra de nadie

Otros estados neutrales que se abstuvieron de participar en la batalla por la supervivencia de sus vecinos fueron también escenarios para las operaciones secretas de ambos bandos, aunque bastante más importantes. Los países beligerantes rivalizaban por hacerse con el dominio de las ciudades donde las lámparas lucían encendidas y se conservaba cierto aire de tranquilidad, pero con los floretes abotonados. Se producían disputas pueriles por conseguir la ventaja: los agregados alemanes en Ankara exhibían ante sus homólogos británicos las latas de cigarrillos Gold Flake que había aprehendido el Fallschirmjäger en Creta. En Lourenço Marques, donde los agentes británicos, alemanes e italianos compartían despacho en el hotel Polana, eran frecuentes las discusiones sobre qué boletín de noticias escuchar en el salón del hotel, hasta que se decidió prohibirlos todos.

Berna, Lisboa, Madrid y Estocolmo se convirtieron en mercados callejeros de la inteligencia, donde los mentores se encontraban con los hombres y mujeres que habían asumido riesgos mortales en territorio enemigo para servirlos. En la sala de prensa del Gran Hotel de Estocolmo, los corresponsales y espías británicos y estadounidenses se codeaban a diario con los alemanes. Circulaba el oro y el dinero en metálico —en ocasiones, grandes sumas en distintas monedas— y se recibían documentos robados. La policía local colaboraba con los clientes preferidos: el jefe de seguridad portugués Agothino Lourenço, un ferviente defensor de los nazis y acólito del presidente Salazar, se aseguró de que los del Abwehr local recibiesen una copia de todas las listas de pasajeros de los vuelos Clipper de la BOAC a Inglaterra. Hasta 1944, los españoles permitieron la ejecución de una operación de espionaje alemán a gran escala. Un registro en las Bermudas británicas de dos cruceros italianos, el Cabo de Hornos y el Cabo de Buena Esperanza, que navegaban rumbo a Estados Unidos, desveló que en su navío viajaban agentes del Eje con despachos escritos en tinta secreta.

La maraña de alianzas se intrincó de un modo especial en Afganistán, donde casi todo cargo de importancia, militar o político, estaba a sueldo de uno de los países beligerantes, y, en algunos casos, de varios al mismo

tiempo. Los jefes de la inteligencia del Eje se convencieron de que el nacionalismo indio era el fruto de sus sutiles maquinaciones; aunque lo cierto es que, por supuesto, derivaba de un sentimiento nacional. Bhagat Ram Gumassat era el hermano de un nacionalista a quien los británicos condenaron a la horca por haber asesinado al gobernador del Punyab. Se convirtió en huésped habitual de la embajada alemana en Kabul, donde colaboró en los preparativos de un viaje a Berlín para su líder, Subhas Chandra Bose. (Los rusos, en sus intrigas, llegaron a creer que por más que Bose hubiera reclutado a un «ejército nacional indio» para combatir a los británicos, también estaba a sueldo del MI6. Según indicó el NKVD: «Contactó personalmente con Hitler, de resultas de lo cual los servicios secretos británicos obtuvieron información de los planes alemanes con respecto a la India y el Oriente Medio»). Gumassat se personó una mañana en la embajada soviética en Kabul para explicar que, si bien los alemanes lo consideraban su hombre, él prefería servir a Moscú. El Centro lo inscribió en sus libros como el agente «Rom». En el mes de febrero de 1942, el Abwehr le entregó algunas armas y una sustanciosa suma de dinero en metálico, para que fomentase el sabotaje en la India. En un rocambolesco giro, Rom dio la mayoría del dinero al Fondo de Defensa de la URSS.

En todas las capitales neutrales, los oficiales de la inteligencia cavilaban acerca de los enigmas de su oficio: ¿a qué bando servía realmente esta fuente o la otra? Por lo general, la respuesta era a ambas o a ninguna, solo a su bolsillo. En Estambul, un informador armenio llamado Shamli recibía 650 libras turcas mensuales de los japoneses, 350 de los alemanes, la misma cifra de los húngaros y otra similar de Europa Press, la agencia de noticias[6]. Una nutrida colonia italiana de aquella misma ciudad chismorreaba en la Casa d'Italia, la antigua embajada de Saboya, convertida ahora en centro social. Las operaciones de la inteligencia de Roma estaban a las órdenes del agregado militar, el teniente coronel Stefano Zavatarri, a quien nadie tenía en gran estima. Un miembro de la policía secreta turca afirmó con desdén: «Los italianos son los petits chiens —los perritos falderos— de Hitler y recurren a la peor clase de agentes: griegos mestizos, armenios, musulmanes, judíos de los bajos fondos. Los turcos sacan cuanto desean de este tipo de agentes y, cuando estiman llegado el momento oportuno, los encierran[7]». Los italianos no corrieron mejor suerte en Río de Janeiro, donde en octubre de 1941 convencieron a Edmond di Robilant, un alto ejecutivo de las aerolíneas Lati, para poner en marcha un servicio de monitorización secreto que controlase los transportes. Este recibió un equipo de radio y 2600 dólares, que usó en parte para alquilar una granja de conejos en Jacarepaguá desde donde emitir. El hecho de que no llegase a suministrar un solo informe no lo salvó de una condena de catorce años por espionaje cuando la policía brasileña lo arrestó

en septiembre de 1942.

El Sturmbannführer de las SS Hans Eggen realizaba viajes regularmente a Suiza para recabar información, en especial de dos empresarios, Paul Holzach y Paul Meyer-Schwertenbach. Ambos, sin embargo, ponían al corriente de estas reuniones a la inteligencia suiza y nadie confiaba en ellos, ni siquiera después de que Allen Dulles de la OSS recibiera datos basados en los descifrados de Ultra donde se daba cuenta de la información que estos habían entregado a Berlín. Paralelamente, en Estocolmo, el coronel Makoto Onodera, el agregado militar japonés tan apreciado en Tokio, confiaba en la información de un oficial polaco llamado Peter Ivanov, que también trabajaba para los polacos en Londres.

"Class A"

No.	Name and Address	Nationality	Birthplace and Date	Occupation
41	DILLINGSHAUSEN, Nicolaus Eduard von Rio de Janeiro.	Esthonian	Katentach, 1904	Engineer
	Arrived in Brazil from Germany before the war as representative of Stahl-Union. In 1941, by arrangement with Stahl-Union, he became Managing Director of Cia Ferro e Carvao. DILLINGSHAUSEN allowed Schlegel's transmitter to be transferred to his fazenda in Minas, for which participation in Axis espionage activities he was tried on 19.11.1942 and sentenced to 8 years imprisonment.			
42	DIAS, Jose Ferreira, (Alias "Jose da Burra") Rio de Janeiro.	Portuguese	Santo Tirso, Portugal, 1888	Dock Checker.
	Employee of Hermann Stoltz in charge of stevedores. Made regular trips around Guanabara Bay in the Company's launch "Hansa" listing Allied ships which were photographed by Walter Augustin, who accompanied him. Tried on 6.10.1943 and sentenced to 20 years imprisonment. Retrial 29.10.1943, when sentence was reduced to 7 years. A further trial of the Hermann Stoltz group is due to take place shortly.			

Agentes enemigos sospechosos que operaban en Brasil (Archivos del SIS).

Los extranjeros que llegaban a la capital portuguesa desde las ensombrecidas y maltrechas ciudades europeas quedaban cautivados por los traqueteantes tranvías blancos, las orquestas de los cafés y las flores que adornaban todos los rincones. Malcolm Muggeridge escribió: «Después de dos años de apagones, Lisboa, con todas sus luces, parecía una visión celestial… El primer día solo deambulé por las calles, maravillándome ante

los escaparates, los restaurantes con cartas interminables, las mujeres tan elegantes y las terrazas de los cafés… De noche, los cabarés, las luces titilantes, una oleada de música de jazz al otro lado de las puertas entreabiertas. El placer tomaba las calles y eran muchos los que iban tras él[8]». Las operaciones alemanas en Lisboa se preparaban en el edificio de cinco plantas del consulado, ocupado casi en su totalidad por los del Abwehr y el SD, aunque el MI5 también disponía de una lista de 135 direcciones para uso de los miembros de su equipo, por lo general con fines personales. En la primavera de 1942, el comandante Brede del Abwehr, un oficial de la Luftwaffe que fue transferido a la inteligencia en contra de su voluntad, informó a Canaris de que la estación de Lisboa estaba sumida en la corrupción. El almirante descartó la acusación de plano, aunque por supuesto era cierta[9].

La mayor parte de encuentros y transacciones realizados en territorio neutral se llevaban a cabo de forma discreta y sin llamar la atención, porque a todos convenía proteger la tranquilidad de las casas internacionales. En septiembre de 1940, Dunderdale «Biffy», el oficial del MI6, utilizó la iglesia de San Gerónimo en Lisboa como punto de intercambio de un equipo de radio y de algunos códigos que entregó a un hombre de la inteligencia francesa; este, a su vez, los devolvió a Vichy, desde donde algunos miembros del Deuxième Bureau, entre ellos el jefe de cifrados francés Gustave Bertrand, mantuvieron contacto con Londres hasta noviembre de 1942[10]. Más tarde, aquel huyó a la espera de ser rescatado del Macizo Central por un avión de la RAF en junio de 1944.

En las capitales neutrales, sin embargo, además del indulgente comer y beber, a intervalos también se desataban algunos dramas y momentos de violencia cuando los tratos se torcían, se silenciaba a los sospechosos de traición o las autoridades locales frenaban lo que consideraban un exceso por parte de los espías. El 20 de abril de 1940, un hombre del MI6 en Estocolmo fue arrestado y acusado de pretender sabotear las exportaciones suecas de hierro a Alemania. Esto suscitó uno de los habituales estallidos de ira del embajador, sir Victor Mallet, que escribió a Londres: «No desearía que creyesen que no veo la necesidad, en ocasiones, de emplear métodos de este tipo en una guerra contra un enemigo que, por sistema, propina golpes bajos. Pero yo me quejo, en primer lugar, de que nuestros sabuesos parecen ser rematadamente malos en su trabajo: hasta la fecha, en Suecia no han conseguido mucho más que ponernos a todos en una situación delicada. En segundo lugar, empiezo a dudar de si todo esto vale la pena en un país donde la policía y los militares no solo están muy atentos[11]… sino en el que la política de confianza mutua ha demostrado ser, tantas veces ya, la que mejor funciona[12]». Los hombres de Broadway en Estocolmo recibieron una

sentencia de ocho años de cárcel; el rigor que se les aplicó era reflejo del poderío alemán y de la debilidad británica en el verano de 1940.

Stalin exigió el ajusticiamiento de los enemigos extranjeros de un modo aún más caprichoso que el propio Hitler. Cuando supo que el excanciller alemán Franz von Papen, que por entonces prestaba servicio como embajador del Führer en la Turquía neutral, había celebrado un encuentro con el papa y se lo señalaba como posible jefe del Gobierno si los nazis acababan siendo desbancados, se encolerizó hasta el punto de ordenar el asesinato de Von Papen. El NKVD trató de eliminarlo en Ankara el 24 de febrero de 1942, pero fracasó porque el asesino búlgaro escogido por Moscú murió a causa del estallido de su propia bomba, y Von Papen solo sufrió heridas leves. Entre tanto, el Kremlin estaba convencido de que Argentina, donde vivían 250 000 personas de habla alemana, constituía una de las principales bases del nazismo y, por orden directa de Stalin, el NKVD prendió fuego a la librería alemana en Buenos Aires y perpetró una veintena de ataques incendiarios contra otras propiedades del enemigo. Se colocaron cargas explosivas en los almacenes de productos destinados al imperio de Hitler y a bordo de los barcos que los transportarían. El FBI y la OSS compartían la paranoia rusa con respecto a Argentina y se sentían molestos por la interpretación que su Gobierno hacía de la neutralidad: cada vez que se arrestaba y encarcelaba a un número determinado de presuntos agentes nazis, se detenía también al mismo número de simpatizantes aliados. Las liberaciones se dictaban con una imparcialidad similar: cuando el gobierno militar de Argentina rompió las relaciones con Alemania, algo tarde, en enero de 1944, fueron arrestados 116 agentes del Eje. La mayor parte, sin embargo, quedó pronto en libertad. El FBI manifestó su descontento: «Indudablemente, ya están trabajando otra vez para el Reich[13]».

Los servicios secretos de los aliados occidentales raras veces cometían asesinatos; este tipo de crímenes se consideraban peligrosos, en primera instancia, tal como habían demostrado las represalias por la muerte de Reinhard Heydrich en 1942 en Checoslovaquia. En 1944, el MI6 elaboró un plan para llevar a cabo asesinatos selectivos contra miembros del Abwehr en Francia, pero no prosperó. Bill Bentinck[14] admitió la decisión y sostuvo que, si bien no se tenía por un remilgado, esto parecía «la clase de idea brillante que al final genera más problemas que beneficios[15]». En España tuvo lugar un episodio que pasaría a los anales de la leyenda negra del MI6. Paul Claire era un oficial de la Marina francesa encargado de infiltrar a los agentes en Francia por vía marítima[16]. En julio de 1941, la embajada británica en Madrid informó con gran alarma de que Claire había visitado al agregado naval de la Francia de Vichy, le había confesado su papel en la guerra secreta y ahora pedía auxilio para escapar a Francia. ¿Qué podía hacerse? Si aquel

cruzaba la frontera, sería libre de decir a los alemanes cuanto quisiera. Alan Hillgarth, agregado naval pirata, recibió una orden drástica desde Broadway: «liquidar a Claire» o secuestrar a un miembro de su familia como rehén para asegurarnos su silencio.

A la 1 del mediodía del 25 de julio, el oficial del MI6 Hamilton Stokes informó de que él y Hillgarth habían atraído a Claire hasta la embajada británica y allí «lo habían drogado y estaba inconsciente». La pareja partió en coche hacia Gibraltar, con Claire tendido en el asiento trasero. «C» preparó una señal para el Peñón en la que se ordenaba apresar al traidor en cuanto llegase, acusarlo de traición y retenerlo en aislamiento. Esta instrucción, sin embargo, resultó superflua cuando el representante del MI6 en Marruecos, que se encontraba en Gibraltar por casualidad, respondió: «Envío recibido… totalmente destruido… por exceso de atención en tránsito… Lamento los daños pero espero sea para bien». Un informe posterior explicaba que Claire había recobrado el sentido de pronto mientras el coche circulaba por las calles de una aldea en Andalucía y que aquel había comenzado a gritar a los transeúntes pidiendo auxilio. Sus captores lo hicieron callar de un golpe en la cabeza propinado con un revólver que tuvo consecuencias irreparables.

Sir Samuel Hoare, el embajador en Madrid, estaba furioso por el posible escándalo. Menzies admitió que Claire jamás debería haber partido a España y el episodio tuvo repercusiones incómodas. Los diplomáticos de la Francia de Vichy en Madrid protestaron ante el ministro de Exteriores español y, el día 12 de agosto, Radio France emitió en un programa un informativo relativamente fiel a los hechos, en el que describía cómo habían silenciado los captores de Claire a los aldeanos que oyeron sus gritos diciendo que «no se preocupen. Es un miembro de la embajada que ha enloquecido y lo llevamos al sanatorio». El 14 de agosto, el Daily Telegraph londinense publicó un artículo burlón titulado «Los nazis inventan un secuestro». Como suele suceder con estas historias, la narración parecía tan fantástica, y Berlín tan mendaz, que pocos lectores le dieron crédito, en el país o en el extranjero. En julio de 1942, el comandante Ian Fleming de la inteligencia naval informó a la Cruz Roja de que Claire había «desaparecido, al parecer ahogado» durante su viaje a Gran Bretaña a bordo del SS Empire Hurst, que se fue a pique tras un ataque de la aviación enemiga lanzado el 11 de agosto de 1941, quince días después de la fecha real del fallecimiento. El MI6 se sintió en la obligación de pagar a la viuda de Claire una pensión para mantener las apariencias, «por repugnante que resultase recompensar a los familiares de un traidor[17]».

En el otro lado, el 12 de mayo de 1944, Bletchley desencriptó un mensaje un tanto histérico del ministro japonés en Madrid para Tokio, en el que se quejaba porque un joven compatriota llamado Sakimura se había paseado por las calles de la capital española declarándose partidario de la causa

aliada. El ministro comunicó al Foreign Office: «En estas circunstancias considero que no tenemos otra salida que prescindir de los métodos tímidos y humanitarios y debemos tomar medidas drásticas, recurriendo a la ayuda de organismos como la Gestapo, y eliminarlo[18]». No existen pruebas, sin embargo, de que los agentes del Eje llevasen a cabo esta propuesta tan poco diplomática.

Estocolmo era un puesto de observación clave para todos los servicios de inteligencia, aunque a comienzos de la guerra las operaciones de vigilancia desde barcos británicos se vieron entorpecidas por algunos oficiales navales suecos declaradamente nazis. Los noruegos mantuvieron activa una misión de inteligencia dirigida por el coronel Rosher Lund, quien realizó un provechoso trabajo con sus vecinos escandinavos. La estación local del MI6 generaba setecientos informes mensuales, en su mayoría información fragmentaria sobre las fuerzas alemanas en la región, recopilada por empresarios en viaje de negocios. Entre los muchos charlatanes que vendían historias se contaba el emigrado ruso[19] que, a finales de 1943, ofreció al MI6 una fuente en la legación japonesa, junto al economista de Berlín que pudo suministrar algunos chismorreos de la gobernanta de Göring. Más provechoso fue el danés de nombre en clave «Elgar» quien, desde principios de diciembre de 1942 y durante más de un año, estuvo mandando fajos de material sobre la industria nazi que incluía inteligencia sobre el armamento de represalia alemán Vergeltungswaffen. En una ocasión, en el otoño de 1943, «Elgar» llegó a Estocolmo con una remesa de ácido industrial de Alemania en cuyas botellas de cristal había ocultado trescientos informes microfilmados. En enero de 1944, «Elgar» cayó en manos de la Gestapo y contó todo lo que sabía de sus contactos en el MI6 en Estocolmo. Por si acaso, introdujo algunos elementos de fantasía en cuanto a los grupos de espionaje británicos en Berlín, Hamburgo, Bonn, Königsberg y Viena. Estas revelaciones pudieron salvar la vida del danés, ya que sobrevivió a la guerra siendo preso de los alemanes.

El coronel del NKVD Boris Rybkin, que adoptó una identidad falsa como primer secretario de la embajada, desempeñó un papel crucial en las operaciones encubiertas soviéticas en Estocolmo, muchas relacionadas con las garantías del suministro de mercancías. Un famoso actor sueco, Karl Earhardt, actuó como intermediario para adquirir acero de gran resistencia para la construcción de aviones. La familia Wallenberg, que controlaba el banco Enskilda, obtuvo pingües beneficios con el intercambio de platino ruso por metales industriales que escaseaban. La esposa de Rybkin, Zoya, su colega en el NKVD, contaba cómo un día se encontró con varios lingotes en la mesa de su esposo. «¿Estaño?», preguntó ella con curiosidad. «Intenta coger uno», respondió el coronel, y ella apenas pudo levantarlo del escritorio. Pese

a todo, fueran cuales fuesen los éxitos de la sede del NKVD en Estocolmo en calidad de intermediario comercial, los historiadores oficiales de la inteligencia soviética a día de hoy admiten que no logró establecer redes en los países escandinavos vecinos, ni tampoco consiguió saber mucho de las investigaciones nucleares alemanas, de la producción de agua pesada en Noruega y otros asuntos similares. El valor más importante de la inteligencia sueca para los rusos, como para los Aliados, era su posición como balcón desde el que mantener la vigilancia sobre Alemania.

Malcolm Muggeridge, el hombre del MI6 en el Mozambique portugués, se alojaba en el hotel Polana de Lourenço Marques junto con el doctor Leopold Werz, el vicecónsul alemán y representante del Abwehr: «joven, rubio, rosado y serio». Werz había escapado del internamiento en Sudáfrica. Su historia era muy célebre, porque los periódicos en ambas costas del Atlántico publicaron escabrosos artículos sobre sus contactos con la inteligencia nazi. En el Polana también se hospedaba el abanderado de Mussolini, un italiano de nombre Campini que se daba aires al estilo del Duce e incluso se permitía vestir con capa. Buena parte del tráfico de Campini fue interceptado en Bletchley, como sucedió por ejemplo con la señal del 13 de enero de 1943: «Un convoy de diez buques americanos con las tropas, material de guerra y de la aviación zarpó de Capetown el 1 de noviembre rumbo a Sydney». En las semanas siguientes, Campini también emitió: «6 buques cisterna cargados, procedentes del golfo Pérsico, llegaron a Durban el primero de noviembre»; «Los ingleses han subido los sueldos de los marinos hasta las 27 libras mensuales»; «28.1.43 Un nutrido convoy americano rumbo a Australia ha pasado por Capetown»; «4 buques cisterna han partido de Durban en dirección al golfo Pérsico». El 29 de marzo de 1943, un oficial del MI5 señaló a propósito de estos interceptados: «Supongo que este material proviene de LEO. Manda lo mismo que Werz. Si LEO es el doctor WERZ en Lourenço Marques, sería una criatura admirable infiltrada en sí misma, ya que sus pequeñas dosis de información, que hasta hoy parecen notablemente imprecisas, llegan a las tres capitales del Eje en cuestión de días[20]».

Muggeridge tenía acceso a documentos a los que sus rivales del Eje no podían llegar, como los resúmenes del material saliente, que enviaba Kim Philby. El espía en ciernes aprendió el oficio a golpe de experiencia: la primera vez que trató de sobornar a un inspector de policía, este desdeñó su generosidad y dijo que los alemanes pagan el triple, y que los japoneses y los italianos aún superaban a los anteriores. La revelación más interesante que llegaría a través de Muggeridge durante aquellos primeros meses fue que el doctor Werz dormía con redecilla. Otros cometidos más serios incluían el secuestro y traspaso a Suazilandia de un buque de vigilancia a sueldo de los italianos, que informaba de los movimientos de los convoyes aliados. La

misión más emocionante del agente del MI6 consistió en organizar el secuestro de un buque mercante griego, cuyo capitán planeaba encontrarse con un submarino en el canal de Mozambique, según había averiguado Bletchley. Los preparativos se llevaron a cabo en un burdel de la localidad, el Marie. Los miembros de la tripulación, comprados mediante cuantiosos sobornos, apresaron al capitán como correspondía a su misión y llevaron el barco hasta Durban.

Muggeridge conoció a una glamurosa agente enemiga, la esposa de un alemán de quien estaba separada por temporadas, y a Johann, el amante de ella, que había trabajado para Himmler y que siempre contaba anécdotas amenas de él. El hombre del MI6 cribó también a un grupo de judíos polacos a quienes los japoneses habían liberado de su internamiento y que, más tarde, fueron enviados a la Tanganica británica. Estos sucesos y encuentros menores eran lo más destacado de su período de dos años en Lourenço Marques, aunque como todos los agentes, él también remitió numerosos informes, casi todos plagados de trivialidades. En cierto sentido, tal como declaraba él mismo no sin cierta dosis de cinismo, desarrollaba una actividad necia. Pero en medio de una guerra mundial, era indispensable que cada nación contase con un representante en lugares como Mozambique, aunque solo fuera para asegurarse de que el otro bando no tenía el campo libre para causar problemas allí.

Al lado de Sudáfrica había un hervidero de simpatizantes nazis, ansiosos por servir al Reich. Paul Trompke, el cónsul general alemán en Lourenço Marques, un corpulento hombre de cincuenta y cinco años, controlaba una red de agentes afrikáner de Mozambique. Uno de ellos era Sydney Robey Leibbrandt, antes campeón de boxeo en la categoría de pesos pesados de Sudáfrica, que había vivido tres años en Alemania, donde ingresó en las filas de la Wehrmacht y recibió adiestramiento como paracaidista y saboteador en el Regimiento de Brandeburgo antes de regresar a casa en secreto, en el mes de junio de 1941, pertrechado con un equipo de radio y las ardientes convicciones del nazismo, en una goleta capitaneada por el asombroso Heinrich Garbers. Leibbrandt encontró a muchos simpatizantes y amigos que lo ocultaron gustosos, pero no hubo tantos dispuestos a iniciar una revolución. En la Nochebuena de 1942, fue arrestado mientras realizaba el trayecto en coche desde Johannesburgo a Pretoria, y fue sentenciado a muerte por un tribunal en el que solo testificó con el saludo nazi.

El primer ministro Jan Smuts, consciente de la vulnerabilidad de la opinión afrikáner, conmutó la sentencia de su héroe deportivo nacional. Asimismo, cuando Malcolm Muggeridge intentó que la policía de Johannesburgo fuera tras un correo que acudía a la ciudad con mensajes de la estación del Abwehr en Lourenço Marques, se le informó sin cortapisas de

que no existía una casa afrikáner en la provincia de Transvaal que no se sintiera orgullosa de poder alimentar y ayudar a los hombres de Berlín[21]. Bletchley interceptó un flujo de mensajes de radio de los nazis afrikáner que propiciaron algunas redadas ocasionales, como la de julio de 1942 en que se arrestó a diez hombres y se descubrieron armas y dinamita ocultas para labores de sabotaje en Durban. Pero el tráfico de señales evidenció que la mayor parte de los simpatizantes del enemigo se contentaban con aguardar la victoria de Alemania, y no se precipitarían en un movimiento revolucionario inmediato. En un domicilio de la zona este de Londres habitado por nazis, se descubrieron dos mensajes codificados. El primero rezaba: «Todo en orden el empleo un poco deprimido la gente también pobre… poco sabotaje aquí en el este de Londres». El segundo gemía: «Es terriblemente desesperanzador trabajar en solitario». Afortunadamente para los Aliados, los afrikáner no tuvieron ni acceso a información provechosa para Hitler ni las posibilidades de sembrar el caos.

Suiza, en el centro de Europa entre Alemania, Francia e Italia, fue la confluencia más importante para todas las inteligencias, una ingente plaza de espías, refugiados, diplomáticos y sinvergüenzas de todas las nacionalidades. En una sola mañana, un hombre podía visitar en Berna las oficinas del MI6, la OSS, el Abwehr y el SD, todo sin desplazarse más que unos centenares de metros. La ciudad albergaba a incontables políticos en el exilio, algunos de ellos célebres y bien conectados en Francia, Austria y Alemania. Las comunicaciones radiofónicas secretas permitieron a británicos, rusos y estadounidenses emitir un volumen de información y de maquinaciones provenientes de las fuentes en Alemania. Los nazis, por su parte, usaban el país como ventana hacia el mundo. En Berna, el Abwehr recababa información del profesor Keller, el jefe de la delegación comercial suiza para Londres; del director del Banco de Pagos Internacionales; y de unos pocos marinos de permiso. Un agente al que se conocía por el nombre en clave de «Ober» regresó de Gibraltar con detalles de los partidos de fútbol que jugaban los equipos de las unidades británicas, lo que supuestamente ayudó a la inteligencia en cuanto al orden de batalla. El agente alemán más valioso fue «Jakob», también llamado Walter Bosshard, de la inteligencia suiza. El Abwehr afirmaba contar con un total de mil informadores en el país neutral, además de su rama oficial de la Gestapo, el Bureau F, vinculado a la embajada de Berna.

La industria del espionaje local, en la que participaban representantes chinos, polacos y checos además de las principales naciones beligerantes, ponían constantemente en un dilema al Gobierno de Berna con respecto a los límites que este debía imponer. La inteligencia suiza estuvo a las órdenes del dinámico teniente coronel Roger Masson desde sus orígenes en 1937.

František Moravec sentía un gran respeto hacia Masson, entre otras cosas porque el suizo jamás causó problemas a la célula de la inteligencia checa en Zúrich[22]. El coronel tenía la responsabilidad de velar por la independencia de su nación asegurándose de que ninguna nación beligerante, en especial Alemania, se sentía amenazada hasta el punto de lanzar un bombardeo u ocupar los cantones. Entre los seis millones de personas que vivían en el país, una minoría —muy ruidosa— presionaba y se manifestaba para que la nación se incorporase al Tercer Reich. Banqueros e industriales obtuvieron grandes dividendos con las exportaciones a Alemania, ofreciendo sus servicios de financiación a la cúpula nazi, en colectivo y de forma individual, y explotando el asesinato de los judíos más adinerados. Pero la mayoría de suizos, como demócratas que eran, preferían que la victoria en la guerra fuese para los Aliados. Los alemanes lo sabían: tras la ocupación de Francia en 1940, cayeron en sus manos documentos relativos a las conversaciones entre Berna y París sobre un movimiento de resistencia conjunta en caso de que Alemania invadiese Suiza.

En ocasiones, Masson intervino contra algunos agentes extranjeros y solo practicaba arrestos cuando los espías de una u otra nación provocaban un alboroto demasiado serio para pasarlo por alto. Se esforzó también para impedir que los ciudadanos suizos fuesen motivo de bochorno a los que habían tomado partido. En el transcurso de la contienda, se detuvo a 1389 personas en Suiza por traicionar secretos. Los tribunales militares dictaron 478 sentencias, 283 a suizos y 195 a extranjeros. Las fuerzas de seguridad locales no llevaban una vida tranquila, en modo alguno. El operador del GRU, Alexander Foote, informó de la consternación que se había instalado en la comunidad del espionaje internacional cuando un policía suizo estalló por los aires mientras intentaba desactivar un artefacto infernal que había encontrado. El británico escribió: «Nunca supimos de quién era la bomba[23]».

En la mayoría de capitales, los diplomáticos contaban con información de mejor calidad que los espías. El embajador alemán en Lisboa, el barón Oswald von Hoyningen-Huene, era inteligente, enérgico y bien parecido; mantenía una estrecha amistad con los íntimos del dictador portugués Antonio Salazar y dirigía una unidad especial para comprar periódicos extranjeros, que todas las naciones en guerra consideraban fuentes de la inteligencia. El MI5 se interesó por el material sensible que pasaba a Madrid —y desde ahí a Berlín— el duque de Alba, el embajador español en Londres, tan querido entre la aristocracia inglesa y considerado un prócer de costumbres intachables. Sus amistades, entre las que se contaban miembros del Gobierno como sir John Anderson, estaban complacidas por el papel de Alba como representante de la dictadura asesina de Franco: sus despachos —interceptados y leídos en secreto por Anthony Blunt— revelaron que conocía

de buena tinta no pocas indiscreciones. Guy Liddell escribió: «Probablemente, con la segunda copa de oporto empieza a aflorar un buen caudal de información». Podríamos afirmar sin miedo a equivocarnos que el duque de Alba, como tantos otros diplomáticos en el mundo, suministró información más fiable que los agentes secretos de su país[24].

14

Los amigos colaboran

«Apesta, pero alguien tiene que hacerlo»

Guy Liddell, del MI5, escribió en junio de 1943, después de que se hubiera descubierto la presencia de una célula comunista en el Ministerio del Aire: «Por desgracia, la ley resulta relativamente improcedente en el caso del hombre que espía en nombre de un aliado[1]». Douglas Springhall, el exmiembro de la Brigada Internacional y nexo principal de la red, estaba tratando de pasar a los rusos detalles de «Window», el sistema del Comando de Bombarderos para despistar al radar, del más alto secreto y aún sin estrenar. Springhall acabó cumpliendo cuatro años y medio de la condena de siete que se le impuso. En el transcurso de la investigación del MI5, salió a la luz que también estaba en contacto con un oficial del MI6, Ray Milne, que fue despedido sin demora, y con el capitán Desmond Uren de la sección húngara de la SOE, también condenado a siete años de internamiento. Liddell escribió: «La penetración de los servicios por parte del Partido Comunista está tomando un cariz muy serio[2]».

La Segunda Guerra Mundial no fue, en modo alguno, un simple enfrentamiento entre dos bandos, los Aliados y el Eje, que podamos definir cómodamente como las causas del Bien y del Mal. Entraron en juego todo tipo de fuerzas. En todas las comunidades surgían corrientes incesantemente, a favor de las izquierdas o las derechas, del imperialismo o el antiimperialismo, o movidas por los intereses de facciones enfrentadas, en

pugna por conseguir la primacía en el mundo de la posguerra. Churchill fue el artífice del imperioso mito retórico de la «Gran Alianza», una noble asociación entre Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos. Pero las tres potencias abrigaban unas esperanzas completamente distintas con respecto al universo que deseaban ver emerger después de la victoria. Stalin fue el más perspicaz de todos ellos: el acuerdo con Roosevelt y Churchill para garantizar la destrucción de Hitler no limitó en un ápice su voluntad de derribar el edificio del capitalismo burgués sobre las cabezas de aquellos. Mientras que ni los británicos ni los estadounidenses espiaron a la Unión Soviética en los años de guerra, los agentes de Stalin sí llevaron a cabo ambiciosas operaciones secretas contra las democracias. Sin dejarse amilanar por las interrupciones del nazismo, el Kremlin puso todo su empeño para que la revolución continuase siempre viva.

Resultaba complicado para los servicios de contrainteligencia occidentales valorar con acierto el riesgo que suponían los simpatizantes de la izquierda en la convulsa circunstancia política de mediados del siglo XX. Fue entonces cuando empezaron a circular los comentarios burlones acerca de las sospechas del MI5 con respecto a periodistas partidarios del comunismo como Claud Cockburn que aún se oirían durante bastante tiempo. La paranoia constituye un riesgo profesional en los oficiales de la inteligencia: en una ocasión, el despacho de lord Cherwell presentó a R. V. Jones una lista de científicos e ingenieros británicos cuya lealtad se ponía en duda. Entre los treinta y tantos nombres, Jones leyó algunos de quienes era absurdo desconfiar, entre los que destacaba Barnes Wallis, el creador de las minas dambuster de la RAF. Al parecer, un oficial de seguridad había elaborado la lista basándose en su descabellada imaginación[3].

No obstante, hubo centenares de británicos y estadounidenses de clase media, hombres y mujeres —entre los que se contaba, por ejemplo, Ivor Montagu, el hermano de Ewen, el oficial naval que dirigió el engaño de la «operación Mincemeat»—, que sí traicionaron a su país a favor de la Unión Soviética, mientras que otro puñado de británicos simpatizantes del fascismo, así como bastantes europeos, prestaron sus servicios a la causa del nazismo. En un primer momento, el MI5 recomendó a la inteligencia militar no contratar al historiador del arte Anthony Blunt, porque este había visitado Rusia y en un momento se ofreció para colaborar con una revista de izquierdas. La posteridad habría hecho burla de este tipo de criterios para poner en duda la honradez y fiabilidad de un hombre, si Blunt no se hubiera demostrado un traidor. Noel Annan, un académico que pasó la guerra en el mundo de los servicios secretos, escribió a propósito de los procesos de reclutamiento de personajes como Kim Philby y Guy Burgess: «Los servicios de inteligencia estuvieron integrados, en tiempo de paz, por hombres que

consideraban a Stalin el principal enemigo y que en Hitler veían a un colega desagradable a la vez que un posible aliado; [la gente civilizada] se alegraba de ver cómo se reclutaba a personas inteligentes de la izquierda para restablecer el equilibrio[4]».

En medio de una guerra, no fue sencillo nivelar las exigencias enfrentadas de libertad personal y seguridad nacional. El MI5 había cosechado un éxito notable en su lucha contra las redes de espionaje soviético en Gran Bretaña en las décadas de 1920 y 1930. Sus oficiales hicieron gala de una imaginación, de una brillantez incluso, en su control y «conversión» de los espías nazis. El servicio de seguridad, sin embargo, no supo identificar a los traidores más importantes de la comunidad británica que penetraron en Whitehall y en la comunidad secreta. Anthony Blunt, que por entonces trabajaba en el MI5, anunció a su mentor en el NKVD que le tranquilizaba el hecho de saber que el capitán John King, el informador soviético de antes de la guerra, solo fue descubierto cuando un desertor lo denunció.

Desde el mes de junio de 1941 hasta 1945, los gobiernos de los aliados occidentales, y el británico en especial, vigilaron mucho qué les decían a los rusos, sobre todo por temor a las filtraciones con respecto al secreto de Ultra. Remitían constantemente información operativa que pudiera ser de ayuda para el Ejército Rojo, pero presentaban como fuente de estos datos a agentes aliados en Alemania que en realidad no existían. Aun en estas condiciones, el tráfico inquietaba a Broadway, en parte porque solo circulaba en uno de los sentidos. En las primeras semanas de la «operación Barbarroja», Bletchley interceptó una orden que dirigía al 4.º Ejército de Acorazados hacia Smolensko, para fortalecer el asedio, mientras que la Luftwaffe bombardeaba las conexiones ferroviarias en la retaguardia del Ejército Rojo[5]. En la tarde del 15 de julio de 1941, Churchill, tras haber leído estos desencriptados, garabateó junto al texto con tinta roja: «Sin duda, corresponde advertirles de esto. Por favor, informen antes de la acción».

Stewart Menzies se ofendió profundamente y así quiso hacerlo constar al primer ministro: «En mi opinión, la fuente [así se refería Broadway a Ultra] correría un gran peligro si se pasa esta información a Moscú tal como la tenemos, ya que ningún agente en el mundo podría haber conseguido datos sobre las operaciones del 16 de julio. No obstante, he dispuesto las cosas con la War Office para que lo fundamental se les transmita incorporado con otro material». Menzies añadió: «Diría que se dio instrucciones al general Mason-MacFarlane [el agregado militar británico en Moscú] para que informarse a los rusos de que teníamos una fuente bien situada en Berlín que, ocasionalmente, tenía acceso a los planes operativos así como a ciertos documentos. Los rusos podrían aceptar esta explicación. Pese a todo, me he negado a proporcionarles identificaciones detalladas [de la unidad], lo que

podría despertar sospechas con respecto al origen verdadero de la información».

Aquellas precauciones se confundieron con el hecho de que el NKVD y el GRU estuvieran recibiendo un flujo constante de documentos e interceptados de Ultra desde informadores británicos muy bien situados. Uno de los más destacados fue John Cairncross, quien en los primeros años de guerra trabajó como secretario personal de lord Hankey, miembro del Gabinete, y luego en Bletchley y otros destinos del MI6. Se cuenta también que al comienzo de la guerra hubo otro informador soviético en el Parque al que jamás se llegó a identificar y a quien se conocía por el nombre en clave de «el Barón». Anthony Blunt trabajó para el MI5 y Kim Philby llegó a ser uno de los oficiales más descollantes en el MI6. Guy Burgess fue contratado sucesivamente por el MI6, la BBC y el Foreign Office. Donald Maclean ocupó despachos de la mayor responsabilidad en el Foreign Office. Otras fuentes británicas suministraron inteligencia técnica; en especial, la relativa al programa de la bomba atómica.

Guy Liddell, del MI5, escribió en el mes de noviembre de 1942, en sus reflexiones a propósito de la historia de Richard Sorge de la que habían informado a Londres los agentes en Tokio: «No cabe duda de que los rusos son mucho mejores en cuestiones de espionaje que cualquier otro país del mundo. Estoy absolutamente convencido de que están bien posicionados allí y de que deberíamos emprender más investigaciones. Nos representarán una fuente de problemas muy importante cuando la guerra haya terminado[6]». Liddell no sabía de la misa la media. La penetración soviética en el Gobierno, las instituciones científicas y la maquinaria de guerra británicas ya era mucho más extensa de lo que podría haber llegado a imaginar en la peor de sus pesadillas. Sin embargo, cuando la Unión Soviética pasó a formar parte del bando aliado, Churchill insistió en que no se llevasen a cabo operaciones de inteligencia contra el régimen estalinista. El Foreign Office emitió una circular oficial a los servicios secretos indicando que todo análisis y examen a los comunistas británicos se realizaría con cautela y que no se debía reclutar a informadores en la Unión Soviética. El MI5 no puso gran empeño en monitorizar las actividades del NKVD o del GRU en Gran Bretaña y la reducida sección rusa de Bletchley se cerró en diciembre de 1941. Estos nobles escrúpulos no contaron con el reconocimiento de Moscú, por supuesto, y mucho menos fueron correspondidos.

Cuenta la leyenda popular británica que aquellos a quienes se dio en llamar «los Cinco de Cambridge» fueron una panda de sinvergüenzas sin parangón, paradigma del envilecimiento del sistema de clases, un hatajo de radiantes jóvenes que traicionaron como nadie a su país y lo ejecutaron de un modo sistemático. No obstante, parece más adecuado juzgarlos al lado de los

agentes de Moscú en Gran Bretaña de orígenes menos privilegiados —al estilo de la espía Melita Norwood, de una eficacia nuclear letal— y los centenares de estadounidenses que vendieron asimismo los secretos de su nación a la tiranía estalinista. El credo comunista gozó de un apoyo que se extendió en todos los rincones del mundo occidental, en una era en que la mayoría de la gente de tendencias de izquierdas prefirió no ser consciente de la inhumanidad institucionalizada que imperaba en la Unión Soviética. A sus ojos, el capitalismo, estuviera representado por los intereses empresariales en Estados Unidos o por el Partido Conservador en Gran Bretaña, se erigía en opresor de la clase obrera: «Si miramos a nuestro alrededor, hacia nuestros infiernos —afirmó Philip Toynbee, el historiador que abrazó el comunismo en Cambridge— nos vemos forzados a inventar un paraíso terrenal en alguna otra parte[7]».

Los reclutas del Centro de Moscú se beneficiaron extraordinariamente de la condición de la Unión Soviética como principal abanderado del credo comunista. Muchas de las fuentes del NKVD y del GRU en el mundo abrigaban la ilusión de que entregando los secretos al Komintern, estaban colaborando con un ideal internacional, en lugar de limitarse a defender una causa estrictamente nacional. Zbigniew Brzezinski define esta ideología como una combinación de teoría y acción con una «conciencia del objetivo y de la tendencia general de la historia. De este modo ofrecía a sus adeptos la sensación de coherencia y certidumbre que suele faltar entre quienes… crecieron en la tradición de pragmatismo a corto plazo». Aun antes de que cobrase entidad la enormidad de la amenaza fascista en Alemania, Italia y España, el socialismo de izquierdas ya atraía a grupos sociales ilustrados y compasivos. El credo se vistió de distintas guisas. Confesarse simpatizante del comunismo abiertamente no suponía barrar el acceso a la sociedad culta londinense, parisina o de Washington, porque el comunismo entonces no se identificaba con las barbaridades que quedaron al desnudo en la segunda mitad del siglo XX. James Klugmann, un informador de Moscú que trabajaba para la SOE, declaró más tarde: «Nosotros solo sabíamos, todos nosotros, que la revolución estaba al alcance de la mano. Si alguien hubiera insinuado que en Gran Bretaña no se produciría, digamos, en treinta años, me habría muerto de risa[8]».

En la década de 1930, parecía que los comunistas eran los únicos que plantaban cara al fascismo con algo de convencimiento y, cuando en 1936 estalló la guerra civil en España, la credibilidad de la Unión Soviética aumentó de forma espectacular en los círculos de la intelectualidad. Estos se obsesionaron con España aún más de lo que la próxima generación lo haría con Vietnam. En los años sesenta, por hostiles que fuesen a la política estadounidense, nadie tomó las armas para defender a Ho Chi Minh. Sin

embargo, millares de europeos y estadounidenses combatieron para salvar la República española, o prestaron su colaboración voluntaria. Millones de personas en el mundo entero se sentían identificados con esta causa con un fervor casi religioso. En este entorno de agitación, tal vez aún más politizado que ningún otro período de la historia antes o después, Moscú reclutó a jóvenes idealistas de todas las nacionalidades para que prestasen servicio como guerreros encubiertos en lucha por la causa del comunismo.

Los informadores en Gran Bretaña y Estados Unidos del Centro tenían personalidades muy diversas, todas ellas unidas por la fe mesiánica en su acierto, indispensable para que pudieran traicionar sistemáticamente a sus jefes, colegas y a su país. Hugh Trevor-Roper reflexionó mucho más tarde que él y otros muchos de su generación no valoraron en su justa medida los peligros que implicaba la presencia de comunistas en el seno de las sociedades británicas y otras comunidades democráticas, porque confundieron a los adeptos al credo con «los más radicales, meramente, entre nuestros aliados contra el fascismo, los militantes de la extrema izquierda en una coalición en que los hombres habían acordado respetar la diferencia. Los norteamericanos e ingleses cultos no llegaron a comprender que el comunismo constituía una religión… [que] podría llegar a paralizar por completo las facultades mentales y morales de sus conversos y llevarlos a cometer todo tipo de vilezas y a soportar cualquier humillación en su nombre[9]».

No obstante, muchos de los que se hicieron llamar comunistas en la década de 1930 se vieron obligados a retractarse a la vista del cinismo supremo del pacto que firmaron en agosto de 1939 nazis y soviéticos. Trevor-Roper escribió: «Muchos de nuestros amigos habían sido comunistas, o eso creían, en los años treinta, y nos sorprendió que aquellas personas hubieran de verse apartadas del funcionariado a consecuencia de una fantasía de juventud de la que, en cualquier caso, ahora se han liberado; porque aquella fantasía no sobrevivió al devastador golpe del pacto entre Hitler y Stalin[10]». De este modo, cuando empezó a retirarse la entusiasta marea del comunismo en las democracias occidentales, todos los conservadores salvo los más doctrinarios se mostraron reacios a guardar rencor a los jóvenes que se habían confesado adeptos a Moscú antes de que el pacto nazi-soviético dejase al descubierto su vil naturaleza.

No obstante, continúa siendo digno de mención el hecho de que los Cinco de Cambridge, así como otros de su mismo estilo, mantuvieran roles paralelos durante tantos años en los servicios secretos de Rusia y de Gran Bretaña. Todos los espías comparten una personalidad disfuncional, sumada a un odio contra la familia, la clase social o la comunidad que los ha impulsado a cometer traición y, a su juicio, justifican tal comportamiento.

Todos ellos cuentan con capacidades intelectuales nada desdeñables y cierto grado de encanto personal. John Cairncross era el raro, nacido en 1913 en la familia de un ferretero de Lanarkshire. Obtuvo una beca primero en la Universidad de Glasgow y luego en el Trinity College de Cambridge. Desaliñado y frágil en su aspecto, con una cabellera de un pelirrojo chillón, era algo torpe y demasiado sincero, cualidades que provocaron que el secretario personal de Churchill, «Jock» Colville, lo despidiera por ser «brillante y aburrido». Esta desventaja lo apartó del resto de espías de agradable trato en Cambridge, aunque sus dotes intelectuales le garantizaron un puesto en el Gobierno. En 1936, Cairncross pasó casi todo el año en la administración pública.

Como a todos los demás, también a él lo había reclutado Arnold Deutsch del NKVD, un judío vienés y entusiasta defensor de la liberación sexual que desde 1934 se había instalado en un piso de Lawn Road, en Hampstead, puerta con puerta con Agatha Christie. Deutsch seguía la estrategia de cortejar a los jóvenes brillantes que parecían destinados a los pasillos del poder. Más tarde, Kim Philby lo describió como «un hombre maravilloso[11]», divertido y brillante, que trataba a los Cinco como camaradas más que como subordinados. Tiempo después, este aseveró que jamás dudó ni por un segundo en recoger el guante lanzado por Deutsch: «Ante una oferta para ingresar en una fuerza de élite, no hay que pensárselo dos veces[12]». Donald Maclean, tras haber huido a Moscú en 1951, justificó su traición en unos términos algo más desdeñosos: «Es como ser el encargado de los baños. Apesta, pero alguien tiene que hacerlo[13]».

En mayo de 1937, James Klugmann hizo las presentaciones entre Cairncross y Deutsch en Regent's Park. Unos meses después, el del NKVD recibió órdenes de presentarse en Moscú, durante las Purgas. Según los espías de Cambridge, sus sucesores en el cargo de mentores jamás lograron igualar el encanto y la profesionalidad de Deutsch. Pese al celo con que preservaba su intimidad, despertó las sospechas de sus jefes y la asociación de los Cinco con él insufló cierta cautela hacia ellos por parte del NKVD. En una valoración fechada en el invierno de 1938, el Centro de Moscú advertía de que la operación de inteligencia en Londres «se basaba en unas fuentes dudosas, en una red de agentes reunida en una época en que estaba controlada por los enemigos del pueblo y, por tanto, era extremadamente peligrosa[14]». Aunque el Centro mantuvo los vínculos con los Cinco por un tiempo, su material era examinado con la mayor cautela.

A principios de 1940, las sospechas crecieron en Rusia. Lavrenti Beria llegó a convencerse de que los espías de Cambridge estaban sirviendo o bien a los británicos o a los alemanes, y no a la causa del socialismo. Mandó llamar a Moscú a Anatoly Gorsky, el único miembro que quedaba en la residencia

legal del NKVD en Londres. Durante varios meses, mientras se desarrollaba la mayor de las luchas de la historia de la humanidad, la inteligencia soviética no puso en práctica ninguna operación digna de ser mencionada en Gran Bretaña; Stalin dejó claro a sus jefes del espionaje que estaba más interesado en matar a Trotski que en descubrir qué hacía Hitler, o Churchill en este caso. Hasta finales de 1940, la política de inteligencia del Kremlin no experimentó un viraje, brusco como no podía ser de otro modo. Corrió el rumor de que el Centro quería recuperar sus redes de agentes en el extranjero, a las que había dejado abandonadas hasta la atrofia.

Cuando retomó el contacto con los Cinco, el nuevo residente del NKVD escogió los Jardines de Kensington como lugar de encuentro porque estos se hallaban cerca de la embajada soviética. Los espías reavivaron su cruzada encubierta por el socialismo, aun cuando en esta ocasión Stalin estaba vinculado a Hitler. Debido a su falta de habilidades sociales, Cairncross había sido transferido del Foreign Office al Tesoro y en 1940 ocupó el cargo de secretario personal de lord Hankey. Si al Centro de Moscú se le escapaba algún dato concerniente a la estructura y las actividades del servicio secreto británico, ahora contaba con Cairncross para que cubriese la brecha mediante el acceso a Hankey. El ministro había dirigido una investigación exhaustiva sobre el MI6 y Bletchley. Cairncross escamoteó para su mentor en el NKVD una copia del informe provisional de Hankey, que se había comenzado a distribuir en marzo de 1940 en los despachos de Whitehall.

En adelante, pasó un año como decodificador en el Barracón 3 de Bletchley hasta caer enfermo, lo que propició el cambio de destino al MI6. Entre 1941 y 1945, pasó 5832 documentos a los rusos, entre ellos numerosos desencriptados de señales alemanas. Técnicamente, Cairncross era tan incompetente que no logró fotografiar el material: solo pudo copiar algunos extractos a mano o hurtarlos temporalmente para que su mentor hiciera las copias. El residente del NKVD solía tener problemas para cifrar todo el material que le suministraba su informador, pero fue lo bastante avispado como para proveer a Cairncross de fondos para que este adquiriese un coche que le facilitaría la entrega de los secretos robados. La impopularidad del espía entre sus colegas no se demostró un obstáculo en su puesto en el MI6 y, transcurrido el tiempo, Moscú lo condecoró con la Orden de la Banda Roja en muestra de reconocimiento a la contribución de sus intereses.

Guy Burgess había nacido en 1911, en la familia de un oficial naval; estudió en Eton y en el Trinity College de Cambridge, y luego se ganó el sustento en la BBC al tiempo que se codeaba con los círculos de la intelectualidad y de la política alternativas de Londres. Su nivel de consumo de alcohol superaba incluso los estándares de la época, que no eran precisamente moderados. Su copa preferida era una ración generosa de

oporto, que entre los camareros del Reform Club en el Pall Mall acabó siendo «un Burgess doble». Vivía en un piso de la calle Bond, en unas condiciones de miseria contestataria, donde en ocasiones cocinaba unas gachas, arenques ahumados, panceta, ajo, cebollas y «lo que hubiera por la cocina» para pasar el fin de semana[15]. En el mes de diciembre de 1938, sus contactos y su inteligencia lo llevaron hasta el departamento de propaganda del MI6. Tras varios meses allí, fue transferido a la BBC donde produjo el programa de radio The Week in Westminster, el pasaporte a numerosos contactos políticos muy provechosos.

Después de aquello vivió un tiempo agitado, moviéndose siempre entre la emisora de radio y los intelectuales del Fitzrovia, el desenfrenado distrito homosexual de Londres donde se perdían también los callejones más oscuros del mundo de los secretos, rusos y británicos, y se libró de la llamada a filas gracias al buen hacer de Blunt en el MI5. Su capacidad para esquivar el desastre desconcertó a quienes se habían topado con su temeraria indiscreción mucho antes de que se desvelase su condición de agente al servicio de Moscú. Una de las contribuciones más señaladas de Burgess en 1942 al esfuerzo bélico fue su labor para reclutar a la fuente del MI5 Andrew Revoi, el líder de los denominados «Húngaros Libres» en Londres, a quienes él mismo había puesto en nómina para el NKVD ya en 1938. En los primeros años de la contienda, Burgess contribuyó menos en los intereses del Centro que otros espías de Cambridge, pero en 1944, sir Alexander Cadogan lo escogió para formar parte del Departamento de Información del Foreign Office. Entre los meses de enero y julio de 1945, Burgess pasó 389 archivos de información de alto secreto a su mentor soviético.

Donald Maclean proporcionó a Moscú la inteligencia política más importante de su historia. Provenía de una familia escocesa de las Tierras Altas, de un presbiterianismo sofocante y comprometida con la abstinencia del alcohol; su padre, abogado de carrera, fue ministro del Gabinete con los Liberales. Young Donald, nacido en 1913, estudió en Gresham's, una severa escuela privada de Norfolk donde los chicos llevaban los bolsillos de los pantalones cosidos para evitarles la costumbre de meter las manos en ellos. A Maclean, alto y bien parecido, un admirador nazi lo describió como un tipo con «unas facciones arias perfectas». Desde una edad muy temprana, cultivó una pose de mandarín relajado, con sus cigarrillos balcánicos y su encanto de salón. Philip Toynbee escribió algunas palabras a propósito del «perezoso ingenio y el sutil sentido del humor» de su amigo. Maclean y otros reclutas de Moscú en Cambridge declararon creer que trabajaban para el Komintern, pero no para la Unión Soviética exactamente, y tal vez fuera cierto. Maclean entró a trabajar en el Foreign Office y comenzó a pasar documentos a su controladora en el NKVD. En 1937, Kitty Harris, nacida en el seno de una

familia rusa prácticamente sin recursos económicos del East End londinense y casada en un matrimonio momentáneamente bígamo con el líder comunista de nacionalidad estadounidense Earl Browder, asumió este papel. Ella y Maclean terminaron la primera reunión en la cama y mantuvieron una aventura amorosa durante unos meses. Al año siguiente, él fue destinado a París. Robert Cecil, amigo de juventud de Maclean y ahora colega en la embajada, percibió cierta intranquilidad y dudas en el comportamiento de su colega, antes tan seguro de sí mismo. Entonces, Cecil no logró explicarse el cambio, pero más tarde comprendió que se trataba del sentimiento de culpa derivado de la doble vida de Maclean. El apuesto joven diplomático no gozaba de popularidad en todas partes: las mecanógrafas lo conocían por el desdeñoso mote de «el Sabelotodo[16]».

Pese a todo, Melinda Marling, una joven estadounidense a quien Maclean conoció en París, se lo retrató a su madre en tono elogioso: «Mide 1,82 metros, es rubio con unos ojos azules preciosos… Es la viva imagen del honor, la responsabilidad, el sentido del humor, la imaginación, es culto, tolerante (y dulce), etc.»[17]. En junio de 1940, ella estaba embarazada en una Francia sumida en el caos y a punto de caer bajo el dominio de los alemanes. La conmoción derivada de estos dos sucesos la llevó a prescindir de sus anteriores reservas con respecto al matrimonio con Maclean. Tras una boda algo precipitada, ambos fueron evacuados a Gran Bretaña. De allí, Melinda zarpó hacia Nueva York, donde nació su primer hijo, que murió al poco. Hasta el otoño de 1941 no volvió a vivir con Donald en Londres. Parece casi seguro que, desde el comienzo, la joven de izquierdas supo tanto del trabajo que su marido hacía para Moscú como de su condición bisexual.

La entrada forzosa de la Unión Soviética en la batalla contra Hitler elevó el ánimo de los espías occidentales a las órdenes de Moscú. Ahora que Gran Bretaña y Rusia, y poco más tarde también Estados Unidos, luchaban contra el mismo enemigo fascista, personas como Maclean podían convencerse de que pasar información al «Tío Joe» no constituía traición, sino un simple medio para colaborar en una causa común. Solo en 1942, los documentos que este robó o copió del Foreign Office llenaban 48 archivos en los despachos del NKVD de Moscú. La productiva cosecha de Maclean incluía abundante material sobre las relaciones británicas con la Unión Soviética y algunos detalles acerca de las posturas que Gran Bretaña adoptaba en las negociaciones y antes de las cumbres. En abril de 1944, Maclean fue destinado a la embajada británica en Washington, en calidad de primer secretario, donde jugaba al tenis con lord Halifax y usó los partidos para abastecerse de secretos angloestadounidenses. El estrés derivado de su vida como bisexual y como espía se dejó ver en su creciente consumo de alcohol y en los arrebatos que sufría cuando se hallaba bajo sus influjos. Sin embargo,

su inteligencia y su encanto, ayudados por el Foreign Office y la solidaridad de clase, le permitieron conservar tanto el trabajo como la condición de fuente principal en materia de política exterior occidental para la Unión Soviética.

Anthony Blunt, nacido en 1907 e hijo de un vicario, se crio en Marlborough, ganó una beca para estudiar matemáticas en Cambridge y más tarde se licenció con matrícula de honor en sus estudios de lenguas extranjeras. Después, trabajó como profesor universitario y dio sus primeros pasos en la historia del arte. Eran de todos conocidas su condición de homosexual y sus simpatías hacia la política de izquierdas; su amigo Guy Burgess podría haber sido el responsable de su ingreso en las filas del NKVD. Pero en 1939, ni la política ni la sexualidad se demostraron un obstáculo para que entrase a formar parte en el cuerpo de inteligencia, donde prestó servicio durante varios meses desde su destino en Francia. Tras el episodio de Dunquerque, se vio sin hogar y pasó un tiempo como inquilino de Victor Rothschild, del MI5, a través de quien Guy Liddell lo reclutó para el servicio de seguridad.

Blunt se ganó enseguida los aplausos por su trabajo como oficial de inteligencia, en especial por la destreza que demostraba al examinar el contenido de los montones de mensajes diplomáticos de países neutrales. Uno de los secretarios del MI5 en aquellas fechas recordaría años más tarde: «¡Dios mío, era una persona encantadora! ¡Pobre Anthony! Todos estábamos un poco enamorados de él, ya sabes… Solía ir de un lado para otro con su aceite de hígado de bacalao y la malta, diciendo "Esto es lo que Tigger quiere desayunar". Conocía muy bien el libro de Winnie the Pooh. Se parecía a Leslie Howard —un ídolo de las funciones de teatro—, más delgado y con aspecto demacrado, pero tenía el rostro de Leslie Howard. Por entonces, todo el mundo estaba enamorado de Leslie Howard[18]». Blunt acudió a diversas reuniones del Comité de Inteligencia Conjunta en representación del MI5 y en 1944 se le postuló para participar junto con el SHAEF en una maniobra de engaño. En su cometido paralelo para el NKVD, reclutó y fue responsable de Leo Long, un agente secundario que trabajaba para la inteligencia militar. Blunt suministró numerosos documentos del MI5 y algunos desencriptados de Ultra, incluidas señales relativas a la batalla de Kursk en 1943, cuyo contenido se transmitía a Moscú por medio de canales militares británicos. También informó a los rusos sobre las actividades del Comité de los Veinte, que dirigía a los agentes nazis «convertidos» en su magistral partida radiofónica con el Abwehr.

Harold Philby, alias «Kim», el más famoso del grupo de Cambridge porque consiguió acceder a los secretos más sensibles y porque su traición acabó costando muchas vidas, era el hijo de un arabista de St John Philby, una personalidad obsesiva que rozaba los límites de la locura. El anciano sabio

afirmaba, por ejemplo, que Hitler era un «hombre excelente», y en 1940 llegó a convencerse de que la victoria británica era un hecho inevitable, de resultas de lo cual pasó un breve período de tiempo interno en la India. Tras haber pasado por Cambridge y Westminster, asesoró a Philby en su carrera: «Consiga un puesto en los periódicos», le recomendó Arnold Deutsch, porque son una plataforma ideal para su trabajo con Moscú. A finales de la década de 1930, Philby se convirtió en un periodista bien considerado y actuó como corresponsal durante la Guerra Civil Española para el rotativo The Times, al mismo tiempo que desempeñaba su cometido como agente del NKVD, que doblaba sus ingresos. La extravagancia de su carácter hacía que el dinero ruso resultase tan importante para él como la satisfacción de mitigar el desprecio que sentía hacia Gran Bretaña sirviendo a su enemigo. Era muy querido en los círculos de poder e influencia, que veían en él a una agradable compañía: el especialista en estudios militares Basil Liddell Hart lo presentó en el augusto Athenaeum Club londinense y solicitó que la institución le concediese la condición de miembro. Philby se sentía muy orgulloso de haber protagonizado la farsa en la que Franco lo condecoró con la Cruz Roja del Mérito Militar, sin saber que en 1937 los rusos le habían dado instrucciones de recabar inteligencia para orquestar el asesinato del dictador.

En adelante, sin embargo, durante las Purgas y el período del pacto nazi-soviético quedó aislado con la misma brusquedad que tantos informadores del NKVD. Moscú rechazaba sus ofertas de nuevo material que este transmitía a los rusos por medio de Donald Maclean. En aquella época, hubo de enfrascarse en su papel de corresponsal para el Times acompañando a la Fuerza Expedicionaria Británica en Francia. En 1940 ingresó en las filas del MI6, tras haber manifestado su interés en desarrollar una carrera en la inteligencia ante Harriet Marsden-Smedley, una cazatalentos del servicio. Valentine Vivian era amiga de St John Philby y aceptó sin problemas la promesa del anciano de que su hijo había cesado en sus devaneos con la izquierda. Kim inició su carrera en la inteligencia británica con una conferencia sobre técnicas de propaganda subversiva a los exiliados extranjeros reclutados por la SOE. Solía iniciar sus pomposas charlas apremiando a su público que, en gran medida, consideraba tan monstruoso a Stalin como a Hitler: «Señores, no es mi deseo impedirles que acaben con los rusos, pero les suplico, en nombre del esfuerzo bélico aliado, que primero terminen con los alemanes[19]». Philby se ganó el afecto y la aprobación de sus colegas y jefes en Broadway y, en el mes de octubre de 1941, fue ascendido a director de la sección del MI6 en la península Ibérica.

Los rusos habían reanudado el contacto nueve meses antes, pero sus primeros informes acerca de la vida en Broadway se ganaron su desdén. Él sostenía que la Unión Soviética ocupaba el décimo lugar en la lista de

penetración del MI6, una posición que el Centro consideró increíble, dado su convencimiento de que el objetivo fundamental del servicio secreto británico era acabar con la Unión Soviética. Los líderes rusos se movían en una sociedad ajena a los valores de la nobleza en sus procederes, que veían incluso como una amenaza para el estado. En consecuencia, no podían dar crédito al hecho de que durante la guerra, aun los más apasionados detractores del comunismo —como el propio Winston Churchill— hubieran dejado a un lado su hostilidad para combatir en cuerpo y alma a las potencias del Eje. Esto se hizo evidente en 1940 cuando Walter Krivitsky, el antiguo residente del NKVD en Holanda, desertó al bando estadounidense. El 23 de enero, el MI5 mantuvo una reunión informativa con él en el hotel Langham de Londres. Krivitsky describió a casi un centenar de agentes soviéticos en Europa, de los cuales sesenta trabajaban en contra de los intereses británicos y dieciséis de estos eran súbditos del imperio. Pero el MI5, absorto en una medida abrumadora en la amenaza nazi, se vio capaz de asignar solo un oficial a las tareas de investigación de las penetraciones soviéticas, por lo cual no debe sorprendernos que este no lograse identificar al periodista británico anónimo del que Krivitsky había dicho que trabajó con el NKVD en un plan para asesinar a Franco en la persona de Kim Philby[20].

El interés de Moscú se reavivó cuando Philby fue nombrado director de la sección ibérica. En adelante, este suministró al Centro casi un millar de documentos de secretos relativos a la guerra, que llegaban a destino mediante la intervención de Anatoly Gorsky, al que el NKVD había vuelto a nombrar residente en la embajada soviética en Londres. De complexión gruesa y baja estatura, Gorsky era una caricatura estalinista cuya escalofriante falta de piedad repugnaba a los espías de Cambridge, aunque no lo bastante para abandonar la misión. La contribución más significativa de Philby en esta época consistió en alimentar la paranoia soviética con respecto a la perspectiva de que Gran Bretaña firmase un compromiso de paz con Hitler, mediante la intervención del segundo del Führer, Rudolf Hess. Se trataba de una maniobra de agitación, supuestamente pensada para mejorar el prestigio del agente en Moscú. Con el mismo ánimo, Philby informó de que sus jefes en el MI6 habían descartado un plan para asesinar al almirante Canaris en una de sus frecuentes visitas a España, supuestamente porque los británicos habían previsto que este podía convertirse en el intermediario en las posibles negociaciones bilaterales[21].

En Broadway, Philby gustaba de lucir una vieja capa que su padre había llevado en su época del ejército entre 1914 y 1918. Con su tartamudeo, la vestimenta desgastada y sus aires de timidez, decía Robert Cecil que parecía «uno de los sórdidos antihéroes de Graham Greene[22]». Pero Malcolm Muggeridge parecía gozar de la condición de espíritu libre: «Su veneración

romántica de los piratas y la piratería, sin importar cuál fuera su base ideológica, si es que la tenía. Los bebedores, los donjuanes, la violencia en todas sus manifestaciones, la temeridad en cualquiera de los sentidos, le resultaban irresistibles[23]». En una ocasión, Philby comentó a Muggeridge en un tono distendido, casi burlándose de sí mismo, que Goebbels era un hombre con quien sentía que podría haber trabajado.

Las cualidades de Philby le valieron un premio curioso en Broadway: Hugh Trevor-Roper lo consideraba «una persona agradable y eficiente… listo, sofisticado e incluso genuino[24]». El historiador era odiado por muchos de sus compañeros de carrera porque jamás había ocultado el desprecio que sentía hacia ellos, pero Philby los adulaba y los mimaba. En consecuencia, el patriota Trevor-Roper no gozaba de la confianza de los suyos —fue amenazado con el despido en repetidas ocasiones y hubo de someterse a un proceso judicial por traición, acusado de haber transmitido detalles de los fracasos de Broadway a lord Cherwell— mientras que Philby, el traidor, contaba con la confianza absoluta de sus jefes.

Los Cinco de Cambridge compartían el desprecio hacia la lealtad, no solo en lo tocante a su país, sino también a la familia y a los amigos. En 1935, Philby revolvió los documentos de su propio padre siguiendo órdenes del NKVD. Sacó mucho provecho de su relación con un antiguo compañero de estudios de Westminster, Tom Wylie, con la esperanza de aprovechar su puesto en la War Office. Goronwy Rees perdió el contacto con el Centro después del pacto nazi-soviético, al considerarlo una brecha ideológica demasiado difícil de salvar. Donald Maclean le espetó: «Antes eras de los nuestros, ¡pero te has vuelto una rata!». El escritor prometió al resto de traidores que su secreto estaría a salvo con él, y mantuvo su palabra en un ejemplo de compromiso moral poco edificante. Burgess, sin embargo, vivía intranquilo porque, a su juicio, Rees sabía demasiado. En la primavera de 1943 volvió a decir a su mentor soviético que les convenía eliminar a su amigo. Cuando Moscú desestimó el aviso pensando que se trataba de una burda provocación británica, en el transcurso de una reunión con Gorsky celebrada el 20 de julio, Burgess se ofreció para asesinar él mismo a Rees, pero también pareció una medida innecesaria.

El Centro continuaba queriendo pagar a sus agentes británicos. La mayoría decían tener escrúpulos y se declaraban entusiastas defensores de un ideal, en lugar de meros mercenarios. Pero en una ocasión, Anthony Blunt sorprendió a su mentor al solicitarle doscientas libras esterlinas, que aquel le entregaría, para resolver unos asuntos personales que no reveló. Firmó un recibo cuando se le dio el dinero, que luego quedó archivado entre la documentación del NKVD, para mayor satisfacción del Centro: el tan taimado, enjuto y huesudo historiador del arte quedaba ahora amarrado al

duro banco. Philby solo podía costearse aquel estilo de vida si recibía fondos de la Madre Rusia y el MI6.

Como suele pasar con los agentes dobles, en algunos momentos ambos bandos dudan de su lealtad. En el mes de noviembre de 1942, Stuart Hampshire, uno de los profesores de Oxford que formaban parte del Despacho de Inteligencia Radiofónica, elaboró un importante informe a propósito de la lucha de poder que estaba teniendo lugar en Alemania entre Himmler y Canaris. Philby consiguió que se prohibiese su difusión, sin dar explicaciones. A raíz de ello, Hampshire comentó con aire pensativo: «Algo pasa con Philby», aunque ni él ni sus colegas podían imaginar qué sucedía en realidad[25]. Mucho tiempo después, llegaron a la conclusión de que probablemente había recibido órdenes desde Moscú de retener la información que pudiera alentar a los británicos a iniciar conversaciones con los grupos de la oposición alemanes. Por entonces, Hugh Trevor-Roper estaba tan molesto por el comportamiento de Philby que entregó una copia del documento de Hampshire a lord Cherwell, lo que le valió otra reprimenda oficial de Menzies y Valentine Vivian. Se le ordenó redactar una disculpa formal por haberse puesto en contacto con el asesor del primer ministro, como cuando el director de un colegio castiga al niño descarriado con una ristra de «copias».

Entre tanto en Moscú, en aquel mismo momento, Elena Modrzhinskaya, una de las analistas más reputadas del NKVD y obsesionada con las teorías de la conspiración, insistía en que los Cinco de Cambridge formaban parte de una trama orquestada por los británicos, «una provocación capitalista de una grosería insultante[26]». Esta opción parecía aún más creíble si se tenía en cuenta que los primeros mentores del grupo —Deutsch, Theodore Maly y Alexander Orlov— ya habían sido señalados como traidores. Modrzhinskaya se quejaba porque el contenido de las copias de las señales del MI6 a la embajada en Moscú, que llegaban al Centro vía Philby, eran demasiado banales como para ser auténticas. Los rusos siempre creían que su país estaba plagado de espías ingleses. Un informe del NKVD fechado el 30 de octubre de 1945 declaraba: «Los organismos de la inteligencia inglesa se aprovecharon de las oportunidades que propiciaba la guerra e intensificaron el espionaje contra la Unión Soviética. Un total de casi doscientos agentes británicos operaron en la URSS durante la contienda, de los cuales 110 se habían instalado en Moscú, 30 en Murmansk y más de veinte en las distintas delegaciones». Una fantasía desbordante. El MI6 no tenía delegación en Moscú desde 1936 y el embajador británico vetó la propuesta de abrir otra.

Por el contrario, a lo largo de 1941, la estación del NKVD de Londres remitió a Moscú 7867 documentos clasificados británicos, 715 sobre asuntos militares, cincuenta y uno relativos a la inteligencia, 127 de cuestiones

económicas y los restantes sobre política y otras materias. Mientras duró la guerra, el flujo de tráfico se mantuvo casi siempre en los mismos niveles. Para proteger la cobertura de las fuentes, en el Centro se destruía la práctica totalidad del material después del proceso de traducción e interpretación por parte del equipo correspondiente. No obstante, se trataba de un volumen tan considerable, y la escasez de lingüistas ingleses era tan extrema, que se desestimaban millares de páginas para su destrucción en la incineradora sin que nadie las hubiera leído. Yuri Modin, uno de los siete miembros del equipo de análisis y traducción al cargo de estas montañas de material, reflexionaba más tarde con ironía: «¿Qué habrían pensado [los espías] si hubieran sabido que sus telegramas e informes apenas tenían un 50% de posibilidades de que alguien los leyera?». Cuando Philby entregó una libreta de direcciones de los agentes británicos en lugares remotos, el NKVD la descartó: sus jefes solo querían material sobre las actividades de MI6 en países donde Moscú tuviera intereses claros.

Pero una parte de los informes británicos, verdaderos o falsos, sí llegaba al Kremlin. Una de las circulares típicas que el Centro mandaba al Comité de Defensa del Estado de la URSS, fechada el 21 de abril de 1942, rezaba: «Se les transmite aquí la información de un agente, que el NKVD de la URSS ha recibido de Londres como resultado de las conversaciones sostenidas entre las fuentes y un funcionario de la embajada estadounidense ("Gilbert") y algunos parlamentarios. 1. Sobre el Segundo Frente. Ha quedado claro que… aparte de los opositores activos de Churchill que consideran que está saboteando la apertura del Segundo Frente con la hostilidad que manifiesta hacia la URSS, el retraso se explica desde dos perspectivas: el aspecto político: aquí existe disensión entre los miembros del Gobierno en lo tocante a cuando deben iniciarse las operaciones ofensivas [una invasión del continente]… Buena parte de los que conocen a Churchill, Lloyd George entre ellos, afirman que continúa obsesionado por la derrota de la campaña de los Dardanelos [en 1915] cuando se le culpó del desastre de Galípoli… Según "Gilbert"… solo cuatro divisiones británicas se habían especializado en técnicas anfibias[27]». Este informe, que continuaba en la misma línea in extenso, no diverge mucho en estilo, precisión y utilidad a los documentos habituales de los diplomáticos y, en este caso, de los periódicos.

Un documento similar del NKVD emitido desde Londres y con fecha de 28 de julio de 1942 exponía, grosso modo, las mismas cuestiones pero citaba unas fuentes ridículas: «Nuestro agente en Londres mandó la siguiente información, que había obtenido de un agente. El grueso de los oficiales aseveró recientemente que el Segundo Frente no se abrirá este año. Personalidades como lady Colefax, la informadora-agente del comité ejecutivo del Partido Conservador… declaran ahora con absoluta confianza

que el Segundo Frente no tendrá lugar». En realidad, Sybil Colefax no era más que una mediadora social de una insensatez innegable, de quien los chistes contemporáneos decían que había garabateado en una de las invitaciones del almuerzo «encontrarse con la madre del Soldado Desconocido».

Donald Maclean, por su parte, comunicó a Moscú que el general Władysław Sikorski, de Polonia, había desmentido el rumor de que las masacres de oficiales polacos en Katyn fueran obra de los nazis y afirmaba estar seguro de que los perpetradores eran del NKVD, y así había sucedido en realidad. Anthony Blunt advirtió de que el Gobierno polaco en Londres jamás aceptaría la revisión propuesta sobre sus fronteras. Este fue uno de los mensajes que parece haber tenido cierto dominio en el Kremlin, al ratificar a Stalin en su decisión de rechazar a los «polacos del Londres[28]» y crear su propio régimen títere. El oficial del MI5 también proporcionó a Moscú una lista bastante rentable con los nombres de algunas fuentes británicas reclutadas entre los miembros de los Gobiernos europeos en el exilio en Londres.

Los rusos recibieron gran cantidad de información errónea, sin más, y que refleja su obsesión con las supuestas conspiraciones contra su propio pueblo. Por ejemplo, el 12 de mayo de 1942, «una fuente fiable» informó a Moscú de que un oficial de la embajada alemana en Estocolmo había llegado a Londres a bordo de un avión sueco con propuestas de paz en virtud de las cuales: «Inglaterra se mantendrá como imperio, sin alteraciones. Los alemanes retirarán las tropas de Checoslovaquia y restaurarán las antiguas fronteras. Toda la Europa del Este recuperará el anterior trazado de sus límites territoriales. Los estados bálticos también serán independientes. Una vez Inglaterra haya aceptado estas condiciones, Alemania llegará a un acuerdo con la URSS[29]». Los rusos suponían lo peor con respecto a la innegablemente confusa política angloestadounidense en Yugoslavia. El 28 de marzo de 1943, una fuente del NKVD en Argel —es posible que se tratase de un informador de la OSS— emitió un mensaje que transmitía gran inquietud: «Los americanos, en colaboración con los ingleses, han dado instrucciones [al general] Mihajlović para que este no participe en ninguna operación activa [contra los alemanes], sino que refuerce los efectivos y pertrechos y capacite a su ejército en la mayor medida de lo posible [para emprender operaciones contra Tito y sus partisanos comunistas]. Ingleses y americanos están asistiendo a Mihajlović pese a ser plenamente conscientes de sus vínculos con los alemanes… Paralelamente a esto, los ingleses han decidido aprovechar todas las oportunidades de comprometer al mariscal Tito. Entre otras cosas, están recurriendo a los medios de la Suiza neutral con este propósito[30]».

Para Moscú resultaba un tremendo agravio que los británicos se negasen a

mandarles los descifrados de Ultra sin procesar. Actualmente, en 2015, en la página web de la inteligencia rusa oficial se da por cierto que «si bien el servicio de inteligencia británico estaba obteniendo información fiable con respecto a los planes de los jefes del ejército alemán en el Frente Oriental, los ingleses prefirieron no compartir con sus aliados soviéticos esta información secreta. La agencia de inteligencia soviética en el extranjero tuvo conocimiento de ellos gracias a sus agentes en el servicio secreto británico». Sin embargo, Yuri Modin reconoció que la razón estaba del lado de Londres. Los rusos también habían caído presa del temor a que los agentes nazis se hubieran infiltrado en sus cuarteles generales —incluido el NKVD—, lo que probablemente carecía de base, pero costó la vida a dos generales que se hallaban bajo sospecha[31].

En mayo de 1943, el MI6 creó una nueva sección, la número IX, que se ocuparía de estudiar el comunismo y el espionaje soviético, aunque sus miembros solo podrían trabajar con materiales recopilados fuera de la Unión Soviética. Siguiendo el clarísimo dictado de Churchill, no se estaban llevando a cabo actividades de penetración, aunque tampoco se podrían haber desarrollado. Cuando el MI6 preparó una reunión informativa con un estonio llamado Richard Maasing, Philby mostró un gran interés en aquel personaje, cosa nada sorprendente a la vista de lo que se supo más adelante[32]: deseaba descubrir quiénes eran los contactos de Maasing en los territorios que reclamaba para sí la Unión Soviética[33]. A principios de julio de 1944, la estación del MI6 en Lisboa recibió algunas advertencias al respecto de la trama para asesinar a Hitler a través de Otto John, del Abwehr. Philby insistía en que este informe no era relevante y que podía «desestimarse»; es más que probable que estuviera cumpliendo el habitual dictado de Moscú que lo obligaba a hacer cuanto estuviera en su mano para frustrar las relaciones entre los Aliados y la resistencia alemana. Después de la deserción a Estambul del oficial del Abwehr Paul Vehmehren en 1944 y la posterior reunión informativa, Philby pasó a los rusos la extensa lista de contactos católicos y conservadores en Alemania: todos los que se hallaban en territorios del Este fueron liquidados por los rusos entre 1945 y 1946, en tanto que anticomunistas reales o potenciales.

No obstante, Moscú continuaba abrigando ciertas sospechas hacia Philby, que se intensificaron tras el episodio del otoño de 1943. Este solicitó encarecidamente a los mentores que se le hiciera llegar una copia de un desencriptado de Ultra, clasificado como de alto secreto, de una señal emitida a Tokio desde la embajada japonesa en Berlín, en la que se daban los detalles de la conversación que el barón Ōshima había mantenido el día 4 de octubre con Hitler y Ribbentrop. En la versión que se había pasado a Moscú por radio, se omitía el último párrafo porque Bletchley solo disponía de un texto

corrupto. Cuando el NKVD consiguió, a través de otra fuente, una copia de la misma señal en la que sí aparecía la parte que faltaba en la transmisión británica donde se hablaba de la posibilidad de firmar una paz independiente, Fitin, el jefe del Primer Directorado, supuso que Philby había eliminado el pasaje de forma deliberada, siguiendo las órdenes de Broadway. Por otra parte, los Cinco de Cambridge estaban condenados porque nunca conseguían dar detalles de las inexistentes redes de espionaje británicas en la Unión Soviética. El 25 de octubre de 1943, el Centro comunicó a su residencia en Londres que, sin duda alguna, Philby y sus colegas eran agentes dobles. Se designó a ocho hombres que partirían hacia Londres con instrucciones claras para verificar la sospecha y, a tal efecto, estos se convertirían en la sombra de aquellos. Puesto que ninguno de ellos hablaba una palabra de inglés, la operación de «seguimiento» contra las propias fuentes del NKVD acabó en fracaso. Así se mantuvo la situación hasta el mes de agosto de 1944, cuando Moscú cambió de parecer con respecto a los espías de Cambridge y empezó a creer que estos servían a la causa soviética antes que a los intereses británicos. El Centro mandó un comunicado a su delegación en Londres advirtiendo de que las nuevas pruebas con respecto a Philby «nos obligan a revisar nuestra actitud hacia él y hacia todo el grupo», al que se consideró «de gran valor[34]». Tanto en Londres como en Moscú, los jefes rivales reclamaban sus servicios. Su antiguo rotativo, The Times, intentó persuadirlo para que retomase sus labores periodísticas; uno de los miembros directivos lo calificó de persona «estable, con experiencia y prudencia». Philby llegó a meditar la opción de cambiar de profesión, pero optó por continuar en su senda de devastación secreta en Broadway, ayudado por la desafortunada decisión de Stewart Menzies de nombrarlo jefe de la sección de espionaje anticomunista del MI6. El protegido de «C» lo recompensó en su inimitable estilo: pasó incontables horas en el puesto de avanzada del MI6 en St Albans, fotografiando los archivos de sus agentes para instruir a Moscú.

Bastante más tarde, habiéndose desvelado ya la doble traición de Philby, Burgess y Maclean, en plena oleada de recriminaciones contra la comunidad de la inteligencia por haber admitido a semejantes individuos en sus consejos, Hugh Trevor-Roper reflexionó acerca del proceso de reclutamiento de estos agentes y de los costes que supusieron para los intereses británicos: «De haber sido [Philby] un excomunista sin más revelaciones posteriores, nuestros izquierdistas modernos habrían denunciado que se le mantuviera excluido, como ahora denuncian que se le nombrase, como ejemplo infamante de discriminación intelectual y social… No creo que hasta 1944 Philby tuviera muchas oportunidades, ni necesidad, de causar perjuicios. Su trabajo se centraba en hacer frente a los alemanes en España, un lugar por el que Rusia no ha manifestado interés hasta la fecha y donde carece de poder.

[El agente] no tenía acceso a secretos políticos. En cualquier caso, por entonces el interés de Rusia era el mismo que el nuestro: derrotar a Alemania».

Philby respondió a las observaciones de Trevor-Roper desde su refugio en Moscú y le criticó con dureza: «Observo que detesta la traición. Lo mismo me sucede a mí. Pero ¿qué es la traición? Podríamos pasar días y días deambulando en coche por Iraq sin llegar a ningún acuerdo[35]». Trevor-Roper contestó: «"¿Qué es la traición?". Lo pregunta como si tal cosa y, como Pilato cuando hacía mofa, no espera respuesta… Servir a una potencia extranjera, espiar incluso para una potencia extranjera, no me parece necesariamente una traición. Todo depende de la potencia y de las condiciones… Pero prestar un servicio de forma incondicional, identificar la verdad con la razón de estado de cualquier potencia, eso lo considero una traición al entendimiento; y rendir esto a una forma de poder cínica, inhumana y asesina, esto se me antoja también una traición al corazón».

Entre los oficiales del Centro en Moscú, hasta el último momento persistieron algunas dudas con respecto a la lealtad de los espías de Cambridge. Elena Modrzhinskaya asistió al funeral de Philby en 1988 porque deseaba ver el ataúd abierto. Continuaba sospechando que, aun muerto, el traidor británico podía haber amañado las cosas para protagonizar un último engaño. Por más que Philby y los de su especie afirmasen sentirse orgullosos del servicio que habían prestado a Moscú, el alcoholismo y la prematura caída de todos ellos salvo Blunt hacen pensar que la traición les dio pocas satisfacciones. Al llegar a Moscú, Philby se deprimió al descubrir que carecía de rango entre los del NKVD; no se le concedía a ningún informador. Trevor-Roper sostuvo que, a su juicio, Philby había disfrutado menos de lo que quería aparentar con su triunfo sobre el capitalismo burgués: «¿Disfrutó Judas de la Última Cena? Lo dudo[36]».

Sir Dick White, más tarde jefe tanto del MI5 como del MI6, escribió a un amigo tras el revuelo de los espías de Cambridge: «A fin de cuentas, librar la guerra en un frente unido no fue tan mala apuesta. Se pagó el precio de haber tenido a Blunt en el [MI]5, a Philby en el [MI]6 y a B[urgess] y M[aclean] en el F. O. En contrapartida, [se contó] con la aportación de incontables cerebros y con las posibilidades brindadas por las universidades que determinaron unos principios totalmente nuevos en lo tocante a los triunfos intelectuales[37]». Esta afirmación es una racionalización extrema hecha a posteriori de un desastre que manchó la reputación de los servicios secretos británicos. Pero White tenía bastante razón: el esfuerzo bélico de Gran Bretaña, por no hablar de su condición como adalid de la libertad, se habría visto notablemente mermado si todos los oficiales con un historial de izquierdas hubieran sido apartados de los consejos internos.

¿En qué medida perjudicaron estos traidores los intereses británicos? Hasta los últimos años de la contienda, la respuesta más probable es que los daños no fueron muy graves. Durante largos períodos, Moscú se negó a creer que los británicos fuesen tan estúpidos como para permitir que comunistas confesos —por renegados que se los considerase— pudieran acceder a los secretos más altos. Es probable que la contribución más destacable de los Cinco de Cambridge, y de Donald Maclean en especial, consistiera en mantener a Stalin informado de las intenciones políticas y diplomáticas de Gran Bretaña; también llegaba a Moscú un cuantioso volumen de tráfico de radio relativo —por ejemplo— al armamento angloestadounidense, así como a las entregas de suministros en la URSS. La ausencia de postura diplomática por parte de los rusos ante la indignación de los impávidos aliados occidentales logró ocultar a Washington y Londres el hecho de que, en las cumbres, las delegaciones soviéticas estaban perfectamente informadas por adelantado de la postura que adoptarían británicos y estadounidenses. Churchill en especial, que solía aguardar con reservas la respuesta de Stalin ante lo que consideraba una sorpresa inoportuna, sobre todo ante los retrasos del Día D, podría haberse ahorrado la incomodidad. Las «sorpresas» no eran tales: el dictador soviético se limitaba a fingir asombro, de un modo brillante, y luego se abandonaba a un ataque de ira preparado. Churchill y Roosevelt no pudieron jugar una partida de póquer con el Kremlin, porque Stalin les había visto las cartas. Por otro lado, se sabe que Anthony Blunt del MI5 tuvo en sus manos numerosos desencriptados de Púrpura y que, probablemente, pasó algunos a los rusos, sobre todo si el material de Izumi Kozo no les permitía romper el cifrado por su cuenta.

Los defensores de los espías de Cambridge aducen argumentos de este tipo para disculpar a sus hombres. Philby y los demás, sostienen ellos, no ayudaron a los enemigos de Gran Bretaña, sino a su principal aliado en la lucha contra el nazismo. ¿No resultaba vergonzoso —motivo de justa indignación para las personas con conciencia, hoy y en los años cuarenta— que Gran Bretaña prestase tan poco apoyo a Rusia en un momento de máxima desesperación, que le negase incluso el acceso a Ultra, el arma fundamental en manos de Churchill? La primera respuesta que podemos ofrecer a esta defensa es que los traidores suministraban información a Moscú mucho antes de que Rusia se convirtiera en un aliado; de hecho, lo hicieron en el período en que la Unión Soviética estaba hermanada con la Alemania nazi, desde agosto de 1939 hasta junio de 1941, un lapso de tiempo en que el Centro de Moscú cosechó victorias como las masacres de Katyn. Incluso después de «Barbarroja», cuando Gran Bretaña, Rusia y más tarde Estados Unidos se unieron en la batalla contra Hitler, Stalin jamás titubeó en su juicio sobre los Aliados como enemigos últimos. La traición de Philby y de

sus amigos costaría las vidas de muchas personas honradas, a quienes se ejecutó por el simple hecho de resistirse a la tiranía.

Por su parte, Bletchley Park continuaba ostentando el primer puesto entre los organismos secretos de la guerra en el bando británico. Se corría el enorme peligro de que, si Moscú llegaba a conocer las actividades que allí se desarrollaban, cualquier filtración —mediante un código ruso comprometido, tal vez— pondría a los alemanes en alerta con respecto a la vulnerabilidad de Enigma. Que esto no llegase a suceder no justifica, en modo alguno, la conducta de quienes revelaron el secreto de Ultra al Kremlin. Los rusos manejaban los secretos de los otros con descuido, si no peor; no olvidemos que, mientras Stalin mantuvo la amistad con Hitler, el embajador soviético en Washington comunicó a su homólogo alemán que se había roto el código Púrpura de los japoneses. Lo mejor que podemos decir de Philby y los de su grupo es que fue una suerte que todos los que cometieron una traición importante contra Gran Bretaña en tiempos de guerra se vendieran a la Unión Soviética, que amenazaba la libertad y la democracia, pero no a Alemania, el peligro real.

Los traidores estadounidenses

Estados Unidos es un templo de la libertad, y también de la indiscreción. Incluso después de Pearl Harbor, los estadounidenses tuvieron dificultades para respetar los imperativos de la seguridad, para librarse de las costumbres adquiridas a lo largo de los siglos. Los pilotos operativos usaban las frecuencias de radio para chismorrear; los políticos y los oficiales de servicio debatían sus planes durante los cócteles; los periodistas y los locutores tenían sus roces con la censura y publicaban información valiosa para el enemigo; el ejemplo más llamativo fue la revelación en las páginas del Chicago Tribune en 1942, que repitió Walter Winchell, de que el triunfo de Estados Unidos en las Midway se había logrado gracias al desciframiento de los códigos japoneses, cuando creían que podrían salirse con la suya. La resplandeciente iluminación de la costa oriental, que se mantuvo durante semanas después del «Día de la Infamia», y supuso una gran ventaja para los capitanes de los submarinos que hundieron decenas de barcos mercantes cuya silueta se recortaba sobre el relumbrante fondo, fue un símbolo de tantas otras cosas que podían ser magníficas, pero también peligrosas, para una nación en guerra.

Afortunadamente para la lucha de los Aliados contra el Eje, los espías alemanes que desembarcaron en suelo estadounidense fueron apresados sin grandes dificultades por la policía y el FBI. Los japoneses cosecharon unos

triunfos tan modestos en la recopilación de inteligencia en Estados Unidos como en otros territorios más próximos a su isla. La Unión Soviética, sin embargo, aprovechó aquella sociedad abierta para fomentar el espionaje en una medida insólita hasta la fecha. Las acusaciones presentadas en la década de 1950 por el senador Joseph McCarthy, que llevó a cabo una cacería de brujas en un clima de histeria y paranoia, en algunos casos carecían de fundamento, pero en líneas generales tenía motivos sólidos. Centenares de estadounidenses que simpatizaban con la izquierda, y unos pocos que trabajaban por dinero, vendían de forma sistemática secretos nacionales a Moscú. Los traidores atómicos, de quienes nos ocuparemos más adelante, han sido objeto de gran atención por parte de los historiadores, mientras que la hueste de informadores rusos en tiempos de guerra ha recibido menos atención de la que merece. Las fuentes del NKVD y del GRU en Washington tenían conocimiento de algunos de los debates políticos más reservados de la nación.

Hasta la posguerra, el FBI no tuvo éxitos destacables en la identificación de los traidores nacionales e incluso hoy sigue sin haberse esclarecido la inocencia o la culpabilidad de algunos sospechosos más notorios. El 15 de julio de 1941, un funcionario del Departamento de Estado escribió: «Existen abundantes pruebas de que los comunistas en Estados Unidos están aprovechando la situación actual para congraciarse con los círculos del Gobierno como defensores de la democracia cuando en realidad lo que pretenden es conseguir por todos los medios asistir a la Unión Soviética». El FBI, sin embargo, se centró más en el Partido Comunista nacional que en los mentores o reclutadores de agentes soviéticos[38]. Hay montones de informes en los archivos de Washington sobre simpatizantes del comunismo estadounidenses, pero, hasta finales de la década de 1940, los objetivos de las vigilancias de la agencia fueron en su mayoría gentes de las clases más bajas de la sociedad: estibadores de puerto, activistas de los sindicatos y otros similares. El FBI observaba de cerca entidades como el Consejo Nacional por la Amistad Soviético-Americana o los grupos de nacionalistas y expatriados de la Europa del Este. Había elaborado un voluminoso archivo sobre las actividades supuestamente subversivas del Sindicato Nacional de Marinos. En abril de 1941 consiguió ganar la mano a la Unión Soviética cuando obligó a retirarse al jefe de la estación del NKVD en Nueva York después de que los agentes del FBI lo arrestasen durante un encuentro con un informador, pero aquel episodio no fue más que la punta del colosal iceberg que J. Edgar Hoover no veía.

El FBI de la guerra afirmaba saber solamente de cinco ciudadanos estadounidenses que realizasen labores de espionaje para Rusia, aunque en las revelaciones y confesiones posteriores se identificó al menos a otros

ochenta. Los desencriptados del proyecto Venona, en 1948, sacaron a la luz los nombres en clave de doscientas fuentes rusas en Estados Unidos, la mitad de las cuales no se ha identificado aún en el siglo XXI. Puesto que el material de Venona solo se ocupaba de parte de las operaciones de Moscú, es razonable suponer que en las décadas de 1930 y 1940 hubo muchos más traidores estadounidenses, un parecer que respaldan también las memorias de oficiales contemporáneos del NKVD y del GRU que prestaron servicio en Estados Unidos.

En defensa del FBI, Hoover podía alegar que los enemigos declarados de la nación —Alemania, Italia y Japón— no consiguieron triunfos significativos en el terreno del espionaje dentro de las fronteras estadounidenses. A partir de junio de 1941, los rusos eran los supuestos aliados del país, no los enemigos, y el presidente Roosevelt los trataba con confianza y respeto. Quienes disculpan el fracaso de la agencia en su lucha contra el NKVD pueden aducir que aquello no fue sino el reflejo de una ingenuidad de mayor calado, que afectaba incluso al Gobierno estadounidense, con respecto a la magnitud de la amenaza que representaba la Unión Soviética. El FBI hubo de afrontar problemas similares a los del Abwehr y la Gestapo en su persecución de la Orquesta Roja: casi todos sus miembros principales pertenecían a las clases media y alta y a los círculos profesionales, donde las agencias responsables del cumplimiento de la ley no estaban acostumbradas a moverse.

Las operaciones del NKVD en Estados Unidos, como en el resto del mundo, se extinguieron casi por entero entre 1939 y 1941 y el común de sus fuentes en el país pasó a un estado de letargo forzoso. El primer intento de reactivar las redes fracasó cuando Arnold Deutsch, rehabilitado y destinado a ocupar la jefatura de la estación norteamericana, se ahogó al parecer al hundirse el barco en el que viajaba en medio del Atlántico. En diciembre de 1941, Itzhak Akhmerov fue nombrado para sucederle en el cargo. Este ya había prestado servicio en el país de destino en 1934, cuando se infiltró como estudiante, y veinte años más tarde declaró ante los alumnos de la escuela del KGB que «pasar de la condición de estudiante extranjero a la de estadounidense en una ciudad tan grande como Nueva York no resultó difícil[39]». Pasado un tiempo se trasladó a Baltimore, porque desde allí era más sencillo manejar a sus fuentes en Washington. Junto con otro agente del NKVD, decidieron abrir una peletería, que generaba unos rendimientos propios, lo cual suponía un beneficio añadido a la cobertura que les proporcionaba; pero en su cometido como reclutador de nuevos informantes resultó mediocre, a diferencia de otros que encajaban mejor en el papel.

Las tres estaciones reconocidas del NKVD —en la empresa comercial soviética AMTORG en Nueva York, en la embajada en Washington y en el

consulado en San Francisco— contaban con trece oficiales de inteligencia cada una, secundados por las subestaciones de Los Ángeles, Portland, Seattle y otras ciudades. Los rusos también tenían a sueldo a numerosos agentes que trabajaban de forma encubierta en otras empresas fantasma soviéticas, como la agencia de noticias TASS, Sovfilmexport, la Cruz Roja Soviética y algunas más; parte del material extraído de Norteamérica pasaba a través de la estación del NKVD en la ciudad de México. Es de suponer que los espías soviéticos, venidos de la sociedad más represiva y austera sobre la faz de la tierra, al llegar al hotel Taft en Nueva York, la primera parada habitual, debían de quedar embelesados ante la abundancia, el oropel, el glamour y la inagotable energía de Estados Unidos. Pero solo «se independizaba» —desertaba— una cifra sorprendentemente baja e incluso quienes escribieron sus memorias mucho tiempo después del Terror prodigan pocos elogios hacia Estados Unidos. La mayoría parece haber vivido en una burbuja gris dominada por rectitud socialista y las costumbres rusas.

Con frecuencia, el espionaje soviético era asunto de familia. Cuando Aleksandr Feklisov partió de Moscú hacia su destino en Nueva York, por orden del NKVD, sostuvo la tradicional reunión de bienvenida con el ministro de Exteriores Mólotov, quien manifestó su consternación al saber que no estaba casado: «Nosotros no mandamos a hombres solteros al extranjero, y menos a Estados Unidos. En un santiamén les endilgan a una hermosa rubia, o a una morena, y ya está la trampa tendida[40]». El jefe de Feklisov garantizó a Mólotov que había algunas chicas rusas bien parecidas trabajando en las instituciones soviéticas de Nueva York y que sabrían encontrar una novia entre ellas para el joven agente. En 1944, Feklisov, consciente de cuál era su deber, se casó con una estudiante rusa a la que habían mandado a Columbia.

Itzhak Akhmerov contrajo matrimonio con una estadounidense, pero era Helen Lowry, la sobrina del líder del Partido Comunista nacional, Earl Browder. Cuando en diciembre de 1941, Vasili Zarubín, recién llegado de las masacres de Katyn donde se dio muerte a 25 000 polacos, abandonó Moscú para convertirse en el jefe de la estación de Washington, iba acompañado de su esposa Elizabeth, también capitana del NKVD, que desempeñó un importante papel como reclutadora para la red de su esposo y que solía viajar a California para encontrarse con Robert Oppenheimer y otros contactos interesantes. Le resultaba fácil hacerse pasar por una europea sofisticada y cosmopolita que hablaba con la misma fluidez el inglés, el alemán, el francés y el hebreo. Provenía de una familia de revolucionarios y fue una de las agentes más despiadadas del Centro. Después de estrenarse como mentora para el terrible Felix Dzerzhinsky tras la revolución, fue destinada a Turquía. Allí demostró una lealtad admirable hacia el bolchevismo al traicionar al que

entonces era su esposo, Yakov Blumkin, otro agente soviético a quien se le había confiado la venta de la Biblioteca Jasídica de Moscú y este entregó parte de los beneficios a Trotski, que en aquel momento estaba exiliado en Turquía. Aún se oía el eco de los disparos del pelotón de fusilamiento de Blumkin cuando su viuda celebraba su boda con Zarubín. Durante los siguientes trece años, ambos viajaron por toda Europa. En Estados Unidos, Elizabeth desempeñó su papel con tanta habilidad que el FBI no supo ver en ella a la oficial de inteligencia que era hasta 1946, tras su regreso a Moscú. Mientras tanto, fue una de las figuras clave en el programa de espionaje mundial del Centro. Hasta el mes de octubre de 1941, Stalin había manifestado muy poco interés por Estados Unidos —salvo en sus ansias por robar la tecnología— porque no existía ningún conflicto de intereses declarado entre ambas naciones. Pero ahora, su política se había convertido en un asunto de máxima prioridad: Stalin se reunió personalmente con Zarubín antes de que este partiese hacia su destino en Estados Unidos para insistir en la importancia de su cometido.

El nuevo agente del NKVD contaba con cuarenta y siete años cuando llegó a Nueva York. Su subordinado, Aleksandr Feklisov, que idolatraba a Zarubín por considerarlo un gigante entre los espías soviéticos, lo describía así: «Era de mediana estatura, con algo de sobrepeso, de pelo rubio y fino que se peinaba hacia atrás. Usaba gafas con montura de metal blanco y tenía los ojos siempre inflamados por el exceso de trabajo. Era inmensamente fuerte, muy bueno en el tenis, lleno de vida y un líder obvio en cualquier empresa. Le encantaba cantar y tocaba varios instrumentos musicales… Hablaba con rapidez y su voz recordaba al sonido de una trompeta, aunque también era un buen oyente, afable y agradable con sus subordinados. Exigía que estos mostrasen iniciativa, audacia e incluso temeridad. Obtenía su fuerza de su inmensa experiencia y profesionalidad, aunque a veces podía resultar indiscreto. Tenía todo tipo de contacto con el extranjero y fue un gran reclutador. Manejaba a nuestros agentes más importantes personalmente[41]». Feklisov omitió mencionar que Zarubín, un agente secreto del estado soviético desde 1925, también fue un despiadado asesino, aunque esto no lo salvó de sentir en su persona el aliento del verdugo. En una reunión, Beria lo invitó a ponerse en pie y, acto seguido, declaró: «Háblenos acerca de sus vínculos con los servicios de inteligencia fascistas». Zarubín rechazó la calumnia con rotundidad, y no hubo más consecuencias. Pero quienes fueron testigos de la escena abandonaron la habitación temblando. Zarubín dominó el espionaje soviético en Estados Unidos hasta ser expulsado en 1944.

En Estados Unidos, como en Gran Bretaña, el Komintern proporcionó una hoja de parra a sus informantes para que afrontasen la incomodidad de

reconocer que estaban suministrando secretos a una potencia extranjera. Aquellos involucrados, refirió la escritora marxista nacida en Iowa, Josephine Herbst, «se sentían orgullosos de su sentido de la conspiración[42]». Entre los primeros reclutas se contaba Harold Ware, un simpatizante radical del New Deal que trabajaba en el Departamento de Agricultura y que falleció en un accidente de circulación en 1935. En el Departamento de Estado, el GRU se aseguró los servicios de Alger Hiss, mientras que el NKVD, desde mediados de 1930, recibía un flujo constante de información de parte de Noel Field y Laurence Duggan. Este era un romántico, muy influido políticamente por su formidable esposa Helen Boyd, a quien un ruso describió como «una extraordinaria y hermosa mujer: la típica norteamericana, alta, rubia, reservada, culta, buena en los deportes, independiente[43]». Hedda Gumpertz, una exiliada alemana y apasionada antinazi, que trabajaba para el NKVD, había formado a Duggan como camarada en la acción. En una ocasión, Duggan recibió un regalo de cumpleaños de su mentora soviética: una caja de artículos de higiene personal forrada con piel de cocodrilo y con un monograma. Este la rechazó con el mismo espíritu que movió a unos cuantos traidores británicos a negarse a recibir dinero, «alegando que trabajaba por nuestras ideas comunes y dando a entender que no nos estaba ayudando por ningún interés material[44]».

Los rusos sacaban provecho de pensar a largo plazo. Desde que la Unión Soviética se vio a sí misma en una confrontación histórica con las potencias occidentales, sus gobernantes se mostraban satisfechos ante el hecho de comprobar que sus agentes pasaban años formándose y aprendiendo para luego desarrollar sus cometidos. Semión Semiónov, por ejemplo, era de baja estatura, rechoncho, con nariz de pato y ojos grandes, que se codeaba fácilmente con la gente y podía pasar por ser un ejecutivo de clase media. En enero de 1938, con veintiséis años de edad, fue enviado a expensas de Moscú para cursar estudios superiores en el Instituto de Tecnología de Massachusetts; el NKVD pretendía que se convirtiese en un agente de inteligencia científico-tecnológica. En el MIT se quejaron porque Semiónov parecía perezoso y engreído, pero demostró ser un gran experto cuando comenzó su carrera como agente. En 1943, coordinaba a veintiocho informadores estadounidenses, once de los cuales proporcionaban material sobre cuestiones químicas y bacteriología, a seis en la radio y a cinco en la aviación. Entre los más notables se encontraba Harry Gold, de treinta y tres años, nacido en Suiza de padres rusos refugiados. Gold llegó a Estados Unidos siendo un bebé y empezó espiar para los soviéticos en su primer trabajo, donde robó documentación sobre el hielo seco que impedía la fusión del helado. En 1942 abandonó su trabajo de día como químico para gestionar su propia operación como mentor y se reunía con Semiónov una vez a la

semana para acordar las asignaciones.

El Centro estaba inquieto por el hecho de que muchas de sus principales fuentes en Washington se conocieran entre sí, sobre todo mediante sus vínculos con los grupos de izquierdas, pero poco podía hacer al respecto. Un hombre que podría haber desvelado el alcance de su penetración en Estados Unidos fue Ignatz Reiss, un agente del NKVD que renunció y huyó para salvar su vida durante las Purgas. Sus jefes, sin embargo, le dieron alcance en un restaurante de Lausana el 4 de septiembre de 1937 y lo eliminaron allí cerca, abandonando el cadáver en la cuneta. Esta se demostró una ejecución ejemplar, porque otros espías que habían pensado en retirarse y dejar de prestar sus servicios tendían a abandonar la idea al recordar el tan publicitado destino último de Reiss. Tal vez también conocían el caso de Julieta Poyntz, una informante estadounidense que decidió poner fin a su relación con los soviéticos, pero acabó desapareciendo en el Club de Mujeres de Nueva York el 3 de junio 1937 y también parece que fue eliminada.

Aunque la fe en el sueño socialista de algunos izquierdistas estadounidenses se vio sacudida por el pacto nazi-soviético, se renovó totalmente con la «operación Barbarroja», que cargó sobre Rusia la principal responsabilidad de derrotar a Hitler. Cuando se ofreció a Alfred Slack, un informante que trabajaba en Eastman Kodak, una gratificación de 150 dólares por haber recabado una información excepcionalmente útil, este comunicó a su responsable que mandase el dinero a Moscú, para la «columna de tanques Iósif Stalin», un fondo popular de la época. Semión Semiónov, el agente en cuestión, hizo entrega solemne de un recibo, para mantener viva la llama de sus ilusiones.

Otros, sin embargo, vendieron secretos descaradamente por dinero. A Semiónov le interesó contar la historia de un químico estadounidense que trabajaba en la DuPont y pasó a los rusos material sobre el nailon y sobre explosivos, sin ninguna pretensión de motivación ideológica. «Los demócratas, los republicanos, los fascistas y los comunistas me parecen, todos ellos, lo mismo —afirmó—. Me puse en contacto con usted porque necesito dinero. Necesito construir una casa, educar a mi hija, vestirla adecuadamente y asegurarme de casarla bien». En cada encuentro se producía un prolongado regateo entre el ruso y el estadounidense por el valor de la mercancía, que habitualmente comenzaba con una exigencia de 1000 dólares por parte del vendedor, que al final se marchaba a casa con doscientos o trescientos dólares y una ardiente indignación. Semiónov contaba a su colega Aleksandr Feklisov que él siempre se sentía exhausto tras las reuniones con «Hustler», el nombre en clave del hombre de la DuPont. El ruso tardaba horas hasta recuperar la calma, mientras pensaba si volvería a encontrarse de nuevo con el enojado estadounidense. Feklisov le preguntó: «¿Por qué no le pagas más

dinero al tipo?»[45]. Semiónov respondió: «Porque si se compra su casa y ahorra suficiente dinero, dejará de trabajar para nosotros». Así las cosas, sus intercambios continuaron durante años.

Por el contrario, Laurence Duggan, del Departamento de Estado, que despachaba con Itzhak Akhmerov, hizo el negocio por amor. En octubre de 1939, agentes de seguridad del estado le advirtieron que su lealtad estaba siendo cuestionada, pero no tenían la menor idea de la magnitud de su traición, y tras una somera investigación se le permitió continuar en su puesto y convertirse en el asesor personal de Cordell Hull al respecto de América Latina. En julio de 1944, Duggan dimitió de su cargo en el Departamento de Estado y se unió a la UNRRA, la agencia de ayuda de la ONU. Cuatro años más tarde, tras ser interrogado por el FBI, saltó desde el decimosexto piso del edificio, pero ni siquiera entonces supieron las autoridades lo importante que había sido para el NKVD, algo que solo se sabría cuando, en 1990, se abrieron los archivos de Moscú. Arthur Schlesinger, que conoció y simpatizó con Duggan, escribió mucho después: «Uno se pregunta qué impulsos idealistas pueden haber involucrado inextricablemente a este hombre decente en las crueles maquinaciones de la tiranía de Stalin[46]». Algunos de los que espiaron para Moscú siguen aún sin identificar. La informadora «C-11», una mujer que trabajaba en el Departamento de la Marina, cortó el flujo de información en el verano de 1940, cuando se vio amenazada con ser descubierta. Otra norteamericana, cuyo nombre en código era «Cero» y que trabajaba para un comité del Senado y transmitía informes sobre el agregado comercial de Estados Unidos en Berlín, intentó conseguir un empleo en el Departamento de Estado, pero fue rechazada, en parte porque en tal organismo eran reacios a contratar a judíos. Ella, sin embargo, suministró transcripciones de las conversaciones de Cordell Hull con algunos embajadores extranjeros.

Los soviéticos también acumulaban a un montón de inútiles en nómina. Martha Dodd, la hija del embajador de Estados Unidos en Berlín entre 1933 y 1938, fue reclutada por Boris Vinogradov, del NKVD, de quien se enamoró perdidamente. Incluso para los estándares soviéticos, la manipulación que hizo el Centro de su relación alcanzó unas cotas insospechadas: horas antes de su ejecución, durante las Purgas, se convenció a Vinogradov para que escribiera una carta a Dodd instándola a seguir espiando a la espera de reunirse con él. A ella se le ocultó su muerte, razón por la cual continuó manteniendo el contacto con sus responsables durante la guerra. Un informe del NKVD declaraba con desdén: «Ella se considera comunista y acepta de grado el programa del partido. En realidad, sin embargo, "Liza" es una típica representante de la bohemia de Norteamérica, una mujer sexualmente decadente dispuesta a acostarse con cualquier hombre guapo[47]». En Moscú

se mostraron excepcionalmente crédulos cuando entregaron 3000 dólares al hermano de William Dodd para que este pudiera comprar un periódico menor, el Blue Ridge Herald. En 1945 trabajaba en las oficinas de la agencia TASS de Nueva York, dirigidas por el jefe de la estación del NKVD, y estaba sometido a la estricta vigilancia del FBI, como no podía ser de otro modo. Moscú no obtuvo nada de parte de los Dodd una vez el padre hubo abandonado la embajada de Berlín.

Michael Straight fue otro fracaso de Rusia, un joven estadounidense rico, al que reclutó el jefe de la estación del NKVD en Londres, Theodore Maly, supuestamente en funciones para el Komintern. Su posterior responsable, Arnold Deutsch, lo despidió por considerarlo un diletante con más dinero que sentido común que, en una ocasión, firmó un cheque por valor de 500 libras esterlinas para ayudar a financiar al periódico comunista Daily Worker. A su regreso a Estados Unidos, el joven idealista consiguió un trabajo en el Departamento de Estado. Cuando la estación del NKVD en Washington expresó su escepticismo con respecto a su valía, el Centro de Moscú advirtió con severidad: «Straight tiene perspectivas de ser un gran agente, y quemarlo… no es nuestra intención[48]». El pacto nazi-soviético provocó que Straight renunciara al Departamento de Estado y al NKVD. Nunca, sin embargo, reveló lo que sabía sobre la traición de Blunt y Burgess en Londres. Los rusos, con cinismo y tal vez también con acierto, creyeron que no lo hizo no por lealtad hacia los renegados sino porque el destino de Ignatz Reiss mostró lo que sucedía a quienes traicionaban al Centro o a sus agentes.

Teniendo en cuenta que Estados Unidos es una nación de inmigrantes, era imposible mantener bajo control a una gran cantidad de ciudadanos como Boris Morros, nacido en San Petersburgo, en 1891, que acabó siendo director y productor de películas menores en Hollywood. El NKVD lo reclutó en 1934, sobre todo para proporcionar cobertura a otros agentes, no como fuente de información. Morros tenía tres hermanos que permanecían todavía en la Unión Soviética —uno de ellos fue ejecutado más tarde por haberse ganado la antipatía del partido— pero su papel en el NKVD le permitió salvar la vida de los otros dos. En 1944 Vasili Zarubín acompañó a Morros a una reunión con Martha Dodd y su acaudalado marido, Alfred Stern, a quien convenció para que invirtiese 130 000 dólares en su negocio de edición musical. De ahí no solo se derivó una mala inversión para Stern, sino también un derroche de energía por parte del NKVD, que consiguió de Morros muy poco, o nada, de valor antes de que el FBI lo descubriera ya tarde, en 1945. Del mismo modo, «Leo», un periodista independiente, resultó ser un estafador que inventaba datos de inteligencia y los cambiaba por dinero en efectivo, como hiciera el diputado Samuel Dickstein, de Nueva York, de origen lituano, que utilizaba el despectivo nombre en clave de «Crook» («el Estafador»), pero que acumuló

12 000 dólares de los fondos soviéticos antes de que Moscú decidiera que no merecía más dinero. El único servicio significativo que Dickstein hubo de realizar fue conseguir un pasaporte estadounidense para una agente del NKVD austríaca. Falleció en 1954, a los setenta años, siendo juez de la Corte Suprema de Nueva York y sus entendimientos con los soviéticos jamás salieron a la luz.

Moscú era tan vulnerable en cuanto a la fiabilidad de las fuentes como el resto de servicios de inteligencia, pero también podía jactarse de contar con unos agentes soberbios. Alger Hiss, del Departamento de Estado, reclutado por el GRU en 1935, nació en 1904 en Baltimore, en el seno de una familia prominente. Durante su infancia sufrió a consecuencia de la trágica muerte de su padre, que se suicidó, pero luego se convirtió en un estudiante brillante de la Universidad Johns Hopkins y la Facultad de Derecho de Harvard. Su esposa, la escritora Priscilla Fansler, neoyorquina de nacimiento, fue una entregada cómplice en sus actividades de espionaje. En agosto de 1939, Hiss fue delatado al secretario de Estado adjunto, Adolph Berle, por Whittaker Chambers, un excamarada. Pero el espía, contra todo pronóstico, conservó el arriesgado talante y el trabajo también. El sicario —norteamericano— del Komintern, Otto Katz, sopesó si valía la pena acabar con Chambers, pero hubo de desistir porque la víctima le advirtió que había ocultado documentos muy peligrosos para los intereses soviéticos en Estados Unidos y que estos saldrían a la luz si algo le sucedía a él. En 1941, Dean Acheson, amigo de Hiss, y su mentor, Felix Frankfurter, aseguraron al joven que tenían plena confianza en él. Tanto se negaron a desconfiar del brillante diplomático que este ascendió en el Departamento de Estado y formó parte de la delegación de Estados Unidos en la conferencia de Yalta en 1945.

Antes de cada cumbre importante de los Aliados durante la guerra, el NKVD informaba al Politburó soviético acerca de los integrantes de las delegaciones estadounidenses y británicas y —según la petulante formulación de Pável Sudoplátov— «daba cuenta de si aquellos se hallaban bajo nuestro control en calidad de agentes[49]». Esto era una exageración tremenda: solo tres o cuatro diplomáticos estadounidenses y británicos de alto rango actuaban como fuentes para los soviéticos. No obstante, era indiscutiblemente cierto que, gracias a los voluntarios de Stalin en Washington y Londres, él participaría de cada cumbre y estaría ampliamente informado acerca de las posturas políticas de sus homólogos. Si bien este hecho sirvió de poco para lograr la victoria sobre el Eje, sí contribuyó significativamente a asegurar los objetivos de Rusia en la coyuntura de la posguerra.

Sudoplátov creía que cuando Hiss informaba a los rusos, lo hacía a instancias del asistente de Roosevelt, Harry Hopkins. Es indudable que

Hopkins proporcionó información muy relevante a Moscú[50]. Advirtió a la embajada soviética de que el FBI había instalado micrófonos en la sala donde se celebró una reunión en que un agente del NKVD había entregado dinero a un comunista norteamericano. Es casi seguro que informó a oficiales del Centro sobre la hoja de ruta de la cumbre bilateral Roosevelt-Churchill, y probablemente acerca de mucho más. De aquí no debemos deducir, sin embargo, que el destacado simpatizante del New Deal estuviera traicionando de forma consciente a su país; por el contrario, él estaba profundamente comprometido en establecer una colaboración que funcionase entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Pensaba, al igual que su maestro Franklin Roosevelt, que las muestras de confianza eran herramientas clave para lograrlo. Hopkins dijo sin cortapisas: «Considerando el hecho de que Rusia es un factor decisivo en la guerra, se le debe brindar toda ayuda posible y poner todo nuestro empeño para conseguir su amistad». Su actitud relativamente confiada hacia los rusos, como la de otras muchas figuras destacadas de la administración, sirvió para que sus subordinados sintieran que estaba justificado ir más allá: revelar secretos.

William Weisband, de origen ruso, fue un famoso informador soviético en la posguerra que, durante la contienda, había prestado servicio en el departamento de inteligencia de señales del ejército estadounidense, y más tarde en Arlington Hall; se cree que pasó información desde muy pronto. La OSS rebosaba de informantes de Moscú. Karl Marzani trabajó en los departamentos gráficos, Julius Joseph en la sección del Extremo Oriente. Entre otros funcionarios que prestaban sus servicios se incluían Bella Joseph, Donald Wheeler, Jane Zlatowsky, Horst Berensprung, Helen Tennei, George Wuchinich y Leonard Mintz. Los informadores del NKVD en la OSS siempre recibían mucho más material del que podía traducir el equipo integrado por los cinco hombres del Centro. La división latinoamericana estaba dirigida por un exprofesor de la Universidad de Oklahoma llamado Maurice Halperin, que tenía un ejemplar del Daily Worker bien visible en su escritorio, suministraba informes atendiendo estrictamente a las directrices del partido y trabajó incansablemente para promover sus intereses en los países de su rango de acción. No obtuvo el mismo éxito, sin embargo, cuando quiso obtener el reconocimiento de parte del Centro, pues allí su material no se tenía en mucho. Franz Neumann, economista de la sección alemana, recibió unas calificaciones más altas por haber transmitido un voluminoso estudio estadounidense sobre la economía soviética. Noel Field, que ayudó a Allen Dulles en Berna durante la ocupación de Europa, en 1945 procuró fomentar una agenda del Partido a través de la OSS. Arthur Schlesinger escribió: «Field era un cuáquero comunista, cargado de ideales, suficiencia y sacrificio. Lo que más me impresionó fue su carácter evasivo con aires de superioridad

moral… Tan solo aspiraba a llevar una vida de piadosa devoción al otro lado del telón de acero».

Julius Joseph y su esposa Bella se convirtieron en las fuentes estadounidenses al servicio de Moscú especializadas en las políticas hacia China, Japón y Corea. Aun tras el dramático divorcio de la pareja, tan fuerte era su sentido de la lealtad hacia los soviéticos que ella decidió no delatar a Julius. El coordinador del NKVD, Donald Wheeler, afirmó que «trata a su colegas de la OSS de un modo muy crítico y los considera a todos unos cabeza hueca[51]». Wheeler se enorgullecía del desprecio que sentía hacia el riesgo y declaraba: «No tiene sentido tener miedo: un hombre solo muere una vez». Pasó a los soviéticos todo el material de análisis de la OSS sobre Alemania y —con un riesgo muy superior— identificó a algunos agentes de Ed Donovan que operaban clandestinamente en Europa. Tras la derrota de Alemania, Wheeler señaló a un agente de la fuerza aeronaval estadounidense comprometido en una misión secreta en la zona de ocupación soviética, para informar sobre el traslado de la planta industrial rusa.

Arthur Schlesinger afirmó: «Donovan sabía de algunos comunistas en la OSS, pero tal vez no de todos[52]». El general se encogió de hombros: «Yo pondría a Stalin en la nómina de la OSS, si pensara que iba a ayudar a derrotar a Hitler». Sin embargo, cuesta creer que él supiese a ciencia cierta que su asistente personal era un informador soviético. Duncan Lee proporcionó un importante flujo de información estratégica, aunque el Gobierno de Estados Unidos también habría entregado parte de los datos a los rusos por medio de los canales abiertos, como por ejemplo, el aviso de Lee, en marzo de 1944, conforme se retrasaba la fecha para el Día D hasta junio. Este prestó un mejor servicio al Centro al advertir a sus agentes de las investigaciones de seguridad, entre ellas la que afectaba a Donald Wheeler. A finales de 1944, Lee comenzó un aventura amorosa con Mary Wolfe Price, la que antes fuera su correo en el NKVD, la secretaria del gran periodista Walter Lippmann y, por lo tanto, receptora y emisora de muchas confidencias privilegiadas. Esta circunstancia molestó al Centro, en tanto que alteraba sus prioridades. El 3 de febrero de 1945, Joseph Katz del NKVD informó a Moscú: «Vi a Lee anoche. Después de golpearse el pecho por lo muy cobarde que es, lo mucho que lo lamenta, etc., me dijo que se mantiene firme en su voluntad de dimitir… En mi opinión, no tiene sentido continuar recurriendo a él. Está totalmente asustado y deprimido. Tiene pesadillas en las que ve su nombre en las listas de los acusados[53]». Katz tuvo dos reuniones más con Lee, cuyos nervios estaban tan destrozados que le temblaban las manos. Más le habrían temblado de saber que su visita soviética —que no debe confundirse con su tocayo Otto, otro asesino— había liquidado personalmente a varios informantes de cuya lealtad se sospechaba. A Lee, sin embargo, se le permitió

sobrevivir. En abril de 1945, el NKVD simplemente cortó el contacto con él.

El 25 de noviembre de 1943, un judío ruso llamado Jacob Golos, de cincuenta y cuatro años de edad, murió de un ataque al corazón en su apartamento de Nueva York. Esto causó un profundo dolor a Elizabeth Bentley, su apasionada amante durante cinco años, y al Centro de Moscú, puesto que aquel había sido el agente principal de la red de Norteamérica. Golos había huido de su patria en 1910, por su condición de bolchevique, y se unió al Partido Comunista de Estados Unidos; más tarde regresó a Rusia para compartir el júbilo embriagador de la revolución. Luego, sin embargo, abandonó a una mujer y a su hijo en la Unión Soviética y regresó a Estados Unidos como agente de la inteligencia. Se convirtió en ciudadano estadounidense y en 1938 se unió a Bentley, una robusta chica que había estudiado en Vassar y que por entonces tenía treinta años y una debilidad por las causas de la izquierda y por los hombres extranjeros. Golos se encargó de formarla en las artes del trabajo de la inteligencia cuando fue arrestado por espionaje, lo que no resulta sorprendente dado que era amigo íntimo del líder del partido, Earl Browder. Pero él tuvo la suerte de recibir una condena corta y, sorprendentemente, al salir quiso reanudar sus actividades.

Golos reclutó a su amigo Nathan Silvermaster, un comunista veterano que se convirtió en la conexión americana más importante de Moscú, y luego se aseguró los servicios de Harry Dexter White, «el Abogado», otra fuente clave de Washington. Julius Rosenberg, antes de ser enviado —mucho más tarde— a la silla eléctrica, suministró información a Golos. Cedric Belfrage, un periodista británico que trabajaba para sir William Stephenson en Nueva York, fue otro contacto también fructífero. Joseph Gregg, un agente que se trasladó al Departamento de Estado en 1944, proporcionó información sobre el Ejército y la Marina, y también informes del FBI sobre la actividad comunista en América Central y Sudamérica. Un número significativo de los informantes de la red sigue aún sin identificar. En 1943, un comunista denominado «Buck» que trabajaba en la UNRRA, que primero trabajó con Golos y luego con Silvermaster, elaboró un informe de sesenta y cinco páginas sobre la industria de maquinarias de Estados Unidos; a finales de junio de 1945, presentó una agenda sobre las posturas estadounidenses en Potsdam. «Arena» tenía acceso a la información del departamento de inteligencia militar del Pentágono, donde trabajaba su esposa.

A partir de 1940, Golos hubo de someterse a la Ley de Registro de Agentes Extranjeros, y poco después a la vigilancia del FBI. Nada de esto le impidió continuar con su carrera en el NKVD y recurría a Elizabeth Bentley, «Umnitsa», para hacer nuevos contactos. Sus jefes estaban muy inquietos con su persona, sin embargo, e hicieron repetidos intentos de persuadirlo para

que regresase a casa, muy probablemente con intención de ejecutarlo. Golos no solo se negó a atender estas demandas, alegando que no podía obtener un pasaporte, sino que además se aseguró de que el Centro supiera que se había procurado —o mejor, había escondido— su seguro de vida: un sobre cerrado que contenía los detalles de las operaciones de Moscú en Estados Unidos. Los soviéticos tampoco consiguieron persuadirlo de que entregase los datos de sus informadores a otras estaciones del NKVD en Estados Unidos. Golos comentó a Bentley que ningún otro ruso en el país entendía a los estadounidenses como él. Luego se enteró de que —de vuelta a Rusia— su hijo se había unido al Ejército Rojo y manifestó su voluntad de reunirse con él. Asumió el nada desdeñable riesgo de viajar a Washington para reunirse con Vasili Zarubín, a quien se quejó amargamente porque se le hubiera pedido que revelase sus fuentes.

Poco tiempo después, falleció súbitamente. Sumida en el dolor, Elizabeth Bentley conservó la serenidad necesaria para destruir el sobre sellado de la caja de seguridad con los secretos que Golos había usado para protegerse de la visita de los verdugos de Moscú. Itzhak Akhmerov asumió la responsabilidad de actuar como contacto para ella y aseguró al Centro que Bentley, que era de su agrado, era «al cien por cien nuestra mujer». Pero en Moscú continuaban intranquilos, sobre todo porque aquella mujer consumía cada día más alcohol, daba muestras de agotamiento y se lamentaba porque necesitaba a un hombre en su vida. Finalmente, cediendo a la presión de Akhmerov, le entregó a Nathan Silvermaster, y por lo tanto, a los de su grupo.

Silvermaster nació en Odesa en 1898, emigró a la Costa Oeste en 1914 y fue durante años un activo miembro del Partido Comunista de Estados Unidos antes de obtener un trabajo en el Tesoro. Allí, forjó vínculos en pro de los intereses de Moscú con una serie de compañeros simpatizantes, algunos de los cuales sentían cierta confusión al respecto de sus lealtades. Frank Coe, por ejemplo, se quejó de que su cometido como agente soviético estaba frenando su carrera en la Tesorería. Fuentes de Silvermaster suministraron material obtenido en todos los rincones de Washington. Había datos sobre programas de adquisición de equipo militar y sobre las opiniones de los responsables políticos, que probablemente procedían de Harry Dexter White, un economista de la Tesorería. En el mes de junio de 1941, Silvermaster transmitió algunos informes sobre la Wehrmacht que habían preparado los agregados militares de Estados Unidos en Londres. El 5 de agosto Moscú supo que, en un almuerzo en Washington del 31 de julio, el secretario de Marina, Frank Knox, había apostado contra Morgenthau, del Tesoro, que Hitler tomaría Moscú y Leningrado en un mes. El informe de Harry Hopkins a la Casa Blanca tras su viaje a Moscú en el verano de 1941 también se hizo llegar al Centro, junto con una nota acerca del debate del Gabinete al respecto

de la misión de Averell Harriman en la Unión Soviética.

Por intrigante que fuese todo este chismorreo —el propio Stalin leyó parte del material de Silvermaster—, el NKVD quería más. En 1942, se solicitó a la estación en Washington que instruyera a su hombre para que este pudiera averiguar si Estados Unidos estaba cumpliendo sus promesas de Préstamo y Arriendo y, de no ser así, para que pudiera identificar a los miembros de la administración que bloqueaban el proceso. ¿Qué intenciones tenía Estados Unidos con respecto a la apertura de un segundo frente? ¿Cuáles eran los puntos de vista de la administración sobre las fronteras en la posguerra, sobre todo las de la Unión Soviética? ¿Había pruebas de sabotaje quintacolumnista en el país? El Centro también buscaba más detalles sobre los debates políticos del Gobierno. Su máxima prioridad consistía en infiltrarse en la Casa Blanca y así asegurarse la información de manos de Hopkins y Morgenthau, muy próximos al presidente[54].

Entre tanto, el Centro recibía información del Gobierno a través de Robert Miller, Charles Flato, Harold Glasser, Victor Perlo, Charles Kramer y John Abt. Harry Magdoff, un estadista del Departamento de Producción de Guerra, que suministraba un flujo de datos sobre la producción armamentística. Es sorprendente que Moscú no se quedase sin nombres en clave para sus fuentes estadounidenses; había tantos que no era infrecuente que se tropezasen en el ejercicio de sus funciones oficiales, a veces a sabiendas de la deslealtad compartida. Las sendas recorridas por Field, Duggan y Straight llegaron a cruzarse. Anatoly Gorsky, un acreditado diplomático y contacto encubierto del NKVD, se personó en el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, un día de diciembre de 1944, para recibir un informe trivial acerca de los sellos de correos alemanes. Fue enviado primero a la oficina de Harry Dexter White, y luego —en ausencia de este— a la de Harold Glasser. Ambos eran agentes soviéticos: White protegió a Glasser de una investigación de seguridad por sus vínculos comunistas, aunque la relación personal de ambos hombres se tensó cuando sus mujeres riñeron. Glasser consideró prudente rechazar un puesto en el último piso del Departamento de Estado, porque le resultaría complicado sobrevivir a los controles de seguridad que le supondría necesariamente el nombramiento. Sin embargo, sí fue capaz de proporcionar a Moscú importantes cables sobre la planificación política del Gobierno de Estados Unidos después de la guerra, incluidos los detalles de los puntos de vista de Washington al respecto de la ayuda financiera a Rusia. En un momento de gran ambición, Vasili Zarubín trató de reclutar a Ernest Hemingway como informante, aunque sospechaba que el escritor era trotskista en lugar de estalinista. En cualquier caso, el díscolo escritor no mostró entusiasmo.

Así como en Rusia, dentro de la extensa familia secreta soviética de

Estados Unidos, las delaciones eran una forma de vida, y de muerte. En agosto de 1944, Grigori Kasparov, el nuevo agente del NKVD en San Francisco, envió a Moscú una durísima crítica respecto a su homólogo en Ciudad de México. Kasparov lo acusó de torpes esfuerzos para liberar al asesino de Trotski, Ramón Mercader, y de la adopción de un «lujoso estilo de vida», que incluía la cría de aves y loros. Del mismo modo, el jefe adjunto de Nueva York afirmó que su propio jefe, de veintiocho años de edad, Stepan Apresyan, carecía «por entero de habilidad para el trato con la gente y que con frecuencia se mostraba excesivamente rudo y con tendencia a incordiar… Un trabajador que no tiene experiencia en el extranjero y no puede arreglárselas solo». En marzo de 1945, se confiaron a Apresyan tareas de menor responsabilidad en San Francisco.

El cometido de los Zarubín no se vio alterado por el FBI sino por un subordinado descontento, el coronel Vasili Mironov. La primera salva de Mironov contra su jefe fue escribir a Stalin afirmando que Zarubín también actuaba como agente del Eje. Cuando con esto no llegó a ninguna parte, envió una carta anónima a la oficina de J. Edgar Hoover, acusando a Zarubín de ser espía soviético y aprovechó para señalar también a otros diez agentes, entre ellos al productor de Hollywood Boris Morros. Durante la guerra, los británicos tuvieron miedo de añadir más tensión a las ya difíciles relaciones con los soviéticos si optaban incluso por expulsar a los soviéticos identificados como «ilegales», pero en 1944 los estadounidenses insistieron en que los Zarubín debían partir; tanto ellos como su acusador volvieron a Rusia. El equipo formado por marido y esposa recibió en Moscú una bienvenida digna de «héroes»; a él lo cargaron de medallas y terminó su carrera como subjefe de la inteligencia extranjera. Mientras tanto, a Mironov, sorprendentemente, se le permitió conservar la vida un poco más. De vuelta en Moscú, se le diagnosticó esquizofrenia y fue internado en un asilo. Aun sabiendo que tales instituciones en la Unión Soviética no eran sino refugios de la caridad, pensando en el daño que el descarriado coronel había infligido, sorprende que no lo fusilasen. En 1945, sin embargo, tuvo menos suerte cuando trató de informar a la embajada de Estados Unidos sobre las masacres perpetradas por los soviéticos en Polonia: esa vez sí fue acallado por un pelotón de fusilamiento.

En la primavera de 1942, Nathan Silvermaster fue investigado por su condición de comunista confeso por el Comité de Actividades Antiamericanas. No se pudo probar nada en contra de aquel, pero en el mes de junio, el departamento de inteligencia de la Marina insistió en que fuera despedido de la Tesorería. Se anularon las otras investigaciones sobre sus actividades políticas; se cree que Harry Dexter White y otro amigo, Lauchlin Currie, de origen canadiense, asesor económico de la Casa Blanca,

intervinieron en su favor. Pese a que no llegó a probarse nada en contra de Currie, parece casi seguro que él también actuaba como informador para los soviéticos. Silvermaster permaneció en Washington, con un nuevo puesto en la Administración de la Seguridad Rural. Aunque desde allí no tenía acceso a información sensible, rápidamente ingresó en la Junta de Producción de Guerra, donde sí pudo obtener más datos.

Los informantes estadounidenses de Moscú no eran profesionales altamente capacitados en tareas de inteligencia, pero sí unos aficionados entusiastas. Más de la mitad de los centenares de documentos del Gobierno estadounidense fotografiados por William Ullmann en 1944, por ejemplo, resultaron ilegibles cuando los hombres del Centro estudiaron minuciosamente sus negativos, remitidos por Elizabeth Bentley. Lo que se pudo descifrar, sin embargo, fue impresionante; Ullmann había trabajado en el Tesoro y luego se lo transfirió al Pentágono, desde donde suministró una gran cantidad de datos técnicos sobre los aviones de combate estadounidenses así como la producción industrial. En marzo de 1945, el importante espía nuclear Ted Hall pasó información desde Santa Fe sobre el diseño de la bomba atómica de Estados Unidos que había copiado en un periódico, usando leche a modo de tinta. Los rusos se enfurecieron ante tal desmañado proceder.

Buena parte del material llegaba a Moscú a destiempo. Fitin mandó a Merkúlov una exasperada nota en julio de 1944 quejándose porque documentos tales como la copia de un acuerdo de Préstamo y Arriendo angloestadounidense le habían llegado con meses de retraso, al igual que el memorando del Tesoro, de cuarenta y una páginas, sobre las relaciones comerciales en la posguerra entre Washington y Moscú, y un proyecto elaborado por Harry Dexter White sobre un nuevo tratado de Préstamo y Arriendo entre Estados Unidos y la URSS. Fitin pidió autorización para trasladar a un hombre de Los Ángeles a Nueva York que se hiciera cargo de la pesada carga de trabajo. Los soviéticos se mostraron aún más turbados por las complicaciones sentimentales: William Ullmann se enzarzó en una aventura amorosa con la esposa de Nathan Silvermaster. Akhmerov se quejó a Moscú: «Seguramente estas relaciones insanas no pueden sino influir negativamente en su comportamiento y en el trabajo que desempeñan para nosotros[55]». También informó de que Silvermaster intimidaba a sus informantes. Vladimir Pravdin, entonces jefe de la sección del NKVD en Nueva York, instó a Akhmerov a frenar al espía rebelde. Akhmerov respondió sin rodeos: «Lo principal es conseguir resultados. En veinticinco años, no hemos podido obtener información sobre las políticas de este país. Ahora [Silvermaster] está haciendo un gran trabajo y dando a nuestro Gobierno un retrato completo de las políticas [de Estados Unidos] respecto a

todas las cuestiones». En agosto de 1944, Fitin registró en el Centro que desde enero la red de Washington había entregado 386 importantes documentos del Gobierno estadounidense. Estaba lo bastante impresionado con el trabajo de Silvermaster como para contribuir con un pago inicial de 6000 dólares en la compra de una granja que la pareja quería concretar. Nathan recibió una condecoración de los soviéticos, que solo pudo ver de refilón antes de que su contacto volviese a esconderla. El volumen de la información que se hacía llegar a Moscú a través de sus redes estadounidenses aumentó espectacularmente en el curso de la guerra, de 59 rollos de microfilm en 1942, a los 211 en 1943, los 600 de 1944, hasta llegar a los 1896 de 1945, contando a los Silvermaster entre los principales contribuyentes.

¿Cómo se hicieron los rusos con tanto material durante tanto tiempo? La mayoría de los ciudadanos en una democracia admite que parte del peaje impuesto por la libertad es que sus defensas contra la subversión y la traición sean menos exhaustivas y efectivas que las de un estado totalitario, y, por lo general, el precio vale la pena. Sin embargo, la incompetencia del FBI era asombrosa. Los agentes encargados de vigilar las actividades soviéticas demostraron ser muy poco astutos. Aleksandr Feklisov escribió en sus memorias: «Había muchos hombres jóvenes —aún verdes— en las filas de equipos de vigilancia [del FBI]… y nuestros agentes los descubrían con sencillos trucos. Los agentes de seguimiento probablemente provenían de jóvenes criados en pueblos pequeños, que empezaban a trabajar contra nosotros después de dos o tres meses de formación. Se podía apreciar de inmediato su condición provinciana, por la ropa y la mirada culpable en sus ojos; por su torpeza. Se sentían perdidos cuando se daban cuenta de que habían sido vistos, y no sabían qué hacer. Se apartaban, o se escondían precipitadamente en el primer edificio que veían[56]».

En ocasiones, Feklisov caminó directamente hacia quien andaba siguiéndole los pasos, por la mera diversión de ver cómo el individuo huía avergonzado. La vigilancia es una tarea de mucha dedicación, que requiere el respaldo de coches en caso de que un sospechoso tome un autobús o un taxi. «Yo a menudo detecté a mis seguidores al entrar en el metro o de pie en el andén. Temían tanto perderme de vista que cuando subía a un tren, bajaban las escaleras casi corriendo. Una vez en el andén, elegía un lugar donde costase verme: detrás de una columna, contra la pared, entre la multitud. Había algunas ocasiones en las que las únicas personas en la estación de metro éramos yo y quien me perseguía. En tales casos, normalmente intentaba pensar en algo agradable, sonreír y tararear una melodía popular norteamericana, mientras paseaba por el andén con la mirada despreocupada, para demostrar que no prestaba atención a la vigilancia. Estos agentes visten modestamente, casi siempre con ropa y abrigos oscuros.

En verano, casi todos llevaban la camisa por fuera del pantalón y no usaban la corbata. Una vez, me vigilaba un equipo de cuatro. Uno de ellos hubo de vestir uniforme del ejército durante la mitad del día. Lo vi en la escalera mecánica del metro, entonces me siguió hasta la oficina de la Cunard White Star donde compré billetes para el vapor en el que viajaban los soviéticos a Londres. Vi a este "soldado" de nuevo mientras almorzaba en una cafetería». Hoover solo podía lanzar una contraacusación a sus homólogos británicos, más hábiles y sutiles: en su Oficina jamás se infiltró un agente soviético, a diferencia de lo sucedido en el MI5.

Al parecer, el Gobierno de Roosevelt estaba de acuerdo con las limitaciones del FBI. En julio de 1941, el embajador soviético en Washington, Konstantin Umansky, informó a Moscú de una emotiva solicitud de Henry Morgenthau. El secretario del Tesoro pidió «no en el nombre del Gobierno estadounidense, sino en el mío propio[57]», que si los rusos conocían la identidad de los agentes alemanes clave en Estados Unidos, se la indicasen a él y al presidente, «ya que el trabajo del FBI hoy deja mucho que desear… permitiendo que el núcleo de líderes nazis actúe libremente y continúe con sus tareas de socavamiento». Una mano del Centro de Moscú garabateó en este cable signos de exclamación y de interrogación. Morgenthau repitió la misma demanda al sucesor de Umansky, Maxim Litvinov. A principios de marzo de 1942, Moscú ordenó al embajador rechazar cualquier solicitud de cooperación de inteligencia: «El NKVD de la URSS no está interesado en establecer estos lazos». En el verano de 1944, y en parte como respuesta a la preocupación por la seguridad del Proyecto Manhattan, el FBI instaló escuchas telefónicas en todas las oficinas centrales soviéticas conocidas, por medio de las cuales supo de un buen número de nombres en clave junto con la prueba indiscutible del papel de Itzhak Akhmerov en las actividades de la inteligencia. Este fue declarado persona non grata y volvió a Rusia, donde se le dispensó una bienvenida propia de un héroe. Fue condecorado con la Orden de la Bandera Roja y su esposa Helen con la Estrella Roja.

Al final de la guerra, el Centro estaba convencido de que Elizabeth Bentley era crónicamente inestable y que suponía una amenaza para sus operaciones en Estados Unidos, sobre todo después de trabar amistad con un hombre que era, a todas luces, un agente o del FBI o del Arsenal, el Departamento de Guerra de Estados Unidos; al final fue del primero. El Centro decidió secuestrarla y extraditarla a Moscú para acabar con ella. Pero llegó tarde: ella ya estaba cantando una larga aria para los hombres de Hoover, noticia que llegó a sus jefes a través de Kim Philby. En una reflexión póstuma sobre la historia de Golos-Bentley, el Centro concluyó que había sido un grave error haber permitido que su agente forjara vínculos con los miembros del Partido Comunista de Estados Unidos y llegase a ser «el pilar

fundamental de nuestros trabajos de inteligencia en EE. UU[58]». Fue extraordinario que un espía tan descuidado como para reunirse con los informantes en su propio domicilio —como también hiciera Bentley— hubiera evitado que lo descubriesen durante tanto tiempo.

Los mismos argumentos sirven para excusar a los comunistas traidores de Norteamérica y a sus homólogos británicos: no es de extrañar que tantos liberales hayan tratado de ayudar a la Unión Soviética cuando la barbarie institucional del régimen de Stalin se entendía de forma impropia y los rusos soportaban la abrumadora carga de luchar para acabar con el fascismo. En calidad de jefe del espionaje en la Alemania del Este, Markus Wolf afirmó más tarde que los informantes de Moscú se consideraban miembros de un club de élite secreto, que combatían por un noble ideal. Pierre Cot, un exministro en varios gobiernos franceses que vivía exiliado en Estados Unidos, emprendió una larga misión en 1944 en Moscú para De Gaulle. Su informe posterior concluía: «La libertad disminuye sin cesar bajo el capitalismo y crece sin cesar bajo el socialismo». Un considerable número de intelectuales estadounidenses y británicos abrazó asimismo este absurdo juicio. Entre 1941 y 1945, los rusos fueron los aliados de Estados Unidos en el mayor conflicto de la historia.

En respuesta, sin embargo, se puede argumentar que pocas personas informadas —entre las que se contaban casi todos los espías estadounidenses — podrían no haber sido conscientes de los horrores del sistema soviético, si así lo hubieran deseado. Los defensores también argumentan que las acciones de los traidores no tuvieron consecuencias adversas para la causa de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial. No es totalmente cierto: baste recordar la fuga de información de los soviéticos hacia los alemanes con respecto a la infiltración norteamericana en los encriptados de Púrpura. Esto sucedió cuando estaba aún en vigor el pacto nazi-soviético: el emisario de Hitler transmitió esta advertencia trascendental a los japoneses. El barón Ōshima envió un mensaje al ministro de Exteriores de Japón desde Berlín el 3 de mayo de 1941, un despacho que luego se descifró en Estados Unidos, donde se declaraba que «[los alemanes] han determinado que el Gobierno de Estados Unidos está leyendo los mensajes en código del embajador Nomura [en Washington]… deben tomarse medidas drásticas con respecto a este asunto[59]». El hecho de que en Tokio fuesen tan imprudentes como para no prestar atención no altera la gravedad de la amenaza a los intereses estadounidenses. Es asimismo prácticamente seguro que los rusos adquirieron este secreto fundamental de la mano de uno de sus informantes estadounidenses situado en las altas esferas de la administración. Este hombre pudo haber supuesto que, al informar a Moscú, ayudaba a la causa

del socialismo internacional. No obstante, esta acción no hizo perder el acceso a Púrpura de Estados Unidos solo por milagro.

Arthur Schlesinger escribió en sus memorias: «No hay pruebas de que la información que los topos de la OSS brindaron al Kremlin haya causado gran perjuicio a Estados Unidos. El descubrimiento de que la OSS no planeaba operaciones subversivas contra la Unión Soviética puede haber calmado a Stalin y reducido toda posibilidad de concertar un tratado de paz bilateral con Hitler[60]». En este caso, el historiador enuncia una opinión válida: la penetración soviética de la organización habría infligido daños graves en aquel momento solo si los agentes de Moscú hubiesen pasado información de inteligencia que descubriese a Estados Unidos en la ejecución de un doble juego con su supuesto aliado, y no era el caso. Sin embargo, en ningún momento durante la Segunda Guerra Mundial, Stalin dio a entender de forma clara su intención de mantener la coexistencia pacífica con las potencias occidentales una vez terminada la contienda. Los traidores norteamericanos y británicos provocaron un daño sustancial a los intereses de sus propias naciones, al asegurarse de que Washington negociase con Moscú —por ejemplo en Yalta y en la conferencia fundacional de las Naciones Unidas en San Francisco— con una seria desventaja: las delegaciones soviéticas sabían exactamente dónde se hallaban las posiciones estadounidense y británicas.

Los estadounidenses que brindaron datos tecnológicos y científicos a los soviéticos, de los cuales nos ocuparemos más adelante, ocasionaron más daño a los intereses de su propio país que aquellos que simplemente vendían información política, diplomática y estratégica durante la guerra. La mayor parte de la inmensa inversión rusa en el espionaje estadounidense dio pocos beneficios. Lo mejor que se puede decir de los estadounidenses que sirvieron a su causa es que fueron tremendamente ingenuos; así lo creían los rusos, sin duda. Los informantes estadounidenses que trabajaron con tanto entusiasmo con Vasili y Elizabeth Zarubín habrían apurado la copa con menos ansias de haber visto las huellas ensangrentadas que señalaban todos sus pasos en el viaje desde Moscú a Washington.

15

Las fábricas del saber

Los agentes

Los servicios de inteligencia británicos contrataron a centenares de jóvenes agentes de campo, con una determinación y un coraje admirables, entre los que podríamos señalar al noruego Oluf Reed-Olsen como modelo. En el mes de septiembre de 1940, con veintidós años de edad, atravesó el mar del Norte huyendo de su país ocupado hacia Gran Bretaña en un bote de dieciocho pies y sobrevivió a tempestades y peligros extraordinarios en las dos semanas de travesía. Más tarde, vivió dos años en Canadá, donde se matriculó en la escuela de pilotos y llevó a cabo algunas operaciones para el Comando de Costa de la RAF antes de aceptar el traspaso al curso de instrucción para agentes, en el que se rompió las dos piernas lanzándose en paracaídas. En abril de 1943, el avión en que viajaba hacia Noruega hubo de dar la vuelta dos veces debido a los fuertes vientos, que impedían el salto. En el tercer intento, insistió en realizar el lanzamiento, cayó sobre la copa de un árbol y se dislocó la rodilla. De resultas de ello, hubo de pasar un mes hospitalizado en Noruega, siempre expuesto a la traición, hasta que la herida quedó drenada. En sus tardíos comienzos en el mundo de la inteligencia, estuvo en todo momento al borde del desastre. Por su falta de cuidado, a veces se expresaba en inglés en lugares públicos. Sus instructores británicos ignoraban por completo las regulaciones que le exigían contar con un permiso de viaje. Tuvo dificultades para crear una red a partir de cero: «La mayoría de los que, por entonces, eran capaces de realizar algún trabajo de forma eficiente ya estaban

metidos hasta el cuello en otras actividades ilegales… No permití que nadie trabajase para mí y para otra organización simultáneamente. Demasiados caían en aquel error[1]».

Pasó un mes acampado en una zona boscosa con dos compañeros, lanzando su indicativo AKY al vacío, hasta que recibió confirmación de que sus señales llegaban a Whaddon Hall: «PBO… PBO». En aquel momento, transmitió durante media hora un informe de situación: «La diferencia que supuso para nuestro espíritu —tras semanas de esfuerzos y de reveses peores cada día— es indescriptible. Fue como un aliento de ánimo que llenó la oscuridad[2]». Olsen y sus camaradas sobrevivieron un tiempo, medio muertos de hambre, con unas raciones mínimas: tres patatas hervidas al día con un trocito de pan, caballa o arenque. Estas dietas tan pobres explican por qué los hombres que caían heridos en el campo solían demostrarse vulnerables a la septicemia. El equipo de Olsen hubo de esperar muchos meses hasta que llegó el primer cargamento lanzado en paracaídas, cuyos elementos más valiosos no fueron ni las armas ni los explosivos, sino el paquete de 122 kilogramos repleto de chocolate, ciruelas pasas, albaricoques, manzanas y 5000 cigarrillos. Aunque las batidas alemanas habían expulsado a los de su grupo de la zona, temporalmente, tuvieron la suficiente fortuna de regresar más tarde y encontrar el alijo aún intacto, en una cueva en medio de la espesura del bosque.

Los combatientes secretos ocupaban buena parte de su tiempo en monótonas actividades de subsistencia en lugar de recabar inteligencia o volar puentes. En algunas ocasiones, Reed-Olsen debía soportar penosos trayectos monte a través cargado con 36 kilogramos a la espalda: con las baterías, el transmisor del MI6 ya pesaba casi la mitad. Para los agentes que se veían obligados a pasar un tiempo en zonas rurales, era útil haber crecido en el campo: el joven noruego siempre advertía la llegada de los intrusos gracias al trino enojado de la tarabilla o el mirlo. La tarea principal de este agente consistía en monitorizar e informar de los movimientos de los barcos así como de los despliegues de las tropas alemanas. En octubre de 1943, tras varias semanas jugando al ratón y al gato con los aparatos de radiogoniometría del Abwehr, que vigilaban sus transmisiones de radio, tuvo que huir a Suecia. En el mes de enero de 1944 voló a Londres y se tomó dos meses de permiso para casarse en Canadá, antes de volver a lanzarse en paracaídas sobre Noruega, en el mes de mayo. Posteriormente, transmitió informes meteorológicos locales varias veces al día y respondió los cuestionarios enviados desde Broadway, como este fechado a finales de julio:

1. ¿Hay en Arendal personal de la división? Dé cifra, cuartel general y nombre del oficial al mando.
2. ¿Hay un cuartel general del regimiento de granaderos en la zona sur de Kristiansand y/o en Lyngdal? Dé cifra, localización del cuartel general y nombre del oficial al mando.

3. ¿Están subordinadas las tropas del ejército en Mandal a Lyngdal o a Kristiansand[3]?

La lista continuaba con otras seis preguntas y múltiples subtítulos.

En los últimos meses de la guerra, Reed-Olsen logró reclutar a dos desertores alemanes, que abandonaban un Reich agonizante, para que estos ayudasen a responder estas peticiones de Londres. Más tarde consiguió esquivar a los de las unidades de radiogoniometría alemanas, aunque ellos solían burlarse de él a través de las ondas repitiendo los grupos de códigos y cerrando con un «HEIL HITLER» que transmitían en claro.

Reed-Olsen, como centenares de camaradas en el mundo, pasó años corriendo el peligro de ser apresado y de sufrir una muerte atroz. El desgaste era especialmente duro en los Países Bajos, donde el terreno resultaba muy inadecuado para llevar a cabo actividades encubiertas, había muchos informadores y la rama de la contrainteligencia del Abwehr actuaba con una eficiencia notable. De los ochenta y nueve agentes desplegados durante la guerra por el MI6 en los territorios ocupados de Bélgica y Holanda, treinta y nueve cayeron presos y, de estos, solo once terminaron la guerra con vida. En 1945, solo continuaban activas trece unidades de radio del MI6 en la región.

Paralelamente, en las montañas de Grecia, durante el mes de julio de 1944, Nigel Clive utilizó a dos operadores de radio para procesar un flujo constante de material militar, político y económico: «La inteligencia que recibíamos, buena, era la consecuencia de la determinación y pericia de nuestros agentes. Estos contaban con la ventaja, sin embargo, de que casi todo el mundo creía que los alemanes se habrían marchado pronto. En estas circunstancias, nuestros agentes tenían muchas oportunidades de acercarse a quienes deseasen arriesgarse[4]». Clive era consciente de que buena parte de la información era trivial: «Se me contaba que Andreas acababa de ser condenado por los alemanes a trabajos forzosos para construir una pista de aterrizaje; que Evangelos tenía un primo cuyo cuñado estaba prestando servicio en el ELAS [comunista] contra su voluntad y que deseaba desertar al bando de Zervas; que el tío de Macros en Ioannina había oído que los alemanes se habrían marchado de Grecia definitivamente en verano; que la hermana de Leftheris, en Arta, le había dicho que el EDES planeaba un ataque en la ciudad para la semana siguiente… Yo siempre escuchaba con paciencia todo lo que me contaban y, naturalmente, le aseguraba a Costakis y al resto de gente que se me acercaba directamente que toda información, por pequeña que fuera, resultaba muy valiosa. Este fue mi único engaño y me sirvió para que me aceptasen en su comunidad[5]».

Tras la partida de los alemanes, Clive hizo algunos descubrimientos que no fueron de su agrado. En primer lugar, sus esfuerzos para conseguir el orden de batalla del enemigo no habían servido a ningún propósito útil. La

Wehrmacht se marchó de Grecia por voluntad propia, sin librar ninguna batalla para la cual su rompecabezas hubiera sido útil[6]. Se enteró también de que los alemanes sabían tanto como él: el comandante enemigo local, el teniente general Hubert Lanz, «sabía de nosotros lo que nosotros sabíamos de él» gracias a los interceptados y a los informadores[7]. El agente quedó aún más desconcertado al saber que Zervas, el líder de la guerrilla a cuyo grupo estaba adscrito, había negociado con los alemanes, con intención de levantar un frente común contra los comunistas. Una señal emitida por Lanz al cuartel general, fechada el 7 de agosto de 1944 y que acabó llegando hasta Clive, mencionaba la «leal actitud, hasta la fecha» de Zervas; leal sí, hacia los ocupantes.

A la postre, el espía descubrió que había sido la víctima del cinismo, la incompetencia y la traición de las altas jerarquías en la cadena de mando de la inteligencia: el jefe de la sección política del MI6 le hizo saber en enero de 1945 que en Broadway no habían recibido ni uno solo de sus extensos y con frecuencia perspicaces informes[8]. Jamás sabremos si fueron los simpatizantes de los comunistas en el servicio quienes los hacían desaparecer por razones ideológicas, sobre todo en El Cairo o —lo que resulta más creíble— si se perdieron en medio del caos de documentos sin leer generados por decenas de miles de oficiales de todas las naciones, que se habían jugado la vida por ellos. Esto no significa que la actividad de los agentes de campo fuese inútil: Donald McLachlan, de la NID, rindió un generoso tributo al valor de los informes de los avistadores de barcos en Noruega, como Reed-Olsen, que advirtió de algunos movimientos del enemigo y, en especial, de la presencia de submarinos que Ultra no había detectado; aunque hacer que la información pasase al terreno práctico era ya otra cuestión muy distinta: durante la guerra, la Armada británica y la Flota Aeronaval tuvieron poco éxito en sus intentos por bloquear el tráfico en la costa escandinava. En cuanto a los despliegues de tropas alemanas, ya fuera en Noruega, Grecia o cualquier otro lugar de la Europa ocupada, Ultra ofrecía un marco general útil, pero jamás exhaustivo y era muy provechoso contar en todas partes con la cobertura suplementaria de los hombres sobre el terreno.

La inteligencia británica jamás logró que sus espías se infiltrasen adecuadamente en el Reich. La mayor parte de alemanes contrarios al nazismo ansiaba huir a territorio aliado y muy pocos deseaban luego regresar al imperio de Hitler en calidad de espías o saboteadores. John Bruce Lockhart, del MI6 —sobrino del antiguo agente Robert—, escribió con tristeza en 1944 que «muchas ratas abandonan el barco que se hunde, y conseguiremos más, pero muy pocas están preparadas para volver a roer el fondo y abrir otro agujero[9]». En Italia, Broadway cesó en sus intentos por reclutar a agentes entre los presos de guerra italianos, porque el material

disponible se había demostrado demasiado improductivo[10]. Solo cuando los Aliados empezaron a combatir en territorio nacional y los grupos de partisanos les ofrecieron un refugio relativamente seguro en las zonas de campo tras el frente enemigo, los oficiales británicos y los estadounidenses pudieron empezar a actuar con mayor contundencia. Por otra parte, no todos los agentes del MI6 en el extranjero eran tan concienzudos como Reed-Olsen y Clive: el novelista Graham Greene trató el espionaje, y de hecho la guerra entera, como un absurdo. En 1942, mandó una señal a Broadway desde Freetown, en Sierra Leona, proponiendo que el servicio abriera un burdel para los marinos de la Francia de Vichy en el Richelieu, en una isla portuguesa del litoral, frente a la base de acorazados en Dakar. A su regreso en Gran Bretaña, Greene se incorporó en la subdivisión del MI6 en St Albans, dirigida por Kim Philby. Si bien es cierto que el novelista manifestó cierta aversión hacia Philby mientras trabajó con él, fue más indulgente al descubrirse que aquel había sido un traidor y lo trató como a un simple comerciante de un ridículo bazar de secretos[11].

Los rusos apenas compartieron con los aliados occidentales alguna información sobre sus operaciones, mucho menos sobre las del Eje. Durante un tiempo, enviaron copias a regañadientes de los descifrados de los códigos menos relevantes de la Wehrmacht, pero el 1 de diciembre de 1942 este servicio se interrumpió bruscamente y no se reanudaría jamás. En la primavera de 1944, el teniente Shirley, experto en minas y sabotaje de la Armada británica, fue destinado al mar Negro para observar las demoliciones alemanas en los puertos rusos recuperados, antes de que los Aliados tuvieran que afrontar el problema de limpiar los muelles franceses tomados después del Día D. Pero llegado el día 6 de junio, Shirley aún se mordía las uñas en Sebastopol, aguardando en vano la autorización que le permitiría inspeccionar las instalaciones portuarias[12].

La necesidad de simular cooperación propició otros dilemas en Londres[13]. En diciembre de 1941, cuando las esperanzas británicas de lograr una asociación con los soviéticos en materia de inteligencia eran muy superiores a las de hacía dieciocho meses, el NKVD mandó a cuatro austríacos a Gran Bretaña a quienes la RAF debía lanzar de nuevo en su tierra natal. Los espías llegaron tras sufrir numerosos retrasos y penalidades; el barco en el que viajaba uno de ellos se hundió durante la travesía con la consabida pérdida del equipo de radio. Todos se quejaban amargamente de la mala calidad de sus documentos de identidad falsos y la segunda remesa que llegó desde Moscú no fue mejor. Los agentes del NKVD se negaron rotundamente a emprender una misión con aquellas falsificaciones y tampoco quisieron volver a Rusia bajo el pretexto, no tan descabellado, de

que serían ejecutados. Los austríacos, que no ocultaban su voluntad de instalarse definitivamente en Gran Bretaña, comunicaron a sus anfitriones que la misión guardaba poca relación con la derrota de Hitler; se les habían dictado instrucciones para formar una célula «durmiente» del Komintern, desde donde fomentar los intereses comunistas en la posguerra. Fuera o no cierto, los británicos no se vieron capaces de expulsar a los hombres por la fuerza y subirlos a bordo de un avión de la RAF que se dirigía a territorio enemigo. Pero también temían el escándalo diplomático que estallaría necesariamente si concedían asilo a los espías. En abril de 1943, el MI5 dio con una solución ingeniosa y humana: los mandó de vuelta a Rusia vía Panamá y allí se les permitió saltar del barco y desaparecer[14].

Las actividades y el personal de Broadway crecieron exponencialmente durante la guerra y sus departamentos se extendían en una red de estaciones en lugares remotos. La Sección V, por ejemplo, tenía ocho miembros en 1940 y 250 cinco años más tarde. Los oficiales superiores del MI6, sin embargo, continuaron siendo los mismos y Hugh Trevor-Roper no los tenía en mayor estima: «Una colonia de gansos en las ciénagas sin ventilación de la burocracia… Un hatajo de lameculos accesorios unidos por la negligencia, como un puñado de murciélagos en un establo sin barrer… Los sumos sacerdotes de una religión decadente que masculla sus rituales sin sentido para evitar la hambruna o resistir al cataclismo[15]». Un oficial que trabajaba en el MI6 señaló que los mandamases, que se daban infinitos aires de gravedad, jamás llegaban puntuales a las reuniones: justificaban los retrasos dando a entender que los habían entretenido en uno de los comités del Gabinete[16]. Un observador perspicaz y bastante comprensivo indicó a uno de los oficiales del MI6 que, cuando reclutamos al personal, «estamos demasiado dispuestos a contentarnos con segundones capaces[17]». Incluso en plena guerra mundial, el Foreign Office trataba al servicio como a los «parientes pobres y más bien vergonzosos». Un diplomático se lamentaba por el «estatus social bajo» de los representantes del MI6 en su departamento, aunque esto dice más del esnobismo del Foreign Office que de los propios agentes. El despilfarro asumía unas cotas prodigiosas: Broadway compró un avión para batir la costa de Argentina en busca de buques alemanes, una tarea inabordable dadas las distancias y, en cualquier caso, dirigida contra una amenaza que ni siquiera existía[18].

En Broadway, como en Tirpitzufer y el Centro de Moscú, persistía la obsesión por conseguir la ventaja en las guerras de Whitehall. El cronista oficial del MI6 escribe a propósito de la actitud que Claude Dansey adoptó en la supervisión del departamento de evasiones, el denominado MI9: «Con frecuencia daba la impresión de que su trabajo consistía tanto en impedir que

cualquier otro departamento gubernamental tuviera oportunidad de entrometerse en el continente como en rescatar al personal británico[19]». Un día Dansey, el joven y brillante diplomático que durante un tiempo ocupó el cargo de asistente personal de Stewart Menzies, irrumpió jubiloso en la oficina de Patrick Reilly: «Gran noticia, gran noticia», decía. Aquel arrebato de alegría lo había provocado la caída de una de las principales redes de espionaje francés dirigidas por la SOE, a quien Dansey odiaba incluso más que los estadounidenses. Reilly escribió: «La miseria, la tortura y la muerte de tantos hombres y mujeres valerosos, británicos y franceses; y Dansey se regodeaba[20]». Reilly recordaba que aquello lo puso enfermo.

El santuario personal de Menzies estaba custodiado por dos venerables señoras que se dirigían una a la otra, aún después de varios años trabajando juntas, como «señorita Jones» y «señorita Pettigrew». La primera era la más afable y mejor parecida, mientras que la segunda era voluminosa e imponente. Las dos provenían del extenso cuadro de trabajadoras de Broadway: mujeres educadas, leales, discretas e incansables. Malcolm Muggeridge señaló, sin duda con acierto, que un rasgo común de la gente que prestaba servicio en la inteligencia era el gusto por la opacidad con respecto a sus personas, un concepto que se derivaba de la costumbre de negar a todo el mundo el acceso al conocimiento: «Esta sensación de importancia, de proteger los secretos de los mortales normales y corrientes, era una característica del personal del SIS en todos los niveles, pero sobre todo de las mujeres que, por despreocupadas que pudieran mostrarse con respecto a su castidad, protegían la seguridad con una determinación implacable[21]».

En 1943, Robert Cecil sucedió a Reilly en el cargo de asistente personal de Menzies y, en adelante, se convirtió en acérrimo defensor de su jefe. La contribución más importante de «C», sostuvo años más tarde, fue proteger el secreto de Ultra. Las Unidades de Enlace Especiales (SLU, por sus iniciales en inglés) que colaboraban con los comandantes en el campo de batalla, creadas en Broadway por Fred Winterbotham, representaban una fabulosa herramienta de seguridad, decía Cecil. Todos y cada uno de los comandantes en jefe disponían de una de aquellas unidades, que vivía apartada del resto del cuartel general y se ocupaba exclusivamente de filtrar los desencriptados de forma segura en el proceso de la inteligencia. «C» también supo insuflar un sentido claro de los objetivos de su organización. En un memorando preparado para los miembros de su equipo con fecha de 10 de noviembre de 1942, expuso cuáles eran sus razones: «toda inteligencia sobre el enemigo, recabada por medios secretos o de forma abierta, debe basarse en la antigua máxima según la cual "la Inteligencia es el primer motor de la Acción"… la función principal del SIS consiste en obtener información por medios secretos

que pueden admitir o fomentar la acción… La información recopilada que no se traduce en acción puede resultar interesante, puede ser útil como testimonio en un futuro, pero ocupa un segundo lugar en importancia[22]».

La vida en los cuarteles del MI6 no estaba más libre de riesgos que en el resto de oficinas del centro de Londres; el domingo 18 de junio de 1944, Cecil y Menzies estaban trabajando en el edificio de Broadway cuando cayó un V-1 y rozó con una de sus alas el edificio contiguo de Queen Anne's Mansions antes de orientarse hacia la Guards Chapel, donde explotó mientras se celebraba una misa y mató a 120 miembros de la congregación. Cecil sostuvo que, en tiempo de guerra, «C» debía ser un hombre «con un coraje de acero y una elevada integridad, que buscase cómo aprovechar el ingenio de los demás para la causa común. Menzies era el hombre adecuado, en el lugar adecuado y en el momento adecuado[23]». La defensa de Cecil merece algo de atención. Para los oficiales de la inteligencia británica resultaba exasperante que, desde 1945, los cronistas más famosos de las vivencias bélicas de su servicio fueran Hugh Trevor-Roper, Graham Greene y Malcolm Muggeridge, todos ellos personas de carácter notablemente imprevisible. De los tres, solo Trevor-Roper se destacaba como oficial de inteligencia e incluso él pareció reconocer en sus trabajos de posguerra que, para dirigir un servicio secreto, era conveniente estar dotado de una personalidad más sencilla y fácil que la suya: «Según parece, los triunfos extraordinarios no son la consecuencia de una organización extraordinaria, sino de una rutina eficiente. El director de un servicio de inteligencia no es un superespía, sino un burócrata». Bill Bentinck, del JIC, fue considerado para suceder a Menzies en una ocasión, pero nadie tenía ganas de cambiar a los jinetes estando la carrera tan avanzada, cuando los triunfos de Bletchley se celebraban en todos los consejos de los señores de la guerra aliados.

En todos los bandos en lucha, se producía un intenso debate sobre si resultaba más ventajosa la centralización del esfuerzo de la inteligencia o la dispersión. La construcción de los imperios respectivos del MI5, el MI6 y la SOE así como su rivalidad desdobló muchos departamentos innecesariamente y desperdició también los recursos. Sin embargo, también permitió que grupos dispares de hombres y mujeres, algunos de una elevadísima capacidad intelectual, persiguieran sus propias ideas y procedimientos, lo que redundó en beneficio de la causa aliada: se sembraron miles de semillas. Si bien es cierto que muchas de ellas no fructificaron, otras dieron unos brotes maravillosos, como el Servicio de Seguridad de Radio y el Departamento de Análisis de Radio entre otros. Si la recopilación de inteligencia y el sabotaje hubieran quedado fundamentalmente en manos del MI6, la debilidad de Broadway no habría hecho sino agravarse. Por otro lado, las tristemente famosas riñas entre el MI6 y la SOE perjudicaron menos al

esfuerzo bélico aliado que la glacial relación entre el ejército y la Marina estadounidenses.

La defensa más sostenible de la andadura de Broadway en la guerra puede abordarse empezando por formular esta pregunta: ¿qué servicio secreto, en cualquier otra nación, actuó mejor? Stewart Menzies era un hombre de capacidades limitadas, pero demostró ser más estable que Donovan, Canaris, Schellenberg o Fitin, sus homólogos en las otras capitales en guerra. En la columna del debe, el MI6 no creó nada comparable a la división de análisis e investigación de la OSS. Jamás estableció vínculos con los alemanes en la oposición a Hitler, en especial los del ejército, como hicieran los rusos y más tarde los estadounidenses. Pero en este caso existía una limitación: el primer ministro había impuesto unas restricciones draconianas sobre todos los contactos con Alemania que pudieran alimentar los temores patológicos de Stalin con respecto a la intención aliada de firmar una paz independiente. De resultas de ello, el Foreign Office hubo de rechazar en varios momentos algunos acercamientos de miembros anglófilos en la resistencia alemana, como sucediera con Helmuth von Moltke o Adam von Trott. Solamente en lo tocante a cuestiones tecnológicas, como los misiles de los que nos ocuparemos más adelante, puede afirmarse que la información recabada por los espías bien situados en Alemania podría haber sido más determinante. Ultra conseguía tantos datos sobre el bando enemigo, a los que no se podía acceder por otras vías, que cuesta imaginar qué podrían haber mejorado los agentes.

La joya de las fuentes

El triunfo del Servicio de Inteligencia de Señales de Estados Unidos al conseguir acceder al cifrado diplomático japonés, el denominado «Púrpura», sirvió de poco para la victoria final en la guerra, porque no se trataba de un canal militar, pero entre sus logros destaca el haber reclutado como fuente al embajador japonés en Berlín. Un caprichoso azar de aquellos tiempos quiso que los esfuerzos y sacrificios de los agentes secretos aliados no consiguiesen un humint tan interesante como la contribución involuntaria del barón Hiroshi Ōshima. Sus despachos, desencriptados en Arlington Hall y Bletchley Park, abrieron una ventana al alto mando nazi y, puntualmente, a las intenciones de Hitler[24]. Ōshima no era un hombre listo; de hecho, sus opiniones militares y políticas eran terribles. Hasta 1942, no pasó de ser un incorruptible defensor del inminente triunfo de Hitler y esperaba con impaciencia que Japón pudiera participar del botín. Desde 1939 insistía a sus compatriotas: «¡No hay que perder el tren!». De aspecto fornido y algo

achaparrado, se le había fotografiado en diversas ocasiones observando al Führer con admiración. En 1942, Goebbels escribió en su diario: «Ōshima es, sin duda, uno de los paladines más efectivos de las políticas del Eje. Llegado el momento, se debería erigir un monumento en su honor[25]». Este parecer también se dejaba sentir, por otras razones, en Washington y en Londres, porque el liderazgo nazi confiaba más en el embajador japonés que en cualquier otro extranjero, y los Aliados tenían acceso a todo lo que este sabía. El diplomático mandó a Tokio setenta y cinco despachos en 1941, un centenar en 1942, cuatrocientos en 1943, seiscientos en 1944 y trescientos en los últimos meses de la guerra, algunos muy voluminosos, que los Aliados leían siempre transcurrida una semana aproximadamente desde su transmisión.

Ōshima había nacido en 1886. Era hijo de un político que había ostentado el cargo de ministro de la Guerra en dos ocasiones, entre 1916 y 1918 en Tokio. Conocía bien Alemania por haber desempeñado allí su cometido como agregado militar en 1934 y pronto pasó a ser una figura popular en el circuito diplomático berlinés; era amante de la música y gustaba de acudir a fiestas en las que, a veces, apuraba una botella entera de kirsch sin consecuencias visibles. En 1938 fue ascendido al puesto de embajador y teniente general. Aunque en el otoño de 1939 Tokio reclamó su presencia en la ciudad, más tarde, en diciembre de 1940, recuperó su antiguo destino. Por entonces, Washington ya leía Púrpura y Gran Bretaña no tardó en contar con los medios para hacer lo propio. Desde entonces y hasta el fin de la contienda, se descifraron cerca de 2000 despachos y mensajes de Ōshima, que fueron traducidos y se distribuyeron entre Roosevelt, Marshall, Churchill y los altos cargos de la inteligencia en ambas orillas del Atlántico. Aunque por lo general sus valoraciones y predicciones no eran de gran calidad, su testimonio de las conversaciones mantenidas con miembros de la cúpula nazi parece haber sido notablemente detallado, y actuó como intermediario en importantes intercambios entre Tokio y Berlín.

Por ejemplo, el 10 de mayo de 1941, el ministro de Exteriores Yōsuke Matsuoka mandó una carta al embajador para que este se reuniera con Ribbentrop e instase al Gobierno alemán a medir sus comentarios al respecto de Estados Unidos en público: «Nuestra mutua lealtad me impone el profundo deseo de mover al presidente americano a la reflexión y revisión de sus imprudentes planes, y… he trabajado noche y día para alcanzar este fin. Impidiendo la venida del Apocalipsis y el consiguiente desmoronamiento de la civilización moderna (si es que está en la mano del hombre conseguir algo así), cumpliré con mi doble responsabilidad para con Dios y el hombre[26]». El 24 de mayo, Ōshima dio cuenta de una conversación mantenida con Ciano, el ministro de Exteriores de Mussolini, en la que este afirmaba: «¿No le parece a usted prácticamente inevitable que estalle una guerra entre

Alemania y la Unión Soviética?»[27].

El 4 de junio de 1941, Ōshima informó a Tokio, y por tanto a Washington y Londres, sobre las opiniones de Hitler y Ribbentrop: «con toda probabilidad, no se puede evitar una guerra con Rusia». A los pocos días, declaró que, a su juicio, Alemania conseguiría una victoria demasiado rápida como para que los estadounidenses y los británicos llegasen a tiempo para ofrecer auxilio a Stalin; el desencriptado de este mensaje fue el que convenció definitivamente al Comité de Inteligencia Conjunta en Londres de que Hitler estaba completamente decidido a iniciar aquella guerra. A finales de julio, Ōshima comunicó a Tokio su convencimiento de que Estados Unidos entraría en la guerra pronto; solo dudaba de en qué medida los estadounidenses podrían prestar una ayuda significativa a los británicos. Tokio, sin embargo, no le indicó que se había radicalizado en su voluntad de ser el primero en lanzar un ataque. A lo largo de 1941, los Aliados no supieron a ciencia cierta cuáles eran las intenciones japonesas con respecto a la Unión Soviética, igual que Berlín. El Gobierno de Tokio manifestó su voluntad de unirse a los alemanes en la arremetida contra los rusos, pero no quiso especificar las fechas. Ōshima mandaba a su país frecuentes despachos sobre la evolución de la «operación Barbarroja», lo que reforzaba las sospechas británicas y estadounidenses de que los rusos estaban contra las cuerdas. Cuando el 25 de agosto Ōshima informó de que se calculaba que el número de bajas contabilizadas en el Ejército Rojo ascendía a los cinco o seis millones de efectivos —y no es una exageración descabellada—, ¿cómo no iban a quedar sobrecogidos los gobiernos occidentales? A finales del mes de noviembre, sin embargo, Tokio informaba al barón de que se recibiría con agrado un acuerdo de paz entre Hitler y Stalin.

A partir de 1942, Ōshima advirtió de que estaban llegando a Japón navíos para burlar el bloqueo y, más tarde, submarinos. La combinación de los interceptados de su embajada en Berlín y las señales de la Kriegsmarine atrapadas por Bletchley y la Op-20-G permitió a los Aliados frustrar los intentos japoneses de burlar el bloqueo aliado y exportar sus mercancías a Europa o entrar en la isla los trofeos tecnológicos. Una vez se hubo acabado con los navíos antibloqueo y el Eje se vio limitado a las comunicaciones submarinas, mandó cincuenta y seis submarinos mercantes, de los cuales veintinueve acabaron en el fondo del mar, tres abandonaron la misión y uno fue apresado. De los veintitrés que lograron llegar a su destino, solo cinco consiguieron regresar a casa intactos y sobrevivir a la devastación propiciada por el sigint.

Un despacho fechado el 17 de marzo del embajador instaba a Churchill para que este lanzase una invasión preventiva del territorio francés en Madagascar porque, según el diplomático, Japón recibiría pleno apoyo de los

alemanes si trataba de hacerse con la isla. El 27 de julio, Tokio comunicó al barón que todos sus esfuerzos habían sido en vano: los japoneses no atacarían a la Unión Soviética; el 5 de agosto, Franklin Roosevelt reenviaba estas nuevas a Stalin en un mensaje personal. El dictador soviético podría haberlas recibido con escepticismo, puesto que hacía tan solo seis semanas el mismo presidente le había advertido de lo contrario.

El día 21 de septiembre de 1942, Ōshima informó de un descenso considerable en las reservas de petróleo alemanas, que solo podía remediarse con la toma del Cáucaso —que por entonces se consideraba inminente—, «tras lo cual la situación no será tan desesperanzadora como ahora parece». El embajador pidió con insistencia a Ribbentrop que la Wehrmacht usase gas venenoso para asegurarse de llevar a cabo con éxito la invasión de Inglaterra, que los japoneses continuaban considerando como objetivo prioritario mucho después de que Hitler la hubiera desestimado. El 23 de septiembre, Ōshima suplicó de nuevo a Tokio para que Japón lanzase un ataque contra Rusia: «Unamos nuestras fuerzas con las de Alemania y participemos de la matanza».

El día 28 de noviembre, el ministro de Exteriores japonés escribió a Ōshima descartando aquellas previsiones tan optimistas y poniendo de relieve la debilidad alemana, sobre todo en lo tocante al petróleo, además de su derrota en la toma de Stalingrado: «Usted afirma que Alemania ha debilitado a Rusia. De acuerdo, pero ¿y si hubiera sido Rusia la que ha debilitado a Alemania?… creo que cometería un grave error si supusiera que es imposible que los soviéticos devuelvan el golpe, y que esto suceda a no mucho tardar. Creo que debería esperar un poco antes de decidir que las fuerzas soviéticas son tan débiles… Sea cual fuere su opinión, Alemania no puede entrar fácilmente en Oriente Próximo o en Oriente Medio. Lo que nosotros deseamos ahora es que Alemania esté preparada para soportar una contienda prolongada». Ōshima transmitió que Hitler y Ribbentrop estaban firmemente decididos a no firmar una paz independiente con Rusia, aunque en Washington y Londres no se disiparon las dudas con respecto al posible cambio de parecer entre los nazis si la situación estratégica se les volvía en contra. En diciembre de 1942, Ribbentrop le confesó que Berlín estaba profundamente alarmado ante la situación en el norte de África tras los desembarcos aliados de la «operación Antorcha».

Lentos pero seguros, los analistas de la inteligencia anglo-estadounidense, que al principio observaban con reserva la fiabilidad de las comunicaciones de Ōshima, supieron apreciar la enorme confianza que los líderes nazis habían depositado en él. Jamás en la historia un país en guerra había contado con la posibilidad de escuchar las conversaciones de quienes tomaban las decisiones en el bando contrario como entonces. El 15 de diciembre de 1942,

el embajador informó de que reconocía que «la guerra contra Rusia no estaba evolucionando según lo previsto». Tras dos horas con Hitler, el 21 de enero de 1943, Ōshima citó sus palabras: «No deseo que piense que flaqueo en mi convicción de que obtendremos la victoria, pero… está claro que si ustedes, los japoneses, nos echan una mano y nos ayudan a terminar desde el Este con el asombroso potencial ruso, contaríamos con una gran ventaja para librarnos de este asunto». El 2 de febrero, el diplomático informó con una franqueza admirable de que la derrota sufrida por el ejército alemán en Stalingrado era «el mayor desastre infligido a sus tropas desde que Napoleón aplastase a los prusianos en Jena [en 1806]». En una época en que los soviéticos no estaban transmitiendo a Londres y Washington prácticamente ningún dato creíble con respecto a la evolución de la guerra, esta inteligencia relativa a las transformaciones del Frente Oriental se demostraba fidedigna.

Ōshima proseguía: «Desde que Alemania ha entrado en combate contra Rusia, Hitler y sus generales discuten constantemente acerca del modo de dirigir la guerra y ha llegado el momento de que [él] se detenga y piense… Los militares sostienen que no pretenden discutir con Hitler, pero que lo primero es ganar la guerra. [Aquel] lo comprende bien y, con toda probabilidad, cederá por voluntad propia. Se rumorea que unos cuantos generales que habían caído en desgracia pronto ingresarán de nuevo en el Estado Mayor y que el mariscal de campo Keitel abandonará [su puesto como jefe del alto mando]; pese a todo, hasta la fecha, estas cuestiones no se han determinado aún».

En mayo de 1943, otro general japonés, Kiyotomi Okamoto, participó en una nutrida delegación que viajó en tren por territorio soviético, antes de que su país entrase en la guerra. Los visitantes tomaron nota de todo lo que veían desde el tren, contaron los vagones de carga, los tanques de petróleo, los aviones en los campos de aterrizaje, con intención de elaborar un grueso dossier que presentaron orgullosos ante Hitler y que más tarde se leyó también en Tokio, Arlington Hall y Bletchley. Todos estos lectores podrían haber puesto en duda el valor de aquellos datos tan valiosos como «el 2.º de campo (a unos 4 kilómetros al norte de la estación de Alma Ata). Un avión de pasajeros Douglas y 40 asientos aproximadamente, aviones ligeros de una clase desconocida, una estación de radio y tres barracones de dos plantas. Un avión que despegaba, aterrizaba y volvía a despegar». Redactaron páginas llenas de materiales similares, característicos de la palabrería de la inteligencia en todos los países.

Para ser justos con los japoneses, sin embargo, sus cálculos globales con respecto a la capacidad de combate de la Unión Soviética, compilados en Tokio, eran al tiempo honestos y parecían razonables, ya que los habían preparado para que los leyera un público formado, en parte, por nazis: «El

régimen estalinista, si bien cuenta con una dirección capaz y una movilización meticulosa, ha invertido todos los recursos del estado en el combate contra Alemania. El ejército y el pueblo respaldan con firmeza a Stalin y la conciencia de la guerra va ganando terreno». El ministro de Exteriores, ahora Mamoru Shigemitsu, escribió a Ōshima el mismo día —el 28 de abril de 1943— respondiendo que el Gobierno en Tokio temía que «Alemania pueda perder toda la confianza que tiene en sí misma y que, entre tanto, América e Inglaterra dispongan de las condiciones necesarias para fortalecer su potencial de ataque y acaben lanzando una gran ofensiva». Se instó a Ōshima para que ejerciera su notable influencia y transmitiera a los nazis las valoraciones estratégicas japonesas, para que alentase a Alemania a buscar una paz independiente con los soviéticos.

Pasaron tres meses hasta que el embajador volvió a tener una reunión personal con Hitler, pero el 30 de julio, tras el desastre de Kursk, los japoneses solicitaron la paz con urgencia. El Führer descartó esta fantasía y respondió: «¡Acaso no saben que si lo hago [los soviéticos], sin el menor asomo de duda, alargarán la mano para unirla a la de los estadounidenses y entre ambos los exprimirán a ustedes, los japoneses, hasta la muerte!». Hitler lamentó la caída de Italia y comentó: «¡Qué aliado! Con que ustedes, los japoneses, hubieran ocupado la posición [geográfica] de los italianos, por descontado que habríamos ganado esta batalla». Tras el siguiente encuentro, en la Guarida del Lobo, el 9 de octubre de 1943, Ōshima informó a Tokio de que Hitler le había dicho que «se decantaba por pensar» que los Aliados desembarcarían en los Balcanes en lugar de desplazarse al norte en Italia. En cuanto a Rusia, dijo Hitler, «resistimos… pero, dependiendo de si las fuerzas soviéticas reanudan o no la ofensiva, podríamos retroceder hasta la línea que habíamos preparado en el Dniéper. En el norte, llegado lo peor de lo peor, podemos retirarnos a una segunda línea defensiva que hemos dispuesto a lo largo del estrecho corredor junto al lago Peipus… Creo que la mejor política es atacar a las fuerzas americanas y británicas en cuanto se presente la oportunidad, y luego avanzar contra los soviéticos».

En noviembre de 1943, Ōshima transmitió por radio un informe de dieciséis páginas a Tokio, en el que describía el viaje que acababa de realizar por el Muro atlántico y daba detalles del emplazamiento de dieciséis divisiones defensivas alemanas en la costa. Hizo hincapié en la capacidad de aquellas fortificaciones provisionales para defenderse por su cuenta y dejó claro que los alemanes esperaban el desembarco aliado en el paso de Calais. Un descifrador de códigos estadounidense contó la excitación de que fue presa cuando trabajaba en la lectura de unos despachos japoneses y comprendió su trascendencia: «En unas pocas horas se hizo evidente la magnitud de lo que tenía en las manos… Me sentía demasiado agitado para

conciliar el sueño».

Ōshima sugirió a Ribbentrop que los británicos y los estadounidenses podrían realizar una incursión preliminar en Normandía o en la Bretaña. El 23 de enero de 1944, Hitler comunicó a sus camaradas japoneses: «no cabe la menor duda de que la zona más adecuada [para el desembarco principal] será [el paso de Calais]». Los informes del embajador fechados en febrero, abril y principios de mayo relativos a las perspectivas de una invasión no contemplaban Normandía, y era obvio que la confusión de Ōshima no era sino el reflejo de la que imperaba en el alto mando del Eje. El 19 de mayo comunicó a Tokio que se podría producir un desembarco aliado en Dalmacia, Noruega o en la Francia meridional. Al día siguiente, insinuó que el lugar escogido podría ser Suecia, «aunque Jodl [el jefe de operaciones del OKW] me dijo que no comparte mi parecer».

Merece asimismo nuestra atención una segunda fuente aliada, también en la embajada japonesa. Empezó a funcionar en marzo de 1944, cuando la Op-20-G, con la ayuda del equipo de Hugh Alexander en Bletchley, descifró el cifrado naval «Coral». El vicealmirante Katsuo Abe, jefe de la delegación de la Marina en Alemania, fue un observador bastante más listo y, sin duda, mucho más precavido que su embajador; en muestra de agradecimiento, la Op-20-G lo bautizó como «Abe el Honrado». De sus manos salieron también numerosos informes hacia Tokio, especialmente reveladores en cuanto a los submarinos de la clase XXI y XXIII, ambos muy veloces incluso bajo el agua, y pertrechados con los dispositivos Snorkel. Abe transmitió detalladas especificaciones técnicas de los submarinos e informó con regularidad de los calendarios de producción, sobre todo después de haberse reunido con Dönitz y sus constructores en abril y agosto de 1944. En aquel momento de la guerra, Abe —a diferencia de Ōshima— ya no albergaba la menor duda de que Alemania sería derrotada, y el 21 de agosto aseveró: «Lamento decir que es duro ver lo que los alemanes pueden hacer para salvar la brecha entre su potencia militar y material y la de sus contrincantes[28]». Informó sobre el grave impacto que habían tenido los bombardeos sobre las plantas de producción petrolífera alemanas, una crisis de la que Albert Speer advirtió también a Ōshima el 18 de agosto[29]. Ahora los comandantes aliados aguardaban con tanta impaciencia como el propio embajador las reuniones que este mantenía con los líderes nazis, tan provechosas como si las protagonizasen ellos mismos. George Marshall reconoció más adelante que el enviado japonés se había convertido «en nuestra base principal de información al respecto de las intenciones de Hitler en Europa[30]». El 27 de mayo, Ōshima dio cuenta de lo hablado en su última sesión con el Führer en el Berghof: «Teniendo en cuenta los augurios, algo funestos, creo que se llevarán a cabo maniobras de distracción contra Noruega, Dinamarca, la parte

sur de la Francia occidental y las costas francesas del Mediterráneo: en distintos lugares. A continuación, cuando se hayan dispuesto las cabezas de puente en las penínsulas normanda y bretona y se [hayan] valorado las perspectivas, avanzarán constituyendo un Segundo Frente general en la zona del paso de Calais».

Eisenhower leyó este mensaje el día 30 de mayo. El alto mando aliado interpretó estos datos como la confirmación más fidedigna que podían esperar de la confusión que reinaba entre los alemanes, agravada por las maniobras de distracción aliadas. Y el inestimable torrente de indagaciones continuó fluyendo cumplido el Día D. El 8 de junio, Ōshima informó de que los alemanes comentaban que, sobre la invasión de Normandía, no sabían a ciencia cierta si los Aliados «intentarán un desembarco posterior en la zona de Calais-Dunkerque». Al día siguiente, añadió que aquellos «estaban en guardia en previsión de las incursiones en Saint Malo y Calais». El 6 de julio transmitió a Tokio: «Alemania sigue esperando que el grupo [de ejércitos] de Patton lleve a cabo una segunda operación de asalto en la zona del Canal»: transcurrido un mes desde el Día D, la «operación Fortaleza» continuaba dando sus frutos.

El 20 de julio, siete horas después de que explotase la bomba en el cuartel general de Hitler, Ōshima fue uno de los primeros en confirmar que el Führer había sobrevivido. El día 23, tras una extensa charla con Ribbentrop, comunicó a Tokio: «El atentado contra la vida de Hitler es el suceso más grave ocurrido en Alemania desde que estalló la guerra». Siempre se ha sabido que en el Estado Mayor prusiano había opositores al nazismo, sostenía, pero mientras la guerra discurría adecuadamente, permanecieron callados. Sin embargo, «en los últimos tiempos, la contienda ha decaído hasta el punto de dar pie a semejantes sucesos como el que acaba de producirse. A juzgar por la información… disponible por el momento, el grupo de rebeldes no es muy grande… No obstante, en mi opinión es casi inevitable que esto tenga unas desagradables consecuencias, tanto a nivel nacional como en el extranjero… Aunque Alemania ha sufrido graves reveses dentro y fuera, sus líderes tienen un fuerte espíritu combativo y continuarán haciendo cuanto esté en su mano para terminar esta guerra con una victoria incontestable».

En la primavera de 1945, Ōshima mandó detallados informes acerca de las condiciones de vida en Berlín, porque en el terreno estratégico no tenía nada útil que contar. En marzo, Ribbentrop informó al barón de los resultados de la conferencia de Yalta y lo puso al corriente de los pormenores que se derivaban del descifrado en el OKW/Chi de un mensaje emitido por el Gobierno polaco en el exilio. Ōshima mantuvo una última conversación telefónica con el ministro de Exteriores nazi antes de abandonar la capital e iniciar su viaje hacia el sur de Alemania el 14 de abril; comunicó a Tokio que

«estaba prevista la transferencia del alto mando y el Gobierno al sur tras haber seguido durante algún tiempo más la evolución de los sucesos». Aunque el cuartel general de Eisenhower había desestimado las advertencias previas de Ōshima con respecto a «Niebla Otoñal» —la ofensiva del mes de diciembre en las Ardenas— se dejaron convencer enseguida por su historia acerca de la fortaleza nazi en el sur, que desvió la estrategia anglo-estadounidense en los últimos días de la guerra.

Ōshima brindó a los Aliados la perspectiva interna más importante con respecto a las posturas en el círculo de Hitler. Por más que sus informes contuviesen algunos errores —porque los líderes nazis le contaban falsedades, que ellos mismos se creían a veces, sobre todo acerca de sus posibilidades militares—, suministraron cuanto se podía pedir a cualquier informador: lo que entonces un espectador privilegiado tenía por la verdad. Washington y Londres le sacaron más provecho del que hubieran obtenido de cualquier renegado nazi o japonés y aquel estaba mejor situado que cualquier agente de la Orquesta Roja o de la red de «Lucy». Fue un espía sin conciencia de ello, fue un traidor involuntario.

Las líneas de producción

Peter Calvocoressi, uno de los descifradores de Bletchley y posteriormente cronista, escribió que desde finales de 1942, si se hubiera peinado el mundo para identificar a los mejor documentados sobre —por ejemplo— las cuestiones operativas y de organización de la Luftwaffe, estos no se habrían hallado en Alemania, sino en Gran Bretaña y en Estados Unidos[31]. Lo mismo sucedía con el Abwehr y, en realidad, con todas las ramas de las fuerzas armadas y las instituciones del enemigo; pero en modo alguno con la economía alemana. La inteligencia de señales resultó tan necesaria para el esfuerzo bélico aliado que, a partir de 1944, los estadounidenses se mostraron reticentes a bombardear los centros de comunicación japoneses porque consideraron que sus emisiones resultaban más útiles para las operaciones militares aliadas que para las de los nipones. Entre 1942 y 1945, Estados Unidos invirtió más de medio billón de dólares al año en el sigint y este desembolso se ha calificado acertadamente como el gasto más rentable del conflicto.

Después de Pearl Harbor, Henry Stimson reconoció que, aparte del reducido grupo de criptoanalistas que habían descifrado Púrpura, su aparato de inteligencia de señales eran poco sólido: solo disponía de cuatro oficiales para ocuparse del tráfico del ejército japonés, y el Cuerpo de Señales había alquilado únicamente trece tabuladoras —IBM jamás se las vendió— frente a

las cuatrocientas de 1945. El 19 de enero de 1942, Stimson nombró como asistente especial a Alfred McCormack, un abogado nacido en Brooklyn, y le dio instrucciones para que revisase el campo del sigint en general. A partir de entonces se produjo una rápida evolución. El Servicio de Inteligencia de Señales se trasladó del Arsenal en Washington a una antigua escuela femenina, Arlington Hall —«las minas de sal»—, en adelante el centro de las actividades de descifrado militar, que en poco tiempo ocupó varias docenas de edificios de ladrillo y estructura de madera y contrató a 7000 personas, entre hombres y mujeres, de condición civil en su mayoría. Una de las secciones se ocupaba del material clandestino y diplomático. La Sección B estudiaba al ejército japonés; al terminar, su archivo de tarjetas contenía las identificaciones de 46 000 oficiales enemigos. En C —también conocida como «Bunker Hill»— procesaban el material alemán que llegaba de Bletchley Park. El ejército también asumió la responsabilidad exclusiva de controlar el tráfico diplomático japonés. Pese a las numerosas protestas, no obstante, hasta junio de 1944 Arlington Hall no pudo controlar las intercepciones, que seguían siendo del dominio, celosamente guardado, del Cuerpo de Señales, cuyo brazo de interceptados así como la escuela de criptografía se instalaron en Vint Hill Farms, en Warrenton, Virginia. La necesidad de crear una red de estaciones de interceptado prácticamente de la nada supuso una seria desventaja para los criptoanalistas del ejército hasta el último período de la guerra.

Se escogió al coronel Carter Clarke para que dirigiera una nueva «Rama Especial», de alto secreto, con sede en el Pentágono, junto a McCormack en calidad de asistente, para analizar el material de Ultra que llegaba desde Arlington Hall y Bletchley Park. McCormack reconoció la grave carestía de oficiales de inteligencia bien preparados. Algunos generales, entre ellos George Marshall, tardaron mucho en corregir una flaqueza que compartían con muchos soldados profesionales de todas las nacionalidades: tenían demasiada confianza en sus propias capacidades, pero no tanta en las del enemigo, ni en sus intenciones. El coronel McCormack contrató y vistió de uniforme a centenares de abogados porque consideraba que contarían con la formación y pericia apropiadas para analizar datos complejos. En abril de 1943 visitó las instalaciones de Bletchley acompañado por el teniente coronel Telford Taylor y William Friedman, y después de aquello adoptó muchos de los procedimientos británicos para procesar el material de Ultra y garantizar su seguridad, aunque no hizo lo propio con los sueldos. Una mujer licenciada que trabajase en Bletchley empezaba cobrando dos libras semanales, mientras que su homóloga en Estados Unidos ganaba cinco veces más. La Rama Especial se expandió hasta contar con cuatrocientos empleados, y Taylor estaba al frente de su delegación más importante en la Escuela de Código; allí

tenían línea directa mediante teletipo con el Pentágono y, en los últimos tiempos, un puñado de bombas de fabricación británica. El grueso del contingente estadounidense demostró estar integrado por personas de una capacidad excepcional, que realizaron una contribución digna de elogio. Stuart Milner-Barry dijo que su aparición había sido «uno de los sucesos más afortunados para el Barracón 6»[32].

Durante la primavera de 1943 se firmó el acuerdo que se conocería como «BRUSA» y que se describió, con acierto, como el compromiso para compartir inteligencia entre las dos naciones más potente de la historia. Aunque no siempre fue respetado de forma estricta por ninguna de las dos partes, alcanzó un éxito asombroso. A mediados de agosto se instaló un scrambler en la línea telefónica entre Washington y Londres, lo que permitía que los oficiales de inteligencia de ambos países pudieran hablar directamente cuando la importancia del asunto así lo requería. Se mantuvieron numerosas conferencias en las que los agentes, británicos y estadounidenses, intercambiaron información y técnicas.

El criptoanálisis era un mundo aparte, en el que se usaba un lenguaje incomprensible para los ajenos a él, pero los profesionales británicos y estadounidenses llegaron a conocer a la perfección los procedimientos y dificultades del otro. En el mes de octubre de 1943, por ejemplo, el JIC en Londres señaló que las fuerzas estadounidenses estaban mandando señales de algunos informes meteorológicos en claro, mientras que los británicos encriptaban la información de aquella naturaleza. Se corría el riesgo de que los descifradores enemigos pudieran aprovechar las coincidencias y los estadounidenses empezaron a cifrar también toda su información meteorológica. Asimismo, un memorando fechado el 16 de febrero de 1945 y elaborado por el SLU británico en Washington para Bletchley Park ofrecía consejos prácticos como los que cruzaban el Atlántico en la última parte de la guerra: «Ref. JN-11, Ransuuban. Para recuperar las tiras de dígitos se ha demostrado más eficaz el uso directo de un aditivo; lo más recomendable es aplicar abundantes cantidades de Hatsu y otros de su grupo. La velocidad de recuperación depende de las condiciones del código después de haber identificado las tiras y haberlas completado, de la recuperación de la clave diaria a partir del tráfico recogido en todo un día mediante un vaciado[33]».

Al principio se acordó que los estadounidenses asumirían mayor cantidad de tráfico japonés, mientras que Bletchley Park conservaría su puesto como líder en el material de los alemanes y en los mensajes que llegasen de los Estados neutrales. Un oficial de la OSS que insistía en asaltar las cajas fuertes de Vichy para conseguir sus códigos fue cortésmente informado de que este proceder no era necesario; unos agradables oficiales de la inteligencia francesa ya habían ofrecido tiempo atrás aquellos códigos a los Aliados.

Londres respondió con evasivas también en 1943, cuando Arlington Hall solicitó su ayuda para controlar discretamente parte del tráfico soviético: esto suponía violar la prohibición dictada por Churchill sobre el espionaje de los Aliados. Los británicos siempre demostraron cautela, tal vez en exceso, antes de tomar un rumbo en sus acciones navales o militares que pudiera comprometer el secreto de Ultra, mientras que las fuerzas estadounidenses estaban más dispuestas a asumir el riesgo de seguridad que implicaba explotar la información relativa a los posibles blancos.

No obstante, en casi todo momento Estados Unidos hizo gala de una sutileza nada desdeñable para proteger Ultra. Cuando se descifró la señal Púrpura de los japoneses, el 28 de diciembre de 1942, en que se solicitaba a los diplomáticos españoles en Washington que retirasen en su nombre medio millón de dólares en metálico de la caja de caudales de su antigua embajada, los norteamericanos no trataron de quedarse con el dinero, pensando en la posibilidad de que la señal fuese una treta para descubrir si el tráfico de Tokio estaba siendo monitorizado. El día 18 de abril de 1943, después de que los cazas estadounidenses derribasen al avión en que viajaban el almirante Isoroku Yamamoto, el boletín oficial de Estados Unidos se limitó a informar como siempre de la destrucción de cuatro aviones japoneses al norte de las Islas Salomón. No se dejó siquiera entrever que los atacantes sabían que uno de los pasajeros era sumamente valioso, un acto de contención que se demostró clave para disipar las sospechas japonesas acerca de una posible brecha en las comunicaciones. Se permitió que Tokio anunciase el fallecimiento de Yamamoto.

En la primavera de 1944, los norteamericanos fueron aún más allá para tranquilizar a los japoneses con respecto a su seguridad. El primero de abril, dos hidroaviones de la Armada Imperial Japonesa quedaron dañados por una tormenta tropical en su viaje desde Palau a Davao. En uno de ellos viajaba el almirante Mineichi Koga, comandante en jefe de la Flota Conjunta. En el segundo iba el vicealmirante Shigeru Fukudome. Cuando el artefacto amerizó en la costa de la isla de Cebú, Fukudome avanzó a trompicones para salir del agua, sin el maletín que contenía los códigos japoneses y otros documentos estratégicos vitales, sin encriptar. Las guerrillas de Cebú alertaron a los estadounidenses, que acudieron al lugar del siniestro. Un submarino llevó a toda prisa el maletín al departamento de inteligencia del ejército australiano, donde se procedió a fotografiar todo el contenido. Acto seguido, el maletín fue devuelto al lugar del accidente para que los vecinos pudieran retornárselo a su dueño explicando que lo habían encontrado por casualidad. A la postre, Fukudome regresó a casa, fue perdonado y ascendido. La Marina japonesa jamás sospechó que sus secretos habían pasado por manos estadounidenses.

En 1945, Bletchley y Arlington debatieron acerca de la conveniencia de implicar a los bombarderos aliados en Europa en ataques contra las principales centrales telefónicas alemanas, identificados por Ultra y clasificados atendiendo a su localización e importancia[34]. Se tomó la decisión de seguir adelante, previa consulta a los responsables de seleccionar los objetivos y al Barracón 6 de Bletchley —pasando por la inteligencia del SHAEF— antes de iniciar cada uno de los asaltos. El sistema de seguridad interno de las fuerzas armadas para la protección de Ultra funcionaba asombrosamente bien: se demostró que las peores amenazas no provenían de los oficiales de la inteligencia del Eje, sino de la temeraria indiscreción de los periodistas estadounidenses.

Sería un error idealizar la conducta de los amplísimos equipos de interceptación y descifrado aliados, integrados en su mayoría por hombres y mujeres muy jóvenes que desempeñaban tareas monótonas y repetitivas. Entre 1944 y 1945, el centro de interceptación de teletipos británico en la localidad de Knockholt, en Kent, tuvo serios problemas a consecuencia del malestar de sus operarios: los seiscientos asalariados se sentían contrariados porque su sueldo era muy bajo y las condiciones de trabajo, muy duras; durante el fin de semana, la tasa de absentismo se disparaba, y los jefes no se tomaban la molestia de explicar a las jóvenes por qué importaba tanto su trabajo. Por su parte, el teniente Ed Parks, de la unidad de difusión en Arlington Hall, el 16 de octubre de 1944 garabateaba una nota bastante sensata: «En los últimos días, el trabajo ha disminuido considerablemente… En quince días hemos procesado un total de 15 739 mensajes… Pero ahora que las tareas no apremian tanto, deberíamos realizar un esfuerzo especial para continuar resolviendo los mensajes a tiempo. La semana pasada advertí cierta tendencia a abandonar el puesto temprano y a atender otros asuntos mientras había mensajes aún por mecanografiar. Creo que de ahí no se desprende una buena imagen… Considero esencial recordar que el trabajo que llevamos a cabo es vital para el devenir de la guerra… [y] digno de nuestros mayores esfuerzos[35]».

Desde finales de 1942, británicos y estadounidenses procesaban descifrados enemigos en cantidades industriales, si bien la rivalidad entre los distintos servicios no había dejado de suponer un freno para las actividades en Estados Unidos. Las ambiciosas y costosas bombas diseñadas y fabricadas para el ejército estadounidense fueron un fracaso, pero los modelos de la Marina resultaron técnicamente superiores a los británicos y se producían en una medida impensable en la isla de Churchill, que tantas estrecheces había de soportar: durante un tiempo, la NCR de Dayton, en Ohio, producía tres o cuatro al día. Las bombas de la Op-20-G, que doblaban en tamaño a las

británicas, no empezaron a funcionar debidamente hasta agosto de 1943, pero en el mes de abril del año siguiente había ochenta y siete en activo y registraban menos fallos técnicos que las de Bletchley. Dadas las circunstancias, estas empezaron a asumir una proporción creciente del grueso del tráfico de la Kriegsmarine que se leía en el Barracón 8. El personal de Bletchley Park sentía un gran respeto por la Op-20-G y sus criptoanalistas.

Hasta el 17 de septiembre de 1941, el momento en que la Escuela de Código y Cifra rompió por primera vez el tráfico de la Wehrmacht en una medida representativa, la mayor parte de la información de Ultra provenía de las claves de la Luftwaffe y de la lectura del tráfico emitido por las máquinas Hagelin-C38m de los italianos. Entre los meses de diciembre de 1941 y mayo de 1942, se transmitía una media diaria de entre treinta y cuarenta mensajes de Ultra, del Barracón 3, a los comandantes en el extranjero. En adelante, sin embargo, se produjo un vertiginoso aumento que comenzó en los ochenta diarios entre junio y octubre, luego pasó al centenar en abril de 1943 y así continuó en adelante, lo que daba una cifra de 100 000 desencriptados transmitidos durante la guerra a los cuarteles operativos que, a decir verdad, solo representaban la pequeña proporción considerada útil para los comandantes, del total de 90 000 que Bletchley procesó mensualmente entre 1944 y 1945.

El estrés, físico y mental, que esto suponía para los decodificadores no disminuía jamás. Aunque las máquinas facilitaron el trabajo, las principales armas en las batallas libradas por Bletchley, la Op-20-G y Arlington Hall, eran, en todo momento, los cerebros humanos. Leer las señales enemigas raras veces constituía una labor sencilla o rutinaria; en los dos últimos años de la guerra, Stuart Milner-Barry afirmó que era imposible aspirar a leer más de la mitad de todos los interceptados alemanes que les llegaban, aun en las circunstancias más favorables. «Los descifrados provocaban un nerviosismo constante, cada día, llegasen a la hora que llegasen, de día o de noche. Para el ajedrecista —él había representado a Inglaterra antes de la guerra— era como jugar un torneo ininterrumpido con varias partidas diarias y ninguna certidumbre de que la suerte se mantendría[36]».

Los esfuerzos por leer el tráfico más relevante de la Marina italiana, encriptado por medio de libros de códigos, se abandonaron tras numerosos fracasos; en la decisión intervino, en parte, el hecho de que los buques de guerra italianos habían dejado de representar una amenaza para las operaciones aliadas. Buena parte de quienes participaban en las actividades de descifrado tenían que recurrir cada cierto tiempo a las bajas por enfermedad para darse un respiro. En julio de 1943, John Tiltman, de Bletchley, y William Friedman, de Arlington Hall, intercambiaron algunas cartas en las que, además de abordar algunas dificultades profesionales

relativas al tráfico japonés, reconocían el estrés que suponía aquel trabajo[37]. En ambas orillas del Atlántico, siempre hubo menos personal cualificado del que se habría necesitado. Friedman decía que el comandante Joseph Wenger, por entonces jefe de la Op-20-G, no se había presentado en una reunión concertada con él porque «estaba en el hospital de la Marina. Sospecho que tendrá que descansar unas semanas. De hecho, me preguntaba cuánto tiempo sería capaz de aguantar bajo aquella presión… desde hace meses he visto cómo iba decayendo». Jamás debemos imaginar que la distancia con respecto al peligro físico proporcionó a los desencriptadores un pasaporte hacia una guerra «cómoda» o fácil.

En cuanto al impacto que este ingente esfuerzo tuvo en el campo de batalla, hasta el verano de 1942, los comandantes en jefe del 8.º Ejército británico y sus Estados Mayores en el norte de África continuaron mostrando una actitud escéptica, desdeñosa incluso, hacia la inteligencia. En su defensa podían alegar que los servicios recibidos eran notablemente irregulares; Bletchley, por ejemplo, advirtió de que Rommel lanzaría un asalto en mayo, pero no dio ninguna pista sobre el lugar. Tanto el Parque como los oficiales más señalados en el Oriente Medio tardaron mucho en percibir la magnitud de los problemas logísticos del Afrika Korps. El nombramiento del general sir Bernard Montgomery como comandante en jefe en el mes de junio coincidió con un incremento considerable en el flujo de Ultra. Una señal de la Luftwaffe, por ejemplo, afirmaba que los bombardeos diurnos del Eje en Malta cesarían. El jefe de la inteligencia aérea en la zona, el capitán de grupo Harry Humphreys, supo comprender de inmediato que esto significaba que los alemanes transferirían sus cazas Messerschmitt Bf109 de las unidades de escolta al norte de África y que, de este modo, podrían liberar a los Spitfires de sus cometidos en la defensa de Malta y asegurarse la supremacía aérea en Egipto y Libia[38]. Las incursiones en el tráfico italiano permitieron que la Armada británica y la RAF acabasen con las líneas de abastecimiento del Mediterráneo, al hundir cuarenta y siete barcos que sumaban un total de 169 000 toneladas, entre los meses de julio y octubre, al mismo tiempo que los mensajes alemanes advertían a los británicos de la inminente arremetida del Eje contra Alam Halfa, en el mes de agosto[39]. Esta fue una de las penetraciones más importantes de la inteligencia en la guerra, y permitió que Montgomery lograse su primera victoria.

Antes de que los británicos lanzasen su propia ofensiva en El Alamein el 23 de octubre de 1942, el día 7, el general Georg Stumme, el segundo de Rommel, anunció a sus oficiales que el eje principal del próximo ataque británico se situaría entre Ruweisat y Himeimat, «la parte septentrional de nuestro sector sur», según se confirmó el 20 de octubre, junto con un avance por la carretera de la costa. En esta previsión tuvieron gran peso las

elaboradas maniobras de engaño británicas en la zona sur, y en adelante los oficiales de Montgomery se felicitarían por la astucia de su plan, en el que utilizaron conductos y tanques falsos; sin embargo, debemos señalar también que los alemanes consiguieron desviar a la 21.ª División de Acorazados hacia el norte tan solo tres días después, antes de que los británicos hubieran lanzado el asalto. Los faroles solo resultaban útiles hasta que el atacante mostraba las cartas.

Tras la victoria de Montgomery, sus detractores —entre los que destacaba Ralph Bennett, del Barracón 3 de Bletchley— alegaron que la lentitud del proceder británico era inexcusable cuando los desencriptados indicaban en tiempo real casi todos los movimientos de retirada alemanes. Bennett escribió a propósito de la «feroz indignación y consternación que se vivió en el Barracón debido al tardío avance de Montgomery desde El Alamein hasta Trípoli, inexplicable a la luz del torrente de inteligencia de Ultra que demostraba que, en su retirada, Rommel se había debilitado demasiado como para resistir a una presión intensa… El retraso [de Montgomery] parecía poner en duda todo el sentido de nuestro trabajo[40]». La situación mejoró a partir del inicio de 1943: el comandante del 8.º Ejército y su Estado Mayor confiaba plenamente en Ultra y aprovechó la información con mayor competencia en el campo de batalla.

En los meses posteriores a noviembre de 1942, tras la llegada de los estadounidenses al norte de África, estos cometieron los mismos errores en que habían incurrido los británicos uno o dos años antes. Uno de los oficiales de la inteligencia de Rommel rindió tributo al valor de las monitorizaciones de voz alemanas sobre las frecuencias del ejército estadounidense: «aún actuaban de un modo despreocupado y poco cuidadoso con respecto a sus señales[41]». En cuanto a Ultra, un joven oficial de la inteligencia británica que había visitado el cuartel general de los Aliados en Argel lamentaba que el Estado Mayor de Eisenhower «no supiera qué debería estar haciendo ni hubiera aprendido mucho de los errores que no debería estar cometiendo[42]». La aportación de Bletchley fue irregular en la primera parte de la campaña de Túnez, pero otros oficiales con más experiencia y mayor conocimiento de la situación en Argel podrían haber anticipado la embestida de Rommel en febrero de 1943 contra el paso de Kasserine. La destitución del general de brigada Eric Mockler-Ferryman, el jefe de la inteligencia británica de Eisenhower, fue debidamente sancionado por su error. En adelante, los Aliados dispusieron de abundantes datos sobre los efectivos y los despliegues de los alemanes en el norte de África, en Sicilia y en Italia.

En 1942, las condiciones mejoraron ligeramente en Bletchley Park cuando se sustituyeron algunos barracones de madera por cuatro bloques de acero y

hormigón, denominados «A, B, C y D», respectivamente. Se instaló un sistema de tubos neumáticos usado en los grandes almacenes de Londres para pasar los mensajes de una sección a otra en lugar de transportarlos con la antigua carretilla; esta innovación fue obra de Hugh Alexander, que en su vida anterior había sido el jefe de investigación de la cadena de almacenes John Lewis. Alexander reemplazó a Turing como jefe del Barracón 8, no porque este fuese víctima de una persecución o un golpe, sino porque era demasiado desorganizado para desempeñar adecuadamente las tareas administrativas. Se llegó a reconocer que sería mejor permitir que este asombroso intelecto campase a sus anchas.

Ralph Bennett había pintado un vívido retrato de la rutina diaria en el Barracón 3, que conservó el nombre aun después de su traslado a un edificio de ladrillos[43]. Los que trabajaban allí debían traducir y dar coherencia a las señales descifradas, o semidescifradas, para lo que contaban con las aportaciones cada día más numerosas de los oficiales de la Rama Especial estadounidense que ahora estaban adscritos a distintas secciones en Bletchley. Los decodificadores no sabían prácticamente nada de las operaciones aliadas —el contexto de las campañas— y, por tanto, veían la guerra a través de un prisma particularmente estrecho: el del enemigo. «Conocíamos mucho mejor a la mayoría de divisiones alemanas y a algunos de sus generales —escribió Bennett— que a los de nuestro bando… la 90.ª División Ligera [de Rommel] estuvo tan presente en nuestro día a día mientras duró la campaña de África que llegamos a sentir incluso la tentación de alegrarnos cuando conseguía una victoria[44]» Llamaba la atención también sobre una importante limitación al respecto de la utilidad práctica de Ultra: «Ningún mensaje tenía más autoridad que la del oficial que lo mandaba ni mayor fiabilidad para determinar las intenciones de sus superiores que el volumen de conocimiento al que estos le permitían acceder[45]».. Una vez tras otra —como cuando los desencriptados movieron a los Aliados a esperar el desalojo de los alemanes en la zona sur de Italia, en el mes de septiembre de 1943, y Kesselring en cambio optó por mantener la posición y combatir—, el acceso regular al tráfico enemigo generaba interpretaciones inexactas de las intenciones de Hitler, casi siempre porque este cambiaba de parecer.

En la segunda mitad de la guerra, sin embargo, los Aliados lograron planificar la mayor parte de sus operaciones con una notable seguridad en que el enemigo no escondía ninguna sorpresa desagradable en la manga. Más de trescientos barcos aliados pasaron por el Estrecho de Gibraltar en las treinta y tres horas previas a los desembarcos de la «operación Antorcha», conscientes de que no era probable que hubieran de hacer frente a ninguna incursión aérea por parte del enemigo. Los asaltos en Anzio, en enero de 1944, se emprendieron con la convicción de que Kesselring no tenía la menor

idea acerca de ellos y Ultra también advirtió de su formidable contraataque en el mes de febrero contra la cabeza de playa, lo que sirvió para que el general del ejército estadounidense Mark Clark se convenciera al fin de que Ultra era una fuente de inteligencia fiable. Antes de la invasión de Anvil en agosto de 1944, en el sur de Francia, los Aliados supieron que Hitler estaba decidido a evacuar la región de todos modos, lo cual movió al general sir Harold Alexander, al mando de las tropas en Italia, a defender con insistencia que resultaría más sensato dejar que la fuerza invasora combatiese con su propio ejército. Cuando los norteamericanos hubieron llegado a la costa de la Francia meridional, pudieron presionar a los alemanes en su retirada con un brío fuera de lo común, porque sabían que no había motivo para temer un contraataque. Bletchley estaba descifrando una proporción sustanciosa del tráfico emitido en casi cincuenta claves de Enigma distintas, entre la Wehrmacht y la Luftwaffe, y mandaba sus frutos a cuarenta cuarteles aliados emplazados en todos los rincones donde los alemanes libraban alguna batalla.

Pero Ultra nunca lo supo todo. Una falsa ilusión moderna, muy extendida, sostiene que la Escuela de Código y Cifra, mediante las bombas de Turing y las de la Marina estadounidense, permitió que los Aliados accedieran a las comunicaciones enemigas durante la guerra y que Alemania transmitía todos sus mensajes relevantes a través de Enigma. No es cierto, en modo alguno. El tráfico de la Enigma de la Wehrmacht nunca dejó de plantear problemas y, hasta el último estadio de la contienda, Bletchley hubo de sufrir retrasos y reveses en sus desencriptados. En septiembre de 1944, el Barracón 6 resolvió solo el 15% de los mensajes del ejército; en octubre, el 18%; en noviembre, el 24%. Por el contrario, en el mes de septiembre se leía el 64% de los mensajes interceptados a la Luftwaffe y en los meses de octubre y de noviembre se llegó al 77%. Muchos mensajes de todo tipo se desencriptaban demasiado despacio como para que el resultado pudiera influir en los movimientos del campo de batalla.

Por otra parte, ya en 1941 el alto mando alemán empezó a transmitir una proporción creciente de su tráfico más sensible mediante los diversos modelos de teletipo. El más utilizado era el Schlüsselzusatz SZ40/42 de Lorenz, o «Tunny» en la jerga de los de Bletchley, junto con el Geheimschreiber T-52 de Siemens & Halske, también llamado «Sturgeon». Estos sistemas trabajaban conectados a una línea —a diferencia de las operaciones de Enigma, que se realizaban de forma autónoma— y empleaban el denominado cifrado Vernam, un lenguaje distinto al Morse. Cuando en agosto de 1941 los interceptores británicos registraron aquel incomprensible repiqueteo en las ondas, un equipo de Bletchley dirigido por el coronel John Tiltman empezó a investigar su significado. Consiguieron romper un único

mensaje emitido desde Atenas con destino Viena en el que un considerado oficial de señales alemán repetía un texto corrupto, pero esto no los situó más cerca de poder leer todo el tráfico. Tiltman, un soldado condecorado de la Primera Guerra Mundial, era veterano en el campo de la criptografía y había demostrado que no todos los genios del Park eran cerebros civiles. Era un coronel poco corriente: cuando llegó un nuevo recluta a su sección y dio un golpe de tacones antes de ofrecer el saludo de rigor, el oficial le indicó el estilo de la futura asociación con un lamentoso comentario: «Pero bueno, muchacho ¿tienes que llevar esas malditas botas?»[46]. En adelante, el joven usó zapatillas de lona.

Paso a paso, con una dolorosa lentitud, los desencriptadores de Bletchley avanzaban a tientas buscando la solución a un acertijo aún más complejo que el de Enigma, en parte porque no disponían de una reproducción de la máquina de transmisiones. En los primeros meses de 1942, la sección de investigación del Park realizó un verdadero esfuerzo intelectual para recrear sobre el papel un posible modelo de la Lorenz SZ40/42. El mayor mérito le correspondió a Bill Tutte, un estudiante de química que luego se pasó al campo de las matemáticas, y que merece tanto reconocimiento como Turing y Welchman. Había nacido en 1917 y era hijo de un jardinero y una cocinera en unas caballerizas de Newmarket. Consiguió una beca para estudiar en la Cambridge and County Day School y de allí pasó al Trinity College. En octubre de 1941 se lo escogió para estudiar el tráfico «Tunny» de la Lorenz y pasó los meses siguientes enfrascado en el extraordinario reto intelectual de deducir qué tipo de máquina debían de estar empleando los alemanes para generar el ruido que se registraba en los interceptados. Tutte determinó que el teletipo debía contar con dos juegos de cinco rotores y que uno de ellos «giraría» de forma irregular, con 501 pernos ajustables y otras dos ruedas motoras que producirían, conjuntamente, un número de combinaciones posibles muy superior al de Enigma. Esta proeza, un triunfo del esfuerzo intelectual sin la ayuda de la tecnología, movió a sus superiores a respaldar su posterior solicitud para una beca de investigación en el Trinity, a partir de sus actividades en Bletchley, aunque de esto nada se dijo al College. Nigel de Grey aclamó su contribución como «uno de los éxitos más sobresalientes de la guerra», y así fue[47].

Determinar el tipo de máquina fue un comienzo importante, pero no representaba más que un pequeño paso en el camino hacia la lectura del tráfico. Edward Travis, el jefe de BP, señaló que el rendimiento del teletipo guardaba «tanto parecido con el resto de máquinas de cifrado como un maorí con un esquimal[48]». En mayo de 1942, Tiltman reconoció que «el Geheimschreiber [el teletipo de Siemens] nos da muchos dolores de cabeza». Un joven matemático de Oxford, Michael Crum, preparó un modelo de la

T-52 y sus descubrimientos llevaron a los decodificadores a concluir que el reto era demasiado grande para seguir intentándolo. Prefirieron concentrar todos los esfuerzos y recursos en la Lorenz, y hacerlo con rapidez. Cuanto más utilizaban los alemanes su sistema de teletipo en rápida expansión denominado «WANDA-Netz» en el continente para su comunicaciones del más alto secreto, menos recurrían a Enigma para encriptarlos. Sorprende el gran entusiasmo que Berlín manifestó por el teletipo, dada su probada vulnerabilidad; en 1940, el desencriptador sueco Arne Beurling, que repiqueteaba los mensajes al enlace en Estocolmo que mantenía en contacto a Berlín con sus efectivos en Noruega, ya descifró mensajes de la T-52 con un método que jamás se ha desvelado. La empresa sueca Ericsson fabricó una máquina que bautizó como «la App», que ayudaría a Beurling en sus actividades, y este leyó buena parte de su tráfico hasta mayo de 1943, cuando los alemanes, advertidos por los fineses de lo que estaba sucediendo, introdujeron nuevas claves y medidas de seguridad. Pero Berlín no puso en duda la integridad del sistema en su conjunto y los británicos no sabían nada de las actividades de Beurling.

Entre los meses de julio y octubre de 1942, mediante unos esfuerzos en los que la asistencia mecánica no intervino prácticamente, un grupo que trabajaba en la nueva sección del comandante Ralph Tester leyó parte del tráfico de la SZ40 aplicando un método matemático que en Bletchley se conocía por el nombre «Turingery», en reconocimiento a su inventor[49]. En aquel equipo participó Donald Michie, de 18 años por entonces, que más tarde enseñaría el código Baudor —por medio del cual se transmitían los mensajes encriptados con el cifrado Vernam— al futuro hombre de estado Roy Jenkins; a Peter Hilton, un matemático de Oxford de veintiún años; y a Peter Berenson, que más tarde sería el fundador de Amnistía Internacional. Los procedimientos alemanes, cada vez más disciplinados, generaban un flujo de cifrados irregular: a las distintas claves se les adjudicaron nombres de peces y de criaturas marinas: «brama», «salmón», «pulpo», etc.; más tarde se descubrió que «medusa» incluía algunos de los mensajes más relevantes del alto mando alemán.

Hasta mediados de 1943, el cerebro humano fue la herramienta principal con que contaron los descifradores de códigos de teletipo. En junio, el Parque rompió 114 señales de la Lorenz de los 575 que el alto mando alemán en Italia había mandado a Berlín. En agosto, Bletchley informó: «la calidad de la inteligencia que proviene de “Fish” es de primer orden[50]». Aunque jamás se logró romper el tráfico de Lorenz en la misma medida que el de Enigma, tuvo una importancia excepcional, porque afectaba a las comunicaciones de contenido más reservado del enemigo. Por otra parte, las dificultades y los retrasos de Bletchley en el desciframiento de los mensajes del ejército alemán

trasmitidos mediante Enigma no llegaron a resolverse jamás por entero y Tunny representaba una ruta alternativa de un valor incalculable para acceder al tráfico militar.

Los avances transformadores en el campo del descifrado llegaron, como no podía ser de otro modo, de la mano de las máquinas. Estas eran aún más innovadoras que las bombas de Turing y las crearon otras cabezas y otras manos. Max Newman había nacido en 1897. Su padre era un alemán llamado Neumann y, como el de Sajonia-Coburgo, su hijo se cambió el nombre durante la Primera Guerra Mundial, en la que sirvió como pagador del ejército británico durante un tiempo. En el período de entreguerras, Newman se forjó una excelente reputación como matemático en Cambridge, donde había acudido para conocer al profesor Turing. El profesor Pat Blackett hizo que Bletchley se fijase en él al describirlo como un estupendo músico y ajedrecista. En principio, Newman no deseaba entrar a formar parte de la plantilla del Park, porque temía que el trabajo no le resultase interesante. Cuando a finales de 1942 aceptó un puesto, lo hizo a regañadientes y con la condición de poder marcharse transcurrido un año si no se sentía cómodo. Pocos hombres, por señalados que fueran, se atrevían a poner tales requisitos en plena guerra mundial; y menos todavía conseguían que se los admitiesen.

Los primeros meses de Newman en Bletchley resultaron tan frustrantes que realmente daba la impresión de que quería abandonar; no era un buen decodificador. Sin embargo, consiguió un gran avance estudiando el análisis de Tutte sobre los trabajos relativos al teletipo, y defendió la posibilidad, y la necesidad, de construir una máquina para verificar las $1{,}6 \times 1019$ posibles posiciones iniciales de los rotores. Alan Turing, recién llegado de un largo viaje por Estados Unidos, estaba ahora inmerso en sus investigaciones de los circuitos eléctricos, con Charles Wynn-Williams, especialista en esta materia que había sido transferido a Bletchley por sus investigaciones sobre el radar en Malvern. Turing apremió a Newman para que debatiera su proyecto con Tommy Flowers, un ingeniero superior del departamento de investigación del Post Office de Dollis Hill en el noroeste de Londres, que había desempeñado un modesto papel en la creación de las bombas.

Newman era un organizador de talento con una notable capacidad intelectual y diplomática. Un estadounidense que trabajó en Bletchley, el sargento George Vergine, lo describía como «un tipo maravilloso», siempre abierto a las nuevas ideas: «Solíamos reunirnos a tomar el té y debatíamos problemas matemáticos, desarrollos, técnicas… se escribía una cuestión en la pizarra y todos los analistas, Newman incluido, acudirían con el té en la mano y charlarían, a ver qué podría resultar de utilidad para romper los códigos[51]». Asumió la dirección de un nuevo departamento en Bletchley encargado de identificar ayudas electrónicas y mecánicas más avanzadas

para el descifrado. Puede atribuirse el mérito de haber reconocido la viabilidad de fabricar una máquina que ayudase a romper los mensajes de «Fish» y de haber conseguido la aprobación y los recursos para construir la primera versión, relativamente rudimentaria, de un artefacto de aquellas características. Esta, denominada «la Robinson», se inspiraba en el diseño de Wynn-Williams y se construyó en Dollis Hill bajo la supervisión del ingeniero Francis Morell. La colaboración de Newman y Wynn-Williams —a la que se sumaron otros, tan inteligentes como el matemático Jack Good por ejemplo, que habían trabajado con Turing en las bombas— dio como fruto una serie de maravillas de la tecnología que aventajaban a cualquier otro sistema de apoyo que se hubiera creado en ambas orillas del Atlántico durante la guerra. La primera Robinson llegó a Bletchley en junio de 1943, seguida de otra docena a finales de año y aún más en los meses siguientes. La Robinson funcionaba como una bomba ultrarrápida, lanzándose sobre el producto de los teletipos alemanes mediante el análisis fotoeléctrico de las cintas perforadas a la velocidad, entonces asombrosa, de un millar de caracteres por segundo. De este modo, el Parque pudo leer algunos mensajes de Lorenz durante el otoño de 1943 y, a lo largo de la primavera siguiente, varios centenares. Sus limitaciones eran de índole mecánica: la dificultad de sincronizar dos cintas que debían funcionar simultáneamente, impedir las roturas y resolver los reiterados fallos de las válvulas.

Tommy Flowers se impacientaba con la Robinson y sus debilidades. Este ingeniero soñaba con una visión mucho más ambiciosa, totalmente eléctrica. Era hijo de un constructor del East End londinense, nacido en 1905; consiguió una beca para estudiar en una universidad técnica donde demostró un talento precoz para la mecánica y la ciencia. Tras ingresar en el Post Office, pasó una década trabajando en la evolución de los sistemas telefónicos automatizados. Durante buena parte de la guerra, aunque ostentaba el título de jefe del departamento de conmutación telefónica, representó un papel crucial en la fabricación de la tecnología de Bletchley. Si bien es cierto que trabó una estrecha relación laboral con Turing, que solía visitarlo en Dollis Hill, el formidable e influyente Gordon Welchman la tomó con el ingeniero, que sin duda no era un «caballero», como se decía entonces. Welchman lo trató con desdén, como a un simple artesano con ideas acerca de su estación. Pese a todo, se considera que Flowers realizó una brillante contribución en la realización y mejora de los conceptos de Newman y Wynn-Williams al crear la nueva maravilla denominada «Coloso», que podríamos calificar como la primera computadora del mundo.

Sirva de ejemplo para valorar las dificultades de Bletchley con los teletipos alemanes el hecho de que, al tiempo que en 1943 se doblaba el volumen de mensajes de «Fish» procedentes del alto mando enemigo, el de

descifrados cayó de los 330 en enero a los 244 en diciembre, aunque estos fueron de gran valor para los oficiales de la inteligencia aliada. Flowers intuyó que se podía mejorar la fiabilidad si se sustituían las válvulas gaseosas por otras duras y no se apagaban jamás. Inició la fabricación del primer Coloso sin las directrices expresas de los mandamases en Bletchley, que insistían en concentrar los esfuerzos en la producción de Robinson, para la que solamente se necesitaban cien válvulas, mientras que Coloso requería 1500, y la versión superior de 1945, 2500. Max Newman siempre prestó apoyo a Flowers, pero otros no tanto. El ingeniero, obsesionado con su campo como muchos de los que trabajaban en Bletchley, tuvo que recurrir a sus propios ahorros para comprar algunas piezas. En diez meses, Dollis Hill, con quince de sus ingenieros y cuarenta técnicos construyeron, en una fábrica del Post Office en Birmingham, una enorme máquina que procesaba los datos a una velocidad cinco veces superior a la Robinson. La primera prueba se realizó el 25 de noviembre de 1943 y empezó a funcionar debidamente en Bletchley en enero de 1944. Al concluir la guerra, Flowers recibió una gratificación de 1000 libras esterlinas, además de ser nombrado miembro de la Excelentísima Orden del Imperio Británico, un reconocimiento vergonzosamente condescendiente para el progenitor de Coloso. La mayoría de los empleados en Bletchley afirman que él fue el cerebro práctico que desempeñó un papel fundamental en la materialización de las ideas de Turing, Newman y Wynn-Williams y que los empujó hasta un nivel de sofisticación más elevado. La tecnología de descifrados más avanzada en tiempos de guerra se diseñaba en Bletchley, aunque cuando los estadounidenses empezaron a fabricar sus propias variantes, estos solían mejorar los originales, como en el caso de las bombas de la Marina. Las Autoscritcher de Arlington Hall realizaban también algunas funciones de Coloso, pero se usaban para el tráfico de Enigma, y cada una de ellas costaba lo mismo que un caza.

Un empleado anónimo de Bletchley describió su fascinación al contemplar a Coloso en marcha, una máquina de una complejidad y energía jamás vista por las generaciones anteriores: «la impensable velocidad de la cinta de papel alrededor de las relucientes poleas; el traqueteo constante, las vueltas, la impresión de los encabezamientos y otros artilugios; la magia de la decodificación puramente mecánica letra por letra (una de las recién llegadas creyó que le tomaban el pelo); el curioso movimiento de la máquina de escribir al imprimir el resultado sin ayuda humana… los períodos de ansiosa expectación que terminaban con la aparición repentina de la tan anhelada solución, el frenético traqueteo de uno de los motores e incluso el absurdo frenesí de los montones de resultados falsos[52]».

En 1945, seiscientas personas trabajaban las veinticuatro horas del día en la estación de interceptados de Knockholt para captar el tráfico de los

teletipos alemanes. Bletchley Park creció de los 3800 empleados de 1943 a los 5600 de 1944, que luego ascendieron hasta los 9000 en 1945. Aunque Enigma continuaba siendo, con mucho, la fuente de inteligencia más productiva por el volumen que generaba, los descifrados del teletipo aglutinaban los mensajes más importantes. Solo en el departamento de Newman trabajaban 26 criptoanalistas, 28 ingenieros y 273 Wrens para manejar diez Colosos, tres máquinas Robinson y decenas de aparatos más sencillos. Dollis Hill estaba fabricando Colosos a razón de uno al mes. En mayo de 1944 se registró un total de 476 descifrados de teletipos Tunny, 339 en el mes de julio, 404 en el de agoto y luego un caudal en los últimos meses de la guerra que sumaba un total de 13 500 desencriptados Tunny de las 168 000 transmisiones alemanas interceptadas desde noviembre de 1942. El historiador especializado en criptografía Ralph Erskine ha descrito la penetración del tráfico del teletipo como «la mayor proeza del desciframiento de códigos de toda la guerra… descubrir los parámetros de los rotores de Tunny y sus ajustes exigía un conocimiento exhaustivo del criptoanálisis, de las técnicas estadísticas más avanzadas y de parte del equipamiento electrónico más complejo de la guerra[53]».

Aunque es razonable quedar maravillado antes los triunfos de Bletchley, resulta esencial además reconocer sus limitaciones, aun en los últimos dieciocho meses de la contienda. En febrero de 1944, solo se había descifrado el 17% del tráfico del ejército alemán. Alrededor de la mitad de las potentes bombas de la Marina estadounidense en Mount-Vernon se ocupaban del tráfico de la Kriegsmarine del Barracón 6, porque los recursos de Bletchley no podían soportar el estrés y, en ocasiones, se necesitaba ayuda de los del otro lado del Atlántico para procesar el material alemán de la infantería de la Luftwaffe. Una parte significativa del tráfico de Enigma se leía en diez o doce horas, pero los mensajes «Fish» solían demorarse una semana. Cada Robinson podía procesar una media de una señal por día, mientras que Coloso tenía capacidad para quince. El Tunny de Lorenz era una mina de oro en términos cualitativos, ya que generaba un torrente de inteligencia relativa a las ideas del alto mando alemán, cruciales para los preparativos del Día D.

Los receptores en los cuarteles militares aliados denominaban a todos estos materiales como «Ultra», sin distinciones. Solo los que trabajaban en el Parque eran conscientes de las infinitas variaciones y matices de las operaciones criptográficas. Incluso en el tráfico de Enigma, jamás se dispuso de suficientes bombas para intentar romper todos los mensajes enemigos, lo que obligaba a escoger cada día dónde invertir los recursos. Durante el último año de la guerra, los oficiales de la inteligencia estadounidense y británica mostraron cada día menos interés por desencriptar el material de la Luftwaffe, porque las actividades del enemigo tenían poca influencia en sus

decisiones operativas. En el mar, Ultra tuvo un papel crítico al asegurar el dominio de los Aliados tanto en el Pacífico como en Occidente y, en 1944, esta etapa había concluido. Bletchley volvió a perder buena parte del tráfico de los submarinos en noviembre de aquel año, cuando los alemanes introdujeron los cifrados de «un solo barco»: un encriptado exclusivo para cada mensaje y cada receptor. Por otra parte, quedaron por resolver numerosas claves Enigma de la Kriegsmarine Enigma, como «Pike».

Pero en 1944 y 1945, la posición aliada era suficientemente sólida y las fuerzas de Dönitz se habían debilitado notablemente, razón por la cual este hecho no resultaba tan importante. Además, la Op-20-G de la Marina estadounidense había asumido la dirección del procesado de interceptaciones de submarinos, ya que disponía de más recursos. En tierra, la contribución de Ultra afectó más a las cuestiones estratégicas que a las tácticas, porque en muchas ocasiones no se conseguía que el material llegase a manos de los comandantes en el campo de batalla a tiempo. Ralph Bennett, del Barracón 3, escribió a propósito de «las claves del ejército, con frecuencia recalcitrantes[54]». Y lo que es aún más importante, por más que el conocimiento de las fuerzas del enemigo y sus despliegues generaba una gran confianza entre los comandantes, se demostró que no era un billete a la victoria. Desde finales del verano de 1943, por ejemplo, Ultra informó exhaustivamente a los Aliados de las opiniones e intenciones de Kesselring, al mando de unas fuerzas de Hitler bastante inferiores en Italia. Pero no dijo nada que permitiera a las tropas británicas o norteamericanas derrotar al ejército de Kesselring hasta las últimas semanas de la guerra.

Máquinas infernales

La inteligencia relativa a los sistemas armamentísticos del enemigo solía tener más valor práctico para el esfuerzo bélico aliado que penetrar en los pensamientos de Hitler. Los cinco años de batalla en el aire entre los Aliados y la Luftwaffe —el reto de superar las defensas electrónicas de Alemania, invisibles, al tiempo que a sus cazas— no terminó hasta 1945 y propició algunos momentos de esfuerzo casi tan dramáticos como el episodio del asalto de Bruneval. Un médico belga de treinta años llamado André Mathe, de Service Marc, fue uno de los colaboradores de la Resistencia que asumió un riesgo extraordinario para explorar las estaciones de orientación nocturna para los cazas alemanes. En el verano de 1942, emitió un mensaje intranquilizador a Londres solicitando más refuerzos y una definición más clara de lo que deseaban averiguar los británicos[55]. Mathe —cuya identidad real desconocía el MI6— insinuó que el rigor con que los alemanes

custodiaban algunas de sus instalaciones en la zona era indicativo de su relevancia. Los centinelas ya lo habían expulsado a él y a algunos de sus camaradas mientras estos realizaban tareas de reconocimiento, «por suerte con más fervor que exactitud… En lo tocante a nuestra labor, sería útil saber hasta qué punto están ustedes interesados. Llevamos tanto tiempo trabajando en la oscuridad que cualquier reacción de Londres con respecto a nuestros cometidos será bien recibida por estos oscuros trabajadores, que somos nosotros. Deseamos que esto no les represente un incordio puesto que, pase lo que pase, pueden confiar en que estamos totalmente entregados y dispuestos a sacrificar nuestras vidas». Uno de los miembros de la red de Mathe, un joyero local llamado Willi Badart, elaboró un minucioso esbozo de una mesa de trazados de bombarderos, tras sobornar a un guardia belga de las SS para que le permitiera entrar en la torre de control de los cazas mientras los oficiales de la Luftwaffe estaban descansando; el material resultó muy útil para Reg Jones y sus colegas en el Ministerio del Aire. Mathe demostró que el mensaje donde ponía de relieve los riesgos asumidos por aquellos hombres a favor de la causa aliada no contenía ninguna vaciedad extravagante: él mismo fue arrestado el 31 de marzo de 1943 y ejecutado un año después.

La inteligencia de aquel tipo solo podían recabarla hombres y mujeres que pudieran examinar físicamente el equipamiento alemán oportuno. Otra información debía conseguirse a partir de poner a prueba las defensas del enemigo en el aire, lo que implicaba un peligro mortal. Una de las misiones de vuelo más heroicas de toda la guerra tuvo lugar la noche del 2 al 3 de diciembre de 1943. Los británicos descubrieron que el radar aéreo Lichtenstein, de los alemanes, era esencial para guiar a sus cazas nocturnos. Durante un tiempo, se realizaron todo tipo de esfuerzos para provocar un encuentro con un caza nocturno, como en el caso en que se mandó un avión Ferret en solitario para que vagase por el espacio aéreo francés, belga y holandés —cerca de casa, para los de la RAF—, pero el enemigo lo ignoró. Se hizo evidente que los datos solo se podrían obtener si se preparaba una misión de investigación que penetrase el espacio aéreo del enemigo. En consecuencia, se tomó la decisión de mandar un Wellington bimotor de la 1473 Wireless Investigation Flight del Comando de Bombarderos para que se uniese a la «bandada» en un asalto nocturno sobre Alemania.

Se escogió a Ted Paulton para que pilotase el avión, antes trabajador del sector automovilístico en Ontario, que partió con el propósito casi suicida de atraer a un caza, para que el especialista en electrónica Harold Jordan —el único inglés en la tripulación canadiense— pudiera monitorizar la frecuencia del radar de 490 megaciclos y registrar lo sucedido, siempre y cuando viviera para contarlo. A las 4.30 de la madrugada, al oeste de Maguncia, se

detectaron emisiones Lichtenstein. En los diez minutos que siguieron, unos minutos cargados de una tensión aplastante y de un gran temor, Jordan empezó a monitorizar las señales que se hacían más fuertes a medida que el caza alemán se iba aproximando y estaba cada vez más cerca. El sargento de vuelo Bigoray, el operador de radio, transmitió un breve mensaje codificado preparado por el experto en radares para informar de lo que estaba sucediendo. En aquel momento, cuando las señales del radar alemán inundaron sus auriculares, el inglés gritó por el intercomunicador que estaban a punto de ser atacados. Casi al instante, una ráfaga de proyectiles de 20 mm azotó al bombardero, que Paulton lanzó en picado mientras el artillero de cola identificaba al Ju-88 a sus espaldas. Jordan, aunque había sido alcanzado en el hombro, garabateó otro mensaje para Inglaterra mientras el artillero disparaba sin descanso contra el alemán hasta que una nueva descarga lo hirió e inutilizó la torreta. Los ataques se fueron sucediendo uno tras otro y la metralla dañó a Jordan en el ojo y la mandíbula.

Entonces, de pronto, estaban solos. El caza había desaparecido; cuatro miembros de la tripulación estaban heridos de gravedad, el avión tenía graves daños y el fuselaje había quedado acribillado. En la cabina de mando, Paulton pasó las siguientes tres horas y media pilotando con extrema cautela el aparato que los llevaría de vuelta a casa. El regulador del motor de babor había volado, mientras que el de estribor se había encallado y funcionaba a la máxima potencia; uno de los alerones y la mayor parte de instrumentos estaban arruinados; los sistemas hidráulicos habían quedado inservibles. Lo único que le permitía continuar en el aire era la estructura geodésica, formada a partir de una trama de bandas de aluminio que se apoyaban unas en las otras, una creación de Barnes Wallis. Jordan y Bigoray llegaron a desesperarse, porque tras semejante sufrimiento y después de haber transmitido insistentes señales con los detalles de las emisiones electrónicas del caza alemán, no obtuvieron respuesta de la base hasta las 4.55 de la madrugada, y para entonces el receptor del Wellington había dejado de funcionar definitivamente.

A las 6.45 de la mañana, sobrevolaban la costa francesa a la altura de Dunkerque y, media hora más tarde, aterrizaban en aguas de Inglaterra. Paulton decidió que el avión estaba demasiado dañado para arriesgarse a tomar tierra y prefirió embarrancar en el mar. Las piernas de Bigoray sangraban a consecuencia de las heridas provocadas por los múltiples fragmentos de metralla y no podría huir de un avión que se hundía, de modo que prefirió abrocharse el paracaídas y dejarse caer por la escotilla trasera. Cuando estuvieron sobre Ramsgate, el piloto le dio la señal para que saltase. El operador cayó limpiamente llevando consigo una copia del informe de Jordan. Entonces Paulton hizo que el Wellington tomase contacto con el mar a

doscientos metros de Deal. El aparato abrió un surco en las aguas, empezó a inundarse y la tripulación se precipitó hacia el exterior por las escotillas. Los hombres contemplaron, consternados, el bote hecho trizas y hubieron de permanecer aferrados a los restos de la nave hasta que llegó la patrulla de rescate. Este fue un caso atípico en el que la heroicidad y la entrega al deber fueron reconocidos adecuadamente: Jordan, que perdió un ojo, fue condecorado con la Orden al Servicio Distinguido, Paulton con la Cruz de Vuelo Distinguido y Bigoray con la Medalla de Vuelo Distinguido. La misión del Wellington proporcionó a la inteligencia científica de la RAF una pieza más de los millares que componían el rompecabezas de la información relativa a las defensas aéreas alemanas, una pieza que consiguieron unos aviadores dispuestos a enfrentarse al destino como pocos agentes secretos se habrían atrevido a hacer[56].

Pero los resultados de otras campañas de inteligencia no eran tan rotundos, aunque abordasen cuestiones de la mayor relevancia. El 15 de mayo de 1942, el teniente de vuelo Donald Steventon, uno de los pilotos de reconocimiento de la RAF más experimentados, iba en ruta para fotografiar el puerto alemán de Swinemünde en el Báltico, cuando avistó una actividad de construcción inusual en tierra, en el aeródromo alemán de la isla de Usedom[57]. Ladeó el Mosquito bimotor y realizó una pasada rápida sobre Peenemünde, que por entonces aún no era un nombre especialmente importante para los Aliados. Cuando las imágenes de Steventon se sometieron al escrutinio de las lupas del centro de interpretación fotográfica de la RAF en Medmenham, no lograron desentrañar el misterio de los tres grandes muros circulares: las fotografías de Peenemünde se archivaron. Faltaban aún once meses —hasta finales de abril de 1943— y otras tres salidas de reconocimiento para que el comité denominado «Bodyline» y nombrado por Churchill para estudiar lo que se sospechaba era un programa alemán para el desarrollo de cohetes, concluyera que Peenemünde era el núcleo central del endemoniado proyecto que los nazis estaban fomentando, fuese este cual fuese.

La historia de las armas-V sigue siendo uno de los campos de estudio más fascinantes de la inteligencia en época de guerra. El ingenio científico de los alemanes se ganó un bien merecido respeto por parte de los británicos. Cuando salió a la luz —y se dejó oír en la retórica pública nazi— que Berlín estaba desarrollando armas de largo alcance con las que responder a la ofensiva de los bombardeos aliados, Londres emprendió una colosal tarea para identificar la naturaleza de la amenaza. En 1943, las tornas en la guerra habían cambiado definitivamente a favor de los Aliados, infinitamente más potentes, sobre todo en el aire. Bletchley Park estaba leyendo una considerable proporción del tráfico de secretos del enemigo. No obstante,

pese a estas ventajas, hasta que los alemanes comenzaron a disparar los V-1 y los V-2 contra Gran Bretaña, la maquinaria de la inteligencia de Churchill continuó sumida en el desconcierto y la incertidumbre con respecto a la naturaleza exacta del programa de «armamento vengador» de Hitler. Esta historia puede valer a modo de convincente rectificación para quienes suponen que Ultra desveló todos los secretos del enemigo: hubo uno, muy importante, que desafió toda penetración.

La Wehrmacht llevaba años experimentando con cohetes y la Luftwaffe con aviones no tripulados. El informe Oslo de 1939 para el MI6 mencionaba la importancia de Peenemünde como centro de pruebas. Sin embargo, hasta julio de 1943 —cuando Hitler se sentía ya exasperado por la incapacidad de la Luftwaffe para represaliar los ataques de la RAF y la USAAF contra Alemania— no se decidió invertir abundantes recursos en la fabricación de las nuevas armas, por entonces aún en fase experimental, que pudieran conseguir lo que sus aviones tripulados no lograban: sembrar el caos en Gran Bretaña. En aquel período, los británicos ya llevaban meses debatiendo acerca de la importancia de los indicios que les llegaban al respecto del programa de cohetes alemán. R. V. Jones leyó el resumen de la conversación entre varios científicos alemanes que el ingeniero químico danés «Elgar» —informador habitual de Broadway, a quien hemos mencionado ya antes— pudo escuchar en un restaurante de Berlín. El 22 de marzo de 1943, los escuchas en el campo de prisioneros célebres en Trent Park oyeron discutir a dos generales del Afrika Korps, Cruwell y Von Thoma, acerca de las perspectivas del programa de cohetes. Una semana más tarde, Broadway recibía un mensaje del grupo de la resistencia en Luxemburgo en el que se ofrecían retazos y fragmentos de información recogida por su gente en los campos de trabajo de Peenemünde. Los jóvenes oficiales transmitieron estos datos vía Berna, en ausencia del jefe de su estación, «Fanny» van den Heuvel. Cuando este regresó a su despacho, reprendió a su equipo por malgastar los cifrados con tonterías de aquel calibre; al poco recibió una señal desde Londres en la que se anunciaba que la información era asombrosamente valiosa y que los instaban a emprender los mayores esfuerzos para conseguir más datos como aquellos. El día 12 de abril, los segundos en el Estado Mayor británico elaboraron un resumen con la información fundamental para el primer ministro, que decidió tomar la amenaza en serio. Este nombró a su yerno Duncan Sandys, ministro interino, para que dirigiese la investigación en curso. Su informe inicial, fechado el 17 de mayo, dictaminaba que «las escasas pruebas de que disponemos sugieren que [el programa de cohetes alemán] podría estar muy avanzado[58]».

Casi todo el mundo detestaba a Sandys —Alan Brooke prometió que dimitiría si, como muchos temían aunque no llegó a suceder en los años de guerra— el ambicioso advenedizo era nombrado secretario de Guerra. La

designación de Sandys implicó la transferencia del control de la investigación Bodyline, hasta entonces en manos de los analistas profesionales de la inteligencia, a un político, y no sucedió por accidente: desde el primer momento, Downing Street consideró que el armamento V era un asunto de naturaleza indudablemente política. A estas alturas de la guerra, no existía el ingenio nazi capaz de alterar el resultado final de la contienda, por lo que la amenaza militar de las «armas secretas» hubo de tener sus limitaciones, sin olvidar que la investigación atómica alemana no parecía haber conseguido progresos destacables. Sin embargo, existía una alarmante posibilidad de que una forma revolucionaria del ataque convencional pudiera perjudicar la «operación Overlord» —la inminente invasión del continente— y sembrar una miseria y devastación entre el desgastado pueblo británico que amargase la dulce victoria. Un cálculo preparado por el Ministerio de Seguridad Nacional y elaborado por el laborista Herbert Morrison insinuaba que por cada cohete que explotase en Londres, podrían morir seiscientas personas y otras 1200 sufrirían heridas de gravedad, y que los alemanes podían lanzar un proyectil de este tipo cada hora. Estos inquietantes vaticinios mantuvieron a Whitehall en estado de alarma durante muchos meses a lo largo de 1943 y 1944.

El error que persiguió a las actividades de la inteligencia británica durante más de un año fue que el grupo de Bodyline supuso que los alemanes trabajan solo en un arma secreta, cuando en realidad estaba probando varias tecnologías, entre ellas un cañón gigante. Un grupo de la inteligencia polaca con sede en París informó en el mes de abril del diseño de una «bomba con alas» que se estaba desarrollando en Peenemünde. En agosto, un oficial de la Marina danesa ofreció algunos detalles de un V-1 caído que él pudo inspeccionar y, en apariencia, no disponía de motor; esta información propició que Londres especulase con la posibilidad de una nueva variante de las bombas guiadas por radio fabricadas por los alemanes, con la intención de reducir el número de aparatos tripulados de la Luftwaffe. Se produjeron algunas violentas discusiones entre los intérpretes de las fotografías de Medmenham y R. V. Jones, que pese a su brillantez, no gozaba del aprecio de todo el mundo. Solía realizar juicios temerarios, inspirados pero también controvertidos, y los emitiría con una crudeza que le habría valido el respeto de Hugh Trevor-Roper. Hoy día, en un mundo en que los misiles balísticos llevan setenta años instalados en la conciencia de la humanidad, un niño sería capaz de comprender a través de las imágenes aéreas de Peenemünde lo que allí sucedía. Pero en 1943, los intérpretes con sus lentes los definieron como meros «objetos» o «columnas verticales». ¿Cómo podríamos culparlos por ello?

Una vez tras otra en aquel verano y a lo largo de los meses que se

siguieron, el grupo de Bodyline —que el 15 de noviembre había cambiado su antiguo nombre por el de «Crossbow»— se atascó en sus análisis porque las informaciones que habían recibido relativas a las características de los artefactos vistos en Peenemünde y otros lugares en Polonia y Francia eran irreconciliables entre sí. El 29 de junio de 1943, el MI6 anunció que los alemanes estaban construyendo un cañón de grandes dimensiones con un radio de alcance de 370 kilómetros. Se especulaba también con la posibilidad de que un cohete pudiera lanzar una cabeza de diez toneladas, lo que supondría un golpe devastador. Los británicos quedaban desconcertados al oír que aquellos misiles podían funcionar con combustible líquido, puesto que sus propios científicos ponían en duda la viabilidad de esta tecnología. Londres solicitó a los norteamericanos y a los rusos que contribuyesen con toda la información que llegase a sus manos, pero no consiguieron nada. Washington adujo que no tenía nada que ofrecer. El Centro de Moscú podría haber compartido algunas claves proporcionadas por la red de «Lucy», pero no manifestó gran interés en colaborar con el insignificante esfuerzo bélico estadounidense, a juicio de Stalin. Allen Dulles transmitió varios informes de la OSS en 1943 sobre Peenemünde y el programa de armas secretas de los alemanes, que al menos representaban una confirmación independiente de las especulaciones británicas, pero el extenso dossier de R. V. Jones no menciona ni al jefe de la estación de Berna ni a la OSS, y es posible que los cables estadounidenses jamás llegasen a los británicos.

A finales del verano de 1943, el único punto en que coincidían todos los grupos implicados en Londres era que Peenemünde era un centro alemán de actividades extraordinariamente peligrosas. En consecuencia, la noche del 17 de agosto, 596 aparatos Lancaster, Halifax y Stirling del Comando de Bombarderos de la RAF asolaron el complejo aéreo, las fábricas y los talleres. Tratándose de un blanco costero, la isla fue localizada sin dificultades. El asalto se desarrolló con éxito, salvo por el hecho de que los cazas nocturnos alemanes consiguieron derribar a cuarenta bombarderos, el 6,7% de los que participaron en la misión, que operaban en un radio muy alejado de sus aeropuertos. En tierra, buena parte de las instalaciones quedaron inservibles y murieron 180 científicos e ingenieros alemanes, que deben sumarse a los más de 500 trabajadores forzosos, polacos en su mayoría. Werner von Braun, el científico al mando del programa V-2, tenía previsto iniciar los ataques contra Gran Bretaña en noviembre de 1943. Probablemente, esta fecha no se habría llegado a cumplir, pero el asalto del Comando de Bombarderos la retrasó varios meses.

El 27 de agosto, un nuevo informe firmado por Duncan Sandys reconocía al fin que los alemanes estaban desarrollando dos tipos de armas distintas, pero el debate acerca del peso de los explosivos y de si estos podrían ser

lanzados no se había atenuado. El doctor Jones se contaba entre los que señalaban que cualquier pronóstico razonable indicaría que los alemanes solo podían generar una fracción de la devastación que la RAF y la USAAF estaban sembrando a diario en Alemania. Pese a todo, había algo profundamente siniestro en la idea de que los nazis, mediante unas máquinas infernales, pudieran masacrar a decenas de miles de súbditos británicos sin arriesgar las vidas de sus pilotos y tripulaciones; un asalto de aquellas características parecía malvado e injusto en un momento en que el resultado de la guerra estaba ya decidido.

Los bombarderos estadounidenses participaron en dos ataques contra los búnkeres de las nuevas armas secretas identificados en Watten, en Francia. De resultas de ello, los alemanes abandonaron la planta, aunque algunas informaciones de la Resistencia indicaban que en otros emplazamientos al norte del país se estaban desarrollando actividades aparentemente vinculadas a esta. Michel Hollard, uno de los informadores franceses del MI6, viajante de comercio que trataba con los motores de gasógeno que por entonces usaba la mayoría de coches en Francia, recabó abundantes datos acerca de las plantas V-1 mediante su red Agir. Hollard inspeccionó uno de estos complejos en persona, disfrazado de trabajador; durante la guerra, cruzó la frontera suiza noventa y ocho veces para entregar su material al MI6 hasta que fue traicionado y apresado, aunque logró sobrevivir[59].

El asalto sobre Peenemünde también movió a los nazis a esconder sus fábricas de producción armamentística a lugares bajo tierra prácticamente invulnerables a un ataque aéreo aliado. Algunos informes de la inteligencia relativos a este proyecto, elaborados por subagentes en territorio enemigo que habían puesto en riesgo sus propias vidas, no conseguían superar todos los obstáculos del tortuoso periplo a Londres: en diciembre de 1943, un exoficial del Deuxième Bureau francés consiguió detalles de los diseños de los cohetes V-2 que se fabricaban en las instalaciones de Raxwerke, cerca de Wiener-Neustadt. Mandó un mensaje vía Madrid, pero este jamás llegó a manos de los investigadores británicos, para quienes habría resultado de un valor incalculable en aquel momento[60].

Mapa de la planta de armas V alemana en Peenemünde, dibujado a mano por un agente en la zona y recibido en el SIS en junio de 1943.

El 7 de octubre, el desencriptado de Ultra de uno de los informes del barón Ōshima para Tokio, enviado la semana anterior, daba cuenta de las previsiones alemanas para iniciar los lanzamientos de sus armas de largo alcance, precisas en un radio de hasta 400 kilómetros, ya a mediados de diciembre. No obstante, aunque buena parte de lo que el alto mando alemán había contado a Ōshima era cierto, también se añadieron algunos detalles más imaginativos con la única intención de infundir confianza a Tokio al respecto de la batalla. Los del grupo de Sandys continuaban sin saber hasta qué punto las amenazas proferidas por los nazis contra el mundo entero y las promesas hechas a sus aliados eran tan solo propaganda. El Comité de Inteligencia Conjunta en Londres se mantenía en su escepticismo, como también lord Cherwell, el influyente asesor científico de Churchill. A lo largo de las semanas siguientes, Ultra solo captó dos señales militares destacables,

concernientes a las defensas del fuego antiaéreo en distintas plantas de armas secretas. Prácticamente todas las comunicaciones sobre cuestiones técnicas de las armas V se llevaban a cabo por escrito, en papel, o mediante una conexión telefónica de línea fija y, en consecuencia, resultaban impenetrables para los de Bletchley Park.

Durante el invierno de 1943, en Londres, el debate sobre las armas V se tornó virulento y agitado a causa de la ausencia de certidumbres. El 24 de octubre, Duncan Sandys insinuó que los alemanes podrían empezar a lanzar sus cohetes contra Gran Bretaña pronto y que tal vez para Navidad ya se habría alcanzado el total de 10 000 toneladas de explosivos. Era una afirmación absurda que Reg Jones y los de su círculo jamás creyeron, pero aun así alarmó al primer ministro. Bletchley Park recibió órdenes de mantener una vigilancia especial sobre las señales de la 14.ª y la 15.ª Compañías del Regimiento Experimental de Señales de la Luftwaffe, implicadas en el programa de vuelos no tripulados. A finales del mes de noviembre, nuevos descifrados sugirieron que lo que en Gran Bretaña acabaría denominándose «doodlebug» («zumbadora») podía alcanzar una velocidad de vuelo de entre 200 y 300 millas por hora en un trayecto de 120 millas.

El 4 de diciembre, el comité Crossbow acordó que las decenas de misteriosas «estaciones de esquí» construidas por los alemanes en el paso de Calais y otros lugares de la Francia septentrional —la red Agir de Hollard había identificado un centenar— estaban diseñadas para lanzar los aparatos de vuelo no tripulados. Se llegó a la conclusión de que estas estaciones, así denominadas por su similitud con las rampas de salto de esquí, deberían considerarse blancos prioritarios para los bombarderos de la RAF y la USAAF, aunque luego se demostraron resistentes a los ataques aéreos. Se emprendieron también estudios urgentes para ofrecer una respuesta defensiva al V-1, basada en el uso de los cazas, los globos de barrera y los cañones antiaéreos. En marzo de 1944, otro fragmento de Ultra indicó que los alemanes habían mejorado la precisión del arma. Dos meses más tarde, el agregado naval británico en Estocolmo pudo examinar los restos de dos misiles V-1 que se habían estrellado en Suecia. Aproximadamente en el mismo momento, un especialista en guerra química de la Wehrmacht apresado por los británicos en Italia reveló a sus interrogadores que había participado en un curso de cohetes en Peenemünde y dio detalles —algunos rigurosos, otros descabellados— de lo que había aprendido allí sobre el V-2. También durante el mes de mayo de 1944, Bletchley rompió un confuso cifrado que la Wehrmacht utilizaba para las comunicaciones entre Peenemünde y las instalaciones donde se realizaban las pruebas del V-2 en la localidad de Blizna, en Polonia. El Parque recibió instrucciones de priorizar

sin reservas la monitorización de las transmisiones en esta clave, aunque para ello hubieran de tomar prestadas bombas y personal de otras secciones.

El 13 de junio de 1944, transcurrida una semana desde el Día D, empezaron a caer en suelo británico las primeras bombas V-1, una rudimentaria versión de los misiles de crucero. Hasta entonces, según reconocen tanto R. V. Jones como la historia oficial de la inteligencia, los británicos apenas se habían formado una idea de la naturaleza exacta de aquel armamento o del serio peligro que este podía representar. La valoración que el Ministerio del Aire hizo de la última prueba de ataque —el 12 de junio— sugería que los alemanes podrían lanzar cuatrocientas toneladas de explosivos en las primeras diez horas, lo que constituía una exageración tremenda. Afortunadamente para los británicos y los estadounidenses, la ofensiva se inició demasiado tarde como para afectar a la «operación Overlord», la invasión de Normandía, como se había temido. Pronto se hizo evidente que los globos, los cazas y las limitaciones propias del V-1 podrían repeler el asalto de las «zumbadoras», que tan indeseables e inoportunas se hacían para el desgastado pueblo británico.

Los gobernantes británicos, en especial el secretario Herbert Morrison, continuaban profundamente consternados ante la amenaza que suponía el cohete V-2 alemán, que aún no había aparecido en escena. Fue Morrison quien trató de frustrar uno de los arrebatos de inspiración de R. V. Jones: usar a los agentes del Abwehr de la Doble Cruz para que estos informasen a los alemanes de que sus V-1 ya habían saturado Londres y que, en consecuencia, podían variar la orientación de las siguientes andanadas más hacia el sur: el secretario del Interior puso objeciones, por suerte en vano, alegando que aquello podía interferir negativamente en la obra de la Providencia. En julio, a instancias suyas, el Gabinete de guerra consideró una propuesta para evacuar a dos millones de londinenses y retirar al Gobierno de la capital si el bombardeo era lo bastante intenso. Se especuló también con la posibilidad de que la cabeza del V-2 pudiera llegar a pesar diez toneladas. Un cálculo preparado por los expertos del Ministerio del Aire, que se habían desplazado a Suiza para inspeccionar los restos del prototipo estrellado, sugirieron un peso de cinco toneladas. A partir de estas cifras, los alemanes podrían dejar caer ochocientas toneladas de explosivos en un mes sobre suelo británico, aunque esto solo representaría una fracción del total que se había lanzado sobre suelo alemán. El 16 de julio, Reg Jones admitió que los alemanes habían desarrollado un misil con unas características técnicas impresionantes hasta el punto de que, presumiblemente, pudieran llevar a cabo «al menos, un bombardeo sistemático de Londres», pero añadió que, a su juicio, era poco probable que la cabeza pesase más de una tonelada, lo cual resultó cierto.

La noche del 25 de julio de 1944, un avión C-47 de la RAF sin armas,

pilotado por el joven teniente de vuelo neozelandés Guy Culliford, realizó un extraordinario vuelo de larga distancia desde Italia hasta una de las zonas más remotas de la Polonia ocupada por los nazis; a bordo iba también el navegante polaco Szrajer[61]. Era noche cerrada cuando Culliford descendió cerca de la localidad de Zaborow, a 20 kilómetros al noroeste de Tarnów. Cuatrocientos alemanes estaban acampados a una distancia de un kilómetro aproximadamente y el campo de aterrizaje en el que aterrizó el Dakota era el mismo que usaba la Luftwaffe en horas de luz. Por la noche, sin embargo, los polacos realizaban algunas maniobras: Culliford contaba con la guía del radioteléfono UHF y llegó sano y salvo hasta el comité de bienvenida formado por partisanos y preparado por la SOE. Estos cargaron en el aparato diecinueve cajas con los restos de un V-2 que había caído a orillas del río Bug además de una buena cantidad de fotografías y dibujos; también subieron a bordo cinco miembros de la resistencia polaca. Después de cinco minutos en tierra, Culliford encendió de nuevo los motores para despegar. Y no sucedió nada. Los frenos del Dakota estaban bloqueados y el tren de aterrizaje se hundió en la tierra.

Tras una hora de frenéticas excavaciones por parte del grupo en tierra y después de que Culliford anulase los conductos hidráulicos del avión, Culliford consiguió elevar el aparato en el cuarto intento. El Dakota se alejó zumbando, rumbo sur, con una lentitud agónica, ralentizado por el tren de aterrizaje, parcialmente desplegado. Al amanecer, el avión, con sus tripulantes y el pasaje, todos exhaustos, aterrizó torpemente en Brindisi; las piezas y fragmentos del V-2 se enviaron a Londres y llegaron a manos de R. V. Jones y sus colegas al cabo de dos días. Culliford recibió la máxima condecoración aérea en Polonia, la Virtuti Militari, de la que sin duda alguna se había hecho merecedor. Sería un placer poder afirmar que este episodio tan excepcional resolvió el enigma del cohete alemán, pero no fue así. Los británicos seguían sin comprender las especificaciones técnicas del V-2.

A lo largo del verano y el otoño, se lanzaron contra Inglaterra algo más de 10 000 bombas, de las que 7488 atravesaron la línea de la costa; pero solo llegaron a Londres 2419 y buena parte de ellas fueron derribadas. Los proyectiles causaron 6184 muertes, motivo de aflicción más que sobrado, pero nada comparable a la devastadora campaña que Hitler había previsto y que los británicos temían. En consecuencia, se desató una euforia algo prematura. A comienzos de septiembre, los segundos al mando en el Estado Mayor presentaron un informe de una temeridad llamativa: «Todas aquellas zonas desde donde se puede lanzar una bomba o un cohete contra Londres han sido ocupadas por los Aliados, o lo serán en breve. De este modo, en poco tiempo este país ya no sufrirá daños por esta causa». En una rueda de prensa celebrada el 7 de septiembre, Sandys declaró: «Salvo por algunos últimos

lanzamientos que aún se pueden producir, la batalla de Londres ha concluido[62]». Pero al día siguiente, cayeron sobre París y Chiswick los primeros V-2, disparados desde Holanda, y en poco tiempo cada día explotaban tres o cuatro proyectiles en los alrededores de la capital británica. El ataque se intensificó hasta alcanzar un promedio de catorce misiles diarios en Holanda y el sureste de Inglaterra, aunque con graves fallos de precisión.

Los cronistas oficiales de la inteligencia en tiempo de guerra admiten, con toda sinceridad, que los británicos habían contado con una información relativa a los V-2 muy elemental durante meses y que «seguiría siendo insuficiente a efectos prácticos por mucho tiempo». R. V. Jones realizó un cálculo bastante acertado sobre el tamaño del arma y el peso de la cabeza en vísperas de los primeros lanzamientos, pero hasta diciembre de 1944 Londres no llegó a comprender que el arma no se controlaba por radio y, por tanto, no era susceptible de ser interferida. El comité Crossbow y el JIC desconocían la ubicación de las fábricas donde se producían los V-2, de los depósitos y de las plantas de petróleo en Alemania. No se podía ejecutar ninguna maniobra defensiva contra los cohetes, salvo tomar las zonas de lanzamiento en Holanda, cosa que no sucedió hasta el fin de la guerra. El nivel de alarma que desató la campaña del V-2 puede observarse en la reacción de Herbert Morrison, que solicitó el bombardeo masivo por parte de los Aliados de las zonas de lanzamiento alrededor de La Haya, sin tener en cuenta el coste que aquello supondría para los civiles holandeses. Los mandamases del Aire adujeron consideraciones humanitarias para frenar los ataques, pero el bombardeo aliado sobre las estaciones de esquí y otras instalaciones de armamento de misiles en Francia, así como sobre las plantas de los V-2 en Holanda, acabó con las vidas de más franceses y holandeses que las que se habían cobrado las armas secretas de Hitler entre la población civil británica. Entre el 8 de septiembre de 1944 y el 27 de marzo de 1945, cayeron sobre Inglaterra 1054 cohetes y murieron 2700 londinenses.

A partir del verano de 1943, lord Cherwell abrigaba serias dudas con respecto a la credibilidad del programa de misiles de Hitler. A finales de aquel año, afirmó: «Cuando termine la guerra y sepamos la historia completa, descubriremos que el cohete era una patraña». Desde entonces, fue objeto de burla por haber realizado aquella declaración y, sin duda, Cherwell exageraba, como en tantas ocasiones. Pero acertó en lo fundamental al decir que en 1944-1945 los nazis habían creado dos armas asombrosas dadas las limitaciones tecnológicas del momento, pero totalmente incapaces de alterar el equilibrio estratégico de la guerra. Aun después de las explosiones de las bombas en suelo británico, Cherwell continuó despreciando su potencial: «La montaña gimió y alumbró a un ratón». Acertó también al afirmar que Hitler había cometido otro error garrafal al desviar unas materias primas y una

fuerza de trabajo para los misiles que podrían haber resultado notablemente más provechosas en otros lugares: incrementar la producción de tanques o acelerar y expandir el programa del caza Me-262. Con los recursos que consumía la fabricación de un V-2 se podrían haber construido siete cazas alemanes.

El liderazgo nazi no supo ver que lo verdaderamente importante no era la relumbrante innovación de los misiles balísticos estabilizados mediante un giróscopo, ni tampoco el V-1, sino la carga de explosivos que cada uno de ellos podía lanzar sobre Gran Bretaña. Una cabeza de aproximadamente una tonelada en el caso del V-1, y algo más en el de los V-2, era inferior a la capacidad de bombardeo de un Heinkel o un Ju-88. El impacto moral de los misiles sobre los británicos no fue nada desdeñable: resultó aterrador llevar a cabo las actividades cotidianas con las «zumbadoras» sobre la cabeza, cuyos ruidosos motores se oían hasta que faltaban unos segundos para que impactasen contra el suelo en un silencio letal, o con los V-2 que sembraban el caos con una brusquedad asombrosa. No obstante, por más que el programa hubiera generado mayor cantidad de armas antes, estas solo habrían servido para angustiar a los enemigos de Hitler pero no habrían supuesto un grave perjuicio para el esfuerzo bélico. Habría sido más pertinente dirigirlas contra las fuerzas de Eisenhower en Francia, aunque ningún sistema era lo bastante preciso para causar graves daños a los ejércitos en tierra. No es más provechoso especular, como hacen algunos historiadores modernos, al respecto de las posibles consecuencias en el caso de que los alemanes hubieran lanzado decenas de miles de misiles contra Gran Bretaña, que intentar calcular el impacto que habría tenido en la guerra una flota de submarinos o de la Luftwaffe considerablemente mayor. Ambas cosas, tal como supusieron acertadamente Cherwell y R. V. Jones, escapaban a los medios de Hitler.

El fracaso de la inteligencia con los misiles de Hitler no fue absoluto, en modo alguno. Los británicos descubrieron que existía una amenaza. Lograron demorar el programa alemán durante unos meses bombardeando Peenemünde y las estaciones de esquí francesas, que identificaron correctamente como elementos importantes en el proyecto de las armas secretas. El grupo de Crossbow aprendió lo suficiente del V-1 como para preparar unas medidas de rechazo moderadamente efectivas antes de que todo empezase; y los Aliados no disponían de un sistema armamentístico capaz de destruir a los V-2 en pleno vuelo. No obstante, merece la pena llamar la atención sobre el hecho de que, en los últimos meses de la guerra, Hitler pudiese lanzar una campaña contra los Aliados que estos no pudieron definir con más precisión que la de su monitorización del programa atómico alemán. Existían razones de peso para ello. Quienes interpretaban las

fotografías de la RAF eran personas muy capacitadas y experimentadas, pero quedaban desconcertadas ante lo desconocido: unos artefactos que jamás habían visto antes. Los grupos de la resistencia en Polonia y en la Europa occidental, que elaboraron algunos informes, prepararon esbozos y recuperaron fragmentos de los aparatos, demostraron un valor y una determinación extraordinarios, pero sus esfuerzos no consiguieron las pruebas necesarias para que los científicos y los agentes en Londres pudieran sacar conclusiones en firme. Por último, y lo más importante, la maquinaria de la inteligencia británica estaba tan sobrecargada por el peso de Ultra que se vio en un serio apuro cuando hubo de afrontar una cuestión sobre la que Bletchley Park podía revelar muy poco: los alemanes no fueron tan corteses como para mandar señales de radio en las que describiesen la naturaleza exacta de las armas vengadoras del Führer.

En el marco general de la guerra, todo esto no tuvo mucha importancia. Como afirmó lord Cherwell, la montaña nazi alumbró a un ratón. Sin embargo, sigue llamando la atención que, pese a todos los triunfos de la inteligencia aliada cosechados gracias a Ultra en los últimos años de la guerra, hubiera una cantidad tan notable de cosas que el alto mando quería saber pero no logró descubrir.

16

«Atolondrado»: El paciente inglés

Muchos espías de todas las nacionalidades se mostraron variables o ambiguos en cuanto a su lealtad, como bien ilustra el comportamiento de una hueste de personajes que aparecen en este libro. Pero pocos entre los británicos que sirvieron en la guerra podían contar una odisea como la de Ronald Seth, apenas mencionado en la posteridad, siquiera por los historiadores de la guerra secreta[1]. Sus hechos no resultaron determinantes para la batalla en modo alguno, pero sí absorbieron incontables horas-hombre entre los oficiales superiores de la SOE, el MI5, el MI6 y el MI9; o los del Abwehr y el RSHA. Lo que hace de Seth un caso particular es que los documentos de su historia se conservan casi por entero en los Archivos Nacionales Británicos. De este modo, es posible reconstruir con todo lujo de detalles la historia de uno de los pocos agentes de guerra «convertido» al bando alemán, la historia de un hombre que desconcertó a los servicios secretos en ambos bandos en una medida que deja a Eddie Chapman —«Zig Zag»— en la posición de un aficionado.

Seth nació en la zona este de Inglaterra, en 1911. Hijo de un comerciante de metales, se educó en la King's School, en Ely, y cursó estudios de lengua inglesa en Cambridge antes de iniciar su carrera como maestro. Tras haber meditado si ordenarse sacerdote, y haber desestimado la posibilidad, aceptó un puesto en la escuela inglesa de Tallin, en Estonia, y allí obtuvo la licenciatura y pasó a trabajar como profesor adjunto de inglés en la universidad local. Escribió un breve tratado sobre Estonia titulado Baltic

Corner, que vio la luz en Gran Bretaña en 1938. Al estallar la guerra, el británico regresó a casa y pasó un año como publicista en la sección estonia de la BBC, hasta que lo llamaron a filas e ingresó en la RAF, donde ocupó un puesto como oficial administrativo en un campo de aterrizaje de Wiltshire.

Aunque Seth estaba casado y tenía dos hijos, anhelaba desempeñar un papel más llamativo en el conflicto. El 26 de octubre de 1941, escribió una extensa carta al Ministerio del Aire, dando a entender que él era el hombre perfecto para promover la revolución contra el nazismo en los estados bálticos: «Fruto de mis ocupaciones, ahora soy muy famoso entre las gentes de Estonia y, si se me permite decirlo, me tienen en mucha estima y admiración en todo el país. No puede negarse que soy el inglés más famoso de Estonia. Por otra parte, hice amistades en un amplio círculo de estonios bien situados e influyentes, entre los que se contaban el presidente [y] la mayoría de miembros del Gobierno. Todos los estonios han querido siempre la independencia política, y sé de buena tinta que aún es así… Querría plantearles la siguiente propuesta: que se me permitiera ir a Estonia y tratar de organizar un movimiento [de resistencia]… Soy consciente de las dificultades y de los riesgos. Me doy cuenta de que si me cogen estaré "perdido". Si tengo éxito, habré hecho un buen trabajo… En cualquier caso, estaría más contento intentándolo que en mi situación actual, en una inactividad relativamente forzosa… en una unidad de entrenamiento operativo».

El grueso de las solicitudes de este tipo, de hombres insatisfechos o aburridos y de mujeres con ilusiones románticas, se desestimaban de plano. Sin embargo, la sorprendente carta de Seth fue transferida a la SOE, que respondió con entusiasmo. La supervivencia de Rusia pendía de un hilo; los británicos estaban ansiosos por hacer lo que estuviera en su mano, dentro de su limitado campo de acción, para ayudar. Los alemanes extraían centenares de toneladas de petróleo de esquisto en Estonia, con el que mantenían a las formaciones de la Wehrmacht que asediaban Leningrado. Baker Street preguntó a Ronald Seth: ¿cómo querría lanzarse en paracaídas sobre el país, volar la planta de extracción e iniciar un movimiento de resistencia local al otro lado del Frente Oriental? El aspirante a héroe aceptó el plan y completó el formulario de la solicitud de ingreso en la SOE y, en respuesta a una de las preguntas acerca de sus tendencias políticas, se definió como «ligeramente socialista». Declaró haber escrito «dos novelas sin trascendencia» y que no podía conducir un coche. Nada de aquello le supuso un obstáculo, ni siquiera la queja de su antigua estación de la RAF porque se le había devuelto el cheque con el que había pretendido saldar definitivamente su deuda en el casino de oficiales. Seth pasó la mayor parte de 1942 en las típicas escuelas donde se enseñaban técnicas de sabotaje, rudimentos del espionaje, combate

sin armas y transmisiones radiofónicas.

Seth respondió razonablemente bien como aspirante al servicio secreto. No se sentía cómodo con las prácticas de tiro y una debilidad en la muñeca no le permitía disparar adecuadamente, pero aquello mejoró después de algunas clases de gimnasia. Tras un ejercicio en Newcastle, su examinador informó: «El trabajo de este alumno era extremadamente bueno. Es excepcionalmente aplicado y competente… Bajo un riguroso interrogatorio sobre su identidad, su vida, sus actividades en el pasado y en el presente, su presencia en Newcastle y sus planes de futuro, el estudiante demostró una confianza suprema. Era absolutamente imperturbable y su historia, convincente». La escuela de paracaidismo de Ringway, donde saltó con las gafas puestas, lo describía como «un tipo parlanchín pero agradable que parecía sincero y decidido… el tipo de oficial con nervio. Agradable». Su informe final rezaba: «inteligente pero con un pensamiento errático. Mentalmente inmaduro, rozando el fanatismo. Parece estar dotado de una gran confianza y seguridad en sí mismo… Tiene una personalidad encantadora y es bastante sociable pero su gran debilidad consiste en la tendencia a exagerar prácticamente todo cuanto hace. Para alcanzar el éxito, necesita una mentalidad más centrada en la seguridad y más disciplina personal. Es su determinación más que su carácter lo que inspira cierto grado de confianza». En septiembre de 1942, el veredicto final sobre el nuevo agente afirmaba que «aunque, probablemente, la seguridad que tiene respecto a sí mismo resulta… algo excesiva, constituye al mismo tiempo su arma más poderosa».

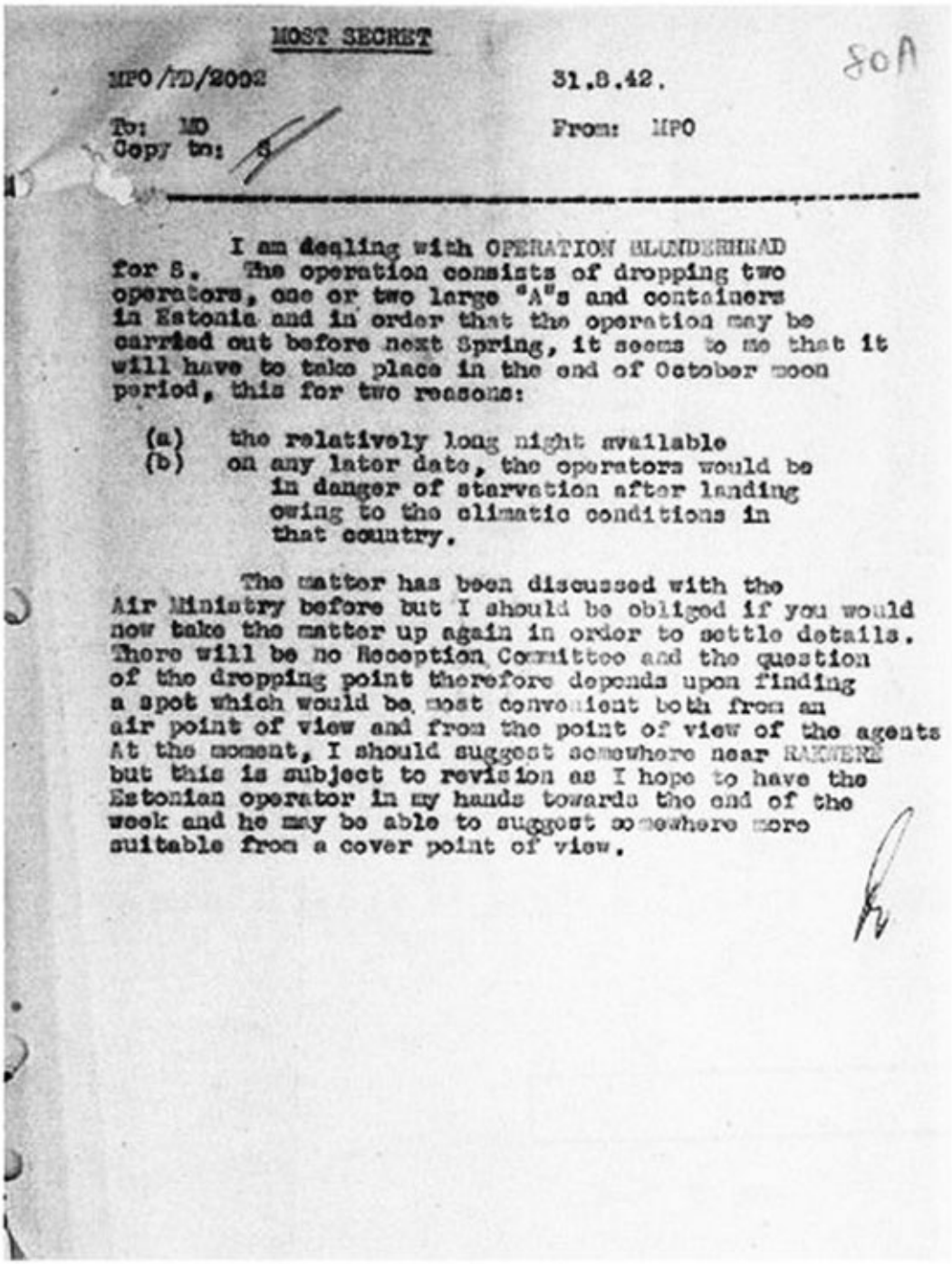
El joven dio señales de ser excéntrico, si no mentalmente inestable, al insinuar a la SOE que antes de saltar sobre Estonia se le debería practicar una mutilación que lo incapacitase para los trabajos forzosos en Alemania. Sus mentores rechazaron la propuesta alegando, no sin una buena dosis de cinismo, que si se admitía la propuesta, el Gobierno británico tal vez hubiera de pagarle una pensión por incapacidad tras la guerra. Algún planificador sensato de Baker Street cuyo nombre desconocemos se preocupó ante la perspectiva de mandar en misión a un agente que, según indicaban ya los augurios políticos, elevaría unas esperanzas entre los locales que no podrían verse cumplidas: «Si al final de la guerra hay que entregar Estonia a Rusia —escribió el oficial el primero de mayo de 1942— y los estonios llegan a saber de la aquiescencia británica, no sé cómo R[onald] puede unir de buena fe a los estonios para sabotear su camino hacia una libertad que no existe».

Quizá también se dudase de si era razonable mandar a una figura que llamaría la atención de inmediato —1,87 m de altura— para que se mezclase en la sociedad báltica en calidad de espía. Sin embargo, los jefes de la SOE dejaron los escrúpulos a un lado y, en el mes de octubre, se tomó la decisión

de realizar el lanzamiento en la primera noche en que el tiempo lo permitiera y se dispusiera de un avión de la RAF libre. Hubo un pequeño contratiempo: se había seleccionado a un marino estonio llamado Arnold Tedrekin para que se lanzase con él, pero Seth se negó a emprender la misión con un camarada que, señaló, raras veces andaba sobrio. Se acordó que el inglés saltaría solo. La orden operativa de la SOE indicaba en un tono fatídico, y equivocado, que «hay pocas esperanzas de recuperar a este personal».

Winston Churchill había dictado una orden clara a sus jefes del servicio, advirtiéndoles que evitasen asignar nombres en clave frívolos. Era intolerable, dijo el primer ministro, que una esposa o una madre hubiera de enterarse de que su marido o su hijo había fallecido en el cumplimiento de una misión con un nombre en clave como por ejemplo «Conejo Danzarín» o «Charlatán». La SOE desatendió esta orden en el caso de Ronald Seth al adjudicar al agente en su misión en el Báltico el nombre de «Atolondrado». El comienzo no fue en absoluto prometedor, porque la fecha de despegue se programó y se canceló tres veces por el mal tiempo[2]. Seth se desanimó, como cabía esperar, según el oficial responsable del grupo de Funciones Especiales de la RAF. Pero poco antes de las seis de la tarde del domingo 24 de octubre de 1942, un bombardero Halifax pilotado por un polaco despegó de Linton-on-Ouse en Yorkshire iniciando un vuelo de casi seis horas rumbo a Estonia. Llevaba al agente de estreno, vestido con el traje de camuflaje y pertrechado con un aparato de radio y algunas raciones de comida y de explosivos.

Seth se lanzaría «a ciegas», sin un comité de recepción porque no se conocía a nadie de la resistencia local. Él había escogido aterrizar cerca de una granja en la zona costera porque era amigo del dueño, Martin Saarne, después de haber dado clases de inglés a su hijo, y confiaba en él. Más tarde, el piloto describió cómo su pasajero se presentó en la cabina y permaneció allí, de pie, con la mirada fija en dirección a la costa del Báltico a través de la oscuridad de la noche, hasta estar seguro de que habían llegado al punto correcto, sobre un claro en el bosque en la zona occidental de la península de Kolga. Seth se zambulló en la negrura sin vacilar y le siguieron los tres contenedores con el equipo. Ya en tierra, encendió una linterna un instante para confirmar que había pisado suelo sano y salvo; acto seguido el bombardero se ladeó y regresó a casa, donde tomó tierra sin inconvenientes a las siete de la mañana siguiente, después de trece horas de vuelo. El piloto informó de la entrega de Seth: «El agente saltó sin dudas tras escoger el punto con el capitán de vuelo».



MOST SECRET

MPO/TD/2002 31.8.42.

To: MD
Copy to: S

From: MPO

I am dealing with OPERATION BLUNDERHEAD for S. The operation consists of dropping two operators, one or two large "A"s and containers in Estonia and in order that the operation may be carried out before next Spring, it seems to me that it will have to take place in the end of October moon period, this for two reasons:

(a) the relatively long night available
(b) on any later date, the operators would be in danger of starvation after landing owing to the climatic conditions in that country.

The matter has been discussed with the Air Ministry before but I should be obliged if you would now take the matter up again in order to settle details. There will be no Reception Committee and the question of the dropping point therefore depends upon finding a spot which would be most convenient both from an air point of view and from the point of view of the agents At the moment, I should suggest somewhere near RAKVERE but this is subject to revision as I hope to have the Estonian operator in my hands towards the end of the week and he may be able to suggest somewhere more suitable from a cover point of view.

Ronald Seth preparó la operación con gran esmero.

Luego, sin embargo, se hizo el más absoluto silencio con respecto a «Atolondrado». Pasaron las semanas, luego los meses. La SOE recibió un informe de una fuente en Tallin que afirmaba haber oído hablar de un paracaidista británico que respondía a su descripción: había sido apresado por los alemanes y se había suicidado. El mentor del agente, el comandante Ronald Hazell, exagente marítimo preguntó si «Atolondrado» disponía de veneno. Por supuesto: todos los agentes recibían la píldora «L», letal, de cianuro potásico por si caían presos, aunque la mayoría se deshacía de ella en

el primer retrete que encontraba. Hazell se vio en la obligación de escribir a Josephine Seth, informando de que su marido estaba desaparecido y que tal vez habría que pensar en lo peor. Ella respondió con una conmovedora carta en la que explicaba que sus sucesivos destinos en diversas estaciones de la RAF hacían que ella solo pudiera ver a sus hijos, en las escuelas del oeste del país, una vez cada tres meses, de modo que atravesaba una época difícil. Admitió la interpretación de la SOE sobre el silencio de su marido, pero dijo: «Yo siempre pensaré que Ronnie está vivo», una frase que usaban muchísimas esposas que, al cabo, debían rendirse a la realidad y admitir que eran viudas.

El siguiente episodio de esta historia se desencadenó por azar. En el mes de abril de 1943, dos aviones de la Luftwaffe realizaron un aterrizaje forzoso en la Suiza neutral. Llevaban grandes cantidades de documentos alemanes, que los suizos les incautaron. La estación local del MI6 consiguió fotografiarlos y, cuando el botín fue examinado en Londres, el 30 de abril un oficial de la SOE informó con tristeza a sus colegas: «lo que sigue, me temo, nos afecta a nosotros». El archivo al que se refería era la traducción de un informe de la Luftwaffe sobre el interrogatorio practicado a un espía británico, Ronald Seth, en el campo de tránsito de prisioneros de guerra, el denominado «Dulag Luft», en Oberursel el día 6 de febrero. Al parecer, el hombre de Baker Street había caído en manos de los alemanes a los pocos días de lanzarse sobre Estonia y había revelado cuanto sabía de la SOE, con un barniz protector, a sus captores. Afirmó que hubo de aceptar esta misión de espionaje porque un judío en el Ministerio del Aire le había amenazado con un revólver.

Tras estudiar el interrogatorio del Abwehr, la SOE concluyó: «Este informe es correcto en cuanto a los hechos que afectan al individuo, su instrucción con nosotros y su lanzamiento sobre Estonia. Cuesta creer, sin embargo, las afirmaciones de SETH sobre la pistola que le puso en la sien un COMANDANTE DEL AIRE del MINISTERIO DEL AIRE… Cabe la posibilidad de que siga vivo… Podría ser, sin embargo, que con el paso del tiempo sepamos más de la suerte que haya corrido. Hasta entonces, es imposible determinar si sigue preso en manos del enemigo o si lo han ejecutado». Otro oficial de la SOE expresó una opinión más dura: «Siento tener que hacer esto, pero a mi juicio esta desafortunada operación solo se explica porque SETH se acobardó al llegar. Yo no llegué a conocerlo pero, por lo que sé a partir de los informes que he leído sobre él, todos indican que era un poco nervioso y que era probable que se quebrase al primer signo de soledad u oposición».

El 5 de mayo de 1943, el oficial de señales de la SOE recibió instrucciones de interrumpir la vigilancia sobre las transmisiones radiofónicas de

«Atolondrado». Un mes más tarde, un memorando informaba de que el mentor de Seth, el comandante Hazell, «ha visitado a la esposa de Atolondrado, quien dice que desearía disponer de alguna historia autorizada para contar a los amigos; por ejemplo, que su marido estaba desaparecido. [Hazell] no le había dicho nada de lo que sabíamos de Atolondrado y dice que su esposa se resignará a esperar las noticias hasta el fin de la guerra… En cualquier caso, yo sugeriría que el departamento de personal del Ministerio del Aire… debería mandar una carta a su esposa informándole de que Atolondrado ha desaparecido de la operación». Se informó con delicadeza a Josephine Seth de que, si bien su esposo no había fallecido, se veía en una situación extremadamente precaria. La tensión tuvo que ser insoportable para aquella pobre mujer.

Pasaría más de un año sin que se supiera una palabra de Seth. Era razonable suponer que, como casi todos los agentes aliados apresados, estaba en un campo de concentración o —más probable aún— había muerto. Unas pocas semanas después del Día D, el 29 de julio de 1944, la SOE emitió un dictamen: «Se ha recibido un comunicado según el cual el teniente de vuelo Ronald Seth debe ser ahora reclasificado como "muerto en acto de servicio el 24.10.42"… La señora Seth ya ha sido informada extraoficialmente del fallecimiento de su esposo». Sin embargo, un mes más tarde, con la liberación de París, la historia de Seth daría un giro sensacional y, desde entonces, captaría toda la atención del MI5, el MI6 y el MI9. Un hombre que se hacía llamar Emile Riviere se acercó a un oficial de la RAF en la capital francesa y le entregó un sobre dirigido a la War Office en Londres. El documento fue debidamente remitido a su destino. Al examinarlo, se vio que contenía un pliego de setenta y seis páginas de abigarrada escritura, a lápiz. Comenzaba así: «París, 7 de agosto de 1944» y dirigido al «Cuartel General del Centro de Operaciones de Grupo del S[ervicio] E[special] de I[nstrucción], Sala 98, Horse Guards. De ATOLONDRADO. Sobre el terreno».

La carta adjunta comenzaba: «Estimado señor, espero me perdone por pedirle este gran favor, pero si considera que hasta la fecha mi operación se ha desarrollado con éxito, le rogaría, de ser posible, que solicitase mi ascenso al rango de CAPITÁN DE GRUPO EN ACTIVO (sin paga), con una antigüedad doce meses con efecto retroactivo desde la fecha de esta carta. Si le pido este beneficio, señor, es porque si algo me ocurriese en los meses venideros, al menos mi esposa y mis hijos tendrían una pensión digna para vivir. Esto me ha preocupado durante toda la operación, aunque el comandante Hazel me aseguró que, según creía él, en caso de fallecimiento la Organización [SOE] entregaría 1000 libras a mis hijos. Pero 1000 libras no servirán para dar a mi hijo y a mi hija la educación que yo habría podido darles. Y la educación será más importante que nunca en la Inglaterra de

posguerra, de eso estoy seguro».

Si este era un comienzo habitual, algo frecuente, el resto del informe de Seth a la SOE era como una novela de intriga: un relato escabroso y plagado de detalles donde distinguir entre verdad y fantasía sigue siendo a día de hoy tan complicado como lo fue en 1944 para los servicios secretos británicos. El único hecho incontestable es que, en el transcurso de casi dos años en la Europa ocupada, en manos de un enemigo despiadado, el hombre de la SOE había vivido unas experiencias fantásticas incluso para los estándares de una guerra mundial. Afirmaba que al lanzarse en paracaídas fue a caer en medio de un grupo de alemanes, a quienes consiguió esquivar al precio de abandonar las armas y el equipo, y que luego vivió más aventuras, como cuando los milicianos de Estonia dispararon contra él: «una bala pasó silbando entre la maleza en la que me ocultaba y no me alcanzó en la cabeza por poco». Describía cómo había abatido a varios aviones alemanes y una posición de la artillería, pero hubo de sobrevivir varios días en el bosque, sin comida, resistiendo solo a base de unas pastillas de opio y de un frasco que se había traído de Inglaterra: «No conseguía encontrar pollos. Para cazar venados, aunque hubiera podido darles alcance, solamente disponía de mi Colt del 32 y de treinta balas. Las perspectivas pintaban mal y se me terminaba el whisky. Tras las muestras del carácter de los nativos, decidí ceñirme a mi plan de no establecer contacto con nadie hasta que hubiera visto a Saarne [su viejo amigo]».

Seth dio por fin con el granjero el 5 de noviembre, y durante una conversación tensa y poco alegre aquel le dijo que su misión no tenía esperanzas: «Los ancianos que han quedado después de la ocupación rusa entre 1939-1940 estaban aletargados, los jóvenes estonios apoyaban sin reservas a los alemanes, que habían sabido explotar bien los excesos rusos durante la ocupación roja». Seth contó que, acto seguido, decidió ir a Tallin, y que estaba paseando por el pueblo vecino cuando fue arrestado por la milicia, que lo entregó a los alemanes. Lo encarcelaron de inmediato en la celda 13 de la prisión central de Tallin y fue sometido a interrogatorio por el comandante Volg. Cuando se le preguntó si transmitiría por radio a Inglaterra, este agente debilitado por el hambre y las privaciones, aceptó hacerlo con lágrimas en los ojos. Durante ocho días prosiguieron las preguntas y se inventó el embuste del judío del Ministerio del Aire llamado Goldmann, que lo había obligado a aceptar la misión de la SOE. Describió profusamente a sus lectores en Londres las experiencias primero de la tortura y luego del episodio en que se le informó de su ajusticiamiento, previsto para el 21 de diciembre, en la horca. Afirmó que el día escogido lo condujeron hasta el cadalso y lo situaron ante la trampilla: «Rechacé el pañuelo para los ojos negando con la cabeza del modo más heroico que pude». Tras relatar con todo lujo de detalles su

sufrimiento, contaba que se le había comunicado que su ejecución quedaba pospuesta hasta pasadas las vacaciones de Navidad. Él dijo a los alemanes que le gustaría trabajar para ellos en contra de los rusos. Esto los convenció para que, en enero de 1943, lo metieran en un tren de Riga a Berlín y de allí hasta Fráncfort.

Seth hilvanó para sus carceleros una historia con una serie de hilos fantásticos en los que se presentaba a sí mismo como capitán de grupo, como sir y afirmaba tener estrechos vínculos con la familia real. Contaba a los de la SOE que había explicado a los alemanes que, en 1941, se inició en una sociedad secreta conocida como la Liga de Windsor, que perseguía la restauración del rey Eduardo VIII, y que había asistido a reuniones en las que también estuvieron presentes Stafford Cripps y otros miembros del Parlamento. Insistió a la Gestapo —que lo tuvo bajo su custodia por un tiempo— en que su experiencia como locutor en la BBC podría resultarles de gran utilidad. A la postre se le comunicó que pasaría a estar bajo la custodia del Abwehr, que propuso formarlo para que llevase a cabo una misión de espionaje en Gran Bretaña.

En noviembre de 1943, fue trasladado a París en compañía de su mentor del Abwehr, el comandante Emile Kliemann, donde se alojó con los Delidaise, una familia francesa famosa por su colaboracionismo con los nazis, y gozó de libertad para moverse por la ciudad a su antojo con un Ausweis —el pase oficial— a nombre de Sven Passikiwi, de nacionalidad finesa. Aquí, el relato para la SOE se equiparaba al del barón Münchhausen: afirmó haber matado a dos soldados alemanes de un tiro en el metro. Confesaba haber tenido una relación fácil con Richard Delidaise y su familia, y sobre todo con Liliane, la cuñada de su anfitriona. Dijo a la SOE: «Todo el mundo me conocía como "M. Ronnie"… Era inevitable, me temo, señor, que la señorita Liliane se convirtiera en mi amante. Este informe no pretende entrar en detalles patológicos o psicológicos, pero me siento en el deber de justificar un comportamiento en cierta medida impropio de un agente, al decir que para mí "el amor práctico" es una NECESIDAD FÍSICA; pero además, en aquel momento, me sentía mentalmente desesperado por tener algún contacto mundano que hiciera de mi mundo algo real… Podría ponerse en mi lugar, señor. Yo representaba un papel, no como los actores normales y corrientes, durante dos o tres horas al día, sino durante veinticuatro horas cada día».

Pasó seis meses en el curso de instrucción del Abwehr para nuevos agentes, donde aprendió técnicas de radio y de codificación, de las que dio abundantes detalles a la SOE, incluidos algunos gráficos y tablas numéricas. Al parecer, algunas veces iba por las calles de París con el uniforme de la Luftwaffe. Poco después del Día D se le comunicó que en quince días partiría hacia Inglaterra. El 20 de junio, sin embargo, se le informó abruptamente de

que su nuevo jefe había perdido la confianza en él; ahora Berlín se negaba a aprobar su misión. Se le apartó de sus cómodas dependencias y de su amante y se le alojó en la prisión de Cherche-Midi, donde soportó unas penurias que describió otra vez con todo lujo de detalles, incluido el día en que encontró un piojo «tan grande como una uña» y cogió la sarna. Su mentor del Abwehr, «Kilburg» —el comandante Kliemann—, lo visitó para anunciarle que se estaba celebrando un debate sobre si debía regresar a Berlín o no. Tras seis semanas en una celda, le llegó una repentina notificación indicándole que se había decidido utilizarlo como conejillo de indias en los campos de prisioneros de guerra británicos.

Entonces salió de Cherche-Midi, recuperó algo de libertad y —en esos días en que era obvio que los Aliados pronto estarían en París— se ocupó en preparar este voluminoso informe que confiaba a Richard Delidaise, que también usaba el nombre de Emile Riviere. El francés debió de creer, y no se equivocaba, que si ayudaba a Seth a establecer contacto con los británicos tenía más posibilidades de salvar su poco atractivo pescuezo y el de sus parientes. En todos los mensajes que Seth mandó a Londres, siempre incluía apasionadas súplicas para que se protegiera a Delidaise y, por descontado, a su amada Liliane. Aseguró a la SOE que, por más que ellos pudieran creer que ahora trabajaba para los alemanes, en realidad continuaba siendo un leal agente británico. Para cerrar el informe se dirigió a la War Office en unos términos notablemente dramáticos: «Aún no sé si iré a campos en Alemania o en Francia o si de verdad saldré de esta con vida. Pero si no reciben informes de mi muerte cuando se firme el armisticio, por favor, búsquenme en los campos de prisioneros, y si no estoy ahí, en las prisiones alemanas y los campos de concentración… reciba mi más respetuoso saludo, de su humilde servidor ATOLONDRADO. 7 de agosto de 1944».

Cuando este asombroso documento llegó a Londres, en Broadway, Baker Street y el MI5 aparecieron numerosos memorandos y comentarios que engrosaron el archivo de Seth, que ya contaba con centenares de páginas. Una docena de experimentados oficiales de la inteligencia, exhaustos, desde Stewart Menzies y Felix Cowgill en el MI6 hasta el teniente coronel «Tar» Robertson del MI5 y el teniente coronel James Langley del MI9, se vieron sumidos en constantes reuniones para debatir las acciones pasadas y las perspectivas de futuro de «Atolondrado». La SOE, como correspondía, trató de hacer cuanto pudo por su hombre, pero hubo de admitir que aquella historia no se sostenía por ninguna parte: «Seth es desmedidamente prolijo en el papel, con un temperamento muy nervioso e impaciente y jactancioso, pero tiene iniciativa, imaginación y capacidad de reacción… Podríamos pensar que, en cuanto al ánimo, está bastante dominado por los alemanes… En PARÍS hubo de tener numerosas oportunidades para huir que no aprovechó.

Si los alemanes deciden que SETH ya no les sirve, probablemente lo ejecuten. No obstante, parece haberse mostrado bastante astuto al mantenerlos a raya con promesas y es posible que tenga éxito con eso… Tal vez sea verdad que pretende engañar a los alemanes y que si lo mandasen de vuelta a INGLATERRA no cumpliría la misión de ningún modo».

El 25 de septiembre, el comandante John Senter de la SOE escribió a «Tar» Robertson, haciendo hincapié en la «responsabilidad [de Baker Street] en este asunto, en primer lugar con Seth que emprendió una misión para la que se requería un notable coraje… Entiendo que está totalmente de acuerdo en que, a su vuelta, no se le debe tratar como a un delincuente, sino como al oficial británico a quien se debe permitir explicar lo acaecido». Los administradores de la RAF fueron recogiendo las pistas que Seth había dejado por el camino, manifestando su preocupación porque unos meses antes se hubiera entregado a su esposa una gratificación, en la creencia de que su marido había fallecido, y porque ahora la viuda estaba cobrando una pensión que, dadas las circunstancias, no le correspondía. ¿Debían pedirle que devolviera el dinero?

El 5 de octubre, un primer informe de la contrainteligencia parisina expresaba su desconcierto ante el hecho de que el documento que Seth había mandado a la SOE hubiera sido entregado a un oficial de la RAF por Richard Delidaise —con el alias de «Riviere»—, el famoso títere del Abwehr. El equipo de la contrainteligencia había entrevistado a la familia y manifestaba poco entusiasmo por sus miembros. Ellos describieron a «Liliane», la famosa amante de Seth —de nombre completo Lucie Beucherie, del n.º 3 de la avenida Lincoln, en el distrito VIII de París—, como «una mujer de costumbres disipadas, con una sucesión de amantes», algunos de ellos alemanes. Estaba metida hasta el cuello en el mercado negro y Seth no era sino otro más entre su legión de hombres. Durante su estancia en París, en ocasiones Seth asumía la identidad de un tal «teniente Haid», un alemán, pero ella le dijo a su interrogador que «Atolondrado» le había confesado que solo fingía trabajar para los alemanes con la esperanza de procurarse una huida. El autor del informe de la contrainteligencia de París terminaba con una lista de «cuestiones de las que querría saber la respuesta», empezando por «¿cuándo y dónde encontró tiempo SETH para escribir las 76 páginas de su informe?».

El día 10 de octubre se desató otro momento de febril excitación en Londres tras la recepción de otro arrebato sentimental, garabateado por Seth en Bélgica y entregado a un local que a su vez lo pasó a un oficial estadounidense cuando los libertadores llegaron una semana más tarde. En esta carta, fechada el 2 de septiembre, explicaba que había abandonado París al retirarse los alemanes el día 17 de agosto, tras aceptar un trabajo con el SD

en los campos de prisioneros: «Cuando supe qué deseaban que hiciera, decidí que este trabajo sería también muy importante para el bando británico y, aunque se me presentaron muchas ocasiones de fuga en las últimas dos semanas, sigo adelante. He conseguido tantísima información política importante que es absolutamente esencial que me liberen en cuanto la guerra termine. Estaré en el campo de oficiales de Limburg, con el nombre de CAPITÁN JOHN DE WITT». Un oficial del MI5 escribió a John Senter de la SOE comentando que el último mensaje de Seth «no hace sino ahondar en el misterio de su caso y debo decir que me cuesta comprender su argumento de que, teniendo como dice que tiene tanta información política importante para este país, crea que es aún más importante no escapar sino permanecer con la Sicherheitspolitzei y trabajar para ella en los campos de presos».

El preso de guerra «capitán John de Witt» hizo su debut en una carta del campo de oficiales de Limburg, fechada el 15 de septiembre de 1944. Escribió a su supuesta hermana —que en realidad era su esposa Josephine— diciendo, entre otras muchas cosas: «Solo una cosa me preocupa. ¿Estarás en contacto con Hazel? Él sabe que yo he estado trabajando por hacerme con el electorado de Ely, y me temo que cuando todo esto haya terminado, puede que me liberen con cierto retraso y tal vez me pierda las elecciones generales. Pídele a Hazel que toque todas las teclas que pueda —que vea a Anthony [supuestamente A. Eden, el secretario de Exteriores] si es necesario— y sácame de aquí en cuanto se firme la paz. Tengo que volver a casa ya, si no todo mi trabajo se habrá echado a perder». Por si esta carta no llegaba a su destino, Seth convenció a otro oficial para que incluyera en su correspondencia privada algunas advertencias que efectivamente llegaron a la SOE y al MI5: «por cierto, Ronnie está aquí, tan atolondrado como siempre. Está bien tenerlo». La copia de este archivo en la SOE está señalada como «original en el MI9».

Otros presos británicos en el campo mandaron mensajes codificados a Londres, porque deseaban saber qué debían hacer con el «capitán De Witt», que al parecer pasaba mucho tiempo hablando con los alemanes fuera del complejo, con el pretexto de preparar actuaciones musicales y que, en una ocasión, les había confiado que en realidad era el agente Ronald Seth, de la SOE. El oficial superior de Limburg más tarde testificó que el recién llegado «había empezado comportándose de un modo bastante peculiar. Llamó la atención sobre su persona de una forma muy evidente al referir toda suerte de historias incoherentes y todas ellas sin excepción increíbles». El MI9 recibió otro boletín esta vez en la carta de otro oficial, fechada a 10 de octubre, desde el campo de presos 79. Rezaba: «DE WITT afirma haber ingresado en la RAF como bombardero en 1940 y haber sido ascendido a capitán de grupo. Fue lanzado por la SOE en Estonia el 24 de octubre de 1942». El MI5 estudió

las cartas de «De Witt» conjuntamente con la SOE. Obviamente, el «Hazel» al que se refería el autor era su antiguo mentor, ahora teniente coronel que operaba en Francia, desde donde despachaba a agentes a Alemania. Pero el oficial del MI5 comentaba en tono cansado: «debo decir que no puedo dar con una hipótesis satisfactoria que explique por qué SETH debería recibir un nombre falso y luego permitirse escribir a su esposa con este nombre falso como si fuera su hermano».

¿Y qué sucedía con el asunto del electorado de Ely? ¿Acaso Seth tenía ambiciones políticas? Tras recibir varios mensajes desde Alemania hablando de Ely y de la perspectiva de unas elecciones en la posguerra, el 5 de diciembre de 1944, la SOE escribió a Felix Cowgill del MI6: «Como Seth sigue insistiendo en lo de Ely, continuamos exprimiéndonos el cerebro para dar con una explicación». La víctima más triste de todo este fárrago fue Josephine Seth, que aún prestaba servicio en una estación de la RAF en el norte de Inglaterra y que quedó completamente desconcertada con la correspondencia de su esposo. Recurrió a la SOE en repetidas ocasiones para que le dijesen cómo debía interpretar los mensajes de Ronald, sobre todo aquellos en que le pedía que abriera una cuenta bancaria con 150 libras esterlinas. La SOE reseñó: «La señora SETH afirma que, de hecho, no tiene el dinero suficiente para abrir una cuenta con 150 libras».

Seth convenció a sus compañeros para que estos continuasen mandando mensajes secretos en su nombre, disimulados en las cartas que escribían a sus familias, como por ejemplo: «5 de octubre. DE ATOLONDRADO [SIC] PARA EL STS 98 DE HORSE GUARDS. FRACASO EN LA VOLADURA DE LA MINA DE ESTONIA. 8 DE OCTUBRE. VON KLUGER SE SUICIDA DE UN DISPARO. HUNS TIENE TODOS LOS DETALLES DE NUESTROS ENSAYOS CON BOMBAS EN ÁFRICA. 9 DE OCTUBRE. LOS RUSOS HAN INFILTRADO A MUCHOS QUINTACOLUMNISTAS EN NORUEGA». El 15 de diciembre, en otro extenso memorando, Baker Street apuntaba al MI5: «No podemos dejar de preguntarnos si su capacidad de razonamiento se ha visto afectada en alguna medida». A la postre, el MI9 difundió una advertencia codificada a todos los campos de prisioneros de guerra británicos con instrucciones para que los internos no se relacionasen con nadie que se hiciera llamar Witt o Seth, de quien se tenían «graves sospechas… [sus acciones] lo hacen sospechoso de estar colaborando con el enemigo». Aquel pasó sus últimos meses en Limburg bajo la «custodia protectora» de sus compañeros de reclusión —no podía moverse en el complejo sin la escolta de un oficial británico— hasta que los alemanes lo «arrestaron» y el 11 de marzo de 1945 desapareció.

Visto a posteriori al menos, no es difícil reconocer que Seth desempeñaba el típico papel de todo agente doble, en constante esfuerzo por contentar a

dos jefes al mismo tiempo. Pese a las notas cómicas de esta historia, Seth estaba a merced de los nazis, que lo fusilarían en cuanto considerasen que había dejado de ser útil o dudasen de su lealtad: los agentes británicos, estadounidenses y soviéticos apresados continuaron cayendo ante los pelotones de fusilamiento alemanes hasta el último día de la guerra. La única oportunidad que tenía Seth de sobrevivir era convencer al Abwehr y al RSHA de que era un personaje importante, y de ahí todas las alusiones a su alto rango, al título de sir y a las perspectivas de entrar en el Parlamento. Demostró una ingenuidad asombrosa y una habilidad digna de la musa Talía en el mantenimiento de su engaño. Su comportamiento no resultó noble, heroico o admirable en modo alguno, pero ¿quién es nadie para decidir qué puede hacer un hombre en semejantes circunstancias para salvar el pellejo?

Seth se reservó el mejor número para el final: el 16 de abril de 1945, tres semanas antes de que terminase la guerra en Europa, se presentó a la puerta de la legación británica en Berna y solicitó una audiencia con el ministro. Cuando estuvo en presencia del augusto, comunicó su necesidad de volar a Londres de inmediato para informar a Winston Churchill sobre una cuestión de la mayor urgencia y gravedad: él era portador de una propuesta de paz esgrimida por Himmler, a quien había conocido personalmente unos días antes, de visita en Múnich como invitado de las SS, encubierto con el alias holandés de «Jan de Fries». La estación de Berna transmitió una señal con estas noticias a Londres, donde se desató de nuevo la agitación. ¿Qué había que hacer con Seth? Los oficiales de Broadway en Berna dijeron que, aparentemente, estaba cuerdo. Sin duda alguna, actuaba con la connivencia de los jerarcas nazis, o parte de ellos; de otro modo jamás habría conseguido un billete hasta la frontera con Suiza ni la autorización para cruzarla. Tan avanzada ya la guerra, no había mensaje de Himmler que pudiera despertar el interés de los gobiernos aliados y, de hecho, Berna recibió instrucciones urgentes para que se impidiera a Seth debatir sus «propuestas de paz» con nadie y se indicó que ni tan solo se le debía preguntar por ellas; pero incluso los oficiales de la inteligencia en Londres, hastiados de todo —mejor dicho, hastiados de todo lo relativo a la guerra—, sintieron una urgente necesidad de interrogar a Seth.

El agente voló a casa el 20 de abril como «capitán John de Witt» y se le permitió ver a su esposa y a sus hijos. Se quejó porque, tras haber sobrevivido a las experiencias más desgarradoras, esperaba un recibimiento propio de un héroe. Se instaló en la obstinación, rozando lo maniático incluso, de que la SOE no le había entregado la maleta con ropas de civil que él afirmaba haber dejado a su cargo. Manifestó su consternación y disgusto cuando sus mentores especificaron que, a menos que pudiera ofrecer algunas respuestas realmente verosímiles a sus preguntas, todo apuntaba a que debería

comparecer ante un tribunal por alta traición, como el que pronto mandaría a la horca a William Joyce y John Amery.

Guy Liddell, del MI5, consideró que él y sus colegas debían asumir una postura conjunta con respecto a Seth antes de que en las altas esferas se supiese de las actividades de aquel agente, lo cual provocaría un terrible bochorno —«consecuencias desastrosas»— para la comunidad secreta[3]. ¿Cómo se podía haber reclutado y desplegado a un hombre de esta naturaleza para el espionaje? El 22 de abril de 1945, «Atolondrado» se presentó en la primera sesión del interrogatorio por parte del servicio secreto con un certificado médico en el que se le declaraba dominado por tendencias paranoicas. Liddell anotó en su diario con una nota de acritud: «teniendo en cuenta lo sensacional de su historia, parece bastante probable». Contó al MI5 que los alemanes aún se reservaban algunas armas secretas terroríficas para la última defensa, incluida la guerra bacteriológica.

En los meses siguientes, Seth fue interrogado por algunos de los oficiales más experimentados del MI5, «Tar» Robertson entre ellos. Aquel resultó para ellos un proceso emocionalmente agotador y terminaron convencidos de que Seth era un fantasioso que parecía incapaz de distinguir la realidad de la ilusión. El 16 de mayo de 1945, el capitán E. Milton del MI5 elaboró un informe de veinticinco páginas en que la mitad se destinaban a catalogar las incoherencias y las falsedades obvias en las propias declaraciones del espía. Milton creía que Seth se había rendido a los alemanes casi inmediatamente después de caer, que jamás llegó a cometer ningún sabotaje y que jamás fue sometido a tortura o a una ejecución fingida: «Creo que SETH inventó toda esta información para explicar muchas de sus acciones posteriores, que nosotros podríamos haberle reprochado y quizá también para justificar ante su enorme vanidad por qué se había humillado ofreciéndose a trabajar para los alemanes… Personalmente creo que Seth estaba muy asustado y quería colaborar con los alemanes, aun en perjuicio de su país… Seth no fue maltratado por los alemanes, porque les dio todo lo que pedían». En los últimos tiempos, estuvo bajo el control de un oficial llamado Graf Christopher von Dönhoff, que había vivido en Kenia durante diez años, pero ahora había tomado la sabia decisión de reasentarse en Zúrich. El informe concluía que Seth «sufría, indudablemente, de megalomanía y que, al parecer, continuaría siendo del interés de los servicios de seguridad durante bastante tiempo». No obstante, existía la duda de si había que tacharlo de puro traidor y condenarlo por ello.

Allí donde estaba «Atolondrado» había problemas. Se le permitió viajar al norte de Inglaterra para visitar a su esposa en la estación de la RAF donde ella trabajaba. Esta salida familiar provocó que el jefe de la policía de Lancashire escribiera una carta muy confusa al MI5 para comunicarles que,

estando en su condado, Seth había contado muchas y muy diversas historias sobre sus aventuras en el extranjero, que parecían constituir una brecha de tamaño descomunal en la seguridad nacional. Paralelamente Seth mandó una apasionada carta a Liliane, escrita en francés, que fue interceptada y confiscada; parecía poco aconsejable para el hombre de la SOE continuar manteniendo contacto con su amante, sobre todo cuando su cuñado Richard estaba bajo custodia en el servicio de seguridad por colaboracionista y se le estaba interrogando especialmente en referencia a Seth. La conclusión definitiva del MI5 con respecto al que debería haber sido el jefe de la resistencia en Estonia fue que, si bien este había ayudado a los alemanes en un modo más activo del que estaba dispuesto a admitir, no se disponía de pruebas suficientes para procesarlo por traición. Es fácil deducir que nadie quería ver este tipo de trapos sucios expuestos a la luz pública en un momento en que el pueblo británico tan solo deseaba celebrar el triunfo de su virtud por encima de la maldad del nazismo. En el mes de agosto de 1945, Seth fue expulsado de la RAF, donde había ostentado el rango honorario de teniente de vuelo mientras sirvió con la SOE.

Incluso en el mundo surrealista de la inteligencia, las acciones de Seth llamaban la atención. A buen seguro emprendió la aventura estonia de buena fe: ¿por qué otro motivo se habría presentado voluntario un hombre de treinta y un años, casado y con familia, para convertirse en saboteador y lanzarse en paracaídas sobre territorio enemigo? La mayor parte del relato que ofreció sobre sus experiencias en manos alemanas parece tan absurdo como afirmaba el MI5. Es más probable que, habiendo partido de Gran Bretaña con grandes ambiciones de convertirse en héroe, al tomar tierra en Estonia el choque con la cruda realidad hubiera disipado aquellas ilusiones y aquel se hubiera centrado, exclusivamente, en convencer a los alemanes de que no debían matarlo. La impresión tuvo que ser devastadora: donde esperaba encontrar a unos estonios que lo recibirían como al heraldo de su libertad, al símbolo de su futura liberación, descubrió, por el contrario, que aquellos solo deseaban su marcha. El enigma más persistente es por qué Seth volvió a Alemania desde París con sus anfitriones del Abwehr en agosto de 1944, en lugar de cruzar al bando de los Aliados, como él mismo admitía que podría haber hecho sin dificultades. La respuesta más probable es que, llegado un determinado punto, era plenamente consciente de que si no lo fusilaban los alemanes, lo harían sus propios compatriotas. Es digno de elogio que los servicios de la inteligencia británica tratasen a Seth, a su vuelta, con una comprensión muy próxima a la compasión. Al fin y al cabo, había sido la SOE la que lo había mandado a un lugar extremadamente peligroso, como hiciera con tantos otros también.

17

El eclipse del Abwehr

Los Bletchley Park de Hitler

Uno de los enigmas más fascinantes de la Segunda Guerra Mundial sigue siendo el de cómo pudo ser que una sociedad tan avanzada como la alemana quedase rezagada respecto de los Aliados en la creación y el descifrado de códigos. El número de personas que destinaron al espionaje de las comunicaciones enemigas sus centros de poder civil y militar era, cuando menos, igual al que emplearon los británicos: unos treinta mil, repartidos en seis organismos distintos que rivalizaban entre sí. Después del Día de la Victoria en Europa se interrogó exhaustivamente al personal capturado. Uno de los momentos más llamativos de este proceso se produjo en Flensburgo, cuando se pidió a cierto oficial de alta graduación de la Chiffrierabteilung del alto mando —u OKW/Chi— que revelase cuál había sido el logro más notable de su departamento: «Se hizo evidente —escribió su interrogador aliado ante el largo silencio que dio por respuesta— que el OKW/Chi no había obtenido éxito alguno de relieve[1]».

Y no fue precisamente por no intentarlo. En absoluto: la Alemania nazi disponía de hombres inteligentes que se desvivieron por alcanzar la pericia de un Turing o un Welchman, un Friedman o un Rowlett, de los que por suerte no sabían nada. Quienes no conozcan más que la historia de Bletchley supondrán que el éxito de los servicios aliados de espionaje de transmisiones y el fracaso de los del Eje fueron absolutos, y, sin embargo, la realidad siguió

derroteros muy distintos. El B-Dienst logró descifrar una proporción considerable de los códigos navales británicos durante la Batalla del Atlántico, cuya descripción se ha abordado en páginas anteriores. Los agentes de la Luftwaffe recabaron una cantidad ingente de información relativa a las operaciones emprendidas por la RAF y la USAAF sobre Europa mediante la escucha de comunicaciones radiofónicas (las conversaciones que mantenían los tripulantes sometidos a la tensión del combate distaban mucho de ser seguras), la observación electrónica y los interrogatorios a prisioneros de guerra. En el Frente Oriental, el análisis y descifrado de códigos de campo brindó a los alemanes no pocos datos útiles relativos a los órdenes de batalla: el servicio de espionaje militar radiofónico destinó a seis regimientos en la Unión Soviética. En una fecha tan avanzada como la de marzo de 1943, cierto informe elaborado en Bletchley acerca de las operaciones efectuadas en dicho territorio por el equivalente germano del Servicio Y hacía constar que el enemigo había leído la mayoría de las transmisiones de la fuerza aérea roja desde el puesto W-40, sito en el Wildpark de Potsdam, en parte por los escasos empeños que hacían los soviéticos en cambiar la designación de sus centros de transmisión[2]. La Luftwaffe accedió a sus mensajes codificados de dos, tres y cuatro cifras. «De lo que han podido hacer los británicos para levantar a los rusos, si es que han hecho algo, no tengo ni idea». Los alemanes también aseveraron haber desentrañado de cuando en cuando el significado de comunicaciones cifradas de más relieve gracias a la escasez de cuadernos de un solo uso que sufrían los operadores de radio y la negligente reutilización que habían de hacer, en consecuencia, de los que poseían. En el África septentrional, el Afrika Korps estuvo sacando más provecho que los británicos de las comunicaciones radiofónicas secretas hasta julio de 1942. Además de acceder al código W de la War Office, capturado en Noruega en 1940, que les revelaría en el futuro el contenido de diversos mensajes poco relevantes del ejército del Reino Unido, las fuerzas de Alemania contaron hasta junio de 1942 con el código de los agregados militares del ejército estadounidense, y más tarde dijeron haber desentrañado su cifrado de campo M-209. Unos y otros aliados occidentales emplearon sin demasiada cautela las comunicaciones radiofónicas orales en beneficio de los excelentes puestos de recepción de sus enemigos.

Aun así, los alemanes no llegaron a alcanzar ni por asomo las hazañas de Bletchley, Arlington Hall ni la Op-20-G a la hora de leer con regularidad comunicaciones de más alto nivel en tiempo real. Por desgracia para ellos, la ventaja que poseía la Sigaba estadounidense frente a Enigma tuvo una importancia crítica. Los expertos creen que habrían decodificado las transmisiones enviadas desde la máquina británica Typex de haberse hecho con los rotores apropiados; cosa que, sin embargo, no ocurrió. Los empeños

de Berlín también sufrieron de forma seria a causa de la división de la campaña criptográfica entre institutos armados y poderes nazis rivales. El organismo más modesto era el del Ministerio de Exteriores de Ribbentrop, el Pers ZS, que poseía su propio puesto de interceptación en el Landhaus y, además, recibía mensajes del OKW/Chi. Entre sus personalidades más destacadas se incluía el doctor Adolf Pashke, especialista en lingüística rusa e italiana que llevaba desde 1919 prestando sus servicios para dicho Ministerio y se había convertido, llegado 1945, en el jefe de hecho del Pers ZS[3]. El doctor Werner Kunze, veterano de tiempos de la Primera Guerra Mundial, era el responsable de criptoanálisis matemático al frente de las máquinas IBM del departamento. La doctora Ursula Hagen era una de las pocas mujeres que operaban en este ámbito y supervisaba a un grupo de doce analistas que centraban su atención en Inglaterra, Irlanda y España. El informe que elaboró Estados Unidos sobre el departamento tras la guerra hace pensar en un conjunto de especialistas razonablemente capaces aunque relativamente mayores que «parecían preocupados en exceso con el criptoanálisis como ciencia más que, a todas luces… como fuente fundamental de información secreta[4]». El triunfo más destacado del Pers ZS consistió en leer el código diplomático «rojo» de los japoneses hasta febrero de 1939, momento en que se vio sustituido por la «morada». Durante la guerra, sus decodificadores lograron desvelar parte de las comunicaciones diplomáticas de nivel medio de los Aliados y naciones neutrales, si bien no hay pruebas de que los responsables políticos prestasen demasiada atención a su contenido o lo sometieran a un análisis serio.

La organización alemana de espionaje de comunicaciones radiofónicas militares cambió tanto y con tanta frecuencia en el curso del conflicto que apenas tiene sentido detallar las variaciones si no es para subrayar que no ayudaron en absoluto al desciframiento de los mensajes. El criptoanalista más influyente del país fue en un principio Wilhelm Fenner, agente del OKW/Chi encargado de crear códigos diplomáticos para Alemania y de desentrañar los del enemigo. Sin embargo, pese a su condición de hombre experto y competente, se tenía en mucho más de lo que era, y su departamento sufrió por ello. Había nacido en 1891 en San Petersburgo, donde su padre dirigía un periódico modesto destinado a la comunidad germana, y hablaba con fluidez las lenguas rusa e inglesa. Tras ejercer un tiempo de ingeniero y más tarde, durante la guerra, de intérprete del ejército, en 1921 sentó plaza en la agencia criptográfica, en la que no tardó en alcanzar un triunfo notable con el desciframiento del código de los agregados militares soviéticos. Introdujo en el departamento a un personaje exótico al que tenía por mentor: el profesor Peter Novopasakenny, antiguo capitán de la Armada blanca de Rusia. El que, poco después, ambos estuviesen leyendo la mayor parte de los códigos

franceses y polacos que llegaban a sus manos debió de convencerles de que dicha actividad no constituía una labor muy complicada. Fenner se quejó con firmeza de los problemas de Haltung («actitud») que creó la llegada de los nazis al poder: «Aquel período trepidante no era propicio al criptoanálisis científico». La lealtad se juzgaba mucho más valiosa que la integridad intelectual.

Los tentáculos del espionaje radiofónico del Chi tenían su ápice en los centros de recepción de Treuenbrietzen, al suroeste de Berlín, y Lauf, al sur de Baden-Baden. El primero estaba compuesto por dos edificios de piedra de una planta rodeados de alambradas y centinelas y dominado por un bosque de antenas de veinte metros de altura. En el interior, un número considerable de operadores se encargaban día y noche, en turnos de seis horas, del manejo de sesenta receptores, ayudados por máquinas de registro de código Morse. Entre ellos había personas ciegas reclutadas por la Wehrmacht por tener más desarrollado el sentido del oído. Fenner señaló al respecto en tono de aprobación: «la precisión de su trabajo se tenía en gran estima[5]». La mayor parte del material obtenido estaba compuesta por grupos de códigos de cinco letras o guarismos, y un operador de cierta aptitud podía despachar entre tres mil y cuatro mil en una sesión; lo que suponía unos doscientos mensajes diarios[6].

Otro tanto cabría decir del centro de Lauf, al que hay que sumar los puestos de interceptación secundarios de Breslau, Münster, Königsberg, Sofía y Madrid. En la capital de España, los operadores ocupaban las amplias instalaciones del antiguo Florida, club nocturno del barrio de la Castellana, en la zona noroeste de la ciudad. En 1941, el Chi fundó otra sección dotada de unos cincuenta hombres en una finca ganadera de propiedad alemana situada al norte de Sevilla. Esta estuvo activa hasta 1944, cuando las autoridades españolas hubieron de reconocer, de forma tardía, el giro que había dado el conflicto y exigieron su cierre. Más allá aún, en las Canarias, había un antiguo radiotelegrafista de la Luftwaffe operando en solitario. Todas estas oficinas transmitían Geheime Kommandosachen («secretos militares») a Berlín, donde se clasificaban conforme a la fuente como descartables o dignos de ser abordados por los descifradores. Igual que en Bletchley o en Arlington, solo pudo estudiarse una proporción de los mensajes interceptados, en tanto que hubo otros, decodificados en lengua extranjera, que tuvieron que quedar sin traducción.

Durante los años de preguerra, los alemanes leyeron buena parte de las comunicaciones diplomáticas de Francia. Cierto texto decodificado de septiembre de 1939 ofreció al OKW la información vital que necesitaba para entender que la incursión de las fuerzas de aquella sobre el Sarre no era más que una argucia que no exigía traslado alguno de tropas alemanas desde el

frente polaco. Durante buena parte del resto de la guerra, el Chi tuvo acceso a los mensajes que remitían desde Londres la Francia libre y el Gobierno polaco en el exilio, junto con algunos de los que enviaban los suizos con sus máquinas Enigma y, supuestamente, una porción de los de origen soviético, aunque no hay pruebas de que ninguno de ellos revistiera gran importancia. La acometida de las comunicaciones de las fuerzas aliadas por parte de Alemania se vio complicada y debilitada por la división entre las funciones del OKW/Chi y las de la sección de espionaje radiofónico del ejército, que con el tiempo adoptaría la denominación de OKH/GdNA o Inspección 7/VI y a la que se adscribió una cantidad incesante de especialistas del Chi. A la postre, se sirvió de la labor de doce mil personas, entre las que se incluían regimientos de campaña destinados en los campos de batalla, si bien de las actividades del Frente Oriental se encargaba un organismo distinto denominado HLS/Ost.

Hasta el invierno de 1943, fecha en la que alcanzaron proporciones devastadoras los bombardeos aliados de Berlín, tanto el cuartel general de la sección criptográfica del ejército como los diversos departamentos «nacionales» estaban ubicados en el mismo barrio de la capital por hallarse a las órdenes de Canaris. El Referat estadounidense y la oficina principal del Chi se encontraban en la Matthaeikirchplatz; el de los Balcanes y el británico, en la Schellingstrasse número 9, etc. Se emplearon unos trescientos veinte criptolingüistas, junto con un cuerpo de oficinistas y demás personal administrativo de varios centenares de personas compuesto en gran medida por mujeres. El departamento de evaluación tenía su sede en la Bendlerstrasse, donde los responsables crearon el mismo género de ficheros de oficiales, contraseñas, unidades y buques de guerra enemigos que en Bletchley. Los expertos en desciframiento del Chi trabajaban a puerta cerrada, y ninguna de las oficinistas femeninas tenía acceso a las llaves de seguridad. La rivalidad que se había creado respecto del Forschungsamt de Göring, poco más que un instrumento del Partido Nazi calificado por Walter Schellenberg de «juguetito privado» del ministro, constituía una verdadera desventaja. Las dos mil personas que prestaban allí sus servicios de decodificación podían haber tenido una eficacia mayor bajo un techo común que aunase al Chi y al OKH/GdNA.

El Chi se servía de los mismos medios que los británicos y los estadounidenses para la selección de personal, consistentes en examinar a los candidatos con crucigramas y problemas matemáticos[7]. Quienes los superaban pasaban a hacer un curso de iniciación de cuatro semanas en el que aprendían, entre otras cosas, métodos de sustitución y transposición. También los instaban a leer una historia francesa del criptoanálisis, así como el libro de Herbert Yardley sobre la desaparecida Cámara Negra. Si bien

durante su apogeo, ocurrido en 1941, empleaba a unas tres mil personas, el Chi fue perdiendo operarios con el tiempo, cuando muchos de cuantos servían en los organismos de la retaguardia hubieron de convertirse en Frontsoldaten o pasaron al OKH/GdNA. En tanto que el éxito de Bletchley garantizaba fuentes nuevas a cada paso, la falta de resultados del Chi suscitaba un escepticismo cada vez mayor. Además, desde julio de 1944 se convirtió en un foco de escrutinio hostil tras la ejecución de sus dos oficiales de mayor graduación, generales del cuerpo de transmisiones acusados de haber conspirado contra Hitler. El veterano Fenner se vio también sometido a investigación después de que un oficial del SD lo denunciara por considerar que estaba tratando de torpedear las comunicaciones de la Wehrmacht al recomendar un sistema de cifrado menos eficaz. Tal como diría más tarde aquel, «todo el servicio criptográfico fue objeto de sospecha política[8]». Aunque al final se vio absuelto, la reputación de su departamento quedó manchada de forma irremediable a ojos de los nazis.

El Turing y el Welchman de los británicos y el Friedman y el Rowlett de los estadounidenses carecían de parangón en el campo enemigo. El proceso de recluta no se vio favorecido por el hecho de que muchos de los cerebros más sobresalientes de Alemania hubiesen sufrido exilio, prisión o ajusticiamiento por su condición judía. Cabe señalar que tres de los integrantes del equipo de desciframiento del ejército estadounidense original de Friedman, así como varios de los intelectos más notables de Bletchley, eran judíos. La posteridad desconoce casi por completo el nombre de los descifradores de Hitler, mientras que los de Estados Unidos y el Reino Unido se han hecho célebres con el tiempo. Con todo, algunos de los hombres del Chi poseían un talento que solo superaban sus enemigos. Entre los más destacados se contaba el doctor Erich Hüttenhain, estudiante señalado que había nacido en 1905 en Westfalia y profesaba una gran pasión a la cronología maya. Dejó la universidad en 1932 colmado de honores en astronomía, matemáticas y física. Más tarde trabajaría durante cinco años en calidad de auxiliar de investigación astronómica en Münster antes de que lo alistasen para ejercer de criptoanalista. No tardaron en ponerlo al frente de una división, desde donde se dispuso enseguida a reclutar a los mejores cerebros que pudo identificar y se encargó de mantenerlos alejados del frente cuando estalló la guerra. Su ayudante, Walther Fricke, fue autor de una tesis doctoral sobre la dinámica del sistema estelar, y en 1939 debía asumir un puesto de investigador en la Universidad de Edimburgo. Se unió al Chi en 1941 sin saber nada de criptoanálisis, y, no obstante, demostró una gran competencia. El teniente Schubert se hizo experto en comunicaciones rusas, ayudado por un libro de códigos con que se hicieron los fineses durante la guerra que mantuvieron con la Unión Soviética entre 1939 y 1940. Más tarde lo

trasladaron al OKH/GdNA, donde leyó parte del material de cuatro cifras del Ejército Rojo. Fenner también tenía en gran consideración a Bernert, hombre de origen vienés al cargo de los mensajes británicos, y a Döring, a quien «se recurría siempre para trabajos difíciles». Había un ingeniero que construía «decodificadores de fase». Se llamaba Willi Jensen, y era lo más parecido al Tommy Flowers de Dollis Hill con que contaba el organismo.

Entre otros personajes notables se encontraban Wolfgang Franz, Ernst Witt, Karl Stein y Gisbert Hasenjaeger, quien a sus veinticuatro años era el más joven del equipo. Hüttenhain reclutó a cinco profesores de ciencias exactas, como Georg Aumann, Werner Weber o Johann Schultze, y a un físico de inclinaciones matemáticas. A diferencia de los británicos, que permitían a la mayor parte de los descifradores de Bletchley mantener su condición civil, los de Alemania alistaron a los suyos en la Wehrmacht en calidad de Gefreiter («soldados de primera»), y semejante pérdida de categoría ofendió a aquellos académicos distinguidos. Erich Hüttenhain obtuvo su primer triunfo significativo cuando logró transcribir los códigos de campo franceses en 1938. Los alemanes pudieron leerlos hasta 1940 y aun después, a pesar de los cambios que se introducían cada mes. Pese a decodificar un número relativamente escaso de comunicaciones británicas importantes durante la guerra relámpago acometida en Francia, los de la radioescucha militar lograron que los comandantes germanos pudieran hacerse una idea precisa del orden de batalla enemigo, seguir su avance hacia Bélgica y conocer la orden de resistir hasta el final que había recibido la guarnición de Calais.

En los edificios de que disponía el Chi en Tirpitzufer figuraba en un lugar prominente una Typex británica capturada en Dunkerque, si bien sin los rotores. Hüttenhain hizo saber a quienes lo interrogaron en 1945 que, «dado que era similar a Enigma y estamos convencidos de que esta no se puede descifrar, no se hizo ningún gran empeño en descifrar la Typex… Enigma podría desentrañarse usando una versión más compleja de Hollerith [una tabuladora] de grandes dimensiones; pero algo así resulta muy poco viable». Los alemanes crearon un abanico de avances tecnológicos intermedios a fin de facilitar su labor, incluido un Röllchengerät, un aparato de 10 × 10 cilindros producido por el departamento de criptografía del Ministerio de Exteriores que desempeñaba funciones de cálculo primitivas. El Chi disponía asimismo de una máquina de escribir eléctrica capaz de efectuar sencillas sustituciones de letras. «La lectura mecánica de cintas perforadas [por parte de los aparatos de análisis de bigramas] era siempre demasiado lenta —se quejaba Fenner—: el futuro está en la lectura fotoeléctrica[9]». Los británicos, en cambio, habían hecho maravillas con los adelantos intermedios, y en comparación con las bombas y los Colosos que tantos milagros obraban en Bletchley, la maquinaria empleada por el Chi y el OKH/GdNA semejaba a un

biplano de 1914 colocado al lado de un caza de reacción de 1945.

Los alemanes dependían en grado abrumador del ingenio humano a la hora de acceder a los sistemas de menor nivel de los Aliados. Formaban grupos de hombres a los que asignar el desciframiento de determinado mensaje, y sus integrantes ponían en común sus ideas igual que se hacía en Bletchley o en Arlington Hall. Fenner declaró que durante los primeros años de la guerra, cuando los expertos germanos habían logrado leer los mensajes del agregado militar estadounidense que se servían del método español, el 80% de las transcripciones se lograba gracias a errores cometidos por los usuarios, sobre todo cuando se repetían mensajes idénticos en códigos diferentes: la proverbial vulnerabilidad que tanto ayudó a los Aliados. Aseveraba que las cifras soviéticas eran seguras si se empleaban de forma adecuada, aunque añadía que «si los criptoanalistas de Moscú supieran cómo se estaban usando, se echarían las manos a la cabeza». Tan petulante observación debería juzgarse, no obstante, en el contexto de la escasa información de relevancia para su campaña bélica que, al parecer, brindaron a Berlín las decodificaciones que hubiesen podido lograr sus servicios secretos.

En 1941 los alemanes trasladaron de Francia al África septentrional operadores de radio con experiencia en interceptar comunicaciones británicas y cosecharon pingües dividendos. El 26 de junio, cierto informe extenso de Bletchley advertía a la War Office del Reino Unido de la decodificación por parte del enemigo de determinados mensajes británicos durante el desastre de Creta, entre los que figuraban algunos que detallaban los movimientos de aviones y buques[10]. El Afrika Korps tenía a los operadores del 8.º Ejército por gentes poco disciplinadas y atribuyó buena parte de las victorias obtenidas por Rommel entre 1941 y 1942 al hecho de conocer de antemano la ubicación de las fuerzas británicas[11]. Algunos de sus interceptores eran lingüistas muy cualificados. Uno de ellos, un suboficial de veintiséis años por nombre Schwartze, era hijo de una inglesa y un alemán de sangre judía. Se había formado en el Cheltenham College y el Merton College, ambos de Oxford, donde había estudiado derecho, si bien más tarde se le prohibiría ejercer en Alemania por causa de su ascendencia. Operaba en el norte de África junto con un amigo llamado Graupe, un ciudadano de Berlín algo mayor que él que había estudiado en Luisiana y trabajó en una fábrica de Estados Unidos hasta que las autoridades se negaron a renovarle el visado.

Tras la guerra, el teniente general Albert Praun declaró que los descuidos diversos de los angloamericanos permitieron a sus oficiales reconstruir órdenes de batalla del enemigo del mismo modo como lo hacían los Aliados. Los del puesto de espionaje radiofónico de Atenas, por ejemplo, leyeron un mensaje de cierto oficial pagador británico destinado en Palestina por el que

se daba a determinada división instrucciones de dejar atrás sus archivos durante su traslado a Egipto, y esto permitió cambiar de lugar uno de los alfileres que marcaban la posición de las unidades británicas en el mapa de Oriente Próximo. Más tarde, los alemanes descubrieron que la 82.ª División Aerotransportada de Estados Unidos se había trasladado del Mediterráneo al Reino Unido al descifrar un mensaje administrativo sobre la demanda de paternidad a que se enfrentaba uno de los paracaidistas de la unidad[12]. Del mismo modo, supieron de un ataque inminente a Italia mediante la decodificación de un comunicado relativo a cierto envío de ron a las unidades de asalto. La transcripción que hicieron los italianos de las comunicaciones cifradas británicas reforzó de manera notable las labores de espionaje del Eje.

Hans-Otto Behrendt, uno de los oficiales de Rommel, escribió ufano que entre 1941 y 1942, su jefe «tenía a menudo una idea más clara de lo que planeaba el comandante en jefe británico que algunos de los mandos subordinados a este[13]». El general alemán se refería a su 621.ª Compañía de radioescucha como su «circo». Se preciaba de que, hasta la batalla de El Alamein, no había entrado en combate una sola formación de entidad del Reino Unido sin que la hubiese identificado previamente su equipo de interceptación radiofónica. El asalto de las tropas neozelandesas sufrido el 10 de julio de 1942 por la 621.ª, en el que murió o fue capturado casi todo su personal, se tuvo por un desastre de envergadura en las filas del Afrika Korps. Cuando los de Bletchley descifraron mensajes que revelaban que los alemanes conocían las claves de las comunicaciones del agregado militar estadounidense, obtuvieron un éxito relevante al persuadir a Washington para que las modificase. En consecuencia, Rommel dejó de tener acceso el 29 de junio de 1942 a dichas transmisiones, que él había descrito en tono afectivo como sus «little Fellers» haciendo un juego de palabras con el apellido del agregado estadounidense en Egipto. Un oficial del Estado Mayor alemán calificó de «catástrofe» este hecho[14]. El choque que produjo entre los decodificadores del Chi y los radioescuchas de Berlín fue tan brutal como el que supuso en Bletchley la introducción, por parte de Dönitz, de un cuarto rotor en la máquina Enigma empleada por los submarinos. Aunque la GC&CS había advertido a principios de mayo a Estados Unidos de la amenaza letal que comportaban las comunicaciones de El Cairo, ciertas chapuzas burocráticas llevaron a que se siguieran enviando mensajes —entre los que se incluía material por demás sensible relativo a la defensa del delta del Nilo— a lo largo de los dos meses siguientes, antes de que se sellara al fin semejante fisura. El coronel McCormack escribió a Washington durante su visita a Bletchley: «Los contratiempos… han provocado en algunos sectores de relieve (y hay que reconocer que no sin justificación) una impresión un tanto desafortunada respecto de nuestros propios procedimientos de

seguridad».

Hasta el verano de 1942, alemanes y Aliados ocupaban posiciones semejantes en el enfrentamiento de sus servicios secretos en el Mediterráneo: Rommel sabía lo mismo aproximadamente de sus rivales británicos que estos de él. Además, el desastre que había sufrido en agosto el desembarco de Dieppe, en el norte de Francia, fue atribuible en parte al hecho de que los defensores se hallaban en estado de alerta máxima gracias a los numerosos datos relativos a los preparativos británicos recabados por los radioescuchas y espías de las fuerzas de Alemania. En adelante, sin embargo, la Wehrmacht se fue quedando atrás de manera progresiva, y en aquel momento le llegó entonces el turno de sufrir la principal deficiencia que había acosado a las operaciones del Reino Unido a lo largo de los tres años anteriores: la falta de poder coercitivo con el que sacar provecho a la información. Llegado 1943, uno de los oficiales de espionaje de Rommel señaló que, si bien seguían obteniendo material útil del Servicio Y así como de los interrogatorios de prisioneros de guerra, apenas estaban en posición de sacar provecho de él: «la información táctica no servía demasiado: carecíamos de la fuerza necesaria[15]». Los alemanes no volvieron a dar con ninguna fuente militar aliada comparable a Bonner Fellers. La «operación Antorcha», nombre asignado a la invasión del norte de África emprendida en noviembre de 1942, sobrevino por sorpresa a los de Berlín por lo estricto de la disciplina radiofónica aliada, la introducción de nuevas tablas de cifras navales especiales y el convencimiento, por parte del Abwehr, de que los convoyes participantes estaban destinados a la isla de Malta o a algún desembarco más oriental, a pesar de los informes enviados por los observadores que tenían en España. En 1943 recibieron en ocasiones advertencias de invasiones inminentes en el Mediterráneo por referencias a colores presentes en las señales cifradas de campo o comunicaciones orales británicas o estadounidenses, en las que las playas se designaban como «verde», «azul», «blanco», etc. Aun así, en julio, durante las primeras horas de la «operación Husky», ofrecieron una respuesta lenta, en parte por la alarma infundada que habían dado dos semanas antes los radioescuchas acerca precisamente de la invasión de Sicilia. La investigación posterior demostró que estos habían interceptado transmisiones de un ejercicio de desembarco que acertó a efectuarse en el África septentrional en el mismo rumbo de dicha isla italiana desde uno de sus radiogoniómetros, aunque poco menos de dos centenares de kilómetros más al sur[16].

En cuanto al HLS/Ost, que operaba en el Frente Oriental, el oficial de espionaje del XXX Cuerpo Blindado alemán rindió un pródigo homenaje en febrero de 1943 al «sobresaliente» servicio de espionaje radiofónico que se llevaba a cabo en el frente de su formación. Sin embargo, en torno a las

mismas fechas los soviéticos capturaron una compañía germana de interceptación en Stalingrado, y supieron, tarde, del refinamiento de sus actividades: en adelante, sus oficiales interrumpían a menudo las conversaciones orales en caso de que sus otras unidades violasen la seguridad. Después de la batalla por aquella ciudad, según Albert Praun, el Ejército Rojo superó en disciplina radiofónica a cualquiera de los adversarios de Hitler, «y dio más problemas a los radiogoniómetros alemanes que sus aliados occidentales», quienes se volvieron más descuidados[17]. En el año que transcurrió desde el 1 de mayo de 1943 hasta el de 1944, por ejemplo, el Grupo de Ejércitos Norte interceptó 46 342 mensajes soviéticos, de los que, no obstante, solo pudo leer 13 312 —todos ellos de escasa consideración y muchos con demasiado retraso—.[18] El general Kurt von Tippelskirch declararía al respecto tras la guerra: «Con el tiempo, [los radioescuchas] toparon con dificultades cada vez mayores a la hora de hacer frente a las medidas de desorientación de los rusos, que simulaban constantes movimientos de tropas[19]». Los ánimos de la Wehrmacht no mejoraron cuando se descifró un mensaje del enemigo por el que cierto oficial de los servicios de información del Ejército Rojo instaba a las unidades que se habían dado a la matanza de prisioneros de guerra a respetar la vida a al menos uno de ellos a fin de poder interrogarlo. «Capturados 20 alemanitos —aseveraba un informe soviético, enviado al parecer en respuesta a dicha petición—: tras enviar a uno a la retaguardia para interrogatorio, se fusila al resto[20]» Praun escribió con desdén tras el conflicto que tal cosa ofrecía «una imagen de veras estremecedora de los métodos de combate asiáticos que empleaban los rusos[21]».. Olvidaba, sin lugar a dudas, que su propio ejército mató o dejó morir de hambre a dos millones de prisioneros soviéticos entre 1941 y 1942, y a muchos más en los años posteriores.

A principios del verano de 1944, antes de que el Ejército Rojo emprendiese la «operación Bagratión», la mayor ofensiva de la guerra, se hizo acudir a Pável Sudoplátov al Kremlin junto con su superior, Merkúlov; Abakúmov, del SMERSh, y el jefe del GRU a fin de tratar un nuevo lance de la «operación Monasterio», que llevaba en marcha un tiempo considerable con el fin de engañar al enemigo. Reinhard Gehlen y el Abwehr seguían entusiasmados por el flujo constante de información que recibían del agente Max, y el jefe de espionaje del Frente Oriental de Alemania incurrió en la temeridad de comunicar a su propio alto mando que podía contar con «un verano tranquilo[22]». La Stavka moscovita decidió, pues, que había llegado el momento de emplear a Alexandr Demiánov y su red para construir una trama más de desinformación con la que apoyar la «operación Bagratión».

Los jefes de espionaje entraron en los aposentos de Stalin con la actitud

arrogante que había inspirado en ellos el aluvión de triunfos que acompañaba a las fuerzas soviéticas —Sudoplátov, de hecho, acababa de recibir la Orden de Suvórov por su participación—. Su dirigente, sin embargo, los recibió con gran frialdad, dando muestras de su perversidad habitual. En su opinión, se estaban desarrollando ideas muy tradicionales a la hora de desorientar al enemigo, en tanto que él deseaba probar algo nuevo capaz de brindar auxilio inmediato al Ejército Rojo. Sudoplátov, desconcertado, optó por guardar un silencio cauto. Abakúmov se limitó a pedir que se le pusiera al frente de la «operación Monasterio». A renglón seguido, Stalin hizo entrar al general Serguéi Shtemenko, jefe segundo del Estado Mayor General, que leyó una orden redactada con anterioridad: el equipo de la Monasterio debía transmitir información confidencial al OKH para convencer a los alemanes de que una de las brigadas que tenían en Bielorrusia había quedado cercada pero seguía combatiendo. Se pretendía así incitarlos a poner en marcha una operación destinada a avanzar con decisión y liberarla.

Sudoplátov quedó deslumbrado por la audacia y la originalidad de aquel plan. En julio de 1944 envió a su subordinado inmediato, Leonid Eitington, a Bielorrusia a ponerlo en práctica junto con el especialista de radio conocido como Fisher y un equipo del NKVD. Alexandr Demiánov informó a los alemanes de que le habían asignado un puesto nuevo en el departamento de comunicaciones del Ejército Rojo destinado en el frente bielorruso. El 19 de agosto, Gehlen hizo saber a sus comandantes, fundándose en los datos proporcionados por Max, que cerca del río Berézina había una brigada de la Wehrmacht compuesta por dos mil quinientos hombres, comandada por el teniente coronel Heinrich Scherhorn y dotada de unos cuantos cañones y carros de combate que luchaba con desesperación para romper el cerco al que la había sometido el enemigo. Los soviéticos habían estudiado bien el tamaño del señuelo, que debía ser lo bastante pequeño para resultar creíble y lo suficientemente grande para que valiese la pena tratar de emprender un rescate. Huelga decir que, en realidad, Scherhorn y el millar y medio de soldados de su maltrecha unidad que quedaban con vida habían sido desarmados y se encontraban ya en manos del Ejército Rojo. Sus operadores de radio estaban transmitiendo con una pistola en la sien, en sentido figurado y tal vez también literal.

Por sorprendente que resulte, el engaño se mantuvo con éxito desde el 19 de agosto de 1944 hasta el 5 de mayo de 1945. Aunque la Wehrmacht se hallaba en circunstancias demasiado desesperadas para embarcar a sus fuerzas terrestres en una operación destinada a socorrer a Scherhorn, durante aquellos meses envió toda una serie de aviones de transporte que hicieron llegar en paracaídas al coronel provisiones, munición, equipos de transmisión, dinero en efectivo y guías polacos a los que se había

encomendado la misión de conducir a la brigada campo a través hasta alcanzar las líneas alemanas. Todo este material, incluidos trece radios y diez millones de rublos, se recuperó junto con veinticinco integrantes del Abwehr. A fin de sostener el ardid, se permitió que volviesen sanos y salvos a sus bases algunos de los aviones germanos. El NKVD no pudo menos de deleitarse cuando, el 28 de marzo de 1945, Scherhorn recibió un mensaje personal del general Heinz Guderian por el que le anunciaba su ascenso a coronel y la concesión de la Cruz de Caballero. Pese a ser ingenioso hasta lo sumo, el engaño reportó al Kremlin dividendos modestos que no cabe comparar ni remotamente con la contribución que hizo la «operación Monasterio» en general al asedio de Stalingrado.

En medio de la penosa escasez de recursos de que adolecía la Wehrmacht, los oficiales de su servicio secreto se aplicaron con ahínco creciente a determinar dónde estaban concentrando su artillería los soviéticos; pero su labor se volvió más problemática a medida que se revelaba un número cada vez mayor de piezas fingidas. «El interrogatorio de prisioneros de guerra —aseveraba el general Von Tippelskirch— constituía la fuente [de información] más provechosa, y la seguía el Servicio Y.». Los alemanes, perdida toda esperanza de descifrar los códigos aliados de alto nivel, se habían centrado en comunicaciones más modestas. Además, se hacía necesario que el conocimiento fuese de la mano de la capacidad disponible, y tal como puso de relieve con tristeza Albert Praun, en los años finales de la guerra en el Frente Oriental la localización de concentraciones soviéticas dejó de dar fruto alguno por el simple hecho de que la Wehrmacht y la Luftwaffe no podían actuar conforme a la información obtenida sino «en la medida en que… contaban con medios suficientes para adoptar medidas de contraataque en aquella zona»; condición que no se daba con frecuencia[23].

Entre 1944 y 1945, perdida por los alemanes la facultad de llevar a cabo misiones relevantes de reconocimiento aéreo, asumió una relevancia aún mayor el servicio de radioescucha o Nachrichtenarmaufklärung. Sus estaciones dejaron de interceptar mensajes de prioridad secundaria en lugares como Irlanda o España para centrarse en los ejércitos aliados. Siguieron la pista a muchas formaciones estadounidenses rastreando el movimiento de sus APO, o códigos postales castrenses. El centro de interceptación que tenían en la ciudad noruega de Bergen contaba con ciento cincuenta receptores y dominaba un tráfico nutrido de comunicaciones que llegaba nada menos que hasta el territorio continental de Estados Unidos. Albert Praun, que no dudaba en alabar la disciplina radiofónica de los británicos, expresó su desconcierto ante la costumbre de sus unidades de transmitir en claro contraseñas e identificadores[24]. Las conversaciones

informales que se producían durante las maniobras de los Aliados se revelaron como una fuente muy fructífera de material confidencial.

Erich Hüttenhain, integrante del Chi, entendía la creación y la decodificación de cifras como procesos destinados a enriquecerse mutuamente, y se indignaba cuando la Wehrmacht hacía caso omiso de sus advertencias relativas a la vulnerabilidad de algunos de sus códigos y de sus líneas de teletipo, aunque no, hasta un estadio posterior, de la máquina Enigma. La soberbia del OKW no desapareció siquiera después de la creación, en 1942, de un departamento especial de seguridad de códigos del Chi dirigido por Karl Stein. Wilhelm Fenner diría con amargura tras la guerra: «La postura del alto mando era la siguiente: hasta el momento, Alemania había ganado todas sus batallas usando el sistema [de que disponía], y no había necesidad de sobrecargar a los soldados con métodos nuevos». En agosto de 1944, cuando el equipo de Stein instó, demasiado tarde, el abandono de Enigma, las fuerzas armadas siguieron resistiéndose. «El ejército respondía con una oleada de protestas —recuerda Fenner— cada vez que se le pedía que cambiase algún sistema». Compárese esta actitud con la de los estadounidenses, que perdieron una máquina criptográfica en Francia y aceptaron la descomunal carga logística que suponía modificar la instalación eléctrica del resto de las Sigaba con que contaban en la zona por temor a que el ejemplar extraviado hubiese caído en manos de los alemanes (según se supo con el tiempo, no había ocurrido tal cosa). En noviembre, Hüttenhain participó como ponente en un simposio de criptografía militar y, por más que volvió a recalcar las debilidades de las comunicaciones de la Wehrmacht, no se hizo nada por aplacar sus temores. Ante la ausencia de pruebas contundentes de que los británicos hubiesen dado con el código de Enigma, los criptoanalistas del Chi se vieron obligados a demostrar teóricamente sus flaquezas a fin de dar peso a sus advertencias. Esto no bastó a los generales de Alemania. Entre tanto, los fabricantes iban acumulando retrasos con el desarrollo de un rotor nuevo y más avanzado para su Enigma: el Luckenfüllerwalze, que no estaría listo para el campo de batalla hasta el 1 de mayo de 1945.

Los germanos no llegaron nunca a concentrar su talento decodificador ni sus recursos del modo que se hacía imprescindible para obtener grandes logros. Cierto analista estadounidense observó tras interrogar a los principales descifradores de Alemania en 1945: «Todo apunta a que ni el Abwehr ni la dirección del OKW/Chi tenían una idea adecuada de las dificultades a las que se enfrentaban los criptoanalistas… Las instrucciones llegaban siempre demasiado tarde[25]». La genialidad del método británico se fundaba en la confluencia del espíritu libre de los decodificadores civiles procedentes del mundo académico con un sistema por demás disciplinado de

análisis y difusión. Alemania, una de las sociedades más organizadas del planeta, omitió en primer lugar aprovechar al máximo sus mentes más privilegiadas, y en segundo lugar, idear los adelantos tecnológicos cuyo auxilio resultaba indispensable para desentrañar en tiempo real los códigos creados por las máquinas del enemigo. Los oficiales del servicio secreto de la Wehrmacht declararon que las fuentes más útiles de que dispusieron durante la segunda mitad de la guerra, período en el que la hegemonía aliada de los cielos hizo inviable el reconocimiento aéreo, fueron, en orden descendiente, los documentos capturados, la observación humana en el campo de batalla, el análisis de las comunicaciones radiofónicas y el material derivado de elementos de acceso público (la prensa aliada y las emisiones de la BBC).

Si en Bletchley los decodificadores del Reino Unido tenían que llevar a cabo tareas que exigían empeños supremos de concentración en condiciones que no eran demasiado propicias —sobre todo cuando se instalaba el frío del invierno—, los inconvenientes a los que se enfrentaba el personal del Chi y de los puestos criptográficos del ejército alemán eran mucho peores. En noviembre de 1943, los bombardeos británicos destruyeron o dañaron seriamente la mayor parte de las casas de Tirpitzufer en que operaban, y el B-Dienst perdió buena parte de sus ficheros. A sus integrantes no les debía de resultar fácil centrar la atención en problemas matemáticos de gran complejidad mientras tiritaban en oficinas cubiertas de polvo que carecían de puertas y ventanas. Además, dado que apenas había una noche en que no se produjesen ataques, las ocasiones de conciliar el sueño eran pocas. Fenner calculaba que la producción de los descifradores —el número de mensajes que transcribían— disminuyó dos terceras partes durante el invierno de 1943 y 1944 para no volver a recuperarse en el futuro en medio de incesantes evacuaciones y traslados a ubicaciones temporales. El autor de esta estimación estaba casado con Elise, hija de un oficial del ejército prusiano, y ambos tenían el espíritu abatido por la muerte de su único hijo en el frente soviético. Desde 1944 hasta el final de la guerra, el Chi se ocupó de forma punto menos que exclusiva en la seguridad criptológica de Alemania, si bien huelga decir que también en esto fracasó. Se abandonaron casi por completo los empeños en decodificar las comunicaciones radiofónicas de los Aliados. Se dejó en manos de los agentes tácticos del servicio secreto de radioescucha sobre el terreno el hacer cuanto fuera posible con el análisis de transmisiones y códigos menores.

Entre enero y junio de 1944, el Chi descifró al mes tres mil VN (Verlässliche Nachrichten o «mensajes fiables»), el equivalente alemán de las «fuentes ultrasecretas» de los británicos. La inmensa mayoría, no obstante, se refería a asuntos de trámite de los Aliados o de cuestiones de naciones neutrales como la turca. Fenner y sus camaradas leyeron un centenar diario

de comunicaciones diplomáticas remitidas por 29 potencias secundarias, lo que supuso el empleo de hectáreas de papel y ayudó a crear en ellos, y en cierto grado en sus superiores, la ilusión de estar desarrollando una actividad útil. Desperdiciaron un esfuerzo descomunal en descifrar mensajes cuando ya no eran de utilidad. Un ejemplo extremo de esto último fue el del informe que envió a Tokio el 10 de diciembre de 1943 el embajador de Japón en Moscú a fin de dar cuenta de la situación económica y militar de la Unión Soviética, cuyo contenido se consiguió desentrañar el 11 de octubre del año siguiente. Acabado el conflicto, cayó en manos de los estadounidenses una copia de la transcripción, en la que un empleado del Chi había anotado: «Resuelto con demora».

El mejor criptoanalista de Alemania también descifró una comunicación argentina de Buenos Aires a Londres en la que se leía: «El Departamento Económico de Azúcar y Alcohol aprueba la ampliación del acuerdo intermedio durante dos años y considera oportuno solicitar un incremento de la cuota». Si tal cosa puede resultar banal, en 1945 los Aliados capturaron miles de VN archivados con gran meticulosidad y de carácter aún más anodino. Aun cuando los alemanes pudieron atribuirse varios triunfos útiles —aunque nunca decisivos— hasta 1943, durante el resto de la guerra, el Chi descifró poco menos que asignaciones de azúcar. Bletchley, Arlington Hall y la Op-20-G también recogieron mucha paja; pero de cuando en cuando daban con el grano de gran valor que se mezclaba con ella. Berlín, en cambio, no pudo presumir de ningún logro comparable.

Cicerón

Una escena digna de alguna de las películas absurdas de espías que dio el Hollywood de la década de 1920: en un suntuoso salón diplomático, un aristócrata con bigote cuyo nombre desafía toda parodia interpreta a Beethoven en un piano de cola mientras en el piso de arriba uno de sus sirvientes, de origen balcánico e intenciones aviesas, fotografía sus documentos secretos con el propósito de venderlos al enemigo. Los británicos se precian con justicia de los triunfos que obtuvieron sus servicios de información durante la Segunda Guerra Mundial; pero los problemas de personal que conoció sir Hughe Knatchbull-Hugessen, embajador ante Turquía, representan una cara más lamentable de aquella moneda. Fue uno de los últimos logros del servicio secreto alemán, si es que puede recibir tan honrosa denominación habida cuenta de su escasa contribución a la causa de Hitler.

Knatchbull-Hugessen había servido en Ankara desde 1938, año en que se

trasladó con su esposa Mary a la residencia británica inmediata a la embajada, sita en las colinas de Çankaya, que dominan la capital. La historia no ignora, en absoluto, que entre 1943 y 1944 empleó a un ayuda de cámara que vendió sus secretos a los alemanes. Sin embargo, no todos saben que, por increíble que parezca, el Abwehr estaba recibiendo ya en 1941 material de su caja fuerte procedente de otras manos. Así, el doctor Viktor Friede, delegado de Canaris en la ciudad, se jactaba de haber tenido acceso a los documentos de Hugessen durante los meses de octubre y noviembre de aquel año. Además, en un segundo incidente de enero de 1943, Andrea Marovic, ayuda de cámara a la sazón del diplomático, telefoneó a la embajada de Alemania para informar de que su patrón había marchado a Adana para reunirse con Winston Churchill. Cuando el Foreign Office de Londres tuvo noticia de lo ocurrido y dio orden a Hugessen de despedirlo, el legado, en lugar de obedecer de inmediato, respondió que le iba a resultar difícil cumplir con sus deberes si prescindía de tal criado y que, por lo tanto, no iba a hacer nada hasta disponer de un sustituto[26]. El Ministerio lo amonestó y calificó el asunto de «serio e imposible de diferir». A Marovic lo despidieron nada menos que el 15 de mayo para sustituirlo de manera temporal por un lacayo. Dos meses después, Hugessen contrató para cubrir la vacante a Elyesa Bazna pese a los informes negativos de las autoridades turcas.

Bazna era un granuja confeso: un personaje codicioso que siempre andaba metido en líos. Hijo de un profesor de religión musulmana, había nacido en la Yugoslavia meridional cuando aún pertenecía al Imperio Otomano. Desempeñó varias veces el oficio de chófer, del que se vio expulsado por incompetencia, y en cierta ocasión cumplió condena en un campo penitenciario de Francia en el que aprendió a forzar cerraduras. Tras su liberación, hizo, en sus propias palabras, «lo que hace todo el que nunca ha aprendido un oficio ni tiene más recursos que su propio ingenio: trabajar de kavass ["sirviente[27]"]». Ejerció de criado doméstico y chófer a las órdenes de estadounidenses, yugoslavos, alemanes y, por último, británicos. Convencido de tener buena voz, en sus horas libres tomó clases con la esperanza de llegar a ser cantante profesional. En 1943, sin embargo, este hombrecillo petulante comenzó a sentirse mortificado por su propia condición: a sus treinta y ocho años se consideraba un fracasado. Mientras prestaba sus servicios en la embajada alemana, fotografió sin mayores pretensiones unas cuantas cartas, y de pronto le asaltó una inspiración: «Yo no era nadie… ¿Por qué no hacer de espía?»[28].

Se agenció un puesto de doméstico del primer secretario de la embajada británica de Ankara y comenzó a leer los papeles privados de su patrón cuando no estaba disfrutando de un baño prolongado en las instalaciones de la residencia. También se embarcó en una aventura amorosa con Mara, la

niñera adolescente del secretario: «tenía al cuello sus brazos con más frecuencia que mis catorce corbatas[29]». La relación no cesó cuando Bazna se convirtió en el ayuda de cámara del embajador, y la joven se tornó en cándido testigo de su paso de bribón informal a espía consagrado. Tras el almuerzo, el diplomático tenía la costumbre invariable de tocar el piano en el salón y dejaba las llaves al alcance de su criado, quien no dudó en hacer un molde de cera de las que abrían la valija diplomática y la caja fuerte. Hugessen guardaba siempre en su dormitorio los documentos más importantes; de modo que al doméstico y su cámara no les faltó ocasión alguna. «Todo esto lo hago por mi país», aseguraba en tono solemne a Mara mientras se dirigía al mercado; es decir, a la embajada alemana. Decía estar luchando por evitar que Turquía entrase en la guerra, en tanto que los británicos y los estadounidenses conspiraban a fin de conseguir lo contrario.

La esposa del consejero de la embajada de Alemania, Albert Jenke —quien acertó a ser cuñado de Ribbentrop—, lo recibió con frialdad la primera vez que se presentó con su mercancía, la noche del 26 de octubre de 1943. Al cabo, en otro tiempo había sido el menos predilecto de sus sirvientes. Bazna anunció que poseía 56 documentos fotografiados y pretendía venderlos por veinte mil libras. Jenke examinó al recién llegado como quien observa una cucaracha en el baño, aunque el deber lo impulsó a remitirlo a un oficial coordinador de una red de espionaje, un integrante del SD austríaco llamado Ludwig Moyzich, que servía a las órdenes de Schellenberg para el Sexto Departamento del RSHA haciéndose pasar por agregado comercial.

Moyzich pensó que el ayuda de cámara «presentaba el aspecto de un payaso sin maquillaje». En un primer momento receló tanto del material que le ofrecía como de los medios con que decía haberlo adquirido, y que daban la impresión de estar sacados de un melodrama barato o, más probablemente, de ser un engaño del enemigo. Aunque Bazna aseguró que actuaba movido por la muerte de su padre a manos de los británicos, era evidente que solo era un mercenario. Berlín pagó lo que pedía, y él se dispuso a fotografiar a diario, semana tras semana, los documentos de su patrón. Cierto memorando robado resumía las cantidades de material bélico que habían enviado a la Unión Soviética los aliados occidentales, y abundaba la correspondencia relativa a los empeños del Reino Unido en arrastrar a Turquía a la guerra. Sin embargo, lo más jugoso de todo para los alemanes fue un sumario de las conversaciones sostenidas entre Churchill, Roosevelt y Stalin durante la conferencia celebrada en Teherán en noviembre de 1943. De haber sido debidamente analizado en Berlín, este material les habría brindado no poca información relativa al secreto que con más celo guardaban los Aliados: la «operación Overlord», nombre que habían asignado a la futura invasión de Francia. Sin embargo, este documento, como otros tantos que llegaron de la

misma fuente, no recibió nunca la clase de escrutinio creativo que merecía. A Bazna —a quien los alemanes otorgaron el nombre en clave de «Cicerón»— le bastaron unos meses para amasar en secreto una fortuna de trescientas mil libras esterlinas. Tenía suficiente. Se había hecho rico y empezaba a perder su arrojo.

En enero de 1944, Roosevelt puso a Churchill al corriente de un informe de la OSS que advertía de que un agente alemán había transmitido detalles de negociaciones diplomáticas entre el Reino Unido y Turquía. Aunque los británicos dieron por sentado que la filtración debía de proceder de fuentes turcas, fue, claro está, obra de Bazna. Fritz Kolbe, integrante del Ministerio de Exteriores de Alemania, había alertado a Allen Dulles, destinado en Suiza, y este había puesto sobre aviso a Washington. Un mes más tarde, dado que los del servicio secreto británico estaban cada vez más convencidos de que la información procedía del personal del embajador, Bill Cavendish-Bentinck preparó una serie de documentos falsos —supuestos escritos del Gabinete de guerra que hablaban de tanteos emprendidos por Bulgaria para buscar la paz con los Aliados— e hizo que acabasen en el maletín de Knatchbull-Hugessen.

Nadie mordió el anzuelo: Bazna había dado de mano tanto a su actividad de espía como a la de ayudante de cámara. Tras abandonar a sus patrones del Reino Unido y de Alemania, en abril de 1944 se consagró a gastar dinero de forma disoluta durante semanas hasta que descubrió, al mismo tiempo que el personal de los hoteles que frecuentaba, que los alemanes le habían pagado con billetes británicos falsos. Tenía que haber recelado ante la entrega tan voluntariosa de semejantes cantidades. Pese a los períodos de ambigua fama de que disfrutó cuando se hizo pública su historia tras la guerra, murió arruinado en 1970 tras ver despedazados todos sus sueños de vanidad. Sin embargo, habida cuenta del juego en el que quiso participar, pudo considerarse afortunado por haber conservado la vida y la libertad.

Cuando el Foreign Office supo del asunto de «Cicerón», Knatchbull-Hugessen se limitó a afirmar sin demasiada convicción que Bazna le había parecido «un buen criado». Por increíble que parezca, aunque lo apartaron del puesto que ocupaba en Ankara, se le asignó otro en Bruselas. En 1945, después de que los archivos capturados a los alemanes sacasen a la luz toda la verdad, el subsecretario permanente sir Alexander Cadogan escribió en su diario: «No cabe duda de que "Snatch" [Knatchbull-Hugessen] debería comparecer ante un consejo de guerra; pero tengo que reflexionar al respecto». La decisión que adoptó a la postre era predecible: por encima de todo, se hacía necesario proteger la reputación del Foreign Office, y tal cosa exigía amparar al mentecato al que se había confiado una embajada. Si bien fue tras una «severa» reprimenda formal, Knatchbull-Hugessen pudo retirarse con una pensión íntegra dos años después, y publicó unas memorias

indulgentes de su carrera diplomática antes de que el público general viniera en conocimiento del descalabro de Ankara.

Stewart Menzies montó en cólera al conocer el caso, que calificó de «desastre nacional estrepitoso». Cierto es que este perjudicó de un modo lamentable al Foreign Office, aunque, si bien se convirtió en el ejemplo de más infausta memoria de la falta de seguridad diplomática, no fue, ni mucho menos, el único. Cuando el mundo supo de aquel episodio por el mismísimo Bazna durante la década de 1950, fueron muchos quienes expresaron su asombro por el hecho de que los Aliados hubiesen ganado la guerra con semejantes personajes como Knatchbull-Hugessen en posiciones de influencia. Parecía mentira que un embajador británico destinado en una capital de neutralidad tan precaria hubiese sido capaz de dejar sus documentos personales al alcance de un ayuda de cámara yugoslavo recién contratado —en realidad, fueron tres sucesivos; aunque solo trascendió parte de la historia—. El encubrimiento de lo ocurrido, que evitó que cayera en desgracia un antiguo compañero de Eton de Anthony Eden, constituía un ejemplo de la peor tradición de la clase gobernante británica.

Con todo, cabe preguntarse en qué medida resultó provechoso a la empresa bélica de Alemania aquel golpe maestro. En la evaluación que hizo del espionaje germano de mayo de 1945, Hugh Trevor-Roper reflexionó sobre el hecho de que Berlín omitiera explotar los documentos de Hugessen. Broadway sabía que el respeto exagerado que profesaba Walter Schellenberg al MI6 lo había llevado a suponer que «Cicerón» debía de ser un topo británico. «En consecuencia —escribió Trevor-Roper—, el Amt VI [del RSHA] dejó pasar su mayor éxito, la captura de documentos auténticos que habrían permitido deducir la naturaleza y el alcance de la Overlord, sin hacer nada al respecto[30]». Meses después de que comenzasen a llegar a Berlín, el material proporcionado por «Cicerón» seguía siendo considerado un engaño de los Aliados. Cuando, durante la primavera de 1944, ya era demasiado tarde, se reconoció su legitimidad, el OKW alcanzó al fin la significativa deducción de que el enemigo no pretendía acometer operación alguna de relieve en el Mediterráneo mientras emprendía la liberación de Francia, cosa que era inminente a todas luces. Hitler, sin embargo, no estaba de acuerdo. El único mandamás cuya opinión podía tener peso seguía convencido de que aún era verosímil una ofensiva aliada en los Balcanes. En cuanto al espía, no hay indicio alguno que haga pensar que la desaparición de Bazna importó a ninguno de los de Berlín. A esas alturas de la guerra, los atisbos que ofreció acerca de los movimientos apenas parecían tener valor práctico para la causa nazi, aun en el caso de que se les hubiera otorgado crédito alguno.

Uno de los obstáculos fundamentales con que topaba el posible aprovechamiento de los papeles de «Cicerón», así como el resto de los frutos

del espionaje germano, era el que, llegado el invierno de 1943-1944, la iniciativa del conflicto había pasado irreparablemente al lado de los Aliados. La información de los servicios secretos debe dar forma a la acción, y Alemania no tenía en aquel momento ningún modo de contrarrestar las empresas anglo-americanas, aun en el supuesto de que hubiese llegado a conocer sus secretos. En agosto de 1944, Turquía rompió sus relaciones diplomáticas con ella, si bien fue lo bastante prudente para declinar convertirse en potencia beligerante en toda regla. Mediaran o no los datos relativos a la diplomacia británica proporcionados por «Cicerón», no había nada que pudiese cambiar la realidad general, evidente al Gobierno de Ankara, de que los alemanes habían perdido la guerra.

Los soñadores

El almirante Wilhelm Canaris insistió hasta el final mismo de su vida en que el Abwehr brindó información sólida que el alto mando de Alemania no supo emplear con propiedad. Tal afirmación, sin embargo, no tiene sentido: la Wehrmacht obtuvo información operativa de calidad mediante decodificación, observación directa, radioescucha, análisis del Estado Mayor y reconocimiento aéreo mientras la Luftwaffe estuvo en condiciones de volar; pero es difícil que el Abwehr pueda achacar a la injerencia de Hitler el carácter desdeñable de sus informantes extranjeros, mucho menos impresionantes todos ellos que «Cicerón». Fue el caso, por ejemplo, de la condesa Freda Douglas, casada con un agente alemán de renombre: Albrecht Archibald Douglas. Salió de Rumanía en 1940 tras ser arrestada por espionaje y, más tarde, después de romper con su esposo, viajó a América, donde la detuvo el FBI tras encontrar referencias a una tal «condesa D» en los textos descifrados por los Aliados desde Chile. Durante el interrogatorio, dijo haberse avenido a transmitir información por las amenazas recibidas de los nazis en la embajada de Santiago.

En 1942, el Abwehr arrestó al príncipe Charles de Ligne y lo condenó a muerte después de obtener de él la confesión de que había colaborado con la resistencia belga. Sin embargo, las autoridades acabaron por indultarlo cuando dio «su palabra de honor de oficial y príncipe» de que cambiaría de lado para ser leal a Alemania. Tras ello le enviaron a España, aunque no tardó en abandonar a sus patrones para poner rumbo al Reino Unido. El comandante Brede, responsable suyo, declararía más tarde ante los Aliados encargados de interrogarlo que siempre había dudado de la sinceridad de su transformación, si bien prefirió «correr el riesgo por la escasez de contactos útiles que sufría entonces el Abwehr[31]».

Werner Waltemath, nacido en Alemania en 1909, emigró a Brasil en 1930. Una década después, cuando regresó para ver a su madre enferma, lo reclutó la Wehrmacht y lo adiestró en calidad de operador de radio. En julio de 1941, el Abwehr lo envió de nuevo a América, donde construyó su propio transmisor. Sin embargo, su indicativo, MNT, fue detectado por los radiogoniómetros estadounidenses tan pronto lo marcó. Del mismo modo, la policía brasileña, alertada por los norteamericanos, interceptó una serie de cartas secretas que había enviado a Madrid con micropuntos e informes escritos con tinta simpática elaborada con fenol. El 1 de junio de 1943, las fuerzas del orden hicieron una redada en su domicilio y dieron con su radio, con microfilmes y con otros objetos ocultos en una cavidad practicada en el suelo de la sala de estar. Lo condenaron a veinticinco años de cárcel, en tanto que Hans-Christian von Kitze, compatriota expatriado al que había sumado a su red, entró a servir de agente doble para los británicos.

La escuela de espías que tenía el Abwehr en Angers adiestró a tres marroquíes casi analfabetos que habían quedado retenidos en Francia para que, enviados de vuelta a su país, informasen desde allí. La única comunicación que recibieron de ellos los alemanes fue una carta escrita con tinta invisible de aspirina en la que agradecían a los alemanes el amable trato recibido y su ayuda inestimable a la hora de regresar a sus hogares[32]. Cierto espía francés del Abwehr llamado Du Chaffault, un joven de veintitrés años procedente de Tours reclutado en 1942, se ofreció para operar desde Montevideo, ciudad que debió de considerar lo bastante alejada de la guerra. Había recibido formación para desempeñar una misión en Estados Unidos, y dado que carecía de conocimientos de radio, llevaba consigo diversas tintas invisibles. El OKW dio el visto bueno a su traslado a esta última nación en julio de 1943. Dado que primero debía viajar a España, se le proporcionó un pasaporte alemán a nombre de Wenzel, varios cientos de dólares y cierta cantidad en pesetas con la promesa de que recibiría más si lograba resultados. En Bilbao se hizo con una novia nativa, y cuando dejó la ciudad le dijo que le enviaría cartas desde Norteamérica para que ella las hiciera llegar al Abwehr. Desde entonces no volvieron a saber nada de él ni los alemanes ni la muchacha española. Lo más probable es que, como el resto de los citados, se desvaneciera en la multitud pululante de evadidos que se aferraban a una existencia fugitiva en todas y cada una de las comunidades europeas[33].

A Grace Buchanan-Dineen, confidente de treinta y cuatro años de origen canadiense, la adiestraron en escritura secreta antes de que marchase a Estados Unidos a finales de 1941 con 2500 dólares y correo de Budapest y Estocolmo. Le habían dicho que, en caso de verse en un aprieto, debía cablegrafiar al centro de operaciones lisboeta del Abwehr con el siguiente mensaje: «Enferma. Requiero cirugía». Aun así, semejante precaución no fue

de gran ayuda cuando la arrestó el FBI en diciembre de 1942 como consecuencia de las revelaciones obtenidas de los decodificadores británicos. Todo apunta a que se había unido por dinero a los nazis, quienes le prometieron unos ingresos de quinientos dólares mensuales. Después de una temporada sirviendo, de un modo un tanto poco convincente, de agente doble para el FBI, cumplió algo menos de cuatro de los doce años de prisión de su condena antes de salir en libertad condicional en 1948. Los alemanes no obtuvieron de ella ninguna información de relieve.

Robert Rousseau, «Rodolphe», joven de veinticuatro años oriundo de Nantes, desertó de su patria en favor de los alemanes estando en el África septentrional. En agosto de 1943 lo instruyeron en radiotransmisiones antes de destinarlo en Saint-Brieuc, donde hubo de hacerse pasar por el jefe de una oficina local de recluta de la organización Todt. Avanzado el mes de octubre, hizo saber a su adiestrador que se había unido a la Resistencia a fin de adquirir información. No obstante, semanas más tarde, el SD del lugar supo durante el interrogatorio de un grupo de gaullistas capturados que se había ofrecido a venderles su radio y sus códigos. Esto supuso su arresto inmediato y su traslado a Alemania —es de suponer que a un campo de concentración—.[34] En la embajada de Vichy en Washington fueron varios los franceses que quisieron colaborar con el Abwehr. Entre ellos destacaba el teniente coronel Bertrand-Vigne, agregado militar auxiliar, y Charles Emmanuel Brousse, agregado de prensa. Jean Musa, también diplomático, actuó de mensajero y de conducto de los neoyorquinos que simpatizaban con la causa. Xavier Guichard, miliciano de Vichy, se puso en contacto con cierto número de franceses afincados en Estados Unidos y los invitó a proporcionar información secreta so pena de consecuencias nada gratas para los familiares que seguían en Francia en caso de que se negaran. Al final, Guichard fue víctima de delación y tuvo que abandonar el país.

Había extensiones considerables del planeta en las que el espionaje —o aun su simulación— parecía una actividad improductiva por la falta de relevancia estratégica. Cuando en Londres se propuso emplear a agentes dobles de Canadá, el oficial responsable del MI5 —Cyril Mills, integrante de la célebre familia británica de empresarios circenses— se negó por considerar que hasta el Abwehr era consciente de que en dicha nación no ocurría nada de demasiada importancia[35]. Canaris, sin embargo, no era de la misma opinión, y así, el 9 de noviembre de 1942 arribaba a la península de la Gaspesia el submarino que transportaba a su agente Werner Janowsky. Tras su arresto, se le encontró un permiso de conducción quebequés arrebatado a un prisionero de guerra capturado en Dieppe, aunque con identificación personal y dirección de Ontario. La mayor parte de los cinco mil dólares en moneda canadiense que se habían asignado a Janowsky había perdido su

validez, y semejante error provocó su detención después de que pagara con ella la factura de un hotel de New Carlisle. En realidad había suscitado ya las sospechas del dueño al fumar cigarrillos alemanes y bañarse a media mañana. Entre las posesiones de que se incautó la policía canadiense figuraban un diario y documentos proforma de viaje de la Wehrmacht, una pistola automática de 6,35 milímetros, un equipo de radio, un puño americano, cinco monedas de veinte dólares estadounidenses de oro, una copia microfilmada de las instrucciones de codificación y un ejemplar de Mary Poppins a modo de texto en claro de referencia. Janowsky era un veterano francés de la Legión Extranjera de treinta y ocho años que tenía esposa residente en Canadá y conocía el país. Sin embargo, a ninguno de los servicios secretos aliados se le habría ocurrido, ni siquiera en horas bajas, enviar allí a un agente tan mal equipado y a costa de una inversión tan sustancial de recursos (incluido un submarino en el caso de los nazis).

Algunos de los agentes reclutados por el Abwehr pecaron de crédulos al aceptar cheques de pago diferido destinados a ser cobrados tras la victoria nazi. A uno de ellos, por nombre Franz Stigler, le prometieron una propiedad en Sudáfrica. A otro, Jorge Mosquera, ciudadano chileno que había amasado una fortuna considerable en Alemania, le aseguraron que, si espiaba para Berlín en Estados Unidos, liberarían sus participaciones en marcos del Reich[36]. No menos desconcertante resulta el hecho de que los alemanes dieran por sentado que un informante civil sin adiestrar como Mosquera podría responder desde la Costa Este al género de preguntas que se le formulaban desde Berlín, como, por ejemplo: «¿Cuánto tiempo lleva la Curtiss produciendo P-40 y P-46 en lugar de P-36A? ¿Ha habido ya envíos de B-17?»[37].

Los personajes descritos, lejos de ser extraordinarios, presentaban el perfil habitual de los que, según el Abwehr, servían al OKW para reunir información en el extranjero. En consecuencia, los puestos de ultramar se sentían obligados a inventar material a fin de compensar la falta de datos reales. Un ejemplo llamativo del carácter circular del espionaje es el que ofrece el doctor Karl-Heinz Kramer, extravagante oficial del Abwehr que operaba desde Estocolmo y tenía a su cargo el envío de agentes de penetración al Reino Unido y Estados Unidos. El MI5 se inquietó cuando tanto Ultra como la OSS de Suiza pusieron de relieve que Kramer estaba transmitiendo material procedente de fuentes británicas. En abril de 1943, el MI6 asignó a Peter Falk, destinado en la capital sueca, la misión de espiar a aquel e identificar a sus confidentes. Los alemanes citaban de manera reiterada a una agente a la que llamaban «Josephine». ¿De quién podía tratarse? Una vez sobre la pista, Falk descubrió que Kramer compartía con Richard Sorge la pasión desenfrenada por una vida vertiginosa: resultaba

difícil seguir el ritmo tanto de su deportivo como de su afición por las fiestas. Además, el oficial alemán se hallaba siempre acosado por el coronel Onodera, el agregado militar de Japón, que no dejaba de pedirle dinero ante el retraso de los giros que debía recibir de Tokio: el alemán prestó a su aliado veinte mil dólares de las arcas de Hitler.

El MI6 logró cierto avance en diciembre, cuando una mujer austríaca enemiga del nazismo ofreció a la legación británica en Estocolmo sus servicios y los de una amiga que trabajaba de criada para Kramer. En lo que duró el año de 1944 estuvo proporcionando material obtenido de la papelera del oficial del Abwehr y de su escritorio, que ella abría con una llave copiada gracias a la impresión que había obtenido en un plato de mantequilla. La alarma de los británicos se hizo mayor al descubrir en el pasaporte antiguo del alemán que había estado en Inglaterra antes de la guerra. La noticia, que hacía sospechar que bien podía haber creado toda una red, llegó precisamente en las semanas de tensión que precedieron al Día D. ¿Cabía la posibilidad de que Kramer hubiese obtenido información secreta del Reino Unido que desacreditara la operación de engaño Fortaleza y destapase el Sistema XX?

Peter Falk reunió pruebas cada vez más numerosas de que el oficial germano estaba viviendo muy por encima de sus posibilidades, quizá por estar embolsándose el dinero que le destinaba Berlín para que hiciera su trabajo, y preguntó al MI6 si no sería posible chantajearlo y convertirlo en agente doble. No obstante, a esas alturas el Día D había pasado ya a la historia: los Aliados habían superado el momento de mayor peligro. Por lo tanto, en Broadway rechazaron de plano tan sórdida propuesta: «No podemos entrar en tratos con criminales de guerra para salvarles el pellejo. Es difícil que esa rata asquerosa pueda decirnos nada importante si le dejamos abandonar el barco que se está hundiendo[38]». Fue necesario que acabara la guerra para que los interrogatorios de los Aliados revelasen la verdad: Kramer había estado tomando el pelo tanto al Abwehr como a los británicos. Su «red de agentes» no era más que el producto de una imaginación muy fértil, y los informes remitidos a Berlín, simples invenciones. El contraataque del MI6, el melodrama de la criada y la copia de la llave del escritorio obtenida con un molde de mantequilla habían sido inútiles. Ninguno de los actores, salvo el propio Kramer, que disfrutó de una existencia segura y regalada en un grado muy poco habitual en tiempos de guerra, logró mucho más que un hámster enjaulado que corre dentro de su rueda.

El Abwehr trataba como oro en paño todos los informes que procedían de agentes que parecían dotados de autoridad; es decir, los que les proporcionaba el Comité de los Veinte de los británicos, que dirigía la labor de 120 agentes dobles, de los cuales 39 se usaban de forma más o menos

constante para transmitir datos falsos, en gran medida ingeniados, o cuando menos coordinados, por Bentinck, integrante del JIC. La supervisión del sistema por parte del coronel Johnny Bevan, el corredor de bolsa de tiempos de paz al mando de la Sección de Control de Londres, responsable de los engaños aliados, requería efectuar cálculos muy precisos para alcanzar una combinación de realidad y ficción que resultase tentadora. Cuando los alemanes pidieron a «Garbo» en febrero de 1943 que les enviara los horarios de una serie de trenes británicos, él consultó con Guy Liddell, del MI5. Este consideró que era seguro entregar tal información, pues los ferrocarriles activos eran muchos y llegaban tarde en su mayoría[39]. En cambio, Peter Loxley, secretario particular de sir Alexander Cadogan, telefoneó en cierta ocasión a Liddell para comunicarle que los alemanes habían condenado a muerte a cinco espías polacos y preguntarle si había alguna posibilidad de canjearlos por agentes nazis capturados por el Reino Unido, y obtuvo por respuesta un no rotundo del oficial del MI5: los hombres del Abwehr que quedaban con vida sabían demasiado del sistema de la Doble Cruz[40].

Entre 1943 y 1944, el servicio secreto de Alemania se atrofió hasta rozar la impotencia. Los informes elaborados por el MI6 en mayo y junio del primero de estos años adoptaron cierto tono de condescendencia para con el enemigo:

> los mensajes que recibimos hablan de la frustración que ha provocado en Berlín el fracaso a la hora de predecir la campaña norteafricana o la conferencia de Casablanca… El Abwehr ha blandido con vigor, aunque con poca profesionalidad, la espada del engaño desde principios de 1943. La oficina de desorientación ha patrocinado la difusión de un número considerable de mentiras estratégicas o medias verdades con la intención última de embaucarnos… Se apoya en un número muy reducido de cauces para hacernos llegar un aluvión de mentiras, a nosotros y a nuestros aliados rusos, americanos y, desde hace poco, franceses. Sin embargo, por elemental que sea la técnica, salta a la vista que tiene el propósito de reforzar su custodia del flanco balcánico mediante el expediente de llevarnos a sobrestimar su poderío[41].

Los británicos no albergaban duda alguna de su dominación de los puestos y las operaciones de ultramar del servicio secreto alemán. «Desde la caída de Túnez —decía el informe del Departamento de Análisis Radiofónico — se ha trasladado a varios integrantes del Grupo África del Abwehr a los Balcanes después de un breve período de permiso. El teniente coronel Seubert, que en determinado momento [figuró a la cabeza] del grupo, ha estado visitando Sofía. Al teniente coronel Strojil, que ha dirigido operaciones en Grecia, Crimea y Túnez, lo han nombrado jefe segundo en Tesalónica; etc.»[42].

El autoengaño nazi se había institucionalizado. Durante el verano de 1943, Himmler y Goebbels convinieron en que había que dejar de presentar a Hitler los informes mensuales que elaboraba el SD acerca del estado de ánimo del pueblo alemán, de su moral y de las respuestas que ofrecía al contenido de la

prensa y las emisiones radiofónicas. Desde aquel momento, ninguno de tales documentos pasó más allá del escritorio de ambos[43]. Mientras, fueron muchos los estados neutrales que, al ver acercarse la victoria aliada, adoptaron posturas más severas respecto de los residentes y visitantes nazis. La presión británica llevó en 1943 al Gobierno de Madrid a insistir en el cierre del Unternehmen Bodden —relevante servicio de seguimiento naval del Abwehr—, y al año siguiente se negó la entrada a España al mismísimo Canaris. Las mejores fuentes de que disponía a esas alturas el comandante Von Bohlen, agregado militar de Alemania en Chile, eran revistas estadounidenses de aviación, cuyo contenido era por demás preciado en Berlín a causa de la dificultad que suponía conseguirlas en ningún otro lugar[44]. En Alemania no existía ya ningún proceso racional de gestión de información secreta, sino solo, tal como lo expresó Hugh Trevor-Roper, «un torbellino de ambiciones personales[45]».

Este último asistió desde el verano de 1943 a las reuniones mensuales que celebró la Sección de Control de Londres en las oficinas del Gabinete de guerra. Allí comunicó a sus jefes que la atmósfera del servicio secreto alemán se había vuelto tan paranoica que sus oficiales, que ya no se atrevían a filtrar ni analizar material, se limitaban a enviar al alto mando un cúmulo de informes sin compendiar ni evaluar, en su mayoría fantasiosos o inventados por los británicos. Tanto se había complicado la situación para el cuartel del Abwehr en Sarajevo a finales de abril de 1943, que sus integrantes rogaron a Viena el envío de doscientos cincuenta kilogramos de alpiste con los que alimentar a sus ciento cincuenta palomas mensajeras, mientras que tanto Zagreb como Sarajevo estaban pidiendo más operarios para los palomares. Por su parte, los oficiales nativos del Abwehr que servían en Yugoslavia reiteraban peregrinas solicitudes de piel para fabricación de zapatos que llevaron a Trevor-Roper a advertir con sarcasmo que, cuando entrasen en el país, los Aliados harían bien en desconfiar de cuantos anduviesen bien calzados[46].

El 5 de junio de 1943, Berlín pidió a sus puestos de Tánger y Madrid que obtuviesen información relativa al orden de batalla de los Aliados en el África septentrional. Esta petición recibió una respuesta lastimera: «Era imposible llevar a cabo la misión, toda vez que no había agentes en África[47]». El 4 de agosto, Trevor-Roper dio cuenta del caos en que se hallaban sumidas las operaciones del Abwehr. En las tres semanas que precedieron a la «operación Husky», la invasión aliada de Sicilia, se enviaron a Berlín previsiones que cifraban del siguiente modo los ataques del enemigo: Noruega: 3; costa del canal de la Mancha: 4; las Azores: 1; Marruecos español: 1; Mediodía francés: 6; Italia: 8; Córcega: 7; Cerdeña: 4; Sicilia: 6; Dalmacia: 9; Grecia: 7; Creta: 8; Dodecaneso: 8; Cícladas: 1; y Rumanía: 2. «Aunque semejante variedad —

comentaba Trevor-Roper— debió de reducirse sin duda tras someterse a evaluación en el cuartel general del Abwehr, cuesta pensar que pudiese ofrecer ninguna conclusión valiosa». Quien tal cosa escribía observó que lo único que escapó a la imprecisión que reinaba en los análisis del servicio secreto de las fuerzas armadas germanas fue el material ficticio que pusieron a su disposición los británicos mediante la «operación Mincemeat» —por la que se hizo llegar al litoral español el cadáver de un supuesto oficial de la Armada británica portador de documentos secretos relativos a los planes británicos— y que los alemanes consideraron por entero fiable.

El propio Canaris se hallaba en estado de perplejidad crónica. Cuando su agente «Melilla», quien hasta entonces había gozado de una reputación escasa, envió un mensaje con fecha del 9 de agosto por el que se informaba de la presencia de convoyes aliados con rumbo a Sicilia (donde a esas alturas habían comenzado ya los desembarcos), el almirante respondió en persona para preguntarle afligido qué creía que podía suceder a continuación. «Melilla», espía doble al servicio del Reino Unido, dijo a Berlín que, a su parecer, iban a arribar cien mil hombres a la costa suroeste de Francia. A continuación informó de que había fuerzas aliadas que se dirigían a Córcega y Cerdeña[48].

Trevor-Roper manifestó su desconcierto ante el envío por parte del Abwehr de cantidades ingentes de material sin cribar al OKW, «sin distinguir entre información local táctica valiosa y el cúmulo de bobadas de estrategia general y particular». Tal cosa le permitía concluir que aquella se estaba «confesando incapaz de evaluar sus propios informes… Berlín no posee conocimiento ni una opinión sólida del futuro estratégico y, en consecuencia, tiene que dejar que sus generales y almirantes decidan sobre el terreno cómo actuar brindándoles un acceso inmediato a todos los informes que reciben. Mejor no separar el grano de la paja, no sea que luego se quejen los generales de que se les han ocultado las briznas que, de hecho, revelaban de qué lado soplaba el viento[49]». El almirante Von der Marwitz, agregado naval de Alemania en Estambul, coincidía con este juicio: este crítico destacado de los informes del Abwehr se expresaba en términos semejantes a los empleados por el oficial del MI6, tal como hizo constar este con regocijo al leer los comentarios descifrados de aquel.

Aunque resulte paradójico, la incompetencia de los servicios de información alemanes dificultaba en ocasiones a los Aliados la puesta en marcha de engaños antes de emprender sus propias operaciones de relieve: no es labor sencilla pescar truchas si se lanzan cubos enteros de migas en torno al anzuelo. «Los mensajes falsos coordinados con gran cautela que hacían llegar las autoridades de desinformación a los sistemas de inteligencia enemigos se perdían a menudo —en palabras de sir Michael Howard,

historiador oficial del espionaje británico— en el "ruido" generado por la ingente cantidad de rumores, chismes, indiscreciones diplomáticas e informes incoherentes que reunía y remitía el Abwehr, en muchos casos sin filtrar, a sus puestos de mando superiores… Los oficiales de los FHW [el servicio de inteligencia del alto mando alemán en el Frente Occidental] aprendieron a no prestar demasiada atención a nada de cuanto proviniese de ellos si no se hallaba respaldado por pruebas más sólidas como las que pudieran aportar el reconocimiento aéreo o el espionaje radiofónico[50]». Las operaciones de desorientación aliadas alcanzaron triunfos mayores a partir de 1943, cuando se hizo imposible confirmar los datos desde el aire y algunos oficiales germanos, cuando menos, se sintieron obligados a dar cierto crédito a las noticias transmitidas por agentes dobles ante la falta de información procedente de otras fuentes.

Así y todo, no puede decirse que los alemanes creyeran cuanto caía en sus manos y en todo momento: en agosto de 1943 se pusieron por obra sobre el litoral francés ambiciosas operaciones en las que participaron veintenas de buques y cientos de aviones cuyos movimientos estaban destinados a desviar la atención de los inminentes desembarcos en Italia. Von Rundstedt, al mando del Frente Occidental, rechazó sin vacilar toda posibilidad de que las operaciones emprendidas en el canal de la Mancha fuesen reales, pues no dudaba de que, si los Aliados planeaban acometer acción alguna de relieve aquel año, debía de ser en el Mediterráneo. En consecuencia, el OKW redujo de 45 a 35 las divisiones apostadas en Francia, cuyo número no aumentó de nuevo hasta el mes de octubre, cuando se hizo evidente que se estaba volviendo real la posibilidad de un desembarco angloamericano en suelo francés[51].

La caída de Canaris en calidad de responsable del servicio de inteligencia de Hitler se precipitó por causa de un golpe maestro de los de Broadway: en enero de 1944, Nicholas Elliott, oficial del MI6, organizó la deserción del jefe segundo del puesto de mando del Abwehr en Estambul, el doctor Erich Vermehren; de su esposa y, más tarde, de dos de sus subordinados. Vermehren ofreció a los británicos un vívido relato personal de las condiciones que se daban en la comunidad del espionaje alemán. Se quejó de la excesiva influencia del SD, cuyos informes llegaban enseguida a Hitler a través de Himmler. «El Abwehr es la Cenicienta del OKW —aseveró— y se ve obligada a aceptar a oficiales que no tienen experiencia en el extranjero… El cuartel de Turquía se encuentra falto de personal hasta extremos absurdos y ni puede soñar con competir con los servicios de información británico y estadounidense, cuyos integrantes superan en número al Abwehr en una proporción de casi 10 a 1. Los oficiales de su cuartel general no entienden los

informes políticos o semipolíticos ni están interesados en ellos: prefieren las menudencias relativas a insignias y números de división». Vermehren describió al coronel Georg Hansen, jefe del servicio de espionaje de Canaris desde marzo de 1943, como «un gran hombre». A su entender, era el oficial más eficiente de la organización: una persona honrada, culta, inteligente, enérgica y determinada a obtener resultados. Con todo, según Vermehren, «no había ninguna oficina de calificación centralizada que evaluase la buena fe ni la perspicacia de los agentes». Trevor-Roper lo habría suscrito.

El 16 de febrero de 1944, Allen Dulles habló con Washington, en tono un tanto gazmoño, de las espectaculares deserciones de Vermehren y los demás, y aseveró que él jamás había alentado un cambio de lado tan ostensible, ya que todos ellos resultaban más útiles en su puesto. Sin duda se equivocaba, ya que aquel asunto de los agentes turcos fue a culminar en el aniquilamiento de la reputación del Abwehr en opinión de la cúpula nazi y sumió sus bases de operaciones en un estado de caos y desmoralización del que jamás llegaron a recuperarse. En cierto memorando elaborado por los de Broadway el 24 de marzo de 1944 con el sello de TOP SECRET se leía en lápiz la siguiente anotación: «La fuente es el agente del MI6 en Estocolmo». En las cinco páginas que seguían detallaban las dificultades del dirigente del Abwehr: «A mediados de febrero, se solicitó la presencia del almirante Canaris en el cuartel general bávaro del Führer… Lo advirtieron de que, dado que su estancia no iba a durar menos de ocho días probablemente, resultaba recomendable que nombrase a alguien para que lo sustituyera durante su ausencia… [Eligió al] coronel Bentevegni, jefe de la Sección III. A su llegada al cuartel general se le otorgó una recepción fría, y a continuación el mariscal [de campo] KEITEL le informó de que el Führer había visto todo el material que lo incriminaba y había decidido que, dadas las circunstancias, era imposible que permaneciese en su puesto. CANARIS recibió órdenes de tomar tres meses de permiso… Por consiguiente, hubo que decidir la organización futura del Abwehr de acuerdo con el jefe del SD (KALTENBRUNNER) y el jefe del Servicio de Inteligencia en el Extranjero (SCHELLENBERG)».

Esta es una versión precisa en líneas generales de lo ocurrido: Walter Schellenberg sirvió durante el resto de la guerra en calidad de jefe de información extranjera de Hitler, en tanto que el RSHA fue absorbiendo de forma progresiva al Abwehr. Después de la conspiración contra el Führer de julio de 1944 se encarceló y ejecutó a la postre a algunos de sus oficiales de más graduación, activos o en la reserva, entre los que se incluían Canaris, Oster, Hansen, Freytag von Loringhoven —antiguo jefe de la sección de sabotaje, quien optó por quitarse la vida— y Graf Marogna-Redwitz, el competente director del puesto de operaciones de Viena. Wilhelm Kübart

sufrió arresto y fue procesado, aunque eludió milagrosamente el patíbulo.

El nazi «bueno»

Walter Schellenberg era un hombre singularmente agraciado, de rasgos delicados, que se presentó al mundo, no sin cierto éxito, como el rostro amable de las SS: un ser apacible, cortés y vulnerable por causa de una dolencia hepática crónica. A diferencia de los matones que lo rodeaban, el jefe de inteligencia exterior del RSHA era capaz de hablar con sensibilidad de música y arte. Asimismo, logró convencer a algunos de aquellos con quienes tenía trato, y en particular al conde sueco Bernadotte, de su condición de «hombre decente y humano[52]». La posteridad, en cambio, no albergará duda alguna de su condición de nazi entregado, cómplice sin atenuantes de los crímenes del régimen. Lo que ocurre es que fue lo bastante inteligente para darse cuenta desde muy temprano de que Hitler podía perder la guerra, y escatimó riesgos con intención aviesa, cuando no con éxito.

Era hijo de un constructor de Sarrebruck y había nacido en 1910. Tras recibir cierta formación legal se unió al Partido Nacionalsocialista en abril de 1933, y aún no había transcurrido un año cuando, seducido por el cautivador atractivo del uniforme negro, se afilió a las SS. Schellenberg demostró un gran ingenio en su función de policía secreto y obtuvo la aprobación especial de sus superiores tras la ocupación de Polonia de 1939: rebuscando entre los documentos de los servicios secretos de Varsovia logró identificar a 430 alemanes que ejercían de confidentes para la nación invadida y elaboró una relación para que el SD se encargara de llevarlos a la horca o a campos de concentración. Se convirtió en protegido de Heydrich y Himmler, aunque su relación con el primero se resintió durante un tiempo por los rumores de que mantenía una aventura amorosa con su esposa Lena[53]. En octubre de 1940 se divorció y contrajo matrimonio con Irene Grosse-Schönepauck. Todo apunta a que fuera del ámbito laboral no tuvo, a lo sumo, sino unas cuantas amistades. Este hombre solitario, ambicioso y retorcido en extremo era menos astuto de lo que pensaba, y así, cierto analista estadounidense de información secreta alemana escribió de él tras la guerra: «Tiende a confundir sus planes grandiosos con logros reales[54]».

Maquinaciones no faltaron. En 1940 lo enviaron a Lisboa por orden personal de Hitler para que raptara al duque de Windsor, el antiguo rey Eduardo VIII. Se negó a ejecutar un secuestro al uso y se propuso, en cambio, seducir a su víctima. Sin embargo, en agosto, antes de que pudiese tener tiempo para ello, se vio obligado a observar desde el balcón de la embajada alemana la zarpa del duque y su esposa hacia la gobernación británica de las

Bahamas. A continuación, pasó cierto tiempo compilando una nómina («Busca y captura GB», la llamó) de personajes de relieve a los que había que arrestar tras la ocupación alemana del Reino Unido. Pese al respeto que expresaba a menudo para con la nación de Churchill, la lista que elaboró ponía de relieve una ignorancia y una ingenuidad épicas respecto de cuantos conformaban su flor y nata. Más tarde volvieron a enviarlo a Lisboa con órdenes de envenenar al exiliado alemán Otto Strasse con cierta sustancia proporcionada por un bacteriólogo muniqués. Su víctima, sin embargo, sobrevivió porque omitió presentarse según estaba programado en la capital portuguesa. Himmler puso acto seguido a Schellenberg a la cabeza de la Sección VI, la rama de inteligencia exterior del RSHA, a pesar de que no mantenía una relación demasiado cordial con Ernst Kaltenbrunner, jefe de seguridad del Reich. Sacó partido a este puesto para permitirse un mayor número de viajes al extranjero de lo que alcanzó a realizar la mayoría de personas, incluidos espías, en medio de un conflicto mundial. Además, se atrajo la voluntad de Arvid Richert, enviado sueco en Berlín, al disponer la liberación de algunos prisioneros nórdicos (policías daneses y estudiantes noruegos) en los que tenía interés su nación.

En 1941, el oficial del RSHA voló a Estocolmo para reunirse con Martin Lindquist, jefe de la policía de seguridad sueca. Ambos congeniaron, en parte porque compartían una honda hostilidad al comunismo. Su amistad se hizo más firme al año siguiente, cuando la Gestapo acusó de espionaje a cinco altos cargos de la filial polaca de cierta compañía sueca de relieve. A dos de ellos los absolvieron, pero los demás sufrieron condena: uno de cadena perpetua y el resto de muerte. Schellenberg intervino, primero para lograr mejores condiciones para los detenidos y a continuación para garantizar su liberación poco antes de las Navidades de 1944. Llevó a cabo negociaciones personales referentes a la causa con los dirigentes empresariales suecos Axel Brandin, Jacob Wallenberg y Alvar Moeller.

Su ascensión a cargos más elevados se basó más en sus habilidades a la hora de intrigar dentro de las fronteras nacionales y en el extranjero que en ninguna competencia sobresaliente en cuanto oficial del servicio secreto. Fue lo bastante perspicaz para reparar en el daño que estaba haciendo la rivalidad entre los poderes nazis, aunque él mismo se convirtió en una parte descollante de ella. Pocos meses antes del asesinato de Reinhard Heydrich, ocurrido en junio de 1942, el procónsul checo de Hitler invitó a Canaris y a Schellenberg a una gran partida de caza. Los dos mantuvieron una discusión tan acalorada acerca de las responsabilidades y los límites de sus respectivos organismos que olvidaron por entero a las bandadas de faisanes que pasaban por encima de sus cabezas.

El oficial de las SS se servía de Suiza del mismo modo que los Aliados: en

parte como campo en el que batirse en duelo con los servicios enemigos de espionaje y en parte como lugar de reunión para establecer contactos que habrían constituido traición dentro de Alemania. Himmler dijo con desdén respecto de los devaneos suizos de la Sección VI: «No, no quiero conocer todos los detalles: esa es su responsabilidad». Es probable que Schellenberg tomase aquella nación neutral desde un primer momento como un posible refugio para sí en caso de desmoronamiento de la causa nacionalsocialista, y no cabe descartar que su jefe compartiera sus aspiraciones. Schellenberg, que nunca albergó deseos de participar en un posible ocaso de los dioses berlinés, tendió líneas de comunicación conducentes a facilitar su subsistencia si llegaba la hora de la verdad para el Tercer Reich.

Por consiguiente, se convirtió en intermediario natural cuando, durante el otoño de 1942, Roger Masson, jefe de los servicios suizos de información, comenzó a temer que los nazis estuviesen estudiando la posibilidad de invadir su país. La reunión entre ambos se celebró, tras una negociación presidida por Otto Kocher, ministro alemán en Berna, el 8 de septiembre cerca de Waldshut, parte del territorio de Hitler contiguo a la frontera. El Sturmbannführer de las SS Hans Eggen escoltó al coronel suizo hasta la divisoria y lo observó cruzar el puente sobre el Rin a pie y sin compañía. Masson se hallaba nervioso hasta la desesperación, y no sin motivo, ya que temía por la seguridad tanto de su nación como de su propia persona. Él y Schellenberg se encontraron en un hotel de los aledaños y salieron a pasear a orillas del Rin a fin de conversar sin ser escuchados.

Masson pretendía recuperar una serie de documentos relevantes que ponían al descubierto la colaboración que habían mantenido el servicio secreto suizo con los checos antes de la guerra, y de los que podía servirse Hitler para justificar una invasión. El coronel solicitó también la liberación de Ernst Morgeli, uno de los integrantes del personal del consulado suizo que servía en Stuttgart, al que habían condenado a muerte por espionaje. Pidió a Schellenberg que pusiera freno a las actividades de cierta agencia de noticias vienesa dirigida por dos nazis suizos que no cejaba en el bombardeo propagandístico emprendido contra su propia nación y, en particular, contra el comandante en jefe de sus fuerzas armadas, el general Henri Guisan. El jefe de espionaje nacionalsocialista accedió a todas sus peticiones, pero al mismo tiempo lo provocó entregándole una copia de cierto cablegrama enviado en 1940 por el agregado militar estadounidense en Berna a fin de informar a Washington de que sus fuentes en Suiza aseguraban que había 25 divisiones alemanas listas para invadir dicha nación. ¿No demostraba tal cosa —preguntó con voz calmada el de las SS— que sus compatriotas estaban colaborando con los Aliados? Masson reparó de inmediato en que el documento también ponía de relieve el alcance de los servicios secretos

alemanes, que en aquel tiempo eran capaces de decodificar comunicaciones cifradas por los estadounidenses.

El entendimiento entre Schellenberg y Masson mejoró en una segunda reunión celebrada el 16 de octubre de 1942 en Suiza, en la residencia que tenía a orillas del lago de Constanza el empresario Wolfsberg Meyer-Schertenbach. Los dos iban de paisano, y el alemán cotorreó con libertad sobre su propia vida y los inicios de su carrera profesional, amén de ensalzar las bondades del matrimonio. Habló con afecto de Suiza y expresó su solidaridad para con las dificultades y los dilemas a los que se enfrentaba al hallarse en medio de una Europa en guerra. Masson trató de determinar con brevedad si no estaría tanteando la posibilidad de que su país mediara para entablar negociaciones con los Aliados. Entonces, el alemán reveló que Berlín había descifrado dos de los mensajes enviados por la red de «Lucy» a Moscú en diciembre de 1941: estaba convencido de que había alguien del OKW que estaba difundiendo información sustancial. Esto llevó a Masson a resolver que Schellenberg no era un enviado de paz, sino solo un jefe de servicios secretos en busca de pistas que lo ayudasen a identificar a los traidores. Los dos pasaron tres días juntos antes de que el de las SS regresara a Alemania al amparo de la noche.

¿Qué sacó Schellenberg de aquellas conversaciones? Hizo concesiones significativas a los intereses suizos, y es imposible que no obtuviese nada a cambio, pues ambos oficiales eran comerciantes. Masson no reveló nunca lo que había comunicado al jefe del SD, pero es probable que le ofreciese migajas de información relativa a las actividades que estaban desarrollando en Suiza el servicio secreto aliado. El coronel tenía la intención de manifestar la suficiente cordialidad a Alemania para disuadirla de acometer una invasión. Lo más seguro es que Schellenberg estuviera haciendo reconocimiento de una posible vía de retirada para sí mismo en caso de que se vinieran abajo los planes de su Führer, al mismo tiempo que buscaba un modo de guardarse las espaldas en Berlín aseverando que sus tratos con el oficial suizo le habían brindado información importante. El 6 de enero de 1943 hizo llegar a Hitler una nota por la que le advertía de que, según le habían confirmado fuentes suizas, la RAF estaba planeando una campaña de bombardeos destinada a cerrar el paso del Brennero, que une Austria e Italia. También le comunicó que la incertidumbre respecto de las intenciones de los nazis había llevado a Suiza a plantearse una nueva movilización de sus fuerzas armadas.

El 30 de enero de 1943, la línea suiza de información Viking, dirigida desde Lucerna por el comandante Max Waibel, anunció a Masson que Hitler se había reunido con su alto mando durante el mes de octubre para tratar una posible invasión de Suiza. El coronel consideró que debía encontrarse de

nuevo con Schellenberg, en esta ocasión acompañado del comandante en jefe del ejército de la nación. El 3 de marzo, el jefe del SD voló con Lufthansa a Zúrich acompañado por dos agentes de seguridad. Eggen se reunió con ellos en el aeropuerto. Aunque en un principio tenían habitación reservada en el hotel Bellevue, Schellenberg prefirió alojarse en el Schweizerhof antes de trasladarse por carretera a Biglen, a veinte kilómetros de Berna, para encontrarse con Masson y el general Guisan en el Baran. Llevaba órdenes explícitas de Himmler de presionar a los suizos para que acentuaran públicamente sus intenciones de mantener una neutralidad estricta. El 4 de marzo se elaboró una declaración de la determinación de Suiza para hacer frente a cualquier incursión protagonizada por fuerzas extranjeras, redactada sobre papel con membrete del ejército y suscrita por su comandante en jefe. El propietario del hotel, hondamente emocionado ante tan ilustres clientes, los convenció a todos para que firmasen el libro de visitas. Sin embargo, cierto contacto suizo del RSHA tuvo la cautela de arrancar la página más adelante.

Aunque Guisan se despidió en aquel momento, Schellenberg pasó allí una semana más y mantuvo aún varias reuniones con Masson, a quien presionó para que revelase detalles relativos a los traidores alemanes que nutrían la red de «Lucy»; pero el oficial del servicio secreto suizo no mentía cuando aseveraba que ignoraba tales datos. Él, a su vez, pidió al alemán que mandase liberar a la familia del general Henri Giraud, arrestada por la Gestapo tras la fuga del oficial francés de la fortaleza en que sufría reclusión. Schellenberg accedió y, una vez más, cumplió su promesa. Masson hizo saber al alemán que le inquietaba el que Hitler no hubiese dejado, en apariencia, de considerar la invasión de su país. Con ello cometió una imprudencia desde el punto de vista táctico, por cuanto previno a Schellenberg del hecho de que también Berna tenía fuentes secretas dentro del alto mando nazi. No obstante, los informantes de la línea Viking cambiaron por completo de estrategia el 27 de marzo y negaron que hubiese ya peligro alguno de invasión de Suiza. La actuación de los alemanes, dirigida por Schellenberg, había estado encaminada a intimidar a los suizos y espolearlos para que tomasen contramedidas más severas frente a los agentes de información aliados que operaban en su nación, y sobre todo frente a las redes soviéticas; cosa que hizo Masson a la postre al detener a buena parte de la de «Lucy». Mientras, el jefe del departamento de asuntos militares del Gobierno suizo montó en cólera cuando supo de las negociaciones que había mantenido sin autorización con los nazis el general Guisan.

Cuando Allen Dulles puso a Washington al corriente de los contactos entre Schellenberg y Masson, muchos meses después de que ocurrieran, señaló que seguía confiando en que el Gobierno suizo favorecería una

victoria aliada[55]. Sin embargo, tal era el terror, casi enfermizo, que profesaban al comunismo soviético algunos de los militares de la nación, que no faltaba entre ellos quien deseara un acuerdo de paz que garantizase la existencia de un bastión entre el imperio de Stalin y Occidente. Dulles opinaba que había sido esta amenaza la que los había empujado a sentarse a negociar con gentes como Schellenberg, y bien podía estar en lo cierto. Aunque no hay prueba alguna que ayude a esclarecer quién fue el oficial anónimo del servicio secreto suizo que comunicó al Abwehr en agosto de 1943 —fundándose supuestamente en información recibida de una fuente suizo-americana— que los Aliados habían descifrado los códigos que empleaban los submarinos alemanes, no cabe descartar a Masson, quien podría haber recurrido a tal maniobra en su incesante toma y daca con los nazis.

Las demás conspiraciones que acometió Schellenberg en el extranjero fueron ingeniosas, originales y tan faltas de éxito como las de Canaris. En 1941 desperdició miles de marcos del Reich en dos comunistas, «George y Joanna Wilmer», a los que internaron en la cárcel de Plötzensee y luego enviaron a Suiza a fin de que se introdujeran en la red de «Lucy». Ambos gastaron con prodigalidad el dinero contante del RSHA; pero Alexander Foote rechazó con desdén sus intentos. Durante una visita a Portugal y España efectuada en julio de 1942, Schellenberg presidió una serie de negociaciones con cierto exiliado brasileño, por nombre Plínio Salgado, quien tras prometer grandes cosas para la causa alemana no dio nada. El jefe de los espías también estuvo en tratos con el doctor Felix Kersten, un masajista alemán de nacionalidad finesa que formaba parte de la legión de charlatanes que obtuvieron sumas considerables de efectivo de Himmler, y al que presentó al doctor Carl Langbehn, ilustre abogado sueco. Este último era uno de los muchos personajes neutrales siempre dispuestos a explotar la guerra para enriquecimiento personal, y exigió al Gobierno de Estocolmo ochenta mil coronas por ayudar a negociar la liberación de varios conciudadanos apresados por los alemanes en Polonia. El RSHA envió al extranjero al doctor Wilhelm Bitter, psicoanalista del hospital de Berlín, con el cometido de dar con un canal de negociación con los Aliados. Después de poner entre él y Alemania una distancia segura, Bitter no envió más que un mensaje histérico —en el que afirmaba que la única respuesta posible consistía en derrocar a Hitler— antes de desvanecerse para siempre.

Alentado por Himmler, Schellenberg entregó a la esposa de «Putzi» Hanfstaengl, el antiguo jefe de la Oficina de Prensa Extranjera de Ribbentrop, una gran cantidad de billetes para que abriese un establecimiento de arte en París con el poco convincente propósito de crear conexiones con Randolph, el hijo del primer ministro británico, al que había conocido ella en Londres.

Mujer en permanente estado de angustia, visitó París en julio y septiembre tal como cabía esperar y consumió el dinero que se le había dado sin establecer, sin embargo, contacto alguno con ningún Churchill. En abril de 1944, uno de los funcionarios de Albert Speer propuso a Schellenberg tender lazos hacia Coco Chanel, a la que describió como ferozmente antisoviética y lo bastante allegada a Churchill para convertirse en posible intermediaria de unas negociaciones de paz. Llevaron, pues, a Berlín a la diseñadora, que había cumplido los sesenta y vivía en el Ritz de París con Hans-Gunther von Dincklage, su amante del Abwehr. Ella dijo a los alemanes que tenía la amiga ideal para entrar en comunicación con los británicos: Vera Bate, inglesa casada con un italiano llamado Lombardi y encarcelada a la sazón por haber estado vinculada al Gobierno de Badoglio. Schellenberg dio su visto bueno de inmediato: liberaron a la señora Lombardi y, apenas una semana después, la enviaron en avión a Madrid con una carta dirigida a Churchill que había de presentar en la embajada británica. La acompañaba Dincklage, quien tenía por misión transmitir a Schellenberg la respuesta del Reino Unido. Sin embargo, llegada a Madrid, la desagradecida esposa de Lombardi no dudó en destapar todo el plan y denunciar a Chanel por haber actuado de secuaz de los nazis.

Schellenberg no volvió a tener noticia de Vera Bate, aunque lo cierto es que no se le daba nada mal eludir la responsabilidad de semejantes descalabros. Así, en noviembre de 1942, cuando Hitler y Goebbels reconvinieron furiosos a Canaris y el Abwehr por no haber sido capaces de predecir los desembarcos efectuados por los angloamericanos en el África septentrional en virtud de la «operación Antorcha», el jefe del Sexto Departamento del RSHA se había limitado a encogerse de hombros alegando que la inteligencia militar no entraba en sus competencias. Dos meses después invitó a una delegación de altos mandos de la policía y oficiales de espionaje turcos a visitar Alemania durante lo que pretendía ser una demostración del poderío del Reich. Schellenberg se desvivió por cautivar a Pepyli, jefe de policía y anticomunista acérrimo, que se mostró, de hecho, receptivo y organizó una fiesta espléndida en el Cuerno de Oro cuando, avanzado el año, viajó a Turquía el oficial de las SS. El anfitrión compartía sin duda el odio que profesaban los nazis a los soviéticos. Aun así, pese al despliegue de estudiados agasajos, Schellenberg no logró hacer nada por garantizar a sus oficiales una mayor libertad de movimientos en la nación de aquel. Tanto consternó al Gobierno de Ankara, consciente del derrotero que estaba tomando la guerra, la hospitalidad que otorgó Pepyli al jefe del servicio secreto exterior nazi, que no dudó en despojarlo de la jefatura de policía.

En mayo de 1943, Schellenberg y Ribbentrop acordaron enviar un equipo

de propaganda nazi a Estados Unidos con el cometido de poner en contra de Roosevelt al electorado de los comicios de 1944. Los adiestraron y los embarcaron en un submarino que se desvaneció sin dejar rastro y que las autoridades dieron por hundido. A otros dos agentes que sí llegaron al norte de Nueva York en julio no tardaron en arrestarlos los estadounidenses, que dieron por supuesto que debían de ser saboteadores. En realidad, estaban allí para llevar a cabo una misión absurda de espionaje político. Mientras, cuando los Aliados invadieron Italia, Schellenberg se afanó en rescatar al gran muftí exiliado de Jerusalén. Consiguió transportar de Roma a Berlín a este dirigente musulmán ferozmente antibritánico y antisemita, aunque no tardó en hartarse de su compañía ni en perder la esperanza de que fuera a ser de utilidad.

Reclutó para el SD a Irna, la baronesa Von Rothkirch, antigua cantante y viuda de un industrial que, cumplidos los cuarenta, se había hecho amante del embajador portugués en Berlín. Tras tenerla un tiempo reuniendo cotilleos relativos al circuito diplomático de la capital alemana, la mandaron a buscar información a Lisboa. Incurrió en gastos impresionantes antes de lograr que la trasladaran a Suiza, donde se hallaba la escuela de su hijo. También allí despilfarró los fondos del SD hasta que Schellenberg reconoció que, como la mayoría de «espías de sociedad», no le reportaba beneficio alguno[56]. En octubre de 1943 hizo una visita privada a Estocolmo, en teoría para solicitar consejo médico acerca de sus problemas de hígado, aunque lo que buscaba sobre todo era tantear a los Aliados. La disposición de ánimo de los suecos había cambiado de forma espectacular desde que empezó a ser evidente la victoria aliada: los oficiales de los servicios secretos británico y estadounidense operaban con una facilidad desconocida en períodos anteriores de la guerra, en tanto que los visitantes nazis se habían vuelto mucho menos populares en cuanto compañeros de mesa. Schellenberg se dirigió al hotel en que se alojaba un tal Abram Stevens Hewitt, estadounidense de notable riqueza que gozaba de cierta vaga reputación en calidad de «observador europeo» del presidente Roosevelt, para plantearle una propuesta asombrosa tanto por burda como por ingenua: la firma de una paz negociada con los aliados occidentales mientras proseguía el conflicto en el Frente Oriental. Durante una segunda reunión, Hewitt se comprometió a insertar, en caso de que saliera adelante en Washington semejante idea, un anuncio personal en el Svenska Dagbladet que dijese: «Se vende valioso acuario de peces de colores por 1524 coronas[57]». El norteamericano regresó a su nación, y todo apunta a que transmitió el mensaje de Schellenberg. Sin embargo, como era de esperar, la pecera no llegó a figurar en el diario. En noviembre de 1943, el Gobierno sueco se atrevió a poner fin a sus relaciones económicas con Alemania: los nazis se estaban quedando sin amigos entre las

potencias neutrales.

En febrero de 1944, este aspirante a «buen nazi» heredó de Canaris el gobierno del Abwehr, aunque sumida en una decadencia de la que resultaba imposible rescatarla a esas alturas. Alemania había perdido toda capacidad para atraer confidentes extranjeros, porque nadie ignoraba que estaba destinada a perder la guerra, y aun en caso de que lograse material sensible de calidad, carecía del poderío militar y naval necesario para explotarlo. Por lo tanto, Schellenberg invirtió más tiempo aún en coquetear con intermediarios extranjeros de un modo que habría hecho que acabase ante el pelotón de fusilamiento de no haber contado con el apoyo de Heinrich Himmler. El jefe del RSHA, Ernst Kaltenbrunner, quien le profesaba no poca aversión, poseía más poder que él; pero aquel seguía disfrutando del favor del señor supremo de las SS, por peligroso que fuera el juego en que se había embarcado en medio de un Tercer Reich que comenzaba a desmoronarse. Schellenberg era un hombre por demás habilidoso a la hora de inspirar seguridad: su trato reconfortante le atrajo la confianza continuada de Himmler.

En agosto de 1944, tras el atentado con bomba contra Hitler, el oficial del RSHA recibió el encargo de acudir al domicilio de la Betazielestrasse del Zehlendorf en que pasaba Wilhelm Canaris su retiro forzoso. El almirante se encontraba con dos visitantes a los que despidió antes de acompañar a Schellenberg a conocer a sus carceleros en la escuela que tenía la Sipo en Fürstenberg. El detenido parecía tranquilo, y quizá su actitud no era ninguna fachada, pues, contra lo que le dictaba su conciencia, no había tenido participación alguna en el golpe de Estado fallido. Lo único que pidió a Schellenberg antes de ser entregado a las SS fue que solicitase una audiencia con Himmler. Aunque el Reichsführer de las SS prometió brindarle su ayuda en un primer momento, el intercambio de opiniones que mantuvo a continuación con Kaltenbrunner le convenció de que era preferible dejar que siguiera su curso la injusticia: Canaris permaneció preso hasta el momento de subir al patíbulo del campo de concentración de Flossenbürg en abril de 1945. Schellenberg sí intervino, sin embargo, para salvar la vida de otro conspirador: el conde Gottfried von Bismarck, quien en cierta ocasión lo había instado a asesinar a Göring.

Los últimos meses de la guerra, la red de espionaje de los alemanes adoptó medios aún más desesperados bajo la dirección de Schellenberg. Sus oficiales reclutaron a cientos de prisioneros de guerra soviéticos en calidad de infiltrados prescindibles: debían cruzar las líneas e internarse en territorio ocupado por el Ejército Rojo para descubrir cuanto les fuera posible antes de su inevitable captura. El plan recibió el nombre de «operación Zepelín». Para asegurarse de que no desertaban, los alemanes recurrieron a métodos

primitivos —sanguinarios, en realidad— aunque funcionales, como el de fotografiarlos mientras ejecutaban a sus compatriotas. Los oficiales de Schellenberg también se hicieron con los servicios de cierto número de prostitutas. La Sección V del RSHA, encargada de conceder la autorización necesaria a las jóvenes, remitió el siguiente comunicado a sus oficinas regionales: «Solicito que busquen en su demarcación… mujeres aptas para dicho cometido… muy agraciadas… que posean modales intachables, inteligencia, tacto y, a ser posible, conocimientos de idiomas… Comuniquen su alistamiento… al Sexto Departamento[58]». Aunque no hay constancia de cuál fue el resultado del proyecto, resulta poco probable que se encontraran en los burdeles muchas candidatas de cualidades tan deslumbrantes.

En septiembre de 1944, entre el aluvión de información fantasiosa que corría por el escritorio de Schellenberg, llegaron noticias desde Suecia de que los Aliados pretendían efectuar en los Países Bajos un desembarco aéreo destinado a tomar uno de los puentes del Rin. Él no adoptó medida alguna, quizá porque desconfiaba de la fuente. Aunque procedía en teoría de un informante británico, el mensaje era en realidad una suposición inspirada del doctor Kramer, imaginativo agente del Abwehr en Estocolmo. Schellenberg, de cualquier modo, estaba consagrando a esas alturas casi toda su energía a intrigas que pudieran ser útiles a sí mismo o a su valedor tras una derrota alemana. En octubre presentó a Himmler a Jean-Marie Musy, católica conservadora suiza entrada en años, a fin de tratar de un posible intercambio de camiones por judíos. De resultas de estas negociaciones, Schellenberg organizó personalmente en febrero de 1945 la salida de 1200 judíos hacia Suiza. También se acordó un segundo éxodo de 1800 personas que, sin embargo, nunca llegó a producirse. Aquel mismo mes, cuando Himmler recibió un mando militar en el Frente Oriental, Schellenberg le urgió a destinar todos los recursos bélicos aún disponibles a tratar de contener a los soviéticos y a abrir de hecho las líneas occidentales a los angloamericanos.

Mantuvo un diálogo amistoso con los suizos, quienes por petición suya se avinieron a destruir el Me-110 que había efectuado un aterrizaje forzoso en uno de sus aeródromos y evitar así que lo recuperase Otto Skorzeny, quien estaba impaciente por acometer una incursión. Franz Göring, ayudante de Schellenberg, tuvo un peso considerable a la hora de hacer que se revocara cierta orden destinada a ejecutar a todas las reclusas de Ravensbrück en las últimas semanas de la guerra, por lo que a diez mil de ellas las enviaron en cambio a Dinamarca. El 20 de abril de 1945, Schellenberg desayunó con Norbert Masur, representante del Congreso Judío Mundial: un acto por el que Hitler no habría dudado probablemente en mandarlo al paredón en caso de haber estado al corriente. Si bien las buenas acciones del oficial del RSHA para con los judíos podrían haberlo hecho digno de respeto en el supuesto de

haberse llevado a término en 1942 o 1943, las circunstancias en que se produjeron hacen que parezcan poco más que gestos destinados a apoyar su solicitud de clemencia a los Aliados. Schellenberg tuvo ocasión de sacar provecho a sus contactos suizos cuando le destituyó Kaltenbrunner el primero de mayo y el conde Folke Bernadotte, al que había conocido en casa de Gottfried Bismarck, le ayudó a volar a Suecia en un avión de la Cruz Roja.

La historia del Abwehr, de Canaris y de Schellenberg puede considerarse una simple anotación marginal del amplio volumen de la historia de la Segunda Guerra Mundial, y de hecho lo fue en gran medida. Aun cuando el servicio de información de Hitler hubiese sido mejor, y aun cuando él hubiera estado dispuesto a prestarle atención, resulta poco probable que hubiese estado en posición de alterar el curso de los acontecimientos —rechazando, por ejemplo, las ingentes ofensivas soviéticas y anglo-americanas de entre 1943 y 1945—, aunque sí podría haber hecho mucho más costosas sus victorias. La lección fundamental que ofrece la experiencia del Abwehr es que los regímenes democráticos supieron emplear la información de sus servicios secretos mejor que los dictatoriales —incluido el de Stalin— por entender la verdad y la evaluación objetiva de las pruebas no como una virtud, sino como arma de guerra. Además, fueron pocos los agentes del Abwehr, con independencia de su nacionalidad, que se vieron atraídos al servicio de Hitler por entusiasmo ideológico: si en los primeros años de la guerra les movía la suposición de una probable victoria de Alemania, desde 1942, una vez que se esfumó tal convencimiento, dejó de ser verosímil que nadie que estuviese en condiciones de elegir pudiera optar por secundar la causa nazi. Lo único que quedaba disponible era la escoria.

La posteridad no debería engañarse siquiera un instante tomando a Walter Schellenberg por un «nazi bueno», y menos aún por un oficial competente del servicio de información, porque luciese unas maneras y un encanto de los que carecía la mayor parte de los matones que gobernaban la Alemania nazi: no era más que alguien capaz de sopesar sus probabilidades con más cuidado y cinismo que la mayoría. A él la suerte no le deparaba una cápsula de cianuro ni una bala disparada por su propia arma: dada su relativa juventud, podría haber sido uno de los pocos supervivientes de la cúpula de Hitler… de no haberle traicionado el hígado. Su arrogancia se habría sentido dañada por el veredicto de los Aliados que interrogaron al último jefe del servicio secreto de Hitler cuando regresó de Suecia en 1945 para ser encarcelado, pues, en opinión de estos, no parecía una persona demasiado inteligente.

18

Campos de batalla

Los aliados agitan la varita de Ultra

Entre los alemanes hubo algún que otro comandante racional que creyó con antelación a los desembarcos de Normandía del 6 de junio de 1944 (Día D) que la invasión aliada del continente les ofrecía una última ocasión de evitar perder la guerra mediante el rechazo de los invasores anglo-americanos y la posterior dedicación de toda la fuerza de la Wehrmacht al enfrentamiento con el Ejército Rojo. Por lo tanto, a su entender, el ser capaces de prever el momento y el lugar en que se produciría representaba el reto supremo para los oficiales de su servicio de información. Todo ciudadano que leyese la prensa internacional en 1944 sabía que era casi seguro un asalto al continente durante el verano; pero nadie podía decir cuándo ocurriría con exactitud. Los decodificadores del OKH/GdNA dijeron que sería el 4 de junio. El coronel Alexis von Rönne, que encabezaba a los 30 oficiales y los 110 militares de diversas graduaciones de los Fremde Heere West, o FHW, el departamento de inteligencia de los ejércitos de Von Rundstedt que defendían el Muro Atlántico, fue el único combatiente de relieve que tomó en serio dicha predicción. La mayoría de los adalides alemanes de la zona, entre quienes se incluía el mismísimo Rommel, consideró, influida en gran medida por la falta de estaciones meteorológicas atlánticas, poco probable ningún desembarco anterior al 10 de junio. Por consiguiente, se hallaba fuera de sus puestos de mando cuando comenzó la invasión.

Con todo, a los defensores les resultaba mucho menos útil determinar la

fecha que el lugar en que acometería el invasor. Si bien la operación de engaño Fortaleza contribuyó de forma notable a provocar y sostener la confusión del enemigo, resulta necesario situarla en contexto. La incertidumbre que presentaban los alemanes antes del Día D no constituía, ni por asomo, un fenómeno extraordinario en tiempos de guerra. Los británicos pasaron todo el verano y el otoño de 1940 sumidos en un estado de desconcierto crónico respecto del momento que podía elegir Hitler para invadirlos y de si iba a decidirse a hacer tal cosa, y durante las campañas del Mediterráneo no fueron pocas las veces que se vieron sorprendidos. Los soviéticos tuvieron ocasión de sentir otro tanto no ya durante la «operación Barbarroja», sino en otros muchos casos posteriores, y lo mismo cabe decir de los estadounidenses y los británicos en el Extremo Oriente. La «operación Fortaleza», igual que otros engaños de 1943 y 1944, pudo obrar su magia por el simple hecho de que la hegemonía absoluta de los mares y el aire proporcionó a los aliados occidentales una variedad ingente de opciones de invasión a lo largo de cientos de kilómetros de costa.

Dada la errática influencia de Hitler, si un oficial del Abwehr hubiera anunciado una semana antes del Día D que sus agentes le habían garantizado que el objetivo era Normandía, es poco probable que los alemanes hubiesen alterado la disposición de sus unidades. Llegado el mes de junio de 1944, la confianza en el Abwehr, el OKW/Chi y el OKH/GdNA había disminuido de forma notable, cuando menos en lo que respecta al Frente Occidental. Los jefes de operaciones de Alemania mostraban una tendencia creciente a no aceptar otra cosa que lo que veían ante sus ojos ellos y sus Estados Mayores en los lugares en que actuaban; a no creer más que en lo que podían lograr sus hombres y sus carros de combate a cambio de sangre y hierro.

Hitler distaba mucho de ser el único que pensaba en el paso de Calais como escenario evidente de la invasión: entre los Aliados no había faltado quien defendiese a capa y espada el hecho de efectuar allí los desembarcos en lugar de en Normandía. Tampoco era solo en Berlín donde había estrategas convencidos de que los anglo-americanos podían efectuar una segunda embestida, quizá en Bretaña: Churchill estuvo instando al presidente Roosevelt hasta el último instante a hacer precisamente eso. Lo obstinado y estúpido no habría sido preguntarse si los Aliados iban a atacar en Normandía ni si lo iban a hacer solo allí, sino no reconocer varias alternativas. En 1944 resultaba tan necesario a la Wehrmacht fortificar y defender una gran porción de la Francia septentrional como lo había sido para los británicos en 1940 construir fortines tras sus propias playas desde Devon hasta Norfolk.

Nada de esto quiere decir que la «operación Fortaleza» fuera un fracaso. Algunos de los de las líneas alemanas —aun cuando no todos— tomaron en serio los mensajes de «Garbo» y otros agentes dobles que actuaban a las

órdenes del Comité de los Veinte británico. El engaño aliado fue alimentar una incertidumbre que de cualquier modo era inevitable en el enemigo. Una vez más, se hace necesario citar la máxima de Churchill: «Todo se halla en constante movimiento, siempre y de forma simultánea». Lo que revistió una importancia decisiva para el triunfo del Día D no fue que los alemanes creyesen que el enemigo podía desembarcar en el paso de Calais, sino que Berlín no pudiera determinar a ciencia cierta que pensaba hacerlo en Normandía. Era más importante mantener en secreto la «operación Overlord» que promover la Fortaleza, al menos hasta que los Aliados hubiesen puesto el pie en la playa. La condición insular del Reino Unido, el foso incomparable que brindaba el canal de la Mancha, era el factor más importante en este asunto.

La difusión de información falsa por parte de las radios aliadas, refinada en grado sumo, pudo influir de manera más marcada a la hora de engañar a los alemanes acerca de los planes aliados antes y después del Día D que la actuación de los agentes dobles, toda vez que los generales de Alemania tenían más fe en su veracidad. El 16 de mayo de 1944, tras estudiar los últimos mensajes de Ultra, «Tar» Robertson, integrante del MI5, dijo a Guy Liddell que los alemanes parecían haber sacado provecho de las comunicaciones radiofónicas para elaborar una evaluación razonable de la disposición de las formaciones aliadas en el Reino Unido, algunas de ellas ficticias: «han llegado a sus conclusiones a partir de una serie de detalles. Todo indica que los informes de los agentes no han tenido mucho peso[1]». Su interlocutor comentó: «Tengo la sensación de que el enemigo, como nosotros, depende antes de la información del Servicio Y y el espionaje radiofónico que de cualquier dato que puedan recibir de otras fuentes a la hora de formular sus planes. Lo único que pueden hacer en realidad los agentes es reafirmar lo que dicen aquellos». Y era cierto. La parte de la «operación Fortaleza» que tenía que ver con el engaño radiofónico, su simulación de un primer grupo de ejércitos ficticio de Estados Unidos en el sureste de Inglaterra, tuvo, casi con total certeza, un peso mayor en el pensamiento de los alemanes, en su colosal sobreestimación del número de efectivos aliados, que el material transmitido por los confidentes del Abwehr que obedecían a las órdenes del MI5, por más que sea este último el que haya conquistado la imaginación del público del siglo XXI.

De manera excepcional, el Barracón 8 contó en junio de 1944 con un puesto de interceptación temporal dentro de Bletchley Park a fin de apresurar la llegada de mensajes descifrados a los comandantes de operaciones. Durante aquellos días de importancia vital, aumentó de forma drástica la velocidad con que los proveían de información los decodificadores: las comunicaciones de la Kriegsmarine llegaban en claro al Almirantazgo cuando

aún no habían transcurrido, de media, treinta minutos desde el momento en que se habían captado. El récord en este sentido lo tuvo un mensaje que tardó diecinueve minutos en recibirse, registrarse, descifrarse, traducirse y transmitirse por teletipo a la Armada británica[2]. Del lado de la Wehrmacht, Albert Praun rendiría más tarde homenaje en estos términos a la excelencia de la disciplina de las transmisiones aliadas: «La situación radiofónica no cambió de forma notable hasta la víspera misma de la invasión… No se identificó ninguna emisión engañosa, ni se observó ninguna alerta por radio antes del desembarco[3]». Los servicios de inteligencia alemanes no dieron oídos a los planes de desinformación aliada que hablaban de un ataque inminente a Noruega, pero Hitler acusaba un afán de protección enfermizo para con su fortaleza nórdica, que fue lo que importó a la hora de determinar la disposición de tropas. Conforme a las declaraciones de Praun, tras el 6 de junio su propia organización se mostró escéptica respecto de la idea de un segundo desembarco aliado en el paso de Calais, ya que todo apuntaba a que la mayoría de las fuerzas aliadas disponibles se hallaba tomando parte en el de Normandía[4]. Sin embargo, reconocía que el OKW pasó semanas convencido de la validez de la ubicación falsa, sobre todo después de que las aguas hicieran varar por casualidad una lancha de desembarco aliada en Boulogne-sur-Mer.

Los mensajes de Ultra del período posterior de la guerra reforzaron la confianza —excesiva en esta fase— de los mandos de tierra aliados, quienes se convencieron de que podían emprender sus propias operaciones sin miedo a que el enemigo estuviese a punto de destapar alguna sorpresa temible por su parte. Por elevada que fuese la tensión en el campo aliado antes del Día D —por ser tanto lo que había en juego—, lo cierto es que los invasores tenían todas las de ganar. La historia no había visto nunca a fuerza militar alguna entrar en combate tan bien informada como lo estaban las del Reino Unido y las de Estados Unidos antes del 6 de junio. Más allá del cúmulo de archivos que había creado el MI14 de la War Office acerca de las unidades germanas identificadas en el área de desembarco, en las toneladas de material de información reservada que se distribuyó entre los atacantes se incluía un desglose de todas las instalaciones que se conocían a los alemanes en la Francia septentrional al completo. En la relación correspondiente a Amiens, por ejemplo, se leía: «Hôtel du Commerce, rue des Jacobins: colmado; rue Jeanne d'Arc, 164: comisaría de la policía alemana; rue Jules Barni, 219: hospital», etc. Inventarios similares, compilados a partir tanto de informes de agentes como de mensajes de Ultra, se redactaron para veintenas de ciudades de relevancia[5]. Los confidentes del MI6 que operaban en Bélgica y el norte de Francia contribuyeron de manera significativa al cartografiar, fotografiar y dibujar, con riesgo de su propia vida, cientos de instalaciones situadas a lo

largo del Muro del Atlántico, aunque la información proporcionada resultaba por demás imprecisa en lo tocante a las posiciones que ocupaba el enemigo en el frente inmediato a la región normanda por invadir.

Los de Bletchley pusieron a disposición de los mandos aliados un orden de batalla alemán razonablemente detallado. Con todo, las formaciones de las que más sabían los atacantes eran las de paracaidistas, que enviaban sus mensajes con los códigos siempre vulnerables de la Luftwaffe. La lista, no obstante, se hallaba incompleta, pues poco se sabía de la 352.ª División que tanto daño hizo entre los estadounidenses en la cabeza de playa de Omaha, o de las 711.ª y 716.ª, apostadas más al este; pero resulta absurdo conceder a este hecho la importancia que le atribuyen algunos historiadores: ningún ejército puede esperar saberlo todo del enemigo. Lo relevante es que se habían localizado con precisión todas las formaciones «pesadas» de Hitler y que se pudo seguir su movimiento en dirección a la zona de desembarco. Una vez en tierra los Aliados, los mensajes de Ultra pudieron advertir a tiempo real de, por ejemplo, la contraofensiva que emprendió Alemania el 12 de junio contra Carentan, o de la mayoría de las inminentes incursiones de la Luftwaffe. Así y todo, cabe señalar que el 10 de junio Bletchley «perdió» durante varios días las decodificaciones de teletipo Fish cuando los alemanes modificaron su sistema de cifrado: los Aliados debieron de considerarse afortunados por no haber sufrido semejante interrupción una o dos semanas antes.

Al otro lado de las líneas, aun cuando el servicio alemán de información errase en lo más sustancial el mes de junio de 1944, una vez comenzada la batalla, los comandantes destinados en Normandía y sus Estados Mayores desplegaron su competencia acostumbrada a la hora de explotar los datos obtenidos en patrullas, interrogatorios de prisioneros e interceptación de transmisiones radiofónicas de voz. Albert Praun era de la opinión de que la confianza arrogante en su propio poderío de que dieron muestra los estadounidenses y los británicos los llevó a incurrir en negligencia en lo relativo al silencio radiofónico antes de acometer sus operaciones: «Esta falta de cuidado se debió posiblemente a la sensación de superioridad absoluta… [que] ofreció a los defensores, más débiles que los atacantes, una gran cantidad de información que costó a estos últimos pérdidas que bien podían haber evitado… Muchos de los ataques protagonizados por divisiones y unidades mayores pudieron haberse previsto con entre uno y cinco días de antelación[6]».

El alemán asevera que los suyos desentrañaron algunos de los mensajes que enviaron los estadounidenses con el encriptador de campo M-209, y que la RAF «siguió poniendo poco cuidado» en sus conversaciones informales, lo que era aplicable en particular a los oficiales de enlace vinculados a unidades

de tierra. Los aviones de reconocimiento de los Aliados comunicaban a menudo en claro cuanto observaban, incluidas referencias cartográficas, en ocasiones con tiempo suficiente para que el enemigo pudiese huir y en particular replegar la artillería. El ejército de Patton superaba al resto en falta de disciplina radiofónica, según aseveraba Praun, en tanto que las fuerzas del general Alexander Patch destacaban por lo contrario. Las transmisiones de los franceses seguían siendo fáciles de interpretar, tal como había ocurrido desde 1940 (los alemanes, de hecho, pudieron seguir kilómetro a kilómetro el avance del general Leclerc hacia París). Mientras tanto, la Wehrmacht desarrolló una sensibilidad patológica al seguimiento aliado de sus propias transmisiones. «Entre los soldados alemanes cundió la psicosis radiofónica —declaró Praun—: se volvieron más reacios a entablar comunicaciones», pues temían provocar una tormenta de proyectiles sobre sus puestos. Además, en aquel momento se veían hostigados por un problema fundamental que los acosaría hasta el final de la guerra: no tenía sentido alguno recabar secretos del enemigo si carecían del poderío militar necesario para sacarles partido. El 7 de junio, en Normandía, los soldados germanos interceptaron un orden de combate estadounidense detallado y no pudieron hacer nada con él por tener consagradas todas las fuerzas de que disponían a rechazar un avance aliado. Del mismo modo, aunque los operadores radiofónicos identificaron el de Chicksands como un puesto de transmisión e interceptación clave para la RAF, la Luftwaffe no tenía la capacidad necesaria para bombardearlo.

El mosaico de la inteligencia aliada se vio cada vez más dominado por las decodificaciones de las claves Enigma y Tunny. Para los generales británicos y estadounidenses, Ultra se convirtió en los últimos estadios de la guerra en una droga adictiva de la que requerían dos o tres dosis al día antes de tomar ninguna decisión operativa. En camiones y tiendas de camuflaje, en la cima de montañas italianas azotadas por el viento o metidos de lleno en los campos anegados de Francia, se arracimaban jóvenes oficiales de Estado Mayor con gafas y uniforme de combate británico o estadounidense para conocer las últimas comunicaciones de Bletchley. El alto mando aliado había de afrontar en todo momento la cuestión de cuánto material de Ultra debía revelar a quienes a fin de cuentas tenían que luchar contra los alemanes. Si se decía que determinado dato procedía de informes de agentes o, peor aún, de desertores, nadie le prestaba demasiada atención; pero si se sabía que poseía la autoridad de las propias palabras del enemigo, era difícil que le hicieran caso omiso.

Bill Williams, jefe del servicio de información de Montgomery, decía que los oficiales a los que habían adoctrinado en desciframiento se volvían discretos hasta extremos patológicos: «Lo que dice un agente se convierte en chisme. Explicar la naturaleza de los mensajes Ultra era cerrar la puerta a este

enfoque… A casi todos los que recibían esta información los asustaba tanto perder lo que… constituía, sin lugar a dudas, un recurso estratégico de valor incalculable que podíamos confiar en que no ocurriría[7]». Las tropas estadounidenses destinadas en Italia tenían una frase entre solemne y sarcástica para los oficiales que habían sido iniciados en Ultra, de los que decían que estaban «bañados en la sangre del cordero». Los mensajes decodificados se conocían como género del «mercado negro[8]». Los rumores que corrían entre los oficiales de un puesto de mando ajenos al secreto daban a entender que se trataba de un canal por el que los comandantes aliados entablaban discusiones o daban reprimendas cuando consideraban que no debía estar al tanto de ellas el personal de menor graduación.

El conocimiento de las maravillas que se obraban en Bletchley Park se hallaba restringido a los oficiales de inteligencia de los ejércitos y unidades superiores, pues se quería evitar que pudiese caer en manos del enemigo nadie capaz de revelar lo que allí se hacía. Por lo tanto, quien hubiese operado allí sabía que le estaba vedado servir en los campos de batalla, aun cuando no fuesen muchos quienes aspiraban a esto último (Keith Batey fue el único que lo logró). A quienes se hallaban al frente de un cuerpo de ejército o una división y no habían sido adoctrinados en Ultra se les informaba, sin más, de la clara distinción que existía entre lo que aseveraba el cuartel general del ejército en lo tocante a las ubicaciones o las intenciones de los alemanes y lo que sospechaba sin más. Mucho menores eran las medidas de seguridad que rodeaban a las actividades del Servicio Y (destinado a la radioescucha del enemigo), ya que era evidente que los alemanes conocían su existencia y participaban, de hecho, en el mismo juego. Este organismo proporcionaba a menudo una tapadera a los datos secretos obtenidos mediante decodificaciones. Bill Williams estaba convencido de que hasta los mandos de mayor graduación debían recibir solamente resúmenes basados en comunicaciones radiofónicas interceptadas en lugar de acceder de forma directa a las transcripciones: «Ningún oficial superior debería leer mensajes de Ultra en claro a no ser que haya sido adiestrado en el terreno del espionaje… El arma que se les está dando es a menudo demasiado grande para sus manos». Para los jefes de Estado Mayor del Reino Unido, tal cosa era aplicable en particular a su primer ministro, que en muchas ocasiones se servía del informe decodificado de algún comandante enemigo a modo de azote con el que arremeter contra la supuesta pusilanimidad de sus propios generales.

Los cuerpos de operaciones especiales y la Resistencia también contribuyeron, aunque en menor grado de lo que desean creer los más románticos, a la victoria lograda por los Aliados en Normandía. En los días

que siguieron de manera inmediata a los desembarcos se lanzaron sobre toda Francia destacamentos del Servicio Aéreo Especial (SAS) británico y grupos de la SOE y la OSS con la misión de causar problemas al enemigo por todos los medios posibles. El 10 de junio fue a visitar el campamento que había dispuesto cierta unidad del SAS en el bosque de Verrières, en Vienne, una partida de milicianos de la región portadora de noticias importantes. Los cincuenta soldados del Reino Unido habían desembarcado en Francia en paracaídas el 7 de junio a fin de emprender una operación llamada «Bulbasket» y destinada a promover actos de sabotaje muy por detrás del frente germano en colaboración con la Resistencia. Los recién llegados los instaron a atacar un nudo ferroviario de relieve situado en Châtellerault, a poco menos de cuarenta kilómetros hacia el norte, en el que almacenaban carburante los alemanes. El capitán John Tonkin, al mando del equipo del SAS, mandó al teniente «Twm» Stephens acompañar a dos de los franceses para reconocer el lugar. Aquel galés menudo y con bigote, que bien podía pasar por nativo, se atavió con prendas de paisano que poco se ajustaban a su talla, se encasquetó una boina y se dispuso a hacer un trayecto en bicicleta peligrosísimo, toda vez que tras el Día D la zona estaba plagada de alemanes en alerta y recelosos. Aun así, sus compañeros de viaje y él llegaron sin incidentes a Châtellerault, donde pudo comprobar que los milicianos no exageraban: en la estación de clasificación se alineaba toda una multitud de vagones cisterna que, por hallarse envueltos en tupidas redes de camuflaje, no habían sido víctima hasta entonces de las incursiones aéreas de los Aliados.

Stephens y los otros emprendieron el camino de regreso al campamento de Verrières, al que llegaron a la noche siguiente, treinta y seis horas después de su partida. El operador de radio de Tonkin transmitió a la base británica de la brigada del SAS la ubicación cartográfica de los once vagones de gasolina estacionados en apartaderos a un millar de metros al este del nudo ferroviario. Cierto mensaje de Ultra interceptado aquel mismo día reveló que dicho combustible iba destinado a la 2.ª División de Acorazados de las SS, Das Reich, que se hallaba de camino a Normandía —y a la que en el texto descifrado por los británicos se había asignado la peregrina denominación de «2 Sugar Panzer»—. Tres horas más tarde ametrallaron y bombardearon dicha instalación 24 bimotores Mosquito de las escuadrillas 487.ª, 646.ª y 107.ª de la RAF, que destruyeron los trenes y su preciosa mercancía. Aunque la 2.ª División Blindada de las SS llegó a la postre a Normandía, su entrada en el campo de batalla se vio diferida de manera significativa por la acometida aérea que desencadenó el mensaje enviado desde Francia por el SAS.

Se trata de un ejemplo de manual de la coordinación entre los servicios de información, las fuerzas especiales, la Resistencia y las fuerzas del aire al

objeto de lograr un resultado que —tal como revelaría Ultra— auxilió en lo material a la campaña aliada de Normandía. Pocas de estas operaciones tuvieron un final tan próspero como la del teniente Stephens, quien pagó el triunfo con su vida cuando, con la mayoría de sus camaradas, fue capturado y ejecutado tras el asalto efectuado por los alemanes a su campamento pocos días después del viaje en bicicleta a Châtellerault[9]. Sin embargo, durante el verano de 1944 fue a cumplirse de forma tan espectacular como sangrienta la visión que albergaba Churchill respecto de la resistencia y las fuerzas especiales en julio de 1940, cuando se entusiasmaba con la idea de prender fuego a Europa.

Las tres primeras semanas de julio, los de Bletchley descifraron un número notablemente reducido de transmisiones (pues la clave Enigma de la Wehrmacht atravesó uno de sus períodos intratables) y los Aliados hubieron de limitarse a luchar y morir tan bien como les era posible sin demasiada ayuda de Ultra. En cualquier caso, es poco probable que hubiera proporcionado detalles de cierto valor práctico sobre reubicaciones del enemigo destinadas a hacer frente a los ataques británicos en Caen, que les causaron gran menoscabo y sucesivos fracasos antes de que pudieran alcanzar una victoria postergada. El momento más importante de la campaña de Normandía para Bletchley se produjo la noche del 6 de agosto, cuando una de las comunicaciones decodificadas —procedente, una vez más, de la Luftwaffe— reveló las intenciones alemanas de acometer en bloque, con casi todos los carros de combate que seguían en pie de guerra, hacia poniente hasta llegar a la playa de Avranches. Gracias a esta advertencia, los Aliados pudieron concentrar una cantidad abrumadora de fuerzas aéreas y artillería que, combinada con la audaz defensa de la 30.ª División estadounidense, dio al traste con el llamado «contraataque de Mortain».

Ultra avisó también de que Hitler estaba resuelto a perseverar en esta ofensiva, aun después de que las tropas estadounidenses rompiesen el perímetro formado por los Panzer en apuros y los sobrepasaran por el sur y el este. Las unidades aliadas pudieron avanzar para cerrar la «bolsa de Falaise», pues sabían que buena parte de los efectivos alemanes que quedaban con vida se hallaba atrapada al oeste y seguía bombardeado en vano a la fuerza de contención estadounidense que los separaba de Avranches. Esta fue la última intervención de Ultra que influyó de manera determinante sobre los sucesos del campo de batalla en la campaña del noroeste europeo en lugar de limitarse a mantener informados a los mandos aliados de la situación en que se hallaba el enemigo. Stuart Milner-Barry, integrante del Barracón 6, no olvidaría nunca el momento en que se descifró «el mensaje desesperado del mando alemán en Normandía con que se

anunció el desmoronamiento de la resistencia de sus fuerzas… Esta clase de transmisiones, que quizá nos entregaban a mitad de la noche, nos provocaba una sensación extraordinaria de estar viviendo con la historia[10]».

Desde 1939 se había tenido a los decodificadores en ayunas —hasta extremos ridículos— sobre la repercusión que tenían sus hercúleos empeños en el curso del conflicto bélico. Hizo falta llegar a los meses últimos para que, una vez vueltas las tornas de manera irrevocable en favor de los Aliados, reconociesen al fin los comandantes que la moral de cuantos operaban en Bletchley se habría podido beneficiar en gran medida de haber recibido noticias alentadoras al respecto. El personal del servicio de inteligencia de Montgomery comenzó a enviar informes diarios desde el cuartel general del 21.er Grupo de Ejércitos. «Uno tenía la sensación de estar hablando con amigos —escribió Bill Williams—, y del sentimiento de gratitud que creíamos ver en las palabras que recibíamos en el Parque [Bletchley Park] nació el convencimiento de que… estábamos prestando un servicio mejor gracias a ellas[11]».

No eran muchos los oficiales británicos y estadounidenses del campo de batalla que sabían el tamaño de cuanto debían los ejércitos a la GC&CS. Los decodificadores no brindaron a los soldados, marinos y pilotos aliados la clave de la victoria, cosa que solo fue posible lograr con una lucha tenaz; pero sí supieron agitar la varita mágica que apartó el velo de secretismo tras el que se movía y tomaba su ser el enemigo. Aquella era una ayuda que nunca había recibido nación beligerante alguna en toda la historia. Los de Bletchley Park no tenían la culpa de que los generales que servían en los campos de batalla obviasen, malinterpretaran o desaprovechasen semejante regalo, tal como hicieron en el noroeste de Europa en los meses finales de la guerra.

Espías suicidas

Las operaciones más crueles y cínicas de cuantas dirigieron los servicios secretos de uno y otro lado fueron las que tuvieron por protagonistas a espías de corto alcance: vecinos de los alrededores a los que se enviaba a informar de lo que alcanzasen a ver al otro lado de las líneas del enemigo. Sus esperanzas de éxito o aun de supervivencia eran pocas, aunque tal cosa no impidió ni a los del Eje ni a los Aliados mandar a un modesto ejército de ellos al campo de batalla. En los meses que precedieron al Día D, Alemania reclutó a trescientos agentes franceses «rezagados» que habían de desplegarse después de que el enemigo conquistara una cabeza de playa. Los habían adiestrado en la escuela de espionaje que tenía el Abwehr en Angers, a orillas del Loira, dirigida por el capitán Clören, profesor de lenguas, de cincuenta y

tres años, procedente de Hamm, afiliado al Partido Nazi y casado con una ciudadana suiza. Sus estudiantes, según haría saber durante los interrogatorios aliados, eran «de extracción muy pobre…, desempleados que aceptaban el trabajo "para ganar algún dinero[12]"».

La proverbial melancolía de uno de sus alumnos, un joven de veintitrés años de aspecto sombrío y gafas, apodado «Bardou», bien podía tener su origen en que trabajaba de día en calidad de ayudante del sepulturero municipal de Ruan. Los alemanes le pagaban al mes tres mil francos, aunque no consiguieron nada a cambio. Al muchacho normando al que llamaban «Beccassino» lo buscaba por robo la policía de Saint-Malo. Resultó tan incompetente en el trabajo de espía, y de forma tan visible, que el Abwehr acabó por emplearlo de cocinero en el puesto de operaciones de Angers a fin de justificar los dos mil francos mensuales que le abonaba. Después del Día D lo enviaron tras las líneas aliadas… y nunca más se supo de él. El mismo silencio se dio en el caso de «Berthelot», antiguo estudiante de arte de París al que se asignaron veinte mil francos para que informase desde el Cherburgo ocupado por los estadounidenses. Otro joven parisino conocido como «Beru» envió supuestamente una serie de mensajes útiles desde el territorio aliado antes de anunciar en agosto que se hallaba enfermo y recibir permiso para regresar a su hogar.

A Bigault de Casanove, «Calvert», de treinta y cinco años, lo dejaron en la Francia occidental después de los desembarcos aliados, y desde allí transmitió en octubre dos mensajes por radio. En el primero reveló los planes que albergaban doscientos cincuenta milicianos de la Resistencia de atacar la guarnición germana de Saint-Nazaire. El segundo decía: «No me queda dinero ni se me han dado nuevas órdenes. Por favor, envíen dinero y órdenes». La mayor parte de los agentes que se emplearon durante el verano de 1944 recibía entre quinientos y ochocientos francos mensuales, media docena de palomas mensajeras y alpiste. Antes del Día D, el Abwehr mantenía en el puesto de Angers un centenar de aves a las que transportaban en camión al campo una vez al mes para que practicasen el regreso al palomar. Cierto oficial del servicio secreto alemán comunicó con acritud a sus interrogadores aliados: «Nunca llegamos a recibir mensajes de los agentes dotados de palomas».

Entre los rezagados del Abwehr se incluía también una parisina de veintitrés años llamada Geneviève Mouquet, o «Girot», joven idealista que decía creer que Vichy y los nazis representaban una «nueva Europa». Esta mujer recia, que desmentía por entero la imagen de la espía de atractivo refinado propia de la ficción, fue enviada al municipio de Saint-Lô. Regresó varias veces a su base de Angers, porque, a su decir, los bombardeos aliados hacían que le fuera difícil cruzar Vire para llegar a su objetivo. Por lo tanto, la

mandaron al oeste de la población normanda de Villedieu, a la finca de un adiestrador de caballos de carreras llamado Devoy, quien se había congraciado con los alemanes cuidando pichones para ellos durante la ocupación. Mouquet estuvo un mes con él antes de huir hacia el este, sin molestarse siquiera en llevarse consigo la radio, por considerar que aquel lugar se había vuelto demasiado peligroso. Los germanos acabaron por permitirle que levantara el campo y se retirase a Wurtemberg. En su expediente anotaron que no era apta «para ninguna otra misión de espionaje». Se había puesto del lado de los perdedores, y llegado el mes de agosto de 1944 debía de haberlo sabido[13].

A los Aliados no les fue mejor que a los del Eje a la hora de alistar rezagados. En los peores días de la batalla de las Ardenas, durante el mes de diciembre de 1944, los estadounidenses se alarmaron lo bastante para emprender sus propios empeños frenéticos en dar con agentes nativos en Bélgica por si los carros de combate alemanes proseguían su resuelto avance más allá del Mosa. Cierto oficial del 9.º Ejército de Estados Unidos comunicó en tono abatido: «Nos enfrentamos a un problema peliagudo: los operadores de radio deben ser a un tiempo dispuestos y competentes y quedar ocultos con discreción en algún lugar en que tengan probabilidades de permanecer aun en caso de que entre el enemigo, evacúe a la mayor parte de la población y registre sus casas. Los vecinos no deben estar al tanto del secreto, y el agente tiene que mantener un estado de ánimo razonablemente bueno durante un período de espera tan aburrido como angustioso[14]». Tuvieron suerte de no necesitar a los rezagados belgas.

En aquel tiempo los alemanes enviaron una nueva remesa de agentes al otro lado de las líneas. Entre los que detuvo el 9.º Ejército durante la batalla de las Ardenas se hallaban Bernard Piolot, a quien, al parecer, sorprendieron cortando una línea de teléfono de campaña estadounidense; Betsy Coenegrachts, de soltera Stratemans, ciudadana de Vroenhoven (Bélgica), «contrabandista convicta y confidente de la Gestapo, responsable del arresto de dos espías de la clandestinidad belga durante la ocupación»; Philip Staab, quien presuntamente reconoció haber colaborado con la Gestapo, y Joseph Bernard, de Kerkrade (Holanda), que confesó ser agente del SD. En total, el 9.º Ejército —cuyos archivos del G-2 son los únicos que han llegado a nuestros días— detuvo en enero de 1945 a 156 personas sospechosas de trabajar para el enemigo, de las cuales 21 eran soldados de paisano; a 11 las entregaron a las autoridades belgas; 28 sufrieron arresto; a 56 las retuvieron para seguir interrogándolas, y solo 12 fueron liberadas. Dada la histeria que reinaba en aquellos días, saber si eran culpables o inocentes no resulta más posible que descubrir cuál fue la suerte real que corrieron[15].

Durante la retirada de la Wehrmacht, en los últimos meses de la guerra, los Aliados hicieron cruzar la frontera con Alemania a cientos de agentes. Desaparecieron casi todos, y se dio por hecho que habían muerto. Cierto día de marzo de 1945, por ejemplo, un oficial de la SOE congregó a un grupo de polacos y lo envió carretera arriba en dirección a las líneas Alemanas con orden de seguir avanzando cuanto le fuera posible en busca de información. «No puedo decir —escribió tras ver alejarse a uno de ellos— que albergara muchas esperanzas acerca de sus probabilidades[16]». Los demás polacos se mostraron renuentes a última hora, aunque al final desaparecieron también en dirección a Osnabrück: «tres figuras más bien desoladas que se esfumaron hacia un destino incierto». Nada se sabe de la suerte que corrieron.

Los estadounidenses recurrieron a la Sûreté belga para identificar a paisanos dispuestos a arriesgar la vida sumergiéndose en la vorágine de un Reich en pleno desmoronamiento. Cierto informe relativo a una operación emprendida el 1 de mayo de 1945 por un oficial de la OSS llamado Josendale describe un intento absurdo de enviar a un tal «Peter» al otro lado de las líneas enemigas. Durante el vuelo a la zona de lanzamiento, «la misión tuvo un final desgraciado cuando el agente se disparó en una pierna… De no haber ocurrido este incidente, el plan habría fracasado de todos modos, pues el avión recibió orden de regresar por la intensa actividad que estaba desarrollando el enemigo por tierra y por aire en las inmediaciones del área de salto[17]». Otras iniciativas similares no tuvieron mejor éxito: «Se ha hecho difícil manejar al agente "Bert", que se convirtió en un agitador… Los agentes "George" y "Hank" dejaron de ser útiles cuando fue invadida la región que conocían y en la que debían operar». «Hans volvió el 23 de marzo tras cruzar a nado el Rin, pero a Joseph lo capturaron, y cabe imaginarse lo que ha sido de él. La noche del 23 de marzo se pusieron en marcha las misiones de "Peter" y "Mac". Se trataba de una operación de desembarco aéreo. El agente Peter se negó a proseguir en el último instante y fue sustituido por el agente "Fred". Por motivos de seguridad, se ha detenido al primero mientras dure la guerra. Fred saltó en la zona de Hamm, y después del mensaje radiotelegráfico que envió el 24 de marzo no hemos tenido contacto alguno con él».

Los «transfronterizos» soviéticos sufrieron un desgaste no menos devastador. En julio de 1944, Stalin decretó la creación de redes que habrían de internarse hasta quinientos kilómetros en territorio de Alemania, Hungría, Rumanía, Checoslovaquia y Polonia para promover actos de sabotaje y reunir información: los mismos objetivos con que lanzaron a Francia en paracaídas a cientos de agentes la SOE y la OSS tras el Día D. Un oficial llamado Nikolski, que dirigía a varios de estos equipos desde Brest y Kobrin, reconoció con franqueza su fracaso: «Aún no había acabado la guerra cuando supimos que

el enemigo había eliminado a casi todos nuestros grupos de inteligencia y sabotaje poco después de que desembarcaran[18]». El capitán Pardon, oficial del Abwehr en Noruega, prendió a un equipo del GRU y convenció a continuación a quienes lo dirigían desde Múrmansk de arrojar en paracaídas varias remesas de víveres en zonas ocupadas por Alemania[19].

Eran pocos los agentes del GRU que hablaban la lengua del lugar en que habían de operar, y lo normal era que los lanzasen a ciegas. Todo alemán que acertara a encontrarse a varios kilómetros del lugar en que se había avistado un salto en paracaídas acudía a las inmediaciones para iniciar una Hasenjagd («caza de liebres») de la que por lo común salían victoriosos. Nikolski comunicó que de los 120 oficiales adiestrados que había enviado solo sobrevivió, «de milagro», una docena a la llegada del Ejército Rojo. Entre quienes murieron se hallaba una veterana de operaciones clandestinas en territorio ocupado por los alemanes llamada Ana Morózova. El 11 de noviembre de 1944, atrapada y herida mientras servía con un grupo de partisanos polacos en Prusia Oriental, esta operadora de radio cualificada se quitó la vida con una de sus propias granadas.

Hasta los soviéticos acabaron por sentirse consternados por la pérdida de compatriotas en operaciones así. Esto los llevó a adoptar, durante el invierno de 1944, un método nuevo, consistente en enviar a desertores alemanes, o agentes dobles, a satisfacer las exigencias de Stalin. La GRU infiltró a prisioneros de guerra «de vuelta» a un ritmo de hasta treinta a la semana, si bien la mayoría no dudó en rendirse ante la Wehrmacht en cuanto cruzó las líneas[20]. Casi ninguno de los 18 equipos que hizo llegar Nikolski en paracaídas a territorio alemán entre los meses de agosto de 1944 y marzo de 1945 volvió a dar señales de vida. A uno de ellos, de hecho, lo lanzaron a un campo de batalla en pleno combate. Los que sí se comunicaron más tarde con su base se hallaban —según se supo más tarde— en manos de los alemanes. «Los resultados —comentó con sequedad Nikolski— distaban mucho de ser alentadores».

Si conocemos con cierto detalle cuál fue el transcurso de una de estas misiones es porque uno de los supervivientes habría de responder más tarde a las preguntas de los interrogadores británicos. Aunque lo que sigue resulta fantástico aun para lo que era habitual en el ámbito de las operaciones especiales de tiempos de guerra, cabe pensar que debe de tener atisbos significativos de verdad[21]. Waldemar Bartsch había nacido en Ucrania de padres alemanes, y se encontraba estudiando en Odesa cuando la Wehrmacht ocupó la ciudad en 1942. El informe británico lo describe como «inteligente, memorioso y oportunista. No parece guardar lealtad nacional alguna»; un veredicto que justificaban sus accidentadas vivencias. Bartsch ejerció de intérprete de la Luftwaffe hasta marzo de 1944, fecha en que los soviéticos

ocuparon la zona en que se hallaba y lo enviaron a hacer trabajos forzados con un batallón de ingenieros. Un contraataque posterior volvió a situarlo en territorio alemán, donde se le acusó de deserción. Lo pusieron en manos del Abwehr, que decidió emplearlo como mentor del agente doble Mijaíl Kotschesche, también ucraniano, nacido en 1919.

Este último había servido en las filas del ejército húngaro hasta que lo capturaron los soviéticos cerca de Járkov en 1942. Tras pasar unos meses de confinamiento, entró a formar parte de un grupo de 27 elegidos para recibir formación de agentes soviéticos y trasladados a la escuela de espionaje de Détskoie Seló, a cuarenta kilómetros al este de Moscú. Allí pasó quince meses recibiendo clases de ruso, fotografía y radiotelefonía, así como adoctrinamiento político. A continuación estuvo otros tres en Moscú antes de que le asignasen una misión, que habría de llevar a cabo con el nombre en clave de «Dodi». El 24 de mayo de 1944 lo enviaron a Kursk, donde le dieron la información necesaria para lanzarse en paracaídas sobre Hungría con uniforme de sargento húngaro, una cantidad considerable de dinero en efectivo, una radio estadounidense con una antena de hilo de diez metros y una tabla de frecuencias a las que debía añadir tres mil kilociclos los días pares y sustraer dos mil los impares. También recibió un libro de oraciones en húngaro, no para su consuelo espiritual, sino como cuaderno de claves.

Kotschesche se lanzó en paracaídas desde un bombardero Boston de construcción estadounidense, y apenas cabe sorprenderse de que se torciera un tobillo al llegar al suelo, ya que no había recibido adiestramiento alguno en tal actividad. Se las compuso para llegar cojeando a una estación ferroviaria desde la que viajó a la casa de su madre, cerca de Svaliava. Pasó allí dos semanas y ocultó el dinero antes de seguir las instrucciones de sus contactos soviéticos: entregarse a la policía y confesar que lo habían enviado desde Moscú para consagrarse después a un doble juego radiotelegráfico en manos del enemigo. Los húngaros dedicaron tres horas a debatir lo que debían hacer con él antes de darlo a los alemanes, y el Abwehr le asignó un nombre en clave («Adam») y lo puso a las órdenes de Waldemar Bartsch. Kotschesche comenzó a enviar mensajes a Moscú, primero desde Debrecen y, tras el avance del Ejército Rojo, desde Budapest. Supuestamente remitió material por petición de los alemanes y también por propia iniciativa a sus clientes soviéticos. Las órdenes de Moscú le requerían que efectuara una sola transmisión a la semana. En ella informaba sobre los movimientos de tropas y vehículos, pero recibió una reprimenda del Centro cuando mencionó un ataque estadounidense: «El bombardeo americano no tiene interés. Cíñete a las instrucciones. ¿Dónde vives?».

El 22 de agosto, el GRU quiso saber qué había hecho con el dinero que se le había asignado. «He gastado dos mil pengő [moneda húngara de la época]

en alquiler de coche, y dos mil han quedado en casa de mi madre para comprar un caballo». El 2 de septiembre comunicó a Moscú: «Los pobres esperan al Ejército Rojo; los ricos ponen rumbo al oeste a la carrera. He visto en un restaurante a seis generales alemanes y tres húngaros». El 19 de octubre refirió: «Todavía no tengo claro lo que ocurre en Budapest. La ciudad está agitada. La Cruz de Flechas [movimiento ultraderechista] se ha hecho con el poder gracias al apoyo de los alemanes». Esto motivó la siguiente respuesta airada de sus patrones: «Deja de enviar mensajes confusos o te haremos responsable. Observa la situación política… No des oídos a los rumores: son mentiras fascistas».

Por extraordinario que resulte el que los alemanes persistiesen, a esas alturas de la guerra, en mantener actividades de espionaje que no podían brindar la menor utilidad práctica para su causa, lo cierto es que todas las instituciones, incluidos los servicios secretos, conservan una inercia de autómata hasta cuando se encuentran a un paso de la catástrofe. En aquel mismo período, de hecho, el Abwehr seguía lanzando agentes en paracaídas al otro lado del frente ruso. Bartsch hizo saber más tarde a los británicos que jamás había dudado de que Kotschesche trabajaba para Moscú, pero pensaba que serviría mejor a sus intereses si mantenía la boca callada y daba la impresión de estar colaborando con los alemanes. Kotschesche bromeaba con frecuencia con su compatriota ucraniano diciendo que no se atrevería a poner a los alemanes al corriente de su traición, y se jactaba de la posición de que iba a gozar cuando llegasen las tropas soviéticas.

En diciembre de 1944, ambos huyeron de Budapest a Viena, donde la policía local, dando muestras de nerviosismo, arrestó a Kotschesche por considerarlo —razón no les faltaba— sospechoso. A Bartsch no le resultó sencillo hacer que lo pusieran en libertad. A finales del mes de enero de 1945 se trasladaron a Graz, donde el espía reanudó las transmisiones a Moscú. También se hizo con una amante rubia de veinte años llamada Ilse Killer, y pasó los últimos meses de la guerra relativamente tranquilo. Cuando llegó a la ciudad el Ejército Rojo, se encontró con que se había erigido en comisario y estaba interrogando con aires de superioridad a la población civil de Austria. El espía desagradecido acusó a Ilse ante las autoridades de ejercer de confidente de los alemanes. Su novia no tardó en desaparecer, probablemente entre las fauces del SMERSh. Bartsch escapó hacia poniente, aunque del destino final de Kotschesche no se sabe nada.

¿Qué conclusiones pueden extraerse de esta tortuosa historia referida a los británicos[22]? Lo más obvio es que sería poco sensato aceptar al pie de la letra una sola palabra, aunque buena parte de ella parece demasiado circunstancial y fantasiosa para ser falsa. Tanto Bartsch como Kotschesche desplegaron un talento notable en calidad de intrigantes —comparable al de Ronald Seth—

por el simple hecho de disuadir a dos de los regímenes más implacables de la historia de pasarlos por las armas. Parece poco probable que las hazañas de los dos ucranianos, que acapararon una cantidad nada desdeñable de recursos soviéticos y alemanes, concediesen la menor ventaja a ninguna de las dos naciones. No eran más que restos de un naufragio que habían recalado momentáneamente en las aguas del espionaje para lanzar un par de veces las redes antes de seguir a la deriva a merced de las mareas de la guerra.

Un triunfo deslustrado

Durante los últimos meses del conflicto europeo, la marcha de los Aliados hacia la victoria se vio manchada por repetidos desaciertos de sus servicios de información que costaron numerosas vidas, echaron a perder oportunidades valiosas y concedieron a los alemanes triunfos por entero gratuitos que no tardaron en invertirse. Ralph Bennett, integrante del Barracón 3 de Bletchley, estaba convencido de que, tras lograr en agosto la victoria de la bolsa de Falaise, con la que culminó la campaña de Normandía, la euforia fue a nublar el juicio de los mandos aliados, los cegó ante los datos de los servicios secretos y les hizo dar la espalda a la cautela. A comienzos del otoño de 1944, los decodificadores leyeron un aluvión de mensajes desesperados de los comandantes alemanes del Frente Occidental, que aseveraban que sus fuerzas se hallaban a un paso de la extinción. Eisenhower y sus subordinados, y también el JIC británico —aunque no, ni por asomo, Winston Churchill—, se persuadieron de que la guerra estaba punto menos que ganada. Bennett subraya que Ultra reveló la honda preocupación que afligía a Hitler por la vulnerabilidad del sector del frente que comprendía el Mosela y el Sarre, y que Eisenhower obvió el dato para apoyar la acometida septentrional de Montgomery. Con todo, sigue sin estar claro que Patton —al frente de las fuerzas meridionales— hubiese podido efectuar un avance decisivo aun en caso de haber contado con apoyo logístico. Lo poco favorable del terreno no decía bien del atacante que tomara dicha vía para entrar en Alemania.

Bennett está quizá en lo cierto, sin embargo, cuando hace hincapié en la culpa en que incurrió Montgomery por no ser capaz de conquistar la ruta que ofrecía el Escalda hacia Amberes a principios de septiembre, cuando estaba más al alcance de la mano. Ultra recalcó una y otra vez la determinación alemana para defender el estuario y negar así a los Aliados el uso de aquel puerto vital, además de una serie de detalles relativos al envío por barco de soldados y cañones alemanes destinados a reforzar las posiciones de la

margen oriental. Por incomprensible que resulte, los británicos no impidieron el paso de dichas tropas, ni siquiera después de que el almirante sir Bertram Ramsay advirtiese a Montgomery del peligro. Dada la defensa germana del Escalda, Amberes siguió sin poder usarse cuando habían transcurrido casi tres meses de que hubiese sido capturada intacta, y la intendencia aliada sufrió enormemente por ello. La preterición por parte del mariscal de campo británico de datos evidentes proporcionados por el servicio de información y de una oportunidad estratégica nada desdeñable se convirtió en una de las causas de más envergadura del fracaso de los aliados occidentales a la hora de irrumpir en el corazón de Alemania en 1944.

El mismo exceso de confianza fue responsable de que se emprendiera el nefasto asalto aerotransportado del 17 de septiembre en Holanda a pesar de que Ultra había avisado de la presencia en las inmediaciones de la zona de lanzamiento de las 9.ª y 10.ª Divisiones Blindadas de las SS, junto con el cuartel general de Oosterbeek del mariscal de campo Walter Model. De no haberse dejado cegar por la «fiebre de la victoria», el sentido común de los comandantes aliados les habría hecho ver que los carros de combate de las SS, aun diezmados de manera drástica, representaban una amenaza mortal a las unidades de paracaidistas británicos dotados de armas ligeras e inexpertos en su mayoría. Los mensajes descifrados del 14 y el 15 de septiembre ponían asimismo de relieve que las fuerzas germanas también eran conscientes del peligro de un desembarco aerotransportado en los Países Bajos. Era obvio que iba a resultar muy difícil trasladar a las fuerzas de relevo británicas ciento treinta kilómetros por una sola carretera neerlandesa que transcurría por campos infranqueables por los vehículos blindados si los alemanes oponían resistencia. La decisión de lanzar la «operación Market Garden» en este contexto fue temeraria e irresponsable, y su fracaso sigue siendo un borrón bien merecido en la reputación de Montgomery.

El mayor desastre de inteligencia que protagonizaron los Aliados durante la campaña fue, claro está, la incapacidad para prever la «operación Niebla Otoñal», durante la que dos ejércitos alemanes arremetieron contra el sector más débil del frente que defendía el 1.er ejército estadounidense en las Ardenas. Tras los hechos, todos los oficiales superiores de los servicios de información anglo-americanos contemplaron arrepentidos el rimero de transcripciones de mensajes secretos que debían haber alertado a Eisenhower y sus generales. El 4 de septiembre, el barón Ōshima, embajador japonés ante Alemania, se había reunido con Hitler en Prusia Oriental, y el Führer le había aseverado que tan pronto estuviese listo su nuevo ejército de refuerzo tenía la intención de «emprender una ofensiva a gran escala en el Frente Occidental», para lo cual pretendía sacar provecho de las inclementes condiciones meteorológicas de la estación a fin de ocultar la reubicación de sus fuerzas a

las unidades de reconocimiento aéreo de los Aliados. El ataque iba a producirse «comenzado el mes de noviembre». Con todo, aunque los oficiales de los servicios secretos británico y estadounidense tuvieron acceso al informe de aquella conversación elaborado por Ōshima, el JIC del Reino Unido escribió el 11 de noviembre: «Los alemanes podrían estar planeando un ataque limitado destinado a entorpecer los preparativos aliados y diferir así nuestra acometida principal, quizá hasta la primavera de 1945… No creemos que las pruebas que poseemos garanticen la conclusión de que están planeando tal ofensiva».

Los historiadores británicos oficiales de asuntos de espionaje aseveran: «No es abusar de la ventaja que concede el análisis de un tiempo pasado arriesgarse a sentenciar que los jefes de Estado Mayor británicos y el JIC cometieron un error fundamental, al no haber tomado esta advertencia y de otros mensajes de Ultra relativos a la composición del 6.º Ejército Blindado y el traslado hacia el oeste de elementos sustanciales de la Luftwaffe tan en serio como merecían[23]». Ōshima no se cansó de repetir que se preveía una ofensiva en el oeste, y, de hecho, mencionó la posibilidad 28 veces en los despachos que escribió entre el 16 de agosto y el 15 de diciembre de 1944. Sus mensajes, unidos a otros indicios relativos a reubicaciones y concentraciones de los alemanes y a la desaparición de formaciones blindadas del Frente Oriental, debían haber puesto sobre aviso a los generales aliados. Ralph Bennett, agente del Barracón 3, señalaría más tarde otras pistas que ofreció Bletchley acerca del ataque inminente y que nadie atendió: movimientos multitudinarios de trenes que constaban en las decodificaciones de mensajes cifrados con el código de los ferrocarriles estatales de Alemania, concentraciones avanzadas de aparatos de la Luftwaffe a una escala desconocida en años, solicitudes de reconocimiento aéreo intensivo de sectores decisivos del frente estadounidense… «Resulta inexplicable que Ultra no suscitase más preocupación», concluía[24].

Buena parte de la responsabilidad de semejante error de análisis recae sobre los británicos, que fueron quienes encabezaron la campaña aliada de espionaje contra los alemanes, y el jefe del servicio de inteligencia del SHAEF era su propio general de división Kenneth Strong. El oficial británico se había trasladado al África septentrional a fin de reforzar el equipo de Eisenhower tras el fracaso sufrido en 1943 durante la batalla del paso de Kasserine y había formado parte desde entonces del mando supremo. En el momento que nos ocupa dirigía un Estado Mayor conformado por un millar de personas y, en consecuencia, tan abarrotado como casi todos los demás elementos de aquel cuartel general anglo-americano. En una evaluación estratégica sobre la situación del enemigo redactada el 16 de septiembre aseveró: «En el oeste es imposible congregar una fuerza lo bastante numerosa para efectuar una

contraofensiva ni aun para una defensa sostenida»; opinión esta a la que se aferraría en todo momento durante los tres meses siguientes.

Strong era un solterón empedernido cuyas mejillas protuberantes y orejas prominentes le conferían un aspecto singular. Bill Williams, jefe de espionaje de Montgomery, incluía entre sus muchos reproches al G-2 de Ike la acusación de que «jamás se acercaba al frente si podía evitarlo». El catedrático de Oxford desdeñaba al militar de carrera situado en el puesto más elevado del servicio de información, al que consideraba «un horror sin cabeza y un portento sin rostro… Strong se preocupaba por todo[25]». También hay que señalar que la intensa actividad que desarrollaron la OSS, el MI6 y la SOE a la hora de enviar agentes al otro lado de las líneas alemanas no se tradujo en un solo informe referente a los preparativos de la «operación Niebla Otoñal». El silencio radiofónico del enemigo impidió al Servicio Y percibir nada extraño, y algunos de los indicios de relieve obtenidos de los interrogatorios de prisioneros de guerra los días que precedieron al 16 de diciembre pasaron inadvertidos. El jefe de información del SHAEF no abundaba en inteligencia ni en imaginación, y de hecho carecía de la aptitud necesaria para ocupar el puesto más elevado del Estado Mayor de Eisenhower. Sin embargo, Williams, el del 21.er Grupo de Ejércitos, no demostró más pericia que su superior en la revelación de la ofensiva alemana. El ejército estadounidense se había mostrado siempre escéptico acerca de la disposición de los británicos para permitir que soldados novatos como aquel académico de treinta y dos años se elevasen a lo más alto de los servicios de inteligencia. El general Omar Bradley escribiría de Williams tras la guerra: «Es un hombre inteligentísimo, pero tiende a ser errático como la mayoría de los de su condición… se equivoca con frecuencia por carecer de la formación militar que exigimos nosotros». A continuación citaba uno de los comentarios típicos de Williams: «Hoy tengo el estómago revuelto: llevo una semana tragándome mis palabras[26]». Es de suponer que fue eso lo que dijo tras la batalla de las Ardenas.

En diciembre de 1944, tanto Strong como Williams incurrieron en el mismo error que el JIC al hacer caso omiso de una alarma por el simple hecho de que no se ajustaba a su propia lógica. Strong escribió en la justificación del desatino de las Ardenas que firmaría tras la guerra: «Los integrantes de los servicios de información… se tenían por derrotistas si pronosticaban otra cosa que no fuese el éxito ininterrumpido de los Aliados. Si expresaban dudas acerca del futuro los acusaban de ser ajenos a la realidad de la guerra». A su decir, el oficial superior del servicio secreto del 1.er Ejército de Estados Unidos vio aumentar su prestigio tras la batalla después de haber transmitido sus sospechas de que Alemania tramaba algo. «De todos los oficiales relacionados con la información relativa al orden de batalla —aseveró Strong

— fue el coronel "Monk" Dickson quien más se aproximó a la respuesta correcta al enigma de la posición de las divisiones alemanas sin localizar[27]».

Aunque el ejército estadounidense estuvo falto de oficiales cualificados para el servicio secreto durante toda la guerra, Dickson se contaba entre los mejores profesionales de aquel terreno, junto con hombres como John Petito, Richard Collins o James O. Curtis. Strong admitió, sin embargo, que la credibilidad del estadounidense se hallaba dañada antes de las Ardenas por la reputación que había adquirido de pesimista y, de hecho, de alarmista, «y por lo tanto habíamos adoptado la costumbre de restar importancia a algunas de sus revelaciones». Tampoco hay que pasar por alto que Dickson partió a París de permiso la víspera de la ofensiva de las Ardenas. El historiador Peter Caddick-Adams observa que, de haber estado convencido de que los alemanes estaban a un paso de atacar, el coronel no habría abandonado en ese instante el cuartel general del 1.er Ejército, por más que lo hubieran alentado a tomar un descanso[28].

El informe del MI6 relativo a la sorpresa de las Ardenas se difundió el 28 de diciembre de 1944.

> Cabe señalar de entrada —decía— que la Fuente [Ultra] advertía con claridad de la proximidad de una contraofensiva. También revelaba, aunque con escasa antelación, el momento en que iba a producirse. En todo caso, no ofrecía indicaciones inequívocas sobre dónde iba a ocurrir ni… sobre su escala real. Esto se debió en gran medida a los medios de engaño nuevos y refinados que han puesto en práctica los órganos de seguridad de Alemania. La planificación germana… ha debido de verse favorecida en grado notable por la inseguridad de determinadas comunicaciones aliadas… Resulta un tanto alarmante saber que los alemanes tenían mejor conocimiento del orden de batalla de Estados Unidos a través de su servicio de interceptación que nosotros del de Alemania gracias a [Ultra].
>
> Existe en el espionaje, y el caso presente constituye un ejemplo serio de ello, la tendencia a aferrarse en demasía a una visión determinada de las intenciones del enemigo. Se había dado en creer que los alemanes contraatacarían de frente cuando los presionásemos con la suficiente fuerza, probablemente en el sector del Ruhr y sus represas. La idea persistió… Si los servicios secretos no se muestran en perpetua disposición para tener en cuenta todas las posibilidades, no reconocerán más pruebas que las que apoyen la teoría que han elegido… Existe el riesgo de depender demasiado de [Ultra]. Los éxitos logrados en el pasado constituyen un peligro si llevan a esperar a tener más información porque «nos lo va a decir la Fuente» o a dudar de la probabilidad de que ocurra algo porque «nos lo habría dicho la Fuente»… Los alemanes han evitado esta vez que sepamos lo suficiente de sus intenciones, y nosotros no hemos sido capaces de impedir que averiguaran demasiado de las nuestras[29].

Se trata de un documento franco hasta extremos impresionantes, que hace honor a la objetividad que desplegaban los servicios de información y el alto mando aliados en la mayor parte de sus empresas. No resulta fácil mejorar sus dictámenes setenta años más tarde, si bien los de Broadway podían haber reconocido que, en ausencia de material útil procedente de sus propios agentes, los mandos de los ejércitos aliados no tenían muchas más opciones que basarse en Ultra a la hora de hacer sus valoraciones. En un escrito elaborado unos meses después de la batalla de las Ardenas, Bill Williams admitió que compartía con Strong y el JIC la responsabilidad de tan atroz

distracción: «La hoja de servicios no fue digna de admiración… En la ofensiva de las Ardenas nos equivocamos… Íbamos en cabeza, pero por el camino incorrecto… El error no fue tanto del Parque [Bletchley Park] como de nuestra actitud respecto de sus resultados[30]».

Aun así, si la batalla de las Ardenas supuso una conmoción devastadora para los Aliados, lo que importó a la postre fue que la perdieron los alemanes. En los meses siguientes, el espionaje de la Wehrmacht se fue atrofiando al mismo ritmo que todo cuanto tenía que ver con los ejércitos de Hitler. Alexis von Rönne, coronel de los FHW, había sufrido arresto y ejecución por su participación en el atentado de julio contra el Führer, y le había sucedido en calidad de jefe de los servicios de información alemanes en el Frente Occidental el coronel Willi Burklein. Ante la falta de decodificaciones de alto nivel, los documentos capturados se convirtieron en las fuentes más preciadas con que contaba Alemania. El caso más notable en este sentido fueron los planes relativos a la «operación Market Garden», hallados entre las pertenencias de un oficial estadounidense muerto en cierta zona de desembarco aéreo de los Países Bajos en septiembre, durante las primeras horas de la operación, ya que tuvieron un peso nada desdeñable a la hora de hacer posible la victoria germana. Con todo, constituyó un éxito nada común: tan necesitados llegaron a estar los FHW de recursos y de información que la mayoría de los documentos estadounidenses que cayeron en cantidades ingentes en manos de Burklein durante la batalla de las Ardenas ni siquiera se tradujo.

El servicio secreto de los alemanes siguió sobrevalorando en extremo el poderío anglo-americano como había hecho durante al menos dos años. En octubre de 1944, los FHW calculaban que el Reino Unido aún tenía en su territorio catorce divisiones nacionales aguardando el momento de que se les asignase un destino en la campaña europea, cuando en realidad no había ninguna en tal situación: las formaciones británicas existentes estaban siendo despiezadas a fin de compensar la disminución de efectivos de las unidades de Montgomery[31]. Sin embargo, los alemanes seguían angustiados por el convencimiento de que Churchill poseía una reserva escondida, y temían por tanto que se produjera un desembarco anfibio tras su flanco, tal vez en la bahía de Heligoland —lo que dice mucho de la influencia persistente de la «operación Fortaleza»—. Al final, como cabía esperar, los ejércitos de Alemania hubieron de pagar la debilidad de la que daban muestra en el campo de batalla. Durante la batalla de las Ardenas, los radioescuchas de Albert Praun consiguieron irrumpir en la red de la policía militar de Estados Unidos[32]. Sabían que los cascos blancos se encontraban apostados en encrucijadas de relieve que constituían objetivos ideales para las acometidas de la Luftwaffe. Sin embargo, los aviadores respondieron que no tenían un

solo aparato disponible para misiones así. Los alemanes no tenían medios para actuar ni siquiera cuando conseguían descubrir información secreta.

En los días finales de la lucha contra Hitler, Ultra puso a disposición de los mandos aliados un volumen de documentos descifrados sin precedentes: entre enero de 1944 y mayo de 1945 se enviaron de Bletchley a las unidades especiales de enlace británicas y estadounidenses veinticinco mil, muchos de ellos durante las fases finales de la campaña. Se interceptaron numerosos informes sobre efectivos y bajas, documentos relativos al estado de las reservas de combustible y la disponibilidad de los carros de combate, etc.; pero pocos influyeron de forma significativa en el campo de batalla una vez agotada la capacidad alemana para tomar la iniciativa. Los ejércitos de Eisenhower no se enfrentaban a otro reto que el de expulsar de un número de posiciones fijas a contingentes reducidos de soldados enemigos extenuados aunque tenaces. Además, los comandantes aliados, sumidos en la soberbia que se había ido enseñoreando de sus filas a medida que se acercaba la victoria, perdieron interés en el estudio de los movimientos del enemigo y en los intentos de engañarlo respecto de los propios. «Se diría que la desinformación se convirtió en un asunto poco satisfactorio e infructuoso en gran medida durante aquellos meses finales —escribió Michael Howard, historiador oficial del espionaje británico—. Pocos de los mandos de las colosales fuerzas nuevas que entraron en combate entendían por entero lo que podían esperar del personal dedicado a actividades de desorientación… Por encima de todo, la estrategia aliada era de suyo tan oportunista… que resultó imposible hacer ningún plan serio de encubrimiento… Los Aliados eran tan poderosos que, de hecho, dejaron de lado toda estrategia y se limitaron a atacar a lo largo de todo el frente tal como habían hecho en los meses últimos de 1918[33]».

Bletchley sufrió una última voz de alarma: en el curso de 1944, la Luftwaffe, cuyas comunicaciones habían sido las más fáciles de decodificar desde 1940, introdujo en su Enigma un nuevo reflector desmontable (la Umkehrwalze D, o «Tío Dick», como lo llamaban los decodificadores británicos) que amenazaba con imposibilitar a las bombas la lectura de la disposición de sus ruedas hasta que se identificara y aplicara el nuevo cableado. El estado de alerta que provocó este avance entre los criptoanalistas llevó a los estadounidenses a afanarse en dar con un medio con el que superarlo; pero la guerra acabó antes de que se hiciera necesario. De cualquier modo, la innovación de la Luftwaffe puso de relieve que los alemanes podían haber introducido en cualquier momento en la Enigma y en su uso modestos cambios capaces de hacer sus mensajes impenetrables a los Aliados. Fue un milagro que no lo hicieran.

El último asunto de relieve que tuvo ocupados a los servicios de

información durante la guerra fue una quimera: el cuartel general de Eisenhower pasó semanas trastornado por la posibilidad de que los nazis pusieran en marcha una defensa desesperada desde un «reducto alpino». Resulta revelador del profundo respeto que profesaban los Aliados al poder combativo de las legiones de Hitler el que sus supervivientes siguieran infundiendo temor en sus conquistadores mientras se desangraban en medio de las cenizas del Tercer Reich.

19

Viudas negras para pocos caballeros blancos

Combatir contra Japón

La guerra que se libraba en Asia y el Pacífico abarcaba cuatro grandes escenarios bélicos que tenían por único factor común la participación de los japoneses. En la región central de dicho océano, al cargo de Nimitz, las labores de desciframiento apenas representaron una función marginal durante el año que siguió al triunfo logrado en la batalla de Midway por Joe Rochefort, toda vez que los códigos de más nivel de la Armada nipona se resistían a ser interpretados en tiempo real. En tanto que el Ultra europeo se volvió abundante, aunque nunca exhaustivo, desde 1943, los avances en el desentrañamiento de los códigos de Japón fueron más lentos y erráticos, en parte porque algunas de las comunicaciones de sus combatientes, generadas a mano, demostraron ser menos vulnerables que las de la Enigma. No falta quien haya dado a entender que Arlington Hall cometió un error estratégico al destinar demasiados recursos a la lectura de los mensajes de la clave Púrpura, que había sido decodificada y ofrecía poca información secreta que resultara relevante de manera directa en el campo de batalla, y muy poca mano de obra cualificada al problema formidable que representaban las comunicaciones militares niponas.

Pese a su notable contribución en algunas de las batallas navales de entre 1942 y 1943, el espionaje radiofónico no alcanzó la madurez sino en el

período que fue de 1944 a 1945, y ni siquiera entonces llegó a influir sobre una sola acción de guerra de un modo tan espectacular como había hecho en Midway. Durante las campañas de las Salomón y las Nuevas Hébridas, por ejemplo, el servicio de inteligencia de los Coast-watchers tuvo un peso mayor del que había tenido la estación Hypo en Pearl Harbor. Paul Mason, heroico ciudadano de Australia al cargo de una plantación de Bougainville, avisó por radio de la llegada de incursiones aéreas japonesas durante la larga batalla de Guadalcanal. El desastre naval sufrido en la isla de Savo por los Aliados en agosto de 1942 fue reflejo de las continuas dificultades que experimentaron los estadounidenses con la cifra JN-25 del enemigo. Aunque, avanzado el mes, se dispuso de mejor información durante la batalla de las Salomón Orientales, a lo largo de las acciones navales brutales y onerosas que se sostuvieron aquel año y durante el de 1943, no fueron pocas las veces que las escuadras de Nimitz tuvieron que buscar a tientas al enemigo. En 1943 no tomó una sola decisión estratégica de relieve en el Pacífico que hubiese estado influida de manera significativa por Ultra.

En Bletchley Park tenían una modesta sección japonesa, una Cenicienta a cuyo personal no le faltaban motivos para sentirse frustrado con frecuencia al descubrir que llevaba horas o días descifrando códigos que ya habían desentrañado en Washington (las comunicaciones e instalaciones de interceptación de la GC&CS eran muy inferiores a las de la Armada de Estados Unidos). Las agencias que poseía Bletchley Park fuera de Delhi y en el cuartel general del Comando del Sureste Asiático (SEAC) en Colombo se consagraron casi por completo al estudio de las comunicaciones niponas en las áreas operativas británicas. En marzo de 1943, Arlington Hall logró decodificar por vez primera un sistema militar de Japón de más alto nivel: el llamado «código de transporte acuático», que no tardó en poner a su disposición entre cincuenta y cien mensajes descifrados diarios. Los británicos que operaban en Delhi lograron penetrarlo al mismo tiempo, aunque poco después —no sin mucho rechinar de dientes— cedieron a los estadounidenses la gestión del material en japonés. John Hurt, uno de los expertos en esta lengua con que contaba el SIS en Arlington Hall, aseveraría tras la guerra que todavía en 1944 y principios de 1945 se «efectuaban de manera muy poco eficaz» las labores de criptoanálisis[1]. En la guerra del Pacífico y Asia fue una realidad fundamental que los Aliados nunca gozaron de nada semejante al dominio de las comunicaciones radiofónicas codificadas que alcanzaron en Europa.

Desde 1942, las operaciones criptográficas de la Armada de Estados Unidos se expandieron a escala comparable a las del ejército de tierra, y como ellas, trasladaron su centro de operaciones fuera de Washington (en este caso a la academia virginiana de Mount Vernon). En Boulder (Colorado) se creó

un curso acelerado de lengua japonesa de once meses que en 1945 había atendido a un millar de alumnos. Buena parte de la actividad de descifrado se producía dentro de Estados Unidos, por cuanto Mount Vernon, como Arlington Hall, poseía una gran cantidad de máquinas (a las bombas había que añadir las tabuladoras IBM, que entre diciembre de 1941 y 1945 habían pasado de dieciséis a doscientos) que no estaban disponibles en tamañas cantidades en los campos de batalla de ultramar. El número de voluntarias alistadas para servicios de emergencia (WAVES, por sus siglas inglesas) que se destinó a manejar aquellos equipos no dejaba de aumentar. Antes, eso sí, habían de asistir a una solemne sesión informativa inaugural celebrada en la capilla de la Armada a fin de advertirles que quien hablara de su trabajo fuera del recinto se arriesgaba a ser fusilada. El infame capitán Joseph Redman seguía siendo el director de comunicaciones navales, aunque en 1942 se tomó unos meses de descanso, mientras que su hermano John ocupaba un cargo de influencia en la oficina del jefe de operaciones navales. Los dos contribuyeron con escaso espíritu de servicio a la campaña bélica de los Aliados.

Nimitz puso en marcha su propia operación de espionaje en Pearl Harbor, que trató como un feudo punto menos que independiente. La Hypo original de Rochefort se había extendido de forma notable y adoptado el nombre de FRUPAC (Unidad de Radio de la Flota del Pacífico). En teoría colaboraba con la CAST de Melbourne, a las órdenes del comandante Rudolph Fabian; aunque lo cierto es que este último no fue nunca ningún maestro de la cooperación. En abril de 1943, el Estado Mayor de la FRUPAC se trasladó de la Mazmorra a un edificio nuevo más soleado y menos insalubre, con una sala de máquinas dotada de aire acondicionado, cerca del borde del cráter de Makalapa y también del cuartel general de Nimitz. La labor de los criptoanalistas y traductores seguía su ritmo implacable, confiada de forma exclusiva a militares, aunque a menudo fuera poco más que personal civil vestido de uniforme. La escasez de especialistas cualificados frenó de forma marcada todas las actividades aliadas de radioescucha, y Jasper Holmes tenía la impresión de que el funcionamiento de Pearl Harbor se resintió de la prohibición del comandante en jefe respecto de la presencia de mujeres. Nimitz entendía que esta era contraria a las costumbres y la disciplina navales, aun en tierra firme. Sin embargo, cuando se introdujeron de forma tardía en la FRUPAC, en las últimas semanas de la guerra, su contribución fue por demás significativa.

El reto que planteaban las sucesivas variaciones del código principal de la Armada japonesa, el JN-25, era hercúleo. Desde el mes de agosto de 1942, los cuadernos de adiciones de la mayoría de las cifras contenían cien mil entradas que se modificaban cada sesenta días. En total había diez libros de

códigos y al menos setenta y siete cifras. Los criptoanalistas apenas podían comenzar a interpretar las comunicaciones hasta haber estudiado al comienzo de cada período nuevo un volumen notable de mensajes en los que estuviesen contenidas las adiciones más empleadas. Resulta menos sorprendente el que se tardara tanto en empezar a descifrar los mensajes japoneses que el que se lograra en absoluto. En enero de 1944 se conocieron algunos resultados tempranos, cuando casi todos los mandos subordinados a Nimitz esperaron y defendieron acometidas progresivas a las islas más exteriores de las Marshall. El almirante, en cambio, ordenó a sus fuerzas atacar directamente el atolón de Kwajalein, sabedor, gracias a Ultra, de que los japoneses estaban debilitando su guarnición a fin de reforzar los componentes periféricos del archipiélago. La subsiguiente invasión del 30 de enero fue un éxito señalado. Tras ello, Nimitz estuvo al tanto por lo general de la ubicación del enemigo, excepto cuando se imponía el silencio radiofónico en su buque.

Poco a poco se fue disponiendo de un número mayor de especialistas en la lengua japonesa: la fuerza de invasión que desembarcó en Okinawa en abril de 1945 estuvo acompañada por 84 de ellos en el campo de batalla, y la FRUPAC produjo 127 toneladas de información sobre todos y cada uno de los rasgos topográficos y posiciones defensivas que se conocían en la isla a fin de que se distribuyese tanto a bordo de las embarcaciones como en tierra. Con todo, por voluminoso que fuese, dicho material no pudo hacer gran cosa por ahorrar a los estadounidenses los combates desesperados de las campañas de 1944 y 1945: el ejército de tierra y el cuerpo de infantería de Marina se encontraron batiendo posiciones defensivas japonesas de las que ignoraban tanto la localización como otros detalles que no eran visibles a los aviones de reconocimiento ni a los intérpretes fotográficos ni se revelaban en las comunicaciones radiofónicas del enemigo.

El triunfo más importante de cuantos conoció Ultra en el Pacífico entre 1943 y 1944 consistió en brindar a las flotillas submarinas de Nimitz la posibilidad de emprender el ataque más devastador que haya conocido la historia naval contra el comercio japonés de ultramar, el alma de sus industrias nacionales. El código Maru, que empleaba para comunicarse el servicio mercante, quedó decodificado en 1943, y el número de mensajes de los buques de guerra que quedaba en claro era cada día mayor. El enlace telefónico directo de la FRUPAC al cuartel general de operaciones submarinas permitía a los criptoanalistas remitir de forma instantánea la información relativa a los movimientos de los convoyes japoneses y recibir noticias relativas a los consiguientes hundimientos, lo que permitió al personal de los servicios secretos conocer los resultados de sus empeños. La FRUPAC hizo posible el envío de mensajes como el que se mandó a las ocho

de la mañana del 9 de junio de 1943 a los submarinos Trigger y Salmon, que patrullaban el mar interior de Seto:

> Otro Ultra candente del ComSubPac: portaaviones japonés de la serie 27 gigantesco y recién construido parte con dos destructores de Yokosuka a las 5 horas GMT del 10 de junio y anda a 22 nudos con 155 grados hasta alcanzar 33,55 norte 140 este. Entonces reduce la salida a 18 nudos y cambia de rumbo a 230 grados. Salmon y Trigger: intercepten si es posible y vigílense mutuamente. Tenemos más información confidencial sobre este portaaviones para los que se encuentran cerca de Chuuk, aunque esperamos no necesitarla; conque avísennos si lo interceptan.

Los británicos habrían juzgado que semejante mensaje infringía de manera imprudente el reglamento de seguridad de Ultra por el hecho de haberse remitido al personal de menor nivel de un área de operación; pero los estadounidenses consiguieron hacer pasar este y otros más como él sin sufrir consecuencia alguna. El comandante John Cromwell rechazó la ocasión de escapar de su submarino, el Sculpin, cuando lo hundieron los japoneses e hicieron prisioneros a sus tripulantes. «No puedo acompañarlos —anunció con laconismo a sus hombres—: sé demasiado[2]». Se refería, claro está, a cuanto conocía de Ultra. El Trigger, de hecho, atacó la noche del 10 de junio al portaaviones nipón Hiyo a escasa distancia; con todo, si bien le causó daños graves, los fallos sufridos por sus torpedos —la maldición de la Armada estadounidense en 1943— impidieron que lo hundiese. Hizo falta solventar —tarde— esta deficiencia para que los sumergibles de Nimitz fueran capaces de estrangular las vías de abastecimiento del enemigo y de mandar al fondo del mar un buen número de buques de guerra. Si los japoneses perdieron en 1942 un millón de toneladas de embarcaciones mercantes debido a numerosos factores, llegado 1945 se había multiplicado por diez dicha cantidad. Entre los meses de enero y abril de 1944, los submarinos estadounidenses echaron a pique a 179 barcos que sumaban 799 000 toneladas, y a los que a finales de agosto habían añadido 219 más. Cuando Japón trató de enviar dos divisiones de Shanghái a Nueva Guinea en abril, el convoy llamado Bambú 1, que transportaba a los soldados, estuvo a un paso de quedar borrado del mapa, y al final abandonó su empeño en reforzar el último de los territorios citados. La flota mercante nipona se había visto destruida en gran medida aun antes de que la USAAF emprendiera su campaña de minado en los meses últimos de las hostilidades.

A menudo se hacía difícil idear un modo de explotar la información delicada y aun de determinar si era posible hacer tal cosa. En abril de 1944, la FRUPAC tuvo noticia de que el arrastrero Tajina Maru, elegido de forma deliberada por el enemigo por su insignificancia, transportaba a la isla de Wake los códigos nuevos de la Armada japonesa. Se enviaron entonces dos submarinos de Estados Unidos con la misión de capturarlo; pero en lugar de eso lo hicieron volar por los aires. Jasper Holmes y sus colegas montaron en

cólera y lamentaron que no hubiesen puesto a bordo de uno de los submarinos a un oficial del servicio de información para supervisar la operación y garantizar la captura del arrastrero intacto. El comandante Kenneth Knowles, oficial de espionaje estadounidense, diría tras la guerra: «Los británicos eran más listos a la hora de usar [los datos ofrecidos por Ultra], y nosotros, más audaces[3]». Por su parte, Jasper Holmes escribió al respecto: «La información secreta, como el dinero, puede estar a buen recaudo cuando no se emplea y se guarda en una caja fuerte; pero no ofrece dividendo alguno hasta que se invierte[4]». Fue este convencimiento el que llevó a los estadounidenses a obviar los escrúpulos británicos relativos a la seguridad y a emprender durante el verano de 1943 un ataque despiadado contra cierta zona de reabastecimiento de combustible para submarinos alemanes que infligió pérdidas espectaculares a la flota de Dönitz. Del mismo modo, en el Pacífico, uno de los golpes de mano más sensacionales de la Armada de Estados Unidos tuvo por acicate un mensaje decodificado en mayo de 1944 por la FRUPAC que exponía las nuevas posiciones de las patrullas de todos los sumergibles japoneses sobre las Salomón. Armado con esta información, un grupo de escolta de destructores encabezado por el buque estadounidense England hundió en doce días seis embarcaciones enemigas. Kenneth Knowles fue lo bastante compasivo para añadir a sus comentarios de posguerra acerca de la cautela que desplegaban los británicos a la hora de explotar los datos de Ultra: «Pero tenían más que perder». Y era cierto.

Si Nimitz era un hombre prudente, de MacArthur no cabe decir lo mismo. Tal cosa ayuda a explicar por qué Ultra no ejerció más que una influencia marginal en la campaña librada contra Japón por los estadounidenses en el suroeste del Pacífico. El general rechazó el sistema de información del Departamento de Guerra y creó en cambio su propia «oficina central», primero en Melbourne, y más tarde en Hollandia y Leyte. MacArthur prohibió la presencia de todo personal de la OSS en su campo de operaciones, aunque apoyó las actividades de la guerrilla filipina, que provocaron, como era de prever, represalias brutales por parte de los japoneses. El general de división Charles Willoughby, jefe de sus servicios de información, cuya pomposidad llevó a sus subordinados a conocerlo como «sir Charles», no era más inteligente que los demás cortesanos de su caudillo y profesaba cierto desdén a la interceptación radiofónica. En lugar de las unidades especiales de enlace que adoptó el ejército estadounidense en los campos de batalla europeos a fin de gestionar y salvaguardar Ultra, MacArthur permitió que su Estado Mayor manejase los mensajes decodificados con una despreocupación que habría escandalizado a los oficiales aliados del resto del planeta. Los documentos, el personal y aun el mobiliario de oficina se remitían

abiertamente a «la sección Ultra», y los oficiales comentaban sin tapujos los detalles del descifrado.

Con todo, el espionaje radiofónico tuvo un peso considerable en tres de los acontecimientos más importantes de la campaña del suroeste del Pacífico: las batallas del Camino de Kokoda, en Papúa-Nueva Guinea; la determinación de avanzar con decisión un millar de kilómetros hacia Hollandia adoptada en marzo de 1944, y la derrota sufrida en julio por la arremetida que protagonizaron los japoneses siguiendo el curso del Driniumor, y por la que perdieron nueve mil vidas. En cada una de estas acciones, Ultra —auxiliado en 1944 por la captura, por parte de la 9.ª División australiana, de un número considerable de libros de códigos que tenía enterrados en Nueva Guinea la 20.ª División nipona— reveló las intenciones y los puntos flacos del enemigo, si bien MacArthur, a la manera de Montgomery, atribuiría más tarde las victorias aliadas a su propia clarividencia. Por suerte, sus oficiales de la USAAF adoptaron un punto de vista menos intransigente. El general de división George Kenney, al mando de la 5.ª Fuerza Aérea, era un aviador de competencia excepcional que supo emplear con éxito la información radiofónica, sobre todo a la hora de acometer a los convoyes de refuerzos de los japoneses, y sobre todo durante la batalla entablada en 1943 en el mar de Bismarck. Las proverbiales disputas entre diversos institutos llevaron a la Armada de Estados Unidos a negarse a ofrecer el material de Ultra al general Claire Chennault, quien se hallaba al mando de la 14.ª Fuerza Aérea de la USAAF en China. Los británicos acabaron por hacérselo llegar a través del cuartel general del SEAC en Colombo, lo que mejoró la determinación de objetivos navales japoneses por parte de los aviones aliados en la última fase de la guerra.

Aunque la campaña de Birmania revistió una relevancia marginal para la derrota de Japón, influyó de forma incalculable en la autoestima de los británicos, y en particular en la lucha por recuperar el imperio que habían tenido en el Sureste Asiático. Los generales del Reino Unido que combatían en la región se quejaron con insistencia e ímpetu de la calidad de la información sobre el campo de batalla que ofrecían los agentes secretos y los radioescuchas. Más allá de las frecuentes tensiones y disputas anglo-americanas, los oficiales de la SOE y el MI6 apenas tenían trato alguno, y su labor de recogida de datos se resentía de este hecho. El teniente coronel Gerald Wilkinson, oficial de enlace del MI6 con el Estado Mayor de MacArthur, escribió en su diario durante el verano de 1943: «La información confidencial sobre Extremo Oriente que proporcionan [los servicios secretos del Reino Unido] se ha reducido a un simple goteo procedente de unos cuantos culíes chinos[5]». El almirante lord Louis Mountbatten, comandante supremo, instó al MI6 a abandonar sus torpes empeños en obtener datos

relativos a los japoneses y a concentrarse, en cambio, en estudiar los diversos movimientos nacionalistas de la región, que estaban destinados, evidentemente, a representar un papel fundamental a la hora de determinar la configuración de posguerra.

En los estadios finales, la SOE poseía 1250 personas en Asia, y el MI6, 175, aunque pocos de ellos inspiraban demasiada confianza. El teniente coronel Leo Steveni, jefe local del MI6, era el clásico acólito de Broadway, convertido en el hazmerreír del SEAC y obligado a llevar a cabo sus operaciones fuera de Delhi porque sabía que Mountbatten, en Colombo, no tenía tiempo que dedicarle. Al final se vio destituido en julio de 1944, si bien su sustituto no supuso mejora alguna: el general de brigada «Bogey» Bowden-Smith, oficial del 16.º Regimiento de Lanceros de Su Majestad, que asumió el puesto tras un encuentro fortuito en el club Boodle's en el que mencionó que lo habían cesado en el cargo que poseía por considerar que era demasiado viejo para acaudillar tropas en el campo de batalla. El capitán de la Armada británica que coordinaba las labores de espionaje a las órdenes de Mountbatten reprobaba el caos que provocaba la falta de un control unificado: «En el personal de los servicios clandestinos siempre hay presentes dos características: la primera son los celos, y la segunda, lo que yo describiría como afán de primicia[6]».

Los mandos de operaciones se sintieron frenados en grado considerable por la falta de información secreta, y en particular de la procedente de comunicaciones radiofónicas. Esler Dening, influyente asesor político de Mountbatten, escribió lo siguiente al JIC de Londres el 29 de septiembre de 1944: «¿Sabemos (quizá es solo que no se me está poniendo al corriente) qué intenciones tienen los japoneses en Birmania, teniendo en cuenta que este año han alterado ya todos nuestros planes de ofensiva y defensa y que buena parte de sus movimientos ha pasado inadvertida?»[7]. Dening se refería aquí a las feroces embestidas sufridas en Kohima e Imfal. «Si no lo sabemos —seguía diciendo—, no me gustaría, en absoluto, ser el comandante del Grupo de Ejércitos que tiene que entrar en combate contra un enemigo cuyas posiciones ignora y de cuyas intenciones reales no tiene mayor conocimiento. Está claro que los japoneses tienen hoy día una capacidad limitada con las fuerzas de tierra de que disponen en Birmania; pero el pasado nos ha enseñado que resulta inconveniente y sin duda desagradable que actúen de forma inesperada. Recordará que el otro día dije que nunca es prudente dar por cierto que no actuarán de determinada forma por el simple hecho de que nos parezca una estupidez».

El general de división Lamplough, director de los servicios secretos de Mountbatten, compendió su propio punto de vista en un mensaje enviado al JIC de Londres el primero de octubre de 1944: «Qué sabemos y qué

ignoramos: conocemos el número total de efectivos que presentan el ejército de tierra, la aviación y la Armada de Japón en el SEAC; también, con suficiente detalle, la composición de esas fuerzas, y (lo que es más importante) la ubicación del cuartel general… Por lo común nos es dado decir si es probable que lleguen refuerzos al SEAC. Todo lo dicho procede de la interceptación radiofónica. Lo que no conocemos son las intenciones de los japoneses[8]». Bill Slim, al mando del 14.º Ejército, se quejó a finales de 1943 de la escasez de información relativa al campo de batalla, y en noviembre del año siguiente renovó sus protestas. A su decir, la OSS parecía estar haciendo un mejor trabajo que el MI6 a la hora de recabar datos sobre el enemigo. Pidió que se pusiera fin a los interminables enfrentamientos entre organismos clandestinos mediante su fusión, y lo cierto es que la propuesta logró unirlos a todos… en su rechazo unánime. El general sir Oliver Leese lanzó una crítica similar un mes más tarde en una comunicación remitida al cuartel general de Mountbatten: «Como sabe, me inquieta en grado sumo la falta de información[9]». Al oficial al cargo de su propio servicio de inteligencia le hizo saber que estaba «de todo punto insatisfecho [al respecto]… muy descontento en lo tocante al espionaje radiofónico, que no permite sino una comparación muy desfavorable con el de Europa[10]». Asimismo se quejaba de que los distintos organismos se negaban a aceptar indicaciones del ejército acerca de lo que necesitaba conocer.

Algunos de los problemas derivaban del menor uso que hacían los japoneses de la radio en comparación con los alemanes: los elementos de vanguardia se comunicaban con moderación con los puestos de retaguardia. Además, ni siquiera en Europa ayudaban estos siempre a los de Bletchley Park participando a los Aliados a través de la Enigma o la Tunny lo que pretendían hacer en un futuro próximo. Por otro lado, puesto que la campaña criptográfica contra Japón la encabezaban los estadounidenses, era inevitable que el Pacífico acaparase su interés, en tanto que los británicos se afanaban en leer mensajes nipones de relevancia en el Sureste Asiático. Los dos aliados dirigían sendas estaciones de interceptación a escala industrial a las afueras de Delhi, y la Armada británica poseía en Colombo un puesto, conocido como el HMS Anderson, en el que en el mes de marzo de 1944 trabajaban mil trescientas personas que manejaban doscientas comunicaciones del enemigo al día. El código de transporte acuático de los japoneses brindaba un aluvión constante de información relativa a los órdenes de batalla. Sin embargo, las labores de decodificación de los británicos se veían frenadas por la escasez crónica de especialistas del lenguaje, y los oficiales de los servicios secretos de la Armada británica sufrían el mismo problema que los de Estados Unidos: el criptoanálisis constituía un callejón sin salida profesional. Rudy Fabian, comandante de las fuerzas navales de este último país en Melbourne, no

cooperó sino a regañadientes con los de Colombo, que nunca llegaron a recobrarse de las sucesivas evacuaciones de 1942: de Singapur a Ceilán, de aquí al África oriental durante un breve período, y de nuevo a Ceilán.

Las quejas de Leese respecto de la falta de información radiofónica llevaron a los de Bletchley Park a reconocer con franqueza el 22 de diciembre de 1944 las dificultades con que estaban topando los británicos con las transmisiones radiofónicas japonesas. Edward Travis, al frente de la GC&CS, hubo de admitir que el número de analistas, y en particular de lingüistas, con que se contaba para descifrarlas no era comparable, ni por asomo, con el que había disponible para abordar las comunicaciones alemanas. En tanto que el Reino Unido abundaba en hablantes de alemán, el número de quienes conocían la lengua nipona era muy reducido. Asimismo, aunque la colaboración con los estadounidenses era excelente, «no cabe duda de que no es tan rápida ni eficaz a la hora de afrontar problemas surgidos entre grupos que operan a cinco mil kilómetros de distancia ni abarcar un frente que ocupa la mitad del planeta como lo ha sido en la escena, mucho más compacta, de Europa, donde la responsabilidad de la campaña ha recaído exclusivamente en los británicos, cuando menos en los estadios vitales del comienzo de la guerra[11]».

Travis abordó entonces los problemas técnicos, que, en su opinión, eran totalmente distintos de los que suscitaban los sistemas alemanes: «Los de Japón no usan por el momento máquinas destinadas a cifrar las transmisiones de las fuerzas terrestres ni las aéreas: emplean libros de códigos y métodos de codificación extremadamente abstrusos a fin de ocultar el texto… En consecuencia, el desciframiento de un mensaje japonés resulta largo y laborioso; de modo que solo llega a ponerse en claro una parte de las comunicaciones». Reconocía que, además, apenas llegaban a quedar disponibles en tiempo real fragmentos de una proporción modesta: «Hasta sus sistemas de división resultan complicadísimos e imposibles de manejar sobre el terreno como hemos hecho con los alemanes. En el ejército de tierra no interceptamos nada en formaciones menores que la división, porque no hay nada audible [para el Servicio Y], ni siquiera en el caso de unidades enviadas a primera línea». Por último subrayaba como factor importante que los taciturnos ciudadanos de Japón no eran, ni por asomo, tan complacientes como los alemanes, quienes con frecuencia transmitían informes de situación muy detallados: «Los japoneses no suelen usar las transmisiones para comunicar apreciaciones de alto nivel ni intenciones futuras. Sus pretensiones estratégicas deben deducirse, por tanto, de pistas indirectas». Se trata de una declaración autorizada de la escasa fortaleza de las operaciones de información radiofónica de los Aliados frente a los nipones. Los británicos estaban recibiendo menos cantidad que los estadounidenses de la clase de

mensajes de Ultra capaz de brindar auxilio directo a sus soldados en el campo de batalla. Los dos ejércitos aliados se hallaban por lo general bien informados acerca de los efectivos totales de los japoneses. Sin embargo, dado que el interrogatorio de prisioneros no daba por lo común grandes frutos, los comandantes dependían mucho más que en Europa de métodos distintos de la radio para obtener información: patrullas, reconocimiento aéreo y experiencias dolorosas en contacto con el enemigo.

Los británicos destinados en Birmania cuando su 14.º Ejército comenzó en 1944 la campaña dirigida a recobrar la colonia dedicaron esfuerzos nada desdeñables a operaciones de desinformación dirigidas por el coronel Peter Fleming, hermano del periodista Ian, a quien, sin embargo, superaba en fama con creces en aquel tiempo en cuanto aventurero y autor de libros de viajes durante el período de preguerra, así como por haber contraído matrimonio con la popularísima actriz Celia Johnson. Fleming escribió jubiloso el 9 de octubre de 1944, mientras pensaba en las ideas exageradas que se tenían en el cuartel general nipón de Birmania: «Su margen de error, que hasta hace poco superaba ligeramente el ciento por ciento, tiene probabilidades de aumentar en los meses siguientes». Informó de que su propio equipo poseía un nutrido ejército británico imaginario listo para tomar posiciones: «La experiencia nos ha enseñado que la simple existencia de estas fuerzas en nuestras zonas de retaguardia apenas tiene impacto en [los japoneses]». Proponía trasladar estas fuerzas ficticias al campo de batalla a fin de intimidar al enemigo al llevarlo a pensar que sus posibilidades se habían reducido a la mínima expresión.

Por deleitosa que pudiera resultar esta clase de juegos a los oficiales participantes, apenas hay indicios que hagan pensar que influyeron de algún modo en los resultados obtenidos en los campos de batalla a excepción del momento relevante en que Slim engañó con éxito a los japoneses durante el paso del Irawadi en febrero de 1945, cuando fingió un ataque en el norte mientras efectuaba un gran avance en el sur. Resultaba casi imposible llevar a término actividades útiles de desorientación contra un alto mando enemigo que emprendía sus operaciones militares sin apenas hacer caso a su propio servicio de información y que consideraba una ofensa al código guerrero nipón dejar que sus propias decisiones estratégicas dependiesen de lo que pudieran estar haciendo los Aliados.

Rivalidades

Durante toda la campaña asiática se produjo una lucha intestina paralela entre los oficiales de los servicios secretos rivales del Reino Unido y Estados Unidos. Buena parte del material británico llevaba el sello de Guard —lo que

quería decir que no debía mostrarse a los norteamericanos— y muchos de los documentos estadounidenses estaban marcados con el de Control —lo que significaba que debían mantenerse fuera de la vista de sus aliados—. Esler Dening, asesor político de Mountbatten, escribió en junio de 1944: «Resulta tan triste como inquietante que la camaradería que se da entre Estados Unidos y nuestras tropas en Extremo Oriente haya ido acompañada de un franco deterioro de… la actitud de colaboración… que afecta de forma adversa al mantenimiento de la campaña[12]». «Todavía no he conocido —señaló por su parte en febrero de 1945, el teniente general Fredrick Browning, "el Niño", jefe de Estado Mayor de Mountbatten, con no poca acritud— a un oficial superior capaz de soportar con ecuanimidad las pruebas y tribulaciones que imponen a un mundo afligido los organismos clandestinos[13]».

El medio hostil en que operaban dificultaba la labor de la SOE casi hasta hacerla imposible. Si los agentes aliados destinados en los países de la Europa ocupada podían esperar la ayuda de al menos ciertas minorías entusiastas de las diversas poblaciones locales, del Sureste Asiático no podía decirse lo mismo. Las derrotas sufridas por los británicos entre 1941 y 1942 habían dado al traste con su prestigio imperial y con el mito secular de la condición invencible de Occidente. Los conatos de operaciones encubiertas en la Birmania y la Malasia ocupadas por los japoneses habían puesto de relieve la falta de popularidad de los gobernantes coloniales, pues eran muchos los nativos que traicionaban a los agentes británicos y a los equipos de operaciones especiales que trataban de ocultarse entre ellos. Los oficiales más sensatos entendieron que era una patraña hablar de «liberar» el Sureste Asiático cuando sus gentes, quienes, verdad es, habían aprendido a odiar y temer a los japoneses por su brutalidad, no deseaban ver resucitada la dominación británica, francesa o neerlandesa. Freddy Spencer Chapman, integrante de la SOE que subsistió tres años en tierra malasia, describió de forma muy gráfica la vergüenza que suponía vivir entre gentes que habían perdido toda su confianza en el Reino Unido y tener que confiarles la vida[14].

El cuartel general de la SOE en el subcontinente estaba situado en un conjunto inconexo de bungalós de las afueras de Colombo conocido como Mount Lavinia y salvaguardado por maoríes neozelandeses. Un informe relativo a lo que podían esperar los rezagados que permaneciesen operando en la India elaborado en los días aciagos de marzo de 1942, cuando parecía inminente la invasión del enemigo, aseveraba con no poco pesimismo: «Los triunfos japoneses han tenido un impacto enorme en este país. Cualquier operación llevada a cabo por el ejército, o por nosotros mismos [los de la SOE], en la vastedad de Bengala habrá de desarrollarse en una tierra en

esencia hostil… No existe en la mente oriental convicción más sólida que la de la necesidad de apoyar al lado vencedor; de hecho, nadie duda que tendrá más suerte quien consiga hacerlo antes, siquiera un tanto, que su vecino». El general sir Archibald Wavell tenía una imagen desalentadora del organismo del que ejercía de comandante en jefe. A su decir, si había tenido en poco su actuación en Oriente Próximo, se encontraba menos impresionado aún por su presencia en Asia: «La SOE no tiene una gran reputación en los círculos en los que se conoce: está considerada un fracaso costoso y manifiesto[15]».

La situación no parecía mucho más prometedora en agosto, cuando Colin Mackenzie, formidable jefe local de Baker Street, cuya ayuda fue de gran utilidad gracias a la amistad que compartía con el virrey lord Linlithgow, se dispuso a adiestrar a ciento cincuenta estudiantes comunistas indios en calidad de agentes rezagados. La policía insistió en la necesidad de asegurarse la lealtad de aquellos jóvenes poniéndolos al corriente de la ubicación de los depósitos secretos de armas de los británicos y dándoles instrucciones de no acercarse a ellos a menos que llegasen los japoneses. Los candidatos respondieron echando a correr de inmediato en busca de las armas, lo que hizo clausurar el programa. Este, sin embargo, no fue sino el comienzo. Tal como ha escrito el historiador Richard Aldrich: «La ambición de Mackenzie y de la SOE en Extremo Oriente no tenía límite[16]». Una vez que repararon en que podían hacer poca cosa por contribuir a la derrota de los japoneses, los servicios secretos británicos y estadounidenses centraron su energía en hacer progresar los intereses comerciales, políticos y estratégicos rivales de posguerra. Aldrich, fundándose en pruebas sólidas, asevera que los hombres de la SOE se tenían por «tropas de choque destinadas a reafirmar la dominación del imperio».

Otro tanto cabe decir de la OSS. Su división de Investigación y Análisis contenía una sección dedicada al Imperio Británico de carácter marcadamente anticolonialista. William Donovan escribió con pluma mordaz el 27 de octubre de 1944 que la estrategia del Reino Unido consistía en recobrar el Sureste Asiático «haciendo el mayor uso posible de los recursos de Estados Unidos al mismo tiempo que le negaban toda voz en asuntos políticos[17]». Muchos de los hombres de Donovan, junto con algunos de los oficiales superiores del ejército estadounidense, se afanaron en evitar que los británicos, los franceses o los neerlandeses se hicieran de nuevo con sus imperios asiáticos. Desde una perspectiva menos moralista, tal como no ignoraban, en absoluto, los británicos, los estadounidenses pretendían usar sus recursos y su influencia para lograr una clara ventaja comercial tras la guerra y disminuir en lo posible la del Reino Unido.

Ninguno de los dos aliados dejó nunca de mentir al otro. El coronel John Coughlin, subordinado inmediato de Donovan, primero en la India y luego

en el SEAC, hizo saber a su jefe que las operaciones de este no solo eran «importantes para derrotar a los japoneses, sino que podían considerarse en parte una oportunidad de contar con un puesto de espionaje para los intereses de Estados Unidos en Asia», así como de vigilar las actividades de las organizaciones secretas británicas, cosa que hizo con ahínco Coughlin. Por su parte, el embajador británico en China aseguró sin demasiada firmeza a su homólogo estadounidense que el Reino Unido no tenía interés alguno en el futuro de Tailandia, cuando no era, ni mucho menos, cierto, pues entre otras cosas ansiaba en particular apropiarse del istmo de Kra. Donovan pretendía emplear a sus propios oficiales para garantizar que en Tailandia quedaba abierta la puerta a la penetración comercial de Estados Unidos una vez acabado el conflicto. Los nativos, en teoría neutrales, arrestaron por igual a los oficiales de la OSS y de la SOE y los metieron en prisión hasta el mes de junio de 1944, cuando Bangkok consideró prudente permitir que se pusieran en contacto con sus respectivos cuarteles generales.

Dado que en el Sureste Asiático había representadas catorce organizaciones clandestinas británicas y estadounidenses, la competencia a la hora de alistar agentes en territorio ocupado por Japón se tradujo en lo que cierto oficial calificó en tono reprobatorio de «pugna indecorosa por personal indígena[18]». En las Indias Orientales Neerlandesas se llegó a aseverar que se habían reclutado aborígenes a punta de pistola. Tras ocupar Malasia en 1942, los japoneses detuvieron y ajusticiaron a varios millares de agentes rezagados y simpatizantes británicos, reales o presuntos. En adelante, las operaciones secretas emprendidas por los Aliados en el país dependieron de manera abrumadora de los comunistas chinos, incluido Lai Tek, secretario general del partido antes de las hostilidades, quien casi con toda seguridad actuaba de agente doble a las órdenes de Tokio.

El apoyo nativo a las actividades británicas en territorio ocupado ni siquiera aumentó demasiado tras mejorar la suerte de los Aliados. En diciembre de 1943 se lanzó en paracaídas sobre la región birmana de Kokang cierto grupo de la SOE que, tras recibir refuerzos en junio del año siguiente, logró subsistir y patrullar la zona que se extendía al oeste del río Salween; pero fracasó de forma estrepitosa cuando intentó incitar a la población local a participar en un movimiento de resistencia. «La oposición indígena —concluía su informe— limitó la actuación del grupo al llevar a cabo el cometido original de armar y adiestrar a las guerrillas». En octubre de 1944 se evacuó en consecuencia la unidad. Un año antes habían matado a dos oficiales británicos que habían saltado sobre las colinas de Karen. Este hecho llevó al comandante Hugh Seagrim, figura casi sagrada que había permanecido en el área desde la retirada de 1942, a entregarse a los japoneses en un intento de evitar represalias a las gentes del lugar. Aquel hombre al que

faltaban tres centímetros para los dos metros de altura, barbado y ataviado con los restos harapientos del vestido regional que tanto tiempo había llevado puesto, se mantuvo erguido mientras comparecía ante el consejo de guerra nipón instruido contra él en Insein, al norte de Rangún. «Acato las órdenes de mi nación en calidad de oficial británico —aseveró—, y me he limitado a cumplir con mi deber. No tengo nada que objetar a una condena a muerte, pero dado que los hombres que estaban a mi cargo no han hecho más que obedecer mis órdenes, solicito que se les declare inocentes». El tribunal no atendió sus súplicas y fusiló con él el 2 de septiembre de 1944 a los siete que lo habían acompañado en Karen[19].

En una fecha tan avanzada como la del mes de enero de 1945, cuando se introdujo en Birmania, al este de Piminama, el grupo al que habían llamado «Burglar» («ladrón») se vio «entorpecido por la hostilidad de la población local, que lo obligó a mantenerse en continuo movimiento[20]». El comandante de la fuerza 136 de la SOE comunicó lo siguiente con verdadera condescendencia imperial el 2 de abril de 1945: «El nativo de estas tierras no posee la motivación patriótica ni, en la mayor parte de los casos, la educación y la inteligencia necesarias para que podamos convertirlo en un agente secreto como está mandado… Los europeos no pueden mezclarse con la población indígena como lo hacen en Europa los espías infiltrados. Hay una proporción local mucho mayor de la población que ha permanecido neutral o se ha mostrado hostil, y, por lo tanto, las probabilidades de subsistir de los agentes encubiertos son mucho menores». El MI6 hizo saber en aquel mismo período que los aborígenes malasios no estaban dispuestos a brindar ayuda alguna en la recogida de información confidencial ni auxiliar a ningún organismo que no estuviese bajo su potestad[21]. «La fuerza 136 —participaba cierto informe de posguerra sobre las operaciones de la SOE en las Indias Orientales Neerlandesas— no estableció contacto alguno con movimientos de resistencia en Sumatra… Los datos obtenidos indicaban que la población estaba colaborando con los japoneses y que las posibles operaciones clandestinas tenían pocas probabilidades de éxito[22]». Las misiones encubiertas emprendidas por el Reino Unido en las regiones del Sureste Asiático ocupadas por Japón se enfrentaban a la siguiente realidad dominante: eran pocos los nativos dispuestos a arriesgarse a recibir represalias horribles por ayudar a representantes de potencias imperiales desacreditadas, poco deseadas y a todas luces derrotadas. Ni siquiera en los meses últimos de la guerra cambió demasiado esta tesitura. La SOE alcanzó sus únicas victorias relevantes en operaciones paramilitares contra los japoneses en las salvajes regiones tribales del norte de Birmania, cuyos habitantes profesaban una inquina endémica a sus paisanos de las llanuras.

Mientras la SOE se afanaba en justificar su existencia en las colonias

británicas ocupadas por Japón, sus oficiales sostenían un enfrentamiento más amplio con los estadounidenses. En junio de 1942, dicho organismo y la OSS se habían dividido el planeta en regiones que reconocieron como predominantemente británicas o estadounidenses a la hora de emprender operaciones especiales, con igualdad de derechos en España, Portugal y Suiza. China se definió como eminentemente norteamericana, y los hombres de Donovan lucharon con uñas y dientes para convertirla en dominio exclusivo de su nación. La SOE y la OSS libraron allí una disputa territorial continua, y ninguna de las dos contribuyó en gran medida a la derrota de los japoneses más allá de rescatar a unos cuantos aviadores abatidos y prisioneros de guerra fugados. En Washington, en cambio, la OSS ejerció una mayor influencia política sobre los asuntos de Extremo Oriente que sobre la mayoría de los demás. Desde la primavera de 1944 y durante un año aproximadamente, los oficiales de Donovan agregados a la llamada «misión Dixie», que se desarrolló en la provincia de Yenan, se convirtieron en la principal fuerte de información sobre los comunistas de Mao Zedong con que contó el ejecutivo de Roosevelt, si bien más tarde la rama china de la OSS iba a perder el ascendiente de que disfrutaba en la capital estadounidense. El espionaje aliado en las regiones nacionalistas no se vio favorecido precisamente por la cautela obsesiva con que se trató de impedir que llegase a Chongqing material de Ultra, ni de hecho cualquier otra información comprometedora, ya que los japoneses decodificaban casi todas las comunicaciones cifradas del régimen de Chiang pese a las reiteradas advertencias sobre su condición vulnerable. Antes del Día D de 1944, los británicos se sintieron obligados a retirar los privilegios de seguridad con que contaba la embajada china en Londres —pese a ser Chiang, en teoría, un aliado formal—, ya que se sabía de sobra que cada vez que se reunía con un general o un político británico el legado diplomático apenas había que esperar unos días para que llegara tanto a Tokio como a Chongqing la transcripción de la conversación mantenida.

La Indochina francesa fue testigo del conflicto anglo-americano más intenso de todos. Los oficiales de la OSS estaban resueltos a evitar que la antigua metrópoli recuperase el dominio de su preciada colonia, en tanto que los británicos defendían la causa francesa. Este choque tocó fondo la noche del 23 de enero de 1945, cuando los cazas nocturnos P-61 Black Widow de la 14.ª Fuerza Aérea de Estados Unidos derribaron, al parecer, dos Liberator de la RAF que transportaban agentes franceses con destino a Indochina y acabaron con la vida de cuantos viajaban a bordo[23]. Los norteamericanos albergaban la esperanza de que el episodio constituyese una advertencia beneficiosa que disuadiera al Reino Unido de brindar más ayuda a Francia; pero durante los dos primeros meses de 1945, los aviones de Su Majestad

efectuaron 71 vuelos a la región en misión especial, algunos de ellos con oficiales franceses a despecho de la prohibición explícita de la Casa Blanca. Churchill decidió —tal vez sabiamente— evitar un enfrentamiento directo con Roosevelt sobre el particular, y su nación abandonó la investigación que había emprendido en torno a la pérdida de los Liberator. En los meses finales del conflicto, tanto Londres como Washington renunciaron a todo intento de poner orden en las operaciones clandestinas de sus naciones en el Sureste Asiático y dejar que resolviesen la situación los oficiales que operaban sobre el terreno, quienes tampoco dieron con ningún resultado concluyente.

Llegado 1945 eran pocos los jefes de espionaje que se engañaban respecto al fracaso de la misión de la SOE en las antiguas colonias asiáticas en cuanto abanderados de la restauración del dominio británico. Tampoco cabía dudar de lo insalvable de la brecha que se abría entre las potencias imperiales europeas y los estadounidenses. El 26 de abril, la Ejecutiva de Guerra Política debatió las diversas posibilidades durante un encuentro celebrado en Londres y recomendó que los portavoces admitiesen «con franqueza la pérdida de prestigio en el seno del imperio: cumple reparar esta grave situación sembrando en la mentalidad oriental el convencimiento de que las gentes de la Commonwealth han contribuido de hecho de manera decisiva a la derrota de Japón… Por desgracia, este cometido reviste una dificultad considerable, habida cuenta de que nuestros aliados estadounidenses están representando el papel más destacado e impresionante… Dada su condición de antiguas colonias emancipadas, los norteamericanos no ven la hora de liberar a otros del yugo que, en su opinión, los oprimió a ellos en otro tiempo… Se espera que regresemos [a las colonias manumisas del Sureste Asiático] bajo la égida de nuestros aliados de Estados Unidos, de quienes saben los orientales que se oponen en lo fundamental al gran concierto que nosotros defendemos en lo fundamental a fuer de potencia asiática… Solo por medio de la manipulación habilidosa… nos será posible recobrar el prestigio perdido[24]». En un documento semejante, los autores instaban con cinismo desvergonzado un comportamiento poco explícito a los liberadores británicos a la hora de reconocer sus intenciones de restaurar la dominación imperial: «deberían hacerse cuantos empeños fueran posibles en no definir con precisión los detalles de la disposición futura». Llegado el verano de 1945, los japoneses se habían convertido en los menos formidables de los enemigos que tenía el Reino Unido en el Sureste Asiático.

El enemigo: a tientas por las tinieblas

Por extraño que pueda resultar a los occidentales, la Unión Soviética y China

—donde se hallaba ubicada la mayor parte del ejército nipón— representaron durante buena parte de la Segunda Guerra Mundial una amenaza mayor que Estados Unidos o el Reino Unido para los dirigentes de Tokio. Estos pretendían empeñar la guerra que habían planeado más que la que se habían buscado. En un principio, sus fuerzas armadas tenían la intención de poner fin a las hostilidades durante la primavera de 1942, cuando los estadounidenses aceptasen las condiciones de paz, y de caer a continuación sobre el esqueleto de la Unión Soviética. El 14 de enero de aquel año el departamento de operaciones de Tokio hizo saber al ejército de Kwantung, en Manchuria, que podía esperar la llegada de refuerzos de consideración para el mes de marzo, con tiempo suficiente para acometer el ataque a Rusia. Japón no reconoció formalmente a Estados Unidos como el principal objetivo de sus servicios secretos en lugar de la Unión Soviética sino hasta octubre de 1944, después de la derrota aplastante sufrida por sus fuerzas navales en el golfo de Leyte. Dejó que sus generales reuniesen en sus propias áreas operativas cuanta información les fuera necesaria y con cualquier medio de que dispusieran. Nunca llegaron a aprovechar la labor de paisanos de inteligencia destacada como hicieron los anglo-americanos: su soberbia castrense no sufrió menoscabo alguno por los reveses iniciales. El general de división Kenryo Sato, jefe del Departamento de Asuntos Militares, pronunció en marzo de 1932, tras la derrota de Guadalcanal, un discurso ante la dieta de Tokio en el que tildaba al enemigo norteamericano como indisciplinado y muy poco profesional: «Disparan bien, pero su espíritu combativo y su moral son muy pobres… La mayoría de los soldados estadounidenses no entiende por qué está guerreando».

Los japoneses tardaron en hacerse cargo de la necesidad de desentrañar los códigos anglo-americanos: la facilidad con que leían las transmisiones radiofónicas de los nacionalistas chinos los hizo tal vez demasiado perezosos en este sentido. Sea como fuere, no enviaron a sus oficiales a estudiar criptografía a Alemania, Hungría y Finlandia hasta 1943 y 1944. En el primero de estos años, cuando ya empezaba a vislumbrarse la derrota, se creó la Sección Especial de Información —o Tokushu Joho-bu— con la intención de interceptar comunicaciones radiofónicas, tras reconocer, a destiempo, que «las actividades de decodificación adoptadas contra Estados Unidos y el Reino Unido son de todo punto inadecuadas y carecen del personal cualificado necesario[25]». En un principio se empleó a una plantilla de trescientas personas que creció hasta superar el millar llegado 1945. Además, en Manchuria sirvieron varios centenares más de espías y decodificadores a las órdenes del ejército de Kwantung, las fuerzas aéreas y las de tierra. En mayo de 1944, su jefe comenzó a reclutar a graduados en matemáticas y lenguas, y a adquirir cierto número modesto de máquinas IBM. Asimismo se

creó una Asociación de Investigación Criptográfica Militar con la ayuda de la Universidad Imperial de Tokio.

Aun así, todo esto fue poco y se abordó demasiado tarde. Hasta el emperador puso de manifiesto su perplejidad al ver a los militares consagrar tanto tiempo a hablar de una futura guerra con los soviéticos cuando en aquel momento estaban sumidos en una real contra los estadounidenses. Los japoneses aseguraron haber penetrado algunos de los códigos que empleaban los norteamericanos en el campo de operaciones de MacArthur, aunque lo cierto es que estos no tardaron en cambiarlos. Uno de los oficiales de la Sección Especial de Información aseguró tras la guerra haber descifrado el 11 de agosto de 1945 la palabra nuclear en un mensaje enviado por un encriptador de campo M-209 de Estados Unidos. Sin embargo, aun cuando fuese cierta, tal acción tuvo una influencia mínima en la causa nipona, igual que cabe decir de los logros intermitentes obtenidos respecto de las transmisiones soviéticas.

La estadística de los informes obtenidos de diversas fuentes entre el primero de octubre de 1944 y el 19 de julio de 1945 por el servicio secreto de la Armada Imperial Japonesa constituye una representación cabal del equilibrio que se dio a lo largo de las hostilidades: 393 de los servicios radiofónicos, basados casi todos en el análisis de comunicaciones; 102 de agregados en diversas embajadas de naciones extranjeras neutrales; 27 conformados por datos extraídos a los prisioneros de guerra; 2 de documentos capturados al enemigo; 7 elaborados por agentes foráneos; 110 de transmisiones radiofónicas en claro y 769 de noticias periodísticas. Japón siempre había confiado más en la información adquirida mediante espías que en la que procedía de mensajes de radio, y, sin embargo, nunca desplegaron una gran pericia en el reclutamiento y la dirección de agentes en el extranjero. El comandante Nobuiko Imai escribió con amargura: «En Nueva Guinea nos hicimos con los servicios de nativos chinos y australianos, pero acabaron por traicionar[nos[26]]». Tokio desembolsó sumas nada desdeñables a una serie de informantes que operaban en México, Chile y Argentina, aunque lo cierto es que no resulta fácil imaginar qué contribución pudieron hacer a la campaña bélica. Tampoco tuvieron más suerte con los agentes de la India británica. A 45 de ellos —el grueso de la plantilla— los apresaron en 1942, y la mayor parte de estos resultó proceder del Ejército Nacional Indio de Tokio, cuyos integrantes se reclutaban entre los prisioneros de guerra que habían caído en sus manos. En 1944, los servicios secretos de Japón comenzaron a tomar un marcado interés por el islam en cuanto posible foco de actividades antialiadas. A principios de 1945 desembarcó en la costa de Beluchistán un grupo nutrido de saboteadores mahometanos… que no tardó en rendirse ante los británicos[27].

El servicio de información japonés se afanó cuanto pudo en suelo continental estadounidense. El 3 de mayo de 1944, el embajador de Tokio en Madrid remitió a su ministro de Asuntos Exteriores una melodramática comunicación relativa a cierto agente español que, en teoría, había estado sirviendo a los intereses nipones en América y había vuelto a su nación para informar al respecto, por cuanto no disponía de radio ni mensajero: «Le he advertido en secreto —aseveraba— que desde que regresó a su hogar con su esposa a principios de abril lo han estado observando de cerca no solo los británicos y los estadounidenses, sino también sus propios compatriotas. Por consiguiente, está actuando de cara al resto como si no tuviese conexión alguna con mi persona… Dado que si se reuniera directamente conmigo se estaría condenando a muerte, le he dado instrucciones de proporcionarme un informe por escrito… [E]l 17 de mayo debe regresar a América para reanudar su misión, y está dispuesto a seguir adelante (por el momento, los estadounidenses no tienen motivo alguno para negarle la entrada[28])».

El documento que anexaba estaba redactado a la manera de una novela de intriga de otro tiempo: «Viviendo en un país extraño y afrontando toda clase de peligros mientras allegaba información, era inevitable que tuviese que confiar a mi memoria gran parte de cuanto averiguaba. Al objeto de garantizar una mayor precisión me valía, claro, de tinta especial y fotografías de escaso tamaño cada vez que abordaba cuestiones de importancia». Dado que lo que seguía representaba un resumen de lo que había observado supuestamente a lo largo de catorce meses, no puede decirse que hubiese en ello gran actualidad. El espía, entre otras muchas cosas, refería el cuento fabuloso de que durante las batallas navales libradas en noviembre de 1942 en las Salomón se habían hundido cuatro acorazados de Estados Unidos, y dedicaba varios centenares de palabras a una relación de comandantes norteamericanos de relieve y de los puestos que ocupaban, información que se hallaba al alcance de cualquier lector de The Washington Post. Y aún queda una sorpresa final: si el despacho del agente nipón ha llegado a nuestros días ha sido porque lo decodificaron los aliados de Arlington y Bletchley y reposa desde el mes de mayo de 1944 en los archivos estadounidenses y británicos.

Desde aquel año en adelante, los mandos japoneses desplegaron una renuencia crónica a tomar en consideración las pruebas, a las que preferían anteponer el instinto a la hora de tomar decisiones, cada vez con dosis mayores de fantasía. La Marina destinó menos recursos aún que el ejército de tierra al desciframiento de mensajes, y centró sobre todo sus actividades de espionaje de transmisiones a la radiogoniometría y el análisis de comunicaciones. El contraalmirante Yokoi Tishiyuji observó con desesperación tras las hostilidades: «Nuestra Armada estaba sufriendo

derrota en la batalla de las ondas radiofónicas. La mano con la que jugábamos no era buena, y el enemigo, además, nos veía las cartas: no es de extrañar que nos resultara imposible ganar así la partida[29]». La Flota Imperial, sin embargo, alcanzó algunos logros modestos en relación con las comunicaciones de menor nivel de la intendencia estadounidense. Los oficiales de sus servicios secretos leyeron la mitad aproximada de los mensajes enviados entre 1944 y 1945 con el sistema BAMS (Transmisión para los Buques Mercantes Aliados), lo que les permitió predecir ataques anfibios de envergadura mediante el rastreo de la colosal «cola» de apoyo que los acompañaba. Así fue como pronosticaron las operaciones emprendidas en las islas Marshall en enero de 1944, en las Marianas en junio y en Iwo Jima en febrero. Con todo, el alto mando prefirió creer que los norteamericanos atacarían las Filipinas, el norte de Nueva Guinea y la región occidental de las Carolinas antes que las Marianas. Además, aun en los casos en que interpretaron con éxito las intenciones estadounidenses, los almirantes y generales de Japón se vieron derrotados de manera reiterada y decisiva por tierra, mar y aire dada su nefasta escasez de poder coercitivo.

Durante el verano y el otoño de 1944, el clima de fantasía del cuartel general imperial se volvió febril. Las actividades de desorientación de Estados Unidos persuadieron a sus integrantes de que el enemigo estaba concentrando sus fuerzas en Alaska con la intención de invadir las Kuriles. En consecuencia, en el mes de junio, los servicios de información nipones calculaban que los norteamericanos tenían en dicho estado 400 000 hombres y 700 aeroplanos, cuando las cifras reales no pasaban de 64 000 y 373. Tokio aumentó las fuerzas que tenía apostadas en aquellas islas de los 25 000 soldados y 38 aviones del mes de enero a 70 000 y 589 en junio[30]. Los oficiales superiores de Japón quisieron creer que los combates aéreos empeñados entre el 12 y el 16 de octubre cerca de la costa de Taiwán, que devastaron su propia aviación, habían costado a los estadounidenses 19 portaaviones y cuatro acorazados. Aunque los radioescuchas advirtieron con razón que el análisis de las transmisiones dejaba claro que todas las naves de la 3.ª Flota de Halsey seguían navegando, sus superiores rechazaron tal información por considerarla inaceptable. Kaoru Takeuchi, capitán del departamento secreto, no pudo menos de indignarse: «El Estado Mayor del departamento de operaciones no tiene perdón… ¡Están locos! Es increíble que se salgan con la suya esos oficiales desquiciados[31]». Fue el arrebato de optimismo acerca de las pérdidas norteamericanas de Taiwán lo que llevó a los almirantes japoneses a embarcar a su flota combinada en la operación que acabó en desastre en el golfo de Leyte.

Este último, sin embargo, llevó a los de Japón a despegarse de la realidad de un modo aún más frenético. En tanto que las evaluaciones del servicio de

inteligencia de la Armada, certeras a rasgos generales, cayeron en saco roto, se aceptaron sin problema las exageraciones extremas relativas al éxito de los ataques de los kamikazes a las embarcaciones de guerra estadounidenses. El departamento de operaciones navales declaró hundido en seis ocasiones el portaaviones Lexington, y en cuatro el Saratoga. Hasta el emperador se dio cuenta y declaró que semejantes datos debían de ser un tanto ilusorios. Las noticias que recibía el alto mando del ejército de tierra en relación con las operaciones del Pacífico dependían cada vez más del órgano de «información especial» que poseía en Harbin, en el norte de China, que tenía una fuente en la oficina consular soviética. Por desgracia, esta se hallaba a las órdenes del NKVD. Cuando los servicios secretos repararon en este hecho, sus oficiales pusieron sobre aviso al alto mando, y los generales, sin embargo, prefirieron creer lo que quiso contarles Moscú antes que la menor porción de una verdad inaceptable.

El jefe de información del ejército, el general Seizo Arisue, reprobó la soberbia del departamento de operaciones, cuyos oficiales «se negaban a escuchar siquiera la opinión de otros[32]». Aducía como ejemplo el ataque a las fuerzas británicas e indias emprendido en Imfal en marzo de 1944. Por una vez, se consultó a Arisue con antelación. No obstante, en cuanto expresó su resuelta oposición al plan lo expulsaron de las conversaciones entabladas al respecto en el cuartel general imperial. La raza nipona, al decir de Kiichirō Higuchi, del Departamento Segundo, prefiere resolver los problemas a través de un enfoque subjetivo a analizar las pruebas objetivamente: «Los asuntos de los seres individuales —concluía— pueden ser determinados por criterios subjetivos; pero resulta peligroso en extremo usarlos para trazar la suerte de las naciones[33]». El ejemplo más llamativo de esto último se dio en abril de 1945, cuando los servicios secretos advirtieron de un aumento espectacular de las transmisiones militares soviéticas en dirección a la frontera manchú y llegaron a la siguiente conclusión: «El Departamento Segundo deduce que la URSS ha comenzado ya a prepararse para hacer la guerra a Japón[34]». Como quiera que semejante contingencia representaba la peor pesadilla de los generales, estos no dudaron en rechazar sin más la información, y mantuvieron su actitud hasta el momento mismo en que acometió el Ejército Rojo la abrumadora ofensiva contra Manchuria del mes de agosto. Todos los planes militares elaborados por los japoneses en 1945 contaban con una invasión estadounidense de su territorio; lo que, en su opinión, les permitiría infligir bajas intolerables. Resulta paradójico que los aliados occidentales pudiesen haber confundido del modo más verosímil al alto mando de su enemigo anunciando públicamente que no pretendían asaltar la nación, sino empujarla a someterse mediante los bombardeos y el hambre.

Por grandes que fuesen, las dificultades a que se enfrentaba la

colaboración entre británicos y estadounidenses se hacían insignificantes comparadas con la falta de confianza y el abismo cultural que dividían a los alemanes y los japoneses. Pese a que las dos naciones habían acordado compartir información, lo cierto es que ninguna hacía gran cosa por hacerlo. Los especialistas de la Wehrmacht desdeñaban a los de Japón. Cierto oficial germano los describió como «pésimos» y alegó que a menudo entendían que había una división estadounidense haciéndoles frente en el Pacífico cuando los de Berlín sabían que se encontraba en Francia[35]. El coronel Ohletz, integrante del RSHA, aseveró tras la guerra que dicho organismo había conocido «una asociación difícil y poco provechosa con el S[ervicio de] I[nformación] japonés[36]». Canaris mantuvo lazos muy tenues con Tokio estando al frente del Abwehr. Retuvo en Berlín a un tal capitán Plage, que fue detenido en cuanto supuesto experto en Japón. Además, los alemanes hicieron llegar a Tokio fragmentos —como, por ejemplo, un informe procedente de una supuesta fuente británica (uno de los agentes dobles del MI5)— relativos a los desembarcos estadounidenses en el golfo de Leyte de septiembre de 1944.

Con la situación bélica se deterioró también la relación entre ambos coaligados. Cada uno consideraba que la causa del otro estaba perdida, y, sin embargo, los alemanes hicieron cuanto estuvo en sus manos por evitar que Japón dejara de luchar. El OKW instó a los jefes del RSHA a comunicar a sus hermanos orientales cualquier detalle que pudiera hacer más firme su resolución, como los relativos a los planes que se estaban elaborando para atacar las Ardenas en diciembre de 1944. La noche posterior al comienzo de la «operación Niebla» de Otoño, Ernst Kaltenbrunner y Walter Schellenberg organizaron una colosal velada japonesa en una casa de campo de Wannsee. No tuvieron mucho éxito. El coronel Ohletz tuvo la impresión de que los invitados «no querían tener relación alguna con el SD». Tras la fiesta, Kaltenbrunner aseveró con desdén que «los japoneses se han vuelto tan "blandos" que, en caso de que triunfe la ofensiva [de las Ardenas], lo más seguro es que se echen atrás». Los alemanes no pudieron sino lanzarse displicentes miradas de complicidad cuando aquellos, poco después, se pusieron a trasladar a Suiza, Suecia y España los archivos de su embajada en Berlín.

Durante la primavera de 1945, Makoto Onodera, jefe de los servicios de información japoneses en Europa, que operaba desde Estocolmo, se ofreció a hacerse con la dirección de los centros de operación de que disponía el Abwehr en las capitales de diversas naciones neutrales. Al ver zozobrar la nave nacionalsocialista, observó que Japón estaba interesado en adquirir su red de espionaje por considerarla una empresa solvente[37]. Sin embargo, dada la falta de interés o de pericia de que había dado muestras su nación a la

hora de emplear con eficacia tales medios desde al menos 1942, no es fácil imaginar qué servicios podría haber brindado el sistema esclerótico de información de los nazis al cuartel general nipón en una fecha en la que los generales de Hirohito contemplaban la ruina de sus ambiciones y de su imperio.

La agente italiana de la SOE, Paola del Din, con su equipo de paracaidista, en una imagen que transmite la terrible carga emocional que para muchos agentes suponía representar su papel.

Oluf Reed-Olsen aparece a la derecha en la fotografía de los dos noruegos con carabina.

El mentor francés conocido como «coronel Rémy».

«Cicerón» descansa.

Nigel Clive, del MI6.

Ronald Seth, de la SOE, durante su cautiverio con los nazis.

Sterling Hayden, de la OSS.

Hugh Trevor-Roper, del MI6, que en 1945 sabía más de las operaciones del Abwehr que cualquier alemán y (*abajo*) Bill Bentick, presidente del Comité de Inteligencia Conjunta de Gran Bretaña.

Un sastre de la estación de la OSS en Londres viste a un agente estadounidense para una misión siguiendo los dictados de la última moda en el continente.

El joven Anthony Blunt, antes de ser oficial del MI5 e informador del NKVD.

Sello ruso que celebra la contribución de Kim Philby en la Revolución.

Donald y Melinda Maclean con sus hijos en un trasatlántico.

John Maynard Keynes en una distendida charla con Harry Dexter White, una de las fuentes secretas más importantes de Moscú.

John Maynard Keynes en una distendida charla con Harry Dexter White, una de las fuentes secretas más importantes de Moscú.

Hitler, siempre preparado para frustrar los análisis de la inteligencia Aliados, con parte de su séquito: Keitel, Göring y Ribbentrop.

Un oficial del Estado Mayor se tiende sobre el mapa para estudiar los despliegues soviéticos.

El V-2 que sembró la alarma entre los Aliados y planteó uno de los enigmas más impenetrables para la inteligencia en la guerra.

Una de las imágenes esenciales de la guerra secreta: un francés con una pistola Bren suministrada por los británicos para hostigar a los alemanes que huían a Francia en agosto de 1944.

Reclutas de la SOE preparando las cargas explosivas en una línea ferroviaria y transmitiendo por radio a Londres.

Tres oficiales del SAS en la misión «Bulkbasket» en Francia, en junio de 1944. El teniente Tom Stephens, vestido con ropas civiles, listo para desplazarse en bicicleta hasta Châtellereault, donde examinaría los convoyes de petróleo que abastecían a la 2.ª División de Acorazados de las SS del Reich, con miras a un posible ataque por parte de la RAF con aviones Mosquito. John Topkin, a la izquierda con una pipa, fue el único superviviente de la operación.

El barón Ōshima, retratado junto al ministro de Exteriores nazi Ribentropp, fue el embajador japonés en Berlín, y gracias al descifrado de Púrpura, el mejor agente secreto de los Aliados en la guerra.

MASACRE EN LAS ARDENAS

La última arremetida de Hitler en diciembre de 1944, que se cuenta entre los peores fracasos de la inteligencia Aliada en la guerra.

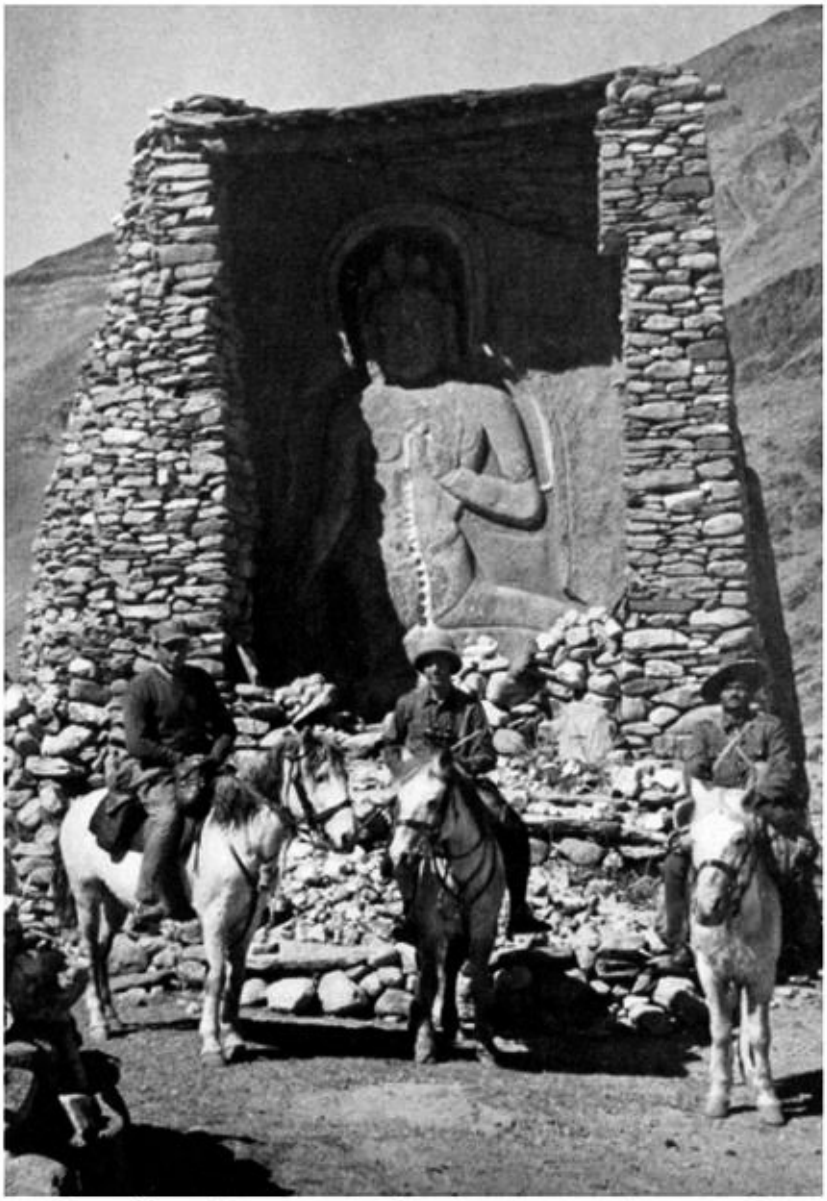
ESPÍAS Y CONTRAESPÍAS

«Bill el Salvaje», o Donovan, en su ocupación preferida: hablar con los periodistas.

El jefe de Donovan en la estación de la OSS en Berna, Allen Dulles.

El director del FBI, J. Edgar Hoover.

Un sacerdote consuela a un desventurado «transfronterizo» alemán momentos antes de su ejecución frente a un pelotón de fusilamiento estadounidense en noviembre de 1944.



Ilia Tólstoi (*en el centro*) y sus compañeros en la ilusoria misión de la OSS al Tíbet.

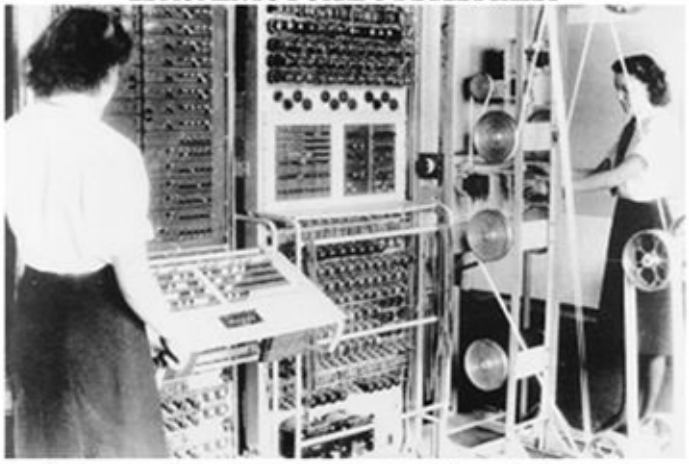
Alexander Demyanov, una figura clave en la «operación Fortaleza», el engaño ruso más asombroso de la guerra, en una fotografía de 1943.

Los vecinos de las poblaciones rusas corrían el peligro de morir fusilados por los de ambos bandos. Los campesinos conducen a un supuesto traidor para ejecutarlo.

A la derecha de la fotografía, el coronel Reinhard Gehlen, el jefe de la inteligencia alemana que protagonizaría el embuste del NKVD.

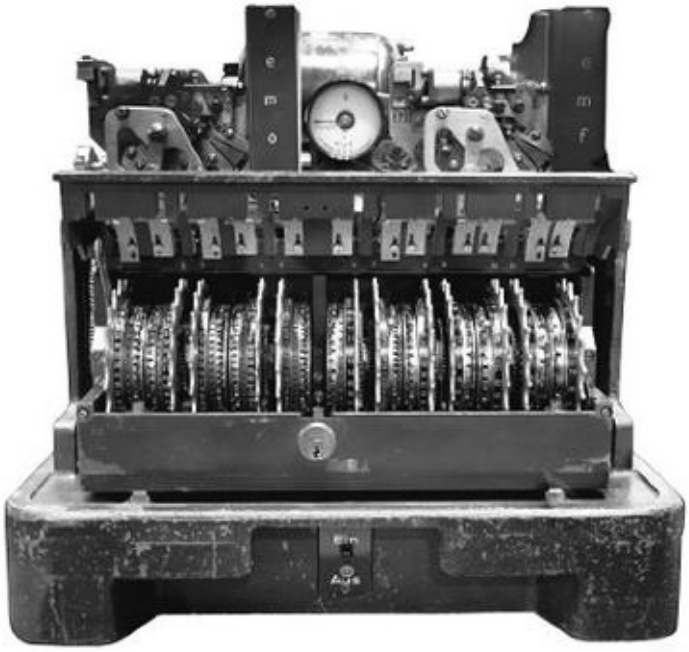
Los alemanes se disponen a administrar la justicia nazi a un campesino.

EL MOMENTO DORADO DE BLETCHLEY



Colossus, la primera computadora del mundo, creada por el matemático de Cambridge Max Newman.

El ingeniero Tommy Flowers



Un sistema de encriptado totalmente distinto al de Enigma.

Su creación permitió a la Escuela resolver parte del tráfico de alto secreto transmitido por los alemanes mediante el teletipo Lorenz

El joven y brillante matemático Bill Tutte, que desentrañó las singularidades de Lorenz y, por tanto, merece ser tan celebrado como Allan Turing.

R. V. Jones, el ilustre científico de la inteligencia británica con su familia en la ceremonia de su nombramiento en el palacio de Buckingham, en 1945.

20

Enórmoz

En 1944, cuando el joven físico estadounidense Ted Hall, investigador del proyecto de la bomba atómica en el campamento 2 de Santa Fe, puso en conocimiento de cuanto sabía al Centro moscovita, se justificó diciendo con fervor a su contacto del NKVD: «La Unión Soviética es el único país al que puede confiarse una cosa tan terrible[1]». De cuantos se hallaban al corriente de dicho programa a uno y otro lado del Atlántico fueron tal vez cincuenta los que contaron parte de sus secretos a las gentes de Stalin. La revelación del Proyecto Manhattan por parte de confidentes británicos y estadounidenses constituye el capítulo más importante del espionaje de la Segunda Guerra Mundial. Cierto es, por supuesto, que no tuvo efecto alguno en el resultado de la lucha contra los nazis; pero sí, y de forma notable, en los sucesos posteriores. Así, cuando se hizo estallar, en 1949, la primera bomba soviética, resultó ser una copia exacta de la que se había probado durante el mes de julio de 1945 en Alamogordo. Quienes han defendido a los confidentes de Moscú han puesto siempre de relieve dos circunstancias: en primer lugar, que con los traidores o sin ellos, la Unión Soviética no habría tardado en construir su propia bomba, ya que la ciencia y la tecnología evolucionan de este modo a lo largo y ancho del planeta, y en segundo lugar, que los informantes del NKVD prestaron servicio a la paz mundial al garantizar la creación de un elemento de equilibrio en el ámbito del terror y evitar que los fanáticos de la ultraderecha estadounidense pudiesen abogar de forma creíble por un primer ataque nuclear contra la Unión Soviética. Ambos argumentos merecen ser

estudiados, si bien, de cualquier modo, lo que no cabe dudar es que los espías atómicos afianzaron la posición estratégica de Stalin y proporcionaron al NKVD uno de los mayores golpes de mano de la historia.

En 1940, los físicos soviéticos aseveraron que la creación de una bomba nuclear a partir de uranio constituía una posibilidad teórica, aunque no práctica. Moscú, por ende, no destinó dinero alguno al espionaje atómico, aunque la oficina científica del NKVD pidió a todas sus bases de operaciones en el extranjero que prestase atención a cualquier indicio de actividad en este ámbito. Al año siguiente, los soviéticos recibieron una serie de informes de sus confidentes británicos, entre quienes destacaba John Cairncross, acerca de cierta investigación en torno a la creación de armas atómicas, basados en detalles procedentes de las reuniones mantenidas por los jefes de Estado Mayor británico y el Comité del Uranio[2]. La misión de seguir la pista a este asunto recayó sobre Vladimir Barkovski, oficial del NKVD destinado en Londres. El 16 de septiembre de 1940, Donald Maclean envió un informe de sesenta páginas sobre el proyecto al que los británicos habían asignado el nombre en clave de «Tube Alloys». Tal documento hacía pensar que el Gobierno de Churchill había tomado en serio la posibilidad de crear armas nucleares, por más que otra fuente del Reino Unido asegurase, desde los laboratorios de la ICI, que la había considerado impracticable. Moscú supo a continuación que los jefes de Estado Mayor habían decidido emprender un estudio relativo a su viabilidad. Jürgen Kuczynski, agente del GRU y hermano de Ursula Hamburger, reclutó en agosto de 1941 al físico Klaus Fuchs, comunista apasionado nacido en Alemania. Cuando, poco después, entró a trabajar con Rudolf Pierls, Fuchs se convirtió en una fuente decisiva para Moscú, que aquel mismo otoño recibió de él información temprana. El 24 de noviembre, el coordinador de las actividades neoyorquinas del NKVD puso a sus superiores al corriente del viaje al Reino Unido que habían emprendido tres científicos estadounidenses a fin de colaborar en la fabricación de «un explosivo de una potencia enorme». El centro de operaciones de Londres interrogó de inmediato a Cairncross —en el despacho de lord Hankey— acerca de lo que había de verdad en este hecho. Respondió que debía de tener relación con el uranio-235, pero su contacto, Anatoli Gorski, no abandonó su escepticismo, ya que sus otros informantes no habían tenido noticia alguna de la visita, que a la postre tuvo un peso fundamental a la hora de convencer a Estados Unidos de la posibilidad de construir una bomba atómica.

Poco después se produjo el ataque de Pearl Harbor, y a continuación llegó a Moscú información confidencial que aseveraba que el Reino Unido había renunciado a sus aspiraciones nucleares y había dejado a Estados Unidos la labor de dar con un modo de fabricar la bomba a través del Proyecto

Manhattan, considerado de forma ingenua por el Gobierno británico como una empresa conjunta anglo-americana. En marzo de 1942, Beria remitió a Stalin un sumario de lo que sabían los soviéticos acerca de las investigaciones atómicas del Reino Unido, basado sobre todo en información aportada por Cairncross. En torno a estas fechas, una de las fuentes con que contaba el NKVD en Nueva York, Franklin Zelman, se reunió con un conocido llamado Clarence Hiskey, profesor de química de la Universidad de Columbia y comunista, que le confió que estaba trabajando en un proyecto estadounidense destinado a elaborar una bomba radiactiva y que, aunque se estaban logrando avances, los alemanes iban muy por delante. Si bien Hiskey se equivocaba en una cosa y en la otra, sus comentarios causaron no poca alarma en Moscú. Leonid Kvásnikov, científico al servicio del NKVD, hizo cuanto pudo por tranquilizar a sus superiores, y tras examinar los datos aportados por las fuentes británicas, estadounidenses y alemanas, entendió que aún no se habían alcanzado semejantes progresos. No obstante, insistió en que era recomendable investigar aquel asunto con más ahínco aún.

Grigori Jeifets, residente que actuaba en San Francisco de vicecónsul soviético, tuvo ocasión de conversar con Robert Oppenheimer, quien a esas alturas había asumido en secreto la dirección del Proyecto Manhattan, durante una recepción destinada a recaudar dinero para los refugiados de la Guerra Civil Española, y supo así que se hallaba inmerso en una investigación científica de gran calado. Jeifets era veterano en el mundo del espionaje, pues ya había servido en Roma en calidad de residente segundo, donde había señalado como posibles fuentes a Enrico Fermi y Bruno Pontecorvo. Antes de eso había sido secretario de Nadezhda Krúpskaya, viuda de Lenin, tras lo cual desempeñó un papel relevante en la introducción del Komintern en Estados Unidos. Semejante historial lo había hecho merecedor del interés y el respeto de los círculos sociales de izquierdas de San Francisco. Todo apunta a que Oppenheimer debió de dar a Jeifets alguna pista importante y confiarle tal vez el temor de Washington y Londres ante la perspectiva de que los nazis hubieran empezado a construir la bomba. También le mostró la carta redactada por Leó Szilárd que había enviado en secreto Einstein a Roosevelt en 1939 para apremiarlo a explorar la posibilidad de sacar partido a la energía nuclear.

El NKVD asignó a Oppenheimer el pseudónimo de «Estrella». Algunos de sus mejores amigos, incluido Steve Nelson, nacido en Croacia con el nombre de Stefan Mesaroch, eran marxistas y confidentes activos de la Unión Soviética, y su esposa, una mujer formidable y un tanto siniestra llamada Kitty, había estado casada con un adepto del comunismo. A finales de 1942, por orden del consulado soviético de San Francisco, el químico británico George Eltenton, partidario también de dicha doctrina, dio instrucciones al

profesor de literatura Haakon Chevalier de acercarse a su viejo amigo Oppenheimer e invitarlo a compartir con los soviéticos los secretos del Proyecto Manhattan. El científico, sin embargo, informó un tiempo después de este contacto al general Leslie Groves, supervisor de la operación, y Chevalier quedó a oscuras en consecuencia. Al año siguiente hubo más intentos de aproximación. Uno de ellos fue el protagonizado por Solomón Mikhoels, actor del Teatro Estatal Judío de Moscú, quien se hallaba de gira por Estados Unidos con el patrocinio de la Comisión Judía Antifascista, junto con su camarada Ítzik Féfer, autor de poesía en yidis. Beria les había pedido personalmente que garantizasen que el antisemitismo de la Unión Soviética era ya agua pasada.

Pável Sudoplátov afirma en sus memorias que Oppenheimer, Fermi y Szilárd ayudaron con conocimiento de causa al NKVD a introducir topos en los laboratorios del Proyecto Manhattan. Más sorprendente aún es su aserto de que el primero solicitó los servicios de Klaus Fuchs a sabiendas de que era un agente de la Unión Soviética[3]. Ambas proposiciones resultan por demás inverosímiles («risibles», conforme a la expresión empleada por Ray Monk, el biógrafo más reciente de Oppenheimer[4]). Dado que el científico mintió sobre su antigua relación con comunistas al comparecer ante el Congreso en 1954, desde entonces ha existido siempre una controversia en lo tocante a su lealtad. Aun así, el veredicto más convincente es el de que, como Harry Hopkins, fue culpable de cometer ciertas indiscreciones ante determinados amigos y contactos comunistas, más que de proponerse de forma consciente faltar a la ingente responsabilidad que tenía en el proyecto militar más ambicioso de la historia.

Las autoridades de Moscú quedaron tan impresionadas como alarmadas al saber que los estadounidenses habían empezado a dedicar recursos ciclópeos a la creación de una bomba. En este particular, como en tantos otros, la mirada de Stalin iba mucho más allá de una simple victoria sobre Hitler para abarcar un mundo de posguerra en el que ninguna superpotencia en ciernes que careciera de bomba atómica pudiese albergar esperanza alguna de desafiar a otra que sí contara con tal adelanto. Todo parece indicar que el caudillo soviético entendió mucho antes que Churchill o Roosevelt la naturaleza transformadora de semejante arma. Sudoplátov cita a Oppenheimer, Fermi, Szilárd y el secretario de este en cuanto fuentes más importantes del proyecto nuclear de Estados Unidos, si bien, sea o no verdad lo que contó de estos, de lo que no cabe dudar es que había muchos más[5]. La física Lise Meitner había huido de Alemania a Suecia, donde se hallaba trabajando en el Instituto Físico de la Academia de Ciencias. Los agentes soviéticos que actuaban por indicación de Zoia Ríbkina la abordaron para formularle preguntas acerca de lo que sabía de la comunidad científica

internacional en lo referente a la bomba, y ella respondió que era posible construirla. En marzo de 1942, Donald Maclean remitió otro informe desde Londres en el que subrayaba la total prioridad que se había asignado a las investigaciones atómicas de los aliados occidentales. Beria escribió a Stalin el día 10 de aquel mes para ponerlo al corriente de tales noticias, que fue a corroborar el físico soviético Gueorgui Fliórov, quien en mayo declaró ante el Kremlin su convencimiento de que la bomba era factible.

El NKVD intensificó de forma progresiva sus empeños en introducirse en las instalaciones de investigación del Proyecto Manhattan. El reclutamiento de confidentes se asignó a Semión Semiónov, «Twain», especialista veterano en asuntos científicos destinado por el Centro en Estados Unidos. Los soviéticos reconocieron que iba a ser casi imposible hacerse con la ayuda de los investigadores nucleares situados en puestos más elevados mediante soborno o coacción: iban a tener que apelar en cambio a sus instintos más refinados, a la supuesta comunidad cultural y de intereses con los aliados de Norteamérica contra Hitler que habían asumido la mayor parte de la lucha y el sacrificio. Semiónov identificó de inmediato a la mayor parte de los principales científicos del proyecto, si bien no logró sino un éxito limitado a la hora de contratarlos. Supervisó a Harry Gold, veterano del NKVD que trabajaba con Fuchs; pero fracasó a la hora de atraer a Gueorgui Kistiakovski, experto ucraniano en explosivos.

Mientras tanto, los de Moscú no dejaban de preguntarse qué estaría haciendo Alemania en lo referente a la investigación atómica. Las pruebas que tenían al respecto eran pocas y confusas. Así, por ejemplo, si el agua pesada constituía un elemento importante del proceso, ¿por qué no estaba adoptando Berlín medidas más serias para proteger su producción noruega? No cabe duda de que los británicos tomaron en serio este compuesto: los agentes noruegos del NKVD informaron del intento fallido de destrucción de la central hidroeléctrica de Rjukan que emprendió la SOE en noviembre de 1942, y en el que se perdió todo el equipo de asalto de ingenieros de planeadores. Kim Philby dio también noticia de aquel fracaso, al que siguió en febrero de 1943 una operación victoriosa protagonizada por seis saboteadores nativos adiestrados por la SOE. Los temores paranoicos que albergaban los soviéticos respecto de la falsedad de los anglo-americanos se intensificó por no haber pedido estos ayuda a Moscú ni haberlo puesto al corriente con posterioridad; todo ello a pesar de que la historia de los empeños británicos en colaborar con ellos en operaciones secretas estaba presidida por la firme intransigencia de los de Stalin.

A esas alturas, Beria se hallaba ya al mando de un comité especial sobre energía atómica presidido en teoría por dos viceprimer ministros y en el que servía Sudoplátov en calidad de director del servicio secreto. Cierto

académico soviético por nombre V. I. Vernadski propuso invitar formalmente a los aliados occidentales a intercambiar conocimientos relativos a la investigación nuclear. Stalin respondió con desprecio: «Caes en ingenuidad política si crees que van a compartir información sobre las armas que dominarán el mundo en el futuro». El dirigente soviético convino en que sus agencias de espionaje debían intensificar las misiones encubiertas destinadas a sacar información a los científicos occidentales. Aunque con Niels Bohr no consiguieron gran cosa, el ilustre físico danés insistió ante Churchill y Roosevelt en la necesidad de poner voluntariamente a disposición de Moscú sus secretos nucleares. En enero de 1943 recibió Semiónov noticia de Bruno Pontecorvo acerca de la primera reacción atómica en cadena. Este describió también el experimento llevado a cabo por Fermi el 2 de diciembre de 1942, que anunció al oficial del NKVD con un críptico mensaje telefónico: «El navegante italiano ha llegado al Nuevo Mundo».

En febrero de 1943, Sudoplátov recibió la autorización necesaria para mostrar a los científicos soviéticos información nuclear procedente de Estados Unidos, aunque sin revelar las fuentes. De nada sirvieron, sin embargo, semejantes restricciones, puesto que, por ejemplo, el físico I. K. Kikoin, tras ojear la traducción de cierto documento en el despacho que ocupaba Sudoplátov en la Lubianka, sentenció: «Esto es obra de Fermi: es el único capaz de crear un milagro así». Sudoplátov mostró otros informes en inglés tras ocultar el nombre de los autores. Los expertos que los leyeron adivinaron la identidad de la mayor parte de ellos. Volvía a pecar de cándido, pues, tal como le explicaron, la naturaleza de investigaciones tan extremadamente refinadas les permitía adivinar su autoría de manera punto menos que instintiva. Tras aquello, el oficial del NKVD consiguió que Beria lo autorizase para poner al grupo soviético al tanto de la mayor parte del material procedente de Estados Unidos. Llegado el mes de julio de 1943, el Centro moscovita había recibido 286 documentos clasificados sobre el Proyecto Manhattan, y con la orientación de los científicos soviéticos comenzó a comunicar a los agentes destinados en Norteamérica cuestiones técnicas concretas a las que había que buscar respuesta.

La importancia de las actividades de espionaje nuclear se puso de relieve en febrero de 1944, cuando Beria sumó a las responsabilidades de Sudoplátov la dirección de una nueva sección autónoma, el Departamento S, encargada de coordinar aquellas y poner sus frutos a disposición de sus científicos. Los soviéticos otorgaron a su programa de penetración un nombre en clave excepcionalmente apropiado: Enórmoz. Sudoplátov aseguraría más tarde no haber querido el puesto, ya que prefería centrarse en su principal cometido: el apoyo a las operaciones de los partisanos que actuaban tras las líneas alemanas. Con todo, ningún oficial soviético rechazaba nunca un aumento de

poder ni una orden de Beria. A su decir, le consolaba la fe que tenía en Semión Semiónov, así como su añosa amistad con Vasili y Elizaveta Zarubín. Klaus Fuchs, que se había convertido en una fuente técnica decisiva, pasó de depender de los contactos del GRU a quedar a las órdenes del Departamento S.

Su nuevo director recibió el cometido de trabar estrechas relaciones laborales con los científicos más relevantes de la Unión Soviética; pero tal cosa era mucho más difícil de lo que podía esperarse: como todos los ciudadanos soviéticos, aquellos vivían atemorizados por la posibilidad del menor contacto con el NKVD. Las veladas que organizó el jefe de espías en la sala de estar que poseía tras su despacho debieron de ser un verdadero infierno para aquellos desdichados. En un momento en que buena parte de la población soviética subsistía a un paso de la inanición, la Lubianka les ofrecía banquetes suntuosos servidos por criadas. Tuvo que ayudar poco a relajar la tensión el hecho de que, mientras que a los invitados los instaban a beber una copa tras otra del coñac armenio de Sudoplátov, él mismo no probase una gota. El anfitrión hizo saber a los científicos que estaba autorizado para ofrecerles mayores incentivos —garantizarles el acceso a raciones extraordinarias o a tiendas exclusivas para los pocos elegidos del partido— a fin de que dieran lo mejor de sí al programa nuclear de Stalin. Lo que no hizo constar fueron las penas análogas con que se castigaban los fracasos.

El 1943, los soviéticos seguían recibiendo más datos relativos al Proyecto Manhattan de sus fuentes británicas que de las estadounidenses. Cincuenta y seis años después, cuando se reveló que la señora Melita Norwood, que había cumplido ya los ochenta y siete, había ejercido de agente secreto para los soviéticos, la prensa del Reino Unido abordó la noticia en tono jocoso: «la abuelita de barrio que espiaba para Moscú». Ella publicó la siguiente declaración impenitente: «Hice lo que hice no por dinero, sino para ayudar a evitar la derrota de un sistema nuevo [el soviético] que, con sangre y sudor, había dado al pueblo alimento y servicios a un precio que podía permitirse, así como acceso a la educación y a la sanidad». No solo se libró de ser juzgada por lo criminal, sino que sus compatriotas trataron con amable indulgencia los actos de traición que había cometido en el pasado. Sin embargo, aparte de Klaus Fuchs, la señora Norwood, o «Tina», secretaria de la British Non-Ferrous Metals Research Association, había sido la fuente más destacada de cuantas había tenido a su servicio en el Reino Unido el espionaje nuclear de Moscú durante el conflicto y en el período de posguerra.

Hija de letón y británica, había abrigado de siempre convicciones comunistas en secreto. En 1937 la había reclutado el Centro, y el MI5 no había reparado en su implicación en la red de espionaje de Woolwich Arsenal cuando la descubrió en 1938. Los archivos soviéticos la describían como «una

agente comprometida, digna de fiar y disciplinada que se afana por ofrecer la mayor ayuda posible». Proporcionó una gran cantidad de datos referentes a las actividades nucleares de estadounidenses y británicos, desde que comenzaron hasta bien entrada la década de 1950, a través de su correo, que no era otra que Ursula Hamburger, que en otro tiempo había formado parte fundamental de la red de «Lucy» y constituía en el presente un enlace radiofónico con Moscú desde una sucesión de casitas de campo situadas en amenas poblaciones rurales de Oxfordshire como Great Rollright, Glympton o Kidlington. El Centro consideraba los informes de Norwood «de gran interés, una contribución valiosa al desarrollo de la investigación en este terreno[6]». Los científicos soviéticos aseverarían más tarde que los detalles revelados por ella y por Fuchs contribuyeron más que los de cualquier otro confidente a la creación de su propia bomba.

Otra fuente británica importante, más allá de Norwood y Cairncross, era «Eric», joven físico comunista cuya identidad real no ha llegado nunca a descubrirse. Cuando hizo saber que los estadounidenses estaban logrando avances notables, Moscú apremió a su base de operaciones estadounidense para que se afanara al máximo en averiguar más datos. Klaus Fuchs envió a lo largo de 1942 cinco remesas de material acerca de los cálculos teóricos de su equipo sobre la fisión atómica. El correo de Fuchs en el Reino Unido fue, desde aquel otoño, una supuesta refugiada judía alemana conocida como «señora Brewer» (otro de los pseudónimos de Ursula Hamburger). Las aportaciones que hizo desde Suiza y el Reino Unido a la guerra secreta de la Unión Soviética la convirtieron más tarde en la primera mujer a la que se concedió el título honorífico de coronel del Ejército Rojo.

El primer logro significativo del otro lado del Atlántico se debió a «Mar», científico de DuPont que envió material secreto por mediación de su cuñada. Esta remitió en abril de 1943 al consulado soviético de Nueva York una carta en la que detallaba la trayectoria que seguía el plutonio hacia una explosión nuclear. «Mar» declaró tener por objeto echar por tierra los empeños «criminales» de Estados Unidos en ocultar la construcción de una bomba. El 1 de julio, la base estadounidense del NKVD comunicó que eran ya quinientas las personas que trabajaban en el Proyecto Manhattan[7]. En realidad, se quedaba muy corta, dado que a esas alturas el número de colaboradores había alcanzado, incluyendo a los obreros, los doscientos mil, un total que acabaría por alcanzar los seiscientos mil si se cuentan también los subcontratistas. Hasta entonces había resultado imposible obtener noticia alguna de sus instalaciones más secretas. En consecuencia, los soviéticos optaron por revisar su estrategia. En primer lugar, tomaron la sensata decisión de poner fin a la rivalidad que se daba entre el GRU y el NKVD respecto de la búsqueda de información nuclear, para lo cual transfirieron a

los contactos de este segundo organismo todas las fuentes del primero. La responsabilidad general de Enórmoz recayó sobre Pável Sudoplátov. A continuación, el Centro revisó los nombres de personas de relieve de las que se sabía que estaban ligadas al proyecto nuclear con la intención de identificar candidatos a confidentes: Enrico Fermi, Clarence Hiskey, Robert Oppenheimer… Moscú aseguró que este último era miembro secreto del partido, aunque lo cierto es que nunca llegó a demostrarlo y que resulta muy poco probable. Una de las fuentes del NKVD, un trabajador del Senado llamado Charles Kramer, se reunió varias veces con el director del Proyecto Manhattan, tras lo cual, no obstante, comunicó que se trataba más de un visionario que de un posible agente de la Unión Soviética.

En diciembre, «Mar» envió documentos tocantes a la construcción de un reactor nuclear, su sistema de refrigeración, la extracción de plutonio a partir de uranio irradiado y la protección contra las radiaciones. Otra fuente, llamada «Kvant» o «Hustler», cuya codicia había suscitado quejas por parte de Semión Semiónov, pidió, como de costumbre, dinero. En junio recibió trescientos dólares por un informe relativo a la separación de un isótopo de uranio mediante difusión gaseosa. Los de Moscú no pudieron menos de entusiasmarse. Llegada la Navidad de 1943, sus científicos habían recibido un cúmulo de material relevante británico y estadounidense. Parte de este último procedía de un «profesor progresista» del laboratorio de radiación de Berkeley. Sin embargo, el NKVD seguía sin hacerse con los servicios de ningún informante de dentro del centro de desarrollo de Los Álamos.

Durante el invierno de aquel año se envió a Klaus Fuchs a Estados Unidos, donde tuvo por correo a Harry Gold pese a la aversión mutua que ambos se profesaban. Aquel se presentó el primer y el tercer domingo de cada uno de los primeros meses de 1944 en la entrada del Henry Street Settlement, edificio del barrio neoyorquino del Lower East Side, en un principio con un libro verde y una pelota de tenis en la mano, para reunirse con un hombre con guantes que preguntaba cómo llegar a Chinatown. Después de los primeros encuentros se simplificó tan complicada actuación a instancias de Moscú. Un tiempo después, Gold viajó al domicilio que tenía la hermana de Fuchs, afiliada al American Party, en Cambridge (Massachusetts). La visita se presentó diciendo:

—Te traigo recuerdos de Max.

Y la señorita Fuchs respondió:

—¡Vaya! Me han dicho que ha tenido gemelos.

—Sí, hace siete días.

Todas las partes parecían haberse aficionado a las novelas policíacas baratas. De cualquier modo, el material que proporcionó Fuchs, referente en gran medida a sus propias investigaciones sobre la separación de isótopos,

fue de gran utilidad. Las autoridades moscovitas expresaron su frustración por el hecho de que los informes de Gold no revelasen gran cosa sobre la persona de Fuchs. Anatoli Yatskov, del NKVD, usó a Gold como intermediario desde mediados de 1944, puesto que la estrecha vigilancia a la que se hallaba sometido Semión Semiónov por parte del FBI le impedía servirse de él para comunicarse con los agentes (y lo obligó, de hecho, a volver a la Unión Soviética). Además, durante el mes de octubre, Fuchs regresó de súbito al Reino Unido e interrumpió con ello sus informes.

A comienzos de 1944, Gregori Jeifets, jefe del puesto de operaciones del Centro en San Francisco, tuvo que presentarse ante las autoridades de Moscú, si no por descrédito tras el fracaso a la hora de descubrir lo que estaba ocurriendo en Los Álamos, al menos sí con la esperanza de dar con un sucesor capaz de hacerlo. El Centro puso entonces en el programa atómico un empeño extraordinario, mayor incluso que en las actividades de espionaje contra Alemania. El Kremlin pensó que, si bien debía tener presente la lucha contra Hitler, el futuro se encontraba en el enfrentamiento con las democracias capitalistas burguesas. El principal centro de distribución de la información procedente de la región occidental de Estados Unidos era un supermercado de Santa Fe. Moscú movilizó a los durmientes de la Costa Oeste, muchos de los cuales llevaban una década inactivos. Entre estos había un dentista judío de Polonia conocido como «el Ajedrecista», que había recibido de la OGPU una subvención para obtener en Francia la licenciatura en medicina y cuya esposa entabló amistad con los Oppenheimer. Sudoplátov asevera que, amén de informes orales sobre el desarrollo de las investigaciones, «el Ajedrecista» transmitió cinco documentos secretos adquiridos de Oppenheimer y sus amigos. Resulta, sin embargo, precipitado dar crédito sin escepticismo a sus afirmaciones. Cabe reconocer que muchos de los científicos que trabajaron en el Proyecto Manhattan albergaban convicciones de izquierdas y aun apoyaban la causa de la Unión Soviética en las circunstancias de su lucha a muerte contra Hitler, sin aceptar por ello que actuaran de confidentes comprometidos del NKVD.

Hasta dentro de Estados Unidos podía el miedo cumplir una función tan importante como la ideología a la hora de reclutar. El físico George Gamow (Gueorgui Gámov), nacido en Rusia, había desertado a Estados Unidos en 1933. Elizaveta Zarubína abordó a su esposa, «Rho», física también, y le advirtió que la seguridad de los parientes que habían permanecido en la Unión Soviética dependía de que se prestasen a colaborar con Moscú. Con ello le anunció el incentivo a la vez que el castigo: si espiaban bien —anunció en tono alentador la señora Zarubína—, su familia comería mejor, y si se negaban, irían al Gulag[8]. Gamow accedió, y consiguió explotar una amplia red de recursos en la comunidad científica. El material iba llegando como por

goteo de sujetos inesperados: durante el verano de 1944, cierto desconocido entregó un paquete con material ultrasecreto en el consulado soviético de Nueva York. Su contenido técnico fascinó a los analistas de Moscú, lo que les llevó a enfurecerse más ante el hecho de que el portador dejara el edificio sin revelar su identidad… y no volviera a dar signos de vida.

Mientras, el Partido Comunista tenía a un joven integrante llamado Fogel en la plantilla del equipo de la constructora Kellogg que colaboraba con el Proyecto Manhattan, aunque a las autoridades soviéticas no les faltaron motivos para sentirse frustradas cuando aquel declinó la oferta de traslado a Los Álamos que le ofreció la compañía a principios de 1945 y dejó de ofrecer información. Cuando Ted Hall decidió que quería ponerlo todo en conocimiento de los soviéticos, no le resultó fácil dar con el conducto apropiado. Al final, su correo fue Serguéi Kurnakov, periodista del diario propagandístico Russki Golos («Voz Rusa»), que también figuraba en la plantilla del Centro. Este envió a Moscú la siguiente descripción de Hall: «más bien alto, esbelto, castaño y con algún que otro grano en el rostro, vestido de un modo descuidado, con zapatos que hace tiempo que no ha limpiado nadie, calcetines caídos… Es ocurrente y, en cierto modo, sarcástico… es de ascendencia judía, aunque no lo parece». Hall se convirtió más tarde en el primer confidente estadounidense que reveló el método implosivo de detonación, cuya noticia fue a respaldar un informe más detallado fechado por Fuchs el 6 de abril de 1945. No obstante, hubo otro espía nuclear, David Greenglass, sargento del ejército de tierra que ejercía de mecánico en Los Álamos, que logró transmitir datos relevantes desde otoño de 1944 durante las visitas de su esposa Ruth. Un tiempo después, haría saber a Julius Rosenberg que «el socialismo representaba la única esperanza del mundo y la Unión Soviética le inspiraba una admiración suprema». Aunque el Centro manifestó su desdén respecto de la calidad del material de Greenglass, lo cierto es que no había pieza que no ayudara.

Como todas las operaciones soviéticas, Enórmoz se hallaba fortificada por un fariseísmo inexpugnable. En 1944, los de Moscú se hicieron los agraviados cuando los investigadores más prominentes del Reino Unido y Estados Unidos declinaron en bloque —a instancias de sus gobiernos— la invitación a acudir a la conferencia que iba a celebrarse en su capital con motivo del 220.º aniversario de la Academia Rusa de Ciencias. Con todo, el acontecimiento se había planeado de forma explícita como una oportunidad para recoger información y reclutar confidentes. La Unión Soviética había puesto en marcha en Estados Unidos una serie de operaciones de espionaje tecnológico a escala industrial. La producción de la residencia ilegal que poseía en Washington aumentó de 211 rollos de película de documentos clasificados en 1943 a seiscientos al año siguiente y a 1896 en 1945. La información iba

mucho más allá de la investigación nuclear: los secretos robados a los estadounidenses contribuyeron de manera señalada a los avances logrados en la fabricación soviética de radares, equipos de radio, propulsores de reacción y caucho sintético. Aunque no faltó quien alegase que un aliado no merecía menos, no hay que olvidar que se trataba del mismo socio que se había negado a reconocer ante los británicos en 1941 que el Ejército Rojo estaba empleando cañones anticarro de 57 milímetros y a brindar a Londres y a Washington detalles técnicos del lanzacohetes Katiusha y de otros de los escasos sistemas armamentísticos refinados que había desarrollado.

A. E. Ioffe, director de la Academia de Ciencias y Física de la Unión Soviética, elogió calurosamente la contribución de los confidentes nucleares: «La información resulta siempre precisa y en su mayor parte muy completa… No he dado con un solo hallazgo falso[9]». Aun así, a algunos de los destinatarios de Moscú les preocupaba precisamente la facilidad con la que habían empezado a aterrizar sobre sus escritorios los secretos más sensibles de Estados Unidos. Beria puso en duda la autenticidad del aluvión de material que estaban enviando los espías nucleares. Anatoli Yatskov, ayudante suyo, declaró más tarde que el jefe de los servicios secretos pensó que los aliados occidentales «estaban tratando de empujar [a la nación] hacia un gasto colosal de recursos y dedicación sin futuro». Beria siguió convencido de ello aun después de que la Unión Soviética se hubiera embarcado en su propio programa nuclear, y, de hecho, solo cambió de opinión tras la destrucción de Hiroshima. Con todo, ni siquiera durante dicho período de escepticismo se atrevió a permitir que su manía conspiratoria cortase la fecunda avenida de información confidencial que afluía a Moscú desde Estados Unidos y el Reino Unido.

En noviembre de 1944, el Departamento 5 supo que Klaus Fuchs había regresado a Norteamérica, y lo que era mejor aún: que estaba trabajando en Nuevo México. El Centro instó a Nueva York a identificar a una mujer que pudiese hacer de correo haciéndose pasar por amante suya; pero la idea no llegó a cuajar. En cambio, en febrero de 1945 se reunió con él en Cambridge (Massachusetts) Harry Gold, y obtuvo de él noticias de la colosal expansión de Los Álamos. Gold preguntó a aquella fuente inestimable si necesitaba efectivo, y su confidente respondió que lo único que quería era que, cuando entrase el Ejército Rojo en Kiel y Berlín, localizara y destruyera el expediente que sobre su persona había elaborado la Gestapo.

Llegada la primavera de 1945, los de Moscú estaban recibiendo un flujo constante de información nuclear secreta que permitió a sus científicos seguir los progresos del Proyecto Manhattan. Sin embargo, aunque tarde y muy poco a poco, los estadounidenses estaban mejorando sus sistemas de seguridad, y a los contactos del NKVD les estaba resultando cada vez más

difícil reunirse con los agentes. A Julius Rosenberg lo expulsaron de la fábrica en la que trabajaba para el programa nuclear por su filiación comunista. Lo que ignoraba por entero el G-2 del ejército estadounidense, al cargo de la seguridad interna, era que se encontraba entre los agentes soviéticos menos peligrosos, y que a sus fuentes secundarias se les asignó sin dificultad otros contactos.

Los oficiales del NKVD eran muy conscientes de la importancia que tenían para su propio país los espías nucleares. Lev Vasilevski, espía residente del Centro en México D. F., comenzó a intranquilizarse por la supuesta falta de seguridad de la embajada soviética de Washington y a transmitir por radio en persona a Moscú el material obtenido en Nuevo México. Llegado el mes de agosto de 1944, el MI5 londinense era consciente de que los comunistas se habían infiltrado en el Proyecto Manhattan. Guy Liddell señaló que «hay detalles… que casi sin duda alguna conocen los rusos[10]». Aun así, ni los británicos ni los estadounidenses reconocieron la magnitud del espionaje nuclear hasta después del fin de la guerra. Anatoli Yatskov, el experto soviético en ciencia y tecnología destinado en Nueva York, dijo después que el FBI descubrió «quizá menos de la mitad» de su propia red[11].

En enero de 1945, Moscú consideró que había logrado un triunfo notable al obtener detalles del diseño de la primera bomba atómica. Sin embargo, sus agentes norteamericanos distaban mucho de estar informados a la perfección, pues revelaron, por ejemplo, que si bien se pretendía efectuar una primera prueba nuclear en cuestión de meses, aún habría que esperar cuando menos un año y quizá incluso hasta cinco para disponer de un arma operativa. Dentro de la Unión Soviética se desató una búsqueda frenética de fuentes de uranio. La que había disponible dentro de sus confines era de escasa calidad, pero en febrero, los documentos alemanes capturados revelaron que también era posible dar con dicho mineral en Bukovo, en los montes Ródope de Bulgaria, a sesenta kilómetros de Sofía. Dado que aquel territorio había caído ya en manos del Ejército Rojo, la explotación minera comenzó de inmediato. Mientras tanto, los servicios de información recorrieron Checoslovaquia en busca de posibles fuentes de uranio, si bien solo dieron con material reservado de escaso nivel.

Quizá el secreto nuclear más importante había sido la aprobación, en 1940, de una proposición que hasta entonces se había considerado insostenible: que era posible obtener una explosión nuclear provocada por el hombre. Una vez aceptada esta certeza, los científicos de Stalin se convencieron casi por completo de que podrían construir un artefacto en cuestión de unos cuantos años, aunque sus informantes estadounidenses y británicos aceleraron el proceso de manera significativa. Doce días antes de

que se ensamblara en Los Álamos la primera bomba atómica, el NKVD logró hacerse con la descripción de esta a través de sus centros de operación de Nueva York y Washington, que a su vez la recibieron de Fuchs y Pontecorvo, respectivamente. Aunque todavía quedaban cuatro años de trabajo frenético para que sus investigadores crearan un arma propia, los soviéticos habían triunfado en la guerra del espionaje no contra el enemigo fascista, cuya derrota era de esperar que constituyese el objetivo común de la Segunda Guerra Mundial, sino frente a su supuesto aliado: Estados Unidos. Si algunos de los episodios que se recogen en este volumen sobre la guerra secreta pueden resultar cómicos o grotescos, el presente, sin embargo, fue de una seriedad brutal, y las apuestas que en él se hicieron fueron las más altas que haya conocido nunca el mundo.

21

Descifrar la victoria

Cuando acabó la guerra, la mayoría de los oficiales temporales de espionaje del Frente Occidental abandonó el servicio de inteligencia para regresar a su existencia civil, al igual que un número considerable de los agentes que se hallaban a sus órdenes. Ronald Seth, de la SOE, solicitó un pasaporte que le permitiera ocupar un puesto en el Consejo Británico de Estambul. Semejante ruego levantó ampollas en el MI5, cuyos integrantes observaron que, si bien no había pruebas suficientes para procesarle por traición, tampoco cabía, ni por asomo, tener al peticionario por un súbdito leal del Reino Unido. Al final, el Foreign Office otorgó al antiguo agente el documento que pedía, aunque no logró el trabajo al que aspiraba. El último documento del expediente de «Atolondrado» es la copia de una instancia que hizo en 1946, todo apunta a que en serio, aunque sin éxito, para hacerse agente de policía del condado inglés de Wiltshire. Con posterioridad, Seth dedicó su vida a escribir libros, entre manuales sexuales y novelas policíacas, y en cierta ocasión trató de patentar un alargador de pene. La autobiografía de su experiencia durante el conflicto que publicó en 1950 llevaba por título el de A Spy Has No Friends y tenía poca relación con los hechos reales si tenemos en cuenta al MI5. Este símbolo de la tensión incesante entre la comedia y la tragedia, el absurdo y la seriedad mortal que caracterizó a la guerra secreta murió en 1985. Nigel Clive siguió ejerciendo de agente del MI6 en el extranjero durante una década más y tras jubilarse dio a la imprenta los vívidos recuerdos de los servicios prestados en Grecia. Oluf Reed-Olsen trabajó unos años de piloto antes de

dedicarse a los negocios. Sus memorias, Two Eggs on My Plate, se consideran un clásico menor. Murió en 2002.

Hubo oficiales de campo de la OSS que abrigaron hasta 1945 ilusiones relativas a la buena voluntad de los comunistas para con Estados Unidos, y en consecuencia, sufrieron una gran conmoción cuando, por ejemplo, los partisanos de Tito expulsaron de Belgrado a estadounidenses y británicos y abrieron las puertas, en cambio, al Ejército Rojo. Durante el invierno de 1944, Frank Wisner, integrante de dicho organismo, hizo las veces de embajador improvisado de su nación en Bucarest, en donde en una ocasión lo vieron afanarse en cierto salón por convencer a las damas de sociedad de Rumanía para que bailasen con los oficiales del ejército de Stalin. Los desagradecidos soviéticos lo deportaron igualmente. «Wild Bill» Donovan, ascendido a general de división, no había perdido aún las esperanzas de mantener una relación de ayuda mutua con sus compañeros de armas del NKVD, y así, el 23 de julio de 1945 ofreció al Centro las noticias que pudiese brindar toda una unidad del servicio secreto alemán encabezada por el doctor Wilhelm Höttl, jefe segundo de la sección exterior de la Gestapo, cuando este quiso ponerse al servicio de Estados Unidos. Su oficina escribió a Pável Fitin en estos términos: «El general Donovan no opina solo que deberían poseer ustedes también esta información, sino que sería por demás deseable que los representantes estadounidenses y soviéticos que se encuentran sobre el terreno [en Alemania] dialoguen sobre el modo y los medios disponibles para eliminar por entero la organización de Höttl».

Marshall y Eisenhower montaron en cólera cuando supieron de aquel gesto unilateral después de haber dado ellos por imposible toda cooperación con Moscú. Mientras, los hombres de Donovan destinados en Manchuria cayeron presos del NKVD mientras fotografiaban a los ingenieros soviéticos que desmantelaban y retiraban una instalación industrial japonesa. Durante el otoño de 1945 se hicieron públicas las primeras revelaciones acerca de la penetración de los espías de Stalin en Estados Unidos. Aunque este hecho dio pie a arrestos y juicios, hubieron de pasar varios años antes de que el FBI y el pueblo estadounidense fuera consciente de la magnitud de la traición que se había producido en sus propias filas.

En 1943, sir William Stephenson observó ante el teniente coronel Gerald Wilkinson: «El MI6 es viejo y está bastante anticuado en comparación con la SOE… [que] tiene más posibilidades de sobrevivir a la guerra debido a la mayor juventud y competencia de su organización. De hecho, si hiciera falta, [esta] podría absorber al MI6[1]». Tras la victoria, sin embargo, quienes prevalecieron en las luchas de poder de los servicios de espionaje fueron la vieja guardia del Reino Unido y Estados Unidos. Aunque siempre crítico con el MI6, Bill Bentinck, presidente del JIC, se oponía rotundamente a la

continua división de responsabilidades en lo relativo al espionaje y el sabotaje. En 1945 concluía con estas palabras cierto informe oficial sobre la experiencia bélica de los servicios secretos británicos: «Pese a la contribución real que ha hecho la SOE, no podemos creer que vaya a repetirse el experimento consistente en poner en marcha operaciones especiales como una función militar independiente del control directo de los jefes de Estado Mayor y a las órdenes de un ministro no militar[2]». En 1946, el Foreign Office, la War Office y Broadway se encargaron de acabar con la SOE, pese a que esta había reclutado personal más competente y podía demostrar haber obtenido más logros en su ámbito común. El ascendiente y el prestigio del MI6 habían subido como la espuma gracias al señorío feudal que ejercía sobre Bletchley Park; de modo que se puso fin al presuntuoso organismo de sabotaje. Menzies conservó su puesto de «C» hasta 1952, aun después de que Kim Philby delatase ante Moscú las operaciones más sensibles emprendidas por el MI6 a principios de la guerra fría y a sus informantes, lo que supuso la pérdida de un buen número de vidas, y en adelante vivió jubilado hasta 1968, año de su muerte.

En Estados Unidos, la voz de J. Edgar Hoover resultó decisiva a la hora de garantizar la desaparición de la OSS, a lo que también contribuyó el hecho de que los jefes de Estado Mayor de las fuerzas armadas nunca habían profesado una gran simpatía a Donovan y concedían poca importancia a la aportación que había supuesto para la campaña bélica su onerosa operación. Avanzado el año de 1945, el teniente coronel Richard Parke, representante del ejército estadounidense en la sala de estrategia de la Casa Blanca, preparó para Harry Truman un informe crítico de la OSS que el presidente no había solicitado. Los excesos de dicho organismo hacen que resulte tentador concluir que sus detractores estaban en lo cierto: que Donovan y los suyos no hicieron otra cosa que despilfarrar una porción nada desdeñable de las nutridas arcas de Estados Unidos. Sin embargo, el derroche de la OSS no fue mucho mayor que el de la SOE, y su división de Investigación y Análisis superaba a cualquier otra organización análoga del planeta. En 1947, la amenaza cada vez mayor de la Unión Soviética convenció a Truman para autorizar la creación de la Agencia Central de Información (CIA), que incluyó en su nómina a buena parte del antiguo personal de la OSS, como Richard Helms, William Colby, William Casey o Frank Wisner, este último convertido a esas alturas en un ardoroso combatiente de la guerra fría y de quien Arthur Schlesinger diría con sarcasmo: «Ha visto de cerca el futuro comunista y no le ha hecho la menor gracia[3]».

Sterling Hayden se lanzó sobre Croacia en 1944 para llevar a término una misión por la que recibió la Estrella de Plata, y tras conocer el campo de batalla lo transfirieron al 1.er Ejército de Estados Unidos, apostado en el

noroeste europeo. Tomó parte de buena gana en la guerra secreta, que casaba con su carácter y su talento; pero abrigaba la sospecha de que al escepticismo que expresaban los oficiales respecto a la contribución de la OSS en la derrota de Alemania no le faltaba fundamento. Cuando Madeleine Carroll y él se divorciaron, estuvo adherido al comunismo durante un breve período, y aunque regresó a Hollywood a regañadientes por motivos económicos, acabó su trayectoria profesional como la había empezado: navegando con rumbo a las costas más remotas del mundo.

«El final de la guerra —escribió Pável Sudoplátov, del NKVD— sigue vivo en mi memoria como un acontecimiento glorioso que despejó con todas mis dudas sobre la sabiduría del liderazgo de Stalin. Todos los actos heroicos y trágicos, las pérdidas y aun las purgas, parecían justificados ante el triunfo sobre Hitler[4]» Christopher Andrew ha observado que muchos de los integrantes del servicio secreto soviético galardonados por Moscú por su actuación durante la guerra recibieron sus medallas a causa no de su valor, sino de los crímenes de lesa humanidad que cometieron. En Stalingrado, por ejemplo, el NKVD ejecutó a sangre fría a unos 13 500 presuntos desertores y «derrotistas». La consecuencia más evidente de la paz fue el desencadenamiento de un nuevo brote de paranoia por parte del Kremlin, cuyos efectos se hicieron extensivos a los servicios de información. Muchos de los agentes soviéticos que regresaron a la nación en 1945 fueron ajusticiados o sufrieron largas condenas de cárcel. En 1953, la relación de quienes se habían enfrentado al pelotón de fusilamiento incluía a Lavrenti Beria y Vsévolod Merkúlov, en tanto que Sudoplátov hubo de pasar tres lustros entre rejas en calidad de «enemigo del pueblo[5]»..

Afligido en su vejez, el antiguo jefe de operaciones especiales arremetió contra la injusticia que había sufrido por obra de la Unión Soviética, «a la que dediqué cada ápice de mi ser y por la que estaba dispuesto a morir; por la que aparté la mirada ante cada acto brutal, convencido de que la transformación de nación atrasada en superpotencia lo justificaba todo». Aun así, su lealtad para con Stalin y Beria lo había convertido en instrumento de numerosas atrocidades. Su única defensa podría haber sido que hombres tan despiadados como él contribuyeron en mayor medida a la destrucción del nazismo que los remilgos de los aliados occidentales. Vladimir Putin lo considera, sin lugar a dudas, un héroe.

Ursula Hamburger se retiró a Alemania Oriental en 1950 y pasó los años finales de su vida escribiendo cuentos para niños que gozaron de un éxito moderado, junto con libros de espías convenientemente asépticos, en algunos casos sobre ella misma. Fue estalinista impenitente hasta su muerte, ocurrida en 2000. Leopold Trepper informó al Centro de Moscú que su red había sido delatada a los alemanes por «monsieur Kent» (Anatoli Gurévich), aunque tal

cosa no lo libró de pasar una década en prisión por colaborar con los nazis. Gurévich llegó a París desde Alemania en mayo de 1945 con un nutrido séquito que incluía al oficial superior Heinz Pannwitz y a Henne Kempe, secretaria y amante de este. El 7 de junio volaron juntos a Moscú, en donde dieron de inmediato con sus huesos en la cárcel. Pannwitz pasó los nueve años siguientes asistiendo al Centro en la identificación de confidentes —reales o imaginarios— de la Gestapo antes de recibir permiso para regresar a Occidente en 1955. Murió en 1975 a la edad de sesenta y cuatro años. Gurévich se enfrentó a cargos de traición. Su perdición fue el descubrimiento por parte de la SMERSh de un documento con fecha de 1 de febrero de 1944 en el que Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, comunicaba a Pannwitz que había que llevar a Alemania al agente soviético junto con su esposa y su hijo para cuidar de ellos: «Huelga decir que considero mi deber defender y proteger a Kent después de haber culminado las misiones que se le han encomendado[6]». En enero de 1947, el consejo especial del Ministerio de Seguridad Estatal lo condenó a quince años de reclusión. «Los presidios son iguales en todas partes», escribió malhumorado después de conocer tanto los de Hitler como los de Stalin[7]. Salió en libertad condicional en 1960, y no se le concedió la rehabilitación formal y una pensión diminuta hasta 1991, cuando un estudio de los documentos de guerra del GRU emprendido tras la caída del régimen soviético puso de relieve que las primeras comunicaciones radiofónicas que estableció en 1943 con Moscú incluían la advertencia de que transmitía sometido al control enemigo. Murió en 2009.

Mientras él cumplía su pena en una celda de Moscú, en la sede que ocupaba el MI5 en la calle londinense de Saint James's se presentó una mañana de finales de 1945 el general de brigada Tristram Lyon-Smith para quejarse de que cierto oficial de la Gestapo seguía escribiendo a su hija desde Alemania inoportunas cartas de amor en las que aseguraba que la joven le había dado promesa de matrimonio. Se trataba, claro, de Tonia Lyon-Smith, la muchacha inglesa a la que hemos visto por última vez en el cuartel general parisino del servicio secreto nacionalsocialista y que era sospechosa de dar a dicho organismo información acerca de Leopold Trepper y Georgie de Winter. Había regresado al Reino Unido tras la liberación de Francia. El oficial del MI5 que recibió al general de brigada y habló con él de la estancia de un año de que había disfrutado su hija en calidad de invitada de los nazis en condiciones que distaban de ser desagradables informó en tono cáustico: «Dudo que sea recomendable ni necesario pedir detalles sobre la naturaleza exacta del quid pro quo».

Fotografía y huellas digitales de Anatoli Gurévich tomadas por el NKVD a su regreso a Moscú.

El interrogatorio posterior de la joven en cuestión concluía: «La historia es un tanto complicada, y ella no ha sido precisamente sincera. No cabe duda de que fue amante de Karl Gagel y es casi seguro que reveló a los alemanes cuanto sabía de la organización SPAAK [de la Resistencia francesa], que creo que debió de ser mucho más de lo que está dispuesta a reconocer[8]». Aun así, el MI5 concluyó, guiado al parecer por el sentido común y la compasión, que si bien era posible procesarla por traición, dadas su edad y su desdichada historia —tenía catorce años cuando se encontró abandonada en Francia en

1940, y aún no había cumplido los veinte—, habría sido un error tomar ulteriores medidas contra ella. De cualquier modo, al oficial de la Gestapo se le hizo saber que no habría boda —ella estuvo casada brevemente con un joven oficial naval en 1946— y que, por lo tanto, debía abandonar su apasionada correspondencia. Lyon-Smith murió en 2010.

Gurévich, por su parte, no volvió a ver a Margaret Barcza, y tras su liberación contrajo matrimonio con una mujer rusa. Hasta 1992 no volvió a reunirse con el hijo que había tenido con aquella, en la residencia española de Sacha. Nunca habrá una respuesta concluyente a la pregunta de quién reveló qué en el asunto de la Orquesta Roja y la red de Trepper. Ninguna de las interpretaciones ofrecidas por los protagonistas resulta digna de confianza siquiera remotamente. Sin embargo, si el SMERSh y el GRU, instrumentos del régimen menos clementes de todo el planeta, no estaban lo bastante seguros de la culpabilidad de Gurévich para fusilarlo, se diría que merece, cuando menos, el beneficio de la duda. Murió en 2009 a los noventa y cinco años.

Aleksandr Radó, viendo por dónde soplaba el viento, optó por tomarse un descanso cuando el vuelo soviético que lo llevaba a Moscú hizo escala en El Cairo en septiembre de 1944. Los británicos rechazaron su petición de asilo, y en agosto del año siguiente llegó custodiado a la capital de Stalin. Permaneció encarcelado sin mediación de juicio alguno hasta 1954, aunque a continuación lo rehabilitaron y le concedieron el permiso para retirarse a Hungría. El operador de radio de Lausana Alexander Foote pasó dos años en Moscú antes de volver a desertar al Reino Unido por Berlín en 1947. Los amantes de las teorías conspirativas gustan de pensar que Foote ejerció en todo momento de agente del MI6 y que a petición de este hizo llegar a Moscú parte del material relativo al Frente Oriental de que disponían los de Bletchley diciendo que procedía de la banda de «Lucy». Sin embargo, una tesis así sobrestima en extremo la sutileza de los de Broadway. Además, en tal caso, Kim Philby habría estado sin duda al tanto y habría puesto sobre aviso a los soviéticos. Difícilmente podía Foote haberse arriesgado a viajar a Moscú en 1945, ni el GRU le habría dejado más tarde salir vivo de la ciudad, de haber servido al Reino Unido durante la guerra. Lo más seguro es que el inglés no fuera otra cosa que lo que parecía: un aventurero comunista al que atraía la naturaleza misma del juego en que se hallaba metido.

A Rachel Dubendorfer no le dieron el alta del tratamiento obligatorio al que la habían sometido en el hospital psiquiátrico de un centro penitenciario soviético hasta 1956, tras lo cual se le permitió retirarse a Alemania Oriental. En 1969 le otorgaron junto con varios integrantes de la resistencia antihitleriana la Orden del Estandarte Rojo. Rudolf Rössler salió en libertad bajo fianza de la celda que ocupaba en Suiza en septiembre de 1944, aunque siguió sujeto al escrutinio de la policía nacional, y aún habría de comparecer

varias veces más ante un tribunal por su presunta participación en actividades de espionaje exterior antes de morir en Lucerna, en 1958, con apenas sesenta y un años de edad. Pese a las sumas sustanciosas recibidas de Moscú, acabó sus días sumido en la ruina. La propuesta de condecorarlo por sus servicios que se formuló en el Centro no llegó a prosperar porque, según se alegó con cierta razón, había formado parte de la red de «Lucy» en calidad de simple mercenario y no de verdadero adepto. Mientras, Alexandr Demiánov, el agente «Max» o «Heine», volvió a ejercer de ingeniero eléctrico. El NKVD trató de explotar una vez más sus conexiones bielorrusas enviándolo junto con su esposa a infiltrarse en la comunidad de emigrados de París. Sin embargo, sus integrantes lo rechazaron, y la pareja hubo de regresar a Moscú tras unos meses de inactividad. Demiánov murió de un ataque al corazón en 1975 a la edad de setenta y cuatro años.

En Tokio, en 1949, Hanako Ishii hizo exhumar el cadáver de Richard Sorge, aún reconocible con facilidad bajo el patio de la prisión en la que lo habían ahorcado cinco años antes. Lo dispuso todo para que lo incinerasen y lo enterraran en el cementerio de Tama. Conservó para sí las gafas y el cinturón del difunto, y además —detalle que tanto podría ser patético como grotesco— mandó hacer con el puente de oro de su dentadura el anillo que llevaría puesto el resto de sus días. El epitafio que compuso para él debió de despertar sentimientos encontrados entre el resto de quienes convivieron con él, en calidad bien de espías, bien de amigos o amantes: «Aquí yace un héroe que sacrificó su vida luchando contra la guerra por la paz mundial». Su viuda murió en 2000.

Es muy probable que todo estudioso del período de la guerra que analice el proceder de la Unión Soviética, y en particular el de sus servicios secretos, se sienta desconcertado ante el hecho de que pudiera emplearse el término aliado para describir la posición que ocupaba dicha nación al lado de las democráticas. Stalin aceptó la ayuda de estas a fin de garantizar la destrucción de Hitler, y la asociación, ineludible para el Reino Unido ante el hostigamiento que sufría en junio de 1941, salvaría un número incontable de vidas británicas y estadounidenses cuando el Ejército Rojo asumió el sacrificio humano necesario para derrotar a Alemania. No es fácil, sin embargo, percibir la menor superioridad moral en el sistema soviético respecto del de los nazis, por más que Occidente haya parecido siempre estar dispuesto a aceptar en su descargo la consideración de que Stalin circunscribió sus asesinatos en masa a su propio pueblo y las gentes de sus estados satélite, y la de que no perpetró un genocidio judío como el de Hitler.

El que los servicios de seguridad británicos y estados nacionales no fuesen capaces de atrapar a la multitud de espías y confidentes que tenían los soviéticos en su seno mismo les valió no pocas críticas y, de hecho, burlas

durante la guerra fría. En medio del clima de paranoia que se apoderó de los órganos secretos del Reino Unido, Guy Liddell, integrante del MI5, hubo de enfrentarse a acusaciones de traición, en parte debido a su amistad con Guy Burgess y Anthony Blunt. En realidad, no obstante, parece de todo punto inverosímil que Liddell, oficial de espionaje de primera que llegó a vicedirector del servicio de seguridad, cometiera tal delito contra su nación. Sí es cierto, sin embargo, que depositó su confianza en algún que otro hombre que no la merecía. Murió en 1958.

Por estúpidos que hiciera parecer a los servicios de información de Occidente el desenmascaramiento de los traidores británicos y estadounidenses, no cabe albergar duda alguna de que la presunción de inocencia que caracterizaba —y caracteriza— el pensamiento de las naciones democráticas occidentales, y que hizo relativamente fáciles actos de lealtad como los de Blut y Maclean, Hiss y Harry Dexter White, era preferible, en grado supremo, al clima de opresión, sospecha, denuncia y casi demencia que se impuso en la Unión Soviética durante el período comunista. Sus habitantes tuvieron más éxito a la hora de identificar a sus propios traidores, con notables excepciones; pero ¿cuál fue el precio que hubo de pagar por ello la humanidad de su sociedad?

Aunque a Joseph McCarthy no le faltaban motivos para denunciar la escala en que se producían actos de deslealtad en los puestos más elevados de la administración, la repulsiva excentricidad de la caza de brujas que acometió el senador mancilló, a ojos del mundo y de su propio pueblo, la reputación de la justicia estadounidense durante toda una generación. La estatura moral e histórica de los anglo-americanos se vio más honrada por la relativa ingenuidad con que obraron respecto de sus traidores de lo que habría sido posible en caso de haber implantado en el FBI y el MI5 los métodos inflexibles del Centro de Moscú.

El triunfo último de Hugh Trevor-Roper fue el interrogatorio de Walter Schellenberg, que regresó de Suecia para hacer frente al cautiverio de manos de los Aliados. Esta experiencia permitió al oficial del MI6 demostrar que sabía mucho más de los servicios secretos alemanes que el alto funcionario nazi. En el informe de despedida que firmó en abril de 1945 calificó de «muy imperfecto» el conocimiento del Abwehr que poseían los británicos entre 1939 y 1941, si bien, en su opinión, en 1943 se volvió «adecuadamente representativo», y desde entonces hasta el final, «probablemente completo[9]». Solo exageró un tanto al aseverar que todos los agentes secretos de Alemania destinados en ultramar eran ficticios —como los que creó en Estocolmo el doctor Kramer— o se hallaban a las órdenes de Londres —como fue el caso de «Garbo» y de otros agentes similares—. Según los términos de desdén empleados por Trevor-Roper, «los oficiales del servicio alemán de

información que eran lo bastante inteligentes para reparar en la necesidad de una evaluación central resultaron ser también lo suficientemente corruptos para entender la necesidad de evitarla». Probablemente acertaba al dar a entender que los nazis obtuvieron más datos sobre la campaña bélica de los Aliados adquiriéndolos de fuentes accesibles a cualquiera que gastando cantidades ingentes de dinero en mantener a espías incompetentes.

Durante el otoño de 1945, a instancias de Dick White, oficial superior del MI6, Trevor-Roper recibió el encargo de trasladarse a Berlín y examinar las circunstancias en que se había producido la muerte del Führer; lo que le permitió transformar el subsiguiente informe en su éxito de ventas Los últimos días de Hitler. A continuación reanudó su carrera profesional de historiador en Oxford. Polemista incansable, cascarrabias, pretencioso y genial, vio empañados los últimos años de su existencia por la insensata aprobación que brindó a la autenticidad de los «diarios de Hitler» de 1983. Murió en 2003. El doctor R. V. Jones regresó también a su vida académica en calidad de catedrático de filosofía natural de la Universidad de Aberdeen después de verse excluido de la comunidad de los servicios secretos por los oportunistas que lo tildaban de sabiondo. No recibió el reconocimiento que merecía por su contribución a la empresa bélica hasta 1994, cuando fue incluido en la Orden de los Compañeros de Honor. Murió tres años después.

Walter Schellenberg cumplió condena de cárcel durante un tiempo notablemente breve si se tiene en cuenta que había ocupado puestos de relevancia en la jerarquía nacionalsocialista. Lo liberaron por causas humanitarias en 1951, un año antes de morir a los cuarenta y dos por un fallo hepático, y pasó sus últimos meses en Suiza, donde escribió sus memorias con la ayuda de su secretaria favorita: Marie-Louise Schienke. Cuando quedaron desmantelados los servicios de información de Alemania, la capacidad de Gehlen para el autobombo le permitió dar un último golpe maestro. Mucho antes del final de la guerra, en previsión de la derrota germana preparó su red de espionaje militar para explotar el enfrentamiento que se avecinaba entre la Unión Soviética y Occidente. En 1945 puso a disposición de Estados Unidos su colaboración y añadió a ello el personal a su cargo y sus archivos. Los norteamericanos aceptaron con entusiasmo, y de hecho, el Gehlen Bureau llegó a ser un agente de relieve de las actividades europeas de la CIA y se convirtió en la única ramificación del Estado Mayor general de la Wehrmacht que llegó punto menos que intacto a la guerra fría.

La nueva función de Gehlen recibió una calurosa bienvenida por parte de sus viejos adversarios del NKVD y el GRU, ya que casi todas las fuentes de que disponía en el Este se contaban entre los conocidos del Centro o actuaban a sus órdenes. Erich Hüttenhain, cerebro principal del OKW/Chi, se unió a la plantilla de aquel en calidad de máximo experto en criptografía y dirigió más

tarde las operaciones de codificación y desciframiento del Gobierno alemán, consagrado a mejorar el rendimiento logrado durante las hostilidades. Arthur Schlesinger se encontraba entre los aliados que abominaron del reclutamiento de hombres como Gehlen o Hüttenhain por parte de la OSS de Frank Wisner: «Aun desde el punto de vista estético había algo de desagradable en la visión que ofrecían los americanos al confabularse con los nazis, que hasta hace poco habían estado matándonos, en contra de los rusos, cuyos sacrificios habían hecho posible la victoria aliada[10]».

El 28 de junio de 1945 llegaron a Bletchley Park los jefes de Estado Mayor del Reino Unido. Sir Alan Brooke se dirigió allí a cuatrocientos de los trabajadores de aquel centro para darles las gracias y felicitarlos por su extraordinaria contribución a la campaña bélica aliada. El estado de ánimo que reinaba entonces quedó ilustrado por el hecho de que, poco después del Día de la Victoria en Europa, los analistas de transmisiones que habían estado supervisando las comunicaciones de los alemanes recibieron orden de cambiar la longitud de onda de estos por la de los franceses y los soviéticos. Esto llevó a algunos a declararse en huelga a modo de protesta apasionada, cuando no a dimitir de la GC&CS[11]. Casi todos los decodificadores reanudaron de inmediato su actividad académica. Max Newman, el matemático que se había unido a regañadientes al equipo de Bletchley por temor a aburrirse, participó a su sección: «Puede que uno de los precios de la paz sea la pérdida de la ocupación más interesante que he tenido en la vida[12]». Tuvo suerte de haber obtenido tanta satisfacción de su labor, ya que la nación, agradecida, le otorgó la incorporación a la Orden del Imperio Británico en calidad de simple oficial, que él rechazó con desprecio. Gordon Welchman sí la aceptó. Alan Turing y John Tiltman fueron nombrados comandantes de dicha institución en un momento en que veintenas de generales, almirantes y mariscales del Aire de competencia mediocre estaban recibiendo el título de caballero. Bill Tutte, que había abierto camino hacia la decodificación de las transmisiones de los teletipos alemanes, no recibió más que un puesto honorífico en el Trinity College de Cambridge. Emigró a Canadá en 1948 y pasó el resto de su distinguida trayectoria profesional ejerciendo de matemático en la Universidad de Waterloo (Toronto), entre gentes que nada sabían de su emocionante ocupación en tiempos de guerra, aunque admiraban la energía que desplegaban él y su esposa Dorothea durante las excursiones campestres. Murió en 2002.

Los hombres y las mujeres de Bletchley dejaron tras de sí un legado tecnológico formidable que permitió al sucesor de la GC&CS, el Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno (o GCHQ por sus iniciales en inglés), convertirse desde 1945 hasta el presente en la mayor aportación del Reino Unido a la Alianza Atlántica, sin exclusión de la fuerza nuclear

disuasiva. No en vano se tornó en una institución independiente del MI6: los burócratas de Broadway no prosperarían ni una vez más a costa de los logros de sus criptoanalistas. En Estados Unidos, la Agencia de Seguridad Nacional ha asumido hoy las labores de decodificación que satisfacían en otro tiempo Arlington Hall y la Op-20-G, en tanto que la CIA lleva a cabo operaciones estadounidenses secretas en el extranjero a una escala que haría vibrar al mismísimo «Wild Bill» Donovan, que falleció en 1959.

Aunque Bletchley representó en gran medida el triunfo colectivo de uno de los equipos de seres humanos más extraordinarios que jamás se hayan reunido en un solo organismo, no cabe poner en duda un solo instante la preeminencia de Alan Turing. Para el Reino Unido del siglo XXI ha sido motivo sobrado de vergüenza nacional el que se suicidara en 1954, cuando aún no contaba sino cuarenta y un años, después de recibir una condena penal por conducta inmoral. La visión de su experiencia en Bletchley Park que presenta la película sobre su vida que produjo Hollywood en 2014, Descifrando Enigma (The Imitation Game), no es más que una caricatura de la realidad: en ella, lejos de sufrir persecución, se trata a Turing con un respeto rayano en la reverencia, aunque con tintes de desconcierto ante sus excentricidades. Alastair Denniston, en la pantalla su siniestro archienemigo, era en realidad un gerente liberal célebre por su amabilidad. Lo que sí constituye un motivo legítimo de asombro es que cuando aquel gran matemático y pionero de la informática hubo de enfrentarse a un proceso penal y a la ruina cuando apenas habían transcurrido siete años de la guerra, ninguno de cuantos conformaban la comunidad secreta del Reino Unido y conocían, por lo tanto, cuál había sido su contribución personal a la victoria, interviniera para librarlo de la castración química.

El MI6 sigue negándose hoy a abrir su archivo y dejar claro así si su causa atrajo la atención o la solidaridad de sus oficiales superiores en 1952; pero parece razonable dar por cierto que no (quizá con la excepción de Stewart Menzies[13]). No faltan motivos por los que sentir consternación ante la decisión populista de absolver a Turing con carácter póstumo que adoptó el Gobierno británico en 2013, ya que su condena fue por entero procedente con arreglo a la inhumana legislación de la época, que impuso castigos no menos severos a miles de homosexuales como él que no merecen en menor grado que se rehabilite su buen nombre. Resulta mucho más significativo el que el público británico de nuestros días honre el genio solitario en extremo de Turing. Es paradójico, aunque muy apropiado, que este hombre al que apenas conocía nadie ajeno a Bletchley Park y la Royal Society durante los años de la guerra y aun medio siglo después sea hoy el combatiente secreto de entre 1939 y 1945 más celebrado del planeta.

La Segunda Guerra Mundial fue testigo de una expansión colosal de los servicios de información de todas las naciones beligerantes, hasta el punto de que, en los términos de Richard Aldrich, «la de los servicios secretos se convirtió en la industria floreciente del conflicto[14]». Nunca antes en la historia bélica había empleado ningún estado combatiente tamaños recursos en recoger y evaluar tanta información acerca de sus enemigos. De la inmensa mayoría, claro está, no se obtuvo utilidad alguna. Todavía en enero de 1943, en el apogeo de Bletchley Park, expresaba lord Beaverbrook su escepticismo en lo tocante al espionaje y comunicaba a Bruce Lockhart que en el gabinete había oído «muy poca información secreta que tuviese utilidad real. Los informes del SIS eran de una calidad dudosa, y su cantidad hacía difícil separar el grano de la paja[15]». Beaverbrook llegó a extremar la prudencia respecto a las comunicaciones interceptadas de Ultra: «Al enemigo le resultaba tan fácil como a nosotros enviar mensajes engañosos en un código que sabía que habíamos descifrado». Hoy sabemos que tal cosa no ocurrió, y sin embargo, no deja de ser notable que, en un estadio relativamente avanzado del conflicto, un personaje de semejante altura, al tanto de los asuntos del espionaje aliado, aunque al mismo tiempo un gran cínico profesional, pudiese hablar en tales términos. Y es que los testigos del momento no siempre profesaban a las operaciones de la guerra secreta la reverencia con que los trata la generación del siglo XXI.

El historiador Paul Kennedy sostiene que cualquier evaluación objetiva de los servicios de información de tiempos de guerra debería subrayar el papel predominante de los fracasos: la infravaloración que hicieron los soviéticos de la competencia defensiva de los fineses entre 1939 y 1940; el juicio erróneo que se formaron los británicos sobre la campaña de Noruega; la frustración de las expectativas francesas que provocó la acometida alemana a través de las Ardenas en mayo de 1940; el rechazo de Stalin a las predicciones que anunciaban la invasión nazi de Rusia en junio de 1941; la ceguera de los estadounidenses ante la amenaza que se cernía sobre Pearl Harbor; o la incapacidad germana para prever el envolvimiento de sus tropas por los soviéticos en Stalingrado, el movimiento de tenaza inversa de Kursk o el embate central de la «operación Bagratión» de 1944. Los aliados occidentales no supieron calcular la respuesta alemana a los desembarcos que efectuaron en Salerno en 1943 y en Anzio en 1944 o al lanzamiento de tropas aerotransportadas sobre Arnhem. Los ejércitos de Estados Unidos se vieron sorprendidos en las Ardenas en diciembre de 1944. Los japoneses comenzaron subestimando en gran medida tanto la fortaleza moral de su rival norteamericano como su poderío industrial, y a continuación se dejaron tomar por sorpresa en casi todas las iniciativas emprendidas por aquel en la

guerra que estalló en el Pacífico. Kennedy remata su catálogo de fracasos con el siguiente aserto: «Aun cuando pueda uno estar dispuesto a reconocer que la actuación de los servicios secretos aliados superó con creces a la de los del Eje, resulta más fácil demostrar en qué aspectos ayudó a ganar la guerra una intendencia bien organizada que señalar aciertos del ámbito del espionaje que llevaron a la victoria[16]».

Aunque a tal afirmación no le faltan vislumbres de verdad, las pruebas de que disponemos demuestran que el tener noticia de los movimientos del enemigo contribuyó de manera más notable a la campaña de los aliados occidentales de lo que reconoce Kennedy, y sobre todo en las batallas navales que se desarrollaron tanto en el Pacífico como en el Atlántico. Por paradójico que resulte, los espías de Hitler hicieron más por la causa aliada que los del MI6, la OSS, el NKVD o el GRU. Los agentes del Abwehr enviados al Reino Unido y la Unión Soviética que cambiaron de bando prestaron un mejor servicio a las operaciones de engaño aliadas que la mayoría de los hombres y mujeres que recibían dinero de sus servicios secretos por operar en el extranjero. Buena parte de la labor de espionaje de ultramar no fue más que un juego de suma cero: cada una de las naciones beligerantes necesitaba estar representada con sus órganos de información aun en lugares tan remotos como Lourenço Marques (hoy Maputo) o Santiago de Chile, aunque su aspiración principal consistía, sin más, en frustrar las maquinaciones del resto, fueran cuales fuesen.

Los datos proporcionados por la red de Sorge y la Orquesta Roja habrían podido tener un valor incalculable para Moscú mientras se preparaba para hacer frente a la «operación Barbarroja» de haber estado dispuesto Stalin a prestarles oído. Sin embargo, no fue así. Ningún confidente británico pudo comparar remotamente la calidad de su información con la de la que brindaron las redes berlinesas de Harnack y Schulze-Boysen o la red suiza de «Lucy». Allen Dulles, agente de la OSS, envió a Washington material útil y razonablemente preciso sobre las condiciones que se daban en Alemania entre 1943 y 1945; pero existen pocos indicios de que influyera en las decisiones políticas o estratégicas de Estados Unidos.

La realidad ineludible del espionaje de los aliados occidentales es que estuvo dominada por Ultra, con cuya autoridad inherente no podía competir el informe de ningún agente. Hugh Trevor-Roper puso de relieve que todos los logros importantes alcanzados en su terreno fueron fruto de la interceptación radiofónica, y no del espionaje convencional: «Ninguno de los grandes triunfos de información de la guerra se debió de forma directa ni exclusiva a un servicio secreto propiamente dicho… El MI6 tuvo una función marginal, muy marginal». Noel Annan señaló al respecto por su parte: «Los criptoanalistas no ganaron la guerra, pero evitaron que la perdiese el Reino

Unido[17]». Y aunque el suyo constituye un veredicto demasiado simplista, lo cierto es que tiene algo de verdad: Ultra se convirtió en una fuerza crítica a la hora de prevenir errores de consideración por parte de los mandos aliados. A pesar de los que se cometieron en Arnhem y las Ardenas, lo cierto es que en la segunda mitad de la guerra resultó mucho más improbable que cayesen a ciegas en trampas dispuestas por Alemania o Japón.

Aunque el valor práctico del acceso de los Aliados a las cifras diplomáticas niponas fue limitado, los despachos que transmitió por radio a Tokio el general Ōshima desde Berlín ofrecieron información más útil acerca del pensamiento de la jerarquía nazi que ningún agente aliado, del mismo modo que el almirante Abe proporcionó noticias impagables sobre la tecnología naval alemana. La disponibilidad de fuentes tan provechosas tuvo como contrapartida una distorsión considerable del proceso más general de evaluación de los datos en Londres y Washington, así como en los campos de batalla. La amenaza que no estuviera recogida en Ultra se tenía por no existente. «La experiencia de uno y otro lado de las dos guerras mundiales —escribió Donald McLachlan, integrante de los servicios secretos navales—… ha demostrado que el organismo de información que dependa de manera exclusiva de previsiones criptográficas podía considerarse fracasado, pues perdía la capacidad y la diligencia necesarias para hacer el uso más completo posible de otras fuentes como la fotografía aérea, las declaraciones de los prisioneros de guerra o los observadores neutrales y hasta las indiscreciones de la prensa y la radio. Podría decirse que, si el conocimiento fácil corrompe, el conocimiento total corrompe de manera absoluta[18]» El comandante Lewis Powell, futuro magistrado del Tribunal Supremo de Justicia de Estados Unidos, advirtió en un informe de principios de 1944 sobre la explotación de las comunicaciones interceptadas en el Mediterráneo: «Parece que se tiende a depender demasiado de Ultra y a excluir todo lo demás[19]»..

El general de brigada Bill Williams, jefe de espionaje de Montgomery, escribió en octubre de 1945 una serie de reflexiones «ultrasecretas» sobre el uso y el abuso de Ultra durante la guerra en la que secundaba la opinión de McLachlan y Powell: «El material era valioso hasta extremos peligrosos —escribió—, no solo por la posibilidad de perderlos, sino porque parecía la respuesta a las oraciones de cualquier oficial de inteligencia… Era probable que librase a quien lo recibiera de hacer su labor de información. En lugar de ser la mejor fuente, solía convertirse en la única. Se daba siempre la propensión a aguardar al siguiente mensaje y, a menudo, a dejarse fascinar por la veracidad de la información hasta el extremo de no evaluar si era o no importante… Es muy probable que se descartara leña de relevancia esencial por la variedad de árboles interesantes que se ofrecía… La información que suministraba era tan sobresaliente que a menudo, y sobre todo ante el

cansancio o el exceso de cometidos de quien la recibía, eclipsaba no ya el resto de las fuentes, sino el mismísimo sentido común que da fundamento al espionaje[20]».

«La información secreta —señalaba Trevor-Roper— debe ser siempre relevante a propósitos políticos o militares reales; tiene que ir de la mano de la información "expedita" [la derivada de fuentes diplomáticas y de la prensa] y ser verificable en todo momento, porque si no puede contrastarse es, en el sentido estricto de la palabra, inútil: no debe creerse ni emplearse». Sorprende comprobar que los boletines elaborados por el Departamento de Estado del Gobierno de Roosevelt acerca del mundo en guerra, que circularon ampliamente por su administración y procedían en gran medida de fuentes no secretas, resultaban tan informativos como los reveladores de los servicios de espionaje aliados y muchas veces más sensatos que estos; y otro tanto cabe decir de los despachos de los embajadores del Reino Unido en ultramar[21].

Bill Williams advertía que era importante que los oficiales no perdieran nunca de vista que, por más que un comandante alemán pudiese estar diciendo la verdad tal como la conocía al transmitir determinado mensaje, el contenido de este «no tenía por qué ser cierto en relación con la situación en su conjunto». Había muchas lagunas, y —sobre todo en los años centrales del conflicto— mucho material que llegaba a destiempo a los jefes de operaciones aliados. Williams trató de convencerse de que no podía dar por concluido su trabajo como estaba mandado hasta que evaluase correctamente la situación que se daba en el campo de batalla antes de la recepción de los mensajes de Ultra; pero hubo de reconocer que no tuvo más éxito que la mayoría de sus colegas. Los oficiales de información admitieron en 1945 que la labor que habían llevado a cabo los criptógrafos británicos y estadounidenses durante la guerra había transformado la naturaleza misma de su ocupación. «La capa y la daga de otros tiempos», tal como describían el espionaje de preguerra Guy Liddell y un amigo de Bletchley en un acceso de nostalgia, no se hicieron superfluas en el futuro: los agentes situados en puestos de importancia de los centros de poder del enemigo, tal como el coronel Oleg Penkovski, siguieron siendo muy valiosos durante la guerra fría. Sin embargo, en lo que se refiere a influencia sobre su actuación estratégica y política, su relevancia se hallaba muy por debajo de la del espionaje de transmisiones.

Desde 1945, los historiadores de otras naciones han reivindicado con ahínco los supuestos logros de sus decodificadores. Así, por ejemplo, los rusos aseguraban haber sido capaces de leer las transmisiones de la clave Púrpura japonesa y hasta haber descifrado los mensajes de Enigma. Aunque, habida cuenta de lo que sabemos hoy de Izumi Kozo, lo primero no resulta inverosímil, para otorgar credibilidad a triunfos así se necesitan pruebas

documentales que en el caso de Moscú siguen siendo punto menos que inexistentes. Si bien los archivos soviéticos guardan copias de mensajes de alto nivel descifrados en tiempos de guerra —y aun siendo indiscutible que el Centro fue capaz de desentrañar códigos anteriores al conflicto—, no resulta tan probable que el texto en claro fuera obra de sus propios criptoanalistas como que llegase a ellos a través de traidores británicos o estadounidenses. Hasta los éxitos de los anglo-americanos deben matizarse mediante el estudio de las fechas concretas en que se pusieron a disposición de los comandantes, pues en ocasiones el retraso era considerable. La cuestión más relevante que cabe determinar sobre toda información secreta es si permitió actuar en consecuencia a quienes ejercían el mando en los campos de batalla y el mar. A menos que pueda demostrarse tal cosa, toda reivindicación de pericia criptográfica se hace sospechosa de carecer de sentido alguno.

El presente volumen ha tratado de mostrar que la guerra de espionaje radiofónico que se empeñó entre los Aliados y Alemania no fue tan unilateral como imagina la mitología popular. Los decodificadores de Hitler también pudieron atribuirse victorias significativas, sobre todo durante la primera mitad del conflicto. En el África septentrional, hasta el mes de junio de 1942, Rommel sabía tanto sobre el 8.º Ejército británico como sus enemigos del Afrika Korps, y lo cierto es que usó mejor la información. El B-Dienst de Dönitz suministró a los mandos de los submarinos alemanes un aluvión incesante de datos relativos a las operaciones de los convoyes británicos. Y aun cuando no consiguieran decodificarse las cifras aliadas, el análisis de las comunicaciones y la interceptación de transmisiones orales ofrecían a Berlín con regularidad material sobre las operaciones aliadas tanto de oriente como de poniente, de tierra y aire, a lo largo de las hostilidades.

Con todo, los Aliados poseían mucho más. Si bien no son pocas las cuestiones relativas al período de entre 1939 y 1945 que siguen siendo objeto de debate, son pocas las personas informadas que pondrían en duda que la de Bletchley Park fue una de las instituciones más notables que haya conocido nunca el planeta, así como uno de los mayores logros de la historia del Reino Unido; tanto, que está presente de manera conspicua en toda exposición de la participación de este en el conflicto. En nada empaña los logros de los decodificadores hacer hincapié en lo extraordinario que resultó que los alemanes no reconocieran nunca la vulnerabilidad de sus cifrados de Enigma y de la Lorenz. Los de Berlín acopiaron numerosas pistas y recibieron advertencias de sus propios expertos, y, sin embargo, siguieron adelante. Persistió en ellos una apatía intelectual muy poco germánica. Mientras el Tercer Reich ejecutaba a gran escala a los espías, traidores y saboteadores que amenazaban su seguridad, sus funcionarios seguían obviando insistentemente la amenaza más mortífera de todas: unos cuantos centenares

de jóvenes académicos británicos con gafas y aire distinguido que operaban en la anodina periferia del condado de Bedfordshire. La única explicación verosímil es la soberbia: la negativa institucional a creer que sus enemigos anglosajones, a los que con tanta frecuencia humillaban en el campo de batalla, pudiesen ser tan perspicaces.

Con preterición de la genialidad de los logros obtenidos por los estadounidenses al descifrar Púrpura y predecir el ataque de Japón en Midway, el avance tecnológico más innovador que se alcanzó en el campo del criptoanálisis durante la guerra se ideó en Bletchley Park. En cierta medida cabe decir que aquellos quedaron recluidos en los triunfos que habían conseguido en una fase temprana con la cifra diplomática de los nipones, pues habrían servido mejor a sus fuerzas armadas en la lucha ante estos de haberse centrado los de Arlington Hall con más ahínco en el desentrañamiento de los códigos militares del enemigo que seguían resistiéndoseles en lugar de dedicar su atención a Púrpura, que ya no tenía secretos para ellos. Sus empeños también se vieron entorpecidos por la división de fuerzas que supuso la nociva rivalidad entre el ejército de tierra y la Armada. La experiencia había demostrado, no sin dolor, que resultaba más difícil poner en claro algunos códigos manuales japoneses que las cifras generadas por máquinas. La Op-20-G y Arlington Hall podían presumir de victorias dignas de mención, y lo cierto es que al final triunfaron donde habían fracasado los británicos con determinadas comunicaciones niponas; pero lo cierto es que nunca llegaron a dominarlas por completo.

El espionaje aliado tuvo su mayor impacto en la guerra naval, tanto en el Atlántico como en el Pacífico. La FRUPAC de Nimitz logró más en Pearl Harbor que Arlington Hall, en parte por las dificultades que entrañaba la lectura en tiempo real de las transmisiones del ejército de tierra de Japón, y en parte porque los textos decodificados tenían un valor limitado para campañas terrestres en las que el enemigo maniobraba poco y combatía con tesón desde posiciones fijas. En operaciones navales, en cambio, la dificultad principal consistía siempre en ubicar las embarcaciones enemigas y concentrar en ellas las fuerzas disponibles, para lo cual Ultra brindó oportunidades sin precedentes a la Armada británica y la Marina estadounidense. Si los Aliados no hubiesen sido capaces de ejercer la hegemonía casi indiscutida de la ruta marítima atlántica durante la primavera de 1944, la invasión de Normandía que acometieron el Día D habría sido irrealizable; y semejante dominación debía mucho a Ultra. Las victorias que protagonizó Nimitz en el Pacífico con su flota de superficie y sus flotillas submarinas recibieron una ayuda incalculable de Ultra, sin el que, de hecho, no habría conseguido algunas de ellas.

Entre 1944 y 1945, la USAAF se sirvió del espionaje económico de forma

más eficaz e imaginativa que la RAF a la hora de planear las operaciones de sus bombarderos. Sin embargo, no hubo nación aliada alguna que lograse entender por completo el sistema industrial de Hitler, por más que lo intentaran algunos de los cerebros mejor dotados del Reino Unido y Estados Unidos. En tierra, tuvo un valor incalculable para los Aliados el disponer de una imagen clara de las posiciones del enemigo, aunque solo en raras ocasiones —entre las que destacan las acciones de guerra de Alam Halfa, en agosto de 1942, y de Mortain, en julio de 1944— fue Ultra el responsable directo de que sus fuerzas lograran frustrar ataques alemanes de envergadura. Si bien resulta imposible y punto menos que irrelevante determinar si tenían razón los soviéticos o los alemanes al atribuirse la superioridad en el terreno del espionaje de las transmisiones radiofónicas en el Frente Oriental, lo que es indiscutible es que, desde el verano de 1942, el Ejército Rojo ganó de forma decisiva el enfrentamiento de los servicios secretos en general.

En febrero de 1945 se dio en Bletchley Park un debate relativo a si cumplía hacer algo con el fin de crear un registro histórico de sus logros. Edward Travis, al frente del equipo, hizo constar que, a menos que dieran tal paso a raíz del cese de las hostilidades, no habría en el futuro historiador alguno capaz de encontrar sentido a los informes e interceptaciones del organismo en ausencia de datos técnicos y contexto que, en su opinión, solo iba a poder poseer un testigo contemporáneo[22]. Mientras, el de mantener el secreto seguía considerándose un objetivo prioritario cuando había aún tantas naciones en el mundo que empleaban en el período de posguerra avances en comunicaciones vulnerables a la interceptación anglo-americana (el Ejército Rojo, por ejemplo, había integrado en sus ejércitos un buen número de teletipos Lorenz).

Cuando comenzaron los juicios por crímenes de guerra en 1946, los oficiales de información se mostraron horrorizados ante la idea de tener que presentar pruebas y, en consecuencia, revelar el uso de palomas mensajeras, sistemas de radioescucha electrónica… y transcripciones procedentes de Ultra. Estos métodos, al decir de la War Office, iban a ser indispensables en guerras futuras, y por lo tanto no debían mencionarse en sesión pública en los tribunales ni, de hecho, en ninguna otra parte[23]. No deja de ser llamativamente paradójico que, en tanto que las decenas de miles de hombres y mujeres estadounidenses y británicos que conocían el secreto de Ultra lo guardaron durante las tres décadas siguientes con un fervor casi religioso, los soviéticos —el único enemigo que contaba— lo conociesen desde el principio gracias a los traidores occidentales. Cuando en 1974 comenzó a revelarse al mundo la historia de Bletchley, aún vivía un número suficiente de veteranos

para que quedasen escritas varias docenas de exposiciones autorizadas de su participación. Por su parte, el profesor Harry Hinsley encabezó el equipo que elaboró la historia oficial del espionaje de tiempos de la guerra.

El entusiasmo ideológico respecto del comunismo fue la principal de las fuerzas que permitieron a los servicios secretos de la Unión Soviética reclutar a un número considerable de confidentes de naciones tanto del Eje como aliadas con mejor acceso a los secretos del conflicto que las fuentes humanas de que lograron disponer el MI6 y la OSS. Buena parte de la información técnica generada por Estados Unidos y el Reino Unido, en particular sobre el diseño aeronáutico y por encima de todo sobre la bomba atómica, resultó de gran valor para los de Moscú, aunque no para luchar contra Hitler, sino para conferirles fuerza en la guerra fría que siguió a la caída del nazismo: no solo determinó la carrera armamentística nuclear, sino que puso a la Unión Soviética en situación de construir reactores y otros muchos aparatos que superaban su competencia originaria. Los archivos del NKVD y el GRU, en los que resulta perceptible la influencia de Stalin, ponen de relieve que sus jefes no eran más sensatos ni competentes que los de los organismos occidentales, aunque sí infinitamente más brutales.

Los soviéticos se beneficiaron en grado sumo de la postura honorable de los jefes militares de Occidente, que intentaban tratarlos como verdaderos aliados y empleaban, en consecuencia, escasos recursos de espionaje o contraespionaje contra ellos. La actitud paranoica de Stalin hizo que fueran improductivos los empeños de los admiradores con que contaba en la Alemania nazi, que tanto sacrificaron para influir en tan poco el proceder de Moscú. El dueño y señor del Kremlin pudo hacer un uso formidable del material obtenido a través de traidores estadounidenses y británicos a fin de armarse contra Roosevelt y Churchill en la lucha política por dar forma al mundo de posguerra. Sin embargo, las actividades secretas emprendidas por los soviéticos contra el Eje que mayor peso tuvieron en las hostilidades fueron quizá sus operaciones de desinformación, entre las que destaca, por encima de todas, las que emprendió el agente «Max» a través de la «operación Monasterio» en Stalingrado.

El NKVD y el GRU mantuvieron ocupado al Abwehr en tantos enredos como el MI5 a través del Sistema XX. Los caudillos alemanes y japoneses tomaban sus decisiones envueltos en el desconcierto y la ignorancia respecto de sus enemigos, lo que en parte se debió a su resistencia institucionalizada al examen objetivo de las pruebas, recalcada por la negativa de Hitler a explorar el potencial económico de la Unión Soviética y Estados Unidos antes de declararles la guerra. Desde 1942, el Eje dirigió sus campañas sin más que atisbos, bien exiguos, bien errados de medio a medio, de lo que estaba ocurriendo en el campo enemigo. Tal situación, huelga decirlo, estuvo

provocada en gran medida por la demencia de Hitler y la terca ceguera de Japón. «Toda estrategia —escribió Trevor-Roper en los días últimos de la guerra— y de hecho toda decisión táctica y la interpretación de cualquier acto dependieron cada vez más de los antojos arbitrarios de un grupo de maníacos ignorantes[24]». Aunque en menor grado, la perplejidad de los alemanes es atribuible también al humo de la desinformación generada por el contraespionaje y los engaños de los Aliados.

La realidad más sobresaliente, con diferencia, sobre el impacto que tuvieron los servicios secretos en la Segunda Guerra Mundial —y en cualquier otro conflicto armado— es que el hecho de conocer los movimientos del enemigo no altera ni disminuye la necesidad de que los soldados, marinos y pilotos lo derroten en el campo de batalla. En 1918, según escribió Stewart Menzies en una circular que hizo llegar a sus oficiales en 1942, hubo quien se engañó pensando que se había vencido a Alemania «por medio de la palabra oral y escrita, o de otras actividades bélicas secundarias», cuando en realidad cayó «porque se aplastó a sus ejércitos[25]». El MI6 habría fracasado en su función principal, seguía diciendo el jefe de espías, en caso de no haber hecho contribución material alguna a ese mismo resultado en las últimas hostilidades del Reino Unido y Alemania.

Cierto general británico ofreció una conferencia sobre los principios de la guerra a los alumnos aliados de la escuela militar superior de Haifa. Cuando se sentó y preguntó si alguien quería comentar algo, un oficial polaco se puso en pie de un salto para responder: «Señor, se ha olvidado de lo más importante: ¡Sé más fuerte!»[26]. Y tenía razón. Sir Alan Brooke se quejó durante un encuentro de jefes de Estado Mayor celebrado en noviembre de 1943 de que el JIC subestimaba la capacidad militar del enemigo en todos los campos de operaciones. Esto, en cambio, era solo una verdad a medias: el máximo responsable de las fuerzas armadas británicas debía haber reconocido que el eterno problema de los Aliados no eran los errores de cálculo de su servicio de información acerca de las ventajas con que contaba el Eje sobre el papel —aunque a veces se dieran—, sino la mayor aptitud que desplegaba en todo momento en el combate el enemigo en comparación con los ejércitos anglo-americanos, aun cuando estos poseían más soldados, una superioridad aérea arrolladora y, en ocasiones, hasta noticia anticipada de sus circunstancias gracias a Ultra.

Las comunicaciones decodificadas proporcionaron a los jefes militares aliados un conocimiento de la magnitud y ubicación de las fuerzas rivales que carecía de paralelo alguno en la historia. «Pocos ejércitos —admitió Bill Williams— han ido nunca al campo de batalla mejor informados acerca del enemigo[27]». Sin embargo, Ultra raras veces dijo a Churchill, Roosevelt o sus generales mucho sobre sus intenciones, y menos aún sobre la respuesta que

pretendía dar Hitler a determinada acción de los Aliados. Los logros de Bletchley Park, Arlington Hall y la Op-20-G de la Armada estadounidense fueron colosales y elevaron la labor de los servicios de espionaje, que hasta entonces constituían una rama poco respetada de la profesión militar, hasta cotas destacadas dentro de la planificación operativa. Así y todo, no dotaron a las fuerzas anglo-americanas de una varita mágica con la que obtener la victoria en tierra, mar y aire: fue necesario seguir combatiendo a alemanes, italianos y japoneses. No cabe sorprenderse de que la información de calidad raras veces resultara decisiva a la hora de alterar los resultados del campo de batalla durante la primera mitad de la guerra, cuando las fuerzas aliadas adolecían de una mayor debilidad. Sobre todo en las campañas terrestres, el hecho de saber dónde iba a atacar el enemigo no ayudaba demasiado a aumentar las probabilidades de rechazar su avance si no mediaban mandos competentes y un número suficiente de fuerzas. En diciembre de 1941, por ejemplo, los británicos se hallaban bien avisados de las intenciones que albergaba Japón en Extremo Oriente, sobre todo en lo que a Malasia se refiere; pero los efectivos de que disponían eran demasiado exiguos, y sus mandos carecían de la competencia necesaria para sacar provecho a los datos recibidos.

Ultra no cobró el ímpetu que le permitió ofrecer un festín diario de información secreta a los jefes militares aliados sino entre finales de 1942 y 1945, cuando los destinatarios sabían ya que de un modo u otro iban a ganar la guerra. Resulta imposible cuantificar de manera verosímil su contribución a la victoria final, en qué grado permitió acortar la duración del conflicto, por ser una herramienta de los aliados occidentales cuando el peso de la destrucción del nazismo recayó sobre todo en el Ejército Rojo. Lo que sí puede decirse, en cambio, es que Bletchley Park y sus descollantes cerebros civiles hicieron mucho, junto con los criptoanalistas estadounidenses, por compensar las deficiencias que presentaban en el campo de batalla las fuerzas británicas y estadounidenses ante la Wehrmacht y el ejército imperial japonés. Tal como hemos señalado en Se desataron todos los infiernos: historia de la Segunda Guerra Mundial, pese al ingenio y el coraje que desplegaron en el campo de batalla, respectivamente, los soldados alemanes y japoneses, los Aliados hicieron mejor la guerra que las naciones del Eje. La superioridad estratégica, si no siempre táctica, de sus sistemas de información resultaron de vital importancia para su victoria. Pese a las críticas que se recogen más arriba, los servicios secretos de los aliados occidentales fueron mucho más eficaces que los de sus enemigos y que los de la Unión Soviética. Es de justicia reconocer a Winston Churchill la dedicación que prestó a los organismos de espionaje en general y en particular a Bletchley Park, al que brindó un apoyo que carece de parangón en ningún otro gobernante de tiempos de guerra.

Para que la información confidencial pueda ser de utilidad resulta indispensable, en tiempos de paz o de conflicto bélico, que caiga en manos de un dirigente sabio y eficaz. En ausencia de una persona así, ya sea general, ya almirante o estadista, hasta las revelaciones más privilegiadas carecerán de valor.

En ocasiones se sostiene que hay naciones capaces de desplegar un ingenio para el espionaje del que otras carecen. Aunque los japoneses llevaron a cabo un reconocimiento táctico de sus objetivos antes de emprender sus primeras arremetidas contra las potencias occidentales entre 1941 y 1942, en adelante mantuvieron una actitud muy poco propicia a la recogida o el análisis objetivo de información secreta. Los rusos hicieron honor a su talento histórico para la conspiración, aunque no supieron sacar partido al material recabado. El espionaje estadounidense de tiempos de guerra estuvo marcado por sus triunfos en la decodificación de cifras japoneses, aunque también desarrolló —a través de la división de Investigación y Análisis de la OSS— un instrumento de asesoramiento político y económico más eficaz que el que poseía —o admitía necesitar— el MI6. En lugar de caracterizar la competencia en este ámbito con arreglo a las distintas nacionalidades, se diría que es más apropiado hacerlo por culturas. Entre los oficiales de servicios de información más aptos de todos los estados abundaban los judíos. El Tercer Reich pagó caro el excluirlos de sus propios órganos secretos, y otro tanto habría que decir de la Unión Soviética después de las Purgas de principios de la década de 1950. Semión Semiónov, brillante coordinador de agentes de Moscú en América, se encontraba entre los destituidos. Las naciones que allegaron y emplearon datos con más propiedad durante la Segunda Guerra Mundial fueron las que se hallaban comprometidas con la honradez intelectual y la búsqueda de la verdad, en tanto que las que fracasaron en este terreno fueron las dictaduras para las que esta última era un elemento inherentemente ajeno, inaceptable y hostil —y entre las que se incluía la Unión Soviética—. Si bien es cierto que los sistemas democráticos no siempre actúan con franqueza, tal como ha demostrado de forma llamativa en nuestros tiempos la experiencia de la guerra de Irak, también lo es que al menos la mayoría de sus ciudadanos ha sido educada para entender la verdad como una virtud; cosa que no ocurre en el caso de los regímenes totalitarios.

En lo que respecta a las campañas que acometieron las guerrillas en los países ocupados por el Eje, hay que decir que Yugoslavia y la Unión Soviética fueron los dos únicos en los que la contribución de los partisanos tuvo peso real en el resultado definitivo, y aun en ellas fue necesario que se encargara el Ejército Rojo de las acciones de relieve. En el Extremo Oriente, ni la SOE ni la OSS pudieron lograr gran cosa en naciones que aspiraban sobre todo a

sacudirse el yugo de sus señores coloniales, así como el de los japoneses. En la Europa occidental, los servicios secretos anglo-americanos cumplieron una función útil al sostener la presencia aliada y una actividad militar marginal con anterioridad al Día D, momento en que comenzó de veras el proceso de liberación. Con todo, su mayor aportación, lo que justificó su existencia, fue la de alzar en todos los estados invadidos estandartes bajo los cuales pudieran congregarse los soldados de la libertad. Los agentes aliados que entraron en la Europa ocupada ofrecieron un sacrificio simbólico que muchos de sus habitantes —cuando menos entre los no comunistas— no olvidarían jamás.

La mayor parte de los supuestos logros militares de las guerrillas, sobre todo en relación con el Día D, fueron insignificantes: así, por ejemplo, el de que la Resistencia «liberó» partes de Francia en agosto de 1944 no pasa de ser un cuento de hadas: el ejército alemán se retiró por la derrota sufrida en Normandía mientras lo seguía una multitud de maquis. «La Resistencia es una empresa modesta —aseguraba un astuto oficial de la OSS, por nombre Macdonald Austin, que sirvió en la Francia ocupada—: cualquier intento de convertirla en nada más está condenado al fracaso[28]». Con todo, su contribución moral a la guerra secreta, que habría sido imposible sin el patrocinio de la SOE y la OSS, no tuvo precio. Hizo posible la resurrección del amor propio en las sociedades invadidas, que de lo contrario se habrían visto obligadas a mirar los capítulos sucesivos de su experiencia del conflicto a través de un cristal muy oscuro: el de la humillación militar seguida de la colaboración obligada con el enemigo y, a continuación, la tardía liberación a manos de ejércitos extranjeros. En cambio, gracias por entero a la Resistencia, todas las naciones europeas tuvieron la posibilidad de honrar su propia nómina de héroes y mártires, lo que permitió a la masa de conciudadanos que no hizo nada o que ayudó al enemigo figurar en el gran lienzo que acariciaba la percepción de sus descendientes.

Miremos, para concluir, al pasado y al futuro. Aunque este libro ha versado poco sobre lo novelesco y mucho sobre realidades muy crudas, no puede considerarse completa ninguna exposición de la guerra secreta que no reconozca que para un buen número de los agentes que servían a su nación en el extranjero, y en particular estando de su lado la victoria, la experiencia fue emocionante en extremo, aun en los casos en los que se hallaba en peligro su vida. Cierto oficial de la SOE destinado en el Levante mediterráneo durante la guerra describió así la reacción de cuantos lo escuchaban usar la palabra francesa que designaba su actividad: «Uno podía sentirse halagado al oír (porque se oía) contener de golpe la respiración a los árabes que habían leído romans policiers y conocían la omnipotencia, omnisciencia y la falta de piedad del servicio secreto británico. Algunos hasta me preguntaban al punto

si era yo un lord». Disfrutaba con su ocupación, igual que muchos otros espías de toda una variedad de naciones. ¿Por qué si no iban a haber aceptado el trabajo?

Entre 1939 y 1945, la guerra secreta seguía aún en pañales: las victorias que resultaron decisivas fueron las obtenidas por grandes fuerzas de tierra, mar y aire. En cambio, en el siglo XXI parece muy poco probable que vuelva a darse un conflicto armado entre fuerzas multitudinarias uniformadas de las superpotencias. Sin embargo, la importancia que reviste para la seguridad nacional la información secreta, la radioescucha, el criptoanálisis y la contrainsurgencia nunca ha sido mayor. La guerra cibernética constituye una evolución lógica del proceso que comenzó en la Sala 40 durante la Primera Guerra Mundial y se extendió de forma notable en Bletchley Park y en el OKH/GdNA, Arlington Hall y la Op-20-G durante la segunda. Sería pecar de extravagante dar a entender que han dejado de tener actualidad los combates convencionales: a Vladimir Putin le siguen siendo muy útiles los carros de combate en Ucrania. Sin embargo, el primer ministro ruso se sirve también de tácticas de subversión respaldadas por los soldados secretos de Moscú que habrían gozado de la aprobación y el aplauso inmediato de Pável Sudoplátov.

La vigilancia electrónica de comunicaciones se ha convertido en el arma más sobresaliente del Reino Unido y Estados Unidos a la hora de identificar y seguir la pista a los terroristas dentro y fuera de sus propias fronteras, mal que pese a ciertos defensores de las libertades civiles. Las revelaciones que hizo entre 2013 y 2015 Edward Snowden, antiguo empleado de la Agencia Nacional de Seguridad que tuvo a bien publicar la escala de las escuchas occidentales desde un asilo tan poco apropiado como Moscú, han provocado un daño considerable a la seguridad estadounidense y británica e invitan a sentir cierto alivio porque en Bletchley o Arlington Hall no hubiese nadie igual en tiempos de guerra. Snowden vive en un mundo nuevo en el que las antiguas definiciones de conflicto, y también de patriotismo, no gozan ya de un reconocimiento universal. El equilibrio de tácticas y metodología en los enfrentamientos entre naciones ha cambiado, está cambiando y lo seguirá haciendo. Bien podría ser que la guerra secreta que practicaron las naciones beligerantes entre 1939 y 1945 se convirtiera en la confrontación bélica del futuro.

Agradecimientos

Dado que este es el primer libro que dedico de forma explícita a los servicios secretos, la primera deuda que cabe citar aquí es la que he contraído con los historiadores especializados en la materia que han tenido la amabilidad de brindarme su asistencia en diferentes etapas de elaboración. El profesor sir Michael Howard (Orden del Mérito, Orden de los Compañeros de Honor y Cruz Militar), historiador oficial de las operaciones de engaño protagonizadas por el Reino Unido en tiempos de guerra, leyó y comentó el esbozo original, tal como ha hecho con tanta frecuencia y tanto acierto en el pasado. También he recibido orientaciones valiosísimas de Antony Beevor, un viejo amigo mío, que demostró el cariño que profesa a este colega de profesión al copiar para mí el relevante informe de espionaje radiofónico de Albert Praun; así como de Richard Aldrich, David Kahn, Alan Petty, Christopher Andrew, Chris Bellamy y dos archivistas del mundo de los servicios secretos que, siguiendo la tradición, han preferido mantenerse en el anonimato. Huelga decir que a ninguno de ellos es achacable la menor responsabilidad respecto de los errores y las opiniones del autor.

También he contraído una deuda impagable con Ralph Erskine, fuente de información inestimable en lo relativo a cada uno de los aspectos del criptoanálisis de tiempos de guerra, terreno que para el profano constituye tanto un laberinto como un campo de minas. Él se encargó de corregir no pocos errores presentes en la redacción original, atroces en algunos casos, y me proporcionó numerosas referencias e indicaciones. El texto mejoró de forma inmensurable gracias a su aportación. William Spencer y Tim Nenninger fueron, como siempre, de grandísima ayuda desde los archivos nacionales del Reino Unido y de Estados Unidos respectivamente, y otro tanto cabe decir de mi gran amigo Rick Atkinson, historiador sin par de las fuerzas armadas estadounidenses. Como cualquier otro escritor del país, doy gracias a diario por la existencia de la Biblioteca de Londres y su personal

inigualable. He de reiterar la gratitud que debo a la doctora Luba Vinogradova, por investigar y traducir una gran cantidad de documentos rusos, y a Susanne Schmidt, por hacer otro tanto con los procedentes de Alemania, y en particular del Archivo de Friburgo. Don Berry, amigo de antiguo y colega, leyó el original en calidad de editor experto y brindó su opinión de no iniciado.

Aunque casi todos los oficiales de espionaje que participaron en la guerra han muerto ya, a lo largo de las décadas he tenido la fortuna de entrevistar a un buen número de hombres y mujeres que sirvieron a las órdenes de la SOE, la OSS y el MI6, junto con algunos de sus agentes e informantes continentales. Los encuentros que mantuve con ellos me ayudaron, pienso, en gran medida a comprender la naturaleza de la guerra secreta, los retos extraordinarios que hubieron de afrontar quienes participaron en ella y los sacrificios que hicieron cuantos se convirtieron en sus víctimas.

Nunca dejo de dar gracias a mi suerte por la ayuda recibida de Michael Sissons y Peter Matson, mis agentes de Londres y Nueva York, respectivamente. Mi relación con la sección británica de Harper Collins, y en particular con Arabella Pike, Robert Lacy y Hellen Ellis, ha sido siempre venturosa, y trabajar por vez primera con Jonathan Jao, de la estadounidense, ha sido todo un placer. Mi secretaria, Rachel Lawrence, lleva ya poco menos de treinta años soportando mis flaquezas y liberándome de mis torpezas. Mi esposa, Penny, ha tenido que cumplir una condena no mucho menos prolongada en mi compañía. Tengo miedo de que solicite en breve la libertad condicional a modo de justa compensación por ser toda una santa.

Bibliografía

Para preparar este libro, he consultado muchos trabajos diversos, en buena parte narraciones sobre algunos aspectos del conflicto en lugar de textos especializados en materia de inteligencia: abajo se hace mención de algunos de ellos. Por otra parte, el espionaje, el descifrado de códigos o las guerrillas entre 1939 y 1945 son temas que cuentan con una abundante bibliografía propia. En los últimos cincuenta años he leído una proporción considerable de estos estudios, pero aquí solo cito los títulos que han resultado expresamente relevantes para este libro. Esta relación no pretende ser aval de credibilidad; por lo general, sucede lo contrario y no es sino la constatación de que la Dra. Luba Vinogradova o yo mismo los hemos leído en el proceso de investigación para escribir este trabajo.

ARTÍCULOS Y FUENTES ONLINE

Aizenshtat, Yakov, «Zapiski sekretarya voennogo tribunala». («Notas de la Secretaría del Tribunal Militar»), Londres, Overseas Publ. Interchange, 1991.

Baxter, Christopher, «Forgeries and Spies: The Foreign Office and the "Cicero" Case», Intelligence and National Security, diciembre de 2008, p. 807.

Bonsall, A., «An Uphill Struggle: The Provision of Tactical Sigint Support to the Allied Air Forces in Europe in WWII», en Stubbington, John, Bomber Command: Kept in the Dark, p. 205.

Butirsky, Larin y Shanki, http://www.ozon.ru/context/detail.id/23880430.

«Chris» http://chris-intel-corner.blogspot.gr/2012/07/japanese-codebreakers-ofwwii.html.

Crossland, James, «Operation Kitchenmaid», Intelligence and National

Security 28, n.º 6, diciembre de 2013, pp. 808-823.
Erskine, Ralph, «Tunny Reveals B-Dienst Successes against the "Convoy Code"», Intelligence and National Security 28, n.º 6, diciembre de 2013, pp. 868-889.
— «Captured Kriegsmarine Enigma Documents at Bletchley Park», Cryptologia 32, n.º 3, 2008, pp. 199-219.
— «The Admiralty and Cipher Machines During the Second World War: Not So Stupid After All», Journal of Intelligence History 2, n.º 2, 2002, pp. 49-68.
— «William Friedman's Bletchley Park Diary: A Different View», Intelligence and National Security 22, n.º 3, junio de 2007, pp. 367-379.
— y Peter Freeman, «Brigadier John Tiltman: One of Britain's Finest Cryptologists», Cryptologia 27, n.º 4, octubre de 2003, pp. 289-318.
— «Eavesdropping on "Bodden": ISOS v. the Abwehr in the Straits of Gibraltar», Intelligence and National Security 12, n.º 3, julio de 1997, pp. 110-129.
— «Ultra and Some U. S. Navy Carrier Operations», Cryptologia 19, n.º 1, enero de 1995, pp. 81-96.
— «Ultra Reveals a Late B-Dienst Success in the Atlantic», Cryptologia 34, n.º 4, octubre de 2010, pp. 340-358.
— «What Did the Sinkov Mission Receive from Bletchley Park?», Cryptologia 24, n.º 2, abril de 2000, pp. 97-109.
— «Naval Enigma: A Missing Link», International Journal of Intelligence and Counterintelligence 3, n.º 4, invierno de 1989, pp. 493-508.
— «The Soviets & Naval Enigma: Some Comments», Intelligence and National Security 4, n.º 3, julio de 1989, pp. 503-511.
— «The Poles Reveal Their Secrets: Alastair Denniston's Account of the July 1939 Meeting at Pyry», Cryptologia 30, n.º 4, octubre de 2006, pp. 294-305.
Ferris, John, «British Estimates of the Imperial Japanese Army», Canadian Journal of History, 28 de agosto de 1993, pp. 223-256.
Ford, Harold, «The US Government's Experience With Intelligence Analysis», Intelligence and National Security, diciembre de 1995, p. 35.
Gildea, Robert, «Resistance, Reprisals and Community in Occupied France», conferencia dictada en la Universidad de Gales (18 de octubre de 2000).
Good, Jack, Donald Michie y Geoffrey Timms, «General Report on Tunny», en http://www.alanturing.net/turing_archive/archive/index/tunnyreportindo en UKNA HW25/4 &5.
Grebennkov, Vadim http://www.cryptohistory.ru/book/

Grey, Christopher, Intelligence and National Security 28, n.º 6, diciembre de 2013, pp. 705-807.
Hurt, John, «The Japanese Problem in the Signal Intelligence Service 1930-45», Archivo Friedman, caja 212.
Ivanov, Ivan, Promyhlennyi kurier, 2 de septiembre de 2005.
Jones, R. V., Intelligence and National Security 9, 1994, p. 2.
Kedward, H. R., «Resisting French Resistance», conferencia dictada en la Universidad de Sussex (27 de marzo de 1998).
Kuromiya, Hirokaki y Andrezej Peplonsky, «Kozo Isumi and the Soviet Breach of Imperial Japanese Diplomatic Codes», Intelligence and National Security 28, n.º 6, diciembre de 1913.
Naftali, Timothy, «Intrepid's Last Deception», Intelligence and National Security, julio de 1993, p. 72.
Página web oficial del servicio de inteligencia ruso, http://www.svr.gov.ru.
Pavlov, A., «Military Intelligence in the USSR in 1941-1945», en Igor Damaskin, pp. 286 y ss.
Pavlov, Vitaly, «Open, Sesame», en Sezam, otkroisya.
Praun, Albert, «Report on German Wartime Sigint Operations», https://www.nsa.gov/publicinfo/files/friedmandocuments/Publication/F
Richard, Joseph, «The Breaking of the Japanese Army's Codes», Cryptologia 28, abril de 2004, pp. 289-309.
Rusbridger, James, «The Sinking of the Automedon, the Capture of the Nankin: New Light on Two Intelligence Disasters in World War II», Encounter 64, n.º 5, mayo de 1985.
Thomas, David, «The Legend of Agent Max», Foreign Intelligence and Literary Science 5, 1986.
TICOM, diversos estudios de criptoanálisis alemán en los archivos online https://www.sites.google.com/site/icomarchive/the-targets/okm-chi/relatedreports; véase también http://www.chris-intelcomer.blogspot.co.uk.
Weaver, Michael, «International Co-Operation and Bureaucratic Infighting: American and British Economic Intelligence Sharing and the Strategic Bombing of Germany», Intelligence and National Security, febrero de 2008, p. 153.

ENSAYOS

AA. VV., Partizanskaya voina na Ukraine. Dnevniki komandirov partizanskikh otryadov I soedineniy. 1941-1945 («La guerra partisana en Ucrania: diarios de los comandantes de los destacamentos y grupos

partisanos, 1941-1945»), Moscú, 2010.
Albertelli, Sebastien, Les Services Secrète de la France Libre, Ministere de Defence & Nouveau Monde, 2012.
Aldrich, Richard, Intelligence and the War Against Japan, CUP, 2000.
Allen, Louis, The Longest War: Burma 1941-1945, Dent, 1985.
Andrew, Christopher, Secret Service: The Making of the British Intelligence Community, Heinemann, 1985.
— The Defence of the Realm: The Authorized History of MI5, Allen Lane, 2009.
— y David Dilks (eds.), The Missing Dimension: Governments and Intelligence Communities in the Twentieth Century, Macmillan, 1984.
— y Vasili Mirokhin, The Mitrokhin Archive, Allen Lane, 1999.
Annan, Noel, Our Age, Weidenfeld & Nicolson, 1990.
Bailey, Roderick (ed.), Target Italy: The Secret War Against Mussolini 1940-1943, Faber, 2014.
— Forgotten Voices of the Secret War, Ebury, 2008.
— The Wildest Province, Jonathan Cape, 2007.
Bamford, James, The Puzzle Palace, Sidgwick & Jackson, 1983.
Baring, Sarah, The Road to Station X, Wilton 65, 2000.
Bazna, Elyesa, I Was Cicero, Andre Deutsch, 1962.
Beesly, Patrick, Very Special Intelligence, Hamish Hamilton, 1977.
Beevor, Antony, The Mystery of Olga Chekhova, Viking, 2004. (Hay trad. cast.: El misterio de Olga Chejova, Crítica, Barcelona, 2012).
Beevor, J. G., SOE: Recollections and Reflections 1940-1945, Bodley Head, 1981.
Behrendt, Hans-Otto, Rommel's Intelligence in the Desert Campaign, Kimber, 1980.
Bennett, Gill, Churchill's Man of Mystery, Routledge, 2009.
Bennett, Ralph, Ultra and Mediterranean Strategy 1941-1945, Hamish Hamilton, 1989.
— Ultra in the West, Hutchinson, 1979.
Beus, J. G. de, Tomorrow at Dawn!, Norton, 1980.
Binney, Marcus, The Women Who Lived for Danger, Hodder & Stoughton, 2002.
— Secret War Heroes, Hodder & Stoughton, 2005.
Bororvik, Genrikh, The Philby Files, Philip Knightley (ed.), Londres, 1994.
Bower, Tom, The Perfect English Spy: Sir Dick White and the Secret War 1935-1990, Heinemann, 1995.
Boyd, Carl, Hitler's Japanese Confidant, Kansas University Press, 1993.
Boyle, Andrew, Climate of Treason, Hutchinson, 1979.
Brinkley, David, Washington Goes to War, Knopf, 1988.

Brooke, Alan, War Diaries 1939-1945, Alex Danchev y Daniel Todman (eds.), Weidenfeld & Nicolson, 2001.
Bruce Lockhart, sir Robert, Diaries 1939-1965, Kenneth Young (ed.), Macmillan, 1980.
Budiansky, Stephen, Battle of Wits, Penguin, 2000.
Butler, Ewan, Mason-Mac, Macmillan, 1972.
Caddick-Adams, Peter, Snow and Steel: The Battle of the Bulge 1944-1945, Preface, 2014.
Cadogan, Alexander, The Diaries of Sir Alexander Cadogan 1938-1945, David Dilks (ed.), Cassell, 1971.
Calvocoressi, Peter, Top Secret Ultra, Cassell, 1980.
Carlson, Elliot, Joe Rochefort's War, Departamento de Prensa del Instituto Naval, 2011.
Cecil, Robert, A Divided Life, Bodley Head, 1988.
Clayton, Eileen, The Enemy is Listening, Hutchinson, 1980.
Clive, Nigel, A Greek Experience 1943-1948, Michael Russell, 1985.
Cookridge, E. H., Inside SOE, Arthur Barker, 1966.
Copeland, B. Jack (ed.), The Essential Turing, OUP, 2004.
— Colossus: The Secrets of Bletchley Park's Codebreaking Computers, OUP, 2006.
Cradock, Percy, Know Your Enemy: How the JIC Saw the World, John Murray, 2002.
Cruickshank, Charles, Deception in World War II, OUP, 1979.
— SOE in Scandinavia, OUP, 1986.
Dalton, Hugh, The War Diaries of Hugh Dalton, Ben Pimlott (ed.), Jonathan Cape, 1986.
Damaskin, Igor, Stalin i razvedka («Stalin y el servicio de inteligencia»), Moscú, 2004.
Deacon, Richard, The Japanese Secret Service, Muller, 1982.
Debruyne, Emmanuel, La Guerre Secrète des Espions Belges 1940-44, Racine, 2000.
Degtyarev, Klim y Aleksandr Kolpakidi, Vneshnyaya Razvedka SSSR («Inteligencia soviética en el extranjero»), Moscú, Eksmo, 2009.
Delattre, Lucas, Betraying Hitler: The Story of Fritz Kolbe, the Most Important Spy of the Second World War, Atlantic, 2006.
Doerries, Reinhard R., Hitler's Last Chief of Foreign Intelligence: Allied Interrogations of Walter Schellenberg, Frank Cass, 2003.
Dulles, Allen, From Hitler's Doorstep: The Wartime Intelligence Reports of Allen Dulles 1942-1945, Neal Petersen (ed.), Penn State University, 1996.
Elliott-Bateman, Michael (ed.), The Fourth Dimension of Warfare, Manchester UP, 1970.

Elphick, Peter y Michael Smith, Odd Man Out: The Story of the Singapore Traitor, Hodder & Stoughton, 1993.
Farago, Ladislas, The Game of the Foxes, Hodder, 1972.
Feklisov, Aleksandr, Za okeanom i na ostrove, zapiski razvedchika («Al otro lado del océano y en la isla: memorias de un agente de la inteligencia»), Moscú, 2001.
Fisk, Robert, In Time of War, Andre Deutsch, 1983.
Foot, M. R. D., The Special Operations Executive 1940-1946, BBC, 1984.
— SOE in France, HMSO, 1976.
— y J. M. Langley, MI9: Escape and Evasion 1939-1945, Bodley Head, 1979.
Foote, Alexander, A Handbook for Spies, Museum Press, 1949.
Fourcade, Marie-Madeleine, Noah's Ark, Allen & Unwin, 1973.
Gannon, Paul, Colossus: Bletchley Park's Greatest Secret, Atlantic, 2006.
Garlinski, Josef, The Swiss Corridor, Dent, 1981.
Gladkov, Teodor, Ego Velichestvo Agent («El agente de Su Majestad»), Moscú, 2010.
Glanz, David, Soviet Military Intelligence in War, Frank Cass, 1990.
Gogun, Aleksandr y Aleksandr Kentiy, Krasnye partizany Ukrainy («Los partisanos rojos de Ucrania»), Ukrainsky Izdatelsky Soyuz, 2006.
Goodman, Michael S., The Official History of the Joint Intelligence Committee, vol. I, Routledge, 2014.
Gorodetsky, Gabriel, Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia, Yale University Press, 1999.
Gurévich, A., Un Certain Monsieur Kent, Grasset, 1995.
Handel, Michael (ed.), Strategic and Operational Deception in the Second World War, Frank Cass, 1987.
Harris Smith, R., OSS: The History of America's First Central Intelligence Agency, University of California Press, 1972.
Harrison, E. D. R. (ed.), The Secret World: Hugh Trevor-Roper on Wartime Intelligence, I. B. Tauris, 2014.
—The Young Kim Philby, Exeter University Press, 2012.
Hastings, Max, Bomber Command, Michael Joseph, 1979.
— Das Reich: The 2nd SS Panzer Division's March to Normandy June 1944, Michael Joseph, 1981.
— Overlord: D-Day and the Battle for Normandy, Michael Joseph, 1984.
— Armageddon: The Battle for Germany 1944-1945, Macmillan, 2004. (Hay trad. cast.: Armagedón: la derrota de Alemania, 1944-1945, Crítica, Barcelona, 2005).
— Nemesis: The Battle for Japan 1944-1945, HarperCollins, 2007. (Hay trad. cast.: Némesis: la derrota del Japón, 1944-1945, Crítica, Barcelona, 2007).
— Finest Years: Churchill as Warlord 1940-1945, William Collins, 2009. (Hay

trad. cast.: La guerra de Churchill: la historia ignorada de la Segunda Guerra Mundial, Crítica, Barcelona, 2010).
— All Hell Let Loose: The World at War 1939-1945, William Collins, 2011. (Hay trad. cast.: Se desataron todos los infiernos: historia de la Segunda Guerra Mundial, Crítica, Barcelona, 2011).
Haukelid, Knut, Skis Against the Atom, North American Heritage, 1989.
Hayden, Sterling, The Wanderer, Sheridan House, 2000.
Hinsley, F. H. et al., British Intelligence in the Second World War, 4 vols., HMSO, 1979-1990.
— y Alan Stripp, Codebreakers: The Inside Story of Bletchley Park, OUP, 1993.
Hodges, Andrew, Alan Turing: The Enigma of Intelligence, Allen & Unwin, 1983.
Hohne, Heinz, Canaris, Secker & Warburg, 1979.
Holmes, W. J., Double-Edged Secrets: US Naval Intelligence Operations in the Pacific During World War II, Departamento de Prensa del Instituto Naval, 1979.
Holt, Thaddeus, The Deceivers, Weidenfeld & Nicolson, 2004.
Howarth, Patrick, Undercover: The Men and Women of SOE, Routledge, Kegan Paul, 1980.
— Intelligence Chief Extraordinary: The Life of the Ninth Duke of Portland, Bodley Head, 1986.
Hue, Andre, The Next Moon, Viking, 2004.
Hunt, Antonia, Little Resistance, Leo Cooper, 1982.
Hunt, David, A Don at War, Kimber, 1966.
Jeffery, Keith, MI6: The History of the Secret Intelligence Service, Bloomsbury, 2010.
Jones, R. V., Most Secret War, Hamish Hamilton, 1978.
— Reflections on Intelligence, Heinemann, 1984.
Kahn, David, Hitler's Spies, Hodder & Stoughton, 1978.
— Seizing the Enigma, Souvenir, 1991.
— How I Discovered World War II's Greatest Spy, CRC Press, 2014.
Katz, Barry M., Foreign Intelligence: Research and Analysis in the Office of Strategic Services 1942-1945, Harvard University Press, 1989.
Kemp, Peter, The Thorns of Memory, Sinclair Stevenson, 1990.
Kennedy, Paul, Engineers of Victory, Allen Lane, 2012.
Komatsu, Keiichiro, The Importance of Magic, Routledge, Kegan Paul, 1999.
Korovin, V. V., Sovetskaya razvedka I kontrrazvedka v gody Velikoi Otechestvennoi voiny («La inteligencia y contrainteligencia soviéticas durante la Gran Guerra Patriótica»), Moscú, 2003.
Kotani, Ken, Japanese Intelligence in World War II, Osprey, 2009.

Langhorne, Richard (ed.), Diplomacy and Intelligence During the Second World War: Essays in Honour of F. H. Hinsley, Cambridge, 1985.
Langley, J. M., Fight Another Day, Magnum, 1974.
Lewin, Ronald, The American Magic, Farrar, Straus & Giroux, 1982.
Liddell, Guy, The Guy Liddell Diaries, Nigel West (ed.), 2 vols., Routledge, Kegan Paul, 2005.
Lloyd, Mark, The Art of Military Deception, Leo Cooper, 1997.
Lord, Walter, Lonely Vigil, Viking, 1977.
Macintyre, Ben, A Spy Among Friends, Bloomsbury, 2014.
— Double Cross, Bloomsbury, 2012.
— Operation Mincemeat, Bloomsbury, 2010.
— Agent ZigZag, Bloomsbury, 2007.
Mackay, Sinclair, The Secret Life of Bletchley Park, Aurum, 2010.
Mackenzie, William, The Secret History of SOE, St Ermins, 2000.
McLachlan, Donald, Room 39: Naval Intelligence in Action 1939-1945, Weidenfeld & Nicolson, 1968.
Martelli, George, Agent Extraordinary, William Collins, 1960.
Masterman, J. C., The Double Cross System, Granada, 1979.
Meyer, Hebert, Real World Intelligence, Weidenfeld & Nicolson, 1987.
Millar, George, The Bruneval Raid, Cassell, 1974.
— Road to Resistance, Bodley Head, 1979.
Modin, Yuri, My Five Cambridge Friends, Headline, 1994.
Monk, Ray, Inside the Centre: The Life of J. Robert Oppenheimer, Jonathan Cape, 2012.
Moravec, František, Master of Spies, Bodley Head, 1975.
Moss, W. Stanley, A War of Shadows, BFB, 2014.
Muggeridge, Malcolm, The Infernal Grove, William Collins, 1973.
Mure, David, Master of Deception, Kimber, 1980.
Newby, Eric, Love and War in the Apennines, Picador, 1983.
Pahl, Magnus, Fremde Heere Ost. Hitlers militärische Feindaufklärung, («Los ejércitos extranjeros en el Este: el reconocimiento militar de Hitler»), Berlín, 2012.
Perrault, Giles, The Red Orchestra, Arthur Barker, 1968.
Persico, Joseph, Piercing the Reich, Michael Joseph, 1979.
Peshchersky, Vladimir, Krasnaya Kapella: Sovetskaya razvedka protiv abvera i Gestapo («Rote Kapelle: el servicio de inteligencia soviético contra el Abwehr y la Gestapo»), Moscú, 2000.
Peskett, S. John, Strange Intelligence, Robert Hale, 1981.
Petersen, Neil H., From Hitler's Doorstep: The Wartime Intelligence Reports of Allen Dulles 1942-1945, Penn State University Press, 1996.
Pidgeon, Geoffrey, The Secret Wireless War, UPSO, 2003.

Porch, Douglas, The French Secret Service, Macmillan, 1996.
Poznyakov, V., Sovetskaye razvedka v Amerika 1919-1941 («El servicio de inteligencia soviético en Estados Unidos, 1919-1941»), Moscú, 2005.
Prange, Gordon, Target Tokyo: The Story of the Sorge Spy Ring, McGraw-Hill, 1984.
Price, Alfred, Instruments of Darkness, Panther, 1979.
Prudnikova, E., Rikhard Zorge, chuzhoi sredi svoikh («Richard Sorge: un enemigo dentro»), Moscú, 2010.
Reed-Olsen, Oluf, Two Eggs on My Plate, Allen & Unwin, 1952.
Schlesinger, Arthur M., A Life in the Twentieth Century, Mariner, 2000.
Seki, Eiji, Mrs Ferguson's Tea Set: Japan and the Second World War, Global Oriental, 2000.
Seth, Ronald, A Spy Has No Friends, Headline, 2008.
Sharapov, Eduard y Zoya Voskresenskaya, Taina Zoi Voskresenskoi, («El misterio de Zoya Voskresenskaya»), Moscú, 1998.
Sharp, Tony, Stalin's American Spy: Noel Field, Allen Dulles and the Eastern European Show Trials, Hurst, 2014.
Sisman, Adam, Hugh Trevor-Roper, Weidenfeld & Nicolson, 2010.
Slowikowsky, comandante general Rygor, In the Secret Service: The Lighting of the Torch, Windrush, 1988.
Smiley, David, Albanian Assignment, Chatto & Windus, 1984.
Smith, Bradley, The Ultra-Magic Deals and the Most Secret Special Relationship, 1940-1946, Airlife, 1993.
Smith, Michael, Station X: The Codebreakers of Bletchley Park, Pan, 2004.
— y Ralph Erskine (eds). Action This Day, Bantam, 2001.
Soboleva, T. A., Istoriya shifrovalnogo dela a Rossii («Una historia de la criptografía en Rusia»), Moscú.
SOE Syllabus, Public Record Office, 2001.
Sotskov, L. F. (ed.), Aggressiya. Rassekrechennye dokumenty sluzhby razvedki RF, 1939-1941(«Agresión. Documentos desclasificados del Servicio de Inteligencia en el Extranjero de la Federación Rusa, 1939-1941»), Moscú, 2001.
Spencer Chapman, Frederick, The Jungle is Neutral, Chatto & Windus, 1949.
Stephan, Enno, Spies in Ireland, Macdonald, 1963.
Stirling, Tessa (ed.), Report of the Anglo-Polish Historical Committee: Intelligence Cooperation Between Poland and Great Britain, Londres.
Strong, Kenneth, Intelligence at the Top, Giniger, 1968.
Stubbington, John, Bomber Command: Kept in the Dark, Pen & Sword, 2010.
Sudoplátov, Pável, Anatoli Sudoplátov, Jerrold y Leona Schecter, Special Tasks, Little, Brown, 1994.
Sweet-Escott, Bickham, Baker Street Irregular, Methuen, 1965.

Thorne, Christopher, Allies of a Kind, Hamish Hamilton, 1978.
Tooze, Adam, The Wages of Destruction, Penguin, 2005.
Trepper, Leopold, The Great Game, Michael Joseph, 1977.
Trevor-Roper, Hugh, The Wartime Journals, Richard Davenport-Hines (ed.), I. B. Tauris, 2012.
— The Secret World, Edward Harrison (ed.), I. B. Tauris, 2014.
Trubnikov (ed.), Ocherki Istorii Sovietski Vneshei Razvedki («Ensayos sobre la historia del Servicio de Inteligencia Soviético en el extranjero»), Moscú, 2007.
Vinogradov et al. (eds.), Sekrety Gitlera na Stole u Stalina («Los secretos de Hitler en el despacho de Stalin»), Moscú, 1995.
Voskresenskaya, Zoya, Teper ya mogu skazat pravdu («Ahora puedo decir la verdad»), Moscú, 1993.
Wake-Walker, Edward, A House for Spies, Robert Hale, 2012.
Waller, Douglas, Wild Bill Donovan, Simon & Schuster, 2012.
Webster, Jason, The Spy With 29 Names, Chatto & Windus, 2014.
Weinstein, Allen y Alexander Vassiliev, The Haunted Wood: Soviet Espionage in America-The Stalin Era, Random House, 1999.
Welchman, Gordon, The Hut Six Story, McGraw-Hill, 1982.
West, Nigel, MI6: British Secret Intelligence Service Operations 1909-1945, Weidenfeld & Nicolson, 1983.
Wheatley, Dennis, The Deception Planners, Hutchinson, 1980.
Williams, Allan, Operation Crossbow, Preface, 2013.
Winterbotham, F. W., The Ultra Secret, Weidenfeld & Nicolson, 1974.
Woodman, Richard, The Malta Convoys, John Murray, 2000.

MAX HASTINGS. (Nacido el 28 de diciembre de 1945) es un periodista e historiador británico. Es hijo de MacDonald Hastings, conocido corresponsal de guerra británico, y Anne Scott-James, asimismo periodista.

Hastings se formó en la Charterhouse School y en el University College de Oxford, que abandonó al cabo de solo un año. Fue durante muchos años corresponsal de guerra de la televisión *BBC* y el periódico londinense *Evening Standard*. Luego dirigió el *Daily Telegraph* y regresó como director al *Standard* en 1996, hasta su retiro, en 2001. Fue nombrado caballero en 2002.

En el ámbito hispanohablante es conocido especialmente como corresponsal de la Guerra de las Malvinas y como historiador de la Segunda Guerra Mundial.

Notas y fuentes

Una vez más merece destacarse que el escepticismo constituye un elemento esencial en todos los textos y relatos vinculados a la inteligencia de cualquier nación, así como en las memorias de los agentes, en los informes oficiales, en los libros publicados e incluso en los documentos contemporáneos. La práctica totalidad de quienes participaron en la guerra secreta mentía, y en algunos casos porque así lo requería su trabajo. Este libro intenta describir y explicar lo sucedido, pero resultaría absurdo pretender responder de su autenticidad. Las memorias de Pável Sudoplátov, por ejemplo, son una lectura fascinante y casi el único testimonio del que disponemos para conocer algunos aspectos de la historia rusa en época de guerra. Sin duda, su relato contiene partes de verdad, pero es imposible distinguirlas con seguridad. Lo mismo podemos decir de las biografías de otros muchos exagentes de la inteligencia en Rusia, Alemania, Gran Bretaña, Estados Unidos o Japón. Existe un volumen muy considerable de material no solo en los Archivos Nacionales estadounidenses, en Maryland, sino también en la red de Internet: los estudios TICOM realizados en la posguerra sobre la lucha de la inteligencia de radio son especialmente útiles y relevantes.

En los Archivos Nacionales de Kew puede consultarse un nutrido corpus de material relativo a la inteligencia británica. Figuran allí algunos documentos del MI6, aunque hasta la fecha nadie ha tenido acceso a los archivos del servicio propiamente salvo el cronista oficial Keith Jeffery hace una década, y se le prohibió mencionar el nombre de los informadores, aun de los ya fallecidos, en sus obras de divulgación. Puesto que el material disponible sugiere que el MI6 —a diferencia de su rama subordinada, la Escuela de Código y Cifra— representó un papel marginal en la inteligencia durante la contienda, los defensores del servicio declaran que solo se nos ha conservado una pequeña porción de sus archivos contemporáneos útil para su estudio, ya sea por parte de Keith Jeffery o de cualquier otro investigador.

En consecuencia, según sostienen los leales servidores del servicio secreto, es probable que se hayan perdido detalles de las numerosas hazañas protagonizadas por los hombres de Broadway. Es posible, pero no es seguro. Mi escepticismo personal con respecto a la actuación del MI6 se ha visto influida por los muchos testigos coetáneos que tenían una triste opinión de Stewart Menzies y sus oficiales, no siempre tan cínicos como Hugh Trevor-Roper o Malcolm Muggeridge. Los pares de Bill Bentinck, Alexander Cadogan y Nigel Clive no tuvieron hachas que afilar.

Se calcula que ha sobrevivido el 13% de los archivos de la SOE y los historiadores y estudiantes han podido consultarlos desde hace unos años en los Archivos Nacionales. La historia autorizada del MI5 escrita por Christopher Andrew contiene abundante información fascinante y cita algunos de los documentos internos más relevantes. Los archivos de la inteligencia soviética jamás se han abierto a los investigadores, pero en las últimas dos décadas se han publicado algunas colecciones con un notable volumen de material basado en ellos. Podemos suponer que se trata de documentación auténtica en su mayoría y, sin duda, resultan muy atractivos para los historiadores. No obstante, debemos notar una salvedad importante: tras un minucioso proceso de selección, Moscú ha desclasificado solamente algunos papeles con miras a presentar la mejor imagen posible de sus servicios de inteligencia en tiempo de guerra. De este modo, no podemos valorar equilibradamente las actividades del GRU o el NKVD a partir de lo que la Rusia moderna ha decidido revelar, como no se podría estudiar la lista de los probables ganadores de una carrera sin mencionar a los que tienen pocas probabilidades de vencer. Moscú pretende reivindicar los logros de sus decodificadores en la Segunda Guerra Mundial, pero hasta la fecha no ha aportado prácticamente pruebas documentales que los legitimen, más allá de algunos desencriptados de origen incierto; mientras la situación no varíe, parece razonable atribuir a la exaltación nacionalista la pretendida igualdad entre sus profesionales y los de Bletchley y Arlington Hall. Por otra parte, en los Archivos Militares de Friburgo se conserva un gran volumen de valoraciones y análisis del Abwehr y del personal de la inteligencia militar alemana; allí, por ejemplo, puede leerse casi toda la producción del agente «Max», preparada por el Moscú Centro para deleite de Reinhard Gehlen.

En las notas que siguen, los Archivos Nacionales Británicos aparecen citados como UKNA; su equivalente en Estados Unidos figura como USNA; el archivo militar alemán se cita como Friburgo.

[1] Archivo Friedman online; consúltese la Bibliografía para las referencias de acceso. <<

[2] En adelante, los nombres en clave de los agentes aparecerán entrecomillados. <<

[3] El MI6 británico suele conocerse por el nombre de SIS —Secret Intelligence Service—, pero en aras de la claridad, utilizaremos en adelante el primer nombre, incluso en las citas, evitando así también una posible confusión con el Servicio de Inteligencia de Señales estadounidense. <<

[4] El servicio de inteligencia soviético y sus ramas nacionales y en el extranjero sufrieron diversos procesos de reorganización y cambiaron también de nombre en varias ocasiones entre 1934 y 1954, fecha en que pasó a denominarse KGB. A lo largo de este libro, emplearemos las siglas «NKVD», aunque a partir de 1943 nos referiremos también a la organización de contrainteligencia SMERSh —Smert Shpionam— y al GRU, la rama de inteligencia militar del Ejército Rojo que existió paralelamente a los otros sistemas de espionaje a partir de 1926 y fue a erigirse en feroz rival del NKVD, tanto en territorio nacional como en el extranjero. <<

[5] David Kahn, Hitler's Spies, Hodder & Stoughton, 1978, p. 198. <<

[6] Dr. R. V. Jones, Most Secret War, Heinemann, 1978, p. 7. <<

[7] Los estadounidenses se referían a sus descifrados diplomáticos japoneses como «Magic». No obstante, en aras de la sencillez, en este libro se ha optado por la denominación única de «Ultra», comúnmente aceptada en ambas orillas del Atlántico, como término genérico para el producto de los descifrados de los códigos y cifras más relevantes del enemigo, si bien es de notar que en Bletchley Park apenas se usó dicho término. <<

[8] «Humint» es el término que los especialistas utilizan para referirse a la inteligencia recopilada por los espías, mientras que «sigint» hace referencia al fruto de las intercepciones de señales radiofónicas. <<

[1] Dr. R. V., Reflections on Intelligence, Londres, 1984, pp. 69-70. <<

[2] Stewart Hampshire en Hugh Trevor-Roper, The Wartime Journals, Richard Davenport-Hines (ed.), I. B. Tauris, 2012, p. 149 (abril de 1943). <<

[3] Guy Liddell, The Guy Liddell Diaries, Nigel West (ed.), 2 vols., Routledge, 2005, vol. I, p. 86. <<

[4] Richard Usborne, Clubland Heroes, Constable, 1953, p. 1. <<

[5] Adam Sisman, Hugh Trevor-Roper, Weidenfeld & Nicolson, 2010, p. 90. <<

[6] Keith Jeffery, MI6: The History of the Secret Intelligence Service, Bloomsbury, 2010, p. 287. <<

[7] Este relato se basa en el que aparece en el trabajo de Ralph Erskine, «The Poles Reveal their Secrets: Alastair Denniston's Account of the July 1939 Meeting at Pyry», Cryptologia (22 de noviembre de 2006). <<

[8] Alexander Cadogan, The Diaries of Sir Alexander Cadogan 1938-1945, David Dilks Cassell (ed.), 1971, p. 158. <<

[9] UKNA FO1093/127. <<

[10] Los oficiales del GRU y el NKVD se referían a sus respectivos cuarteles como «Centro». <<

[11] Pável Sudoplátov, Special Tasks, Little Brown, 1994, p. 62. <<

[12] Alexander Foote, A Handbook for Spies, Museum Press, 1949, p. 22. <<

[13] Hamburger, como tantos otros en este libro, se valió de distintos nombres durante su carrera; empezó siendo Kuczynski y terminó como Werner. Para evitar confusiones, aquí utilizaremos siempre el mismo nombre. <<

[14] Ibid, p. 38. <<

[1] Jones, Intelligence, p. 274. <<

[2] Ibid, p. 275. <<

[3] UKNA FO1093/200-202. <<

[4] Cadogan, p. 226. <<

[5] František Moravec, Master of Spies, Bodley Head, 1975, p. 52. <<

[6] Cadogan, p. 231 (10 de noviembre de 1939). <<

[7] Liddell, vol. I, p. 51. <<

[8] Kenneth Strong, Intelligence at the Top, Giniger, 1968, p. 55. <<

[9] Jones, Intelligence, p. 216. <<

[10] Liddell, vol. I, p. 32. <<

[11] Bill Williams en USNA RG457, entrada 9002 SRH 037. <<

[12] Liddell, p. 57. <<

[13] Cadogan, p. 245 (13 de enero de 1940). <<

[14] Strong, p. 61. <<

[15] Cadogan, p. 248. <<

[16] Praun, ms., p. 53; Archivo Friedman online, consúltese la Bibliografía para los detalles de acceso. <<

[17] Hans-Otto Behrendt, Rommel's Intelligence in the Desert Campaign, Kimber, 1980, p. 59. <<

[18] Ibid, p. 219. <<

[19] Archivo de Friburgo, R606055 1/2 y 2/2 52. <<

[20] Bruce Lockhart, Diaries, p. 47 (16 de enero de 1940). <<

[21] Archivo de Friburgo, RW4/320-84 (junio de 1941). <<

[22] Jeffery, p. 386. <<

[23] Liddell, p. 98. <<

[24] Donald McLachlan, Room 39: Naval Intelligence in Action 1939-1945, Weidenfeld & Nicolson, 1968, p. 176. <<

[25] Strong, p. 69. <<

[26] Cadogan, p. 318. <<

[27] Richard Aldrich, Intelligence and the War Against Japan, Cambridge, 2000, p. 37 (6 de enero de 1941). <<

[28] Anatoli Sukolov-Gurévich, Un Certain Monsieur Kent, Grasset, 1995, p. 117. <<

[29] Ibid, p. 129. <<

[30] Malcolm Muggeridge, The Infernal Grove, Collins, 1973, p. 117. <<

[31] Strong, p. 94. <<

[32] Trevor-Roper, Journals, p. 33. <<

[33] Sisman, p. 107. <<

[34] Ibid, p. 88. <<

[35] Ibid, p. 89. <<

[36] Ibid, p. 96. <<

[37] Kahn, Spies, p. 228. <<

[38] Richard Langhorne (ed.), Diplomacy and Intelligence During the Second World War: Essays in Honour of F. H. Hinsley, Cambridge, 1985, ensayo de Andrew, p. 31. <<

[39] UKNA WO208/5542 SIR 1595, 1598. <<

[40] Sisman, p. 119. <<

[41] Jeffery, pp. 381-382. <<

[42] Kahn Spies, p. 187. <<

[43] Ibid, p. 270. <<

[44] Michael Handel (ed.), Strategic and Operational Deception in the Second World War, Frank Cass, 1987, p. 119. <<

[45] Behrendt, p. 49. <<

[46] Ibid, p. 167. <<

[47] Sisman, p. 117. <<

[1] Jeffery, p. 332. <<

[2] Ibid, p. 335. <<

[3] Noel Annan, Our Age, Weidenfeld & Nicolson, 1990, p. 223. <<

[4] McLachlan, p. 343. <<

[5] UKNA WO208/3575. <<

[6] UKNA WO169/18. <<

[7] Jeffery, p. 401. <<

[8] Patrick Howarth, Intelligence Chief Extraordinary, Bodley Head, 1986, p. 144. <<

[9] Strong, p. 98. <<

[10] La Typex fue desarrollada en 1934 por el comandante del Aire O. C. Lywood y Ernest Smith, del departamento de señales del Ministerio del Aire, a partir de una Enigma comercial, y el servicio británico empezó a utilizarla tres años más tarde. <<

[11] Praun, ms., p. 129. <<

[12] Ibid, p. 3. <<

[13] Andrew Hodges, Alan Turing: The Enigma of Intelligence, Allen & Unwin, 1983, p. 26. <<

[14] Annan, p. 237. <<

[15] F. H. Hinsley y Alan Stripp, Codebreakers: The Inside Story of Bletchley Park, OUP, 1993; Hugh Denham, p. 264. <<

[16] Citado en el ensayo de Andrew que aparece en Langhorne, p. 31. <<

[17] F. L. Lucas, en Enigma: The Battle for the Code, Weidenfeld & Nicolson, 1980, p. 36. <<

[18] R. V. Jones, Intelligence and National Security, 1994, p. 2. <<

[19] Stephen Budiansky, Battle of Wits, Penguin, 2000, p. 114. <<

[20] Budiansky, p. 159. <<

[21] Ibid, p. 135. <<

[22] Christopher Morris en Hinsley y Stripp, p. 243. <<

[23] Hugh Skillen, Enigma and its Achilles Heel, Pinner, 1992, p. 48. <<

[24] Sarah Baring, The Road to Station X, Wilton, 65, 2000, p. 93. <<

[25] Millward en Hinsley y Stripp, p. 28. <<

[26] Peter Calvocoressi, Top Secret Ultra, Cassell, 1980. <<

[27] Jack Good en Hinsley y Stripp, p. 160. <<

[28] Juego de palabras intraducible al castellano. (N. de los T.). <<

[29] Gordon Welchman, The Hut Six Story, McGrawHill, 1982, p. 101. <<

[30] F. W. Winterbotham, The Ultra Secret, Futura, 1975, p. 33. <<

[31] Welchman, p. 140. <<

[32] El término crib se usa aquí en el sentido que le daban los estudiantes en las escuelas inglesas para referirse a las guías o chuletas que utilizaban en sus traducciones de latín y griego. (N. de los T.). <<

[33] Sinclair McKay, The Secret Life of Bletchley Park, Aurum, 2010, p. 106. <<

[34] UKNA HW1/3. <<

[35] Stuart Milner-Barry en Hinsley y Stripp, p. 98. <<

[36] Ibid. <<

[37] Annan, p. 236. <<

[38] UKNA HW14/13. <<

[39] Ralph Erskine al autor (27 de abril de 2015). <<

[40] Thomas en Hinsley y Stripp, p. 45. <<

[41] UKNA HW14/43 (15 de julio de 1942). <<

[42] UKNA HW14 (11 de enero de 1941). <<

[43] UKNA HW14/13. <<

[44] McKay, p. 151. <<

[45] Michael Smith y Ralph Erskine (eds.), Action This Day, p. 104. <<

[46] Christopher Grey, Intelligence and National Security 28, n.º 6, diciembre de 2013, pp. 705-807. <<

[47] Ensayo de Bennett en Hinsley y Stripp, p. 38. <<

[48] Derek Taunt en Action This Day, p. 82. <<

[49] Ibid, p. 207. <<

[50] UKNA HW14/37. <<

[51] Liddell, vol. I, p. 33. <<

[52] McKay, p. 104. <<

[53] UKNA HW14/13. <<

[54] UKNA HW14/37 (11 de mayo de 1942). <<

[55] Alan Brooke, War Diaries 1939-45, Alex Danchev Daniel Todman (eds.), Weidenfeld & Nicolson, 2001, p. 250. <<

[56] Kahn, Kahn On Codes, p. 113. <<

[57] Budiansky, p. 241. <<

[58] Liddell, vol. I, p. 264. <<

[59] Sir John Kennedy, ms., King's College de Londres, Archivo Liddell Hart (7 de marzo de 1941). <<

[60] Jeffery, p. 44. <<

[61] Liddell, vol. I, p. 116 (11 de diciembre de 1940). <<

[62] USNA RG65, caja 124. <<

[63] Este relato se basa en el trabajo de Ralph Erskine, «What did the Sinkov Mission Receive from Bletchley Park?», Cryptologia (22 de septiembre de 2007). <<

[64] Budiansky en Action This Day, p. 222. <<

[65] UKNA WO193/306. <<

[66] UKNA CAB120/768. <<

[1] L. F. Sotskov (ed.), Aggressiya. Rassekrechennye dokumenty sluzhby razvedki RF, 1939-1941 («Agresión: documentos desclasificados del Servicio de Inteligencia en el Extranjero de la Federación Rusa 1939-1941»), Moscú, 2001, p. 222. <<

[2] Gabriel Gorodetsky, Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia, Yale, 1999, p. 58. <<

[3] Ibid, p. 57. <<

[4] Ibid, p. 114. <<

[5] Ibid, p. 122. <<

[6] Ibid, p. 133. <<

[7] Ibid, p. 135. <<

[8] Gurévich, p. 87. <<

[9] Gordon Prange, Target Tokyo: The Story of the Sorge Spy Ring, McGrawHill, 1984, p. 342. <<

[10] Despachos de Sorge, p. 277, documento 150, TsAMO RF f. 23, op. 24127, d. 2, l. 422. <<

[11] Gorodetsky, p. 53. <<

[12] Vladimir Krasnaya Peshchersky, Kapella: Sovetskaya razvedka protiv abvera i Gestapo («Rote Kapelle: El Servicio de Inteligencia Soviético contra el Abwehr y la Gestapo»), Moscú, 2000, p. 70. <<

[13] Sotskov, p. 141. <<

[14] Ibid, p. 234. <<

[15] Ibid, p. 256. <<

[16] Ibid, p. 258. <<

[17] Ibid, pp. 262 y ss. <<

[18] Ibid, p. 271 (19 de marzo de 1941). <<

[19] Ibid, pp. 165-166. <<

[20] Ibid, p. 391. <<

[21] Gorodetsky, p. 53. <<

[22] Ibid, p. 176. <<

[23] Sotskov, p. 490. <<

[24] Gorodetsky, p. 301. <<

[25] John Deane en Douglas Waller, Wild Bill Donovan, Simon & Schuster, 2012, p. 223. <<

[26] Sotskov, p. 461. <<

[27] UKNA FO371/29479 N1390/78. <<

[28] UKNA FO371/26518 C2919/19/18. <<

[29] UKNA FO371/29479 N1364/78/38 y 29465 N1713/3/38. <<

[30] UKNA WO208/1761 jic 41/218. <<

[31] Departamento de Estado de Estados Unidos 740.0011 EW/39/8919 (7 de marzo de 1941). <<

[32] Gorodetsky, p. 185. <<

[33] Ibid, p. 187. <<

[34] Ibid, p. 222. <<

[35] Sudoplátov, p. 123. <<

[36] Gorodetsky, p. 306. <<

[37] Ibid, p. 206. <<

[1] Este relato se basa principalmente en el trabajo de Seki Eiji, Mrs. Ferguson's Tea Set: Japan and the Second World War, Global Oriental, 2000. <<

[2] Ken Kotani, Japanese Intelligence in World War II, Osprey, 2009, p. 32. <<

[3] Ibid, p. 83. <<

[4] Liddell, vol. I, p. 161. <<

[5] Kotani, p. 20. <<

[6] Ibid, p. 101. <<

[7] Ibid, p. 71. <<

[8] Véase Elphick y Smith, Odd Man Out, Hodder & Stoughton, 1993. <<

[9] Manuscrito de John Hurt en Friedman, Papers Box 212, «The Japanese Problem in the Signals Intelligence Service», 1930-1945, p. 28. <<

[10] La información biográfica que sigue procede fundamentalmente del trabajo de Elliot Carlson, Joe Rochefort's War, Departamento de publicaciones del Instituto Naval, Annapolis, 2011. <<

[11] Ibid, p. 35. <<

[12] Ibid, p. 39. <<

[13] Ibid, p. 21. <<

[14] W. J. Holmes, Double-Edged Secrets: US Naval Intelligence Operations in the Pacific During World War II, Departamento de publicaciones del Instituto Naval, 1979, p. 43. <<

[15] Ibid, p. 96. <<

[16] USNA RG457, caja 78, SRH264. <<

[17] Kotani, p. 87. <<

[1] Sudoplátov, p. 127. <<

[2] Ibid, p. 128. <<

[3] Christopher Andrew y Vasili Mirokhin, The Mitrokhin Archive, Allen Lane, 1999, p. 106. <<

[4] Sudoplátov, p. 112. <<

[5] Ibid, p. 113. <<

[6] Ibid, p. 114. <<

[7] Zoya Voskresenskaya, Teper ya mogu skazat pravdu («Ahora puedo decir la verdad»), Moscú, 1993. <<

[8] Sudoplátov, p. 150. <<

[9] Velikaya Otechestvennaya Voina 1941-1945 godov («La Gran Guerra Patriótica de 1941-1945»), vol. VI (Inteligencia y contrainteligencia durante la Gran Guerra Patriótica), Moscú, 2013, p. 196. <<

[10] Jack Masterman, The Double-Cross System, Granada, 1979, p. 32. <<

[11] L. A. Kuzmin, en un ensayo titulado «Ne zabyvat svoikh geroev». («No debemos olvidar a nuestros héroes»), sostiene que el equipo de Tolstoi rompió los cifrados japoneses Naranja, Rojo y Púrpura. <<

[12] Velikaya Otechestvennaya Voina 1941-1945 godov («La Gran Guerra Patriótica»), vol. VI, p. 196. <<

[13] Ralph Erskine señaló esta puntualización al autor (5 de abril de 2015). <<

[14] Este relato se basa en el trabajo de Klim Degtyarev y Aleksandr Kolpakidi, Vneshnyaya Razvedka SSSR («El Servicio de Inteligencia Soviético en el Extranjero»), Moscú, 2009, pp. 130 y ss. <<

[15] Franz Halder en una entrevista de 1967 con Der Spiegel. <<

[16] Promocionando una versión publicada de su historia en Moscow's Eye, preparada por el periodista alemán Bernd Ruland. <<

[17] Peshchersky, p. 235. <<

[18] Gurévich, pp. 159 y ss. <<

[19] Ibid, p. 164. <<

[20] Ibid, p. 165. <<

[21] V. V. Korovin, Sovetskaya razvedka I kontrrazvedka vgody Velikoi Otechestvennoi voiny («Inteligencia y contrainteligencia durante la Gran Guerra Patriótica»), Moscú, 2003, p. 48. <<

[22] Ibid, p. 49. <<

[23] Echterkampf, Second World War vol. IX, parte I, pp. 821 y ss. <<

[1] A este respecto, puede consultarse un relato ejemplar y relacionado con las acciones navales en el Mediterráneo en el trabajo de Richard Woodman, Malta Convoys, John Murray, 2000, pp. 244 y ss. <<

[2] Este relato se basa fundamentalmente en el trabajo de Hinsley et al., British Intelligence, vol. II, pp. 179-188. <<

[3] S. W. Roskill, The War at Sea, HMSO, 1956, vol. II, p. 159. <<

[4] Percy Cradock, Know Your Enemy: How the JIC Saw the World, John Murray, 2002. <<

[5] Howarth, p. 113. <<

[6] Ibid, p. 171. <<

[7] UKNA CAB81/103. <<

[8] Howarth, p. 143. <<

[9] Jones, Intelligence, p. 91. <<

[10] Howarth, p. 171. <<

[11] UKNA CAB81/103. <<

[12] UKNA CAB81/103. <<

[13] Ibid. <<

[14] Ibid. <<

[15] G. M. Trevelyan, A Short History of England, Pelican, 1959, p. 256. <<

[16] McLachlan, p. 264. <<

[17] Hugh Dalton, The War Diaries of Hugh Dalton, Ben Pimlott (ed.), Jonathan Cape, 1986, p. 58. <<

[18] Lockhart, p. 230 (15 de marzo de 1943). <<

[19] Howarth, p. 144. <<

[20] Bennett, Man of Mystery, p. 250. <<

[21] Sisman, p. 90. <<

[22] Trevor-Roper, Secret World, p. 103. <<

[23] Sisman, p. 107. <<

[24] Ibid, pp. 109-110. <<

[25] Jones, Intelligence, p. 158. <<

[26] Howarth, p. 115. <<

[27] Arthur M. Schlesinger, A Life in the Twentieth Century, Mariner, 2000, p. 328. <<

[28] Cadogan, p. 405 (6 de septiembre de 1941). <<

[29] UKNA HW14/13. <<

[30] Véase Max Hastings, Bomber Command, Michael Joseph, 1979, p. 98. <<

[31] UKNA CAB163/6. <<

[32] A. Bonsall, An Uphill Struggle: The Provision of Tactical Sigint Support to the Allied Air Forces in Europe in WWII; y John Stubbington, Kept in the Dark, p. 205. <<

[33] McLachlan, p. 2. <<

[34] Ibid, p. 2. <<

[35] UKNA ADM205/23. <<

[36] McLachlan, p. 38. <<

[37] Ibid, p. 174. <<

[38] Probablemente, el lema se hacía eco de la cita de Rudyard Kipling «Oh, East is East, and West is West, and never the twain shall meet» (Barrack-room Ballads, 1892), en que el autor lamenta la imposibilidad de entendimiento entre dos comunidades debido a las profundas diferencias que existen entre ambas. (N. de los T.). <<

[39] Archivos del TICOM online, Inteligencia Naval de Comunicaciones Alemana SRH-024, p. 21. <<

[40] Ibid, p. 25. <<

[41] Ibid, p. 22. <<

[42] Erskine, Action This Day, pp. 374-375. <<

[43] Dönitz, Memoirs: Ten Years and Twenty Days, p. 143. <<

[44] McLachlan, p. 340. <<

[1] Praun, ms., p. 98. <<

[2] UKNA HW14/62 diciembre de 1942, HW14/33, HW14/60, HW14/19 y HW14/17. Pueden consultarse más detalles sobre la monitorización británica de las interceptaciones alemanas en el Frente Oriental en HW14/27, HW14/29, HW14/62, HW14/28 y HW14/33. Existen estudios muy provechosos sobre el engaño de «Marte» en Information Bulletin of the Russian Association of Second World War Historians, n.º 6, 200, pp. 16 y ss. <<

[3] UKNA HW14/19. <<

[4] Archivos de Friburgo RH2/1981, hojas 46-51, Ejércitos Extranjeros del Este.
<<

[5] Igor Damaskin, Stalin i razvedka («Stalin y el Servicio de Inteligencia»), Moscú, pp. 284 y ss. <<

[6] Ibid, p. 285. <<

[7] Damaskin, p. 287. <<

[8] Archivo de Friburgo RH2/1957, hojas 180 y 183. <<

[9] UKNA CAB154/105. <<

[10] UKNA HW19/347. <<

[11] Liddell, vol. II, p. 99. <<

[12] Véase el trabajo de David Glantz en Handel et al., p. 188. <<

[13] Sudoplátov, p. 160. <<

[14] Rybkina, p. 321. <<

[1] Memorias de Zoya Rybkina, p. 239. <<

[2] Gurévich, p. 213. <<

[3] UKNA WO208/5556; para la versión de los sucesos de Lyon-Smith, véanse Antonia Hunt, Little Resistance, Leo Cooper, 1982. Praun, ms., p. 185. <<

[4] Praun, p. 185 <<

[5] Foote, p. 119. <<

[6] Ibid, p. 143. <<

[7] Ibid, p. 110. <<

[1] Diario de Dalton, p. 62 (22 de julio de 1940). <<

[2] Ibid, p. 52 (1 de julio de 1940). <<

[3] Howarth, p. 138. <<

[4] Beevor, p. 15. <<

[5] Lockhart, pp. 168-169. <<

[6] Hastings, Max, Das Reich: The 2nd SS Panzer Division's March to Normandy June 1944, Michael Joseph, 1981, p. 137. <<

[7] Carta al autor (10 de marzo de 1980). <<

[8] Bennett, Churchill's Man of Mystery, Routledge, 2009, p. 261. <<

[9] Jeffery, p. 629. <<

[10] Bickham, Baker Street Irregular, Methuen, 1965, p. 24. <<

[11] Ibid, p. 12. <<

[12] Véase UKNA CAB301/51 Hanbury-William/Playfair, junio de 1942, informe sobre la carestía de la SOE. <<

[13] UKNA HI5/203 (21 de enero de 1942). <<

[14] UKNA HI5/203 (diciembre de 1942). <<

[15] Sweet-Escott, p. 60. <<

[16] Ibid, p. 197. <<

[17] Clive, Nigel, A Greek Experience 1943-1948, Michael Russell, 1985, p. 85. <<

[18] Praun, ms., p. 121. <<

[19] Lockhart, p. 222. <<

[20] En cuanto a los intentos del MI6 para contener a la SOE, véase UKNA FO1093/155. <<

[21] Liddell, vol. II, p. 61. <<

[22] Jeffery, p. 355. <<

[23] UKNA WO208/3629, interrogatorio de Weigel. <<

[24] El relato se ha obtenido de Foot, M. R. D., The Special Operations Executive 1940-1946, BBC, 1984, pp. 130-134. <<

[25] Times Literary Supplement (18 de marzo de 1953). <<

[26] Howarth, p. 175. <<

[27] Ibid, p. 174. <<

[28] Ibid. <<

[29] Reed-Olsen, Oluf, Two Eggs on My Plate, Allen & Unwin, 1952, p. 234. <<

[30] Jeffery, p. 434. <<

[31] Liddell, p. 206. <<

[32] Reed-Olsen, p. 45. <<

[33] Foot, M. R. D y J. M. Langley, MI9: Escape and Evasion 1939-1945, Bodley Head, 1979, p. 65. <<

[34] Langley, James, Fight Another Day, Magnum, 1974, p. 242. <<

[35] Ibid, p. 193. <<

[36] Sweet-Escott, p. 73. <<

[37] Clive, p. 45. <<

[38] Ibid, p. 123. <<

[39] Haukelid, Knut, Skis Against the Atom, North American Heritage, 1989, p. 13. <<

[40] Sweet-Escott, p. 154. <<

[41] Clive, p. 128. <<

[42] Para el manuscrito inédito de Hiller, véase Hastings, Das Reich, p. 48. <<

[43] Clive, p. 134. <<

[44] Harris Smith, R., OSS: The History of America's First Central Intelligence Agency, University of California Press, 1972, p. 112. <<

[45] Véase Hastings, Das Reich, passim. <<

[46] Ibid, p. 218. <<

[1] Hayden, Sterling, The Wanderer, Sheridan House, 2000, p. 330. <<

[2] Sweet-Escott, p. 126. <<

[3] USNA RG65, caja 125, testimonio del FBI. <<

[4] Ibid. <<

[5] USNA RG65, caja 122. <<

[6] Ibid. <<

[7] USNA RG65, caja 125. <<

[8] USNA RG65, caja 126. <<

[9] Howarth, p. 148. <<

[10] Harris Smith, p. 35. <<

[11] Hayden, p. 310. <<

[12] Schlesinger, p. 296. <<

[13] Hayden, p. 310. <<

[14] Smith, p. 111. <<

[15] Lockhart, p. 175 (17 de junio de 1942). <<

[16] USNA RG59, caja, 151, 103.91802. <<

[17] USNA RG59, caja 150, 103.91802 (julio de 1944). <<

[18] USNA RG59, caja 148, 103.91802/14 (14 de octubre de 1943). <<

[19] Ibid, caja 149, 103.91802/1921 (abril de 1944). <<

[20] Hayden, p. 236. <<

[21] Stafford, David, Roosevelt and Churchill, p. 213. <<

[22] Tompkins, Peter, Italy Betrayed, Simon & Schuster, 1966, p. 253. <<

[23] Trevor-Roper, Journals (enero de 1943), p. 128. <<

[24] Sweet-Escott, p. 150. <<

[25] USNA RG59, caja 151, 103.91802 (noviembre de 1944). <<

[26] UKNA HIS/210. <<

[27] UKNA HS1/103. <<

[28] Smith, p. 254. <<

[29] Ibid, p. 128. <<

[30] Seitz, Albert, Milhailovitch, Columbus, 1953, p. 49. <<

[31] Hayden, 1951, testimonio ante el Comité de la Cámara de Estados Unidos, pp. 152-153. <<

[32] Hayden, p. 314. <<

[33] Ibid, p. 315. <<

[34] Katz, Barry M., Foreign Intelligence: Research and Analysis in the Office of Strategic Services 1942-1945, Harvard, 1989, p. 185. <<

[35] USNA RG59, caja 144, 103.91810-2144 (23 de octubre de 1944). <<

[36] Smith, p. 43. <<

[37] USNA RG59, caja 144, 103.91810-344. <<

[38] Smith, p. 246. <<

[39] Bruce, artículo del New York Times del 15 de febrero de 1959. <<

[40] En cuanto a la correspondencia a la embajada británica al respecto del soborno a los españoles para que no se involucrasen en la guerra, véase UKNA CAB301/91. <<

[41] Waller, pp. 201-202. <<

[42] New York Times (31 de agosto de 1948). <<

[43] Wedermeyer Reports, Nueva York, 1958, p. 107. <<

[44] Katz, p. 9. <<

[45] Ibid, p. 40. <<

[46] Ibid, p. 41. <<

[47] Ibid, p. 115. <<

[48] Ibid, p. 29. <<

[49] Weinstein, Allen y Vassiliev, Alexander, The Haunted Wood: Soviet Espionage in America - The Stalin Era, Random House, 1999, p. 245. <<

[50] Schlesinger, p. 305. <<

[51] Sweet-Escott, p. 126. <<

[52] Doerries, Reinhard R., Hitler's Last Chief of Foreign Intelligence: Allied Interrogations of Walter Schellenberg, Frank Cass, 2003, p. 102. <<

[53] Petersen, Neal, From Hitler's Doorstep, Penn State University Press, 1996, p. 20. <<

[54] Ibid, p. 33. <<

[55] Señal de Dulles del 4 de marzo de 1943. <<

[56] Señal de Dulles del 10 de abril de 1943. <<

[57] Jeffery, p. 509. <<

[58] Informe de Dulles del 24 de marzo de 1944. <<

[59] Señal de Dulles del 17 de febrero de 1944. <<

[60] Señal de Dulles del 15 de marzo de 1944. <<

[61] Korovin, p. 617. <<

[62] Ibid, p. 593. <<

[63] Petersen, p. 16. <<

[1] Véase Krasnye partizany Ukrainy («Los partisanos rojos de Ucrania»), Gogun y Kentiy (eds.), Kiev, 2006. <<

[2] Este relato se ha tomado de Glebov V., Voina bez pravil. Predannyi resident («Una guerra sin reglas. El agente traicionado»), Moscú, 2005, pp. 54-56. <<

[3] N.º 3272/SV TsDAGO Ukragni F.1 Op. 22 Spr. 62 Ark. 40-41, citado en Gogun. <<

[4] (24 de noviembre de 1941). N.º 3292/sp. TsDAGO Ukragni F.1 Op. 22. Spr. 62. Ark. 45-46, cita en Gogun. <<

[5] N.º 3290/SV TsDAGO Ukragni F.1 Op. 22 Spr. 62. Ark. 49-50, cita en Gogun. <<

[6] Informe compilado por el jefe de la inteligencia especial rumana, el director general Eujen Kristescu. DAOO (Derzhavniy arkhiv Odeskoi oblasti) F. 492 (st.) Op. 1(st.) Spr. 13 (st.) Ark. 20-24 (st.), cita en Gogun y Kentiy. <<

[7] Historia de Potsdam, vol. VI, p. 1010. <<

[8] Diario de Kovpak, p. 30, cita en Gogun. <<

[9] Diario de N. Popudrenko, p. 165 (1 de febrero de 1942), cita en Gogun. <<

[10] Diario de G. V. Balitsky, p. 522 (3 de agosto de 1943), cita en Gogun. <<

[11] Diario de N. Popudrenko, pp. 175 y 179. <<

[12] Potsdam Germany and the Second World War, vol. VI, p. 1020. <<

[13] UKNA WO208/5543, serie 1675. <<

[14] Diario de G. V. Balitsky, p. 543. <<

[15] Sudoplátov, p. 131. <<

[16] Andrew, Mitrokhin Archive, p. xxx. <<

[17] TsDAGO Ukragni F. 130 Op. 1 Spr. 231 Ark. 5-39. A partir del informe del Destacamento Partisano en Kopenkin sobre el asalto de Poltava Oblast entre octubre y diciembre de 1941 (26 de febrero de 1942). <<

[1] Buena parte de este relato se basa en las historias de Robert Fisk, In Time of War; Andre Deutsch, 1983 y Enno Stephan, Spies in Ireland, Londres, 1963. <<

[2] Liddell, vol. I, p. 29. <<

[3] Stephan, p. 119. <<

[4] Ibid, p. 195. <<

[5] Fisk, p. 217. <<

[6] UKNA HW19/333. <<

[7] Ibid. <<

[8] Muggeridge, p. 135. <<

[9] Interrogatorio de Brede en UKNA WO208/5545. <<

[10] Jeffery, pp. 393-394. <<

[11] Bennett, Churchill's Man of Mystery, p. 220. <<

[12] En cuanto a los intentos del Foreign Office para controlar los planes de sabotaje del MI6, véase UKNA FO1093/138. <<

[13] USNA RG65, caja 122, testimonio del FBI. <<

[14] Jeffery, pp. 539-540. <<

[15] UKNA FO1093/292. <<

[16] UKNA1093/225. <<

[17] Jeffery, pp. 404-406. <<

[18] UKNA WO208/3612, serie 1446. <<

[19] Jeffery, p. 513. <<

[20] UKNA KV2/757. <<

[21] Muggeridge, p. 167. <<

[22] Moravec, p. 57. <<

[23] Foote, p. 42. <<

[24] Liddell, vol. II, p. 22 y passim. <<

[1] Liddell, vol. II, p. 77. <<

[2] Ibid, p. 117 (29 de septiembre de 1943). <<

[3] Jones, Intelligence, pp. 70-71. <<

[4] Annan, p. 233. <<

[5] UKNA HW1/14. <<

[6] Liddell, vol. II, p. 24. <<

[7] Toynbee, Philip, Friends Apart, Sidgwick & Jackson, 1980, p. 71. <<

[8] Boyle, Andrew, Climate of Treason, p. 52. <<

[9] Trevor-Roper, Secret World, p. 80. <<

[10] Ibid. <<

[11] Bororvik, Genrikh, The Philby Files, Philip Knightley (ed.), Londres, 1994, p. 29. <<

[12] Ibid, p. 28. <<

[13] Cecil, Robert, A Divided Life, Bodley Head, 1988, p. 77. <<

[14] Andrew, Mitrokhin, p. 109. <<

[15] Annan, p. 226. <<

[16] Howarth, p. 163. <<

[17] Cecil, p. 60. <<

[18] Andrew, Christopher, The Defence of the Realm: The Authorized History of MI5, Allen Lane, 2009, p. 270. <<

[19] Harrison, E., The Young Kim Philby, Exeter University Press, 2012, p. 96.
<<

[20] Andrew, The Defence of the Realm, pp. 263-268. <<

[21] Modin, Yuri, My Five Cambridge Friends, Headline, 1994, p. 63. <<

[22] Andrew, Christopher y Dilks, David (eds.), The Missing Dimension: Governments and Intelligence Communities in the Twentieth Century, Macmillan, 1984, p. 173. <<

[23] Muggeridge, p. 126. <<

[24] Sisman, p. 93. <<

[25] Ibid, p. 113. <<

[26] Harrison, p. 156. <<

[27] Korovin, p. 566. <<

[28] Modin, p. 92. <<

[29] Korovin, p. 566. <<

[30] Ibid, p. 599. <<

[31] Modin, p. 113. <<

[32] Jeffery, p. 486. <<

[33] Ibid, p. 554. <<

[34] Andrew, Mitrokhin, p. 165. <<

[35] Sisman, p. 396. <<

[36] Ibid, p. 397. <<

[37] White a Trevor-Roper (10 de febrero de 1980). <<

[38] USNA RG59, caja 3471 81100B/7-1541. <<

[39] Weinstein, p. 36. <<

[40] Memoria de Feklisov, p. 41. <<

[41] Ibid, p. 57. <<

[42] Weinstein, p. 39. <<

[43] Ibid, p. 4. <<

[44] Ibid, p. 12. <<

[45] Memoria de Feklisov, p. 137. <<

[46] Schlesinger, p. 304. <<

[47] Weinstein, p. 62. <<

[48] Ibid, p. 81. <<

[49] Sudoplátov, p. 227. <<

[50] Ibid, p. 227. <<

[51] Weinstein, p. 252. <<

[52] Schlesinger, p. 305. <<

[53] Weinstein, p. 260. <<

[54] Ibid, p. 160. <<

[55] Ibid, p. 164. <<

[56] Feklisov, p. 121. <<

[57] Weinstein, pp. 238-239. <<

[58] Ibid, p. 94. <<

[59] https://www.nsa.gov/public_info/declass/friedman_documents/. <<

[60] Schlesinger, p. 305. <<

[1] Reed-Olsen, p. 126. <<

[2] Ibid, p. 136. <<

[3] Ibid, p. 254. <<

[4] Clive, p. 73. <<

[5] Ibid, p. 69. <<

[6] Ibid, p. 136. <<

[7] Ibid, p. 133. <<

[8] Ibid, p. 146. <<

[9] Jeffery, p. 501. <<

[10] Ibid, p. 425. <<

[11] Información obtenida por el autor de Alan Judd (2 de marzo de 2015). <<

[12] McLachlan, p. 321. <<

[13] Liddell, vol. II, pp. 66-68. <<

[14] Ibid, p. 70 y ss. <<

[15] Trevor-Roper, Journals, p. 63 (marzo de 1942). <<

[16] Sweet-Escott, p. 19. <<

[17] Jeffery, p. 419. <<

[18] Ibid, p. 457. <<

[19] Ibid, p. 410. <<

[20] Harrison, p. 109. <<

[21] Muggeridge, p. 128. <<

[22] Jeffery, p. 369. <<

[23] Intelligence and National Security (mayo de 1986), pp. 171-183. <<

[24] Salvo que se indique lo contrario, en adelante las citas proceden del trabajo de Carl Boyd, Hitler's Japanese Confidant, Kansas University Press, 1993. <<

[25] Goebbels, Joseph, The Goebbels Diaries, Louis Lochner (ed.), Doubleday, 1948, p. 181. <<

[26] UKNA HW12/264, serie 090774. <<

[27] UKNA HW12/264, serie 091401. <<

[28] Hinsley, British Intelligence, vol. III, tabla ii, p. 366. <<

[29] Ibid, p. 511. <<

[30] Marshall (27 de septiembre de 1944), citado en Kahn, Codebreakers, p. 606. <<

[31] Howarth, p. 173. <<

[32] Action This Day, p. 78. <<

[33] UKNA HW14/122. <<

[34] UKNA HW14/1 22 (28 de febrero de 1945). <<

[35] USNA RG457 P11 201 G23-0108-6. <<

[36] Milner-Barry en Hinsley y Stripp, p. 97. <<

[37] JT 25 de julio de 1943, WF (18 de septiembre de 1943); véanse los archivos de Friedman en el archivo online de la NSA, ACC35865/41775129081420.pdf. <<

[38] USNA RG457 SRH-037. <<

[39] Behrendt, pp. 61 y 198; y Howard, Michael, British Intelligence in the Second World War, vol. V, Deception, p. 66. <<

[40] Hinsley y Stripp, p. 37. <<

[41] Behrendt, p. 173. <<

[42] Hunt, David, A Don at War, Kimber, 1966, p. 147. <<

[43] Bennett, Ralph, Ultra and Mediterranean Strategy 1941-1945, Hamish Hamilton, 1989 pp. 408 y ss. <<

[44] Ibid, p. 410. <<

[45] Ibid, p. 412. <<

[46] Smith, Michael, Station X: The Codebreakers of Bletchley Park, Pan, 2004, p. 77. <<

[47] UKNA HW25/4 y 5 «General report on Tunny with emphasis on statistical methods» a cargo de Jack Good, Donald Michie y Geoffrey Timms. <<

[48] UKNA HW14/67 (18 de febrero de 1943). <<

[49] UKNA HW25/5, p. 313 secciones 43A y 43B. <<

[50] UKNA HW13/53 (16 de agosto de 1943). <<

[51] Entrevista de Vergine en la Virtual Jewish Library. <<

[52] Gannon, p. 340. <<

[53] Erskine en The Times Higher Educational Supplement, 6 de octubre de 2006, pp. 24-25. <<

[54] Bennett, Normandy, p. 16. <<

[55] Jones, Intelligence, pp. 217-218. <<

[56] UKNA 1473, Libro de registros de vuelo en AIR29/870, material sobre el sistema de radares de la Luftwaffe en AVIA6/9380 y 14420, AVIA26/540. <<

[57] Williams, Allan, Operation Crossbow, Preface, 2013, p. 113. <<

[58] Buena parte del siguiente relato se basa en Hinsley et al., British Intelligence, vol. III, tabla i, pp. 357-455. <<

[59] Jeffery, p. 534. <<

[60] Jones, Intelligence, p. 223. <<

[61] Este relato se basa en la información que aparece en el trabajo de Allan Williams, Operation Crossbow, pp. 274-276. <<

[62] Hinsley et al., British Intelligence, vol. III, tabla ii, p. 464. <<

[1] La historia de Seth que se expone en este capítulo se basa en la información obtenida a partir de los archivos UKNA HS9/1344, HS9/1345, KV2/377, KV2/378, KV2/379, KV2/380, HS4/240 y el texto autobiógrafo del propio Seth en A Spy Has No Friends, Headline Review, 2008. <<

[2] Información facilitada al autor por John Corby. <<

[3] Liddell, vol. II, p. 285. <<

[1] Archivo de Friburgo, copia de la Agencia de Seguridad del ejército de Estados Unidos S-3873 Doc. D3422796. <<

[2] USNA RG457, informe de Taylor en GAFY. <<

[3] Archivo online, TICOM II/The Foreign Office. <<

[4] TICOM/II p. 1. <<

[5] TICOM, interrogatorio de Fenner. <<

[6] UKNA WO208/3612, serie 1446. <<

[7] UKNA WO208/3609. <<

[8] TICOM, interrogatorio de Fenner. <<

[9] Copia de Friburgo del ASC S-3873 doc. D3422796. <<

[10] UKNA HW13/52. <<

[11] UKNA WO208/5544 serie 1704. <<

[12] Praun, ms., p. 73. <<

[13] Behrendt, p. 165. <<

[14] Ibid, p. 169. <<

[15] Behrendt, p. 203. <<

[16] Praun, ms., p. 65. <<

[17] Ibid, p. 83. <<

[18] Kahn, Spies, p. 206. <<

[19] UKNA WO208/4178. <<

[20] Ibid. <<

[21] Praun, ms., p. 109. <<

[22] Kahn, Spies, p. 440. <<

[23] Praun, ms, p. 109. <<

[24] Ibid, p. 19. <<

[25] Ibid. <<

[26] Baxter, Christopher, Forgeries and Spies: The Foreign Office and the «Cicero» Case, Intelligence and National Security, diciembre de 2008, p. 811. <<

[27] Bazna, Elyesa, I Was Cicero, Andre Deutsch, 1962, p. 13. <<

[28] Ibid, p. 17. <<

[29] Ibid, p. 34. <<

[30] UKNA CAB154/105. <<

[31] UKNA WO208/5545, interrogatorio de Brede. <<

[32] UKNA WO208/35618. <<

[33] Ibid. <<

[34] Ibid. <<

[35] UKNA WO203/367. <<

[36] USNA RG65, caja 123, testimonio del FBI. <<

[37] Ibid. <<

[38] Jeffery, p. 515. <<

[39] Liddell (10 de marzo de 1943). <<

[40] Ibid (enero de 1943). <<

[41] UKNA HW19/347. <<

[42] Ibid. <<

[43] UKNA WO208/5544, interrogatorio del SS Grup. Ohlendorf. <<

[44] UKNA WO208/5545, interrogatorio de Brede. <<

[45] Trevor-Roper, Secret World, p. 28. <<

[46] UKNA HW19/347. <<

[47] Ibid. <<

[48] Ibid. <<

[49] Ibid. <<

[50] Howard, Deception, p. 50. <<

[51] Ibid, p. 79. <<

[52] Korovin, cita de Mallet, p. 648. <<

[53] Gerwath, Robert, Hitler's Hangman, Yale, 2011, p. 113. <<

[54] Archivo de Friburgo, copia de la Agencia de Seguridad del ejército de Estados Unidos S-3873 Doc. D3422796. <<

[55] Dulles (1 de marzo de 1944). <<

[56] Kahn, Spies, p. 335. <<

[57] Doerries, p. 132. <<

[58] Kahn, Spies, p. 274 BA R58/117:24. <<

[1] Liddell, vol. ii, p. 196. <<

[2] Alexander, Hugh, Cryptographic History of Work on the German Naval Enigma. <<

[3] Praun, ms., p. 74. <<

[4] Ibid, p. 76. <<

[5] UKNA WO208/4312. <<

[6] Praun, ms., p. 72. <<

[7] UKNA WO208/3575. <<

[8] USNA RG457 SRH-031. <<

[9] Véase Hastings, Das Reich, pp. 187-209, donde se da noticia con más detenimiento de este extraordinario episodio. <<

[10] UKNA WO208/3575. <<

[11] Milner-Barry en Hinsley y Stripp, p. 98. <<

[12] Las historias personales que se exponen a continuación proceden de UKNA WO208/35618. <<

[13] La información sobre los rezagados procede de UKNA WO208/35618, informe sobre el interrogatorio a Clören. <<

[14] USNA RG407, entrada 427, caja 2410, informes del 9.º Ejército. <<

[15] Ibid. <<

[16] UKNA HS6/704. <<

[17] USNA RG407, caja 2411, 109.31. <<

[18] V. Nikolsky, Aquarium 2, citado en Damaskin, pp. 286 y ss. <<

[19] UKNA WO208/3629. <<

[20] UKNA WO208/5543, serie 1675. <<

[21] UKNA WO208/5556. <<

[22] Ibid. <<

[23] Hinsley et al., British Intelligence, vol. III, parte II, p. 418. <<

[24] Bennett, Normandy, p. 185. <<

[25] Pogue, Forrest, The Ardennes Campaign: The Impact of Intelligence (diciembre de 1980), disponible en línea en el sitio web de la NSA: www.nsa.gov/public_info/_files/cryptologic_spectrum/Ardennes_campaign.p
<<

[26] USAMHI Carlisle Chester B. Hansen Collection, Diario, caja 6. <<

[27] Strong, p. 178. <<

[28] Caddick-Adams, Peter, Snow and Steel: The Battle of the Bulge 1944-1945, Preface, 2014, p. 181. <<

[29] UKNA HW13/45. <<

[30] UKNA WO208/3575. <<

[31] Howard, Deception, p. 199. <<

[32] Praun, ms., p. 85. <<

[33] Howard, British Intelligence in WWII, vol. V, p. 197. <<

[1] Hurt, MS Friedman Papers pp. 31-32. <<

[2] Hastings, Max, Nemesis: The Battle for Japan 1944-1945, HarperCollins, 2007, pp. 297 y ss. (Hay trad. cast.: Némesis: la derrota del Japón, 1944-1945, Crítica, Barcelona, 2008). <<

[3] Budiansky, p. 294. <<

[4] Holmes, p. 129. <<

[5] Aldrich, p. 233. <<

[6] UKNA HIS/304, capitán GA Garron-Williams (28 de abril de 1945). <<

[7] UKNA WO208/5606. <<

[8] Aldrich, p. 254. <<

[9] UKNA HS1/304 (14 de diciembre de 1944). <<

[10] Ibid, 17.11.44. <<

[11] UKNA WO208/5075. <<

[12] UKNA WO203/5606. <<

[13] UKNA WO203/6451. <<

[14] Spencer Chapman, Frederick, The Jungle is Neutral, Chatto & Windus, 1949, passim. <<

[15] UKNA HI5/203 (25 de marzo de 1942). <<

[16] Aldrich, p. 284. <<

[17] Ibid, p. 176. <<

[18] Ibid, p. 185. <<

[19] Allen, Louis, The Longest War: Burma 1941-1945, Dent, 1985, pp. 577-578.
<<

[20] UKNA HIS/203. <<

[21] UKNA H51/304. <<

[22] UKNA HI5/203. <<

[23] Aldrich, p. xv. <<

[24] UKNA HIS/210. <<

[25] Kotani, p. 17. <<

[26] Ibid, p. 10. <<

[27] Aldrich, p. 164. <<

[28] UKNA HW12/300. <<

[29] Papeles de Friedman en el archivo online de la NSA, Conferencia V, parte II (1 de enero de 1958), carpeta 023 A38400 41699909073923. <<

[30] Véase Katherine Herbig, en Handel et al., p. 274. <<

[31] Kotani, p. 106. <<

[32] Ibid, p. 101. <<

[33] Ibid, p. 104. <<

[34] Ibid, p. 39. <<

[35] UKNA WO208/5543, serie 1673. <<

[36] UKNA WO208/5545. <<

[37] Ibid. <<

[1] Weinstein, p. 196. <<

[2] Antonov, V., «Moscow Looked Forward to the Information from Agent "Dan»", en Nezavisimoe Voennoe Obozrenie 17.10.2008. <<

[3] Sudoplátov, p. 192. <<

[4] Monk, Ray, Inside the Centre: The Life of J. Robert Oppenheimer, Cape, 2012, p. 336. <<

[5] Sudoplátov, p. 172. <<

[6] Andrew Mitrokhin, p. 168. <<

[7] Weinstein, p. 182. <<

[8] Sudoplátov, p. 192. <<

[9] Andrew Mitrokhin, p. 173. <<

[10] Liddell, vol. II, p. 222. <<

[11] Sudoplátov, p. 188. <<

[1] Diario de Wilkinson (24 de febrero de 1943), Churchill College, Cambridge.
<<

[2] UKNA CAB163/6. <<

[3] Schlesinger, p. 349. <<

[4] Sudoplátov, p. 170. <<

[5] Ibid, p. 431. <<

[6] Gurévich, p. 8. <<

[7] Ibid, p. 79. <<

[8] UKNA KV2/3552. <<

[9] UKNA CAB154/105. <<

[10] Schlesinger, p. 350. <<

[11] Thirsk, James, Action This Day, p. 277. <<

[12] Gannon, p. 447. <<

[13] El autor solicitó información al respecto a quien ocupa hoy el cargo de «C» en diciembre de 2014 y recibió la respuesta —expresada, eso sí, con amabilidad extrema— de que es imposible quebrantar el principio que dictamina que el archivo del MI6 posterior a 1949 debe permanecer cerrado. <<

[14] Aldrich, p. xv. <<

[15] Lockhart, p. 219. <<

[16] Kennedy, Paul, Engineers of Victory, Allen Lane, 2012, p. 358. (Hay trad. cast.: Ingenieros de la victoria, Debate, Barcelona, 2014). <<

[17] Annan, p. 237. <<

[18] McLachlan, p. 28. <<

[19] USNA RG 457 SRH-031. <<

[20] UKNA WO208/3575. <<

[21] USNA RG59, caja 3064. <<

[22] Liddell vol. II p. 237. <<

[23] UKNA HW14/22. <<

[24] UKNA WO311/632. <<

[25] Jeffery, p. 369. <<

[26] Anécdota referida al autor por el general sir David Richardson (22 de abril de 1981). <<

[27] UKNA WO208/3575. <<

[28] Hastings, Das Reich, p. 218. <<